



BIBLIOTECA DE AVTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACIÓN DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DÍAS

TOMO CXLI

OBRAS ESCOGIDAS DEL P. FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO Y MONTENEGRO

II

EDICIONES ATLAS

MADRID

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

TOMO CENTESIMO CUADRAGESIMO PRIMERO



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS ESCOGIDAS

DEL

P. FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO Y MONTENEGRO

MAESTRO GENERAL DE LA RELIGION DE SAN BENITO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

II

EDICION PREPARADA POR D. AGUSTIN MILLARES CARLO

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE

LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL PADRE FEIJOO

POR EL EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑON



MADRID

1961

Depósito legal M. 8.520 - 1961

ESTADES. Artes Gráficas. - Evaristo San Miguel, 8. Teléfono 247 54 25. - MADRID

Publicamos en este volumen y en el siguiente los discursos del P. Feijóo que no fueron incluídos en la selección del *Teatro Crítico* que hizo Don Vicente Lafuente para el tomo LVI de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. Con ellos queda completo el *Teatro Crítico* para cuyo manejo insertamos al final del tomo CXLII una tabla completa con indicación de las páginas en que se encuentran los Discursos en los tomos LVI, CXLI y CXLII. De modo análogo procederemos para completar las *Cartas*, de las que solamente una mínima parte se imprimió en el expresado tomo LVI

EDICIONES ATLAS agradece a los Excmos. Sres. Doña Dolores Moya, viuda de D. Gregorio Marañón, y a sus hijos D. Gregorio Marañón y Moya y D.ª Carmen Marañón de Fernández Araoz, la autorización para incorporar su glorioso nombre a la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, ilustrando y enalteciendo este volumen con el magnífico estudio de eminente polígrafo sobre *Las ideas biológicas del P. Feijóo*, obra fundamental para penetrar en el pensamiento del sabio benedictino

INTRODUCCION

LAS IDEAS BIOLOGICAS

DEL

P. FEIJOO

A DON RAMON MENENDEZ PIDAL

DIRECTOR DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Al dedicarle este libro no pretendo pagar, ni empezar a pagarle, la deuda de gratitud que su bondad ha abierto en mi corazón; sino tan sólo poner bajo el amparo de su autoridad una contribución modestísima al conocimiento y glorificación de quien, como Feijóo, fué, en su tiempo, el más alto representante del espíritu genuino de España. La obra de usted es, toda ella, historia de la cultura hispánica y, por lo tanto, la más eficaz y representativa historia nuestra. Cada día nos apasionan, nos entusiasman o nos deprimen los gestos y a los gritos de los grandes personajes de la vida política y oficial. Pero el tiempo arrincona inexorablemente casi todo eso, tan llamativo, que hacen o que dicen los monarcas, los hombres de Estado, los ministros y los guerreros, y queda encendido, de cada hora que pasó, el caudal de luz de las mentes que servían al bien, a la verdad, a la belleza. Fijar y realzar ese resplandor es glorificar nuestro pasado y enseñarnos el camino futuro; y, más que nunca, cuando la vida presente se nos aparece turbia y sin rumbo exacto; cuando el problema no está en seguir el camino recto, sino en saber, ese camino recto, cuál es y dónde está.

También entonces, en el siglo de Feijóo, había guerras, revoluciones, cambios políticos, victorias y desastres; y las gentes creían que con aquello se estaba amasando la historia para el porvenir. Pocos se fijaban en que el hilo ininterrumpido de la vida española pasaba por las manos de unos hombres oscuros que trabajaban y leían en una Universidad sin ambiente, en un convento provinciano o, al margen de los próceres magníficos, en los alrededores de la Cámara Real. Ellos mismos debían sentir a veces, como nosotros y como otros muchos, que la fe se les iba, que su sacrificio se perdía entre la indiferencia del pueblo y el atolondramiento de los cronistas. Pero, ahora como siempre, cuando queremos valorar la densidad humana de la centuria, tenemos que volver los ojos a su obra callada y perenne y seguir, una a una, las huellas que dejaron sus pasos inadvertidos al borde del camino real, lejos de las rodadas de las carrozas.

Nadie más representativo que Feijóo en esa personificación, ni buscada ni advertida, del espíritu de todo un pueblo y de toda una época. Por ello, he creído obligación de mi celo por la España eterna, en la que creo con tan profunda fe, dedicar unas horas de mi vida al estudio y a la gloria del gran monje gallego.

Que el nombre de usted sirva de disculpa a mis yerros y de fiador inmerecido a mi buena voluntad.

G. MARAÑON

Toledo, diciembre 1933.

I.—Prólogo. Ciencia y superstición

Toda la historia del progreso humano se puede reducir a la de la lucha de la ciencia contra la superstición: esto es, a la substitución de la fe en el absurdo, típica del hombre primitivo, por la fe en las cosas demostrables mediante el raciocinio o la experimentación, que caracteriza al hombre civilizado. En suma, el espíritu humano se desarrolla y afina merced al proceso de la racionalización del absurdo. Pero es evidente que la ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede ni podrá nunca explicárnoslo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy nos parece inexplicable; pero la raya fronteriza del saber, por muy lejos que se lleve, tendrá eternamente delante un infinito mundo misterioso a cuya puerta llamará angustiadamente nuestro «¿por qué?», sin que nos den otra respuesta que una palabra: «Dios». Dios, cuya silueta se alza a lo lejos, para unos como una cima ingente y confusa, rodeada de las nieblas de la duda; para otros, como un faro luminoso y preciso que extiende hasta el rincón más hondo de lo desconocido su serena claridad.

Sin este anhelo insaciado del más allá, la ciencia no existiría. Saber no es conocer las cosas, eternamente desconocidas en su profundidad, sino querer saberlas; un deseo inextinguible, pues, y no una posesión. Por ello, el hombre dotado de auténtica sabiduría está siempre, quiéralo o no, enfrentado con la divinidad. Huirla, sólo conduce a caer en la superstición de la ciencia misma, y, por lo tanto, a dejar de avanzar para dar vueltas sin fin.

La ciencia renueva su impulso, inagotable en esa zona lejana, estratoesfera del conocimiento, en la que termina lo que explica la razón o la técnica y comienza lo que *aún* no se nos puede alcanzar: pero sólo *aún*. El hombre que duda, la recorre con angustia; fecunda, porque dudar es también una forma trágica, de creer. Entonces, como decía Vinci —y auscultaba, sin duda, su propio corazón—, el estrépito del mar tempestuoso es menor que el que levanta, aquí dentro, el deseo de saber más y más.

Para el hombre que cree sin vacilar, el camino no tiene pérdida ni tropiezo, porque sabe que no tiene límites ni fin. Si se demuestra que la campana de Velilla no tocaba sola, sino que la tañía un sacristán furtivo, o si se explica, por una razón física, lo que parecía brote milagroso de una flor, habremos destruído un error; pero el milagro subsiste, porque milagro es la voz de los bronces y el ritmo misterioso de la savia en primavera. Por mucho que se gane al misterio y al error, detrás estará siempre, intacta, la razón última de la divinidad creadora; pero ¡qué difícil de alcanzar ese grado de equilibrio efusivo del sentir y de la razón, que convierte la fe en conocimiento y pone una silueta estricta donde los otros sólo ven, sobre el misterio concreto de cada cosa, un ancho misterio más!

En la historia del pensamiento español hay un hombre admirable, no tanto por su obra, con ser de calidad excelsa, como por su actitud ante el error y la verdad. Este hombre, de fe intangible, vivió una parte de su larga y fecunda existencia enredado, desde un monasterio provinciano, en singular batalla contra las supersticiones de su patria; pero su patria era, en realidad, el

mundo entero, porque el «error común» que quería extirpar era y es habitante de toda la tierra. Admira en él su genio y su ímpetu; pero, sobre todo, la precisión impertubable con que dispara sus proyectiles científicos —sus razonamientos y sus experiencias— contra el error supersticioso sin rozar jamás a su fe. Tan sólo alguna vez confunde, en el blanco lejano, esa fe suya con las supersticiones de su época, que eran, sin quererlo, suyas también. Y otras veces cae en la superstición de la ciencia, intentando ingenuamente explicar con ella no el error, sino el absurdo. Pero aun esto, aumenta el interés humano de su gran figura.

Este hombre era el Padre Feijóo, cuya vida intelectual es por sí misma un esquema de la crisis del espíritu español en el siglo XVIII y un Ensayo palpitante sobre la ciencia y la superstición.

II.—Gloria, olvido y rehabilitación del Padre Feijóo

Pocos escritores españoles han gozado en vida de la celebridad del Padre Feijóo [1]. Celebridad completa, la que dan por igual los amigos apasionados y la enconada envidia de los enemigos. A la verdad, sin ésta, la fama de los hombres de excepción sería como coja y sin raíces estables, y nunca se agradecerá bastante a los adversarios su eficacia estimuladora [2]. En unos años en que el nivel intelectual de España había descendido pavorosamente, su obra alcanzó suma copiosísima de lectores [3]. Las alabanzas más entusiastas recayeron sobre sus escritos, que eran comentados desde los palacios hasta los mentideros populares. Según el jesuíta Aguirre, «los sabios apellidaban a Feijóo Fénix de los ingenios de su siglo, el máximo de los eruditos de su tiempo, Astro de primera magnitud en el hermoso dilatado cielo benedictino, Maestro universal o Maestro de maestros, nuevo Colón de las ciencias, reparador entre naciones extrañas de la fama española, sol que destierra sombras de errores comunes, el héroe de la república literaria, el honor de las letras más cultas, el Demóstenes español, el Cicerón en castellano, el gran Feijóo por antonomasia, con otros más renombres bien merecidos» [4]; y aun podrían recogerse muchas frases y adjetivos más, tan resonantes como los de esta enumeración [5].

No pasaba por su retiro de Oviedo viajero de excelsa o de ruin categoría

---

[1] Según Domínguez Fontela [64] (*), debe escribirse el apellido Feijóo acentuando la primera *o* y no la última. Con esta ortografía figura en la mayoría de los escritos en que se le nombra, de su tiempo y del nuestro. El P. Sarmiento, en una erudita disertación, insiste en que debe escribirse Feixoo o Feixo, y no Feijóo: véase el Manuscrito del P. Núñez [168].
(*) Estas cifras se refieren al Indice Bibliográfico final.

[2] Decía Torres Villarroel ([216], trozo cuarto, p. 156), a quien citaremos mucho en este libro, porque es un elemento esencial en el fondo sobre el que se mueve Feijóo: «No me faltan algunos enemigos veniales y maldicientes de escalera abajo, aunque yo tengo pocos y malos; y siento mucho que se me haya hundido este caudal, porque a estos tales he debido mucha porción de fama, gusto y conveniencia que hoy hace feliz y venturosa mi vida.»

[3] Feijóo dice que del V y VI tomos de su *Teatro* se tiraron 3.000 ejemplares, cifra excepcionalmente elevada en aquellos tiempos. (*Teatro*, VI. Prólogo.) Nuevas noticias, que coinciden con éstas, da el P. Sarmiento en el Prólogo de la *Demostración críticoapologética* [198], I. Partiendo de estos datos, calcula Lafuente [109] en 420.000 volúmenes los que se imprimieron y circularon, contando con 15 ediciones de catorce tomos cada una, a los que habría que añadir los de Polémica. Se dice en muchos de los escritos feijonianos que el importe de la venta de los libros del benedictino fué tan grande que con él se construyó la magnífica iglesia nueva del monasterio de Samos, al cual pertenecían, por ser hijo de religión de él, las ganancias del Padre Maestro. Pero es una leyenda que desmiente Murguía [164]. Para nada se hablaba de este asunto en la documentada historia del monasterio de Samos, de M. Castro [50-A].

[4] Aguirre: Aprobación al tomo VII del *Teatro*, p. 42.

que no acudiera a conocerle y, si era posible, a conversar con él. Hubo alguno, como el conde de las Torres, que al desembarcar en Galicia, de vuelta del Perú, rodeó hasta el convento de San Vicente antes de ir a la Corte sólo para saludarle [6]. Los Prelados de la Orden y las dignidades más altas de la Iglesia se detenían a su lado, en sus viajes, días y días, para pedirle inspiración y consejo.

De todo el mundo recibía cartas elogiando su última obra, solicitando su guía, consultándole una duda teológica, demandando de su sabiduría la aclaración de un milagro o de un suceso extraño o simplemente la receta para una enfermedad. Tenía que dedicar días enteros a despachar su correspondencia [7], y alguno de sus amigos hubo de reprenderle, instándole a que persona de su categoría no perdiese el tiempo en contestar a tanto y tanto impertinente.

Los autores le enviaban sus manuscritos para que les diese, antes de publicarlos, el *placet* de su criterio; incluso llegaban a su censura libros de medicina, a la que tan rigurosamente combatió [8]. Los mismos profesores médicos consultábanle sus dudas científicas [9]. La Regia Sociedad de Sevilla —la primera de las Corporaciones médicas de España— le nombró Miembro de Honor [10].

---

[5] «Monstruo de sabiduría», le llama el P. Olóriz (Aprobación del tomo VII del *Teatro*, página 25). «Sol de España» y «Marco Tulio español», el P. Moreyras (Aprobación de *Justa repulsa*) [79], etc., etc. Claro es que estas «aprobaciones» eran en realidad panegíricos dictados casi siempre por la amistad, la adulación u otros motivos interesados, más que por verdadero espíritu crítico. Luego veremos que a veces existían grandes intrigas en torno de su preparación. En el caso de Feijóo, la controversia que encendió su obra, excitaba aún más el celo apologético de sus partidarios. El mismo Feijóo hizo unos comentarios justos y elevados acerca de lo que en realidad representaban tales elogios protocolarios. Son especialmente pintorescos los ditirambos del famoso cura de Fruime, don Diego Antonio Zernadas (o Cernadas), en varias de sus poesías [53], sobre todo los *epitafios*, *jeroglíficos*, *canciones* y *motes* que escribió por las honras fúnebres del P. Maestro. En uno de aquéllos le llama «vivo Pentateuco en quien están de asistencia Bartholus, Baldus et ego».

[6] *Cartas*, V-X, 1.

[7] «A la tarea de la Cátedra se añadió ahora la de esta Prelacía en que me ha puesto la Religión; y a una y a otra, la fatiga de los correos que muchas veces me roba dos días enteros de la semana, no pudiendo negarme a estimar y corresponder como puedo a la honra que me hacen con sus comunicaciones muchos sujetos respetables y eruditos de varias partes de España, que sólo me conocen por mis escritos; y aun no pocas veces me hallo imposibilitado a responder a todos» (Prólogo a la *Ilustración apologética*) [77]. En carta de julio de 1750 a don Pablo Zúñiga Sarmiento decía: «Yo me hallo sofocadísimo de cartas, por lo que no puedo ser más largo en ésta, y por lo mismo no respondí a la antecedente» [200]. Algunos de estos corresponsales espontáneos publicaban luego las cartas de Feijóo, para hacerse notar en el mundo literario y para ganar unos reales: el mundo no varía. Se queja de ello Feijóo en la misma carta a Zúñiga: «Y lo mejor —añade— es que el sujeto que ha publicado esa carta mía me encomendaba fuertemente la reserva de las suyas. Lo hecho no tiene remedio, pero me servirá esta experiencia para vivir con más precaución en adelante.»

El exceso de correo llegaba a perturbarle. «En el correo pasado —escribe a don José Ceballos— le escribí a V. Md., pero con la cabeza tan atropellada por lo mucho que había escrito a dictado aquel día, que en el dictado de ella trastorné unas especies y omití otras.» (Carta a don José Ceballos, 29 octubre 1749) [46].

[8] Véase, por ejemplo, la *Carta* VI del tomo III: «Muy señor mío: Recibí agradecido y leí gustoso la disertación impresa sobre el método de cura que V. Md. se ha dignado enviarme, a fin de que yo la corrija.» Se refería esta disertación a la necesidad de que los médicos sigan a la cabecera del enfermo las indicaciones de la naturaleza; uno de los temas favorito de Feijóo.

[9] Véase *Cartas*, IV, XI: *Algunas advertencias físicas y médicas con ocasión de responder a una cuestión, en materias de medicina, propuesta por un profesor de esta Facultad.* La consulta se refería a sobre si los atacados de peste quedan inmunizados para una segunda infección. La respuesta de Feijóo es deficiente. Confiesa no haber leído sobre este punto más que a Gaspar de los Reyes. Pero otros muchos grandes médicos españoles en los siglos XVI y XVII se habían ocupado perspicazmente de esta cuestión.

[10] Feijóo estimó en mucho este honor, que representaba una consagración de su combatida posición médica. «Años ha que aquel noble cuerpo me revistió del estimabilísimo carácter de miembro honorario suyo. Duélome de no poder compensar tanto honor sino con esta protesta pública de mi agradecimiento.» (*Teatro*, VII, XIV, 21.) En su autobiografía [82] habla

Y al final de su vida podía vanagloriarse de haber reformado profundamente las costumbres españolas «en orden», como él gustaba tanto de decir, a las relaciones de los enfermos con los médicos, al uso de los medicamentos y a la práctica de los regímenes alimenticios.

Sus libros fueron traducidos a varios idiomas [11], y el suceso, por lo raro en los escritores españoles, fué tema frecuente en las apologías de los entusiastas del benedictino. El mismo, en una de sus polémicas, escribe con fruición que «sus aplausos suenan en toda Francia» [12]. El Papa Benedicto XIV se inspiró, citándole repetidas veces, en sus ideas, cuando reformó la música de los templos. Finalmente, los honores oficiales llamaron con frecuencia a la puerta de su retiro, siendo sistemáticamente rehusados, salvo alguna de las dignidades que le impuso la disciplina de su Orden [13] y el nombramiento de Consejero que le

---

también, con preferencia marcada, de este nombramiento. Claro que en esta consagración médica debió influir el doctor Martín Martínez, presidente de la Regia Sociedad y aliado de Feijóo en sus disputas científicas. La vida de esta Sociedad fué gloriosísima, y es lamentable que la Sevilla actual, con Universidad y tantos médicos excelentes, sea una de las ciudades españolas de menor vigor científico. (Véase nota 7 de la p. LXVIII.)

[11] Sobre sus traducciones al extranjero véase Millares [160] y Morayta [163]. Las primeras traducciones al inglés son, según este último autor, del año 1777; pero ya en las *Letters*, de Clarke [56], que tuvieron gran difusión, se traducen dos discursos de Feijóo sobre la Medicina. Feijóo tenía muy mala impresión de sus traducciones francesa e italiana, como puede verse en la carta copiada más abajo (pág. XXIV).

[12] *Teatro*, V, XVII, 45. Seguramente se refería Feijóo de un modo principal en estas palabras a la carta del doctor Boyer, profesor de Montpelier y médico del rey de Francia, que vino a España en 1731 para asistir al marqués de Bramcas, embajador de Francia, enfermo en Sevilla. En esta carta refiere que leyó el *Teatro* con ocasión de su viaje, y expresa un entusiasmo sin límites hacia su autor. Hizo un extracto en francés, que se publicó en el *Mercurio*, de Francia, provocando «la admiración de todo el mundo». «Aunque soy médico —añade—, ya ve usted que no tengo el malhumor de los médicos españoles, que se han enfadado de lo que usted les dice, y es porque muchos de ellos han sido retratados por su pluma. Deben corregirse.» Por modestia no se atrevió Feijóo a publicar esta carta, que, por otra parte, es harto pretenciosa; pero lo hizo el P. Sarmiento con comentarios alborozados: [198], II, IV, 490. Los apologistas del benedictino citan también que el cardenal Quirini deseaba aprender el castellano, cuando tenía más de sesenta años, sólo para leer el *Teatro crítico*. (Uria [219], p. 16.)

[13] Sobre los honores que fueron propuestos a Feijóo, véase Canella Secades [42], p. 2. También su prólogo al tomo V del *Teatro crítico*. Su *curriculum vitae* más exacto está escrito por él mismo en el siguiente documento, enviado a Mayans en enero de 1733, publicado en varias revistas y por B. Fernández Alonso [82]: «Recibí el Santo Hábito en el mes de octubre del año 1690, al tiempo que cumplí catorce años de edad; estuve dos años en el Noviciado por no poder profesar hasta los dieciséis; al instante que profesé me enviaron a estudiar artes al colegio de San Salvador de Lerez, dentro del mismo reino de Galicia y del arzobispado de Santiago. Cumplidos los tres cursos, pasé a tener otros tres de Teología a nuestro colegio de San Vicente, de Salamanca; de allí a otros tres en la pasantía de San Pedro de Eslonza, junto a León, en cuyo tiempo me nombró el General para tener un acto prorreligioso en las escuelas de Salamanca; y tenido me dieron la pasantía de Artes en el mismo colegio donde las había estudiado; duró tres años esta ocupación, a que siguió la de lector de ellas otros tres años en el mismo colegio. Un año después de concluída esta tarea fuí nombrado maestro de estudiantes del colegio de Teología de Poyo, en el mismo arzobispado de Santiago. Luego me trasladaron a este de Oviedo, también por maestro de estudiantes, nombrándome juntamente nuestra congregación opositor a las cátedras de Arte y Teología de esta Universidad. Luego que llegué a aquí me gradué en licenciado y doctor teólogo; en ella estaba a la sazón vacante la cátedra de santo Tomás, que es la ínfima de las cuatro que hay en Teología; opúseme a ella, y la logré aunque había opositores más antiguos y que habían tenido cátedras de Arte; esto fué a los treinta y tres años, que cayeron en el de 1709. El año de 1721 vacó la cátedra de Escritura; opúseme y la logré. El 1725 subí a la de vísperas de Teología, que hoy gozo; de modo que no hice lección de oposición que no me valiese una cátedra. Es de advertir que al mismo tiempo seguí la carrera escolástica en la Religión, siendo primero maestro de estudiantes, luego lector de vísperas de Teología, después de tercia y, finalmente, regente de los estudios de este colegio. Eligióme la congregación abad en el año 1721; son las abadías cuatrienales; renunciéla antes de cumplir dos años; dábanmela en el Capítulo que se celebró el año 1725; no la quise, y la dieron a contemplación mía a otro sujeto. En el Capítulo que se celebró el año 1729 me reeligieron abad, y por motivos espe-

confirió Fernando VI en 1748 y que debió aceptar, más aún que por respeto a la Corona [14], para que la nueva y alta dignidad le sirviera de escudo contra los ataques de los críticos que empezaban a fatigar su vejez [15]. Sin duda contribuyeron a tan raras glorias muchos factores, varios de los cuales serán citados

---

ciales que ocurrieron entonces, acepté. Tengo, pues, el honor de abad dos veces de este colegio; tengo voto perpetuo en los Capítulos generales de la congregación; gozo todos los honores y excepciones de maestro general de ella; soy catedrático de vísperas y doctor teólogo de esta Universidad y, en fin, la Sociedad Regia Filosófico-Médica de Sevilla me hizo el honor de nombrarme socio suyo con las señaladas circunstancias de no examinarme ni llevarme propinas; esto fué el año 1727.»

No refiere en esta relación que Felipe V en 1725 le ofreció uno de los primeros obispados de América, con resultado igualmente negativo [160]. Sin embargo, luego veremos (nota 11 página CXLVII que, de haber sido en España la mitra, no la hubiera rehusado.

En 1740 se defendía de la aceptación de nuevos cargos en carta al P. Sarmiento, que juzgamos interesante copiar: «Amigo y señor: Cierto que me caen en gracia los conjuros que V. P. me hace para animarme a aquel acto heroico de San Martín de Turón: *Domine si adhuc populo tuo sum neccessarius non recuso laborem*, olvidándose enteramente de que habla con un hombre de sesenta y cuatro años y de cuerpo enfermizo desde la edad de diecinueve; y sobre esto con más lacras en el alma que en el cuerpo, cuya colección me hace no sólo innecesario, más enteramente inútil al pueblo de Dios. No lo juzgará acaso así V. P. y otros apasionados. Pero aquí me viene lo de san Agustín, no me acuerdo en qué epístola: *Non mihi placet cum a charissimis meis talis judicor qualis non sum.* Mas demos el caso de que yo me hallase con fuerzas espirituales y corporales: ¿de qué pueden servir éstas? Yo no seré sino uno de tantos, porque este vanísimo honor de reverendísimo varón no da actividad alguna. Acaso en otro genio eficaz sirviera de algo; pero en el mío es lo mismo que la carabina de Ambrosio. Pensar que esta Rma. pueda conmutarse en otra es para mí una insigne quimera, punto menos que la que vino de Celorio. Yo no sé quién pudo asegurar que el de la intentona del año pasado prosigue en ella. Tengo certeza de que desde la inútil tentativa que hizo en la visita, enteramente abandonó la pretensión.» (Cartas inéditas de Samos, septiembre de 1740). Debo estas Cartas y otros documentos a la bondad del ilustrado Abad actual del monasterio de Samos, P. Mauro Gómez, al que me complazco en reiterar desde aquí mi gratitud.

[14] Su afección a la familia real se echa de ver en las dedicatorias de sus obras: tomo IV del *Teatro*, al príncipe Carlos, futuro Carlos III; tomo III, de las *Cartas*, a D. Fernando VI, al que llama *el Justo*; tomo IV de las *Cartas*, a su real esposa doña Bárbara de Braganza, y el V, a Carlos III, ya rey. Aun contando con el servilismo de los escritores de entonces, no sólo antes los reyes, sino ante cualquier personaje de la corte, entristece leer las hipérboles adulatorias que escribió el benedictino en estas dedicatorias, con la misma pluma con que trazara el severo ensayo sobre *La ambición en el solio*, en el que arremete contra los príncipes conquistadores a partir de Alejandro el Magno y Julio César, de los que dice: «Si yo me pusiese a escribir el catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alejandro el Magno y a Julio César.» En otro lugar recuerda con fruición las palabras de Catón: «Este animal que llaman rey es muy devorador de carne humana» (*Teatro*, V, IV, 21). De Carlos III, apenas subido al trono, dice: «que mucho más merece el epíteto de sabio el tercero de los Carlos que el décimo de los Alfonsos» (*Cartas*, V, Dedicatoria). Sin embargo, tuvo razón al envanecerse en esta segunda dedicatoria a quien fué un gran rey sin necesidad de ser sabio, de otra que treinta años antes le había ofrecido (la del tomo IV del *Teatro*), siendo el príncipe adolescente, pues a través del protocolario y palatino incienso se trasluce en ella un certero juicio del porvenir glorioso del infante, hecho en los breves y azarosos momentos de una audiencia regia. Más adelante referiremos esta entrevista. (Nota 9 de la pág. LIX.)

[15] Dice, en efecto, en la dedicatoria del tomo III de las *Cartas*, agradeciendo a D. Fernando VI su nombramiento de consejero: «¿Quién duda que esto fué declararse V. M. protector mío y de mis obras, colocándome con ellas al amparo de su augusta sombra? Pues habiendo sido aquel favor, no sólo en la intención, más aún en la expresión de V. M. premio de mis estudiosas tareas, ¿habrá ya algún vasallo tan irreverente o desatento que con grosera pluma, como hasta aquí hicieron muchos, quiera ultrajar mis escritos?» El decreto de consejero se firmó el 17 de noviembre de 1748. Es sabido que esta real protección no evitó uno de los más sañudos ataques que hubo de sufrir: el del P. Soto Marne. Y entonces el Consejo, por orden del rey, dió en 23 de junio de 1750 la prohibición famosa de que fuera aprobada y publicada la impugnación de Soto Marne, añadiendo «que cuando el maestro Feijóo ha merecido a Su Majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos». Más adelante volveremos sobre esta orden, arbitraria legalmente, social y moralmente justa (pág. CXXXV).

ahora, y otros analizados después. Se ocupó, en efecto, de temas como las supersticiones, los milagros, la medicina, que interesaban a todos los españoles altos y bajos: al vulgo iletrado y a ese otro que él llamaba de «pelucas, capillas y bonetes» [16]. Su actitud tenía, además, aquel acento de noble rebeldía contra lo consagrado sin razón, que tanto eco suele encontrar en la muchedumbre. Y finalmente, su prodigiosa erudición y sabiduría le revistieron de ese prestigio mítico, de que los pueblos sin gran densidad cultural suelen investir a los hombres de ciencia, sobre todo cuando oyen que han recibido el palmetazo internacional, pagándoles en sumisión idolátrica todo lo que no le dan en deseo de imitarles. Estos pueblos compensan la soledad intelectual en que dejan al sabio, rotulando con su nombre un número excesivo de calles y de plazas y llenando de bustos y retratos suyos los despachos en que debieran estar sus obras.

Y por si no bastara todo esto, se completó, como ya he dicho, la densidad de su fama gracias a la furia y a la sandez de sus adversarios, que por mera envidia o por afán de lograr a su sombra unas migajas de celebridad o unos cuantos reales, no cesaron de hostilizarle con libros, opúsculos y papeles sueltos desde que comenzaron sus éxitos de escritor, hasta que la protección de los reyes puso a cubierto de las críticas su susceptibilidad senil.

Vivió, pues, en plena gloria; y así murió sin conocer, no la tónica mordedura de la envidia, sino el amargor deprimente del desvío.

Gran pompa tuvieron, como era lógico, sus exequias, y los discursos fúnebres exaltaron el duelo que la pérdida del gran escritor y varón ejemplar produjo en la grey benedictina, en la nación española y en todo el mundo ilustrado [17]. Muchos años después de su muerte, la celda del padre Feijóo era uno de los lugares de peregrinación obligada de los forasteros de calidad. El famoso Townsend, por ejemplo, cuenta su visita al convento de San Vicente donde vivió el benedictino «cuya reputación se ha extendido a las naciones más remotas». «Entré en su celda —escribe— y hablé con los que le conocieron y respetaron en vida. Examiné su busto; pero como había sido modelado después de su muerte, tuve que contentarme, para juzgarle, con leer sus libros.» Observación muy aguda, porque, en efecto, la efigie de un autor es indispensable —¡cuántas veces lo he dicho!— para juzgarle enteramente; y no sólo por su obra. Termina con estas palabras: «Todos los que le han leído convendrán conmigo que fué el primer escritor de España» [18]. Medio siglo después, otro viajero admirable, el más admirable de cuantos han paseado por nuestro país, R. Ford, visitó también el convento de Feijóo. Ya no lo habitaban los monjes. Estaba convertido en residencia del Gobernador; pero aún se mostraba como un relicario vacío, la celda del gran escritor [19]. Todavía con-

---

[16] *Teatro*, VIII, X, 174. Repite esta misma frase, que le era, sin duda, grata, en otros textos posteriores. De un modo especial incluía en el vulgo ignaro a muchos sacerdotes: «El vulgo, en cuya clase comprendo una gran multitud de sacerdotes indiscretos», etc. (*Teatro*, VIII, VI, 5). Nada hay que decir de los médicos, a los que atacaba con el menor pretexto.

[17] Véase a este respecto Nóvoa [167], Cernadas [54]. Uria [219], Francos Arango [88] y la relación anónima [15], que citaremos muchas veces, escrita, sin duda, por uno de sus compañeros de comunidad.

[18] Townsend [217], II, p. 21. Refiere el autor a continuación la visita al convento de las monjas benedictinas, contiguo al de Feijóo, al que conocieron y trataron mucho sus hermanas en religión. Con ellas hizo muchas veces de médico y de consejero de higiene. Las monjas invitaron al inglés a tomar el té, conversaron con él alegremente, y a sus instancias cantaron, aunque con muy mala voz y afinación.

[19] Ford (R.) [86], II, p. 702. He aquí su descripción: «Cerca de la iglesia de San Juan se encuentra el convento de San Vicente, fundado en 1281 por el abate Fromestano para los Benedictinos. Fué en otro tiempo residencia de monjas y frailes. La parte primitiva está convertida hoy en la residencia del jefe político (gobernador) y en oficina, imprenta, aduana, etc., y otras dependencias del Gobierno. La celda del padre Feijóo, uno de los hermanos

tinuaron imprimiéndose nuevas ediciones de sus obras hasta unos años después, en que sobrevino el fenómeno, tan repetido en la historia póstuma de los grandes hombres, que en otro sitio he llamado «fase negativa» de la fama. Parece como si la posteridad inmediata al muerto glorioso quisiera cobrarse con un silencio obstinado de lo mucho que las generaciones anteriores hubieron de llevar y traer los hechos y el renombre del personaje fallecido. Y es preciso confesar que acaso tenga el casi invariable fenómeno un sentido de utilidad que nuestras mentes ligeras sólo a medias comprenden: acaso sea esta fase de pasajero olvido como una especie de lazareto o purgatorio en el que las reputaciones humanas se desprenden de todo lo que hay en ellas de actual y perecedero, de vana populachería, para resurgir ante el futuro, exentas de oropeles y reducidas a sus valores eternos.

En nuestro autor, esta fase negativa duró hasta bien entrado el siglo XIX. Ya en la noticia biográfica que acompaña a su efigie, en los *Retratos de españoles ilustres*, expresión en cierto modo del pensamiento oficial de las postrimerías del siglo XVIII, se da por perinclitada la utilidad de la obra feijoniana, a los veinte años de su muerte [20]. Hasta la primera mitad del XIX, el nombre de Feijóo se obscurece [21], ce a la difusión de sus libros, y si la crítica se ocupa de él, es en el tono despectivo que culmina en la resobada frase de Lista: «Al Padre Feijóo se le debiera erigir una estatua, y al pie de ella quemar sus escritos», frase que es hora ya de que se la califique justicieramente con el adjetivo de sandez, y después de esto se la olvide para siempre [22]. Todavía don Vicente de la Fuente comenzaba su discurso preliminar a la edición de las obras feijonianas en la Biblioteca de Autores Españoles [23] preguntándose si merecerían ser reimpresas. Lo fueron, en efecto, a partir de entonces varias veces, aunque no en su ingente totalidad [24]. Y va en todo el resto del pasado siglo, y en lo que va del actual, se multiplican los estudios acerca de

---

de la Compañía, se puede visitar. Los ensayos del P. Feijóo, escritos hace un siglo, dispersaron la mayoría de los grandes errores de España, los cuales, como la niebla sobre las montañas, habían hecho de la península su lugar de reposo. Los benedictinos españoles sintieron gran tristeza a la muerte de este *Helluo librorum*; pero después trabajaron muy poco, sin duda porque su Feijóo había escrito y leído suficientemente por todos ellos juntos hasta el fin de los siglos. Se creían con derecho a participar de sus obras. Su *Teatro crítico universal*, sus *Cartas eruditas y curiosas*, con respuestas y notas, comprenden 19 volúmenes en cuarto, y se han hecho multitud de ediciones. La nuestra, la quinta, se publicó en Madrid el año 1748 por los herederos de F.ro de Hierro. Descanse en paz.» Ford se ocupa también de Feijóo en otro lugar de esta su guía de España —insuperada y aun traducible, con ventaja sobre las demás, por la exactitud de los datos, la copiosa erudición y el sugeridor comentario—, al hablar del famoso rito del toro de san Marcos, que él presenció en Llerena [86], I, 290. Es sabido que Feijóo se ocupó largamente de esta costumbre idolátrica: véase más adelante.

[20] *Retratos de españoles* [190]: «Si su libro, inferior a las luces que se hallan extendidas, *no puede ya enseñar nada nuevo*, éste es un efecto necesario de los progresos del espíritu.» Respira este juicio la ingenua pedantería enciclopedista. Hoy, siglo y medio después, aún andamos todos en el mundo necesitados de nuevos y numerosos Feijóos.

[21] Y aun mucho después. Hasta en el generoso y conocido libro de Juderías [106], dedicado a reivindicar la historia de nuestro país de muchas necias y malintencionadas calumnias y a enaltecer sus legítimas glorias, apenas se hace una mención pasajera de Feijóo.

[22] Es inconcebible esta tontería en un hombre de gusto excelente, cuya fama ha reivindicado con toda justicia J. M. Cossío en su estudio preliminar a las *Poesías inéditas de Alberto Lista*, publicado por la Sociedad Menéndez y Pelayo, Madrid, 1927.

[23] Lafuente [109].

[24] Millares [160] cita cuatro ediciones: la de Ayguals de Izco [24], la de la Biblioteca de Autores Españoles [109], la de la Biblioteca Universal [81] y la de la Biblioteca Clásica (*Obras Escogidas* de Fr. Benito J. Feijóo, con una advertencia preliminar, Barcelona, 1884). A ellas habrá que añadir la de la Biblioteca Hispano-Lusitana de Publicaciones económicas, prologada por Pi y Margall (182), y la de Clásicos Castellanos, prologada por Millares [160]. En 1883 comenzó a publicarse en Galicia una edición de *Obras Escogidas de Feijóo* [81-A].

la figura del gran polígrafo y de su significación en la historia de nuestra literatura y de nuestra estética. Muchas de las más eminentes figuras de la crítica española han dedicado páginas copiosas a este tema: Concepción Arenal [25], Emilia Pardo Bazán [26], Menéndez Pelayo [27], Pi y Margall [28], Morayta [29], Azorín [30], Pérez de Ayala [31], A. Castro [32], Millares [33], Navascués [34], Montero Díaz [35], Cotarelo,[36], Carballo Calero [37], C. Castro [38], V. García Martí [39], Araujo Costa [40] y otros que después iremos citando. En muchos libros, monografías y artículos sobre temas diversos —todos los que abarcó la singular capacidad del insigne monje— vemos aparecer hoy su nombre elevado a la categoría de autoridad. Y, en suma, se presiente una amplia revisión de esta gran figura española y su consagración definitiva y popular entre nuestros más altos valores nacionales [41].

---

[25] Concepción Arenal [20]. Este ensayo, con el de la Pardo Bazán [175], se presentaron al Certamen literario que se convocó en Orense para celebrar el segundo centenario del nacimiento de Feijóo (8 de octubre de 1876). En una *Reseña del Certamen literario* [189] están expresados los incidentes del concurso, que son dignos de meditación. La deliberación fué muy complicada, y, al fin, fué concedida una mención honorífica al estudio de la Pardo Bazán. El de Concepción Arenal fué «unánimemente excluído del Certamen», por «la marcada tendencia que el autor revela en el curso de su erudito trabajo a hacer partícipe de sus racionalistas ideas al ilustre monje, interpretando de una manera violenta el espíritu de sus inmortales obras». Al fin se le concedió un accésit. Pero, Dios mío, «el espíritu» de Feijóo fué la tolerancia, la comprensión, antes que ninguna otra cosa; y, para honrarle, exhibían estos nietos suyos la incomprensión y la intolerancia más acerbas. Y es seguro que Feijóo, de haber podido ser juez de este jurado, abominaría de aquellos hombres estrechos y daría su voto al estudio de D.ª Concepción Arenal, ensayo maduro, superior, sin duda, al juvenil de la insigne Pardo Bazán, que reconoció, años después, la flojedad de su escrito, y se desquitó con su discurso en las fiestas de la inauguración de la estatua de Feijóo, singular estudio crítico que después alabaremos. El ensayo de Concepción Arenal es admirable como profundidad de crítica y como generoso respeto a las ideas del benedictino. En el fondo, las mismas de D.ª Concepción Arenal, profundamente cristiana. Los heterodoxos españoles han sido siempre así, grandes creyentes, con su fe un poco a contrapelo, y nada más. En ellos está por lo común lo más hondo, tierno y respetuoso del cristianismo. Escribí una vez hablando de otro heterodoxo español, radicalmente cristiano y angustiado simplemente de su fe, que Dios tendrá en su diestra un lugar para él; y así termina también el estudio de Concepción Arenal: «Espero —dice, dirigiéndose a Feijóo— que, a pesar de las diferencias que en este mundo acaso te alejarían del mío, podrán un día morar entrambos en el seno de Dios.» Yo no lo dudo.

[26] Emilia Pardo Bazán [175] y [176]. Entre el primer ensayo de la escritora gallega —obra de juventud— y el segundo hay una enorme distancia. Este segundo es, a mi juicio —y pese al final, un tanto apresurado, que rompe su armonía— la más perspicaz visión crítica de Feijóo entre cuantas conozco, y uno de los más hermosos trozos literarios de su autora. Ninguno de los comentadores del benedictino da la impresión de haber leído tan a fondo la totalidad de su obra como la Pardo Bazán.

[27] M. Menéndez Pelayo [154], [155] y [156].

[28] Pi y Margall [182].

[29] Morayta [163].

[30] Azorín [25].

[31] R. Pérez de Ayala [179].

[32] Américo Castro [49].

[33] Agustín Millares Carlo [160].

[34] J. M. de Navascués [166].

[35] Montero Díaz [161] y [162].

[36] Cotarelo Valledor [61].

[37] R. Carballo Calero [44].

[38] C. de Castro [50-A].

[39] V. García Martí [88 A].

[40] Araujo Costa [17].

[41] Está muy bien que el edificio del Centro Gallego de Buenos Aires se alce sobre una piedra de la casa solariega de Feijóo en Casdemiro, según leo en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense* (1932-9-321): pues nada representa a Galicia como este hombre generoso, trabajador, lleno de ingenio y un tanto socarrón. En realidad, el olvido de Feijóo que comentamos, no alcanza a Galicia, donde, más aún que en los medios intelectuales, en la tradición popular se ha mantenido vivo el culto de su insigne paisano. No hay biblioteca,

Es necesario para ello que, al par de las críticas generales sobre el Padre Maestro y su vasta producción total, se enfoque, con los criterios modernos, cada uno de sus aspectos parciales para valorar rigurosamente todo lo que hubo de involuntariamente ligero y equivocado en el caudal exuberante de sus ensayos; y todo lo que hubo de firme, de adivinatorio, de rebelde contra la actualidad perecedera y de renovación de la cultura de su tiempo. He aquí lo que nos proponemos hacer respecto a sus ideas médicas y en general biológicas: que son, creo yo, lo más perdurable y significativo de su obra.

III.—El ambiente científico de España al advenimiento de Feijóo

Antes de entrar, no obstante, en este examen, es necesario colocar a Feijóo en su ambiente, para darnos cuenta no sólo de su inmenso mérito, sino de la verdadera significación de su actitud y de su obra. Me falta erudición y gracia para repetir la pintura que tantos otros han hecho del estado lamentable de nuestra cultura en los años que alcanzan desde el triste reinado de Carlos II hasta el comienzo de Fernando VI, tan digno de buena memoria como el de su sucesor, el gran Carlos III. Pero la misma lectura del Teatro Crítico y de las *Cartas Eruditas* nos informa amplia y vivamente de lo que fué aquella sociedad: ignorante, crédula de las más necias fantasías, sin centros eficaces de enseñanza, hostil a toda luz que turbase la vanidad con que se defendía de su propia miseria [1].

Esta obscuridad de la vida intelectual española era sobre todo densa en lo referente a las ciencias naturales consideradas como cosas peligrosas e inútiles. Sólo era aceptada, como pasto de la inteligencia, «la teología escolástica, la moral y la expositiva» [2], incluso entre los profesores de las ciencias más prácticas, como la medicina. «Mientras en el extranjero —exclamaba dolorido nuestro autor— progresa la física, la anatomía, la botánica, la geografía, la historia natural, nosotros nos quebramos la cabeza y hundimos con gritos las Aulas sobre si el Ente es unívoco o análogo; sobre si trascienden las diferencias; sobre si la relación se distingue del fundamento», etc. [3]. Apenas entraban en España libros extranjeros, considerados como «aires infectos del Norte» [4]. El

por modesta que sea, de Galicia en la que no figure, como un tesoro, la colección de las obras del benedictino. En Samos me refirió su Abad don Mauro Gómez que aún existen ancianos del pueblo que saben de memoria párrafos enteros de sus libros, y, sobre todo, la dedicatoria al abad y convento de Samos (tomo III del *Teatro*), en la que expresa con noble ternura su gratitud al monasterio donde pasó parte de su juventud y donde, ciertamente, se forjó en gran medida el plan de sus futuras empresas: en aquel admirable lugar donde «sólo hacia el cielo tiene la vista desahogo, y así se lleva todas las atenciones el cielo».

[1] Véanse sobre todo los admirables ensayos titulados: *De lo que conviene quitar en las sumulas* (*Teatro*, VII-XI), *De lo que conviene quitar y poner en la lógica y metafísica* (*Id.*, XII), *Lo que sobra y falta en la física* (*Id.*, XIII), *Lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina* (*Id.*, XIV), *Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales* (*Cartas*, II-XVI) y *Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España* (*Id.*, III-XXXIV). Sobre el estado de la cultura española al comenzar el XVIII y la influencia que sobre ella ejerció Feijóo, hay una copiosa literatura extranjera, que acaso sea, por lo menos en parte, recusable por no bien informada o mal intencionada. No creo, sin embargo, que puede incluirse en este juicio la opinión de Ticknor, de todos respetada; y es bien significativa en este sentido: «A medida —dice— que Feijóo fué adelantando, fué conociendo más y más el abismo que separaba a su patria del resto de Europa»; «el mundo solemne de la realidad, el mundo de la verdad física y moral había estado en España cerrado a toda investigación», etc. [213], p. 37.

[2] *Cartas*, III-XXXIV, 19.

[3] *Cartas*, II-XVI, 14.

[4] «Y aquí entra con afectado énfasis lo de los *aires infectos del Norte*, que se hizo ya estribillo en tales asuntos, y es admirable para alucinar á muchos buenos católicos, más igualmente que católicos, ignorantes.» (*Cartas*, III-XXXIV, 4.)

idioma francés, vía de enlace con el saber universal, era casi desconocido por los lectores peninsulares [5]: «Hágome cuenta (que ciertamente no es muy alegre) —decía el Padre Maestro— de que habrá en España hasta tres mil sujetos de varias clases y estados que mediante la lectura entienden bastante la lengua francesa»; pero de ellos «no llegarán a treinta o cuarenta los capaces de traducir un libro» [6]. No sólo ignorancia, sino odio al idioma vehículo de la novedad; y así, en otra ocasión recuerda que una dama de la reina doña María Luisa, la primera esposa de Carlos II, mandó matar a un papagayo porque pronunciaba unas palabras en francés [7].

No es inútil insistir cerca de este punto, porque la inmensa autoridad de Menéndez Pelayo, en su estudio sobre Feijóo, en los *Heterodoxos*, combate enérgicamente la realidad de la decadencia intelectual de España en esta etapa de nuestra historia [8], para disminuir el significado renovador de la obra del benedictino. Es cierto que algunos críticos han hiperbolizado la eficacia de esta obra, exagerando su sentido liberal, comparable, dicen, al de Voltaire [9] y Diderot [10] frente al oscurantismo inquisitorial del ambiente. «Antes de Feijóo, el desierto», escribe irónicamente el gran crítico montañés; y a continuación enumera las personalidades insignes en la ciencia que florecieron entre nosotros desde los años finales del siglo XVII hasta el advenimiento de la

---

[5] Uno de los más curiosos viajeros por España en este siglo, el reverendo E. Clarke [56], hace una crítica de las Universidades españolas, y una de las cosas que más le sorprenden es «lo muy poco que se enseñan en ellas las lenguas». De las 23 Universidades que entonces había en nuestro país, considera como menos mala la de Salamanca, y sobre todo la de Valencia, «gracias al ejemplo, direcciones e instrucciones del eminente universitario D. Gregorio Mayans y Siscar», el contradictor de Feijóo. Clarke hace un gran elogio de Feijóo, recordando que ha hecho el solo más por la iluminación de las mentes hispánicas que todos los españoles que le han precedido. Comete el error de afirmar que vivía en Burgos.

[6] *Cartas*, V-XXIII, 54.

[7] *Cartas*, II-XVI, 28.

[8] Análogos puntos de vista optimistas sobre la ciencia española en el XVIII pueden verse en Altamira [4], IV; y en el libro de J. Juderías [106].

[9] Ya veremos a lo largo de este libro que no había tal volterianismo. En nada se parecen la cultura, el estilo ni la intención de ambos autores —Feijóo y Voltaire— unidos sólo por un paralelismo de época. La socarronería gallega del Padre Maestro nada tiene que ver con la agudeza irónica del gran escritor francés. Sobre todo, Feijóo fué un gran creyente: varias veces hemos de decir la importancia que esto tiene para enfocar bien su posición en la cultura española. Véase a este respecto Macías [122]. Hay que descontar la excesiva alarma que esta palabra —volteriano— muy cargada de mitología diabólica, produce en muchos espíritus españoles, incluso de alta estirpe, como Menéndez Pelayo, del cual es esta ingenua frase en los *Heterodoxos*: «¿Quién no ha leído a Voltaire? Y aunque se confiese con sonrojo, ¿quién no le ha leído dos veces?» Pardo Bazán [176] insistía ya en este no posible paralelo entre Feijóo y Voltaire. Participaba también, la gran escritora, del miedo a Voltaire: «Dígase lo que se quiera, y aunque esté de moda mirarle por encima del hombro y regatearle importancia, con las migajas de su mesa todavía vive y se mantiene la mitad más vulgar de los incrédulos contemporáneos» (p. 176). También escribe contra la comparación de Feijóo a Voltaire, Concepción Arenal: «Se ha dicho que Feijóo es el Voltaire español; no acertamos a comprender por qué. Fué reformador, pero no rebelde.» «Aunque crea que no todas las cosas están bien en el santuario, penetra siempre en él con la cabeza descubierta y dobla las rodillas ante el altar [20] (V. 57, p. 191). Y, finalmente, Araujo Costa [17] habla del antivolterianismo de nuestro fraile; certeramente señala, aparte de su distinta posición religiosa, la falta de sentimiento artístico en Feijóo, que, en cambio, era tan alto y refinado en Voltaire.

[10] La comparación con Diderot es aún más remota. Nada hay de común entre el enciclopedista francés, errabundo, incrédulo y lleno de pasiones aventureras, y el espíritu reposado, creyente y serenísimo de nuestro escritor. Se parecían, claro es, en la sed de saberlo todo y de explicarlo todo, común a todos los grandes entendimientos de la época. También en el desdén a los médicos, actitud asimismo extendidísima en su tiempo. (Sin embargo, Diderot, que murió cardíaco, acabó entregado a los cuidados un tanto agresivos del doctor Malouet, que le atenazaba a fuerza de vejigatorios. Dejó mandado que le hicieran la autopsia, en la que se confirmó el corazón dos tercios más grueso que el de las personas normales) (Cabanes [35]).

Revolución Francesa. «Ni Feijóo está solo —concluye—, ni los resultados de su crítica son tan hondos como suele creerse, ni estaba España cuando él apareció en el misérrimo estado de ignorancia, barbarie y fanatismo que tanto se pondera.»

La admiración que todos debemos a Menéndez Pelayo se une en mí, para convertirla en culto, a razones de índole sentimental, que al cabo pesan más que otras algunas en mi espíritu. Pero en el punto que nos ocupa es evidente que el gran crítico escribió con la pluma movida por la pasión filosófica de su mocedad y no por aquella otra ecuánime serenidad de las épocas media y final de su vida; y él mismo lo reconoció más tarde [11]. Menéndez Pelayo habla de Feijóo, en ese libro, sin cordialidad, restándole tacañamente los méritos y la gloria. Alaba, como es natural, su erudición, su generoso intento de ilustración popular y el valor magistral de su obra; pero le tilda de superficial; de vanidoso hasta el punto de rebajar las glorias patrias para hacer más acusado el resalte de su propia figura; de lector de segunda mano; de hombre «de pésimo gusto» [12]; de mediano hablista. Y es que aun declarando como intangible la ortodoxia de Feijóo, Menéndez Pelayo se sentía herido todavía del malestar de muchos contemporáneos del Padre Maestro, que se resignaron de mala gana a no encontrar una brizna de heterodoxia en sus escritos, porque les inquietaba el ímpetu crítico y la noble rebeldía con que el benedictino arremetió contra «lo establecido», que por malo que sea tiene siempre un sentido intangible para las gentes timoratas. Al genio literario de Menéndez Pelayo se le ve rebosar la alegría debajo del gesto hosco —como esos padres severos que mientras regañan al hijo revoltoso, tienen que contener su complacencia— cuando habla de la rebelión de Feijóo contra la retórica y de su defensa de la libertad del genio. «Con letras de oro —exclama sin poderse contener— debiera escribirse, para honra de nuestra ciencia, esta profesión de la verdad estética, la más amplia y la más solemne del siglo XVIII, casi treinta años antes de que Diderot divulgase sus mayores y más felices arrojos» [13]. Y más adelante: «Ensancha el ánimo oír en pleno siglo XVIII al Padre Feijóo reivindicar los derechos del genio.» Y la frase que más repite de nuestro fraile es aquella de «soy ciudadano libre de la república de las letras». Pero su malestar es visible cuando Feijóo deshace las milagrerías y la superstición y cuando se entusiasma con el método experimental y propugna abrir de par en par las ventanas de la cultura española para que entre por ellas a torrentes la luz del

---

[11] No deben olvidarse estas nobles palabras de Menéndez Pelayo refiriéndose a la dureza con que trató a Pérez Galdós en los *Heterodoxos;* pero que pueden aplicarse a la misma pasión con que juzgó a otros escritores y entre ellos a Feijóo. Decía el gran escritor montañés en una solemnidad académica: «Yo mismo, en los hervores de mi juventud, las ataqué (a *Gloria* y *La familia de León Roch,* de Galdós) con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el Sr. Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada con intención poco benévola para el uno ni para el otro aquella página mía. Con decir que no está en un libro de Estética sino en un libro de Historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento.» (Menéndez Pelayo, Pereda, Pérez Galdós [157].

[12] Menéndez Pelayo [154] funda esta acusación del «pésimo gusto» de Feijóo en que éste alababa mucho la harto deleznable obra de Magdalena Scudery. Pero estos juicios a posteriori son siempre injustos, porque el ambiente de la época influye sobre todos nosotros, condicionando nuestras aficiones a cosas mediocres. De una obra contemporánea suya escribió Menéndez Pelayo que era par de las *Novelas ejemplares,* de Cervantes, y tratándose, desde luego, de una novela hermosa, la posteridad tampoco encontrará adecuado este juicio. También ha rectificado la posteridad, y sin tardar más que unos años, su juicio sobre nuestro Góngora.

[13] Menéndez Pelayo [155], III-I, 167. Se refiere a uno de los párrafos del admirable discurso de Feijóo *El no sé qué* (*Teatro,* VI-XII).

extranjero; y aun se le escapa un dejo de asentimiento a la acusación de antipatriotismo que en vida echaron en cara a Feijóo sus enemigos [14].

En la *Historia de las ideas estéticas en España*, Menéndez Pelayo habla de nuestro autor en un tono diferente, mucho más entusiasta que en los *Heterodoxos* [15]. Mas el tiempo transcurrido, el escenario espiritual, tan distinto, al escribir una y otra de sus dos magnas obras, le permitió contemplar, esta segunda vez sin prejuicios, la figura del fraile ensayista y su significado en la cultura nacional. No obstante, la mucha mayor difusión de los *Heterodoxos* ha hecho prevalecer su primer juicio, el apasionado; y la pesadumbre de su crédito ha sido, a mi juicio, una de las causas principales de que Feijóo tenga hasta ahora, en la historia de nuestras letras, el puesto secundario de un divulgador ameno, de instrucción vasta pero no sólida, escritor entretenido, y polemista inteligente; y nada más; con notorio agravio de la verdad, porque es muy otro y mucho más alto el rango que le corresponde [16].

En cuanto a la defensa que hace Menéndez Pelayo de la ciencia de nuestro siglo XVIII, está, sin duda, inspirada, aparte de su admirable patriotismo, en el mismo prejuicio que comentamos de no reconocer la inferioridad de la España absolutista frente a la liberal del último tercio del siglo XIX. Pero el intento es vano. Pudo citar, en la vida intelectual de aquellos años, hasta ocho o diez nombres insignes en el transcurso de una centuria. Pero, por una parte, la ciencia de una época no puede medirse por la altura de las cumbres solitarias en el desierto, sino por el nivel medio del ambiente; y éste era tan bajo, que, como él mismo reconoce, la obra de Omerique en Cádiz o la del Padre Tosca en Valencia no la conocían muchos años después en Salamanca y en Oviedo, no ya las gentes de cultura media, sino ni aun los grandes eruditos. Podía haber un gran matemático aislado; pero en la Universidad salmantina, la cátedra de esta ciencia estaba vacante de maestro y de discípulos, y al fin la ganaba, entre vítores de la multitud, un galopín de la calle, dedicado a explotar la necedad de los lectores con sus disparatados almanaques astrológicos, como Torres Villarroel. La pintura de Feijóo del atraso español no está deformada por él con intenciones egoístas: es la misma pintura de casi todos sus compatriotas contemporáneos; la misma de los viajeros de la época, muchos hostiles a España, pero otros imparciales o francamente benévolos [17]; la misma de los historiadores nacionales y forasteros del siglo siguiente; y la misma, en fin, de los grandes políticos de los reinados de Fernando VI y de

---

[14] «Alguna culpa, quizá no leve, tenga en esto (en la idea del atraso de España en el siglo XVIII) el mismo Feijóo, que de modesto no pecó nunca, y parece que puso desmedido empeño en que resaltase la inferioridad del nivel intelectual de los españoles respecto al suyo. Así escribía el P. Feijóo cuando escribía a la francesa; repito que no le acabo de perdonar nunca estos pecados contra la ciencia española.» (Menéndez Pelayo [154]).

[15] Aquí exclama con toda justicia: «¡Qué espíritu tan moderno y al mismo tiempo tan español era el del P. Feijóo!» [155], III-I, 75. Y en *La ciencia española* eleva aún el tono de su admiración: Feijóo es el hombre a quien más debió la cultura española en el siglo XVIII» [156], I, 208.

[16] Claro es que espigando bien en las páginas que Menéndez Pelayo dedica a Feijóo se encuentran, aun en los *Heterodoxos*, frases laudatorias bastantes para componer un párrafo apologético, como ha hecho, lleno de buena intención, el erudito P. Pérez de Urbel [180].

[17] Tengo reunidos gran copia de estos testimonios de viajeros, en los que, por no ser historiadores de oficio, fío siempre tanto para conocer la verdad vital de un momento dado de los pueblos. Aquí no puedo extenderme en esta cuestión. Citaré el testimonio de un hombre de negocios —hombre, pues, nada dado a lo pintoresco— que recorrió la Península en aquellos años y describe la terrible incultura del medio español. Es evidente que, de haber hablado con Feijóo, hubiera formado un juicio eminente, pero falso, de la ciencia española, porque la ciencia nunca está representada por un hombre, sino por el medio. Comenta este viajero que la petulante ignorancia de aquellos españoles era tan grande, que unas personas con quienes habló se mostraron molestos de que Jesucristo no hubiera nacido en España, y le aseguraron que Moisés, desde el Monte Sinaí, habló en castellano [227].

Carlos III, que acongojados por este atraso emprendieron su admirable obra de resurrección nacional.

Por otra parte, y al menos por lo que hace a la medicina, puede hoy refutarse casi por completo la apología que hace el polígrafo santanderino de los científicos de la época. Los médicos que él cita como insignes mantenedores del rango de nuestro arte en el siglo XVIII, no son otros que los ensalzados por el propio Feijóo, y luego veremos que su reputación es tan poco merecida que a Menéndez Pelayo le hubiera bastado para deshacerla el repasar directamente sus obras; error disculpable en quien harto sabía de todo para exigirle además un juicio de primera mano en las ciencias biológicas. Califica, por ejemplo, a la actitud experimental del benedictino en los problemas médicos de «eco de lo que antes había defendido el Doctor Gazola, veronés». Pero este Gazola era un cualquiera, y su librejo, indigno de ser recordado como argumento científico [18]. Para dar idea del esplendor de la medicina hispánica, ensalza a la Sociedad Regia de Medicina de Sevilla, que realizó, en efecto, una tarea ejemplar, pero que fué única durante mucho tiempo y recibió su mejor empuje no de los galenos, sino del propio Feijóo. Y cita también como lumbreras a dos médicos, Solano de Luque y Martín Martínez, que si han pasado a la posteridad con categoría gloriosa es en gran parte gracias a los elogios injustificados del Padre Maestro. De Solano de Luque dice Menéndez Pelayo que produjo «honda revolución en la semeyótica o doctrina del pulso», frase que repiten, uno a uno, todos los comentaristas; ya veremos que fué un practicón poco considerable, de cuya obra no merece recordarse absolutamente nada. Y en cuanto a Martín Martínez, veremos también que debe ser relevado del calificativo de «insigne anatómico» porque no lo fué, sino sólo un maestro entusiasta de la anatomía, pero sin el menor atisbo de originalidad y sin posible comparación con los admirables anatómicos españoles de los siglos XV y XVI.

No es, pues, exageración antipatriótica el hablar de la obscuridad de la ciencia en los tiempos feijonianos. Nunca es antipatriótica la verdad. Y en este caso, reconociéndola, se hace más patente, para auténtica gloria de España, la categoría insigne de la obra de Feijóo y de los que le acompañaron en su movimiento renovador, y también de los que le apoyaron con su favor y su fervor desde las alturas.

¿Cuáles eran las causas de tal miseria espiritual? Feijóo las estudia con minucia y su revisión tiene no sólo un interés histórico sino también eficacia directa sobre llagas aun abiertas o mal cicatrizadas del alma contemporánea. En primer lugar acusa «el corto alcance de algunos de nuestros profesores»; después, «la preocupación que reina en España contra toda novedad»; luego, «el errado concepto de que cuanto nos presentan los nuevos filósofos se reduce a curiosidades inútiles»; y «un celo, pío, sí, pero indiscreto y mal fundado» «de que las doctrinas nuevas traigan algún perjuicio a la religión»; y por último, «la envidia» nacional o personal, a la que certeramente califica de «ignorancia abrigada de hipocresías» [19].

Luego hablaremos otra vez del estado de la Universidad española, a la que Feijóo, tan justamente, achaca una responsabilidad máxima en el atraso de su época [20]. Nos interesa ahora detenernos brevemente en su acusación a

---

[18] J. Gazola [92]. Comparar a Gazola con Feijóo toca en herejía.

[19] *Cartas*, II-XVI.

[20] Del rigor crítico con que Feijóo procuraba la buena enseñanza, no sólo en las Universidades, sino en su Colegio Mayor de Oviedo, da cuenta una carta al P. Sarmiento, en la que, enterado de que el M.º Carasa ha sido encargado de un curso de Artes, ruega a su amigo que influya para que sea él, Feijóo, el encargado de examinar los trabajos de Carasa, y que el General informe luego según los datos suyos: ya se supone cuál sería, después

las trabas que a las nuevas doctrinas ponía la censura de la Iglesia. Puede explicarse y disculparse el hecho; pero no se puede negar. La Inquisición española llevaba su celo por la pureza de la fe con tan escrupuloso rigor, que las ideas nuevas de la ciencia sufrían cuarentena peligrosa en su censura; y a veces encontraban en ella barrera cerrada e infranqueable. Es cierto, como muchos críticos modernos sostienen, en una doble reacción contra la leyenda negra de España, que no fué el Santo Oficio el único tribunal riguroso y cruel; que tuvo directores, a veces, de espíritu comprensivo y tolerante; y, sobre todo, que a la gente de Iglesia se debió la mayor aportación cultural en aquellos siglos de supremacía de la Inquisición. Pero es igualmente exacta la continua y dolorosa poda a que la Iglesia tuvo sometido al pensamiento español. No hay libro de ciencia un poco libre y audaz, o simplemente original, que no leamos hoy expurgado por las tachaduras del Santo Oficio; y en muchos casos hay que reconstituir el texto original a través de los rigores de la censura y de las claudicaciones del autor, ante el pánico del calabozo. Sería mejor intentar explicar el sentido recto y noble, elevado aunque equivocado, y hasta, por momentos, útil, de esta actitud, que pretender negarla. En el caso de Feijóo, puede demostrarse esta influencia limitadora del miedo a la Inquisición, a pesar de que el gran benedictino vivía ya en un siglo y en un ambiente que anuciaban la muerte no lejana del fanatismo inquisitorial. Pi y Margall observa, con razón, que él, precisamente por ser fraile, pudo probablemente decir y escribir novedades que a los demás hubieran estado vedadas [21]; pero así y todo, en varios de sus escritos se transparenta el miedo al rigor de la censura oficial; y sobre todo lo demuestra la interesante carta inédita que copio a continuación [22]:

«Mi amigo y señor: de la máquina eléctrica y electrizante de Madrid me había dado noticia D. Tiburcio de Aguirre, oidor de Pamplona, que creo esté ya en el Consejo de Ordenes, caballero muy curioso, aplicado a la buena filosofía; y un caballero de Bilbao me la había dado antes, de otra que hay en aquel pueblo, uno y otro a fin de que examinase la causa, y a uno y otro respondí que aún está la cosa muy verde para aventurar algún sistema y acaso será menester que venga un nuevo Newton que, por las reglas de la pesantez, con seis resmas de cálculos, nos descifre este gran enigma, en el cual confusamente veo abrirse camino a un dilatadísimo incógnito país de Phisica, que para las producciones de muchos efectos haga abandonar a los filósofos los que hasta ahora cultivaban. Yo hablo como neutoniano; V. Md. puede ser piense hallar mejor partido con los turbillones. Como quiera, yo estoy muy lejos de romperme inútilmente la cabeza sobre la materia, y casi otro tanto de comprar más libros, porque considero haber menester el corto caudal que me ha quedado para usos más necesarios, *en que entra la cuenta a reinar hoy un Inquisidor general amantísimo de la antigualla, que está amenazando con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España: y muy luego que le colocaron en el trono vi aquí una carta de un cura del obispado de Teruel, hijo de este país y amigo mío, en que decía serme este señor muy desafecto. Es verdad que también tengo especie de que alguien en Madrid le templó sobre este punto: y, finalmente, en este último edicto damnatorio y correctorio de ochenta libros no se tocó en un ápice de los míos; pero siempre debo temer que las*

---

de esta preparación, la suerte de Carasa. «Este —termina nuestro monje— pone muy bien cuatro proposiciones en la barandilla, mas llegando a tomar la pluma, no es capaz de hacer cosa que no sea muy de *communi*» (Cartas inéditas de Samos, 17 de abril de 1749).

[21] «Sin su cogulla de fraile es probable que hubiese llevado más allá su pensamiento, pero lo es también que a sus primeros pasos hubiese sucumbido en la empresa» [182], p. VIII.

[22] Debo la lectura de esta Carta a mi buen amigo el marqués de Aledo.

sugestiones de los infinitos individuos ignorantes le revuelvan, cuando menos se espere, contra ellos.»

«Aquí tengo el primer tomo de la traducción en italiano del *Teatro Crítico*, hecha en Roma, y asimismo el primero de la francesa, hecho en París. Una y otra están muy malas. Pero de Roma se ha avisado que el abate Franconi, autor de la primera, ha ido prosiguiendo con uno o dos auxiliares que la mejoran mucho. Otra traducción está muy adelantada, o acabada, en Nápoles; otra en Venecia, y don Juan de Prado me dijo que estando él en Italia se trataba de hacer otra en Bolonia.»

«Vaya ahora algo de Medicina. Leí no mucho ha en las *Memorias* de Trevoux que era remedio experimentado para hacer bajar a los pies la gota, cuando se sube arriba, poner en las plantas una cataplasma de mostaza machacada, del grueso, no me acuerdo si del grueso de un dedo o medio dedo. Valga la noticia lo que valiere, Dios quiera que V. Md. no necesite ni de este remedio ni de otro y le g.de m.s a.s Oviedo y octubre, 17 de 1727. B. L. M. de V. Md. Su más amante serv.r y capellán, Fr. Benito Feijóo. Sr. D. Pedro de Peón, muy s.r mío.»

Los párrafos dedicados a la Inquisición en esta misiva son harto significativos. La hemos copiado toda porque es una de las más típicas de Feijóo. Luego volveremos a comentar algunos de sus otros extremos.

Habla, finalmente, nuestro crítico, como causa del atraso de la cultura española, de la famosa plaga nacional: de la envidia. El espíritu metódico y analizador del benedictino hizo aquí una de sus afortunadas disecciones al explicarla como «ignorancia abrigada de hipocresía»; esto es, ignorancia que no quiere, a ninguna costa, redimirse con el saber.

Y Feijóo, atento al rumbo del pensamiento europeo —que entonces era como universal— se acongoja ante esta contumacia, se le anuda en el corazón el patriotismo —ese patriotismo que, como a todos los grandes patriotas, le negaron unos cuantos necios—; y se decide a la empresa fabulosa de arremeter contra tantos fantasmas: fantasmas monstruosos y vagos con raíces profundas, clavadas en el alma de cada campesino, de cada noble, de cada profesor y de cada teólogo español.

IV.—Génesis de la actitud de Feijóo. La predestinación

Para mí, en esta preocupación patética de su España —de nuestra España— sumida en el error, está la grandeza de Feijóo. Me lo imagino torturado por el obsesionante pensamiento en las noches de su celda y en su vagar por el claustro o por los campos risueños de Asturias. «La mayor parte de mi vida —escribe una vez— he estado lidiando con estas sombras, porque muy temprano comencé a conocer que lo eran» [1]. Y ¿qué podía hacer él, pobre fraile, para remediarlo? Ni su influencia alcanzaba a interesar eficazmente en el problema de la cultura a los poderes del Estado, absorto todavía en el letargo de su borrachera épica y desangrado por guerras interminables; ni, sobre todo, la gran obra podía empezar por la reforma de la cultura oficial, la administrada desde arriba, aun cuando un milagro la hubiera puesto entre sus manos. Era faena más ruda y más ingrata la que había que iniciar: la de roturar brutalmente el campo inculto del alma española, monte bajo de óptima tierra, pero cubierto de malezas y setos y malas hierbas. Y así debió concebir este «caballero andante del buen sentido» [2] su gran

[1] *Teatro*, V-V, 4.
[2] Américo Castro [49].

empresa generosa de componer *El Teatro Crítico Universal para desengaño de errores comunes.* El primer tomo apareció al cumplir su autor los cincuenta años, la edad de Don Quijote cuando salió también a deshacer entuertos por los mismos campos de España.

Esta gestación dolorosa y este ademán resuelto resumen todo el valor histórico de nuestro monje. Por eso no alcanzo a explicarme cómo Menéndez Pelayo pudo criticar el que a veces arremetiese contra errores que en realidad no existían en la preocupación española; y menos comprendo aún que los críticos de un siglo después dieran por inactual la obra feijoniana porque se refería en su casi totalidad a creencias y supersticiones ya desaparecidas. Nada sería más fácil que probar la persistencia, en pleno siglo XX, de raíces aún no extirpadas de la mayor parte de las quimeras que atacó el animoso polígrafo. Pero, aunque así no fuese, al héroe no se le ha de juzgar por el blanco a que apunta, sino por su condición de héroe. Feijóo no luchó contra las brujas, contra los endemoniados, contra los astrólogos y contra los médicos dogmáticos de su tiempo; luchó «contra el error», que es eterno y que unas veces se viste de trasgo o de nigromante y otras de apóstol o de hombre de laboratorio, como el viejo Proteo de la fábula o como el demonio que tentaba a los anacoretas. El mismo, que era también parte de su España, creyó en muchos errores [3], y creyó, en cambio, que eran tales errores

---

[3] Sólo en lo referente a las ciencias naturales, citaremos los siguientes errores en que creía Feijóo:

Manera de defenderse el ratón del dragón: fabrica dos entradas a su cueva: una ancha, por la que el dragón entra persiguiendo a la alimaña, y otra estrecha, por la que ésta escapa para acometer por detrás al monstruo prisionero, «haciéndole pasto de su apetito y de su ira» (*Teatro,* I-II, 40).

Los tigres huyen del son de la lira (*Teatro,* I-III, 15).

Filipo, rey de Macedonia, vió convertirse todas sus carnes en piojos, de lo que murió (*Teatro,* I-IV, 9).

No creía en la existencia del hipopótamo (*Teatro,* I-V, 29). En otras ocasiones, más adelante, vuelve a hablar de esta bestia y se muestra más inclinado a admitirla.

Al abrir un arca largo tiempo cerrada, el aire confinado en ella puede producir una pestilencia mortífera (*Teatro,* I-VI, 38).

La luna quema, «no calentando, sino enfriando» (*Teatro,* I-IX, 7).

Examinando al microscopio la semilla del tulipán se ve el tulipán entero (*Teatro,* I-XIII, 45).

La campana de Velilla a veces tocaba sola (*Teatro,* V-XVI, 14). «Tienen las referencias de la pulsación espontánea de la campana un carácter de verdad sumamente persuasivo.» (Sin embargo, en todo este discurso, lo cierto es que sus argumentos se esfuerzan en destruir la célebre leyenda de esta campana, que tanto impresionó a los españoles durante muchos años. La afirmación final, que hemos copiado, parece una concesión, temerosa, a las altas autoridades de la Iglesia, que asentían al milagro.)

Los delfines guían a los hombres en la navegación (*Teatro,* I-XVI, 95).

Es verdad que el gallo en su última vejez pone un huevo (*Teatro,* II-II, 29). (Esta creencia, muy extendida en todos los países, tiene un fundamento, y es que la gallina vieja transforma su plumaje, acercándose a la morfología del gallo; y éste es el gallo, falso gallo, ponedor.)

El zumo de la hierba ulmaria puede restituir los humores a los ojos de los ciegos (*Teatro,* II-XIV, 60). No obstante, añade: «No por eso dejan de ser milagrosas las curaciones de ciegos hechas por Cristo.»

Hay leones tímidos, que las mujeres ahuyentan a palos (*Teatro,* II-XV, 1).

Los turcos confeccionan venenos que matan sólo con olerlos (*Teatro,* II-XV, 10).

No cree imposible que haya pueblos —los de Libia— «capaces de matar con el aliento a las sabandijas venenosas» (*Teatro,* III-I, 14).

«La carne del ciervo acecinada fermenta sensiblemente, y a más se corrompe en aquel tiempo en que los ciervos se sienten inclinados al comercio de los sexos» (*Teatro,* III-III, 41).

La fecundidad de ciertas mujeres se puede atribuir al abominable comercio con los íncubos (*Teatro,* III-VI, 29; *Teatro,* VII-V, 42; *Cartas,* I-XII). En muchos lugares de su obra habla de los íncubos. A veces, es cierto, se resiste a creer en ellos. Reconoce que muchas mujeres que se dicen fecundadas por el demonio han tenido colaboradores menos sobrenaturales. Pero no se decide nunca a negarlos rotundamente.

verdades que hoy nos parecen indiscutibles. Pero ¿qué dirán mañana nuestros nietos de lo que hoy enfáticamente consideramos verdadero o mentiroso? La verdad absoluta está siempre lejos de nosotros, y para servirla, lo esencial no es conocerla, sino desearla.

En este sentido de «querer» la verdad para su patria, de querer substituir aquella ignorancia y aquella pesadumbre escolástica, que más que filosofía era orejera para el entendimiento, cuando no venda cegadora; en este sentido de magna y fecunda rebeldía espiritual, creo que puede considerarse al Padre Feijóo como el más egregio promotor de la ciencia española. Y los que dos siglos después sentimos entrañablemente la misma aspiración para España, tenemos el deber de reconocerlo y de colmar de gratitud su memoria.

Algunos le han achacado que no realizó ningún descubrimiento. Es verdad. Fué sólo el apóstol de toda una cultura, ni siquiera de una cultura particular, y por eso como él mismo reconocía, tenía a veces que pasar a la ligera sobre los conocimientos sin descender hasta su entraña [4]. No creo, como don Miguel de Unamuno, que el divulgador sea más importante que el descubridor mismo. Pero sí digo que, salvo excepciones, el descubridor nace del ambiente, y que por ello el que, como Feijóo, crea el ambiente de la sabiduría, está sembrando, para mañana o para cuando sea, los descubrimientos futuros. Somos muchos los esperanzados en que España vuelva a ser en nuestros tiempos un nuevo foco de civilización: acaso la misión más alta que a fin de tantos vaivenes de la fortuna nos reserva el porvenir. Y yo me pregunto si hay en toda nuestra historia un antecedente que pueda compararse al de Feijóo en la magnitud del esfuerzo cultural y en la eficacia renovadora de la ignorancia común.

Es cierto que la batalla contra los errores comunes y el afán de someter la vida entera, la de la especulación espiritual y la vida práctica, a un criterio de racionalismo experimental no fué original ni privativa de Feijóo. «For-

---

No rechaza en absoluto la posibilidad de la piedra filosofal. Escribe, por ejemplo: «*Aunque sea posible este arte*, nadie debe aplicarse a él» (*Teatro*, III-VIII, 38).

Acepta la existencia de un perro que pronunciaba hasta treinta voces alemanas, «aunque no con perfección» (*Teatro*, III-VIII, 73).

Daba como no imposible la fecundación de la mujer por machos de diferentes especies de animales (*Teatro*, VI-I, 134 y siguientes).

Suponía, contra todos los anatómicos, que había una comunicación entre el intestino y la vejiga de la orina (*Teatro*, VIII-VI, 70-71).

A pesar de su juicioso escepticismo respecto a la terapéutica, creía en la virtud de la piedra de la serpiente, «eficacísima para la mordedura de sabandijas venenosas y la hidrofobia» (*Cartas*, V-XXI, Apéndice), y en la virtud curativa del jugo del abedul para el mal de piedra (*Ibid.*).

Acaso la más grave de sus credulidades es la que se refiere a la existencia de las nereidas, tritones y hombres-peces, de la que nos ocuparemos más adelante por extenso.

No se agotaría la relación. Hemos escogido estos ejemplos por lo mismo que, en su mayoría, pasaron inadvertidos a la celosa crítica de sus detractores, lo cual demuestra que eran «errores comunes»; y del error común es difícil evadirse. Muchos de ellos están apoyados en autoridades respetables de su época. Sin embargo, un extranjero tan perspicaz como el conde de Laborde, después de elogiar con entusiasmo la eficacia de la obra de Feijóo, «sabio ilustre de España», y de enumerar los errores que deshizo con su lógica y su erudición, anota que «lo único que se le podría reprochar es que, al combatir esos prejuicios, no pudo resistir, a veces, a varios de los que le imponía su país y su educación» (Laborde [108], VI, p. 166). Entre los críticos de su patria y de su época, el que con mayor objetividad le hizo ver algunos de estos errores fué Mañer [127]. Por lo que se refiere a los errores de Feijóo en las ciencias exactas, véase Foronda [87].

[4] Al hablar, por ejemplo, del arte fisionómico decía: «Es materia ésta que pide necesariamente dos cosas: «mucho comercio con el mundo» y «mucha reflexión». A mí me falta una y otra. Comercio muy poco con los hombres y me llaman la atención otros muchos asuntos» (*Teatro*, V-III, 24).

mar la razón [5] a los hombres era la preocupación de todo su siglo, era el alma del siglo XVIII, de la que fué el fraile gallego su representante más genuino en España; aunque no, es cierto, el único representante.

Mas lo importante de Feijóo no es su prioridad ni su misma superioridad dentro de una categoría de hombres universales, sino el españolismo de su sentido universal, si la frase se me permite. Por eso no se le puede equiparar a los enciclopedistas. Si convenimos en identificar el espíritu del siglo XVIII con la Enciclopedia, es claro que hemos de consignar a Feijóo como el primer enciclopedista español; y así le llaman muchos de sus comentaristas [6]. Pero el siglo XVIII fué, en su sentido cultural, mucho más que aquel empuje admirable, pero limitado, apasionado y sectario, de la obra de Diderot y sus colaboradores. El siglo XVIII era afán de claridad humana, de contemplación y profundización serena y entrañable de las cosas; en cierto sentido, reacción antiteológica, pero no atea. Y fué por ello un fenómeno universal de la inteligencia; y no sólo la secta de los enciclopedistas franceses, aunque éstos pusieran el rasgo más firme y, sobre todo, más llamativo sobre el general levantamiento del alma de los hombres. De aquí el que en cada raza, tuviera su acento particular, no siempre afrancesado. En España es indudable que este espíritu analizador del siglo XVIII penetró en los hombres eminentes y en las minorías aristocráticas con el advenimiento de los Borbones. Antes de éstos se podían encontrar ya sus primeros antecedentes; pero hasta en esas manifestaciones iniciales en nuestro país del que Ortega y Gasset ha llamado «el siglo educado» [7], había una raíz definida de imitación gala y también inglesa: las Academias eran copia de las de Francia e Inglaterra; los ministros de Felipe V aprendían en la Corte de Francia su lección; y las primeras apologías de la experimentación estaban traducidas de Bacon y de sus continuadores. Mas en Feijóo, en contra de lo que se ha dicho, se descubren difícilmente estas raíces y nos da la impresión —y en esto estriba su mayor interés— de que su gesto revolucionario surgió por espontáneo impulso, hijo del «clima histórico», por ese contagio que se opera en los momentos trascendentales de la civilización, de unas almas a otras lejanas, llevado por subterráneas corrientes cuya

---

[5] El famoso libro del abate M. Pluche, representativo de la época, cuyas ediciones españolas (traducción, por cierto excelente, de Terreros Pando) alcanzaron gran popularidad, se titula *Espectáculo de la naturaleza, o conversaciones, etc., a propósito para excitar una curiosidad útil y formarles la razón a los jóvenes lectores* [184]. En este «formarles la razón a los jóvenes» está toda la esencia de la centuria. Uno de los más típicos antecedentes de esta inquietud está en la obra del marqués de la Victoria. Pocas cosas dan, en efecto, idea de la renovación del siglo como el examen de los manuscritos de este personaje, que se conservan en el Museo Naval de Madrid. En el titulado *Varios puntos de gobierno y política para los reyes de esta Monarquía* [225] se tratan ya los grandes problemas del país con un sentido típicamente diezochesco. Varios de ellos son los mismos que ocuparon más tarde la atención de Feijóo, como, por ejemplo, el modo «de no tener gente ociosa», etc. Véase una nota sobre algunos de estos manuscritos y su autor en Guillén [95]. Puede leerse, además, un excelente resumen del sentido y la iniciación del movimiento erudito en este siglo en Araujo Costa [17]. No compartimos, sin embargo, algunos de sus juicios, como el entusiasta que hace de Luzán, al que proclama «gloria del pensamiento y de la erudición españoles». Es, a mi entender, un hombre culto y trabajador, pero mediocre: el tipo del hombre sin personalidad, al que «se le pega el acento». En el habla, como en las ideas, los que recogen el acento extraño son siempre gentes de condición intelectual mediocre. La diferencia con Feijóo es patente: personalidad la de éste robusta, abierta a todos los vientos extranjeros; pero éstos no conmovían nunca su raíz españolísima.

[6] Montero Díaz [161] señala con agudeza la diferencia entre el espíritu de Feijóo y el espíritu enciclopedista. Feijóo, dice, «es un espíritu enciclopédico, lo cual quiere decir, exactamente, un espíritu antienciclopedista».

[7] Ortega y Gasset [170].

pista es imposible de seguir. Muy universal, sí, pero espontáneo y españolísimo. Y, sin duda, estas individualidades aisladas, y no de secta, son las más representativas y ejemplares.

Todo en Feijóo, en efecto, estaba escrito desde su iniciación intelectual. Faltan noticias, salvo los datos referentes a su actividad religiosa y a algunos ensayos poéticos, de lo que fué su vida interna antes de decidirse a dar a luz sus primeros discursos [8]. Pero es evidente que su propósito renovador era muy antiguo y netamente original. Como los médicos tenemos el hábito de inferir conclusiones grandes de pequeños sucesos y síntomas, yo doy importancia fundamental a una nimia aventura que aparece al azar en uno de sus ensayos [9]. «*Siendo yo muchacho* —escribe— todos decían que era peligrosísimo tomar otro cualquier alimento poco después del chocolate. Mi entendimiento, *por cierta razón que yo entonces acaso no podría explicar muy bien,* me disuadía tan fuertemente de esta vulgar aprensión, que *me resolví a hacer la experiencia,* en que supongo tuvo la golosina pueril tanta o mayor parte que la curiosidad. Inmediatamente después del chocolate comí una buena porción de torreznos y me hallé lindamente, así aquel día como mucho tiempo después; conque me reía a mi salvo de los que estaban ocupados de aquel miedo. Asimismo, reinaba la persuasión de que uno que se purgaba ponía a riesgo notorio, unos decían la vida, otros el juicio, si se entregase al sueño antes de empezar a obrar la purga.» «Yo me dejé dormir lindamente en ocasión que había tomado una purga, sin padecer por ello la menor inmutación.»

He aquí, en este suceso insignificante, el germen entero de su actitud futura.

Todo ser humano, grande o pequeño, nace con una misión terrenal, que después unos cumplen y otros no, según la potencia de su genio y según que el aire de la vida sople en dirección favorable o adversa. Pero aquellos que aciertan a llevarla a término es lo común que empiecen a ensayarla y desarrollarla desde sus primeros pasos en la vida, y, sin darse cuenta ni ellos ni los demás, buena parte de sus acciones, desde la edad en que la propia iniciativa nos gobierna, no es sino el preludio y la preparación de la gran obra que realizaremos mucho tiempo después, a veces, ya en el declinar de la existencia. Es muy fácil comprobar esto en las biografías de muchos hombres célebres. Y en el caso de Feijóo pecará de ligero quien lea lo que acabamos de copiar como si fuera una anécdota infantil sin trascendencia y no vea en ello el núcleo de todo su esfuerzo de la madurez y el esquema de los catorce tomos de su obra. El chocolate del niño se transformará más tarde en hechiceros, en horóscopos, en milagros idolátricos. Frente a ellos, Feijóo será sólo lo que ya era de niño: la razón frente al prejuicio, y la decisión de dar a cada fantasma, pequeño o grande, la batalla de la experiencia: en suma, siglo XVIII.

Cuando el futuro monje se atrevió a comer los torreznos y a dormir la siesta después de haber tomado la sal de higuera o los polvos purgantes del doctor Ailhaud no había leído la Enciclopedia ni, todavía, los libros del canciller Bacon, de quien casi todos dicen que copiara la doctrina y la actitud experimental. Hizo espontáneamente un experimento, como Bacon hacía los suyos: como rellenaba una gallina con nieve para ver cuánto se retrasaba su putrefacción. Fué, pues, repitámoslo, «la predestinación de la época», lo que llamamos «el clima histórico», quien formó su entendimiento para la

---

[8] Véanse al final los datos que hemos encontrado sobre esta fase «latente» de su vida, antes de publicar el *Teatro.*

[9] *Teatro,* V-V, 4.

gran empresa de la racionalización de la mentalidad ibérica. Sin que se sepa por qué, surgió, de repente, en muchas cabezas españolas la necesidad de tirar los sistemas por la ventana y de contemplar la realidad, sencillamente con los ojos, sin lentes de artificiosos prejuicios. Y de esos españoles, Feijóo era el más insigne y representativo. Por eso fué tan necia la pedantería con que algunos, como el Padre Soto Marne, pretendieron demostrar que otros muchos autores le habían precedido en la publicación de libros contra los errores populares [10]. De vez en cuando se dan en la humanidad esos «climas históricos» o actitudes colectivas del pensamiento, que son precisas para la evolución de la cultura; y cuando ocurren, sus iniciadores y sus apóstoles surgen aquí y allá, en los más diversos paralelos. Sin conocerse, dicen las mismas cosas y luchan por los mismos ideales. Es un fenómeno tan natural como el que hace brotar la vid en Europa y en América, separadas por miles de leguas, pero bajo el mismo clima geográfico. Pero los eruditos, implacables, computan minuciosamente los años y aun los días que separan el nacimiento de la misma idea en esta mente y en la otra, y declaran, sin más, que uno es el original y otro el plagiario.

Quiero decir con esto —y tal vez Feijóo se enojaría conmigo si pudiera leerme— que creo en la predestinación de los hombres para las altas empresas y que el polígrafo benedictino fué un predestinado del renacimiento de la ciencia española. Y sobre el núcleo nativo de su predestinación se fué formando luego, a través de los años y de los estudios, el futuro plan de batalla, mientras aparentemente vegetaba en la grata soledad de sus conventos provincianos. Día tras día se iban precisando en su espíritu las líneas del esquema de la gran aventura. Había que contar a los españoles, con altos gritos, muchas cosas que ignoraban. Y antes había que arrancarles del espíritu otras muchas cosas absurdas y nocivas que sabían. Seguramente se repetía a sí mismo aquella máxima de Dion Crisóstomo que su amigo el doctor Martín Martínez gustaba de escribir: «Muy difícil es enseñar, pero mucho más difícil todavía desenseñar cuando los errores vienen propagados desde nuestros antecesores.»

Veamos ahora cómo se preparó para el singular combate.

V.—Las armas de Feijóo. Erudición. El hábito experimental

Sus armas, afiladas durante toda su juventud y su madurez, fueron, en primer lugar, su erudición extraordinaria. Tenía bastantes libros, muchos para la pobreza del ambiente [1]; pero, como dice Azorín [2], «su intuición fina, deli-

[10] Es sabido que una de las muchas acusaciones del padre Soto Marne a Feijóo [205] fué la de que su propósito de escribir contra los errores vulgares era un plagio de obras anteriores, como la del inglés Tomás Brown, la de los franceses Jacobo Primerosio y padre Buffier y la del italiano Mercurio. Feijóo se deshizo de estos cargos en su *Justa repulsa* [79] con pruebas irrefutables de la probidad de sus citas. Pero claro es que debió no contestar a su contradictor. Siempre se cae en el error de no seguir el consejo de Baltasar Gracián: contesta sólo a quien lo merezca. En España se habían publicado también algunas advertencias contra la credulidad popular, pero sin importancia. Murguía, por ejemplo [164], cita al famoso Maestro Ciruelo, que sólo tiene un interés anecdótico (*Reprobación de las supersticiones por el Maestro Ciruelo*. Salamanca, 1541). Y otros muchos después, sobre todo en el siglo XVIII, desde sus comienzos. Era, como dice E. Pardo Bazán, «un tópico, una muletilla» del siglo [176].

[1] «Casi no puedo tener otras noticias que las que me suministran mis pocos libros, viviendo en un país donde apenas hay más libros que los míos» (*Cartas*, V-IX, 29). En un manuscrito inédito de Julio Somoza [204] encuentro notas interesantes que refuerzan la afirmación de Feijóo que acabamos de copiar. No se imprieron obras en Asturias, según este autor, hasta 1719; de donde infiere «la triste circunstancia de que no se leía en

cada, suplía muchas veces la falta de materiales para realizar verdaderos milagros de erudición». El mismo Feijóo dice en una ocasión estas palabras agudísimas: «El entendimiento ilustrado y perspicaz suele hallar en los libros más que lo que hay en ellos, más de lo que el mismo autor entendió y quiso dar a entender» [3]. «Siempre se le veía leyendo —escribe su más sincero biógrafo [4]—; siempre se le encontraba sentado y con un libro en la mano. El que escribe esto puede testificar que jamás vió hombre alguno que ocupase diariamente tantas horas en la lectura como el Rmo. Feijóo en los años que tuve la dicha de tratarle. Aun a las horas de comer tenía algún libro sobre el mantel.» Severísima era su escrupulosidad bibliográfica. No hacía afirmación tomada de otros escritores que no se acompañara exactamente de su cita, anotando siempre si era de primera mano o de segunda referencia [5].

Fuera de los libros de religión y teología y de los de medicina, de que más adelante hablaremos, sus obras predilectas eran principalmente de ciencias naturales y exactas. Leía, desde luego, en latín, en italiano, en portugués y en francés. No en inglés [6] ni en alemán. Tampoco conocía el griego [7]. Como corresponde al momento de la cultura en que vivió y a su condición de propagandista enciclopédico, se nutría principalmente de los grandes anecdotarios: el famoso *Diccionario* de Trevoux, del que reconocía extraer gran parte de sus datos, incluso los de materia médica; el *Specula Physico Mathematica*, del Padre Zahn; los *Campos Elíseos*, de Reyes; los *Entretiens Physiques*, de Regnauld; el *Miscelaneus*, de Marville; la *Physica Curiosa*, de Schoto; el *Journal des Sçavants*, etc. Ya de viejo, a partir del tomo III de sus *Cartas*, empieza a citar el *Spectator*, de Addison [8].

---

nuestro país». A veces nos cuenta el benedictino que le prestaban libros —y los devolvia— como los del padre Kircher: «Tuve algún tiempo en la celda, aunque prestadas, todas las obras del padre Kircher» [79], p. 67. Ya veremos que el padre Sarmiento le proveía con frecuencia de volúmenes. Cuando estuvo en Madrid debió dedicar buena parte de sus breves jornadas cortesanas a la rebusca libresca en la Biblioteca Real y en otras particulares, como consta en varios pasajes de sus escritos. Como buen bibliófilo, llevaba la cuenta del movimiento de las bibliotecas ajenas, sobre todo de las conventuales: «Sábese la incuriosidad y negligencia que en orden a tales libros hay en España. Hay en Madrid muchos no sólo en la Real Biblioteca, mas aun en la de algunos particulares; creo hay bastantes en Zaragoza y Sevilla y en tal cual otro lugar de los mejores de España. Pero todos estos lugares están muy lejos de Ciudad Rodrigo —se refería a la imposibilidad de que los hubiera leído Soto Marne—. Hay en algunos Colegios Mayores muy buenas librerías; pero en Ciudad Rodrigo no hay algún Colegio Mayor. En las librerías de los Regulares hay los libros necesarios para las funciones propias de su Instituto.» «Los abogados, médicos, cirujanos, etc., se contentan con los libros de su profesión» [79], p. 106.

2 Azorín [25].

3 Dedicatoria del *Suplemento del Teatro Crítico* [78].

4 *Relación* [15], p. 7.

5 Varias veces se leen en su obra pasajes que lo acreditan. Por ejemplo: «*No aseguraré* que el autor citado pruebe eficazmente todo lo que propone. *En el resumen* que lei de su libro», etc. (*Teatro*, IV-XI, 13). Como sus enemigos le achacaron tantas veces el plagio, agudizaba esta escrupulosidad natural. Ticknor alaba también su probidad bibliográfica [213]. Dice la Pardo Bazán [176] que era un proverbio en la Orden benedictina: «El Padre Feijóo nunca miente.»

6 Véase *Justa repulsa* [79]: «Si no es que al Padre cronista se le antoje decir que yo sé la lengua inglesa.»

7 «No, señor mío, nada sé de la lengua griega; y si un tiempo supe algo, ese algo no era más que un casi nada» (*Cartas*, V-XXIII, 1). En esta Carta hace la defensa del francés, como lengua de erudición, y su famoso y criticado paralelo entre la utilidad de dicha lengua y la griega.

8 Se ha dado excesivo valor al *Espectador* inglés en la génesis de la obra de Feijóo. Este, como vemos, no conoció la publicación de Addison y sus colaboradores hasta 1750. Seguramente leyó, con retraso, la edición francesa de 1783 [206]. Además, no hay afinidad alguna de fondo entre el *Espectador* y el *Teatro*; éste es muy superior en erudición, profundidad y perspectivas originales a las relaciones de la célebre obra inglesa. Hay entre ambas la misma diferencia que hay entre un Ensayo y un artículo de periódico. No es,

Pero, sin duda, su gran Biblia y guía en la ciencia fueron las obras de Bacon, a las que se refiere continuamente desde el comienzo hasta el fin de su vasta tarea literaria. Fuera de los clásicos antiguos, es el del Gran Canciller el nombre más repetido en los escritos del benedictino, y casi nunca aparece sin ir precedido del adjetivo «grande» u otro análogo: «hombre de vasto espíritu e inspiración elevada» le llama en una ocasión [9]. Antes que Feijóo, otros escritores españoles habían defendido y propugnado las ideas del gran polígrafo inglés, entre ellos el doctor Martín Martínez, que tanta influencia tuvo en la vida del Padre Maestro. Pero éste fué el verdadero profeta y apóstol de Bacon, su San Pablo en España. El mismo Martínez llamó a Feijóo «nuevo Verulamio español» [10]. Y esto, que era verdad, fué origen de una de las varias acusaciones con que irritaron sus contemporáneos la gloriosa vejez del benedictino, insinuando el matiz herético de tal preferencia. En efecto: los Padres Tronchon y Torreblanca, apologistas de Raimundo Lulio y defensores de éste contra las críticas de Feijóo, escribieron, con pésima intención, que «el Adonis del Padre Maestro» era «el hereje Bacon de Verulamio» [11]. Por menos persiguió la Inquisición a Don Melchor de Macanaz o a Olavide. a pesar de que la fiereza del Santo Tribunal empezaba a decaer con los aires prerrevolucionarios.

Feijóo supo responder con gracia y con nobleza [12] a esta estúpida acusación. Su fe y su ortodoxia eran inmaculadas. Entonces, igual exactamente que ahora, los malandrines de la envidia arrojaban sobre la cabeza del que quería orear el ambiente estancado, en el que tan bien vegetan las sabandijas, los eternos proyectiles aparatosos y vacíos de la herejía, la falta de patriotismo y la ausencia de originalidad. Pero el Padre Maestro se defendió bien. Dios, escribía, no reparte sus gracias con la providencia de «que todos los grandes

---

pues, exacto el juicio, muy difundido, que encontramos, por ejemplo, en la *Revue Bleue*, de París, al hablar del *Nuevo teatro crítico* de la Pardo Bazán: «Un polígrafo español del siglo XVIII, Feijóo, escribió durante varios años, bajo el título de *Teatro crítico*, una publicación periódica análoga al *Espectador* de Addison.» Desde luego, la publicación de la Pardo Bazán se inspiraba netamente en la de Feijóo, según ella misma decía en la presentación del volumen primero (año I, enero, núm. I); pero tampoco había paridad alguna, salvo el título y el paisanaje de los autores. La Pardo Bazán era también más periodista que ensayista; gran escritora y crítica de literatura, le faltaba el ímpetu de visión enciclopédica de Feijóo, sobre todo en las ciencias naturales, que fueron lo más característico de su obra, y a demostrarlo tiende este libro mío; finalmente, era la Pardo Bazán una mujer de mundo, y como tal enfocó —con gracia, con ligereza elegante— todos los problemas que comentaba; bien lejos del espíritu de austeridad claustral del benedictino. Ni una línea ni un pensamiento de común entre ambos. Cuentan que doña Emilia solía decir que las dos personas de más talento de Galicia habían vestido faldas, refiriéndose a ella misma y a Feijóo; pero talentos no divergentes —que todo lo divergente ha convergido antes—, sino paralelos: que no se encuentran jamás. Volviendo al *Espectador*, es evidente su coincidencia con el *Teatro* y las *Cartas* tan sólo en varios puntos meramente objetivos, que entonces eran preocupación universal, frutos del clima histórico: tal sus invectivas contra los médicos, muchas veces inspiradas en un humorismo semejante al del escritor gallego; al fin, en uno y otro caso, humorismo céltico. Por ejemplo, cuando dice: «puede tenerse por una máxima constante que en toda nación en que los médicos abundan, el número de habitantes disminuye» [206] (volumen I, discurso XVI). Desde luego, el mismo entusiasmo por Bacon de Verulamio (volumen V, discurso LXV y otros).

[9] *Cartas*, III-XXX, 2.

[10] Martínez (Martín) [144].

[11] Tronchon (M.) y Torreblanca (R.), *Apología de Lulio*. No he podido leer este escrito; pero su contenido se deduce de la larga carta en que le contestó Feijóo, *Sobre Raimundo Lulio*. *Cartas*, II-XIII.

[12] «La expresión —Bacon, Adonis de Feijóo— tiene filis: y aun por eso mismo es poco proporcionada a las barbazas de aquel gran canciller de Inglaterra que ciertamente no tenía cara de Adonis.» «Sí, reverendísimos míos, he hablado siempre con aprecio de este Autor Herege y le elogiaré siempre que se ofrezca pero conteniéndome siempre, como hasta ahora

ingenios hayan de caer precisamente dentro de la Iglesia»[13]. Y en esta ocasión, en efecto, para la misma gran reforma experimental de la ciencia el dedo divino había señalado a un calvinista empedernido de Inglaterra y años después al monje más ortodoxo de la católica España. Sin duda, Feijóo gastó demasiado tiempo y bilis en defenderse de estas acusaciones de heterodoxia y de falta de originalidad. Nada puso Bacon en su impulso: y sólo la mala fe de sus enemigos pudo asegurar lo contrario. Repitamos que cuando el futuro fraile se decidió a comer los torreznos aún no había leído ni sabía probablemente que existiera el *Interiora Rerum*.

La fuerza de su predestinación y, después, esta su erudición fundamentalmente baconiana, crearon en él, el hábito experimental, factor trascendente de su eficacia futura. Nada se decía o sucedía a su lado que no fuera sometido por el fraile, a ser posible, a una comprobación, a un contraste minucioso con la realidad. Y no nos debemos sonreír ahora de que aquella su perpetua actitud comprobatoria recayese en sucesos muchas veces tan nimios y pintorescos como el de la purga y el chocolate de su mocedad. No poseía laboratorios ni apenas aparatos; luego volveremos sobre esto. Su gran instrumental era su sentido común; pero lo usaba con insuperable perspicacia. He aquí algunos ejemplos:

Cuando todos decían que las aguas que pesan más son peores para la digestión, él «con algunas experiencias», concluye la falsedad de este error, y sentencia: «Las aguas se han de pesar en el estómago, y no en la balanza»[14].

Al ocurrir los eclipses, las gentes, temerosas de su funesto presagio, corrían a ocultarse en sus casas «más tímidas que los conejos en sus madrigueras». Entonces él se paseaba a cielo descubierto, para que los otros «perdieran algo de su supersticioso temor viendo que a mí no me había sucedido daño alguno»[15].

Como se tenían por fatales ciertos años climatéricos se tomó el trabajo de computar los años de vida de trescientos sujetos de quienes se sabe por las historias el año de su nacimiento y de su muerte, y hecha después la regla que llamamos de proporción, no se halló que comprendiesen más muertos en los septenarios y novenarios que en los demás años»[16]. También demostró con sus observaciones y estadísticas el error de los que afirman «que la hora de la muerte suena de preferencia durante la baja mar»[17].

La gente de mar creía —creencia de estirpe clásica, porque Ovidio lo creyó también— que las olas que hacen el número décimo de cada serie son las más impetuosas y, por lo tanto, las responsables de los naufragios. «Lo que a esto puedo decir —arguye el fraile— es que yo hice muy de espacio la experiencia, puesto a las orillas del mar, para ver si en esto había alguna correspondencia fija y ninguna hallé; sí que las hondas eran muy desiguales en la vehemencia, pero sin guardar orden alguno en el número»[18].

Estudia otra vez reiteradamente el movimiento de los girasoles, rectifican-

---

lo hice, dentro de los límites permitidos.» «Yo, pues, he elogiado por filósofo y como filósofo a Bacon. ¿Qué hay en esto contra la Santa Madre Iglesia? ¿La filosofía natural ni aun la moral, está ni estuvo nunca estancada en la verdadera religión?» «Dejen, pues, a la gente ruda esa vulgar cantinela de despreciar cuanto hay de los hereges sólo porque lo son» (*Cartas*, II-XIII). Debe leerse toda esta Carta, admirable lección de tolerancia que podrían aprovechar íntegramente muchos españoles de dos siglos después.

[13] *Cartas*, II-XIII, 3.

[14] *Teatro*, I-VI, 44.

[15] *Teatro*, I-IX, 3.

[16] *Teatro*, I-XI, 12.

[17] *Teatro*, V-V, 16.

[18] *Teatro*, I-II, 18.

do la creencia de su heliotropía absoluta y fijando bien los matices de esta propiedad de la flor [19].

Desde sus años de estudiante observaba atentamente en sus condiscípulos las rayas de la mano para demostrar, muchos años después, que no hay relación alguna entre su dibujo y el porvenir del individuo. Sobre todo, hubo un fraile, Juan de Bellisca, que tenía «la línea vital mejor que vi a hombre alguno, profunda, bien impresa, seguida desde su origen, sin la menor interrupción y tan larga que llegaba a la articulación de la muñeca con el hueso que mantiene el pulgar». No obstante, fray Juan murió a los veintisiete años; y «yo —añade el benedictino— que no la tengo con las mejores señales, voy caminando, con el favor divino, para cincuenta y uno» [20].

Entonces, como ahora, era creencia común que el pasar bruscamente de una temperatura alta a una baja originaba, no sólo «peligrosas constipaciones, más aún, muertes repentinas». Para comprobarlo, «provoca la experiencia» y estudia atentamente la salud y el porvenir de «las mozas de cántaro», que son «la gente que padece estas mutaciones entre los extremos más distantes de frío y de calor, yendo y viniendo todos los días del hogar al río y del río al hogar, de modo que en el invierno allí se hielan y aquí casi se abrasan». ¿Y qué resulta de sus observaciones? La falsedad de lo que todos dan como cierto: que estas mujeres son más fuertes y no padecen más catarros ni mueren antes que las demás personas [21].

Pero hay aún otra prueba más concluyente: en los días de invierno la diferencia de temperatura que todos experimentamos al salir del calor de la cama al centro de la estancia, es mayor que la que existe entre el interior de la casa y la calle. No nos habíamos dado cuenta de ello. Mas Feijóo observa «la altura del licor» en su termómetro cuando está dentro de la cama y luego levantado, en su celda; y comprueba que el licor ha variado más de seis dedos. Mas si ahora medimos la diferencia entre la celda y la calle, veremos que la diferencia es sólo de cuatro dedos. No hay, pues, más que hablar: y sienta su conclusión de que puede pasarse impunemente del mayor calor al mayor frío sin que el organismo se resienta. Pensemos que siglo y medio después se atribuían aún las pulmonías en Madrid al aire del Guadarrama, y que hoy todavía muchos españoles al salir del teatro a la calle se obturan la boca con el pañuelo para impedir que entre al interior el frío, presunto vehículo del catarro y de la muerte.

En esta celda, terriblemente fría, amanecían en invierno las vidrieras «llenas de congelaciones». Y el buen Padre meditaba, mientras las frotaba con la manga de su hábito, sobre el mecanismo de la formación de este hielo: y así pudo desvanecer más tarde la creencia común de que era la nieve de fuera que a veces atravesaba el cristal [22].

Nos asusta a nosotros, hombres de la era de la calefacción central, el pensar en las largas horas de estudio del benedictino en este gélido aposento, teniendo a cada instante que alzarse del borde de la chimenea para correr a la librería a compulsar sus citas innumerables [23]. Había de defenderse del frío paralizador, y lo hizo también todo lo experimentalmente que pudo; estudió con gran atención, variando ingeniosamente las diversas condiciones del fenómeno, el calor de la chimenea de leña y el del brasero, demostrando la nocividad de éste, cualquiera que sea el combustible que se em-

[19] *Teatro,* II-II, 68. Nota 12.
[20] *Teatro,* II-III, 17.
[21] *Teatro,* V-V, 17.
[22] *Cartas,* I-X, 7.
[23] Una de sus Cartas a Sarmiento, fechada en enero, termina así: «Y con esto dejo la pluma y me voy a la chimenea» (Cartas inéditas de Samos, 6 de enero de 1742).

plee y el modo de quemarlo, incluso cuando se encendía con ascua de la misma madera que en la chimenea daba «un calor inocentísimo» [24]. Más adelante, cuando las miserias de la vejez eran muchas y le obligaban a estar casi todo el día en su aposento, ensayó un método moderno para graduar el fuego de la chimenea.

Aquel termómetro, uno de sus escasos instrumentos de física, le sirvió también para dar su dictamen experimental sobre un problema que entonces se discutía apasionadamente, a saber: si la temperatura descendía en los lugares subterráneos en proporción al mayor calor del ambiente externo. En el pozo y cuevas del monasterio hizo sus observaciones metódicas, en las distintas estaciones, y comprobó que una cosa era la temperatura real, la que marcaba el licor de su querido aparato —«testigo mayor, le llama afectuosamente, de toda excepción»—, y otra cosa la sensación relativa del ser vivo que desde el calor de fuera entra en un subterráneo [25].

Los actos más pequeños de la vida, como los más solemnes, estaban contrastados por su razonamiento experimental: una vez demuestra que no es exacto que la esencia de la cáscara del limón —o luquete— penetre en el cristal del vaso, según se creía[26]; o bien, que no son físicamente razonables los métodos propuestos para conservar el aroma de los que fueron sus únicos pecados: el tabaco y el chocolate [27]. Y trasladaba luego este mismo espíritu al acto augusto de la comunión y «por observación experimental» concluye que las Especies Sacramentales perduran en partículas en la boca hasta un determinado tiempo bastante fijo [28].

Hemos hablado de la parquedad de su instrumental físico. Pero acaso fué más amplio de lo que nos dejan colegir sus escritos. Cuando habla, y lo hace a cada instante, de que «ha experimentado» este o el otro problema, se refiere muchas veces al mero control de los hechos con una observación reiterada: y esto es también legítima experimentación. Pero en otras ocasiones nos hace pensar que poseía instrumentos de trabajo con los que intentaba comprobar los descubrimientos nuevos que leía o sus teorías propias. El cuarto de trabajo de un sabio, por los años en que él vivía, tenía aún reminiscencias del taller absurdo de los alquimistas, si bien las redomas misteriosas, las varillas y sopletes y las esferas empezaban a ser sustituídas por los utensilios de la fragante física experimental. Poco antes de morir nuestro fraile se lamentaba de no poder adquirir ni encontrar quien le construyera una máquina eléctrica con que ensayar los tratamientos recién propuestos de las enfermedades nerviosas. Y se murió sin lograrlo. Pero nos consta que poseyó un microscopio, tal vez el primero que vino a España, con el que inquirió, sin duda, los misterios de la constitución de los cuerpos y las teorías infecciosas que tan certeramente coligió desde su aislamiento monacal. Sin preparación técnica y sin ambiente adecuado, el famoso instrumento no debió servirle para gran cosa, fuera de lo que le entretuviese; sin contar con la dispersión —poco propicia para investigar— que imponía a su mente el gran número, la diversidad y el tono palpitante de sus lecturas y escritos. Por ello, un tanto desilusionado, regaló el microscopio al Padre Sarmiento, que lo incorporaría al pintoresco montón de libros, objetos raros, plantas y ani-

---

[24] *Cartas*, I-I, 12.
[25] *Teatro*, II-XIII, 6.
[26] *Teatro*, V-XI, 40.
[27] *Cartas*. I-XXVIII. En Oviedo se conserva la tradición de que Feijóo gustaba de pasear, siendo el tiempo bueno, hasta el pueblecito de Colloto, en cuyo puente de piedra guardaba su chocolatera con la que él mismo hacía su chocolate (como el cura Merino, que en sus andanzas guerreras, jamás olvidaba sus cacharros de hacerse el chocolate, que era su única cena).
[28] *Teatro*, VIII. Prólogo, p. LV.

males que llenaban su celda en el convento de San Martín, de Madrid. De todos modos, es importante esta prueba del afán experimental del benedictino y por ello copio la carta, deliciosa e inédita, en que trasmite a Sarmiento el microscopio y los reglamentos para su uso.

«P. Ntro.—Amigo y señor: Allá va la comisión que acaba de remitirme nuestro P. General. A quien dan no escoge. Las ochenta misas ya corren desde mañana por cuenta de todos los Sacerdotes que hay aquí obligados a las de la casa. Dentro de dos o tres días saldrá de aquí un Colegial hijo de Monserrate de Cataluña para Monserrate de Madrid. Este llevará el Marco Antonio Mureto y agregado a él un microscopio que dos años ha se compró por encargo mío a un judío de Amsterdán en 350 r.s y pedía pienso que hasta cuatrocientos; pero respondiéndole el deán de esta Iglesia, quien en compañía de D. Joaquín de Velarde y de D. Clemente Duque, hizo por aquel tiempo viaje a París y Holanda, que yo no habría dado más dinero para la compra que los 350, lo que era verdad, le alargó con la condición de que yo le enviase el tomo 8.º y 9.º de *El Teatro crítico*. El demonio del judiazo tenía los siete primeros en compañía de todas las obras de el Padre Vieira. Era o es oriundo de Portugal.

Yo no tengo paciencia para andar atisbando átomos y así remito el microscopio para que V. P.dad los atisbe si quiere, o haga de ese armatoste lo que se le antoje. Por si V. P.dad no hubiere visto otro de ese género advierto que vienen a ser no uno, sino seis microscopios, esto es, aquellas rodajitas con un vidrio menudísimo en el centro y cubiertas con su monterilla, cuanto es más pequeño el vidrio descubre objetos más menudos, y así se varían los microscopios colocándolos enroscados en la cabeza del tubo a proporción del tamaño de los objetos que se quieren examinar, y el objeto acomodado en un vidrio de cualquiera de las tablillas se emboca por la abertura que está pocas líneas debajo de la cabeza del tubo. Toda esa baratija de instrumento descubrirán a poca reflexión su uso respectivo. En el secreto van unos niveles de la nueva invención» [29].

Fracasaron, pues, sus estudios microscópicos. Pero repitamos que la profundidad del criterio experimental no nace, como creen algunos, de la complicación de las técnicas, sino de la disposición rigurosa de la mente. Un discurso construído sobre la observación estricta de los hechos y sobre su interpretación racional puede tener más eficacia experimental que cientos de ensayos realizados sin sentido con los más modernos y complicados aparatos. Problema es éste delicado de tocar en España, donde las gentes propenden a sacárselo todo de la cabeza, sin «perder el tiempo» en la ejecución paciente de las técnicas. Pero con estas reservas nacionales, hay que insistir muy claramente en que las técnicas son sólo medios y no fines; y en que los descubrimientos más objetivos son siempre secuelas del proceso de racionalización de lo absurdo que ejecutan previamente las mentes dotadas de precisión experimental. Así era la inteligencia de Feijóo y, por eso, su eficacia contra el error fué inmensa entre la multitud de gentes que por entonces tuvieron sus mismas procupaciones. Si únicamente triunfó del error ambiente el Padre Feijóo fué porque, con microscopio o sin él, su espíritu, por nativo y providencial designio, estaba en guardia permanente contra el error, el grande o el diminuto; singularmente este de las supersticiones populares que como nube invisible paralizaba el libre examen de la conciencia en los españoles de su siglo. Sin esto, no podemos entender la grandeza de la obra de Feijóo.

Seguramente algunos de los que me lean encontrarán pueril el que yo alabe

[29] Cartas inéditas de Samos. 21 octubre. S. a.

como hazañas experimentales el desafío de nuestro monje a los presagios del eclipse o de los días críticos. Es también probable que los que piensen así, ciudadanos del siglo XX, sean, sin embargo, incapaces de viajar en martes o de asistir a una comida con trece convidados... si algún anfitrión se decide a organizarla. Y más incapaces aún a renunciar a esta creencia, no porque alguien con autoridad les haga ver su sandez, sino por el propio método feijoniano, es decir, reuniendo una casuística de viajes en martes o de banquetes con trece comensales, y otras de viajes en miércoles y de ágapes de catorce o de doce individuos; y comparando después lo que les ha pasado a unos y a otros, extirparse a sí mismos la simplicidad. Tal vez sea necesario más ímpetu experimental para deshacer razonablemente uno de estos mitos de la superstición común, que para hallar un cuerpo químico, una variante zoológica o el síntoma nuevo de una enfermedad. Y la razón de ello está en que cuando luchamos contra una superstición no nos limitamos a arrancar objetivamente la verdad del seno de lo desconocido, como hace el sabio en su laboratorio, sino que en realidad tenemos que arrancarnos algo de nosotros mismos: porque el error común, el de las gentes, es también nuestro, sabiéndolo o sin saberlo; y el hombre que lucha contra él, tiene que encontrarse al fin a sí propio, escondido entre la muchedumbre a la que fustiga con sus argumentos y sus apóstrofes.

VI.—Una batalla consigo mismo

Hay precisamente en la obra de Feijóo un pasaje que se me antoja también fundamental porque demuestra, con patético dramatismo, este encuentro inesperado de la razón analizadora con el propio prejuicio, que es la última y más difícil trinchera en el combate contra el error. El que va derribando supersticiones, una a una, llega un día, quizá, en el que se encuentra solo, frente a frente con la última; y al hundir en ella la espada de la razón siente el dolor en su propia alma; porque el postrer engaño era también suyo y creía en él sin saberlo. ¡Terrible momento por el que han pasado todos los hombres que han perseguido fantasmas o injusticias y por el que hubo también de pasar nuestro gran quijote del siglo XVIII!

Una noche de otoño se paseaba el monje en su celda. Terminados los rezos, meditaba sin duda en el próximo ensayo, ya planeado, que al siguiente día había de escribir: un embate más de los suyos contra el ejército de mitos, trasgos y milagros absurdos que corroían el espíritu empantanado de los españoles. Faena ciclópea, porque apenas había mente peninsular que no estuviera presa en el error; porque las autoridades más altas ponían muchas veces el peso de su testimonio al pie de los fabulosos acontecimientos; y porque —había que reconocerlo— en ocasiones el absurdo se parecía tanto a los milagros verdaderos, o a la misma realidad, que el espíritu crítico de nuestro fraile se daba, de repente, de bruces contra la muralla inexpugnable de su fe o contra su propia conciencia experimental. Quién sabe si entonces le faltaban un instante las fuerzas. Pero no: estaba en el camino firme. De una parte, todo aquello que la fe le vedaba analizar. De otra, el espectáculo maravilloso, a veces incomprensible, pero racional, de la naturaleza. Y todo lo que no fuera esto no era más que mentira cizañosa que él tenía la misión de extirpar de su patria. Adelante, pues. Mas he aquí que, de súbito, al llegar frente a la ventana abierta, el fantasma, el fantasma en quien no creía, en quien no debía creer, se le aparece hecho realidad como «un formidable espectro de figura humana», de «cuatro o cinco varas de al-

tura», y le contempla amenazador e irónico a la vez. Instante supremo: no es un hombre frente a un delirio, sino las dos mitades de un alma misma, la racional y la instintiva, puestas sin previo aviso frente a frente. Hondísima debió de ser la fugaz duración de aquel segundo en el que el Padre Maestro ganó la batalla decisiva: la de sí propio. Pero la ganó. Retrocedió al principio hacia la puerta, dispuesto a huir de «la celda y no entrar en ella hasta que viniese el día» para contar «a todos la visión del fantasmón, asegurándola con juramento si fuera necesario». Se imaginó al instante la sensación de todo el país. El, el negador de las brujerías, convertido, vencido por la realidad indiscutible de una aparición. Los que le oyesen, al punto «lo referirían a otros, y sobre el supuesto de su veracidad se extendería a todo el pueblo y aun a muchos pueblos el crédito del prodigio».

Mas nada de esto que estuvo a punto de suceder, sucedió. Sobre el español supersticioso se alzó el hombre experimental e hizo frente al fantasma —«no sin algún susto», escribe—; y fríamente se puso a examinar —como cuando sentado junto al mar estudiaba el ritmo de las olas— «en qué consistía la aparición». Y claro es, la aparición como todas las apariciones, estaba vencida en cuanto se pensaba en ella. ¿Qué creerá el lector que era? Nada. Nada más que la sombra de su cuerpo proyectada por la luz sobre la niebla otoñal espesa que ocupaba el ambiente y que «servía como cuerpo opaco para recibir la sombra, no en su primera superficie, sino a la profundidad de dos o tres varas, pues toda esa crasicie de niebla era menester para laborar la opacidad necesaria». Dueño ya de su experiencia, discurre así: y «como la sombra crece a proporción de su distancia del cuerpo que la causa combinada con la pequeñez y distancia de la luz respecto del cuerpo interpuesto, de aquí venía la estatura gigante de la sombra». Física pura, pues. El corazón anhelante del fraile empieza a estar tranquilo. Pero nuestro héroe, duda aún. inmovilizado por el terror. ¿No le habrá engañado su deseo? Es necesario comprobar la realidad del fantasma. Si es su sombra, los movimientos de su cuerpo se transmitirán al reflejo. Hay que decidirse a mover un brazo, la cabeza: exacto: «los movimientos del cuerpo correspondían en la imagen.» Un profundo suspiro de alivio y de victoria. Y de victoria definitiva. Los fantasmas, después de la prueba peligrosa en el silencio nocturno del Monasterio, ya no le volverían a molestar. Y entonces, después de relatar este trance, en que venció los errores de los demás venciéndose a sí mismo, escribe con suma modestia este solo comentario: «muchos, puestos en mi caso, no hubieran dado en ello». Y añade: «mucho menos que esto basta para producir en los hombres errores semejantes» [1].

Podemos imaginar, en efecto, lo que hubiera ocurrido a quien no poseyera la disposición experimental de Feijóo a la vista de su sombra desmesurada. Por aquellos días corrían por España, creídas a pie juntillas, historias fabulosas de hombres trasladados por el aire instantáneamente, desde un límite a otro de la Península: de mujeres paridas por una vaca; de moribundos curados por arte mágica; de monjas visionarias; de luces prodigiosas que erraban por la noche en la campiña. Otro hombre cualquiera en parte vencido por la ilusión. en parte ganoso de referir a los demás sucesos extraordinarios, hubiera relatado la aparición del duende, todavía erizado de terror, a los primeros transeúntes con quienes tropezara en su huída. Estos, no sólo lo hubieran creído, sino que, en parte también por credulidad y en parte por compartir el prestigio de los tocados de la maravilla, jurarían que ellos mismos contemplaron el espectro. A las pocas horas,

[1] *Teatro*, V-I, 44. Nota 5, a.

odo el pueblo estaría convencido del prodigio. El vecindario entero, a la otra mañana, acudiría a recibir directamente el relato de los protagonistas. Acaso la índole del suceso haría necesaria la intervención de la Justicia —la del Rey o la del Santo Tribunal—, y la tortura, como el mismo Feijóo demostró con palabras llenas de noble caridad y de modernísimo criterio sobre el valor de las pruebas testificales [2], no haría más que forzar a los preguntados hacia la mentira, «porque no es la verdad, sino el dolor» quien dirige la confesión de los que están en el potro. La fama del portento volaría después a los pueblos inmediatos, y el correo la llevaría a las provincias distantes y a los otros continentes. Ya estaba el prodigio o el milagro hecho realidad y consolidado luego por el tiempo, sin que bastase a derrocarlo después el buen sentido de algún hombre veraz y razonable que al fin tendría que enmudecer ante la hostilidad del populacho orgulloso de contar con una maravilla entre sus glorias locales. La rectificación del propio visionario tampoco serviría para fundir la inmensa bola de nieve de la fábula. Y así se transmitiría ésta, intacta, a las generaciones venideras.

Con fina, agudísima perspicacia estudia Feijóo todas estas fases de la génesis de los errores populares en muchos de sus escritos, singularmente en los titulados *Duendes y espíritus familiares* [3], *Milagros supersticiosos* [4], *Regla matemática de la fe humana* [5] y *Tradiciones populares* [6]. No hay matiz psicológico del proceso de la creación del mito, de su difusión y de su persistencia e irreductibilidad que no esté disecado hasta lo más hondo en estos ensayos, que son, a mi juicio, con algunas de sus disertaciones morales y sus predicciones biológicas, lo más hondo y permanente de la obra feijoniana.

VII.—La razón contra la milagrería y contra los mitos sociales

«Pero Basilio replicó: No milagro, milagro, sino industria, industria.»
Quijote: II, XXI.

Así pertrechado, la crítica del benedictino llega hasta el terreno resbaladizo del milagro: resbaladizo, porque en cualquier época, sólo al acercarse a él, armado del aparato científico, alarma, y con razón, la susceptibilidad de la Iglesia; pero entonces el resbalón podía conducir por una rampa velocísima a los calabozos de la Inquisición. Sin embargo. Feijóo pudo abordar el problema con tal lealtad para su fe y tal copia de sabiduría y buen tino, que sólo algunos espíritus mezquinos y envidiosos pudieron

---

[2] *Teatro*, VI-I, 79. En este Discurso, escrito como para ser pronunciado, como tantos otros de Feijóo, hace éste una admirable y valerosa crítica de los testimonios forzados por el tormento, copiando y comentando las emocionantes imprecaciones del P. Spe contra los jueces que empleaban la tortura, que entonces eran todos. La misma actitud moral y psicológica dictó a nuestro autor la gran carta *Sobre Sermones y misiones* (*Cartas*, V-V), en la que demuestra el efecto contraproducente de los sermones terroríficos, a que tan aficionados eran, y son, algunos de nuestros predicadores.

[3] *Teatro*, III-IV, sobre todo 7 y 12.

[4] *Teatro*, III-VI, sobre todo 8, 9 y 47.

[5] *Teatro*, V-I, todo. La capacidad del hombre para mentir y su dificultad radical para aceptar la verdad son insuperablemente estudiadas en este ensayo y en el de la cita siguiente.

[6] *Teatro*, V-XVI.

sospecharle de heterodoxia, y, en verdad, fueron siempre voces ajenas a la autoridad oficial de su Religión [1].

A mí no me parece que en el espíritu de Feijóo cupiera nunca el germen de una duda religiosa. Es ciertamente aventurado querer afirmar esto de otro hombre —y más de un hombre lejano—; cuando sabemos hasta qué recónditos senos de la conciencia escapan, a veces antes de que podamos o queramos aprehenderlas, las ondas y remolinos que agitan nuestra propia fe. Pero Feijóo escribió mucho y se derramó en sus páginas con un candor singular, en el que se hubiera trasparentado la menor de sus inquietudes teológicas. Mi lectura de sus trece volúmenes ha sido lenta, repetida, de muchos años y jamás me ha hecho esa impresión de conciencia decepcionada que refiere Pi y Margall [2]. Por el contrario, creo representativa del Padre Maestro la nitidez con que se limita en su pensamiento, instante por instante,

---

[1] Ya hemos recordado las indirectas de los PP. Tronchon y Torreblanca a propósito de las, según ellos, excesivas preferencias de Feijóo por el hereje Bacon. Las mismas suspicacias malévolas se encuentran en los demás lulistas, como el capuchino Fr. Luis de Flandes [84]. La *Gaceta de Londres* publicó una noticia, de la que nuestro benedictino da amplia cuenta en el Discurso V del tomo VIII del *Teatro*, noticia en la que se insinuaba la posibilidad de una reforma religiosa en España iniciada por él. El rumor era, desde luego, falso, y el pretendido reformador se defendió de la impostura, exaltando la pureza de su ortodoxia. El asunto del milagro de las flores de San Luis le ocasionó la conocida persecución de los franciscanos, culminada en la acusación del P. Soto Marne, en sus *Reflexiones* [205], y sobre todo en su *Memorial que se presentó a la Majestad Católica* (1750 y 1751), en el que protesta de la orden del Real Consejo prohibiéndole atacar al benedictino. Es este Memorial una obra maestra de perfidia, en el que se deslizan al oído del Monarca las más viles acusaciones contra Feijóo. Insiste, sobre todo, en lo que en aquellas alturas podía ser más grave, a saber: en su actitud contra los príncipes y reyes, incluso algunos de la familia borbónica, y en su falta de españolismo. «Todas sus obras —dice— ofenden a la nación.» Sus críticas contra las Universidades las califica de infamantes para éstas. Es curioso lo bien escrita que está la diatriba, en contraste con el lenguaje culterano y pedante de sus libros: cuando quería que le oyesen con eficacia, se dejaba el capuchino de retóricas. Esto mismo dice Menéndez Pelayo ([154], III, 74): «tres *Memoriales* no tan mal escritos como el *Florilegio*». Sin embargo, el gran crítico santanderino comete la injusticia de defender la actitud de Soto Marne; incluso considera a estos *Memoriales* «muy racionales en el fondo». Son, simplemente, viles. Finalmente, tuvo Feijóo un enredo con la Inquisición por unos párrafos de su discurso *Importancia de la Ciencia física para la moral* (*Teatro*, VIII-XI). Salió bien del enojoso asunto. Los párrafos sospechosos son absolutamente inocentes y se refieren a matices de la conducta del confesor respecto a autorizar o no la asistencia de las jóvenes a los bailes y comedias.

[2] «Cuando se lee, sin embargo, apenas cabe decidir qué pudo moverle a tantas salvedades (se refiere a las de su ortodoxia). Católico, sacerdote, fraile; acostumbrado de mozo a la disciplina, con más de cuarenta años de oír o enseñar Teología cuando cogió la pluma, pudo muy bien hacerlas bajo el peso de sus hábitos y sus antiguas creencias; pero las hizo, a veces, con tal arte y de tal modo, que más parecen hijas del cálculo que del convencimiento. ¿No se las inspiraría el temor de romper con su pasado, el natural deseo de abrir camino a sus ideas y, sobre todo, la consideración del pueblo y el siglo en que vivía? A través de las palabras con que las formuló creo distinguir a menudo la ironía del que se ve obligado a decir lo que no siente» (Pi y Margall [182], p. VII). Montero Díaz asiente y escribe: «Así, su vida interior, más que en la dulce delectación producida por las obras bellas, debió transcurrir en esa lucha de conciencia que evidentemente hubo de suscitarse en su alma» ([182], p. 19). En el mismo sentido se expresa Morayta, a pesar de que su libro, como acertadamente dice Azorín, es «sereno, ecuánime, respetuoso y sin asomos de sectarismo y de pasión» ([25], p. 110). He aquí lo que dice Morayta: «Feijóo no quiso descatolizar a España; pero, sostengámoslo con entereza, si se lo hubiera propuesto, habría de todas maneras empezado por lo que hizo» ([163], p. 103). Nada menos cierto; ni deliberada ni involuntariamente amenguó, la obra de Feijóo, el espíritu católico de su país, sino el fanatismo yuxtacatólico, con lo que hizo sin duda un bien a sus creencias. La única vez en que en toda la obra de Feijóo se percibe claramente que dice lo contrario de lo que piensa es en el asunto de la campana de Velilla, que antes hemos citado; pero allí no hay ni ironía ni lucha de conciencia, sino, con toda claridad, una concesión forzada: porque lo de la campana que tocaba sola, lo admitían las autoridades eclesiásticas, y era difícil y peligroso alzar contra ellas la bandera de rebelión.

[3] Feijóo [72], núm. 57.

la separación entre el fenómeno científico y el artículo de fe. Desde su primera publicación comentaba ya las proposiciones de Santo Tomás acerca de qué «fe y ciencia son incomponibles» [3]. Si hubiera sido un escéptico embozado, no tendría el menor interés para nosotros su posición ante el problema del milagro. Si lo tiene tan alto, es porque precisamente cree en el milagro verdadero, lo cual le permite aplicar al falso el criterio experimental, no sólo con autoridad, sino con exacto rigor. No me he explicado nunca, como ya he dicho en otra ocasión, el que los escépticos se preocupen de combatir el milagro, pues para ellos, el que haya creyentes que acepten que un muerto resucita o que se cura una enfermedad incurable para la ciencia humana, debe tener el mismo valor anecdótico que el que, por ejemplo, los melanesios crean en los espíritus marinos hasta el punto de suponerles los padres de sus propios hijos [4]. La preocupación del milagro debe ser, en cambio, radical en el creyente estricto, para el que desechar los falsos prodigios equivale a realzar la trascendencia de los verdaderos [5]. Y ésta era la actitud de Feijóo, que seguramente no sentía el menor sobresalto de su fe cuando blandía su crítica experimental contra las fábulas religiosas que, acá y allá, brotaban en el suelo hispánico.

Supone, no obstante, una enorme conciencia de su propia autoridad y un considerable coraje el arremeter como él lo hizo contra las milagrerías en aquellos tiempos y en papeles destinados a la lectura de todo el pueblo. Su teoría general sobre el falso milagro está expuesta en el discurso antes citado; pero en su obra total alude constantemente al mismo problema, tratándolo siempre con idéntica crítica experimental. Son muchas las preocupaciones populares de base religiosa que él, religioso, deshizo así. Por ejemplo, en Oviedo era persuasión general que el día de Santa Clara había necesariamente truenos; nuestro fraile tuvo la paciencia de anotar durante veintitrés años el número de tronadas que coincidían con esa fecha: total, dos. Y así acabó con el pueril error que, como él decía, aunque minúsculo, ayudaba a desarraigar otros mayores [6].

Así podríamos citar varios más. Pero hay otra pequeña historia en la vida de Feijóo que tiene para mí, al llegar a este punto, el mismo valor trascendente que aquellas otras dos del chocolate y el sueño y del fantasma en la niebla, que tanto nos han ilustrado anteriormente. Creíase por altos y bajos que cuando una araña camina por una pared, bastaba pronunciar el nombre de San Benito para que al instante se detuviera. Un caballero «nada rudo» se lo quiso demostrar experimentalmente al Padre Maestro, tan poco amigo de creer en estas cosas. «Concertaron la experiencia» y, en efecto, la araña, al conjuro del santo nombre pronunciado por el caballero, se detuvo en su correría por el muro. Pero ni la circunstancia de ser patriarca suyo (San Benito) el obrador del prodigio convenció al animoso paladín de la verdad. Oigamos su contra-experimento, en el que nos parece ver al monje, viejecito ya, de setenta y cuatro años, observando al insecto, lleno de bondad y de exactitud, como un personaje de Azorín: «El caballero pro-

---

[4] Un ejemplo muy típico y reciente de lo que decimos está en la polémica entre mi excelente amigo G. R. Lafora [195] y sus contradictores [18] sobre los milagros: parecen dos enemigos que para combatirse disparan uno y otro a la luna.

[5] «Los milagros verdaderos son la más fuerte comprobación de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto a los infieles para no creer en los verdaderos» (*Teatro*, III-VI, 1). «Confieso que no puedo tolerar que, a expensas de la piedad, se haga capa del embuste» (*Idem*, íd., 14). Todo este discurso es fundamental. Un predecesor de Feijóo en la crítica de la credulidad en los falsos milagros es J. de Huarte en su *Examen de ingenios*, que he comentado recientemente [138].

[6] *Teatro*. V-V, 8.

nunció el nombre de San Benito hacia la araña y ella se paró. Pero notando yo que había articulado el nombre del Santo en voz muy fuerte y tonante, hice juicio de que acaso todo el misterio estaba en que el estrépito de la voz había aturdido algo a la araña. En efecto, no era otra cosa, porque habiendo esperado algún tiempo (que no fué mucho) a que la araña se moviese, yo, en voz mediana, le hice oír el nombre de San Benito sin que por eso dejase de seguir su camino; pero pronunciando después otra voz profana en tono esforzado, paró en la carrera» [7].

¿Qué hay de herético en esta escena deliciosa? Pues éste es y no más el método que el buen fraile aplicó a todas las milagrerías que cayeron bajo su crítica. Una vez era una cura milagrosa, exaltada desde el púlpito por predicadores ligeros, en la Coruña. Feijóo demuestra que la enferma se salvó. no por prodigio divino, sino «de un modo natural y muy fácil», gracias a un médico y cirujano que mandó venir y costeó el Cónsul inglés, calvinista empedernido [8]. Otra vez era un crucifijo que perteneció a la famosa monja de Agreda, y que sudaba sangre del rostro, con lo que hubo «gran conmoción de todos, nobles y plebeyos» y «rogativas, votos y limosnas». Pero un escribano advertido y sagaz quedó escondido durante la noche en el lugar donde estaba la imagen y sorprendió a una vieja, autora, por interés, del fraude, que tenía el rostro divino «con sangre que se sacaba de las narices». «El Corregidor, hombre de piedad sólida, hizo dar 200 azotes a la vieja» [9]. Y así en varios casos más. Pero nada expresa su actitud como las palabras con que define el supuesto milagro de la aparición de San Francisco de Paula sobre la Hostia Consagrada en el Puerto de Santa María, «ocasionándose el error por la reflexión que hizo en el vidrio del Viril la imagen del Santo colocada en el Retablo, por la casual situación de la imagen, las luces y el Viril». Hubo tan sólo, escribe, «reflexión en el cristal y falta de ella, de reflexión, en la gente» [10]. Con su física, pues, como en el experimento de la araña, iba podando al milagro verdadero de esa hojarasca de supersticiones que le añadía la industria, la irreverencia y la ignorancia de las gentes.

Su gran hazaña antimilagrera es sobradamente conocida y ha sido tan comentada que a nosotros nos bastará citarla. El día de San Luis, en la ermita dedicada a este santo, sobre un montecillo, en Cangas de Tineo, al cantar la Misa mayor «las paredes y puertas de la ermita, juntamente con el altar, vestiduras del sacerdote, Cáliz y Corporales, respectivamente, se pueblan, al decir unánime de las gentes y de varios doctos libros, de unas muy pequeñas florecitas blancas, en gran copia» [11]. Con estas flores se confeccionaban después remedios, según se decía, de prodigiosa eficacia. Feijóo demostró que no eran tales flores, sino huevecillos de insectos que existían abundantemente en cualquier tiempo y en todas partes. El supuesto milagro se hacía continuamente a la vista de todos y en cualquier lugar ajeno a la ermita; y sin embargo, la fuerza de la superstición deformaba aquella realidad incuestionable en la mente de las mismas personas que la presenciaban a todas horas. En esta ceguera del entendimiento y de los ojos consisten muchos supuestos milagros, y en verdad tal deformación de la mente colectiva no deja de tener mucho de milagrosa. La admirable, serena y pía demostración del benedictino sublevó el enojo de los franciscanos, pues el supuesto prodigio estaba autorizado por varios de sus cronistas y lo conside-

---

[7] *Cartas*, III-XVII, 34.
[8] *Cartas*, III-VI, 2.
[9] *Cartas*, III-VI, 13.
[10] *Cartas*, III-VI, 52.
[11] *Cartas*, I-XXX.

raban como prez de la Orden. Se abrió información, que fué desfavorable a Feijóo, que hubo de presenciar, dolorido, el alborozo con que los franciscanos celebraron el triunfo del falso milagro. Mas insistió el Padre Maestro con la ayuda del obispo de Oviedo, Don Juan Avelló, austero e inteligente varón, cuyas virtudes ensalza aquél en la dedicatoria del tomo I de sus *Cartas*. El discurso *Hecho y Derecho de la famosa cuestión de Las Flores de San Luis del Monte* [12], en el que fijó definitivamente la situación teológica y científica del problema, es una de las piezas más sólidas de nuestro polígrafo, y en ella quedó patente su razón, a pesar de los nuevos ataques, más zafios que eficaces, de sus adversarios [13].

Son estas páginas, representativas del triunfo de la razón pura sobre el error autorizado por la plebe y por las falsas autoridades, únicas en la historia de la cultura española, y no han sido ensalzadas en la medida de su trascendencia, sin duda por temor a remover susceptibilidades y pasiones al margen de la pureza de la intención de Feijóo y de la noble eficacia de su esfuerzo. Repito que sin motivo, pues uno de los más admirables rasgos de la polémica de las flores de San Luis —la más ardua que nuestro escritor hubo de sostener— es la falta absoluta de titubeos teológicos de su autor; la precisión casi automática con que va destruyendo la farsa supersticiosa con sus razones y sus experimentos hasta llegar al borde mismo de la verdad revelada, sin rozarla jamás; tal como el hábil arqueólogo que hace desaparecer el yeso grosero que recubre la arquitectura antigua sin menoscabo de ésta. Así también veremos, un siglo después, conducirse la mente de Pasteur.

No obstante, es comprensible la alarma que la actitud de Feijóo, reverberante de talento y de noble rebeldía había de producir en esos pobres de espíritu que quisieran vivir en la quietud de una charca y protestan contra los audaces que remueven sus aguas, sin darse cuenta de que sin esto, las charcas acabarían por pudrirse con todos sus habitantes. Un hombre que quería ver todos los problemas de este mundo a través de la experiencia y de la razón tenía que parecer desconcertante y peligroso a las gentes de un país que vivía fuera de la realidad. No sin razón le llama Menéndez Pelayo «insurrecto», y otro de sus críticos, «sublevado genial» [14]. Porque, lo que hay de genio en Feijóo es su rebeldía generosa, nativa, persistente y aun reforzada a través de los años de la decrepitud: cuando el hombre medio entrega cada día una de sus fortalezas ideológicas; hasta las más inexpugnables.

Hemos visto su actitud en los problemas trascendentales de las creencias populares sin respetar muchas que tradicionalmente se consideraban como milagrosas. Ahora estudiaremos su rebeldía contra la medicina y los médicos. Pero las salpicaduras del paso recio con que marchaba por el mundo de las ideas su entendimiento razonador, llegaron a todos: a los reyes imperialistas y guerreros [15], a los ricos ociosos [16], a los jueces y escribanos vena-

---

[12] *Cartas*, II, Apéndice a la XXVIII.

[13] Véase Soto y Marne [205]. Nuevamente, pero muy en resumen, le respondió Feijóo en la *Justa repulsa* [79], ps. 10 y siguientes.

[14] Montero Díaz ([162], p. 21), y Azorín: «Feijóo —comprensivo, humano, piadoso— se nos aparece en suma como un rebelde» ([25], p. 112)

[15] Ya hemos citado este discurso (*Teatro*, III-XII) y varias de sus frases implacables. He aquí otras: «Los príncipes conquistadores tan para todos son malos, que ni aun para sí mismos son buenos.» «Descártense del número de los héroes esos coronados tigres que llaman príncipes conquistadores, para ponerlos en el de los delincuentes», etc. También hemos visto cómo el P. Soto Marne aprovechó estas frases para acusar a Feijóo ante el rey; éste, por dicha, no le hizo caso.

[16] Véase su discurso *La ociosidad desterrada y la milicia socorrida*, en el que propone nutrir el ejército con los ociosos, los pordioseros y los escribanos (*Teatro*, VIII-XIII).

les [17], a los pordioseros de oficio [18], a los malos sacerdotes [19], a los que sólo piensan con los refranes [20], a los nacionalistas intransigentes [21], a las beatas [22], a los judíos y también a los que los persiguen sin caridad, inventando crímenes en ellos para luego despojarlos de sus bienes [23], a los petimetres [24], a los puristas del lenguaje [25], a los lógicos de aula que luego no saben razonar en la vida [26], a los profesores tarados de pedantesco dogmatismo [27], a los políticos que olvidan las grandes reformas radicales que si no se hacen desde arriba las tienen que hacer los pueblos por sí mismos [28], y a tantos más entes presuntuosos e ineficaces que pueblan la sociedad.

Los que no conozcan bien la obra de Feijóo tal vez pensarán, leyendo esto, que era un espíritu amargado y regañón; y no sólo no lo fué, sino que su condición apacible le duro hasta la vejez avanzada que logró alcanzar [29]. No hay en sus invectivas implacables ni pasión personal [30], ni menos aún ambiciosa trastienda, sino puro interés por el común provecho y una generosidad para ensalzar todo lo bueno que crece invariablemente junto a lo malo. Hicieron y harán, pues, mal en enojarse con él escribanos, señoritos, beatas y pedantes. A ninguno de estos gremios atacó con palabras más duras que a los

---

[17] «Un escribano que tiene poco que hacer es un complejo de las tres Furias.» «Teje enredos, vierte chismes, suscita discordias, mueve pleitos, promueve los que están movidos, sugiere trampas, oculta unos delitos, agrava o aminora otros» (*Teatro*, VIII-XIII).

[18] Véase el citado discurso (*Teatro*, VIII-XIII), y la carta *Erección de hospicios en España* (*Cartas*, III-XXVI).

[19] En muchos pasajes se encuentra invectivas contra los curas interesados e ignorantes. Véase, sobre todo, su admirable carta *Documentos importantes a un eclesiástico* (*Cartas*, IV-XIX). Severa y alta lección digna de nuestros más insignes moralistas, y compañera, en esta superior categoría, del discurso *Balanza de Astrea o recta administración de la justicia* (*Teatro*, III-X), maravilla de lenguaje, además, que debiera leerse en nuestras Facultades de Derecho. De ella se ocupó Ossorio y Gallardo [173].

[20] *Teatro*, I-VI, 41. Me es especialmente interesante este asunto; en varias ocasiones he comentado la nocividad de los refranes, sobre todo en las mentes meridionales. Y me ocuparé más por lo largo.

[21] «El amor a la patria particular en vez de ser útil a la República, es por muchos conceptos nocivo», etc. (*Teatro*, III-X, 31). Gran provecho sacarán de esta lectura tanto los fascistas como los regionalistas actuales.

[22] «Una beata determinó el significado de esta voz a unas mujercillas, o ya de devoción indiscreta, o ya de virtud sólo aparente) que constituye toda la bienaventuranza en rezar, y aun los días feriales se está en la iglesia una buena parte del día. ¡Oh qué ocupación tan santa! No, sino maldita, si lo que deja de trabajar para su sustento se ha de compensar después con pedir prestado lo que nunca pagará; no, sino maldita, si, como sucede muchas veces, la madre está hambreando por la ociosidad de la hija; e hiciera muy bien la madre si fuese a la iglesia y trajese arrastrada por los cabellos a la hija para ponerla la rueca en la cinta, aunque se escandalizasen las demás beatas del pueblo» (*Teatro*, VIII-XIII, 22).

[23] *Cartas*, III-VIII. Esta carta y la famosa en que se ocupa de los fracmasones —o «muratores»—, reduciendo a sus proporciones exactas su pretendido poder (*Cartas*, IV-XVI), son todavía de punzante actualidad. Más adelante nos ocuparemos de nuevo de esta última.

[24] «¿Quiere V. Md. saber cuál es el animal más ridículo y contemptable que hay en el mundo? Yo se lo diré: un eclesiástico petimetre. Dios libre a V. Md. de caer en tal oprobio» (*Cartas*, IV-XIX, 46).

[25] *Cartas*, I-XXIII. Comentaremos por separado este escrito, uno de los más discutidos de Feijóo.

[26] *Cartas*, II-VI, 15 y siguientes.

[27] Véase *Cartas*, II-XVI, y todos los discursos precitados del tomo VII del *Teatro*, sobre la reforma de la enseñanza.

[28] Véase, por ejemplo, los discursos *Honra y provecho de la agricultura* (*Teatro*, VIII-XII), y el citado *La ociosidad desterrada* (*Ibid.*, VIII-XIII).

[29] Léanse las páginas magníficas en que explica su conducta en la vejez (*Cartas*, V-XVII). Ellas sólo bastarían para colocar a Feijóo en la primera línea de los moralistas y escritores castellanos; están escritas a los ochenta y cuatro años.

[30] De esta imparcialidad de sus juicios han de excluirse los que dirigió a sus impugnadores, que fueron muy enconados, sobre todo en los comienzos de su vida de polemista, como ya hemos dicho.

médicos; y yo, que lo soy, y celoso como el que más de mi arte, no sólo no siento enojo cuando leo sus palmetazos, aun los que no fueron justos, sino que me deleito en su lectura; y si quisiera designarle con algún adjetivo especial entre mis autores predilectos le llamaría, como él llamaba a Tozzi, «mi amicísimo» [31]. Nada puede dar idea del éxito de un libro como este de que su lectura nos ligue de amistad con su autor, a quien no conocemos ni podremos conocer; porque es la señal cierta de que su alma está infundida en sus páginas y de que éstas se han hecho porosas milagrosamente al alma del lector [32].

Así se engendró este gran entendimiento agitador y vivificador de su ambiente. Y tuvo para complemento de su eficacia el arma de un lenguaje exacto y diáfano, verdadero promotor del estilo científico castellano. Pero esto requiere más detenido examen.

VIII.—Literatura de Feijóo. El lenguaje científico

¿Cómo escribía Feijóo? Sus contemporáneos, incluso los adversarios, reconocieron al monje polemista la condición de excelente, de magnífico literato [1]. No citaremos a todos los apologistas protocolarios de cada uno de sus volúmenes: todos ellos alaban como por deber, pero con particular encomio, este mérito de nuestro autor [2]. Sólo queremos recordar, por su alta autoridad, al Padre Flórez, que reputaba como «único» el estilo del polígrafo benedictino [3]. Mas en los críticos del siglo XIX, a la vez que renace el interés por la figura cultural de Feijóo, se acentúa el desdén para su literatura. Se debe en parte esta actitud al fastidioso don Vicente de Lafuente, pues sus Preliminares a la edición de las Obras del Padre Maestro en la Biblioteca de Autores Españoles constituyeron para los que no piensan por cuenta propia, irrecusable autoridad en asuntos feijonianos durante largo tiempo. Lafuente dedica largos párrafos a sentenciar como funesta la literatura de Feijóo. He aquí algunas de sus frases: «con más arte, hubiera sido elocuente, pero en realidad no lo fué porque en las veces que quiso aparecerlo en el *Teatro Crítico* y las *Cartas*, resultó hinchado, sin poder elevarse, como los globos aerostáticos cuando llevan mucho peso». «Una vez que quiso él mismo enaltecerse como inventor de voces nuevas no fué muy muy feliz; no es extraño; cuando nació Feijóo apenas hacía medio siglo que había muerto Góngora.» «Esto con respecto al estilo. El lenguaje es peor; plagado de galicismos, latinismos y de idiotismos particulares de las dos provincias donde pasó su vida, Asturias y Galicia.» Cita luego una serie de estos latinismos y galicismos, y concluye: «No es solamente en estas palabras donde Feijóo muestra lo mucho que se corrompió su lenguaje por el continuo manejo de libros franceses.» Hay que leer toda esta catilinaria,

---

[31] *Teatro*, VIII-X, 186.

[32] Después de escrito esto, leo en la Pardo Bazán [175], p. 163): «Es (Feijóo) de los escritores que, a poco de manejados, hacen del lector un amigo.»

[1] Algunos le achacaban ya, sin embargo, el uso excesivo de voces extranjeras, que luego han explotado tanto los críticos posteriores. El mismo Feijóo empieza así la carta en que defiende el uso que hace de algunas voces o peregrinas o nuevas en el idioma castellano: «Señor mío: El tono en que V. Md. me avisa *que muchos me reprenden la introducción de algunas voces nuevas en nuestro idioma*», etc. (*Cartas*, I-XXXIII).

[2] Uno de ellos, Fr. José Balboa (Aprobación al tomo IV de las *Cartas*, p. XIX), escribe estas exactas palabras: «Esta es, a mi ver, la razón por qué, siendo tan diferentes los gustos, a todos agradan los escritos del Sr. Feijóo. Doctos y rudos, apasionados, imparciales y aun desafectos, convienen en que tiene en el modo de explicarse *un no sé qué* que hace leer con deleite cuanto dice.»

[3] Carta del P. Flórez (*Cartas*, II, p. XVI).

que Lafuente termina casi disculpándose de que, «a pesar de esto», los escritos de Feijóo tengan cabida en la Biblioteca de Autores Españoles. Y todo ello con el aire de un catedrático pedante —de aquellos que el fraile zahería con tanto garbo—, que suspende a un discípulo inteligente porque no sabe bien su libro de texto [4]. Lástima que Menéndez Pelayo, que ha influído, tan sin objección por parte de los demás, en la categoría que dió a Feijóo el pasado siglo, echase también el peso de su inmensa autoridad a esta sentencia de la mala literatura de nuestro escritor. Y no fué el único [5].

Claro es que frente a estos impugnadores de la retórica feijoniana hay, por dicha, otros críticos modernos que la alaban [6]. No seré yo tan osado que mezcle mi opinión en la retórica de batalla. Además, el mismo fraile no hubiera agradecido la defensa, porque una de sus más comentadas y escandalosas actitudes fué aquella de alzar, ya viejo, bandera de rebeldía y desprecio contra académicos y gramáticos [7]. Juzgando por lo que hoy ofenderían a muchas orejas pudibundas, podemos imaginarnos el escándalo que entonces provocaron aquellas frases osadas del ensayista gallego: «puede asegurarse que no llegan ni aun a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a las reglas comunes». «Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, siempre que no pretendan sujetar a los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento les obliga a esa servidumbre. Los hombres de corto genio son como los niños de

[4] Lafuente ([109], ps. XXXVI y siguientes). Con el mismo malhumor que yo habla de Lafuente el gran escritor gallego M. Murguía [164].

[5] Menéndez Pelayo [154], III, p. 75: «¡Lástima que ofrezca su estilo tantos y tantos vocablos galicanos, algunos de ellos tan inauditos!», etc. «¡Lástima mayor que hiciera perder el primero a nuestra sintaxis la libertad y el brío, atándola a la construcción directa de los franceses!», etc. La Pardo Bazán [175], p. 25, escribe: «No nos hagamos ilusiones los panegiristas: el coloso de la crítica no es un modelo acabado para que en él se formen los aprendices de las bellas letras.» Más rotundamente, dice Araujo Costa: «Feijóo escribía mal» [17].

[6] Montero Díaz [162] habla de «la prosa flúida y clara de Feijóo», de «aquella precisión diamantina de todos sus escritos», y hace una defensa excelente de su supuesto afrancesamiento. Echamos de menos esta defensa del estilo de Feijóo en Azorín, porque el estilo didáctico que creó Feijóo no ha tenido representantes más altos que el mismo Azorín y Pi y Margall, con nuestro Cajal. Hay párrafos de Feijóo que parecen azorinianos, como algunos del ensayo *El no sé qué* (*Teatro*, VI-XII), de donde son, por ejemplo, estas líneas: «Ven una graciosita aldeana, que acaba de entrar en la Corte, y no bien fijan en ella los ojos, cuando la imagen que de ellos trasladan a la imaginación, les representa un objeto amabilísimo. Los mismos que miraban con indiferencia o con una inclinación tibia las más celebradas hermosuras del pueblo, apenas pueden apartar la vista de la rústica belleza. ¿Qué encuentran en ella de singular? La tez no es tan blanca como otras muchas que ven todos los días, ni las facciones son más ajustadas ni más rasgados los ojos, ni más encarnados los labios, ni tan espaciosa la frente, ni tan delicado el talle. No importa. Tiene un *no sé qué* la aldeanita que vale más que todas las perfecciones de las otras. No hay que pedir más, que no dirán más. Este *no sé qué* es el encanto de su voluntad y el atolladero de su entendimiento.» Tampoco se dió cuenta de estas cualidades del estilo de Feijóo don F. Pi y Margall [182], p. X: «Como escritor se le suele estimar en poco. No merecerá asiento entre los autores clásicos, pero dejó páginas que le honran. Si peca generalmente de difuso, si es poco atildado en la frase, si abusa de los retruécanos, si por lo vulgar de la alocución deslustra no pocas veces la alteza de los conceptos, es, en cambio, fácil y claro; sabe en ocasiones dar relieve y cuerpo a las ideas y conmueve en otras el ánimo por lo sentencioso y varonil de su estilo.» Por lo menos no podía pasar inadvertida esta diafanidad del estilo de nuestro benedictino al publicista republicano español, que escribía con estas mismas virtudes, como el mismo Azorín ha hecho tantas veces notar. Morayta, en cambio, muy certeramente, elogia la eficacia didáctica de su prosa, de la que luego volveremos a hablar. Los extranjeros lo apreciaban así también: la limpieza expresiva de un escritor la juzgan quizá mejor que los de dentro los de fuera. Laborde, por ejemplo [108] (tomo VI, 166), que era tan inteligente y que conocía de primera mano nuestros literatos, alaba «el estilo puro, simple, claro, metódico» del *Teatro*.

[7] *Cartas*, I-XXXIII, ya citada.

la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borronos y garabatos desperdician toda la tinta.» «¿Pureza de la lengua castellana? ¿Pureza? Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad.» A un hombre así no se le puede contestar con argumentos de dómine a lo Lafuente.

Además, como ocurre siempre con los rebeldes, el progreso humano anula pronto sus más agudas rebeldías; porque no hay rebeldía comparable con la del devenir imperturbable de la vida y de la ciencia. Y así vemos que la rebeldía de Feijóo no sólo ha dejado en gran parte de serlo, sino que lo que él mismo consideraba como desafueros intolerables en el lenguaje de los demás es hoy de uso corriente y vulgarísimo. Tal muchas de las palabras que sarcásticamente criticaba en el lenguaje del Padre Soto Marne, como «radiaciones», «esplendoroso», «incontestable», «presuntuoso», «pavoroso», «agitar», etcétera [8], que ahora son del habla oficial popular.

A mí, como espectador literario, me parece maravilloso el lenguaje de Feijóo [9]. No me importan sus galicismos, sus ligerezas, sus provincianismos. No

---

[8] *Justa repulsa* [79], p. XIII. El Padre Soto Marne escribía «con pésimo, gerundiano estilo» (Menéndez Pelayo [154], III, p. 74. Puede juzgarse por el título de su más famosa obra, que es así: *Florilegio sacro que en el celestial ameno frondoso Parnaso de la Iglesia riega (místicas flores) la Aganipe Sagrada, fuente de Gracia y Gloria de Cristo. Dividido en Discursos, Panegíricos, Anagógicos, Tropológicos y Alegóricos fundamentados en la Sagrada Escritura.* Esto mismo —nada raro, por lo demás, en aquella época— hace resaltar el mérito de la sencilla tersura del lenguaje de Feijóo, inmune milagrosamente al funesto ambiente. Con todo, Soto Marne, como ya hemos dicho, hubiera visto hoy incorporada a la corriente del lenguaje oficial y vulgar algunas de las voces de su pedantería. Lo mismo ha ocurrido con bastantes de las palabras que Mañer [127] ridiculizaba a Feijóo y han entrado ya en el uso vulgar.

[9] Me permito copiar aquí, por su profundidad, por su belleza o bien por su graciosa originalidad, algunas frases de Feijóo escogidas casi al azar entre las muchas que llenan su obra. Pi y Margall [182] hizo también una selección de algunas de sus bellezas literarias, creo que sin gran fortuna.

«El modo de dar paso seguro a la justicia es desembarazar el camino a la verdad; y para esto no hay otro arbitrio que el castigar con severidad la mentira» (*Teatro*, III-XI, 38).

«Creo qúe si castigasen dignamente todos los alguaciles y escribanos delincuentes, infinitas plumas y varas que hay en España, se convertirían en remos» (*Teatro*, III-XI, 46).

«Casi a un paso andan fugitivos de los ojos humanos la virtud y la maldad. Aquélla se oculta debajo del velo de la modestia; ésta se esconde tras del parapeto de la hipocresía. El vicioso pinta en el semblante la virtud; el virtuoso la despinta» (*Teatro*, III-XV, 1).

«La fermentación, solemne instrumento de la naturaleza para infinitas obras suyas» (*Teatro*, III-XIII, 79).

«No hay alimento tan bueno que sea bueno para todos ni le hay tan malo que no sea bueno para alguno» (*Teatro*, IV-III, 7).

«Dícese que Arquímedes hizo aquel estrago vibrando a las naves los rayos del sol unidos en el foco de un espejo» (*Teatro*, IV-VII, 61).

«Tres prestidigitadores peritísimos ejercieron su ilusoria sutileza (*Teatro*, IV-XI, 42).

«He visto que algunos discretos, al notar la escasez de voces que padecen aun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse a nadie de que falten cosas para muchos nombres» (*Teatro*, V-II, 1).

«En nuestras historias se celebra el valor de una señora la cual, viéndose sitiada y amenazándola los enemigos que matarían a un hijo suyo que tenían prisionero si no se rendía, con desenfado más que varonil, señalando con cierto ademán la oficina de la generación, les dijo que allí tenía con qué hacer otros hijos si le matasen aquel» (*Teatro*, VI-X, 16).

«No falta (en aquel paisaje) la cristalina hermosura del agua corriente, completamente preciso de todo sitio agradable; pero que bien lejos de observar en su curso las mesuradas direcciones, despeños y resaltes con que se hacen jugar las ondas en los reales jardines, errante camina por donde la casual abertura del terreno da paso al arroyo» (*Teatro*, VI-XII, 3).

«La ciencia es un tesoro que se debe expender con economía, no derramarse con prodigalidad. Es preciosa poseída, es ridícula ostentada; pero bien apurada la verdad, se ha-

sólo no me importan, sino que me encantan sus innovaciones. Y añado que la inmensa mayoría de los libros famosos de aquel siglo y de buena parte del siguiente ya no los puede sufrir la sensibilidad actual; y en cambio, los escritos del monje de San Vicente corren sin sobresalto como en un cauce propio, por el gusto de hoy. Las modas cambian, pero a través de ellas hay obras humanas que tienen desde que nacen el sello inconfundible de la eternidad, y esto ocurre con las de Feijóo. Varios de sus críticos señalan con desdén y como causa de sus incorrecciones, que escribía para el pueblo. Y en esto, justamente, está la razón de su jerarquía y de su permanencia. Las gentes cultas son como las flores, flores delicadas, de cada época de una civilización. Pero las flores pasan pronto y subsiste la tierra —el pueblo— inmutable, de donde nacen todas las especies y las generaciones de flores. Bien haya el que ama la tierra. Feijóo escribía, aunque no lo creyese [10], para la eternidad, y a la eternidad, no se llega por la senda de las minorías cultas, sino por la ancha vía pedregosa de la gran humanidad de cada momento histórico, que es igual a través de toda la historia humana.

Pero lo que en este libro quiero comentar del estilo de Feijóo no es su hermosura literaria, sino su envergadura didáctica y científica. En este sentido —como en otros—, quien más exactamente ha ilustrado la obra feijoniana ha sido Morayta. Este, al ponderar la eficacia de dicha obra, escribe: «Débese tan notable resultado a su profundo saber, al singular arte con que lo exponía y a sus notabilísimas dotes de escritor» [11]. Es exacto. Un ejemplo irrefutable nos lo confirma: la mayoría de sus puntos de vista doctrinales, en lo que se refiere a su actitud experimental y particularmente a su crítica de las ideas y de la práctica médicas, fueron expuestas antes y a la vez que él por otros

---

llará que nunca la poseen los que la ostentan. Sólo los que saben poco quieren mostrar en todas partes lo que saben» (*Teatro*, VII-X, 72).

«La descendencia de tales o tales insignes antiguos nunca es cierta; porque nunca es cierto ni puede serlo que de treinta tálamos que se cuentan en una serie genealógica ninguno haya padecido los insultos de alguna fecunda alevosía» (*Teatro*. VIII, Prólogo, pág. XIV).

«En el útero femenino está, sin duda, escondido el Proteo de las enfermedades» (*Teatro*. VIII-VI, 88).

«El cometa es una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo» (*Teatro*. I-X, 1). Esta frase era favorita de Feijóo; véanse *Cartas*: I-XXXIII, 19. Lafuente [109], p. XXXVII) la trata despectivamente, achacándola a influencia gongorina.

«Europa no tiene nobleza de más garbo que la francesa» (*Teatro*, II-IX, 13).

«Yo digo que quien quiere que los poetas sean muy cuerdos, quiere que no haya poetas» (*Teatro*, I-XV, 32).

«Un gran bien haria a los nobles quien acertase a separar la nobleza de la vanidad» (*Teatro*, IV-I, 1).

[10] En efecto, uno de los pasajes más desgraciados de Feijóo es, a no dudar, aquel que titula *Es vano y fútil el cuidado de la fama póstuma* (*Teatro*, VI-I, 118). «Ningún apetito más irracional cabe en el hombre —escribe— que aquel que se dirige a objeto del cual nunca puede gozar. Tal es el deseo de que su nombre sea glorioso en el mundo después de su muerte. Muerto el hombre, muere para él todo lo que queda por acá. ¿Qué importará que todo el orbe se deshaga en aclamaciones de sus prendas? El humo de ese incienso todo se lo lleva el aire, sin que a él le toque parte alguna.» Gran error del Padre Maestro, que su misma conducta hace resaltar. Si no nos importase la posteridad, ¿para qué nos había de importar el presente? Entonces sólo obraríamos por ese incienso que después ya no llega hasta nosotros: mezquina razón que no justificaría el más leve de nuestros pasos en la tierra. Cuanto hacemos con algún ímpetu no es precisamente por el incienso que nosotros hemos de percibir, sino por el que pueda quedar cuando hayamos muerto. Ni siquiera justifica el pensar así el hecho de no tener hijos: para quienes, los que los tenemos, quisiéramos labrar tantos cuarteles de gloria en torno de nuestro nombre y el de ellos. El afán de superar la propia vida en la propia obra es, por el contrario, instinto tan natural en el hombre como el de perdurar en la especie por la descendencia. Tan natural y más excelso porque es el que nos distingue específicamente de los brutos; y esto lo mismo en el hombre genial que concibe una pirámide gigantesca que en el pobre esclavo que acarrea las piedras para construirla.

[11] Morayta [163], p. 219 y siguientes.

escritores, y entre ellos por hombre tan eminente como el doctor Martín Martínez, catedrático, médico de los reyes, clínico de fama inigualada y escritor copioso y celebrado. Sin embargo, toda la eficacia de la nueva doctrina se debió en su tiempo y en el subsiguiente a Feijóo y no a Martín Martínez. Porque éste, aun cuando fué el más enérgico defensor de escribir los libros de ciencia en romance y no en latín para que alcanzasen la máxima vulgarización, poseía un estilo culterano, muchas veces enrevesado y pedante, que hoy hace enfadosa su lectura, en contraste con la vena clara de la literatura de su amigo el gran monje gallego.

Esta necesidad de hablar claramente a todos y de temas científicos hasta entonces no redactados en lengua castellana, explica en gran parte, como ya indicaba su biógrafo Campomanes [12], y como Morayta apunta también, la abundancia —que es necesidad— de sus extranjerismos. Esto mismo tenemos que hacer ahora los hombres de ciencia y singularmente los biólogos. Un psiquíatra moderno, por ejemplo, tiene que castellanizar necesariamente una multitud de germanismos sin los cuales tendría que renunciar a escribir en nuestra lengua.

Porque lo típico del lenguaje de Feijóo es que es un lenguaje esencialmente científico, en el cual, la única elegancia permitida es la claridad. Lenguaje de períodos breves, de expresiones exactas, de adjetivos estrictos y oportunos, de ausencia de metáforas, salvo las explicativas, y de continuo sacrificio ante la nitidez de la expresión, de todas las convenciones retóricas, entre ellas la repetición —de palabras, de conceptos—, sin la cual no se puede enseñar. Enseñar —no me cansaré de repetirlo— es sólo claridad e insistencia [13]. Un lenguaje, en suma, que vista las ideas, como la malla que dibuja con precisión las formas que cubre y no como el miriñaque ampuloso que disimula y deforma el cuerpo que reviste. Por esto, los grandes estilistas científicos no necesitan preparación literaria; pero sí, en cambio, tener las ideas perfectamente limpias y ordenadas en la cabeza. Así ocurría con nuestro benedictino —no olvidemos que, como dice Azorín, Feijóo fué ante todo inteligencia—, y, por eso, nos explicamos que, educado en un mal ambiente literario y empezando a escribir a los cincuenta años, desde su primera página hasta la última, trazada con la mano casi paralítica, aparezca, entero y sin aprendizaje, el estilo, de insuperable nitidez.

No es, empero, del todo exacto, y nos conviene aclararlo, que su *Teatro* fuera su primera producción literaria, pues —aparte de documentos de menor cuantía—se sabe que Feijóo escribió bastantes poesías, buenas o malas, es lo de menos [14]; pero lo recuerdo porque creo que el hábito poético es la mejor preparación para escribir después las cosas de ciencia, por lo común tan prosaicas, pero en las que el pensamiento encontraría su óptima envoltura literaria en una rima inverosímilmente flúida. Si los médicos pudiéramos escribir de nuestras enfermedades, como Virgilio describió la peste de las vacas y

---

[12] Campomanes [41-A], p. XIV.

[13] Véase nuestro prólogo a la segunda edición de *Amiel* [137] y [138].

[14] No es éste el lugar de juzgar a Feijóo como poeta: sobre la mediocridad de su forma y la escasa tensión poética de sus temas están todos de acuerdo. A la bondad del Abad de Samos debo la lectura de una larga poesía en décimas de Feijóo, que sumar a las ya conocidas, y tal vez inferior a todas en mérito; es la que empieza: «No temas, Lorenzo fiel —los rayos del Dios tonantes», etc. En el manuscrito del P. Núñez (doy desde aquí las gracias al Sr. García Armesto, capellán de las Descalzas Reales, a cuyo archivo pertenece este manuscrito), hay copiada otra: *Explicación física del no sé qué de la hermosura*. En la Biblioteca Nacional hay un volumen (ms. 19.318) de *Poesías varias de Feijóo*. En un manuscrito del Museo de Pontevedra, que cita Millares [160], hay 109 poesías, muchas publicadas por Areal en [19] y en el t. III de la *Ilustración Gallega y Asturiana*. Otra, publicó Macías [122]; etc.

de los cerdos, es evidente que nuestra ciencia estaría, en cada caso, la mitad más cerca de todos los entendimientos.

En este sentido didáctico me atrevo a repetir que Feijóo es el creador, en castellano, del lenguaje científico; y yo no me canso de recomendar la lectura del *Teatro* y, más aún, de las *Cartas* a los jóvenes hombres de ciencia que por lo común no se mortifican lo bastante cuando cogen la pluma para escribir sus técnicas y observaciones. Si alguien dudase de lo que digo debe leer las descripciones de aparatos que nuestro polígrafo hace en varios pasajes de su obra; por ejemplo: la de la linterna mágica [15] —invención prodigiosa de aquellos tiempos—, o la de la máquina neumática [16]. En nada se aprecia la buena calidad de una prosa científica como en el relato de los métodos y de los aparatos, y, si prevaleciese mi consejo, sería éste un ejercicio inexcusable en todos los concursos y oposiciones, en los que se molesta a los candidatos con tantas otras pruebas ridículas e inútiles.

IX.—El médico frustrado. Actuación médica de Feijó

Con esta preparación formidable emprendió el Padre Benito Jerónimo Feijóo la parte más extensa y trascendental de su obra reformadora, la que levantó más espesa polvareda de ataques y contrarréplicas, apologías y sátiras y toda clase de palabras del calibre más grueso; parte que, sin embargo, no ha sido hasta ahora contrastada con una crítica serena y a la luz de la ciencia actual. Me refiero a sus ideas biológicas, fisiológicas y médicas. Los críticos posteriores a Feijóo se reducen por lo común al estudio bibliográfico de la gran polémica médica que suscitó su actitud [1]. Chinchilla [2] y Hernández Morejón [3] se constriñen a una exposición brevísima de la actitud del fraile contra nuestros colegas y a mostrar su espíritu de clase ofendido —después de tantos años— por las acometidas de nuestro autor. Lafuente consideró tan absurdos los escritos médicos feijonianos que los eliminó de su antología [4]. Yo me propongo hacer en la medida de mis fuerzas esa crítica que falta. para la cual era antecedente inexcusable cuanto he dicho acerca de la actitud general del Padre Maestro ante la ciencia.

Es evidente que la medicina constituyó para nuestro monje, más que un tema de interés, una verdadera obsesión. Podría asegurarse, sin temor a errar, que dentro del austero sacerdote y admirable ensayista había un gran médico frustrado. De los varios «dobles» que todos llevamos ocultos en nuestra personalidad, sin duda uno de los más frecuentes es el de «la otra vocación»; y cuando la ocupación social elegida no es la que corresponde a la inclinación más fuerte, aquella otra. la vocación verdadera, permanece viva, aunque sofocada en nuestra alma y nos importuna e inquieta cuando no nos ayuda traidoramente a fracasar. No era éste el caso de Feijóo, modelo de frailes que un año antes de morir declaraba que «jamás había estado pesaroso ni por un instante de haber abrazado la vida monástica [5]: pero no tiene duda

[15] *Teatro*, III, 11, 12 y 13.

[16] *Teatro*, V, IX, nota final.

[1] Véanse Morayta [163], capítulos IX y X, y Millares [160], p. 63. Luego nos ocuparemos de este punto.

[2] A. Chinchilla [55], t. III, p. 66.

[3] A. Hernández Morejón [96], t. VI, p. 462.

[4] «Yo no he querido entrometerme en estudiar ni unos ni otros (los escritos médicos del P. Feijóo y los del P. Rodríguez). Dios me libre de caer en tan mala tentación. Pero *supongo* que no han de valer gran cosa.» [109]. p. XLI.

[5] Véase Uria [219]. p. 19.

que el gran médico que hubiera sido, medio sofocado por los hábitos y por la teología, reaparecía a cada instante en su vida oficial y privada, ocasionándole no pocos disgustos; pero también algunas de sus más hondas satisfacciones.

Recuérdese que la primera aventura experimental de Feijóo fué aquella puramente médica de la purga y el chocolate. El primer escrito suyo que libran al público las prensas, poco antes de que apareciese el tomo inicial del *Teatro Crítico*, es la *Apología a la Medicina escéptica* de Martín Martínez. en la que están ya esbozados todos los temas médicos que había de ir desarrollando después a lo largo de los trece volúmenes de su obra. En dicho primer tomo del *Teatro*, ocupan el lugar de honor sus dos ensayos capitales sobre el arte hipocrático, los titulados *Medicina* y *Régimen para conservar la salud*. En el total de sus libros se hallan nada menos que 39 discursos o cartas dedicadas a asuntos exclusivamente médicos[6], sin contar las alusiones a estos mismos problemas que en realidad no faltan en casi ninguno de sus escritos. Y a todo ello hay que añadir las publicaciones aparte de la serie principal y las cartas para intervenir en las polémicas que se suscitaron en torno de sus ideas médicas [7].

Se me dirá que gran parte de esta prosa estaba dedicada al vituperio de los doctores, lo cual contradice mi hipótesis de su vocación médica. Su axioma predilecto era aquel de *qui Medice vivit, misserrime vivit*. Pero esto mismo no indica otra cosa que afectiva preocupación por el tema. Todos sabemos que la carga eléctrica del amor cambia a veces su signo positivo por el negativo, y es entonces acaso cuando más hundida está en las almas. Nin-

[6] *Teatro*, vol. I: V. Medicina.—VI Régimen para conservar la salud. Vol. II: X. Días críticos.—Vol. IV: IV. El médico de sí mismo.—Vol. V: VI. Señales de muerte aparente.—VII. El aforismo exterminador.—Vol. VII. IX. La cuaresma salutífera.—XIV. De lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina.—Vol. VIII: X. Paradojas médicas.

Cartas. Vol. I: IV. Sobre el influjo de la imaginación materna respecto del feto.—VIII. Sobre evitar los funestos errores de enterrar a los hombres antes de tiempo.—XIII. A un médico que envió al autor un tratado suyo sobre utilidades del agua helada en notable copia y contra los purgantes.—XIV. A otro médico que envió al autor un escrito suyo en que impugna el tratado del médico antecedente.—XV. De los escritos médicos del Padre Rodríguez, cisterciense.—XVI. Del remedio de la transfusión sanguínea.—XVII. Sobre la medicina transplantatoria.—XX. De los remedios de la memoria.—XXV. Sobre la virtud curativa de lamparones atribuida a los reyes de Francia.—XXXV. De la anticipada perfección de un niño en la estatura y fuerzas corporales.—XL. Sobre la ignorancia de la causa de las enfermedades.—Vol. II: IX. Experimentos del remedio de sofocados y virtudes nuevas de la piedra de serpiente.—XVII. Uso más honesto de la arte obstétrica o de partear.—Vol. III: VI Sobre una disertación médica.—IX. Sobre un nuevo libro de medicina.—XVI. Sobre cierta lesión de la vista de un caballero.—XVIII. Sobre una extraordinarísima inedia.—XXVIII. Del descubrimiento de la circulación de la sangre hecho por un albéitar español.—Vol. IV: IV. De la charlatanería de algunos médicos advenedizos.—IX sobre los polvos purgantes del doctor Aihaud, médico de Aix, de la Provenza. XI. Sobre una cuestión médica: si los que padecieron peste una vez y sanaron, reinciden o no en el mismo mal.—XIV. Contra el abuso de acelerar más que conviene los entierros.—XVII. De varias cosas pertenecientes al régimen de la salud: es mejor gobernarse por el instinto que por el discurso.—XXVI. Que no ven los ojos, sino el alma, y se extiende esta máxima a las demás sensaciones.—Vol. V: X. Dase noticia y recomiéndase la doctrina del famoso médico español don Francisco Solano de Luque.—XI. La advertencia sobrepuesta a la carta antecedente, manifiesta el motivo y asunto de la siguiente.—XIII. Sobre la ciencia médica de los chinos.—XIV. Respóndese a cierto reparo que un médico docto propuso al autor sobre la obligación que en una carta moral, en asunto de terremoto, ultimó a todos los que ejercen la medicina de obedecer la bula *Supra gregen dominicum*, de San Pío V.—XX. Descubrimiento de un nuevo remedio para el recobro de los que, aun estando vivos o en los casos en que se pueda dudar si lo están, tienen todas las apariencias de muertos.—XXIII. Sobre la mayor o menor utilidad de la medicina según su estado presente y virtud curativa del agua elemental.

[7] Véanse [74], [73] y [76]. Se ocupa también, aunque incidentalmente, de medicina en [77] y [79].

guna mujer ignora que el hombre que la huye es el que está más cerca de ella. Desde Aristófanes a Bernard Shaw, pasando por Petrarca, por Molière y por Quevedo, siempre he entendido que las sátiras antimédicas son expresión de bordada e inadvertida de una atracción enérgica hacia nuestro arte; y, a veces, simple resentimiento de no poder recetar. En el caso de Feijóo no podemos nosotros, por lo demás, caer en el mismo error de sus contemporáneos que le achacaban un sistemático desprecio hacia la ciencia médica y sus sacerdotes. El tenía sus ideas —ahora veremos que por lo común superiores a las de los médicos de su tiempo— y, encastillado en ellas, fulminaba su indignación o su sarcasmo contra los medicastros ignorantones y pedantes. Pero salvando siempre a los sabios y razonables. «Yo no estoy mal con los médicos, antes los amo mucho», dice ya en su primer Ensayo [8]; y no cesa de repetir, siempre que viene a cuento, estas alabanzas: «No hay ciencia o arte —escribe otra vez— que requiera más ingenio, más penetración, más claridad de entendimiento, más sólido juicio que la medicina» [9]. O bien: «Después de un predicador, el médico es la más preciosa alhaja que puede tener una República» [10]. Pero una cosa es la medicina verdadera y otra la que con un título de médicos ejecutan algunos mercaderes: «Venero a la Facultad Médica como honorabilísima y nobilísima. Huiré los médicos malos; siempre amaré los buenos» [11].

Que no es inducción imaginativa este amor reprimido de Feijóo a la profesión médica lo demuestra el que no sólo teorizaba sobre los temas doctrinales de esta ciencia, sino que, de hecho, la ejercía también. Sus escritos están llenos de pruebas de este verdadero intrusismo profesional que hoy le hubiera acarreado muchos enojos con nuestros susceptibles Colegios de Médicos. Veámosle junto al lecho de los dolientes, como actor, como colaborador o como simple crítico de los doctores verdaderos [12].

Una vez trata al Padre Cuevas, de su convento (afecto, sin duda, de una púrpura hemorrágica, que describe muy bien), con aplicaciones de nieve, excluyendo toda otra medicina [13]. En otra ocasión, hace un diagnóstico delicadísimo de lesión cerebral en el Padre José del Corral, observando en el paciente unas casi imperceptibles mioclonias, que al médico de cabecera habían escapado; y los acontecimientos demostraron que nuestro fraile estaba en lo cierto, pues, según había pronosticado, el enfermo murió pocos días después de apoplejía [14].

---

[8] *Teatro*, I, V, 66.

[9] *Teatro*, VIII, III, 9.

[10] *Cartas*, V, XXI, 53.

[11] Feijóo [76].

[12] Una vez escribe: «Entra el médico en el cuarto del enfermo *(esto lo he visto yo muchas veces)*», etc. [74].

[13] «Se le liquidó la sangre de modo que no sólo se le derramaba por la boca, narices, oídos, vía anterior y posterior: más aún se le vertía por el ámbito del cuerpo dividida en varias goticas que asomaban al cutis; y por mi dictamen fue socorrido con todo género de refrigerantes, hasta aplicarle copia de nieve por afuera en varias partes del cuerpo.» *(Teatro*, VI, VIII, 29.) Vuelve a referir esta curación en *Cartas*, IV, IX, 10, y también con exacta descripción del síndrome de «sutilización de la sangre», que no nos resistimos a copiar: «La efusión de sangre, por el espacio de un día, sólo se dejó conocer en el esputo. Pero muy luego se fue extendiendo no sólo a las narices y a las vías anterior y posterior, más aún a varias partes de la superficie del cuerpo, asomándose al cutis en innumerables pintas purpúreas, sin romper hacia afuera, por impedirlo la densidad de esta triplicada membrana.»

[14] «Un pronóstico que de propio numen hice muchos años ha, me mueve a la oferta que hago. El año 1710, el Padre Maestro, fr. José del Corral, abad de este Colegio de Oviedo, cayó enfermo de una ligera fiebre, de que en breve convaleció. Pasados algunos días, habiendo yo concurrido en una casa con el médico (don José de Contreras), que le

En este caso, el doctor de cabecera, un buen don José Contreras, que tenía en mucho el ojo clínico del fraile, admitió la lección con humildad. Pero otras veces la actuación de éste a la cabecera de los enfermos originaba controversias entre él y los médicos, quizá nada pacíficas, llegando Feijóo a modificar por su cuenta las prescripciones de los legítimos galenos. «Yo protesto —escribe con altanería— que a muchos febricitantes he disuadido, ya de las sangrías, ya de otro remedio, que los médicos les prescribían, sin que jamás ni los enfermos ni yo tuviésemos motivo para arrepentirnos» [15]. Así sucedió una vez con una señorita —no siempre eran frailes sus clientes— a la que el médico había decidido sangrar, lo cual trató de impedir el Padre Maestro después de reconocerla, dictaminando que estaba dicha operación «enteramente contraindicada». No le hicieron caso y «vió e al momento el mal efecto de la sangría», a pesar de lo cual el obstinado facultativo determinó sangrarla segunda vez. Nuevas gestiones de Feijóo rogando que no lo consintiese «a la enferma, a su madre y a toda la familia»; pero el doctor «al día siguiente, de mañana, a fuerza de gritos y protestas, se hizo obedecer». A los pocos instantes la señorita «se vió casi cadáver». Súpolo nuestro fraile e inmediatamente encaminóse a la casa de la pobre muchacha hallándola «hecho un tronco, sin habla y sin movimiento». Desesperado, «hizo llamar a otro médico de mucha mejor ciencia y juicio, para que cortase, si era posible, aquel homicidio» (probablemente sería Casal). En efecto, «se evitó con fomentos y bebidas y alimentos muy espirituosos». Y la damisela escapó de su mal y de su doctor empedernido. Pero como el propio Feijóo dice «resta lo que hace más al caso». Oigámosle a él: «Volviendo al monasterio encontré en la calle al médico sangrador, a quien no pude menos de reconvenir su yerro en términos muy fuertes, cargándole especialmente sobre haber pasado a segunda sangría después de visto el efecto de la primera. A esto, el buen doctor me salió con el aforismo: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, manente eo, quod ab initio visum fuit*. Lo que en vez de aplacarme, me encendió más la indignación y así le volví la espalda sin decirle otra palabra, sino que todos los tiranos del mundo juntos no habían muerto

---

había asistido, me dio la enhorabuena de la perfecta mejoría de mi prelado. No la admito —le dije yo—, porque aunque mi abad está al parecer enteramente libre de la indisposición que padeció, está amenazado de otra sin comparación más grave. «¿Cuál?», me preguntó.» «Algún afecto gravísimo del cerebro —le respondí—, aunque no puedo determinar la especie.» Dificultólo mucho el médico, porque ni en la indisposición antecedente había notado algún particular síntoma en la cabeza, ni en las visitas que le había hecho de convaleciente había observado en ella novedad alguna; mas como no solía despreciar mis dictámenes en materia de medicina, me preguntó: · ¿Qué fundamento tenía para tal propósito? El fenómeno en que me fundaba era de tan menuda representación, y aun al parecer tan inconexo con el suceso, que el notarlo y apreciarlo, pudiera parecer a muchos extravagancia. Había yo reparado que el sujeto, estando en conversación, hacía uno u otro levísimo movimiento, que antes no estilaba, y que no tenía fin alguno, como levantar un poco la mano, voltear o levantar algo la cabeza mirando a otra parte, de que al momento revenía, prosiguiendo la conversación con mucho concierto y sin el menor desbarro. Apenas hay hombre que no tenga alguno o algunos de estos movimientos leves, como indeliberados y sin propósito alguno, como mover un pie o una mano, mirar a una parte sin designio, arquear las cejas sin efecto de admiración, arrugar la frente sin pasión de enfado, variar la positura de los labios, etc. Todo esto, siendo habitual, nada significa; pero cualquiera especie de acción insólita al sujeto, descompasada, sin causa racional y repetida, procede de algún vicio o desorden del cerebro. Así discurría yo y el suceso mostró que había discurrido bien. Dentro de un mes, o poco menos, cayó en el accidente capital, de que murió, el cual se explicó en una privación diminuta de la razón que a pasos acelerados fue creciendo y al tercer día acabó con él.» (*Teatro*, VIII, X, 192).

[15] *Teatro*, VIII. X, 26.

tanta gente como aquel aforismo»[16]. Es más expresiva esta fugaz escena, de aguafuerte, que un libro entero para darnos idea de toda la psicología de una época y también de la personalidad de nuestro benedictino.

Constantemente inducía a los enfermos a abandonar no las medicinas, sino también las severas dietas de alimentación, entonces al uso, proponiéndoles como único guía de su régimen, su apetito[17]. A un canónigo ovetense, don Eusebio Velarde, que estaba a punto de morir a consecuencia de una diarrea incoercible, sumada a una lista interminable de medicinas y a la falta casi absoluta de alimentos, se le acercó Feijóo y le preguntó si apetecía algo. Respondió el canónigo, sin aliento, que en aquel trance sólo tenía el capricho de comer torreznos, pero que le había sido prohibido por los médicos como perniciosísimo. «No importa —le arguyó el benedictino— : coma vuestra merced torreznos entretanto que le apetezca, no sólo a mediodía, más aún a la mañana y a la noche, y no admita más medicinas —añadiendo— : le encargo muy encarecidamente que no diga palabra a los médicos de que come torreznos, porque tantas y tales cosas le dirán, que le disuadirán de ello.» Puntualmente lo hizo el moribundo «y dentro de cuatro días estuvo bueno». «Y no ocultaré aquí —termina implacable—, la ignorancia de uno de los médicos, que al día siguiente a mi visita, viendo que el enfermo no quería más medicinas, le notificó que tratase de hacer testamento»[18].

Esta cura por el torrezno «hizo bastante sonido en la ciudad», y con razón. Representa, como en casi todas las actuaciones de Feijóo, la lucha del sentido común experimental contra el dogmatismo sin inteligencia.

X.—Feijóo psiquíatra. Su escasa cultura anatómica

Pero, sin duda, su sector patológico predilecto fué el psiquiátrico, como convenía a sus exactas ideas acerca del poder del espíritu sobre los trastornos orgánicos. Es admirable por el esfuerzo de crítica que supone en el ambiente seudocientífico y seudorreligioso de la época, su interpretación de muchos endemoniados como simples casos «de melancolía e histerismo», ligados casi siempre con perturbaciones sexuales. «A pesar —dice —de tratar poco con mujeres», pudo convencerse de ello, y pudo estampar la sagaz frase de que «en el útero femenino está sin duda escondido el Proteo de las enfermedades». Así, pues, como otras veces sacaba a los enfermos de las garras de los médicos ignaros y tozudos, otras los liberaba del poder de los exorcistas, igualmente ignorantes y en no pocas ocasiones irreverentes embaucadores. A un marmitón de la cocina del convento, le «granizaron a exorcismos» creyéndole endemoniado, y, sugestionando su alma simplicísima, llegaron a convencerle de que, en efecto, estaba poseído. El pobre pinche, a compás de las jaculatorias danzaba y voceaba fuera de sí. En esto, llegó el Padre Maestro y diagnosticando una epilepsia ordenó que le dejasen en paz, con sólo lo cual huyeron de su cuerpo los espíritus diabólicos, quedándole los ataques, con los que el «santo simple» vivió en paz, en su cocina bastantes años más[1]. En otra supuesta endemoniada actuó como perfecto psiquíatra,

---

[16] *Cartas*, III, VI, 9. A combatir este aforismo dedicó Feijóo un discurso entero, el titulado *El aforismo exterminador*, *Teatro*, V, VII, del que volveremos a hablar.

[17] «Esto lo he ejecutado infinitas veces, sin que ninguna vez se arrepintiese el paciente de haber aceptado mi consejo.» *Teatro*, VIII, X, 57. Fijémonos bien : «infinitas veces».

[18] *Teatro*, VIII, X, 58.

[1] *Teatro*, VIII, VI, 9 y siguientes. Este discurso es admirable y debe leerse íntegro. Explica en él, entre otras cosas, por qué hay más endemoniadas que endemoniados : 1.°, porque es una ficción que permite «vaguear» a las mujeres, a lo que son tan aficionadas : «con

manejando el arte de la sugestión con intuitiva habilidad. Las santas jaculatorias, en latín naturalmente, con que ahuyentó a los diablos de esta pobre mujer eran, ni más ni menos, que versos de Lucano [2], demostrando así que era el prestigio de la lengua eclesiástica y no la virtud de las palabras lo que ponía en fuga a Lucifer.

Mas su técnica psiquiátrica alcanza el límite de la finura en la curación de la monja benedictina doña Eulalia Pérez, sexagenaria, cuyo juicio tenía perdido desde varios años atrás. Cayó enferma de fiebre, que el médico juzgó peligrosísima, y avisaron a Feijóo para sacramentarla [3]. Lo primero que hizo nuestro fraile fué enmendarle al doctor el pronóstico y dictaminar que el acceso febril, a pesar de su aparato, era pasajero: como sucedió. Y después, «a la vista de su rematadísima locura», se le ocurrió ver «si podría encender en su mente la luz de la razón, totalmente extinguida». Y añade: «en cosa de medio cuarto de hora lo logré». Así lo pudieron atestiguar más de veinte religiosas del convento mencionado. «Y no sólo en esta ocasión, sino también en otras logré ilustrar a un loco mucho más rematado.» ¿Cómo? «No hubo —nos dice Feijóo— industria alguna, antes, muchos mirándolo a primera luz lo reputarían por una feliz necedad.» Acierto de expresión, de los suyos —feliz necedad—, que puede aplicarse a gran parte de la táctica de los psiquíatras actuales. Sencillamente: usaba de la sugestión, pero de una sugestión difícil de explicar, según reglas fijas, porque depende, dice, principalmente «de la fuerza y el arte con que se maneja». Con sutil intuición, advierte la enorme importancia que en toda curación, pero, sobre todo, en estas del espíritu, tiene el factor personal, las condiciones individuales del que hace la cura. «Las voces de que se usa, el orden con que se enlazan, la actividad y viveza con que se dicen, la energía de la acción, la imperiosa fuerza del gesto, la dulce y al mismo tiempo eficaz valentía de los ojos, todo esto, conspira y todo es menester para introducir el desengaño en un entendimiento infatuado o estúpido»; pero, insiste, se trata de un arte personalísimo: «la cimitarra del famoso Jorge Castrioto, en la mano de su dueño, de un golpe cortaba enteramente el cuello a un toro; trasladada a la del sultán sólo hizo una pequeña herida» [4]

Todo esto es admirable y demuestra una superioridad indiscutible de Feijóo sobre los médicos de su época. Cierto que le faltaba preparación anatómica. Sólo una vez pudo examinar el corazón de un carnero que llevó a su celda «el excelente anatómico francés don Juan d'Elgar, porque todos los maestros del colegio se enterasen de aquella admirable fábrica» [5]. Fué, que sepamos, su única experiencia de disección. El resto de su anatomía

---

el pretexto de buscar el remedio en diferentes santuarios y en diferentes exorcistas, andan por varias tierras» y «pueden salir de su casa en cualquier hora»; 2.º, porque las mujeres «son más sujetas a los accidentes histéricos» y en habiendo una poseída las demás se contagian: él lo comprobó «en dos conventos de monjas», en los que empezó la posesión en una y se propagó a todas las demás, siendo preciso conjurar en masa a la comunidad. Del contagio del histerismo se ocupa también en *Teatro*, IV, VII, 96, nota. Esta preferencia por el sexo femenino es ya, para él, un indicio de la falsía de la posesión: lo prueba el que los endemoniados que curó Cristo eran, por igual, de uno y otro sexo.

[2] *Teatro*, VIII, VI, 30. Desde luego Feijóo conocía y no inventaba estos métodos sugestivos. El mismo refiere sus lecturas de falsas operaciones para extraer de la cabeza de una enferma un supuesto cascabel que ella creía tener dentro del cráneo. (*Teatro*, VI, XI, 22.)

[3] El convento de religiosas benedictinas estaba anejo al de los frailes. Eran éstas las monjas corteses y malas cantantes que tan amablemente recibieron al viajero Townsend [217], véase nota 18, pág. XVI.

[4] *Teatro*, VI, XI, 23 y siguientes.

[5] *Cartas*, II, XVI, 13. Lafuente [109], por el gusto de equivocarse, dice que el cirujano francés anatomizó el corazón de una paloma: en el cual los monjes no hubieran podido examinar «la prodigiosa contextura» del órgano tan fácilmente como en el del carnero.

lo aprendió en los libros, singularmente en los no excelentes de Martín Martínez [6]. No leyó, en cambio, a los grandes anatómicos españoles de los siglos XVI y XVII. Desgraciadamente, este descuido de nuestro fraile era hijo no de un olvido, sino de un exceso de fisiologismo doctrinario que le hacía desdeñar la Anatomía. «¿Qué utilidad —escribe una vez— hemos sacado de tantos descubrimientos anatómicos? Que con tanta dificultad se curan (si es que se curan) los afectos capitales, torácicos, renales, etc., ahora como en otros tiempos» [7]. Y en otro sitio: «Todos esos descubrimientos anatómicos nada o poquísimo innovaron en la práctica de la medicina. Jacten cuanto quieran como precisos esos hallazgos, hoy se cura como se curaba antes que ellos apareciesen en el mundo» [8]. Profundo error fué éste, muy común en su época. Entonces se suponía que la Anatomía era tan sólo precisa para los cirujanos. Sin embargo, en Feijóo la innata inteligencia se sobreponía siempre a los prejuicios, y más adelante veremos que con su escasa y teórica anatomía explicó juiciosamente algunas enfermedades que los médicos interpretaban mal. Pero, además, andando el tiempo, previó la importancia futura de la anatomía patológica en estas palabras llenas de penetración: «Si el arte médico puede lograr algún género de perfección sólo arribará a él por medio del conocimiento anatómico. Posible parece hallar por la vía de la anatomía un sistema mecánico-médico en que se vea claramente la conexión de tal y tal enfermedad con la descomposición o alterada textura de tal y tal órgano» [9]. Estas palabras adivinatorias le redimen de su primitiva actitud antianatómica.

Los documentos de la época demuestran, por lo demás, que los médicos verdaderos salían de las aulas con la mente embrollada de teología, pero sin más ciencia anatómica que la de cualquier sucinta lectura. Es posible que si muchos de ellos hubieran asistido a la demostración de Monsieur d'Elgar, en la celda de San Vicente, la lección les hubiera cogido tan de nuevas como a los frailes. Mas en todo caso, Feijóo no dedicó sus prácticas médicas a la cirugía, sino principalmente a una suerte de medicina psiquiátrica y naturista que en otro país y en otro tiempo hubieran hecho de él una especie de abate Kneipp, con muchísimo más talento.

El hecho es que, sin duda, tuvo extensísima clientela. El mismo refiere que le consultaban cuando estuvo en Madrid el año 1728; y consultas tan finas como la interpretación de los sueños [10]: como al más encopetado de los psicoanalistas de ahora. En otro lugar copia la carta «de un sujeto capacísimo», en la que le habla «de diferentes amigos apasionadísimos suyos porque le deben la salud», ya que gracias a él «renunciaron todo melindre, sangrías, purgas, jarabes y otros brebajes a los que les tenía sujeto el error

---

[6] El doctor Martín Martínez publicó una *Anatomía* completa del hombre [146] y un *Epítome* escrito en forma de diálogo para enseñanza elemental de cirujanos, cuya inferioridad de conocimientos en aquellos años se deduce bien del tono de estas conversaciones [145]. El ejemplar que he leído perteneció al cirujano de Hoyos del Espino, al pie de Gredos, hoy mismo aldea pequeñísima: calcúlese su categoría y la de su cirujano en tales tiempos.

[7] *Teatro*, IV, XIII, 22.

[8] *Cartas*, V, IX, 45.

[9] *Teatro*, IV, XIII, 23.

[10] *Cartas*, III, XXVIII, 6. Feijóo, no obstante, era poco partidario de la interpretación de los sueños, arte antiguo, pues ya Galeno contaba que él fué médico en virtud de un sueño que tuvo su padre. España fué teatro de la primera interpretación freudiana de un sueño pues según Dion Casio, Julio César, estando en la Península, soñó que cometía incesto con su madre, y el historiador lo interpreta como anuncio de que había de ser dueño del Imperio romano. Véase, también, sobre la actitud de Feijóo acerca de este punto de los sueños, en *Teatro*, II, III, 23 y siguientes.

común y la demasiada confianza en los médicos» [11]. Más expresiva aún es otra cláusula en la que defiende su derecho a escribir y a aconsejar de medicina, afirmando «que son muchísimos los que me han dado las gracias por haberse utilizado grandemente su salud en la práctica de mis consejos médicos»; y añade con su habitual desenvoltura y arrogancia: «Los que no gusten de ellos (de sus consejos) pueden cuando los encuentren omitir la lectura y pasar adelante. Si hallan más fastidiosas las máximas medicinales que yo escribo que las purgas que les receta el médico, buen provecho les haga; pero añado que es raro el temple de su estómago» [12].

Buena parte de su correspondencia versaba sobre casos clínicos raros [13]. Eran los familiares, y a veces los propios médicos, los que sometían la dificultad de un diagnóstico o de un tratamiento a su suprema decisión, como puede verse en la carta *Sobre cierta lesión de la vista de un caballero, en respuesta a la madre del paciente, que había escrito al autor enviándole la consulta que le hacían dos médicos, por si hallaba algún remedio al accidente* [14]. Todo esto lo escribe Feijóo en el título de la carta con evidente congestión de amor propio. Era, sin embargo, nuestro honorario doctor muy enemigo, y con razón, de las consultas por escrito. «De mí puedo asegurar —escribe— que habiendo ido a ver a muchísimos enfermos de cuyo estado se me había hecho relación escrita, varié, en todo o en parte, el concepto que había hecho por la antecedente noticia» [15].

Me ha sido preciso insistir sobre todo esto, porque suele juzgarse a Feijóo como un conocedor teórico y eventual de la medicina. Y creo haber demostrado que, lejos de ser así, era un médico nativo, falto de algunos sectores de la preparación profesional, que en verdad los auténticos doctores tampoco tenían; pero, en cambio, libre de aquellos prejuicios teóricos aprendidos en aulas detestables que impidieron a la mayoría de los clínicos de su época ver los problemas de la humana patología con un mínimum no ya de criterio experimental, sino de sentido común. No en vano decía el benedictino que era preciso que los médicos olvidasen cuanto habían oído en las aulas y que «casi por esta seña sólo, se pueden discernir los buenos de los malos médicos» [16]. Y otra vez: «¿Qué se oye en las aulas que no esté en los libros y que no se halle por lo común mejor escrito y explicado en éstos?» [17]. Todo ello era, en realidad, su propia justificación.

XI.—Fuentes médicas de Feijóo. Sus aciertos y errores en la crítica de los valores nacionales

A través de sus libros pueden reconstituirse con bastante exactitud las fuentes bibliográficas del saber médico de Feijóo. Conocía, punto por punto, a Hipócrates, al cual se reducía la ciencia de muchos de los médicos contemporáneos suyos. Más aún: le había leído y meditado prolijamente, cosa que

[11] *Cartas*, II, VIII, 95.
[12] *Cartas*, I, IV, 20.
[13] Véase, por ejemplo, la carta copiada en la p. XXIV, en la que da a don Pedro de Peón remedio contra la gota.
[14] *Cartas*, III, XVI. La lesión consultada era una ceguera producida, según decían los doctores, al «mirar al sol de hito en hito». Luce en la contestación Feijóo sus conocimientos oculísticos. Luego veremos la falta de estos especialistas que había en España y las predicaciones del fraile para que los hubiere, y sus especiales conocimientos, sobre todo en cuestiones de anteojos.
[15] *Teatro*, VIII, X, 17 y siguientes.
[16] *Teatro*, VIII, X, 212.
[17] *Cartas*, I, XV, 3.

no ocurría a tantos y tantos doctores que presumían de hipocráticos, y le habían estudiado tan sólo en la colección de sus máximas arreglada por Marinelo [1]. Y aun algunos «no vieron jamás a Hipócrates, ni aun le tienen en su librería». «Lo cual me consta», añade. Y adivinamos en estas palabras al Padre Maestro, en un instante de descuido del dueño, examinando malignamente la biblioteca de este o aquel doctor. Con su inquebrantable independencia de juicio, nuestro monje se rebela, no obstante su admiración al anciano de Cos, contra el servilismo ciego de esos médicos hipocráticos. Singularmente atacó, y muy sesudamente, la doctrina de los días críticos [2] e hizo una disección audaz, a veces agudísima, inexacta otras, de los famosos aforismos [3]. Se llegaba, en efecto, a suponer por algunos doctores que si el curso de la enfermedad no iba de acuerdo con el aforismo oportuno, era la naturaleza y no el aforismo quien se había equivocado [4], como en el famoso cuento del hombre que imitaba los rugidos del león, y se enfadaba con éste cuando sus auténticos clamores no concordaban con los de su artificio. «Los finos hipocráticos más creen a Hipócrates que a sus propios ojos.» Y así. en una ocasión, estando enfermo fray Manuel de Ceballos, el doctor pronosticó una rápida mejoría, con arreglo al correspondiente aforismo: pero Feijóo, fijándose en el enfermo y no en máximas teóricas, hizo pronóstico malo, y acertó; lo cual no confesó jamás el tozudo galeno [5], empeñado en que fué el fraile doliente el que se equivocó al morirse y no la sentencia hipocrática.

Conocía también al dedillo la doctrina galénica, a Paracelso y a Helmoncio, a quienes critica severamente [6]. Y luego a Zaquias, para las cuestiones médico-legales; a Etmulero, en sus *Instituciones médicas*; a Boerhave, en sus *comentarios* por Van Svyeten, y en su *Materia Médica*; a Baglivio, cuya *Praxis Medica* cita de continuo, etc. Con particular insistencia y cariño se refiere a los tratados de Tozzi sobre la crisis, la fiebre, etc., y a los libros de Sydenhan, cuya sabiduría clínica y cuya modestia de juicio alaba justísimamente [7]. Bastantes libros, pues, pero no todos los que él quisiera. «No estoy proveído —dice ya viejo— de una gran copia de libros de esta Facultad», y confiesa que tiene que acudir con harta frecuencia al repertorio médico de las *Memorias* de Trévoux [8], que, como ya he dicho, propendían demasiado, cual los demás centones de su estilo, a sacrificar el rigor científico en aras de la pintoresca amenidad.

---

[1] *Teatro*, VIII, X, 201, nota (a).

[2] *Teatro*, II, X; todo el discurso, y otros de sus escritos, como *Cartas*, V, IX, 17.

[3] *Teatro*, VIII, X, 202. No obstante, Feijóo presumía también de hacer aforismos médicos, de tono muy hipocrático, como puede verse en los títulos de las *Paradojas* de todo este discurso: «*En el examen de los enfermos, todos sus apetitos se deben notar*»! «*La utilidad de las evacuaciones naturales, no infiere la de las artificiales*»! *Es error damnable suplir la sangría con sanguijuelas*», etc., etc.

[4] «No es esto lo peor, sino que cuando la naturaleza les presenta alguna verdad, si hallan o imaginan hallarla de dictamen contrario a Hipócrates, esta luz engañosa siguen, con preferencia al resplandor de aquélla.» (*Teatro*, VIII, X, 201.)

[5] *Teatro*, II, X, 9.

[6] *Teatro*, III, II, 30 y siguientes. A Paracelso le tacha de «gran bebedor», y de Helmocio dice: «En sus obras están estampadas sus baladronadas.» Claro es que de ambos reconoce el extraordinario mérito.

[7] *Teatro*, I, V, 7.

[8] *Cartas*, V, XXI, 5. El Padre Sarmiento, *alter ego* de Feijóo, era también lector aprovechado de las *Memorias*, de Trévoux. En el manuscrito de Núñez [168] están copiadas unas *Noticias curiosas sacadas de las Memorias de Trévoux, en francés, las cuales voy leyendo todas «de verbo ad verbus», desde el día 27 de marzo de 1733*. Hace en este escrito, Sarmiento, una anotación minuciosa de los datos que luego utilizaba en sus disertaciones y controversias.

Merece párrafo aparte su cultura sobre medicina española, que fué harto más deficiente que la extranjera, y ello le acarreó algunos errores, como su falsa posición frente al problema del descubrimiento de la circulación de la sangre, de tanto lustre para nuestra historia científica. No puede regatearse a Feijóo su entusiasmo por las glorias patrias, a las que dedicó dos de sus más largos (aunque no de sus mejores) discursos [9], y, concretamente, en materia médica,

---

[9] Discursos XII y XIII del tomo IV del *Teatro*. Estos discursos son, a lo que creo, lo más flojo de la obra feijoniana, contra el dictamen de Lafuente [109], que se muestra entusiasmado de ellos. Y hago este juicio desfavorable, no sólo por las razones que digo en el texto, sino por otras muchas omisiones, por ejemplo, todas las de nuestros grandes literatos, que elimina de la patriótica lista, amputando con ello lo mejor del lustre del genio español. Es curioso que Feijóo no nombra ni una sola vez a Cervantes, como ya Vidart observó [226]; sólo de pasada cita a Lope y a Calderón, y con desdén manifiesto. La única referencia abundante es la de Quevedo, como moralista y, sobre todo, como antimédico furibundo. No obstante, sería injusto deducir de esto que no poseía cultura literaria; es que, sin duda, consideraba a la literatura como indigna de mención desde su actitud científica, criterio que un siglo después mantenía también el gran físico alemán Ostwald en su libro sobre *Los Grandes Hombres*. Era posición corriente en los eruditos de su tiempo. Jovellanos decía: «En medio de la inclinación que tengo a la poesía, siempre he mirado a la parte lírica de ella como indigna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor.» ¡Y de aquí iba a salir el romanticismo muy poco después! Pero atestigua el conocimiento literario del benedictino el hallazgo de obras de este género entre los escasos de sus libros, que se han salvado de la lamentable tempestad que se desencadenó sobre las bibliotecas de los conventos en el siglo XIX. Es sabido que sus libros, al morir en Oviedo, fueron enviados al monasterio de Samos, del que era hijo; y de allí, cuando la expropiación, pasaron, según Murguía [164] (p. 28), a la Diputación de Lugo, donde tal vez se conserven algunos. El perseverante cuidado del actual abad mitrado de Samos, doctor Mauro Gómez, ha logrado reunir algunos pocos de estos volúmenes en la biblioteca renaciente de su monasterio. Todos ellos llevan una línea manuscrita del benedictino: «Es del M. F. B. Feijóo», que no puede leerse sin emoción. Entre estos libros está una hermosa edición del *Orlando* (Venecia, 1564), los *Poetarum Classicorum* (Venecia, 1715), etc. Con relación a estas sus aficiones literarias es muy interesante transcribir su juicio sobre Góngora, contenido en una de las interesantes *Cartas* inéditas del monasterio. Está dirigida al P. Sarmiento y fechada en Oviedo en 6 de enero de 1742, y dice así:

«Yo he visto poquísimo de los poetas que florecieron a los principios del siglo pasado o fines del otro, pero con lo poco que he visto he hallado algunos rasgos muy patéticos. Pienso que la perfecta naturalidad de nuestra poesía se acabó en el mismo en que subió al más alto punto la intumescencia del verso. Hablo de Góngora. Este poeta compuso en uno y otro extremo. Son muchas las composiciones suyas que hechizan por su dulcísima naturalidad, y muchas las insufribles por la afectación vana de cultura. Pero el mal es que siendo la naturalidad prenda inexcusable en la poesía y sin la cual las demás nada valen, son muy pocos los que conocen su precio o tienen paladar proporcionado para percibir su sabor. Yo considero que infinitos se reirán de mí si en aquel romance lírico de Góngora que empieza:

Lloraba la niña
(y tenía razón)
la prolija ausencia
de su ingrato amor.

digo que se reirán de mi, si me oyen que me hechiza la naturalidad de aquél «y tenia razón», pues que si me oyen ponderar como una cosa extremadamente patética aquel como estribillo que dos veces repite la enamorada quejosa en el mismo romance: «llorad, corazón, que tenéis razón», soltarán la carcajada y dirán que deliro.»

Me parece extraordinariamente significativo este juicio para el conocimiento de la estética feijoniana. Téngase en cuenta que un siglo después, y por las mentes más lúcidas de la crítica —Menéndez Pelayo, Pardo Bazán—, Góngora era considerado como un vil perturbador de la poesia. El acierto de Feijóo es estimarle «por natural», por popular. Pero hemos de volver a la crítica de sus Discursos sobre las glorias de España.

Al lado de las omisiones señaladas, encomia Feijóo a gentes mediocres, elegidas con evidente ligereza. Es sabido que estos discursos fueron escritos con un cierto pie forzado, ante el desagrado que al infante don Carlos, el futuro Carlos III, le produjo la lectura del ensayo *Mapa Intelectual y Cotejo de Naciones (Teatro*, II, XV), en el que incluye una Tabla sacada de la *Specula Físico-Matemático-Histórica*, del Padre premostratense Zahn, alemán; tabla, a la verdad, pretenciosa y necia, en la que hace un paralelo entre alemanes, españoles, italianos, franceses e ingleses; no comparable, por cierto, al finísimo cotejo

hizo resaltar, a veces con crítica no muy exacta, como luego veremos, la participación de los médicos españoles en el auge de esta ciencia. Sólo puede, por lo tanto, achacarse a la escasez de su biblioteca y a la incultura de sus propios médicos, cuyas librerías, como hemos visto, estaban en la extrema penuria, el que en esa enumeración oficial, por decirlo así (pues la escribió para que la leyera la Real Familia), de las glorias nacionales, al llegar a la medicina, nombre sólo al Divino Vallés, y aun a éste porque tiene el marchamo extranjero [10], y luego a su amigo Martín Martínez. Silencio, pues, sobre la gran falange de anatómicos y clínicos insignes de los siglos XV y XVI: Laguna [11], Lovera de Avila, Gimeno, Montaña de Monserrate, Valverde de Amusco, Andrés de León, Hidalgo de Aguero, Mercado, etc. A Vallés le citaba copiosamente, sobre todo en su máxima famosa: «en ninguna materia hablan los médicos con menos verdad que cuando hablan de medicamentos», que servía a Feijóo de escudo y de espada a la vez en las grandes batallas que hubo de reñir contra los galenos recetadores.

No sabía tampoco de Huarte hasta el año 1750; y si lo conoció fué por verlo citado y alabado en el *Spectador*, de Addison [12]. Amplió su información en la *Biblioteca*, de don Nicolás Antonio [13]. En principio encontró excelente la

---

entre estos pueblos de nuestro Miguel Servert, que acaba de publicar Goyanes [94] en su libro sobre el mártir de Calvino: ambos ensayos precursores del gran libro actual de Salvador de Madariaga [124]. De la sinopsis de Zahn resulta el español agraciado con los calificativos de «horrendo» en el cuerpo, «elefante» en el ánimo, «fastidioso» en la mesa, «demonio» en la hermosura, «tirano» en el matrimonio, «albergue de todas las enfermedades», etc. Menos mal que, junto a esto, aparece «grave» en las costumbres, «mudo» en los secretos, «constante» en la religión y «glorioso» en la muerte, y, sobre todo, «teólogo» en la ciencia. Antes había publicado Feijóo un ensayo, precursor de los citados, el muy comentado que se titula *Antipatía de franceses y españoles* (*Teatro*, II, IX). Hace ya en él un paralelo, sin duda inspirado en la lectura del libro de Zahn: «Los españoles son graves; los franceses, festivos. Los españoles, misteriosos; los franceses, abiertos. Los españoles, constantes; los franceses, ligeros», etc.; terminando con una frase admirable, afeada por un galicismo importuno: «Los humildes son las hormigas de la República. De su mecánica actividad *tiran* los mayores imperios todo su resplandor. Y, por otra parte, se sabe que no tiene Europa nobleza de más garbo que la francesa.» Unos años antes se había publicado un librito interesantísimo sobre el mismo tema: la existencia de una real y fundada antipatía entre los dos pueblos por García (Carlos): *Antipatía de los franceses y españoles* (1627), traducido al francés [88-A]. Feijóo no le cita, si bien es notoria la alusión a sus puntos de vista.

En verdad, el infante debió irritarse más que por estas inocentes tonterías, por otros escritos, no traducidos del alemán, sino salidos del corazón del ensayista, en los que atacaba abiertamente a la realeza: los comentados *Amor de la Patria* y *Pasión Nacional*, y la *Ambición en el Solio* (*Teatro*, III, X, y XII). La indignación de don Carlos fué aparatosa y se la comunicó en persona a Feijóó; éste habla de las llamas que ardían en los ojos reales cuando el futuro rey estimó —y se lo dijo a su autor— digno de la hoguera «aquel libro o por lo menos la tabla». Nuestro monje, con notoria congoja, refiere todo esto en el discurso XII del tomo III de *Teatro* y en la dedicatoria al propio don Carlos en el tomo siguiente. Más adelante, don Carlos se olvidó de todo esto y fué, como sabemos, el gran protector de Feijóo. Este recibió, ya de muy viejo, *Las ruinas de Herculano*, enviadas con expresiva dedicatoria autógrafa por el ya rey Carlos III, regalo que colmó a nuestro monje de satisfacción. Hemos recordado toda esta historia para disculpar el tono «como de encargo» de estos discursos, tan alabados por los patrioteros, pero en los que están omitidos los valores más puros de nuestra gloria.

[10] «Acá tenemos un gran número de autores clásicos a quienes celebran los de otras naciones. De confesión de ellos mismos, el *Método* de Vallés es una obra tan singular que no tiene competencia.» (*Teatro*, IV, XIII, 19.)

[11] De Laguna hace, en otro sitio, alguna cita aislada. «El doctísimo comentador de Dioscórides, Andrés de Laguna.» (*Teatro*, II, VIII, 21.)

[12] *Cartas*, III, XXXI, 13 y siguientes, y una nota en la que resume la doctrina de Huarte.

[13] La *Biblioteca Hispana*, de Nicolás Antonio, se publicó, como es sabido, de 1672 a 1696. Era aun en el siglo XVIII, como dice Sempere y Guarinos [202], la única recopilación bibliográfica seria, utilizable por los doctos. Feijóo la alaba como «superior a cuantas

idea del *Examen de Ingenios*; pero luego su lectura detenida le hizo rectificar, sentenciando —y ha sido sentencia muy comentada— que tal libro «es poquísimo lo que tiene digno de aprecio» [14].

Junto a estos olvidos o ligerezas resalta su generosa propaganda de varios eminentes o mediocres médicos españoles desconocidos de su tiempo. En diferentes paisajes ensalza a doña Oliva de Sabuco, a la que, por cierto, será preciso despojar de su alta categoría tradicional en la ciencia española; porque su obra es vana y sin sentido. Pero Feijóo no podía juzgarla y, patrióticamente, la alabó por su pretendido descubrimiento del «suco nerveo, que a tantos millares de médicos y por tantos siglos se había ocultado, hasta que los ojos linces de esta sagacísima española vieron aquel tenuísimo licor»»; descubrimiento olvidado por los españoles y después esparcido por todo el mundo como original de «algún ingenio anglicano» [15]. Y encomia también a esta gran española por ser la primera mente que localizó el alma racional en el cerebro, «extendiéndola a toda su substancia y no estrechándola precisamente a la glándula pineal, como Descartes» [16].

Escribió también por lo largo para demostrar que el «arte que enseña a hablar a los mudos» es de cepa española, invento de fray Pedro Ponce de León, benedictino del Real Monasterio de Sahagún y después del de Oña. Se funda

---

Bibliotecas han aparecido hasta ahora» (*Teatro*, IV-XIV-56). Véase asimismo el elogio y biografía de este autor, por Mayans, en la edición póstuma de la *Censura* [15-A]. Esta obra de Nicolás Antonio es un interesante anticipo del ímpetu desvirtuador de las fábulas, ya iniciado en su época, que alcanzó su apogeo un siglo después; tiene esta actitud en él un acento meramente técnico, erudito y monográfico, sin el sentido humano y universal que le caracterizó en la centuria siguiente y que tan típicamente representó en España el Padre Feijóo.

[14] *Cartas*, IV, XXI, 2 y 3. No compartimos este juicio de Feijóo, pero nos lo explicamos teniendo en cuenta el exceso de teoricismo y disquisiciones teológicas del libro de Huarte, que tanto tenían que disgustar a nuestro benedictino. Montero Díaz califica este juicio de «lamentable ligereza» [162], (p. 5). No obstante, este autor no es enteramente exacto en este punto cuando escribe: «Dice (Feijóo) que el *Examen* de Huarte apenas vale la tinta con que se escribió»; y lo que dice, en realidad, Feijóo es esto: «Es poquísimo lo que tiene digno de algún aprecio; y, *sobre todo*, *la Física del autor*, *apenas vale la tinta con que se escribió*». Y, en efecto, lo que Feijóo llama Física del *Examen de Ingenios* es muy discutible. Lo inmortal es su espíritu de observación. También Menéndez Pelayo juzga a Huarte con severidad parecida a la del monje de Oviedo. Dice que su libro «no le cuentan entre los mejores los aficionados a estas cosas». [156], (p. 246); y «este libro es de más interés en la relación fisiológica que en la psicológica [156], (p. 114). En el fondo, lo mismo que Feijóo. En otro lugar nos hemos ocupado de Huarte y su obra [138]. Véase también Simonena [202-A], y el gran estudio de R. Sanz [197-B].

[15] *Teatro*, IV, XIII, 94. De este «ingenio anglicano» dice en otra ocasión: «Un inglés llamado Encio, a quien no conozco por otras señas que lo dicho» (*Cartas*, V, IX, 32). En este mismo lugar dice que la existencia del *succo nerveo* «aun no está decidida, dudándose con razón de ella, aun después de los esfuerzos que mi íntimo amigo el insigne doctor Martínez hizo para probarle». No es éste el momento, que algún día espero tener, para hablar de las teorías de Doña Oliva, si teorías podemos llamar a aquellos pintorescos disparates. De la lectura de su obra [197] no se infiere, en modo alguno, que la autora del libro hiciera jamás anatomía, ni que el famoso *sacco nerveo* fuera, como insinúan algunos, el líquido céfalorraquídeo. Es indispensable, para valorar honestamente a nuestra ciencia, despojar de su usurpada categoría a Doña Oliva de Sabuco. Parte de esta fama, y desde luego de la que le dió Feijóo, se debe al elogio de Martín Martínez, publicado al frente de la cuarta edición. En este elogio defiende la prioridad del descubrimiento del *succo nerveo*, que nos arrebataron los ingleses, enterados del libro de Doña Oliva porque lo llevó a Inglaterra Felipe II. Martín Martínez llama a la filósofa el Colón de este descubrimiento, y a él mismo, su Hernán Cortés. También expone su opinión de que existió realmente Doña Oliva, fundándose en que Felipe II, a quien ella dedicó su libro, «fué demasiado grave y circunspecto para en materia tan importante y seria nadie se atreviese a hablarla disfrazado». Llama a Doña Oliva, no doctora, sino «insigne doctriz». La última edición de este libro es la que publicó y prologó D. O. Cuartero [197]. Este discreto prólogo, a pesar de su intención apologética, deja muy en entredicho, con toda justicia, el pretendido mérito de la Sabuco.

[16] *Teatro*, I, XVI, 112.

para achacarle esta prioridad en las autoridades de Yepes, de Vallés y de Ambrosio de Morales [17], y años después, defiende también la primacía para Ponce contra Bonet, Uvallis y Amman. La lectura del primer escrito de Feijóo sobre este tema sugirió al portugués don Juan Pereyra la idea de establecerse en París para cultivar este arte, y lo hizo enseñando «la locuela» a varios mudos, con gran admiración de la Corte francesa. Un médico de Valencia, don José Ignacio de Torres, que ejercía allí la profesión, escribió todo esto a nuestro monje, añadiendo que se trataba de fundar una cátedra del arte de «dar loquela a los mudos» en el Colegio Real de Francia, cátedra que ocuparía el lusitano, quien proclamaba «que jamás hubiera pensado en semejante cosa si hallándose en Cádiz no hubiera por una casualidad leído el cuarto tomo del *Teatro Crítico* [18]. Feijóo, refiriendo todo esto, deja transparentar su satisfacción, al considerar su indirecta influencia sobre la Univesidad francesa, a la que tanta admiración rendía.

Más comentada ha sido la intervención de Feijóo en el problema del descubrimiento de la circulación de la sangre. Tuvo el mérito de ser él el primer español que recabó para la ciencia nacional la prioridad de este hallazgo trascendental en la fisiología [19]. Tuvo, en cambio, el desacierto de regatear a Miguel Servet esta gloria magnífica, y más, quizá, que por desconocimiento, por antipatía teológica hacia el infeliz heterodoxo —él, Feijóo, que había escrito la defensa de Bacon y las serenas páginas sobre los judíos y los fracmasones—, y tal vez, más todavía que por esto, por el prurito de ser él el primer enterado de algo que los demás no sabían. Tuvo conocimiento, en efecto, del hallazgo de Servet, aunque indirectamente, por una noticia leída en las *Memorias* de Trévoux del año 1737, en la que citaba el panegírico de Leibnitz, verdadero iniciador de la glorificación del mártir del canalla de Calvino [20]. La casi absoluta desaparición de los libros de Miguel Servet por la persecución inquisitorial, justifica que nuestro benedictino tuviera tan sólo de ellos estas informaciones de tercera mano y una notoria falta de simpatía hacia el pobre carbonizado. Todo ello influyó en que más adelante, en el tomo II de sus *Cartas* (1750) reivindicase el sensacional descubrimiento para el albéitar burgalés Francisco Reyna, que en su *Libro de Albeytería*, impreso en 1564, hablaba de la circulación sanguínea en términos que permitían suponerle una cierta noción del mecanismo circulatorio, desde luego sin ninguna originalidad y con tales errores que no pueden sus ideas ser tomadas en consideración. Sin contar con que Servet había publicado su memorable pasaje sobre la circulación por lo menos en 1531, así que no es nada inverosímil que procedieran de él las noticias de Reyna. El discurso excelentísimo de N. Mariscal deja todos estos puntos sólida y defi-

---

[17] *Teatro*, IV, XIII, 100. Ponce enseñó a hablar a muchos sordomudos, entre ellos a dos hermanos y una hermana del Condestable de Castilla, Don Iñigo Fernández de Velasco, y a un hijo del Justicia de Aragón, y no sólo a hablar el castellano, sino a leer, escribir, contar y entenderse en griego, latín e italiano; así lo declara el mismo fraile en su testamento (véase Pérez de Urbel [180], pág. 24). «Sutileza insigne y alta», llamó Lope de Vega a este arte de enseñar la palabra a los privados del don de hablar. En cuanto a Pereira, era, según Menéndez Pelayo [154], (p. 105), un judaizante español de Berlanga de Extremadura; sus padres sí eran portugueses; su nombre verdadero era Jacob. Fué presentado por La Condamine a la Academia de Ciencias de París. Thous [212], (p. 232), le llama con hiperbólica compatriotería, «el más famoso, el más insigne, el más ilustre de los pedagogos, sabio en letras, peritísimo en el arte de enseñar». Véase su biografía en E. Seguin [201].

[18] *Cartas*, IV, VII.

[19] Feijóo, sin embargo, creyó durante mucho tiempo en la prioridad de Harvey en este hallazgo. Precisamente comenzó el prólogo del tomo I del *Teatro*, diciendo: «Buen ejemplo es el del famoso Guillermo Harveo, contra quien, por el noble descubrimiento de la circulación de la sangre, declamaron furiosamente los médicos de su tiempo.»

[20] *Teatro*, IV, II, 18. Nota (a).

nitivamente aclarados [21]. Y también el reciente volumen en el que J. Goyanes, de un modo magnífico, levanta el debido monumento español a Servet [22]. Mas reconocida esta equivocación de Feijóo, queda en pie el que fué el primero que suscitó el problema entre nosotros y el que llamó la atención sobre la obra, mucho más modesta de lo que él creía, pero curiosa y estimable, del veterinario burgalés [23].

Este mismo prurito de descubridor de glorias olvidadas le condujo a elogiar desmesuradamente a otro médico español, de Antequera, don Francisco Solano de Luque. Le puso sobre la pista de Solano aquel mismo don José Ignacio de Torres, su corresponsal en París. Torres le escribía que entre los modernos médicos de más renombre en Francia se encontraban «Bellini, Sydenhan, Baglivio y el nunca bastante alabado Solano de Luque». «En sentir de los mejores médicos de nuestros tiempos —prosigue el valenciano afrancesado—, Solano ha superado desde Galeno a cuantos le han precedido». Nada menos. Un tanto receloso dejó a nuestro fraile la magnitud de este elogio; pero sus dudas se desvanecieron al verle reproducido —aunque algo atenuado— en los *Comentarios a Boherhave*, de Van Svyeten, autoridad indiscutible que por entonces recibió y leyó nuestro autor. En posesión del descubrimiento y alegre de poder esgrimirlo como una prueba irrefutable de la ignorancia de los médicos españoles que así habían dejado olvidar a una de sus más auténticas glorias para que la realzase el extranjero, Feijóo escribió dos *Cartas* [24] dedicadas a hiperbolizar sin mesura el mérito del clínico andaluz, al que llama «héroe de la medicina» y «verdadero Colón médico», comparando su descubrimiento, ni más ni menos, que al de la circulación de la sangre.

¿Cuál era este portentoso hallazgo? Solano de Luque imprimió en Madrid, en 1731, su libro fundamental titulado *Lapis Lidyus Apollinis*, que cayó en el silencio hasta que llamó la atención sobre él, el médico inglés Jacobo Nihel, el cual, estando en Cádiz asistiendo a los comerciantes de su nación que negociaban en aquella ciudad, oyó hablar de los prodigiosos pronósticos del médico español y decidió trasladarse a Antequera, donde estuvo dos meses trabajando junto a Solano, en calidad «de practicante suyo» y escribiendo como fruto de su experiencia un libro que se tradujo a varios idiomas [25]. De este libro nació la fama europea del malagueño. En la obra de Hernández Morejón [26] y, sobre todo, en la de Chinchilla [27] se reproduce una larga lista de los médicos nacionales y extranjeros que se ocuparon con elogio de Solano de Luque; demostrándose así, una vez más, que la sanción extranjera que puede remachar un mérito legítimo es, en otras ocasiones, pretexto, que se

---

[21] N. Mariscal [143]. Creo, entre paréntesis, que Mariscal no es justo en esta hermosa monografía cuando se ocupa de Feijóo, al que trata de erudito a la violeta o poco menos. «En algunas de sus *Cartas* —escribe— y de los discursos de su *Teatro Crítico Universal* exhumó nombres tan prestigiosos como los de Huarte, Ponce, Pereira, doña Oliva Sabuco, Solano de Luque, etc., de quienes nadie se acordaba y él tampoco las más de las veces, y los cuales solían acudir a los puntos de su pluma por verlos citados en publicaciones extranjeras con honrosa rememoración para sus obras» (p. 17). Es cierto que Feijóo daba gran valor —pero no sólo él, porque es achaque común y explicable de los críticos— a las reputaciones aceptadas por el extranjero, y si exageró en esta actitud ha de perdonársele, porque le impulsaba a ello el tener casi la exclusiva de tales informes y el prurito honroso de aumentar la gloria de la ciencia española.

[22] Goyanes [94].

[23] Véase también otro noble alegato a favor de Servet en Carbonell [45].

[24] *Cartas*, V, VIII, IX.

[25] Bibliografía de Solaro de Luque [202-B] y siguientes.

[26] Hernández Morejón [96].

[27] Chinchilla [55].

acepta sin crítica, para glorificar a cualquier medianía [28]. Porque si leemos hoy atentamente, y yo me he tomado el trabajo de hacerlo, el libro de Solano, nos vemos forzados a declarar que el olvido en que al principio cayó era merecidísimo y que pocas veces se ha armado tanto estruendo de gloria en torno de una obra tan mezquina. Pero es tal el poder de los intereses creados en materia de reputaciones humanas que nadie, que yo sepa, ha dicho estas cosas, tan elementales, sobre Solano, hasta hoy: el mismo Menéndez Pelayo, en su inútil defensa de nuestra ciencia del siglo XVIII, exhibe, como ya dijimos, el nombre del antequerano como uno de los argumentos de su tesis: menguada estaría la gloria científica de España si tuviera que sustentarse sobre puntales como el de este ridículo volumen. Los estudios de Solano, que no es ésta la ocasión de criticar —ni merecen la pena tampoco—, se reducen a observaciones empíricas sobre el significado pronóstico del pulso sin el menor valor científico [29]. Su más famoso descubrimiento fué pronosticar la hemorragia nasal por la observación del pulso dícroto; y con sólo enunciar esto, está criticada su famosa doctrina. Por otra parte, el estilo de Solano era enrevesado, pintoresco y ridículo; basta leerlo para juzgar, sin temor a equivocarnos, cómo era el entendimiento que guiaba la pluma que, por ejemplo, describía así la senectud: «Al comenzar a ceñir la caduca diadema de sus encanecidas sienes, comienzan también a temblar las piernas faltas del nativo y vital calor, los años empiezan a desquiciar las bien tachonadas puertas que guardaban el tesoro de la vida», etc., etc. El mismo Feijóo, tan sensible a la perfección y claridad de la forma literaria, no puede menos de reconocer que Solano era un escritor pésimo. Y no bastan a disculparle los argumentos de su entusiasta Chinchilla, que trata de explicar su desgraciada prosa, alegando que fué traducida del latín al castellano y adicionada y retocada por manos posteriores, etc. Con toda certeza, podemos decir que Solano de Luque fué un curandero seudocientífico, sin duda lleno de buena fe, que creyó revolucionar la medicina levantando una doctrina sobre el pulso por el estilo de la que es tradicional en los médicos chinos, que preocuparon tanto, también a nuestro Feijóo [30].

Explica también el entusiasmo de éste por el doctor de Antequera, el que fué decididamente abstencionista en la terapéutica, enemigo de la sangría y partidario de la cura por el agua, de la que luego hablaremos; en suma: todo lo que el mismo Feijóo predicaba.

Un breve recuerdo merece —al menos por lo que ahora vamos a decir, sobre su verdadero origen y significación— la defensa que hizo nuestro monje [31] de los escritos médicos de su contemporáneo el Padre Antonio José Rodríguez, cisterciense de Veruela. Lafuente, con su falta de tacto habitual, equipara con Feijóo a este buen fraile que empezó siendo pastor, ascendiendo

[28] Todos los libros de la época y los posteriores respetan el juicio admirativo hacia Solano. Nada menos que el Conde de Floridablanca fué uno de sus partidarios, según se desprende de la dedicatoria que le hizo el doctor Ortega Tamayo de su libro [171]. Dicha dedicatoria empieza: «Habiendo V. E. aplicado, como sabio, su caracterizada protección a la doctrina de los pulsos, que descubrió la profunda penetración de nuestro insigne español el Doctor Don Francisco Solano de Luque, etc.» Este volumen reproduce las teorías de Solano con nuevas observaciones clínicas, demostrando, una vez más, la fútil realidad sobre la que se ha formado una leyenda de gloria.

[29] No obstante el entusiasmo que el método del pulso de Solano produjo a Feijóo, este había escrito unos años antes: «Cada individuo conoce su robustez o la falta de ella por una experiencia sensible y manifiesta, harto mejor que todos los médicos del mundo, por el pulso, el cual es un indicante falacísimo» (*Teatro*, IV, III, 27).

[30] *Teatro*, II, XV, 13 y siguientes. En las *Adiciones* [80] volvió sobre el asunto relatando, in extenso, las noticias del P. Dualde acerca de este tema. Y finalmente dedicó a él toda la carta XI del tomo V de *Cartas*.

[31] *Cartas*, I, V.

después a boticario del monasterio y terminado en escritor médico famoso [32]. En realidad, Feijóo apenas se refirió a las doctrinas —si así puede llamárselas— de Rodríguez, contentándose con defender el derecho que cualquier fraile tiene a escribir de medicina, que era como defenderse a sí mismo [33]. Se contempla, en efecto, como en un espejo cuando escribe refiriéndose al fraile de Veruela: «Por no haber estudiado la medicina en la forma regular, es por lo que está más preparado para escribir sobre esta Facultad», porque «muy ordinariamente de las aulas no se saca luz, sino tinieblas, que después nunca disipan la luz de los libros»; y hay que reconocer que, en su tiempo, no le faltaba razón.

He leído la *Palestra*, del Padre Rodríguez, así como el libro con que la impugnó don Narciso Bonamich [34], volumen extensísimo en el que pueden seguirse punto por punto los razonamientos del cisterciense, y juzgo, pues, por cuenta propia al afirmar su radical mediocridad. Sin duda, Rodríguez escribió animado por el éxito de Feijóo, pues sus argumentos contra la sangría, contra la utilidad de la anatomía, etc., están calcados de los que el benedictino publicó años antes en los tomos I al IV del *Teatro Crítico*. Es un imitador sin gracia, y hoy nos dejan perplejos las apologías que de él hacen nuestros dos grandes historiadores de la Medicina, Chinchilla y Hernández Morejón. En cuanto a la actitud de defensa de Feijóo, que sería aún más incomprensible, queda explicada en una de las cartas a Don Pablo Zúñiga Sarmiento, que se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional, en la cual nos revela, con ingenuidad pintoresca y muy instructiva, que le alabó por compromiso, y a sabiendas de su escasísimo valor. Queda, pues, en entredicho su ascetismo crítico: pero a salvo su sentido crítico. Lo pertinente al P. Rodríguez de esta carta es como sigue: «... La impugnación de las *Paradojas* del P. Rodríguez, en las cuales, como en las demás de ese cisterciense, hay mucho digno de reparo, siendo parte de ello lo poco escrupuloso que es en la legalidad de las citas y exposición de opiniones ajenas. Yo le elogié en la Carta XV de mi tomo I, *habiéndolo solicitado de mí un amigo de mi propia Congregación, a sugestión suya*, y cuando yo solamente había leído una pequeña parte de sus primeras producciones y esa pequeña parte con poca reflexión. Ciertamente, a ese autor y a ciertos otros se les puede aplicar aquello de Isaías: *Supervia ejus et arrogantia ejus et indignatio ejus, pluscuan gratitude ejus*. Es, sin duda, digno de lástima que en los más escritos de nuestra España reine tanto el pedantismo y mala fe.» (Agosto,

---

[32] Los libros principales del Padre Rodríguez son la *Palestra* [192] y el *Nuevo aspecto de teología* [194], voluminosísimo, en el que nos interesa una impugnación de la creencia excesiva del vulgo en el demonio, muy feijoniana. Pero escribió otros muchos que no es ocasión de citar ahora. Su fama de publicista y de médico práctico fué muy extensa. Todavía en la *Gaceta de Zaragoza*, del año 1769, se anunciaba una nueva producción del cisterciense como gran suceso literario (véanse los números 7-14 de febrero y 26-27 de junio). Se vendían en la librería de José Monje, a la Puerta de Toledo, con todas las demás obras del mismo autor. Por cierto que esta *Gazeta*, famosa en la historia del periodismo español, no siempre jugaba limpio, pues anunciaba también las ediciones clandestinas, como las de la *Vida*, de Torres Villarroel. Habla éste de dichas ediciones que atentaban al bolsillo del autor, como hoy nos ocurre a nosotros con las que se publican en América. «La primera —dice— se hizo en Zaragoza, y la *Gazeta* de aquella ciudad pregonó al público su venta, citando a los compradores a un sitio que no quiero nombrar»: [216], trozo quinto, p. 178.

[33] Podría escribirse una relación interesante de las intervenciones médicas de los frailes españoles. Hay un estudio menos ligero que otros suyos, de Cabanes, sobre la *Medicina en las Ordenes Religiosas* [36], sin ninguna referencia al gran benedictino español ni a nuestros demás monjes y curas seudomédicos.

[34] Bonamich [30].

1750)[35]. En otra carta, al mismo Don Pablo Zúñiga Sarmiento, dice, refiriéndose a un juicio poco favorable que hizo el Padre Maestro Estrada de dicho Padre Rodríguez:

«En la (crítica) que hizo del cisterciense Rodríguez, me parece está muy benigno. Es sujeto de muy mala fe, que mete cuanto puede en la ley de la trampa y con esto y con fanfarronadas se ha hecho un lugar que no merece entre los médicos.»

Se adivinan los celos de Feijóo en estas líneas. Nos enseñan, por otra parte, los bastidores de algunos juicios del benedictino, iguales a los de tantos otros que tienen el hábito de la crítica pública. ¿Dónde estará el crítico completamente puro? ¿Quién, aun el que pasa por serlo, no tiene un amigo, una mujer, otro «de la misma Congregación», que nos obliga a decir lo que no sentimos?

XII.—Los amigos médicos. Martín Martínez

Mas la ilustración médica de Feijóo no se reducía a los libros, sino que la extraía también del trato con los doctores de su amistad. Le hemos visto en consultas, casi siempre batalladoras, con los médicos de Oviedo, singularmente con los que acudían a los conventos, de los que da la impresión nuestro polígrafo que era consultor obligado, y supremo, en los trances de apuro. Hemos visto también que Feijóo acudía a las casas de los médicos y les revolvía y curioseaba con maligna intención la biblioteca. Y nos imaginamos las charlas interminables en que se enredaría con ellos, a veces ante un corrillo copioso, formado por los otros monjes y amigos, en las que luciría la superioridad de su erudición y la sorna y agudeza de su arte polémico. Se sabe que fué conversador amenísimo según proclaman varias de las Apologías de sus libros, escritas casi siempre por sus compañeros de Orden que habían convivido con él. Uno de ellos escribe: «Su elocuencia incomparable y su vasta ilustración en todas las facultades son tan notorias a los que leen sus escritos y mucho más a los que gozamos de su amena, sabrosa y dulce conversación»[1].

Buen gallego, injerto en asturiano, que son los más famosos habladores de España, lo fué él, por los dos costados; y como correspondía a su nacimiento y residencia, humorista excelente[2]. Sabía que en la conversación no sólo se goza, sino que se aprende «como en el mejor de los mejores libros»[3]. Por eso los hombres de alta tensión intelectual aman y necesitan igualmente la soledad y la conversación: parece el entendimiento como las lámparas eléctricas que brillan solas en la meditación; pero se gastan, y necesitan entonces la nueva carga del flúido que se recibe del trato oral con otras

[35] Hay dos copias de esta carta en los dos manuscritos citados [46] y [200] de la Biblioteca Nacional.

[1] Aprobación del Padre Baltasar Diaz al tomo VII del *Teatro*, p. 19.

[2] «Podría sucederme lo que a otros, que algunos pocos días del año gozan una accidental alegria y en todo el resto están minados de la tristeza. Mas la verdad, si no me engaño, es que mi conversación sigue por lo común la mediocridad entre jocosa y seria: lo que proviene también en parte del temperamento y en parte de la reflexión. Me ofende la continuada y aun escandalosa chocarrería de Marcial; pero tampoco me agrada la inalterable seriedad de Catón. El comercio común pide mezclar oportunamente lo festivo con lo grave.» *Cartas*. V. XVII, 9. Sobre el elemento gallego del carácter de Feijóo, véase Pardo Bazán [176], p. 17.

[3] *Teatro*, III, XII, 29: «Pero mejor que los mejores libros es la buena conversación. La enseñanza que se comunica por medio de la voz es natural; la de la escritura, artificial; aquélla, animada; ésta, muerta; por consiguiente, aquélla eficaz y activa; ésta, lánguida. La lengua escribe en el alma, como la mano en el papel.»

gentes. El libro nos enseña también, pero pasivamente; y el hablar no es tanto aprender cosas como sugerirlas y como encender la actividad del propio entendimiento. Cierto es que hay libros que sugieren también, como las conversaciones; libros que parecen vivos; y éstos son, sin duda, los mejores.

Entre estos médicos amigos de Feijóo debió de ocupar un rango importante el cirujano francés d'Elgar, el que iba a su celda a enseñarle la anatomía del corazón, del que hemos hablado ya. Pero sobre todo nos interesan dos: el Doctor Martín Martínez y el Doctor Casal.

La relación de Feijóo y Martín Martínez es muy interesante y requeriría un estudio especial, que tal vez haga en otra ocasión. Este célebre profesor inició la reforma de la enseñanza y del pensamiento médico en la época feijoniana. Su libro *Medicina Sceptica* [4] contiene, como antes he dicho, gran parte de la doctrina revolucionaria que luego había de desarrollar el monje benedictino, incluso sus entusiasmos por la actitud experimental de Bacon de Verulamio. La famosa obra está escrita en diálogo, género predilecto de su autor; un diálogo entre tres facultativos: un galénico, un químico y un hipocrático o escéptico que representa la voz del propio Don Martín. A través de la conversación se critican los sistemas filosóficos que reinaban entonces en la ciencia y gracias a los cuales nadie sabía medicina objetiva, seria, útil y verdadera. Esta primera embestida de Martínez contra el ambiente universitario fué terrible. Dijo, por ejemplo, que en «las Aulas y Colegios, dando gritos, patadas y sudores, buscando la verdad, se suele hallar solamente una ronquera». Se atrevió también a afirmar que los médicos que trabajaban en Madrid con éxito más justo eran los que no habían visitado las Aulas [5]. Y varios juicios más, de idéntico calibre.

Antes he criticado la pesadez y artificiosidad de la literatura de Martínez, que limitó, sin duda, en parte, la eficacia de su noble rebeldía. Rebeldía tanto más atrevida si pensamos en la posición insigne que ocupaba en la enseñanza oficial y en el prestigio de que gozaba en la Corte y en todo el país. Ser rebelde mientras se anda sin camisa, es lo natural; lo raro es serlo debajo de una casaca llena de galones y cruces. Sin embargo, le faltó a la literatura de Don Martín aquella gracia o si se quiere aquel garbo genial que hace tan fecunda la prosa de Feijóo. Su misma insubordinación contra lo oficial era ceremoniosa y atildada. A todo esto hay que atribuir la fugacidad de su obra; pero añadiendo que el valor específico, el propiamente científico de la misma, es francamente bajo, a pesar de todos los panegíricos que sobre ella se han hecho [6]. Sus libros de Anatomía son, como ya hemos indicado, absolutamente medianos, y en modo alguno hacen a su autor digno de figurar en la serie de los grandes anatómicos españoles. No hay en ellos una sola nota de observación original ni tampoco una de esas arquitecturas didácticas magistrales que convierten en excelsos a los libros de divulgación.

---

[4] Martín Martínez [148].

[5] Publicó también Martín Martínez una obra de carácter general combatiendo, desde la misma posición que en la *Medicina Sceptica*, el dogmatismo de las escuelas no médicas [149].

[6] Hablamos en el texto de la vulgaridad de sus libros anatómicos. Los quirúrgicos son igual: son meras transcripciones, sin ímpetu original (¡el sino de la cirugía española!) de los tratados de Le Clerc y Dionis. Aun anotando a cuenta del atraso de la época y no a la suya, muchos de los disparates de sus lecciones quirúrgicas, aterra leer, que, por ejemplo, recomendaba en las heridas de vientre con salida de intestinos el colocar sobre las entrañas eventradas, las palpitantes de un animalillo abierto, vivo, en canal. Sus recetas de ungüentos y pomadas para la cura de las heridas pertenecen a la más vieja y absurda polifarmacia. Compárense con la de Casal. Feijóo, aunque no lo dijera, debía enrojecer de indignación viendo estampadas en los libros de su amigo predilecto aquellas fórmulas del *Emplasto Stíptico* que se compone de 34 simples, o la del *Emplasto Diabotano*, de cincuenta y tres, entre los cuales el aceite de lombrices y el estiércol de palomas.

¡Si Feijóo, tan prendado de la Anatomía de Martínez, hubiera visto un ejemplar de la de Valverde de Amusco, más que centenaria en su época! Con profunda satisfacción he visto autorizado este juicio que siempre tuve de la obra del médico real, por persona de tan alta competencia como el Doctor Escribano [7]. Hasta hace poco no había leído su admirable discurso sobre los anatómicos españoles de los siglos XVIII y XIX, en el que pone fin a la leyenda del mérito eminente de este protomédico, leyenda en gran parte creada por su amigo Feijóo y que ha llegado intacta hasta nosotros bajo el amparo de Menéndez Pelayo, que incluyó también a Martín Martínez entre las glorias de nuestra ciencia dieciochesca [8].

No obstante, la autoridad científica y social del renombrado profesor estampada al pie de teorías tan afines a su modo de pensar, debió ser para Feijóo una revelación y un acicate; y acaso el motivo determinante de su decisión a lanzarse a la empresa revolucionaria. De lo que no cabe duda es de que en los discursos médicos del tomo I del *Teatro* está netamente marcada la influencia de las doctrinas de Martín Martínez, que acabaron siendo doctrinas a medias con las de Feijóo.

No conocía el benedictino al profesor de Anatomía más que por la lectura de sus obras, pero al aparecer el opúsculo titulado *Centinela médico-aristotélica contra scepticos*, en la que el Doctor Araujo, médico, como Martínez, de los reales Hospitales de Madrid, impugnaba crudamente la *Medicina Scéptica*. Feijóo no pudo contenerse y se lanzó a su primera aventura literaria, publicando la *Apología del Scepticismo Médico* (1725). Defiende en ella a Martínez de los ataques, más filosóficos que médicos, de Araujo. Pero se adivina que su propósito esencial era cubrirse con la bandera de un hombre de ciencia respetable y tomar a su sombra posiciones firmes para la batalla que tenía planeada y casi decidida. Su falta de títulos académicos le obligaba a ello. Este es, a mi juicio, el significado de la extraña irrupción de Feijóo en el escenario de las letras, a los cincuenta años y del brazo de un profesor médico con el que nada tenía que ver. Lo que había (quizá subconscientemente) de interés personal en su actitud de tercero en discordia, se demuestra por el tono violento de su escrito, incomprensible en un maestro de su respetabilidad, a quien, aparentemente, nada le iba ni le venía en aquel pleito. En ninguna de las defensas que más tarde tuvo que hacer Feijóo de sus propios libros se encuentran frases como estas que copio de su primer escrito: «Bien, ¿y qué tenemos con eso?» «¿Cómo, qué tenemos con eso?» «¡Ahí es nada el sapazo que se traga!»; y otras por el estilo en las que se le ve arremangado y en jarras, impregnado aún del aroma nada fino de las disputas de Seminario. Compárese este tono con el de la *Respuesta al discurso Physiológico-médico al doctor Don Francisco Dorado* (1727), por ejemplo, en la que arguye con serenidad a los ataques nada suaves de éste, y termina diciéndole: «Perdono a V. Md. todas esas injurias, y no sólo se las perdono, también se las disculpo.» Y es que aquí hablaba ya con la

---

[7] Escribano [69]. Comparte este Juicio de Escribano el Doctor García del Real [89]. Y también (aun cuando no cita al profesor granadino) Ballesteros Beretta en un excelente resumen sobre la Medicina Española en el siglo XVIII [26] con buena bibliografía. No comparto del juicio de este último, lo de que «el ameno estilo» de Martínez es la causa de su fama, pese a su científica mediocridad, pues lo creo farragoso, pedante y artificioso. Recientemente se ha ocupado de Martín Martínez el Doctor D. Mezquita [159]. Escribe de él: sus biógrafos añaden «que ostentó el cargo de Presidente de la Real Sociedad de Sevilla, sin que aclare ninguno qué Corporación era ésta». Demuestran estas palabras de mi amigo el doctor Mezquita, docto profesor de la Universidad de Sevilla, hasta qué punto se ha perdido allí la memoria de sus gloriosas tradiciones inéditas.

[8] A Martín Martínez le llama Menéndez Pelayo «insigne anatómico, médico y filósofo escéptico [154], (111, p. 70). Copiándolo de él, le exalta también la Pardo Bazán [176].

responsabilidad del que ha vencido; mientras que la réplica a Araujo era el primer empujón, el codazo para ponerse en la primera línea, en el que se compromete todo y en el que en nada se repara. Se me dirá que en polémicas posteriores —por ejemplo en las que sostuvo con Mañer y con Soto Marne— no anduvo corto de lengua nuestro benedictino; pero nunca tanto como en su primer ataque en defensa de Martínez; y siempre en aquellos otros casos, con la justificación de la defensa propia, que no existía en esta ocasión.

Viviendo Martín Martínez y Feijóo separados por muchas leguas de distancia —y los viajes del monje a la Corte fueron fugacísimos [9]—, su amistad no fué de ese tono directo que Feijóo hubiera sin duda deseado para su propia instrucción y recreo. Pero fué muy estrecha, y el Padre, al nombrar al Doctor no lo hace casi nunca —y le cita a cada paso— sin cariño y reverencia: «mi amigo» o «mi querido amigo» le llama constantemente.

El Doctor Martín Martínez murió joven, pero no malogrado, como suele decirse a la ligera: la mayoría de los así calificados mueren en edad temprana, pero habiendo ya realizado lo fundamental de su labor, y así le ocurrió al autor de la *Medicina Scéptica* [10]. Precisamente gustaba él de citar una sentencia magnífica de Vallés: «Si quieres vivir largo tiempo, no lo pierdas», y esta otra de Séneca: «No hay cosa más torpe que un viejo que no tiene otra prueba de haber vivido mucho más que la edad», y dentro de su talento, grande y fino, aunque no genial, procuró acomodarse a estos aforismos. Dicen sus biógrafos, y el mismo Feijóo lo comprueba, que murió de pesar por lo mucho y fuerte que le combatieron [11]; extraña flojedad, si fué cierta, e indigna de un hombre de su buen temple. Entonces se decía mucho de esta clase de muertes, por disgustos que hoy nos parecen de poca monta, como aquel arzobispo de Toledo que falleció de pena porque el Rey le había retirado su gracia, y tantos casos más por el estilo. Hoy sabemos que debajo de tales tristezas, superficiales aunque llamativas, hay siempre lesiones que son las que efectivamente matan, aunque sea más elegante, ante la posteridad, el morir de una aflicción que, por ejemplo, de una lesión de la aorta.

Enteróse Feijóo con hondo pesar de la desaparición de este hombre cuya vida estuvo tan ligada a la suya: como lo están sus nombres en la posteridad. Como en toda amistad verdadera, fué rigurosamente recíproco y equilibrado el bien que uno y otro se hicieron. Feijóo tuvo en el médico una constante autoridad que sancionaba sus opiniones científicas y sus intrusiones profesionales ausentes de marchamo oficial; era para él, Martínez, como esos titulados que prestan su firma para autorizar la labor de hombres de talento pero sin carrera. Para Martínez fué el benedictino, ya lo hemos

---

[9] Hablan sus biógrafos de sus rápidas estancias en Madrid, de donde huía en seguida. En una de sus cartas se burló graciosamente de la sandez y artificiosidad de las costumbres cortesanas: la tan comentada *Ingrata habitación de la Corte. (Cartas,* III, XXVIII.) En 1725 estuvo en Madrid para preparar la edición del tomo I del *Teatro*. Volvió en 1728, probablemente para desagraviar el enojo del Infante Don Carlos, a que ya nos hemos referido. Un mes estuvo entonces en la Corte, y siendo ya altísima su fama, hubo de soportar las impertinencias de toda esa humanidad con espíritu de mariposa que parece no tener otra misión que revolotear en torno del hombre famoso; claro que lo mismo si es un sabio que si es un boxeador. A referir estos enojos está dedicada la *Carta* que citamos.

[10] Véase en mi libro [140] el capítulo «La lección de los malogrados».

[11] «La memoria que V. E. me hace del doctor Martínez no sólo renueva, pero agrava mi dolor en asunto de su muerte, porque aquella expresión de V. E., *este glorioso ingenio fué víctima que la ignorancia consagró a su obstinación o murió, como se dice, en el asalto*, si no yerra mi inteligencia, significa que el villano desquite que abrazaron algunos de aquellos cuyos errores impugnaba Martínez de oponer injurias a razones, hizo tan profunda impresión en su noble ánimo, que le aceleró la muerte, y aunque no ignoraba yo cuánto se ensangrentaron en él la Envidia y la Ignorancia, estaba muy lejos de pensar que hubiese inspirado tanta aflicción en su espíritu lo que sólo merecía desprecio» (*Cartas*, II, XXIII, 27).

dicho, casi el creador de su prestigio, y en todo caso un resonador inmenso de su fama profesional y científica. No en vano dice Menéndez Pelayo que Feijóo llegó a ser un oráculo: en aquel tiempo ningún hombre público, en plena Corte, podía soñar pedestal más eminente que el de los elogios del buen fraile encerrado en su convento de las Asturias remotas.

XIII.—Los amigos médicos. Gaspar Casal

La amistad del Padre Feijóo con el Doctor Don Gaspar Casal nos desconcierta un tanto, porque aunque no pueda decirse que el talento formidable de este médico pasase inadvertido a la agudeza del monje, y aun cuando sea también cierto que el libro magno de Casal [1], se publicó en el año 1762, es decir, dos años antes de la muerte de Feijóo cuando éste había dado ya por terminada la serie fundamental de sus obras, sin embargo, el lector actual del *Teatro* y de las *Cartas Eruditas* tiene la impresión de que el Padre Maestro, tan generoso para elogiar a sus amigos, no se dió cuenta completa del real valor de aquel hombre insigne que yo no dudo en considerar como el primer médico español de su tiempo: culto, independiente de espíritu, observador incomparable, meditador profundo de lo que observaba, atento a coincidir con la ciencia universal y, finalmente, genial precursor de una de las ramas más frondosas de la biología actual, la vitaminología. Resulta extrañamente paradójico pensar que la gloria de Casal necesita, hoy todavía, un nuevo Feijóo que la desempolve y realce; y fué el propio polígrafo, tan experto en descubrir grandes hombres remotos, el que dejó escapar de su vista de lince este que tuvo durante tantos años a su lado, allí mismo, en Oviedo, ejerciendo de médico del Cabildo. Y es que hay, desde luego, hallazgos de la mente humana que nacen con alas voladeras desde el primer instante, y todo el mundo los ve y los admira; mientras que otros descubrimientos, como el de Casal, cuando brotan son sólo larvas confusas que necesitan largos períodos de maduración al calor de los progresos nuevos; y sólo entonces, un buen día, les brotan las alas también y emprenden su derrotero glorioso por el cielo científico ante la admiración de tantos y tantos que habían pasado sin darse cuenta al lado suyo.

Casal, como he dicho, publicó su libro cuando ya Feijóo apenas escribía y tenía la curiosidad menguada. Pero sin duda habló con él largamente en sus tertulias conventuales acerca de sus observaciones, tan agudas sobre la Historia Natural y sobre la patología asturiana [2]. Y el doctor a sueldo

---

[1] Casal [47].

[2] En la obra de Casal ([47], p. 96 de la edición primera y 98 de la de Muylla) se lee: «Y porque en la celda del Rdmo. Padre Maestro fray Benito Feijóo habíamos pocos días antes leído en cierto tomito francés moderno una disputa nueva sobre averiguar si estas lombrices», etc. Sin duda, en estas tertulias se leían, pues, las novedades extranjeras y se discutían largamente. Casal escribió su obra durante su estancia en Asturias, aunque no se publicó hasta después de su muerte; y es más que probable que Feijóo conociera el manuscrito. Roel ([196], p. 38) cita reiteradamente una carta escrita por Feijóo a Casal el 2 de diciembre de 1740, manifestándole «que el mal de la rosa existía también en Galicia, donde le había visto»; lo cual confirma el intercambio de ideas médicas entre el monje y su doctor, toda vez que «el mal de la rosa» o pelagra constituyó la preocupación dominante de la actividad científica de Casal. Feijóo, tan entusiasta de las academias, debía ensayar intencionadamente en su celda un pequeño esbozo de corporación científica, que él presidiría entre el respeto de todos. J. de Urquijo ([220], p. 11) copia una descripción de Santibáñez que demuestra cómo de las tertulias de hombres ilustrados, imbuídos del espíritu del siglo, surgían las academias: «Por el año 48 habían tomado ya una forma más elegante estas asambleas nocturnas. La tertulia de juego y merendolas se transformó en Junta Académica, compuesta de varios caballeros y algunos clérigos despejados y estudiosos.» Se refiere

del Cabildo ovetense tenía que ser para el benedictino, con algunas reservas, como luego veremos, el arquetipo de lo que él soñaba como sacerdote de la medicina, en contraste con la turbamulta de gárrulos pedantones que formaban entonces la Facultad. En primer lugar, Casal no debió hacer estudios oficiales [3], y a esto, sin duda —confirmando la tesis de Feijóo y de Martín Martínez— fué deudor de aquel su predominio del espíritu de observación directa de la naturaleza y de su recta interpretación racional sobre los hueros sistemas filosóficos. Y además, como se comprueba leyéndole, su actividad era una constante aplicación de los principios experimentales, tan caros al Padre Maestro. Podría achacarse precisamente a influencia de éste aquella actitud de Casal y no puede dudarse que la convivencia con tan alto ingenio tuvo que dejar honda huella en su espíritu. Pero Casal era, sin duda, gran médico experimental desde mucho antes, desde que con unas cuantas nociones recogidas en el Colegio de Sigüenza se lanzó a estudiar la vida humana, ejerciendo la medicina por los pueblecitos de Guadalajara y Soria. Feijóo cuenta una de sus exactas observaciones acerca de un pobre hombre, medio bárbaro, de Medinaceli, que un año de hambre, no teniendo a la mano otra cosa que comer, se tragó un huso de hilar estambres sin que nada ocurriese por el momento, pero al cabo de unos meses lo expulsó por un costado, dejando en la piel una pequeña cicatriz [4]; y «recién entrado en Oviedo», esto es, antes de su convivencia con el benedictino, tuvo una consulta famosa en la que está toda su doctrina natural del arte médico: un buen hombre asturiano fué a preguntarle si le haría mal el pescado, a lo que Casal, «con la gracia que le es tan natural —escribe Feijóo— le repuso: eso lo sabrá usted y no yo»; y añade que el propio consultante fué a contárselo al fraile, «para prueba de que el médico nuevo (así le nombró) no sabía palabra» [5]. En este breve diálogo está compendiada toda la entonces audaz, doctrina naturista de Casal; y también de Feijóo.

Casal fué a Oviedo «al parecer necesitado y con la protección de un prócer», dice Canella [6] en 1718 y teniendo treinta y siete años cumplidos, según él mismo declara [7]; en 1720 aceptó el nombramiento de médico de la ciudad, en sustitución del Doctor Contreras, al que ya conocemos (pág. LIII), en unión de los Doctores Don Francisco y Don José Dorado, padre e hijo, enemigos ambos de Feijóo, como luego veremos. La reputación de Casal fué extraordinaria, y él mismo la puntualiza con orgullo [8]. Nueve años después dejó este empleo y fué nombrado médico del Cabildo, que ejerció sabiamente, hasta que pasó a Madrid, ascendido a galeno de los reyes. En 1753 habla ya Feijóo de «mi estimadísimo amigo, el Doctor Don Gaspar Casal, que hoy cuida de la salud de nuestro Rey Don Fernando el Justo y de la de su

---

a la Sociedad Económica Vascongada. Así nació también, de una tertulia de rebotica, la Academia de Medicina de Madrid.

[3] Véase Canella: Prólogo a la edición de Buylla [47]. Un resumen sobre la vida de Casal, en López Sendón [117].

[4] *Teatro*, VIII, VI, 73.

[5] *Cartas*, IV, XVII, 5.

[6] Canella [47].

[7] «Teniendo treinta y siete años cumplidos vine el de 1718 a esta ciudad de Oviedo, donde he residido hasta el que corre de 1751» ([47], p. 168).

[8] «Quiso Dios (gracias a Su Majestad Divina) que todos los médicos (de Oviedo) y aun los de todo el país me tuviesen por hábil», etc. ([47], p. 168). Esta fama de Casal perduraba en el pueblo de Asturias muchos años después. Townsend ([217], t. I, p. 555), en su viaje al norte de la Península (1786), recoge muchos datos de la patología de la región, y escribe: «Estos detalles que me han dado los médicos están confirmados en la obra excelente de D. Gaspar Cassal, viejo médico que poseía el arte de observar y una experiencia poco comunes, y que ha publicado una Historia natural de Asturias.»

regia Esposa» [9]; es probable, como Canella insinúa, que el mismo Padre Maestro, bien quisto en la Corte, influyera en este triunfo oficial de su amigo: el máximo a que por entonces podía aspirar un médico.

La amistad de ambos debió ser grande, como se desprende de este probabilísimo supuesto y de los adjetivos afectuosos, que el monje le prodigaba. Le tenía por «sujeto bien instruído en Anatomía», y en tal concepto le encargó, a la vez que al médico irlandés doctorado en París, Don Bartolomé Sullivan, que le hiciese un informe sobre restos de huesos hallados en Concut, cerca de Teruel, resultando que eran fragmentos de osamentas humanas y equinas [10]. Cuando el benedictino, en sus andanzas clínicas, habla de que tal o cual médico es de ignorancia peligrosa y que es preciso reemplazarlo por otro de gran autoridad, se adivina que es en Don Gaspar Casal en quien piensa. Finalmente, le dió la más alta prueba de su confianza y de su respeto dejándose reconocer por él, alguna vez que estuvo indispuesto —él, el enemigo de los doctores y el propugnador de «el médico de sí mismo»—, como se desprende de la anécdota que, según Canella, era muy sabida en Oviedo: un día que Casal fué a visitar en su celda al monje, enfermo de fluxión reumática, dijo éste al doctor, al ofrecerle los honorarios: «*Accepi Salutem ex manum innimicorum nostrorum.*» A lo que contestó Casal, alargando la mano para tomar el dinero: «*Accipio numera ex manu illuront cui oderunt nos.*» Lo cual demuestra, entre otras cosas, que en aquel tiempo, para vergüenza del nuestro, hablaban en latín hasta los médicos que no habían pasado por la Universidad [11].

Esto es lo que sabemos de la relación entre ambos personajes, y con ser poco, sirve para deducir la alta estimación que Feijóo tuvo de Casal; pero no, tal vez, repito, la exacta valoración de su genio. Y quizá porque no tenía la aureola extranjera que tanto deslumbraba a nuestro monje [12]. Quizá también no acababa de satisfacer al benedictino la práctica médica de Casal, bastante aficionado a la sangría, que era para nuestro escritor la piedra de toque del buen juicio. Da la impresión de que le consideraba como un buen hombre de oficio, inteligente y agudo, pero nada más. Extraña también la abstención de Casal en la controversia médica feijoniana en la que intervinieron casi todos los médicos de algún renombre, y entre ellos los hermanos Dorado, colegas suyos en el Cabildo. El, tan sabio y tan buen escritor, se abstuvo, quizá por discreción: por no ponerse en desacuerdo, aun-

[9] *Cartas*, IV, XVII, 5.

[10] *Teatro*, VII, II, 3.

[11] Hernández Morejón [96] atribuye esta anécdota a Feijóo con Martín Martínez. La anécdota será real o no; presumo que forma parte del folklore antimédico universal; pero, de todos modos, con Martín Martínez es inverosímil, porque no se vieron apenas, ni, por lo tanto, debió tener el encopetado doctor ocasión de asistir al benedictino ni de trabar con él intimidad que permitiera tales chascarrillos.

[12] No puede decirse que el mérito de Casal pasase, sin embargo, inadvertido fuera de España. Casal escribía sus dudas a los colegas de París (véase «carta que el doctor Gaspar Casal, médico de la Iglesia Catedral de Oviedo, mandó en consulta a los sapientísimos doctores en Medicina de la ciudad de París», a la que contestaron Molin, Silva, Petit, Morand, Guerin, de Pramond y Astrud [47], p. 376 y siguientes). Cuando publicó su tratado del mal de la rosa, el doctor Thiery, agregado a la Embajada de Francia en Madrid, dió a conocer el resumen de estas investigaciones en la Academia Médica de París (1755). Y después surge su nombre de vez en cuando en labios extraños, pero parcamente. Canella escribe, por ejemplo, «me complazco cuando le ensalzan hombres ilustres, como Townsend»; pero el elogio de éste se reduce a poco más que citarle, como acabamos de ver (nota 8, p. LXXI). Compárense estos ecos forasteros con los que alcanzó aquel Solano Luque, por ejemplo. El renombre universal de Casal es, en cambio, máximo, ahora después de los modernos descubrimientos sobre la pelagra y las demás enfermedades por carencia de vitaminas. Todos los patólogos modernos reconocen el inmenso mérito del médico español. Véase, por ejemplo, los tratados de Lavinder [111], Pittaluga [183], etc.

que fuera en detalle, con su gran amigo el benedictino, pues, en efecto, no podía compartir todo su radicalismo antimédico, como se infiere leyendo su excelente *Brevísimo Tratado en que con experiencias se declara que para entender las importantes doctrinas y sentencias de Hipócrates, valen más las observaciones prácticas que la lectura y estudio de los comentarios de ellas* [13]. No hace en este escrito alusión directa alguna a Feijóo, pero se transparenta su preocupación por él, tanto en los acuerdos de la doctrina como en las divergencias de la práctica.

Casal no figura en la apología de Menéndez Pelayo de la ciencia española del siglo XVIII; ni en ninguna de las demás. No obstante, fué el valor médico más firme de la centuria, en España. El y Feijóo son las dos islas que flotaron sobre el diluvio de ignorancia que anegó nuestra cultura. Uno, fué la investigación analítica, limitada, exacta, minuciosa. Otro, el gran espíritu sintetizador y comprensivo. Uno, el que alcanza la orilla de la verdad, construyendo su puente de piedra a piedra. Otro, el que la divisa de un aletazo de su vuelo caudal. Como ocurre siempre en la Historia, entonces también las cimas del pensamiento se aproximaron por misterioso designo de Dios. Fueron amigos y se hicieron mutuo bien, quizá sin comprender su verdadero significado en la trayectoria de la cultura de su patria. Hoy vemos claro al sentido del aparente azar que les hizo caminar juntos.

XIV.—Feijóo y Sarmiento

No sería justo terminar esta relación de los amigos científicos de Feijoo sin citar a uno más, que, aunque no médico, fué su cónsul en Madrid [1], su proveedor de libros y de datos y la retaguardia poderosa que defendía sus espaldas cuando de todos lados le acometían los enemigos. Me refiero al Padre Martín Sarmiento, benedictino, extraño, famoso y admirable personaje de la edad feijoniana. Todo grande hombre de verdad —y Feijóo lo fué de primera categoría— tiene en la sombra otro ser que le sirve y desembaraza cuando es

---

[13] Canella [47] atribuye la abstención de Casal a que éste no era universitario, y por ello no se atrevió a contender con médicos titulados. La razón es inaceptable, porque tal escrúpulo era entonces de poca monta; si no, ni Feijóo mismo, ni el padre Rodríguez, ni varios más, hubieran alzado su voz. La explicación verosímil es la que doy en el texto. El hecho es que no aparece una sola vez el nombre de Casal en la polvareda de la polémica feijoniana. Murguía dice, con evidente inexactitud, que Casal defendió a Feijóo [164].

En Madrid, según se desprende de las cartas de Samos, tenía además Feijóo otro corresponsal, el P. Predicador, Vallejo, encargado principalmente de sus asuntos administrativos, para los que no debía fiarse mucho del P. Sarmiento, un tanto lunático. Conozco algunas cartas a este padre financiero. Dice en una de ellas: «Los repetidos testimonios que tengo (el último y más concluyente el de nuestro Padre Cronista) del celo y puntualidad con que manejas mis intereses en el despacho de mis libros, así como me hacen indispensable el rendirte muy cordiales agradecimientos por esta fineza, alientan al mismo tiempo mi confianza para duplicarte el trabajo suplicándote cargues también con la intendencia de encuadernación» (28 de Agosto de 1734). Otra vez: «Este correo despacho contra V. M. una libranza de seis mil reales a favor», etc. (Junio de 1741). En Junio de 1748 pregunta a Sarmiento: «¿Qué se hace Dios de Vallejo?» Y el 24 de Julio del mismo año sabemos que el buen Vallejo ha muerto, y nos sorprende el tono frío del pésame de Feijóo y el buen humor que, a renglón seguido, demuestra en la misma carta, que, por ingeniosa, merece copiarse: «Amigo y señor: la muerte del amigo Vallejo me es muy sensible, porque cierto le amaba tiernamente por su mucha bondad y honradez. Aquí, además de las viruelas, más infanticidas que Herodes, hay muchos tabardillos, de los cuales uno, con grande edificación de todo el pueblo, llevó no sé hacia dónde a un usurero notorio y atroz, el cual con gran satisfacción dió principio a su testamento diciendo *que no debía nada a nadie*. Dios nos libre del detestable vicio de la avaricia y a V. P. guarde muchos años. Oviedo y Julio, 24 de 1798. P. N. — B. L. M. de V. P. su servidor y amigo de corazón, Fray Benito Feijóo. N. P. M. Sarmiento mi amigo y señor.» (Cartas de Samos).

menester; que le sostiene cuando decae; que en muchas ocasiones le inspira. El grande hombre, como ocurre con los prestidigitadores, no es, en cierto modo, más que la parte visible de un artificio en el que, oculto a la vista del público, se elabora gran parte de lo que aquél anima y hace relucir entre el público asombrado. Unas veces es una mujer; otras, un amigo; un simple secretario quizá; o una organización y oficina secretas. La historia nos descubre unas veces esta parte esencial de la actividad del grande hombre, que sordamente trabaja detrás del telón; y en otras ocasiones queda para siempre en el misterio. Pero siempre existe. En el gran benedictino gallego su complemento obscuro era otro monje de su misma orden, el Padre Sarmiento.

Fué Sarmiento un prodigio de erudición, un observador finísimo y un trabajador casi monstruoso [2]. Pero, a la vez, un hombre obscuro y sin fachada al exterior: la que le sobraba a Feijóo. Había nacido, como tantos otros hombres de su contextura moral y mental, para reunir los materiales y dárselos preparados al hombre constructor, al que tuviese lo que a él le faltaba: la eficacia. Su correspondencia con Feijóo será, si algún día se conoce totalmente, una prueba indudable de la enorme participación material que tuvo en la elaboración del *Teatro Crítico* y de las *Cartas Eruditas*. Por desgracia, esta correspondencia, que debió ser muy copiosa [3], está perdida o ignorada, salvo algunos fragmentos, entre ellos los que nosotros hemos podido leer. En estas cartas, Feijóo le llama siempre «Padre nuestro, amigo y señor.» Por ellas vemos que, por ejemplo, cuando surgían dificultades en la aprobación y censura de sus libros, el Padre Sarmiento era investido por el autor de libertad plena para «borrar, mudar o añadir todo lo que le parezca conveniente» a los manuscritos [4]. Concertaba con él la distribución de los discursos en los distintos tomos

---

[2] Como prueba de la capacidad de trabajo de Sarmiento, pueden leerse en sus autobiografía [63] estos datos: «1732. El verano de 1726 salió a luz impreso en Madrid el tomo I del *Teatro Crítico* del Rmo. Feijóo. El año de 29 salió su *Ilustración Apologética* y en ella puse yo mi aprobación. El Agosto del 31 salió la *Réplica satisfactoria* de un tal Don Salvador Mañer contra el Teatro. No quise ver ni compré esos dos tomos hasta que el vulgo los leyese y cacarease. A primero de Octubre los compré yo, vi y leí e hice aparato para impugnarlos. A primeros de verano de 1732 ya presenté al Rmo. P. General, para licencia, todo el material de mis dos tomos de la *Demostración Crítico-Apologética*. Y viendo que no había fundida letra nueva para imprimir, tomé el trabajo de ir poniendo más en limpio el primer original; y así escribí dos veces mis dos tomos: el que está impreso y el original, que conservo, que es muy diferente del impreso.» Y en otra ocasión: «1726. Por Diciembre salió en Toledo un papel manuscrito del médico sordo Don Juan de Lesaca contra el tomo I de Feijóo sobre medicina. Yo tomé la pluma y escribí 16 pliegos en 4 contra Lesaca.» Y el P. José Goyanes añade, en nota: «Estos 16 pliegos tienen por título *Martinus contra Martinum* y oí decir muchas veces a su Rma. que los había escrito sin tener presentes más libros que el *Breviario* y *Directorio* o *Epactilla*, y a horas tan incómodas o intempestivas como era después de comer y cenar; de modo que ni aun el mismo M. Mecolaeto, compañero suyo, supo nada hasta que la cosa estaba hecha.» Sus biógrafos dicen que estudió constantemente catorce horas diarias; y calculan su producción total en tres mil pliegos de papel marquilla: «Bien resiste —comenta uno de ellos— la comparación del Tostado» [224], p. 55.

[3] En la autobiografía de Sarmiento [63] se lee: «1728. Quiso el Rmo. Feijóo que yo corrigiese sus tomos; así lo hice hasta su muerte y formé 14 índices a dos pliegos (es decir, 28). Con esta ocasión mantuve correspondencia epistolar con él y por el cajón en que conservo sus cartas se conocerá cuántos pliegos habré escrito yo en mis cartas por tantos años.» Se lamenta Murguía [164] de la pérdida de estas cartas. Las 16 que hemos leído en Samos son, en efecto, interesantísimas, y hacen suponer la calidad de las desaparecidas. Las halló, casualmente, su actual Abad mitrado y muy lejos de Galicia.

[4] «Amigo y señor: En este correo recibo carta del Ilmo. en que me dice no sé qué de embrollo del P. Ania, sobre la Aprobación, de alboroto de los capuchinos sobre la especie que toco del P. Carabantes, añadiendo que supone que V. merced me habrá escrito una y otra especie, y como no he tenido otra que esta y confusa y vaga que me da su Ilma., lo que discurro es que los capuchinos sabedores de lo que escribo de su misionero Carabantes hicieron con Ania que negase o suspendiese la Aprobación. Sea esto, o sea otra cosa, es menester discurrir allá y tomar el expediente que ocurriere más oportuno para

y le pedía el envío de los libros que necesitaba [5]. Le encargaba del acopio y pago de su tabaco [6]. Le instruía sobre la compra de lupas y lentes para sus ojos cansados [7], etc., etc. En pago de tantos favores, solía enviarle regalos, como lienzos, de los admirables de Asturias [8].

Pero, sobre todo, nos enseñan estas misivas que era Sarmiento el que en ocasiones, probablemente muy numerosas, proveía a Feijóo del material bibliográfico para sus disertaciones eruditas [9]. «Supuesto —escribe una vez— que cuando llegue ésta tendrá V. P. sus libros colocados, puede, desde luego, aplicarse a buscarme autoridades de Padres o de hombres señalados al asunto de que la Filosofía (o *in genere*, la aristotélica) es inútil para explicar los misterios de la fe; aunque de esto, más ripio habrá en la librería de la Casa que en la de la celda»; y añade desesperado; «la inmensa tardanza de los libros de Francia me hace mucho daño» [10]. Y otra vez: «Amigo y señor: vino la erudición griega, latina, hebrea, alemana, sobre los brindis, de que me aproveché lo menos mal que pude. Lástima es que no haya algo de lengua esclavona

---

salir de este pantano, o reimprimiendo con enmienda el medio pliego donde está el escándalo, o más si fuere menester, o añadiendo al principio o al fin alguna nota, etc. En fin yo doy mi poder cumplido para borrar, mudar o añadir todo lo que parezca conveniente y espero en Valladolid aviso con toda expresión de lo que hay en la materia. Nuestro Señor guarde a V. merced muchos años de vida. Oviedo y Abril, 30 de 1729.» (Cartas de Samos). Se ve por esta carta que las Aprobaciones apologéticas que figuraban al comienzo de los libros no eran todo lo sinceras y espontáneas que nos parecen. A veces encubrían intrigas apasionadas; órdenes religiosas enteras, como en este caso, movían su poder para influirlas en uno u otro sentido e incluso para entorpecer la publicación del volumen. Sarmiento debió cumplir su encargo; y, satisfechos los capuchinos, el P. Ania escribió la Aprobación (tomo III del *Teatro*, p. 19), que es, en efecto, seca en el fondo, bajo el almíbar insincero de algunos elogios. Quizá para desvirtuar estas intrigas, añadió Feijóo a este volumen un *Prólogo apologético* en el que se defiende de ataques públicos y privados. Las relaciones del benedictino con los capuchinos no fueron nunca cordiales; es evidente que los consideraba con algún menosprecio. Véase, por ejemplo, p. 271.

Padre nuestro y señor mío: Háceme fuerza lo que V. Md. me dice de la disonancia que hará el corto número de discursos y así resuelvo, dejando por ahora el de la poesía, dedicarme a dos o tres corticos, porque el de la poesía ha de salir larguísimo. Digo que V. Md. me compre el libro de Bramacho (sic) sobre la memoria artificial y el arte de Raimundo Lulio si se hallase, que lo dificulto.» (Carta de Samos 9 de enero de 1733.) Y en la postdata: «Es menester que V. P. me compre los 3 tomos de Moral del P. Gobart.» El asunto de los remedios de la memoria interesó mucho a Feijóo, sin duda para defender la suya; pero con el natural fracaso. Años después (1742) escribió dos *Cartas* sobre el tema en las que declara su desengaño (Cartas XX y XXI del tomo I de las *Cartas eruditas)*. En la segunda (n. 4) se refiere al libro de Brancacio (esta vez lo escribe con su ortografía verdadera): «No encontrando satisfacción completa a estos y otros reparos, esperaba hallarla en un libro que sobre el asunto escribió el señor don Juan Brancacio con el título de *Ars memoriae vindicata*, que compré algunos años ha con este fin, y retengo en mi Librería.»

[6] «Tuve carta de don Francisco Javier Blanco, hijo de don Mateo, con la noticia de la muerte de éste, que he sentido mucho. Ofréceme continuar las remesas de tabaco como su padre hacía y enviar luego seis libras de tabaco que le había encargado. Con que es menester pagarle las seis que quedé debiendo al padre y las que ofrece, cuando vengan. El último tabaco de la Habana que envió Vargas, es bajísima cosa.» (Cartas de Samos, 31 de mayo de 1738.)

[7] Hay tres cartas sobre este tema que serán más adelante copiadas y comentadas.

[8] «Argüelles el viejo luego irá por allá y llevará cincuenta y dos varas de lienzo asturiano (que dura tres tanto tiempo que el de a Galicia) para que V. Md. y el Visitador se hagan cada uno cuatro camisas y otros tantos pares de calzoncillos» (Cartas de Samos, 9 de enero de 1733). Se habrá observado la libertad de lenguaje que impera en estas cartas privadas, escritas de prisa y, como puede comprobarse en los originales, jamás corregidas. Buena prueba este «tres tanto tiempo», por «tres veces más».

[9] «Era, dice Vesteiro, el almacén, y Feijóo la fábrica» [224].

[10] Cartas de Samos, 27 de junio de 1739.

al caso, porque tengo a esta lengua mucha afición, sin saber qué cosa es, como Don Quijote a su incógnita Dulcinea» [11].

Claro es que no cito estas cartas con ánimo de deprimir la fama de erudito de Feijóo por el hecho de esta subterránea ayuda. Antes al contrario, no concibo a un hombre superior empleado en una tarea de gran volumen sin una colaboración como esta, que por sí sola implica ya la superioridad del que la aprovecha, porque ningún hombre de los quilates de Sarmiento se prestaría a servir así más que a una mente excelsa; y porque el buscar la colaboración es señal de hondo sentido científico. Hay que hacer esta advertencia porque estamos en España. No hace mucho he oído a dos jueces de oposición desestimar trabajos de los candidatos «porque estaban hechos en colaboración y no por ellos solos». Esto, pedagógicamente, es monstruoso. Nadie hace en esta vida nada eficaz sin su Sarmiento.

Era, pues, el fraile de Madrid, «el doble» que maquinaba en la sombra el éxito de su otro yo eficaz, el fraile de Oviedo. Escribió mucho, pero sólo publicó los dos tomos de la *Demostración Críticoapologética en defensa del Teatro Crítico Universal*, apoyando con nuevos y exactos datos los argumentos de Feijóo y limando con nobleza y tino sus equivocaciones. Pero todo ello sin gracia; sin la gracia que sobraba a su Maestro, ligero, en cambio, en ocasiones, por temperamento y por la fuerza de las circunstancias, que le obligaban a reproducir con prisa [12]

Fué Sarmiento, como hombre y como fraile, intachable, y la fama de su sabiduría se hizo popular y luego legendaria. Pero en sus brusquedades, en su humor cambiante, en su odio desde la juventud a la convivencia social [13], a las reuniones y a las academias [14], en el despego a la misma literatura que le acometió al final de su existencia, se adivina una amargura latente de fracaso; amargura dulce y sin rencor, expresión de lo que ahora se llama «un

[11] Cartas de Samos. 1 de febrero de 1744. En efecto, en el tomo II de las *Cartas Eruditas*, aparecido este mismo año, hay una titulada *Origen de la Costumbre de Brindar*. En ella dice Feijóo que nunca se ocupó de los brindis y se queja de que se le suponga enterado de todo; dando a entender que los datos con que adorna el tema son improvisados. Era un pequeño engaño para asombrar con su erudición al público; ya sabemos que fué Sarmiento el que se la proporcionó.

[12] Sin su firma, colaboró Sarmiento en muchas publicaciones de su época como la *España Sagrada*, el *Diccionario de la Academia*, la *Biblioteca Escurialense*, etc. [224]. Después de su muerte aparecieron impresos algunos opúsculos suyos, como el de la carqueixa [199], que luego comentaremos. Buena parte de su obra inédita se refiere a genealogía, antropología, geografía e historia española. Sus datos de observación personal tienen más interés que sus fuentes de erudición que, a pesar de su fama, son, a veces, muy elementales. Son muy típicos —y de los más interesantes— de su modo de trabajar los discursos sobre los maragatos [200-A] y sobre los villanos [200-B], de los que poseo excelentes manuscritos de la época.

[13] Sobre el carácter y la reputación social de Sarmiento dice él mismo: «¿Quién habrá que tenga alguna noticia de mi persona que no esté imbuído al mismo tiempo de mil historias, necedades e imposturas contra ella? Yo soy en boca de todos, con distribución acomodada, un hombre ridículo, duro, adusto, terco, hipocondríaco, insufrible, seco, desabrido, incomunicable, melancólico, intratable, indómito, terco, testarudo, huraño, incivil, inurbano, descortés, grosero, inmanejable, voluntarioso.» Puesto «a elegir entre todo calle o todo celda», opta por esto último y no le importa el juicio de las gentes. A un caballero «discreto y no mudo» que le afeaba hacer siempre su voluntad, le respondió: «si yo hubiera condescendido con la voluntad de otros, hubiera ejecutado mil pecados y maldades». El caballero «quedó pegado» con esta respuesta. (Manuscrito de Núñez) [168]. Su aislamiento, su hosquedad y la defensa que hace de ésta denuncian a un psicópata depresivo, que concuerda con su arquitectura corporal, rechoncha o pícnica. Todos sus biógrafos achacan a humildad su manía de escribir y no publicar; Ferrer del Río [83-A, IV] a egoísmo: le trata duramente. La explicación justa, es, creo yo, la patológica.

[14] Tenía hecho muy bajo concepto de las universidades y academias. Decía que «las primeras se fundaron en el tiempo de barbarie, y las segundas en el de la charlatanería» [200].

complejo de inferioridad». El Padre Feijóo le decía en una carta: «Yo me pasmo, me confundo, y me aturrullo cuando contemplo que V. P. no piensa sino en meterse en su rincón y cerrarse en su celda, hallándose en una edad flamante, con buena salud, que podría servir mucho a Dios y al mundo, y hace, por otra parte, mucha bulla porque el vejestorio Feijóo quiere vivir para sí lo poco que le resta vivir. ¿Hay paciencia para esto?» [15].

La lectura de sus manuscritos es, por lo demás, interesantísima, y algún día, si el tiempo no me apremia, dedicaré la atención merecida a sus observaciones biológicas.

¡Extraño personaje! El Padre Pérez de Urbel [16] describe así su celda, y en ella está implícita la de su persona, en cuerpo y alma: «Su celda era una habitación amplia y modesta. De las paredes colgaban un Crucifijo, dos cuadros del buen monje Ricci, uno del Españoleto, otros cuadros más pequeños, una cítara y una vihuela. Colocados en el suelo, con bastante desorden, los baúles y estantes de los libros, cuatro mesas, tres papeleras, doce sillas viejas, un gran número de cacharros con plantas para sus experiencias botánicas y toda una colección de objetos curiosos; un peso para oro, una balanza, un astrolabio de bronce, un reloj de luz, un telescopio inglés de reflexión, un microscopio de ocho lentes[17], un cáliz de madera de *albue*, un cuerno de rinoceronte, cuarenta y dos frasquitos de cristal... En las mesas, muchas monedas antiguas, bien clasificadas, un breviario viejo, dos escritorios y varios objetos de oro, como pluma, reloj y anteojos, regalo de sus amigos.»

Allí elaboraba sus notas y realizaba experimentos que nutrían el arsenal de Feijóo. Su biblioteca contenía unos ocho mil volúmenes y era famosa en Madrid. Como los viajeros —antes lo hemos visto— visitaban en Oviedo la celda de Feijóo, después de su muerte, la librería del Padre Sarmiento en Madrid era también enseñada con veneración [18].

Al igual de su maestro, no quiso tratar con médicos ni boticarios. Pero, como aquél, y como tantos otros religiosos de su tiempo, recetaba a sus amigos y se recetaba a sí propio en cuanto se le presentaba la ocasión [19].

---

[15] Carta de Samos. Septiembre de 1740. En efecto, Sarmiento estaba entonces en plena madurez y no murió hasta treinta y dos años después.

[16] R. P. J. Pérez de Urbel [180]. Véase también para la vida de Sarmiento: *a*) El manuscrito citado [200]; *b*) A. López Peláez [115 y 116]; *d*) J. Domínguez Fontela [63]; *e*) Vesteiro [224]; *f*) Alvarez Jiménez [5-A]; *g*) García Martí [88-A].

[17] Este microscopio es, sin duda, el que le envió de regalo el P. Feijóo (p. XXXVI). No coinciden, sin embargo, en el número de lentes, que aquí dice son ocho y Feijóo anota seis.

[18] En el *Viaje a España*, de Jean Francois Peyron [(181), tomo II, p. 46], se lee, al describir la Iglesia de San Martín de Madrid: «en la misma Iglesia está también la tumba del célebre Padre Sarmiento, benedictino. La biblioteca de este Monasterio es una de las mejores que se pueden encontrar en los conventos de Madrid, sobre todo desde que se han podido reunir en ella las del Padre Sarmiento y de Quevedo. Muchos volúmenes tienen notas marginales de la mano de este último».

[19] Recetaba sobre todo la carqueixa, planta que estudió con gran minuciosidad en un pliego escrito en 1749, que circuló mucho, sobre todo por Galicia, y que se imprimió en 1787 [199]. En este documento refiere que curó con baños calientes de cocimiento de carqueixa a Manuel Fernández, alcalde, de Rabonal Viejo, en la Maragatería, «que tenía baldado un brazo». Curó también «un bulto en el costado derecho» al Duque de Medina-Sidonia, su gran amigo y recopilador de sus obras; tal vez influyera mucho esta curación en el afecto que el gran señor profesó al benedictino y a su memoria. El mismo se curó, con baños de la infusión de la planta o con su ingestión, de diferentes tropiezos de la salud, como una «terrible caída al apearse de la mula, allá en Galicia, o cólicos o indisposiciones ocasionados por los alimentos cuaresmales». En esta última ocasión, los médicos le aconsejaban sangrarse; él, imitando a su maestro Feijóo, negóse a la sangría y se limitó a beber su carqueixa caliente; y sanó en seguida; mientras que «un joven de la vecindad», con análoga indisposición, se dejó sangrar y murió: «ni aun los tres días del ahorcado —dice— le dieron para que se preparase a dejar este mundo». También, como Feijóo, recibió Sarmiento cartas de consulta de médicos, como una del doctor «Don Antonio Jacinto

Murió el 7 de diciembre de 1772 «de caducidad natural que había dado principio dos o tres años antes» [20]. Caducidad un tanto anticipada, pues dejó este mundo a los setenta y siete años.

Hay un no sé qué de vida frustrada que seduce en este gran español del siglo XVIII, que en el mundo se llamó Pedro José García y Balboa, y en la Religión Martín Sarmiento. Tenemos con él una deuda los españoles de ahora y se la pagaremos cuando sea la ocasión propicia. Aquí sólo he querido dibujar su contorno, necesario al lado de Feijóo, del que fué maravilloso contrapunto.

XV.—Las ideas médicas de Feijóo. Falibilidad de la Medicina

Y entramos ya en el análisis de las ideas médicas de nuestro gran escritor. Si quisiéramos resumirlas en pocas palabras podríamos hacerlo así:

La medicina no es una ciencia infalible como creen los dogmáticos de los sistemas, sino una ciencia imperfecta y en los comienzos de su evolución.

En consecuencia, es pernicioso que el médico se adscriba a un sistema filosófico determinado. El único criterio racional en el clínico es la observación de la naturaleza y la valoración de lo observado por la experimentación.

Tiene en esta actitud experimental una importancia primaria el estudio del temperamento y de las reacciones instintivas del enfermo.

La enfermedad es, en la inmensa mayoría de los casos, pasajera ya en su totalidad, ya en sus accidentes agudos; por lo cual no es la medicina, sino la naturaleza, quien la vence. Otras veces es inexorablemente fatal, a pesar de los mejores tratamientos.

Como resultado de estos principios, el médico debe reducir su actuación a ayudar a la fuerza medicatriz de la naturaleza.

Por consiguiente, sobran o son nocivos la mayoría de los medicamentos cuya virtud curativa se funda en presunciones teóricas o en observaciones mal criticadas. Hay, tan sólo, un corto número de medicinas que tienen eficacia probada; y aun éstas deben ser utilizadas discretísimamente.

En este criterio abstencionista ocupa un lugar central la limitación casi absoluta del uso de los llamados remedios mayores, sobre todo la sangría y la purga.

Otra consecuencia importante del criterio experimental es la racionalización de la dieta de los pacientes, no acomodándola a prejuicios teóricos, sino a la observación de cada caso y al mismo instinto del enfermo.

Como corolario a este sistema se impone la necesidad de reformar la enseñanza médica por una parte, y, por otra, la de depurar la conducta social y científica de los médicos.

Todos estos puntos serán examinados brevemente, añadiendo algunos más entre los problemas aislados de medicina, fisiología, psicología, teratología, moral médica y biología general, que tocó también Feijóo en el curso de su vasta y compleja obra.

Se ha achacado a Feijóo que no poseyó un criterio filosófico decidido, sino que su curiosidad le hizo vagar no sólo de hecho en hecho, sino, a veces, también de criterio en criterio. «Filósofo por lo menos, como dijo Menéndez

---

Lobariñas Feijóo, médico muy docto y curioso en la Puebla de Sanabria, entusiasta de la carqueixa». El editor de este folleto añade al final otras historias de curaciones con la hierba, que anota a la mayor gloria de Sarmiento, su defensor y propagandista.

[20] Manuscrito [[illegible]00] de la Biblioteca Nacional.

Pelayo, de esa filosofía sincrética y errabunda a cuyos devotos se llama hoy pensadores» [1].

Sutil distinción en la que no hemos de entrar; pero el tener una curiosidad viva, permanente y depurada hasta la senectud, universal y sin prejuicios, es también, sin duda, una filosofía. Mas en el caso de la medicina no se puede negar que las ideas del Padre Maestro estaban elaboradas y encajadas en una sistemática definida como acabamos de ver. Es cierto que no aparece en sus libros, en forma de doctrina definida y acabada, pero ello se debe al modo con que tuvo que escribir, desmenuzando sus ideas en ensayos y cartas, conforme a las exigencias de la amenidad y al sesgo de sus lecturas, a la emoción del momento y a los incidentes de las polémicas suscitadas por sus escritos. El ensayista que tiene mucho de periodista, aunque no lo sea totalmente [2], deja a veces, al morir, el material de su filosofía íntegro, pero sin arquitectura visible, como un rompecabezas cuyas piezas están completas, pero enredadas en un montón. Es entonces otro —otro ensayista— el que se encargará con amor y paciencia de ponerlas cada cual en su lugar.

El tema central de la ideología médica de Feijóo es la falibilidad de la medicina. Este principio es el que sirvió de argumento a Martín Martínez para componer su *Medicina Scéptica*, con escándalo de los médicos dogmáticos, cuyo primer guerrillero fué Araujo, como ya sabemos [3]; y el benedictino, entonces inédito, al echar su cuarto a espadas a favor del profesor de Anatomía, defendió la actitud escéptica de éste, aclarando de paso que el escepticismo médico, el de Martínez y el suyo, se reducía a la materia física y no a la teológica, como había insinuado Araujo con evidente mala fe y peor intención, pues los calabozos inquisitoriales estaban abiertos todavía. Pero su doctrina documentada sobre la falibilidad de la ciencia médica alcanzó todo su desarrollo en su discurso titulado *Medicina*, en el tomo I del *Teatro*. Cita en él a todos los grandes médicos que confiesan la limitación de los conocimientos de nuestro arte y concluye que en la medicina hay que distinguir tres estados: «estado de perfección, estado de imperfección y estado de corrupción» [4]; división, sin embargo, muy de teólogo. El estado de perfección es, desde luego, desconocido y probablemente lo será siempre; «poca o ninguna esperanza hay, escribe, de que los hombres lleguen a comprender, como se necesita, todas las enfermedades, ni a averiguar sus remedios específicos, salvo que sea por vía de revelación». El estado de imperfección es el que tiene la medicina actualmente, cuando la practican los médicos sabios. Y el de corrupción, «el que tiene en el error y abuso de los idiotas». Después volvió sobre estos mismos argumentos en varios más de sus discursos que no es preciso analizar [5].

Sólo la cerril pedantería de aquellos médicos puede explicar la furiosa indignación a que les indujeron estas ideas que hoy, después del increíble

---

[1] Menéndez Pelayo [154].

[2] Se ha llamado muchas veces a Feijóo periodista, y no creo que es exacto. Puede parecerse al periodista actual, que tiene mucho de ensayista; pero no al periodista de la época de los que así le compararon, como Lafuente, que no ensayaban nada. Este autor [(109), p. 33] escribe: «Los 108 discursos en el *Teatro Crítico* y 163 *Cartas* en los cinco tomos de ellas, ¿qué son sino otros tantos artículos de fondo?» También le consideran como un precursor del periodismo la Pardo Bazán [(176), p. 186], C. de Castro [13], etc. El periodismo español tuvo su precursor verdadero, no en Feijóo, sino, por sus mismos años, en Salvador José Mañer, fundador de *El Mercurio* en 1738. Morayta le dedica páginas muy exactas [(163), p. 195].

[3] López de Araujo [114].

[4] *Teatro*, I, V, 1.

[5] Véanse singularmente los escritos de Feijóo [75], [76] y el de Sarmiento [198].

progreso de la medicina, reconocemos como absolutamente razonables. Desde luego, no era tanta la ignorancia médica como el extremoso Feijóo decía; y en forma mesurada pero enérgica se lo demostró el doctor Martín Martínez en su respuesta a su amigo el monje [6]. Es este noble escrito uno de los pocos ejemplos de crítica científica documentada, severa, cortés e impersonal con que cuenta la literatura española de su tiempo y tal vez de los demás tiempos; él, y el prólogo que el mismo Martínez escribió para su *Examen nuevo de Cirugía Moderna*, valen, a mi juicio, por todo el resto de la obra filosófica y médica de este autor. Con infinita razón arguye Martín Martínez que si se quita al médico la fe en su ciencia, su utilidad se anularía a la cabecera de los pacientes. Este sí que es un axioma incontrovertible; y yo, que enseño también medicina, no me canso de repetirlo: el médico cura con su fe y con la del enfermo; y sin la posesión de este don (que no es la ciencia, aunque sin ésta, ese don se desvirtúa y descarría), no existe posible alivio ni curación de los enfermos. Mala es la creencia ciega en los dogmas, pero peor el total descreimiento en la ciencia. Martínez define así su posición: «Entre los médicos dogmáticos soy el mayor escéptico, y entre los rígidos escépticos soy el mayor dogmático»[7]. Se podrá tachar esta conclusión de ambigua; tanto mejor, digo yo. Lo que corrientemente se llama con desprecio «nadar entre dos aguas», o más vulgarmente «pastelear», es unas veces, sí, tapadera de una posición egoísta; pero en la ciencia biológica, radicalmente inexacta, tal actitud representa, en muchas ocasiones, el recto camino de la verdad.

Fué, sin duda, error de Feijóo confundir la conciencia de la incertidumbre de la medicina con la falta de fe en el médico. En su discurso citado dice precisamente que una de las condiciones del buen médico se conocerá en que «no sea jactancioso en ostentar el poder y seguridad de su arte» [8], y esto está bien; pero luego, excitado por la polémica, llega a escribir en su *Respuesta* al Doctor Martínez [9] que «aquel médico que desconfíe de su arte es de quien debe confiar el enfermo». Grave error. Una cosa es ser jactancioso y otra ser desconfiado, falto de fe. Yo creo, repito, que, al contrario, los médicos sin fe, por lo mismo que la medicina no es una ciencia exacta, para nada sirven. Por eso el Doctor Lesaca [10], el «médico sordo», como le llamaba el Padre Sarmiento, tenía razón cuando argüía al benedictino que «aunque no haya certeza en la medicina puede haberla en el médico», lo cual es, por otra parte, realidad muy común, y hace poco lo afirmaba uno de los grandes escépticos de la medicina actual, S. Madariaga [11]. Luego veremos que el mismo Feijóo, que mantenía teóricamente esta actitud, cuando ejercía la medicina valorizaba como se debe esta fe del médico en su arte, y por cierto con palabras de insuperable exactitud.

Tampoco es aceptable —aun cuando sea disculpable en Feijóo— aquella otra afirmación de que la causa exacta y el remedio específico de las enfermedades sólo se sabrá (si alguna vez se sabe) por revelación, aunque revelación es muchas veces la luz que ilumina la mente de los sabios. Pero salvo

---

[6] Martín Martínez [144], incluída al final del tomo II del *Teatro*. De esta Carta es la siguiente frase, que lo mismo podría ser de Feijóo (por el estilo, aunque no por la intención): «Con una errada conjetura, mata un general más en un día que un mal médico en cien años.»

[7] Bacon decía que el médico no debe ser ni araña (racional puro) ni hormiga (empírico puro), sino abeja.

[8] *Teatro*, I, V, 68.

[9] Feijóo [(74), p. 43].

[10] Lesaca [113]. Son poco afortunados los comentarios de Feijóo a la frase de Lesaca, copiada en el texto (*Teatro*, IV, III, 61).

[11] Madariaga [125].

estos reparos, el hombre de ciencia actual tiene que suscribir la posición del benedictino. El progreso de nuestra ciencia no sería posible si no reconociésemos que es una ciencia incompleta e inexacta; que los médicos han de luchar con armas imperfectas; y que los que no proceden así, con humildad —que no es desaliento— corrompen en provecho propio el noble arte.

XVI.—La experimentación contra el dogmatismo médico

¿Cuál era la causa de esta fe dogmática y funesta de la casi totalidad de los médicos de entonces? El siglo XVIII fué para la medicina «el siglo de las teorías y de los sistemas», como le llama Garrison [1]; y evidentemente esta actitud había de tener un eco singular en España, preparada por un exceso de elucubraciones teológicas y una falta absoluta de ambiente científico; e insisto en esto último, en la falta de «ambiente», que era una realidad, aun cuando hubiera mentes científicas geniales. Sin duda, los sistemas filosóficos en los que los clínicos españoles eran enseñados en las aulas, prendían en aquellas conciencias ávidas del dogma, con particular profundidad. Cada cual creía en el suyo y lo creía infalible; de donde resultaba, de un lado, la falta de observación del enfermo, puesto que todo lo daba resuelto la filosofía, y de otro, el terrible desacuerdo entre los diferentes grupos doctrinales. Como no discutían, en cada caso, el caso mismo, sino su propio sistema, las disputas eran interminables, el acuerdo imposible; y entretanto, el enfermo se quejaba inútilmente de sus dolores o se acababa de morir. Pudo decir, por eso, alguien que la medicina no estaba ya dedicada a Apolo, sino a Marte. «Están hoy divididos —dice Feijóo— nuestros profesores en hipocráticos, galénicos, químicos y experimentales puros; porque los paracelsistas y helmoncianos, casi del todo se acabaron; y según esta diferencia de clases, siguen también las curaciones diferentes rumbos; porque decir, como algunos pretenden, que los médicos que siguen sistemas diversos convienen en la práctica, es pura trampa» [2]. No puede hacerse en menos palabras más exacta pintura de la vida y de la psicología profesionales de entonces.

La mayoría de estos doctores eran galénicos; todos, dogmáticos. Hacía ya tiempo que en toda Europa se había iniciado la lucha contra los sistemas [3]; pero en España era, como hemos visto, mucho más necesaria que en cualquiera otra parte, la batalla. Cierto que algunos años antes se había fundado la Academia Regia de Sevilla, en cuyo programa figuraba, como lema, el estudio experimental de nuestra ciencia; pero es justo reconocer que el tono de los trabajos realizados por esta Corporación, aunque fueran algunos meritísimos, en general no correspondía en eficacia a su divisa. Más resonancia tuvo la obra de Martín Martínez encaminada a este mismo fin antidogmatista. Su *Medicina Scéptica* está redactada, como hemos dicho, en forma dialogal entre un químico, un galénico y un hipocrático que representaba al autor, y, por lo tanto, a la actitud escéptica experimental. Pero si Martín Martínez fué el verdadero precursor, el apóstol de la lucha antidogmática fué

[1] Garrison [91].
[2] *Teatro*, I, V, 24.
[3] Feijóo estudia este proceso a partir de Bacon, en la Carta *Sobre los sistemas filosóficos* (*Cartas*, II, XXIII). Puso el benedictino especial cuidado en lucir su cultura en todos los escritos de este volumen, sin duda por estar dedicado a Don Francisco María Pico, duque de la Mirándola, descendiente del famoso Pico de la Mirándola, cuya apología hace, y por el que sentía admiración singular y, sin duda, secreta y noble emulación. También se refiere a los sistemas filosóficos y su evolución en *Teatro*, III, III, 4 y siguientes.

Feijóo. El derribó los ídolos y desinfló los dogmas, y aunque sus ataques se concretaron a la medicina, los efectos se difundieron a todo el ámbito ilustrado de España, preparando la creación del futuro ambiente científico.

Con su desenfado, casi siempre bondadoso, algunas veces duro, otras —pocas— pedantesco, arremetió con mil ejemplos prácticos y argumentos teóricos contra los médicos que disputaban mucho y no sabían luego interpretar los síntomas ni acertar con los remedios apropiados [4]. «¿Qué conexión tiene todo esto —los sistemas— con la medicina? Menos que la Geometría con la Jurisprudencia. Cuando el médico trata de curar a un tercianario, toda esa barahunda de cuestiones aplicadas a la quina le es totalmente inútil. Lo que únicamente importa saber es si la experiencia ha mostrado que en las circunstancias en que se halla el tercianario es provechoso el uso del febrífugo; y todo esto lo ha de inferir no por *dici de omni, dici de nullo,* sino por inducción, así de los experimentos que él ha hecho, como de los que hicieron los autores que ha estudiado» [5]. Como la lluvia en la sequía extrema debieron caer estos apóstrofes sobre los galenos españoles. Pero era necesario más: no decírselo sólo a ellos, sino también a las gentes; y desde el alto púlpito de su *Teatro,* que toda España oía, aconseja a gritos a cuantos sufren y han menester de médico que llamen «al que no sea adicto a ningún sistema filosófico, de modo que regle por él la práctica, porque está sin comparación más expuesto a errar que aquel que se gobierna por su experiencia» [6]. Y el terreno estaba abonado, sin duda, porque ya desde mucho tiempo antes eran populares los libros seudocientíficos contra los médicos, como el de Gazola, varias veces citado, o el más anterior titulado *El porqué de todas las cosas,* traducido, como aquél, del toscano [7], que se difundió mucho en España. Las sátiras literarias contra los galenos alcanzaban por entonces gran moda y popularidad [8]. Los mismos enfermos de los hospitales se quejaban desenfadadamente, desde años atrás, de la incapacidad de sus doctores [9].

[4] Uno de los documentos más típicos de esta actitud de los médicos españoles en la época prefeijoniana es el curiosísimo *Dictamen que sobre la enfermedad y muerte del Conde-duque de Olivares escribió el Catedrático de Prima de Medicina de la Real Universidad de Valladolid,* Don Cipriano de Maroja (1649). En esta relación, que es un verdadero informe técnico, se hace el diagnóstico del valido con más ayuda de Santo Tomás que de Galeno.

[5] *Teatro,* II, VIII, 23.

[6] *Teatro,* I, V, 68.

[7] [68].

[8] Son innumerables las recopilaciones de frases, sátiras, refranes y dichos antimédicos. Hemos de recordar aquí especialmente el discurso de entrada en la Academia Española de Don Carlos María Cortezo [60]. Hay una reciente recopilación de Barriobero [28]; y muchas más. En todas se ve el hastío de las gentes contra los ridículos doctores enfatuados de los siglos XVII y XVIII. Un documento interesante de esta actitud es el atildado y conceptuoso manuscrito del Conde de Humanes [100].

[9] Debo a la bondad del docto archivero de la Diputación de Navarra, Don J. M. Huarte, la transcripción de este documento que copio como representativo de que la rebeldía antimédica tenía profundísimas raíces:

«*Año 1695.* Memorial de los enfermos de todos los Hospitales del Reino (de Navarra) quejándose a las Cortes de los malos médicos que había. Los tres Estados del Illtmo. Reyno de Navarra en sus Cortes Generales. Salud y felicidad. Illtmo. Señor: Los enfermos que estamos padeciendo en estos hospitales assí de la ciudad de Pamplona, Estella, Tudela, Olite, Tafalla, Sangüesa y demás de este Reino de Navarra, Suplicamos con toda humildad y rendimiento tengan compasión de tantos dolores que estamos padeciendo, ocassionados de los yerros y mal inteligibles conceptos que en las Leyes últimas por V. S. Illtma. ordenadas parece ser se han alterado o por mala inteligencia de los que han interpretado o por otros fines particulares, pues el intento y desseo de V. S. Illtma. fué en que viniessen a este Reyno y fuessen admitidos assí Médicos, Boticarios, Cirujanos de toda esperiencia y graduación de letras y esperiencias. Y no sólo se ha conseguido este desseo, sino que se ha aumentado y llenado todo este dicho Reino de artífices que no han estado en Universidades ni auer salido de este dicho Reino a ejercer sus profesiones, contraviniendo las leyes que V. S. Illtra. tiene observados y puestos como parece del

No hay, pues, más camino que el de la experimentación. Lo dice en mil tonos y a cada oportunidad. «Hay que preferir siempre la experiencia a todo raciocinio» [10]; «en la medicina es todo experimental» [11]; y así, una y otra vez. Y su hermoso discurso sobre la reforma de la enseñanza médica, termina con estas palabras: «Ya está descubierto el rumbo por donde se debe navegar a las Indias de tan noble Facultad, que es el de la *observación* y *experiencia*» [12] (ambas palabras escritas con caracteres grandísimos). La observación del enfermo es la única pauta para el diagnóstico, para el pronóstico, para el tratamiento. El médico que sigue ciegamente a sus prejuicios sistemáticos o a sus autoridades es un médico indigno; por ejemplo: aquellos hipocráticos que jamás se apean del aforismo de seguir con la medicina iniciada hasta el fin, aunque el enfermo esté notoriamente peor, aforismo que llama «exterminador» y al que dedicó diatribas heroicas por lo irreverentes en aquella época de idolatría al Padre de la Medicina. «Qué horrible estrago —exclama—, qué horrible estrago haya hecho en los míseros mortales este pestilencial aforismo se conocerá fácilmente considerando que cuantos homicidios cometieron hasta ahora los malos médicos por su detestable contumacia en proseguir el rumbo curativo que erraron desde el principio de la enfermedad, todos fueron ocasionados por este aforismo» [13]. La crítica hecha para levantar ampollas en la piel insensibilizada por la idolatría hipocrática de los médicos de su época, era científicamente excesiva, como más adelante veremos.

XVII.—Importancia del temperamento y de las reacciones instintivas del enfermo

Pero este criterio experimental, inexcusable en la medicina, se ha de basar rigurosamente sobre la observación individual. Si establecemos principios de diagnóstico y de tratamiento generalizando a todos los hombres lo observado en un grupo de ellos, por exacta y bien interpretada que haya sido nuestra observación, nos expondremos a errar. Porque la enfermedad y sus reacciones ante los remedios son siempre el resultado de un gran nú-

lib. 3, tít. 17, lib. 2 Recopilación. Y en el lib. 4 de Tít. 17, Lib. 2 Recopilación. Y siendo estas Leyes tan claras y de tanta cristiandad como V. S. Illtma. tiene puestas, se hayan adulterado en perjuicio y detrimento de toda la República, motivando mil inquietudes y se teme se passen algunas vías de hecho además de las penas que estamos padeciendo en estos hospitales por habernos puesto en manos de artífices sin ciencia ni esperiencia como en barberos y otros de este género, pues es querer que los ciegos conozcan de colores, cossa imposible, ni que el oficial cantero essamine al abogado y letrado, ni que éste examine al sastre, ni éste al çapatero sino como están dichas Leyes, que cada facultad examine al suyo y a presente se ve exercitado lo contrario, como se ve en la ciudad de Pamplona que los médicos sin ser cirujanos ni apoticarios examinan a los de dichas profesiones sin tener curssos ni plática ni teórica de dichas facultades, ni hauer exercido con maestros de dichas profeciones conforme dichas Leyes arriba citadas por cuyos errores cometidos estamos padeciendo estos años passados en estos hospitales y aguardamos como los de la pecina a que baje un ángel u hombre para sacarnos de estas penas y assí con toda humildad y rendimiento postrados a los pies de V. S. Illtma. Suplicamos se conduelan de las penas de estos pobres pacientes mirándolos con ojos de toda piedad, poniendo el remedio necessario en dichas Leyes de toda paz y quietud y bien de nuestras almas y servicio de Dios quien a V. S. Illtma. prospere y guarde. B. L. M. de V. S.ª Illtma. Sus menores pacientes pobres de estos hospitales.» (Archivo General de Navarra.—Reino: Sección de Medicina, Cirugía, etc. Legajo 1.° Carpeta 24. Documento manuscrito en un pliego de papel sin data.)

[10] *Teatro*, I, VI, 43.
[11] *Teatro*, IV, III, 7.
[12] *Teatro*, VII, XIV, 24.
[13] *Teatro*, V, VII, 2.

mero de factores, todos variables y entre ellos del más variable de todos, que es el temperamento del enfermo. Según cual sea este temperamento, el mismo ataque de la misma infección, que mata en unas horas a un hombre, produce en otro un malestar pasajero; y la misma medicina en que uno es ineficaz puede curar al de más allá y perjudicar a un tercero. Nada, pues, a derechas hará el médico si no adapta sus principios experimentales a las dimensiones reactivas de cada uno de sus enfermos; en suma, si no estudia antes escrupulosamente el temperamento del paciente para acomodar a él sus teorías. La medicina —diagnóstico, pronóstico, tratamiento— no puede ser en cada caso traje de bazar que sólo cae bien al grupo reducido de los organismos medios, sino el traje del sastre puntual y exquisito, que antes de cortarle mide pacientemente todas las dimensiones y que después prueba, una y otra vez, la vestimenta hasta adaptarla, punto por punto, a la morfología de su molde. Feijóo, con certera visión, insistía constantemente en sus *Discursos* y *Cartas* sobre todo esto.

Claro es que no era novedad suya este criterio, que está ya consignado en los santos padres de la Medicina, desde Hipócrates a Galeno, pasando por los grandes clínicos españoles de los siglos precedentes al de Feijóo [1]. Pero en su tiempo y en España, sólo quedaban de Galeno, de Hipócrates y de Vallés el doctrinalismo, la aforística; mas nada o casi nada de lo que en estos grandes maestros representa humilde y eficaz minuciosidad en la observación de los pacientes. Ya hemos recordado la acusación de Feijóo a los médicos que en sus consultas citaban de continuo a Hipócrates y sólo le habían leído en algún Epítome de sus aforismos; o quizá la conocían sólo de oídas. Hemos visto también que el famoso libro de Huarte, original contribución española al problema de la individualidad, era conocido tan sólo de algunos raros bibliófilos; pero no de los médicos prácticos. Y este olvido lamentable del factor temperamental, no había de ser sino el comienzo de una decadencia que afectó, no sólo a la ciencia española, sino a la medicina universal y que hoy culmina en la medicina norteamericana, insigne en muchos de sus aspectos, pero infinitamente nociva al pretender aplicar al arte del diagnóstico y de la terapéutica el método estadístico, que es esencialmente olvido del factor individual. Por fortuna, en estos últimos años, varias escuelas médicas, sobre todo europeas, resucitan con los puntos de vista modernos el estudio de la constitución y del temperamento como factores indispensables para el buen ejercicio de nuestro arte [2]

En esto también, como en tantas otras cosas, fué, pues, Feijóo un precursor. Ya en su primer discurso sobre *Medicina* argumentaba como una de las razones fundamentales contra el uso indebido de los medicamentos, que muchas de las molestias que los enfermos padecen no son producto de una supuesta enfermedad que el paciente y el propio médico se empeñan en combatir con drogas y regímenes austeros, sino consecuencia de tempera-

---

[1] Se ha comentado ya por nosotros el olvido de Feijóo respecto a estos clásicos españoles, en los que hubiera hallado, también en esta ocasión, gran refuerzo para sus ideas. Sin duda, en su entusiasmo por el estudio del temperamento influyó el libro de Gazola [92], ya citado, al que tan aficionado era, y que propugna la necesidad de conocer exactamente la complexión del enfermo. Toda la doctrina de Gazola está condensada en esta sentencia: «El récipe más seguro y los antídotos más favorables en cualquier curable enfermedad son la dieta, la quietud, el tiempo y la toleracia.» No hay que decir cuánto había de placer a Feijóo este criterio. Sin que por eso digamos, como otros, que Gazola fué el modelo en que se inspiró nuestro fraile. (V. p. XXIII.)

[2] Principalmente deben ser citadas las escuelas de Kretschmer, Bauer, Borchardt, Brughs, etc., en Alemania; la de Viola y Pende en Italia, etc. Entre nosotros se han ocupado de esta cuestión, Sacristán, Jiménez Díaz, Nóvoa Santos, etc., y nosotros con nuestros colaboradores Pardo, Gómez Acebo, Conde Gargollo, etc.

mentos extremados y, por lo tanto, conllevables con sólo paciencia y buen sentido [3]. Pero en el Discurso sobre el *Régimen para conservar la salud* [4] desarrolla con toda amplitud estas ideas, y otras semejantes, todas sagacísimas y llenas de originalidad. Por de pronto, elige certeramente este terreno del régimen para encomiar el valor del conocimiento temperamental, ya que es en el sano mismo y no en el enfermo donde puede estudiarse con toda su pureza. Los temperamentos son infinitamente variables. No hay dos hombres semejantes en el temperamento; tampoco, pues, habrá en plena salud dos hombres que deban alimentarse con regímenes idénticos, y esta diversidad se hará igualmente patente durante la enfermedad [5]. De aquí la necesidad del estudio minucioso de la individualidad; y para ello, con su admirable tino, aconseja que el médico se atenga cuidadosamente a lo que el propio enfermo le dice. «No pretendo —escribe— que el enfermo no consulte al médico, pero quiero que el médico consulte también al enfermo» [6]. Y yo, que enseño la medicina, no grabaría esta sentencia «con letras de oro», como suele decirse de tantas cosas que se olvidan al instante, sino que procuro grabarla con la insistencia cotidiana del ejemplo, más duradera que el oro, en la mente de los que me siguen.

El médico debe tener el valor de poner su firma a esta otra afirmación de Feijóo, con la que apoya la precedente: «De hecho se ve, como yo lo he visto y observado infinitas veces, que discrepando notablemente el médico y el enfermo sobre la graduación de la enfermedad, lo común y comunísimo es que el éxito compruebe el dictamen del enfermo.» Claro es que esto no ha de entenderse en el sentido de que el médico dé la razón sistemáticamente al enfermo, ni que discuta con esos enfermos discutidores que hablan de su enfermedad, no por lo que su propia sensibilidad les dice, sino por las ideas mal digeridas que han oído o leído sobre la medicina; se entenderá en el sentido de que se dé cuenta de que por la boca del paciente habla una de las voces más claras de la naturaleza. Y muchos médicos pedantes se obstinan en no oírla. En suma, el clínico debe —como Feijóo decía— consultar al enfermo; pero no tener —añado yo— consultas con él.

Nuestro benedictino anota los peligros que hay que esquivar en esta interpretación de lo que los pacientes nos dicen, a saber: primero, que se trate de un aprensivo que hipervaloriza sus sensaciones y las interpreta a su gusto, y segundo, que la enfermedad no haya perturbado su razón. Y añade este consejo de verdadero clínico: que además de preguntar al enfermo, se indague también lo que sobre él nos puedan decir sus allegados, «sus domésticos».

De aquí también el que sea peligroso —otra observación sagaz y moderna— el que se haga al pie de la letra caso de los médicos extranjeros, porque el ambiente de cada país cambia el temperamento del enfermo, el tipo de las enfermedades y la acción de los remedios: «en las distintas regiones tienen los medicamentos diferente efecto» [7].

Y todo ello condúcele finalmente a la consecuencia de que no conociendo nadie el temperamento de cada cual, como uno mismo, el mejor médico será

---

[3] «Contentaránse con arreglar el régimen, y cuando más, tomar una u otra vez alguna cosita muy leve en las indisposiciones habituales que vienen del nacimiento, sabiendo que como inseparables del temperamento no se las podrá curar médico alguno del mundo, por más que les hablen de curas radicales, que no hay *in rerum natura*. Con este desengaño, muchas señoras delicadas dejarán de ser molestas a sus maridos y familias y servirán útilmente al público muchos hombres que se hacen inútiles por estar medicándose a cada paso.» *Teatro*, I, V, 64.

[4] *Teatro*, I, VI.

[5] Insiste sobre esto mismo en otras partes: *Teatro*, V, II, 14; *Teatro*, V, X, 12, etc.

[6] *Teatro*, IV, III, 21.

[7] *Teatro*, VIII, X, 204.

el médico de sí mismo, siempre que se limite a dirigir la salud en los tiempos normales y a combatir trances no excesivamente graves de la enfermedad [8]. Para la dolencia de mayor cuantía, el doctor es, desde luego, indispensable.

XVIII.—La enfermedad pasajera y la enfermedad incurable. El respeto a la fuerza curativa de la naturaleza

Otro de los puntos capitales de las teorías médicas de Feijóo es que la enfermedad es esencialmente pasajera en una elevadísima proporción de casos. Por lo tanto, el médico atribuye en muchos de estos casos a la eficacia de sus remedios, lo que es sólo un proceso de favorable evolución natural de lo que se sigue una falsa idea de la eficacia de la medicina. Hay, en efecto, curaciones que se atribuyen, sin razón, a estos y a los otros fármacos; y, en cada caso, habría que confrontar lo que pasa con el enfermo tratado y con otro análogo no tratado o sometido a métodos terapéuticos distintos.

Por el contrario, hay procesos indefectiblemente terminados por la muerte. Y es igualmente erróneo considerar en estos casos como fracasada la medicación. Habría que realizar la misma experiencia comprobatoria que en el caso anterior: ver cómo se comportaban otros enfermos iguales y no tratados [1].

Estos dos órdenes de hechos contribuyen falsamente a crear la bueno o mala reputación de muchos clínicos: «Es cierto de que muchas veces acusan injustamente al médico de que mató al enfermo; pero son muchas más, sin comparación, las que, sin ser verdad, predicaron que le curó. Los más enfermos sanan, aunque no haya médico, o aunque el médico sea un estúpido, y algunos mueren aunque el médico sea un lince» [2]. Exactamente añade que estas malas interpretaciones de la terapéutica son mucho más frecuentes y peligrosas en las enfermedades microbianas y, sobre todo, en tiempo de epidemia [3].

Es éste un precepto esencial en nuestro arte, y con toda justicia debe alabarse en Feijóo el entusiasmo con lo que sentía y propalaba. Todo el retraso de la terapéutica y, en general, de la medicina se debe, en efecto, al error, que los médicos cometemos a diario, de no dar el valor suficiente a lo que hay de espontáneo en la evolución de las enfermedades, cuando juzgamos los efectos de nuestras medicinas. Y que estas ideas no eran en el gran escritor una posición más de su «espíritu de contrapelo» para zaherir a la medicina lo demuestra el que utiliza el mismo argumento para desvirtuar, esta vez en honor de la medicina, las falsas curaciones milagrosas con las que hemos de tropezar tantas veces al día, en nuestra práctica profesional. La curación de los enfermos no debe, en efecto, atribuirse siempre a los médicos; pero tampoco, como suele pensarse con demasiada frecuencia, a los milagros: «Es cosa muy ordinaria

---

[8] *Teatro*, IV-IV.

[1] *Teatro*, I, V, p. 33. «Y esto viene de que en cualquier modo que trate el médico a los enfermos, si no les da veneno, viven unos y mueren otros. El que está a favor del remedio aplicado, atribuye la salud al remedio, si el enfermo vive, y la muerte a la fuerza insuperable de la enfermedad, si muere. El que está contra el remedio, atribuye al remedio la muerte, si muere, y la salud a la valentía de la naturaleza, si vive. Por esta causa, muchas veces achacan injustamente al médico la muerte del doliente, y muchas le agradecen, sin razón, la mejoría.» Véase también: *Teatro*, V, V, 14.

[2] *Teatro*, VIII, X, 185.

[3] *Teatro*, V, XI, 46. «Llega la epidemia de un catarro benigno, como lo es ordinariamente, por una ciudad. Unos llaman al médico y se medican, otros nos; y es tal la ceguera de los que se medican, que creen deber al médico el recobro de su salud, aunque ven que la recuperaron, como él, todos los que no se medicaron.» Esta justísima observación sigue siendo oportuna en todas las epidemias muy extensas y benignas, como muchas de las de gripe (a las que se refiere Feijóo al hablar del «catarro benigno»), hasta en nuestros días.

—escribe el benedictino— atribuir a milagro lo que son efectos de la naturaleza. Esto, especialmente, es frecuentísimo en las curas de ciertas enfermedades. Lisonjean no tanto su devoción como su vanidad muchos enfermos, queriendo persuadir que deben la mejoría a especial cuidado del cielo y no al común y regular influjo» [4]. Resplandece aquí la ponderación de Feijóo entre su fe y su ciencia; y su justicia seca debió aliviar a algunos médicos que, como tantas veces se ha dicho, tenemos que compartir nuestros triunfos con algunas reliquias milagrosas que, en cambio, no nos sirven de cirineo en las horas de fracaso. No obstante, nuestro buen monje pone, hasta cuando está propicio a la Medicina, su pincelada irónica para los galenos, y aquí la pone también, añadiendo: «Tal vez los médicos contribuyen a estas ficciones cuando recobran la salud algunos enfermos a quienes ellos abandonaron por deplorados, atribuyendo la mejoría a milagro, porque así no se conozca su impericia en el yerro del pronóstico».

Es, pues, necesario no empeñarse en contrariar los esfuerzos de la naturaleza en virtud de principios dogmáticos y ayudándose de terapéuticas o regímenes violentos que actúan contra aquellas fuerzas. El médico, como decía Vallés, debe ser simplemente «el ministro de la naturaleza». El instinto es la voz con que nos suele hablar la naturaleza y debemos oírlo con atención. Pero también, añadimos nosotros, con prudencia. La posición de Feijóo en este asunto fué excesivamente radical. La cristalizó en su Discurso ya citado *El aforismo exterminador*, en el que combate con toda la artillería gruesa de su pasión el consejo de Hipócrates de no variar el plan prescrito a un enfermo aun cuando los resultados de aquél no parecen favorables; antes bien, se debe insistir en la cura empezada.

Hernández Morejón [5] se revuelve indignado contra Feijóo que, en efecto, no vaciló en sentenciar a la picota a Hipócrates: «si dijese que quitó la vida (con esta sentencia) a más de cien millones de hombres —grita irritado— aun quedaré muy corto. A tan famoso homicida justo es que se haga plaza en este *Teatro* para que todo el mundo vea su suplicio» [6]. Morejón observa que Feijóo tradujo el aforismo con impericia por lo menos; acaso con subconsciente mala fe [7]. La verdad es que esta regla hipocrática (aforismo 52 del libro III) es admirable, porque supone la fe racional del médico en su ciencia y, por lo tanto, la certidumbre de que no cambiará de criterio cada vez que el curso de la enfermedad no siga las pautas habituales; lo cual ocurre con harta frecuencia. Sin este principio, no habría Medicina. Pero hemos de reconocer, en disculpa de Feijóo, que si esa fe racional en la propia ciencia se convierte en engreimiento, en dogmatismo, la aguda sentencia adquiere caracteres dañosísimos. Como todas las grandes verdades, esta del Padre de la medicina tiene dos filos igualmente cortantes, y como todas las armas de gran eficacia, ésta,

---

[4] *Teatro*, III, VI, 37.

[5] Hernández Morejón [96], t. VI, p. 467.

[6] *Teatro*, V, VII, p. 1. Véase también toda la *Carta* VI, t. III.

[7] He aquí el texto del aforismo famoso: *Omnia secundum rationem facienti; si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probareris.* Feijóo lo traduce así: *Cuando el médico obra en todo conforme a razón, aunque el suceso no corresponda a su deseo, no ha de mudar el modo de curación, sino insistir, o proseguir, en el que al principio juzgó conveniente.* Según Hernández Morejón, la versión debe ser: *Cuando el médico después de una detenida observación, cree obrar bien y aparecen fenómenos que no esperaba, no debe cambiar el plan curativo, subsistiendo las mismas indicaciones.* Una ilustre autoridad contemporánea ha tenido la bondad de darme la siguiente versión del aforismo, que, como se ve, conviene más con la de Feijóo que con la de Morejón: «Haciendo [tú] todo según [el dictamen de la] razón, si [por acaso] no acaecen [las cosas] según [ese dictamen de la] razón, no debes [por eso] pasar a otro [¿tratamiento, plan, procedimiento curativo?], manteniendo [por el contrario] lo que desde un principio aprobaste [o diste por bueno, por conforme al dictamen de la razón].

también, se hace peligrosísima cuando la maneja un inexperto o un imprudente. Y así eran muchos médicos de los que Feijóo describe, y contra los que enderezó el discurso citado.

Influyó en esta irritación vituperable del Padre Maestro el temperamento acometedor de sus primeros años de publicista, aun cuando biológicamente era ya, entonces, un hombre maduro. Pero un hombre inédito es siempre joven, para los efectos del ímpetu, aunque sea cronológicamente viejo. Veinte años después (1853), en efecto, hubo de escribir el Padre otra carta sobre tema análogo, en la que preconiza lo superioridad del instinto sobre el discurso en las actuaciones médicas [8], y aun cuando en ella mantiene su primitiva posición, lo hace con mesura y equilibrio, salvando bien la diferencia —y esto es esencial— entre los sanos y los enfermos: en aquéllos, el instinto es la mejor guía; pero no en los enfermos, en los que el instinto se nos muestra modificado, siendo preciso interpretarlo con suma discreción [9].

Hechas estas salvedades, hemos de hacer resaltar la eficacia de la actitud expectante, de sobria ayuda a la naturaleza que defendió el benedictino y que es hoy principio esencial de la terapéutica.

XIX.—Actitud de Feijóo contra las drogas. Las llagas de la terapéutica

Era, pues, Feijóo decididamente antidroguista, como se deduce de cuanto venimos diciendo. Y a fe que en este punto pisaba terreno tan firme que bastaría ello sólo para inmortalizar el recuerdo de su influencia en la educación médica española. Si las teorías médicas eran a trechos absurdas por razón del atraso universal de la ciencia de aquel siglo, lo referente al tratamiento de los pacientes era tan disparatado que hoy nos acongoja leer la mayoría de los remedios que encomiaban, no ya los practicones del montón, sino los más eminentes profesores de la Facultad. Antes hemos comentado, por ejemplo, la terrible farmacopea de quien pasó por ser el doctor más moderno y eficaz de los tiempos de Feijóo: el doctor Martín Martínez. Los demás eran peores aún. Y, en suma, el atraso de la terapéutica era, sin duda, mucho más grave que el de cualquiera de las demás ramas de la medicina, aun cuando ya empezaban a hacer huella los trabajos de los dos grandes profesores de la medicina racional: Sydenhan y Van Svyeten.

Feijóo, inspirado constantemente en estas dos autoridades y libre de los «pliegues profesorales», a los que ningún maestro oficial escapa por rebelde que sea, tronó incesantemente contra el abuso de los medicamentos, descargando los mismos cintarazos que sobre los médicos sobre los boticarios. Aún más, quizá, sobre éstos. Por eso decía en su vejez, después de señalar la injusticia y el malhumor de los galenos contra él: «Al contrario, si los boticarios se armasen contra mí, en ningún modo lo extrañaría yo», «es natural que los boticarios estén resentidos contra mí; sin embargo, como han visto que los médicos tomaban por su cuenta el ataque, fiando a sus plumas el desagravio, se determinaron a ver los toros desde la talanquera» [1].

«En el amplísimo *Almagacén*, o llámese *Jazophilocio*, de las recetas médicas —escribía—, apenas pasan de tres o cuatro los remedios que se pueden

---

[8] *Cartas*, IV, XVII.

[9] «En orden a los enfermos, algo perplejo estoy sobre si su régimen se debe fiar al instinto, como el de los sanos. Muéveme a la duda el que como en el estado morboso está alterada la temperatura del cuerpo, puede también estar fuera del debido tono aquella reacción en que se explica el instinto, de la cual no hay hilación forzosa al estado de sanidad.» *(Cartas*, IV, XVII, 14.)

[1] *Cartas*, V, XXI, 13.

llamar ciertos, quedándose todos los demás en la línea de probables o dudosos» [2]; y, desde luego, los nombra con seguro criterio: la quina en la fiebre terciana, el opio en el dolor, el mercurio en el mal venéreo, la ipecacuana en la disentería [3], la valeriana en el histerismo; no estaba, pues, mal orientado. Todo lo demás es pura fantasía de los doctores, que recetan porque sí. El gran espíritu de observación del fraile le hace añadir esto, que es —todo médico por experiencia decorosa lo sabe— exactísimo: «es verdad que en esta infame práctica (la plurifarmacia) menos influyen los médicos que los mismos enfermos, los cuales les están importunando, para que receten todos los días y casi a todas horas» [4]. De aquí nace el error perniciosísimo que es tener por mejores médicos aquellos que recetan mucho sobre los que son muy parcos en recetar. Con estos falsísimos supuestos, los enfermos o buscan al médico más recetador. que es lo mismo que buscar un homicida costoso, o al que les asiste, le importunan a que recete mucho, que es lo propio que instarle a que los degüelle, Entre tanto, aquél por ignorante y éste por no parecerlo, con la multitud de remedios llevan al enfermo a la sepultura y su hacienda a la botica [5].

Agudamente observa y critica la predilección de los médicos y de los enfermos mismos por los remedios costosos, sobre todo si vienen del extranjero, sin considerar que, como ya decía Plinio, «son mucho más útiles y seguros los remedios baratos y caseros» [6]. Y también la influencia de las modas en los remedios: no tienen aquéllas, las modas, «menos imperio sobre el arte de curar que sobre el modo de vestir». Todo este párrafo debe ser leído, porque es hoy, todavía de cruda actualidad, y los médicos, sobre todo los jóvenes, entusiastas de la novedad, deben tenerlo constantemente en la memoria [7].

No menor interés tienen sus observaciones acerca de otro morbo que sufre la Terapéutica de todos los tiempos: el de los remedios secretos. Entonces, como ahora, algunos médicos «para hacerse más espectables y aun más caros, fingen tener particulares remedios y los recetan misteriosamente»; «comúnmente, estas recetas no tienen nada de particular». Pero el incauto enfermo cae en la celada. Cuando hoy vemos peregrinaciones de dolientes de todo el

---

[2] *Cartas*, V, XVIII, 9.

[3] Dudaba, no obstante, Feijóo que la ipecacuana fuera, por igual útil en todas las disenterías, y tenía razón, porque entonces se incluían bajo ese diagnóstico común muchos trastornos intestinales, que no eran disentéricos; y sólo en éstos sirve dicha droga. (*Teatro*, IV, IV, 50.)

[4] *Teatro*, I, V, 54.

[5] *Teatro*, VIII, X, 12. Hablando mal de médicos y boticarios se le aceraba la pluma de ave a Feijóo. Véase esta otra frase, que puede competir con la copiada en el texto: Pensando en «la medicina transplantatoria, me ocurre que toda la medicina lo es. Cuantos remedios salen de las boticas tienen esa cualidad. Todos transplantan, pero no los males, sino los bienes. Llevan parte de la hacienda de los enfermos para las casas del boticario y del médico; pero las enfermedades no mudan de posada». (*Cartas*, I, XVII, 22.) Es cierto que, entonces como ahora, muchos boticarios participaban de este mismo escepticismo frente a sus propias drogas. El famoso doctor don Vicente Pérez, «el médico del agua», refiere en su *Promotor de la Salud* ([178], p. 19) la siguiente historia: «Don Tomás Galera, boticario de Toledo, hombre sin duda de buenas luces y aun de los más hábiles profesores, siendo así que posee una botica muy surtida, jamás ha usado en sus enfermedades de ella; y preguntado alguna vez: ¿por qué tiene tanto bote y tanto frasco?, responde: Para V. Md. y para otros bobos.» En el folklore de médicos y boticarios hay varios cuentos, semejantes a éste, expresión de la nula fe de los farmacéuticos en los géneros de sus oficinas.

[6] *Teatro*, I, V, 49.

[7] *Teatro*, I, V, 51. «A esta inconstancia de la medicina, por la oposición de dictámenes, se añade lo que alteran las modas, las cuales no tienen menos imperio sobre el arte de curar que sobre el modo de vestir. Al paso que van cobrando crédito unos medicamentos, le van perdiendo otros.» «Todos los remedios, en su primera composición, fueron celebradísimos; de aquí vienen aquellos epítetos magníficos, que establecieron como renombres suyos: Agua Angélica, Jarabe Aureo y otros semejantes.»

mundo, que atraviesan vastas naciones y a veces los océanos para someterse a la acción de píldoras e inyecciones cuya composición se les oculta, no puede menos de enorgullecernos que un español del siglo XVIII escribiera esto: «yo, por mí, declaro que no quiero médicos preciados de secretistas, ni tomaré jamás remedio que no esté expresado con su nombre propio en la receta» [8].

Después de esta lucha de guerrillas de su ímpetu polemista, su gran espíritu esquematizador y nativamente científico resume su doctrina terapéutica en las reglas siguientes que fijan de un modo insuperable el verdadero valor de los remedios. Muchas veces los médicos dan como buenos, después de una experiencia copiosa, tales o cuales medicamentos. Sin embargo, ni aun esta experiencia favorable debe aceptarse *in contineti*, sino que debe pasar por el tamiz de las siguientes objecciones:

1.ª La mayoría de los médicos que recurren al argumento de la experiencia propenden a publicar «los resultados felices, callando los infelices».

2.ª Aun en los casos que se publican como felices hay que hacer estos descuentos: «los enfermos imaginarios»; para éstos es gran remedio cualquier cosa, «porque una aprensión se cura con otra: la aprensión del mal con la aprensión de la eficacia del medicamento».

«Las enfermedades imaginadas, no por los enfermos, sino por los mismos médicos.»

«Las mejorías aparentes», que, sin embargo, se cuentan como resultados definitivos.

«Los intervalos de sanidad que hay en varias enfermedades habituales» y que se incluyen también entre las curaciones.

«Las curaciones que hizo la naturaleza por sí sola» y que no deben, por lo tanto, ponerse en la cuenta de la terapéutica.

«Las curaciones que se deben a otro o a otros remedios distintos de aquel a quien se atribuyen.»

Los enfermos «que sin mejorar con el uso de tales polvos piensan que han mejorado, pues así como hay males imaginarios, hay también curaciones imaginarias» [9].

Yo quisiera que alguien encontrase entre los escritos de los médicos con título de aquella época un estudio de las causas de error de los tratamientos tan perspicaz, tan severo, como el de las proposiciones que acabamos de copiar y las consideraciones con que cada una de ellas es comentada.

Aun hoy pueden servir de catecismo a los clínicos más expertos.

XX.—Erudición e intuiciones de Feijóo sobre los métodos curativos

Además de estos insuperables principios generales de la terapéutica, se ocupó Feijóo de varias medicaciones y métodos curativos en particular. Ya hemos citado su exacto conocimiento del corto número de los medicamentos realmente eficaces en su época. Con especial entusiasmo defendió al mercurio, del que decía que «todo el mundo experimenta la valentía singular de este generosísimo remedio» [1]. Lo cual dió origen a que uno de sus impugnadores, el doctor F. Suárez de Ribera, le agraviase suponiendo que su loa era de gratitud, insinuando así que había padecido el mal gálico [2].

Merecen citarse, además, sus escritos explicativos de los *injertos de tejidos*

---

[8] *Teatro*, III, II, 45.
[9] *Cartas*, IV, IX, 11 y siguientes.
[1] *Teatro*, I, V, 50.

que atribuye a Taliocoto y sobre cuya eficacia duda [3]. Y sus juicios sobre la *transfusión de la sangre*, que estima, como los injertos, de ningún porvenir [4], en vista de los experimentos y casos clínicos que refiere; y, realmente, en su tiempo, la eficacia de ambos métodos era nula, y por eso se abandonaron, hasta que los han resucitado con tanta brillantez las técnicas modernas. Feijóo, no obstante, presentía la importancia de la transfusión; «a mí me ha venido este pensamiento siendo aún bastante joven», escribe, demostrando a la vez la antigüedad de sus preocupaciones experimentales y médicas.

También se ocupó de las primeras *curas por electricidad*, avizorando la importancia que habrían de tener en el porvenir. Con desconsuelo exclama, después de referir el nuevo medio curativo: «¿qué he de hacer yo, colocado en un país donde no hay máquina eléctrica alguna ni artífice que pueda hacerla? Pero aunque tuviera muchas a mano, no pondría la mano en ellas. Ya no es tiempo para esa especie de aplicación» [5]. Tenía entonces el animoso anciano setenta y siete años.

Se han olvidado estas agudezas del insigne benedictino, que le colocan, en punto a cultura médica, muy por delante de todos sus contemporáneos de mi facultad. Y también el hecho importantísimo de que fué él quien primero difundió entre nosotros la técnica, la utilidad y la historia de la *vacunación antivariólica*. «En España —escribe— se ignora por la mayor parte qué cosa sea.» Apareció este discurso en 1733 [6] y hasta el año 1771 no se empezó a ensayar el método en nuestro país [7]: nótese a la mayor gloria de nuestro erudito.

Añádase a ello un anticipo que tuvo de la *doctrina homeopática* al combatir el axioma *Contraria contrariis curanda sunt:* hace de él una detenida crítica y afirma que «hay medicamentos que obran no por vía de oposición, antes bien por vía de concordia y amistad» [8]. Sólo le faltó, pues, añadir, *similia similibus curantur*, treinta años antes de que naciera Hahnemann.

Pero acaso la mayor intuición terapéutica de Feijóo fué su entusiasta apología, su fina explicación y aun su acertada práctica de la *psicoterapia*. Desde

---

[2] Suárez de Ribera (F.) [209]. El tal papel es una necesidad sin interés alguno. Le respondió Feijóo con unas cuantas líneas, corteses, aunque desdeñosas, al final de su folleto [74].

[3] *Teatro*, V, IX, 106.

[4] *Teatro*, I, V, 36; y *Cartas*, I, X, VI.

[5] *Cartas*, IV, XXV, 15. Esta carta está escrita en 1753. Sin embargo, puede verse en la carta inédita copiada en la p. 38, que desde el año 1727 conocía Feijóo, por varias referencias, las máquinas eléctricas y preveía su futura importancia.

[6] *Teatro*, V, XI, 60:

[7] Refiere, sin embargo, don Timoteo O'Scalan que el embajador de España en Londres en 1773, príncipe de Maserano, pudo atestiguar ante la Corte de Inglaterra que desde hacía cuarenta años antes practicaba las inoculaciones un cirujano de Jadraque. En otro lugar he referido y comentado este dato, tan grato a nuestra historia médica [129]. Siempre ocurren así las cosas en España: un precursor anónimo, perdido en la Alcarria, hace a su tiempo lo que tardan en hacer cuarenta años los que tenían la obligación de hacerlo. Es probable que este cirujano de Jadraque se informara de la inoculación por el libro de Feijóo, tan leído entonces. Por cierto que ni Hernández Morejón ni Chinchilla se ocupan apenas de este doctor O'Scalan, cuyo libro [172] es admirable de erudición, buen sentido y método pedagógico. Las noticias de Feijóo procedían, en éste como en otros problemas, de las *Memorias* de Trévoux (años 24 y 25); ya sabemos cuánto se le ha criticado el abuso de esta fuente mediocre; pero lo importante no está en leer las cosas en libros trascendentales, sino en dar a cada cosa su valor, cualquiera que sea el texto de origen. Hernández Morejón ([96], t. VI, p. 306) cita un Discurso del Padre Sarmiento en el que éste recoge la tradición de que los aldeanos de Lugo usaban la inoculación desde tiempo inmemorial. No he podido leer la nota original de Sarmiento (*Semanario erudito*, de Valladares, t. XIX, p. 182). Es raro que Feijóo, que vivió su mocedad en esta provincia, y que todo lo inquiría y observaba, no tuviera noticia de este curioso hecho.

[8] *Teatro*, I, V, 27.

Hipócrates y Galeno hasta nuestro Vallés todos los grandes clínicos se habían hecho cargo de la importancia que tiene en la curación de las enfermedades —de todas las enfermedades, y no sólo de las del espíritu— aquellos movimientos del ánimo que lo levantan y reconfortan, extendiéndose el beneficio tónico a las más bajas funciones vegetativas. Pero acaso nadie dió por entonces tan clara sistematización de esta doctrina como Feijóo al explicar su XVI paradoja en el importantísimo discurso titulado *Paradojas Médicas* [9]. Expone así su tesis: «El mejor remedio que tiene la medicina es el que menos se usa»; y esos remedios excelentes y abandonados son los que llama «cordiales»; mas «no los cordiales que se venden en la botica, en los cuales —dice— tengo yo poquísima confianza, sino otro cuya virtud es infalible, pues nos lo está demostrando la naturaleza a cada paso: todo lo que alegra el ánimo y refocila el corazón es cordial, y alegra el ánimo todo lo que es gustoso y grato al sujeto. Siendo así, ¿para qué gastar dinero en bezoares, uncinios, perlas, esmeraldas confecciones, electuarios, etc.?» Hay, pues, que alegrar al enfermo, complaciéndole en cuanto sea prudente, dándole gratas nuevas de su proceso y levantando con templado optimismo su corazón. Puede ser útil todo, desde los más nimios detalles, como afeitar al enfermo cuando está incómodo con sus barbas, como ya prevenía Hipócrates, hasta dejarle entregarse a los raptos del amor; «yo veo —escribe profundamente nuestro Padre— que la eficacia de una vehementísima pasión amorosa para conmover el cuerpo por medio del ánimo» es superior a las más activas drogas. Admirable es este capítulo, que termina con su habitual aguijón antimédico: «Sólo en una cosa quisiera yo que no complaciesen los médicos a los enfermos, en que no pocos inicuísimamente los complacen: que es la frecuencia en recetar.» Claro es que la psicoterapia no siempre consiste en complacer, sino, a veces, en contrariar; y así lo expone y desarrolla en otra paradoja del mismo precioso y utilísimo discurso [10].

En páginas anteriores hemos referido el uso sutil que de estas ideas hacía el propio Feijóo en su clientela de neurósicos, falsos endemoniados y catalépticos.

Combatió también muchos prejuicios terapéuticos corrientes en su época, como el de la eficacia de la *piedra bezoar*, que tanto irritó al doctor Ribera; los *medicamentos que pretenden alargar la vida* y, en realidad, «anticipan la muerte» [11]; los falsos *medicamentos para conservar la memoria,* sobre los cuales recogió observaciones personales [12]; los ridículos ensayos de *medicación trasplantatoria*, que consistían en aplicar sobre el órgano enfermo ciertas sustancias a los que la enfermedad se transmitía, dejando libre el órgano afectado [13], etc., etc. Las *plantas medicinales* le sugieren también observaciones llenas de oportunidad y buen sentido, entre ellas la importancia que el clima y las variaciones del tiempo pueden tener en su eficacia [14]. Dió, en cambio, proporción excesiva a la *cura de las lombrices* por la miel y el azúcar de Redi [15], sin duda porque con ello iba contra el error popular —que aún hoy subsiste— de que los niños golosos son más propensos a padecer de estos vermes.

Hizo una admirable crítica contra el empleo terapéutico de las *piedras pre-*

---

[9] *Teatro,* VIII, X, 106.

[10] *Teatro,* VIII, X: Paradoja XVII: *Hay casos o enfermedades en que se debe proceder por el extremo diametralmente contrario al propósito de la paradoja precedente.*

[11] *Teatro,* V, IV, 3.

[12] *Cartas,* I, XX. Véase también nota 5 de la página LXXV.

[13] *Cartas,* I, XVII. Sobre el origen de esta práctica de la transmisión de las enfermedades, mucho más antigua y extendida de lo que suponía Feijóo, véase Cabanés y Barraud [38].

[14] *Teatro,* VIII, X, 68.

[15] *Teatro,* VIII, X, 163. Este debe ser el libro que leyó con Casal y al que éste se refiere, como ya hemos dicho: nota 1, pág. 132.

ciosas [15], que en su siglo conservaban aún su boga; eran por entonces muy leídas obras como la famosa *Theurgia General y específica de las graves calidades de las más preciosas piedras del Universo*, de Juan Bernardino Roxo [17], en las que, junto con el poder simbólico de cada una de ellas, se aprendía que un jaspe en el dedo del médico le ayuda a discernir las enfermedades, o atado al muslo de la mujer le abrevia el parto; que el zafiro puesto sobre la tetilla de un envenenado puede extinguir el tóxico; y que la esmeralda rompe el ojo de la serpiente que se fija en ella; sin contar con otras virtudes de más baja categoría, como su poder absorbente, que todos aceptaban, por lo que la costosa medicina figuraba en infinitas recetas. Con su gesto peculiar, resume Feijóo tanta tontería en estas palabras: «las piedras preciosas en las Oficinas de los Boticarios sirven lo mismo que en las joyas de las señoras: de adorno y ostentación y nada más.» Es este uno de los puntos en que el cotejo de la actitud del polígrafo gallego con la de sus contemporáneos realza con mayor vigor la claridad de su mente.

Erró, sin embargo, al incluir en la sentencia condenatoria al *oro*, del que dijo graciosamente «que alegra el corazón guardado en el arca, no metido en el estómago» [18], pues hoy sabemos, sin peligro a rectificaciones futuras, la gran utilidad curativa del precioso metal; claro que el uso que de él hacían los médicos de la época feijoniana nada tenía que ver con el actual [19]. Asimismo equivocóse dando beligerancia al uso de la *sal común* en la curación de las tercianas, propuesto por Coning [20]: siempre que podía, ponía objeciones a la quina, cuya eficacia, no obstante, reconoció insistentemente. Al principio hemos anotado también, entre sus yerros, la fe que acordó a la *piedra de serpiente* contra las mordeduras venenosas y al *jugo de abedul* contra los cálculos urinarios [21].

XXI.—Feijóo en el pleito del agua.
Un Rinconete de la Medicina: Don Vicente Pérez.

Ahora nos toca hablar de la intervención de Feijóo en uno de los más curiosos pleitos de la medicina española, y pudiéramos añadir de la Historia intelectual de España: en la famosa disputa sobre las virtudes curativas del agua, que empezó en 1708 y duró más de cincuenta años [1]. En España, país de secano en la mayoría de su territorio, el agua tiene un valor supersticioso, como lo tiene el árbol. Son dos verdaderos *tabous*. Se odia el árbol, se le pincha, se le arranca la corteza, como a un enemigo; y se le quiere como a un familiar,

[16] *Teatro*, VIII, X, 74.

[17] Roxo [196-A]. En este curioso libro se cita varias veces a Feijóo, si bien por motivos no médicos, sino casi siempre teológicos. Duélese, por ejemplo, el autor de que nuestro benedictino no creyese —¡qué iba a creer!— en que Clodoveo fué ungido con el bálsamo de la ampolleta divina, traída por una paloma, etc.

[18] *Teatro*, I, V, 48.

[19] Es sabido que el empleo de las Sales de Oro constituye uno de los remedios más interesantes en la lucha actual contra la tuberculosis.

[20] *Teatro*, VIII, X, 169. Sin embargo, en este sitio anota Feijóo, con sagacidad, lo siguiente: «Veo en varios autores recomendados para la curación de las fiebres intermitentes varios (sic) sales, ya vegetales, ya minerales. Acaso su virtud pende precisamente de ser sales y no de ser sales de esto o de aquello.»

[21] Véase nota 1, p. 42 de este libro.

[1] Cabarrús, en sus cartas, escritas en 1792 y publicadas en 1808 [39], propugna todavía «la supresión de todo gravamen sobre la nieve, que es un correctivo precioso y muy saludable de la calidad de muchas aguas y del excesivo calor y uno de los grandes preservativos de las tercianas» (p. 80). Este libro, uno de los más típicos del siglo xviii español, contiene las más certeras disposiciones de higiene pública, muchas calcadas sobre ideas que ya había sostenido Feijóo; debieran ser recordadas con mayor frecuencia por los higienistas españoles.

porque en muchos sitios de la meseta cuesta más, en efecto, criar una acacia que un hijo de la carne. Igual con el agua: ya se la odia hasta el punto de prohibir su uso exterior y de ordenar la destrucción de los baños, como hizo Alfonso VI, por creerlos la causa de la flojedad de sus soldados, ya se la atribuyen los orígenes de enfermedades infinitas [2]; o, a la inversa, se fía la salud a una ablución o a unos vasos de agua de cualquier manantial, sobre todo si es templado y maloliente. Pero fuera del agua mineralizada, el agua pura, la de las fuentes y los pozos, ha tenido siempre en nuestra península devotos tan fervientes, catadores tan expertos como los más insignes aficionados al vino. En otro lugar haré el estudio de los potomanos de agua españoles: de esta agua que, como ha dicho uno de los más cordiales conocedores de nuestro país, «nunca es sosa ni banal, sino ruda, preciosa y creadora» [3]. Aun mucho antes, el *Diccionario* de Trévoux, tan citado por Feijóo, decía: «el agua de España es excelente: ella no se corrompe jamás» [4].

No es extraño, pues, que surgiera el problema de la posibilidad de usar el agua potable como medicina. Y surgió en el célebre manuscrito *Remedio Universal del agua natural*, hacia el año 1710, que alcanzó gran resonancia en toda Andalucía, primero entre el populacho y después entre los mismos doctores. Feijóo nos informa de que también en Inglaterra tuvo apóstoles el método acuario en el Doctor Hancocke (1722); y Martínez Salafranca refiere las curaciones con agua helada que realizó el Padre maltense Castrogianni [5]; pero ya hemos visto que la primacía y la gran envergadura del método son netamente peninsulares. El agua, según esta doctrina, lo cura todo, desde las más graves fiebres hasta los trastornos más simples de la digestión, desde las hidropesias avanzadas hasta las llagas crónicas de las piernas. Y a ella se opusieron otros doctores, los académicos, con acritud paralela al entusiasmo de los que la propugnaban.

No es oportuno entrar aquí en los detalles de la contienda, cuyo valor es puramente pintoresco; está puntualmente compendiada y criticada en la *Historia bibliográfica de la medicina española* de Hernández Morejón [6]. Citaremos sólo, por ser los autores que más directamente tienen que ver con Feijóo en este asunto, al Doctor Don Juan Vázquez de Cortes, sevillano, que en su *Medicina en las fuentes* hizo la apología del método; se trata de un papel lleno de disparatado empirismo, pero de interés anecdótico [7]. De sus impugnadores, el más digno de lectura es Don Manuel Mastrucio,

---

[2] El tanto por ciento de los enfermos que atribuyen sus males, cualesquiera que éstos sean, a «una mojadura» tal vez levísima, es increíble, y no siempre entre las clases bajas de la sociedad. Tengo datos muy interesantes sobre esto, que no es ahora ocasión de exponer. En otras épocas había que contar, además, con las incitaciones al pecado a que inducía la mayor limpieza, lo que hizo exclamar a un poeta español, hablando de los baños: «Mas también hay grandes males — que del mucho uso resultan: — que los que en ellos se juntan — hacen pecados mortales. — Que se hacen lujuriosos, — delicados y viciosos, — con achaques de salud; — quedan flacos, sin virtud, — cobardes y temerosos.»

[3] Legendre [111].

[4] *Teatro*, I, VI, 43. Nota 3.

[5] Véase Martínez Salafranca [152]; también Carballo [44-A] cuenta y exalta las curaciones de este fraile capuchino.

[6] Hernández Morejón ([96], t. VI, p. 290).

[7] Vázquez de Cortes [222-A]. Por la diligencia de Vázquez de Cortes publicóse también el tratado agüístico del presbítero y médico de la ciudad de Cádiz, Don Juan Gutiérrez de los Ríos [95-A], igualmente representativo del caos médico de su época. Apareció este tratado, en un volumen, con otros documentos que resumen toda la bibliografía española fundamental sobre este tema, a saber, los opúsculos de Carballo [44-A y 44-B], Pérez [178 y 178-A], y Vázquez de Cortes [222-A] mismo; más dos largos comentarios poéticos a la misma cuestión de Santiago [197-A] y Aguilar [1]. La lectura de todos estos ex abruptos pseudocientíficos da una idea cabal y directa del espíritu del siglo —y no las disquisiciones de los críticos de un siglo después—; así como del papel de

cuyo opúsculo [8], a vuelta de mucha teología inoportuna, contiene razones sólidas contra la doctrina acuaria. Era éste uno de los médicos muy afectos a Feijóo, a quien consultaba, por correspondencia, sus dudas. Don José Ortiz Barroso contribuyó también, sensatamente, a criticar la doctrina en su *Uso y Abuso del Agua*, muy encomiado por Feijóo [9]. Pero el personaje más interesante de esta comedia fué Don Vicente Pérez, médico de Pozoblanco de los Pedroches, en Córdoba, donde comenzó sus curas portentosas con el agua, recorriendo luego diversas poblaciones de España e instalándose por fin en Madrid, donde alcanzó popularidad inmensa y muy pingües ganancias, siendo llamado «el médico del agua», que él mismo añadía a su firma, junto con el título pomposo de «socio de la Real Academia de Solidistas». Escribió dos libros, *El promotor de la salud de los hombres* y *El secreto a voces* [10], en los que explica y propugna su método. Ambos tuvieron circulación dilatadísima entre enfermos, médicos y curiosos de la medicina, que siempre los hay, y lo son casi todos los hombres. Estos libros demuestran que era Pérez hombre talentudo y sugestivo, aunque de la clase de los pícaros, como lo demuestra, aparte de otros extremos conocidos de su azarosa existencia, el incidente, creo que no comentado por los historiadores de nuestra medicina, de su intento de consultar a la reina Doña Bárbara de Braganza [11].

Feijóo en su purificación: aunque errara, precisamente, en su actitud en este pleito de la medicina acuática.

[8] M. Mastrucio [153]. Le contestó de nuevo Vázquez de Cortes [223], al final de cuyo folleto aparece la carta de Feijóo a Vázquez, publicada con el número XIII en el t. I de *Cartas*.

[9] *Teatro*, VIII, X, 153. Su conformidad con Ortiz Barroso se refiere principalmente a la superioridad del agua de manantial sobre la de lluvia, que ambos defendían contra la opinión de los que preferían —y eran muchos— la pluvial. En este pasaje luce Feijóo su expertísima delicadeza y virtuosismo como catador de aguas.

[10] Pérez (V.) [178 y 178-A]. Este último escrito se refiere a las ventajas del método del agua sobre los famosos polvos purgantes del Doctor Ailhaud, de Aix, o polvos de Aix; tema al que Feijóo dedicó también un estudio: *Cartas*, IV, IX. El Doctor Ailhaud aconsejaba sus polvos combinados con la bebida de gran cantidad de agua; fué, pues, un verdadero «acuario», aunque no puro. Feijóo se inclina a achacar sus curas no a los polvos, sino al agua. El avisado Pérez defendía también el agua y atacaba a los polvos, calificando a su autor de «contrabandista de drogas despreciables», pero a su vez aconsejaba alternar el agua con «otros polvos preparados por mi mano», con los que reforzaba sus ingresos, ya que el agua de Dios nada cuesta. Luego veremos que en esta industria clandestina de drogas le ayudaba un fraile, colaborador también en sus escritos y partícipe de las comunes ganancias.

[11] El episodio es como sigue, según consta en un *Informe de don Vicente Pérez al rey don Felipe V sobre la enfermedad de la reina y los remedios para conseguirlo* [178-B]. Está fechado en «esta posada de Aranjuez a 8 de agosto de 1758». Desde luego el título, de letra distinta que el texto, está garrafalmente equivocado, puesto que la reina enferma era doña Bárbara de Braganza, que murió pocos días después, el 27 de agosto, en dicho Real Sitio; el rey era, pues, Fernando VI y no Felipe V. El caso es que estando ya gravísima la soberana, el audaz don Vicente Pérez se valió de «cierto caballero criado de Sus Majestades», para hacer llegar a manos del afligido consorte un Memorial en el que en vista de la impotencia de los regios protomédicos se comprometía él a curar a la enferma. El rey, cuya desesperación ante la enfermedad de doña Bárbara, era grande y le hacía acogerse a cualquier esperanza, ordenó «que hubiera Junta» entre Pérez y los médicos de Cámara; o más bien lo ordenarían los cortesanos amigos del médico acuario, pues el monarca estaba por estos días en pleno estado de locura y sin levantarse del lecho, donde se revolcaba en sus propios excrementos, según refiere Fernán-Núñez [81-B]. Hízose la junta en 4 de agosto, a las doce y media de la noche. Pérez la refiere al pormenor en su informe. Hablaron todos los protomédicos, que debían estar extraordinariamente malhumorados por la regia imposición de tener consulta con un colega desprestigiado, y charlatanesco, limitándose a decir que S. M. «tenía unos tumores escirrosos procedidos de la supresión menstrual, que producen calenturas, y que ésta había entrado con horripilaciones o calofríos, y que la sobrevinieron cursos que aún continuaban». Dicho esto, dieron por terminada la consulta «sin hacer (como era preciso para que yo

Se cobijaba Pérez con frecuencia a la sombra de la fama de Feijóo, que, como luego veremos, se declaró partidario de la doctrina acuaria y cuyo visto bueno era entonces pasaporte para todas las doctrinas. En el primero de sus libros dice que hay «tres grandes hombres en nuestro tiempo: el

---

me hiciese cargo de todo, a fin de darme un dictamen con conocimiento) expresión, como debían y es costumbre, del temperamento, vida anterior, causas de la enfermedad, los remedios que habían aplicado, sus efectos y los alimentos con que se había nutrido». Tampoco le permitieron ver ni tomar el pulso a doña Bárbara. Ni aun le dejaron hablar. Propuso Pérez, a todo evento, que fueran ellos mismos los que la aplicaran el remedio del agua, pero se negaron terminantemente, dictaminando que de hacerlo, «de vivir cuatro horas, S. M. viviría sólo dos». Así terminó la junta. El médico del agua añade que desde que entró, a los otros les conoció en la cara que no le iban a hacer caso.

Sin embargo, por lo poco que pudo oír coligió —añade— la causa de la grave dolencia que era «la falta de la debida transpiración del sudor». Esto la producía los «bochornos y demás molestias». «S. M. es robusta, obesa, de bueno y abundante alimento, y por lo mismo necesitada de mayor ejercicio, dieta y transpiración por sudor». Esta falta de sudor «se hubiera logrado por la correspondiente humectación», que es como él llamaba a su cura de agua.

Despechado por el desaire de los médicos de Cámara —uno de los cuales sería seguramente Casal— se decidió a vengarse de ellos enviando al rey este informe en el que rectificaba el diagnóstico y criticaba el tratamiento de aquéllos, afirmando que si la reina moría, sería por no seguir su consejo. Lejos de hidratarla, se repitieron las purgas y sangrías, «remedios ambos perjudiciales en el caso». «Los purgantes —afirma, recordando, sin duda, a Feijóo— son siempre perjudiciales.» «Veintiún años hace que yo no he usado ningún purgante: sólo lavativas de agua fría.» Con el método del agua, en cambio, todo va bien. «En las señoras mujeres —puntualiza— son más perjudiciales las sangrías que en los hombres.» Cita varias historias clínicas referidas «en el adjunto impreso» (seguramente su libro, ya citado), que acompañaba al Memorial. Refiere otros éxitos suyos con el agua en las epidemias de Córdoba y Santa Cruz de Mudela y en el Hospital General de Madrid. Dice que él es tan médico como los demás, examinado por el protomedicato. Algunos de los que le examinaron y aprobaron estaban en la junta en que fué maltratado. «Tengo por muy curable a S. M., permaneciendo con facultades para ello.» Pero es preciso que la vea y la tome el pulso. Junto a los médicos del rey, él es «como una hormiga respecto de un león». Pero a veces el débil es el que acierta. Así le pasa a él con sus «estupendas curaciones». Es admirable y lamentable que los médicos que dan por sin remedio a la reina se hayan opuesto a su curación, tanto más cuanto que ellos mismos desahuciaron al marqués de Perales y él, Pérez, le curó y está ahora tan bueno. Los protomédicos aseguran que lo que él desea es quedarse de médico de la reina; pero no es cierto: sólo quiere curarla. «Paciencia —termina—, ya que no puede ser otra cosa.» Lo indudable es que lo que se ha dado a S. M. es perjudicial. «La lástima es que se van apretando las fuerzas, y acaso cuando se quiera remediar no responderá por su parte.» «Me atrevo a decir que si hubiera emprendido esta curación el día de la junta, según lo que he oído, a esta hora ya estaría S. M. fuera de peligro.»

Bastaría esta historia para juzgar hasta dónde llegaba la ligereza y la audacia del pícaro Pérez. Lo probable es que este maligno informe no llegase a manos del rey, agravado en su delirio por la agonía de doña Bárbara, que, como sabemos, murió 19 días después «en el mismo estado de inmundicia, escribe Fernán-Núñez, que su regio esposo», del cual dice este exacto biógrafo: «quedó el pobre Señor de tal modo, que me han asegurado el Duque del Infantado y el Marqués de Santa Cruz, que le vistieron después de muerto, que, al lavarle, todo el pellejo se venía con la esponja [81-B].

No es éste el lugar de repetir los enredos de Pérez, que fué privado de su título, y hubo de sufrir varias peripecias de la más castiza picaresca médica: un agustino, vendedor de drogas y hombre sin escrúpulos, que al parecer colaboraba con él en sus libros, y aun escribió alguno solo, pero haciéndolos firmar siempre a Pérez, le desenmascaró y desacreditó, ayudado por un doctor toledano, titular de Ajofrín, de pésima intención llamado Carvallo [44-A y 44-B]. Pero en 1761, siendo ya rey Carlos III, se resolvió un pleito a su favor, según consta en el manuscrito 11.265 de la Biblioteca Nacional, que es un *Decreto de S. M. en el expediente del médico del agua don Vicente Pérez* (26 agosto 1761). Ordena este Decreto que no tenga que examinarse otra vez, como los protomédicos habían solicitado, y que se le devuelva su libro, que dicho protomedicato había recogido. Pérez, según este documento, se examinó ante el protomedicato en 1721 y le recogieron el título en 1753. Por ello, sin duda, los doctores de Palacio rehusaron la consulta con él, y sólo por orden del monarca la aceptaron a regañadientes y por pura fórmula. El Decreto ordena que se le restituya el título y se expresa duramente

Doctor Martínez, el Doctor Gazola y el Padre Feijóo [12]; y se trasluce la literatura y la táctica polémica del benedictino a través de sus propios razonamientos. Por cierto que —e igual le pasaba a Feijóo— su entusiasmo acuario no estorbaba una gran benevolencia hacia el vino, del que dice: «por el vino he logrado yo efectos maravillosos que no se logran con otros medicamentos. ¿Qué cordial hay en toda la farmacéutica que compita con el vino de Peralta? ¿Qué jarabe que iguale al vino de Tudela, de Mometrán, de Cosuenda, de Valdepeñas, de Montilla y otras muchas partes de nuestra España?» [13].

A Feijóo, por lo que el método acuario tenía de naturista y de antidroguista, tenía que serle particularmente grato. Ya he dicho que hubiera sido un nuevo abate Kneipp de haberlo permitido su época, su talento y su moralidad. Era nuestro fraile excelente catador del líquido elemento, hasta el punto de que se vanagloriaba de reconocer— admirable habilidad— las calidades del agua «al simple tacto de la mano» [14]. En el tomo VIII del *Teatro*, Discurso X, dedica tres largos capítulos (18, 19 y 23) al uso del agua, a la que llama «poderosísimo remedio de algunas enfermedades»; y en ellos define su posición. Habla de los médicos de Sevilla, «donde hirvió mucho y hierve aún esta controversia»; y juzga serenamente los libros acuarios de Vázquez, de Mastrucio y de Ortiz Barroso, al que alaba particularmente, como hemos dicho. Pero su intervención a fondo en la controversia está en las Cartas [15], en cuatro de las cuales se ocupa extensamente de la cuestión. En la última resume su opinión, atenuando un tanto sus antiguos entusiasmos, en la forma siguiente: «Juzgo probabilísimo que esta bebida, en mucha copia, puede ser instrumento para grandes curas en muchas ocasiones, pero con dos advertencias que voy a proponer». La primera, «que nunca convendré en que el agua sea remedio universal»; la segunda, «que el remedio del agua en cantidad crecida, pide ser administrado por médico muy cauto o reflexivo, que no sólo se entere bien de las circunstancias de

---

contra el protomedicato. Sus protectores en la Corte debían de ser poderosos, probablemente los Santa Cruz —el marqués físico-químico del que luego hablaremos— a los que conoció cuando ejerció en Santa Cruz de Mudela; a la Marquesa Viuda, Doña Cayetana de Silva, está dedicada una de sus obras [178-A]. No debió de bastar esta rehabilitación oficial, pues los biógrafos cuentan que acabó, olvidado y sin prestigio, su vida.

[12] Pérez (Vicente) [178].

[13] Una de las últimas y más sensatas aportaciones a esta disputa del agua es la de Jerónimo Vardier, académico de la Universidad de Cervera [222]. Desde luego Feijóo, aunque propugnaba en algunos casos la virtud curativa del vino, no lo recomendaba como bebida usual. Por el contrario, criticaba a los que, como Hofman, así lo hacían: «Atribuir —decía— las mismas excelencias al agua y al vino, es disparatado. son dos cosas tan incompatibles como soplar y sorber al mismo tiempo.» (*Cartas*, V, XXI, p. 56). Para él, el vino es eficaz como tónico cardíaco y general (*Teatro*, IV, III, 36). Sobre todo —añadía con gran intuición— hay que dar alcohol a los bebedores cuando están malos, cualquiera que sea su enfermedad (*Teatro*, IV, III, 32). En las gastritis está, en cambio, formalmente contraindicado (*Teatro*, VIII, X, 171).

[14] Léase todo el número 161 del Discurso X, tomo VIII, *Teatro:* «Lo que por mí puedo asegurar es que yo, para averiguar la delicadeza del agua, no usaré de esa prueba, ni de la de calentarse o enfriarse más presto; porque si el exceso de una agua a otra en delicadeza es tan sensible que pueda reconocerse a esas señas, yo la reconoceré también al simple tacto de la mano y creo que con más seguridad. De esta percepción, la delgadez del agua por el tacto (que algunos han dificultado mucho), tengo sobradas experiencias, El P. Fr. Benito de Arenas, hijo del monasterio de San Salvador de Oña, que en los años pasados, siendo cursante en este Colegio, me asistió en la celda, puede testimoniar que usando yo siempre dos aguas distintas, igualmente cristalinas y puras una que otra, una para beber que se me conducía de una fuente muy distante, y otra para lavar, en una ocasión que me presentó en el vergenal para lavarme la que usaba para beber, al punto que entré la mano en ella lo conocí y lo dije.»

[15] *Cartas*, I, XIII y XIV. *Idem*, IV, IX. *Idem*, V, XXI.

la enfermedad y del sujeto, mas de hora en hora atentamente observe los efectos [16].

Aun con estas atenuaciones, la posición de Feijóo en el pleito del agua fué equivocada. El método acuario era sólo una reacción saludable contra el abuso de la imponente farmacopea que la mayoría de los médicos empleaban con grave detrimento de la salud y del bolsillo de los enfermos. Tenía, pues, la misma disimulada significación abstencionista que tuvo después la homeopatía y que han tenido otros tantos métodos curativos simplistas que aparecen de tiempo en tiempo en el teatro médico. Pero no estaba exento de peligros, porque los entusiastas del agua la administraban a veces en cantidades enormes, y hoy sabemos bien el perjuicio que esto representa para la circulación, sobre todo en ciertos enfermos; y aun hay estados patológicos —como algunos de los que los actuarios consideraban como indicación importante, tal los hidrópicos— en los que es incontestable el beneficio de la táctica contraria: de las llamadas curas de sed o de reducción de líquido. Por otra parte, con el pretexto del agua, si bien se dejaban de dar muchas medicinas inútiles, se prescindía en cambio de otras esenciales, por ejemplo de la quinina en las tercianas. Una de las especialidades del Doctor Pérez era curar estas fiebres sin más tratamiento que el hídrico. Podemos hoy afirmar que las tercianas que se curaban así eran fiebres banales, esas que se curan solas, como Feijóo explicaba tan certeramente... cuando no era él el recetante.

Basta ver, finalmente, la calidad científica y ética de los propugnadores del método hídrico para juzgar de su verdadero significado; y sólo su actividad apasionada pudo impedir a Feijóo el comprenderlo: eran todos curanderos descarados, pedantes o rinconetes sin escrúpulos, como el famoso Pérez. Hay que insistir sobre este yerro de nuestro benedictino para poder dar, en cambio, todo su valor a sus aciertos. Le llevó a él, sin duda, su tendencia naturista y abstencionista y, sobre todo, su «espíritu de contrapelo» frente a los doctores; y finalmente su tendencia a defender las innovaciones sin tomarse, a veces, el trabajo de criticarlas.

El amor sistemático a la originalidad puede convertirse también en peligroso fetichismo. Así ocurrió en nuestros tiempos a algunos hombres eminentes, médicos y no médicos, que, arrastrados por esta tendencia y jugando al azar de ser los profetas de una novedad que aparecía en el horizonte y que tal vez —pensaban— hubiera terminado siendo un invento renovador, se pronunciaron a favor del método curativo llamado «toque del trigémino»; experiencia social parecida a la de las curaciones por el agua, y, como ésta, de enseñanzas inolvidables.

XXII.—La sangría y la purga

Partiendo de esta enérgica posición antidroguista, Feijóo concentró su oposición sobre los llamados *remedios mayores*, la sangría y los purgantes, de los que los médicos de los decenios anteriores habían llegado a un abuso funesto. Cuando hoy leemos, por ejemplo, las bárbaras sangrías y purgantes que los médicos de la Real Facultad aplicaban a infantes raquíticos y anémicos cada vez que estaban indispuestos, no nos sorprende el ver después, en los retratos de Felipe IV y Carlos II todos los estigmas de una profunda miseria fisiológica, ya que a la herencia deplorable se sumaban los impru-

---

[16] *Cartas*, V, XXI, 56.

dentes excesos de sus galenos de cámara [1]. Todo ello tenía que producir la inevitable reacción conservadora que, en efecto, surgió con Cajanes en el siglo XVI y con Romero en el XVII; pero apenas fueron escuchados. A principios del XVIII tomó el mismo partido el famoso Don Miguel Marcelino Boix, publicando su *Hipócrates defendido* (1708), en el que trató de volver a los médicos a las buenas normas hipocráticas, ayudando a la naturaleza sin tratamientos demasiado bruscos y combatiendo, por tanto, la sangría, con la pasión exagerada equivalente a aquellos abusos, es decir, prohibiéndola hasta en los casos en que está racionalmente indicada, como en las pulmonías y apoplejías. La actitud de Boix suscitó las consabidas réplicas, porque los médicos de entonces, a falta de verdadera medicina, aprendían largamente en las aulas el afán —y no siempre el arte— de disputar. Y en este estado estaban las cosas cuando surgió el *Teatro Crítico* con sus teorías abstencionistas entre las que la guerra absoluta a la sangría ocupaba un lugar eminente. Martín Martínez, oráculo de Feijóo, era también antisangrador, aunque sin extremosidades. De la máxima de Galeno de «sangrar en todas las fiebres pútridas», que los médicos de por entonces seguían al pie de la letra, decía Martínez, con frase feijoniana, que «había matado más hombres que la artillería». También Solano, otra de las autoridades del benedictino, era abstencionista. A ambos y al mismo Boix les cita muchas veces nuestro escritor con los elogios consiguientes [2]. No hay que decir que a estos sabios españoles agregaba la autoridad de las eminencias extranjeras que por entonces coincidían ya en el criterio hostil a la sangría.

No hemos de repetir aquí, porque no tienen especial interés, los argumentos de Feijóo contra la sangría y la purga, a las que Galeno llamó «las dos piernas de la medicina». Aquí y allá surgen en sus *Discursos* y *Cartas* argumentos e invectivas contra ambos tratamientos [3]. Con frecuencia exhibía el ejemplo de sí mismo, que, si en sus primeros años se dejó purgar, luego se negó siempre a ello con notable resultado para su salud; y en cuanto a la sangría, jamás consintió en dejársela hacer. Veremos luego que en sus últimos momentos parece que fué sangrado: sin duda, si en efecto lo fué, cuando había perdido la conciencia.

Sus argumentos son los mismos ya conocidos en esta controversia, que ha sido tantas veces referida y comentada. Con su habitual claridad de juicio y admirable literatura expuso la diferencia que hay desde el punto de vista médico, entre las evacuaciones naturales, casi siempre beneficiosas, y las provocadas por el arte —sangría y purga—, que son casi siempre perjudiciales. Cayó no obstante en el inevitable error —error de reacción— de negar, como Boix, toda virtud a la sangría. Hoy el péndulo, entonces oscilante, ha llegado a su punto de gravedad, y podemos asegurar con Feijóo y los de su partido que eran torpísimas las sangrías sistemáticas, pero a la vez que hay muchos casos en los que esta operación salva la vida del enfer-

---

[1] Véase, por ejemplo, en Cabrera de Córdoba [40] la enumeración de las enfermedades de Felipe III, tratadas con continuas y copiosas sangrías. El mismo Feijóo cuenta que al infante cardenal Fernando, hijo de Felipe III, le sangraron tanto que al abrir su cadáver para embalsamarle «hallaron los vasos sanguinarios sin una gota de sangre». (*Cartas,* V, VIII 38.)

[2] Véase *Cartas,* V, VIII, 12-16. Le llama «el buen doctor Boix». «Yo vi —escribe también— los libros del doctor Boix en aquellos tiempos en que ardía la contienda. Hoy no los tengo, pero sí la crítica que de los que se publicaron...», etc.

[3] Los pasajes más típicos están en *Teatro,* I, V, 29 y siguientes. *Idem,* VIII. X. 92 y siguientes. *Cartas,* V, VIII. 34.

mo con certeza tan grande como acaso el médico no pueda tenerla, en el mismo grado, sino en poquísimas ocasiones más de su práctica [4].

Combatió también nuestro fraile la pretendida substitución de la sangría por las sanguijuelas [5].

XXIII.—Ideas naturistas de Feijóo sobre el régimen alimenticio

Son interesantísimas, modernísimas, en muchos puntos inatacables, las ideas de Feijóo sobre el régimen alimenticio en el sano y en el enfermo. El buen Hernández Morejón habla con notorio espíritu de cuerpo, como galeno todavía ofendido por las diatribas feijonianas, al afirmar que la desgracia inspiró al benedictino al escribir sobre la dietética.

Toda la doctrina de Feijóo se funda en su actitud, ya comentada, de que hay que servir a la naturaleza y no contrariarla sino en casos excepcionales. El valor que este principio tiene para la terapéutica farmacológica se multiplica cuando se trata del régimen alimenticio, sobre todo en el sano, si bien esta conducta tiene en ocasiones dificultades que sólo un médico experto puede sortear [1]. Hay, pues, que comer lo que se apetece; «observar con cuidado qué es lo que abraza bien el estómago, qué es lo que digiere sin embarazo». «Esta regla es segura y no otra» [2]. Y para ello sólo hay un camino: que cada cual se observe a sí mismo con inteligencia. El médico no podrá saber nunca, sobre este punto esencial, lo que sabe el propio interesado. Si consultamos sobre ello, el doctor nos dará un plan teórico sin tener en cuenta nuestro temperamento, o bien prescribirá aquellos alimentos que le gusten a él, error muy común: «el médico vinoso quiere hacer a todos vinosos, y el aguado, a todos quiere hacer aguados» [3]. Aun en la enfermedad, en la que el instinto del paciente está deformado, muchas veces sólo sienta bien aquello que se apetece, y lo comprueba el polígrafo con muchos ejemplos de su propia experiencia y de otras ajenas. «Insisto —concluye— en que siempre se consulte el apetito del enfermo. Mil experimentos propios me atestiguan la seguridad de esta máxima, y tengo la satisfacción de haber aprovechado a muchísimos enfermos con ella» [4].

Ateniéndose al apetito y a las aptitudes digestivas, no hay por lo tanto alimento reprobable. Recordemos su elegante aforismo: «No hay alimento tan bueno que sea bueno para todos, ni le hay tan malo que no sea tan bueno para alguno» [5]. Son absurdas las razones de los médicos que impugnan o recomiendan por sistema la carne o el pescado o el pan o las legumbres [6]. Hasta el queso, al que, injustamente por cierto, califica de «térreo,

---

[4] En la terrible epidemia gripal de 1918-19, los únicos enfermos de bronconeumonía que se puede asegurar que se salvaron por la intervención médica fueron los sangrados a tiempo; y fueron muchos. Y claro es que no es ésta la única indicación cierta de la sangría.

[5] *Teatro*, VIII, X, 84 y siguientes.

[1] *Cartas*, V, IX, 4.

[2] *Teatro*, I, VI, 14.

[3] *Teatro*, I, VI, 13.

[4] Refiere, por ejemplo, el caso que le contó el doctor Tornai, de una señora que se consumía sometida a un régimen «de pucherito de ave y carnero». Su inapetencia era absoluta, menos para las ensaladas. Valientemente se las dejó comer y se curó (*Teatro*, VII, IX, 22). En los tiempos en que se sometía a un régimen de hambre a los enfermos de tifoidea —aun los he alcanzado yo— he visto casos parecidos de pacientes desahuciados a los que les dieron de comer a la desesperada alimentos raros que apetecían, y se repusieron. Me honro de haber contribuído mucho a que hoy se dé de comer ampliamente a estos enfermos, después de muchas polémicas, casi tan enconadas como las del tiempo de Feijóo.

[5] *Teatro*, IV, III, 7.

[6] *Teatro*, I, VI, 10 y 11.

indigesto y duro», puede ser, si se apetece, bueno [7]. Elogia con razón el uso del pescado, incluso en las fiebres [8]; como hoy pensamos en nuestras clínicas modernas, volviendo a las prácticas milenarias de los santos que curaban con el simbólico pez. De los alimentos menores elogia el chocolate, citando el caso del marqués de Mancera, que vivió ciento ocho años sin tomar apenas otro alimento [9]; y hace la referencia con fruición evidente, porque a él también le gustaba mucho. Del vino, como reconfortante, refiere también virtudes excelentes [10].

Es muy sagaz su observación de la influencia que el pasto de los animales puede tener en la calidad de las carnes, citando el caso observado por él, de una comunidad cuyos frailes «mejoraron de algunas indisposiciones que padecían desde el punto que mejoraron de pasto a sus carneros» [11].

En cuanto a la cantidad de los alimentos, opina que no debe seguirse a los exagerados que aconsejan reducirla excesivamente. Si Cornaro vivió más de cien años con doce onzas de comida y catorce de bebida, son muchos más «los que sin tales escrúpulos en el modo de tratarse vivieron muchos años más» [12]. Hablaba cuerdamente Hipócrates al sentenciar que «mayores errores se cometen en estrechar la dieta que en excederla algo de lo justo». Ahora bien, tampoco debe comerse en demasía. El apetito, según Feijóo, será siempre el que dará la pauta. Pero se equivocaba al dar carácter absoluto a sus sentencias, porque muchos hombres y mujeres apetecen más de lo que les conviene comer. Compensa este error con la fina observación de culpar la mayor parte de las demasías que se cometen en la mesa, a las mujeres, «cuyo genio piadoso les hace porfiadas en esta materia, juzgando que hacen un gran bien metiendo dentro del cuerpo un huésped desabrido» [13]. Muy exacto es su consejo de que de vez en cuando se coma con notable abundancia, manteniéndose en la generalidad de los días una dieta sobria [14]. Debe variarse con frecuencia la alimentación, pues «tengo observado —escribe, pensando sin duda en su ración conventual— que los hombres regalados que tienen diferentes manjares a su mesa y aun de un día a otro varían algunos platos, no viven menos ni con menos salud que los que por cortedad de medios o por motivo de dieta se alimentan simple y uniformemente» [15].

---

[7] *Teatro*, I, VI, 3. Sin duda, le ayudaba a perdonar al queso la opinión de Bacon, que, como buen inglés, lo adoraba.

[8] *Teatro*, VII, IX, 3. Este discurso está dedicado al elogio de la dieta cuaresmal, y por lo tanto, del pescado. Es admirable.

[9] *Teatro*, I, VI, 37.

[10] *Teatro*, VII, IX, 23.

[11] Feijóo ([77], 32).

[12] Esta racional actitud de Feijóo contra las exageraciones de Cornaro le valió el que años después, cuando se tradujo al castellano el famoso libro del centenario veneciano, el autor de la versión, que era don Vicente Isac [59], médico y cirujano titular de Vitoria, diese al benedictino, con evidente exceso de palabra, el título de «Anti-Cornaro». La primera edición de este libro apareció en Venecia en 1620. Su difusión fué grandísima, sobre todo en Inglaterra. *El Espectador* se ocupó de ella con elogio en el número 195, dedicado a la sobriedad, uno de los temas de coincidencia entre esta publicación y el *Teatro Crítico*; pero, como siempre, con inmensa ventaja para Feijóo. Es interesante este librito (la edición española es muy rara), que escribió su autor desde los ochenta a los noventa años, y en el cual propugna un régimen de sobriedad harto duro, y que, si al propio Cornaro le permitió llegar a la edad centenaria y morir como un filósofo, «sentado en una silla de brazos», allá en Padua, a muchos otros mortales les haría morir, en edad mucho más precoz, de anemia o de tuberculosis. El P. Feijóo estaba en lo justo al criticarle. Su éxito se debió a que representaba una reacción, excesiva es cierto, contra los abusos de la dietética en aquellos tiempos, singularmente en Inglaterra.

[13] *Teatro*, I, VI, 18.

[14] *Teatro*, I, VI, 26.

[15] *Teatro*, VIII, X, 191.

Ya en el terreno de la patología, el *apetito* tiene un valor esencial. Distingue nuestro polígrafo dos apetitos: el del paladar y el del estómago, los cuales no siempre están de acuerdo. En caso de divergencia, el del estómago tiene para el médico mucho mayor interés. Cuando coinciden no hay otro camino que seguir sus mandatos, siendo bárbara sentencia ésta, que a muchos sirve de pauta: «los enfermos apetecen siempre lo que les es nocivo». «¿Cómo es creíble —comenta Feijóo— que sea tan madrastra nuestra la naturaleza que cuando más necesitamos de su socorro nos inspire sólo una feliz propensión a lo que nos es nocivo» [16].

Es también esencial respetar la *sed* del enfermo y no aumentarla con la privación de las bebidas, como era práctica en muchos doctores ignorantes y poco piadosos. Insiste mucho sobre esto y también sobre el prejuicio absurdo de que el agua fría sienta mal a los enfermos. Feijóo adoraba el agua de nieve: la bebía a cualquier hora, sin respeto a otra regla que su sed, incluso en las noches frías; y en toda ocasión le sentó a maravilla: «me ha servido siempre el agua para conciliarme un blando y benigno sueño». «Por la mañana, en ayunas, la bebo frecuentísimamente» [17].

El curso del apetito y las modalidades de la inapetencia durante las enfermedades servirán al médico experto de excelente indicador de la gravedad y del curso del mal. El retorno del deseo de comer es el indicio más cierto de la convalecencia [18]. El clínico más versado en su arte no escribiría más sagazmente este capítulo.

Hasta el apetito extravagante, llamado «pica», el de los que desean comer yeso, tierra, ceniza, etc., suele tener un lógico sentido, más o menos oculto, como ya suponía el gran Avicena. Hasta la «pica», pues, debe ser respetada [19].

Estos son los principales puntos de vista de Feijóo sobre la dietética: y salvo pequeños yerros, la ciencia actual de la alimentación, tan inmensamente adelantada, no podría añadirle otro comentario que un rotundo «conforme».

XXIV.—La reforma de la enseñanza médica

Las ideas revolucionarias del benedictino se dirigieron no sólo a los médicos mismos, sino también al público. En esto se cifra una gran parte de su eficacia. Contra la medicina hablaban, por lo común, o los médicos mismos discutiendo temas técnicos, o los literatos que lanzaban sus sátiras contra los doctores, los cuales se encogían de hombros aun cuando por debajo

---

16 *Teatro*, IV, III, 38 y 39.

17 *Teatro*, VIII, X, 173 y siguientes.

18 *Teatro*, VIII, X, 99.

19 *Teatro*, IV, III, 46. El comer trozos de barro cocido —pedazos de búcaro— no sólo no era, en los tiempos de Feijóo, síntoma de enfermedad, sino moda entre las señoras elegantes, pues se suponía que la piel se suavizaba y emblanquecía por esta práctica. Se ha hecho de tal costumbre una leyenda, incluída entre las singularidades de la España pintoresca. Si no estoy equivocado, el origen de esta leyenda está en el libro famoso de madame la condesa d'Aulnoy, gran inventora de exageraciones hispánicas; una de las más importantes colaboradoras, sin duda, en la gran pintura artificiosa de la España de pandereta. Refiere su visita a la tertulia de la princesa de Monteleón, y cuenta cómo las damas de la Corte, después de absorber el chocolate —algunas hasta seis jícaras—, comieron con delicia la tierra arcillosa [23]; «frecuentemente —añade—, los confesores no les imponen penitencia más severa que la privación de pasar un día sin probar aquella tierra que, a juicio de muchos, tan buenas cualidades reúne». En otros varios relatos de viajeros se cuenta esta misma historia, casi siempre reproducida del relato de la condesa. Bowler, en su gran libro sobre España [32], la desmiente. Pero, desprovista de sus exageraciones pintorescas, es evidente que tenía un fondo de verdad.

de la casaca se les levantaran ronchas. Pero Feijóo, con su gran autoridad de sabio *in genere* y a la vez con su gran popularidad, intentó la reforma de la medicina estrangulada por el dogmatismo, batiéndola por ambos flancos, el científico y el popular. Faltábale para completar su obra el tercer ataque a la medicina incompetente, el dirigido a través de los poderes públicos que tienen en sus manos la enseñanza de las Facultades. Como decía su amigo Sarmiento con visión exacta, «de nada servirían las reformas de la enseñanza pública si no empiezan desde muy altos» [1]. Con este objeto escribió su Discurso «De lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina» [2], más otras muchas notas dispersas a lo largo de su obra total. Califica Menéndez Pelayo este intento de reforma de la enseñanza —no limitada a la medicina, sino a todas las demás Facultades— como «la mayor gloria de Feijóo». Es sabido que este magno propósito y buena parte de las ideas propuestas para realizarlo están tomadas de Vives [3], excepto, naturalmente, por lo que se refiere a la parte médica.

El programa de Feijóo es bien claro: debe suprimirse en absoluto la enseñanza de materias de mera especulación, las disputas filosóficas y teológicas que nada tienen que ver con la ciencia de curar. Fuera, pues, la filosofía aristotélica y con ella todas las demás. El médico debe saber ante todo, medicina. Lo demás puede ser accesorio agradable, ornamento del saber médico: mas siempre que no estorbe a lo directamente relacionado con el conocimiento del organismo humano, de sus enfermedades y de su curación. Un siglo después que Feijóo, decía aún, pomposamente, el maestro español que más influyó en la mentalidad de varias generaciones de profesores y de prácticos —Letamendi— que el médico que sólo sabía medicina, ni siquiera medicina sabía. Funesto error que no nos cansaremos de combatir; más todavía que por la pura equivocación de la sentencia, porque ésta ha servido de puerta de escape por la que muchos médicos han desertado de su aplicación rigurosa a la medicina, creyendo que el leer libros de vaga y varia literatura les servía también para cobrar autoridad clínica con mucho menos trabajo que el que cuesta desentrañar los libros científicos.

En tres proposiciones exactísimas concreta Feijóo su plan de reforma médica. Se ha de empezar, dice, por un estudio completo de la anatomía y fisiología. Seguirá la explicación de la patología y la semeyótica y terapéutica. Y terminará el ciclo con el estudio de la higiene y el conocimiento del régimen óptimo para precaver las enfermedades. «Esto es —concluye— todo lo que en orden a la medicina se debe enseñar en las aulas, y todo lo que se sale de aquí no es medicina.»

Aparte de este programa excelente se ocupó, como hemos dicho, en varias otras partes de su obra, de asuntos relacionados con la enseñanza médica. Preocupábale, por ejemplo, la escasez y la baja categoría social y científica de los cirujanos españoles, y recomendaba que se trajeran de Francia, «donde este arte se cultiva felizmente» [4] gentes que supieran bien la cirugía, que supieran

[1] *Anécdotas del P. Sarmiento* en el Manuscrito [200].

[2] *Teatro*, VII, XIV. Deben leerse también los demás discursos sobre la enseñanza en general y la de otras disciplinas: *Teatro*, VII: XI, XII y XIII: *Idem*. VIII: I, II, III y IV.

[3] Véase Menéndez Pelayo ([154], III, 71).

[4] «Me duele y ha dolido siempre lo poco que es atendida esta arte (la cirugía) en España: cuando en la vecina Francia se cultiva felizmente, y de donde se podrían traer bastantes artífices que acá la ejercieran y enseñaran» (*Cartas*, V, XXI, 53). Otra vez dice: «Es notable la falta de cirujanos que hay en España; lo cual, sin duda, depende de la poca estimación y salario que tienen»; «de cuantos cirujanos españoles he conocido, sólo uno vi que fuese algebrista; y es cosa notable que, siendo tan frecuentes las fracturas, luxaciones y dislocaciones, al que padece algo de esto le hacen recurrir a tal o tal hombre del campo, que dicen tiene esa gracia curativa; siendo así que son ignorantísimos tales curanderos, como yo va-

curar una fractura o dislocación, para lo que era preciso recurrir a los curanderos; esto es, decía, lo que se necesita, aunque los médicos no sepan latín. El cirujano de Bayona Juan d'Elgar, antes citado, fué propuesto dos veces para el partido de Oviedo, sin duda por inspiración de Feijóo; pero a pesar de su notoria habilidad quirúrgica, no fué admitido porque no sabía latín. No había entonces colegios de Médicos, que hubieran hecho la guerra al francés por motivos de competencia profesional; pero había en cambio latinistas pedantes e intransigentes. «No puedo yo —escribe el Padre Maestro— desvanecer esta simplicidad por más que representé a algunos caballeros encaprichados de ella la ninguna conducencia de la lengua latina para la práctica de la cirugía; añadiéndoles entre chanzas y veras que, en caso preciso, yo les pondría en latín lo que el cirujano dictase o escribiese en francés. Nada sirvió entonces mi consejo.» «Yo estoy tan lejos de apreciar la latinidad —añadía valientemente— en un cirujano, que antes la miro como circunstancia que justamente puede inducir a descartarle.» Pero la buena semilla siempre fructifica en lo grande como en lo pequeño, y en efecto, «pocos años después halló mejor disposición en los ánimos y fué traído aquí M. d'Elgar, donde hizo curaciones admiradas de todos.»[5].

Cito todo esto porque demuestra la novedad de las soluciones de Feijóo: son las mismas normas con que aun quisiéramos resolver algunos de nuestros problemas.

No obstante, cuida el benedictino de no confundir a estos técnicos extranjeros, a los que se debe invitar para que nos enseñen lo que no sabemos, con los charlatanes de otros paises que entonces acudían a España creyendo que su extranjería les daba por sí sola patente de competencia en un país de ignorantes [6].

Entre estos médicos trashumantes, Feijóo muestra especial aversión a los dentistas, aludiendo —y es posible que tuviera razón— a que las drogas que venden para limpiar los dientes acaban por dañarlos: «yo antes aconsejaría, escribe, a todos que los limpiasen (los dientes) frecuentemente con polvos de Jibia o con los de pan quemado o con sal común».

Nos interesa también dejar anotado el empeño, que reiteró con frecuencia, de que los médicos españoles aprendiesen óptica, sin la cual no es posible ejercer bien la oculística. Sin óptica, «los médicos y cirujanos no pueden

rias veces he visto y palpado. Uno de ellos, muy acreditado en el país donde vivía, siendo llamado de mí para curarme una pequeña luxación en un pie, me hizo estar tres meses cabales en la cama y otro mes más andar con gran tiento arrimado a un bastón» (*Teatro*, I, V. Apéndice 11). Y en otra ocasión: «Hoy le sucede a la música lo que a la cirugía. Así como cualquier sangrador de mediana habilidad, luego toma el nombre y ejercicio de cirujano, del mismo modo cualquier organista o violinista con razonable destreza se mete a compositor» (*Teatro*, I, XIV, 15). Seguramente Feijóo se inspiró para estos puntos de vista en Andry, en su comunicación de que dió cuenta el *Journal des Sçavants* del mismo año, en cuya reseña se lee: «Esa cirugía puramente mecánica, sólo cree lo que ve o lo que toca; pero hay otra cirugía razonada, cirugía médica, que poseen los cirujanos eminentes, los que no han olvidado la medicina»; palabras que debieran ser enseñadas a los cirujanos con más ahinco que las mismas técnicas querúrgicas; aun ahora.

[5] *Cartas*, V, XXIII, p. 42 y siguientes. Luego de ejercer un año en Oviedo, M. d'Elgar pasó a Santiago (*Cartas*, IV, IV, 15).

[6] Véase *Teatro*, I, V, 10: «A la vista de esto, es bien risible la candidez de los españoles, que viendo acá un médico francés, de los que allí tienen mediana reputación, piensan que han logrado un hombre capaz de revocar las almas del otro mundo.» Véase también *Cartas*, IV, IV (toda), en la que refiere que «algunos charlatanes, para engañar a los demás españoles, se fingen creyentes fervorosos, o bien moros», y un buen día se dejan bautizar, con una señora importante que sirve de madrina. De uno de estos vagabundos que hizo dicha treta en Oviedo, escribe: «Tengo bastante sospecha de que se había bautizado diferentes veces, en otras partes.» Es digna también de notarse, en la Carta que comentamos, la defensa que hace de la cultura de los médicos españoles frente a los extranjeros (*Cartas*, IV, IV, 6).

adquirir, sino un conocimiento muy limitado y confuso de materia tan vasta» [7]. Sobre este punto vuelve por lo largo con motivo de la consulta, ya comentada, que le hicieron de una lesión de la vista [8]. Pero al tocar este asunto con tanta perspicacia, escapó a Feijóo, gran catador de precursores gloriosos ibéricos, el conocimiento de que es a nuestra patria a quien se debe una de las primeras obras de óptica oculística, el famoso libro *Uso de los antojos* (anteojos) del Doctor Benito Daza Valdés, publicado nada menos que en 1623 y cuya trascendencia en la historia de esta rama de la medicina ha sido meritísimamente estudiada por el Doctor Márquez [9].

XXV.—Crítica del profesionalismo médico y del prestigio de los clínicos

Sus proyectos tuvieron inmediatamente poca eficacia, como ocurre casi siempre con las grandes innovaciones revolucionarias, que son semilla, no para hoy, sino para varias generaciones después. Feijóo lo sabía, y, por eso, a la vez que pensaba en el futuro, se ocupaba en fustigar al presente para activar su marcha, exagerando a veces los defectos y vicios de la actualidad. Y exageraba porque siempre que hay que amputar, se corta un poco más allá de la lesión, cometiendo por lo tanto una inevitable y necesaria injusticia con los tejidos inocentes. Y desgraciado del cirujano —o del revolucionario— que no lo hace así, porque si no, retoña el mal en seguida y con mayor violencia que antes.

Parte de esta actuación directa, un tanto cruda y violenta, fué dedicada a la crítica de los métodos de ejercer la medicina y de lograr la reputación profesional. Como se trata de notas dispersas en sus 13 tomos, queremos sintetizarlas aquí.

¿Por qué un médico se hace famoso? He aquí una pregunta que suscita uno de los fenómenos sociales de más difícil contestación. Teóricamente es sencillo responder: por que es bueno, porque sabe y porque tiene interés en aplicar bien a sus enfermos lo que sabe. Pero en la práctica falla, aquí como en tantas otras ocasiones, la teoría. Hay médicos muy sabios que no aciertan a curar, como aquel Juan Argenterio, que «fué tenido por un prodigio de saber y casi todos los enfermos que caían en sus manos morían o eran precipitados en otras enfermedades peores; de modo que llegó el caso de que nadie le buscaba» [1]. Todos hemos conocido muchos de estos argenterios. Pero, a su lado, hay doctores que nada saben, que se equivocan cada día y que sin embargo son tenidos por oráculos [2]. Y así existen todas las posibles variedades de la incongruencia entre el valor profesional y el valor social del médico. La explicación en el tipo medio de los casos es ésta: lo impor-

---

[7] *Teatro*, III, II, 26.

[8] *Cartas*, III, XVI.

[9] Véase la edición, que puede llamarse reveladora, de este gran documento de la medicina nacional, publicada por la Academia Nacional de Medicina, bajo la dirección del profesor M. Márquez [62]. El P. Feijóo se limita a citar en este asunto al P. Claudio Francisco de Chales. Más adelante copiaremos las cartas inéditas que demuestran su estudio y conocimiento sobre los anteojos. A propósito de los pretendidos «oculistas» que venían del extranjero a España, a practicar *in anima vili*, destrozando, mientras aprendían, los ojos hispánicos, véase *Cartas*, IV, IV, 15.

[1] *Teatro*, I, V, 26. Este Argenterio aparece en muchos escritos contra los médicos, de esta época y las anteriores.

[2] «Conozco un médico sumamente infeliz en pronosticar el progreso y éxito de las enfermedades. Es rarísima la vez que acierta; con todo, en el común del pueblo, es oído como un oráculo. En vano se le presentan las experiencias contrarias. Milagros hace en esta Facultad, un poco de maña y osadía; pero son milagros al revés de los de Cristo, porque ciegan a los que tienen vista, en vez de dar vista a los ciegos.» (*Teatro*, III, V, 19.)

tante para triunfar en la práctica profesional es un instinto peculiar, de táctica específica: no saber cosas que los demás no saben, sino «atinar con el *cuándo y el cómo* deben hacerse las cosas sabidas». «Este es el arcano máximo, don especial de Dios que vale más que todos los arcanos» [3]. Pero dentro de lo misterioso hay un elemento positivo, ponderable en esa facultad o inspiración innata: la observación exacta, numerosa, de los más pequeños síntomas del paciente, aun cuando «es verdad que también esta especie de observaciones pide genio y numen, sin cuya asistencia el médico más atento está expuesto a errar [4]. Esto es, el ojo clínico; que, por lo tanto, en realidad, se nos aparece como un producto de dos factores, uno involuntario, instintivo. ese numen indefinible; y otro, adquirido por la observación experimental, que, además de su directa eficacia, agudiza, a su vez, extraordinariamente la finura del instinto.

Y aun olvidó anotar nuestro monje otro elemento esencial para la eficacia de la actuación del médico, que es *la fe del médico mismo en su propia eficacia:* una suerte de autosugestión subconsciente que el gran clínico experimenta, y que, subconscientemente también, trasmite a sus enfermos. Muchas veces he insistido sobre este hecho que es el que nos explica, a fin de cuentas, que, a través de la historia, los inventores de remedios curen, en efecto, a muchos enfermos, mientras que los que vienen detrás, los que manejan el remedio sin la fe del inventor, no acierten a sacarle provecho alguno. Insuperablemente expone esto Keyserling: «Existe, sin duda, una fuerza curativa especial que poseen todos los grandes médicos; consiste aparentemente en el poder de exteriorizar esa fuerza regeneratriz que a cada instante repara los desperfectos de nuestro organismo. Esta fuerza la concentran unos en las manos»; «otros, en su voz, en su mirada, en su presencia general. Y estos médicos cargan de esta fuerza los remedios que emplean, ya sean productos químicos ya buenas palabras. No creo que en ningún caso verdaderamente grave (no hablo, claro es, de los casos quirúrgicos ni de las afecciones que se curan con un remedio banal) un médico que no sea curandero, en el sentido indicado, haya curado a un solo enfermo, a menos que éste se curase también sin su ayuda. Jamás he oído hablar de médicos de grandes éxitos que no estuvieran poseídos del ferviente deseo de curar» [5]. Esto es exactísimo. Lo importante, en la práctica, es no confundir a este curandero subconsciente y eficaz con el consciente y de mala fe, que, aparte de su inmoralidad, tiene una eficacia limitadísima. No hay por qué decir que este poder curativo que nace de un hondo deseo del médico y por lo tanto de su fe, es compatible con un racional escepticismo de la ciencia médica. Este es el caso de todos los grandes médicos, a la vez creyentes en sí mismos y poseídos de una duda racional sobre la medicina. Aquellos otros que todo lo creen no son más que simples de espíritu. Feijóo, escéptico profesional, creía tanto en su propia eficacia y en un número limitado pero estricto de ideas, que se pudo envanecer, con razón, de haber curado a muchos enfermos. Y, como hemos visto, con estilo de gran doctor.

Pero fuera de la efectiva eficacia del médico hay otros factores que influyen en su prestigio. Todos son agudamente analizados por Feijóo. El principal

---

[3] *Teatro,* III, II, 44.

[4] *Teatro,* VIII, X, 193. Decía esto Feijóo hablando de sí mismo, atribuyéndose, pues, con vanidad, pero probablemente con razón, la posesión de este ojo clínico. En otro lugar hace también una excelente descripción de esa natural facultad: «El discernir en los lances ocurrentes cuando conviene usar de tal o tal remedio, depende, no sólo de reglas estudiadas, pero aun más de cierta delicadeza del juicio, cierta perspicacia genial que no puede explicarse en preceptos ni trasladarse al papel. El que careciere de esta penetración nativa, nunca será buen médico, aunque tenga de memoria todos los mejores autores y medicinas; porque aquella indispensable prenda ni se adquiere ni se suple con el estudio.» (*Cartas,* I, XIV, 3.)

[5] Keyserling ([107], p. 24).

es que «son con grandísimo exceso más numerosas las enfermedades leves para las que se llama al médico que las grave; de aquéllas todos convalecen, por más que el médico yerre; y en muchas de las graves hay enfermos que resisten la fuerza de la dolencia y el abuso de la medicina» [6]. La estadística de curaciones, por empecatado que sea el doctor, es, pues, invariablemente favorable a éste.

Influye, además, en el prestigio del galeno, el que éste alcance a serlo de los ricos del lugar; ello basta para que los demás vecinos, neciamente, le consideren como el mejor [7]; más aún, si ingresa en el protomedicato de la real familia. Y en esta creación arbitraria de la fama, de mecanismo puramente social, tienen especial intervención «las madamas», «mayormente las casadas, porque por advertido o discreto que sea el marido, que quiera éste que no quiera, la elección de médico ha de correr por cuenta de ellas». Debe leerse toda esta pintoresca página que demuestra que cuando el buen monje entraba en una casa su mirada socarrona no dejaba rincón de las almas por registrar [8].

A esta serie pertenecen, asimismo, sus notas agudísimas *sobre los arbitrios de que usan los médicos para disimular los fracasos.* Muchas veces, cuando la enfermedad empeora después de la droga recetada, el doctor arguye «que con la oportuna aplicación de los remedios se descubrió al enemigo que estaba oculto, se le sacó de la emboscada donde era inexpugnable a campo raso»; «y es tal la ceguera de los hombres, que con esta trampa entran en mayor confianza» [9]. En otras ocasiones, el doctor, al ver que el paciente se agrava, sentencia «que no puede menos de haberse cometido un exceso del que él no tiene noticia», y «entonces ha de pasar indispensablemente por exceso, si no hay otra cosa más abultada de que echar mano, cualquier fruslería ridícula de que den noticia los asistentes, como enjuagar la boca, mudar la camisa, sacar un brazo fuera de las sábanas, cortar las uñas, etc.) [10].

También apelan los galenos, para eludir el equivocarse en el grave punto de la predicción del día de la crisis, al recurso de considerar el comienzo de la dolencia, y por lo tanto el cómputo de los días críticos, con criterios muy elásticos ya «desde el primer asomo de la enfermedad», «ya desde que la lesión es bien sensible o manifiestamente perceptible la fiebre», «ya desde que el enfermo, no pudiendo resistir en pie la dolencia, se rinde a la cama» [11]. De este modo acaban por tener siempre razón. Por lo demás, Feijóo atacó la doctrina de los días críticos, tan corriente en su época, que aun teniendo un fondo de

---

[6] *Teatro,* V, V, 14. También desarrolla este tema en *Teatro,* V, XI, 44 y siguientes.

[7] *Cartas,* XI, 23.

[8] *Cartas,* XI, 25.

[9] *Cartas,* III, VI, 12 y siguientes. Feijóo dice que antes que él descubrió esta trampa Lucas Tozzi. Agrega, con gran exactitud, que lo peor no es cuando el médico argumenta así de mala fe, sino cuando cree con toda honradez que, en efecto, hay que descubrir al enemigo a fuerza de medicinas.

[10] *Teatro,* IV, III, 41. Cuéntase de un famoso comadrón de una ciudad española que conquistó gran fama a pesar de sus escasos conocimientos, que después de haber asistido a una señora joven en su parto se fué de la casa dándola por buena; pero a las dos horas le llamaron precipitadamente, porque la recién parida había muerto de súbito. Entró en la casa, entre la dolorosa indignación de la familia y conocidos, y con gran serenidad preguntó lo que había hecho la pobre mujer después de su visita. Dijéronle que nada. «Ni siquiera se incorporó —añadió uno de los presentes— para beber una taza de manzanilla que había pedido.» Al oír lo cual, el médico exclamó: «¡Manzanilla a una parturienta: ahora se explica todo!» Lo curioso de esta historia es que todos creyeron la explicación del galeno, y no padeció su reputación.

[11] *Teatro,* II, X, 10.

verdad para algunas enfermedades, había sido exagerada por los médicos, demasiado afectos a la doctrina hipocrática [12].

Descubre aún otras trampas de los doctores, como las que llamaba *colusiones industriosas entre médicos y boticarios:* regalos que éstos hacen a aquéllos «cuando hacen mucho gasto en sus oficinas»; o conciertos entre unos y otros sobre supuestos remedios secretos que el doctor prescribe y envía a comprar a tal botica que tiene la exclusiva de expenderlo, con buena cuenta y razón para ambos. A esta página de la picaresca médicomarfacéutica le pone este valiente colofón: «Dígolo porque lo sé y porque importa que llegue a noticias de todo el mundo esta verdad» [13]. Verdad que nos permite, por otra parte, afirmar —comparando aquéllo con lo de ahora— que los médicos han progresado en España aún más por el camino de la ética que por el de la ciencia.

Su observación frecuente de las interioridades de nuestra profesión le proporcionó aún otros detalles de gran realismo y perenne actualidad, como «la falta de valor del médico modesto para sufrir o resistir en las consultas la insolencia y dicacidad de otro, que es vocinglero y osado y se sale con lo que quiere y el pobre enfermo lo paga» [14]. O como la intromisión de los amigos del paciente que, sin saber nada, se meten a aconsejar y a resolver sobre puntos que el médico más instruído apenas se atreve a tocar, perturbando el plan y comprometiendo la curación [15]. Pero, anotamos nosotros, el propio Feijóo era singularmente aficionado, como ya hemos visto, a realizar estas intromisones profesionales que tan rudamente censuraba a los demás.

Con tales trazos de aguafuerte pintó el benedictino las intimidades de la profesión. Y esto debió irritar a los médicos más aún que las invectivas nada suaves contra su dogmatismo y escasez de ciencia. Ya las hemos recordado y no las repetiremos ahora. Queremos sólo añadir la peregrina argumentación que hizo, ya al final de su vida, para mortificar a nuestra Facultad: «Del cuerpo de todos los médicos de un país —decía— se escogen los mejores para cuidar la salud de los reyes; estos máximos doctores ponen un interés excepcional en su egregia comisión: sin embargo, la mortalidad entre emperadores, reyes, príncipes e infantes es espantosa y apenas hay monarca que haya llegado a viejo. Así, pues, si esto ocurre en las óptimas condiciones del ejercicio profesional, ¿qué será en los infelices que no son reyes ni nobles y están en manos de médicos poco cuidadosos?» [16]. Es ingenioso; pero olvidaba nuestro monje, de una parte, la escasa vitalidad de las familias reinantes, y de otra, la tradicional ineficacia con que actuaban, maniatados por la etiqueta y el artificio palatino, los médicos reales.

Esta es la sistemática de las ideas feijonianas sobre la medicina. Pero aún nos queda hablar de otros asuntos de medicina pura o de biología médica que ocuparon su atención y que no hemos mencionado hasta ahora. En muchos de ellos demuestra extraordinaria capacidad clínica y certero instinto experimental. Los comentaremos muy brevemente.

---

[12] Véase el Discurso citado (*Teatro*, II, X), y *Cartas*, V, IX, 17. El doctor Solano de Luque fué también ardiente impugnador de la doctrina de los días críticos, y éste debió ser otro de los motivos del entusiasmo que sintió hacia él nuestro benedictino.

[13] *Cartas*, V, XXI, 43 y siguientes. Toda esta carta es una de las más terribles que escribió contra los médicos.

[14] *Teatro*, IV, III, 27.

[15] Pintorescamente describe este trance: «Cuántas veces he visto a médicos muy advertidos hallarse sumamente perplejos sobre lo que debían ordenar y al mismo tiempo mil Don Teruleques cortar, rajar, hender, decidir con suprema satisfacción sobre el remedio que convenía prescribir.» (*Teatro*, VII, X, 94.)

[16] *Cartas*, V, XXI, 30 y siguientes.

XXVI.—IDEAS DE FEIJÓO SOBRE LAS INFECCIONES Y OTROS PROBLEMAS PATOLÓGICOS

Le preocupaba mucho *la teoría de la infección.* Sobreponiéndose a las ideas reinantes entonces del contagio por emanaciones, le interesó la sugestión de Paulino, que en 1704 supuso que estas enfermedades se deben a «insectos que pasan de unos cuerpos a otros, en los cuales, por medio de la propagación, aumentan su número» [1]. Salvo el error de la palabra «insectos», a la que Feijóo añadió el adjetivo «minutísimos», es ésta la teoría microbiana actual [2]; y el Padre, con certera visión, la defiende y desarrolla más adelante [3]. Estudió con gran tino la tesis de que la septicemia grave (putrefacción de la sangre) es mortal [4]. Hace constar la desaparición gradual de muchas enfermedades infecciosas a medida que la humanidad progresa [5]. No estuvo, en cambio, certero al poner en duda la inmunidad que sigue a muchas infecciones, aunque reconocía que en algunas, por ejemplo en el tabardillo (tifus exantemático actual), en el enfermo queda por algún tiempo libre de volverle a padecer [6].

He aquí ahora una serie de observaciones o conjeturas teóricas de orden clínico:

Encarecimiento de la frecuencia e importancia de las *inflamaciones internas,* como origen de las enfermedades, a las que los médicos no prestan atención [7]. Tienen estos párrafos ideas en las que se vislumbran las concepciones de la medicina inflamatoria del siglo XIX.

No todas las *diarreas* tienen el mismo *significado;* y es grave error de los médicos juzgarlas y tratarlas con un criterio común [8]. Está llena la demostración de esta máxima de razones clínicas directas y clarísimas.

Hablando del régimen alimenticio escribe esta frase: «Las túnicas del estómago quedan entregadas, como presa, a la acrimonia de un ácido que había de emplear su voracidad en el alimento» [9]. Aparte de su belleza y exactitud, contienen estas palabras el concepto, aceptado muchos años después, de que el jugo gástrico sobrante del que requieren los alimentos, pueda corroer la pared gástrica y originar la *úlcera de este órgano.*

Señala claramente la importancia de lo que hoy llamamos *traumatismos fisiológicos,* esto es, los producidos por la reiteración abusiva del ejercicio físico, para la fijación de las afecciones reumáticas o gotosas en esas articulaciones cansadas [10].

Combate *la doctrina del flujo cerebral,* entonces corriente, demostrando con excelentes razones anatómicas, que no es posible que un determinado humor se acumule en la cabeza y salga luego al exterior [11]. Es aún más sorprendente el buen sentido de estos argumentos en quien apenas poseía, como ya sabemos, conocimientos anatómicos.

Analiza un *caso de histerismo* indudable, en una mujer de Malpartida, probablemente bociosa, pues, según dice, tenía «un tumor en la garganta», y

[1] *Teatro,* VII, I, 36 y siguientes.
[2] Feijóo empleaba con imprecisión notoria la palabra insecto. En otro lugar llama insectos a las ranas.
[3] *Teatro,* VIII, X, 194.
[4] *Teatro,* VIII, X, 42.
[5] *Teatro,* I, XII, 19.
[6] *Cartas,* IV, XI.
[7] *Teatro,* VIII, X, 59.
[8] *Teatro,* VIII, X, 49.
[9] *Teatro,* I, VI, 23.
[10] *Teatro,* VIII, X, 11.
[11] *Teatro,* V, XI, 79 y siguientes.

es aquél un país donde entonces había bocio, y aún queda algo. Esta mujer tuvo accesos de hipo y estuvo mucho tiempo casi sin comer. Hace una teoría inaceptable para explicar estos casos de ayuno. El mismo reconoció prudentemente su poco valor [12].

Llama la atención sobre el problema, ya planteado por Hipócrates, de que *una fiebre puede curar a otras enfermedades* [13]. Es sabido que este método —la piroterapia— es una de las más interesantes ramas de la terapéutica actual.

Con gran perspicacia señala cuáles son *los signos de la convalecencia verdadera:* «apetito vivo de la comida, ánimo alegre y continuado aumento de fuerzas». Si se perciben estas circunstancias no hay que temer recaída [14].

Anota *la influencia del trabajo sobre el sueño.* La mayoría de los casos de insomnio se dan en gentes que nada hacen durante la jornada. «El rico —escribe hermosamente—, cómo sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con impaciente inquietud da mil vueltas en la cama; de modo que se puede decir que el pobre trabaja de día y el rico de noche» [15].

Impugna la teoría de la *Intoxicación intestinal*, que tanto se ha discutido hasta nuestros tiempos [16].

Al hablar de las causas del amor, sugiere claramente *la teoría hormonal* o endocrina, uno de los aspectos más nuevos y admirables de la ciencia actual. Quiero copiar por completo estas palabras, que yo, particularmente devoto de la endocrinología, leo siempre con emoción: «En la sangre han observado los modernos partes terrestres, acuosas, oleosas, espirituosas o salinas. Acaso el predominio o exceso respectivo de las oleosas conducirá para el amor. La inflamabilidad y flexibilidad de ellas representa a la imaginación cierta especie de analogía con aquel blando fuego que siente el pecho en la pasión amorosa. Acaso alguna determinada especie de sales, o determinada combinación de sales diferentes (puesto que hay muchos y diversos en la sangre y discrepantes en distintos individuos) mordicando suavemente el corazón tiene su parte en la sensación del amor» [17]. Es decir, con toda claridad indica el gran escritor que la distinta abundancia, proporción y mezcla de las substancias químicas que circulan por la sangre, puede actuar sobre el organismo, produciendo las pasiones. Todos los puntos de vista modernos sobre el papel de las secreciones internas en la emoción y en los actos intelectuales está, como en embrión, en estas palabras memorables [18].

Refiere el caso de un muchacho *gigante*, del valle de Lemos. Murió pronto, antes de haberle podido presentar al rey [19]. Feijóo no creía —contra el común pensar de entonces— en los gigantes fabulosos [20]; pero sí en estos de la patología humana. Tampoco creía en los pigmeos mitológicos [21]; pero sí en los enanos de la realidad [22].

[12] *Cartas*, III, XVIII. Probablemente el hipo se debió a acidosis por inanición.

[13] *Teatro*, VIII, X, 21. Hay toda una doctrina, hoy admitida, de curación de unas enfermedades por otras: véase E. Netter [166-A].

[14] *Teatro*, VIII, X, 29.

[15] *Teatro*, I, III, 27.

[16] *Cartas*, III, IX, 3.

[17] *Teatro*, VII, XV, 60.

[18] Véase un resumen de esta cuestión en mi libro [131].

[19] *Teatro*, I, XII, 32. Uno de los más desagradables cometidos del oficio de monarca debía ser este de ver desfilar ante sus ojos a todos los monstruos del reino. No hay historia antigua de ser deforme que no refiera la presentación del mismo al rey. También en el caso de precocidad del desarrollo que refiere Martínez Salafranca, y más abajo citaremos, hubo esta presentación. Yo he publicado el caso de una pobre mujer, fabulosamente obesa, que gozó antes de morir la misma exhibición egregia [142].

[20] *Teatro*, V, I, 32.

[21] Véase [54], 5 y [77].

[22] Sobre los gigantes y pigmeos escribió una curiosa enumeración, mucho más completa que la de Feijóo, Roxo [196-A], incluyendo no sólo los casos de la fábula, sino algunos

Describe un monstruo de la Villa de San Leonardo que, sin duda, era un caso del estado que hoy conocemos tan bien con el nombre de *virilismo precoz*, producido por una hipertrofia de la corteza de las glándulas suprarrenales [23]. Insiste justamente sobre el mal pronóstico de estos niños en apariencia robustos. Cita algunos casos más, semejantes, recogidos en la literatura de la época, olvidando uno muy parecido publicado por Martínez Salafranca [24], tomado de H. Schrey. En esta carta habla también de la mujer silvestre de los pinares de Soria, velluda y sospechada de haber sido parida por una vaca, que considera como legendaria.

XXVII.—Ideas sobre la Teratología, la muerte aparente, la Higiene y los problemas de la Psicología sexual

La Teratología, por lo que tiene de fantástica y descomunal, interesó también a nuestro fraile, que hace en sus escritos alusión frecuente a casos de monstruos, como *el niño con dos cabezas*, de Medina Sidonia [1], que, en realidad, le apasionó por el problema teológico de si el bautizo en una de las dos testas, que hubo de hacer de urgencia, cuando emergía del vientre materno, afectaba a los dos fetos o sólo al bautizado: él se inclinaba por esto último. En otro lugar alude a un *monstruo acéfalo* [2]. Describe detalladamente *una criatura humana hallada poco ha en el vientre de una cabra*; este prodigio ocurrió en Fernán-Caballero, pero la descripción que le enviaron del pueblo manchego, y que el fraile copia integramente, está llena de hipérbole lugareña: era, sin duda, un feto de cabra más o menos anormal [3]. Feijóo, propenso, como sabemos, a admitir la cópula fecunda de

comprobados por él, como el gigantesco esqueleto que apareció enterrado en una gran caja de plomo en el campo de Gibraltar, y el obispo pigmeo, que conoció en Palacio un día en que, «anegado en las procelosas olas del pretendiente», hacía paciente antesala esperando «llegar al puerto de una remuneración». Uno de los casos que discute con mayor minucia es el de Adán; pues un día estando de sobremesa, en Sevilla, don Felipe V con su hijo, el futuro Fernando VI, y los cortesanos de rigor, se planteó el problema de si nuestro común padre fué de tamaño corriente o, como otros pretendían, de colosal talla; algunos, en el calor de la discusión —y quién sabe si también del vino sevillano— llegaron a afirmar que la altura del primer hombre alcanzó «a una o dos leguas». Roxo se muestra inclinado a admitir la corpulencia adánica dado su «fuerza coactiva, directiva y dominativa sobre todos los animales». Examina asimismo a qué especie zoológica pertenecía la serpiente del Paraíso, porque también se trató de este punto en la regia sobremesa; nuestro autor parece inclinarse a que no fué el basilisco ni la culebra citalis, sino la scithala, «serpezuela enemiga del hombre y muy hermosa». Finalmente, estudia el tercer punto de la polémica: cuál fué la fruta que mordió incautamente Adán; se inclina a la bellota. Afirma que Eva paría a la vez varón y hembra, porque usaba de la infusión de yerba draganthea. Así eran casi todos los libros populares de entonces: de ellos emerge —como entre la niebla una cima que ilumina el sol— la obra de Feijóo.

[23] *Cartas*, I, XXXV.

[24] Martínez Salafranca ([152], p. 114). Feijóo no cita este centón de casos raros y problemas parecidos —y a veces idénticos— a los que él comentó. Se trata, por otra parte, de un libro muy mediocre. Sólo se publicó este tomo y el siguiente; el tercero y cuarto quedaron inéditos. Es sabido que el autor colaboró después, con categoría muy principal, en el *Diario de los Literatos de España*. Este *Diario* sí que fué consultado por el benedictino: entre los libros suyos que se conservan en el monasterio de Samos he visto un ejemplar. Martínez Salafranca intervino en las polémicas feijonianas a propósito del Discurso *Defensa de las Mujeres*, replicando a la intervención que hizo sobre este tema Laurencio Manco de Olivares [126]. Es un papel, por cierto, sin ningún interés; a él contestó con otro, aún menos gracioso, Don Tiburcio Cascajales [47-A], sin duda seudónimo de cualquier majadero.

[1] *Cartas*, I, VI.

[2] *Teatro*, V, IX, 26.

[3] *Cartas*, III, XXXIII. Esta carta fué impugnada por el P. Rodríguez [193].

hombres con animales, tuvo este caso como posible y como engendrado en un acto de bestialidad. Se refiere también, con grandes ponderaciones, a un *corazón humano con tres ventrículos* [4]. Y muchos casos más que anota de pasada en sus *Cartas* y *Discursos*, y que no es pertinente reproducir. No olvidemos, por lo extraordinaria, la *historia del célebre Sotillo*, madrileño de fuerza tan fabulosa que derribó a un toro de una puñada y realizó otras proezas del mismo calibre [5].

Se ocupó también [6] de los supuestos casos de *mujeres ponedoras de huevos*, como las gallinas; y advierte que no son tales huevos, sino formaciones patológicas, hidatiformes, que simulan aquél.

Como un pequeño ensayo de medicina histórica, anotaremos sus dudas *sobre si las llagas de Job fueron de naturaleza sifilítica*; claro que se apresura a añadir que en todo caso la infección no fué «contraída por vicio personal, muy ajeno a la virtud de aquel justo, sino comunicada por herencia» [7]. También alude a que San Joaquín pudo haber sido impotente.

El Padre Feijóo no temía a la muerte, porque tenía tranquila su conciencia. Sabía bien, como lo saben los hombres dignos de este nombre, que el temor a morir es uno de los instintos más eficaces de la vida; pero que, como trance inevitable de la carne, es más dulce de lo que cree la mayoría de la humanidad. Lo terrible es la duda en el más allá. Pero si este problema está previamente resuelto por la fe, la imagen de la Muerte es mucho menos dolorosa que ese fantasma siniestro, con la mueca terrible de la calavera y la segur sobre el hombro descarnado [8]. Mas, en cambio, nuestro gran escritor sintió, como otros tantos hombres, la obsesión de *ser enterrado vivo*, el temor de que se le creyese muerto sin estarlo, sufriendo la terrible agonía de verse morir después de cerrar su tumba. Dedicó varios de sus escritos a referir casos de este género y a comentar los signos propuestos para evitar el fatal engaño, con la consiguiente tragedia física del cuerpo y la posible condenación del alma desesperada [9].

No creía ni en la mancha cadavérica, ni en el olor de putrefacción. Propugnaba como índice más cierto la total frialdad del cuerpo [10]. Con motivo de un supuesto enterramiento en vivo, acaecido en Pontevedra, escribe otra carta, en la que, con visible angustia subjetiva, recomienda que no se entierre a nadie antes de los tres días, dando recetas para evitar el hedor del muerto. «No hay lágrimas —escribe— que basten a llorar dignamente la impericia de los médicos, a quienes son consiguientes tales calamidades. Horroriza la

---

[4] *Teatro*, I, III, 28.

[5] *Teatro*, I, XII, 13. En nuestros tiempos hemos conocido a un nuevo Sotillo, vasco, que derribó, no con el puño, sino con la cabeza, a un torete de tres años, cierto que ya herido, en una plaza de toros, ante multitud de espectadores.

[6] *Cartas*, III, XXXIII, 33 y 47.

[7] *Cartas*, V, XXI, 47. El problema, un tanto pueril, de cuál fué la enfermedad de Job ha sido muy discutido por gentes, al parecer, sin grandes quehaceres. La creencia de que las llagas del patriarca eran de naturaleza sifilítica se relaciona con el hecho de que, desde antiguo, haya sido considerado como patrón de estos enfermos. Por entonces —ya no, por fortuna— la sífilis producía terribles heridas penosamente curables, que recuerdan a las que el texto bíblico describe en el cuerpo de Job; pero también a cualesquiera otras. La prueba es que Bartholin diagnosticó al paciente anciano de doce enfermedades, y el P. Pineda, jesuíta, de treinta y dos, según dice Cabanés; el cual, también gratuitamente, desecha todas ellas y califica las úlceras de Job de escorbúticas [37].

[8] Véase la bellísima Paradoja XI del *Teatro*, VI, titulada *La muerte, por lo que es en sí misma, no se debe temer.*

[9] En los libros de moral persisten aún los puntos de vista del P. Feijóo sobre este problema. Es de consulta actual en muchos seminarios el estudio del P. Ferreras *La muerte real y la muerte aparente*, traducido al alemán, francés, inglés, italiano, húngaro y portugués, en el que aluden muchos textos del benedictino.

[10] *Teatro*, V, VI, 25, 26, 27.

tragedia y horroriza la ignorancia que la ocasiona»[11]. Conforme su vejez avanza, crece su pavor: a los setenta y nueve años redacta una nueva *Carta* «Contra el abuso de acelerar más que conviene los entierros»[12], refiriendo otros casos recientes de enterramiento prematuro. De uno de ellos tuvo la culpa el cura, y le apostrofa así: «¿No merecía el cura, por estúpido —y qué sé yo si la codicia, que todo cabe en esa bajísima pasión, tuvo más parte en ello que la estupidez—, ser privado del curato y aun del sacerdocio?» Claramente rezuma lo subjetivo de su afán: «No extrañe V. S. I. que me detenga tanto en estas reflexiones: arrebatada la imaginación ya del terror que me inspira el objeto, ya del ardiente amor del prójimo, *y aun mío propio,* que poderosamente me inclina a alejar cuanto pueda tan enorme daño.» Y, finalmente, a los ochenta y cuatro años, revela de nuevo su creciente preocupación publicando el «descubrimiento de un nuevo remedio para el recobro de los que aun estando vivos, o en los casos en que se puede dudar si lo están, tienen todas las apariencias de muertos»[13]. El remedio, inspirado en el caso de un muerto aparente que llevaban a enterrar y que volvió a su ser al caerle en la cara el chorro de agua de un tejado (ocurría el entierro en Avilés, donde llueve de firme), es inocente: consiste, sencillamente, en repetir esta experiencia arrojando «con vigoroso impulso» mucha agua y muy fría sobre el rostro del presunto cadáver.

Ha sido, como he dicho, este pavor al sepelio anticipado, preocupación eterna de la humanidad, y aun hoy lo es no sólo entre el vulgo, sino también entre los hombres de ciencia[14]. El ejemplar que yo manejo de las obras de Feijóo fué leído antes por uno de estos temerosos, y su lápiz ha subrayado nerviosomente los relatos terroríficos del benedictino. Es evidente, no obstante, que tales casos de falsa defunción son mucho más raros de lo que suele creerse. En tiempo de Feijóo, la imaginación de las gentes estaba, acerca de este punto, exaltada por las historias no excepcionales de ahorcados que se reponían y resucitaban después que el verdugo daba por terminada su faena[15]. Pero casi todas las observaciones que relató Feijóo puede asegurarse que eran de muerte efectiva, incluso aquella en que injustamente acusó al pobre cura como autor del error presunto. La multiplicación de las historias de estos enterramientos debió ser obra de sugestión, que los mismos relatos del leído y popular benedictino contribuyeron sin duda a difundir. Hoy, ciertos accidentes industriales (electricidad, explosión de mo-

---

[11] *Cartas,* I, VIII.
[12] *Cartas,* IV, XIV.
[13] *Cartas,* V, XVIII.
[14] En la época de Feijóo, y tal vez por la influencia de sus mismos escritos, alcanzó grandes proporciones esta preocupación. Torres de Villarroel se ocupó del asunto a propósito de un caso célebre del Hospital General de Madrid [215]. Habla este autor del suceso con su desenfado habitual e impertinente, tratando de demostrar que no se trataba de un caso milagroso, como se corrió por Madrid, sino de fenómenos explicables por la constitución del difunto, que era un cadete de Guardias de Corps, cuyo cadáver sudó durante varios días. Es difícil explicarnos hoy este sudor de un muerto, y hemos de atribuirlo a fantasía de la gente; no puede sorprendernos a los que hemos visto reacciones semejantes de familias y allegados, ante cadáveres auténticos, a los que veían mover los ojos, respirar, cambiar de postura, etc. Consignemos como dato curioso de esta preocupación en los años de Feijóo que uno de los casos de supuesta muerte que éste refiere, el tercero de la Carta XIV del tomo IV de *Cartas,* sudaba también: «la mujer, al tiempo que trataban de llevarle (al marido) a la sepultura, reparó que *estaba sudando,* y aun llegando a tocar el cuerpo, le reconoció algo caliente». Abundan en la literatura de aquel tiempo los escritos sobre la materia. En la Biblioteca Nacional he leído una curiosa *Disertación sobre muertes aparentes* (ms. 20.243) copia de un opúsculo «distribuído en Londres en 1791» en el que se describen muchos remedios y consejos para evitar el terrible accidente. Entre las publicaciones ulteriores citaremos la de Bouchout, importante por su gran casuística [31]. Más recientemente, véase el libro de Bruns y Thiel [33-A], que hice yo traducir al castellano.

tores, explosiones en las minas, etc.), proporcionan bastantes casos de muerte aparente; pero es casi imposible desconocerla y consumar el trágico enterramiento.

La higiene personal y colectiva inspiró a nuestro polígrafo agudos comentarios y experiencias. Anteriormente hemos referido su exacto, y para sus tiempos atrevidísimo, criterio sobre la influencia de la baja temperatura de las habitaciones —y no de la calle— en la producción de los enfriamientos.

Predicó la utilidad de *ventilar bien las cosas y de mudarse frecuentemente la ropa*, sobre todo la interior; contra los bárbaros usos del buen español, que propende a menudear poco estos cambios [16].

En el *dormir*, aconsejaba atenerse a la pauta natural; no hay ración fija de sueño; el hombre, si es normal, se despierta cuando debe. Defiende con entusiasmo la siesta —«el sueño meridiano», la llama—, arguyendo con el ejemplo de lo bien que le sentaba a él [17].

Hace notar *la evidente falta de congruencia que hay entre el estado aparente de la salud y la vitalidad*, punto que yo también he predicado tanto. «Muchos sujetos enfermizos viven largamente, y algunos robustísimos mueren en la flor de la edad» [18]. Sin embargo, su experiencia de 22 casos le permite afirmar que estos hombres robustos dados «al vicio de la glotonería y de la crápula», no mueren repentinamente, como suele creerse, con mayor frecuencia que los sobrios [19].

De gran interés es su alegato en pro de la *construcción de hospicios* donde recoger a los vagabundos. Mucho debió influir este escrito en las disposiciones admirables que a este respecto tomó el Gobierno de Floridablanca, años después, verdaderos modelos de policía de las costumbres españolas, propensas al vagar, que aún hoy sería de candente eficacia [20].

---

[15] No puedo resistir al deseo de copiar aquí la anécdota que a este propósito refiere Feijóo, tomada de Segrais: un ahorcado, después del suplicio, presentó señales sospechosas de no estar muerto, por lo que fué trasladado a una casa próxima, poniéndole guardias de vista. «Los guardias, por no estar ociosos, echaron mano de la baraja para ocupar aquel rato. Estando jugando ellos, volvió en sí el ahorcado, el cual, como tenía aún la imaginación llena de las cosas que le había dicho el confesor en aquel trance, de las cuales una era que luego que saliese de esta vida entraría en la eterna bienaventuranza, al punto que revino del deliquio, creyó estar ya en el cielo, aunque le sorprendió ver jugar a los guardias, extrañado que en el cielo hubiese juego de naipes» (*Teatro*, V, VI, 17, nota (a).

[16] *Teatro*, I, VI, 35 y siguientes.

[17] *Teatro*, I, VI, 30.

[18] *Teatro*, I, VII, 15-16, y *Teatro*, V, V, 26.

[19] *Cartas*, V, XXIX, adición.

[20] *Cartas*, III, XXVI, todo. Véase también el ya citado discurso sobre los holgazanes; hermosa apología del trabajo, como remedio de los males del individuo y de la sociedad (*Teatro*, VIII, XIII). Conviene advertir que la lucha contra la plaga nacional de hampones y explotadores de la caridad era preocupación antigua de los gobernantes y sociólogos españoles. Ya hemos recordado los proyectos del Marqués de la Victoria [225]; pero hubo otros muchos más. Feijóo no los cita en sus escritos, ni aun los que alcanzaron celebridad, como el famoso memorial a Felipe II, de Pérez Herrera [179-A], médico que fué de las galeras, conocedor, por tanto, insuperable de las mañas de la chusma y truhanería hispánicas. En su tiempo había hasta 80.000 mendigos, casi todos de industria, en Castilla; y en los de Feijóo debía ser mayor su número, pues era más grave la pobreza; muchos explotaban la candidez de las buenas almas bajo el hábito de los peregrinos; y como un paso obligado para Compostela era Asturias, el benedictino los pudo conocer bien y descubrir sus tretas con valentía (*Teatro*, IV, V): contra ellos se dictaron Reales Cédulas en 1777 y en 1778 (véase Ferrer del Río [83-A], IV, 87). Entre las medidas más interesantes de este período magnífico del gobierno interior de España figuran las que regulaban y legalizaban la vida de los gitanos (Ibid, IV, 71) porque demuestran hasta qué punto de conocimiento de la entraña ibérica llegaron —contra su secular costumbre— los políticos de aquella era excepcional. De los gitanos se había ocupado por lo largo Feijóo (*Teatro*, II, III, 8 y siguientes y *Cartas*, III, I, 7). También Sarmiento [200-B].

De la fisiología y la psicología sexual se ocupó también y, por lo común, con gran acierto. He aquí algunas notas:

Considera que el temperamento sexual de la mujer es mucho más templado que el del hombre. Si algunas tienen sus deseos exaltados, es «porque sus propios excesos las hicieron enfermizas». Es admirable todo este Discurso [21]. Sus razones concuerdan con puntos de vista que nosotros consideramos esenciales para la comprensión de la vida de los sexos, cuya mecánica normal se funda, en gran parte, en esta categoría, menos impetuosa, de la líbido femenina [22].

De acuerdo también con otros puntos de vista que nos son muy gratos, establece esta diferencia entre hombres y mujeres: «las calidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas mejor a sí mismas las prendas en que exceden los hombres, los constituye en mejores y más útiles para los pueblos» [23]. He aquí, insuperablemente expresado, el sentido individual, conservador (en cierto modo, egoísta), de la actividad femenina, frente al sentido social, altruista, de la actividad varonil, que, para nosotros, es fundamental en la diferenciación de uno y otro sexo [24].

Defiende también, siguiendo a Bacon, «que están reputados los hombres de genio amatorio por pueriles y afeminados» [25]; como nosotros —y perdónesenos el continuado parangón— hemos sostenido en nuestros estudios sobre el espíritu donjuanesco [26].

La mujer tiene, sobre todo en los asuntos sexuales, una tendencia instintiva, según Feijóo, a ocultar sus desdichas: prefiere morir de dolor a hacer públicos los agravios amorosos [27]. Esta firmeza en guardar el secreto es bien contraria a la creencia vulgar, que tiene a las mujeres por irrefrenables habladoras [28]. «De mujeres —dice— a quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles (en el tormento) son infinitos los ejemplos» [29]. Plinio pensaba igual, y decía que para que una mujer revelase sus secretos era preciso acudir al arte mágico y aplicar sobre su pecho, mientras dormía, el corazón de ciertas aves. También lo creo yo así, aunque sin tan poética magia. Las mujeres hablan, en efecto, mucho, cuando no tienen que contar más que nimiedades; pero sus grandes preocupaciones están mucho más hondas y recónditas ante la curiosidad del prójimo que las de los hombres de más hermética apariencia.

El pudor es también en la mujer sentimiento mucho más enérgico que en el hombre. Feijóo cuenta esto para corroborarlo: «Oí decir a persona que había asistido a semejantes actos (el tormento del potro; se lo contaba, sin duda, algún inquisidor), que siendo muchas más mujeres que confiesan al querer desnudarlas para la ejecución, son rarísimas las que después de pasar este martirio de su pudor se rinden a la violencia del cordel» [30]. Ya Plinio decía que era tanta la fuerza de este pudor que los cadáveres de las mujeres ahogadas flotan siempre boca abajo: lo cual no es cierto; pero es bonito, como tantas otras mentiras del viejo naturalista.

Defiende las ventajas de la castidad, no sólo con razones religiosas, que en

---

21 *Teatro*, I, II.
22 Véase mi libro [132].
23 *Teatro*, I, XVI, 32.
24 Véase mi libro [141].
25 *Teatro*, VII, XV, 62 y 63.
26 Marañón [130].
27 *Teatro*, I, II.
28 *Teatro*, I, XVI, 49.
29 *Teatro*, I, XVI, 55.
30 *Teatro*, I, XVI, 55.

él serían naturales, sino con datos fisiológicos exactos. No lo son, en cambio, tanto, las que propone para demostrar que la actividad sexual, aun siendo moderada, es nociva al organismo [31].

Es muy conocido su Discurso «Defensa de las mujeres», sin duda uno de los primeros documentos feministas planteados con generosidad e inteligencia; y sigue siéndolo, aun ahora en que la literotura feminista alcanza proporciones diluviales. Destaca, por lo agudo, el razonamiento de la influencia que ha tenido en la aparente inferioridad mental de la mujer su confinamiento milenario en el hogar, frente al hombre, muchas veces menos inteligente, pero afinado por el secular contacto con la lucha social [32].

La hermosura del cuerpo influye en la bondad del espíritu. Hay gentes que son malas, sencillamente porque son feas; «la deformidad es en ellas causa remota de la malicia» [33]. El complejo de inferioridad física —como hoy se dice— es, en efecto —¡y en cuántos casos!—, manantial de la miseria en la conducta [34].

Impugna la común creencia de que la sangre menstrual es nociva, esterilizando las plantas, etc. [35]. No obstante, experimentos recientes han demostrado que durante la menstruación se produce una substancia tóxica, llamada menotoxina, que actúa, en efecto, como el vulgo venía creyendo, de un modo deletéreo sobre las plantas [36]. Aquí, como tantas otras veces, la ciencia acaba por tener que dar la razón a lo que parecen mitos populares.

Critica como erróneo el famoso aforismo de Hipócrates, según el cual, en la preñez gemela los fetos masculinos están al lado derecho de la matriz y los femeninos al izquierdo [37]. Todos los autores han desdeñado o negado esta sentencia, al igual que nuestro polígrafo. Sin embargo, como en el caso anterior,

---

31 *Teatro*, VIII, XI, 79 y siguientes.

32 *Teatro*, I, XVI, 66. Este ensayo fué rápidamente traducido al francés [187]. En España dió lugar a varios escritos de polémica, principalmente el de Manco de Olivares [126], que es ridículo. Sin embargo, originó varias contrarréplicas, también sin importancia, entre ellas la de Martínez y Salafranca, antes citada. Véase bibliografía sobre este punto en Millares [160], p. 71. Acerca de la opinión de Feijóo sobre la mujer, véase también la carta de contestación a una poesía que le dedicó Doña Ana María Moscoso de Prado, publicada en el Apéndice del libro de Macías [121], y nuevamente en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense*, 1932, IX, 324. En ella dice: «Por parte de la agudeza é ingeniosidad estoy siempre firme en el concepto de que no hay desigualdad alguna entre los dos sexos»; y añade finamente: «No es así por lo común en cuanto a la energía, fuerza o valentía del numen, en lo que he observado hasta ahora: que aun en las obras mentales se resiente el bello sexo de la debilidad de su temperamento.» Doña Emilia Pardo Bazán hizo [175] una apología entusiasta, como es natural, de este Discurso.

33 *Teatro*, V, 11, 31, nota 5.

34 En todo esto demostraba su profundo conocimiento del alma y aun de la fisiología femenina, a pesar de sus protestas de desconocer al otro sexo. Es muy curiosa a este respecto la siguiente tradición que aún perdura en Oviedo: oía el fraile cantar a una chica, mientras arreglaba su casa, cerca del Convento, casi todas las mañanas. Durante una temporada, la voz cesó, reapareciendo después. Al volver a oírla, Feijóo dijo: ¡Se ha casado! Se fundaba en el tono distinto de la voz después de perder la soltería, lo cual es cierto y supone un fino análisis de la mujer. Hay un cantar del pueblo que empieza: «En el cantar conozco — la que está virgen», etc. Mi amigo el Dr. P. Buylla me ha comunicado estos y otros rastros de la impresión que dejó esta vida luminosa en su país de adopción.

35 *Teatro*, II, II, 48. Mañer [127] impugna estos puntos de vista de Feijóo. Vuelve sobre ello Sarmiento [198].

36 Los trabajos de Schick comprobaron que el contacto de las mujeres menstruando, marchita las flores, evitándose esto si la mujer usa guantes. Macht y Livingstone, y entre nosotros Eleizalde y otros colaboradores de la escuela de Pittaluga, han demostrado experimentalmente esta acción «fitotóxica» de diversos sueros sanguíneos, entre ellos los de mujer en período menstrual. Véase un resumen en Eleizalde, Mezquita y Vich [67].

37 *Teatro*, VIII, X, 202.

la ciencia actual ha demostrado que la mitad derecha del organismo tiene una predilección por lo masculino y la izquierda por lo femenino. Nosotros hemos aducido numerosas pruebas de que los caracteres viriles son en el hombre más marcados en el lado derecho, y los femeninos más acentuados en la mujer, en el izquierdo; en los hermafroditas con ovario y testículo, éste está casi siempre en el lado derecho, y al izquierdo aquél; en los casos de inversión sexual, la masculinización de la mujer es más neta en el lado derecho, y la feminidad en el hombre, en el izquierdo etc. [38]. Coincide todo esto tan exactamente con el aforismo hipocrático, que nos invita a admitir su verosimilitud.

Así vemos, una y otra vez, que las pequeñas y las grandes verdades se esconden y reaparecen a intervalos en el curso de la civilización; como el agua en las ramblas de nuestros ríos.

XXVIII.—La herencia. Los sentidos. La transformación de las especies. El problema de la Fisionómica. Las Batuecas

Agudísima es también la hipótesis de Feijóo para explicar *por qué en la herencia no se transmiten exactamente los caracteres de los progenitores.* «No es de creer que la materia seminal sea en todas sus partes homogénea —escribe Feijóo—, y a este principio pienso que se debe atribuir principalmente la notable desemejanza que hay entre algunos hermanos.» Evidentemente, están aquí intuídas las teorías cromosomales que explican la variedad de caracteres de la descendencia por la repartición desigual en unos y otros hijos de tales o cuales cromosomas; es decir, porque, en efecto, no es homogénea la que Feijóo rudamente llamaba materia seminal. Pero no se reduce a la herencia la causa de la diversidad de los temperamentos, sino que sobre aquélla, han de añadirse los motivos que hoy llamamos «fenotípicos»; es decir, a los que actúan durante la evolución post-concepcional, que nuestro monje enumera así: la accidental disposición de los padres al tiempo de la generación, los varios afectos de la madre durante la formación del feto, las alteraciones de la atmósfera en ese mismo período, el alimento de la infancia y otras muchas cosas [1]. Hay que reflexionar en la época y la ocasión en que esto está escrito para darse cuenta del ingenio de su autor.

Acerca del *influjo de la imaginación materna respecto del feto* escribió una carta entera, de las menos afortunadas, en la que se muestra inclinado a atribuir a este mecanismo el color negro de los etíopes [2]. Cita en este trabajo un caso que le refirieron de un hombre con caracteres de negro que surgió de una familia de blancos, andaluces: parece corresponder a un caso de enfermedad bronceada, y no al supuesto negrismo [3], aunque a veces, en efecto, puede observarse una misteriosa aparición de rasgos etiópicos en individuos de familia de pura raza blanca [4].

---

[38] Marañón [135].

[1] *Teatro,* IV, I, 16.

[2] *Cartas,* I, IV. Al color de los etíopes había dedicado Feijóo otro estudio años atrás (*Teatro,* VII, III), en el que atribuye el color negro a las influencias del ambiente.

[3] En efecto, hemos visto algunos casos muy crónicos de esta enfermedad bronceada o de Addison, en los que la coloración era tan negra como en la de los africanos. Una de nuestras enfermas era una mujer pública a quien llamaban *la Negra,* y todos creían que lo era; había nacido en Soria; murió en el Hospital, y la autopsia demostró que padecía la enfermedad bronceada.

[4] Este negrismo es menos frecuente y conocido que otro Estado análogo, más común, pero igualmente inexplicable, el mongolismo o aparición en una familia de blancos de individuos de apariencia mongólica.

Feijóo se interesó mucho en el estudio de los *sentidos*, sobre todo el gusto y el olfato, a los que llama «porteros del domicilio del alma, en el informe que hacen de si es amigo o enemigo el huésped que llama a la puerta» [5]. Del olfato se ocupó también en otro lugar: en su curioso discurso titulado «Simpatía y antipatía» [6]. De lo que ocurre con este sentido deduce una teoría de aquellos sentimientos. En efecto, interpreta el olfato como la impresión que hacen en la mucosa nasal «los tenuísimos corpúsculos» que exhalan todos los cuerpos; y arguye que tal vez otros efluvios substanciales, por mecanismo semejante, produzcan la inclinación o la aversión de nuestro ánimo respecto a nuestros semejantes [7].

A los setenta y siete años escribió su carta «Que no ven los ojos, sino el alma y se extiende esta máxima a las demás sensaciones» [8], que es un esfuerzo, casi doloroso, de adivinación de la actual fisiología de las sensaciones. Y expone su descubrimiento de *una nueva facultad o potencia sensitiva*, la que nos sirve para percibir ese «ente flúido, volátil y fugitivo que llamamos tiempo». Según él, poseemos una sensación indefinible, pero indudable, del tiempo que pasa, y esta sensación no es visual ni auditiva, ni olorosa, ni gustativa, ni táctil; «luego hay otra potencia sensitiva destinada a su percepción», a la que podríamos llamar «reloj natural del alma». Refuta las ideas de Loke sobre este punto. Es también este escrito muestra de un ímpetu generoso de saber, y de saber por el camino recto de la experimentación, que no puede leerse sin emoción admirativa [9].

Como curiosidad citaré la impresión que le hizo la referencia del Padre Le Comte sobre el parecido de los orangutanes con el hombre [10]. Meditando sobre ello se le ocurre *la posibilidad de que esos monos y el hombre tengan el mismo origen remoto*. Naturalmente, su espíritu cristiano se horroriza ante la idea que le ha acometido como una tentación, y, para refutarla, para hacer huir sus malos pensamientos, arguye que como esos monos se parecen a su vez a otros que ya apenas tienen semejanza con el hombre, y esos segundos a otros y éstos a animales de otras especies, resultaría que todo animal estaría emparentado con el rey de la creación [11]. Es decir, que para escudarse del demonio de la ciencia, inventa una teoría de la evolución de las especies.

Dos ensayos del *Teatro* están dedicados al estudio de la *fisionomía* [12] y del Nuevo Arte Fisionómico [13]. Menéndez Pelayo, a la vista de estos estudios, considera a Feijóo, en cierto modo, como un precursor de Lavater, galardón —relativo galardón— que no le corresponde, ni tampoco al divertido presbítero don Esteban Pujasol, al que asimismo ha sido achacada por el maestro montañés esta gloria [14], aunque en una categoría muy inferior a

---

[5] *Teatro*, I, VI, 15 y siguientes, que deben ser leídos.

[6] *Teatro*, III, III, 23.

[7] Estos escritos de Feijóo constituyen, sin duda, la primera contribución española al conocimiento de la fisiología de los sentidos. Es curiosa la pobreza de nuestra literatura clásica a este respecto. Por aquellos años aparece citado con alguna frecuencia el libro del jesuíta P. Diego Calleja [41], que es una divagación teológica con la que llena más de 300 páginas sin una sola alusión a la fisiología.

[8] *Cartas*, IV, XXVI.

[9] *Cartas*, IV, VI.

[10] *Teatro*, VI, VII, 28. Sobre este punto habla ya en el Discurso VII del tomo VI del *Teatro*, 28 y 29 (año 1734). Ya entonces se ve surgir en su mente la idea del parentesco entre los monos superiores y los salvajes de las islas oceánicas, si bien rechaza al punto la tentación.

[11] *Teatro*, VI, VIII, 67.

[12] *Teatro*, V, II.

[13] *Teatro*, V, III.

[14] El opúsculo de Pujasol se publicó en Barcelona en 1637 [188]. Menéndez Pelayo demostró, al señalar estos antecedentes españoles a Lavater, su disculpable superficial

la del benedictino. Los dos ensayos fisionómicos de éste contienen observaciones muy sagaces y una crítica serena del sentido fabuloso de esta pretendida ciencia. Feijóo advierte que hay dos artes fisionómicas: una, la falsa, «que hasta ahora ha sido admitida», la que después popularizó Lavater, y la otra, «la verdadera, en que ninguno había pensado hasta ahora». La falsa consiste en inducir de la morfología del individuo su estado anímico. La verdadera, la que él propone, consiste en observar en el cuerpo los cambios que producen los afectos y pasiones. La cara es, pues —aclaramos nosotros—, el espejo del alma en el sentido de que las mutaciones del alma se reflejan en la cara, pero no en el sentido de que la conformación de la cara implique una determinada disposición de ánimo. En estas ideas de Feijóo se traduce, en germen, la teoría de la expresión de las emociones que un siglo después había de desarrollar Darwin. En tal sentido creo que es más legítimo considerar a Feijóo como vanguardia remota del gran naturalista inglés que no como antecesor del difuso y fantástico Lavater.

De la *biología regional española* se ocupó Feijóo, abordando, como correspondía a su tradición de desfacedor de quimeras, aquel punto sobre el que la leyenda había armado su más compleja fábrica: las famosas Batuecas [15]. Sirviéndose principalmente de la excelente obra de González de Manuel [16], intentó deshacer la red de fantasías tejidas sobre este hermosísimo valle salmantino. Apenas lo consiguió, o por lo menos muy temporalmente, pues la leyenda de las Batuecas, con su apéndice, aún más imbuído de fábula, de las Hurdes, ha llegado, como es sabido, hasta nuestros tiempos, aunque declinante, permitiéndonos a nosotros dar al mito su última lanzada [17] en la compañía de varios autores, algunos extranjeros [18], que por esta vez no sólo no han contribuído a la creación de historias absurdas sobre nuestra patria, sino que han sido ellos los más empeñados en deshacer animosamente las creadas por nosotros [19].

---

conocimiento de los problemas referentes a las ciencias naturales. La voluminosa doctrina lavateriana tiene orígenes muy al margen de estas obras de nuestra literatura, que son meras imitaciones del extranjero; y nada pierde con ello el prestigio de nuestra ciencia. Véase una historia de la cuestión en el *Manual* de Cerchiari [52], en el que, desde luego, no se cita a Pujasol ni a Feijóo. Con notoria injusticia dice el mismo Menéndez Pelayo que el libro de Pujasol «contiene ideas tan nuevas, atrevidas y progresivas como el celebrado *Examen*» de Huarte ([156], I, p. 246): no se pueden ni comparar. Es evidente que Pujasol había leído a Huarte, aun cuando no le cita; pero son los dos libros distintos en la orientación y más que distintos en la calidad. En otro lugar hemos hecho constar la dirección totalmente contraria de las ideas de Huarte y las de los cultivadores de la Fisionomía y la Frenopatía (Marañón [136]). Feijóo escribió sus ensayos sobre la Fisionomía a base del libro de Juan Bautista de la Porta [185], que tradujo del latín al italiano su admirado Tozzi. En esta obra sí que están los antecedentes de Lavater y los de Pujasol, que es un simple comentador de la Porta. Feijóo no sigue, sino sortea, y muy acertadamente, la obra de Porta; sus ideas son mucho más exactas y van en otra dirección.

15 *Teatro*, IV, IX, 1 y siguientes.

16 González de Manuel [93].

17 Marañón [133].

18 Merece una mención especial el libro de M. Legendre [112], que deja definitivamente aclarada, con gran documentación, agudeza y generosidad, la historia de estas regiones.

19 Se ocupó también Feijóo de Galicia, con predilección explicable, en notas sueltas, a lo largo de toda su obra. Montero Díaz ha reunido estas observaciones [161]. De una carta dirigida a la Ciudad de Santiago [80-A] se deduce que pensó dedicar un ensayo entero a «vindicar (a Galicia) del injurioso concepto que el vulgo de las demás provincias de España tiene formado de los naturales de este reino». Pedía en ella instrucciones sobre hombres ilustres, historia, costumbres, industria, descubrimientos, etc.; no debieron responderle a su gusto; o tal vez no le contestaran: conozco el éxito infeliz que tienen, a veces, estas encuestas.

XXIX.—Historia maravillosa del hombre-pez y su revisión actual

Entre los varios problemas de biología general que suscitaron la curiosidad del Padre Feijóo, quiero detenerme especialmente en el del hombre-pez de Liérganes, porque en él, el espíritu crítico del benedictino tuvo su máxima equivocación: huyendo de la superstición popular, cayó de bruces en la superstición científica. También, por otro orden de razones, puramente sentimentales: porque Francisco de la Vega, el famoso nadador, era del mismo pueblo de los míos, cerca de Santander, y oí hablar de él desde mi niñez; y en los libros de Trueba [1] leí su historia maravillosa cuando estaba aún a muchos años de distancia de conocer el *Teatro Crítico*. Y aprendí, finalmente, a nadar en aquellas mismas pozas del río Miera, en que el semi-anfibio hizo sus primeras proezas acuáticas.

En tiempo de Feijóo era muy común la preocupación de los hombres marinos, prolongación de las historias fabulosas de tritones y nereidas. Los centones anecdotarios de la época solían contar las hazañas de individuos intrépidos que permanecían largo tiempo en el agua, incluso bajo su superficie, y que tal vez un día eran hallados en alta mar por una nave en derrota, con estupor y espanto de la tripulación.

Feijóo refiere varios de estos casos [2]: el descubierto en 1671 cerca de la Martinica, mitad hombre y mitad pez. El que vió en 1725 el bajel capitaneado por Oliver Morin, cerca de Brest: hombre perfecto, pero con aletas de pescado, de genio tan amoroso que quiso avalanzarse al mascarón de proa, que figuraba una mujer, y tan grosero, que exoneró el vientre vuelto de espaldas a la tripulación para hacer irrisión de ella. A la misma especie monstruosa pertenecen los casos referidos por el anónimo autor de los *Caprices d'Imagination*, tales como el pescado con figura humana aparecido en el río Tachni, «en las extremidades del imperio rusiano»; y el hombre marino que vieron unos consejeros del rey de Dinamarca, caminando milagrosamente sobre las aguas, con un haz de hierba al hombro.

Eran estos monstruos mixtos y fabulosos. De ellos se pasa a la especie de los hombres auténticos, pero dotados de increíbles aptitudes natatorias. El más antiguo es el que refiere Plinio, que surcaba el mar de Cádiz: era de perfecta figura humana, y varios caballeros romanos, que jamás faltaban a la verdad, testimoniaron su existencia. Hombre perfecto también era el que fué pescado en las costas de Inglaterra en 1137; lo cuenta monseñor Larrey; después de aprisionado fué conducido a la residencia del gobernador de Oxford, que lo guardaba y exhibía como ejemplar de maravilla, hasta que se fugó, volviendo al océano, sin que nunca más se supiese de él. En 1430, al bajar la marea después de una tempestad, apareció en la costa de Westfrisia una mujer marina; la capturaron y condujeron a la ciudad, donde aprendió a hilar, «pero nunca perdió la intención de habitar en el agua». En la costa occidental de Ceilán, en 1560, unos pescadores «sacaron en una sola redada no menos de siete hombres y nueve mujeres marinas». Eran en la forma enteramente humana, sin mezcla de pez; lo atestiguan el jesuíta Padre Enríquez y el médico del virrey de Goa, don Dimas Bosque de Valencia, que los examinó anatómicamente.

Alejandro de Alejandro conoció a otro hombre marino en Epiro, cuya

---

[1] Trueba fué, sin duda, el último creyente en el hombre-pez. Cuenta su historia y le da todo crédito bajo la fe «del ilustre y veracísimo benedictino Feijóo» [218].

[2] *Teatro*, VI, VII, 33 y siguientes.

historia refirió Pedro Mexía en España (creo que nadie antes de él) [3]. Este hombre marino escondíase en una cueva de la orilla y desde allí acechaba a las mujeres que iban a una próxima fuente; «y cuando observaba a alguna sola, y vueltas las espaldas, con silenciosos pasos se llegaba a ella y lascivamente la oprimía», dice Feijóo en su transcripción [4]. Esta leyenda se popularizó pronto, convirtiéndose en un mito universal entre las poblaciones costeras. La encontramos en Pietro Gilio y en otros libros de la época, y seguramente subsiste en las tradiciones actuales de muchos países. Yo la he oído referir de pequeño. Y Cabal [5] la cita también entre las consejas de la mitología asturiana, tomada de Fernández y Fernández [6], casi con las mismas palabras. La leyenda asturiana se refiere, en efecto, a un hombre marino, cuya existencia «se hizo constar una vez en actas públicas», «y fué lo que ocurrió que en un lugar, iban por agua las mozas a una fuente cercana de la playa. El hombre marino reparó en el punto y se dedicó a esconderse, a seguirlas, a acecharlas, y en cuanto alguna se quedaba sola, la tomaba como presa». Se trata, pues, de una tradición muy difundida y repetida, y es inexplicable cómo Feijóo, tan agudo para hallar la raíz fabulosa de las creencias y exageraciones vulgares, no se dió cuenta del entronque de estos cuentos, que él debió oír también en Asturias, con la historia del supuesto pez de Liérganes.

En Martínez Salafranca [7] encontramos una enumeración de monstruos y hombres marinos semejantes a la de Feijóo. Y aún olvidaron ambos el Prelado acuático que describe Rombelet, hallado en los mares del Norte en 1531 [8].

Casi fuera del reino de la fábula, pero todavía dentro de él, está la historia del celebérrimo Pesce Cola, o Peje Nicolao, o Pez Nicolás, para decirlo en castellano, cuyas estupendas hazañas eran por entonces populares y todavía hoy no están enteramente olvidadas en el folklore de los puertos. Feijóo prestó vivísima atención al buzo Nicolás, antecedente directo del nadador santanderino que tanto habría de preocuparle [9]. La versión de Feijóo es la siguiente: Nicolao, gran nadador de Catania, se dedicó a la pesca de ostras y coral, y «domesticado con aquel feroz elemento (el mar), igualmente se recreaba en sus serenidades que despreciaba sus furores». «El día que no entraba en el agua sentía tal angustia, tal fatiga en el pecho, que no podía sosegar.» Buceaba largos espacios y recorría el mar como nosotros la tierra, llevando correos del continente a la isla. «Así vivía este racional anfibio, hasta que su desdicha le hizo víctima de Neptuno, a quien adoraba», gracias al rey Federico de Nápoles, que le mandó sumergirse en el terrible remolino de Caribdis, para recoger una copa de oro lanzada de antemano como incentivo de la inmersión. «Arrojóse a la horrorosa profundidad», de donde salió con la copa, tres cuartos de hora después; mas, tal vez, porque «Federico fuese uno de los muchos príncipes que, fastidiados ya de los placeres comunes, sólo encuentran lisonja sensible al gusto cuando la habi-

---

[3] Pedro Mexía [158], Capítulo XXIV, titulado: «Tritones y Nereidas, que llaman los hombres marinos, si es verdad que los hay, y de ello algunos casos».
[4] Según la versión de Mexía, los hombres del pueblo cazaron al lascivo monstruo y lo llevaron al poblado, donde murió de hambre por negarse a tomar alimento.
[5] Cabal [34].
[6] Fernández y Fernández [83].
[7] Martínez Salafranca [151], p. 20.
[8] Citado por J. M. Herrán Valdivieso [98]. Este autor, cuyas características ideológicas comentaremos luego, aprovecha la condición de Prelado del monstruo, para hacer a costa de él sus chistes anticlericales.
[9] *Teatro*, V, VI, 7, y *Teatro*, VI, VIII, 19 y siguientes.

lidad del que los divierte viene sazonada de peligro», hizo zambullirse de nuevo al pobre Nicolás, que se ahogó [10].

Mexía cuenta también otra historia de un gran nadador, tomada del mismo Alejandro [11]: «Afirma que él conoció un otro hombre que era marinero y de barca fuerte que andaba en la mar por grumete y pescador a veces; y era tan grande nadador que un día iba y venía nadando desde una isla que está a vista de Nápoles hasta otra isla que es distancia de 50 estadios, que sería más de legua y media. Y que acaeció salir juntamente con él algunos otros hombres en un batel con buenos remos y no poder con él en su nadar.» Y añade, que «los historiadores todos escriben maravillas de otro nadador, Delio, tanto que se traza por refrán: Delio, nadador».

Todavía Feijóo cita en el *Suplemento* [12] que, según Trévoux, a principios del siglo había en Madrid un religioso calabrés «el cual afirmaba tener la propiedad de los animales anfibios de poder estar mucho tiempo debajo del agua». Y propuso experimentarlo ante el rey, sin que éste se resolviese

---

[10] La versión más antigua que conozco en España del Peje Nicolao es la de Mexía [158], cap. XXIII, titulado: *Del admirable nadar de un hombre de do parece que tuvo origen la fábula que el pueblo cuenta del pece Nicolao: tráense otras algunas historias de grandes nadadores y cómo solía en tiempo antiguo ser estimada esta habilidad.* Feijóo no tomó su descripción de la de Mexía, pues ambas difieren en muchos detalles. He aquí la versión de Mexía, que me parece útil reproducir: «Desde que me sé acordar, siempre oí contar a viejos no sé qué cuentos y consejas de un pesce Nicolao que era hombre y andaba en la mar; y de él decían otras cosas muchas en este propósito. Lo cual siempre lo juzgué por mentira y fábula como otras muchas que así se cuentan. Hasta que después, leyendo muchos libros, hallé por ellos muchos casos maravillosos escritos: que si yo los oyera a hombres de poca autoridad los tuviera por vanidad y mentira; y en el caso presente he creído que esta fábula del pesce Nicolao trae su origen; y se deduce de lo que dicen dos hombres de mucha doctrina y verdad, el uno es Joviano Potano, varón doctísimo en letras de humanidad y singular poeta y orador según sus libros lo testifican; y el otro, Alejandro de Alejandro, excelente jurisconsulto y muy docto también en humanas letras: el cual hizo un libro llamado *Días Geniales* que contiene muy grandes antigüedades, donde dice lo que diré. Estos dos, pues, escriben que en su tiempo, en el Reino de Sicilia, fué un hombre a quien, por lo que se dirá, llamaban todos el pesce Colan; el cual hombre desde muy niño tuvo tanta inclinación a andar en la mar nadando, que noches y días y en todo tiempo no era su descanso otra cosa; y vino el negocio yendo de poco a mucho, a tanto extremo, que el día que no estaba lo más de él en el agua, decía que sentía tanta pasión y pena que no pensaba poder vivir; y como se hizo hombre en esta continuación, fué tan grande y tanta su habilidad y fuerza en el agua, que aunque hubiese grande tormenta en la mar nadaba y andaba en ella sin temor ni peligro y le acaeció nadar en una furia sin descansar quinientos estadios, que serán quince o diez y seis leguas de España; y andábase algunas veces en la mar, uno o dos días, como pesce, caminando de unas partes a otras por las costas de la mar. Y andando así le topaban algunas naves y él llamaba a los que iban en ellas y lo acogían dentro y preguntándole de sus caminos, le daban a comer y beber y holgaba con ellos algún espacio, y luego saltaba en la mar y seguía su camino; y de esta manera muchas veces traía nuevas a los de tierra de lo que topaba en la mar. Y en esta vida vivió este hombre muchos años y muy sano y muy recio hasta que en una fiesta que el Rey Don Alfonso de Nápoles hizo en la mar en Mesina, puerto o mar notable en Sicilia, por experimentar el nadar de este hombre y de otros que de ello se preciaban mucho, hizo echar en la mar una copa de oro de muy grande valor, para el que con más presteza la buscase y sacase se quedase con ella para sí, y así pensaba echar otras piezas, sacada aquélla. Y como a esto se habían juntado muchos y el dicho Colan con ellos, él entre otros, se dejaron ir a lo hondo del agua muy confiado de salir con su copa en la mano. Y de su ventura, él, que había pasado y hecho en la mar lo que tenemos dicho, esta vez que se metió en ella nunca más salió, ni pareció ni se supo más de él. Créese que se entró en alguna concavidad de las peñas de aquella mar, que hay en el fondo de él, y fué tal que no pudo salir y murió allí. Esto que he dicho cuentan dos hombres doctos y cuerdos; y considerando yo que a éste llamaban pesce Colan, hanme hecho tener por cierto, lo que dicen, que de esta historia han salido las consejas del pesce Nicolao que cuentan los viejos.

[11] Alejandro [2-A], II, XXI.

[12] Feijóo ([78], p. 283).

a aceptarlo, tal vez atento al recuerdo de su colega, el rey de Nápoles, que mató con su curiosidad al peje Nicolao. Hace también referencia a un sueco, que después de dieciséis horas de inmersión, volvió a la vida. Martínez Salafranca reproduce esta misma historia.

En Vega, el lierganés, se extingue gloriosamente la especie de los hombres anfibios con una sola reaparición, ya en nuestros años casi, y también, para gloria de la Montaña, en la ría de Requejada, cerca de Santander. Hallo esta referencia en un opúsculo de Barreda [13], y es así: a las cinco de la tarde del 7 de noviembre de 1838, el capitán de un quechemarín anclado en la Requejada, vió a un hombre nadador que se zambullía como un pez, de color muy obscuro, los ojos blancos y sin brazos. Al sumergirse, hacía tan fuerte marejada, que el barco se conmovió. El pavor del capitán le impidió dar más detalles, así como a otros testigos que también lo vieron al siguiente día. Luego se alejó por el mar y no volvió. Hay que advertir que el capitán estaba comiendo —y por lo tanto, probablemente, bebiendo— cuando observó el prodigio.

Nos hemos detenido en estos relatos por ser antecedentes precisos para la formación de la leyenda del hombre pez. Es evidente que Feijóo debió tener las historias de los hombres marinos en todas sus variedades en su índice de «errores comunes», prestas a ser examinadas y criticadas con su lupa experimental. Mas advirtamos que los milagros de racionalización del absurdo que el gran escritor realizaba en tierra firme fallaba cuando se veía frente a frente con los misterios del mar. Habla siempre del océano con superstición e ignorancia. Sin duda no se bañó mucho, puesto que no sabía nadar [14]. Tenía del agua del mar la idea de que no sólo era salada, sino fétida [15]. Cuando se sentaba en la playa para contar las olas y observar su distinta vehemencia, pensaba sin duda en las maravillas del fondo de los océanos como en algo fabuloso, y por eso se lamentaba de que el hombre-pez hubiera sido mudo, por lo que no pudo contar los palacios encantados que sin duda hallara en el fondo del mar [16]. Pero donde culmina su concepción disparatada de las aguas y de sus habitantes es en aquella declaración sorprendente que hace al discutir la existencia de los tritones y nereidas, afirmando que «cuales nos los pintan los antiguos poetas, tales se hallan hoy en los mares, a la reserva de la bocina cuyo eco no han reconocido los modernos en los tritones» [17]. Para él no cabía duda de que los mares estaban poblados de estos maravillosos tritones y nereidas «que los modernos llaman hombres marinos y mujeres marinas». ¡Extraña actitud de su clara mente experimental! Y muy aleccionadora porque nos enseña una vez más cómo conviven el error y la verdad en la débil inteligencia del hombre aun en sus más excelsos ejemplares. Yo pienso —algunas veces se debe permitir al historiador que sazone su historia con unos granos de fantasía— yo pienso, que la preocupación por los monstruos marinos debió originarse en Feijóo en los años de adolescencia, en el Monasterio de Samos, años exaltados de fervor religioso e idealista, al que apenas logra escapar el viajero que reposa unas horas en la paz de aquel desierto lleno de vidas invisibles, que Feijóo, ya viejo, recordó en su hora más feliz de escritor: «Tan recogido, tan estrecho, tan sepultado está ese monasterio entre cuatro elevados montes, que

---

[13] Barreda [27].

[14] «Yo nunca he nadado ni aprendido a nadar.» *Teatro*, VI, VIII, 24.

[15] Habla de «una sustancia bituminosa cuyas partículas están tan enredadas con las del agua», etc. *Teatro*, VI, VIII, 24.

[16] «Cuántas cosas ignoradas hasta ahora de todos los naturalistas pertenecientes a la errante república de los peces podríamos saber por él.» *Teatro*, VI, VIII, 17.

[17] *Teatro*, VI, VII, 30.

por todas partes no sólo le cierran, mas le oprimen, que sólo es visto de las estrellas, cuando las logra verticales» [18]. Pues en aquel lugar de austeridad incomparable hay, en el centro del claustro, una fuente maravillosa e insolente, tanto por su desmesurada elevación como por la expresiva paganía del cincel que labró las cuatro espiritadas nereidas que sostienen sus tazas. Aquellas nereidas —y no sirenas [19]—, anticipos de la «mujer fatal» de nuestros cinematógrafos, debieron herir y obsesionar la mente del joven fraile en sus paseos por el claustro y crear en el fondo de su conciencia el mito de la mujer marina, inaccesible, como tantos otros hallazgos de estas horas críticas que preceden a la madurez, a la claridad de los análisis posteriores. ¿Por qué no? Yo sólo estuve allí unas horas y no he podido olvidarme de las nereidas de Samos.

Estaba, pues, dispuesto nuestro crítico a acoger con credulidad la noticia del hombre-pez. Sin embargo, el caso era «tan extraño, tan exorbitante del regular orden de las cosas» [20] que no se atrevió a darle asenso hasta que le llegaron las pruebas que inmediatamente solicitó «de algunos montañeses de distinción residentes en esta ciudad». Pero en tanto que la comprobación venía, ideaba ya sus justificaciones teóricas; y, en efecto, en su Discurso VI del tomo V del *Teatro*, es decir, poco antes de las páginas que consagró al nadador santanderino, expone ya su idea, naturalmente absurda, de que el hombre pueda vivir bajo el agua, aun cuando de un modo excepcional [21]. He aquí sus palabras: «Aunque la respiración se considera necesaria para la conservación de la vida, mirando la naturaleza hacia todas partes se encuentra algún suplemento de ella, pues el feto vive sin respirar mientras está en el claustro materno, y aun después que se extrae de él conserva la vida sin respiración, como esté contenido en las secundinas y nadando en aquel licor que está dentro de ellas. ¿Quién sabe, pues, si como en aquel estado, tiene la naturaleza un *quid pro quo* (aunque ignoramos cuál sea) que suple por la respiración para el efecto de conservar la vida, tiene también, respecto de los adultos, en tales o cuales casos, por las extraordinarias disposiciones del cuerpo, algún otro *quid pro quo* equivalente de la respiración? En efecto, Galeno, en los gravísimos afectos histéricos, pone por equivalente de la respiración la gran refrigeración del corazón, o lo que viene a ser lo mismo, enseña que el corazón muy refrigerado no necesita de respiración y que puede pasar con la transpiración sola. ¿Quién podrá afirmar ni que esta refrigeración no puede hallarse en otros afectos que los histéricos, ni que no puede haber otra disposición sino ésta, que excuse la respiración?

Era por entonces muy común la creencia de que el organismo podía

---

[18] Dedicatoria del tomo III del *Teatro*, ya citada. En este bellísimo pensamiento saluda, a lo lejos, a Virgilio, y da expresión poética insuperable a su actitud de hombre de ciencia.

[19] Feijóo, en efecto, protesta de que se llamen *Sirenas* y no *Nereidas* a estas mujeres marinas: «éste es —dice— uno de los muchos errores que cometen los profesores de este arte (los pintores) por ignorancia de la historia y de la fábula. Los poetas y escritores antiguos, por lo menos los de mejor nota, describen las Sirenas no medio mujeres y medio peces, sino medio mujeres y medio aves. Plinio las coloca entre las aves fabulosas (lib. 10, cap. 49). Lo mismo Servio, el cual, comentando aquello de Virgilio en el quinto de la *Eneida: Jamque adeo scopulos sirenum advecta subitas*, dice: *Sirenes secundum fabulampartim Virgines fuerunt, partim volucres.* Ovidio *(Metamorph.*, lib. 5), hablando de ellas, les atribuye rostros de doncellas con plumas y pies de aves: *Plumas pedesque avium cum virginis ora feratis.* Ni más ni menos, Claudiano en sus epigramas: *Dulce malum pelagio Siren, volucresque puellae*». Después de todo este empeño de nuestro escritor por dejar bien fijada la naturaleza volátil y no acuática de las sirenas, parece inexcusable que no vuelva a llamarse más «fuente de las sirenas», sino de «las nereidas», lo que adorna el claustro de su querido monasterio.

[20] *Teatro*, VI, VIII, 1.

[21] *Teatro*, V, VI, 7 y 8.

vivir bastantes horas sumergido, fundándose en que los cadáveres de ahogados no se encontraba el agua dentro de los pulmones, de lo cual, falsamente, se infería que éstos podían seguir funcionando bajo el agua. Y esta creencia se corroboraba con muchas historias peregrinas de gentes que cayeron al agua y recobraron la vida después de mucho tiempo de extraídas. En el capítulo XL del libro citado de Martínez Salafranca hay una larga exposición de estas hipótesis y casuística demostrativa [22].

Todo esto iba preparando el espíritu de Feijóo para interpretar el caso del nadador santanderino con arreglo a los dogmas científicos. En el ensayo que precisamente precede al del hombre-pez, estudia los *Sátiros, Tritones* y *Nereidas* [23]; y aunque su aparente objeto es destruir un mito más de la credulidad popular, se trasluce claramente que lo escribió para preparar a sus lectores a creer en la historia del hombre de Liérganes, que ya tenía en el telar. En estas páginas está, implícita, la falsa interpretación científica de su fe en el extraordinario caso de Francisco Vega. No era, pues, sincero, cuando escribe: «despreciada por mí esta historia como una de tantas vulgares patrañas»... Lo cierto es que ni un solo momento la despreció y que preparó lentamente, con antecedentes históricos y meditaciones científicas, su explicación.

Cuenta el monje que «un amigo de su mayor veneración y afecto» le impelió a publicar la sorprendente historia; que al fin llegaron a sus manos los justificantes que había solicitado—una carta del Marqués de Valbuena, de Santander, y otras de Don Gaspar Melchor de la Riba Agüera, caballero santiagués de Gajano, cerca de Liérganes, y de Don Dionisio de Rubalcava, de Solares, los cuales dos habían conocido y tratado al nadador o «nadante», como escribe el benedictino; y a la vista de todo ello se decidió a escribir uno de sus más famosos Discursos bajo el título de *Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos*.

La relación del Marqués de Valbuena —cuya biblioteca recuerdo haber contemplado con admiración en mi niñez, en la casa solariega de sus descendientes— ha servido después de punto de partida a todos los comentadores del hombre-pez. Sus datos esenciales son los siguientes: el famoso anfibio era hijo de un matrimonio de labradores pobres del lugar de Liérganes, y mostró desde niño afición singular a bañarse en el río, adquiriendo gran habilidad en el arte de la natación y extraordinaria resistencia para sumergirse en el agua. Su madre, ya viuda, le envió a Bilbao a aprender el oficio de cerrajero, y estando allí fué una tarde a bañarse en la ría con sus compañeros de taller, pero no volvió a la orilla donde había dejado la ropa, por lo que se le dió por ahogado; y los suyos, como tal le lloraron. Cinco años después, en 1669, unos pescadores del mar de Cádiz vieron a un ser humano que nadaba sobre las aguas y a su voluntad se sumergía en ellas. Tras no pocas dificultades, porque el extraño ser se escurría de las redes que le tendieron, lograron sujetarle y traerlo a tierra, donde fué examinado con admiración por el pueblo entero. No hablaba ni daba muestras de otras actividades humanas que las puramente vegetativas. Lleváronle al convento de San Francisco para conjurarle por si estaba poseído del demonio, sin el menor resultado. Pero lograron que pronun-

[22] Contrasta con esta literatura pseudocientífica, absurda, el notable opúsculo que sobre los ahogados y el mecanismo de su muerte publicó años después el Doctor Nieto de Piña [166-B]. Lo citamos porque fué este autor uno de los más distinguidos socios de la Real Sociedad de Medicina de Sevilla, y la nitidez con que está escrita su tesis, su atención al criterio experimental y su rigurosa bibliografía tienen el sello de la influencia feijoniana, aun cuando no cita al Padre Maestro. Es este que comentamos uno de los primeros documentos de tipo moderno que ha producido la medicina española, dentro de su carácter monográfico.

[23] *Teatro*, VI, VII.

ciase una palabra, «Liérganes», por lo que fué consultado el caso al Secretario de la Suprema Inquisición, Don Domingo de la Cantolla, que era lierganés, y que relacionó al instante el prodigioso hallazgo con la desaparición, que no había olvidado, de su convecino Francisco Vega, varios años antes. Un fraile franciscano, Fray Juan Rosendo, que estaba en Cádiz de vuelta de Jerusalén, condujo al mudo a la Montaña, atravesando toda la península y cayendo por el camino de Espinosa de los Monteros y San Roque de Río Miera, sobre Liérganes, cuyos alrededores conoció nuestro hombre, dirigiéndose sin vacilación a la casa paterna, en la que fué al punto identificado por su madre y por sus dos hermanos, uno de ellos sacerdote. Nueve años vivió el hombre-pez en su lugar, siempre «con el entendimiento turbado —escribe el Marqués—, de manera que nada le inmutaba ni tampoco hablaba más que algunas veces, las voces de *tabaco, pan, vino,* pero sin propósito». Llevaba recados, y cuando tenía que ir a Santander, en lugar de esperar la barca que cruza la bahía, solía echarse al agua y atravesar a nado el ancho brazo de mar, entregando puntualmente en la ciudad sus encargos. Al cabo de este tiempo desapareció y nadie supo más de él. Dicen que un vecino de su pueblo le vió después en un puerto de Asturias, pero no está comprobado.

Cuando el Marqués de Valbuena escribió la relación que aquí resumimos, aún vivía uno de los hermanos del nadador y muchas gentes más que le conocieron, entre ellos los caballeros antes citados, cuyas relaciones añaden a la expuesta algunos datos que comentaremos después. A estos testimonios pudo agregar Feijóo más adelante el del arzobispo de Zaragoza, Don Tomás Crespo Agüero [24], natural de la villa de Rucandio, cerca de Liérganes, que en «su puericia había conocido al hombre marino»; y el de Don José Díaz Guitián, uno de los corresponsales del benedictino, habitante en Cádiz, el cual aseguraba haber hablado con Don Esteban Fanales, intendente de Marina, y con un religioso franciscano que vieron al lierganés recién pescado; el franciscano decía haberle tenido varias veces en su celda.

Estos últimos testimonios fueron aducidos por Feijóo para contestar a un papel que apareció en Madrid reputando de fantástica la historia del hombre-pez, escrito por Mañer, uno de los más fuertes impugnadores del *Teatro Crítico,* como ya sabemos [25]. Años después dedicó todavía al mismo asunto una breve Carta, en la que respondía a una nota de las *Memorias* de Trévoux (año 1749), en la cual los editores de este Centón ponían en duda la veracidad del prodigio; dicha Carta no hace más que repetir los viejos argumentos del benedictino, encastillado en su fe en el hombre-pez y en la interpretación científica de sus aventuras [26].

La peregrina historia del nadador que había vivido tantos años en el mar compartiendo su existencia errabunda con la de los peces, hizo, sin duda, fortísima impresión en España y fuera de ella, y nuestro hombre-pez tomó categoría histórica junto al peje Nicolao, y en la galería de los montañeses ilustres. Un siglo después publicó sobre este asunto un opúsculo ya citado, hoy rarísimo, Don José María Herrán Valdivieso, y en él están recopiladas las numerosas citas que del prodigio aparecieron en la literatura de la época; con más interesantes documentos y un excelente juicio crítico de la cuestión. Persona muy culta este señor Herrán, escrupuloso en las citas y excelente hablista sin pretensiones, como buen castellano viejo, escribió sobre el hombre-pez la más importante contribución que poseemos sobre el tema. Sus noticias están entremezcladas con fuertes, aunque pueriles, dosis apologéticas a la libertad y a

---

[24] Feijóo escribe equivocadamente «Don Tomás Agüero» y es «Crespo Agüero»; fué un personaje interesante de su época; publicamos su retrato.

[25] Mañer [128].

[26] *Cartas,* V, XX.

la fraternidad humanas; y de terribles sátiras y pullas contra curas, frailes y toda clase de reaccionarios y absolutistas [27]. Es, sobre todo, importante la copia que incluye de una memoria existente hoy en el *British Museum:* escrita por el cura Hoyo Venero, párroco de Liérganes en 1748. Memoria escrita para satisfacer la curiosidad de unas monjas de Zumaya, parientas del sacerdote. Están testimoniadas, al final, por la firma de varios vecinos de Liérganes que habían conocido al anfibio [28]. Esta relación, seguramente auténtica, da muchos detalles no contenidos en el Discurso de Feijóo y es singularmente interesante para la interpretación actual del nadador.

Nos hemos detenido en el precedente relato porque era indispensable para explicarnos ahora la actitud del gran crítico gallego frente a la leyenda del hombre-pez, en la que su sagacidad y espíritu razonador tropezaron tan gravemente. Hoy, no hay que decirlo, podemos asegurar la inverosimilitud del suceso, aun cuando sea evidente la existencia de Francisco Vega y muchas de las circunstancias de su vida. Veamos, en efecto, lo que hay en ella de real y lo que añadió la fantasía.

Sin duda el joven nadador, de inteligencia limitada —ahora veremos por qué— y de instintos errabundos, desapareció de Bilbao, no nadando, sino por los caminos de Dios o acaso a bordo de algún barco, yendo a parar a Cádiz, donde pudieron encontrarle bañándose los pescadores. El raro aspecto de su piel, sobre el que después hablaremos, le daba cierta apariencia de pez, y su imbecilidad y su mudez, impidiéndole dar detalles de su vida desde que se fué de Bilbao, le cubrieron de misterio y dieron origen a la leyenda de sus proezas acuáticas. Los testimonios respetables de marqueses, caballeros, frailes y arzobispos se refieren sólo —fijémonos en ello— a su baño en Bilbao y al de Cádiz, pero no a nada de lo que sucedió en los años que entre uno y otro mediaron. Solamente en la Memoria del cura Hoyos se relata su paso por las aguas británicas y su lucha con un congrio monstruoso; pero se trata, claro es, de una adición legendaria que el buen párroco tomó de la fábula de otro hombre-pez: el que fué pescado por un navío de Holanda, que antes hemos recordado. Hoyos, aunque veraz en los datos concretos de la vida de Francisco Vega (fechas, partida de bautismo, etc.), se dejaba llevar fácilmente de su fantasía en las lagunas de la vida de su famoso paisano, ganoso, sin duda, de maravillar a sus primas las monjitas descalzas de Zumaya.

Es muy fácil, y este mismo detalle lo demuestra, seguir la adaptación de la historia del hombre-pez en lo que tenía de real, a las leyendas de los hombres

---

[27] Debo a la bondad de mi querido amigo J. M. Cossío algunos datos sobre la vida de Herrán Valdivieso, la lectura de cuyo libro nos llena el ánimo de curiosidad. Fué lierganés, médico, anticlerical pintoresco, de los de aquel tiempo: especie aún no extinguida. Durante la primera República ocupó el cargo de gobernador de Santander y de alguna otra población. Tenía amistades con varios diputados de las Cortes Constituyentes, que cita con orgullo en su librito, a veces sin venir a cuento. Escribió en la prensa de Santander. En *El Aviso* del 23 de febrero de 1877 apareció un artículo suyo sobre la Papisa Juana. Le contestó desde *El Siglo Futuro* el presbítero Don Francisco Macías Gayo. Estos artículos aparecieron reunidos en tomo aparte (Sevilla, 1878). En contestación a un anatema del Obispo de Santander, publicó Herrán un opúsculo sobre el Papado, rabiosamente anticlerical como todos sus escritos. Es, sin embargo, de notar el justísimo respeto con que trata a Feijóo, a pesar de su condición de fraile. Lo mismo encontramos en Morayta y en los demás publicistas de izquierda que se han ocupado del benedictino. Hay que reconocer que los liberales españoles han sido siempre más justos que los reaccionarios para juzgar a aquellos que no militaban en su campo. Pongamos siempre como ejemplo de esta parcialidad derechista a los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo, por lo mismo que se trata de una excelsa autoridad. Volviendo a nuestro sectario gobernador: era depositario de fondos municipales en Santander, y a consecuencia de irregularidades de las que resultó oficialmente responsable, aunque en la realidad era notoriamente inocente, hubo de emigrar a Méjico, donde ejerció la medicina en el campo y donde falleció.

[28] Uno de estos testigos es Doña María Posadillo, seguramente parienta mía.

marinos, unas puramente mitológicas y otras fantaseadas sobre los sucesos verídicos que ya hemos enumerado, desde el tritón y la nereida hasta el peje Nicolás. Los diversos relatos de las aventuras marinas de Vega están, en efecto, llenos de lances tomados de aquellas leyendas. Uno muy significativo es el de que el origen de la desaparición en el mar de nuestro anfibio fué una maldición de su madre: estaba el futuro nadador, siendo niño, bañándose en el río, y aquélla le llamó desde su casa; como no acudía, le maldijo pidiendo a la Virgen que no saliera nunca del agua que tanto le gustaba [29]. Pues bien; este mismo elemento legendario aparece en la fábula de la Sirena del folklore cantábrico que Cabal [30] refiere así: «La Sirena es una muchacha que se pasa la vida jugando en la playa y saltando entre las rocas. Su madre se enfada con ella, y un día, cansada de llamarla a casa inútilmente, la grita: «¡Así permita Dios que te hagas pez!»; y aquella tarde sintió ganas de nadar, se metió en el agua y le brotaron la cola y escamas y vivió en el mar como sirena.»

Feijóo, como es natural, desecha lo de la maldición [31]; pero huyendo del error popular tropieza en la superstición científica y explica, como ya hemos visto, con razones inadmisibles, primero que un ser humano pueda vivir en el agua varios años, incluso sumergiéndose horas y horas. Y segundo, que se puede vivir sin dormir, toda vez que el sueño era imposible al hombre-pez en su habitual residencia acuática. Para lo primero, se basa principalmente en el hecho que ya hemos relatado, de la respiración del feto dentro del vientre de su madre, y supone que el hombre adulto en condiciones de excepción podría recobrar esa facultad. Para lo segundo aduce varios ejemplos recogidos en sus noticiarios, de hombres que pasaron largas temporadas insomnes. No hay que decir que la interpretación de la vida fetal es tan falsa como estos casos de ausencia de sueño. Incluso le vemos dispuesto a admitir que Francisco Vega pudiera reclinarse a descansar y a dormir en el lecho de los mares, lamentándose —ya lo he recordado— de que su estulticia le hubiera impedido revelar después las maravillas submarinas.

Este error es el borrón de la obra de nuestro sutil fraile; error que, a pesar de su magnitud, no le echaron en cara sus enemigos —salvo el papel insignificante, de Mañer—, que en cambio le cercaban y acometían por traspiés fútiles o por interpretaciones atrevidas en las que, al cabo, resultaba que era la videncia de Feijóo la que estaba en lo cierto. Y es que sus contemporáneos creían también en el hombre-pez como siguieron creyéndolo hasta entrado el siguiente siglo, incluso algunos hombres de ciencia [32]. Sin duda, el fundamento principal de esta creencia estaba en la historia del peje Nicolás, entonces aceptada como artículo de fe. Se discutían la existencia real de Vega, que era, como hemos visto, ciertísima; pero, de existir, sus hazañas marinas no eran cuestión de duda para nadie.

Ahora tenemos que precisar hata dónde pudo ser cierta la vida marina del hombre-pez. La biología moderna nos permite entrever una explicación más satisfactoria que las del tiempo de Feijóo [33]. Despojando a la realidad de

---

[29] El cura Hoyos añade una segunda maldición materna: un día en que el joven Vega llegaba a su casa, hambriento por el ejercicio acuático, se comió parte de unos besugos que su madre tenía reservados para la cena; al enterarse ella, pidió a la Virgen que su hijo se convirtiese en besugo (o *breca*, como se dice en la Montaña).

[30] Cabal [34]. Comete el excelente folklorista el error antifeijoniano de llamar *sirena* a la *nereida*.

[31] Ya el marqués de Valbuena y los otros corresponsables de Feijóo se pronuncian contra la maldición de la madre, que era mujer de mansa condición e incapaz de maldecir. Su hijo, el sacerdote, protestaría sin duda de esta parte de la leyenda.

[32] Véase una enumeración en Herrán Valdivieso [98]; Romey, Scheilen, entre otros, dieron crédito a la fábula.

[33] La esbocé en mi libro [134].

su hojarasca legendaria, es evidente que ha habido muchos hombres dotados de aptitud singular para nadar y para bucear. Ya los antiguos se esforzaron en interpretar tales aptitudes. En Mexía [34] leemos: «Cosas son éstas (los hombres marinos) muy maravillosas. Los astrólogos dicen que esto es por la influencia de las estrellas en el nacimiento de los hombres, y que los que reunieron el signo de Piscis serán muy grandes nadadores. Los autores filósofos afirman que el hombre que reuniere muy pequeño el bazo será muy ligero y muy hábil para nadar». Claro es que hoy ya no son válidas ni la hipótesis estelar ni la esplénica. Pero podemos intentar una explicación más en consonancia con los conocimientos de ahora, y es esta: Una porción de detalles referidos en los documentos sobre el hombre-pez, permiten suponer que éste fué un cretino. En la montaña santanderina, como en todo el Pirineo, hubo en otros tiempos numerosos casos de bocio y cretinismo endémico, de los que hoy apenas quedan algunos focos en Asturias y Galicia. Pero entonces la endemia afectaba, según todas las probabilidades, a Santander [35]. Son características de este cretinismo la imbecilidad y la mudez que todos los testimonios atribuyen a Vega [36]. Otros muchos detalles coinciden con este diagnóstico, como el pelo rojo [37], muy común en los cretinos; la glotonería [38]; la tendencia a calentarse para evitar el constante enfriamiento de estos enfermos [39]; el comerse las uñas [40], etc. Pero sobre todo induce a pensar en su cretinismo su piel áspera, «al modo de lija» —decía Don Gaspar de la Riba—, por lo cual se creyó que tenía escamas que le habían nacido en el mar, siendo esto, tal vez, uno de los motivos más importantes de la leyenda de su naturaleza anfibia. Este estado de la piel era indudable, pues lo refieren varios testigos que le conocieron y que no tenían la propensión hiperbólica del cura Hoyos: tal el citado Don Gaspar. Ya Feijóo supone que «algunos equivocarían el cutis áspero de algunas partes de su cuerpo con piel escamosa». Y el docto y liberal Herrán sugiere que muy bien podría tratarse de un caso de ictiosis, enfermedad de la piel, cuya descripción copia en su opúsculo, y que se llama así por el aspecto escamoso de los tegumentos que se asemejan a la piel de los peces. No hace mucho hemos publicado el caso de un niño ictiósico que, de haber sido sorprendido en el agua por gentes tan alucinadas como nuestros compatriotas del siglo XVIII, hubiera pasado sin dificultad por un monstruo medio humano y medio pez [41]. Ahora bien; esta ictiosis la padecen frecuentemente los hombres con lesiones de la glándula tiroidea, como los cretinos; y desde luego no es raro la asociación del cretinismo, ya con la ictiosis verdadera, ya con estados de piel tan seca y rugosa que vehementemente la recuerda. Esta me parece la explicación más lógica de las pretendidas escamas del nadador de Liérganes, que tanta parte tuvieron en la génesis de su mitología [42].

---

[34] Mexía ([158], cap. 23).

[35] Véase mi libro [133].

[36] Es cierto que estas mismas referencias anotan que Vega era inteligente antes de su pretendida fuga por el mar. Pero se comprende que no era así y que el cambio que dicen las historias está impuesto por la leyenda, que exige que se tornase idiota en sus soledades marinas, sin otra compañía que la de los peces. Aparte de que el déficit mental de los cretinos es mucho menos apreciable en la infancia y juventud que en la adultez, siendo, por ello, frecuente que las familias no la adviertan hasta ocurrida la transformación adulta.

[37] *Teatro*, VI, VIII, 10.

[38] Dice Hoyos: «Comía de una vez para tres días, y en tanto grado que (sin que sea hipérbole) cuatro buenos comedores no sacaran igual ración.» (Herrán [98], p. 199).

[39] Hoyos refiere que iba a calentarse a los hornos de la fundición de cañones de La Cavada, al lado de Liérganes (Herrán [98], p. 199).

[40] *Teatro*, VI, VIII, 74.

[41] Marañón y Alvarez Cascos [136].

[42] Claro es que la imaginación popular iría en el auge de la leyenda, al pasar de unos testimonios a otros, hiperbolizando la piel escamosa hasta convertirla en la de un

Pero queda lo más interesante por decir. Los organismos con tiroides de función escasa —y ésta es la lesión fundamental de los cretinos— tienen una propiedad recientemente descubierta, a saber, la escasa necesidad de oxígeno con relación a los organismos normales; así como los que poseen una función tiroidea excesiva requieren enormes cantidades de oxígeno para vivir. Asher y sus colaboradores han demostrado [43] que cuando un animal (un ratón por ejemplo) al que se le ha extirpado el tiroides se coloca en el fanal de una campana neumática, resiste la privación del aire mucho más que otro ratón con su tiroides intacto; y muchísimo más que otro intoxicado con extracto de tiroides. Es más, inyectando a una rata normal sangre de un enfermo sin tiroides, de un cretino, esta rata adquiere notable resistencia en el vacío de la campana; y el mismo animal inyectado con sangre de un enfermo hipertiroideo se hace por el contrario extremadamente sensible a la privación del oxígeno.

Por esta razón los cretinos tienen la facultad de resistir más que las personas normales cuando se zambullen bajo el agua. Por mi propio testimonio y por el de otros médicos, he podido comprobar que en los puertos del norte de España los muchachos que se distinguen por la duración de sus inmersiones en los juegos acuáticos (por ejemplo, para recoger monedas arrojadas al mar) son con frecuencia cretinos. Como sin duda era el de Liérganes y quién sabe si el peje Nicolás. Probablemente, este exceso o escasez de tiroides influye también en la menor o mayor facilidad para soportar la atmósfera enrarecida de las grandes alturas. He tenido ocasión de comprobar que algunos aeronautas, aviadores o alpinistas que se jactaban de no sufrir la menor molestia en altitudes en las que los normales padecen intensamente, presentaban manifestaciones más o menos netas de insuficiencia tiroidea. Feijóo, agudo hasta en sus grandes errores, atisba desde lejos esta explicación, pues cita, para esclarecer su teoría del hombre-pez, el experimento de Boyle, según el cual los animales sometidos al vacío de la campana van aumentando su resistencia a la asfixia si se les somete a sesiones progresivamente alargadas e intensas. «Esta explicación muestra invariablemente —concluye— que el ejercicio de contener la respiración va disponiendo al sujeto para tolerar la falta por más y más tiempo, a proporción de lo que se repita el ejercicio» [44]. Y en los organismos sin tiroides, el aprendizaje es mucho más eficaz, paralelamente, a la menor necesidad en oxígeno de los tejidos.

En *El por qué de todas las cosas*, más arriba citado [45], se insinúa para los casos de resistencia a la asfixia esta misma explicación que es curioso recoger: «Cuanto el animal es más caliente de naturaleza, tanto más necesidad tiene de refrigerio, y consiguientemente puede menos tiempo estar sin aliento y más pronto se ahoga. El hombre que es de cálida naturaleza se ahoga en el agua mucho más presto que el de naturaleza fría, y por esta misma razón el hombre ahorcado cuanto tiene el calor más fuerte, muere más presto.» Por hombre caliente o frío hemos de entender hoy hombres con mucho o poco tiroides, respectivamente. Recuérdese que ya antes hemos citado la opinión de Galeno sobre la menor necesidad de respiración de los «corazones muy refrigerados», que hoy entendemos como hipotiroideos.

---

animal marino perfecto. Muy curioso, como prueba de esta creación del mito por la oposición de elementos imaginarios es esto: Doña Emilia Pardo Bazán, cuando habla del hombre-pez, no se contenta con decir que tenía la piel escamosa, y agrega por su cuenta: «y a ellas (a las escamas) adheridas venían fucos, algas y menudas y delicadas conchillas» ([175], p. 80). Esta superposición de las algas y las conchas por espíritu tan alto y alejado del monstruo por varios decenios nos demuestran de lo que sería capaz la colaboración de las mentes populares contemporáneas del prodigio.

[43] Asher [22].

[44] *Teatro*, VI, VIII, 32.

[45] [68], p. 176 B.

Francisco Vega —podemos verosímilmente afirmarlo— fué, pues, un cretino; por ello fué idiota y casi mudo; por ello erró sin sentido por tierra o quizá por mar, pero no nadando; por eso tuvo escamas; por eso, en fin, nadaba con pericia y resistencia extraordinarias y se sumergía mucho más tiempo que los muchachos sanos de su edad. Lo demás, hasta dejarle convertido en el prodigioso hombre-pez que popularizó Feijóo, lo hicieron los prejuicios y las supersticiones de la época.

He aquí la revisión moderna y la interpretación actual de este caso, famoso en la antología de las leyendas españolas y origen del más grave tropiezo del ingenio de Feijóo, el gran vencedor de supersticiones y de mitos.

XXX.—Problemas de Teología y de Moral médica

Terminaré esta relación con algunos problemas de teología médica que, como era inevitable, surgieron a la consideración de quien, como Feijóo, era a la vez médico de hecho y por derecho teólogo indiscutible; y miraba a ambas ciencias como unidas en la misma raíz. «La Teología moral —escribía—, que es la ciencia médica de las almas, tiene innumerables analogías con la ciencia médica de los cuerpos» [1].

Antes hemos referido su doctrina *sobre si el bautizo de una de las dos cabezas de un monstruo bicípite aprovechaba o no a la totalidad del organismo.*

Combatió otra vez, y ésta suavemente, a los médicos que se apresuran, al menor pretexto, y por hacerse gratos a sus enfermos, a *dispensarlos de los rigores cuaresmales;* y sus razones fueron principalmente médicas como convenía a su propósito, demostrando que la dieta de estos días preceptuales no es nociva, antes bien, de singular utilidad fuera de raras ocasiones. Convenía esta tesis con sus puntos de vista acerca de la alimentación que ya conocemos y cuya certeza hemos reconocido [2].

Con la misma inteligente tolerancia se ocupó del problema, planteado por uno de sus corresponsales: de *si es deshonesto que las mujeres sean asistidas en sus partos por hombres.* Su contestación es categórica: «Dos vidas penden de practicar bien este oficio: la de la madre y la del feto; y de éste, no sólo la temporal, mas la eterna también. ¿Materia tan de suprema importancia no merece que por ella se renuncien todos los melindres del pudor?» «Está bien, digo, que una mujer sacrifique a su pudor la propia vida. Pero ¿por qué regla podrá una madre sacrificar la del inocente feto?» [3].

Y aún más resplandece su actitud tolerante —no siempre compartida por sus colegas de hábito, por desgracia— en el asunto de la Bula de Pío V sobre *el deber de los médicos, en caso de terremoto, en que hay accidentes a montones, «de procurar a los enfermos la tempestiva percepción de los Santos Sacramentos».* Varios médicos se excusaban de la observación de esta Bula, entendiendo que su espíritu era que si el accidentado se niega a recibir los Sacramentos después de advertido por el Doctor de su peligro de muerte, el Doctor, en castigo, debe abandonar su asistencia. Así interpretada la orden, los galenos hacían bien en resistirse. Pero Feijóo aclara la cuestión: la Bula sólo induce a amagar al abandono, para que el doliente se apure y a favor del miedo admita los auxilios espirituales; pero en modo alguno significa que se le deje morir sin asistencia médica. El mismo, en tres o cuatro casos, se había encontrado con que moribundos, religiosísimos de siempre, se negaban a ser sacramentados, por turbación de la enfermedad: ya

[1] *Teatro,* VIII-XI, todo.
[2] *Teatro,* VII, IX.
[3] *Cartas,* II, XVII.

por no darse cuenta, ya por no querer dársela, de la inminencia del peligro; ¿podría él, en vista de esto, abandonar a su suerte a estos enfermos y aconsejar esto mismo a los demás sacerdotes? No. Toda ley tiene sus trampas generosas en los momentos de gravedad [4].

La fe del Padre Feijóo era ejemplar, ya lo hemos dicho. Pero tenía la piedad infinita del que está acostumbrado a mirar de cerca a los hombres: de cerca, no sólo con los ojos de la humana compasión, sino a través del gran cristal de aumento de la ciencia, que nos enseña la fragilidad de nuestra condición y nos induce, por lo tanto, a perdonarlo todo. Mientras más sabía, se sentía más cerca de la virtud por excelencia, que es la caridad [5], sin la cual no hay tampoco sabiduría verdadera. La dureza del alma significa, ante todo, ignorancia de las raíces profundas del alma del hombre; y Feijóo las sabía de memoria.

XXXI.—Las polémicas médicas. Los adversarios de Feijóo

Los autores que se han ocupado de Feijóo dedican el mayor número de sus páginas al estudio de las varias y ruidosas polémicas que suscitaron sus escritos. Nosotros lo haremos parcamente, porque, al menos en lo que hace a los temas biológicos y médicos, toda la literatura de sus adversarios no tiene más que un interés meramente bibliográfico. He leído, no sin angustia de mi atención, la mayor parte de los documentos de las disputas feijonianas y, en verdad, me remuerde, a veces, la conciencia del tiempo que he perdido en asomarme a esos pequeños charcos del alma de los intelectuales españoles del siglo XVIII; cuando cada día es mayor nuestra sed por el agua clara y corriente de la ciencia de ahora, tan caudalosa que la vida se nos va de entre las manos sin haberla apenas empezado a gustar. Menéndez Pelayo [1] intentó reivindicar algunos de los impugnadores de Feijóo —¡hasta al Padre Soto Marne!— que han pasado a la posteridad justamente aplastados por la ciencia y el arte polémico del benedictino. No puedo juzgar en este pleito, en general. Pero en lo tocante a la disputa médica, la gloria de Feijóo puede reposar tranquila sin temor a que sea jamás turbada por la resurrección de aquellos pobres diablos que le molestaron en vida.

Pocas cosas, en efecto, dan idea del relajamiento de aquella cultura como los documentos que se levantaron contra Feijóo, abarrotados de pedantesca ignorancia y de radical majadería; y nada como ellos mismos para realzar, por contraste, la personalidad científica de Feijóo, separado de la mayoría de sus contemporáneos por una muralla, inexpugnable para ellos y para él. Sólo se salva de este juicio la discreta *Carta* de Martín Martínez, ya comentada; y quizá también, por su cortesía y buen aplicación, el libro de Bonamich [2], en la breve parte dedicada al Padre Maestro. Los demás adversarios fueron ejemplares de esa fauna humana que vive prestándose al triste papel de arrancar tiras de la piel del genio, para que se satisfaga la sorda envidia de los que contemplan la ajena gloria con la ira en el corazón y la sonrisa cobarde en los labios. Cuando a un hombre que ha triunfado le rodea

---

[4] *Cartas*, V, XII, 10. Recuerdo haber asistido en sus últimos trances a un gran prelado de ejemplar religiosidad; no obstante, no se le pudo convencer de que iba a morir, por lo que resistió obstinadamente las indicaciones de sus familiares para que recibiese los Sacramentos, que en su vida normal frecuentaba a diario. Hubo de ser viaticado casi por sorpresa.

[5] Véase el hermoso ensayo titulado *Si la ciencia conduce o se opone a la práctica de la virtud. (Cartas.* V, XVIII, y también la siguiente, XIX, del mismo tomo.)

[1] Menéndez Pelayo [154], III.

[2] Bonamich [30].

la admiración de los demás, cualquier malandrín puede encararse con él y maltratarle con la seguridad de que derrama un bálsamo sobre el corazón, no sólo de los enemigos, sino de una gran parte de los propios corifeos del triunfador. Es la única empresa que en esta vida puede emprenderse con la certeza de que no falla en el propósito. Y no escribimos esto con dejos de amargura sobre la maldad del alma de los hombres, sino con la objetividad, con que se describen las costumbres de las especies vivas, unas benéficas y útiles, y otras venenosas: que a todas las ha puesto Dios sobre la tierra para cumplir una alta o una triste misión. En definitiva, la virtud humana es siempre —como el placer físico, como la gloria, como todo lo marcado con signo positivo— un mero contraste frente a lo que es substancialmente negativo. Y sin esas gentes que cumplen su oficio de ser malos sin necesidad, el hombre virtuoso no tendría su silueta firme. El Padre Feijó sufrió muchas horas de escozor con estos papeles que le arrojó la envidia, revulsivos como cantáridas; pero ellos fueron factores principales de su gloria actual.

Es cierto que Feijóo tenía lo que yo he llamado refiriéndome a nuestro Unamuno, «el espíritu de contrapelo», que no es lo mismo que el proverbial espíritu de contradicción. Antes bien, el contrapelo es con frecuencia un modo áspero pero muy eficaz de estar de acuerdo con el otro dialogante. Representa en la relación humana lo que muchas veces significa en la religión la heterodoxia, es decir, inquietud vehemente de creer y de querer, más allá de lo formulario. Esto no siempre se interpreta así. Desde luego, en el caso de Feijóo, muchos de sus contemporáneos, solemnes catedráticos del arte médica, se mostraron de buena fe lastimados en su pedantería por las ideas atrevidas del fraile. Otros, los más, eran simple galopines, y les importaban muy poco las doctrinas. Lo que querían era «hacerse famosos impugnando a un hombre celebrado» —como el mismo Feijóo decía— «medio inicuo que para conseguir la gloria ha inventado la malicia» [3]. O, más al ras de tierra todavía, sólo se proponían ganar a costa del escándalo unas cuantas monedas. Con su garbo habitual decía Feijóo pensando en esta variedad de sus enemigos: «Es el caso que yo tengo una gracia, *gratis da'a*, de la cual renunciaría con mucho gusto a la mitad; esta gracia es el lograr fácil venta no sólo a mis escritos, mas también a los de mis contrarios» [4].

Estos parásitos de la gloria ajena, cuya descendencia no se extingue nunca, usaban entonces de las mismas tretas que siglos antes, y que ahora mismo, casi dos después; porque como su éxito no depende de la eficacia de sus armas, sino del alto renombre de su víctima y de la envidia del coro, todo lo encuentran hecho y no tienen para qué incomodarse en perfeccionar la agudeza ni el veneno de sus flechas. No hay, pues, que decir, porque es historia sabida, que acusaron al benedictino de falta de originalidad, de antipatriota y de hereje: son las tres pedradas favoritas de los envidiosos, porque son las que más eco encuentran en la muchedumbre. Y es muy común agregar a estas tres acusaciones clásicas, alguna otra en relación con la vida privada del personaje. No escapó tampoco nuestro polígrafo a esta dentellada: ya hemos recordado, por ejemplo, qué infamemente se insinuó que padecía aquellos males que se curan con el mercurio, tan celebrado en sus escritos médicos.

Ya nos hemos ocupado de la tacha de falto de genio original, que le fué

---

[3] Feijóo ([72], p. 6).
[4] Prólogo Apologético al tomo III del *Teatro*, p. XXXIV. En otro Prólogo, el del tomo VI del *Teatro*, refiere que cierto librero de Sevilla usaba del ardid de no querer vender los libros suyos a los muchos que venían a solicitarlos, si, a la vez, no compraban los de sus impugnadores; y casi todos aceptaban, con lo que a la sombra de su reputación se beneficiaban sus enemigos.

imputada. Insistamos ahora en la de su supuesto antiespañolismo. Feijóo sentía el amor a su patria, no como los que la explotan, sino como los que la sirven con el sacrificio de todos los días, que es a las veces severo con ella. Distinguía, desde luego, el patriotismo verdadero de la necia patriotería: «busco —dice en los hombres aquel amor de la patria que hallo tan celebrado en los libros; quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, verdadero; y no lo encuentro. En unos, no veo mucho afecto a la patria; en otros sólo veo ese afecto delincuente que con voz vulgarizada se llama pasión nacional» [5]. Sin embargo, sus enemigos tomaban el nombre de la patria para ofenderle como encomiador de las glorias ajenas, bebedor de fuentes extranjeras y corruptor del lenguaje castizo con voces extraídas de las lenguas extrañas. Amargamente recordaba el crítico, ante estas calumnias, que otro tanto sucedió el Padre Mariana [6]; y despues de él, hasta nuestro siglo, apenas ha habido un español ejemplar a quien los necios que nunca hicieron nada no hayan acusado, entre aplausos de la plebe, de extranjerización. Sin embargo, como siempre ocurre, ya nadie se acuerda de los *patriotas* que amargaron la vejez de Mariana ni de los que acusaron a Feijóo; en tanto que ambos nombres aparecen en la primera línea de los círculos de la luz que iluminan el nombre de España ante la Historia.

También hemos referido las insinuaciones que algunos apuntaron sobre la poca limpieza de la ortodoxia de Feijóo. Insisto en que su fe era impoluta: rasgo esencial de su espíritu, como que sin ella perderían su actitud y su obra más de la mitad de su interés y todo su sentido original y español.

Además de las acusaciones públicas, no podían faltar los anónimos, que llovían, en efecto, sobre Feijóo, mientras más resonante era su gloria. Uria nos lo cuenta: «... pero acaso se ignora fatalmente que hubo quienes, sin temor de Dios, le dirigieron cartas sin firma, llenas de dicterios. Hombre hubo que, no contento con vomitar asquerosos materiales por su hedionda pluma, quiso, hasta en un negro papel de estraza en que los arrojó, manifestar su intención maldita» [7].

No murió Feijóo, como el doctor Martín Martínez, de estos disgustos; pero, sin duda, le hicieron pasar horas largas de amargura. Es sabido que al ver que menudeaban los ataques, decidió no leerlos más y sólo se enteraba de ellos por referencias atenuadas de sus amigos. Su aislamiento en la celda de Oviedo le ayudaba; otra cosa hubiera sido de vivir en la Corte, cuyo ruido maligno traspasa las ventanas mejor cerradas. Sin embargo, a veces, no se podía contener y abría el papel ofensivo y lo devoraba con indignación. Léase el prólogo a la *Ilustración Apologética* [8], que es en este sentido muy expresivo; pero la preocupación de los adversarios aparece, en realidad, diluída en toda su obra. Con intención muy subjetiva recuerda en su también citado prólogo al tomo IV del *Teatro*, a Arístides, que después de vencer en muchos épicos combates moría del veneno «de una vil y pequeña sabandija»; y éste era su dolor: no el morir, sino el morir de la picadura «de

[5] Véase El Discurso *Amor de la Patria y Pasión Nacional* (*Teatro*, III, X), y el comentario de Pérez de Ayala [179].

[6] *Teatro*, III, X, 2.

[7] Uria ([219], p. 23). No se entiende bien lo que hizo este bellaco anonimista; pero puede imaginarse que lo más abyecto y sucio, porque tal es el proceder habitual de estas tristes almas. Algún día haré un estudio de los anónimos a los hombres que han vencido, reveladores directos de la tempestad del resentimiento de los impotentes. Véase una interesante contribución sobre los anónimos dirigidos a otro español ilustre, Galdós, en Berkowitz [29].

[8] En este Prólogo refiere al detalle cómo sus amigos le convencieron de que no leyese el *Anti-Teatro* de Mañer. Pero se alarmó al saber que este libro se vendía y leía mucho. Le ocurría siempre igual. Se resignaba a los ataques, pero no podía sufrir que éstos tuvieran difusión y popularidad.

una infeliz bestezuela y el no haber sido destrozado por un león, hecho cuartos, de un elefante o despedazado de un tigre». No reflexionaba nuestro fraile que Arístides se quejaba en vano, porque lo importante es caer con dignidad, sin mirar demasiado la talla del que nos hiere [9].

Ya hemos dicho cómo Feijóo, harto de luchar, obtuvo una orden del rey prohibiendo que fuese zaherido; y tan eficaz fué el Decreto que el Padre Soto Marne, con todo el ejército de sus franciscanos detrás, se quedó sin publicar la respuesta a la muy dura que a su vez le había dirigido el benedictino. Y ahora voy a decir una cosa que extrañará a muchos: yo creo que el rey don Fernando VI hizo bien en dar esta orden. Creo en la eficacia insubstituíble de la polémica recta y objetiva, la que ayuda a construir la verdad; pero esa otra disputa interesada, que sólo sirve para que la verdad se despedace y sus fragmentos sean pasajero cebo de la pasión personal de los contrincantes, esa, debe ser suprimida, aunque sea por Real decreto. La verdad, que es un bien de todos, saldría ganando con ello y sería, además, una lección de respeto a la legítima jerarquía de quien tiene como único patrimonio el derecho a ser respetado. Menéndez Pelayo, en cambio, en la época de su máximo celo ultramontano, cuando escribió los *Heterodoxos,* protestaba de esta medida, que califica de despótitca y antiliberal. Así cambian de lugar las ideas, en el transcurso de las generaciones, saltando como pájaros inquietos de unas mentes a las de los que están en la otra acera; mientras los hombres siguen creyendo que lo importante es la acera donde acampan y nos las ideas, eternamente en marcha, que desde ellas se defienden.

Los aspectos de un cierto interés en las polémicas médicas en torno de Feijóo han sido ya comentados en las páginas anteriores. Para su estudio extenso, véanse Hernández Morejón [10], Chinchilla [11] y Morayta [12], y, sobre todo, Sempere y Guarinos [13] y Millares [14].

A continuación reproducimos la bibliografía, por orden cronológico, con algunos comentarios sobre los libros y folletos que nos parecen merecerlo:

Martín Martínez [144]. Ya hemos comentado esta *Carta,* admirable de buen sentido, como un documento perfecto de crítica científica. Es, además, de lo mejor escrito de su autor. Su principal punto de vista es no confundir, como lo hizo Feijóo, el escepticismo del arte médico, como filosofía general, con la falta de fe en lo que se sabe por experiencia que es útil en la Medicina. «Culpo al fárrago de medicamentos, pero alabo el uso de los bien indicados.» Hace una enumeración de los progresos de la medicina en su tiempo, que es interesante: en ella dice esto, que demuestra que, a pesar de su profesión escéptica, su optimismo terapéutico era considerable: «en la cólera morbo, de que pocos se libertaban, hoy rarísimo se desgracia». Y más adelante: «El mal venéreo indudablemente se sujeta a Mercurio, la clorosis a Marte y el histerismo a Júpiter.» Cita, hablando del abuso de las sangrías, el caso de un desgraciado que en cinco años sufrió más de quinientas. Critica, por fin, las condiciones que Feijóo exigía al médico para ser aceptado; y las critica muy bien, sobre todo aquello de «que no amontone remedios»; Martínez, ducho en la práctica de su profesión, observa la responsabilidad que en todo esto tienen los mismos enfermos, sobre todo con el argumento de que «no queda otro consuelo a los parientes que el que no haya habido cosa que no se haya hecho».

Aquenza (Pedro) [16]. No tiene el menor interés médico este famoso papel. Es tam-

[9] Acabó Feijóo acogiéndose a la máxima de Gracián de no contestar sino a quien lo merecía; y, para ello, se informaba antes de la calidad de su contrincante. En una carta significativa a Sarmiento, escribe: «Tuve este correo carta de un P. Marcos Bolaños con algunas objeciones (la mayor parte ineptas) sobre el asunto de no tener los exorcistas potestad para imperar las cosas inanimadas. Es de ese convento de la Merced. Así será fácil a V. Pdad. informarse qué sujeto es.» (Cartas inéditas de Samos, 27 de junio de 1739.)

[10] Hernández Morejón ([96], t. VI).

[11] Chinchilla [55].

[12] Morayta [163].

[13] Sempere y Guarinos [202].

[14] Millares ([160], p. 63).

bién una reacción del profesional ante quien no lo es y se entromete. Como Feijóo cita mucho a Sydenhan y Etmullero; dice de ellos, por espíritu de contradicción, que «al lado de Hipócrates son sólo trastuchos y sabandijas». Con la aprobación del P. Francisco Montero, clérigo menor, escribe que «la Medicina es Facultad que creó el Altitísimo y que reconoce como primer patrón, después de Dios, al Santísimo médico San Rafael Arcángel, cuyos remedios, con Tobías cuentan las Sagradas Letras, San Agustín, San Jerónimo y San Isidro.»

Suárez de Ribera (Francisco) [207]. Suárez de Ribera da idea de no saber nada de medicina. Con un espíritu de aldeano zorro, ataca a Feijóo y a Martín Martínez, afectando defenderlos. Se hace eco, con fruición, de los muchos chismes que corrían contra Feijóo, incluso el de su supuesta sífilis, como ya hemos comentado. Defiende la virtud curativa de la piedra bezoar, justamente menospreciada por el benedictino. Protesta de que éste quiera definir el hombre sensual: de esto —dice— entenderá el Padre «lo mismo que un jumento de puntear la guitarra». Polemista, pues, acrimonioso, solapado, a veces gracioso y horro de ciencia médica.

Feijóo (Benito Jerónimo) [74]. La respuesta de Feijóo a Martín Martínez tiene el mismo tono cordial que la *Crítica defensiva* de aquél. En realidad, la discrepancia de ambos era mínima. La respuesta a Aquenza es breve y desdeñosa. Destaca de ella el que, como Aquenza combate a Feijóo con textos de los Santos Padres, el monje le responde negando autoridad a los Santos Padres «en materia de medicina y otras puramente naturales que no estudiaron ni trataron de intento». A Ribera le dedica unas líneas de extraordinaria mansedumbre, dada la violencia del ataque.

Suárez Ribera (F.) [208].

Solís y Herrera (F. A.) [203].

Torres de Villarroel [214]. Papel incongruente y chabacano.

Isla [101], [102], [103] y [104]. En estos papeles, supuestos del P. Isla, se ataca al doctor Aquenza y se defiende a Feijóo y a Martín Martínez, sin ningún argumento médico, como es natural, sino sólo en tono polémico desenfadado. No tienen el menor interés. Morayta atribuye la *Carta Gratulatoria* [102], no a Isla, sino a Feijóo, porque en el manuscrito de la Biblioteca Nacional figura con la nota: «Fué su autor el P. M. Feijóo.» No podemos intervenir en este pequeño pleito. Lo que no es exacto es que su estilo «encubra mal la pluma mordaz, atrevida y aun desvergonzada del benedictino». En nada se parece el estilo de Isla al mucho más noble de Feijóo.

Canillejas [43].

Palero [174].

Castejón [48]. Se atribuye este folleto al jesuíta P. Castejón. No tiene el menor interés.

Feijóo [73].

Prada [186].

Angel de Zelvar [8].

Suárez de Ribera [209], [210].

Conde [58]. El folleto de Conde es curioso, por expresar muy bien la reacción iracunda de un médico práctico, satisfecho de su oficio, al que molesta que un escritor dude de las excelencias de su arte. «A los médicos —escribe—, que tenemos en nuestro arbitrio el visitar, sobra muy poco tiempo para escribir.» Califica al *Teatro Crítico* de «libelo infame que disculpa con lo que provoca la ira que ocasiona su lectura». Le irrita mucho que Feijóo atribuya el origen de la Medicina al centauro Choron y exclama indignado: «Dios y no el Centauro fué el primer Padre de esta ciencia.» Su actitud defendiendo las sangrías en las fiebres es bastante razonable y da idea de un buen clínico. Cortés, protocolario un tanto afectado, como todos los médicos que visitan mucho. Hernández Moejón ([96], t. VII, p. 15) hace sólo una brevísima mención de Conde, pero Chinchilla ([55], t. III, p. 119), le alaba con justicia: «Este escrito —dice— es uno de los mejores que se publicaron contra el discurso médico del Padre Feijóo.» Es verdad.

Anónimo [9].

Conde [58].

Anónimo [10].

Martínez Argardoña [150].

Lloret [119]. Merecen una cita especial estos dos escritos [150] y [151], porque en ellos se discute un caso clínico, y no una fantasía; si bien de poco interés. Lloret ataca a Feijóo. Martínez Argardoña elude el entrar en la contienda con el fraile.

García Cavero [88-B].

Fonlazo de Arenyz [85].

Llopiz de Unzueta [118].

Anónimo [11].

García Ros [90].

López de Araujo [114]. Es un opúsculo cortés en el que Araujo se refiere principalmente al «terror producido por el *Teatro Crítico* en los enfermos». Como prueba de la enorme impresión que la autoridad de Feijóo ejerció en su tiempo, es interesante.

Isla (P. J. F.) [105].
Dorado (S.) [65].
Dorado (F.) [66].
Feijóo [76].
Anónimo [12].
Naderi [165].
Sueyros [211].
Mañer [127]. La obra de Mañer impugna a Feijóo en algunos de sus puntos de vista médicos, sin interés alguno actual. Hoy sólo merece un recuerdo histórico, por ser uno de los centros de remolino de las polémicas feijonianas. Las impugnaciones de Mañer son, en general, corteses y demuestran erudición de ideas claras. En Morayta [163] y Millares Carlo [160] está referida y criticada al pormenor esta disputa. De ella surgieron otras, que no interesan a nuestro objeto; algunas poco conocidas, como la de Feijóo con Mayans y Siscar, que transcurrió, casi por completo, oculta al público: véase Millares Carlo [160-A]. El monje se mostró enconado y un tanto maligno en esta controversia. Supone Millares que al fin ambos polemistas harían las paces, al menos en la apariencia. En una línea al margen de una de las cartas inéditas de Samos (28 de octubre, sin año), dirigida a Sarmiento, se lee: «Bien he reído e hice reir a otros con la carta sobre el casamiento de Mayans»; se ve, pues, que Sarmiento intervenía en el desdén a Mayans y que ámbos benedictinos no respetaban su vida íntima.
Feijóo [79]. Con razón se ha comentado el tono agresivo de esta respuesta de Feijóo a Mañer, en contraste con la mesura de éste.
Sarmiento (P. M.) [198]. Hay en este libro abundantes referencias médicas.
Mañer [128].
Rodriguez (P. A.) [192].
Armesto y Osorio [21].
Bonamich [30]. Hemos comentado ya este libro, que debió entretener los ocios del culto y culterano doctor Bonamich en su partido de Villarejo de Salvanés. Los siete «Duelos» en que está dividido son de fatigosísima lectura. El primero está dedicado al P. Feijóo. Los demás al P. Rodríguez, émulo del benedictino, ya citado, mucho más vulnerables. Son acertadas varias de sus consideraciones, por ejemplo, las referentes a desvirtuar el valor que quiere darse al pulso como punto de partida —casi único, como en Solano de Luque— del diagnóstico y del pronóstico. El pulso es un fenómenos infinitamente influído por muchas circunstancias. «Hasta los barberos saben —dice— que a la vista del médico se conturba el pulso.»
Rodríguez (P. A.) [193].
Macanaz [120]. Se ocupa de algunos de los temas médicos de Feijóo, como el de la circulación de la sangre. Es un escrito ligero: con la disculpa, que el mismo autor aduce, de estar redactado en la cárcel, con muchas incomodidades y muy pocos libros. Ferrer del Río ([83-A]. I. Introducción) hace un paralelo muy insistente entre Feijóo y Macanaz, al que asigna un papel tan importante como el que jugó el monje en la regeneración de España. Creo que exagera.
Fray Luis de Flandes [84]. Era Fr. Luis de Flandes ex provincial de los capuchinos de la provincia de Valencia. Se publicó este libro bajo los auspicios de la tertulia valenciana en qne tanto influían don Gregorio Mayans y D. Salvador José Mañer. A este último está dedicada la obra de Flandes. Se ocupa mucho de medicina, oponiendo a los argumentos de Feijóo sobre la falibilidad de la ciencia otros de orden teológico o sencillamente disparatados. Pocos documentos demuestran, como éste la superioridad de Feijóo sobre sus contrincantes: superioridad no de erudición, ni de talento polemista o literario, sino de «actitud» de modernidad en el benedictino, frente a la ranciedad de los otros. Feijóo escribió sobre este libro la carta IV del tomo III de las *Cartas Eruditas*, impugnando sus tonterías y fingiendo no creer que un ex provincial de tan insigne Orden pudiera ser su autor. No acepta la calidad de ser capuchino para dar por supuesto su talento, y escribe esto, tan gracioso: «Nadie ignora que todos los religiosos tienen sus sabios y sus ignorantes, sus agudos y sus romos; y la circunstancia de barba más larga en la Sagrada Orden de los Capuchinos, dudo que a ninguno persuada que éstas son excepción a aquella regla.» Es inexplicable que Menéndez Pelayo ([154], t. III, p. 73) incluyese a Flandes entre aquellos impugnadores de Feijóo, que eran «más innovadores que él y más resueltos».

XXXII.—Eficacia de la obra de Feijóo. Grandeza y miseria de la guerra contra el mito

¿Qué eficacia tuvo la obra de Feijóo y singularmente su obra biológica y médica? El gran escritor consideraba el empeño suyo de deshacer errores como empresa trascedental. Una vez escribió: «El que lograse hacer patente

al mundo, no digo todos, la mitad de los artificios con que el hombre engaña al hombre, merecería con más justicia que cuantos hubo de Adán acá, el glorioso título de bienhechor del linaje humano»[1]. Pensaba, tal vez, desde el trasfondo de su conciencia, en sí mismo. Pero no contaba con los contratiempos que toda guerra produce, incluso la que se gana. El primero, el más natural, aunque no lo parezca, no tardó él mismo en señalarlo: «La experiencia y el discurso me han mostrado que el que desengaña no sólo se malquista con el engañador, mas también con el engañado. Rara depravación; pero comunísima. El engañador siente que se descubra la maraña por el riesgo de malograr el intento; al engañado, duele que se vea que cayó en error y que no pudo conocerlo sin el socorro de ajena luz. Aquél se irrita de ver conocida su trampa; éste, de ver conocida su rudeza. Lo que de aquí resulta es que interesándose los dos, aquél en no incurrir la nota de tramposo y éste en no perder la opinión de entendido, ambos cooperan contra el desengañador procurando persuadir que él es el engañado[2]. Dudo que nadie haya escrito algo más claro sobre la psicología colectiva de los mitos.

Pero no está aquí toda la verdad. El mito es creación conjunta del que le inicia y de los que lo creen. Y el designio de unos y otros no siempre es tan sencillo como creía Feijóo. Muchas veces, el que lanza el absurdo no pretende engañar, sino que está previamente engañado; y aun podría afirmarse que ninguno de los grandes mitos que han prendido y perdurado en la conciencia de los hombres hubiera podido arraigar si antes no lo profesara, con trágica buena fe, el promotor. Cada vez me siento menos dispuesto a considerar como farsantes a los propugnadores del absurdo, por recias que sean las apariencias contrarias. Y en cuanto a la multitud que los acoge, el problema psicológico es aún más complicado. El mito casi siempre tiene un sentido revolucionario, o, más concretamente, iconoclasta: el sentido de demoler y sustituir a una verdad anterior que se imponía a los hombres; y éstos, hartos, sin saberlo, de su acatamiento, aceptan el nuevo mito con satisfacción al callado resentimiento que alimentaban en lo hondo de su alma contra lo consagrado: doctrina u hombre. Tal resentimiento —uno de los más enérgicos motores de la vida humana— impulsa a las gentes a adherirse al que se alza en la plaza pública para predicar la buena nueva, aunque sea disparatada, e impide que se juzgue la verosimilitud de ésta; porque lo esencial, aunque no se piense en ello, no es conquistar una verdad nueva, sino deshacer a la anterior. Este es el caudal primario, el capital inicial, fijo, con que cuenta toda reforrma religiosa, política, científica o artística, por descabellada que sea. Y éste es el motivo principal de que esa multitud, al principio, se revuelva airada contra el que trata de deshacer el error, que es rehacer la verdad, volver los reyes destronados a su jerarquía. Hasta que el mito triunfador haya empezado a su vez a suscitar la pasión resentida de otros hombres, y la verdad caída adquiera de nuevo —que, a veces, sucede— la calidad de mito libertador.

En la polvareda que se levantó en torno de la actividad revolucionaria de Feijóo se ve claramente todo esto. Había fabuladores interesados en conservar sus mitos, como muchos médicos que explotaban sus remedios secretos y muchos embaucadores que recogían su cosecha con la treta de los falsos milagros. Había gentes que se dolían al demostrarles que su fe en tal remedio complicado o en tal imagen milagrosa era una señal de sandez. Y había también graves profesores cuya ingenua pedantería se escandalizaba de buena fe ante los manotazos de aquel fraile severo e iconoclasta.

---

[1] *Teatro*, VIII, VI, 1.
[2] *Teatro*, VIII, VI, 2.

Feijóo tuvo, como toda voluntad quijotesca, sus instantes de duda y de desfallecimiento. En 1742, cerca ya del término de su carrera, escribe con amargura: «Quince años ha que estoy continuamente declamando contra la fatua credulidad que reina en el mundo, y pienso, que el mundo, a la reserva de pocos individuos, en cuanto a esta parte, está como estaba. Todos oyen mis voces y casi todos parece que están sordos a ellas» [3].

Sin embargo, fuera de estas depresiones inevitables, nuestro crítico no pudo quejarse de la ineficacia de su labor ni juzgarla con pesimismo. «Es de saber —decía, como se ha recordado ya, Menéndez y Pelayo— que Feijóo llegó a ser un oráculo»; y en otra parte: «En sus admiradores, el entusiasmo rayaba en fanatismo» [4]. Y así era. Ya hemos referido los testimonios que recibía de sanos y enfermos que acomodaban su vida y sus cuidados a sus consejos. Una de sus contemporáneos dice con evidente exageración, pero con un fondo indudable de verdad, que muchas boticas, ante la reacción antidroguista suscitada por los escritos del benedictino, hubieron de cerrarse. En lo demás, como ahora veremos, su eficacia fué parecida.

XXXIII.—Influencia de Feijóo sobre las ideas médicas de su tiempo. Feijóo y las Academias

En la cultura médica, en la producción científica, en el tono profesional de los prácticos influyó Feijóo profundamente; y también en la desaparición de curanderos y exorcistas [1]. No hay, sin embargo, que exagerar afirmando que todo lo que pasó en su tiempo y después fué obra suya. Con exacta visión, dice Menéndez Pelayo, que la eficacia de la obra feijoniana no hubiera sido tal sin un ambiente propicio. Es cierto. Más arriba hemos expuesto nuestros puntos de vista sobre el clima histórico que hace brotar a la vez, en un período dado de la evolución de los pueblos, gentes diversas que, como puestas de acuerdo —y hay, en efecto, un acuerdo sobrenatural—, conspiran con su actividad al mismo fin. Entre esos hombres hay algunos que sobresalen y dan, cuando se los mira de cerca, la impresión de que son ellos los creadores del movimiento; pero en la lejanía histórica se los ve tan hijos de la época, tan plasmados por la mano del ambiente, como los demás que parecen obedecerle. No sólo decimos, con el maestro santanderino, que sin ese ambiente no hubiera tenido Feijóo fuerza social para levantarse, como se levantó, para renovar tantas ideas y dejar tales rastros de luz, sino que afirmamos que sin ese ambiente no hubiera nacido su genio crítico y su mano no hubiera escrito otra cosa que los sermones y las notas de su cátedra.

Pero de esta marea histórica fué Feijóo una de aquellas que él llamaba «olas vehementísimas», que arrollándolo todo hacen avanzar de golpe el lento progreso ordinario de las aguas. En lo que atañe a la medicina, la influencia de su obra es notoria, sin más que hojear la bibliografía que le precede y la

---

[3] *Cartas*, I, XXXV, 8.

[4] Menéndez Pelayo [154], III.

[1] En la *Historia de Valmaseda*, de D. Martín de los Heros [97], se lee, hablando de los saludadores, que en el siglo XVIII gozaban de gran fama en Vizcaya este comentario: «Desde entonces, aunque siempre parece que subsistía la idea de que la rabia se curaba por medio de saludos y exorcismos, ya fuese porque en Valmaseda habían también penetrado las máximas religiosas y científicas del Reverendísimo Feijóo contra los milagros supuestos, los demoníacos o endemoniados, brujos, duendes, zahores, adivinos, etc., o porque a proporción que la Inquisición decrecía, crecía la fe verdadera, los conjurados que en varios años vinieron a saludar a los mordidos por los perros de rabia, todos fueron monjes bernardos.» Párrafo un tanto incongruente, por cierto.

que le siguió [2], y yerran gravemente los historiadores de nuestra ciencia, con
Chinchilla y Hernández Morejón, que, aunque obligados a incluirle en
lista de los médicos célebres de su siglo, le dan el trato de un simple agitad
e intruso de la medicina. Los médicos reaccionaron al principio con violenci
Otros, se asustaron, y aun hubo alguno, como aquel «don Pedro Balza, pre
bítero y médico de la villa de Mula, a siete leguas de Murcia, quien, leyend
al Padre Maestro en su primera impresión de 1726, se impresionó tan
que dejó de visitar en la villa y sólo se quedó con la visita de las Descalz
Reales» [3]. A la larga, es evidente que el nivel profesional y cultural de l
doctores se tonificó con la enérgica terapéutica del fraile.

Acaso en nada se pueda graduar esta intervención de su esfuerzo con
en la evolución de las *Academias científicas*, de las que hemos de consid
rarle los españoles como el principal promotor [4]. Es preciso recordar q
las Academias no fueron en sus orígenes meras asambleas honoríficas, cor
muchas han terminado siéndolo, sino lugares de trabajo y enseñanza libr
verdaderos focos de ciencia extraoficial, en los que se discurría y se crea
sin el dogmatismo sistemático de los Colegios y las Aulas. Mas sencillo y m
más útil que remover de raíz la enseñanza oficial, apelmazada por varios
glos de burocracia y pedantería, pareció a estos hombres, entre los que cu
minaba Feijóo, reunirse para hablar en el tono libre de la calle de la verd
original y desnuda, aunque siempre pulcra y ponderada. El académico, q
luego ha venido a significar algo excesivamente sesudo y normalista, fué,
suma, al nacer, un rebelde bien educado. Y yo, que siento hondamen
el espíritu académico, no me cansaré de decir que las Academias deb
ser, como ya lo fueron, juveniles, activas, verdaderas universidades libres
elásticas ante la Universidad oficial, forzosamente elefantiásica. Cuando
fundó la primera Academia en nuestra patria, que fué la Regia de Medici
y demás Ciencias, de Sevilla, sus creadores, cinco médicos disidentes de
doctores de la Universidad, fueron consierados como «inventores de nuev
ciencias, atrevidos y aun cismáticos», «asegurándose que las doctrinas que p
fesaban eran contrarias a las que se enseñaban en las Universidades del R
no»; y siendo precisa la intervención de un recto y verídico varón, d
Diego Mateo Zapata, para que el rey (Carlos II) se decidiese a autorizarla

Esta Sociedad Regia Sevillana fué, en efecto, la primera Academia es
ñola, y desde sus comienzos se aplicó al estudio de problemas objetivos
la medicina y de otras ciencias [6]. Se inauguró en 1697, y tiene, por lo tan
razón Menéndez Pelayo [7] cuando señala su actividad como precedente i
portante en la lucha contra el dogmatismo teórico que después desarro
el Padre benedictino. Pero fué en tiempo de éste, bajo la presidencia

---

[2] Espero tener tiempo de hacer una bibliografía médica comparada de las épocas
y postfeijoniana, que será el timbre más legítimo de la gloria del gran renovador. Ah
no puedo alargar más este estudio general.

[3] Refiere este caso el P. Luis de Flandes [84]. Desde luego, vitupera al pater y do
Baeza por haber desertado de la Medicina, perdida la fe en ella, gracias a la lectura
Feijóo. Para nosotros, Baeza obró con rectitud, salvo el exceptuar de su desánimo a
pobres Descalzas Reales, a las que siguió tratando sin ilusión, y, por lo tanto, sin
cacia.

[4] No le acompañaba en este entusiasmo por las Academias su amigo el padre Sarmien
antes las odiaba, como ya hemos dicho: n. 3, p. 144.

[5] Véase Hernández Morejón [96] y Sempere y Guarinos ([202], t. VI, p. 34). Los ci
primeros académicos se reunían en tertudia científica, cada noche en casa de uno de ell
tuvo, pues, la Corporación el mismo carácter casero que casi todas las demás. Su esp
dor duró poco tiempo. Hubo trabacuentas y suspensión de la dotación; y su tono y a
vidad científica decayeron. Carlos III, en 1764, repuso la subvención, aunque muy di
nuída, y con ello revivió.

[6] Véase la lista de sus trabajos en Hernández Morejón ([96], t. V, apéndice I).

[7] Menéndez Pelayo ([154], III, p. 70).

Martín Martínez, feijoniano estricto y bajo la indudable influencia de las predicaciones de Feijóo, cuando la Academia andaluza alcanzaba su máximo esplendor. Como de cosa propia habla de ella nuestro escritor al encomiar sus progresos y eficacia el año 1736 [8]. Ya hemos dicho que la ilustre corporación le nombró miembro honorario, probablemente por influencia de Martín Martínez.

El 11 de junio de 1733 se inició la Academia de Medicina de Madrid: varios profesores de medicina, cirugía y farmacia comenzaron a reunirse en la biblioteca de la oficina de farmacia de don José Ortega, sita en la calle de las Huertas, dando a su asamblea el título de Tertulia Literaria Médica. Es decir, siete años después de publicado el tomo I del *Teatro*, y seguramente a favor de la tempestad suscitada en la conciencia profesional y científica de nuestros médicos por los escritos del monje. Al año siguiente (13 de septiembre de 1734), Felipe V expidió el privilegia aprobando los Estatutos de la Academia Médica Matritense [9], que se llamó después Real Academia de Medicina (1788), Real Academia Nacional de Medicina (1917) y ahora Academia Nacional de Medicina (1931). Nombró su presidente perpetuo al médico del rey don José Cervi, y sus trabajos tuvieron el tono experimental y práctico que imponía la reforma en marcha, en contra de los centros oficiales. Desde 1737 se publicaron mensualmente sus *Efemérides Barométrico-Médicas Matritenses*. El Padre Feijóo refiere estos progresos de la Academia de Madrid y copia con paternal orgullo el artículo 50 de los Estatutos, probablemente redactado por el P. Sarmiento, que dice así: «El fin primero e idea general de la Academia será manifestar las verdades y provechosas máximas de la Medicina y Cirugía por el camino de la Observación y Experiencia.» Observación y experiencia; es decir, el lema sempiterno de Feijóo, que añade, satisfecho: «¡Cuántas veces he gritado esto mismo!» Todavía nuestra Academia no ha rendido el merecido tributo a la memoria y gratitud de su insigne impulsor, cuya efigie estaría en su recinto con más legítima razón que algunos de los que hoy la adornan [10].

La fundación del Colegio Médico-Quirúrgico de Cádiz, en 1748, por un

---

[8] *Teatro*, VII, XIV, 21: «Donde se advierte que asimismo todas las Conferencias y Disputas públicas conciernan a los asuntos propuestos. Todo ello se ordena a la Práctica, pues todo lo demás es perder el tiempo. La Regia Sociedad de Sevilla da en orden a esto un bello ejemplo a todas las Escuelas Médicas. Vi estampadas las series de sus actos propuestos para el año próximo pasado de treinta y cuatro y el presente de treinta y cinco, y con gran complacencia mía, noté que todos los asuntos son rigurosamente prácticos y ordenados inmediatamente a la curación de varias enfermedades. Con bien fundada confianza espero que la grande y oportuna aplicación de los sabios que componen aquella Academia mejorará y adelantará considerablemente la medicina en nuestra España. Años ha que aquel Noble cuerpo me invistió del estimabilísimo carácter de miembro honorario suyo. Duélome de no poder compensar tanto honor sino con esta protestación pública de mi agradecimiento.» Obsérvese el tono de satisfacción con que están escritos estos renglones. En la autobiografía del benedictino [82] recuerda también este nombramiento.

[9] Es curioso que para redactar las «Empresas» de la nueva Academia fué invitado el P. Sarmiento, íntimo amigo de Feijóo: una prueba más de la influencia de éste en la creación de la docta Compañía. Dice, en efecto, Sarmiento en su *Autobiografía* [63]: «1734: Por este tiempo se fundó la Real Academia Médica Matritense. Se me pidió que yo idease unas *empresas* para escoger. Escribí dos pliegos o cuatro y después ideé otros para la Hermandad del Hospital General, de señoras y títulos. En éste escribí seis o siete pliegos; empresas curiosas; motes latinos.»

[10] Sin embargo, el testimonio del médico Peyron [181] era, pocos años después (1777), muy desfavorable a la Academia de Medicina de Madrid. Se ocupa, en efecto, con extensión, buena información y buen juicio, de las diversas academias oficiales, y al llegar a la médica escribe: «La cuarta Academia es la de Medicina, que no goza de gran consideración, sea por los prejuicios que mantienen aún en España a este arte en una oscuridad de la que es digna de salir al fin; sea porque la mayor parte de los que profesan no merecen esta distinción» (t. II, p. 82).

gran médico catalán, don Pedro Virgili, que fué pronto seguida de otras semejantes en Barcelona, Madrid (el llamado de San Carlos, padre de la Facultad actual), Santiago, Salamanca, Burgos y Málaga, estuvo también planeada con un criterio paralelo al que Feijóo sostuvo acerca de la necesidad de dignificar la profesión en España.

Incluso con el envío de jóvenes a las escuelas francesas e inglesas para instruirse y aprontar luego a su patria el beneficio de la ciencia; criterio que Feijóo sostuvo siempre como esencial para la enseñanza y que lograría expresión eficaz más de un siglo después con la creación de la Junta de Ampliación de Estudios en el tiempo y bajo los auspicios de Cajal.

XXXIV.—Las Sociedades Económicas. Feijóo y el enciclopedismo. Victorias científicas y contra la superstición

Parte esencial en el movimiento renovador del país tuvieron las *Sociedades Económicas*, que en diferentes ciudades españolas reunieron el esfuerzo de los hombres interesados por el progreso material y cultural de su patria, aplicándose a la resolución inmediata de los problemas vivos, sin soñar y sin discutir por el gusto de discutir. Son, ciertamente, expresión arquetípica del espíritu de este siglo: claridad, instrucción, sentido del bienestar físico bajo el signo ideal del progreso de los hombres: sin teología y sin sectarismos confesionales, pero también sin actitudes antirreligiosas; auténticamente laicos, pues, y, por lo tanto, compatibles con la máxima convivencia con la fe nacional. Insisto en ello, porque esto marca la diferencia entre «siglo XVIII», que era sólo afán de saber, y «Enciclopedismo», que fué, además, secta. No obstante, en España las Sociedades Económicas de Amigos del País despertaron, como todo lo laico, sospechas agudas de la Iglesia. Menéndez Pelayo no duda en incluir a estas Sociedades entre las manifestaciones heterodoxas [1], confundiéndolas, con honda pena del lector imparcial, con el enciclopedismo; incurriendo, por lo tanto, en el error de igualar el movimiento sectario francés a toda el alma renovadora, universal, de la centuria. Ya entonces esta sospecha de anticatolicismo tomaba la forma de acusación de masonería. Feijóo tuvo la visión exacta de la exageración con que se consideró en España a los masones [2]; pero todas las demás autoridades ortodoxas incurrieron en esa suspicacia y, de entonces acá, el anatema ha caído invariablemente sobre cuantas sociedades, movimientos políticos e individualidades aisladas han mostrado un espíritu libre y progresivo. Un escritor tan irrecusable como J. de Urquijo, por su autoridad de erudito y por su ortodoxia, ha tenido que defender, con entera fortuna, de la acusación de masonismo a la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País [3], que fué particularmente objeto de tal imputación por las relaciones personales que alguno de sus miembros sostuvo con Rousseau, y por otros detalles verdaderamente pueriles. Lo cierto es que aquellos patriotas vascongados —el conde de Peña-

[1] Menéndez Pelayo ([154], III, p. 221).

[2] *Cartas*, IV, XVI. A Menéndez Pelayo ([154], III, p. 88) no le podía agradar esta carta: «Habló (Feijóo) de los francmasones —escribe—, y a la verdad no con tanto aplomo y conocimiento de causa como el P. Torrubia.» No obstante, él mismo tenía que declarar que tiene algo de pueril el exagerar la influencia de los masones».

[3] J. de Urquijo [220]. Este autor protesta discretamente de la facilidad con que se ha aplicado el calificativo de masón a gentes y entidades sin razón alguna. A los ejemplos citados por él podíamos añadir infinitos otros. En nuestros días, el de los inocentes *rotarios* y el de muchas personas más; a mí mismo me han llamado varias veces masón, y esto me permite juzgar con autoridad de la veracidad y las intenciones de los que manejan esos juicios. A veces, las fantasías sobre los masones españoles vienen también de fuera, con ruido de pandereta, como puede verse. recientemente, en Falgairolle [69-B].

florida, Altuna, el marqués de Narros y sus compañeros— eran excelentes católicos y supieron hacer compatible, como Feijóo, como Carlos III y como tantos más españoles de su época, el espíritu educador de la centuria con la más rigurosa, y aun gazmoña, catolicidad [4].

Pues bien: Feijóo influyó también, sin duda alguna, en este movimiento de los Amigos del País, no sólo como preparador del ambiente en que se originara, sino directamente por la eficacia que tuvieron sus escritos sobre el espíritu de algunos de sus promotores. A este respecto es muy interesante le carta del conde de Peñaflorida a uno de sus antiguos maestros, jesuíta de Toulouse: en ella se lamenta del estado precario de las ciencias en España y se propone influir en su renovación por medio de publicaciones, y, finalmente, por la fundación de una Sociedad de cultura, y dice expresamente: «Ha aparecido, no obstante, hace algunos años, una obra excelente, sobre todo para una nación en la que las ciencias se hallan en la cuna: hablo del *Teatro Crítico* del R. P. Feijóo, benedictino, cuyo objeto es librar a la nación de todos esos falsos prejuicios» [5].

La reforma del Protomedicato por Carlos III, en 1780, unificando las pruebas de examen de los clínicos y haciéndolas más rigurosas, es asimismo lejana, pero evidente consecuencia de las campañas del inquieto monje, como reconoce Morayta [6].

Y este mismo influjo se puede descubrir en toda la gran obra de sistematización de la enseñanza en general y de creación de nuevas disciplinas, instituciones e instalaciones en el terreno de las ciencias naturales, que da perenne y glorioso lustre al reinado de Carlos III [7].

Estas instalaciones de química y de física, no sólo se multiplicaron en los centros oficiales de enseñanza, sino en residencias particulares, principalmente de aristócratas, que dirigieron la corriente del buen tono hacia una ilustración en las ciencias naturales, no sólo teórica, sino práctica. Buena prueba son los esfuerzos de los nobles guipuzcoanos antes citados; y más típico aún del aire experimental del siglo, la instalación de física que hizo en su casa el marqués de Santa Cruz, una de las más altas personalidades de la Corte. Este, acompañado de su hijo, el marqués del Viso, asistió en París, en 1780, a la Escuela de Física de M. Sigaud y, al regresar a España, hizo traer «todas las máquinas e instrumentos de que se servía dicho maestro» [8], y dedicó una parte de sus rentas a su conservación y aumento. «Fué de los primeros que introdujeron en España los muchos descubrimientos acerca de aires fijos, inflamados y deflogisticados.» Le ayudó e impulsó en la empresa el famoso erudito Viera y Clavijo, autor de la admirable *Historia de las Islas Canarias* [9]. Bajo su dirección se dió en la casa del marqués un curso completo de «física experimental y del ramo de química que trata de los aires fijos» y «entre otras experiencias se hizo volar desde el jardín de la misma casa uno de los primeros globos aerostáticos que se vieron en Madrid». Todo obra, lejana ya, de la influencia de Feijóo [10].

---

[4] Sobre la ortodoxia de los dieciochistas —y no enciclopedistas—de Azcoitia, véase, además del libro citado de Urquijo: M. Núñez Arenas [169], J. de Urquijo [221] y G. de Altube [5].

[5] J. de Urquijo ([220], p. 65).

[6] Morayta [163].

[7] Sobre la admirable transformación científica de España bajo Carlos III, véase a Ferrer del Río [83-A], III.

[8] Véase Sempere y Guarinos [202], VI, p. 156.

[9] Fué después Viera y Clavijo arcediano de Fuerteventura; véase la biografía de este erudito, importante en la historia intelectual del siglo, en Millares [159-A].

[10] Este marqués de Santa Cruz es, tal vez, el representante más genuino de la aristocracia de su siglo, orientada, con gran sensibilidad y eficacia, hacia el interés de la ciencia. El papel cultural de la aristocracia alcanzó entonces su apogeo, en armonía con las corrien-

Pero nada nos da una idea objetiva y sintomática de la transformación cultural de España en aquellos años del último tercio dieciochesco, como el libro de Bowler, que es una especie de redescubrimiento científico de la tierra española, que nunca puedo leer sin emoción [11]. Bowler vino a España para estudiarla en su aspecto no pintoresco, sino vivo y eficaz; y publicó después su libro por iniciativa y bajo la constante protección del rey. Y hoy podemos considerar su labor como la lejana pero directa realización de un sueño del monje renovador de nuestra ciencia [12].

En el orden de las milagrerías, ganó el Padre Maestro dos batallas memorables: acabó con el rito del toro de San Marcos en Extremadura, lo cual le llenó «el corazón de indecible gozo [13]; y consiguió la anulación de las fiestas del milagro de las flores de San Luis, del que tanto se habló en su tiempo y que ya hemos comentado. Sin embargo, reconozcamos que el crear verdades es más eficaz que el matar fantasmas. Aquéllas —libros, Academias enseñanzas exactas—, más o menos transformadas, perduran para siempre. Estos, los fantasmas, resucitan después de muertos en formas diferentes, pero con la misma alma cerril, porque de nada sirve deshacerlos si subsiste en el pueblo el espíritu mitomano que se enraiza en aquel estrato del alma del hombre donde se aloja el resentimiento vengativo. Por eso está en pie y aun cada día más destacada su silueta precursora, la obra científica de Feijóo; pero las milagrerías desinfladas por él y olvidadas unos años, surgen de nuevo bajo diversos ceremoniales. Aun hemos presenciado en pueblos de Castilla fiestas religioso-taurinas análogas a las del toro del Evangelista. Y en cuanto a los milagros idolátricos, no hay para qué recordar los varios ejemplos surgidos en los últimos años en nuestro país, que han tenido inhábiles impugnadores y adver-

tes de la época. Fué el erudito marqués D. José Joaquín de Silva y Sarmiento el noveno de su título. Aparece citado varias veces, en alusiones, en la obra de Feijóo. Era mayordomo mayor de Carlos III y ayo de su sucesor (futuro Carlos IV), director de la Real Academia de la Lengua y Caballero del Toisón, con cuyo hábito está retratado en el grabado, cuya reproducción debo a mi amigo el culto marqués actual. Su hijo, el marqués del Viso, que le acompañó a París, fué, sin duda, el de su primer matrimonio, don Francisco de Silva y Fernández de la Cueva; pero la fecha del viaje está entonces equivocada en la relación de Smpere y Guarinos, pues este don Francisco murió en 1779, y el viaje hubo de ser, pues, antes de este año, y no en el 1780. Merece más amplio estudio la vida de este marqués físico y químico [33]. Vivió en el palacio de la calle de las Rejas, que él adquirió, y que luego fué vendido a doña Cristina, la viuda de Fernando VII; no debe olvidarse el sitio en que estuvo este singular Laboratorio de Física y en que se elevó uno de los primeros globos que vió Madrid.

[11] Bowler [32]. Con razón dice de este libre Sempere y Guarinos que por él «puede formarse un concepto más seguro de nuestro país, que por las infinitas relaciones equivocadas con que varios viajeros y autores de geografías han obscurecido esta parte de la historia general» ([202], I, p. 229).

[12] A este movimiento postfeijoniano corresponde también la traducción de numerosas obras extranjeras referentes a las ciencias naturales y prácticas; traducción que se hizo bajo la protección oficial. Recordamos especialmente los tratados de Duhamel, que vertió al castellano el primer catedrático de Jardín Botánico y académico de Historia y Medicina, D. Casimiro Ortega, que aun hoy leemos con tanto deleite [66-A y 66-B]. En Historia Natural había muchos aristócratas, como Santa Cruz en la Física, poseedores de Gabinetes, a veces riquísimos. El llamado marqués de Langle describe algunos, entre ellos el del duque de Valparaíso, que tenía «una colección numerosa de plantas, de simples y de fósiles» [109-A]. Claro que este absurdo Fleuriot o Langle no es de mucho fiar en sus descripciones y datos. En las primeras ediciones de su libro decía, por ejemplo, hablando de Feijóo: «Dom Fijo (sic) era poeta e historiador; el Gobierno le había encargado la confección de los Anales de España; vivió en la mayor miseria; y a su muerte sólo se encontró en su armario papel, una capa, una espada y unos saleros» [109-B]. En el libro atribuído al Conde de Aranda [16-A], en que se refutó el de Langle, se rectifican estos disparates sobre Feijóo: «religioso benedictino, Abad de su Orden, escritor respetable y crítico juicioso, que vivió cómodamente y no dejó espadas ni saleros a su muerte». En las ediciones siguientes del Langle está, en efecto, suprimida la cita de «Dom Fijo».

sarios, llenos de espíritu de secta, pero no su Feijóo de implacable inteligencia y ortodoxia.

Para que todo esto desaparezca, tiene que aumentar la densidad de nuestro ambiente científico; pero, sobre todo, además, robustecerse la fe del español. Sólo los hombres de fe vacilante creen en las supercherías. Con «buena fe» se cree todo: con «alta fe» se cree sólo en lo justo y cuesta trabajo creer en lo demás.

XXXV.—Cómo fue Feijóo. El hombre. El poder creador

No podría terminar este estudio de la biología feijoniana sin añadir unas pocas palabras sobre Feijóo mismo. No pretendo hacer aquí una biografía de Feijóo, que tiene ya hartos historiadores y comentaristas [1]; sino sólo referirme a algunos puntos esenciales de su vida humana, sobre los que ya han ido quedando esparcidos en las páginas anteriores. Sin un conocimiento aproximado del hombre, es difícil darse cuenta del significado de su obra. El estilo, la obra, delata —como dice la frase, tan popularizada, de Buffon— al hombre; pero es mucho más exacto decir que la obra no es más que una apariencia fugitiva de lo que es el hombre mismo. ¿Cómo fué en vida Feijóo?, nos peguntamos, pues, ahora. La referencia más exacta es, sin duda, la del opúsculo titulado *Breve expresión del grave sentimiento con que el Real Colegio de San Vicente, en Oviedo, de el orden de San Benito, lamentó la muerte de el Ilmo. y Rmo. Señor Don Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro*, impreso en Salamanca y aparecido «por el mes de marzo de 1765», según reza una nota manuscrita del ejemplar que consulto; es decir, a los pocos meses de su muerte. Es seguro que esta noticia fue redactada por uno de los monjes que acompañaron al benedictino en los últimos años de su vida [2]. El texto íntegro es como sigue:

«Fué el Rmo. Feijóo de estatura prócer, como de ocho palmos o algo más; el cuerpo, muy derecho, aun en el último tercio de su vida; sus miembros, robustos y proporcionados. En una palabra: era bien hecho. Su cara, algo más larga que lo justo; el color, medianamente blanco; los ojos vivos, penetrantes y justamente apacibles. Este fué el único de los sentidos que se le conservó sin particular lesión. El semblante, plácido sobre sí y juntamente majestuoso, de suerte, que desde luego enviaba especie de hombre grande. Era algo calvo y había encanecido desde la edad de treinta años, como decía él mismo. La nariz proporcionada y algo inclinada hacia el lado izquierdo [3]. El labio de la mandíbula inferior, belfo y más carnoso de lo que correspondía. El cutis, muy delicado, y la complexión sana, de suerte que su grande achaque para la muerte fué la vejez y falta de espíritus vitales. Así, nada se desfiguró en el tiempo que estuvo sin enterrarse, que fueron casi dos días, ni despidió malos olores de sí [4]. Ponemos estas cosas por satisfacer la curiosidad de muchos que han

---

[13] *Cartas*, V, XV. Sin embargo, ya hemos dicho (nota 19, p. XVI) que Ford presenció todavía esta ceremonia en pleno siglo XIX. Consistía la bárbara y gentílica fiesta en esto: los cofrades de San Marcos iban a la dehesa del pueblo la víspera del santo y elegían un toro feroz, al que llamaban Marcos. Este toro tornábase manso como un cordero, dejándose conducir al lugar, coronado de flores, y asistía en tal guisa a la misa y procesión, volviendo después al campo más bravo que antes.

[1] Sobre la vida de Feijóo, véase: Uría [219], Campomanes [41-A], Anchoriz [6], Vesteiro Torres [224], Fernández Alonso [82], Cotarelo Valledor [61], Roca [191], Canella Secades [42], Alonso Cortés [3], etc.

[2] Tal vez, juzgando por el estilo, el P. Uria.

[3] En la mascarilla, la torcedura de la nariz, muy clara por cierto, es hacia la derecha y no hacia la izquierda.

[4] Le enterraron, pues, contrariando sus consejos relativos al peligro de la muerte aparente: antes de los tres días y sin señales de putrefacción.

inquirido y procurado saber todas estas particularidades o llámense menudencias.»

Coincide bien esta descripción con sus retratos plásticos. El más conocido es el que figura, grabado por J. Ballester (1765) o por Palomino (1783) en la portada de algunas ediciones de su obra. Está hecho en la edad de cincuenta y siete años. Es tal vez el mismo que «transportado a París, sirvió de modelo para diferentes copias litográficas y cuya semejanza es muy dudosa», según Anchoriz [5]. Sin embargo, conviene con el retrato literario que acabamos de co-Amigos del País, de Oviedo. Le representa a los ochenta y siete años [7]. En una mascarilla vaga todavía, sobre la fúnebre serenidad, un dejo de luz viva y socarrona, que, sin duda, le debió animar intensamente en vida [6]. Anchoriz atribuye el mayor parecido «según dictamen de peritos», al retrato pintado por Granda, «que se cree también del natural», y se conserva en la Sociedad de Amigos del País, de Oviedo« Le representa a los ochenta y siete años [7]. En una de las cartas inéditas de Samos habla Feijóo de otro retrato que le pintó Bustamante. Está fechada la carta en 1744 y tenía, por lo tanto, sesenta y ocho años el modelo. Por cierto que en ella aparece una ingenua e inesperada preocupación de nuestro monje por que su efigie apareciese bien compuesta y con inteligente expresión. Nadie, ni aun un benedictino ejemplar, escapa a estas pequeñas vanidades. En la descripción anónima que acabamos de copiar se habla de sus ojos «vivos, penetrantes»; Campomanes [8] dice también que el rostro de Feijóo estaba dominado por los ojos, «cuya viveza era un índice de su alma». Mucho debía importar al retratado que este rasgo pasase a la posteridad, pues en dicha carta escribe al Padre Sarmiento: «Sobre el retrato, cuyo diseño vino también, lo que me parece es que el hábito se dá respresentación de ser de anacoreta, en que faltó enormemente Bustamante representando una estameña bastísima, de la que vestían un tiempo los capuchinos [9]. Tampoco tiene la forma de saya y de ropón y en alguno de los dos hábitos me vió cuando me pintó. El rostro está bien sacado por la lámina. *Sólo quisiera que, siendo posible, se diese algo de viveza y agrado a los ojos*; digo siendo posible porque no sé si lo es el dibujo de colores. Bustamente, ni con ellos acertó jamás a figurar afecto alguno en el rostro, habiendo copiado infinitos, y así en todas sus copias, aun en las que saca de otras pinturas de mucha alma en el semblante, deja unos ojos neutros o indiferentes» [10].

---

[5] Anchoriz [6].

[6] Esta mascarilla, que hemos reproducido en la portada, está en la casa solariega de los Feijóo, en Casdemiro. En la Biblioteca de la Academia de la Lengua hay una réplica. Con gran finura la describe así doña Emilia Pardo Bazán en su visita a Casdemiro: «Aquella faz amarilla, que en vez de tener la gravedad de la muerte está destellando sagacidad e inteligencia, y parece que se dispone a abrir los ojos y despegar los labios para interrogar al que le mira...» [177]. Encuentra, también, gran parecido entre la mascarilla y el retrato de Palomino. Y asimismo entre la efigie del Padre Maestro y el retrato de una monja de su mismo apellido, sobrina de cuatro o cinco generaciones más abajo.

[7] Existe, además, el retrato de Vázquez, grabado por Maea —véase sobre este grabador, Estévez [69-A]— publicado en *Retratos de españoles ilustres* [190]. Está evidentemente dibujado teniendo en cuenta el de Palomino. No he podido ver el de Laván (1764), que se cita en el *Catálogo* de A. M. Barcia [26-A].

[8] Campomanes: [41-A], p. 13.

[9] Obsérvese la viveza con que rehusa parecerse, ni aun en el hábito, a los capuchinos, con los que no congeniaba.

[10] Carta inédita de Samos al P. Sarmiento. 1 de febrero de 1744. No sé dónde estará el retrato de Bustamante, que fué, en efecto, un pintor de retratos muy conocido en la región. He aquí la nota biográfica de Cea Bermúdez: «Bustamante (D. Francisco), pintor. Nació en Oviedo por los años de 1680, y estudió su profesión en Madrid con D. Miguel Jacinto Menéndez. Restituído a su patria, ejerció la pintura con aceptación y se distinguió en los retratos que hacía con semejanza y buen colorido. Falleció en esta ciudad el año de 1737, y sus obras están en las casas particulares de aquella capital de Gijón y de otras villas del principado de Asturias» [51]. Por cierto que si la fecha de Cean Bermúdez es

Alto, fuerte, equilibrado por dentro como por fuera, y como hemos visto, un tanto presumido [11], Feijóo fué ante todo un gran trabajador. Ninguno de los atributos del hombre excepcional —del que «envía especie de hombre grande»— es tan significativo como la aptitud ciclópea para la creación. En nuestro escritor, en efecto, destaca sobre todas las circunstancias de su vida la magnífica laboriosidad a cuyo mérito hay sólo una tilde que ponerle: la de que Feijóo vivía en la ausencia de las emociones y preocupaciones familiares y sociales propia de los religiosos, y contaba, además, con la ayuda concertada y gratuita de sus compañeros de Orden; todo lo cual supone considerable ventaja sobre el trabajador laico, que ha de compartir la tensión creadora con los cuidados y sinsabores del mundo y de la carne.

Esta laboriosidad gigantesca del Padre Maestro tenía los trazos singulares de la de aquellos hombres que alcanzan tardíamente su madurez. Decía Huarte, gran catador de todas las variedades del ingenio humano, que la edad de la sazón del entendimiento es la que transcurre de los treinta y tres a los cincuenta años, pero que hay gentes en las que el ritmo se retrasa, y entonces, lo que él llamaba «período de consistencia», no se logra hasta mucho después [12]. Este fué el caso de Feijóo, como el de Kant y de tantos otros. Es, no obstante, evidente que su vida, antes de cumplir el medio siglo que tenía cuando se lanzó a la vida literaria, era mucho más intensa de lo que pudiera hacer imaginar el silencio de su pluma. Su fama, aun no nacional y universal, pero indudable, la atestiguan sus resonantes triunfos escolares y la precocidad con que llegó a ocupar los puestos magistrales de su Orden y después sus más altas dignidades [13]. Aquella su conversación amenísima, llena de viveza y erudición, y sus dotes pedagógicas, era natural que hiciesen de él, mucho antes que sus libros difundieran su nombradía, uno de los personajes más importantes de la grey benedictina y una figura famosa en toda la región que habitaba. Lo comprueban —comprobando también que yerran los biógrafos que suponen que el *Teatro Crítico* reveló a un desconocido— las *Relaciones enviadas al P. General, P. Antonio Sarmiento* [14] *en el año 1723*, cuyo manuscrito se conserva en el Monasterio de Samos [15]. Esta interesante relación dice así:

«Fray Benito Feijóo. Natural de la villa de Allariz [16], en el Obispado de

exacta, el retrato de que habla Feijóo estaría pintado por lo menos ocho años antes de su carta, puesto que ésta está fechada en 1744, y el artista murió en 1737. Jovellanos (*Diarios*, p. 65-207) coloca la muerte de Bustamante en 1743, que parece más probable.

[11] En la vanidad ingenua y natural de Feijóo había, sin duda, un componente jerárquico, en relación con el lustre de su estirpe, una de las más nobles de Galicia. A pesar de su independencia de espíritu, se echa de ver este elemento, subconsciente, de su psicología en la carta a su hermano Plácido, que se conserva en Casdemiro y que dice así:

«Mi querido hermano: Aunque habrás visto en la *Gazeta* la Merzed que me hizo Su Magestad, me pareció embiarte una copia authorizada de su Real Decreto, para que quede en tu casa con la estimación que merece el instrumento de una honra tan especial que no tuvo hasta ahora exemplar en quanto al motivo que el Rey expone en ella. Si seis u ocho años ha estubiera el ministerio como esta oy, tubiera yo sin duda una de las mejores mitras de España; pero ahora ya me consideran incapaz de la fatiga que pide una tal dignidad, y lo consideran bien, aunque no me consideran incapaz de escribir ni a la verdad lo estoy.

«He tenido alguna carta de uno de nombre y apellido, por lo menos el firma, Don Plácido Feijóo, que en toda redondamente me llama *hermano*. Está en servicio del Duque de Vejar. De otras varias partes tuve cartas de otros sujetos de uno y otro sexo que se me davan por parientes, sin que ellos me expresasen ni yo supiera dónde venía el parentesco. Avísame también el número y situación de tu familia y subcesión. Nuestro Señor te me guarde muchos años. Oviedo y Diziembre cinco de 1748. Tu hermano que más te ama.» Debo la copia de esta carta, y otros documentos del presente libro, a mi erudito amigo D. S. Sánchez Cantón.

[12] Huarte [99].

[13] Véase el interesante estudio de Cotarelo [61].

[14] Este P. Antonio Sarmiento nada tenía que ver, como es sabido, aunque algunos los confundan, con el famoso P. Martín Sarmiento, también benedictino, colaborador de

Orense. *Es uno de los mejores ingenios que tiene al presente la Orden.* Después de haber sido pasante y lector de Arte del Colegio de San Salvador de Lerez, pasó al Colegio de San Vicente de Oviedo, en donde fué regente, y habiéndose opuesto a la Cátedra de Santo Tomás y a la de Escritura que actualmente regenta, las llevó, no digo sin oposición, pero con tanto aplauso, que uno de los graduados que se opuso con él dijo al Secretario de la Universidad, cuando hizo el informe que había de ir al Consejo Real que uno de los méritos que alegaba a su favor era haberse atrevido a oponerse en competencia del Maestro Feijóo. Esta es la voz general sin nada de exageración. No solamente para la escolástica, pero para la expositiva me atrevo a afirmar que *es de lo mejor que tiene hoy España. Es también dotado de excelentes noticias en cualquiera Facultad, y al fin, una habilidad a quien nada le es imposible.* Habiendo sacado Don Eugenio Gerardo Lobo, Capitán de Caballos en el Regimiento viejo de Granada, un *Acto de Contricción* [17], en romance castellano, en que echó este autor el resto de su habilidad, con el nombre disfrazado de Don Jerónimo Montenegro, sacó el Maestro Fray Benito otro *Acto de Contricción,* en el mismo metro, que es de lo mejor que se ha visto, por confesión de todos los más célebres cortesanos que sólo por esta obra le desean conocer. Hállase al presente Catedrático de escritura y Abad del Colegio de San Vicente y Universidad de Oviedo, *estando reputado por el ornamento de aquella Universidad.*»

Esta *Relación* está escrita en 1723, es decir, tres años antes de la aparición del tomo I del *Teatro*, y demuestra que una gran celebridad rodeaba ya al futuro escritor. La relación que enviaron los de San Vicente de Oviedo dice así:

«Maestro Fray Benito Feijóo y Montenegro, hijo de San Julián de Samos, catedrático que es de Escritura de esta Universidad. Trocó el gobierno del Monasterio por el retiro de su celda, en que desembarazado del manejo, vive empleado en el estudio de letras divinas y humanas, las que excediéndose a sí mismo manifiesta en ambas cátedras no sin admiración de los que le escuchan. Es de ingenio igualmente despierto como pronto, y de una bien singular comprensión. Renunció la Abadía, año de 1723.»

Estos documentos dejan, por otra parte, entrever que su eliminación de los cargos elevados pero trabajosos de la Orden eran la preparación, consentida y tal vez alentada por sus superiores, para permitirle entregarse con toda plenitud a la realización de la vasta y trascendental empresa, que venía de largos años atrás madurando.

Mas la vida social de un grande hombre no cobra su verdadero significado hasta que empieza a crear. El hombre de talento que estudia y no produce no cumple su misión específica aunque sea una gloria local y aunque su erudición no le quepa en la cabeza. Y a Feijóo, le llegó, al fin, la hora creadora; hora siguiente y enlazada con las largas horas de concentración anterior. La aparición del primer volumen del *Teatro* no es, en efecto, una improvisación, sino el vértice de una vida entera de erudición y de meditaciones; y es seguro que no obedeció a un azar este retraso, sino a la sazón, también retrasada, no de su entendimiento, sino de su capacidad creadora. He aquí por qué la

---

Feijóo. Probablemente el P. Antonio, como general de la Orden, tuvo parte en la decisión de Feijóo de dedicar el resto de su vida a la literatura y a la propagación social. Es el autor de la «Aprobación Apologética» al tomo I del *Teatro*, y, por lo tanto, el prologuista e introductor primero de su obra.

[15] [88-A] Debo a la bondad del P. Archivero de Samos, D. Plácido Arias, la consulta y copia de estos documentos.

[16] Se trata de un error importante, pues es bien sabido que Feijóo nació en Casdemiro. En Allariz pasó parte de su niñez, y, sin duda, ocupaba un lugar importante en sus recuerdos.

[17] No he visto este *Acto de Contricción* en las obras de Lobo [113-A].

obra de Feijóo es madura desde que nace. No se advierte en ella titubeo del que ensaya, «el temblor previo al alzamiento del vuelo», como ha dicho, con tanta belleza, Unamuno. Es vuelo real desde su página primera. Se acusa también la súbita madurez, en el hondo sentido moralista de su obra total: luz serena de tarde lograda, que será, creo yo, lo más duradero de sus libros [18].

Como a todo gran trabajador, no se le notaba a Feijóo el esfuerzo ni la prisa. Por lo común, sólo dan sensación de apresurados los perezosos, que llenan con su aparato de cansancio los huecos que quedan entre la obra que realizan y la que podrían realizar. Cualquiera de estos inválidos de la voluntad hubiera adornado de aspavientos y de dolores el parto de uno solo de los trece volúmenes de la obra del benedictino. Este, por el contrario, escribe: «El ejercicio literario, siendo conforme al genio, tiene mucho más de dulzura que de fatiga» [19]. Cuando empiezan a verse desde la cumbre de la vida todos sus posibles placeres, puede decirse que, en efecto, es cierto que no hay dulzura que a ésta se pueda comparar. Se debe, según Feijóo, escribir despacio: «Las plumas vuelan —dice con elegancia— colocadas en las alas de las aves; pero no hay movimiento más perezoso que el suyo puestas en las manos de los hombres» [20]. «Mi aplicación al estudio —anota en otra ocasión [21]— siempre fué muy moderada, porque siempre tuvo gran cuidado de no incurrir en ella el más leve exceso; de modo que cuando, leyendo o estudiando o escribiendo, empezaba a sentir algún fastidio o alguna fatiga, por pequeña que fuese, al punto dejaba aquella ocupación.» No obstante, sin prisa, pero sin pausa, publicó los ocho tomos del *Teatro* y el del *Suplemento* en catorce años (1726 a 1740) con el formidable aparato de lecturas y controversias, correcciones y cartas que tal obra supone. El ritmo creador se hizo más lento en la serie de las *Cartas Eruditas*, en cuyos cinco tomos, de preparación mucho más simple, invirtió dieciocho años (1742 a 1760).

Pero su afán de saber estaba siempre despierto e insaciable. A los setenta y cuatro años escribía: «Estos días pasados supe que el señor Don Isidoro Gil de Jaz, Regente de esta Real Audiencia de Asturias, tenía unos libros nuevos intitulados *España Sagrada*. No hube menester más para desear y solicitar su lectura» [22]. Y así siempre: a los ochenta y cuatro años, en la portada de su último volumen, aun confía vivir más para seguir trabajando: «acaso tampoco será ésta —escribe valientemente— mi última producción», «porque mi genio es tal que me avergüenzo de estar enteramente por demás en el mundo» [23]. Pero, a poco, moría.

XXXVI.—Vida patológica de Feijóo

Fué el futuro monje delicado de salud en su adolescencia, por lo que su padre hacía que le acompañase, para distraerse y hacerse vigoroso, en los viajes frecuentes que realizaba por Galicia. La vida sosegada y casta de los monasterios, a la que se acogió siendo casi un niño, fortaleció su naturaleza endeble; pero nunca alcanzó una completa robustez. Andaba siempre tropezando con sus achaques. Ya viejo, en una carta al Padre Sarmiento en la que justifica su renuncia a alguno de los altos cargos que le ofrecían, escribe: «Ol-

---

18 Decía Concepción Arenal con razón: «Podría formarse un libro, a nuestro parecer muy útil, con este título: Máximas morales de Feijóo» ([20], t. LV).
19 *Teatro*, I, VII, 8.
20 *Teatro*, VII. Prólogo, p. 44.
21 *Cartas*, IV, XXI, 1.
22 *Cartas*, III, XXXV, 2.
23 Vice-prólogo o como prólogo de *Cartas*, V.

vidándose enteramente de que habla con un hombre de sesenta y cuatro años y de cuerpo enfermizo desde la edad de diecinueve» [1]. Todavía niño, padeció unas «tercianas» (acogemos dubitativamente este diagnóstico, que en su época se aplicaba a muchas fiebres accesionales): durante ellas, dice, «por espacio de un mes me martirizaron con seis sangrías» [2]. Nunca pudo olvidarlo ni perdonar a los médicos que se las propinaron. Casi todos los años padecía por el invierno lo que él llamaba «fluxiones reumáticas» [3], es decir, catarros que se fueron agudizando de año en año y que procuraba curarse, ya con sus propios recursos naturistas, ya, cuando apretaba el mal, con ayuda de algún médico de su confianza: Casal, mientras le tuvo a mano. Y es que los mayores enemigos de nuestro arte, y Feijóo lo era en el grado que sabemos, al fin tienen que acudir al auxilio de los galenos, que por imperfectos que sean acaban siendo insustituíbles. En esto radica la fuerza inconmovible de la Medicina: ésta, como la Iglesia, aunque en esfera distinta, ve claudicar cada día, en los momentos graves, a sus habituales maldicientes; y cada uno de estos triunfos borra cientos de ataques y de olvidos. Su contemporáneo Torres de Villarroel, también adversario mortal de los doctores, escribía estas palabras, que Feijóo, de haber sido tan cínico como él, hubiera podido suscribir: «Hacía mil propósitos de ahorrar la medicina y los médicos y otros tantos me entregaba a sus incertidumbres, antojos y presunciones, con un ansia inocente y una credulidad tan firme, que nunca la esperé de mis desengaños y aburrimientos» [4].

A los cincuenta y dos años, «la falta de salud» le obligaba a interrumpir por largos períodos su tarea [5]. La boca, descuidada, le mortificaba con flemones dolorosos [6]. En 1742 padeció «una diarrea epidémica que reinó con no poco estrago» en Asturias durante el estío [7].

Luego se iniciaron y fueron creciendo los achaques seniles: la sordera, la fatiga mental, la impotencia motora. Todo ello mortificaba profundamente al viejecito activo e incansable, obligándole a recluirse en su celda y a aislarse del trato, tan gustoso para él, de sus amigos, dominado siempre por un delicado afán de no hacer compartir a los demás sus propias miserias. Sólo le quedaba el recurso de leer y leer. Y aun la lectura le hastiaba a veces y dejaba los volúmenes de erudición, antes tan amados —¡vanidad de vanidades!, diría con el profeta— para elevar su espíritu frente al libro inmortal de la Naturaleza. A los

---

[1] Cartas de Samos, 1740.

[2] *Cartas*, IV, XVII, 15. Añade después de referir las sangrías y la sed bárbara a que los médicos le sometieron. «Sucediendo al mismo tiempo que un labrador vecino, que adoleció del mismo mal, y luego que le acometía la terciana se iba a echar junto a una fuente, donde, a su placer, se saciaba de agua, absteniéndose justamente de todo remedio, no padeció más de cuatro accesiones. Mientras duró esta barbarie, que fué larguísimo tiempo, creo murieron más enfermos de sed que de cuantas pestilencias hubo en algunos siglos. Después se ha ido corrigiendo este error, de suerte que ya hay ahora médicos que en muchas fiebres tienen por conveniente ordenar larga cantidad de agua.» Es el criterio de ahora y el de siempre, porque es lo racional. Reacción a esta tozudez de los médicos fué la famosa «cura de agua», en la que todo se arreglaba dando de beber, de la que nos hemos ocupado antes.

[3] *Cartas*, V, X, 1: «No bien convalecido aún de las fluxiones reumáticas que este invierno padecí, como casi en todos los demás, de algunos años a esta parte; pero en el próximo pasado más que en otros, porque saliendo en los límites del invierno se extendieron a casi todo el espacio de la primavera.»

[4] Torres Villarroel: [216], trozo V, p. 195.

[5] *Aprobación* de los reverendos padres maestros, regente y lector de Teología del Colegio de San Vicente, al tomo III del *Teatro* (1728): «La falta de salud le precisa muchas veces (con harto dolor nuestro) a suspender los vuelos de su Discurso, y así no se extrañe no dé a luz algunas de sus obras tan prontamente como el público lo desea.»

[6] «Yo me hallo de algunos días a esta parte mortificado de un penoso flemón que me quita el gusto para todo.» Carta de septiembre de 1750 a D. Pablo Zúñiga Sarmiento: [200].

[7] *Cartas*, I, XIV, 1.

setenta y cuatro años escribe en una carta íntima [8]: «Prefiero el espectáculo de la naturaleza, que es una obra muy excelente y útil, a la inmensa colección de noticias (en gran parte superficiales y mal digeridas) del Marqués de Saint-Aubin. Esta es buena para hablar de todo; aquélla es importante para saber mucho.»

Su biógrafo oficial dice, ya lo hemos copiado, que la vista fué el único de los sentidos que se le conservó sin particular lesión; pero lo cierto es que casi desde joven tenía los ojos cansados de las veladas interminables de estudio en una celda mal iluminada. Atento a conservar el tesoro de sus ojos, se preocupó de estudiar por sí mismo y con su habitual minucia y sentido experimental los recursos de la oculística, ciencia ignorada, como ya sabemos, por los médicos de su tiempo. En 1732 (tenía ya cincuenta y seis años) escribe a su amigo corresponsal y mandadero en Madrid, el Padre Sarmiento, pidiéndole una lupa para leer por la noche. He aquí esta interesante carta [9]:

«Aquel vidrio grande que hemos comprado y costó 240 reales, salió casi totalmente inútil; lo uno porque representa la letra con alguna confusión, lo que fatiga la vista; lo otro, porque la aumenta poco si no se pone a gran distancia del libro, de modo que la magnitud de este género de vidrios aumenta el precio y disminuye la utilidad. Yo esperaba, en cuanto a la segunda parte, lo contrario; pero la experiencia me ha mostrado que para su cómodo uso ni deben pasar de cinco dedos de diámetro ni bajar de tres y medio. Fuera de esto deben probarse para ver si representan la letra con claridad, porque hay en esto suma diferencia de unos a otros. Yo compré ahí, a un francés que los vendía, uno bellísimo de cuatro dedos de diámetro, por dos reales de a ocho, y el mismo pedía ocho pesos por otro que tendría siete dedos de diámetro, siendo así que éste no aumentaba la letra más que el otro ni la representaba con tanta claridad.»

Hago memoria de todo esto porque necesito indispensablemente uno de esos vidrios para leer de noche los libros de letra menuda, que sin este subsidio apenas puedo o lo hago con mucha fatiga. Así, es menester que V. M. me lo busque y pruebe por sí mismo, y hallándole bueno, no repare en el precio. Sea luego, porque Argüelles está de marcha para allá» [10].

En esta carta está retratado el sentido de observación y experimentación con que Feijóo planeaba y resolvía todos los actos de su vida. Pero aun es más interesante esta otra carta en la que encarga a Sarmiento, miope, las diligencias que ha de hacer para encontrarle unas buenas gafas de présbita. Es como sigue [11]:

«Amigo y señor: *Iterum de conspicillis.* Fuera de la diferencia que hay en ellos en orden a servir a miopes o présbitas, representar mayores o menores los objetos, a mayor o menor distancia, hay gran desigualdad de unos a otros en cuanto a representar con mayor o menor claridad. Los que he visto fabricados en España o traídos de Francia son los más confusos; los de Alemania, que trae un mercader de aquí, son considerablemente más claros; pero mucho mejores que éstos, los de Venecia, los cuales discurro no dejen de hallarse en Madrid, pues he visto algunos que los tienen que ciertamente no enviarían a buscarlos fuera de España. Todos los que he visto con nombre de Venecia y con la realidad de representar muy clara la letra, tenían el distintivo de estar guarnecidos de concha y ser el vidrio de pequeña circunferencia.»

«En Roma quedaron muchos anteojos fabricados por el célebre Campani,

---

[8] Carta de julio de 1750 a D. Pablo Zúñiga Sarmiento: [200].

[9] Cartas de Samos: junio de 1732; Oviedo, 149.

[10] Este Argüelles era un cosario o mandadero, que iba y venía de Asturias a Madrid. Le nombra Feijóo frecuentemente en su correspondencia con Sarmiento.

[11] Cartas de Samos: 28 de octubre, sin año, Oviedo.

los cuales se deben creer los mejores del mundo por la insigne reputación del artífice y por su alto precio, pues uno que estuvo en Roma me dijo que unas hijas de Campani y herederas suyas vendían el par de anteojos a diez pesos, siendo así que los que he visto de Venecia apenas llegaron a medio peso. Pero supongo que los de Campani se habrán acabado y nunca habrán llegado a Madrid. Y así apelo a los de Venecia u otros que V. P., informándose, llegue a entender que son los más excelentes.»

«Como V. P. es miope y yo présbita, es imposible cumplir con mi encargo sin tomar por intérprete mío algún présbita que lo sea, como yo, por la edad. Habrá como ocho o nueve años que empecé a verme en la necesidad de usar anteojos. Los que entonces me servían bien, hoy no me sirven, porque sucesivamente era menester ir apartando más y más los ojos del papel para leer con ellos, hasta que fué preciso usar de otros que abultaban más la letra y permitían leer más de cerca, y estos segundos, ya hoy, me son algo incómodos, porque para leer con ellos es menester apartar el papel más de dos tercios, y para escribir, enteramente inútiles. Con que ya uso de otros que abultan más la letra que los segundos; pero son de los de Alemania, que son de los menos malos que vienen para acá, y su distintivo, por lo que he visto hasta ahora, es luna grande y cerco de plata de Bohemia.»

«Uno de vista cansada que con poca diferencia esté en las circunstancias que yo, podrá elegirme anteojos, con la advertencia de comprar cinco o seis pares que hagan leer a diferentes distancias desde dos tercios a una cuarta, pues en caso de que dos o tres pares salgan inútiles, poco se pierde, fuera de que pueden servir para otros.»

«De los que V. P. Me envió en otra ocasión, por no haber prevenido las noticias que ahora, sólo unos eran proporcionados a mi vista; pero así, éstos como los demás, eran de muy mal vidrio.»

Sus observaciones sobre el problema de la oculística, especialmente en relación con sus propios ojos, reaparece en la carta siguiente [12]:

«Al paso que me deshago de este instrumento óptico que no me sirve [13], deseo otro que me es necesario, esto es, anteojos proporcionados a mi vista. Pero para hallarlos es menester explicarme yo primero sobre la materia. El defecto de mi vista es de cansada. Hay para remediar este defecto anteojos de determinada especie, a distinción de los que llaman de grados. Pero en la fábrica de estos mismos anteojos hay mucha variedad. Unos hacen la letra mucho mayor que otros, y a proporción que la vista se va gastando más y más se van necesitando diferentes anteojos que vayan haciendo mayor y mayor la letra, y en la misma proporción van permitiendo que se acerque más y más los ojos al libro. De modo que los primeros anteojos que usé me presentaban la letra con bastante magnitud y me permitían tener los ojos en la distancia de una tercia de la plana; pero estos mismos, dentro de cinco años poco más o menos, me representaban la letra muy menuda y también confusísima si no apartaba los ojos a más de media vara, en cuya distancia la letra siempre quedaba pequeña, pero clara, y el día de hoy de ningún modo puedo leer con ellos. Del mismo modo, los que empecé a usar cuando los primeros me eran de un uso difícil, aunque hoy me sirven, pero no tan bien, porque sucesivamente me obligan a apartar los ojos más y más del papel y cada día me muestran la letra algo menor. He oído que en las oficinas o tiendas donde se venden anteojos de vista cansada hay su distribución de clases, de modo que los hay y nombran de sexagenarios, septuagenarios, etc. Si por esta regla se hubiesen de comprar para mí, en el estado presente, se deberían pedir de septua-

[12] Cartas inéditas de Samos (21 de octubre, sin año, Oviedo).

[13] Se refiere al microscopio que regaló al P. Sarmiento, y del que ya hemos hablado, p. 61.

genario. Pero, acaso, esta regla es muy falible y me parece mucho más seguro comprar entre todos los que hay de venta aquellos que a un hombre de vista muy cansada representen la letra de mayor magnitud y con que pueda leer a la más corta distancia del libro. Esto aun no corre tanta priesa que no podamos hablar más sobre la materia antes de pasar a la compra o al encargo» [14].

XXXVII.—Decadencia y muerte

Con sus lentes y con su ímpetu, el pulcro y animoso anciano seguía estudiando; y a los ochenta y cuatro años citaba aún de memoria pasajes enteros de sus autores favoritos [1]. Adviértase, sin embargo, un dejo de chochez a partir del tomo IV de sus *Cartas,* en las que la memoria, claudicante, le hace repetir las mismas cosas, casi con las mismas palabras, en escritos sucesivos, como puede verse en las cartas VIII y IX del tomo V. Pero conservó siempre lo que con más facilidad se pierde al envejecer: la conciencia de su propia senectud, entendida no como pretexto de nuevos derechos, sino como motivo de deberes cada vez más estrictos; y así pudo escribir al final de su vida las dos admirables *Cartas* sobre la conducta del anciano [2]: tal vez las páginas más limpias de lenguaje y más transidas de humanidad superior de cuantas salieron de su mano.

Es difícil juzgar, desde ahora y por estos datos, cuál fué la enfermedad del inmortal gallego. Da quizá la impresión toda esta historia de que Feijóo fué un tuberculoso desde su niñez, fibroso y benigno, de esos longevos y de buena apariencia que antes pasaban por simples catarrosos, con su fase apurada en la juventud —tal vez las supuestas «tercianas» fueron fiebres héticas— y con su reposición y equilibrio en toda la fase madura, perturbada por brotes invernales, que él llamaba fluxiones reumáticas. Y debió ser, en efecto, reumático o artrítico, como se desprende de su historia y del dato antes copiado de que se hizo prontamente canoso; hoy sabemos que la canicie precoz es uno de los rasgos más netos del temperamento artrítico [3]; y que a su vez, este temperamento facilita la evolución tórpida de la infección pulmonar. Quizá también pudo ser un cardíaco por esclerosis. No haremos, sin embargo, demasiado hincapié en estos diagnósticos retrospectivos.

La muerte de Feijóo sobrevino, sin duda, por una pequeña hemorragia cerebral de lado izquierdo, con afasia, con miocarditis (arritmias) y debilidad senil [4]. He aquí cómo describe esta última etapa de su vida el autor anónimo del opúsculo antes citado [5]:

El 25 de marzo de 1764, «estaba su R. ma. a la mesa, a la hora del mediodía, cuando, de repente, se halló con la novedad (sin otra cosa perceptible por entonces) de que no podía hablar ni explicarse sino confusamente y

[14] Se ocupa también de las dos clases de pérdida de visión (por miopía y por presbicia) en una de las cartas dirigidas a D. Pablo Zúñiga Sarmiento [200]: «La ceguera que proviene de fatiga de los ojos en el estudio entra paulatinamente», etc. (mayo de 1750).

[1] Cartas, V, X, 8: «Un pasaje de Cicerón cuyas palabras tengo en la memoria, aunque no me acuerdo en qué obra suya las leí, y son las siguientes», etc.

[2] La titulaba *Danse algunos documentos importantes a un eclesiástico* (*Cartas,* IV, XIX), y *Con ocasión de explicar el autor su conducta política en el estado de senectud* (*Cartas,* V, XVII).

[3] Véase mi libro [139].

[4] En la mascarilla se aprecia claramente que el surco nosobucal izquierdo está borrado y la boca ligeramente torcida hacia la derecha; ello hace pensar que la hemorragia debió asentar en el hemisferio contrario, en el derecho; a esto se opone al hecho de que, después del ataque, quedó afásico, ya que, como es sabido, la afasia se produce por la lesión de la corteza cerebral del lado izquierdo, a menos que el paciente sea zurdo y no consta que Feijóo lo fuera.

[5] *Breve expresión,* etc. [15].

con trabajo. Aquella expresión limpia, fácil, expedita y aun veloz de que le había dotado el Autor de la Naturaleza para expresar sus bellos conceptos, se vió en aquella hora casi muerta; pero desde entonces no pudo su R. ma. hablar sino confusamente y usando con estudio de voces monosílabas, como *sí*, *no* u otras de suave y fácil pronunciación.»

«Siguióse luego una gran fiebre, que agravándose diariamente puso en gran miedo y confusión a todos, a excepción del mismo paciente, que preguntado sobre la calidad de la calentura respondió no la tenía por maligna, sino por útil a la naturaleza en aquella circunstancia» [6].

Comulgó con edificante solemnidad. No pudo pedir el perdón que manda la Orden a sus compañeros, a causa de su afasia. Pero pasó el trance gravísimo y pudo subsistir algún tiempo, levantándose e incluso paseando y asistiendo a los oficios divinos desde la tribuna de la iglesia, gracias a un carretón en el que, manos fervientes, le conducían.

A mediados de septiembre se debilitó mucho, «de tal suerte, que algunos días o no se encontraba el pulso o se le hallaba con gran irregularidad». Claramente se vió que se abreviaba su vida. El síntoma primero del trance final «fué la dificultad de expeler las humedades, flemas y otras superfluidades que ocupaban y le molestaban el estómago. Siguióse a esto la inapetencia a todo alimento, aun a la hora del mediodía, que por la noche ya hacía mucho tiempo que su R. ma. nada tomaba, sino algún vaso de leche o una pequeña jícara de chocolate claro. Siguiéronse también algunos ímpetus de vómitos, a que provocaba la detención de las superfluidades en el estómago. Se le vestía, no obstante, y sacaba de la cama todos los días con el fin de que la vista de diferentes objetos y mudanza de sitios le divirtiesen algo en aquella tristeza y melancolía».

El 26 de septiembre, como siempre, se levantó pero le sobrecogió «un decaimiento muy particular y mayor que en los días precedentes, acompañado de angustias y trabajo en la respiración»; se avisó a la Comunidad y al Confesor. Los amagos de vómito impidieron el Viático. A mediodía le administraron la Extremaunción y murió tranquilamente a las cuatro y veinte minutos de aquella misma tarde.

Queda por aclarar un pequeño punto que tal vez interese a los historiadores de las luchas entre los partidarios y enemigos de la sangría. Feijóo, el gran enemigo de este remedio, ¿fué sangrado o no? Si hemos de creer a Anchoriz, sí lo fué: según él, los médicos vinieron «y le propinaron una sangría pronta y copiosa» [7]. Nos imaginamos, si así fué, al galeno encargado de la operación diciendo para sí aquello de «al maestro cuchillada», con rigurosa exactitud, mientras le hendía la vena. Pero en la relación anónima tantas veces citada, y probablemente más veraz, se dice, al describir el primer ictus del gran escritor: «Llamáronse de orden del Rdmo. P. Abad los médicos, que unánimes prescribieron como remedio preciso y único la sangría pronta y copiosa. Pero su Rma., que consultaba y oía la voz de la naturaleza mejor que los médicos, hizo que se le diese agua fría de nieve repetidas veces y en abundancia, con cuyo solo remedio se halló fuera de peligro y casi limpio de calentura a las cinco de la tarde del mismo día, con admiración y gozo de cuantos habían llegado a temer pronto su muerte. Así hizo visible el Maestro Feijóo hasta el fin de su vida la falibilidad de la medicina y los juicios de los médicos, sobre que tanto escribió en varios Discursos de sus celebradas Obras» [8].

---

[6] No hay que decir que Feijóo se equivocaba de medio a medio en este pronóstico.
[7] Anchoriz [6].
[8] *Breve expresión*, etc. ([15], p. 6). Estas mismas líneas aparecen como nota en

Así murió este hombre extraordinario: extraordinario por su hombría de bien [9] y por su talento magnífico, al que la raza y la ciencia españolas deben perenne gratitud.

He pretendido hacer resaltar la trascendencia de su obra como uno de los promotores de la mentalidad científica moderna en España, como biólogo de vocación y de mirada lejana y como reformador experimental de la medicina de su época. Cuando los médicos apenas sabían otra cosa que seudofilosofías incongruentes y teología almibarada, él, simple fraile, enseñó que los enfermos no se curan con disputas sutiles ni con frases en latín, por lo común falsificado [10], sino observando atentamente al organismo dolorido y actuando sobre él por las vías que señala la misma naturaleza y no las especulaciones arbitrarias.

XXXVIII.—Epílogo. El San Cristóbal de la cultura

Caso típico de la influencia creadora del clima histórico, Feijóo fué el más genuino representante de la crítica enciclopedista del siglo XVIII; pero hay que decirlo firme y claramente: con completa independencia de la trayectoria del enciclopedismo francés; enciclopédico, pues, no de Francia ni de ninguna otra parte, sino *de la época*; por espontánea generación y con todas las características ibéricas, entre ellas la ortodoxia más estricta. Los que ligeramente le comparan con Diderot y discuten su catolicismo, desvirtúan su verdadera significación. Feijóo no tuvo nunca que «palparse el catolicismo», como Torres de Villarroel en sus momentos de duda, porque nunca dudó; ni nadie pudo dudar fundadamente de él. Si alguna vez ha despertado sospechas su actitud filosófica, ha sido mucho tiempo después de su muerte, por el pueril afán de los liberales del siglo XIX de incorporar al benedictino a las gentes de su bandería; o bien, por los propios católicos: estos católicos nuestros, fieles a su instintiva precaución contra todo lo que significa inteligencia viva y libre. Hombre universal y, a la vez, español por los cuatro costados, Feijóo se sentía incorporado al ansia renovadora de su siglo sin que se rompiese una sola de las raíces de su tradición nacional, incluso aquella que se hunde, allá en lo hondo, en los estratos obscuros de la superstición, contra la que tanto luchó, pero que a veces enviaba a su grande y abierto espíritu oleadas de savia confusa y pueril.

Ortega y Gasset dice [1] que en la historia de la cultura, el siglo XVIII, tan fecundo en otros países, ha sido escamoteado en el nuestro. Es posible que sea así, porque si hubo —que sí lo hubo— entre nosotros y en el orden cultural, un auténtico siglo XVIII —el que se condensó en los años que median

la página 142 del *Teatro*, tomo 1 de la edición de 1781 y otras. Es probable que Anchoriz copiara, equivocándose, esta referencia. Es decir, que no debió haber sangría.

[9] Sobre la gran caridad de Feijóo se extiende Francos Arango [88]. Refiere la historia, que tantas veces se ha repetido, de que en los años 41 y 42, que fueron de gran hambre, «empleó en granos gran suma de caudal para que infinitos pobres tuviesen que comer»; y cómo arrojaba dinero a los menesterosos desde la ventana de su celda. Esto mismo cuenta la tradición en Samos, y allí también muestran el balcón desde donde socorría a los mendicantes. Dice Francos Arango que este modo tan llamativo de dar limosna era porque le pedían de noche y la clausura le impedía salir: pero esta caridad tan ruidosa debía ser para él excepcional y forzada; y tan poco grata como hoy nos es leerla a nosotros. La finura de Feijóo era superior a eso. En una de sus cartas a Sarmiento le dice: «He sido inundado en asuntos de limosnas y el genio (no la virtud) me arrastra hacia eso. ¿No será bueno asegurarme?» Esto sí está bien. (Cartas inéditas de Samos, 31 de mayo de 1738.)

[10] Huarte [99] insiste en la incapacidad del español medio para aprender idiomas y singularmente el latín.

[1] Ortega y Gasset [170].

entre Fernando VI y el Príncipe de la Paz—, es lo cierto que no descendía apenas desde las esferas oficiales y aristocráticas, para difundirse e infiltrarse en la gran masa de los españoles. España, tal vez, no se incorporó como nación al movimiento enciclopedista; que acaso fué en todas partes actitud de minorías selectas. Pero tuvo, como siempre, entre sus hombres, los grandes titanes aislados encargados de que no se rompiese la línea de continuidad de la civilización.

Ha sido nuestra patria eterno teatro de las individualidades geniales que soportan sobre sus espaldas la faena gigantesca de toda una generación. Entonces, como antes y como ahora, en los momentos graves, unos hombres erectos sobre la muchedumbre se encargan, no de dirigirla, sino de aliviarla por completo del esfuerzo y de la responsabilidad. Por eso, entre nosotros, el héroe lo es siempre a costa de ser mártir. Y así fué Feijóo. Como un grande, dulce y socarrón San Cristóbal, supo pasar en alto, sobre el vacío de unos decenios de ignorancia, el tesoro de nuestro genio y de nuestra cultura; mientras los gozquecillos sempiternos le ladraban desde una y otra orilla.

BIBLIOGRAFIA

[1] Aguilar (A.): Sobre el médico (vulgarmente) de el agua. Sueño jocoso y noticias de Galeno y canto del otro mundo. Madrid, 1753.

[2] Aldea (La) de Casdemiro. Album literario dedicado a la inmortal memoria del ilustre crítico Padre Feijóo, publicado por *El Heraldo Gallego*, con la colaboración de distinguidos escritores. Orense, 1876. (Contiene: J. M. Hermida: La casa de Casdemiro. M. Murguía: Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro; y varias poesías dedicadas a Feijóo.)

[2-A] Alejandro de Alejandro: Días geniales: Lib. II, cap. XXI (cit. de Mexía) [158].

[3] Alonso Cortés: Datos genealógicos del P. Feijóo. *Bol. de la Com. de Monumentos de Orense*. 1932. T. X, p. 417.

[4] Altamira (R.): Historia de España y de la Civilización española. Barcelona, 1914.

[5] Altube (G. de): El Excelentísimo señor D. Xavier María de Munibe, conde de Peñaflorida. San Sebastián, 1932.

[5-A] Alvarez Jiménez (E.): Biografía del R. Padre Fray Martín Sarmiento y notas de sus obras impresas y manuscritas. Pontevedra, 1884.

[6] Anchoriz: Biografía y juicio de la obra que escribió el Ilustrísimo y Rdmo. Fray Benito Jerónimo Feijóo. Oviedo, 1857.

[7] Andry: Examen de divers points d'Anatomie, de Chirurgie, de Physique et de Medecine. Paris, 1725.

[8] Angel de Zelvar (Millán): El Pancatriastes, impugnador del papel del sargento de Tragones don Ramón de Prada y Tuill. Salamanca, 1727.

[9] Anónimo: Encuentro de Martín con su rocín. Sevilla. S. a.

[10] Anónimo: Carta del Licenciado Brandalagas, profesor de Astrología, a su amigo don Diego Torres de Villarroel, respondiendo a las *post datas* contra el doctor Martínez. S. a.

[11] Anónimo: Cátedra de desengaños médicos. *Gaceta* de 1 de julio de 1727.

[12] Anónimo: Diálogo entre el Juicio y el Desengaño. S. a.

[13] Anónimo: Carta soplicautoria du Albeitariño dou Toril ao Reveirisco Paidre Fraijones, Maiestro Benitino, catatrico du Vispas em ha Aversidad du citta du Uvieido ena Asturias. S. a.

[14] Anónimo: Carta consolatoria del médico de Sarabillo a un discípulo suyo, sobre las inquietudes que ha urdido el Teatro Crítico, que ha sacado a luz el Padre Maestro fray Benito Feijóo, y advertencias teológicas a dicho Padre. S. a.

[15] Anónimo: Breve expresión del grave sentimiento con que el Real Colegio de San Vicente de Oviedo, de el orden de San Benito, lamentó la muerte del Ilmo. y Rmo. Señor Don Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. Relación breve de la muerte, entierro y exequias del I. y R. P. M. F. B. J. Feijóo. Salamanca, 1765.

[15-A] Antonio (Nicolás): Censura de Historias fabulosas. Obra pósthuma de Don Nicolás Antonio, etc. Publica estas obras Don Gregorio Mayans y Siscar. Valencia, 1742.

[16] Aquenza (Pedro): Breves apuntamientos en defensa de la Medicina y de los médicos contra el Teatro Crítico Universal. 1700.

[16-A] Aranda (M. de): Dénonciation au public du vogage d'un soi-disant Figaro en Espagne par le veritable Figaro. Londres, 1785.

[17] Araujo Costa (L.): Letras, damas y pinturas. Madrid, 1927.

[18] Arcaya (A. de): Unas observaciones al doctor Lafora. *Gimnasium*. Vitoria, 1928. (Tengo entendido que este Arcaya es un seudónimo de varios escritores del Seminario de Vitoria.)

[19] Areal (J. E.): Poesías inéditas del Padre Feijóo. Tuy, 1901.

[20] Arenal (Concepción): Juicio crítico de las obras de Feijóo. *Revista de España*, 1877. T. LV, p. 110, 187 y 398; T. LVI, p. 348; T. LVII, p. 1724.

[21] Armesto y Ossorio (I.): Teatro anticrítico universal sobre las obras del muy reverendo Padre maestro Feijóo, del Padre maestro Sarmiento y de don Salvador Mañer, etc. Madrid, 1735.

[22] Asher: Physiologie der Schildrüse: en Hirsch: Handbuch der inneren Sekretion. Bd. II, 1 Hälfte. Leipzig, 1929.

[23] Aulnoy (Madame d'): Véase la edición de Foulché-Delbosc: Relation du voyage d'Espagne avec une introduction et des notes par... París, 1926.

[24] Ayguals de Izco (W.): El Panteón Universal. Diccionario histórico de vidas interesantes, aventuras, etc. Madrid, 1853-54. 4 vols.

[25] Azorín: Los valores literarios. Madrid, 1913.

[26] BALLESTEROS BERETTA: Historia de España y su influencia en la Historia Universal. Barcelona, 1932.

[26-A] BARCIA (A. M.): Catálogo de los retratos de personajes ilustres que se conservan en la Sección de estampas y bellas artes de la Biblioteca Nacional. Madrid, 1901.

[27] BARREDA (F.): La flota comercial santanderina desde 1800 a 1870. *Revista de Santander*, 1932. (Tirada aparte). La referencia de BARREDA está tomada del *Semanario Pintoresco Español*. Madrid, enero 1839, p. 30.

[28] BARRIOBERO (E.): La sonrisa de Esculapio. Madrid, 1931.

[29] BERKOWITZ: Gleanings from Galdos' Correspondence *Hispania*, 1933. T. XVI, p. 249.

[30] BONAMICH: Duelos médicos contra el Teatro Crítico del R. M. P. Fr. Benito Feijóo y contra la Palestra médica del Padre D. F. Antonio Rodríguez, monje cisterciense que, en defensa y desagravio de la noble Facultad Médica, ofreció al juicio de los curiosos y doctos en teóricos, prácticos y médicos discursos don Narciso Bonamich, médico que fué de la villa de Villarejo de Salvanés. Madrid, 1741.

[31] BOUCHOUT: Traité des signes de la mort et des moyens de prévenir les enterrements prématurés. París, 1849.

[32] BOWLER: Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España. Madrid, 1775. (Sería bueno que algún editor se decidiese a publicar de nuevo este admirable libro. Hay tres ediciones españolas y dos traducciones: francesa e italiana).

[33] Breve reseña de la descendencia, apellidos, títulos y grandeza del Marquesado de Santa Cruz y del Viso. Madrid, 1909.

[33-A] BRUNS Y THIEL: Tratamientos de la muerte aparente. Edición española. Barcelona, 1930.

[34] CABAL (C.): Mitología asturiana. Los dioses de la vida. Madrid, 1925.

[34-A] CABAL (C.): Mitología Ibérica: en Folklore y costumbres de España. T. I. Barcelona, 1931.

[35] CABANES: Legendes et Curiosités de l'Histoire. 4me série. París. S. a.

[36] CABANES: Remedes d'autrefois. 2me série. París, 1913.

[37] CABANES: Les indiscretions de l'Histoire. 2me série. París, S. a.

[38] CABANES ET BARRAUD: Remedes de Bonne Femme. París, 1907.

[39] CABARRÚS (CONDE DE): Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública, escritos por el Conde de Cabarrús al señor Don Gaspar de Jovellanos y precedidas de otra al Príncipe de la Paz. Vitoria, 1808.

[40] CABRERA DE CÓRDOBA: Relación de las cosas sucedidas en la Corte de España. Madrid, 1857.

[41] CALLEJA (P. DIEGO): Talentos logrados en el buen uso de los cinco sentidos. Madrid, 1700.

[41-A] CAMPOMANES: Noticia de la Vida y Obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Introducción al tomo I del Teatro Crítico, en la edición de Ibarra. Madrid, 1783.

[42] CANELLA SECADES: El Padre Feijóo. *La Ilustración Gallega y Asturiana*, 1879, p. 2. Aparece también, adicionado, en Carta-fueyos de Asturies. Oviedo, 1886.

[43] CANILLEJAS (ANSELMO): Corrección fraterna del Aquenza fingido en obsequio del Aquenza verdadero. Valladolid. S. a.

[44] CARBALLO CALERO (R.): Como vía a Aristóteles o P. Feijóo. *Arguivos do Seminario de Estudos Galegos*, 1930. T. V, p. 237.

[44-A] CARBALLO NÚÑEZ DE CASTRO (J. I.): El médico de sí mismo. Modo práctico de curar toda dolencia con el vario y admirable uso del agua. Madrid, 1754.

[44-B] CARBALLO NÚÑEZ DE CASTRO (J. I.): La verdad desnuda: arcanidades de El médico de sí mismo, descubiertas a la luz del desengaño. Madrid, 1757.

[45] CARBONELL: A qui devons-nous la découverte de la circulation pulmonaire. *Bruxelles Médical*, 1933, núm. 17.

[46] Cartas literarias. Ms. 10579 de la Biblioteca Nacional.

[47] CASAL (G.): Historia Natural y Médica del Principado de Asturias. Madrid, 1762. Es edición rara. También lo es ya la edición de BUYLLA Y SARANDESES: Memorias de Historia Natural y Médica de Asturias por el Doctor Don Gaspar Casal, reimpresas y anotadas por A. Buylla y R. Sarandeses con noticias biográficas del autor por DON FERMÍN CANELLA, y un prólogo del Doctor DON ANGEL PULIDO. Oviedo, 1900.

[47-A] CASCAJALES (T.): Carta que escrive D. Tiburcio Cascajales al señor D. Pedro Méndez Díaz Arellano Solaterrestre, etc., sobre lo mal que le ha parecido el papel de la contradefensa crítica a favor de hombres que escrivió D. Laurencio Manco de Olivares. S. a.

[48] CASTEJÓN (AGUSTÍN): Dudas y reparos sobre qué consulta un Escrupuloso al Rmo. P. M. Feijóo, autor del Teatro Crítico Universal. Madrid, 1727.

[49] CASTRO (AMÉRICO): Lengua, enseñanza y literatura. Madrid, 1924.

[50] CASTRO (C. DE): Vidas fértiles. Madrid, 1932.

[50-A] CASTRO (M.): Un monasterio gallego. Orense, 1912.

[51] CEÁN BERMÚDEZ (J. A.): Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España. Madrid, 1800. Tomo I, p. 183.

[52] CERCHIARI: Fisionomia e mimica. Milano, 1905.

[53] CERNADAS (DIEGO ANTONIO): Obras en prosa y verso del cura de Fruime. Madrid, 1780. 6 volúmenes.

[54] CERNADAS (D. A.): Ofrenda general para las exequias del muy ilustre señor el Rmo. P. M. Feijóo. Santiago, 1774.

[55] CHINCHILLA (A.): Anales históricos de la Medicina General. Historia de la Medicina Española. Valencia, 1846.

[56] CLARKE: Letters concerning the Spanish Nation. Written at Madrid during the years 1760 and 1761. London, 1763.

[57] CONDE (JOSÉ ANGEL): El médico común, en defensa de la medicina y sus profesores, oponiéndose al Teatro Crítico Universal, con respuesta a la que el Padre Maestro Feijóo da a los doctores Aquenza y Ribera (1727).

[58] CONDE (JOSÉ ANGEL): Carta que escribe el médico común a los discretos autores del Diálogo entre el juicio y el desengaño. (Esta carta, atribuída a CONDE, apareció en la *Gaceta* del 22 de febrero de 1727.)

[59] CORNARO: Arte seguro de vivir muchos años con salud y gozar de una felicidad completa en la vejez, por Jesús Cornaro. Obra que contiene reglas para mejorar una constitución enferma y recobrar la tranquilidad del ánimo, traducida al castellano de la edición 38 inglesa que se hizo en Londres en 1840. Vitoria, 1845.

[60] CORTEZO (C. M.): Por qué siendo la Medicina una noble aspiración al bienestar humano, al remedio del dolor y a la prolongación de la vida, la literatura y el arte se han encarnizado en satirizarla. *Discurso de ingreso en la Real Academia Española.* Madrid, 1918.

[61] COTARELO VALLEDOR (A.): A mocedade do P. Feixoo. *Nos* (Orense), 1930. Núm. 81, p. 172.

[62] DAZA DE VALDÉS (B.): El libro de los Antojos del Ldo. Benito Daza de Valdés. Uso de los Antojos y comentarios a propósito del mismo, por el Doctor MANUEL MÁRQUEZ. Madrid, 1923.

[63] DOMÍNGUEZ FONTELA (J.): Fray Martín Sarmiento. Su autobiografía. *Bol. de la Comisión de Monumentos.* Orense, 1925. T. VII, p. 153.

[64] DOMÍNGUEZ FONTELA (J.): El apellido Feijóo. *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense.* 1932. T. X-424.

[65] DORADO (JOSÉ): Manifiesto precautorio médico en defensa de la Medicina y Médicos. Oviedo, 1727.

[66] DORADO (FRANCISCO): Discurso fisiológico-médico. Oviedo, 1727.

[66-A] DUHAMEL: Física de los árboles, en la cual se trata de la anatomía de la planta, etc. Ibarra. Madrid, 1772.

[66-B] DUHAMEL: Tratado del cuidado y aprovechamiento de los montes y bosques, corta, poda, etc. Ibarra. Madrid, 1773.

[67] ELEIZALDE, MEZQUITA Y VICH: Estudios sobre la acción fitotóxica de sueros humanos patológicos. *Archivos de Cardiología y Hematología.* 1932. T. XIII, p. 18.

[68] El por qué de todas las cosas. Libro de problemas en que se dan razones naturales de muchas cosas provechosísimas para conservación de la salud, etc. Traducido del toscano en lengua castellana por Pedro de Rivas. Madrid, 1581.

[69] ESCRIBANO (DR.): Datos para la Historia de la Anatomía y Cirugía españolas de los siglos XVIII y XIX. *Discurso leído en la inauguración del Curso académico de 1916 a 1917 en la Universidad de Granada.* Granada, 1916.

[69-A] ESTÉVEZ (T.): Don José Maea. *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones.* 1933-XLI-113.

[69-B] FALGAIROLLE: Mystique jesuitique et franc-maçonerie en Espagne. *Hippocrate.* 1923-I-587.

[70] FEIJÓO (B. J.): Teotro Crítico Universal. 8 tomos. Hemos consultado tres ediciones: Blas Román. Madrid, 1781. J. Ibarra. Madrid, 1783. Vda. de Ibarra. Madrid, 1783. (Las referencias al Teatro en este libro se hacen a la edición de Román de 1781, no por otra razón sino porque es la que tengo anotada desde hace muchos años.)

[71] FEIJÓO (B. J.): Cartas eruditas y curiosas en que por la mayor parte se continúa el designio del Teatro Crítico Universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes. 5 tomos. Como en el Teatro, las citas se refieren a la edición de Román. Madrid, 1781. Los temas de los trece volúmenes están resumidos en dos diccionarios: MARQUÉS Y ESPEJO (A.): Diccionario Feijoniano. Madrid, 1802, y el más utilizado de SANTOS (J.): Indice general alfabético de las cosas más notables que contienen las obras de Feijóo. Madrid, 1774, y Pamplona, 1787.

[72] FEIJÓO (B. J.): Aprobación apologética del scepticismo médico del Doctor Martín Martínez. Oviedo, 1725.

[73] FEIJÓO (B. J.): Satisfacción al escrupuloso. Está reimpresa en la edición de 1769 de la Justa Repulsa [79].

[74] FEIJÓO (B. J.): Respuesta a los doctores Martínez, Aquenza y Ribera. Madrid, 1726. Inserta en el tomo II del Teatro (1728).

[75] FEIJÓO (B. J.): Veritas vindicata adversus medicorum medicinam vindicatam... (1726). Apareció en el tomo II del Teatro (1728).

[76] FEIJÓO (B. J.): Respuesta al discurso fisiológico médico del Doctor Don Francisco Dorado. 1927.

[77] FEIJÓO (B. J.): Llustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro Crítico Universal, donde se notan más de cuatrocientos descuidos al autor del Antiteatro, y de los setenta que éste impugna al autor del Teatro Crítico, se rebajan sesenta y nueve y medio. Madrid, 1729.

[78] FEIJÓO (B. J.): Suplemento al Teatro Crítico o Adiciones y correcciones a muchos de los asuntos que se tratan en los ocho de dicho Teatro. Madrid, 1740.

[79] FEIJÓO (B. J.): Justa repulsa de inicuas acusaciones. Carta en que manifestando las imposturas que contra el Teatro Crítico y su autor dió al público el R. P. Fr. Francisco Soto Marne, escribe a un amigo suyo el P. P. M. D. Benito Jerónimo Feijóo. Madrid, 1749.

[80] FEIJÓO (B. J.): Adiciones a las obras del muy ilustre y reverendísimo Padre Maestro D. Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. Madrid, 1781.

[80-A] FEIJÓO (B. J.): Una carta del P. Feijóo a la M. N. y M. L. Ciudad de Santiago. *La Patria Gallega.* 1891-I-7.

[81] FEIJÓO (B. J.): Obras escogidas. T. CV de la Biblioteca Universal.

[81-A] FEIJÓO (B. J.): Obras escogidas del Padre Feijóo. Teatro Crítico Universal o Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes. T. L. Celestino Jaramillo, edit. Coruña, 1883.

[81-B] FERNÁN-NÚÑEZ (CONDE DE): Vida de Carlos III. Publicada con la biografía del autor; apéndice y notas, por A. MOREL FATIO y A. PAZ Y MELIÁ, y un prólogo de DON JUAN VALERA. Madrid, 1898.

[82] FERNÁNDEZ ALONSO: Notas biográficas del Padre Feijóo. *La Región.* Orense, 17 de octubre de 1926.

[83] FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ: El Franco y su Concejo. Luarca, 1898.

[83-A] FERRER DEL RÍO (A.): Historia del reinado de Carlos III de España. Madrid, 1856.

[84] FLANDES (FR. LUIS DE): El Antiguo académico contra el moderno escéptico o dudoso, rígido o moderado. Madrid, 1742, 2 vols.

[85] FONLAZO DE ARENYZ (ANTONIO): Desagravio de la medicina y fuga de las sombras que en desdoro de tan noble facultad y del Doctor Don Francisco Suárez de Ribera, uno de sus más doctos profesores, ha querido en su Templador veterinario introducir Francisco García Cavero, maestro herrador y albéitar de San Sebastián de los Reyes. Madrid, 1727.

[86] FORD (R.): Hand-Book for Travellers in Spain. London, 1815.

[87] FORONDA (V.): Necesidad de enmendar los errores físicos, químicos y matemáticos de las obras de Feijóo. Miscelánea III. Madrid, 1887.

[88] FRANCOS ARANGO (A.): Oración fúnebre que en las solemnes exequias que la Universidad de Oviedo consagró en el día 27 de noviembre de este año de 1764 a la inmortal memoria del Ilustrísimo y Reverendísimo S. D. F. Benito Jerónimo Feijóo, etc. Oviedo, 1765.

[88-A] GARCÍA (CARLOS). Disertation historique et politique sur l'antipathie qui se trouve entre les françois et les espagnols. 1688.

[88-B] GARCÍA CABERO (FRANCISCO): Templador veterinario de la furia vulgar en defensa de la Facultad Veterinaria o medicina de bestias y de los albéitares, peritos y doctos. Asimismo contra el desprecio que de todos hace el doctor Don Francisco Suárez de Ribera en su Templador médico. Y manifiesto de que albeitería, medicina y cirugía es toda una ciencia o arte. Madrid, 1727.

[88-C] GARCÍA MARTÍ (V.): De la zona atlántica (Galicia y Portugal). Madrid, 1934.

[89] GARCÍA DEL REAL (E.): Historia de la Medicina Española. Madrid, 1921.

[90] GARCÍA ROS (IGNACIO): Medicina Vindicata: Discursos Apologeticus nobilissimae, neccesariae, omnibusque titulis commendabilis scientiae medicae (1727).

[91] GARRISON: Historia de la Medicina. Traducción de García del Real. Tomo I. Madrid, 1921.

[92] GAZOLA (J.): El mundo engañado de los falsos médicos. Obra póstuma traducida fielmente del toscano. Valladolid, 1729.

[93] GONZÁLEZ DE MANUEL: Verdadera relación y manifiesto apologético de la antigüedad de las Batuecas. Madrid, 1693.

[94] GOYANES (J.): Miguel Serveto. Madrid, 1933.

[95] GUILLÉN (J.): El manuscrito sobre arquitectura naval del marqués de la Victoria. *Archivos Españoles de Arte y Arqueología.* 1933. T. XXV, p. 47.

[95-A] GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS: Juicio sobre la methodo controvertida de curar los morbos con agua y limitación de los purgantes. Madrid, 1736.

[96] HERNÁNDEZ MOREJÓN (A.): Historia bibliográfica de la Medicina Española. Madrid, 1850.

[97] HEROS (MARTÍN DE LOS): Historia de Valmaseda. Publicada en 1848 y reimpresa en 1926. Edición de D. GREGORIO BALPARDA. Bilbao, 1926.

[98] HERRÁN VALDIVIESO (J.): El hombre-pez de Liérganes. Santander, 1877.

[99] HUARTE (J.): Examen de Ingenios. He consultado la edición de Sanz [197-B].

[100] HUMANES (CONDE DE): Cuchillo de la muerte que escribió el Conde de Humanes contra la profesión galénica, fundándose en el dicho de un escritor médico, célebre en su Facultad y demasi do en celebrarla, que afirmó que la dignidad médica era casi igual a la de los reyes. Manuscrito 11.037 de la Biblioteca Nacional.

[101] ISLA (PADRE J. F.): Glosas interlineales puestas y publicadas con el nombre del Licenciado Pedro Fernández a las postdatas de Torres en defensa del doctor Martínez y del Teatro Crítico Universal. Salamanca, 1726.

[102] ISLA (PADRE J. F.): Carta gratulatoria de un médico de Sevilla al doctor Aquenza, 1726.

[103] ISLA (PADRE J. F.): Blanda, suave y melosa respuesta a los ferinos y furiosos apuntamientos que en defensa de la medicina escribió el doctor Don Pedro Aquenza. Salamanca. (Estos tres escritos están recopilados en un volumen titulado Colección de papeles críticoapologéticos que en su juventud escribió el Padre José Francisco de Isla. Madrid, 1788.)

[104] ISLA (PADRE J. F.): Blanda, suave y melosa curación del Escrupuloso y de sus flatos espirituales. S. a.

[105] ISLA (PADRE J. F.): El Tapa-Boca. Papel del Padre Josef Francisco de Isla res pondiendo a otro con que el doctor Araujo criticó los discursos del reverendísimo Feijóo sobre la Medicina. 1727.

[106] JUDERÍAS (J.): La leyenda negra. Madrid, 1914.

[107] KEYSERLING (H.): La Vie Intime. París, 1933.

[108] LABORDE: Itineraire descriptif de l'Espagne. Tercera edición. París, 1834.

[109] LAFUENTE (V.): Preliminares a las obras escogidas del Padre Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. Biblioteca de Autores Españoles.

[109-A] LANGLE (M. DE): Voyage en Espagne. 6me édition. París, 1803.

[109-B] LANGLE (M. DE): Voyage de Figaro en Espagne. Saint Malo, 1784. (Estas primeras ediciones aparecieron anónimas).

[110] LAVINDER: Pellagra. En Avitaminosen und verwandte Krankheitszustände, de STEPP und GYORGY. Berlín, 1927.

[111] LEGENDRE (M.): Portrait de l'Espagne. París, 1923.

[112] LEGENDRE (M.): Las Jurdes. Etude de Geographie Humaine. París, 1927.

[113] LESACA: Apología Escolástica en Defensa de las Universidades de España contra la Medicina Scéptica del doctor Martínez. 1729.

[113-A] LOBO (E. G.): Obras poéticas, 2.ª edición. Pamplona, 1729.

[114] LÓPEZ DE ARAUJO Y AZCÁRRAGA: Residencia médicocristiana en honor de la medicina, lustre de los profesores y desengaño del vulgo, quien inducido a desconfianza del médico y sus remedios por la perjudicial doctrina del Teatro puede caer fácilmente en graves y supersticiosos errores. Madrid, 1727.

[115] LÓPEZ PELÁEZ (A.): Los escritos de Sarmiento y el Siglo de Feijóo. Coruña, 1901.

[116] LÓPEZ PELÁEZ (A.): Elogio de Fray Martín Sarmiento. *Discurso leído en la Real Academia Gallega.* Coruña, 1910. (Buena bibliografía de las obras de Sarmiento.)

[117] LÓPEZ SENDÓN (M.): Gaspar Casal. Breve estudio de su vida y de su obra. *Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina de la Universidad de Madrid.* Tomo I (1932-33).

[118] LLÓPIZ DE UNZUETA (REMIGIO): Carta que escribe a Don Domingo Rocamora su amigo Don Remigio Llópiz Unzueta, en que dice lo que siente sobre el papel intitulado Desgravio de la Medicina que sacó a luz Don Antonio Fonlazo y Arenyz. Valladolid, 1727.

[119] LLORET Y MARTÍ (Francisco): Apología de la Medicina y sus doctos profesores contra los críticos y defensa de la doctrina de Hipócrates y Galeno contra los errores vulgares, 1726.

[120] MACANAZ (MELCHOR DE): Notas al Teatro Crítico del eruditísimo Feijóo en 12 cuadernillos escritos por el Excmo. Sr. D. Melchor de Macanaz, desde su reclusión de la Coruña, 1758.

[121] MACÍAS (M.): De Galicia. Discursos de carácter regional. La Coruña, 1892.

[122] MACÍAS (M.): La Ortodoxia de Feijóo. *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense.* Tomo VII, p. 170.

[123] MACÍAS (M.): La Aldea de Casdemiro en el Album [2].

[124] MADARIAGA (S.): Anglais français, espagnols. París, 1930.

[125] MADARIAGA (S.): Discurso al Congreso Homeopático de Madrid. Julio de 1933.

[126] MANCO DE OLIVARES: Contradefensa crítica a favor de los hombres que en justas quejas manifiesta Don Laurencio Manco de Olivares contra la nueva defensa de mujeres que escribió el muy Reverendo Padre Fray Benito Jerónimo Feijóo en su Teatro Crítico. Madrid, 1726.

[127] MAÑER (SALVADOR JOSÉ): Anti-Teatro Crítico. Sobre el primero y segundo tomo del Teatro Crítico Universal. Madrid, 1730.

[128] MAÑER (S. J.): El famoso hombre marino del Padre Feijóo, benedictino, especie de mucha curiosidad en lo físico e histórico (Madrid, 1733). Firmó Mañer este papel con el seudónimo de Alvaro Menards.

[129] MARAÑÓN (G.): Viruela. En: Manual de Medicina Interna de HERNANDO y MARAÑÓN. Tomo I. Madrid, 1920.

[130]. MARAÑÓN (G.): Notas para la Biología de Don Juan. *Revista de Occidente*. Enero de 1924.

[131] MARAÑÓN (G.): La edad crítica, 2.ª edición, Madrid, 1925; 3.ª edición: The Climateria. Saint Louis, 1929.

[132] MARAÑÓN (G.): La evolución de la sexualidad. 2.ª edición; Madrid, 1930; 3.ª edición: The Evolution of Sex. London, 1932.

[133] MARAÑÓN (G.): El Bocio y el Cretinismo. Madrid, 1927.

[134] MARAÑÓN (G.): Manual de las Enfermedades del Tiroides. Barcelona, 1929.

[135] MARAÑÓN (G.): L'intersexualité unilaterale gauche dans l'espèce humaine. *Revue française d'Endocrinologie*, 1932-X-1.

[136] MARAÑÓN y ALVAREZ CASCOS: Sobre la hiperqueratosis ictiosiforme. *Anales de Medicina Interna*, 1932-I-783.

[137] MARAÑÓN (G.): Amiel. Un ensayo sobre la timidez. 2.ª edición. Madrid, 1933.

]138[MARAÑÓN (G.): Examen actual de un examen antiguo. *Cruz y Raya*, 1933; núm. 8, p. 73.

[139] MARAÑÓN (G.): Once lecciones sobre el reumatismo. 2.ª edición. Madrid, 1934.

[140] MARAÑÓN (G.): Raíz y decoro de España. Madrid, 1933.

[141] MARAÑÓN (G.): Tres ensayos sobre la vida sexual. 7.ª edición. Madrid, 1934.

[142] MARAÑÓN (G.): Gordos y flacos. 3.ª edición. Madrid, 1934.

[143] MARISCAL (N.): Participación que tuvieron los médicos españoles en el descubrimiento de la circulación de la sangre. *Discurso en la Real Academia de Medicina*. Madrid, 1931.

[144] MARTÍNEZ (MARTÍN): Carta defensiva que sobre el primer tomo del Teatro Crítico Universal que dió a luz el Rmo. P. Maestro Fray Benito Feijóo la escribió su más aficionado amigo Don Martín Martínez. (Esta carta está incluída en el tomo II del Teatro).

[145] MARTÍNEZ (MARTÍN): Anatomía compendiosa y Noches anatómicas en que después de defender al Doctor Don Manuel Porras, etc. Madrid, 1717.

[146] MARTÍNEZ (MARTÍN): Anatomía completa del Hombre. Madrid, 1725. (Hay otras dos ediciones: 1745 y 1746.)

[147] MARTÍNEZ (MARTÍN): Apología contra la del doctor Lesaca. Madrid, 1730.

[148] MARTÍNEZ (MARTÍN): Medicina Scéptica y Cirugía Moderna con un Tratado de Operaciones, etc. Madrid, 3.ª edición, 1748. (Contiene al principio la Apología del Padre Feijóo) [72].

[149] MARTÍNEZ (MARTÍN): Filosofía Scéptica: extracto de la Física antigua y moderna recopilada en diálogos entre un aristotélico, cartesiano, gasendista y escéptico, para instrucción de la curiosidad española. Madrid, 1768.

[150] MARTÍNEZ ARGANDOÑA (ALEJANDRO): Reparos médicos, satisfacción amistosa y saludable consejo que a la historia del Folio 51 en la erudita apología que sacó a luz el doctor Francisco Lloret y Martí ponía don Alejandro Martínez Argandoña. Madrid, 1727.

[151] MARTÍNEZ SALAFRANCA: Desagravios de la mujer ofendida contra las injustas quejas de la contradefensa crítica de Don Laurencio Manco de Olivares. Madrid, 1727.

[152] MARTÍNEZ SALAFRANCA: Memorias eruditas para la crítica de artes y ciencias. Madrid, 1736.

[153] MASTRUCIO (M.): Apuntaciones contra la universalidad y abuso del agua que expresa y practica el Señor Don Juan Vázquez de Cortes. Sevilla, 1733.

[154] MENÉNDEZ PELAYO (M.): Historia de los Heterodoxos españoles. Madrid, 1880.

[155] MENÉNDEZ PELAYO (M.): Historia de las Ideas Estéticas de España. Madrid, 1904.

[156] MENÉNDEZ PELAYO (M.): La Ciencia Española. Madrid, 1876.

[157] MENÉNDEZ PELAYO, PEREDA, PÉREZ GALDÓS: *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897*. Madrid, 1897.

[158] MEXÍA (PEDRO): Silva de varia lección. He consultado la edición de Sevilla de 1570.

[159] MEZQUITA (D.): Algunas noticias acerca de los anatómicos españoles y la participación española en los estudios anatómicos. *Discurso de ingreso en la Academia de Medicina de Sevilla*, 1933.

[159-A] MILLARES (A.): Historia general de las Islas Canarias. Las Palmas, 1893.

[160] MILLARES CARLO: Prólogo de: Feijóo: Teatro Crítico Universal. Clásicos Castellanos. Madrid, 1923.

[160-A] MILLARES CARLO: Feijóo y Mayans. *Revista de Filología Española*. 1923, X-57.

[161] MONTERO DÍAZ (J.): Galicia en el Padre Feijóo. Madrid, 1929.

[162] MONTERO DÍAZ (J.): Las ideas estéticas del Padre Feijóo. *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*. 1932. IV, 3.

[163] Morayta (M.): El Padre Feijóo y sus obras. Valencia. S. a.

[164] Murguía (M.): Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, en el *Album Literario* [2].

[165] Naderi (L.): Medicina defendida y médicos lisonjeados. Respuesta a una señorita que pidió parecer sobre el asunto. S. a. Atribuída también al Padre Isla.

[166] Navascués (J. M. de): El Folklore español. Boceto histórico, en: Folklore y costumbres de España, Barcelona, 1931. T. I.

[166-A] Neter (E.): Naturheilung durch Krankheit, In Brugsch. Spez. Pathol. und Therap. inn. Krankheiten. 9 Ergänz. Band. Berlín, 1934.

[166-B] Nieto de Piña (C.): Discurso médico de las señales que distinguen al hombre verdadero ahogado del sumergido en las aguas después de muerto, etc. Sevilla, 1776.

[167] Nóboa (P.): Oración fúnebre en las exequias que en 22 de enero de 1765 celebró el Real Monasterio de San Julián de Samos a su hijo fray Benito Feijóo. Madrid, 1765.

[168] Núñez (Manuel): Historia razonada de la vida y escritos del P.no P. Mtro. Martín Sarmiento, benedictino. Acompaña un examen apologético de algunas de sus opiniones contra las pretensiones de don Tomás Antonio Sánchez, bibliotecario de S. M., y un apéndice en que se reivindica la buena memoria del Ilmo. Sr. Feixoo, de dos notas denigrativas publicadas por un moderno: por Manuel Núñez, monje de San Pedro de Cerdeña. Mss. de las Descalzas Reales de Madrid. Contiene otros papeles (hasta 36), entre ellos una copia del pliego de Sarmiento sobre el origen del nombre y Casa de San Julián de Samos; copia del pliego de Sarmiento sobre significación, origen, ortografía y antigüedad del apellido Feijóo en Galicia, y copia de la poesía de Feijóo: Explicación física del *no sé qué* de la hermosura, etc.

[169] Núñez Arenas: La heterodoxia de los caballeros vascos. *Bol de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.* 1926.

[170] Ortega y Gasset (J.): El Espectador. T. VII. Madrid, 1929.

[171] Ortega de Tamayo (Dr.): Discurso médico que enseña el método de curar, etc.; con varias observaciones que confirman estos documentos, hechas por el doctor don Francisco Solano de Luque, etc. Madrid, 1788.

[171-A] Ortiz Barroso (G.): Uso y abuso del agua. S. a.

[172] O'Scalan (T.): Ensayo apologético de la inoculación o demostración de lo importante que es al particular y al Estado. Madrid, 1792.

[173] Ossorio y Gallardo (A.): *Discurso en las fiestas del Centenario de la publicación del tomo I del Teatro Crítico*, de Feijóo. *La Región* (Orense), 19 octubre 1926.

[174] Palero (Justo): Agradecimientos satisfactorios que, reconocido, corresponde fray Justo Palero, difinidor general de su Orden, a un Padre fray Anselmo, cirujano latino, por la meritoria y caritativa corrección fraterna que dió al autor de los Breves Apuntamientos. Madrid, 1726.

[175] Pardo Bazán (E.): Estudio crítico de las obras de Feijóo. Madrid, 1877. (Premiado con accésit por mayoría de votos.) La edición oficial de este trabajo va seguida de la «Oda a Feijóo», de la misma Pardo Bazán, que en dicho concurso fué premiada con la Rosa de oro; de mediana factura pero con exactos y a veces profundos pensamientos; y otra poesía: «A Galicia. N'o segundo Centenario d'o nacemento d'o Sabeo Feixóo», por V. Lamas Carvajal, también premiada, aunque sólo con un simple «pensamiento de oro y plata».

[176] Pardo Bazán (E.): Feijóo y su siglo. *Discurso presidencial leído en el Certamen literario que para solemnizar la erección de la estatua de Feijóo ha celebrado la ciudad de Orense el día 10 de septiembre de 1887.* En el volumen: De mi tierra. La Coruña, 1888.

[177] Pardo Bazán (E.): La mascarilla de Feijóo: en De mi Tierra [176]. Publicada también en *Bol. de la Comisión de Monumentos de Orense*, 1926. VII, 433.

[178] Pérez (V.): El Promotor de la salud de los hombres, sin dispendio del menor de sus caudales: admirable método para curar todo mal, con brevedad, seguridad y placer. Disertación histórico-crítico-médico-práctica en que se establece el agua por remedio universal de las dolencias. Madrid, 1752.

[178-A] Pérez (V.): El secreto a voces. Arcanidades de los polvos de Aix, en la Provenza, descubiertos a los embates del agua. Madrid, 1753.

[178-B] Pérez (V.): Informe de don Vicente Pérez al rey don Felipe V sobre la enfermedad de la reina y los remedios para corregirla; 8 de agosto 1758. Mss. 10.683 de la Biblioteca Nacional.

[179] Pérez de Ayala (R.): Política y Toros. Madrid, 1918.

[179-A] Pérez de herrera (C.): Discurso del doctor Cristóbal Pérez de Herrera, protomédico de las galeras de España, por el rey N. S. residente en su Corte. A la Católica y Real Majestad del rey don Felipe S. N. suplicándole se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos destos sus reynos se amparen y socorran y los fingidos se reduzcan y reformen. Madrid, 1595.

[180] Pérez de Urbel (P.): Semblanzas benedictinas. II. Monjes ilustres. Madrid, 1926.

[181] Peyron (J. F.): Noveau voyage en Espagne. París, 1782.

[182] Pi Margall (F.): Prólogo al Teatro Crítico del Padre Feijóo. Oporto, 1887.

[183] PITTALUGA (G.): Pelagra, en Manual de Medicina Interna, de HERNANDO y MARAÑÓN. T. III. Madrid, 1920

[184] PLUCHE (ABAD M.): Espectáculo de la Naturaleza o conversaciones acerca de las particularidades de la Historia Natural, que han parecido más a propósito para excitar una curiosidad útil y formarles la razón a los jóvenes lectores. Traducción de Terreros Pando. Madrid, 1756.

[185] PORTA (B. DE LA): Della Fisonomía dell' Huomo. 1615.

[186] PRADA VELEN Y TUILL (RAMÓN): Antimedicastria. Diálogo entre el protomédico don Pedro Aquenza y su platicante. Sobre la práctica y teórica de la Facultad de Medicina y las máximas y política que en ellas se ha de seguir. Salamanca, 1727.

[187] PREVOST (ABBÉ): Apologie des femmes, par Dom Feijóo, traduit par ...París, 1755.

[188] PUJASOL (E.): El sol solo y para todos sol de la Filosofía sagaz y anatomía de ingenios. Barcelona, 1637.

[188-A] Relaciones enviadas al P. General de la Congregación de Valladolid, P. Antonio Sarmiento, en el año 1723. Mss. del Monasterio de Samos.

[189] Reseña del Certamen literario celebrado en Orense en día 8 de octubre de 1876, en honor del R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Orense, 1877.

[190] Retratos de españoles ilustres, con un epítome de su vida. Madrid, 1791.

[191] ROCA Y CORNET: Vida de Feijóo. Biografía eclesiástica completa. Barcelona, 1847.

[192] RODRÍGUEZ (P.): Palestra crítico-médica. Madrid, 1735.

[193] RODRÍGUEZ (P.): Carta respuesta a un ilustre Prelado sobre el feto monstruoso hallado poco ha en el vientre de una cabra y reflexiones críticas que ilustran su historia. Madrid, 1753.

[194] RODRÍGUEZ (P.): Nuevo aspecto de Teología moral y ambos derechos o Paradoxas phisico-teológicas-legales. Obra crítica, provechosa a párrocos, confesores y profesores de ambos derechos y útil a médicos, filósofos y eruditos. Madrid, 1763-64. Se hicieron varias ediciones, la última en 1788.

[195] RODRÍGUEZ LAFORA (G.): Don Juan, los milagros y otros ensayos. Madrid, 1927. Hay una edición inglesa posterior. Don Juan and other psychological studies. London, 1930.

[196] ROEL: Etiología de la pelagra. Oviedo, 1880.

[196-A] ROXO (J. B.): Theurgia general y específica de las graves calidades, maravillosas virtudes y apreciable conocimiento de las más preciosas piedras del Universo: Una breve explicación de los enigmáticos colores. Un discurso ilustrado gigantesco; y los varios hechos del obispo fingido griego Legatus a Latere. Madrid, 1747.

[197] SABUCO (OLIVA DE): Nueva filosofía de la Naturaleza del hombre. Edición de Braga, 1622. La cuarta edición (Madrid, 1728) contiene el elogio de don MARTÍN MARTÍNEZ. La última reimpresión, con el título Obras de doña Oliva de Sabuco de Nantes (escritora del siglo XVI). Madrid, 1888, contiene el prólogo de O. CUARTERO.

[197-A] SANTIAGO Y PALOMARES (ANTONIO A. DE): Parte del Océano. Consultorio de Júpiter con los dioses y XIII signo del zodiaco. Entusiasmo poético en elogio del doctor don Vicente Pérez, vulgo: Médico del agua. Madrid, 1753.

[197-B] SANZ (RODRIGO): Introducción a la edición del Examen de Ingenios de HUARTE, de la Biblioteca de Filósofos Españoles. Madrid, 1930.

[198] SARMIENTO (P. MARTÍN): Demostración crítico-apologética del Teatro Crítico Universal. Dos tomos. Segunda impresión. Madrid, 1739.

[199] SARMIENTO (P. MARTÍN): Disertación sobre las virtudes maravillosas y uso de la planta llamada Carqueixa, conocida en Galicia por este nombre y en otras provincias del Reyno por una voz análoga a la misma pronunçiación. Madrid, 1787.

[200] SARMIENTO (P. MARTÍN): Indice de las obras manuscritas del P. F. Martín Sarmiento, recogidas en 17 tomos por el DUQUE DE MEDINA-SIDONIA, su amigo. T. 6-7. Mss. 20.381 de la Biblioteca Nacional. Contiene copia de varias cartas de Feijóo a don Pablo Zúñiga, don José Ceballos, etc.

[200-A] SARMIENTO (P. MARTÍN): Discurso crítico sobre el origen de los maragatos. Copia manuscrita.

[200-B] SARMIENTO (P. MARTÍN): Discurso sobre el origen de los que llaman villanos a quienes regularmente dicen cristianos viejos. Copia manuscrita.

[201] SEGUIN (E.): Jacob Rodríguez Pereire, prémier instituteur de sourds et muets en France. París, 1847.

[202] SEMPERE Y GUARINOS: Ensayo de una bibliografía española de los mejores escritores del reinado de Carlos III. Madrid, 1785.

[202-A] SIMONENA (A.): Un precursor de la orientación profesional. El doctor Juan de Huarte. *Recopilación del cuarto Congreso de Estudios Vascos.* San Sebastián, 1927.

[202-B] SOLANO DE LUQUE: Lapis lydos appollinis. Méthodo seguro y la más útil, así para conocer como para curar las enfermedades agudas. Madrid, 1732.

[202-C] SOLANO DE LUQUE: Modo de curar con acierto los morbos agudos. Cádiz, 1736.

[202-D] SOLANO DE LUQUE: Observations sur la prédiction des crises par le pouls. Trad. de l'anglais por Lavirotte. París, 1748.

[202-E] SOLANO DE LUQUE: Novae observationes circa crisium praedictionem ex-pulsu... auctae a Jacobo Nihell... latine reddidit. 1753.

[203] SOLÍS Y HERRERA (FRANCISCO ANTONIO): Destierro de fantasías y caritativas advertencias que al doctor don Martín Martínez da, por mano del licenciado Geringonza y Cascanueces, fiscal de atrevidos y protector de papeles entremesados, don Francisco Antonio Solís y Herrera. Salamanca, 1727.

[204] SOMOZA (JULIO): Filosofía y psicología del pueblo astur. (Manuscrito inédito. Debo su estudio a mi amigo el Dr. JARDON.)

[205] SOTO MARNE (F. DE): Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del R. P. Maestro Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Salamanca, S. a.

[206] Spectateur (Le) ou le Socrate moderne, où l'on voit un portrait naïf des moeurs de ce siècle, traduit de l'nglais suivant la 4me édition d'Amsterdam. Basle, 1737.

[207] SUÁREZ DE RIBERA (FRANCISCO): Medicina cortesana satisfactoria de el doctor don Francisco Suárez de Ribera, en respuesta a la honoratísima carta que el Rdmo. Padre Maestro Fray Benito Feijóo escribió al autor. Madrid, 1726.

[208] SUÁREZ DE RIBERA (F.): Teatro de la salud o experimentos médicos, Madrid, 1726.

[209] SUÁREZ DE RIBERA (F.): Templador médico de la furia vulgar, en defensa del doctor Martín Martínez, del Rdmo. Padre Maestro Fray Benito Jerónimo Feijóo, etc. Madrid, 1726.

[210] SUÁREZ DE RIBERA (F.): Escuela médica convincente, triunfante, escéptica, dogmática, hija legítima de la experiencia y razón. Madrid, 1727.

[211] SUEYROS (FRANCISCO): Tesoro físico, médico, teológico, hallado en las verdades infalibles de la Sagrada Escritura. S. a.

[212] THOUS: Badajoz a través de la historia patria. 1901.

[213] TICKNOR: Historia de la literatura española, trad. de Gayangos y Vedia. Madrid, 1856.

[214] TORRES VILLARROEL (DIEGO DE): Post-Datas de Torres a Martínez en la respuesta a don Juan Barroso. Sobre la carta defensiva que escribió al Rdmo. Padre Fray Benito Feijóo, y en ella se explica el camino del globo de luz o fenómeno que apareció en nuestros horizontes el 19 de octubre de este año de 1726. Salamanca, 1726.

[215] TORRES VILLARROEL: Desengaños razonables para sacudir el polvo del espanto y del aturdimiento que ha producido en los espíritus acoquinados el cadáver de don Roberto Le Febre Dumoulinel, cadete de los reales guardias de Corps, por haberle visto flexible y sudando después de algunos días, expuesto en un salón del Hospital General de Madrid. Lo escribe para que se limpien sus admiraciones y sustos los genios atolondrados y los físicos de cortos alcances. Madrid. S. a.

[216] TORRES VILLARROEL: Vida. Edición de Clásicos Castellanos. Introducción de F. DE ONÍS. Madrid, 1921.

[217] TOWSEND: A Journey throungh Spain in the years 1786 and 1787. London, 1701.

[218] TRUEBA (A. DE): El molinerillo: en Cuentos de madres e hijos. Barcelona, 1878.

[219] URÍA (B.): Oración fúnebre que en las solemnes exequias celebradas a la buena memoria del Ilmo. y Rmo. don Fr. Benito Jerónimo Feijóo en el Colegio de San Vicente de Oviedo, etc. Salamanca, 1764.

[220] URQUIJO (JULIO DE): Un juicio sujeto a revisión. Menéndez Pelayo y los caballeritos de Azcoitia. San Sebastián, 1925.

[221] URQUIJO (J. DE): Los amigos del país (según cartas y otros documentos inéditos del siglo XVIII). San Sebastián, 1929.

[222] VARDIER (J.): Uso y abuso del vino, necesidad y utilidad del agua. Gerona, 1770.

[222-A] VÁZQUEZ DE CORTES (J.): Medicina en las Fuentes; corriente de la medicina del agua; purgas sin corriente. Madrid, 1753.

[223] VÁZQUEZ DE CORTES (J.): Respuesta por don Juan Vázquez de Cortes a las apuntaciones del doctor don Manuel Mastrucio. Defensa de su papel: La Medicina en las Fuentes, en Carta de un médico cordobés a dicho don Juan Vázquez. S. a.

[224] VESTEIRO TORRES: Galería de gallegos ilustres. T. VI. (Apéndice). Lugo, 1879.

[225] VICTORIA (MARQUÉS DE LA): Varios puntos de gobierno y política para los reyes de esta Monarquía. Mss. de la Biblioteca del Museo Naval de Madrid.

[226] VIDART: Los biógrafos de Cervantes en el siglo XVIII. Madrid, 1886.

[227] ZETZNER (E.): Voyage d'affaires en Espagne en 1718, publicado por REUSS (R.): Extraits des mémoires inedits du strasbourgeois Jean Everard Zetzner. Strasbourg, 1907.

OBRAS ESCOGIDAS DEL P. FEIJOO

II

TEATRO CRITICO

TEATRO CRITICO

TOMO I

DEDICATORIA QUE HIZO EL AUTOR AL RVMO. P. EL M. FR. JOSEF DE BARNUEVO, GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE S. BENITO DE ESPAÑA, INGLATERRA, ETCÉTERA

RVMO. P. NTRO.:

La gloria de haber tenido un tiempo en Salamanca a V. Rvma. por maestro, y la dicha de lograrle hoy por prelado, determinan mi atención al tenuísimo obsequio de dedicarle este libro. Ni en mi pequeñez cabe hacerle mayor, ni en la celsitud de ánimo de V. Rvma. cabe recibir como corto un tributo a quien dan estimación el amor y el respeto. No puedo menos de lisonjearme del acierto de esta elección, porque si los vínculos de prelado y maestro tejen la cadena que blandamente me arrastra a esta expresión de mi culto, con no menor fuerza deben inclinar a V. Rvma. al patrocinio. Grande le ha menester esta obra, por ser tan pequeña; y necesitándole grande, no puede buscarle mayor. Las excelsas cualidades que ilustran a V. Rvma., siendo prendas de su persona, se las apropia para afianzar sobre ellas la protección mi esperanza. Un escrito dirigido a combatir errores comunes, pide de derecho por padrino a un sabio perfectamente instruido en universales noticias. Pero cuanto a V. Rvma. le habilita su eminente doctrina para defender sentencias no vulgares, tanto su escogida nobleza le empeña a proteger dictámenes desvalidos. ¡Oh si no tuviera yo tan comprendido que a la integridad de V. Rvma. ninguna verdad ofende sino aquella que le elogia, cuánto pudiera decir aquí de la ilustrísima ascendencia de V. Rvma., cuyo generoso árbol, descollando sus ramas sobre los más altos capiteles de Soria, deja las raíces escondidas debajo de las gloriosas ruinas de Numancia! Pero me será preciso dejar de trasladar la nobilísima sangre de V. Rvma. de la memoria a la prensa, por no sacársela del corazón al rostro. El mismo reparo me ataja al ir a celebrar el conjunto de perfecciones morales y políticas, en que consiste la nobleza del espíritu. Cualquiera rumbo que quiera tomar la pluma, tropieza en la modestia de V. Rvma. y sus virtudes mismas son a un tiempo incentivo y estorbo de los elogios. Nuestro Señor guarde a V. Rvma. muchos años. De este su Monasterio de S. Martín de Madrid, agosto, 25 de 1726.

De V. Rvma. rendido hijo
y siervo, que S. M. B.
Fr. Benito Feyjoo.

VIRTUD Y VICIO

Discurso segundo

§ I

1. Cada mortal [decía Filón, citado por S. Ambrosio (1)] tiene dentro del domicilio de la alma dos mujeres: la una honesta, pero áspera y desabrida; la otra impúdica, pero dulce y amorosa. Aquélla es la virtud: ésta la delicia mundana.

2. Pintó el sabio judío la virtud y el vicio según la primera apariencia o según la opinión del mundo, mas no según la verdad. Es así que comúnmente se concibe la virtud toda asperezas, el vicio todo dulzuras; la virtud metida entre espinas; el vicio reposando en lecho de flores. Pero este es un error, y el error más nocivo entre cuantas fal-

(1) *Lib.* 1 *de Caín y Abel*, cap. IV.

sas opiniones sustenta la ceguera del mundo. Tentaré en este discurso su desengaño, mostrando que aun en esta vida, prescindiendo del premio y castigo de la otra, es mucho más molesto y trabajoso el abandono a los deleites que a la práctica de las virtudes morales y cristianas. Para esto me serviré de aquellos argumentos que ofrecen la razón natural y la experiencia, tomando poco o nada de las sentencias de padres y dichos de filósofos, de que se pudiera amontonar infinito: porque a quien no persuadiesen la experiencia y la razón, no ha de convencer la autoridad.

3. Si pudiésemos ver los corazones de los hombres entregados al vicio, presto se quitaría la duda. Mas por reflexión podremos verlos en los espejos de las almas, que son semblantes, palabras y acciones. Atiéndase bien a estos infelices y se hallará que ninguno otro iguala la turbación de sus semblantes, la inquietud de sus acciones, la desazón de sus palabras. No hay que extrañar: son muchos los torcedores que los están conturbando en el goce de sus adorados placeres. Su propia conciencia, doméstico enemigo, huésped inevitable, pero ingrato, les está continuamente mezclando con el néctar que beben el acíbar que abominan.

4. Con enérgica propiedad dijo Tulio que las culpas de los impíos, representadas en su imaginación, son para ellos continuas y domésticas furias: *Hae sunt impiis assiduae, domesticaeque furiae* (1). Estas son las serpientes o los buitres, que despedazan las entrañas del malvado Ticio: éstas las águilas que rasgan el corazón del atrevido Prometeo. Considérense los tormentos de un Caín, fugitivo de todos, y aun si pudiese, de sí mismo, errante por montes y selvas, sin poder jamás arrancar la flecha que le atravesaba el pecho; esto es, la memoria de su delito, como la otra herida cierva, en quien figuró el gran poeta la mortal inquietud de aquella reina enamorada.

... *Silvas saltusque peragrat*
dictaeos, haeret lateri laethalis arundo

5. Contémplense las angustias de un Lamech, tan violentamente acosado de la representación del homicidio u homicidios que había cometido, que faltándole tolerancia para ser único depositario del secreto, le arroja por la boca, como quien vomita la ponzoña que le atosiga, arriesgándose a la infamia y al castigo, sólo por lograr algún leve descanso. De un cierto Apolodoro refiere Plutarco que no dejándole aun entre sueños la memoria de sus crímenes, todas las noches soñaba que después de hacerle cuartos, en agua hirviendo le iban liquidando los miembros, y que mientras duraba este martirio, le decía su propio corazón a gritos: *Ego tibi horum sum causa*: Yo te soy la causa y motivo de estos tormentos(1).

§ II

6. Es verdad, yo lo confieso, que no todos son tan sensibles a los remordimientos interiores; y aun hay conciencias cauterizadas (usando la frase de San Pablo) que perdieron todo el sentimiento, porque la larga costumbre de pecar convirtió los corazones en pedernales.

Sic laethalis hiems paulatim in pectora venit.

7. ¡Oh hombres los más desdichados de todos! Esta dureza de pecho es escirro del alma, para quien sólo apelando a milagros hay medicina. Pero, por lo menos, mientras dura esta vida mortal, lo pasarán con gusto y alegría. ¡Oh cuánto se engaña quien lo piensa! Estos son los que viven con más trabajo. Veámoslo, discurriendo por los tres vicios, en cuyos cuarteles se distribuyen casi todos los malos: ambición, avaricia y lujuria.

8. El ambicioso es un esclavo de todo el mundo: del príncipe, porque conceda el empleo; del valido, porque

(1) *Orat. pro Rosc.*

(1) *Lib. de sera Numinis vindicta.*

interceda; de los demás, porque no estorben. Tiene la alma y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusación no pueda desvanecer toda su solicitud. ¡Oh cuánto forceja con su semblante, porque muestre agrado a los mismos a quienes profesa mortal odio! ¡Cuánto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas que pueden dificultar sus medras! De la pasión dominante son víctimas todas las demás pasiones; y el vicio de la ambición, como tirano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohibe todos aquellos gustos a que le lleva el deseo. Ve al que va a la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza en el sarao. Todo lo ve y todo lo envidia; pero los apetitos están en él, aunque furiosos, aprisionados como los vientos en la cárcel de Eolo (1):

Illi indignantes magno cum murmure montis circum claustra fremunt.

9. Logrado el puesto, no se minora la ansia, sólo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga ni detenerse sin molestia ni retroceder sin precipicio. Ya se ataron las inclinaciones viciosas con más fuertes vínculos, creciendo la razón de tener la rienda tirante a sus deseos depravados. Solicítale la codicia, instígale la gula, abrásale la incontinencia; pero aunque reluctante, obedece a la pasión, que, despótica, le domina. Arde por oprimir con una sentencia inicua a aquel hombre que aborrece. ¡Pero, ay, si esto llega a tribunal superior o al príncipe mismo! Ama el ocio; pero si se nota su inaplicación, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno que le deje en la calle; y no lee alguna vez la gaceta, sin el susto de que le noticie estar muerto el patrono que le da la mano. ¿Hay vida más mísera?

10. El avaro ya se sabe que es un mártir del demonio, o un anacoreta, que con su abstinencia y su retiro hace méritos para ir al infierno. El corazón, partido entre los dos deseos de conservar y adquirir, padece una continua fiebre mezclada con un mortal frío, pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ajeno y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre y no come; tiene sed y no bebe; tiene necesidad y no reposa: jamás se ve libre de sobresaltos. Ningún ratón se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladrón que le escala. Ningún viento sopla, que en su imaginación no amenace naufragio al navío que tiene puesto en comercio. Ninguna guerra se suscita, que no considere ya a los enemigos talando sus tierras. Cualquier rencilla de particulares dentro de su idea viene a parar en popular tumulto, que lleva a saco el caudal. No hay nubecilla que no imagine tempestuosa para sus viñas y mieses. No hay intemperie que no amague corrupción a lo que tiene recogido en las trojes. ¡Qué angustias tan graves, cuando teniendo muchos que vender, se baja el precio a los frutos! Siempre acosado de pavores, anda meditando nuevos escondrijos más seguros donde retirar el dinero, de modo que ni los ángeles supiesen de él ni aun Dios, si fuese posible. Frecuentemente le visita asustado y dudoso de hallar el dinero en el escondrijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazón en el dinero. Con inquietud ansiosa le mira; tal vez no se atreve a tocarle, receloso de que se le haga ceniza entre las manos. Así pasa sus días pingüe de bienes y martirizado de temores, para llegar a la hora fatal, como el rey Agag al suplicio: *Pinguissimus et tremens.* ¿Hay vida más desdichada?

(1) Lo que dice Comines de Carlos el Atrevido, duque de Borgoña, de que este príncipe no tuvo un día bueno en todo el resto de su vida, desde que se le puso en la cabeza hacerse más grande de lo que era, es admirable para dar a conocer la trabajosa vida que pasan los ambiciosos.

11. ¿Acaso en el lascivo hallaremos más descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la bajeza del pensamiento o la villanía del apetito le determinan a deleites venales, luego se viene a los ojos el detrimento en las tres cosas más apreciables de esta vida: honra, salud y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua infecta le apesta toda la sangre, poniéndole a riesgo la vida o haciéndole la restauración muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputación. Y si es verdad que aquella medicina a quien debió su restablecimiento, irrita más el apetito, para caer por medio de nuevos excesos en nueva enfermedad y en nueva cura, ¿qué desdicha es que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para arder violento aun en las cenizas de la vejez?

12. Mas si el resplandor de su fortuna o el mérito de la persona levantaren sus deseos a objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados para incurrir en otros mayores, que es lo mismo que caer en Scyla, huyendo de Caribdis. Semejantes empeños están sembrados de sustos, inquietudes y peligros. ¡Qué afán mientras dura la pretensión! Buscan los ojos el sueño y no le encuentran: porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazón reposo, y no le halla. De este modo concibe primero dolor, para producir después la maldad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban y todos se repudian: *Incertae tanta est discordia mentis*. Tiembla al pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra: el temor le detiene. Todo el camino de la pretensión ve lleno de riesgos, los cuales, en llegando a la posesión, se multiplican. El ofendido suele ser más de uno, los lances muchos; y es moralmente imposible que en tantos pasos no se haga algún ruido con que despierte la sospecha para que, al fin, acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de sobresalto. ¿Qué placer sincero tendrá un hombre cuando no puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno hacia el delito, en que no se le represente el agraviado con un puñal o una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo a cualquiera parte que vaya. Y este es puntualmente aquel infeliz estado de tener como pendiente delante de los ojos la propia vida con un continuado temor de perderla, que Dios intimó a su pueblo como una maldición terrible: *Et erit vita tua quasi pendens ante te. Timebis nocte et die et non credes vitae tuae.*

13. Pero consiento en que haya circunstancias en que carezca de estos temores. No por eso le faltarán gravísimos disgustos. Si tras del logro del apetito entra el tedio, como sucedió a Amnón con Tamar y como sucede de ordinario, ve aquí contraída una obligación de por vida por una delicia instantánea. Si se resuelve a romper el lazo, se expone a las iras de una mujer abandonada, a quien el desprecio o enfurece el amor o el odio; siendo uno y otro igualmente peligroso. Si permanece en su criminal afecto, mucho mayor es la impaciencia de no gozar con libertad lo que ama, que la complacencia en el deleite que furtivamente usurpa, y especialmente si el objeto es poseído de legítimo dueño, no puede menos de roerle las entrañas una envidia rabiosa. ¿Pues qué si llega el caso de unos celos? Bien saben los que han experimentado el rigor de estas furias cuánto excede al placer de los más íntimos deleites y que contrapesa un día solo de este infierno a años enteros de aquella mentida gloria. Considérese todo lo dicho y respóndaseme después si se puede discurrir estado más infeliz. Augustino, que tanto tiempo se vió enredado en el laberinto de los tres vicios expresados, es buen testigo de que el plato que presentan al apetito está relleno de hieles. Oiganse sus palabras hablando con Dios, en el libro sexto de sus *Confesiones*: *Inhiabam honoribus, lucris, coniugio et tu irridebas: patie-*

bar in eis cupiditatibus amarissimas difficultates.

§ III

14. Ni hay que pensar que aun aquellos pocos hombres en quienes, respecto de los demás es ley el antojo, para cuya libertad no hay rienda alguna, esto es los soberanos, surquen el piélago del vicio sin tormenta alguna. También para éstos la agua de ese mar es sobradamente amarga. Nerón fué deidad de la tierra, conviene a saber. dueño de todo el imperio romano. Soltó la rienda con la mayor largueza imaginable a todas sus perversas inclinaciones, y sus inclinaciones eran decretos irrefragables. No le afligía la carga del gobierno porque bien lejos de tener el principado sobre los hombros, como para ejemplo de los demás tuvo el mejor de todos los príncipes, le puso debajo de los pies. Todo el mundo obedecía al cetro y el cetro servía al apetito. Poseía cuanto amaba, mataba cuanto aborrecía. El amor tenía en sus manos el logro y el odio en las suyas el cuchillo. No pudo llegar a más horrible extravagancia una y otro afecto que a complacerse su crueldad en el incendio de Roma y su torpeza en las indignidades del otro sexo. Todo lo consiguió para oprobio de los hombres aquel monstruo de maldades.

15. ¿Quién creerá que este príncipe, de cuyo albedrío era esclavo el orbe, no gozase una vida alegre? Pues tanto distó de él esa dicha, que, como testifica Tácito, siempre estaba poseído de terrores: *Facinorum recordatione numquam timore vacuus.* Y Suetonio añade que no pudiendo reposar de noche, andaba dando vueltas como aturdido por los salones de su palacio.

16. Tiberio fué igual a Nerón en el dominio y poco inferior en la maldad. Con todo, vivía tan inquieto y turbado, que no podía menos de explicar en gemidos y palabras sus dolores, para aliviar algo el corazón de la opresión de las angustias. Así lo afirma el mismo Tácito: *Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta pectoris, suasque ipse poenas fateretur.* Y, poco antes, refiriendo un doloroso gemido suyo en cierta carta escrita al Senado, dice que sus propios delitos se habían transformado para atormentarle en verdugos: *Adeo facinora atque flagitia ipsi quoque in supplicium verterant.*

17. Estas angustias de los príncipes malos por la mayor parte dependen de que, viéndose aborrecidos de todos, siempre están con el susto de una conspiración. Consideran que entre tantos como les desean la muerte no faltarán algunos que tengan osadía para ejecutarla; y así no pueden en todas sus delicias lograr más placer que el que tuviera con una dulce música el reo que está esperando la fatal sentencia. Por eso Dionisio, tirano de Sicilia, desengañó oportunamente al otro, envidioso de su felicidad, haciéndole sentar en un espléndido banquete debajo de la punta de una espada que pendía de frágil hilo sobre su cuello, y dándole a conocer que ese puntualmente era el estado en que le tenía su fortuna.

18. Sobre esta congoja, que es transcendente a todos los tiranos, a ningún príncipe, por feliz que sea, le faltan gravísimos disgustos. Alejandro está lleno de gloria y se aflige porque falta un Homero que le celebre. Lisonjéale a Augusto constante la fortuna y porque se descuida una vez sola con las legiones de Alemania, pasa mucho tiempo dando gritos de día y noche como un loco. Apacienta Calígula su saña en tanta sangre vertida, y se lastima de que no estén todas las cabezas del pueblo romano sobre un cuello, para echarlas a tierra de un golpe. El ambicioso gime, porque no puede hacerse dueño de todo el mundo. El codicioso, porque no puede meter en su erario los tesoros de otros reinos. El vengativo, porque no puede destruir al príncipe confinante, que le ha ofendido. El lascivo, porque no falta en su imaginación algún objeto extraño, exento de de la jurisdicción de su antojo. Así se mezclan amarguísimas aflicciones en las más esclarecidas fortunas.

§ IV

19. Tan cierta es y tan general aquella sentencia que pone la sabiduría en las bocas de todos los impíos, cuando llegan a la región del desengaño: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulavimus vias difficiles.* ¡Oh cuánto nos hemos fatigado en el camino de la perdición! No fué descanso el nuestro, sino cansera; no delicia, sino congoja. ¡Ay de nosotros, que hemos continuado la carrera de la vida no por deliciosos jardines o amenas florestas, sí por ásperas breñas y sendas intrincadas! Esto dicen todos los condenados: *Talia dixerunt in inferno hi, qui peccaverunt.* ¿Todos? Sí, todos lo dicen y dicen la verdad. Todos los pecadores tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipicio. Todos beben las heces de aquel cáliz que David pinta en la mano del Señor: *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto: et inclinavit ex hoc in hoc, veruntamen faex eius non est exinanita, bibent omnes peccatores terrae.* Y es preciso que sea así, porque según la más recta inteligencia, el vino puro es para los santos en la patria, donde es puro el gozo; el mezclado es para los justos en la tierra, donde se les mezcla la tribulación con el deleite: con que a los pecadores, aun en esta vida no les quedan sino amargas y pesadas heces. Estas beben todos: *Omnes.* Todos sin reservar alguno, ni aun de aquellos que parecen colmados de dichas.

20. Para cuya clara inteligencia y para apretar más el argumento que tratamos, se debe advertir que hay en esta vida mortal una aflicción gravísima, la cual siendo propia de todos y sólo de los pecadores, aún es más propia de los que parecen más felices. Esta consiste en la consideración de la muerte. No hay duda que todo viviente tiene horror a aquel trance fatal y se contrista naturalmente cuando le ocurre que es preciso pasar por él; pero mucho más sin comparación aquel que disfrutando todos los regalos de la fortuna tiene puesta en ellos toda su dicha. Contémplese un hombre rico, poderoso, respetado, obedecido, a quien nada le falta ni para la conveniencia ni para el deleite, y por más vago que tenga el apetito nada niega la fortuna a su deseo. Este, cuando piensa en que ha de morir (y piensa muchas veces sin poder remediarlo), no puede menos que afligirse extremadamente. La consideración de la muerte, a quien no aprovecha para la enmienda, sólo sirve de tortura. Demos que sea un resuelto ateísta, tan ciego que ni aun duda le quede de la inmortalidad del alma, y que, por consiguiente, no le dé la menor pena la suerte de la otra vida. Por lo menos considera en la muerte un despiadado y feroz tirano, que le ha de despojar de cuanto tiene y de cuanto ama. La hacienda que posee, el banquete en que se regala, la caza en que se entretiene, la música que le deleita, la concubina a quien adora, todo se ha de perder de un golpe para no recobrarlo jamás. Cuanto mayores placeres goce, tanto será más triste esta consideración. El desdichado ultrajado de la suerte, y aun el que está constituído en mediana fortuna, tienen el leve consuelo de que la muerte les ha de quitar muchos pesares. ¿Pero qué consuelo tendrá el que ve que sólo le ha de robar delicias? Para todos es la muerte terrible: para éste terribilísima. Todos aman con intensísimo ardor la propia felicidad, y a proporción del ardor con que se ama es el dolor con que se pierde. Este hombre, pues, que juzga haber llegado al colmo de la dicha, ni conoce otra que la que posee, ¿con cuánta angustia estará viendo que todo, sin reservar nada, la ha de perder un día?

21. Esta inevitable melancolía en cualquiera hombre, a quien halaga la fortuna, se aumenta mucho cuando empieza a declinar algo la edad. La vida, verdaderamente, desde la edad consistente en adelante, no es más que una enfermedad crónica, que va disponiendo para la muerte, o, por decirlo mejor, es la misma muerte incoada. En llegando aquí el poderoso, en las fuerzas que

va perdiendo, en las dolencias que va cobrando, tiene un continuado aviso de que poco a poco se le va desmoronando con el domicilio de la vida el templo de la fortuna. A esto, repasa uno por uno con el pensamiento todos los deleites que goza, todas las prendas que ama y cada una le arranca del corazón un gemido, con la reflexión de que se va acercando el tiempo de la despedida dolorosa. Vuelve a dar otra ojeada a la muerte, y casi con las palabras de aquel desdichado rey, oprimido de dolor, prorrumpe contra ella con una sentida queja, no tanto de que le haya de cortar el hilo de la vida, cuanto de que le haya de separar para una eterna ausencia de cuanto estima y adora: *Siccine separat amara mors*! ¡Oh pecadores, a quienes llama el mundo felices! ¿Esto es vivir? Desengáñese el mundo que vosotros sois los que cargáis con cuanto tiene de más duro y pesado la mortalidad. Todo vuestro descanso es fatiga, toda vuestra delicia es angustia, todo vuestro néctar es ponzoña.

22. Y pues no podéis menos de conocerlo, oid ahora para vuestro consuelo y utilidad la más dulce y sonora voz, que por órgano divino se esparcio a todo el ámbito del mundo. Oid, que con vosotros habla: oid y aprovecháos: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*: «Venid a Mí los que trabajáis y estáis cargados de afanes, que yo os aliviaré». Estas palabras es cierto que llaman a los pecadores, que son los que están distantes de Cristo. Luego éstos son los que pasan una vida trabajosa. Convídalos a que se acerquen a El; esto es, que abracen la virtud; luego los virtuosos son los que gozan de descanso y alivio. Véis aquí que es sentencia evangélica una y otra parte del asunto que voy probando.

§ V

23. Mas pues he demostrado la primera parte con la razón natural y con la experiencia, haré lo mismo con la segunda. Y lo primero debo confesar que los principios de la virtud son trabajosos: *Ardua prima via est*, especialmente en aquellos que estuvieron largo tiempo debajo del dominio de sus pasiones. Los hábitos viciosos son unos enemigos que a los primeros combates hacen cruelísima guerra, pero sus fuerzas se van debilitando más cada día y aun tal vez por un milagro de la gracia son postrados enteramente al primer choque. La salida que hace el vicioso del pecado es en un todo semejante a la fuga que ejecutaron los hebreos de Egipto. ¡Qué afligidos los pobres cuando con el Mar Bermejo a la frente vieron al ejército gitano a la espalda! ¡Qué orgullosos los egipcios! ¡Qué débiles los hebreos! Ya tratan éstos de rendirse cuando esforzando la voz de Moisés al pueblo: «¡Ea, Israel —le dice—; entra el pie osado en el golfo, que Dios está empeñado en tu defensa!». Obedecen, y al tocar la arena se desvía la agua. De tropel se arrojan a ellos las tropas de Faraón. ¡Oh cuánta soberbia en los gitanos! ¡Cuánto miedo en los hebreos! Con todo, temblando, caminan hasta tocar la orilla opuesta y, al llegar a ella, volviendo atrás los ojos, ven sepultarse en las ondas sus enemigos. Conviértese en placer el pesar y en cánticos los gemidos.

24. No es de otro modo la fuga que hace el pecador del vicio. Egipto es el estado de la culpa. Los enemigos que siguen al pecador fugitivo son las inclinaciones viciosas, de quienes fué largo tiempo esclavo. Aquéllas están fuertes, éste débil. El primer asalto es furioso. Moisés es la virtud que anima. Rompe, en fin, el pecador por un piélago de dificultades, y aunque en algunos es más larga la carrera, últimamente logra ver ahogadas todas las pasiones. Asienta el pie en la orilla opuesta: ¿y qué le sucede? Lo mismo que al pueblo hebreo: prorrumpir en cánticos de gozo. Siguiendo después el camino de la Tierra de promisión, una u otra vez salen al paso algunos enemigos, esto, es algunas tentaciones; pero se vencen, como Moisés venció

a los amalecitas, levantando las manos al cielo, en que se significa la fuerza de la oración. Encuéntranse también tal vez unas aguas amargas, conviene a saber, las tribulaciones; pero un leño milagrosamente las endulza, porque la Cruz o Pasión del Salvador las suaviza. Y de Mara o Marat, lugar que significa amargura, a razón de estas aguas se hace tránsito a Elim, sitio delicioso y ameno.

25. Esto es lo que sucede al pecador, fugitivo del vicio debajo del amparo de la omnipotencia, que nunca falta a quien le solicita; pero es más de nuestro propósito considerar el estado de la virtud más cerca de la naturaleza o prescindiendo de los extraordinarios auxilios de la gracia.

§ VI

26. El monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demás montes. En los montes materiales son amenas las faldas y ásperas las cimas; así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda y graciosa la eminencia. El que quiere arribarle, a los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas y abrojos; así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza y se va descubriendo la amenidad, hasta que, en fin, en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas y cristalinas fuentes.

27. El primer tránsito es sumamente trabajoso y resbaladizo: *Per insidias iter est, formasque ferarum.* Llámanle al recién convertido desde el mar del mundo los cantos de las sirenas. Atérranle por la parte del monte los rugidos de los leones. Mira con ternura la llanura del valle que deja. Contempla con pavor el ceño de la montaña a que aspira. Libre de la cárcel del pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad del camino para hacer tardo y congojoso el movimiento. Oye a las espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen como a Augustino: ¿Es posible que nos abandonas? *Dimittis nos?* ¿Es posible que te despides, y ausentas de nosotros para siempre? *Et a momento isto non erimus tecum ultra in aeternum?* No obstante, camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algún tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda, ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresión, porque se oyen de más lejos. Así lo experimentaba el mismo Augustino: *Et audiebam eas iam longe minus quam dimidius, veluti a dorso musitantes.* Adelantando algunos pasos más, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una u otra vez representa la costumbre antigua, los gozados placeres y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna: *Cum diceret mihi consuetudo violenta: putas ne sine istis poteris? Sed iam tepidissime hoc dicebat.*

28. Arriba, en fin, a la parte superior del monte, donde ve una llanura hermosa y apacible. El sudor y lágrimas con que regó la falda fructifican en la cumbre; y aquí logra en abundantes mieses cuanto acullá cultivó en prolijos afanes. Esto está oculto a los ojos del mundo, el cual, antes bien al considerarle retirado a lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los elementos y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero a él le sucede lo mismo que al que escaló la cumbre del Olimpo, donde se goza siempre sereno el cielo, donde no se inquieta con la más leve agitación el aire, en tanto grado, que se conservan años enteros los caracteres impresos en las cenizas; donde los nublados se miran siempre debajo, de modo que fulminan en la falda, sin tocar jamás en la eminencia; y entretanto, los que caminan por

los valles vecinos, si la noticia o la experiencia no los ha desengañado, piensan que aquella cumbre está toda oscurecida de nieblas y abrasada de rayos (1).

29. Ni más ni menos las incomodidades de la vida, las borrascas de la fortuna llueven sobre los que habitan los humildes valles del mundo, no sobre aquel que ha ascendido al Monte de Dios y Monte pingüe, como le llama David. ¿Pues qué? La enfermedad, el dolor, la pérdida de hacienda, la persecución, la ignominia, con otras calamidades, ¿no son comunes a los justos con los demás hombres? ¿A esto no se les agrega en particular el silencio, el retiro, la vigilia, la oración, la disciplina, el ayuno, con otras penalidades? Todo es cierto. Esos son los nublados que se ven de la parte de afuera, pero que no suben a la cumbre del Olimpo; esto es, no llegan a turbar la parte superior del alma.

30. No quiero yo decir que el justo sea insensible. Ese fué exceso de los estoicos, que en la oficina de la virtud pretendían transformar los hombres en mármoles. Padecen los virtuosos, pero mucho menos los delincuentes. A esta desigualdad se añade otra notable, y es que las molestias que unos y otros padecen, a los delincuentes los comprenden en el todo, a los virtuosos sólo en una parte. Distínguese el espíritu del justo y el del pecador como el elemento del aire y el de la tierra. La tierra, en todas sus regiones, está expuesta a las injurias de los demás elementos. El aire sólo en su porción inferior, que es el teatro de vapores y exhalaciones, pues a la que llaman región superior del aire no alcanza alguna de las alteraciones sensibles. Siempre se observa allí un tenor igual: siempre se descubre sereno el cielo y siempre se goza una aura cristalina y pura.

(1) La inalterable serenidad del Olimpo, aunque afirmada y confirmada por innumerables escritores, es fabulosa. Boyle, en el tratado *Nova Experimenta Physico-mechanica*, página mihi 138, cita a Busbec, autor fidedigno, embajador de Ferdinando I a la Porta Otomana, que en una de sus Cartas testifica que el Olimpo se ve desde Constantinopla cubierto de nieve. Lo mismo dice Tomás Cornelio haber sido observado por algunos viajeros, añadiendo que algunas cumbres de los Alpes son más altas que el Olimpo, sin que por eso en éstas dejen de soplar los vientos y derramar nieve las nubes. Así, la decantada singularidad de que en el Olimpo se conservaban de un año a otro las letras estampadas en las cenizas a cielo descubierto, debe tenerse por una famosa patraña.

§ VII

31. Pero expongamos con más especificación las conveniencias temporales de la virtud. Lo que es de mayor momento, si no el todo en esta parte, es que en todas aquellas cosas que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene a saber, vida, salud, honra y hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto del que no lo es. La honra nadie ignora que es parto legítimo de la virtud. Por eso los romanos edificaron unidos los templos de estas dos dichas, que veneraban como deidades, de modo que sólo por el templo de la virtud se podía entrar al templo del honor. Los mismos que huyen de la práctica de la virtud, la miran con estimación y reverencia. La salud y larga vida es más natural y posible en el virtuoso por la templanza con que vive, al paso que el vicioso con sus excesos se estraga la salud y se acorta la vida. La hacienda tiene una gran maestra de economía en la virtud, siendo cierto que se conserva evitando toda superfluidad. Todo lo comprehendió Salomón, cuando dijo que el obediente a los divinos mandatos tiene en una mano la larga vida y en la otra la hacienda y la honra: *Longitudo dierum in dextera eius, et in sinistra illius divitiae et gloria* (1). Aun cuando no goce otras ventajas el justo sobre el vicioso, ¿no mejora mucho de suerte?

32. Pero otras tiene. La suavidad y dulzura que al alma ocasiona la buena conciencia coloca en muy eminente gra-

(1) *Prov.* 3 vers. 16.

do la fortuna de los justos sobre la de los pecadores. Es ésta una felicidad de poco bulto, pero de mucha monta; una piedra preciosa, que en breves dimensiones encierra grandes quilates. Es la conciencia espejo del alma; y sucede al justo y al pecador, cuando se miran en este espejo, lo que a la hermosa y a la fea al verse en el cristal: aquélla se complace, porque ve perfecciones: ésta se entristece, porque no registra sino lunares. Y aun es de peor condición el delincuente que la fea, porque ésta huye del espejo, si del quiere: el pecador no puede. Aunque no se ponga él delante del espejo, el espejo se pone delante de él, y no puede el entendimiento cerrar los ojos, cuando la memoria le presenta las imágenes de sus maldades. En aquel estado el pecado horroriza y no deleita; porque se fue el gusto y quedó sola la mancha. Añádesele al pecador en esta coyuntura la triste reflexión de que se pueden descubrir sus infamias, en que le asusta, ya la inevitable tortura del rubor, ya la pena que le prescribe la ley. El justo, por el contrario, nada tiene que temer Si esconde al mundo sus acciones, no es por el miedo de la nota; antes por el riesgo del aplauso. A solas se las contempla; y si es tan dichoso que todas las halle buenas, recibe aquel purísimo placer que el cronista sagrado aun en Dios pintó como gloria accidental: *Vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona.*

33. No menor diferencia hay entre el justo y el pecador, cuando, o enojada la fortuna esgrime sus reveses, o severo el cielo reparte tribulaciones. Pierde el pecador la hacienda, muéresele la persona amada, recibe una injuria de sujeto con quien la venganza le es imposible. ¿Qué consuelo tiene? Ninguno. Rabia, se enfurece, arde, no come, no bebe, no reposa; y son peores los síntomas que el mal: tan crueles tal vez, que le postran en la cama y quitan la vida; y tal vez tan feroces, que para quitársela usan de sus propias manos. Pero el justo, constituído en el mismo accidente, lo primero que hace es levantar los ojos al cielo, y ya contempla la tribulación como castigo de la culpa, ya como ejercicio de la paciencia. Sabe que de todos modos es beneficio; sabe que el golpe viene de mano amante, y sabe que para su bien propio le hiere. No sólo se conforma, mas se lo estima. Y veis aquí con una admirable metamórfosis convertido el pesar en placer. De este modo lo que para el impío es ponzoña, para el justo es tríaca: porque *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

§ VIII

34. ¿Quién ya, a vista de todo lo que hemos ponderado en este capítulo, no se dará por convencido de que aun en esta vida es incomparablemente mejor la suerte del justo que la del vicioso? ¿Que aun el descanso y conveniencia temporal se halla sólo en el camino de la virtud? ¿Y que en el campo del vicio, debajo de la apariencia de flores, sólo se producen espinas?

35. Sólo un argumento tenemos que disolver. Este se toma de aquella sentencia de Cristo en S. Mateo, en que el gran Maestro nos asegura que es ancho: esto es, facil el camino que lleva a la perdición, y al contrario estrecha, esto es, laboriosa, la senda que conduce a la vida inmortal.

36. Digo que este lugar es preciso conciliarle con el otro alegado arriba, en que el mismo Salvador convida a los pecadores a que sigan el camino de la virtud, proponiéndoles el descanso y suponiéndolos congojados debajo del peso del vicio: *Venite ad me omnes qui laboratis*, etc. Es preciso componerle con la dulce sentencia que en otra parte nos intima que el yugo de su ley es suave y su peso leve. Tambien se ha de poner en harmonía con lo que David nos enseña, de que es ancho el camino de los divinos preceptos o los preceptos mismos: *Latum mandatum tuum nimis.* En fin, de tal modo se ha de entender aquel texto, que no esté discorde con la razón y con la experiencia.

37. Fácil es la salida, diciendo que la gracia suaviza lo que es áspero a la naturaleza, y que el mismo yugo, que es pesado, consideradas sólo las fuerzas naturales, se hace leve, concurriendo con ellas los auxilios divinos. Y así concilian los Padres comunmente aquellos textos.

38. También puede responderse que el Redentor habla sólo de los primeros pasos de uno y otro camino; de modo que el camino de la virtud en los principios es trabajoso, después fácil: al contrario, el del vicio fácil al principio y después trabajoso. El contexto mismo da luz para esta inteligencia. Pues animando Cristo a los hombres a que sigan el camino de la virtud, parece que toda la dificultad pone en la entrada: *Intrate per angustam portam*, dice en S. Mateo. *Contendite intrare per angustam portam*, pronuncia en S. Lucas; como si dijera: en la puerta o entrada está toda la resistencia, y así, animaos, forcejad, batallad, *contendite*, para vencer la arduidad que hallaréis en la estrechez de la puerta.

39. Es así. Esta puerta es tan angosta, que se estruja el recién convertido entre sus quicios, hasta exprimir tantos embebidos efectos. No sólo se rasga el cutis en la estrechura, mas aun se deja en ella despedazada la propia carne. Pero pasado este tránsito difícil, se va ensanchando poco a poco el camino, hasta dilatarse en florido y espacioso valle:

Largior hic campos aether, et lumine
[*vestit*
Purpureo. Solemque suum sua sidera
[*norunt*

40. La senda del vicio está organizada muy de otro modo y se parece a un conducto, que según los naturalistas, tiene para su caverna el ratón de la India. Este sagacísimo animal, sabiendo la ojeriza que con él tiene el dragón, y conociendo la desigualdad de sus fuerzas para resistirle, se defiende de él y le vence con la siguiente industria. Fabrica dos entradas a su cueva, la una angosta y proporcionada a su cuerpo; la otra muy ancha en la superficie de la tierra, pero que se va poco a poco angostando de modo que en la parte más profunda no es mayor la concavidad que la que corresponde al cuerpo del ratón. El uso es éste. Cuando se ve acosado de aquella bestia voraz este pequeño animalejo, huye a su cueva, entrándose por el conducto grande: y no dudando el dragón de seguirle, se arroja al boquerón, que ve capaz de toda su corpulencia; pero como éste insensiblemente se va estrechando, necesariamente se sigue que la bestia quede cogida y aprisionada en la estrechura, sin poder retroceder; lo cual conocido muy bien por el ratón, sale por la otra puerta y se venga en el dragón muy a su gusto, haciéndole pasto de su apetito y de su ira.

41. El estratagema de este animalejo es puntualmente el mismo que practica con el hombre el demonio. Pónele el camino del vicio en la superficie muy ancho, con que no recela el mísero entrarse por él en seguimiento de la presa del deleite. Vase estrechando poco a poco el camino. De aqui aprieta un cuidado, de allí otro. Entre la dolencia y la edad, que están muy llegadas una a otra, se van encogiendo los miembros y perdiendo su uso. El miedo, la solicitud, el dolor, la pesadumbre aprietan cada vez más, hasta ponerle en tanto estrecho, que ni aun el alma, con ser espiritual, se puede revolver. Por este camino llega, en fin, el pecador a lo sumo de la angustia, a aquel infeliz estado, de donde es imposible el retroceso: *Ubi nulla est redemptio*, donde será eternamente pasto de aquella rabiosa sabandija, que nunca sacia ni la voracidad ni la saña: *Mors depascet eos*. Donde expone el cardenal Hugo: *Diabolus depascet eos*.

42. Esta notable diferencia y oposición que hay entre el camino de la virtud y el del vicio no se ocultó aun a los mismos gentiles: porque para este conocimiento basta la razón natural: y así pintó hermosamente Virgilio la distinción de una y otra senda en estos versos:

Nam via virtutis dextrum petit ardua [collem
difficilemque aditum primum spectantibus offert;
sed requiem praebet fessis in vertice [summo.
Molle ostentat iter via lata; sed ultima [meta
praecipitat captos, volvitque per ardua [saxa.

43. Habiendo yo algún tiempo ha dictado la siguiente carta a un monje de mi religión, para una hermana suya, persuadiéndola a que se hiciese religiosa, con el motivo de representarle más conveniencias temporales dentro del claustro que en el siglo, me pareció conveniente ingerirla aquí, porque pertenece al argumento que seguiamos en este capítulo y le esfuerza mucho.

CARTA

de un religioso a una hermana suya, exhortándola a que prefiriese el estado de religiosa al de casada.

«Otra vez, hermana mía, y con distinto modo vuelvo a combatir tu resistencia sobre el asunto que tantas veces lo ha sido de nuestras conversaciones: esto es, persuadirte a que abraces el estado religioso. Ya hacía cuenta de que se me habían acabado las armas para esta empresa, pues no me sugirió razón alguna mi discurso, cuya eficacia no haya burlado o tu agudeza o tu indocilidad. Mas ahora me ha ocurrido usar de otras bien diferentes, y aun bien impropias, si se consulta la opinión común: pues dejando aparte las importancias de aquel estado, para llegar a nuestro último fin he de tentar reducirte por el camino de la conveniencia temporal.

»Ya me parece que te veo extrañar el intento y aun darle el nombre de desvario, como que esto sea lo mismo que querer que vueles al cielo, sin apartarte de la tierra, o que navegues al otro hemisferio, sin perder de vista la orilla. Dirás que no deben buscarse conveniencias temporales en la religión: y que, aunque se busquen, no se hallan. A lo primero, fácil y brevemente satisfago con que las que te propondré, así como lícitamente pueden gozarse, también sin delito pueden apetecerse; mayormente siendo de tal calidad que no perjudican, antes conducen a la vida espiritual. A lo segundo, no niego que así se piensa comúnmente. Mas a la verdad, el mundo está tan ciego, que basta que sea el dictamen más valído, para ser el más errado.

»No ignoro las espinas de la religión y las flores del siglo. El error está en juzgar que aquéllas son espinas sin flores y éstas flores sin espinas. ¡Cuánto mayores esperanzas encuentra la experiencia en las amenidades del mundo que en los rigores del claustro!; ¡oh, si vieras las lágrimas de tantos infelices que las lloran! No quiero que consideres ahora aquéllas, a quienes la bajeza del nacimiento o la falta de industria puso en el miserable estado de mendigar el sustento o en el penoso afán de regar la tierra con su sudor. Atiende sólo a las mujeres de tu calidad y de tus medios. ¿A qué parte volverás los ojos, donde no veas alguna que te los lastime con sus tragedias? Esta, gimiendo debajo de la opresión de un tirano, que transformó en esclava a su consorte; aquélla, fugitiva de los furores de un celoso, buscando un rincón donde salvar la vida; la otra, sufriendo los distrahimientos de un perdido, en cuya compañía sólo ha hallado un hombre que la desprecie, sin que el discurso le ofrezca remedio para no sentirlo.

»Dirás que estas son pocas, y más razón hallas para contarte en lo venidero entre muchas dichosas, que entre pocas infelices: especialmente cuando en las prendas que te adornan tienes los instrumentos para domesticar un genio indócil, en caso que ése llegue a ser dueño de tu albedrio.

»Muy engañada vives y muy mal conoces la complexión del genio de los hombres, si fías tanto en tus atractivos. No es su condición apreciar lo precioso, sino lo raro. Sólo estiman lo

que no poseen, y si les merece alguna atención la alhaja poseída, es sólo cuando la posesión no es segura. Mas llegando el caso de no poder enajenarla, como sucede en nuestro asunto, no sólo la miran sin cuidado, pero aun con tedio. La soberanía del matrimonio muy pocos días consiente los privilegios de la hermosura. Es prenda ésta que con el tiempo se pierde; pero respecto del dueño de ella, mucho antes se pierde su estimación.

»Ni hay que fiar más en las prendas de la alma. Son éstas a la verdad de un temperamento más fuerte y más proporcionado para conservar mucho tiempo su valor. ¿Mas qué importa, si en aquel comercio de las almas es el antojo quien pone precio a las cosas? Todo lo continuado enfada. No hace regalado al manjar lo dulce, sino lo exquisito. El plato más sabroso, muy repetido, engendra hastío. Aquel *siempre* que se le atraviesa en la imaginación al que posee de por vida, llena de mirra y acíbar lo mismo que goza. Nada tiene el hombre más inconstante que el gusto. En su aprensión mejora como mude, aunque mudando empeore. Resueltamente me atreveré a decir que para hacer más durable su complacencia le estaría bien a la discreta poder hacerse tonta y a la hermosa transformarse en fea. La que tuviese jurisdicción sobre sus facciones de alma y cuerpo para mudarlas a su gusto, erigiría un tribunal ejecutivo de las deudas del cariño. Si el marido se tiene por discreto, a ti que lo eres te mirará con ceño, como quien le litiga o le usurpa la prerrogativa de oráculo de la familia. Si no se imagina tal, aun estás más arrisgada a sus desvíos, considerándote un fiscal inevitable de sus desaciertos.

»Supuesto, pues, que tus gracias no te conceden inmunidad contra los infortunios, tampoco debes lisonjearte sobre el corto número de las mujeres desdichadas. No son muchas, a la verdad, las que lo parecen. Menos aún las que se quejan. Pero esto consiste en que los sinsabores del matrimonio, en parte los oculta el rubor y en parte la razón de estado. Tiene el tálamo mil linajes de disgustos y muy agrios, para quienes la modestia aún no ha hallado voces. Créeme sobre mi palabra, ya que no permite descender a mucha individuación esta materia.

»Pero en lo que se concede a las palabras, hallarás harto motivo a tus temores. Las aborrecidas o despreciadas de sus maridos son infinitas; y esto sin que nadie lo entienda, porque se interesa en el silencio el pundonor de uno y otro consorte. En la mujer es más fuerte la razón del disimulo, porque aprendiendo como la mayor ignominia ser objeto del desprecio, tiene por lo mismo quejarse de esa injuria, que publicar su propia afrenta. Ni aun en las mayores impaciencias violará el secreto; que para este intento tiene muy pronta la verguenza a cortar las marchas de la ira.

»Pero, ¡oh qué horrendo martirio es para una mujer padecer ultrajes de quien desea adoraciones! Esto, aun sin la experiencia, lo conocerás en ti misma como te registres el alma; si no es que en tu fábrica haya omitido la naturaleza una propiedad, que es casi esencia de ese sexo.

»¿Ves que tan sensible es para una mujer verse aborrecida? Pues no lo es menos aborrecer. La circunstancia de aborrecido en el que es preciso venerar como dueño, hace la sujeción intolerable, especialmente en aquel género de dominio. Es fastidiosísimo, sobre cuanto se puede explicar, el íntimo comercio de aquel estado, para quien mira con desagrado al acreedor de sus condescendencias. La mujer en esta parte tiene mucho más que sufrir, porque más aprisionado el albedrío, no goza la libertad de templar el tedio de tan molesta compañía, haciendo algunas breves ausencias de su casa.

»Pues, hermana mía, si te he de decir abiertamente lo que siento, muy pocas mujeres considero exentas de padecer por alguno de estos dos caminos. Haz reflexión sobre lo que arriba te llevo dicho de la instable condición

del gusto, de que en una continuada posesión, aun lo más precioso está expuesto al desprecio; y ajustada bien la cuenta, hallarás que en muy pocos consorcios se puede pronosticar sino una cortísima vida a las ternuras. Las rencillas de los vulgares nos ofrecen una prueba segura de esta verdad, pues siendo así que tienen menos delicado el gusto y, por tanto, menos arriesgado el afecto a morir del accidente del fastidio, según pueblan el aire de clamores, parece el vínculo que los liga cadena que los molesta. Son fáciles de contar sus caricias y no hay guarismo para las quejas. No presumas menos dolores en los nobles. Lloran más y tienen más que llorar; pero sus lágrimas vuelven a caer sobre el corazón, porque varios respetos las cierran la salida de los ojos.

»No me detendré en pintarte otras muchas desazones, de que pocos matrimonios se escapan, porque como más perceptibles a nadie se esconden. Pero no deje de repasar tu memoria la multitud de cuidados que tienen en continua tortura el corazón de una madre de familias. ¡Cuánto desconsuelo si no hay hijos! Y cuánto afán si los hay! ¡Qué vigilancia basta para su buena educación? Si salen malos, ¿qué disgustos no ocasionan? Si son muchos, ¿qué congojas al pensar en el modo de darles estado a todos? ¿Qué dolor, si muere alguno? ¡Trabajosa fecundidad la de las madres! Pues los dos extremos opuestos de nacer y morir los hijos, todo ha de ser a costa de sus dolores. Añade a esto la atención continua que pide el gobierno de la hacienda y de la casa, las inquietudes de los pleitos, los atrasos domésticos. Y por decirlo en una palabra, si nos manifiesta el corazón una madre de familias, no habrá momento en que no le veamos atravesado de la espina de algún cuidado penetrante. Y especialmente en estos tiempos, en que el mundo se ha puesto de tan mal semblante que no puede mirarse sin horror; y las lágrimas de este valle, ya hechas diluvio, crecieron hasta inundar el más elevado monte: quiero decir que el nacimiento más alto está sujeto a varios reveses de la fortuna, de cuyos insultos antes se juzgaba privilegiado.

»Vuelve ahora al retiro de una religión los ojos, aunque no sea sino por descansarlos de la fatiga de mirar tantos objetos funestos. ¡Oh qué distinto teatro es éste! Hay aquí (no se puede negar) varias penalidades, pero tan proporcionadas a la flaqueza del sexo, que a la más débil le sobran fuerzas para el gravamen. El principal consiste en algunas horas de coro, distribuídas de modo que no alteran las del sueño. Y aun esto no sé si lo llame trabajo, porque siendo la oración vocal devoción como innata a las mujeres, parece que Dios les ha colocado el mérito en lo que para ellas es gusto. En todo lo demás, las leyes tan moderadas, como dictadas por la prudencia y administradas por la caridad. Este es un imperio donde reina el amor. Cuantas compañeras tuvieres, otras tantas hermanas tendrás que en la aflicción te consuelen. La tranquilidad de ánimo con que se vive es estimable sobre todos los tesoros de la tierra. ¿Y qué precio hay que pueda igualar aquella ociosidad de cuidados? Pues la particular no tiene que pensar ni en la familia ni en la hacienda ni aun en el sustento propio. Toda la solicitud se la llevan Dios y el alma. De aquí depende haber conventos donde las más de las religiosas a porfía huyen de ser preladas, no tanto por virtud cuanto por conveniencia, porque saben que lo pasan mejor siendo súbditas.

»¿Acaso te horrorizará una clausura continua? A esta dificultad no tendría qué decirte, si consultase sólo a mi discurso; pero gracias a Dios que puedo usar de luces más sagradas para disipar esas sombras. Es casi increíble lo que voy a decirte. Habiendo frecuentado algún tiempo los confesonarios de las religiosas, ninguna hasta ahora, en la manifestación de su conciencia, me tocó la materia de clausura. A ninguna jamás oí ni el menor desconsuelo de padecerla, ni la más leve tentación de violarla. Esto en lo natural parece que no cabe, pero gas-

ta Dios muy especiales atenciones con sus esposas, suavizándoles, aunque sea a costa de milagros, las prisiones en que le han sacrificado su libertad.

»Casi lo mismo sucede en la observancia de otra obligación, no menos esencial, que en la aprensión de los espíritus plebeyos trae achacosa la quietud interior de las religiosas. Y es que éstos, puesta siempre la mira en la villana condición de nuestra naturaleza, no tienen ojos para las maravillas de la gracia. ¡Notable error no distinguir lo que pueden Dios y el hombre de lo que puede el hombre solo! Y gran temeridad aventurarse a adivinar qué producirá la tierra de que somos formados, sin hacer cuenta del beneficio del cultivo y de los influjos del cielo. ¿Qué importa lo frágil de nuestro ser, si quien hizo el todo de la nada más fácilmente podrá transformar el barro en oro y fabricar un diamante de un vidrio? La experiencia enseña que en el reino de la gracia no menos que en el imperio de la naturaleza, de materiales muy débiles forma Dios piedras preciosas muy duras.

»Fuera de que no es menester recurrir a tan sagrado asilo para repeler la injusticia de sospecha tan villana. Dentro de lo natural sobran armas para la defensa; porque no es el temperamento de las mujeres, por lo común, cual estos rudos le imaginan, ni han llegado a los umbrales de la verdadera filosofía los que juzgan su complexión tan vidriada. Si lo es en algunas, es porque con sus propios excesos la hicieron enfermiza. Así, que hay cierta especie de pasiones, en quienes quien nunca ha sido vencido, apenas tiene que vencer. Y aunque en lo general los vicios son hijos de las pasiones, se puede decir con alguna propiedad que hay pasiones que son hijas de los mismos vicios. Ociosamente he dejado correr en este argumento la pluma, pues para ti es excusada la advertencia y los ignorantes a quienes reprendo no son capaces de entender lo que les digo.

»Últimamente, para que acabes de formar concepto de lo que te está mejor, propondré a tu consideración una notable diferencia que hay entre uno y otro estado, por lo que mira al placer de la vida; y es que en el de la religión siempre tu estimación ha de ir a más: en el del siglo siempre ha de ir a menos. Pesa bien esta desigualdad en la balanza de tu discurso. En el mundo, donde sólo es respetada la edad floreciente de tu sexo, así como fueres contando días, irás descontando adoraciones. ¡Oh con qué dolor verás cómo se va despintando tu belleza en el espejo, y al mismo paso le va faltando a ese ídolo el culto! Créeme que no hay mujer que a sus solas no se queje amargamente del tiempo siempre que contempla cómo le va robando poco a poco el mérito y el aplauso. Experimentarás que el más obsequioso, el más fino, irá insensiblemente haciendo tránsito del cariño a la tibieza, de aquí al olvido, y últimamente al desprecio; que en aquella postrimera edad se les escasea a las mujeres aun el tributo de las urbanidades. Son miradas de los domésticos como embarazo de la casa y de los extraños como número inútil del pueblo.

»Al contrario, en la religión irá creciendo tu veneración con la edad. En aquella república se mira con otros ojos el mérito de las mujeres. La hermosura, el donaire, el garbo son alhajas de que no se hace aprecio; toda la estimación se guarda para la experiencia, la madurez y el juicio. El nombre de anciana, que en el siglo se oye como injuria, en el claustro se escucha como lisonja. Al favor de las leyes, como se fueren multiplicando tus años, se irán aumentando tus prerrogativas. Y cuando llegues a aquella última porción inútil de la vida, atenderá cuidadosa la religión a tu servicio y consuelo, sin fatigarte con el peso de obligación alguna. De este modo, con ánimo tranquilo y sereno, sin la inquietud del más leve cuidado, irás disponiendo dulcemente tu viaje del tiempo a la eternidad.

»Esto es, hermana mía, lo que se me

ha ofrecido representarte para el efecto de moverte a elegir lo mejor en lo que tanto importa acertar. Ruégote que leas con atención este escrito, y bien que te sea molesto por su asunto, mírale con afecto, siquiera por ser un mensajero mudo de quien te quiere tanto. No deseo sino tu bien. Tu feliz suerte la cuento por una de las partes esenciales de mi dicha. Por eso solicito con tanto ardor que la conozcas y la elijas; pero sin emplear otro medio que el de la persuasión, excusando aun el del ruego. Tanta abstracción pide el intento, pues no es capaz de otra fuerza que la que hicieren las razones. Son tan soberanos los fueros que goza el albedrío en la elección de estado, que los ofende aun la súplica. Sólo acometiendo a vencer el entendimiento, es lícito emprender la conquista de la voluntad. Este es un empeño sólo de mi razón con la tuya, quedándose perfectamente neutral el cariño; y así en mí hallarás siempre el mismo, que te rindas a mis sugestiones, que las repruebes, y aun acaso mayor si una errada elección te hiciere poco feliz; que un sentimiento compasivo da más ternura al afecto. En fin, en todas fortunas y en todos acontecimientos soy tuyo.»

Esta carta hizo el efecto que se deseaba; y la señora para quien se escribió es hoy muy observante religiosa en un convento cisterciense.

HUMILDE Y ALTA FORTUNA

Discurso tercero

§ I

1. Ciegos fueron los que fingieron ciega la Fortuna e injustos los que la figuraron inicua. Este error ya le corrige la religión, cuando instruye de que el significado de este nombre *Fortuna*, no es otro que la Divina Providencia, la cual es toda ojos y en todo procede con justísimos motivos. Pero aunque el error en lo esencial está corregido, no llegó el desengaño a desvanecer toda la apariencia del fundamento. Consideran los quejosos de la Fortuna desiguales las suertes de los hombres, según la mayor o menor representación, que hacen entre los demás mortales; y viendo que en gran parte esta desigualdad no es proporcionada al mérito, los impíos la atribuyen a la quimérica fuerza del acaso, los idólatras, al capricho de una deidad ciega, y los verdaderos creyentes, al arbitrio de una providencia soberana.

2. Estos últimos concluyen bien, pero suponen mal. Es así que la voluble rueda de la Fortuna es manejada por mano divina, y todo movimiento suyo, ya elevando a unos, ya precipitando a otros, es arreglado con sapientísimo designio. También es cierto (e importa infinito esta reflexión) que respecto de muchos, no vemos más que la mitad de la vuelta de la rueda; porque lo restante del círculo se absuelve en el otro mundo. Vemos que a unos los sube la Fortuna y no los baja; a otros los baja y no los sube. ¿Qué es esto? No es otra cosa sino que en esta vida mortal no da la Providencia más que media vuelta a la rueda. En el otro hemisferio se concluye el giro, y así, los que aquí suben, allá bajan; los que aquí bajan, allá suben.. Y esto es lo más común, aunque no es regla sin excepción.

§ II

3. Mas aun supuesta esta advertencia, queda apoderado del mundo un grave y pernicioso engaño, y es en lo que yo digo que los mismos que concluyen bien suponen mal. En la distribución que hacen de felices o infelices, suponen una desigualdad, que verdaderamente no hay en la fortuna de los hombres. El que ocupa la dignidad, el que habita el magnífico palacio, el que goza gruesa hacienda. mucho más el que tiene sobre sus sienes la corona, es reputado por un hombre felicísimo. Al contrario, el que debajo de humilde techo, ignorado del mundo, tiene para pasar la vida no más que lo preciso, es considerado como infeliz. A lo menos se juzga la fortuna de este tan inferior a la del otro, como lo es una pequeña fuente a todo el caudal del Nilo.

4. Muy diferente fué el sentir del oráculo de Delfos, que preguntado por Giges, rey de Lidia, quén era el hombre más feliz del mundo, le respondió que un tal Aglao Psofidio, poseedor de poquísima tierra en un estrecho ángulo de la Arcadia. era el más dichoso

habitador del Orbe; quedando igualmente burlado y admirado aquel príncipe, que esperaba a su favor el voto.

5. Agatocles fué un monstruo de la fortuna. Habiendo nacido de un pobre ollero de la ciudad de Regio, llegó a ser soberano de Sicilia. Con todo, creo, que si cotejamos su fortuna con la de su padre Carcino, hallaremos más feliz a éste. Ciertamente no viviría en la continua inquietud de que fué agitada toda la vida de Agatocles, ni padecería dolor alguno tan intenso o de tanta duración como el que a Agatocles le ocasionó la muerte de sus hijos, degollados bárbaramente por sus propios soldados.

6. Plinio, en el Libro séptimo, discurre en algunos capítulos por los romanos, que experimentaron más risueña la fortuna, como fueron el dictador Sila, los dos Metelos y Octaviano Augusto, y a todos les va señalando tales contrapesos que queda en duda si la balanza de la suerte propendió más hacia la parte de la adversidad.

7. Sería infinito, si corriendo las historias quisiese sacar al teatro todos aquellos en quienes la mano de la Fortuna alternó cruelísimos golpes con los más tiernos halagos. Ni esto es muy importante a nuestro propósito, pues todos me concederán desde luego que no hay en el mundo asilo contra los rigores del hado ni a la mayor altura se le concedió algún privilegio que la exceptúe de la jurisdicción de la desgracia. Lo que conviene es pesar una y otra fortuna, la esclarecida y la humilde, según lo que en su regular y común estado tienen por sí mismas, prescindiendo de extraordinarios accidentes o favorables o adversos.

§ III

8. Digo, pues, que la Fortuna humilde, en su valor intrínseco, si no excede, por lo menos iguala la soberana. Y porque demos desde luego una prueba clara y sólida de ésta que parece paradoja, se debe suponer como una verdad cierta que las riquezas no constituyen a los hombres felices a proporción de la magnitud material que tienen; así sólo a proporción de lo que se gozan o de la conveniencia y deleite que causan. ¿Qué importará que el poderoso tenga presentes varios y preciosos manjares en la mesa, si tiene perdido el apetito? No por eso se podrá decir que se regala, y mucho mejor lo pasa en cuanto al gusto el que goza de grosero plato, si el paladar le abraza con cariño.

9. Lo que en el gusto respecto de los manjares sucede en todos los demás sentidos y potencias respecto de sus objetos. Sean éstos cuanto se quisiere delectables: la delectación que producirán en cada individuo se conmensurará a la disposición del órgano. Y asimismo la mayor o menor felicidad del sujeto en el uso de estos objetos se debe medir, no por la magnitud entitativa que ellos en sí tienen, sí por la delectación que causan. Siendo esto así, si se hallare que sus grandes riquezas no les ocasionan a los poderosos mayores gustos ni les desvían más pesares que a los de humilde fortuna sus cortos medios, se concluirá que no son más felices aquéllos que éstos y que, por consiguiente, las dos fortunas son iguales.

10. Pero, ¿cómo hemos de saber lo que pasa en los corazones de unos y otros? No hay cosa más fácil. Nerón edificó un templo a la Fortuna de piedras transparentes, halladas en su tiempo en la Capadocia: de modo que de afuera, aun cerradas las puertas, se veía todo lo que pasaba dentro del templo. Y la naturaleza fabricó los hombres de modo que de afuera se ve su buena o mala fortuna interior, transparentándose por los semblantes y por los labios sus gustos y sus pesares. Mira, pues [dice Séneca (1)], a ricos y a pobres por el cristal del rostro los senos del pecho: *Compara inter se pauperum et divitum vultus*: más frecuentemente verás alegres a éstos que a aquéllos:

(1) *Epist.* 80.

Saepius pauper et fidelius ridet. Aquí supone de mejor condición a los pobres. En otra parte los deja iguales. «Observa —dice— la mayor parte de los pobres, y verás como nada andan más tristes y congojados que los ricos»: *Primum aspice quanto maior pars sit pauperum, quos nihilo notabis tristiores, sollicitioresque divitibus* (1).

11. A San Agustín le aprovechó en gran manera la reflexión que hizo, al ver transitando por una aldea del Estado de Milán a un mendigo sumamente alegre y festivo. Comparó su fortuna con la de aquel pobre. Vióle a él gozoso, a sí propio acongojado; a él sin susto alguno, a sí propio lleno de temores: *Et certe ille laetabatur, ego anxius eram; securus ille, ego trepidus.* Y de aquí concluyó que la fortuna de aquel mendigo era harto mejor que la suya: *Nimirum quippe ille felicior erat* (2).

12. Esto es mirar las cosas como ellas son en sí. Para computar la felicidad de cada uno no se han de considerar los bienes que posee, sino el gozo que de su posesión recibe. Aunque el rico tenga siempre espléndido banquete, más se regala el pobre que él, si, como es lo común, le sabe mejor lo que come. La entidad de las riquezas sin el uso nadie dirá que sirve de cosa alguna. Es menester expenderlas para gustarlas. Es un bien éste de tal condición, que sólo se goza cuando se pierde. El que guarda en el arca el oro, podrá lograr alguna complacencia en la contemplación de que le tiene a su albedrío, pero muy inferior a la fatiga inevitable de un continuo cuidado. Discretamente cantó Horacio que tenía por más conveniencia carecer de tales bienes, cuya posesión está acompañada noche y día del sobresalto de que un ladrón los robe, de que un criado infiel los lleve o de que un incendio los consuma.

An vigilare metu exanimem, noctes que.
[*diesque*
formidare malos fures, incendia, ser-
[*vos*
ne te compilent fugientes, hoc juvat?
[*Horum*
semper ego optarim pauperrimus
[*esse bonorum.* (Lib. 1, Sat. 1.)

13. El azogue causa continuos temblores al que le maneja en la mina; el oro y la plata al que los tiene en el arca. No hay duda que en el avaro es mayor el gusto de verse rico, pero también excede a proporción el cuidado. Fuera de que no le satisfacen tanto los bienes que goza, como le congojan aquéllos de que carece. Siempre le queda en el corazón un vacío inmenso, tan violento a su codicia, como lo es el vacío de todo cuerpo a la naturaleza y es sed hidrópica la suya, que cuanto más bebe más arde.

§ IV

14. Supuesto, pues, que no hay conveniencia, sino gravamen en la precisa posesión de las riquezas, veamos cuánto puedan ser cómodas con el uso. Lo primero, si las riquezas son muy grandes para la comodidad de la vida, está por demás la mayor parte de ellas; si a cuanto racionalmente se puede desear se ocurre con pocos millares de escudos, ¿de qué servirán los millones? El que para su sed tiene la agua que basta en una pequeña fuentecilla, ¿para qué se meterá un río dentro de casa? No logrará otra cosa que concitarse el odio o la ira de los que ven inútilmente estancado en un individuo el caudal que pudiera saciar la sed de todo un pueblo y exponerse a las asechanzas que puede formar contra su vida cualquiera perverso, que de otro modo no pueda hacerse dueño de su hacienda; siendo cierto que muchos ricos, por este motivo solo fueron víctimas, ya del cuchillo, ya del veneno. Así que los demasiados doblones son de peso y no de valor para su dueño; quiero decir que no son conveniencia, sino peligro y gravamen de la vida.

15. Pero ya que no a la comodidad,

(1) *In consolat, ad Helviam.*
(2) *Confess.* lib. 6, cap. VI.

servirán al deleite. Sobre esto hay mucho que hablar. Los más de los hombres tienen determinado el apetito a tales objetos, que con corto caudal pueden satisfacer todas sus ansias. La comida y la bebida con regalo, la caza y el juego con frecuencia, no han menester muchas millarradas. El que tiene puesta toda su delicia en la copa y en el plato, ¿qué logra con el inmenso dinero, si no puede comer y beber más que como un hombre solo? Y si por su glotonería quiere comer como dos, presto perderá la salud y no podrá comer aun como medio; expender el caudal en diversiones, que no lo son respectivamente a su genio, es perderle en un todo. La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. Pero, ¿de qué sirve a quien no gusta de ella? A Anteo, rey antiguo de la Escitia, le presentaron sus vasallos como una gran cosa a Ismenias, famosísimo músico tebano, a quien habían cogido prisionero en la guerra; y después de oírle un rato, dijo que mejor le sonaban los relinchos de su caballo que todos los tañidos de Ismenias. Ni se entienda que esto sólo cabe en un genio bárbaro. No sólo los tigres huyen de la lira; aun muy cultivados espíritus cierran los oídos a este encanto, como los áspides. De Justo Lipsio se cuenta que aborrecía la música y tenía puesta toda su recreación en flores y perros. Muchísimos hombres son insensibles al halago de la armonía, y de los que restan, los más se complacen en una música grosera que se encuentra de balde o muy barata. Lo que se dice de la música es general a otras diversiones. ¡Cuántos hay que no pueden sufrir aun el trato común con las mujeres! Las flores, que son el más hermoso parto de la naturaleza en lo insensible, y que visten al campo con más gala que a Salomón toda su gloria, a algunos son no sólo ingratas, pero nocivas. Hubo sujetos a quienes hacía caer en deliquio la fragancia de la rosa, y el cardenal Esfrondati en su *Curso Filosófico* refiere de otro cardenal que todo el tiempo de la primavera tenía guardas a la puerta de su casa para atajar que entrase ni una rosa en ella. Los espaciosos jardines son bien tibio deleite para los más de los hombres y para muchos ni aun tibio; fuera de que ese deleite se disfruta en el jardín ajeno, no en el propio, que estando siempre a la vista, ya se mira con tedio.

§ V

16. De suerte que respecto de muchos individuos, todo el atractivo se incluye en objetos de corto precio. Es verdad que no por eso dejan esos mismos de amontonar, si pueden, tesoros sobre tesoros. Pero, ¿para qué? Ni yo lo sé ni ellos mismos tal vez lo saben. Es gracioso a este propósito lo que pasó entre Pirro, rey de Albania, y su discretísimo consejero y amigo Cineas. Tratando aquel guerrero príncipe de invadir a los romanos, le dijo Cineas: «Verdaderamente, señor, la empresa es difícil, porque las hemos de haber con una gente marcial y poderosa. Mas si fueren tan prósperas nuestras armas, que venzamos a los romanos, ¿qué fruto sacaremos de esa victoria?» «¿En eso te detienes?, respondió el rey. Nos haremos dueños de toda Italia». «Y después, replicó Cineas, ¿qué haremos?» «Conquistaremos, respondió Pirro, la Sicilia, que está vecina, y es fácil su expugnación.» «Gran cosa sería eso, añadió el astuto Cineas; pero, ganada Sicilia, ¿daremos fin a la guerra?» «No por cierto, respondió Pirro (que aún no había penetrado el término donde iban a parar estas preguntas): después de conquistada Sicilia, nos entraremos en la Africa y poseeremos a Cartago, con los reinos adyacentes.» «Los dioses quieran, prosiguió Cineas, concederte tanta dicha. Y después en qué nos hemos de ocupar?» «Volveremos, dijo Pirro, con inmenso poder a nuestra patria y conquistaremos todo el imperio de la Grecia.» «Y conquistada toda la Grecia, repli-

có Cineas, ¿qué hemos de hacer?» «Llegado ese caso, respondió Pirro, pasaremos el resto de nuestra vida en dulce y alto ocio, sin pensar en otra cosa que en banquetes y conversaciones festivas.» Aquí Cineas, que ya había, sin sentirlo él, metido al rey en la red, riéndose le dijo: «¿Pues, señor, quién nos quita gozar desde ahora de toda esa felicidad? Para lograr banquetes y todo género de regalos, ¿no basta el reino que hoy poseéis? ¿A qué fin se han de conquistar provincias, surcar los mares, gastando la salud en las fatigas y exponiendo la vida en las ondas y en las batallas?»

17. Este razonamiento, que es sacado casi a la letra de Plutarco, viene bien no solamente a aquel príncipe ambicioso, mas también a otros hombres infinitos, que juntando más y más riquezas a costa de peligros y afanes, o no saben a qué aspiran, o por un vicioso y errado círculo, aspiran a lo mismo que ya poseen. Discretamente rebatió el orgullo de Filipo, rey de Macedonia, Arquidamo III, rey de Esparta. Habiéndole vencido aquél a éste en una batalla, le escribió una carta llena de arrogancias y fiereza. Respondiole Arquidamo que se pusiese al sol y vería como su sombra no era mayor después que antes de la victoria. Es así que se engrandece la fortuna, sin añadir nada al sujeto.

§ VI

18. Aquellos a quienes domina la ambición y la codicia trastornan la naturaleza de las cosas, colocando el fin en el mismo medio. Quieren tener más sólo por tener más, y dominar más, sólo por dominar más. Pero, ¿qué sucede a éstos? Que siempre son desdichados; porque la hambre y sed que que padece su genio siempre está en el mismo estado o va cogiendo nuevo aumento. La carga de honores y riquezas en el corazón humano hacen lo que las pesas en el reloj, que cuanto mayores son, tanto aquella máquina se mueve con más violenta inquietud. Sucesivamente va desplegando la pasión mayores senos, así como va llenando los primeros vacíos. Al principio se contenta su sed con la fuente; después, hidrópica, busca el río y tras de el río el océano: *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur.* Alejandro en sus primeros designios no miraba más que a destruir a Tebas y conquistar la Tracia y el Ilírico; ya que lo logró, se le pone en la cabeza el imperio del Asia; y cuando tuvo éste en buen estado, llora afligido, oyendo decir a un filósofo que hay muchos mundos, porque ya no se satisface su ambición con la conquista de uno solo. Lo que hizo cantar a Juvenal:

Unus Pelleo iuveni non sufficit orbis

19. Los que buscan las riquezas para el uso y las aprovechan en el deleite, parece que son de mejor condición en cuanto a la conveniencia temporal. ¿Cómo se le puede disputar la felicidad a quien siendo dueño de grandes tesoros los hace tributarios de sus apetitos? Así lo juzga el mundo y el mundo se engaña. Hable en la materia el hombre más capaz que jamás hubo en el mundo, para dar la sentencia por su experiencia propia. No hubo en la tierra hombre más rico ni aun tanto como Salomón. Ninguno expendió más pródigamente las riquezas en las delicias, con la circunstancia de que su gran sabiduría y comprensión de la naturaleza le advertía de los modos más oportunos con que podían halagar y servir los objetos a los sentidos. El mismo confiesa que lisonjeó sus pasiones, dándoles cuanto su voracidad pedía: *Omnia quae desideraverunt oculi mei non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur.* ¿Y qué halló en ese piélago de delicias? No más que aguas amargas. En todo encontró vanidad y aflicción del ánimo: *Vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi.* En tanto grado, que llegó a tener tedio de vivir: *Idcirco taeduit me vitae mae.*

20. Esta es la alta y esclarecida fortuna, y tan alta, que ningún hombre la logró más sublime. Pregunto ahora si el hombre más mísero del mundo puede

ver puesto su corazón en mayor congoja que cuando llega a padecer tedio de su propia vida. Sabemos que Job no usó de otra expresión para manifestar la profunda agonía que le ocasionaba su singularísima calamidad: *Taedet animam meam vitae meae.*

21. Lo que dice Salomón es infalible, pues tiene recibido aquel Libro por canónico la Iglesia. Pero se debe confesar, que así como es verdad de fe, también parece misterio; porque ¿cómo cabe tanta amargura en la mayor delicia? Este enigma no quiso descifrarle Salomón, aunque tenía tanta facilidad en descifrarlos. Veamos si acierto yo con ello y pienso que sí.

§ VII

22. Lo primero asiento que el que goza más deleites es el que goza menos y aun se puede decir que ninguno goza. Mas éste es otro enigma más difícil. Ya saldré de uno y otro. Pregunto: ¿Tienen deleite el que come sin hambre y el que bebe sin sed? Todos me confesarán que poco o ninguno. Pues de este modo gozan los objetos delectables aquellos poderosos, que tienen la rienda siempre floja a todos sus apetitos. Anticipan a los apetitos los objetos. No espera el manjar al hambre ni la bebida a la sed ni aun la torpeza a la concupiscencia. ¿Pues qué? ¿Usan de aquello mismo que no apetecen? A los principios, no: en los progresos y en los fines, sí. El poderoso que se entrega a los deleites, muy luego empieza a adquirir un hábito de glotonería en todas sus pasiones, por el cual, dentro de poco tiempo se tira al objeto al primer asomar del apetito. Aún no expiró del todo la saciedad antecedente ni empezó a vivir sino en embrión el nuevo deseo, cuando se entrega a nueva hartura; y como en aquel punto está muy tibia la concupiscencia, no puede menos de ser muy remisa la delicia. Este hábito, con la inmensa repetición de actos, va cobrando cada día más y más fuerzas, hasta que ya impele a beber el vedado licor, aun cuando no hay alguna sed. Y véis aquí que en llegando a este estado, sin ningún deleite la salud se estraga y la vida se abrevia.

23. Aún no he explicado todo el mal. Lo peor es que se junta la saciedad con el hambre. Si digo que tanta hambre tiene el poderoso harto como el pobre hambriento, se creerá que propongo nueva paradoja o, por lo menos, nuevo enigma. Y con todo diré la verdad. El pobre hambriento tiene hambre del manjar; el poderoso harto tiene hambre de la misma hambre. El menesteroso, a quien falta lo preciso, apetece el alimento. El goloso, que después de lleno el vientre ve cubierta de regalos su mesa, apetece el mismo apetito. Aquél se congoja porque le falta lo que necesita; éste, porque no puede gozar lo mismo que tiene. Y poca diferencia hay para el dolor entre estar sediento de agua o estar hidrópico de sed.

24. Esta ansia depravada, llama que se levanta sobre las cenizas de otro fuego, último desorden de la concupiscencia o concupiscencia de la parte superior del alma, trabajó mucho a aquellos que logrando lo más alto del poder, llegaron a cumbre de la perversidad. Todo era discurrir irritativos al apetito, condimentos a la torpeza, extravagancias al gusto. Buscando lo exquisito, topaban con lo monstruoso. Heliogábalo llega a hacer banquete de crestas de gallos. Nerón ejerce su lascivia cubierto de pieles de fieras, bien que éste era el hábito más propio para aquel bruto. Tan extravagantes fueron las abominaciones de otros Emperadores, que ni en el transcurso de tantos siglos ni la fragancia de tantos santos apenas ha disipado en Roma la hediondez de los príncipes de aquel tiempo. Pero con toda esta solicitud, ¿qué conseguían? Nada, sino aumentar la violencia del hábito, para que se ejercitase aún con fastidio. El deleite, entretanto, andaba fugitivo, como el agua de Tántalo, por más que parecía que se tenía entre las manos, siendo medio para no lograr-

le la nimia anticipación a cogerle. Sólo se ganaban inquietudes para el espíritu, enfermedades y dolores para el cuerpo. Y es bien de notar que todos aquellos que se dieron a la glotonería y a la lascivia se hicieron melancólicos, desabridos y tétricos; por donde raro príncipe se encuentra en la Historia glotón y lascivo, que no fuese juntamente cruel. Algunos llegaron a enfadarse de sí mismos, como el Segundo Apicio, que después de ingurgitar dos millones y medio se quitó la vida con el lazo. ¿Qué fué ésto sino hallar vanidad y aflicción del espíritu entre los mayores halagos de la fortuna? ¿Por ventura andan tan desazonados y enfadadizos los mismos pordioseros?

§ VIII

25. Verdaderamente yo he seguido hasta ahora el cotejo de una y otra fortuna por la parte más difícil, esto es, trayendo al paralelo la más elevada con la más abatida, la soberanía con la mendiguez. No intentaba tanto cuando empecé a escribir este capítulo, pero voló la pluma sin sentirlo yo hacia el extremo de los dos extremos. No era menester tanto. Mas ya que está hecho, tenemos del primer encuentro toda la dificultad vencida, porque si el que está debajo de los pies de la fortuna iguala al que pisa lo más alto de su rueda, con más razón igualará el que con estrechez tiene lo preciso al que con opulencia goza lo sobrado.

26. El caso es, si lo hemos de decir todo, que no sólo iguala, pero excede. Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico más comodidades y padece menos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato. Pero ¿saboréase en él más que el pobre con el común y tosco? Ni aun tanto; porque en éste la apetencia con que se sienta a la mesa recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa a las abejas de la Lituania, país rudo y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores como las abejas de otros países, si de esas mismas ingratas flores sacan la más hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; pero ¿duerme más o mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre y gozoso y aquél muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¡Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los anales de su reino! Defiéndese el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes de los rigores del frío; pero observa que, con todo, se queja más de la destemplanza de la estación dentro de su palacio que el pastor cubierto de pieles en el monte. David, siendo anciano, no podía parar de frío por más que se cubriese de ropa; y con mucho menos abrigo algunos ancianos labradores hacen burla de los hielos. Verás a cada paso al poderoso temblando, con vivo resentimiento del frío, siempre que se ve precisado a dejar la chimenea y, al mismo tiempo, anda la gente común alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse a salir de un cuarto bajo, cuando el común del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude a cuanto se le ofrece. Así que se puede decir de sus riquezas lo que Dionisio de Sicilia dijo de la capa de oro que tenía la estatua de Júpiter, como motivo para despojarle de ella: que mejor era una capa de paño, porque la de oro en invierno no quitaba el frío y en el verano agobiaba con el peso. Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento, piensa en extenderle o mejorarle; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitación es estrecha. Yo creo que las mejores casas que hay en el mundo son las de Madagascar, isla del mar de Etiopía, que son las más pequeñas. Forman aquellos bárbaros sus habitaciones tan estrechas y aliviadas de peso, que entre cuatro hombres toman una casa a

cuestas y la mudan adonde quieren: por lo cual tienen la conveniencia de mudar las poblaciones según les está mejor, a estos o a aquellos sitios. Y por la misma razón me parecen los mejores bajeles del mundo los barcos de los pescadores de la Nueva Zembla, que forman de costillas y pieles de peces, tan ligeros, que cuando se ven perseguidos en el mar, huyendo a tierra, no sólo escapan la persona, mas también el barco, llevándole sobre sus espaldas sin mucha fatiga.

27. Viste el rico delicada holanda y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oíste quejarse algún pobre de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico y el pobre trabajando todo el día; pero no observarás más triste al pobre en el trabajo que al rico en el ocio: antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando y chanceando su tarea. Acabada ésta, el descanso no es un ocio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo; y después, con blando y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama. De modo que se puede decir que el pobre trabaja de día y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo o en carroza y el pobre a pie. Sin embargo, el rico tiene mucho más que sentir en ella ya la inclemencia del tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza del lecho, ya la falta de regalo. El pobre hecho a todo, nada extraña y así de nada se duele. Yo en mis viajes he notado que siempre el mozo de a pie que me asistía, sentía mucho menos que yo las incomodidades del camino. Pues añádase a esto el susto de los ladrones, a quienes el pobre no tiene que temer, cuando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino se le representa un salteador.

28. Si se quieren pesar los placeres de uno y otro estado, no hay más que atender a la advertencia de Séneca, citado arriba: *Inspice pauperum et divitum vultus*. Verás a los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños, qué sinceramente gozosos! *Saepius pauper et fidelius ridet*. Al contrario, a los ricos verás en los mismos festejos no pocas veces fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

29. Todas estas desigualdades nacen de un principio general. Y es que la naturaleza, dejada a su genio, se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece y todo lo desdeña. Un corazón humano con tres ventrículos es monstruosidad que ya se ha visto y fué presentado en la Academia Real de las Ciencias de París el año mil seiscientos noventa y nueve. Pero hablando en sentido moral y político, es ésta una monstruosidad que cada día se ve. El corazón del hombre, por su naturaleza, no tiene más que dos senos; pero si llena éstos de bienes temporales, sucesivamente se van abriendo otros y otros sin término alguno. Para nadie es deleite o regalo aquello que no considera tal; y nadie considera como regalo aquello que acostumbra o que es proporcionado a su propia esfera. Por esto el manjar delicado es delicado para el que usa alimentos comunes, mas para el que está hecho a manjares delicados, es lo delicado común; y así apetece ya cosa más exquisita. Aun la misma variedad para quien acostumbra variar cada día los objetos a sus antojos, pierde todo el hechizo que al principio tenía. Mucho más se deleita el pobre viendo en su mesa un pez de los comunes, que el romano Cayo Hirio comiendo sus regaladísimas murenas; y más gozoso está cuando agrega a su heredad un palmo de tierra que Alejandro cuando añadió a sus conquistas la ciudad de Tiro.

§ IX

30. Si cotejamos los pesares de uno y otro estado como hemos cotejado los placeres, hallaremos que el mayor peso de ellos carga sobre los poderosos, ya por la mayor sensibilidad de los sujetos, ya por la mayor magnitud o multitud de los trabajos. Son los ricos de un temperamento delicado, que de cualquier aire se ofenden mucho, o como formados de un metal sonoro, que a cualquier leve golpe de gran quejido. Parécense a un pozo que hay en Chiapa, provincia de Nueva-España, donde arrojando una pequeña piedra, levanta horrible tempestad. De aquí son aquellos furores de los poderosos por levísimas causas. El sultán Mahometo II tomó tan bárbara rabia viendo que le faltaba un melón de su jardín, que hizo abrir el cuerpo a catorce pajes, para saber quién le había comido. Y Otón Antonio, duque de Urbino, mandó quemar vivo a un criado suyo solo por haberse descuidado en despertarle a la hora señalada.

31. Son más también en el número los trabajos de los poderosos. Cuanto más abulta el cuerpo de un hombre, tanto más tiene donde le hiera el enemigo; y cuanto mayor es la amplitud de la fortuna, tanto más hay donde hiera la adversidad. Son los ricos torres elevadas y los pobres chozas humildes, y el rayo más veces descarga en la torre su furia que en la choza. Uno de los mayores males que hay en lo temporal, si no el mayor de todos, es la salud quebrada; como el mayor bien, la salud robusta. Y no tiene duda que en igualdad de temperamento, mucho más sano es el pobre que el rico, porque éste con los excesos se estraga la salud, y aquél se la conserva con su sobriedad. ¿Qué le valdrán al poderoso, doliente de la gota (enfermedad que rara vez acomete a los pobres) todos sus tesoros, si no puede con ellos remediar el mal ni aun conseguirse algún sincero placer? Pues mientras dura el insulto, padece los dolores; y en pasando, los sustos de nuevos acometimientos. Aunque por todos los ricos pronunció Salomón aquella sentencia: *Quid prodest possessori, nisi quod cernat divitias oculis suis?* «¿Qué otra utilidad saca el poderoso de sus riquezas, sino poder registrarlas con sus ojos?» Pero a un poderoso, habitualmente enfermo, se apropia con más rigor.

32. Tiene el poderoso más cuidados, y por consiguiente más molestias. Tiene más envidiosos y, por consiguiente, más enemigos. Quiere engrandecer más su fortuna, y cada estorbo que encuentra es un escollo donde se lastima. Del que está debajo pretende más adoraciones, y uno solo, que como Mardoqueo a Amán, rehuse doblarle la rodilla, basta a turbarle el reposo. Con el que está arriba solicita igualdades, y cuando ve que el que consideraba inferior o igual se le pone delante, apenas hay consuelo. Estaba un pintor famoso, llamado Francisco de Francia, lleno de bienes y de aplausos en Bolonia, cuando viendo una imagen de Santa Cecilia, que había hecho Rafael de Urbino de encargo para una iglesia de aquella ciudad, y conociendo las ventajas que le hacía en el pincel aquel artífice incomparable, fué tanta la pena que tomó que tardó pocos días en morir. En verdad que no muere de este achaque ningún pobre.

33. Los temores que contienen el martirio más duradero de la vida, porque con ellos se padecen los males futuros y aun los posibles, tienen su propio nido en el corazón del poderoso. El que tiene males, siempre se duele; el que tiene bienes, siempre teme. ¿Y qué mayor dolor que un temor continuo? Tantos riesgos amenazan al poderoso, cuantos son los casos posibles de enriquecerse otros, despojándole o matándole a él; y siendo éstos muchos, en su imaginación aún son más. Así, que las riquezas con trabajo se adquieren y con trabajo se conservan. Los habitantes de Macazar, isla del mar de la India, suelen quitarse algunos dientes y poner en su lugar otros de plata y oro,

cuyo uso no puede ser menos trabajoso y molesto. ¿Puede haber mayor barbarie que padecer voluntariamente un dolor, sólo para ganar una incomodidad? Pues en la misma incurren los que solícitos anhelan las riquezas. Los dientes se quitan, esto es, padecen muchos dolores por lograrlas y en ellas adquieren otros dientes de oro y de plata, sí; pero, al fin, dientes que les han de comer y roer el corazón a ellos mismos. Es cosa bien notable que en el siglo de oro y plata, según la división que hacen los poetas de las cuatro edades, no había plata ni oro, y aparecieron estos dos metales en el siglo de hierro. Así, Ovidio, hablando de este siglo:

Itum est in viscera terrae,
quaesque recondiderat, Stygiisque admoverat [umbris
effodiuntur opes irritamenta malorum.
Iamque nocens ferrum, ferroque nocentius au- [rum
prodierat, prodit bellum quod pugnat utroque.

34. El siglo de oro pasó sin oro y por eso mismo fué de oro, esto es, feliz y bienaventurado. El siglo de hierro tiene oro y por eso es de hierro; esto es, duro y trabajoso.

35. Lucano, en el libro 5 de *La Guerra civil,* hace una bella digresión sobre la felicidad del pobre barquero Amiclas, cuando pinta a César en el silencio de la noche pulsando la puerta de su choza, para que le conduzca prontamente a la Calabria. Todo el mundo está conmovido y temblando con los movimientos de la guerra civil, y dentro de la misma Grecia, que es el teatro de la guerra, vecino a los mismos ejércitos, duerme, sin temor alguno un pobre barquero sobre enjutas ovas. Despiértanle los golpes que da a su puerta el generoso caudillo, sin introducir en su pecho el menor susto, porque aunque no ignora que está toda la campaña cubierta de tropas, sabe también que no hay en su choza cosa que pueda brindar los militares insultos. ¡Oh vida del pobre (exclama el poeta), que tienes la felicidad de estar exenta de las violencias! ¡Oh pobreza, beneficio grande de los dioses aunque no reconocida de los hombres! ¿Qué muros o qué templos gozaron el privilegio que tiene Amiclas y su choza de no temblar a los golpes de la robusta mano del César?

O vita tuta facultas
pauperis angustique lares! O, munera nondum
intellecta Divum! Quibus hoc contingere tem- [plis,
aut potuit muris, nullo trepidare tumultu
caesarea pulsante manu?

36. No hay que admirar. Los templos y los muros son los que tiemblan, no las chozas; porque en los templos y en los muros se guardan las riquezas, y donde están las riquezas no pueden faltar los sustos. Si cotejamos la fortuna de Amiclas con la de César y Pompeyo que florecían en el mismo tiempo, ¡qué brillante la de éstos!, ¡qué oscura la de aquél! Pero si se mira bien, ¡cuánto mejor es la de Amicles! Esos dos héroes ambiciosos, cuyo elevado resplandor hace que el orbe los tenga por dos soles, no son en la verdad más que dos parhelias o soles aparentes, falsos reflejos estampados en la inconstancia de volantes nubes. ¡Qué lejos de ser felices, cuando cada uno está gravísimamente atormentado con los celos de la potencia del otro!

Et iam nemo ferre potest, Caesarve priorem
Pompeiusve parem.

37. Contienden sobre el imperio, arriesgando en la competencia la vida y la libertad. ¡Qué temores en cada uno de que el otro venza! ¿A qué mísero desvalido puso hasta ahora la fortuna en tanto aprieto, que se resolviese, como César, para mejorarla, a arrojarse a un mar tempestuoso de noche? Amiclas entretanto no tiene otros cuidados que desplegar al mar y tender al sol sus redes. Fluctúan los otros en los campos, y él está seguro en las ondas. Coge en el mar peces, cuando los otros en la tierra pescan borrascas. A costa de poco trabajo le ministran las aguas cuanto ha menester para sustentar la vida; cuando así a César como a Pompeyo, sus grandes fatigas no les sir-

ven sino de acelerarles violenta muerte. No le turba el sueño tanto estrépito marcial, cuando cada uno de los dos caudillos tiene un despertador continuo dentro de su propio corazón. A nadie teme, porque nadie codicia su fortuna; y si alguno es tan cuerdo que la codicie puede gozar de la misma sin despojar a Amiclas. César y Pompeyo por ahora se temen mútuamente; después el vencido temerá a todo el mundo y el vencedor deberá temer a cuantos le pudieren envidiar.

38. Los poetas gentiles fingieron divinidad la pobreza: debieron de atender a los males de que preserva y a los bienes que produce, pues Lucano la llama madre de los hombres grandes, y Horacio dice que a esta deidad debió Roma las virtudes de Curio y de Camila. Pero el griego Aristófanes erró mucho la pintura, figurándola como una furia feroz y pronta a desesperarse; pues estos extraordinarios furores más se hallan en los ricos que en los pobres. Aunque es verdad que adonde se ensangrientan más es en los pobres que antes fueron ricos; por lo menos durante el noviciado de la miseria.

§ X

39. No se entienda que en el elogio que acabo de hacer de la pobreza hablo de la pobreza absoluta; sí de la respectiva. No del estado de mendicidad en que falta lo preciso; sí de aquella estrecha moderación que ministra a la naturaleza sólo lo necesario, y eso a costa de las fatigas del cuerpo. Verdaderamente de los mendigos yo no sé qué me diga. Por una parte parece que pasan grandes incomodidades y, por otra, veo que son muchísimos los que voluntariamente toman ese género de vida, pudiendo vivir de su trabajo; y se hallan harto mejor andando de puerta en puerta que trabajando en el campo, ni aun ociosos en el hospicio. De los vagabundos con capa de peregrinos, dice Enrico Cornelio Agripa en su libro *De la Vanidad de las Ciencias*, que no trocarían su vida por la de los magnates; y creo que dice bien.

40. Todos estos voluntarios pobres, que no lo son conforme al Evangelio ni cae sobre ellos la beatificación de Cristo, son pestilencia de las repúblicas donde habitan o por donde circulan. Tienen muy buena vida, sin servir de cosa alguna, y aun haciendo daño al común: semejantes a las hormigas que, útiles para sí solas, son nocivas al huerto donde se anidan y por donde discurren. Por esto ninguna república de exacta policía lo consiente.

41. Los mendigos inválidos son los legítimos acreedores a nuestra compasión. Hay, no obstante, entre éstos mucha diferencia. Los que lo son por enfermedades habituales, no se puede negar que son bien míseros si no endulzan su trabajo con la debida resignación en la voluntad divina, que en ese caso son los más dichosos y a quienes llamó nuestro Redentor bienaventurados. Los que lo son por falta de algún miembro o defecto en la organización, si tienen mediana habilidad y gracia en pedir, lo pasan admirablemente y se han visto de éstos no pocos que dejaron en su muerte muy buenos dineros. Los que son desgraciados y torpes, viven con bastante afán, especialmente si concurre la suciedad del cuerpo y deformidad del semblante. Es grande el yerro que en esta parte incurre la piedad común, distribuyendo con notable desigualdad. Al pobre que pinta con viveza y gracia su propia calamidad, apenas hay quien no le socorra, mucho más si tiene alguna limpieza en sus andrajos y decencia en sus facciones. Del feo, inmundo, balbuciente y medio estúpido apenas hay quien haga caso o quien no huya de él con tedio. Debiera advertirse que Cristo, nuestro Bien. tanto se representa en uno como en otro; y en cuanto Redentor, aún más en el de más feo y despreciable rostro. pues así le pintó en su sacratísima pasión Isaías: *Non est species ei, neque decor.* Y poco más abajo: *Quasi absconditus vultus eius et despectus.* Y porque no asquee la cristiana piedad, aun

los pobres que padecen enfermedades asquerosas vean en el mismo profeta comparado nuestro Redentor a los leprosos: *Nos putavimus eum quasi leprosum.*

42. Pero sin recurrir a tan alto motivo, dentro de la razón natural hay el que basta para atender, no sólo con igualdad, mas aun con exceso a esos pobres deformes y desgraciados; y es que estos padecen mayor necesidad. A los otros, como he dicho, nunca faltará quien los socorra, tal vez con demasía. Estos son los que necesitan de que la piedad se esfuerce, por más que su ingrato aspecto horrorice. Yo por mí protesto que por este motivo de las limosnas, que me permite distribuir en la estrechez de mi estado, mucho más toca a los pobres asquerosos y desgraciados que a los de buena persuasiva y de exterior grato.

43. Vuelvo a decir que no he hablado en la comparación de este género de pobres, sin embargo de que a muchísimos los juzgo más felices que los mismos soberanos; sí de aquellos que con su sudor granjean el sustento, el techo y el vestido, arreglado todo a la necesidad de la naturaleza, sin sobra alguna. Esta que llamó fortuna humilde, juzgo por lo menos igual a la alta y esclarecida que gozan los opulentos y poderosos, y me parece que lo he probado bastantemente. Pero también juzgo que son de mejor condición que unos y otros aquellos que colocados en un medio razonable, gozan mediana hacienda y pueden pasar la vida sin tanta estrechez y sin mucho afán.

§ XI

44. Esto es en cuanto a la felicidad de los hombres, midiéndola por la condición de sus estados y prescindiendo de los particulares accidentes que pueden sobrevenir a estos o los otros individuos, no siendo dudable que también la Fortuna humilde está expuesta a terribles reveses y molestísimos sinsabores, aunque no con tanta frecuencia como la soberana.

45. Pero si se me pregunta a quiénes reputo absolutamente felices o infelices entre los mortales, en cuanto a los felices, respondo con una sentencia del gran chanciller Bacon en su libro titulado *Interiora rerum*: «Felices —dice— juzgo aquellos cuyo género de vida es proporcionado al propio genio»: *Felices dixerim, quorum indoles naturalis cum vitae suae genere congruit.* Decisión digna del superior talento de aquel incomparable inglés. No obstante, pienso que se le debe añadir alguna limitación; y es que no sea el genio vicioso; porque si lo fuere, siempre será infeliz. El ambicioso, pongo por ejemplo, aunque se vea colocado en altos puestos, siempre estará inquieto por subir a otros mayores. El codicioso, aun cuando más colmado de riquezas, se afanará por añadirse nuevos tesoros. El glotón opulento se llenará de comida y bebida, pero también se llenará de males que después le hagan amargar cuanto coma y beba.

46. Supuesta la limitación dicha, tengo por muy verdadera la sentencia. Las conveniencias temporales todas son respectivas y varía tanto el genio de los hombres en la proporción con ellas, como el gusto en la inclinación a los manjares. Lo que es bueno para uno, es malo para otro. Sólo Dios es bueno y dulce para todos. Este desdeña la fortuna que aquél adora, y uno abraza lo que otro desprecia. Pasando César a España por las asperezas de los Alpes, llegó a una pobrísima y corta aldea, donde advirtiendo sus compañeros la miseria de los habitadores, preguntó alguno de ellos con irrisión si también aquellos bárbaros tendrían sus cuestiones sobre quién había de mandar entre ellos. A que ocurrió César pronto, diciendo: «*Pues yo os certifico que más quisiera ser en esta aldea el primero que en Roma el segundo.*» Habiendo pasado a la Africa el sabio flamenco Nicolás Clenardo, con el motivo de aprender la lengua arábiga, se detuvo dos años en el reino de Fez, de

donde escribió varias veces a sus amigos que nunca había hallado estancia tan grata para su genio; y esto sólo porque en aquel reino no había la multitud de leyes y prolijidad de litigios que en Europa, terminándose en un momento y verbalmente cualquiera diferencia por el magistrado; lo que era muy del gusto de Clenardo, que aborrecía con extremo los casi interminables circuitos de los procesos que hay en nuestros tribunales. Cuéntalo George Paschio en su libro de *Novis inventis*. Aunque no es verdad lo que dice de que sólo por ese motivo se desterró de su patria y pasó a Fez, pues por otros muchos autores consta que vino a España de intento, donde después de enseñar algún tiempo las lenguas en la Universidad de Salamanca pasó a la corte de Lisboa por ayo del príncipe de Portugal, hermano del rey don Juan III.

47. Esta grande variedad que hay en genios y temperamentos de los hombres, y no el amor platónico de la patria, es la verdadera causa de que muchos se hallen bien en regiones míseras y desdichadas, rehusando pasar a otras felices. Ovidio, habiendo observado que algunos escitas, conducidos a Roma, no perdían ocasión alguna de volverse fugitivos al áspero clima donde habían nacido, atribuye esto a una dulzura oculta (que él mismo, con tener tan buenas explicaderas, no acierta a explicar), o como facultad simpática y virtud magnética, con que atrae a cada uno su propia patria; y así lo deja en un *no sé qué*.

Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
trabit et inmmemores non sinit esse sui.
Quid melius Roma? Scythico quid frigore peius?
Huc tamen ex illa barbarus urbe fugit.

48. Nada de eso es. No consiste en un misterioso hechizo, con que encante a los hombres su propia patria, el dejar los escitas la dulce habitación de Roma, por los hielos de la Escitia. pues cada día vemos hombres que por mejorar de fortuna, dejan la patria, tal vez para no volver jamás a ella, sin que por eso dejen de amarla. El país donde escribo esto está lleno de semejantes ejemplos. La razón verdadera de este fenómeno político, es ser proporcionado el modo de vida que los escitas tienen en el patrio suelo, al genio y temperamento propio. Lo mismo sucede hoy a los lapones, nación septentrional, colocada entre Noruega, Suecia y Moscovia, a las orillas del Mar Glacial. Viven aquellos bárbaros lidiando continuamente con inmensa multitud de osos y lobos, en un país lleno de lagunas y casi siempre cubierto de nieves. Algunos fueron traídos en diversas ocasiones a Alemania, pero por comodidades que les hayan ofrecido o renta que les hayan señalado, ninguno hubo que, logrando oportunidad, no se volviese a su país.

49. Esta es la verdadera felicidad temporal: lograr aquel estado y modo de vida que pide el genio. Las conveniencias se han respecto del alma poco más o menos como los vestidos respecto del cuerpo; que no el que a la vista está mejor hecho dice bien a todo talle.

50. Hay, empero, algunos genios flexibles que se acomodan a toda fortuna, según la capacidad de ella: unas índoles de cera, que a su arbitrio se configuran de modo que todo les asienta bien. Nada los quebranta, porque su blandura cede a todo impulso. Se alargan o se encogen, según el ámbito que les dejan. Suben sin fatiga y bajan sin violencia. En su propia docilidad tienen la miel, que endulza cualquier acíbar. Son de tan buena condición que como no les falte lo preciso están contentos en cualquier estado. Tienen la rueda del ánimo concéntrica a la rueda de la Fortuna. Voltee ésta como quisiere, con la misma facilidad voltean ellos. Consigo llevan la fortuna, de cualquier modo que rueden. No puede negarse que de estos genios hay pocos; pero se debe confesar que éstos son los verdaderamente felices. Y sólo pueden serlo más los santos, porque éstos o están fuera de la rueda o colocados en el centro de ella, de modo

que sus vueltas ni los levantan al orgullo ni los precipitan al despecho.

§ XII

51. Dijimos cuáles son los absolutamente felices, ¿Pero, quiénes son los absolutamente infelices? Aquellos cuyo destino los condujo a un linaje de vida contrario a su genio. La violencia que se hace a la inclinación es continua y así es continuo el disgusto. Lo que para otros fuera dulce, para ellos es amargo. Es cierto que la fortuna, sin añadir bienes, pudiera hacer los hombres más dichosos. No tenía ésto más costa que permitirles permutas de empleos y estados. De aquí dependen de envidias recíprocas de muchos, sin tener nada que envidiar. Mira el pajarillo desde la jaula con envidia a la piedra, que va subiendo libre por el aire; y a la piedra le es más violento ese ascenso, que al pájaro su clausura. Mira con envidia el humilde al que ve adorado en el solio, y éste se está consumiendo porque no goza la libertad del humilde.

52. A éstos los hace infelices la Fortuna. Otros hay que lo son por su propia naturaleza. Aquéllos, digo, que en su propia genio tienen su mayor enemigo; unos hombres descontentadizos, que con nada están satisfechos, que siempre se fastidian con lo que de presente poseen; que aunque vayan mudando fortunas, les sucede lo mismo que si mudaran camisas, que cada una, a diez o doce días de uso, los apesta. Estos viven en continua contrariedad al movimiento de la Fortuna, y aunque no por eso dejan de ser arrastrados del impulso de la rueda, le obedecen violentos, como los astros el giro de la esfera a que están ligados, esforzándose siempre a un movimiento encontrado con el del orbe que los agita. Son almas enfermas, cuyo paladar se disgusta con todos los manjares. Y hay no pocos de estos hombre en el mundo.

MEDICINA

Discurso quinto

§ I

1. La nimia confianza que el vulgo hace de la medicina es molesta para los médicos y perniciosa para los enfermos. Para los médicos es molesta, porque con la esperanza que tienen los dolientes de hallar en su arte pronto auxilio para todo, los obligan a multiplicar visitas, que por la mayor parte pudieran excusarse; de que se sigue también el gravísimo inconveniente de dejarles para estudiar muy poco tiempo y para observar con reflexión (que es el estudio principal) ninguno. Para los enfermos es perniciosa, porque de esta confianza nace el repetir remedios sobre remedios, cuya multitud siempre es nociva y muchas veces funesta, siendo cierto, que como al emperador Adriano se puso por inscripción sepulcral: *Turba Medicorum perii,* a infinitos se pudiera poner con más verdad alterada de este modo: *Turba remediorum perii.* Por esto creo que haría yo a unos y otros no pequeño servicio si acertase a enmendar lo que en esta parte yerra el vulgo.

2. Y para precaver desde luego toda equivocación, debemos distinguir en la medicina tres estados: estado de perfección estado de imperfección y estado de corrupción. El estado de perfección en la medicina es el de la posibilidad, y posibilidad, a lo que yo entiendo, muy remota. Poca o ninguna esperanza hay de que los hombres lleguen a comprender como se necesita todas las enfermedades, ni averiguar sus remedios específicos, salvo que sea por vía de revelación. Pero por lo menos hasta ahora estamos bien distantes de esa dicha. El estado de imperfección es el que tiene la medicina en el conocimiento y práctica de los médicos sabios. Y el de corrupción el que tiene en el error y abuso de los idiotas.

3. La medicina en el primer estado no es de mi argumento, porque no la hay en el mundo, y si la hubiese, merecerían sus promesas toda la fe de aquellos que escuchan a los médicos como oráculos. Sólo, pues, intentaré mostrar cuán falible es en el estado medio, de donde se inferirá cuán falsa es en el último.

§ II

4. Y lo primero para dar a conocer lo poco que los pobres enfermos pueden fiar en la medicina, bastaría verificar lo mismo que acabamos de decir; esto es, que el arte médico, en la forma que le poseen los profesores más sabios, aún está muy imperfecto. Pero esto es cosa hecha pues ellos mismos lo confiesan. De poco serviría para demostrar esta verdad, alegar autores de otros siglos, porque acaso me responderían que después acá se adelanto mucho la medicina; y así sólo citaré algunos de más alta opinión entre los modernos.

5. El doctísimo Miguel Etmulero, a quien nadie niega las calidades de eminente teórico y admirable práctico, en varias partes se queja del poco cono-

cimiento que hasta ahora hay de los simples, de la ambigüedad de los indicantes, de la ineficacia de los remedios que están en uso.

Pero singularmente a nuestro proposito en el prólogo general del tomo segundo asienta que rarísima vez puede la medicina remediar más que los síntomas o productos morbosos; pero que la esencia de la enfermedad se queda intacta, hasta que por sí sola la vence la naturaleza; y esto por la ignorancia que los médicos padecen, o de la causa de la enfermedad, o de su remedio apropiado; y añade que este defecto del arte bien le comprenden y le lloran los médicos sabios, al paso que los ignorantes viven muy satisfechos de que hacen maravillas: *Sane frequentissime in praxi occurrit, ut non nisi a posteriori productis morbosis ac symptomatis occurratur; a priori vero causa seu spina intacta relinquatur: idque vel ob causae genuinae ignorantiam, vel appropriati remedii defectum: Medicis ignorantibus optime se agere opinantibus; scientibus vero tacite ingemiscentibus, et suos defectus adhuc deplorantibus.*

6. La sublime reputación que entre los profesores de la medicina obtiene el romano Jorge Ballivio, se evidencia de que en el espacio de treinta años, contados desde el 95, que se imprimió su *Práctica Médica* la primera vez en Roma, hasta el próximo pasado de 725, van hechas diez impresiones de sus obras. (En que se debe advertir el yerro del impresor antuerpiano que llamó nona a la edición novísima del año de 25, siendo en la verdad décima, acaso porque no tuvo presente la que se hizo en Venecia el año de 15, que fué la nona, habiendo sucedido a la octava, que poco antes se había hecho en París.) Este grande hombre (1), después de señalar las causas que estorbaron los adelantamientos de la medicina, dice que los libros médicos que hasta ahora se han escrito dan tan escasa luz, que los profesores más doctos andan como a ciegas, sin saber a quién han de creer, qué doctrina han de seguir, qué rumbo han de tomar en la curación de las enfermedades; que la práctica médica que hoy se observa está viciada con mil axiomas falsos o inútiles; y en fin, que la medicina, bien lejos de haber crecido a una estatura proporcionada, se debe considerar aún entre las fajas o en la cuna: *Ideo nemini mirum videri debet, quod libri Medici, per id temporis duplicis iuris facti, et uberrime conscripti, nihil aliud revera sapiant, quam puram, et abstractam Philosophiam: naturae interim iudicia iacta iaceant, et depressa: ipsaque praxeos principia tantopere turbata sint, ut inter peritissimos hodie non facile constet, quid tenendum, cui credendum, qua demum via progrediendum sit in absolvendis morborum curationibus. Si consideremus igitur praxeos Medicae statum eundem profecto commotum ac prorsus turbatum per inania axiomata et falsas quasdam generalitates, aut a sectis Medicorum diversis, aut a praeposteris legibus methodorum aut ab idolis quibusdam et praeiudiciis cuilibet Medico familiaribus, productas observabimus. Si vero illius aetatem, illam in ipsis adhuc pueritiae finibus contineri.*

7. Tomás Sydenhan, que es reconocido en todo Europa por el más célebre práctico que tuvo el último siglo, después de un prolijo estudio en los libros, después de observar con vigilantísima atención por muchos años los pasos de la naturaleza en las dolencias, habla con más incertidumbre y perplejidad que todos. Apenas se lee precepto suyo, que no se reconozca haberle estampado con mano trémula. Con noble sinceridad (prenda que hermosea sus escritos, aun más que la pureza latina, que resplandece en ellos) expone frecuentemente sus dudas y sus ignorancias. Muestra muy limitada confianza en sus propias experiencias, pero casi ninguna en las doctrinas de los autores. De éstos dice que proponen fácilmente la cura de muchas enfermedades, las cuales ni ellos mismos ni otro

(1) Lib. 1, *Prax. Medic.* cap. X, núm. 4.

algún hombre remedió hasta ahora: *Morborum curationes pro more facillime proponuntur: atqui hoc ita praestare, ut verba in facta transeant atque eventus promissis respondeant, magis ardui moliminis illi iudicabunt, qui vident haberi apud scriptores practicos morbos complures, quos nec illi ipsi scriptores, nec quisquam hactenus Medicorum sanare valuerunt* (1). Culpa ciertamente grave de los escritores engañar al público con la ostentación de remedios que ellos mismos experimentaron inútiles, y exponer a los pobres médicos que estudian sus obras a la curación y al pronóstico, para quedar burlados, después de gastar con varias medicinas el caudal y la complexión de los enfermos.

8. El mismo Sydenhan en otra parte confiesa de sí que cuando después de grande estudio y continua observación pensó conseguir un método seguro para curar todo género de fiebres, halló que sólo había abierto los ojos para llenarlos de polvo. Tan confuso y perplejo se halló después de tanto estudio: *Statim didici me ideo tantum aperuisse oculos, ut pulvere, haudquaquam vero Olympico, iidem complerentur* (2).

9. Algunos años después de los autores alegados, y fué el de 1714, Mons. Le-Francois, médico y doctor parisiense, dió a luz sus *Reflexiones críticas sobre la Medicina*, donde no llora menos que los antecedentes los cortísimos progresos de este arte; y hablando de los escritores, son notables las palabras siguientes, que traduzco fielmente del idioma francés: *La dificultad que hay en hacer observaciones con todo el cuidado y toda la exactitud necesaria, la multitud de enfermedades diferentes, que estorba el que se encuentren muchas semejantes en sus circunstancias esenciales, el poco caso que el público hizo siempre de los observadores, la estimación que, por el contrario, ha tenido de los inventores de sistemas y de los que los han seguido, todo eso es causa de que entre tanto número de tratados de Medicina, de que estamos oprimidos, se hallen poquísimos que sean muy útiles. Y aun se puede decir, que no hay ni uno solo, de quien se pueda hacer entera confianza.* Si esto es así como suena, los médicos en el ejercicio de su arte andarán como a ciegas; porque sobre la dificultad que hay en discernir los pocos libros útiles de tantos inútiles para estudiar por aquéllos abandonando éstos (lo que muchos no son capaces de hacer y más habiendo en esto tantas opiniones, como en todo lo demás, pues unos celebran la práctica de un autor y otros de otro), resta el arduísimo negocio de saber cuándo y cómo se ha de fiar a la doctrina de esos pocos tratados útiles, y cuándo no, supuesto que no puede fiarse enteramente de ellos.

10. El mismo autor dió a luz el año 16 un proyecto de reforma de la medicina, donde largamente muestra la imperfección grande con que hoy posee el mundo este arte; y exponiendo las causas, cuenta entre ellas la inutilidad de los libros médicos, aun con más fuerte expresión que la antecedente, pues dice así: *Los tratados que se han escrito tocante a este arte están llenos de oscuridad, de incertidumbres y de falsedades.* Y no omitiré lo que antes había propalado del estado presente de la medicina en Francia, porque conduce mucho para nuestro desengaño: *Aunque no hay* —dice— *país alguno donde no sea menester hacer nuevos establecimientos para perfeccionar la medicina, esta reforma es más necesaria en Francia que en otras partes, porque en ningún país hay tanto desorden en la práctica de la medicina como en Francia.* A vista de esto, es bien irrisible la candidez de los españoles, que en viendo acá un médico francés de los que allá tienen mediana reputación, piensan que han logrado un hombre capaz de revocar las almas del otro mundo.

11. Novísimamente nuestro ingeniosísimo español don Martín Martínez, en sus dos tomos de *Medicina escéptica*,

(1) *In praefatione.*
(2) *In Epist. dedic.*

doctísimamente dió a conocer al mundo la incertidumbre de la medicina; donde impugnando muchas máximas muy establecidas entre los profesores, si sus argumentos no son siempre concluyentes para convencerlas de falsas, lo son por lo menos para dejarlas en el grado de dudosas y a veces de arriesgadas.

12. Finalmente, es cosa tan común en los médicos de mayor estudio y habilidad confesar la debilidad de su arte para expugnar las enfermedades, como en los más inhábiles ostentar gran confianza en ella, para triunfar de estos enemigos. De modo que viene a ser ésta como señal característica para distinguir los sabios de los ignorantes, lo que expresó bien Etmulero en las palabras que arriba citamos: *Medicis ignorantibus optime se agere opinantibus; scientibus; Vero tacite ingemiscentibus. et suos defectus adhuc deplorantibus.* Y mucho antes el Conciliador en la definición que hizo del médico malo, puso la inseparable calidad de ser perpetuo inconfitente de su ignorancia propia: *Propriae ignorantiae constantissimus inconfessor.*

13. Consideren ahora los vulgares (que en un médico ordinario contemplan la deidad de Apolo y en la más inútil poción de la botica la virtud del oro potable), ¿qué confianza pueden tener de una facultad, de quien desconfían tanto los que más han estudiado en ella? Si en los preceptos establecidos por los mejores autores hay tanta incertidumbre, ¿con qué seguridad puede prometerles la salud un médico, que lo sumo que puede haber hecho es tener muy bien estudiados esos mismos preceptos? Si los profesores más insignes se hallan perplejos en el rumbo que deben seguir para curar nuestras dolencias, qué aciertos se pueden esperar de los médicos comunes? Si para combatir estos grandes enemigos de nuestra vida se sienten sin fuerzas los gigantes, ¿qué podrán hacer los pigmeos?

§ III

¿Y qué importaría que los autores médicos no nos manifestasen la incertidumbre de su arte, si sus perpetuas contradicciones nos la hacen patente? Todo en la medicina es disputado: luego todo es dudoso. Las continuas guerras de los médicos debieron de dar fundamento a Pedro de Apono para decir que la medicina no estaba dedicada a Apolo, sino a Marte; aunque Cornelio Agripa, siguiendo su genio, le da interpretación más maligna (1). Están y han estado siempre más encontrados sus dogmas que las cuatro cualidades de los humores que señalan en los cuerpos humanos. Desde su concepción va siguiendo a la medicina esta desdicha, pues señalan o fingen por primer padre suyo al centauro Quirón, maestro de Esculapio, en quien el encuentro de dos naturalezas puede considerarse como constelación que influyó en la medicina, al nacer, tanta oposición de doctrinas. Fué criada después algún tiempo como niña expósita, porque no había otra regla para curar los enfermos que exponerlos en las plazas y calles públicas, para que los que transitaban les prescribiesen remedios, en que precisamente habría infinita diversidad de pareceres; hasta que Hipócrates la tomó por su cuenta, para darla leche en la pequeña isla de Coo, donde el perpetuo embate de las aguas pudo ser nuevo presagio de la interminable lucha de opiniones.

15. Inmediatos en la fama a Hipócrates y no muy distantes en el tiempo fueron Praxágoras y Diocles Caristino. que alteraron algo la doctrina del prudentísimo viejo, reduciendo el primero todas las enfermedades al desorden de los líquidos y extendiendo éste la fuerza del número septenario, a quien Hipócrates había dado jurisdiccion sobre los días críticos, a los años climatéricos. Sucedió Herófilo, reduciendo toda la medicina al razonamiento y a la disputa, desviándola de la expe-

(1) Lib. de *Vanit Scient.*, cap. LXXXIII

riencia y práctica, con pésimo designio, pues fué lo mismo que apartar el arte de la naturaleza. Vino después Crisipo trastornando cuanto habían dicho sus antecesores; y no mucho más fiel con él su discípulo Erasistrato, nieto de Aristóteles, mudó mucho de lo que había enseñado Crisipo; bien que maestro y discípulo se convinieron en desterrar de la medicina la sangría y la purga.

16. Conservábanse entretanto algunos restos de la antigua medicina; hasta que Asclepíades en la edad del gran Pompeyo, echó por tierra enteramente toda la doctrina hipocrática (a la cual insultaba llamándola meditación de la muerte), colocando únicamente en la clase de remedios lo que podía ser alivio y recreo de los dolientes. Conspiró con esta lisonja del gusto, para hacerle dentro de su facultad dueño del orbe, el accidente de haber observado señas de vida en un hombre que conducían al túmulo, y haciéndole recobrar fácilmente, se creyó haberle resucitado. También contribuiría mucho haber desafiado públicamente a los hados (digámoslo así) con la constante promesa de que jamás le verían enfermo, como de hecho jamás lo estuvo ni aun para morir, pues terminó la larga carrera de su vida tropezando y cayendo en una escalera. Temison, discípulo de Asclepíades, luego que éste expiró, alteró toda la doctrina de su maestro y se hizo caudillo de la secta de los metódicos, que no debió de granjearse grande aplauso en Roma, cuando Juvenal, hablando de ios sectarios debajo del nombre de su jefe, cantó: *Quot Themison aegros autumno occiderit uno.* Floreció luego Ateneo, que atribuyó todas las enfermedades a la emanación de ciertos espíritus desprendidos, así de los cuerpos mixtos como de los elementos. Tras de él pareció Arquigenes, fundador de la secta ecléctica (cuyo asunto era recoger cuanto hallasen de bueno en las demás sectas), tan supersticiosamente observante de las reglas de su arte, que protestaba no abandonaría jamás alguna, aun cuando de observarla se hubiese de seguir la ruina de una ciudad.

17. Pasamos por el elegante Cornelio Celso, que no muestra en sus obras adherencia a secta alguna, y sólo observamos que, siguiendo a Asclepíades, se rió de la observación de los días críticos por números impares que había establecido Hipócrates, para llegar a Galeno, hombre de vasta comprensión y sutil ingenio sin duda, capaz de reponer en la posesión del mundo la doctrina de Hipócrates, si ese hubiera sido su designio, y no antes el de introducir la suya propia, debajo del especioso pretexto de comentar y defender la hipocrática, como lo logró con tan extraña felicidad, que en muchos siglos no hubo quien le contradijese, porque en la decadencia del imperio romano con las irrupciones de los bárbaros se extinguió la cultura de artes y ciencias; y los médicos que se aplicaron a escribir no hicieron más que copiar a los antiguos. Por otra parte, los árabes, que se aprovecharon de este descuido de Europa para hacerse dueños de la filosofía y medicina, fueron secuaces de Galeno, contentándose los principales, entre ellos Rasis, Averroes, Alquindo y Avicena, con añadir discursos superfluos y sutilezas inútiles.

18. Así se conservó por largo tiempo el dominio de Galeno, verdaderamente tiránico, por la mucha sangre que derramó a todo el linaje humano este gran patrono de la lanceta, hasta que al principio del siglo décimosexto de nuestra restauración, resucitando Paracelso la antiquísima hermética filosofía, dió sobre Hipócrates y sobre Galeno con tan extraña furia, que no les dejó principio ni conclusión a vida, y al favor de algunas curas portentosas (acaso no verdaderas, porque no sé qué tengamos más testimonio de ellas que el que nos dejó su discípulo Oporino) de enfermedades tenidas por incurables, se hizo bastante séquito; bien que él murió a los cuarenta y ocho años de su edad, falsificando en sí mismo la repetida jactancia de que podía con la superior valentía de sus remedios alar-

gar la vida a un hombre por algunos siglos. Entre los secuaces de Paracelso, Helmoncio, de quien también se cuentan curas prodigiosas, añadió a las ideas de aquél el sueño de su Arqueo o alma del mundo, espíritu duende que en todo se halla y todo lo mueve.

19. Formóse después la escuela química o segunda secta hermética (como algunos la llaman), que fundada en las experiencias administradas por la violencia del fuego, no conoce otros principios, así de la constitución de los entes como de la salud y de las enfermedades, que la sal, azufre y mercurio. De esta escuela salió Takenio, levantando nueva facción o esforzando la que ya estaba levantada, con los ácidos y álcalis, que vienen a ser, según su planta, los wigetes y toris de la naturaleza. Este partido hizo fortuna y le quitó provincias enteras a Galeno, aunque sin declararse contra Hipócrates, a quien, antes bien, pretende tener por patrono.

20. Como entretanto se fuese cultivando la anatomía, sobre sus observaciones concibieron Silvio, Willis y otros particulares designios, igualmente opuestos a químicos y a galénicos. Por otra parte, Santorio produjo el plausible sistema de la medicina matemática, en que (según las reglas de la estática y mecánica) se considera la alternativa fuerza de los sólidos y líquidos de nuestro cuerpo; y todo el cuidado del médico debe ser como el de Catalina de Médicis en Francia: conservar el equilibrio de los dos partidos opuestos, poniéndose ya de parte de uno ya de parte de otro; porque declarada de parte de cualquiera de ellos la ventaja, amenaza ruina a esta animada República.

21. Así se iban variando los sistemas y destruyéndose unos a otros, cuando o el tedio de tantos o la incertidumbre de ellos, hizo tomar a los médicos más advertidos otro rumbo, que fué buscar la naturaleza en sí misma, fiándose a la experiencia sola. Es verdad que desde que el gran Bacón de Verulamio abrió los ojos a médicos y filósofos, dándoles a conocer que sólo por este camino podían adelantar algo en las dos facultades, no faltaron algunos médicos cuerdos que dieron hacia la experiencia algunas ojeadas, y con este cuidado recogieron algunas observaciones, aunque por la mayor parte defectuosas, como apuntaremos adelante. En efecto, esta facción tiene hoy de su parte a los médicos de más ilustre ingenio en toda Europa, pero con la advertencia de que los más, aunque divorciados enteramente de Galeno, no por eso dejan de militar fielmente debajo de las banderas de Hipócrates, cuya doctrina, dicen, hallan siempre en constante alianza con su experiencia propia.

22. Ballivio, bien que gran promotor de las observaciones y declarado enemigo de los sistemas, enamorado no obstante, del nuevo de la medicina estática, no pudo resolverse a abandonarle: a la manera del vicioso que ama a una mujer con reprensible ternura, al mismo tiempo que habla mal generalmente de todo el sexo. Pero en realidad este sistema no goza más privilegios que los otros, sino (como recién nacido) el de los niños hermosos, en quienes todo parece agudeza. En efecto, Ballivio, intentando poner en armonía tres voces, la de Hipócrates, la de su sistema y la de la observación, quiso establecer en este triunvirato el gobierno absoluto de la práctica médica. Y en cuanto a conciliar a Hipócrates con la experiencia, es bien escuchado de los más médicos que hoy hay, habiéndose restablecido altamente en este tiempo la estimación de aquel discretísimo anciano; si bien que otros más cautos pretenden que los mismos preceptos de Hipócrates se examinen con cuidado a la luz de la observación, y no falta uno u otro que desconfíen enteramente de su doctrina, como Miguel Luis Sinapio, médico húngaro, que pocos años ha imprimió un tratado con el título de *De vanitate, falsitate et incertitudine aphorismorum Hippocratis.*

23. Omitimos algunas cosas en este histórico resumen de la medicina, como es la división de ella en las tres especies de empírica, metódica y racional,

y los progenitores o protectores que en varios tiempos tuvo cada una de estas especies, por no hacer muy prolija esta memoria y porque bastan tantas contradicciones como hemos apuntado para conocer la grande incertidumbre de la medicina.

§ IV

24. Y, por último, después de tantos debates, ¿se han convenido los médicos? Nada menos. Ahora están más que nunca discordes porque se han ido aumentando las variaciones, así como se fueron multiplicando los libros. Están hoy divididos los profesores en hipocráticos, galénicos, químicos y experimentales puros, porque los paracelsistas y helmoncianos casi del todo se acabaron; y según esta diferencia de clases, siguen también en la curación diferentes rumbos: porque decir (como algunos pretenden) que los médicos que siguen sistema diverso, convienen en la práctica, es trampa manifiesta. Véase a Etmullero (1), donde dice: *Prout hypotheses medicorum seu iudicia variant, etiam variat medendi methodus: alia nempe est galenica, paracelsica, poteriana,* etc. En los libros de los que siguieron diferentes sistemas se nota un grande encuentro en los preceptos prácticos. Y no es menester más que abrir a Juan Doleo, para ver que después de exponer el juicio de cada enfermedad, según sistemas distintos, propone arreglada a cada sistema diferente cura.

25. No sólo se oponen en la curación los médicos que siguen sistema diverso, mas también los que siguen uno mismo. Como se ve en España, donde casi todos los médicos son galénicos, y rarísima vez convienen en la curación dos o tres, si los consultan separados; de donde se puede inferir que en la conformidad que muestran después de la concurrencia, no influye tanto el dictamen como la política. Y aún no para aquí. No sólo se advierte esta oposición entre los secuaces del mismo sistema, más aún entre los que se gobiernan enteramente por el mismo autor. La práctica de Lázaro Riverio es la absoluta norma de los médicos ordinarios, los cuales, si leen otros autores, usan de ellos no para curar, sino para hablar; y con todo, frecuentísimamente están discordes, como todo el mundo ve, pues si el enfermo consulta a un médico, le dice una cosa; y si a otro, otra. Uno pone los ojos en un precepto de Riverio y otro en otro; y aun uno mismo le entiende de diferente manera, como yo he visto más de una vez. Este acusa la plétora y ordena sangría; aquél la cacoquimia y receta purga. Y si llega un tercero, suele hallar contraindicado en la falta de fuerzas uno y otro remedio.

§ V

26. En tanta discordia de los médicos, ya por la oposición de los autores, ya por la diferente inteligencia de ellos, ya por la diversa observación y juicio de los indicantes, ¿qué hará el pobre enfermo? ¿Llamará, si tiene en qué escoger, el médico más sabio? Muchas veces no sabrá quién es éste. El aplauso común frecuentemente engaña porque suelen tener más parte en él el artificio y la política que la ciencia. Una casualidad pone en crédito a un ignorante, y una desgracia sola desautoriza a un docto. Como sucedió a Andrés Vesalio, que teniendo por muerto a un caballero español, a quien él mismo había asistido, mandó hacer disección del cuerpo; pero no bien rompió el cuchillo anatómico el pecho, cuando se notaron señales manifiestas de vida, de modo que el infeliz murió de la herida y no de la enfermedad. Mas acierte enhorabuena el enfermo con el médico más docto: no por eso va más seguro. Juan Argenterio fué tenido por un prodigio de saber y casi todos los enfermos que caían en sus manos morían o eran precipitados en otras enfermedades peores;

(1) *Instit Medic.* part. 13, cap II.

de modo que llegó el caso de que nadie le buscaba.

27. Sea cuanto se quisiere un médico docto, siempre su dictamen curativo será arriesgado, por cuanto están contra él otros médicos también doctísimos. Todos alegan experiencias y razones. ¿Qué Ariadna le da el hilo ni al médico ni al enfermo para penetrar este laberinto? Apenas hay máxima alguna perteneciente a la curación que no esté puesta en controversia, empezando desde el famoso principio, *Contraria contrariis curanda sunt.* Y sin duda este principio, tomado generalmente o es falso o inútil. Es inútil, si por contrariedad de parte del medicamento se entiende (como algunos entienden) la virtud expulsiva de la causa morbífica; porque en este sentido es una verdad de Perogrullo: y quiere decir el axioma que la causa morbífica se ha de expeler con aquello que puede expelerla. Es falso el principio, si se entiende de la contrariedad de las cualidades sensibles, porque ni todos los contrarios de este modo son remedios, y hay infinitos remedios que no son contrarios de este modo. Lo primero se ve en que no se curan todas las fiebres con cosas frías, antes son desconvenientes muchísimas veces; en las cuales antes bien se debería aumentar el calor febril, que está lánguido, para promover la fermentación y ayudar a la naturaleza en este empeño, que es el que entonces tiene entre manos, a fin de segregar por medio de ella lo que la incómoda. Lo segundo se palpa en todos los específicos; en los cuales no se percibe alguna contrariedad de cualidades manifiestas con las de la enfermedad que curan. Y si quieren entender el axioma de la contrariedad en cualidades ocultas o, como otros explican, oposición *à tota sustancia*, es también inútil, porque esta oposición no la descubre la filosofía, sino la experiencia; y después que yo por experiencia palpo que tal remedio tiene oposición con tal enfermedad, no he menester el axioma para nada. También se puede decir que aun en este sentido el axioma es falso, porque hay medicamentos que obran, no por vía de oposición, antes bien por vía de concordia y amistad, como los absorbentes, que embeben en sí la causa morbífica por la conformidad de sus poros con la figura de las partículas de ella.

28. Pero dejando aparte este principio (del cual ni aun los médicos que le veneran se sirven para la práctica, antes sí por la práctica se gobiernan para la aplicación del principio, fingiendo después que la experiencia ha mostrado el remedio, las calidades opuestas que se les antoja en el remedio y en la causa morbífica), descendamos a particularizar las dudas que se ofrecen sobre los remedios más comunes, para mostrar la poca o ninguna seguridad que puede haber en ellos.

§ VI

29. El primero que se ofrece a la consideración es la sangría: remedio, que si creemos a Plinio y a Solino, aprendieron los hombres del hipopótamo, bruto anfibio, el cual, cuando se siente muy grueso, moviéndose sobre las puntas más agudas de las cañas quebradas, se saca sangre de pies y piernas y después con lodo se cierra las cicatrices; bien que por Gesnero no puede sacarse en limpio qué animal es éste ni aun si le hay en el mundo.

30. Hipócrates fué el primero que autorizó la sangría. Después, Galeno la puso en mayor crédito, dando mucho mayor extensión a su uso, y a Galeno siguieron unánimes cuantos médicos le sucedieron, hasta Paracelso, cuya oposición no estorbó que reinase después y reine ahora (aunque con mucha diversidad en cuanto al uso) este remedio. Ha tenido, no obstante, grandes contradictores, que, generalmente y casi sin excepción alguna, le reprobaron. Entre los antiguos se cuentan Crisipo, Aristógenes, Erasistrato y Estraton, y dejando a otros, creo que

también se deben contar Asclepíades. De los siglos próximos, Paracelso, Helmoncio, Pedro Severino, Crollio, el Quercetano, Poterio, Fabro, Crusio Tozzi y otros muchos hombres insignes.

31. Ahora, siguiendo las reglas comunes, no se puede negar que tantos hombres y tan grandes hacen opinión probable, y como ellos no sólo condenaron la sangría por inútil, mas también por nociva, se sigue que es probable que la sangría siempre es dañosa. Con que este riesgo se lleva cualquiera que se sangre, y aunque se me diga que aquella opinión es de pequeña probabilidad, respecto de la mucho mayor que tiene la opuesta, no me importa: lo uno, porque *multa falsa sunt probabiliora veris*; lo otro, porque aunque el riesgo que tiene la sangría, como fundado en esta probabilidad corta, hasta ahora sea pequeño, ya le iremos abultando de modo que en la práctica suba a una estatura más que mediana. Pero conduce lo dicho para el intento, porque cuantos más capítulos concurran a fundar la duda, tanto mayor será el peligro.

32. Pero si se me dijere que aquella sentencia no es probable poco ni mucho, por ser contra la experiencia, que constantemente muestra ser la sangría en muchos casos saludable, salga Hipócrates a mi defensa, con la sentencia *Experimentum fallax*. En realidad, exceptuando poquísimos accidentes en que la experiencia parece está declarada a favor de la sangría (y aun esos casos se curarían mejor de otro modo), en lo demás está muy dudosa. Los autores que contradijeron la sangría, no ignoraron los experimentos. No deben, pues, de ser tan claros cuando no los rindieron a la opinión común. Los que siguiendo ciegamente a Galeno, sangran en toda fiebre pútrida, también protegen esta práctica con la experiencia; sin embargo de lo cual la miran infinitos como barbarie, y el doctor Martínez dice que esta máxima mató más hombres que la artillería.

33. El fundamento de la experiencia, no siendo ésta muy constante y muy notoria, es harto débil, porque todos le alegan a su favor. Y esto viene de que de cualquier modo que trate el médico a los enfermos, si no les da veneno, viven unos y mueren otros. El que está a favor del remedio aplicado, atribuye la salud al remedio, si el enfermo vive, y la muerte a la fuerza insuperable de la enfermedad, si muere. El que está contra el remedio, atribuye al remedio la muerte, si muere; y la salud a la valentía de la naturaleza, si vive. Por esta causa muchas veces achacan injustamente al médico la muerte del doliente, y muchas le agradecen sin razón la mejoría. Lo cierto es que muchas veces vivirá y mejorará el enfermo, no sólo ordenándole el médico una sangría fuera de propósito, mas también aunque le dé una puñalada, porque con todo puede su complexión. En las Efemérides de la Academia Leopoldina se cuenta de una religiosa que convaleció de una fiebre cotidiana, habiéndola sacado de las venas cerca de diez libras de sangre en el espacio de dos meses. Quisiera yo saber del señor Vallisnieri (que es quien participó a la Academia este suceso, a fin de hacer más animosos en la sangría a los de su profesión), ¿qué ángel le reveló que aquella religiosa no sanaría y acaso mucho más presto, si no se hubiera sangrado tanto? También nos resta saber cómo quedó aquel temperamento después de un combate tan rudo, pues no es dudable que algunos enfermos que escapan a pesar del violento proceder del médico, quedan después con una complexión débil, capaz solamente de una vida breve y penosa (triunfando entretanto el médico, como si hubiera hecho otra cosa que dilatar la mejoría y arruinar el temperamento), los cuales, si se hubieran fiado a la naturaleza o tratado con más benignidad, no sólo lograrían la salud, pero también quedarían con más robustez. El mismo Vallisnieri refiere de otro hombre a quien se le quitó casi cuanta sangre tenía en las venas, que era muy acre y se iba sucesivamente reparando por otra más bien condicionada. Dejo

al juicio de los médicos sabios la verdad de este suceso, entretanto que me dicen los cuerdos si será bien gobernarse por este ejemplar. Lo que hay de realidad en esto es qué médicos tan desaforados nos ponen delante uno u otro enfermo, cuya valiente complexión pudo lidiar con la enfermedad y con la furia del doctor, dejándose en el tintero a infinitos que perecieron a sus manos. Tan falaces son como todo esto muchísimas observaciones experimentales que se hallan en los libros y con los que los médicos quieren autorizar sus prácticas. De donde infiero que habiendo tanta falencia en los experimentos, no parece que basta la experiencia con que se protege la sangría, para hacer improbable la sentencia que absolutamente la reprueba.

34. Pero convengo ya en que sea verdadera la opinión común de que en varios casos es conveniente sangrar, y así lo creo. Réstanos la dificultad del *cuándo* y del *cuánto*. En el *cuánto* no cabe regla fija, porque depende de la magnitud del indicante y de las fuerzas del doliente, que un médico juzga mayores y otro menores. En el *cuándo* son tantas y tan opuestas las sentencias, que no pueden menos de ocasionar en el médico una suma confusión y duda, así como un peligro manifiesto del yerro. Lee en unos autores que en tal enfermedad y en tales circunstancias es convenientísima y necesaria la sangría. Lee en otros que en aquella misma enfermedad y circunstancias es perniciosa, y en unos y otros propuestas razones y citadas experiencias. ¿Qué partido tomará? El enfermo, por lo común, no duda en obedecer al médico, porque oyéndole hablar con confianza, piensa que en lo que ordena no hay cuestión; pero si al mismo tiempo que le decreta la sangría, escuchara veinte o treinta gravísimos y expertísimos autores que al médico le están gritando dentro de su entendimiento: ¡*tente, no le sangres, que le destruyes*!, aunque no faltan otros que le animan, ¿qué hiciera? ¡Oh, que este médico pesa la probabilidad de una y otra sentencia! ¿De qué consta que la pesa bien, cuando otros infinitos la pesan de otro modo?

35. Los galénicos comunes verdaderamente yo no sé cuándo lo aciertan en sangrar; pero sé que infinitas veces lo yerran, pues tienen a la fiebre pútrida por indicante general de la sangría, siendo constante, como advierten los mejores autores y la razón claramente lo dicta, que en muchísimas ocasiones la sangría es nociva, por cuanto estorba, suspende o retarda la obra de la fermentación, la cual por ser remisa antes debiera promoverse, para que la naturaleza lograse la despumación, adonde camina por medio de la fermentación. Es la fiebre instrumento de la naturaleza para exterminar lo que la agrava, como dice el incomparable práctico en materia de fiebres Sydenhan, y con él los más sabios médicos de estos tiempos: *Cum et febris naturae instrumentum fuerit ad huius secretionis opus debita opera fabricatum* (fol. mihi 100). Y poco más abajo: *Febris naturae est machina ad difflanda ea, quae sanguinem male habent*. Lucas Tozzi observó que las enfermedades donde no se suscita fiebre son mucho más prolijas. Y todo el mundo sabe el poder de las fiebres para resolver los catarros, convulsiones, insultos de gota y otros diferentes afectos. Por lo cual muchos siglos ha que Celso, y antes que él Hipócrates, recomendaron como útil la calentura en varios accidentes. No obstante todo esto, los médicos comunes consideran siempre en ella un capital enemigo, contra quien deben proceder con sangría y purga, que es lo mismo que a sangre y fuego. Yo por mí digo lo que Etmullero, que después de referir las observaciones de algunos autores, que hallaron en cadáveres de febricitantes toda la sangre consumida por el ardor de la fiebre, de donde infiere cuán inicuamente ayuda a evacuarla la lanceta, concluye así: *Itaque ego cum eiusmodi lanionibus et sanguisugis non facio, qui vitae thesaurum tam inutiliter obliguriunt*.

36. Y no omitiré aquí las señales que toman los médicos de la misma

sangre, para conocer su bondad o malicia, son muy falaces, ya porque se altera sensiblemente luego que sale de sus vasos, ya porque cada individuo tiene sangre diferente, y ésa le conviene de tal modo que no pudiera vivir sin aquella misma sangre que al médico le parece mala: por cuya razón probó tan mal la intervención de transfundir la sangre de un hombre sano en las venas de un enfermo. Este es el sentir de Etmullero, ibi (1): *Iudicium quod attinet de sanguine vena secta emisso, hoc non immerito reicit Helmontius, cum unusquisque homo peculiarem suum habeat sanguinem et in sanitatis latitudine maxima sanguinis sit varietas.* Ya, en fin, porque el vario color de la sangre suele nacer de otros principios muy diferentes de los que juzgan los médicos. El célebre anatómico Filipo Verheyen observó que mezclado el espíritu de vitriolo a la sangre la ennegrece: luego no es la negrura de la sangre fija señal de adustión. Y él mismo también experimentó que los álcalis la ponen más rubicunda. En fin, quien sabe que dos gotas de un color rubicundo, cual es la leche virginal, dan color de leche a una escudilla de agua, no hará caso alguno de lo que la filosofía ordinaria discurre en orden a las causas de la diversidad de colores.

§ VII

37. De la sangría pasemos a la otra pierna de la medicina (por usar de la metáfora de Galeno), que es la purga. Todos los médicos unánimes reconocen en los purgantes más o menos de cualidad deleteria o maligna, por donde siempre tienen algo de nocivos. Si son útiles en tales o tales enfermedades, en tal o tal tiempo de ellas, está en cuestión. Con que el daño es cierto y el provecho dudoso.

38. Los que son amigos de medicinarse están en fe de que los purgantes sólo arrancan del cuerpo los humores viciosos, error en que yo también estuve algún tiempo, y de que me desengañó no menos mi experiencia propia, que algunos buenos autores que he leído. Es cierto, pues, que indiscretamente segregan lo útil y lo inútil, y que colicuan, inficionan y precipitan, envuelto con los humores excrementicios, el mismo jugo nutricio.

39. También se debe advertir que no todo lo que se llama humor excrementicio, por ser incapaz de nutrir, se ha de considerar como inútil en el cuerpo, pues mucha parte de él tiene sus oficios y la naturaleza se sirve de él para algunos usos: como del humor bilioso para la precipitación cotidiana de las heces gruesas y del ácido del estómago para excitar el apetito. Y así, los purgantes de muchos modos dañan ya con la mala impresión de su cualidad deletérea, ya arrancando del cuerpo mucha parte del jugo nutricio, ya evacuando lo que, aunque incapaz de nutrir, es necesario para algunas funciones naturales. A que se puede añadir el inconveniente de conducir parte de los excrementos por las vías que la naturaleza no tiene destinadas para su expulsión, lo que verosímilmente no puede ser sin algún daño de las mismas vías; pues si los humores acres se encaminan violentamente por conductos estrechos y que no tienen poros acomodados a las partículas de los humores, no pueden menos de hacer algún estrago en las fibras.

40. La división de los purgantes por el efecto que hacen en los humores a que son apropiados, de modo que unos purgan el cólera, otros la flema, etc., aunque muy recibida, es división imaginaria en sentir de autores muy graves, los cuales aseguran que no hay purgante que no evacue indiferentemente todo género de humores, como esté dentro de la esfera de su actividad: esto es, a distancia donde él pueda obrar, y que el vario color de los excrementos, según la variedad de los purgantes (que es lo que en esta materia ha engañado), procede de la

(1) *Instit. Medic.*, cap. 4.

tintura que el mismo medicamento le dió al humor. Lo que yo puedo asegurar es que si un hombre, el más bien templado, repite el purgarse con epitimo (que se tiene por apropiado para la melancolía, por la negrura de las heces que segrega), siempre arrojará humores negros o nigricantes. Esto lo sé con toda certeza: y es imposible hallarse tanto humor melancólico, no digo yo en un cuerpo sano, mas ni aun en seis hipocondríacos, cuando es el humor de que hay menos copia en nuestros cuerpos.

41. Diráseme acaso que no obstante la conocida lesión de los purgantes y que éstos expelan lo útil con lo vicioso, pueden convenir, cuando suceda serle a la naturaleza más nociva la retención de lo vicioso que la expulsión de lo útil.

42. Esto es cuanto puede decirse a favor de los purgantes. A que respondo lo primero, que deberá asegurarse bien el médico de estar las cosas en esa positura, porque si no, hará lo que los otomanos en el sitio de Rodas, que estando algunas tropas suyas empeñadas en el asalto, mezcladas ya con los cristianos de la guarnición, los turcos del campo con bárbara furia a unos y a otros asestaron la artillería e hicieron en los suyos y en los enemigos igual estrago.

43. Pero, ¿cuándo llega el caso de tener esa seguridad el médico? En las enfermedades comunes rarísima vez, y aun no sé si alguna. ¿Dúdase entre los médicos si en los principios de las fiebres se puede o debe purgar? El famoso aforismo de Hipócrates, *Concocta medicari oportet*, lo prohibe, menos en caso de turgencia y manda esperar a que la materia esté cocida para purgarla: pero aquí de Dios. Cuando la materia está cocida, la naturaleza la segrega por sí misma, como cada día se experimenta: con que es excusada la purga, y administrarla entonces sería lo mismo que acudir las tropas auxiliares a sus aliados, cuando ya van de vencida los enemigos. La razón y la experiencia me han persuadido firmemente a que la naturaleza jamás deja de perfeccionar esa obra, salvo que en algún raro acontecimiento sea detenida por un revés extraordinario. Dicen que es de temer la recaída, si no se purgan los enfermos después de cocida la materia. Pero sobre que esto no es ya curar la enfermedad que se tiene presente, sino precaver la venidera, pregunto: ¿de dónde sabe el médico que las recaídas que se experimentan nacen de la falta de purga en aquella sazón? Recaen unos que se purgan y otros que no se purgan: por donde yo sospecho que no viene de ahí la recaída, sino de alguna porción de materia morbífica, no sólo incocta, pero que ni aún se había puesto en movimiento para cocerse en todo el tiempo de la enfermedad antecedente, y después se pone con mayor peligro del enfermo, porque encuentra sus fuerzas quebrantadas del primer choque. No sea ésto cierto; por lo menos es dudoso, y basta la duda para quitarle al médico la seguridad de ser entonces necesaria la purga.

44. Vamos a la turgencia, en que se considera la purga inexcusable a los principios de la enfermedad. También en este caso hizo dudosa la necesidad de la purga el eruditísimo Martínez. Porque siendo la turgencia un movimiento inquieto y desenfrenado del humor que, por la amenaza de echarse sobre parte príncipe, pide expelerse porción de él a toda costa, este movimiento se experimenta en el principio de las viruelas; y con todo no purgan entonces lo mejores prácticos. De esta suerte el uso de los purgantes todo está lleno de dudas y riesgos.

45. Advierto, en fin, que aun prescindiendo de los peligros que amenazan los purgantes, no tienen tampoco las fuerzas que se les atribuyen para exterminar del cuerpo la materia morbífica. En un tiempo que yo tenía más fe con ellos, los usaba en unas indisposiciones que de tiempos a tiempos padecía y aun hoy padezco, cuyos ordinarios síntomas son pesadez de los miembros, decadencia del apetito y aun

alguna opresión de las facultades del alma, y suelen durar dos meses, ya más, ya menos. Persuadíame yo, consintiendo en ello los médicos, que todo esto procedía de la carga de humores excrementicios, y, por consiguiente, que el remedio estaba en los purgantes. Pero protesto que jamás experimenté algún alivio en ellos, aunque por espacio de siete años, cuando ocurrían semejantes indisposiciones, usé de casi todo género de purgantes, variando así la especie como la cantidad de muchas maneras; y lo mismo digo del modo de régimen. Más hay en esto, y es, que comúnmente todo este mal aparato terminaba prorrumpiendo algunos pocos granos, ya en esta, ya en aquella parte del cuerpo. Cavilando sobre esta experiencia repetida, vine a dar en el pensamiento de que muchos de nuestros males vienen de una pequeñísima porción de materia que se ha como un fermento de mala casta; y por hallarse altamente intrincado en el cuerpo o por otra razón que yo no alcanzo, no está sujeto a la acción de los purgantes, sino a la naturaleza sola, la cual tiene sus períodos establecidos para disponer su expulsión, sin que puedan hacerle acelerar el curso todas las espuelas de la botica; y en llegando el plazo, en una pústula o en unos granillos desaloja aquel enemigo, de grandes fuerzas sí, pero de mínima estatura. Estuve algunos años en esta sospecha con la desconfianza que me ocasiona la cortedad de mi conocimiento, hasta que leyendo alguna vez en Etmullero, tuve el consuelo de hallar patrocinado por este grande autor puntualísimamente mi pensamiento, aunque de paso. Después de tratar (1) del grande estrago que hacen en el cuerpo los purgantes, acusándolos también de ineficaces, dice así: *Sane fermenta morbosa minima illa non attingunt. Hinc subinde post repetitum licet purgantium usum, nihilominus morbi contumaces persistunt.* De modo que venimos a parar en que los purgantes, sobre los muchos daños que ocasionan respecto de la materia morbífica, se andan por las ramas, exceptuando cuando ésta está en las primeras vías; que en ese caso no es dudable su utilidad; pero es muy dudable no pocas veces el caso, pues entre los médicos frecuentemente se disputa si el vicio está en las primeras vías o no.

46. En cuanto a la elección de purgantes, cada médico tiene su antojo, y apenas hay purgante que no tenga sus especiales apasionados. Comúnmente se prefiere los que evacuan con quietud y sin mover retortijones en los intestinos. Yo confieso que tengo en este punto mi recelo de que la elección es errada, porque acaso los retortijones no vienen del medicamento inmediatamente, sino del humor acre, movido por él; y siendo así, se deberán preferir los purgantes que inquietan los intestinos, porque son los que expelen los humores más acres y abandonar la hipócrita blandura de los que evacuan tranquilamente: lo cual podría provenir de que por su malignidad oculta colicuan mayor porción de jugo nutricio, cuya dulzura embota la acrimonia de los humores excrementicios, para que al salir no exciten dolores. Si los purgantes fuesen electivos, se podría discurrir que estos purgantes pacíficos sólo evacuan los humores blandos e inocentes, que por ser de tan buen genio no excitan tumulto alguno en los lugares por donde transitan. Esto sólo es pensamiento mío, el cual sujeto dócil al examen de cualquiera médico docto, como otro cualquiera en que no esté patrocinado de algún autor clásico.

47. Despues de las purgas, es natural decir alguna cosa de sus camaradas y substitutas las ayudas, de las cuales se sirven los médicos cuando no ha lugar a aquéllas, para laxar el vientre, siempre que él no está laxo por sí mismo, en suposición de que el uso de ayudas blandas nunca tiene riesgo. Pero el supuesto no es tan cierto, porque el famoso Sydenhan prohibe severísimamente el uso de ellas, como de todas las demás evacuaciones, en todas aquellas fiebres donde el movi-

(1) Part. 3, *Instit. Medic.*, cap. V.

miento fermentativo sea algo remiso, porque le hacen más lento. Y no sólo esto, sino que generalísimamente en todas las fiebres, en el tiempo de la declinación, las condena en tanto grado, que dice de sí, que durante la declinación ponía estudio en conservar el vientre del febricitante adstricto: *Atque mox ad alvum adstringendam memet accingo.* Y bien saben los profesores que en el modo de tratar los febricitantes Sydenhan por sí solo hace opinión probable. Conciérteme, pues, estas medidas el que quisiere defender la coherencia y seguridad de los preceptos médicos.

§ VIII

48. En fin, no hay cosa segura en la Medicina. Este médico detesta el remedio que el otro adora. ¿Qué maldades no acusan unos y qué virtudes no predican otros del heléboro? Lo mismo del antimonio. La pedrería, que hace el principal fondo de los boticarios, es reprobada, no solo como inútil, mas aun como nociva, por excelentes autores. Y yo por lo menos creo que sirve más la menos virtuosa yerba del campo, que todas las esmeraldas que vienen del Oriente. ¿Qué diré de tantos cordiales, que lo son no más que en el nombre? El oro alegra el corazón, guardado en el arca, no metido en el estómago. ¿Y cómo ha de sacar nada de él el calor nativo, si no puede alterarle poco ni mucho el más activo fuego? La virtud de la piedra bezoar, que entra en casi todas las recetas cardiacas, es una pura fábula, si creemos, como parece se debe creer, a Nicolao Bocangelino, médico del emperador Carlos V, y a Jerónimo Rubeo, médico de Clemente VIII, que habiendo usado muchas veces de bezoares recomendadísimas, que estaban en poder de príncipes y magnates, jamás experimentaron en ellas alguna virtud. Lo mismo asientan otros muchísimos.

49. Los remedios costosos y raros son del gusto de muchos médicos y del de todos los boticarios. No les falta ya a algunos más que recetar, como dijo Plinio, las cenizas del Fénix: *Petitis etiam ex nido Phœnicis, cinereque medicinis.* Lo mismo digo de los remedios exóticos y que vienen de lejas tierras. En ellos tienen sus cuentos los médicos para la ostentación de su arte y los droguistas para aumento de su caudal; pero, como dice el mismo Plinio en otra parte y la experiencia enseña, son mucho más útiles y seguros los remedios baratos y caseros: *Ulceri parvo medicina a rubro mari imputatur, cum remedia vera pauperrimus quisque coenet.*

50. Mons. Duncan, Doctor de Mompeller, refiere de otro famoso médico francés que recetaba el café universalmente a todos sus enfermos. Con todo, los más están hoy persuadidos a que ni del té ni del café se puede esperar mucho provecho. Aun los específicos más notorios no están exentos de ser cuestionados. La quina, ya se sabe que tiene muchos enemigos; y lo que es más que todo, Fernelio declamó contra el mercurio, aunque contra toda razón, cuando todo el mundo experimenta la valentía singular de este generosísimo remedio.

51. A esta inconstancia de la Medicina por la oposición de dictámenes, se añade lo que alteran las modas, las cuales no tienen menos imperio sobre el arte de curar, que sobre el modo de vestir. Al paso que van cobrando crédito unos medicamentos, le van perdiendo otros. Y a la Medicina le sucede con los remedios que propone lo que a Alejandro con los reinos que conquistaba, que al paso que adelantaba sus empresas, iba perdiendo mucho de lo que dejaba a las espaldas. Todos los remedios en su primera composición fueron celebradísimos: de aquí vienen aquellos epitetos magníficos que establecieron como renombres suyos agua angélica, jarabe áureo y otros semejantes. Y hoy ni el jarabe áureo ni el agua angélica ni las píldoras *sine quibus* ni todas las otras, a quienes dió estimación el recomendadísimo acibar, se atreven a musitar delante de la sal

de Inglaterra, que para mí es un remedio sospechoso, por el mismo caso de purgar con tanta suavidad. Pero ya a este y a otros, que hoy reinan, vendrán quienes lo derriben del solio, porque siempre fué esta la suerte de la Medicina: *Mutatur ars quotidie interpolis, et ingeniorum Gröeciae flatu impellimur.*

52. ¿Y qué diré de las virtudes, que falsamente se atribuyen a muchos remedios? Bástame en este punto la autoridad de Valles, que asegura que en ninguna materia hablan los médicos con menos verdad o fundamento que en ésta: *Facile concesserim nulla de re nugari magis medicos, quam de medicamentorum viribus* (1).

§ IX

53. Concluiré el desengaño de los remedios con la importante advertencia de que aun siendo escogidos y apropiados, dañan cuando son muchos: *Impediunt certe medicamina plura salutem.* En esto yerran infinito los médicos vulgares: *Tyrones mei* (exclama Ballivio) *quam paucis remediis curantur morbi! Quam plures e vita tollit remediorum farrago!* Sydenhan se lamenta del mismo desorden en varias partes persuadiendo a los médicos que se vayan con pies más perezosos en ordenar remedios, y que fien mucho mas de la naturaleza; porque es un grande error pensar que siempre necesita esta de los auxilios del arte: *Et sane mihi nonnumquam subiit cogitare nos in morbis depellendis haud satis lente festinare, tardius vero nobis esse procedendum, et plus saepe numero naturae esse commitendum quam mos hodie obtenuit; errat namque, sed neque errore erudito, qui naturam artis adminiculo ubique indigere existetimat.*

54. Es verdad que en esta infame práctica menos influyen los médicos que los mismos enfermos, los cuales los están importunando para que receten todos los días y casi todas las horas. Este, acaso, es el mayor error del vulgo en el uso de la medicina. Tienen por médico sabio a aquel que sin cesar amontona medicamentos sobre medicamentos; y aun después que con este tirano y homicida procedimiento llevó el enfermo a la sepultura, dicen que hizo cuanto cabía en el arte de la medicina, siendo así que hizo cuanto cabía en la más estúpida ignorancia o en la más criminal condescendencia. Estos médicos oficiosísimos, que recetan siempre que se lo piden los enfermos (dice Leonardo Botalo, médico de Enrico III de Francia), son los más perniciosos de todos: *Cum officiosissimi esse volunt, tunc sunt maxime noxii.*

55. Los que defienden el dogma de los días decretorios no tienen que responder otra cosa a la objeción que se les hace de que la experiencia no los demuestra, antes lo contrario, sino que el uso intempestivo de los remedios estorba y a veces precipita a la naturaleza su curso; pero de aquí salen dos consecuencias. La primera es que todos los médicos pecan en el abuso de los remedios, pues ninguno hay, si quiere confesar ingenuamente la verdad (como asegura Lucas Tozzi), que observe constantes las crisis, según los períodos señalados. La segunda es que deberá estarse el médico tan quieto, por no turbarle a la naturaleza su operación, que apenas le ordene remedio alguno, pues ninguno hay que no altere poco o mucho. Pero sobre esto ya dijo harto el doctor Boix, cuyas reglas no sé si se deben seguir en todo: sólo sé que la multitud de remedios que aplican los médicos vulgares no puede menos de debilitar mucho a la naturaleza (y esto puntualmente en aquel tiempo en que ella necesita de más vigor por hallarse en actual combate con su enemigo), y turbarla la operación que tiene entre manos, de preparar la materia morbífica para la segregación.

56. A los médicos incapaces, que por ignorancia pecan en esto, es ocioso persuadirlos, porque siempre la ne-

(1) *Philos. Sac.*, cap. LXXV.

cedad es indócil. Lo mismo digo si hay uno u otro que aun con conocimiento de que daña, receta mucho, por ser amigo del boticario o porque él también se interesa en el consumo de los medicamentos, pues el alma de ése más deplorada está que la salud de ningún doliente. Y digo si hay uno u otro, porque pensar que por lo común los médicos son tan inicuos, sólo cupo en la insolente maledicencia de Enrico Cornelio Agripa (1), con ser él de la profesión. Antes bien, he observado ser por lo común los médicos hombres de honesto proceder, lo que atribuyo a que en los cuartos de los enfermos, especialmente si están peligrosos, se oyen casi siempre palabras de edificación y se ven ejemplos de cristiana piedad.

57. Sé que hay algunos y no pocos que recetan más de lo que les dicta la razón, a fin de conservar su crédito; porque ven que los desestiman y aun los desechan y llaman a otros, si cada día no ordenan algo de nuevo. A éstos los reconvendré con la gravísima obligación que tienen en conciencia de no pasar por respeto alguno ni de conveniencia ni de honra de aquella raya que les señala su conocimiento, siendo cierto que ni en el riesgo de ser menos buscados de los enfermos ni el de que los desacrediten los boticarios ni el de que los tengan por ignorantes los necios los excusará de ser reos en los ojos de Dios de cualquier daño que por su exceso en recetar sobrevenga a los dolientes.

58. Muchos toman un camino medio, que es recetar para cumplir; esto es, ordenar unas cosillas leves, que aunque no harán provecho, tampoco se teme de ellas daño alguno; pero si lo que ordenan está dentro de la clase de los medicamentos, no puede menos de alterar, y por consiguiente, si no aprovecha, forzosamente ha de dañar poco o mucho. Sobre esto tampoco puede el médico hacer gastar a los enfermos su caudal en lo que no les ha de aprovechar, y quedará obligado a la restitución sin duda y sin que le aproveche decir que los enfermos lo quieren así pues ciertamente los enfermos no quieren gastar en lo que el médico sabe que no les ha de servir; y como él esté constante en desengañarlos de la inutilidad del medicamento, bien cierto es que no darán por él un cuarto.

§ X

59. Después que he señalado tantos capítulos que concurren a hacer incierta la medicina, veo que me dirán algunos: «¿Pues qué han hecho la experiencia y la observación de tantos siglos, que no han desengañado de lo que daña y de lo que aprovecha?» Pero a esto tengo respondido con lo que dije arriba de la falibilidad de la experiencia, a que añado que las observaciones que se hallan recogidas en algunos autores, tan lejos están de desengañar, que engañan más, porque son tan defectuosas que ni merecen el nombre de observaciones, ya porque muchas se fundan sobre una experiencia sola, en que por infinitos capítulos cabe falencia, ya porque tal vez la insinceridad del médico ostenta un suceso en que probó bien el remedio, y calla dos en que probó mal; ya porque no se señalan exactamente las circunstancias, siendo muchísimas las que pueden concurrir para que dentro de la misma especie de enfermedad el mismo remedio una vez aproveche y otra dañe, ya porque en el caso que señala la observación, se aplicaron diferentes remedios inconexos y no es fácil saber a cuál se debe la cura, aunque el médico quiere atribuirlo al que es de su invención o de su cariño; y si concurren sucesivamente diferentes médicos, cada uno atribuye la salud al que él decretó, aunque la mejoría no se lograse entonces, sino mucho después, lo cual bien podría suceder, ya porque las más enfermedades, cuya cura se propone en las observaciones, son curables por la naturaleza sola, y de hecho cada día se

(1) Lib. de *Vanit Scient.*

ven curar sin remedio alguno; y así no puede saber el médico si a él o a la naturaleza se le debe la mejoría.

60. Todo el mundo tiene presentes los observaciones de Riverio, que no son las que corren con menos aplauso. Y subiendo el número a cuatro centenares, apenas se hallará una que no sea defectuosa por alguno de los expresados capítulos. Es cosa graciosa verle jactar a este autor de que curó una cólica biliosa (1) con cuatro sangrías y cuatro purgas, entreveradas con ayudas, emolientes, anodinos y otros remedios, en que necesariamente se habían de consumir muchos días, cuando se termina en menos tiempo, por lo común, esa enfermedad, entregada a la naturaleza o manejada con mucha menos medicina. Es muy creíble que en aquel caso mejoraría más presto el enfermo si no le hubiera gastado tanto las fuerzas la fiereza del médico. ¡Cuántas veces, habiéndose interpolado varios remedios, atribuye la victoria no más porque quiere a su agua teriacal o a otro medicamento de su invención! Es mucho lo que podía decir de la inutilidad de estas observaciones, que sólo en el hombre son tales. El hacer observaciones fructuosas pide gran sabiduría, gran perspicacia y gran sinceridad, y estas prendas juntas no se hallan a cada paso. Es verdad que entre los autores modernos algunos han trabajado en esta materia con mucho mayor cuidado y discreción que los antiguos, y si los demás que van sucediendo los fueren imitando, puede esperar muchos adelantamientos la medicina, que hasta ahora está muy imperfecta.

§ XI

61. No sé si será muy grato a los médicos este desengaño que doy al público de la incertidumbre de la medicina. A lo que puedo discurrir, de algunos desde luego me puedo prometer el enojo. Supongo declarados contra mí a los de corto estudio y aun más limitado entendimiento; porque éstos juzgan que tienen un tesoro de infalible doctrina en aquel autor a quien dieron la obediencia. A que se añadirá el temor de que si se da en ahorrar de medicinas, también se ahorrará de médicos, y en ese caso serán algunos de ellos descartados. Pero en este punto pueden vivir sin cuidado, porque el mundo siempre será el mismo que fué, ni hay ingeniero capaz de torcer el curso a los impetuosos ríos de preocupaciones y costumbres universales. ¡Cuánto declamaron contra médicos y medicina y pasando mucho a la verdad, la raya de lo justo, en España, Quevedo; en Italia, Petrarca; en Francia, primero Montaña y después Molière! Sus escritos son leídos y celebrados, pero las cosas se quedaron como se estaban. Yo me contentara con persuadir a algunos pocos que se acaban la vida con los mismos medios que buscan para restablecer la salud.

62. Entre los médicos discretos y doctos habrá de todo, porque algunos son de candor tan generoso que ellos mismos propalan la insuficiencia de la medicina y su perplejidad propia, pero a otros, que no son dotados de ánimo tan noble, no les desagrada ver que se confíe en la medicina mucho más de lo que se debe, y como esta estimación del arte para por reflexión en los profesores, no los lisonjeará mucho quien los litigue esa posesión. Acaso este motivo fué el que ensangrentó algunas plumas contra el doctor Boix, cuya sinceridad y celo del bien público merecían diferente tratamiento.

63. Y que algunos médicos doctos por pura política ocultan lo que sienten de la ninguna seguridad de su arte, consta por experiencia. Ballivio, que larguísimamente se lastima del infeliz estado en que se halla la medicina, sin embargo, se vuelve más de una vez contra algunos pocos autores que manifestaron al mundo su falencia, tratándolos de inprudentes, porque con este desengaño desautorizaron a los profesores. Gaspar de los Reyes en su *Cam-*

(1) Centur. 4. *observ.* 75.

po Elisio (1) pone en tan alto punto los riesgos de su profesión, que no encuentra caso alguno en que el médico obre con seguridad del acierto. Así dice, hablando de sí y de los demás: *Quis enim est, qui semel non erret? Aut quis, qui semel tantum erret? Dubito an semper non erremus.* No digo yo tanto. En otra parte asienta que frecuentemente yerran las curas los médicos más sabios; *Perfectissimi saepe medici in varios rapiuntur errores.* Sin embargo, este desengañado médico no fué desengañador en igual grado, porque después de advertir que a los discretos y doctos pueden confesar los médicos sus errores, como a gente que conoce la oscuridad suma y dificultad insuperable de la medicina, añade que se los oculten al ignorante y rudo vulgo, el cual imagina en el médico mucho mayor conocimiento del que verdaderamente tiene ni puede tener: *Caeterum apud rude et indoctum vulgus et quod in medico plus credit quam habet aut habere potest, si quando errare contingat, ego tacere potius duxerim quam peccatum fateri.* Concluyendo con la razón de que esta confesión de los errores propios no le sirve de nada ni al médico ni al enfermo: *Praesertim cum ex tali confessione nihil utilitatis aegro aut medico accedere possit.*

64. Pero yo, por el contrario, hallo grande utilidad de los enfermos y no poca de los médicos, en este desengaño. De los enfermos, porque instruídos de la poca seguridad que hay en la medicina, de que apenas hay remedio que carezca de peligro; que los médicos más acreditados de sabios cometen varios errores; que muchas veces que convalecen de sus dolencias, sólo a la naturaleza deben la mejoría y al médico no más que la mala obra de retardársela. con otras cosas a este tono, se irían más poco a poco en medicarse con que conservarán más enteras sus fuerzas; no gastarán inútilmente, a veces con notorio daño, en las boticas el dinero que necesitan para otras cosas; dejarán a la naturaleza aquellos accidentillos de poca monta, que ella por sí misma cura, y en los cuales, dado que la medicina pueda ayudar algo, más es el daño que hace por otra parte; contentaránse con arreglar el régimen y cuando más tomar una u otra vez alguna cosita muy leve en las indisposiciones habituales que vienen del nacimiento, sabiendo que, como inseparables del temperamento, no se las podrá curar médico alguno del mundo, por más que les hablen de curas radicales, que no hay *in rerum natura.* Con este desengaño muchas señoras delicadas dejarán de ser molestas a sus maridos y familias, servirán útilmente al público muchos hombres, que se hacen inútiles por estar medicándose a cada paso. Estos y otros muchos provechos que traerá el conocimiento de lo poco que se puede esperar de la medicina, me movieron a hacer esta advertencia al público, y los médicos deben en conciencia, como dije arriba, concurrir por su parte al desengaño.

65. A los médicos mismos les está esto muy bien, por lo menos a los doctos y acreditados de tales, pues a éstos nunca les faltarán salarios y empleos, suponiendo que nunca ha de llegar el caso ni es razón de echar a todos los médicos del mundo, como se dice que en un tiempo los echaron de Roma; y, por otra parte, no serán molestados sin propósito y sin necesidad de enfermos y aun de sanos impertinentes y ridículos. No los llamará a cada paso ni la melisendra, que todas las horas quisiera que la estuviese tomando el doctor el pulso; ni el maníaco por naturaleza, enfermo imaginario, como el de la comedia de Molière, que está dando gritos cuando no le duele nada; ni el viejo semidecrépito, que juzga que pueden alejarle muchas leguas de la sepultura las drogas de la botica. Con esto tendrán más tiempo para estudiar y para reflexionar sobre lo que estudian y lo que experimentan, como también para asistir a las disecciones anatómicas; los más eminentes estarán más desocupa-

(1) Quæst. 20.

dos para escribir libros. De esta suerte los médicos se harán más doctos y la medicina irá dando cada día hacia la perfección, de que es capaz, algunos pasos.

66. Yo no estoy mal con la medicina, antes la amo mucho. Sé que el Espíritu Santo la recomienda, aunque alguno pudiera responder que la medicina recomendada en la Escritura no es la que hoy se practica. Es cierto que hay males que no puede vencer la naturaleza por sí sola y los vence con el auxilio de la medicina, como se palpa en la infección venérea. Confieso que en lo m le de manifiesto peligro es prudencia acudir a su socorro, y que muchas veces la prontitud repentina del efecto saludable mostró ser causa suya el remedio dado a tiempo; porque la naturaleza por sí sola no acostumbra esas mudanzas repentinas; que han hecho muchos milagros el opio, la quina, los heméticos y otros muchos medicamentos de manifiesta actividad; sólo estoy mal con que las promesas del médico se extiendan adonde no llegan su ciencia y su poder, y que cuando va palpando sombras, se ostente coronado de rayos.

67. Si acaso en una u otra expresión he figurado los riesgos de la curación algo más abultados de lo que dicta la razón, eso mismo pudo ser prudencia, que tiene en su patrocinio altísimos ejemplos, porque estando el vulgo tan torcido hacia el extremo de un ciego asenso a todos los preceptos del médico más ignorante, es menester inclinarle algo al extremo opuesto, para que quede en la rectitud debida. Y si bien que yo en todo este discurso he hablado debajo de la sombra de ilustres autores médicos, pues lo que he dicho. de mi propia advertencia lo he propuesto no como regla, sino como duda, si alguno se complaciere en contradecirme, me dará ocasión de añadir, en escrito aparte, mucho que he omitido en este asunto, por no hacer el discurso demasiadamente largo.

68. Y concluyo exhortando a todos que en la elección de médico tengan presentes las siguientes circunstancias. La primera, que sea buen cristiano, porque teniendo presente la estrecha cuenta que ha de dar a Dios de sus descuidos, atenderá con más seriedad al cumplimiento de su obligación y se aplicará con más conato al estudio de su facultad. La segunda, que sea juicioso y de temperamento no muy ígneo, porque aun en los más discretos el fuego del natural suele llenar de humo la razón. La tercera, que no sea jactancioso en ostentar el poder y seguridad de su arte, porque siendo cierto que no hay tal seguridad en ella, es fijo que el que la propone tal, o es muy ignorante o muy engañador. La cuarta, que no sea adicto a sistema alguno filosófico, de modo que regle por él la práctica, porque éste está, sin comparación, más expuesto a errar que el que se gobierna por la experiencia, así suya como de los mejores autores prácticos La quinta, que no sea amontonador de remedios, especialmente mayores, salvo en caso de una urgencia apretadísima que no conceda tregua alguna, teniendo por cierto que todo médico que decreta y receta mucho es malísimo médico, aun cuando supiese de memoria todo cuanto se ha escrito de la medicina.

69. La sexta, que observe y se informe exactamente de las señales de las enfermedades, que son muchas y se toman de muy varias fuentes. Los médicos comunes, en tocando el pulso y viendo la orina, y eso bien de paso, al instante toman la pluma para la receta. El pulso es una señal muy oscura y la orina muy falible; ni se puede hacer concepto algo seguro de la enfermedad y de sus causas (salvo una u otra vez, que están muy a la vista) sin atender al complejo de muchas circunstancias, ya concomitantes, ya antecedentes. Por no detenerse los médicos en esto, se ocasionan tan graves errores en la capitulación de las enfermedades. ¡Cuántas veces un costado se declara por flato y al contrario!

70. La séptima, que correspondan por lo común los sucesos a sus pronós-

ticos. Digo *por lo común*, porque acertar siempre en esta materia no es de hombres, sino de ángeles. Casi con esta advertencia se excusaban todas las antecedentes, pues con ella sola puede conocer el hombre más rudo cuál médico es sabio y cuál ignorante. El que tiene acierto en pronosticar es cierto que conoce el estado presente de la enfermedad, pues sólo por lo que hay ahora se puede conocer lo que ha de suceder después. Al contrario, el que comúnmente yerra los pronósticos, es fijo que no sabe palabra de medicina. Así como el que en los almanaques errase los tiempos de las luminaciones y de los eclipses, nadie dudaría de que no sabía palabra de astronomía.

71. Algunos consideran el arte de pronosticar como una facultad separable de la curativa, y así suelen celebrar a un médico para el pronóstico y a otro para la cura. Es notable error, pues por lo que dijimos, es imposible que acierte con la cura el que yerra el pronóstico. Este yerro depende de que no hizo recto juicio de la enfermedad; y errando el concepto de la enfermedad, ¿cómo ha de acertar con la curación, si no es que sea por mera casualidad? Aun cuando fuera posible curar mal el que pronostica bien y curar bien el que pronostica mal, se debiera hacer más estimación del primero que del segundo. La razón es fuerte y grande: porque de errar la cura, sólo se arriesga la salud temporal del cuerpo; de errar el pronóstico, se arriesga muchas veces la salud eterna del alma. En una enfermedad maligna y alevosa dice el médico ignorante que no es nada; que aquello es una ligera crudeza del estómago que se quitará al día siguiente con un jarabillo. Con esto descuidan el enfermo y los asistentes de las prevenciones cristianas con que se debe esperar la muerte. Entretanto la repentina escalada de un delirio ocupa el alcázar de la razón y viene a morir el enfermo, no sólo como pudiera morir un pagano, mas aun como muere un bruto. ¡Ay Dios, y cuánto de esto sucede por permitirse a muchos ignorantes la práctica de la medicina! El mayor crimen o el único que atribuyen a los médicos indoctos, es ser homicidas de los cuerpos. No es ése el mayor, sino que a veces son reos de la muerte eterna de las almas.

72. Otros más cautos o más dolosos, por un artificio vulgarizado siguen el partido opuesto. De cualquier enfermo en quien encuentran algo de fiebre dicen que tiene grande aparato; que el accidente es peligroso; arrúgase la frente, arquéanse las cejas, danse varias órdenes, pónese en cuidado a toda la gente de casa, al fin se ofrece visitar con frecuencia y ejecutar cuanto cupiere en el arte. Hecha esta prevención, lo que se sigue es que si el enfermo muere, elogian la comprensión del médico, que desde el principio penetró la escondida malignidad de la dolencia. Si sana, engrandecen la cura y dan a Dios mil gracias de que el enfermo haya caído en las manos de un médico tan valiente que pudo vencer la fuerza de una enfermedad gigante.

73. Por la culpa de tales médicos no se morirán los enfermos sin Sacramentos; pero lo que sucede a veces es morirse sin tener enfermedad para tanto; porque, cayendo estas amenazas en enfermos pusilánimes, se entristecen y conturban, de modo que el mal que era muy ligero, se hace grave. Todo es harto malo, aunque lo primero es peor. Señores médicos (hablo con aquellos que, o con poco estudio se dan a este ministerio, o abarcan más enfermos de aquellos que puede comprender su atención), tengan presente que algún día los ángeles, a quienes estuvo encomendada la custodia de sus enfermos, los han de acusar delante de Dios y ponerles presentes, ya los que murieron antes de tiempo por su culpa, ya (¡oh qué cosa tan terrible!) los que se condenaron por su ignorancia.

AI 'CION

1. Los señores médicos que tomaron la pluma para impugnar lo que escri-

bi en este discurso, desahogaron su cólera sin mejorar su causa. Puedo decir y lo han dicho otros, que la empeoraron, ya porque los que hacen la guerra con injurias, en eso mismo muestran que carecen de mejores armas, ya porque oponiéndose frecuentemente entre sí en los dictámenes que estampaban confirmaron abundantísimamente lo que yo había escrito de la variedad de opiniones que hay en la medicina. Yo no necesitaba esta confirmación. Las muchas observaciones que hice después acá, radicaron en mí más y más el concepto de que la medicina, del modo que la ejerce la mayor parte de los médicos, más daña que aprovecha. De cien sangrías (lo mismo digo de las purgas) que se recetan y ejecutan, las noventa y ocho se fundan sobre principios extremamente falibles, y las dos que restan, no los tienen, sino cuando más conjeturales. Sobre lo cual me ha parecido insertar aquí lo que el erudito autor del *Tratado de la Opinión* razona, ya de las purgas, ya de las sangrías en el tomo III, libro 4, capítulo IV.

2. «Crisipo y Erasistrato, dice, improbaban el uso de los purgantes. Tesalo los condenaba enteramente. Haced, decía, experiencia en el hombre más robusto y sano dándole una purga; veréis que no habiendo antes en su cuerpo cosa viciosa, lo que evacuará todo será corruptísimo. De aquí debemos inferir, como cosa indubitable, lo primero, que lo que se evacua no estaba antes en el cuerpo de este hombre, pues él se hallaba muy bueno; lo segundo, que el medicamento hizo dos cosas en este caso: la primera, corromper lo que no estaba corrupto; la segunda, echar fuera lo que conducía a la salud y robustez de este hombre... Hipócrates comúnmente no hacía otra cosa que observar atentamente los enfermos. Conociendo el peligro de los remedios, ordenaba poquísimos. Celso era de dictamen de usar rara vez de purgantes, y elogia a Asclepíades por haber suprimido la mayor parte de los medicamentos, haciendo esta reflexión: que siendo los purgantes enemigos del estómago y lleno de jugos perniciosos, obraba Asclepíades prudentísimamente, poniendo toda su atención en el régimen.» Esto en cuanto a la purga.

3. En orden a la sangría, después de referir algunos remedios crueles, que por medio del fuego practicaba Hipócrates, y otro del hierro, que usaban los médicos del Japón, prosigue así: «Estas prácticas son crueles, pero no igualan el riesgo de las sangrías. Crisipo de Gnido y Erasistrato, a quien llama Macrobio *el más ilustre de los médicos*, condenaban totalmente las sangrías. Otros no admitían su uso, sino en caso que una fermentación violentísima no diese tiempo para usar de otro remedio... Hipócrates no quería que se sangrasen ni los niños ni los viejos y prohibía la sangría en las fiebres. Si alguno, dice, tiene úlcera en la cabeza, debe sangrarse, como no padezca calentura. Es oportuno, añade, sangrar a los que pierden repentinamente la habla, como no tengan fiebre.

4. »La sangría (prosigue poco después) saca el licor más puro, el humor más sutilizado que hay en el cuerpo, quitando de las venas lo que ha sido filtrado por todos los canales donde le hizo pasar la circulación. Otro efecto malísimo de la sangría es deteriorar la sangre que queda en las venas; porque el vacío que hizo se llena luego de un quilo imperfecto, de una bile acre y del sedimento de los humores que abundan en un enfermo... toda la materia contenida en el canal pancreático, en el reservatorio de Pecque, en las venas lácteas secundarias y aun en las radicales, pasa a la cavidad derecha del corazón, y no estando bastantemente preparada y atenuada, produce una sanguificación muy defectuosa. La cólera o la flema, según que estos humores dominan; en una palabra, todos los excrementos de la sangre se introducen en las venas en lugar de aquella que les quitó la lanceta. Esto viene a ser lo mismo que si

para purificar el vino de un tonel, se quitase el licor que está arriba y se dejasen en él todas las heces o como si para limpiar un conducto se le quitase el agua corriente, introduciendo en lugar de ella la agua hedionda de algún vecino charco.

5. »La experiencia es conforme a este discurso. Sángrese un hombre sano muchas veces consecutivamente; su sangre sucesivamente saldrá más corrompida. ¿Por qué la que sale en la primera sangría es buena y la de la tercera o cuarta mala, sino porque las heces de los humores se mezclaron con la sangre en lugar de aquélla más sutil y pura que antes extrajo?

6. »Asimismo con las sangrías se altera la acción de los vasos, que ayuda la circulación; los espíritus se disminuyen y desmayan; la fermentación se vicia; la sangre se hace grosera, serosa, cruda y pesada; toda la máquina, atacada ya por la enfermedad, se descompone...; la aversión de la naturaleza por este remedio indica que le es contrario. Naturalmente se siente horror al ver correr la sangre, porque ella es principio de la vida.»

7. Hasta aquí el autor citado, de cuyas razones hará el lector el juicio que mejor le parezca, pues yo no las propongo como concluyentes. Lo que es cierto es que hay médicos que nunca o casi nunca sangran; otros que nunca o casi nunca purgan; otros, como los paracelsistas, que ni purgan ni sangran; y en todas tres clases hay algunos de grandes créditos y muy aplaudidos por sus aciertos. También es verdad hay algunos de los que purgan y sangran muy aplaudidos, pero éstos purgan y sangran mucho menos de lo que comúnmente se practica y es de creer que lo ejecutan con otro conocimiento muy superior al de los médicos ordinarios.

8. Aunque también se puede discurrir que el tener estos mejores sucesos, no viene de lo que purgan y sangran, sino de lo que dejan de purgar y sangrar, no puedo arrojar de mí una fuerte sospecha contra éstos que llaman remedios mayores, fundada no sólo en lo que debilitan las fuerzas, mas también en que interrumpen y turban la sabia naturaleza en los rumbos que toma para vencer la enfermedad. En lo que estoy firme es en no tener jamás por médico bueno ni aun mediano al que nunca sabe visitar seis u ocho veces consecutivas a un enfermo sin recetarle cosa.

9. Si el mundo quiere creerme, a todo el mundo amonesto que cuando en cualquier pueblo se trate de buscar médico, el informe que principalísimamente y aun estoy por decir únicamente, se ha de tomar, es si receta poco o mucho. Cuanto menos recetare, mejor; cuanto más recetare, peor. Es absolutamente imposible que esté dotado de mediano entendimiento médico que no es escasísimo en recetar. Y es también absolutamente imposible que no cometa innumerables homicidios el que receta mucho. Pero acaso esto es hablar a sordos. La buena verba, la audacia, la faramalla, los modales artificiosos, la embustera sagacidad para mentir aciertos y despintar errores, son las partidas que acreditan en el mundo a los médicos y con estas partidas he conocido médicos, no sólo ignorantísimos, pero incapaces, aplaudidos.

10. No puedo menos de lastimarme cuando contemplo las groseras trampas con que éstos engañan al mísero vulgo. Entre muchas que tienen estudiadas dos son las ordinarísimas. La primera es encarecer desde los principios, ya con palabras, ya con visajes, la enfermedad como muy grave, aunque sea levísima: Con eso, si el enfermo sana, son aplaudidos de haber hecho una gran cura; y si muere, lo son de haber comprendido a la primera ojeada la gravedad de la dolencia. La segunda es que habiendo con intempestivos remedios hecho grave la enfermedad que era leve, muy ufanos se glorian ¿de qué? De que con su sabia conducta han descubierto al enemigo, que estaba oculto y emboscado; y no es menester más

para que los estupidos asistentes preconicen su sabiduría por el pueblo y aun el mismo enfermo le agradezca el homicidio.

11. Otro error notable y comunísimo de los pueblos, perteneciente también a la materia de este discurso, se me ofrece notar aquí; y es el poco aprecio que se hace de la medicina quirúrgica en comparación de la farmacéutica. Pónese mucho cuidado en la elección de médico; para no errarla se toman muchos informes y se le brinda con un buen salario. Al contrario, a un cirujano apenas le dan con qué subsistir, y así aceptan por tal al primero que se presenta. Digo que es éste un notable y perjudicial error. Si corriese por mi cuenta la dirección de cualquier pueblo en esta materia, entre un cirujano de grandes créditos y un médico que en su facultad los tuviese iguales, si con menos interés no pudiese lograr al cirujano, le aplicaría a ése mayor salario, aunque con esta providencia no lograse al médico. Esto por dos razones de gran consideración: la primera, porque la utilidad del cirujano es evidente y visible; la del médico muy incierta. A cada paso se está viendo que un cirujano muy diestro cura a sujetos que sin su asistencia evidentemente morirían; lo que nunca se puede asegurar de los enfermos que asiste el médico, como ya en otra parte hemos advertido con autoridad de Cornelio Celso. La segunda razón dimana de la primera, y es que los grandes créditos del cirujano nunca son falaces; los del médico, frecuentísimamente. Aquéllos siempre son producción de sus aciertos; éstos lo son infinitas veces de la osadía, de la astucia, de la verbosidad del médico, a que concurre también a veces el acaso.

12. Es notable la falta de cirujanos que hay en España, lo cual sin duda pende de la poca estimación y salario que tienen. Aun los pocos que hay buenos son de una extensión muy limitada en orden a las partes de que consta su facultad. De cuantos cirujanos españoles he conocido, sólo uno vi que fuese algebrista; y es cosa notable, que siendo tan frecuentes las fracturas, luxaciones y dislocaciones, al que padece algo de esto le hacen recurrir a tal o tal hombre del campo, que dicen que tiene esa gracia curativa, siendo así que son ignorantísimos tales curanderos, como yo varias veces he visto y palpado. Uno de ellos, muy acreditado en el país donde vivía, siendo llamado de mí para curarme una pequeña luxación en un pie, me hizo estar tres meses cabales en la cama y otro mes más andar con gran tiento arrimado a un bastón.

REGIMEN PARA CONSERVAR LA SALUD

Discurso sexto

§ I

1. Los médicos saben poco de la curación de los enfermos, pero nada saben ni aun pueden saber en particular del régimen de los sanos, por lo menos en cuanto a comida y bebida. Esta proposición, que a médicos y no médicos parecerá escandalosa, se prueba con evidencia de la variedad de los temperamentos, a quienes precisamente se conmesura la variedad de los manjares, tanto en la cantidad, cuanto en la calidad. El alimento que para uno es provechoso, para otro es nocivo. La cantidad que para uno es larga, para otro es corta. Esta proporción de la cantidad y calidad del alimento con el temperamento de cada individuo, sólo se puede saber por experiencia. La experiencia cada uno la tiene en sí mismo, ni al médico le puede constar sino por la relación que se le hace. ¿Pues qué? He menester yo acudir al médico a que me diga qué y cuánto he de comer y beber, si él no puede saber lo que me conviene sin que yo primero le participe qué es lo que me incomoda, qué es lo que me asienta bien en el estómago, qué es lo que digiero bien, etc.

2. Tiberio se reía de los que en llegando a la edad de treinta años consultaban los médicos, porque decía que en esa edad cada uno podía saber por experiencia cómo debía regirse. De hecho parece que a él le fué bien con esta máxima, pues sin embargo de ser muy destemplado así en el lecho como en la mesa, vivió setenta y ocho años, y acaso hubiera vivido más si lo hubiera permitido Calígula; porque aunque estaba muy enfermo, no quiso el sucesor fiar su muerte a la violencia de la enfermedad, conviniendo los historiadores en que de intento se la aceleraron, aunque discrepan en el modo. En caso que la máxima de Tiberio, tomada generalmente, no sea verdadera, por lo menos en cuanto al uso de comida y bebida es segura.

3. Ningún manjar se puede decir absolutamente que es nocivo. No es doctrina mía, sino de Hipócrates, como también la prueba en el libro *De Veteri Medicina*. Donde hablando del queso dice que si absolutamente fuera malo para el hombre, lo sería para todos los hombres; y no es así, pues algunos hartándose de queso, se hallan muy bien: *Etenim caseus nom omes homines laedit; sed sunt qui ex ipso repleti ne tantillum quidem offenduntur... Si vero toti naturae malus esset, omnes utique laederet.* Si el queso, que es tan térreo, indigesto y duro, aun tomado con hartura es buen alimento para algunos individuos, ¿de qué manjar se podrá decir que es malo para todos?

4. Las codornices y las cabras se alimentan de venenos dice Plinio: *Venenis capreae et coturnices pingues cunt* (1). De modo que lo que a otros animales mata a éstos los engorda. Di-

(1) Lib. 10, cap. LXXII.

ráseme que entre diferentes especies hay mucha mayor diversidad de temperamentos, que entre los individuos de una misma especie. Sea así enhorabuena. A mí me basta para el intento saber que es muy grande la que hay entre los individuos de la especie humana. En las *Observaciones* de Schenchio se refiere de un hombre que comiendo una onza de escamonea no se purgaba poco ni mucho, y en otros autores médicos se lee de algunos que se purgaban sólo con el olor de las rosas. ¿No es ésta una discrepancia notable de temperamentos?

5. Es verdad que en lo común no hay tanta disimilitud entre los temperamentos de los hombres, pero siempre hay alguna y bastante. Así como no se halla una cara perfectamente parecida a otra, tampoco un temperamento a otro. En cuantos accidentes están expuestos a nuestros sentidos observamos alguna desemejanza en todos los hombres. ¿Qué cosa más simple que el sonido de la voz? Con todo, no hay hombre que en el metal de la voz se parezca perfectamente a otro. Y así, en los que viven por mucho tiempo juntos en alguna comunidad, nunca sucede que no se distinga cada uno por la voz de todos los demás, cuando no es visto. Si esto sucede en una cosa al parecer tan simple, ¿qué será en el temperamento, que consta de tantas partes combinadas de infinitos modos diferentes?

6. Si nuestros sentidos fueran más perspicaces, aun en aquellas cosas en que se nos representan algunos hombres muy parecidos, los hallaríamos muy desemejantes. Algunos brutos nos dan este desengaño. Nosotros no percibimos con el olfato los efluvios de los cuerpos humanos, o si los percibimos no los distinguimos unos de otros. El perro los percibe y los distingue en todos los hombres. Por eso a mucha distancia sigue al amo sin verle, determinándose en el encuentro de varios caminos por el olor de los efluvios que halla en el ambiente; busca y elige entre muchas la alhaja del amo, aunque nunca la viese. Y lo que es más, atina con la piedra que salió de su mano entre otras disparadas al mismo tiempo por otros, bastando aquel breve contacto para que su olfato sutilísimo perciba en ella olor diferente del que tienen todas las demás. Esta prueba bastaba para convencer la diversidad de temperamentos en todos los hombres, pues sin diversidad de temperamentos no puede haber diversidad en los efluvios.

§ II

7. No sólo la variedad de los temperamentos de los hombres imposibilita saber qué alimento es proporcionado a cada uno más también la variedad que hay en los manjares dentro de la misma especie. Todo vino de uvas, pongo por ejemplo, es de una especie. Con todo, un vino es dulce, otro acedo, otro acerbo. Uno tiene un olor, otro huele de otro modo. Uno es más tenue, otro más craso. Lo mismo sucede en las carnes, lo mismo en los frutos de todas las plantas, aunque no en todos se percibe tanto la variedad, por la imperfección de nuestros sentidos. Por esto puede suceder y sucede a cada paso, que a un mismo individuo un vino le sea provechoso y otro nocivo; que le preste buen nutrimiento el carnero nutrido con tales hierbas, y nutrido con otras, malo.

8. Añádase a esto (y es también de mucha consideración) que un mismo alimento, sin distinción o desemejanza alguna, puede ser, respecto del mismo individuo, provechoso en un tiempo, nocivo en otro, ya por la diferente estación del año, ya por la diferente temperie del ambiente, ya por la diversa región que habita, ya por la diversidad de edad. En fin, cualquier mudanza que acaezca en el cuerpo (y son infinitas las que ocurren, como también las causas que las ocasionan) precisará a variar más o menos el alimento, ya en cuanto a la calidad, ya en cuanto a la cantidad. Todas estas razones advirtió el grande Hipócrates

en el libro 3 *De Diaeta*, donde, aunque únicamente habla de la imposibilidad de conmensurar la cantidad del alimento a la cantidad del ejercicio, las razones prueban absolutamente que es imposible determinar, así la calidad como la cantidad de alimento para ningún individuo. Dice así: *De diaeta humana exacte quid conscribere, ut ad ciborum copiam laborum commensuratio ad symetriam fiat, non est possibile: multa enim sunt impedimenta. Primum quidem hominum naturae diversae existentes. Deinde aetates nos iisdem indigentes. Insuper et regionum situs et ventorum mutationes, et temporum alterationes, et anni constitutiones. Est, et inter ipsos cibos multa differentia: triticum enim a tritico differt, et vinum a vino.*

9. Si se hace la reflexión debida sobre este lugar de Hipócrates y sobre lo que llevamos dicho, se hallará ser harto dudosa, por no decir falsa, aquella máxima tan establecida de que para la conservación de la salud conviene usar siempre de una especie de alimento. El gran Bacon está por la opinión contraria, diciendo que se deben variar así los medicamentos como los alimentos: *Tam medicamenti, quam alimenti mutatio conducit: neque perseverandum in frequentato utriusque usu* (1). La razón persuade lo mismo, porque si el cuerpo no está siempre del mismo modo, no convendrá alimentarle siempre del mismo modo. Si ahora abundan más de sales alcalinas y después de ácidos, convendrá ahora usar de alimentos que tengan más de ácidos y después que declinen más alcalinos para corregir el exceso con su contrario. Asimismo, si por la diferente constitución del año o por el sitio que habita o por la intemperie del ambiente se halla ya más húmedo, ya más seco, ya más frío, ya más caliente de lo que conviene, importará variar a proporción el modo de alimentarse, buscando sucesivamente en comida y bebida las calidades contrarias a aquellas que exceden en el cuerpo. Esto es hablando teóricamente. En la práctica es muy difícil o imposible averiguar el complejo de cualidades predominantes, así en nuestros cuerpos como en los manjares, y mucho más los grados de ella. Siendo así que las de los cuerpos en las enfermedades suben a mayor intensión, discrepan los médicos tanto en el juicio, que la misma enfermedad la atribuye un médico a los ácidos, otro a los álcalis; uno a frío, otro a calor. No puede, pues, haber en la práctica otra regla que la de observar cada uno experimentalmente qué es lo que le incomoda o aprovecha; qué es lo que digiere con facilidad o con molestia.

(1) *Hist. natur.*, centur. 1, núm. 69.

§ III

10. Aun cuando un alimento mismo pudiese ser conveniente a todos los hombres y en todos tiempos, no podríamos averiguar por las instrucciones que dan los médicos en orden a dieta, cuál será éste, porque están encontrados en los preceptos. Dáse comúnmente la preferencia a las carnes sobre los peces, hierbas y frutos de las plantas. Con todo no faltan graves autores, que no contentándose con que sea la carne enemigo del alma, la declaran también enemigo del cuerpo. Plutarco, en el libro *De Sanitate tuenda*, dice que la comida de carnes engendra grandes crudezas y deja en el cuerpo malignas reliquias, por lo cual sería mejor hacerse a no comer carne alguna: *Maximae cruditates metuendae sunt ab essu carnium, nam hae et initio valde praegravant, et reliquias post se malignas relinquunt.* Plinio en algunas partes inclina a lo mismo. El famoso médico Sanctorio borró el vulgarizado aforismo: *Ommis saturatio mala, panis vero pessima*, sustituyendo por el pan la carne y pronunciando así: *Ommis saturatio mala, carnis vero pessima.* Galeno altamente se declara a favor de los peces en varios lugares, aprobándolos casi generalmente por de buen jugo e igual al de las aves montanas. Véase Paulo Zaquías en

sus *Questiones Médic. Legal.*, lib. 5, título 1, *quaest.* 2, donde a las autoridades de Galeno junta las de Hipócrates y otros ilustres médicos por la misma sentencia. El doctor Luis Lemery, regente de la Facultad médica de París, en su tratado *De Alimentos,* parece estimar sobre todos los que se sacan de las plantas, haciendo la reflexión de que cuando los hombres usaban sólo de hierbas y frutos de árboles, vivían más tiempo y más robustos. En efecto, declara que estos alimentos son más fáciles de digerir y producen humores más templados. Algunos atribuyen al uso de estos manjares las largas vidas de los anacoretas. Ballivio observó que a muchos enfermos les hacen daño las carnes y mejoran con legumbres y peces: *Animadvertes in praxi aliquos aegros fluxionibus et diuturnis morbis obnoxios tempore quadragesimali convalescere; Paschate iterum ob essum carnium languescere. Observabis etiam quosdam morbos ab obsoleto essu caulium, leguminum, olerum, piscium, aliorumque ciborum huiusmodi eveanescere, cibis vero boni succi exacerbari et crescere* (1). Etmullero, tratando de las fiebres en común, condena la comida de carne por nociva a todos los febricitantes: *Carnes, sicuti ipsis ingratae sunt, ita etiam noxiae.*

11. Finalmente, en estos tiempos se formó un gran partido a favor de peces, legumbres y frutas contra las carnes, con ocasión del nuevo o renovado sistema de la trituración de los alimentos en el estómago. Habiendo resucitado en esta edad la opinión del antiguo médico Erasistrato, de que los alimentos se reducen a quilo en el estómago, no por cocción, como quieren unos, ni por fermentación, como pretenden otros, sino mecánicamente, mediante la acción de los músculos y fibras motrices, que con su continuo y reciprocado impulso los muelen, deshacen, majan o trituran, ni más ni menos que si se batieran porfiadamente en un almirez, de modo que últimamente se reducen a una pasta o natilla delicada, consiguientemente mons. Hecquet, médico parisiense, con otros defensores de este sistema, deducen que siendo las carnes más difíciles de triturarse perfectamente, a razón de la más firme textura de sus fibras, que los peces, frutas y legumbres, es mejor usar de estos alimentos como más fáciles, que de las carnes. A la verdad, la razón no me parece muy fuerte, porque para determinar la bondad de un alimento, no sólo se ha de considerar su mayor facilidad en reducirse en el estómago, mas también se ha de hacer cuenta de la calidad del nutrimento que da al cuerpo, la cual puede no ser tan buena como la de otro de más fácil transmutación. Mas esto no quita la probabilidad que le dan a esta sentencia sus autores; y juntos éstos con los demás que alegamos, dejan bastantemente dudosos qué género de alimento sea mejor por lo común.

12. Estamos tan lejos de tener alguna doctrina recibida de todos en esta materia, que aquellos mismos alimentos que comúnmente están reputados por los más insalubres, no faltan autores graves que los canonicen por los más saludables. Bacon aprueba por los alimentos más oportunos para alargar la vida, entre las carnes, la de vacas, ciervos y cabras; entre los peces los salados y secos; al queso añejo también le califica. En el pan prefiere el de avena, centeno y cebada al de trigo, y en el mismo pan de trigo, el que está algo más mezclado con salvados al más puro (1). Su razón es que estos alimentos son menos disipables. Y aunque sólo Bacon favoreciese este sentir, no dejaría de darle estimación su autoridad por haber sido el más sutil y más constante observador de la naturaleza que hubo jamás. Herman Boerhaave, célebre médico hoy en Leyden, para el mismo efecto de prolongar la vida prefiere las carnes flacas y saladas, los pescados también salados y añejos, generalmente los alimentos se-

(1) *De. Morb. Success,* cap. IX.

(1) In *Hist. Vit. et Mort.*, fol. mihi 540.

cos, duros y tenaces. Todo esto por el mismo principio de Bacon de resistir más la disipación y putrefacción (1).

13. El mayor error que en esta parte padecen los médicos y más común es el de prescribir a los que los consultan aquellos alimentos de que los mismos médicos gustan o con que se hallan bien, como si el temperamento del médico fuese regla de todos los demás. El vinoso a todos quiere hacer vinosos, el aguado a todos quiere hacer aguados. Dice discretamente Mons. Duncan, médico de Monpeller, que no hay médico que en sus ordenanzas no dé a conocer sus inclinaciones. El mismo refiere de dos médicos, entrambos celebérrimos en Francia, que el uno a todos sus enfermos hacía tomar café y el otro a todos se lo prohibía severísimamente.

14. ¿Qué partido hemos de tomar en tanta oposición de opiniones? No seguir ninguna y atenerse cada uno a su propia experiencia. Esta regla es segura y no hay otra. Observar con cuidado qué es lo que abraza bien el estómago: qué es lo que digiere sin embarazo, en que también se ha de atender a que no sea muy precipitada la digestión; porque ésta sólo en aquellos alimentos que por su simbolización con el quilo son fácilmente reducibles, puede dejar de fundar sospecha de corrupción. Obsérvese que no induzcan alguna alteración molesta en el cuerpo hacia cualquiera de las cualidades sensibles.

§ IV

15. Fuera del conocimiento que la experiencia da por los efectos, el gusto y el olfato son por lo común fieles exploradores de la conveniencia o desconveniencia de los alimentos: *Noxii enim cibi, innoxiique exploratores sunt odoratus et gustus,* dice Francisco Bayle en su *Curso Filosófico*. Muy rara vez engañaron estos dos porteros del domicilio del alma en el informe que hacen de si es amigo o enemigo el huésped que llama a la puerta. Conformome con el dictamen del P. Malebranche, de que es mejor gobernarnos por nuestros sentidos para la conservación de la salud, que por todas las leyes de la medicina: *Soli itaque sensus nostri utiliores sunt ad conservationem valetudinis nostrae, quam omnes leges Medicinae* (1). Especialmente al sentido del gusto la naturaleza le destinó para este efecto. Etmullero (2) con suma generalidad asegura que siempre se digiere bien aquello que se apetece con viveza, aun cuando el apetito nace de causa morbosa, llegando a decir que las mujeres que adolecen de aquel apetito depravado que llaman *pica*, sin incomodidad digieren barro, cal y ceniza, siendo tan preternaturales estas cosas porque las apetecen con ansia; y así, que el apetito vivo siempre se ha de tener por señal de que hay en el estómago fermento apropiado para disolver aquel alimento. El mismo autor ya vimos arriba como a los febricitantes da por nociva la comida de carne, sólo porque es ingrata a su gusto: *Carnes, sicuti ipsis ingratae sunt, ita etiam noxiae.*

16. No obstante, no aprobaré esta regla, dada con tanta generalidad, sin algunas excepciones. Lo primero, si el apetito nace de causa morbosa, podrá digerirse fácilmente el manjar y con todo ser nocivo, porque por el mismo caso que el fermento que le solicita es *preternatural*, el alimento que es connatural a él, ha de ser precisamente *preternatural* al cuerpo. Lo segundo, deben tenerse siempre por sospechosos, hasta tanto que la experiencia los justifique bastantemente, todos los alimentos de gusto muy alto, como los muy picantes, los muy agrios, los muy austeros, los muy dulces, etc. Asimismo, los que exceden mucho en las dos cualidades elementales de frío y calor, salvo en complexiones muy irregulares, cuya intemperie puede pedir corregirse con alguno de estos extremos.

---

(1) *De Diæta ad longæevitatem*, núm. 1.057.

(1) *De Inquir. Veritat.* in concl. trium. prim. lib.

(2) *Instit. Med.* 1, part., cap. III.

Pero no creo que haya complexiones que necesiten siempre de alimentos semejantes, y así, Hipócrates los condena absolutamente por desconvenientes a la naturaleza. Lo tercero, se ha de observar si el apetito nace de algún hábito depravado, que entonces no dejará de ser nocivo lo mismo que se apetece con demasía, como sucede en los que se dan a la embriaguez; aunque es verdad que no hace tanto daño, ni con mucho, como en los que no están acostumbrados. Y siempre que el apetito se vaya aumentando con la edad, de modo que sucesivamente pida aumentarse la cantidad de lo que se apetece, téngase por regla general de que no se ha de creer ni complacer al apetito. Omito las razones físicas de esmasiado, y porque la experiencia, que tas excepciones por no alargarme devale más que todas las razones físicas, las acredita.

17. Modificada la regla en esta forma, juzgo se puede y debe seguir la ley del apetito en la elección de comida y bebida. Ya porque es cierto que la naturaleza puso en armonía, en cuanto a la temperie, el paladar y el estómago, y así, es conforme a éste lo que a aquél es grato. Ya porque Dios nos dió los sentidos como atalayas para descubrir los objetos que pueden conducir o dañar a nuestra conservación, y el sentido del gusto sólo puede servir a este efecto discerniendo el alimento provechoso del nocivo. Ya porque la experiencia muestra que jamás el estómago abraza con cariño lo que el paladar recibe con tedio. Si alguno, no obstante, le pareciere que la regla que damos aun queda muy ancha, siga la de Hipócrates, que no dista mucho de ésta, en los *Aforismos*, donde dice que debemos preferir la comida y bebida gratas al gusto, aunque sean de algo peor sustancia, a las que son absolutamente mejores, pero no tan gratas: *Paulo deterior, et potus et cibus, verum jucundior, melioribus quidem, sed in jucundioribus praeferendus est* (1).

(1) Sect. 2. *Aphorism.* 38.

Y yo me constituyo reo si a alguno le saliere mal seguir esta regla.

18. En todo caso, ni en el estado de salud ni en el de enfermedad se forcejo jamás por introducir en el estómago lo que el paladar mira con positivo tedio. En esto delinquen mucho algunos médicos y casi todos los asistentes, especialmente si son mujeres, cuyo genio piadoso las hace porfiadas en esta materia, juzgando le hacen un gran bien al doliente metiéndole dentro del cuerpo un huésped desabrido.

§ V

19. En cuanto a mudar o no mudar de comida y bebida, no apruebo uno ni otro extremo, que entrambos tienen sus defensores. La regla de Celso, que es acostumbrarse a comer de todo lo que el pueblo comúnmente come: *Nullum cibi genus fugere, quo populus utatur* (1), me parece muy buena para todos aquellos que no tienen ya muy radicado el hábito opuesto. Es una parte sustancial de la buena educación, en que se falta mucho entre la gente acomodada, hacer a los niños a comer de todo de cuando en cuando; porque si después o por decadencia en la fortuna o por la elección de estado o por mudanza de país o por otro accidente, se ven precisados a usar de otros alimentos de aquellos con que fueron criados, no padezcan la alteración que ocasiona tanta novedad. En los ancianos es peligroso variar el alimento de que han usado toda la vida, aunque la mudanza se haga a paso muy lento. En la mediana edad varíese, siempre que el alimento de común uso engendra hastío y tal vez también aunque no haya esa circunstancia, por evitar los inconvenientes que trae el atarse escrupulosamente a una especie de alimento.

20. No tiene mucho inconveniente y acaso ninguno, en temperamentos de alguna resistencia, el usar una u otra vez

(1) *Lib.* 1, cap. 1.

de comida o bebida de calidades sobresalientes o gusto alto, como luego o poco después se corrija este extremo con el opuesto; pongo por caso comer o beber cosas muy calientes, como en el pasto inmediato se use de cosas frescas o al contrario. La misma naturaleza pedirá hacerlo así con la voz del apetito, como sucede en el que se calienta alguna vez demasiado con el vino de parte de noche, que apetece agua fría por la mañana, y el que fuera de su costumbre se llena de frutas o ensaladas crudas, no pasan muchas horas que apetece vino generoso y cosas calientes.

§ VI

21. Hemos tratado hasta ahora del régimen en cuanto a la calidad. Tratemos ahora de la cantidad. En esta materia hallo introducido un error comunísimo, y es que apenas se puede pecar por defecto. Doctos e indoctos casi están de acuerdo en que tanto mejor para la salud, cuanto más dentro de los términos de lo posible se estrechare la cantidad de comida y bebida; de modo que muchos apenas entienden por esta voz *dieta* otra cosa que comer y beber lo menos que se pueda. El noble veneciano Luis Cornaro, que habiendo sido en su juventud incomodado de varias indisposiciones, reduciéndose después a la estrechísima dieta de tomar diariamente doce onzas de comida y catorce de bebida, no sólo convaleció perfectamente de sus achaques, pero llegó a vivir más de cien años. En edad muy avanzada escribió un libro persuadiendo a todos a la vida sobria con su ejemplo, y aunque a muy pocos redujo su escrito a tanta austeridad, a casi todos hizo creer que convenía para alargar la vida y conservar la salud; pero contra toda razón, pues no crió Dios a Cornaro para regla de todos los demás hombres en materia de dieta, ni hubo jamás otro en el mundo que pudiese serlo. El doctísimo jesuíta Leonardo Lesio, que tradujo de italiano en latín el *Tratado* de Cornaro, dejándose persuadir de él, se estrechó a la misma dieta, pero no vivió más de sesenta y nueve años, y ésos con hartas incomodidades. A un hombre que comiendo y bebiendo con tanta escasez vivió cien años o muy pocos más, podríamos oponer un largo catálogo de aquellos que sin estos escrúpulos en el modo de tratarse vivieron muchos más años. El temperamento de Luis Cornaro pediría toda esa estrechez y rarísimo otro se hallará que pueda con ella. Ni aun en el mismo Cornaro consta bastantemente que a su dieta se debiese la convalecencia de las indisposiciones de la juventud, pues ésta pudo nacer de la naturaleza de las mismas indisposiciones: siendo cierto que hay algunas que son más propias de la juventud y por sí mismas se curan entrando en mayor edad. El temperamento de Cornaro hace conjeturar que las suyas fueron de este carácter, pues confiesa de sí que era de natural fogoso y muy propenso a la cólera. Naciendo de este humor sus indisposiciones, era mucho más natural que se curasen, mitigándose el fuego de su temperamento con la edad, que no con una estrecha dieta; pues ésta, en sentir de todos los médicos, no conviene a los de temperamento bilioso.

22. Hipócrates, bien lejos de aprobar por útil la dieta muy estrecha, la reprueba por nociva. En el libro *De Veteri Medicina* dice que no menos daña en esta parte el defecto que el exceso: *Non minus laedit hominem, si pauciora, quam satis est, assumantur: fames enim magnam potentiam in naturam hominis habet, et sanandi, et debilitandi, et occidendi. Multa vero etiam alia mala, diversa quidem ab his, quae ex repletione fiunt, non minus autem gravia vacationis sunt.* En los *Aforismos* no se contenta con esto, pues da por más peligroso el defecto que el exceso, tanto en los enfermos como en los sanos. Son sus palabras: *Mayores errores se cometen en estrechar la dieta, que en exceder algo de lo justo. Por lo cual aun en los sanos es peligroso el alimentarse con escasez, porque*

como se debilitan las fuerzas, hay menos tolerancia para los accidentes que pueden sobrevenir. Y así el constituirse dieta muy estrecha es más peligroso que el pasar algo la raya de lo suficiente (1).

23. Que sea nocivo el defecto como el exceso en la cantidad del alimento, lo convence la razón que el mismo Hipócrates da en otra parte: *Ni la saciedad* (dice) *ni la hambre ni otra cualquiera cosa que exceda el modo de la naturaleza, puede ser bueno* (2). Es claro que todo lo violento es enemigo de la naturaleza, y es claro asimismo que el hambre es violenta, como también la sed. Cuando el hambre y la sed no trajeran otro daño que aquella agonía y aflicción de ánimo que ocasionan, era bastante, pues nadie ignora cuánto importa la serenidad y quietud del espíritu para conservar la salud cuánto la daña cualquiera aflicción y dolor, tanto más, cuanto más grave fuere. ¿Cómo puede menos de ocasionar bastante daño pasar todo el día o todos los días en continua lucha con el propio apetito? ¿Andar la imaginación discurriendo por las fuentes, cuando están suspirando por un poco de humedad las fauces? ¿Tener las túnicas del estómago entregadas como presa a la acrimonia de un ácido, que había de emplear su voracidad en el alimento?

§ VII

24. Pero ¿qué? ¿Decimos por eso que se haya de comer y beber cuanto dictare el apetito? No por cierto. La regla de Galeno, que es levantarse siempre de la tabla con algo de apetencia, es muy ajustada a la razón. Debe quedar algún vacío, así en el estómago, como en el apetito; no tal que induzca aflicción y molestia; sí sólo que deje ágil el cuerpo y el espíritu. Esta puede ser la seña de no haber excedido. El que después de la refección siente el uso de sus miembros, potencias y sentidos igualmente expedito que antes de ella, no pasó de la raya de lo justo; al contrario, el que padeciere algo de torpeza en cualquiera de las facultades.

25. Celso está más indulgente, porque prescribe exceder algunas veces de lo justo y no sólo eso, mas también comer siempre cuanto pueda cocer el estómago: *Interdum in convivio esse, interdum ab eo se retrahere: modo plus iusto, modo non amplius assumere; bis die potius quam semel cibum capere: et semper quam plurimum, modo hunc concoquat* (1). La regla de comer cuanto pueda cocerse es sospechosa. Las fuerzas de la facultad, si se apuran, se debilitan. El estómago, que cada día hace cuanto puede, cada día podrá menos. Ningún cuerdo en un viaje largo empeña a su caballo en que amaine cada jornada todo aquello que su robustez tolera. Fuera de que no es fácil saber a punto fijo adónde alcanza la fuerza del estómago, y en caso de duda es más seguro quedarse un poco más atrás. Si fuéramos tan felices que se hubiese continuado hasta nosotros el estado de la inocencia, sería, así para la calidad, como para la cantidad de la refección, regla sin excepción el apetito, porque entonces nunca saldría del imperio de la razón. Las cosas ahora están de otro modo, y así es menester que señale algunas limitaciones la prudencia.

26. El consejo de exceder una u otra vez me parece razonable, por no ligar el cuerpo a un método indefectible, como en los pastos siguientes se cercene lo que se había excedido y en todo caso no se proceda a nueva refección sin tener el estómago enteramente aliviado y excitado bastantemente el apetito. Cuando se espera algún ejercicio inmoderado o se teme que falte después a la hora regular el alimento preciso, como acaece algunas veces en los caminos, puede prevenirse el estómago con refección más copiosa de la acostumbrada. Téngase siempre cuenta

(1) Sect. 1, núm. 5.
(2) Sect. 2, *Aphorism.* 4.

(1) *Lib.* cap. 1.

del ejercicio o trabajo corporal, el cual, cuanto sea mayor, pedirá más alimento, por lo mucho que disipa.

27. Las reglas dadas se entienden respecto de los cuerpos bien complexionados. Pero los que abundan de humores excrementicios, especialmente pituitosos o flemáticos, deben estrecharse más. Es verdad que por lo común en éstos es lánguido el apetito; y así, cercenando de él un poco, en conformidad de la regla que hemos dado de Galeno, quedará la cantidad del alimento en la proporción debida con su temperamento vicioso. Con todo, hay algunos de estos mismos que son algo glotones, lo que acaso proviene de que la misma intemperie de que adolecen turba o deshace la armonía, que en el estado natural hay entre la necesidad de la naturaleza y la voz del apetito. En tal caso deben tener muy tirante la rienda a su destemplanza, reduciéndose a padecer hambre y sed formalmente; que no durará mucho tiempo ese trabajo, pues se llegarán a consumir con la inedia y con la sed los mismos humores que irritan el apetito.

28. En cuanto a la división de los manjares entre comida y cena, hay división también entre los médicos. Unos pretenden que sea más larga la comida que la cena; otros, al contrario. Unos y otros alegan sus razones. La primera opinión está más valida en el uso común. Lo que tengo por más seguro es que cada uno observe cómo le va mejor y siga ese método. En fin, recomendamos siempre como capital y principalísima, así para la calidad, como para la cantidad de comida y bebida, la regla de la experiencia, la cual nunca se ha de perder de vista.

§ VIII

29. Lo que hemos dicho en cuanto a comida y bebida se debe entender de todas las demás cosas que componen el régimen de vida, sueño, ejercicio, habitación, etc. En todo es error obedecer el dictamen del médico contra la experiencia propia. El ejercicio debe ser moderado, pero esta moderación ha de ser respectiva a las fuerzas y al alimento. Cuando se exceda en la comida, a proporción se ha de exceder en el ejercicio. Al que por sus ocupaciones o su profesión pocas veces o por poco tiempo puede excitarse, juzgo convenirle el ejercicio algo violento, porque el exceso en la intensión supla el defecto de la extensión.

30. En el sueño apenas cabe error por exceso. Entregada la naturaleza al descanso, por sí sola prescribe el tiempo o la cantidad proporcionada al temperamento de cada uno. Contra el sueño meridiano están declarados muchos médicos, considerándole gran fomentador de catarros y fluxiones; pero yo he visto muchísimos hallarse muy bien durmiendo una hora o más, poco después de la comida. Esta es la práctica común de los religiosos, y no por eso son más incomodados que los seglares. Varias veces que he viajado por el estío, siempre he madrugado mucho, con el motivo de huir de los calores, con que me era preciso alargar hasta dos y tres horas el sueño meridiano para suplir la falta del nocturno, y no por eso sentí daño alguno. Opondránme acaso muchos la experiencia que tienen de que cuando duermen demasiado la siesta, sienten después la cabeza muy gravada. Respondo que en el juicio que se hace de esta experiencia (asimismo como en el de otras muchas) se comete el error de tomar por causa lo que es efecto y por efecto lo que es causa. No nace entonces la pesadez de la cabeza del sueño prolijo, antes el sueño prolijo nace de la pesadez de la cabeza. La mucha carga de vapores influye un sueño tenaz, y después del sueño continúa la pesadez, de que la cabeza se va desembarazando poco a poco, mediante la fluxión. Ser esto así se prueba, lo primero, porque cuando se duerme mucho la siesta para suplir el defecto de sueño de la noche antecedente, no se siente después esa pesadez; y si el sueño por razón de la hora ocasionara esa incomodidad, tam-

bién en este caso se padeciera. Lo segundo, porque siempre que hay gran inclinación a dormir largamente la siesta, aunque no se condescienda con ella, se padece del mismo modo pesadez de cabeza todo el resto del día, como yo mil veces he experimentado; luego no es el sueño quien causa la pesadez, antes la pesadez es la que causa el sueño.

§ IX

31. El ambiente que respiramos o país en que vivimos, tiene gran influjo en la conservación o detrimento de la salud. También en esta parte se debe el conocimiento a la experiencia, porque las reglas físicas que ordinariamente se dan son muy falibles. Casi todos condenan por insalubres los países húmedos, pero se engañan. Todo el Principado de Asturias es muy húmedo. Con todo, no sólo en las montañas de él, más también en los valles, vive más la gente que en Castilla. Las islas son mucho más húmedas que las regiones mediterráneas, porque por todas partes carga el mar su atmósfera de vapores. Sin embargo, Bacón observó que los isleños, por lo común, son de más larga vida que los habitadores del continente. Así los habitadores de las islas Orcades a la parte septentrional de Escocia, siendo así que son muy destemplados y no usan de alguna medicina, viven mucho más que los de Rusia, puestos en la misma altura del polo. En las Canarias y Terceras viven los hombres más que en las regiones del Africa, colocadas debajo del mismo paralelo. Más también en el Japón que en la China, no obstante la mucha mayor industria y aplicación de los chinos a la Medicina. No hay provincia alguna ni en Africa ni en América, puesta debajo del mismo paralelo que Ceylán, donde se viva tanto ni con tanta salud como en esta deliciosa isla. Y aquí se falsifica también la regla común de que los países que abundan mucho de árboles son enfermizos, pues la isla de Ceylán casi toda está cubierta de florestas.

32. De aquí se colige que ni la sequedad del país ni la aparente pureza del ambiente puede darnos total seguridad de ser bueno el clima. El temple de Madrid es muy aplaudido en toda España, por razón de la pureza del ambiente, calificada con la pronta disipación de todos los malos olores, aun de los propios cadáveres, pues los de los perros y gatos dejados en las calles se desecan, sin molestar a nadie con el hedor. Sin embargo, Francisco Bayle, en su *Curso Filosófico* (1) infiere de esa misma experiencia que el temple de Madrid es malo, atribuyendo el efecto a las muchas sales volátiles, acres o alcalinas de que está impregnado aquel ambiente, y de donde dice que nacen las muchas enfermedades que hay en la Corte: *Unde originem ducunt morbi, qui saepe Madriti grassantur a nimia sanguinis tenuitate, et solutione, quam infert aer salibus turgibus.* Añade que la práctica de dejar los cadáveres de los animales domésticos insepultos por los barrios y campos vecinos, aunque algunos físicos de por acá juzgan ser útil para templar con la crasicie de sus vapores la nimia tenuidad del aire, en realidad es muy nociva, porque con las expiraciones de los cadáveres aumentan el ambiente las sales acres. Como quiera que se filosofe (que esto de filosofar lo hace cada uno como quiere), el hecho es que en Madrid no vive tanto la gente como en algunos países de aire más grueso y nebuloso. Es cierto que la población de Madrid es poco menos numerosa que la de todo el Principado de Asturias. Con todo, seguro que se hallarán en Asturias más que duplicado el número de octogenarios, nonagenarios y centenarios que en Madrid (2).

(1) Tom. 1, fol., mihi 502.

(2) Estoy ya en la persuasión de que no percibirse en Madrid el mal olor de los cadáveres, no depende ni del principio que vulgarmente se imagina ni del que discurre Francisco Bayle. La prueba clara es, porque si dependiese de alguno de aquellos principios, como ambos son comunes, no sólo al recinto de la población, mas a todo el territorio vecino, no sólo en Madrid, mas ni en todo

33. Es fijo, pues, que la aparente pureza del ambiente no prueba la sanidad del clima. Y digo *la pureza aparente*, que consiste en la carencia de vapores o exhalaciones sensibles; porque puede el aire ser impuro por la mezcla de otros corpúsculos insensibles, sin embargo de descubrirse el cielo serenísimo por medio de la diafanidad de ese elemento. En las constituciones epidémicas, que dependen sin duda de la infección del aire, se ve esto muchas veces. Cuando la peste reina todo un año y años enteros, especialmente en países poco vaporosos, no deja de haber en el discurso del año muchos días serenísimos; con todo, la infección del ambiente persevera, y aun por lo común más en el estío, que es cuando está más despejado. Sydenhan observó muchos años epidémicos, sin alguna novedad en ellos en cuanto a las cualidades sensibles. Observó asimismo algunos años muy semejantes en las cualidades sensibles, de los cuales unos fueron epidémicos y otros no. Por lo cual dice este gran médico en varias partes que las constituciones no saludables de los años no dependen en alguna manera de las cualidades sensibles o elementales. Y tratando de la constitución epidémica de Londres en los años de 1665 y 1666, asienta que nadie sabe qué cualidad o disposición es la que hace al ambiente enfermizo, haciendo irrisión de la locura y arrogancia de los filosofantes, que presumen hallar las razones físicas de éste y otros muchos efectos naturales: *At verò quae qualisqui sit illa aeris dispositio, a qua morbificus hic apparatus promanat, nos pariter, ac complura alia, circa quae vecors ac arrogans philosophantium turba nugatur, plane ignoramus* (1).

34. De aquí se infiere que sólo la experiencia puede manifestar qué país es saludable y cuál enfermizo. Y es de advertir que en los climas sucede lo mismo que en los manjares; esto es, que ninguno hay que para todos los individuos sea bueno, ni apenas hay alguno tan malo que sea malo para todos. De los sitios o habitaciones dentro del mismo país o cuartos de la misma casa digo lo mismo; aunque no por eso niego que por lo común los sitios donde hay aguas estancadas o donde están embebidas en la tierra humedades permanentes, son muy nocivos. La observación me ha enseñado que hay suma diferencia entre aquella humedad que al ambiente se le comunica perennemente por las evaporaciones del terreno húmedo o pantanoso que está debajo o inmediato a él, y las otras humedades errantes de nieblas o nubes, que se han evaporado de sitios algo distantes. La primera humedad comúnmente es nociva. La segunda en muchísimos países vemos que no lo es. Acaso dependerá de que a poco trecho que se agite por el aire se purifica, deponiendo varios corpúsculos que la infeccionan.

35. La niebla es cierto que no en todos los países grava las cabezas. Y adonde hace este daño, estoy persuadido a que no le hace la misma sustancia o cuerpo sensible de la niebla, sino algunos corpúsculos sutilísimos malignos, que se le mezclan. La razón para mí es clara, porque cerradas puertas y ventanas bien ajustadas, de modo que no entre humedad sensible de la niebla en el aposento, se padece el mismo daño y en el mismo grado, que estando fuera de techo; lo que muchas veces he experimentado. Lo mismo digo de los vientos que incomodan en algunos países, como el oriental y el meridiano,

---

el territorio vecino se percibiría ese mal olor, lo que es falso como he experimentado algunas veces. A cincuenta o sesenta pasos del pueblo apesta del mismo modo un perro muerto que en otro cualquier país. La causa verdadera, a lo que entiendo de este fenómeno, es la grande hediondez de los excrementos vertidos en las calles, la cual sofoca, entrapa o embebe los hálitos que exhalan los cadáveres.

(1) En el tom. VII, disc. 1, núm. 46 y sig., propusimos como probable la opinión de que la peste proviene de unos particulares insectos volantes que, mediante la inspiración, se introducen en los cuerpos y allí exhibimos los fundamentos de esta opinión.

pues siendo cierto que aun en un cuarto bien cerrado, donde no entra el menor soplo o es tan poco lo que entra que no lo percibe el sentido, se siente la misma indisposición que si se caminara por un páramo, se infiere que lo que hace daño es la mixtura de algunos corpúsculos sutilísimos, acaso minerales, que en virtud de su tenuidad se introducen en todas partes, burlando cualesquiera precauciones.

§ X

36. Concluiremos este capítulo con algunas advertencias que miran a borrar ciertas erradas observaciones populares en materia de régimen, tan introducidas que justamente podremos llamarlas errores comunes.

37. Algunos toman por regla de su régimen a este o aquel individuo, que portándose de tal o tal modo, vivió mucho tiempo con salud constante. Es error. Lo primero, porque, como ya se advirtió, el régimen que para uno es muy bueno, para otro puede ser muy malo. Lo segundo, porque con cualquier género de régimen se hallarán unos que viven mucho, otros que viven poco. Unos viven mucho sin probar vino toda la vida; otros casi sin probar el agua. Unos comiendo sólo un género de manjar con templanza; otros comiendo de todo sin escrúpulo. Unos usando de cosas calientes; otros de frescas. El difunto marqués de Mancera, habiendo hecho toda la vida su principal pasto del chocolate, tan adicto a él, que ni aun en las fiebres le abandonaba, vivió ciento ocho años. Otros, que quieran seguir ese rumbo, no llegarán a los cuarenta. Ciertamente a los más será pernicioso.

38. La práctica de colocar la alcoba donde se duerme en la parte más retirada del edificio, a fin de defenderla de las injurias del ambiente externo, es errada, si no se toma la precaución de modo que pueda ventilarse a menudo. El ambiente estancado es nocivo, como el agua estancada. Conócese en el mal olor que despide siempre que se abre alguna alacena, arca o aposento que hayan estado mucho tiempo cerrados. Créese que de este principio nació aquella pestilencia que desoló el ejército de los antiguos galos, ocasionada de haber abierto en el templo de Delfos una grande arca, cerrada de tiempo inmemorial, donde pensaron hallar grandes riquezas. Atribuyeron los gentiles el estrago a venganza de Apolo contra los violadores de su templo. La razón persuade que el aire encarcelado por siglos enteros, sin respiradero alguno, pudo adquirir un altísimo grado de putrefacción, capaz de infeccionar todo el ambiente vecino con su maligno fermento. Acaso a la misma causa se deben atribuir las muertes repentinas de los minadores cuando rompen en las entrañas de la tierra algún hueco, antes que a los hálitos arsenicales de cuyo mineral no se han hallado vestigios en algunas partes donde han sucedido estas desgracias. Es, pues, nocivo el aire detenido en los aposentos, y mucho más estando imbuído de las impurezas que continuamente se evaporan de nuestros cuerpos, y así se deben dar a la alcoba dos entradas correspondientes a dos ventanas o puerta y ventana opuestas, para que siempre que está sereno el cielo o corre aire puro, se pueda ventilar, cuidando empero de que las puertas de la alcoba sean bien ajustadas; y en todo lo demás hágase cuanto se pueda por el abrigo.

39. El cubrir prontamente la ropa del lecho luego que se sale de él por la mañana, se tiene por aseo, siendo en realidad porquería y porquería dañosa. Antes se deben exponer luego las sábanas al ambiente, para que expiren los hálitos del cuerpo que embebieron toda la noche, antes que enfriándose se condensen, impidiéndose de ese modo la evaporación.

40. Todo el mundo está ya persuadido a lo mucho que importa la limpieza en la ropa, especialmente en la que está inmediata al cuerpo, habiéndose ya desterrado la bárbara práctica, ordenada comúnmente por los vulgares médicos, de mantener los enfermos con la mis-

ma camisa en todo el discurso de la dolencia. Pero se ha sustituído en esta materia una precaución que se tiene por conveniente y es nociva. Antes de poner la camisa limpia al enfermo, hacen que se la vista algún sano aquel tiempo que es menester para que se caliente y deseque de cualquier humedad residua; esto sólo por el discurso de que el calor comunicado del cuerpo de otro hombre es más connatural al enfermo que el que comunican el sol o el fuego. ¡Raros modos de filosofar tienen algunos hombres! El calor todo es de una especie ínfima en buena filosofía; y así, de cualesquiera agentes que se comunique, produce los mismos efectos a proporción de su intensión. Del mismo modo deseca y enrarece el calor del sol que el del fuego. Algunas operaciones peculiares, que se atribuyen al calor nativo de los vivientes, dependen de la concurrencia de otras facultades distintas, por lo cual está hoy abandonada la sentencia de que la disolución de los alimentos en el estómago se hace sólo en virtud del calor nativo, si no es que por la voz *nativo* se entienda otra alguna cosa sobreañadida a la razón de calor. Mas aun en caso que se diga que el calor del estómago por sí sólo perfecciona esta obra, no por eso se prueba que sea distinto en especie del calor del sol ni del fuego. La razón es porque sólo puede hacer la disolución del alimento, excitando la fermentación y la operación de excitar la fermentación es común al calor del sol y al del fuego. No sólo en los mixtos inanimados, mas también en los vivientes, se ve que promueve el calor del fuego la fermentación, pues usando de él se anticipa a los vegetables la madurez de sus frutos, supliendo la actividad de este elemento la tibieza de aquel astro. Siendo, pues, el calor en nuestros cuerpor uno mismo en especie con el del sol y el del fuego, ninguna utilidad se le procura al enfermo en que la camisa se le caliente con el contacto de otro hombre. Y por otra parte se le ocasiona algún daño, pues se la ponen después que ha embebido ya alguna porción de las exhalaciones excrementicias de otro cuerpo. Por eso será mejor desecarla al sol o al fuego, dándole aquel grado de calor que en el estado natural tiene el cuerpo humano.

41. Algunos siguen la máxima de usar en todas las estaciones del año la misma cantidad de ropa, así en el lecho como en el vestido. No debe ser así, sino quitar o añadir a proporción del frío y calor. La cantidad de ropa que en el invierno es menester para abrigo, en el estío sobra para ahogo. Bacon dice que la demasiada ropa disuelve el cuerpo: *Vestes nimiae, sive in lectis, sive portatae corpus solvunt* (1).

Cuando a veces el calor del estío laxa demasiadamente los cuerpos, ¿para qué se ha de aumentar el daño con la opresión de los vestidos? Es verdad que el adagio castellano dice: *Si quieres vivir sano, la ropa que traes por invierno, tráetela por verano*, pero yo nunca he asentido a que todos los adagios sean evangelios breves, y quien se pone de intento a impugnar errores comunes no debe embarazarse en refranes. A los que veneran tales textos les daré la explicación del presente, que me ocurrió siendo novicio, en ocasión que mi maestro me arguyó con él, viéndome un día ardiente muy aliviado de ropa. «Padre maestro, le dije, ese adagio favorece mi opinión, porque quiere decir que nos abriguemos mucho menos en verano que en invierno.» «¿Cómo?», me replicó. «Como, respondí, la ropa que se ha usado todo el invierno, cuando llegue el estío, es necesario que ya esté algo raída y con mucho menos pelusa, es preciso que entonces abrigue y cargue mucho menos, y así entiendo yo el consejo de que la ropa que se trae por invierno, se traiga por verano. Ni me hace fuerza el ejemplo de algunos que se hallan bien usando la misma cantidad de ropa todo el año. Comúnmente estos hombres adictos a un método inalterable, sin distinción de tiempos y circunstancias, son de una complexión de bronce, a que se siguen dictámenes

(1) In *Hist. vitae. et mortis.*

de hierro. Cualquiera lección que tomen en orden a régimen, aunque no sea la más oportuna, con ella tienen salud, porque para todo les sobra robustez. Y como los hombres de temperamento tan fuerte no son por lo común los más reflexivos, nadie los vencerá con alguna razón a que por poco tiempo prueben si de otro modo les va mejor. Sin embargo, no me atrevo a condenarlos si en la práctica que siguen no padecen alguna molestia. Pero dudo que el cargarse de ropa en el mayor hervor del estío no les sea penoso. Lo dicho en este artículo se debe entender con alguna limitación para aquellos países donde por la vecindad de alguna montaña elevada suelen levantarse intempestivamente en medio de los calores vientos fríos y penetrantes.

42. Dejar la ventana del aposento abierta en las noches ardientes del estío se tiene por arriesgado. Yo lo ejecuté muchas veces y vi algunos otros que lo ejecutaban cuando el calor era muy excesivo, sin experimentar jamás algún daño. Pero esto no podrá ejecutarse en los países donde sucede lo que dijimos arriba, de levantarse inopinadamente, en medio de los calores, vientos fríos, si la ventana no está al lado opuesto de la montaña de donde soplan; tampoco en los lugares donde arrojan de noche en las calles todas las inmundicias.

43. La elección de agua para beber es uno de los puntos considerables en materia de régimen. Las señas comunes y probables de la buena son carecer de todo sabor, ser cristalina, ligera, calentarse o enfriarse prontamente, cocerse presto en ella las legumbres. Pero la de nacer la fuente al Oriente la he visto falsificada mil veces. El país adonde escribo esto abunda de fuentes y tres que hay, las mejores de todas, nacen al Poniente. Ni, si se consulta bien la razón natural, se puede hacer mucho aprecio de esta seña (1).

44. La experiencia de pesar las aguas para conocer la bondad de ellas es engañosa. Puede la agua, que es más pesada que otra, ser para el estómago

(1) El P. Regnault, tom. II de los *Coloquios Físicos*, coloq. 7, dice que las mejores fuentes se deben buscar en el pendiente de las montañas que mira al Norte, fundado en la razón de que, no estando semejantes sitios expuestos al Sol, sus rayos no desecan la tierra, disipando lo que las aguas tienen de más espirituoso. Otros quieren que se prefieran las que están en sitios ilustrados del Sol, pretendiendo que sus rayos purifican las aguas. Yo quiero que se prefiera la experiencia a todo raciocinio; más si por discurso se hubiese de hacer elección, antes me atendría al primero que al segundo. El calor del Sol u otro cualquiera, sin duda evaporiza las partes más sutiles y flúidas del agua; así dejará el resto más grueso, glutinoso y pesado, pues debemos suponer que ninguna agua es perfectamente homogénea; lo uno, porque siempre están mezclados en ella, muchos corpúsculos sólidos; lo otro, porque ni aun en las partes líquidas son de igual fluidez, lo que fácilmente notamos en las aguas de distintas fuentes. Añádase, que si el Sol calienta mucho el agua puede producir en ella aquellos insectos que en fuerza del mucho calor se engendran en el agua, que llevan los bajeles de curso dilatado.

Muchos autores, tanto antiguos como modernos, prefieren a todas las demás el agua llovediza, calificándola por mejor que la de fuentes y ríos. Considerando que el agua llovediza se forma de los vapores que se elevan de las aguas terrestres, y que lo que se eleva en vapores es lo más sutil y tenue del cuerpo que lo exhala, dedujeron que el agua llovediza es la más pura, tenue y sutil de todas. Pero la falacia de este discurso está descubierta por la experiencia. Yo la hice algunas veces con todas las precauciones necesarias, esto es, tomando el agua, no de los canales de los techos ni de nubes tempestuosas, sino derechamente del cielo y de nubes pacíficas. Con todo nunca logré más que un agua impura, de mal gusto, mal color y mal olor. Así es de creer que los vapores al subir y mucho más al bajar, incorporan en sí muchos corpúsculos de mala índole, que fluctúan en la atmósfera, los cuales la hacen impura. Compruébase esto con el vulgar axioma *clarior post nubila Phaebus*. La mayor claridad del Sol viene de la mayor pureza de la atmósfera; luego, si después de resolverse en lluvia los nublados parece el Sol más brillante, es sin duda porque la lluvia al caer purgó la atmósfera, llevando consigo muchos corpúsculos que la empañaban. Habiendo yo propuesto este pensamiento a un sujeto aficionado a observaciones filosóficas, me lo confirmó con repetidos experimentos que había hecho, de que después de resolverse en agua las nubes, veía con el telescopio algunos objetos distantes, los cuales no distinguía fuera de esa

más ligera, a razón de la mayor flexibilidad o mayor disolubilidad de la textura de sus partículas, por la cual se acomoda mejor y penetra más fácilmente las vías. Puede también tal vez depender la mayor levidad del agua de tener mayor mixtura de aire, en cuyo caso no será la más ligera más provechosa. En los alimentos se ve que no siempre los más ligeros en sí mismos son los más ligeros en el estómago. El sebo es mucho más ligero que la carne, pero para el estómago más pesado. Así las aguas se han de pesar en el estómago, no en la balanza. Algunas experiencias que hice me confirmaron esta máxima.

45. Otro error comunísimo que he hallado en cuanto a la agua y otra cualquiera bebida, es condenar por perniciosa la que habiéndose enfriado con nieve, perdió aquella frialdad intensa. Dicen que está pasada y no sé lo que quieren significar con esto. Si por pasada entienden corrompida, se engañan, porque la corrupción de cualquier licor se manifiesta en sus cualidades sensibles, y en ninguna de éstas se inmuta el agua por enfriarse: o si alguna vez se inmuta es porque la vasija en que se enfrió le comunicó algún sabor u olor extraño; pero lo mismo sucedería estando en ella sin enfriarse. Así se vera que en vasija de vidrio limpia, aunque se enfríe diez veces no se inmuta ni en color ni en sabor ni en olor. Acaso introdujo este error la experiencia de lo que pasa en las bebidas compuestas. Pero éstas se corrompen o inmutan sensiblemente, pasados uno o dos días, que se enfríen que no, a causa de la fermentación que ocasiona su heterogeneidad. Haga el que quisiere la experiencia con un poco de horchata y lo verá. La agua de los ríos de curso dilatado, cien veces se enfría con la destemplanza de la noche, y otras tantas se calienta con la presencia del sol, sin perder nada de su calidad. Aun la que se ha helado se deja beber después de liquidada del mismo modo que antes. El vino que se transporta por altísimas montañas se enfría mucho en ellas y después se calienta tal vez demasiado en los valles, sin perder nada de su valor. A este argumento me han respondido algunos de aquellos que pasan por filósofos sólo porque estudiaron si la materia tiene propia existencia, si la unión se distingue de las partes, etc. Que la frialdad en los ejemplos que traemos es natural y la del caso en cuestión, violenta. Pero esto es hablar sin reflexión y acaso sin inteligencia de las voces. Si a la agua le es violenta la frialdad que le comunica la nieve, lo será asimismo la que le comunica el ambiente friísimo de la noche, cuando llega a helarla, pues una y otra frialdad son de la misma especie ínfima, y aun el agente es el mismo en cuanto a la especie, conviene a saber: el nitro incorporado en la nieve o esparcido en el aire. Cuando el vino es conducido por montañas nevadas, la nieve es quien le enfría inmediatamente, enfriando inmediatamente al ambiente vecino, como en la corchera le enfría mediatamente, enfriando inmediatamente la vasija. Las fuentes y ríos que bajan de montañas altísimas se surten por la mayor parte de la nieve derretida, penetrada en los senos de la tierra, sin que después que en los

circunstancia por sereno que estuviese el día. Si recogida por mucho tiempo el agua llovediza en las cisternas depone en sedimento todos esos corpúsculos y queda pura, lo sabrán los que la han bebido. Ciertamente sucede así en la que se recoge de los ríos hinchados con grandes lluvias y depositada en los aljibes, en la cual la mucha tierra que viene mezclada con ella, al precipitarse al fondo en fuerza de su peso, precipita también esas otras impurezas del agua llovediza. Pero tampoco ese agua es comparable con la de algunas fuentes o ríos escogidos, como he notado varias veces, y tengo un sentido bien exquisito para distinguir la delicadeza de las aguas, no sólo a la percepción del paladar, más aún al contacto de la mano.

Puede ser que el dictamen de que el agua de lluvia es mejor que la de fuentes y ríos venga de la observación hecha en otras naciones, donde el agua de las fuentes sea de inferior calidad a la de las fuentes de España. Muéveme a esta sospecha haber leído en el Diccionario de Trevoux, V, *Eau*, la siguiente cláusula: *El agua de España es excelente: ella no se corrompe jamás.*

valles se calientan sus aguas, se perciba en ellos alguna cualidad maligna. Decir que una frialdad es natural y otra artificial nada significa, porque lo que hay artificial en el caso en cuestión es únicamente la aplicación y la aplicación es sólo condición para obrar desnuda de todo influjo, por lo cual no puede inducir buena ni mala cualidad en la bebida. Aun cuando concediéramos ser algo violenta a la agua la frialdad de la nieve, nada se probaría de ahí, pues mucho más violento le es el calor que le da el fuego y por más que hierva no se corrompe, si se cuece sola. En fin, yo en mis menores años bebí muchas veces el agua que se había enfriado en cantimplora de vidrio después de perder la frialdad, sin percibir jamás la menor lesión.

46. Omito otras advertencias en orden al régimen, porque para decirlo todo sería menester hacer libro entero de este asunto. Y repito que en todas las cosas de que se compone el régimen, cada uno se gobierne por su experiencia, estando advertido de entenderla bien; porque muchas veces se yerra enormemente en las conclusiones que se deducen de la observación o tomando por efecto la que es causa, como demostré arriba tratando del sueño meridiano, o tomando por causa lo que ni es causa ni efecto, sino cosa puramente concomitante; y este es el yerro más común. Muchos de cualquier incomodidad que sientan echan la culpa a cualquier novedad que hayan hecho en la comida o en la bebida o en otra cosa, por menuda que sea. Es menester ver si repitiendo esa novedad resulta el mismo efecto; porque si no, sería concurrencia casual y no ocasionada de la indisposición con la novedad. Teniendo presente esta regla, es ocioso preguntar al médico en estado de salud, aunque sea algo débil, qué y cuánto se ha de comer o beber, cuánto y cuándo se ha de hacer ejercicio, etcétera. En que muchos son tan supersticiosos que no pasarán, aunque rabien de hambre o de sed, de la raya que el médico señala, y médicos hay que todo lo determinan con tanta exactitud como si lo midiesen con compás matemático. Acuérdome de haber leído de uno a quien el médico, consultado sobre el punto de hacer ejercicio, señaló el número de paseos o vueltas que había de dar en el cuarto, y después el consultante, ocurriéndole que no había expresado si los pasos habían de ser hacia lo largo o hacia lo ancho del cuarto, se lo envió a preguntar al médico a su casa. No por esto repruebo algunos consejos generales y aun al o particularizados, cuando los médicos con larga y atenta experiencia han tanteado la calidad de los alimentos del país y el temperamento del consultante.

Aunque el examen de la común opinión que la aplicación a las letras es muy perjudicial a la salud pertenecía a este discurso, por ser materia que pide discusión más exacta se reserva para colocarse aparte en el siguiente.

ECLIPSES

Discurso nono

§ 1

1. Aunque los pronósticos que hacen los astrólogos por la inspección de los eclipses parece debieran ser comprendidos e impugnados en el discurso pasado, por ser en parte materia de sus almanaques, he juzgado más oportuno hacerles proceso aparte, porque en realidad es la causa diversa, siendo cierto que este error no se funda tanto en la vanidad astrológica, cuanto en una mal considerada física.

2. En aquellos tiempos rudos, cuando se ignoraba la causa natural de los eclipses, no es de extrañar que sobre ellos concibiesen los hombres extravagantes ideas. Así (según refiere Plinio) Estersícoro y Píndaro, ilustrísimos poetas, consintieron en el error vulgar de su siglo, atribuyendo a hechicería o encanto la oscuridad de los dos luminares. Por esto era rito constante entonces dar todos grandes voces y hacer estrépito con tímpanos, vacías y otros instrumentos sonoros, a fin de turbar o impedir que llegasen al cielo las voces de los encantadores. A lo que aludió Juvenal, cuando de una mujer muy locuaz y voceadora dijo:

Una laboranti poterit succurrere Lunae.

Los turcos y persas continúan hoy la misma superstición, aunque con motivo distinto, que es el de desbaratar o desvanecer con el ruido las malignas impresiones de los eclipses, a que añaden el cubrir cuidadosamente las fuentes públicas porque no les comunique algún inquinamiento el ambiente viciado con el adverso influjo. Lo mismo hacen los chinos en cuanto al estrépito, como testifica el P. Martín Martini, aunque asistidos ya de matemáticos que les predicen el día y la hora del eclipse y desengañados de que el eclipse de sol no es más que la falta de comunicación de sus rayos a la tierra por la interposición de la luna y el eclipse de luna la falta de comunicación de la luz solar a ella por la interposición de la tierra. Tanto se arraiga en los ánimos una observación supersticiosa, que apenas puede turbarla de la posesión el más claro desengaño. Ni son menos ridículos los habitadores de Coromandel, los cuales atribuyendo a sus pecados el eclipse de luna, luego que le advierten, a tropas entran a lavarse en el mar, creyendo que así expían sus culpas.

3. Aunque errores de este tamaño son particulares sólo de algunas bárbaras naciones, en todas reina el general engaño de que los eclipses ocasionan graves daños a las cosas sublunares, tanto sensibles como insensibles, con sus enemigos influjos. Tan universal es el miedo de los eclipses, que Plinio le extiende hasta los mismos brutos: *Namque defectum siderum et caeterae pavent quadrupedes.* Pero es cierto que se engaña, porque yo los he observado nada menos alegres y festivos durante el eclipse, que fuera de él. Y así aseguro que no es el miedo de los eclipses instinto de los irracio-

nales, sino irracionalidad de los hombres, temor ajeno de todo fundamento y qué a veces ocasiona grave perjuicio, atando las manos para ejecutar lo conveniente. Como le sucedió a Nicias, capitán de los atenienses, que siéndole preciso retirarse con la armada naval del sitio infeliz de Siracusa, dejó de hacerlo por ver eclipsada la luna, pareciéndole que cuanto en aquel tiempo fatal se ejecutase, tendría éxito funesto. De que resultó que cargando luego sobre él los siracusanos, derrotaron enteramente a los atenienses. Muchos como Nicias, durante el eclipse, levantan la mano de los negocios y por esa interrupción pierden las coyunturas. Yo vi no pocos, al asomar el eclipse, meterse más tímidos en sus aposentos que los conejos en sus madrigueras. Y no sé si perdieron algo de su supersticioso miedo, viendo que a mí no me había sucedido algún daño, aunque, mientras duró el eclipse, de propósito me estuve paseando a cielo descubierto.

§ II

4. De modo que la experiencia está muy lejos de autorizar ese miedo y la razón evidentemente le convence de vano. Porque no siendo otra cosa el eclipse de luna que la falta de su luz refleja por la interposición de la tierra, y el de sol la falta de la suya por la interposición de la luna, pregunto: ¿qué daño puede hacer el que falte por un breve rato, ni de noche la luz de la luna ni de día la del sol? ¿No falta una y otra luz por una nube interpuesta, y aun más dilatado tiempo, sin que por eso se siga daño perceptible ni en la tierra ni en los animales ni en las plantas? ¿Qué más tendrá faltarme la luz del sol porque la luna me la estorba, que faltarme porque el techo de mi domicilio donde estoy recogido me la impide? La calidad o naturaleza del cuerpo interpuesto no hace al caso, porque el techo de mi aposento sea de esta madera o de la otra, que esté cubierto de plomo o de pizarra o de teja, no puede hacer que la falta de luz, ocasionada de este estorbo, sea más o menos nociva.

5. Pericles, capitán de los atenienses, viendo turbados por un eclipse de sol los soldados que estaban prevenidos para una expedición marítima, oportunamente opuso a los ojos del gobernador de la armada, consternado como los demás, la capa de púrpura que tenía sobre sus hombros, estorbándole con ella la vista del cielo; y preguntándole si aquello le podía hacer o pronosticar algún daño, respondióle el gobernador que no. Replicó Pericles: pues no hay alguna diferencia de una cosa a otra, sino que la luna, como mucho mayor cuerpo, quita a muchos la luz del sol y la capa a uno solo.

6. Lo mismo digo de la falta de calor que puede venir de uno u otro astro. Fuera de que de la luna no nos viene algún calor o es totalmente insensible. Así lo mostró la experiencia en el mejor espejo ustorio que jamás hubo en el mundo (dejamos aparte los de Arquímedes, acaso fabulosos), que fué el que pocos años ha, como se lee en las *Memorias de Trevoux*, fabricó en Francia el señor Villete; tan activo que no se encontró materia alguna que expuesta al sol no liquidase prontamente colocada en el punto del foco. Digo que en este espejo se vió que la luna no produce calor poco ni mucho, pues habiendo recogido sus rayos en él, no se percibió en el punto del foco calor alguno, y por poco que fuese el calor de la luna, creciendo en aquel punto a proporción que el del sol, se había de sentir allí muy vehemente.

7. Ni se me oponga aquel verso del salmo 120: *Perdiem Sol non uret te, neque Luna per noctem*, del cual se movió Vallés para conceder en su *Filosofía Sacra*, capítulo 71, virtud de calentar a la luna. Digo que este texto no prueba el intento. Lo primero, porque en doctrina de San Agustín sólo admite sentido místico, y así el cardenal Hugo no le dió otras inteligencias que las de esta clase. Lo segundo, porque como se puede ver en Lorino, el

verbo hebreo de lo original no significa ustión o calefacción, sino cualquier género de lesión en general. Lo tercero, porque, como exponen otros, la luna quema no calentando, sino enfriando, o hace con el frío algunos efectos semejantes a los que obra el sol con el calor. Por lo que dijo un poeta:

Unum operantur.
Et calor et frigus; sicut hoc, sic et illud [adurit.
Sic tenebrae visum, sic Sol contrarius [aufert.

Y que no puede entenderse el texto literalmente, según el rigor del verbo latino *uro*, es claro, pues aunque se conceda alguna actividad para calentar a la luna, nadie dirá que es tanta que llegue a quemar.

8. Si alguno piensa que la sombra de la tierra, llegando a la luna, puede malear su influjo, considere lo primero que la sombra, siendo pura carencia, no puede tener actividad alguna poca ni mucha. Considere lo segundo que aun cuando concediésemos a la sombra alguna facultad para inficionar el influjo, no habría por lo menos que temer en el eclipse del sol, pues nunca llega ni puede llegar por razón del eclipse a este astro alguna sombra: *supra Lunam pura omnia ac diurnae lucis plena,* dice Plinio. Dije *por razón del eclipse,* para excluir aquellas sombras que en el sol muestran sus propias manchas, poco ha empezadas a observar con los telescopios.

§ III

9. Es muy del caso, para desvanecer el miedo de los eclipses, proponer aquí lo que dice de ellos Jerónimo Cardano. Este autor, cuyas decisiones deben ser muy veneradas de los astrólogos por haber sido gran protector de las ideas de la judiciaria, tan lejos está de condenar los eclipses por nocivos, que antes los aprueba por útiles. En caso de no ser muy frecuentes, asienta que todos los eclipses enfrían sensiblemente la tierra y los vivientes. Pero en eso mismo funda su conveniencia. *Siendo* (dice) *necesario el calor para conservar la vida de los animales y las plantas, entre los siete planetas sólo uno fué criado de naturaleza fría, que es Saturno. Pero no pudiendo un solo planeta frío corregir el ardor que ocasionan seis planetas calientes, para que en el discurso del tiempo no fuese abrasado el mundo, dispuso Dios que de tiempo en tiempo hubiese eclipses, los cuales refrescasen la tierra* (1). Según esta doctrina, en vez de temer los eclipses, debemos amarlos como auxiliares de nuestra conservación, por cuanto templan las ardientes iras de los seis planetas, que sin ese correctivo nos redujeran a cenizas. Es verdad que no es muy coherente esto con lo que Cardano dice en otra parte, que si el eclipse de sol sucede estando las mieses en flor, aquel año no tienen grano las espigas. Ciertamente frialdad que hace tanto daño en las mieses es muy excesiva para que se puedan esperar de ella buenos efectos en las demás sustancias animadas. Pero ¿quién creerá que la ausencia del calor del sol por tres horas, que es lo más que duran sus eclipses, pueda ocasionar tanta ruina, cuando no vemos seguirse estos estragos aunque las nubes nos le escondan por tres días?

10. También es bueno advertir aquí que la regla que da Cardano en cuanto a la duración de los eclipses está encontrada con lo que en este punto se nos dice comúnmente en los almanaques. La regla de Cardano es (2) que los efectos de los eclipses de luna duran otros tantos meses y los del sol otros tantos años cuantas horas hubieren durado o éstos o aquéllos. Y siendo cierto que el eclipse más largo de sol no dura más que tres horas ni el de luna más que cuatro, sólo a tres años pueden extenderse los efectos de aquél y sólo a cuatro meses los de éste. ¿Cómo se compondrá esto con la larga serie de años que tal vez ponen los almana-

---

(1) *Aphorism. Astron.* segm. 7. aphor. 52.
(2) Ubi sup. *Aphor.* 75.

ques sujetos al maligno influjo de los Eclipses?

11. Aunque hemos impugnado hasta aquí los malignos influjos de los eclipses en cuanto dependientes de causa física, conviene a saber, de la frialdad que puede ocasionar la ausencia de la luz de los dos astros, no se piense por esto que los astrólogos no introducen también en esta materia los soñados preceptos de la judiciaria. Hace mucho al caso, según su doctrina, para determinar, variar o modificar el influjo de la causa física, la casa celeste donde sucede el eclipse; también la positura de los dos luminares en este o en aquel signo, con otras cosas a este tono, cuya impugnación omitimos; porque cuanto se ha dicho arriba contra la astrología judiciaria sobre ser sus preceptos absolutamente arbitrarios, sin fundamento alguno, ni de razón ni de experiencia, es adaptable al asunto presente.

12. Depóngase, pues, el vano miedo de esos fatales efectos, que, a Dios te la depare buena, nos pronostican los almanaquistas han de durar por tantos o tantos años. *A signis caeli nolite metuere, quae timent gentes*, clama Dios por Jeremías. No temáis, como los gentiles, las señales del cielo. Este texto desengaña generalmente de la vanidad de la judiciaria. Pero parece que con alguna particularidad se puede aplicar a relevarnos del susto que nos introducen los astrólogos con sus imaginarios efectos de los eclipses. Y desc también por dicho esto para los cometas, de los cuales vamos a hablar ahora.

COMETAS

Discurso décimo

§ I

1. Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo; émulo en la aprensión humana de la generosa furia del rayo, porque como éste hiere en lo más alto, aquél en lo más noble. Acaso la consideración de que los príncipes tienen menos que temer de parte de la tierra que los demás hombres les hizo añadir terrores en la superior esfera, para contener su orgullo. Pero en la verdad tantos enemigos de su vida tienen los príncipes acá abajo que para asustarles el aliento no es menester que conspiren con los malignos vapores de la tierra los brillantes ceños del aire. La ambición del vecino, la queja del vasallo, el cuidado propio, son los cometas que deben temer los soberanos. Esotras erráticas antorchas no pueden hacer más daño que el que ocasionan con el susto.

2. No sólo el vulgo, ni sólo para los príncipes, reconoce calamitosos los cometas. También algunos autores de escogida nota fomentan estos miedos, extendiéndolos a las ciudades, a los reinos, en fin, al común de los hombres. De este número son Fromondo, Keplero, Cabeo, Kirquerio, Cardano y otros. Bien que no todos discurren por un mismo camino. Algunos constituyen a los cometas señales naturales prácticas de los males que les atribuyen; esto es, dicen que los significan, porque físicamente los causan. Otros, desnudándolos de toda física eficiencia, les niegan la significación natural, concediéndoles sólo ser signos por la voluntaria ordenación divina, o como se explican las escuelas, *signos ad placitum.* Y aun entre éstos hay alguna división, porque algunos quieren què no sólo la significación, más ni aun la existencia, sea natural en los cometas, pretendiendo que Dios inmediatamente por si mismo los produce sin dependencia o concurso de alguna causa natural, a fin de anunciar con ellos los azotes que su justa ira prepara a los mortales, porque en vista de la amenaza se muevan a la enmienda. Otros, dejando su producción, como la de todos los demás materiales entes, en mano de las causas segundas, ponen la significación pendiente únicamente del beneplácito divino, no de otro modo que el Iris, siendo natural en su existencia y producción, es señal de que no habrá otro Diluvio, sólo porque Dios quiere que lo sea.

3. Este sentir no se funda ni puede fundar en otra cosa que en la observación de haber sucedido muertes de príncipes y calamidades públicas a las apariciones de los cometas. Beyerlink, en el *Teatro de la Vida Humana,* verbo *Cometa,* trae un catálogo de sucesos fatales, consiguientes a algunos de estos espantosos fenómenos. Lo mismo hacen otros autores.

4. Mas este fundamento se hallará sumamente ruinoso si se observa que las calamidades, no sólo privadas, mas también públicas de los mortales, menudean tanto y son tan frecuentes que se podría contar por singular prodigio si hubiese año en que no acaeciese alguna. ¿Cuál se hallará en los anales tan digno de señalarse con piedra

blanca, que no digo comprendiendo toda la circunferencia del mundo, mas aun ciñéndonos al ámbito de Europa, no haya sido infausto para estos o aquellos reinos, o con esterilidades o con epidemias o con guerras o con prodigiosas inundaciones o con muertes de príncipes? Estas grandes espinas fructifica comúnmente la tierra por el pecado de Adán, y sus hijos con los nuestros repetimos al enojo divino los motivos para que repita los azotes. Que haya, pues, cometa, que no le haya, el mundo en todos los años será valle de lágrimas, y nunca faltarán en él miserias públicas. De aquí se infiere que por las observaciones no hay más razón para atribuir nuestras desdichas a la existencia de los cometas, que a la falta de ellos, pues del mismo modo tenemos que llorar cuando no los hay, que cuando los hay.

§ II

5. Añádese a esto la incertidumbre, insuficiencia y ambigüedad de las observaciones hechas. Señalan algunos autores un cometa que duró veintinueve días en el año de 1657 de la creación del mundo, el cual quieren fuese prenuncio del diluvio universal. Quisiera saber en qué monumentos hallaron noticia de este cometa. La Sagrada Escritura no dice tal cosa. De las historias profanas dignas de alguna fe ninguna es anterior a la guerra de Troya. Con que sólo resta que Herlicio u otro cualquiera que haya sido el primero que nos dió noticia de este cometa, tuviese dentro de su gabinete las nunca vistas columnas de Seth, donde estuviese grabada esta narración, juntamente con la general instrucción de todas las artes, que algunos autores antojadizos quieren se hayan comunicado después del diluvio por medio de estas columnas a los hombres.

6. Siendo el número de los cometas hasta ahora observados en todo el discurso de los siglos hasta quinientos, pocos más o menos, Beyerlinck, citado arriba, cuenta solos hasta unos treinta, a quienes se siguieron sucesos infaustos. Aun cuando a todos los cometas observados se siguiesen otros semejantes, nada se probaría, por lo dicho arriba. Mucho menos siendo en tan corto número los infortunados. Y aun al cometa del año 1500 no le encuentra otro vaticinio que el de nacimiento del emperador Carlos V, que ciertamente no puede numerarse a los sucesos infelices.

7. Pero lo más notable en esta materia es que el P. Juan Zahno, docto premostratense alemán (1), propone un largo catálogo cronológico de todos los cometas que hubo desde el principio del mundo hasta el del año 1682, y sucesivamente con igualdad refiere sucesos infelices y prósperos que acaecieron inmediatamente después de cada uno de ellos. De modo que por esta cuenta no hubo cometa que no fuese igualmente fausto que terrible. Luego la experiencia nada nos enseña en el asunto. Y no habiendo otro oráculo que consultar en él, se ve que es sin fundamento cuanto se dice y teme de las amenazas de los cometas.

§ III

8. Entre los mismos que tienen por vaticinantes los cometas hay tanta discrepancia, que eso sólo bastaría para despreciar su opinión. Unos los tienen por universalmente fatales: otros juzgan que son faustos en determinadas circunstancias y respectos. Pongo por ejemplo: algunos autores que cita Cardano dicen que si el cometa dirige su curso al ocaso pronostica excelente constitución y temperamento del año. Y que el que naciere estando el cometa en medio del cielo, logrará alta y esclarecida fortuna. En tiempo de Augusto es cierto que no eran tenidos los cometas generalmente por infaustos, pues uno que apareció al principio de su reinado le tuvo el príncipe por propicio: y Plinio dice que fué salu-

(1) Tom. I, *Mundi mirabilis.*

dable al mundo: *Salutare id terris fuit.* El vulgo creyó que representaba el alma del difunto Julio César, elevada a hacer número con las demás deidades, y por este respecto se erigió templo en Roma a aquel dichoso cometa, como refiere el mismo Plinio.

9. Los peripatéticos que siguiendo a Aristóteles colocan todos los cometas en la suprema región del aire, debajo del orbe de la luna, dicen que no siendo otra cosa el cometa que un conjunto de hálitos de la tierra encendidos en aquella altura, precipitadas después sus cenizas como un maligno fermento, todo lo infeccionan y producen guerras, hambres y pestes. Añaden algunos que por ser los príncipes de complexión más delicada que el resto de los hombres padecen más de estas venenosas impresiones, por cuya razón a las apariciones de los cometas se siguen frecuentemente muertes de soberanos.

10. Pero esta sentencia, en cuanto al sitio de los cometas ya hoy es indefensible, porque las observaciones astronómicas evidentemente prueban que si no todos los cometas, los más son superiores y muy superiores al orbe de la luna. No faltan astrónomos que los coloquen todos sobre el más alto planeta, que es Saturno. Lo que no tiene duda es que todos aquellos en quienes no se ha observado paralelaje alguno, están altísimos sobre los inferiores planetas. Y en cuanto a que los malignos influjos de los cometas sean por su delicadez más perjudiciales a los príncipes, ¿quién no ve que por esta regla con más razón se deberá pronosticar, siempre que parece algún cometa, un sangriento destrozo en mujeres, niños y viejos?

11. Keplero, señalando distintos fines a la producción y dirección del cometa, dice que Dios produce los cometas, porque tenga el cielo no menos que el mar y la tierra sus monstruos. Añade que la materia de que consta el cometa, es como un excremento de la región etérea, que segregándose y juntándose en una masa, sirve a purgar las esferas celestes, porque no se manchen u oscurezcan sus luminares, como sucedió al sol cuando murió Julio César, pareciendo en todo aquel año con tibia y maligna luz. En cuanto a la dirección, positura y movimiento del cometa, juzga Keplero que son ordenados a significar mutaciones y sucesos por la mayor parte calamitosos en la tierra; y que a este fin Dios, o por sí mismo o por medio de sus ángeles, coloca o dirige el cometa a esta o a aquella parte del cielo.

12. Jerónimo Cardano determina con tanta individuación el pronóstico de los sucesos correspondientes a las diferentes circunstancias de los cometas, como si en el discurso de su vida hubiese observado algunos centenares de estos fenómenos, lo que no pudiendo ser, se ve que un mero capricho fué regla de toda su doctrina. Dice que los cometas de color rubicundo, lívido o negro, son perniciosísimos; que los plateados o albicantes son menos malos; que los que duran mucho tiempo son más fatales que los de breve duración; que los que parecen en invierno son peores que los estivos; que si el cometa parece junto a Saturno significa traiciones, peste y esterilidad; junto a Júpiter, mutación de leyes y muertes de papas; junto a Marte, guerras; junto al Sol, alguna grande calamidad de todo el orbe; junto a la Luna, unas veces inundaciones y otras sequedades; junto a Venus, muertes de nobles; junto a Mercurio, varios y muchos males. Del mismo modo va discurriendo por varias constelaciones, variando el pronóstico en cada una de ellas. No sólo esto; también quiere que se observe el resplandor, la figura, el movimiento, y según las muchas diferencias que admite cada una de estas circunstancias, así los pronósticos que señala son diversos. Bien se conoce que esto es hablar al aire, pues no pudo Cardano observar tantos cometas que a repetidas experiencias debiese tantos documentos. Ni tampoco pudo tomarlos de observaciones ajenas, pues otros autores que cita el mismo Cardano señalan diferentes reglas.

§ IV

13. Los astrónomos modernos, bien desnudos del supersticioso temor que poseía a Cardano y a otros de los pasados siglos, tan lejos están de tener miedo a los cometas, que antes desean repetidas apariciones suyas para repetir sobre ellos sus observaciones, especialmente después que el esclarecido Casini puso en planta la plausible opinión de que no son los cometas pasajeras llamas que en pocos días se reducen a cenizas, sí constantes antorchas, que con los demás astros fueron criadas al principio del mundo.

14. De hecho esta opinión, la cual no debe considerarse nacida, sino resucitada en nuestros días, pues se halla que el famoso astrónomo antiguo Apolonio Mindiano había dado ya en el mismo pensamiento, y Plinio manifiesta que no pocos en su tiempo eran del mismo sentir: *Sunt qui et haec sidera perpetua esse credant, suoque ambitu ire: sed non nisi relicta a sole cerni* (1). Digo que esta sentencia se halla hoy asistida de una gran verosimilitud, en fuerza de las ingeniosas y sólidas conjeturas con que la estableció el citado Casini, sin que obsten contra ella ni la aparente rectitud del movimiento de los cometas ni los largos períodos, que a distinción de los demás astros esperan sus apariciones. Pues uno y otro se compone muy bien, suponiendo, como quiere este autor, que el cometa gire en un círculo de dilatadísima circunferencia y sumamente excéntrico al orbe de la tierra. Es claro que en este sistema, estando proporcionada a nuestros ojos sólo una pequeña parte del círculo por donde discurre el cometa, sus apariciones no deben ser frecuentes, lográndose su vista solamente en aquella parte del círculo que por más cercana a la tierra se hace visible, y perdiéndose en todo el resto de su giro por alejarse a inmensa distancia. El movimiento también debe ser sensiblemente recto, aunque real y matemáticamente es circular, porque cualquier pequeña parte de un círculo de enorme magnitud siempre parece a los ojos estar en línea recta, no siendo posible distinguir la cortísima inflexión de su imperceptible curvatura (1).

---

(1) Lib. 2, cap. XXV.

(1) Lo que Aristóteles dijo, y aun hoy creen muchos que los cometas se forman de las exhalaciones que suben de la tierra, está convencido de falso por muchas observaciones. La poca paralaje de algunos cometas y la total falta de paralaje de otros prueban su elevación sobre la luna y aun sobre otros planetas superiores. El año 1702, por el mes de abril, apareció un cometa que sólo tenía trece minutos de paralaje, lo que muestra que su altura era casi quíntupla respecto de la luna, cuyo paralaje es de un grado, esto es, de sesenta minutos, con que estando la luna distante de la tierra, según el cómputo de los astrónomos modernos, de noventa a cien mil leguas, el cometa distaba de la tierra más de cuatrocientas mil. ¿Quién creerá que tan arriba suben las exhalaciones terrestres? En el mismo año, antes que el referido cometa había aparecido otro, que totalmente carecía de paralaje sensible; por consiguiente, estaba superior al planeta Marte, que le tiene. Marte dista de la tierra muchos millones de leguas. ¿Subirán allá las exhalaciones? Añádase que un cometa colocado en tanta altura, según lo que infiere su magnitud aparente, es preciso que sea muchos millones de veces mayor que la tierra. ¿Las exhalaciones que de ésta se elevan podrán componer cuerpo de tanta magnitud?

Que los cometas son planetas regulares, cuyos círculos de movimiento no comprenden la tierra, y por su parte superior distan inmensamente de ella, se ha hecho ya probabilísimo. Lo primero porque se ha notado regular su curso, de modo que un astrónomo, que observó un cometa dos o tres días, si después se le esconden por algún tiempo las nubes, dirá a punto fijo que en disipándose éstas a tal día y a tal hora se hallará en tal parte del cielo. Lo segundo, por la simultánea y graduada aumentación de volumen y celeridad de movimiento hasta cierto punto, pasado el cual se van disminuyendo la celeridad y el volumen en la misma proporción y en igual espacio de tiempo a aquel en que se hizo el incremento. Así el incremento como el decremento de volumen son puramente aparentes. Va sucesivamente pareciendo mayor el cometa a proporción que se va acercando al punto de su órbita más cercano a la tierra, que llaman *Perigeo* los astrónomos; y va pareciendo sucesivamente menor, a proporción que se va apartando de aquel punto. Esto por la regla general de que los cuerpos, cuanto más distantes, parecen menores. El incremento y decremento de celeridad también son aparentes. Es preciso que parezca caminar más

15. Mons. Villemot, a quien siguen otros, defiende por camino diferente la opinión de ser los cometas planetas constantes y perpetuos, colocándolos todos sobre Saturno en una región donde no hay movimiento común ni reglado, cual es el del flúido que conduce los demás planetas; sí sólo corrientes irregulares, que admiten todo género de diferentes direcciones. Este sistema sería mucho más desembarazado, como todos los cometas careciesen de paralelaje sensible (lo que es indispensable para colocarlos todos sobre Saturno), y no parece que los astrónomos estén convenidos en ello.

16. Como quiera, todos los filósofos que niegan verdadera generación y corrupción en los cielos, son interesados en la sentencia, que afirma ser los cometas planetas verdaderos de existencia constante y perpetua, ora de regular, ora de irregular movimiento. Porque si son sólo unos caducos incendios, cuya existencia no dura más que lo que se ostenta su aparición, siendo por otra parte cierto, como lo es, que si no todos, los más están situados dentro de las celestes regiones, es preciso admitir verdadera generación y corrupción en los cielos.

17. Y si ello es así que los cometas hacen número con los demás astros, y que con ellos fueron criados al principio del mundo, vanos son los temores de los que colocándolos con Aristóteles en la suprema región del aire, predicen en el precipicio de sus venenosas cenizas más daños que en el despeño de los abrasadores rayos. ¡Oh qué hijas tan villanas produciría la tierra en sus exhalaciones, si después de elevadas, al descender de la altura, no sólo encendidas, mas aun apagadas, conspiran a su ruina! Vanos son también los sustos de los que aprenden preternatural la generación de los cometas y en ella fundan la significación que les atribuyen de los divinos enojos. Para quién tiene los ojos abiertos, no ha menester la mano Omnipotente estas nuevas amenazas, que harto visibles se hacen en innumerables ejemplos sus vengadoras iras.

18. No por eso niego que tienen los cometas también en lo moral uso muy acomodado a nuestro provecho, al cual pudo Dios destinarlos y es de creer que los destinó en su creación o los destina ahora cuando los produce, además del uso físico que tienen en lo natural. Cualquier nuevo fenómeno que aparece en el cielo llama los ojos de los mortales a su contemplación, y muy torpe es quien luego no vuela con la mente mucho más arriba a considerar la incircunscripta virtud y grandeza de la primera causa, que no satisfecha de publicar su gloria con tantas lenguas de fuego, cuantos son los astros que cotidianamente brillan en la esfera, de tiempos en tiempos enciende o aproxima al mismo fin esos brillantes cuerpos de aún más prodigiosa magnitud. Unos y otros son centellas de la inaccesible luz, y unos y otros son antorchas a nuestra ceguedad.

---

velozmente mientras se mueve por arco directamente opuesto a la tierra; y tanto más cuanto más cerca está del punto medio del arco. Esto es común también a todo el cuerpo que se mueve en círculo, cuyas partes distan desigualmente del que las mira.

AÑOS CLIMATERICOS

Discurso XI

§ I

1. Pitágoras, después de haber soñado que transmigraban de cuerpo en cuerpo las almas, logró que transmigrasen de alma en alma sus sueños. De sus dos grandes dogmas, el de la transmigración de los espíritus y el de la misteriosa fuerza de los números, el primero se comunicó y propagó hasta el día de hoy a muchos de los pueblos orientales; el segundo cundió sin sentirlo a algunos filósofos de todas sectas.

2. En esta supersticiosa física que al número atribuye la potestad que no tiene, se funda el común error de constituir fatales todos los años septenarios, a quienes se da el nombre de climatéricos y vale o significa lo mismo que escalares o gradarios.

3. Materia de risa es ver las observaciones y discursos con que algunos autores quieren persuadir la poderosa actividad del número septenario. Ponderan que los planetas son siete, también siete los metales, siete pies el término de la humana estatura, siete meses el tiempo de la perfecta formación del feto. Todo esto, que aunque fuera cierto nada probaría, es muy dudoso. Los planetas se puede decir que son más que siete, contando los satélites de Júpiter y Saturno, que tienen tanto derecho para ser llamados planetas como Mercurio y Venus; fuera de que a los cometas los tienen por verdaderos planetas algunos grandes astrónomos, y de este modo sube mucho más el número de los planetas. Los metales, dicen muchos naturalistas que no son más que seis, para lo cual descuentan el estaño, juzgándole un mixto de plata y plomo. La estatura humana no está circunscrita en la magnitud de siete pies, porque muchos hombres pasaron de esa raya. En cuanto al tiempo de la perfecta formación o maturación del feto para lograr la pública luz, si se habla del regular, son no siete, sino nueve meses; si se comprende también el irregular o extraordinario, admite toda la extensión que hay desde los cinco meses hasta los diez u once, pues para todo este tiempo hay ejemplos.

4. Marco Varrón, por otra parte autor gravísimo, fué tan nimio o tan pueril en discurrir a favor del septenario, que pensó esforzar su autoridad sacando al teatro los siete sabios de Grecia, las siete maravillas del mundo, las siete solemnidades de los juegos circenses y los siete capitanes destinados a la conquista de Tebas. Todo esto y mucho más que pudiera juntarse de septenarios, no necesita impugnarse con otro argumento que la reflexión de que para cualquiera otro número que se aprenda se hallará igual serie de ejemplos, ya en la historia, ya en la naturaleza. Ni se debe hacer más aprecio de los fútiles discursos, prolijas y arbitrarias combinaciones, con que Macrobio en el sueño de Escipión pretendió dar alguna verosimilitud a esta fantasía y que excuso referir, porque fatigan la atención sin halagar la curiosidad.

5. Todas estas observaciones fantásticas de los números, sobre vanas, son perniciosas, pues de aquí se dedujeron

tantas supersticiosas prácticas, en que para varios usos, especialmente en la medicina, se atribuye especial virtud, ya al número ternario, ya al septenario, ya al novenario, generalmente al número impar; por lo que dijo el gran poeta: *Numero Deus impare gaudet.*

§ II

6. Algunos de los climateristas ya se desvían de la superstición y se acercan al parecer a la naturaleza, probando la fuerza de los años climatéricos con la experiencia de algunas mutaciones insignes que arriban al hombre, discurriendo por todos los años septenarios de su edad. Dicen que en el primer septenario después del nacimiento caen los dientes y se perfecciona la locuela. En el segundo sale el bozo y se hace el hombre apto para el matrimonio. En el tercero se perfecciona la barba y toma el cuerpo todo el aumento de longitud que ha de tener. En el cuarto cesa el incremento también en cuanto a la latitud. En el quinto llegan a su último auge las fuerzas corporales. En el sexto se termina el estado o entera conservación de ellas y se mitiga el ardor de la concupiscencia. En el séptimo se consuma la prudencia, cuya integridad se conserva hasta el octavo. En el nono se nota sensible decadencia en ella. En el décimo se hace visible la maturidad para la muerte en innumerables rudimentos de la corrupción. De este modo prueban, a su parecer, que la naturaleza en estas mutaciones está apuntando, como con el dedo, la insigne fuerza de los años septenarios o climatéricos.

7. Pero este argumento, por cualquier parte que se mire, está lleno de nulidades. Lo primero, si la eficacia intrínseca del número fuera causa de las mutaciones dichas, sucederían las mismas respectivamente en todos los animales, porque el número septenario de los años el mismo es en su entidad en el hombre que en los demás, y así había de ser el mismo en la virtud, lo cual es contra la experiencia, pues la aptitud para la generación, el estado de las fuerzas, el término de la vida tienen ya más largos, ya más breves plazos en diferentes brutos, sin arreglarse a la serie de los septenarios. Lo segundo, la mujer se considera apta para el matrimonio a los doce años, y así, faltando aquí el septenario, se alterará en lo restante toda la serie. Lo tercero, ni en los hombres se arreglan las mutaciones expresadas a los septenarios. El bozo en los más no apunta hasta los quince o dieciséis años de edad. El rostro en muchos se llena de barba y crece el cuerpo a la debida altura antes del veintiuno. Todo el aumento de fuerzas se logra en todos antes de treinta y cinco. La misma objeción se puede hacer en todo lo demás. Lo cuarto, en esta cuenta no se hace cómputo de los nueve meses que el hombre está en el claustro materno, y debiera hacerse, según buena razón, si para señalar los años climatéricos hubiese razón alguna, pues el hombre a pocos días después de su generación empieza a vivir, según las observaciones de los médicos, aunque Aristóteles retarda algo más la animación. Lo quinto, si las mutaciones observadas en los cinco climatéricos primeros probasen algo al intento, probarían que esos climatéricos son faustos y propicios, no infaustos o adversos, como comúnmente se piensa, porque las mutaciones señaladas son a mejoría o aumento del hombre, no a disminución o decadencia.

§ III

8. Aunque el vulgo sólo señala por climatéricos los años septenarios, entre los autores que trataron de esta materia hay tanta variedad que ella sola es una gran prueba de que fundó esta opinión el antojo y la conserva la inadvertencia. Los que añaden a los septenarios los novenarios, son muchos; en cuya sentencia no sólo de siete en siete años, mas también de nueve en nueve, se van repi-

tiendo peligros a la vida. Este aditamento de climatéricos tuvo por fundador a Censorino, citado por Salmasio. Marsilio Ficino, sin hacer caso de los novenarios, añade a los septenarios los cuartos intermedios, en que es de notar la grave inconsecuencia de este autor. Porque la razón en que funda el que los septenarios sean peligrosísimos es porque cada año séptimo corresponde al séptimo planeta, que es Saturno, astro melancólico, de malos influjos; y caminando por esta vereda, los años cuartos intermedios habían de ser los más saludables, porque corresponden al cuarto planeta, que es el Sol, astro el más favorable a la vida de cuantos giran en el cielo.

9. Claudio Salmasio dice que todas estas cuentas van erradas, y lo prueba con la autoridad de Julio Firmico y otros astrónomos antiguos; en cuya sentencia los climatéricos no proceden por septenarios ni por novenarios ni por otro algún orden de números constante en todos los individuos; sí que cada uno tiene su serie de climatéricos diversa, según el signo y parte del signo que correspondió a su nacimiento. Para esto dividen cada signo en tres porciones, que llaman decanos; con que siendo treinta y seis los decanos, por ser doce los signos, viene a haber treinta y seis órdenes de climatéricos distintas. Pongo dos ejemplos. El que nace en el primer decano de Aries tiene ocho años climatéricos, conviene a saber, el cuarto de su edad, el noveno, el duodécimo, el veintiuno, el treinta y tres, el cuarenta y nueve, el cincuenta y dos, el sesenta y cuatro y el setenta y cuatro. El que nace en el segundo decano del mismo signo de Aries tiene doce años climatéricos; esto es, el segundo, el séptimo, el trece, el diecinueve, el veinticuatro, el treinta y dos, el treinta y nueve, el cuarenta y uno, el cincuenta y dos, el sesenta y seis, el setenta y uno y el ochenta y seis. A este modo se van variando los climatéricos por todos los demás signos y decanos, sin hacer cuenta de septenarios o novenarios. ¿Qué se infiere de tanta variedad, sino que todo lo que se dice de años climatéricos es una algarabía sin rastro de fundamento?

10. La misma oposición hay en cuanto a la fuerza o actividad de los climatéricos. Comúnmente sólo se les atribuye potestad para hacer mal, de modo que las mutaciones que acaecieren en ellos sean siempre perniciosas. Pero no faltan autores, que haciendo paralelo entre los años climatéricos de la edad y días críticos de las enfermedades, al modo que éstos son indiferentes, para que las mutaciones que arriben en ellos sean para mejoría o para peoría, la misma indiferencia establecen en los años climatéricos. La opinión que reina en el vulgo es que en los climatéricos peligra la vida sólo en virtud de alguna alteración del temperamento que produzca dolencia de cuidado. Salmasio dice que esto es contra el sentir de todos los antiguos, y que en los años climatéricos, no sólo peligra la vida por los principios intrínsecos que pueden producir enfermedades, más también por cualesquiera externos y fortuitos accidentes, como de naufragio, herida, precipicio, etc. *Non solum igitur interna corporis mala, sed etiam externa annorum sunt climactericorum* (1). Y poco más adelante enseña que no sólo tiene en los años climatéricos sus tropiezos la vida, mas también tiene sus escollos la fortuna, amenazando en ellos, no menos que los amagos de la parca, los reveses de la suerte: *Non enim vitae tantum pericula ad climactericos pertinent, sed et fortunarum, et dignitatum.*

11. Algunos, con Enrico Ranzovio, extienden la jurisdicción de los climatéricos a los mismos cuerpos de los imperios o repúblicas, queriendo que en ellos estén más arriesgadas a mutaciones o decadencias, aunque como por lo común son de mayor duración los imperios que los individuos, señalan a aquellos períodos más prolijos, siguiendo el mismo orden de los septenarios. El número de setenta años, que consta de diez septenarios, le juzgan

(1) *Salm. de Ann. Climact.*, fol. mihi 14.

muy climatérico, fundándolo en el ejemplo del cautiverio de Babilonia, que duró ese espacio de tiempo, y en el vaticinio de Isaías de que duraría el mismo espacio la desolación de Tiro. Pero señalan por el más riguroso climatérico para los imperios el año 594, que consta de siete septuagenarios. Todo esto se dice porque se quiere decir. Y los dos ejemplos de la Escritura probarían antes que el año septuagenario es feliz y fausto, pues en él recobró su libertad el pueblo de Israel y Tiro se restableció en su antigua felicidad. La sentencia más seguida es que sólo los individuos están sujetos a la potestad de los climatéricos, no las ciudades, reinos o repúblicas. Aun cuando los climateristas estuviesen muy convenidos entre sí, tendrían poco derecho para ser creídos. ¿Cuánto menos estando en tantos capítulos tan discordes?

§ IV

12. La experiencia está asimismo contra su opinión. Yo tomé el trabajo de computar los años de vida de trescientos sujetos, de quienes se sabe por las historias el año de su nacimiento y el de su muerte. Y hecha después la regla que llaman de proporción, no hallé que correspondiesen aun en su tanto más muertes en los septenarios y novenarios que en los demás años. De un P. jesuíta leí en las *Memorias de Trevoux*, que en la ciudad de Palermo, por los libros de las parroquias hizo el mismo cómputo sobre muchos millares de hombres, y al ajustar la cuenta halló lo mismo que yo.

13. Alegan los climateristas un corto catálogo de hombres famosos, que murieron en años climatéricos. Pero aunque el catálogo fuese más largo, nada probaría, porque siendo los años climatéricos muchos y contándose los hombres famosos por millares, sería menester una especial providencia de Dios para que muchos no cayesen en los septenarios o novenarios. Fuera de que de algunos, que cuentan muertos en los climatéricos, no hay cosa cierta. De Aristóteles dicen que murió a los sesenta y tres años de edad, que muchos juzgan ser el más riguroso climatérico, porque consta del número siete multiplicado por nueve; pero Eumelo, citado por Diógenes Laercio, dice que murió a los setenta. De Platón dicen que murió a los ochenta y uno: gran climatérico también, porque resulta del número nueve multiplicado por sí mismo. Pero Ateneo dice que murió a los ochenta y dos, y Neantes, citado por Laercio, dice que a los ochenta y cuatro.

14. Alegan también el símil de los días críticos de las enfermedades, que asimismo proceden por septenarios, pero lo primero, el asunto es incierto. Grandes médicos dan por mal fundada la observación de los días septenarios para las crisis, y hallan que en cualesquiera días suceden éstas con tanta regularidad como en los septenarios. Aun está en opiniones desde qué punto se ha de empezar a hacer la cuenta. Unos quieren que sea desde el primer insulto de la enfermedad o desde que se empieza a sentir alguna indisposición. Otros, desde que hay fiebre manifiesta. Otros desde que la fiebre rinde el enfermo, aun reluctante, a la cama. Entre el primero y último término pasan muchas veces algunos días. ¿Cómo, pues, la experiencia nos puede mostrar que los septenarios son críticos, si el que es septenario en una opinión, en otra es quinto o sexto, octavo o noveno? De aquí es que frecuentemente los médicos, viendo que la crisis no vino en el día que antes contaban por septenario, varían la cuenta para hacerle septenario, que quiera que no. Y de esto he visto mucho.

15. Lo segundo, digo que aunque algunos médicos atribuyen la potestad de los días críticos a la virtud oculta del número septenario, éstos son muy pocos. Los más recurren a otras causas, las cuales no intervienen en el período septenario de los años, como a los movimientos y fases de la luna.

16. Finalmente respondo que la ob-

servación de los días críticos discrepa en muchas cosas de la de los años climatéricos, y así no puede hacerse argumento de paridad de aquéllos a éstos. En los días críticos el cuarto es índice del séptimo. En los años climatéricos nadie dice tal cosa. Los días críticos son indiferentes al bien y al mal. A los años climatéricos los da la sentencia común por determinadamente infaustos. En los días críticos, desde el sexto crítico, que se cuenta a los cuarenta días de enfermedad, se prosigue la cuenta, no de siete en siete, sino de veinte en veinte; en los años climatéricos quieren que se siga siempre constantemente la cuenta por septenarios y novenarios. Omito otros muchos capítulos de disparidad.

§ V

17. Otro argumento, aunque en nadie le he visto, hallo que puede hacerse a favor de los años climatéricos, en cuanto prueba absolutamente la oculta actividad de determinados números para algunos efectos. Está comúnmente admitido, y dicen que observado, que las ondas del mar de diez en diez aumentan su ímpetu, de modo que la onda que se cuenta décima en el orden es mucho más impetuosa que todas las antecedentes; y así a ella se atribuyen comúnmente los naufragios, por lo que cantó Ovidio en el de Ceix: *Decimae ruit impetus undae.* Y no pudiendo esto provenir de otro principio que de la escondida fuerza del número decenario, no hay por qué obstinarnos en negar la virtud a determinados números en algunas determinadas materias.

18. Lo que a esto puedo decir es que yo hice muy despacio la experiencia puesto a las orillas del mar, por ver si en esto había alguna correspondencia fija, y ninguna hallé; sí que las ondas eran muy desiguales en la vehemencia, sin guardar orden alguno en el número. Unas veces era más impetuosa la tercera, otras la cuarta, la quinta, y así discurriendo por todos los demás números. Así es que en esto como en otras muchísimas cosas, se creen en la naturaleza misterios que no hay; porque tal vez lo que al principio fué ilusión o fantasía de un hombre solo, por no interesarse nadie en examinar la verdad, poco a poco va conquistando el común asenso (1).

(1) Tan firme estoy en la persuasión de que es vanísima y carece de todo fundamento la observación de los años climatéricos, que habiendo, cuando escribo ésto, entrado en uno de los más rigurosos climatéricos, según la opinión vulgar, que es el de sesenta y tres, por resultar de la multiplicación de nueve por siete, estoy serenísimo y sin el menor susto por lo que mira al climaterismo: y es cierto que si llego al de sesenta y cuatro o sesenta y cinco, que no son climatéricos, contemplaré entonces mi muerte más cercana que la considero ahora. Cuanto la edad fuere mayor, tanto el año será más climatérico.

CONSECTARIO A LA MATERIA DEL DISCURSO ANTECEDENTE, CONTRA LOS FILOSOFOS MODERNOS

Discurso XIII

§ I

1. Habiendo en el discurso pasado probado que el mundo, así en su todo como en el de cada especie suya no padeció hasta ahora algún sensible detrimento, hemos de probar ahora que en el sistema o sistemas de la filosofía corpuscular, que con tanta prosperidad corren en este siglo, no sólo debió padecerle muy grande, pero ha muchos siglos estuviera resuelto en polvo y acabado del todo, según los principios de la nueva filosofía.

2. Es máxima inconcusa de Renato Descartes, firmemente recibida por sus secuaces, que el mundo no puede menos de ser eterno, en tanto grado, que le niegan a Dios toda potencia para aniquilar ente alguno, fundándolo en la ridícula razón de que se mudaría Dios, si habiéndole antes dado la existencia, se la quitase después. Con mucha justicia la llamo ridícula porque la inmutabilidad de Dios queda ilesa. como no retracte el decreto o propósito que concibió *ab aeterno*. Suponiendo, pues, que el propósito que Dios concibió *ab aeterno*, fué que tal ente por tal tiempo existiese y por tal tiempo posterior dejase de existir, no retracta el decreto, antes le ejecuta, quitando la existencia al tiempo determinado, al mismo ente que antes había producido. Mas, si Dios se mudase, haciendo que no exista el ente que antes existía, también se mudaría, haciendo que exista el ente que antes no existía. Y de este modo Dios nada pudo criar en tiempo, sino que debió criarlo todo *ab aeterno*, pena de quedar ocioso por toda la eternidad, para no incurrir en la nota de mudable. No es este el único precipicio hacia donde resbala la doctrina cartesiana.

3. Pero es cosa admirable que habiendo Descartes soñado los entes tan de diamante que no pueda deshacerlos la Omnipotencia, concibió el mundo tan de vidrio, que a ser como él lo concibió, no pudiera tardar mucho en ser reducido a polvo. Firmemente creo que si Dios hubiera hecho el mundo como imaginó Descartes, no llegaría el caso de haber Descartes en el mundo. Digo que formó este filósofo, sin pensarlo, un mundo de vidrio, y sobre eso puso sus partes unas con otras en continuo choque; de que se infiere que por poco tiempo podría dilatarse la ruina, a ser cual él imaginó su estructura. Para probar esto, será menester poner delante en compendio con la mayor claridad posible su sistema.

§ II

4. Supone, lo primero, que Dios crió la gran masa de la materia del Universo como un cuerpo inmenso solidí-

simo, la cual luego, dividiéndola en partes minutísimas, puso en movimiento. Supone lo segundo, que esta división no las puso, digámoslo así, al primer impulso en figura esférica; porque muchos globos juntos precisamente habrían de dejar en los intersticios algún vacío (el cual en la doctrina cartesiana es absolutamente imposible), sino en figura cúbica u otra cualquiera que tenga esquinas o prominencias desiguales. Supone lo tercero, que puestas una vez en movimiento las partes de la materia, necesariamente se ha de continuar en ellas la misma cantidad de movimiento que les dió el primer impulso; pero no de modo que simultáneamente hayan de estar todas puestas siempre en movimiento; sí que la misma cantidad de movimiento haya de haber en el Universo, aumentándose a unas la porción de movimiento que se quitare a otras; para lo cual asienta por regla fundamental o ley establecida por el autor de la naturaleza, que ningún cuerpo puesto en movimiento puede aquietarse sin comunicar todo su movimiento a otro o a otros cuerpos o la parte del que perdiere, si no le pierde del todo. Supone lo cuarto, que todo cuerpo por su naturaleza o en virtud del impulso comunicado por el Criador, se mueve con movimiento recto, aunque después el encuentro de otros cuerpos le determine a dejar la rectitud. Supone lo quinto que siendo imposible moverse algún cuerpo sin expeler del lugar donde se mueve al que le ocupaba antes, necesariamente determina al cuerpo expelido a moverse en círculo, para llenar el espacio que desocupa el expelente; por lo menos, ya que no con todo cuerpo expelido suceda esto, ha de parar el impulso en algún cuerpo que se mueva en el modo dicho, porque si no, se había de proceder en infinito, impeliendo un cuerpo a otro por vía recta, éste a otro y así sin término; y sobre este inconveniente había el otro de quedar vacío el lugar que antes ocupaba el primer cuerpo puesto en movimiento.

5. Hechas estas suposiciones, explica Descartes la formación del Universo del modo siguiente: puestas en movimiento inmediatamente a su creación por rumbos encontrados las partes minutísimas de la materia (que para mayor claridad con el mismo Descartes suponemos de figura cúbica) fué preciso que en los repetidos encuentros de los ángulos de las unas con los de las otras, se fuesen rayendo y deshaciendo los ángulos poco a poco, de modo que últimamente se redujesen todas a figura esférica. En esta colisión es consiguiente que las protuberancias quitadas de las partes de la materia para la formación de los glóbulos, se dividiesen en partículas de desigual tamaño: unas extremamente sutiles; otras más crasas y variamente figuradas, como sucede en la conflacción de cualquier cuerpo duro. donde aunque la trituración respecto del todo, es la misma y dura el mismo tiempo, se ven en la división unas partículas minutísimas y otras de mucho mayor mole. No sólo por la conflacción de las primeras partes, en que Dios dividió la materia, resultan estas partículas más gruesas, pero también se forman incorporándose o uniéndose en una mole muchas partículas de la materia sutil.

§ III

6. De este modo están ya puestos a la vista los tres célebres elementos de la escuela cartesiana. El primer elemento, que se llama ya materia sutil, ya etérea, ya celeste, consta de aquellos tenuísimos ramentos o polvillo más menudo y tenue que resultó de la colisión. El segundo elemento, que se llama materia globulosa, se compone de aquellas esferillas que quedan en esa figura, por habérseles raído en la colisión todos los ángulos y prominencias que antes tenían. Y las partículas más crasas forman el tercer elemento. Se dicen crasas respectivamente a las del primero y segundo elemento, pues realmente son tan menudas que se esconden a toda la perspicacia de los sentidos, aun ayudados de cualesquiera instrumentos. Son, pues, las partes del se-

gundo elemento más sutiles que las del tercero, y las del primero, más que las del segundo.

7. Dividida la materia en los tres elementos dichos, y continuando el movimiento, como también el repetido encuentro de unas partículas con otras, no pudieron menos de perder luego el movimiento recto, conmutándole en el circular. En cuyo regreso fueron más veloces las partículas más tenues. La razón es, porque siendo los cuerpos mayores más capaces de perseverar en el movimiento o impulso adquirido, que los menores; y siendo movimiento recto el que al principio se imprimió a todas las partículas, si se considera juntamente que no se les pudo dar a todas el movimiento hacia una parte (porque si la extensión de la materia es infinita, no tenían adonde moverse, y si finita, se moverían hacia un espacio imaginario), sino a partes opuestas se concibe necesariamente un espacio que desocupan las partículas mayores de la materia dividida, hacia donde vuelven en giro las partículas menores, por ser las que más presto, a razón de su menor mole, son conturbadas de la rectitud del movimiento.

8. De esta suerte se entiende ya formado un género de remolino o *torbellino* (que no hallo otras voces castellanas correspondientes al significado de la voz latina *vortex* y a la francesa *tourbillon*, de que usan los cartesianos que escriben en las dos lenguas) en que la materia sutil o etérea ocupa el medio, moviéndose sobre el centro en continuados giros; inmediata a ésta gira la materia globulosa o segundo elemento, por ser la más tenue después de la etérea, y en el último lugar de la circunferencia gira la materia del tercer elemento, por ser de mayor mole sus partículas.

9. He dicho que se entiende formado un torbellino; esto es hablando de un determinado espacio. Pero en todá la extensión de la materia coloca este sistema tantos torbellinos o *turbillones* (usemos ya de esta voz francesa por complacer a los cartesianos de España, que ya la introdujeron en el castellano, pareciéndoles poco seguir la filosofía de Francia si no siguen también el dialecto francés) cuantos son los astros que resplandecen con propia luz Ni es otra cosa cada astro que una grande masa o agregado de materia sutil pura, que puesta en medio de su turbillón gira continuadamente con suma rapidez sobre su propio eje. Inmediata a ésta, y en torno de ella, ocupa la mayor porción del turbillón la materia del segundo elemento o globulosa, ocupando también los intersticios de esta otra porción de materia sutil, para que no quede algún vacío; de modo que en el centro del turbillón para la formación del astro sólo se recogió la materia etérea que sobró para llenar los vacíos del segundo y tercer elemento. En la extremidad o circunferencia del turbillón está la materia del tercer elemento, cuyas partículas, por ser de mayor mole, resistiendo más al encuentro de las otras, continuaron más el movimiento recto o casi recto, obligando a las más tenues, a retroceder en círculo hacia la parte interior del turbillón.

10. La tierra y sus habitadores estamos en uno de estos turbillones, cuyo centro ocupa la materia sutil, de que se compone el cuerpo solar, y así Descartes, en cuanto a la constitución del mundo, abrazó el sistema de Nicolao Copérnico, que colocando al Sol en el centro del orbe sin más movimiento que el que tiene sobre su propio eje, trasladó a la tierra los movimientos que en el sistema común se atribuyen al Sol. Es cierto que todas las apariencias se salvan bien en el sistema copernicano. Así no tuviera contra sí la autoridad de la Sagrada Escritura, como ignoramos razón que le convenza de falso.

11. Como la materia sutil que gira en el medio, afecta cuanto es de su parte el movimiento recto, el cual le estorba la materia globulosa, que tiene ocupado el paso, no dándole lugar a que ejercite su rápido impulso, sino en repetidos tornos sobre su centro, al mismo tiempo que gira está haciendo con-

tinuo contacto contra la materia globulosa, cuyo impulso, por la contigüidad de todos los glóbulos se propaga hasta los cuerpos densos, constituídos en la circunferencia del turbillón. Este impulso es reciprocado con el contrario impulso de la fuerza elástica de los cuerpos adonde para; y de los dos impulsos resulta, así en la materia globulosa como en los cuerpos que la impelen o repelen, un movimiento vibratorio, en quien colocan los cartesianos la sensación de la luz, de modo que no es otra cosa en nuestros ojos la sensación de luz, que el movimiento vibratorio de la retina, que resulta del encuentro de su elasticidad con la acción de la materia globulosa, ni la sensación de color en los objetos otra cosa que ese mismo movimiento vibratorio, respectivamente a la acción de la materia globulosa, modificado variamente por la diversa textura de las partes insensibles de los objetos, en la reflexión que hace de ellos.

12. Omitimos, por evitar prolijidad, la explicación de otros fenómenos, en consecuencia de este sistema, como también lo que discurren los cartesianos de la formación del globo de la tierra y de los planetas, en que se hallan harto embarazados, pareciendo imposible que en tan breve tiempo como nos enseña la sagrada historia del Génesis, se formasen estos grandes cuerpos, especialmente el de la tierra, con tanta y tan hermosa variedad, sólo en virtud de juntarse y enredarse unas partículas de la materia con otras en la sucesión de sus varios movimientos. Por lo cual algunos de los más cuerdos ya asienten a que Dios formó desde el principio la tierra y los planetas en el modo que hoy se ven, sin fiar tales obras al ciego movimiento de la materia.

13. Omitimos también las reglas de la comunicación del movimiento establecidas por Descartes, de las cuales algunas se descubren encontradas con la experiencia; tanto que el P. Malebranche, gran promotor del sistema de Descartes y gran venerador suyo, de las siete reglas cartesianas condenó las tres por falsas. Ni el asunto de este discurso pide más exacta explicación del sistema ni se pudiera hacer sin usar de figuras matemáticas, por cuya falta recelo que aun lo que llevamos dicho no sea muy entendido por los que están desnudos de toda noticia antecedente.

§ IV

14. Con muy poderosas razones han probado algunos autores que el mundo no se pudo formar según la idea de Descartes. Al primer paso de su sistema se tropieza en el grande inconveniente de dar vacío e infinitos vacíos en el universo (siendo así que le tenía Descartes tanto horror al vacío que le juzgaba imposible a la absoluta potencia de Dios). La razón es clara, porque en la primera división y primer movimiento de la materia, para encontrarse los ángulos de unas partes cúbicas con los de otras, era preciso dejar intersticios en los lados, los cuales no podía llenar entonces la materia sutil, porque aún no la había, formándose ésta después con la repetida colisión de unas partículas con otras. La conservación de la misma cantidad de movimiento en el todo de la materia no tiene fundamento alguno, porque el que toman de la inmutabilidad de Dios ya se vió arriba en asunto semejante cuán fútil es. Ni tiene más solidez lo que dicen de que cualquier cosa se conserva en el estado en que está hasta que alguna causa extrínseca la mude, porque si se mira bien, el movimiento no se puede llamar estado de la cosa, pues la razón de estado dice permanencia, la cual es opuesta al concepto de movimiento.

15. Estas y otras muchas cosas hay contra el sistema cartesiano, pero no siendo mi intento ahora probar que el mundo no pudo formarse del modo que pensó Descartes, sino que, aunque se hiciera así, se había de deshacer muy presto, le supondremos hecho según la idea cartesiana, para mostrar en la breve consistencia de su estructura cuán mal empleó el tiempo Descartes en tan

caduca fábrica. Hasta ahora sólo se había impugnado este sistema arguyendo de imposible su formación. Yo le he de combatir suponiendo la formación y arguyendo de imposible la permanencia.

§ V

16. El primer argumento que ocurre a nuestro propósito es que cualquiera magnitud que Dios haya dado a la materia que crió al principio, siendo magnitud terminada las partes constituídas en la extremidad de su circunferencia, no teniendo ya otras al encuentro que les estorben el movimiento recto, alejándose del centro, se habían de esparcir por el espacio imaginario; tras de éstas se seguirían las inmediatas, por carecer ya del freno que les ponían las últimas, estando ya éstas disipadas por aquel inmenso espacio; y así, procediendo hasta el centro del globo total de la materia, todo se disiparía a breve tiempo. Esta consecuencia parece forzosa, supuesta la máxima de Descartes, que todas las partes de la materia se inclinan al movimiento recto, y sólo el encuentro de otras las determina al circular.

17. Este inconveniente sólo se podía evitar de dos maneras: o ciñendo todo el globo de la materia movida con una muralla tan diamantina, que ningunos embates de la materia encarcelada y en ninguna sucesión de tiempo pudiesen deshacerla, o suponiendo infinita la extensión de la materia, porque de ese modo, ni habría partes últimas en la circunferencia, ni restaría espacio adonde se disipasen. El primer arbitrio no era conforme a las ideas de Descartes por lo que abajo se dirá sobre ser inconceptible cuerpo de infinita dureza: pues la opinión que se la atribuía a los celestes, hoy está casi del todo abandonada. Con que era necesario recurrir al segundo, y de hecho recurrió Descartes, aunque con algún embozo; porque negando al mundo o al todo de la materia extensión infinita, se la concedió indefinita: esto es, no negó que tenga términos; sólo afirmó que los términos son indesignables, de modo que señalada cualquier distancia (pongamos por ejemplo, desde el sitio en que estamos) aunque se multiplique más y más veces toda la distancia que hay de aquí al firmamento, siempre hay materia más y más allá.

18. Pero esto no sirve para evadir la fuerza de nuestro argumento, porque suponiendo términos a la extensión de la materia, aunque indesignables, se deben suponer partes últimas hacia la circunferencia, aunque indesignables; y de éstas procede el argumento, pretendiendo que en virtud del impulso que tienen al movimiento recto, no pueden menos de esparcirse a un espacio vacío indesignable o cuyo principio es indesignable.

§ VI

19. Añádase a esto que el fundamento de Descartes para no poner término al mundo, o ponérsele indesignable, es ruinoso hasta lo más. Dice que a cualquier distancia concebimos extensión, según la trina dimensión de los cuerpos. De aquí infiere que a cualquier distancia la hay realmente, porque esta concepción viene de una idea innata y las ideas innatas, como impresas por el Autor de la naturaleza, están exentas de toda falencia. Como, pues, la extensión real sea, según sus principios, el constitutivo de la materia, se sigue que a cualquier distancia hay materia, y así, lo que nosotros llamamos espacio imaginario, no es imaginario, sino real, verdadero y corpóreo.

20. Para que se vea cuán ruinoso y aun peligroso es este discurso, apliquemos el mismo a otro objeto. Es cierto que en este espacio que hoy ocupa el mundo, considerado por retroceso de la imaginación antes que Dios criase el mundo, concebimos extensión, según la trina dimensión, del mismo modo que en el espacio que hoy llamamos imaginario. Luego ya antes de criar Dios el

mundo la había y, por consiguiente, había materia. Luego la materia no fué criada en tiempo, o por lo menos no fué criada en el tiempo que nos dice la Sagrada Escritura, porque la idea de donde sale esta consecuencia, no hallo que sea menos innata que la otra con que arguye Descartes. Del tiempo imaginario que precedió a la creación del mundo se hace el mismo argumento, porque en él concebimos la duración de un día, de un año, de un siglo, etc. Y así se inferirá que hubo tiempo real antes del tiempo real.

21. No es tiempo ahora de examinar lo que nos dicen los cartesianos en materia de ideas. Asientan que no se ha de dar asenso a alguna cosa, de la cual no se tenga idea clara. Y lo que vemos es que las que unos tienen por ideas claras, para otros son muy oscuras. Las que unos tienen por ideas innatas o partos de la naturaleza, de otros son reputadas por abortos precipitados del juicio. Muchos dicen que las ideas intencionales de Descartes son copia ajustada de las de Platón, pero se engañan. Cuando más, pueden pasar por un rudo diseño, a quien el P. Malebranche dió la última mano con su nueva y singular sentencia de negar toda idea criada y afirmar que cuanto conocemos es por las ideas divinas y eternas, existentes en la misma mente de Dios. Llamo nueva y singular esta sentencia, porque por tal está reputada; pero en la verdad es puntualmente la misma de Platón, como la refiere su apasionado sectario Marsilio Ficino, libro 1 *De Studios. sanit, tuenda*, capítulo 26. Estas son sus palabras: *Atque ut Plato noster inquit, quemadmodum visus nihil unquam visibile percipit, nisi ipso summi vissibilis, id est, Solis ipsius splendore; ita neque intellectus humanus intelligible quidquam apprehendit, nisi in ipso intelligibilis summi, hoc est Dei, lumine nobis semper, et ubique praesente.* Quien hubiere leído al P. Malebranche verá que ni aun en las voces discrepa esta sentencia de la suya, y que todo lo que puso de su casa este autor fueron algunos discursos sutiles para persuadirla.

22. Abstrayendo de examinar la naturaleza de las ideas que sirven a nuestros conocimientos, al argumento propuesto arriba decimos que nuestro entendimiento por su limitación no puede concebir las carencias, sino a modo de entes positivos. Así concibe la sombra como real imagen del cuerpo; la ceguera, como cualidad positiva de los ojos. Y ni más ni menos aprende el espacio imaginario como un aire tenebroso libre de todo corpúsculo extraño. Estas son unas primeras aprensiones (en quienes formalmente no hay error), las cuales corrige después el juicio. Ni aun cuando no las corrija, podemos atribuir el error al autor de la Naturaleza, así como el que cree que la vara metida en el agua está realmente torcida no debe quejarse de que Dios le engaña, porque fabricó el órgano y dispuso el medio y el objeto de modo que se le represente torcida al sentido. Aun menos puede tener esa queja en nuestro caso, porque Dios no es ni aun causa remota de las imperfeciones de nuestro conocimiento, que vienen de la limitación de nuestro ser. La razón es porque no es causa de esta misma limitación. La limitación del ser es una pura carencia negativa de las perfecciones que le faltan, y Dios causa todo lo que hay de positivo en el ser, no las carencias; ni, si se mira bien, las imperfecciones y carencias pueden ser en algún modo causadas por quien es todo ser y perfección. Por esta razón, aunque Dios causa nuestro ser, que es defectible, tanto física como moralmente, no causa la misma defectibilidad. Y así los teólogos, no sólo niegan que Dios sea causa del pecado, más también que lo sea de la misma potencia de pecar, tomada formalmente. Si tuviesen presente esta doctrina los cartesianos, acaso fiarían menos en sus congénitas ideas. Nada, pues, se infiere de que el primer ímpetu de la imaginación nos represente en el espacio imaginario una extensión real. Lo mismo sucedería respecto del espacio con-

tenido entre estas cuatro paredes, aunque Dios aniquilara el ambiente que hay en él, prohibiendo al mismo tiempo la intromisión de otro.

§ VII

23. Hemos probado hasta aquí que el mundo, según el sistema cartesiano, se había de marchitar, digámoslo así, en flor, o como edificio mal fundado, se había de precipitar al suelo antes de formarse del todo; pero concedamos graciosamente su entera formación: probaré que había de ser brevísima su consistencia.

24. Pudiera esto persuadirse lo primero con el principio de que ningún movimiento violento permanece. Luego, siendo el movimiento circular violento a las partes de la materia, pues en virtud del impulso recibido sólo piden movimiento recto, debería ser de poca duración y, por consiguiente, reduciéndose todas al estado de quietud, se haría de toda la materia una inútil y ociosa masa.

25. Pero este argumento, que según los principios comunes parece tiene mucha fuerza, bien considerado nada vale respecto a los principios cartesianos, porque en éstos no se puede decir que hay movimiento alguno violento a la materia. Ella por sí no es capaz de moverse ni tiene exigencia a movimiento alguno. Aquel movimiento, pues, le será connatural, que se le comunica según las leyes establecidas por el autor de la naturaleza. Y como la disposición de éste fué que las partes de la materia se moviesen siempre rectamente cuando no tuviesen embarazo, y oblicua o circularmente cuando hubiese estorbo, de cualquier modo que se muevan se moverán sin violencia.

§ VIII

26. Abandonando, pues, este argumento, inferiré la pronta destrucción de esta gran máquina por opuesto rumbo. Supongo la perpetuidad del movimiento y pretendo que ese movimiento mismo, que condujo a perfección la obra, ha de acelerar la ruina.

27. Consideremos para esto formado nuestro turbillón (lo mismo será de todos los demás) con los tres elementos en que está distribuída la masa de la materia. Es claro que para la conservación del turbillón en el estado presente es menester que se mantenga en cierta proporción la cantidad de los tres elementos. Porque si la materia sutil se fuese aumentando cada vez más y más, el cuerpo solar llegaría a tal tamaño que abrasaría el globo terráqueo con su atmósfera, y aun desharía toda la materia globulosa con su violento impulso. Pues esto es lo que afirmo que no puede menos de suceder y lo demuestro de este modo. Así la materia sutil, que está recogida en el cuerpo solar, como la que está esparcida ocupando los vacíos de los otros dos elementos, continuamente con su rapidísimo movimiento está rayendo las partículas de los otros dos, y aun concutiendo unas con otras, de modo que en tan continua colisión no puede menos de formarse a cada momento gran porción de materia sutil de las fracturas y ramentos tenuísimos de las partículas del segundo y tercer elemento, como al principio se hizo de toda la masa de la materia.

28. Para dar idea más clara de este argumento, adviértese que para conciliar la formación cartesiana del mundo con la Sagrada Escritura, es menester confesar que en el día primero de la creación se formó grandísima porción de materia sutil, pues en ese día hizo Dios la luz, la cual no es otra cosa que el impulso de la materia sutil, recogida en el medio del turbillón sobre la materia globulosa. Y dígase lo que se quisiere de la luz criada el primer día (la cual, para distinguirla del Sol, dió mucho que pensar a padres y expositores), por lo menos el cuarto día estaba hecho el Sol con toda su perfección, cual era menester para la conservación de todos los vivientes; por

consiguiente había ya entonces toda la materia sutil necesaria para este efecto. Pasemos adelante. En los cuatro días siguientes fué continuando la rapidísima agitación de la materia sutil contenida en los intersticios de los glóbulos del segundo elemento. con la cual, rayendo fortísimamente la superficie de éstos, necesariamente había de hacer cada vez menor su tamaño y reducir a materia etérea gran porción de la globulosa. Los glóbulos mismos, estregándose unos con otros, ya por su propia rotación, ya por el impulso comunicado por la materia sutil, se habían de ir deshaciendo en aquellos sutilísimos ramentos de que se compone la materia etérea. Añádase a esto lo que la vehementísima rotación de la materia sutil contenida en el medio del turbillón. forcejeando con toda la parte cóncava de la esfera del segundo elemento, había de gastar de ella. Añádase. en fin, el gasto que se había de hacer también en el tercer elemento por la materia sutil. que velocísimamente discurre por todos sus poros. Hecho en la forma que se puede el cálculo. sale a la cuenta que tanta porción por lo menos de materia sutil se formó en los cuatro días siguientes a la formación del sol. que en los cuatro antecedentes. La materia tan frágil era ahora como antes. La cantidad del impulso o movimiento para dividirla, el mismo. según la regla establecida de conservarse siempre en el mundo la misma cantidad de movimiento. Luego tanta cantidad de materia sutil se haría de las raeduras de los otros dos elementos en los cuatro días segundos, que en los primeros. De los cuatro días que se subsiguieron después se hace el mismo argumento. Y a este andar, dentro de poco tiempo el Sol sería tan grande que abrasaría la tierra. y dentro de un año o poco más todo el turbillón sería un sol. Aunque rebajemos mucho de la cuenta. a pocos años se siguiera el estrago dicho.

29. Responderáseme que se resarcían al segundo y tercer elemento las pérdidas. porque al mismo tiempo. de la unión de muchas partículas de la materia etérea, que de ese modo crecerían a mayor mole, se formarían partículas del tercer elemento, y de las partículas del tercer elemento, raídos los ángulos en los encuentros, se irían sucesivamente formando glóbulos para reparar los atrasos del segundo.

30. Mas, lo primero: ¿quién creerá que en el ciego y violento choque de las partículas de los tres elementos, con tanta regularidad y proporción se fuese reparando por una parte lo que se perdía por otra, que, no digo en uno o dos siglos, sino en uno o dos años, no se perdiese el equilibrio, de modo que se arruinase toda la máquina?

31. Ni podía absolutamente haber esa proporción, siendo imposible que se incrustase ni aun la milésima parte de cantidad de materia etérea, respecto de lo que era menester reparar en el segundo y tercer elemento, lo cual se evidenciará advirtiendo que la materia etérea, según la ponen los cartesianos, es infinitamente fluida y por eso no hay poro ni cavidad tan sutil en los cuerpos por donde ella no discurra con libertad, pues aun la materia globulosa, que no es tan tenue. penetra los poros del diamante: si no, no diera paso a la luz. Puesto esto, considérese con cuánta dificultad se incrustan o consolidan en porciones mayores las partes de los líquidos, uniéndose unas con otras. El espíritu de vino. el aceite, aun el agua más depurada de corpúsculos térreos y de los mixtos, siendo infinitamente menos fluidos que la materia etérea, y teniendo, en sentir de los cartesianos, todas sus partículas en continuo movimiento (en que, según su sentencia, consiste la fluidez), se conservan años enteros, sin que de la unión de sus partículas resulte alguna mole sensible, que degenere de la naturaleza del fluido ¿Cuánto más tiempo será menester para que esto suceda en la fluidísima materia etérea? Por esto no puedo creer que las manchas, tantas veces observadas en el Sol (pues, según refiere el P. Dechales, sucedió verse cincuenta a un tiempo), nazcan de estas incrus-

taciones de la materia sutil, como quieren los cartesianos.

§ IX

32. El mismo inconveniente que hasta aquí hemos argüido en la doctrina de Renato Descartes, parece se puede inferir también en el sistema de Pedro Gasendo, aunque por diferente camino del propuesto hasta ahora. Este filósofo, resucitando la antigua filosofía de Epicuro, pone por principios de todos los entes materiales la innumerable multitud de corpúsculos insensibles, comúnmente llamados átomos. Convienen cartesianos y gasendistas en la razón de filósofos corpusculares, que negando toda forma sustancial y accidental distinta de la materia, no piden para la formación de los compuestos naturales otra cosa sobre la materia, que la varia configuración y movimiento de sus partes. Pero se distinguen, lo primero, en que Descartes da a la materia infinita divisibilidad; Gasendo sólo finita, pues existe toda la potencia de dividirse en los átomos, los cuales, aunque tienen alguna extensión y configuración y, por tanto, son divisibles matemáticamente, pero físicamente son indivisibles. Distínguense, lo segundo, en que Descartes sólo admite potencia pasiva para el movimiento en la materia; Gasendo atribuye a sus átomos virtud congénita para moverse. Distínguense, lo tercero, en que Descartes tiene por imposible el vacío; Gasendo, no sólo le concede posible, pero existente. Esto se entiende del vacío que llaman diseminado, distribuído en los pequeñísimos espacios que necesariamente quedan en los intersticios de los átomos; y concede también que es posible el vacío en un grande espacio. Estos son los capítulos principales de división entre las dos escuelas.

33. Verdaderamente la resurrección que hizo en Gasendo la filosofía de Epicuro es parecida en parte a la resurrección que esperamos a nuestros cuerpos, que, como dice el Apóstol, serán entonces reformados: *Reformabit corpus humilitatis nostrae.* Pues no puso a los átomos eternos o existentes necesariamente, como Epicuro, sino criados en tiempo por el Autor supremo, que fué reformar lo que tenía de contrario a la religión la filosofía de Epicuro.

34. Y si he de decir lo que siento, yo hallo mucho más defensible el sistema de Gasendo que el de Descartes, especialmente después que el famoso padre Maignan le quitó algunas espinas que tenía hacia los dogmas teológicos. Pero en cuanto al inconveniente de seguirse a la formación del mundo con poca dilación de tiempo su ruina, aunque cuanto se ha argüido hasta ahora contra Descartes no tiene lugar contra Gasendo, resta un reparo, que comprende uno y otro sistema.

35. Cartesianos y gasendistas concuerdan en establecer en el mundo la continuación del mismo movimiento de sus partículas, que al principio le dió ser o le formó. Y esto es lo que yo hallo imposible o sumamente difícil de entender, porque me parece que aquel movimiento con que se ponen en orden las partes de un todo, después de formado éste, debe cesar, para que se conserve el compuesto. La razón y la experiencia comprueban mi pensamiento. La razón, porque cualquier movimiento que conduce a algún término, si después de logrado el término no cesa, necesariamente ha de sacar del término al móvil, para llevarle a otro término, pues movimiento que no tienda a algún término es imposible, y el término ya adquirido no puede serlo respecto del movimiento que persevera después de la consecución. Digo no puede ser término *ad quem*, como se explican los escolásticos; sí sólo término *a quo*. Conque es preciso que el movimiento que continúa traslade al moble del mismo estado en que le puso a otro diferente. Siendo, pues, la formación y orden del Universo término de aquel movimiento que al principio tuvieron las partes de la materia, continuando la misma especie de movimiento, le ha de

sacar de ese mismo orden en que le puso.

36. La experiencia demuestra lo mismo, no sólo en los compuestos artificiales, donde se ve que el movimiento comunicado a las partes por el impulso del artífice, cesa en estando todas en el orden debido, y si no cesara, se desbarataría con ese mismo movimiento toda la obra, mas también en los compuestos naturales. El movimiento del *ácido y álcali*, que los conduce a unirse entre sí formando el mixto que se llama *salsalso*, cesa lograda la unión. Si no cesara, es claro que luego se desunirían y no duraría la unión más que un instante. Aún más claro se ve esto en los frutos de las plantas. Desde que empieza a crecer una manzana en el árbol, empieza en ella el movimiento fermentativo con que poco a poco se va disponiendo para la madurez. Si llegando a estar madura no para el movimiento fermentativo de sus partículas, con ese mismo movimiento pasa de la madurez a la putrefacción. Y así todas las diligencias que se hacen para la conservación de los frutos, no son otras que aquellas que estorban el movimiento fermentativo de sus partículas. No veo que pueda suceder otra cosa en el compuesto universal del orbe, que lo mismo que sucede en cada mixto particular.

37. Admirablemente dijo Bacon, que aquella filosofía (conviene a saber, la de Leucipo, Demócrito y Epicuro), que más es acusada de ateísmo, si se mira bien, es la que más claramente demuestra la existencia de Dios, porque luego se representa inconceptible que un ejército innumerable de átomos, vagando sin orden, formasen esta admirable y concertada variedad del Universo, sin ser regidos por artífice divino (1). Lo que Bacon dijo de la formación, aplico yo a la conservación. Es imposible que el vehementísimo ímpetu que en las partes de la materia suponen estable Descartes y Gasendo no destruya el orden del Universo, si Dios no está haciendo para su conservación un continuo milagro.

(1) *De Inter, rer.*, cap. XVI.

§ X

38. Porque pertenece derechamente al asunto de este Discurso, le concluiremos examinando cierta opinión particular de estos tiempos, en cuanto a la generación de los vivientes, de la cual creo se sigue que todos los vivientes, en cuanto a sus especies, hubieran perecido a pocos pasos de sus primeras procreaciones.

39. Después que los filósofos modernos, con la sutileza de sus especulaciones se empeñaron en descubrir a la naturaleza sus más retirados senos, habiendo ya Descartes introducido la máxima de desterrar todas las causas segundas, recogiendo toda la virtud productiva en el autor de la naturaleza, de modo que ni aun por participación se halle en alguna criatura, nos trajeron algunos la gran novedad de que Dios crió, en el principio del mundo, envueltas unas en otras, las semillas de todos los vivientes que habían de existir en toda la duración de los siglos, de modo que no sólo virtualmente, sino formalmente en la primera planta de cada especie existieron las semillas de todas las plantas de la misma especie que hubo y ha de haber hasta el fin del mundo. Y lo que es más, en cada una de estas innumerables semillas estuvo perfectamente formada la planta con su tronco, raíces, hojas, flores y frutos.

40. No sé quién fué el primer autor de esta opinión. El primero de los que yo leí fué Jacobo Rohault, famoso cartesiano, a quien inmediatamente se siguió el P. Malebranche. Y creo están hoy por ella los más de los cartesianos. D. Gabriel Alvarez de Toledo, que en su *Historia de la Iglesia y del Mundo antes del Diluvio*, quiso exornar la Sagrada historia del Génesis con las nuevas opiniones filosóficas (aliños tan forasteros aquel asunto como el de su impropio y afectado estilo), extendió en

una de sus notas esta nueva sentencia, aunque sin añadir nada a lo que en otros halló escrito.

41. A la verdad, en este autor se me hizo muy reparable el haberse declarado sectario de la nueva opinión. Lo primero, porque no asienta bien con la letra del Génesis, a quien sirve de glosa aquella nota. El texto sagrado dice que mandó Dios a la tierra que brotase hierba, la cual hiciese su semilla. *Dixitque Deus: germinet terra herbam virentem et facientem semen.* Y en el versículo inmediato añade que obedeció la tierra, arrojando hierba, la cual hace la semilla de su especie: *Et protulit terra herbam virentem et facientem semen iuxta genus suum.* ¿Quién no ve que no se salva en la propiedad literal hacer la planta su semilla, precisamente por tenerla encarcelada en su seno, si no es cada hierba más que una depositaria de las semillas de las demás que la han de suceder, habiéndolas producido Dios todas de antemano y fiándolas a la custodia de esta planta, como se verifica ser la misma planta verdadera hacedora de ellas?

42. Lo segundo, porque extraño que don Gabriel abrazase esta sentencia es la poca consecuencia de ella con la física, que poco antes había establecido; esto es, en el capítulo cuarto y nota quinta, donde, siguiendo a Gasendo, niega la infinita divisibilidad a la materia, y sin ella es absolutamente inconceptible ese revoltijo de millones de millones de semillas (o, por decirlo mejor, millones de millones de plantas formadas) en la primera semilla de cada especie. Hagamos esta imposibilidad patente con un ejemplo.

43. Considérese que un roble, desde que empieza a dar fruto vive cien años siempre en estado de darle, y que un año con otro produce diez mil bellotas: conque en todo produce un millón de bellotas. Rebajo mucho, así de los años de vida del roble como del número del fruto, siendo cierto que en terreno oportuno vivirá y producirá mucho más. A esta cuenta, vamos haciéndola de lo que encerraba en su seno la primera bellota que hubo en el mundo, discurriendo por la sucesión de varias generaciones y suponiendo que en cada diez años pudo cada bellota, sacada a luz, estar hecha roble que produjese nuevo fruto. Tenía, pues, la primera bellota en su seno, para la primera producción, un millón de bellotas: dentro de cada una de éstas tenía, para la segunda producción, otro millón; dentro de cada una de éstas tenía otro millón para la tercera producción. Demos ahora pasados cientos diez años, en que la bellota absorbió la primera serie de sus producciones. En los diez años siguientes se debe considerar acabada la segunda y en los diez siguientes la tercera, porque ya cien años antes hubo robles de cada una de estas series, empezando a producir la primera bellota a los diez años después que salió a luz. Por este cómputo sale que por cada diez años que se cuenten después de los ciento diez primeros, se multiplican por un millón las bellotas antecedentes. Y así sólo para la tercera serie de producciones es preciso que en la primera bellota esté contenido un millón de millones de millones de bellotas, que se señalan con estas cifras: 1.000.000.000.000.000.000. Pasemos adelante: en cada diez años siguientes se añaden a este número seis cifras, según la regla elemental de la aritmética, porque en cada diez años se multiplica por un millón el número antecedente. En cada cien años se añaden sesenta cifras. En cada mil, seiscientas. Ajustando, pues, los años que han pasado desde la creación del mundo hasta ahora, que según el cómputo más probable de todos, son cinco mil cuatrocientos sesenta y seis años, tenemos que el número de bellotas contenido dentro de la primera bellota, precisamente para las series de producciones que pudo haber hasta este tiempo, no se puede explicar con menos de tres mil cifras de guarismo.

44. Para quien no comprende el inmenso valor de tantas cifras o caracteres numéricos, bastará decirle que si Dios criara un firmamento que fuese

mil millones de millones de veces mayor que el cielo estrellado que ahora tenemos, y se llenara toda su concavidad de granos de arena tan menudos que mil juntos no pesasen tanto como un grano de mostaza, no sería menester ni el diezmo de los caracteres dichos para sumar el número de granitos de arena que cabrían en aquel vastísimo firmamento posible. Supuesta la evidencia de esta cuenta que es matemática, quisiera que me dijera el más apasionado de D. Gabriel Alvarez si halla persuasible que siendo finita la divisibilidad de la materia estuviesen encerradas en la primera bellota tanto número de bellotas como significan los tres mil caracteres, con la adición de ser todas ellas otros tantos robles formados con sus partes integrantes. En que se debe también advertir que cada bellota no contiene en todo su cuerpo las que han de salir de ella, sí sólo en la parte central suya, que se llama yema.

45. Alégase a favor de esta opinión, lo primero, la experiencia del tulipán, en cuya semilla se ve con el microscopio formado un tulipán entero. Lo segundo, que no se puede entender que haya ni en las plantas ni en los animales virtud formatriz o arquitectónica para la admirable estructura que piden sus especies. Lo tercero, la autoridad de San Agustín en el libro 5, *De Trinit.*, cap. VIII, donde dice que crió Dios en este mundo no sólo las semillas visibles, mas también otras invisibles, que son semillas de otras semillas.

46. A lo primero se puede responder que de que haya un tulipán formado en la semilla de otro tulipán no se infiere que haya una serie como infinita de tulipanes escondidos unos en otros. Acaso la virtud formatriz tiene su esfera de actividad terminada en esa primera generación y esto es lo más verosímil. A lo segundo, se dice que la virtud formatriz arbitrariamente se niega cuando vemos, aun en los mixtos inanimados, bastantes señas de ella, pues el salmarino liquidado se concreta siempre en cubos, el nitro en columnas exágonas, y en varias tierras hay piedras que observan en la figura una regularidad admirable. A lo tercero, respondo que San Agustín, en el lugar citado se puede entender muy bien de semillas potenciales, esto es, de los principios elementales de las semillas. Esto es más conforme al contexto, pues dice el Santo que estas semillas están esparcidas por los elementos. Y en caso que se entienda el Santo de semillas formales, no favorece a la opinión nueva que impugnamos, sino a otra que es muy antigua, de que de todas las cosas corpóreas hay semillas ocultas mezcladas en los elementos, que vagando en ellos, son llevadas por los vientos de unas partes a otras, en cuya consecuencia se niega la que se llama generación espontánea de los vivientes, afirmándose que no hay planta ni animal, por vil que sea, que no deba el origen a semilla de su especie. Esta opinión apadrina el Maestro de las Sentencias en el lib. 2, Disc. 17, y la siguen muchos modernos.

47. Los fundamentos, pues, en que estriba la nueva opinión, no son tan fuertes como los que contra ella se toman, ya de las generaciones monstruosas, v. gr., un cuerpo con dos cabezas, siendo imposible que de dos cuerpos figurados y extensos en dos semillas se haga uno solo. Ya de que es inexplicable en aquella sentencia la generación de los híbridas o animales de especie mixta, porque de dos cuerpos, que cada uno tiene su figura determinada, no puede, sin desbaratar enteramente su contextura, formarse otro cuerpo, que no tenga ni una ni otra figura, y así sería menester destruir las semillas de uno y otro sexo, para formar el tercero, que sería un modo de formar *ex semine* totalmente contradictorio. Ya, en fin, de que tampoco se puede entender en la misma opinión cómo en las generaciones regulares el engendrado salga semejante a entrambos generantes. Estas dificultades hay contra la nueva opinión, aun supuesta la infinita divisibilidad de la materia, pero de ninguna de ellas se hizo cargo D. Gabriel Alvarez, como si escribiera para hombres

sin discurso y que no habían de leer más que su libro.

48. Corrió la pluma acaso más de lo que debiera en la impugnación de esta sentencia, la cual sólo por vía de digresión tenía aqui cabimiento, siendo mi intento sólo mostrar que de ella, puestos los principios cartesianos, se sigue que muy luego después de producidas las plantas y animales se habían de extinguir todas sus especies, destruyéndose todas las semillas. Lo cual deduzco del ímpetu rapidísimo con que la materia etérea penetra hasta los más sutiles poros de todos los cuerpos, pues parece imposible que en tan continuados embates no destruyese la textura de todos aquellos minutísimos arbolillos contenidos en las primeras semillas. Lo mismo digo de las semillas organizadas de los animales. De este modo se estorbaba de todo la propagación de las especies. Este inconveniente (por ocurrir a la réplica que podía hacérsenos) no se sigue en la común sentencia, pues no están organizados los árboles dentro de las semillas sino en potencia, aunque haga algún estrago en ellas la materia etérea, disipando sucesivamente, ya unas, ya otras partículas, por medio de la nutrición se van reparando al mismo tiempo, y de este modo siempre tiene la virtud formatriz materiales para la fábrica.

TEATRO CRITICO

TOMO II

DEDICATORIA

que hizo el autor al Ilmo. y Rvmo. señor D. Fr. Antonio Sarmiento de Sotomayor, maestro general y difinidor mayor de la Religión de San Benito, abad exento del Real Monasterio de San Julián de Samos en Galicia, dignísimo general de toda la Congregación Benedictina de España e Inglaterra, teólogo de S. M. Católica en su Real Junta de la Concepción, y nuevamente electo obispo de Jaca, del Consejo de S. M., etc.

Ilmo. señor:

No busco en V. S. I. patrono a este libro, porque sin buscarle le tengo: así el obsequio de esta dedicatoria tiene mucho de gratitud y nada de interés. La generosa inclinación de V. S. I. a favorecer mis escritos se ha anticipado mucho más de lo que pudiera granjear mi solicitud. La benignidad de mi estrella ha negociado en V. S. I. un Mecenas tan propiamente tal, que sólo la religión que profesa y el tiempo en que florece pueden distinguirle de aquel grande amigo de Octaviano Augusto, que hizo su nombre glorioso, comunicándole a todos los patronos de las letras.

En aquel ilustre prócer (C. Cilnio Mecenas) sobre las dos excelentes cualidades de sabio y protector de sabios, que atestiguan todos los escritores de aquel tiempo, nos descubrió Horacio la de descendientes de reyes: *Moecenas atavis edite regibus*, y según Propercio, no menos que de los más antiguos de Europa, como fueron los de Etruria o Toscana: *Eques etrusco de sanguine regum.* Este concurso de señas, trasladado al presente siglo, tan individualmente caracterizan la persona de V. S. I., que no habrá quien no la distinga por ellas. De la primera y segunda dan testimonio cuantos hombres doctos hay en nuestra Congregación Benedictina de España, y de la tercera a los monumentos más firmes de la Historia. Es V. S. I. hijo de los nobilísimos señores de Peian, Deba, Alcabra, Corzanes y Fortaleza de Trasdeza, casa segunda de Salvatierra y Soberoso, y, por consiguiente, XV nieto de don Garci Fernández, señor de Villamayor, Aza y Zelada, de quien fué VI abuelo el rey don Ramiro el III de León y III abuela la infanta doña Urraca de Navarra, hija del rey don García VI del nombre y de la reina doña Estefanía de Barcelona, como lo testifican muchas escrituras y lo refieren con el padre Moret varios autores.

Y si es timbre grande de la nobilísima familia de V. S. I. el descender ella de reyes, no lo es menor el que también reyes, y tales reyes como los de Francia y España, desciendan de ella. Don Pedro Ruiz Sarmiento, adelantado mayor de Galicia y IX abuelo de V. S. I. (según prueba la consumada erudición de don Luis de Salazar en el Memorial por la Grandeza de Salvatierra) logra el regio blasón de ser XI abuelo de nuestro católico monarca Felipe V, y XII del cristianísimo Luis XV, que felizmente reinan en estas dos grandes monarquías. Porque su hija doña Constanza Sarmiento fué mujer de Garci Alvarez de Toledo y madre de don Fernán Alvarez de Toledo, primer conde de Alba de Tormes, y, por consiguiente, IV abuela de doña Leonor de Toledo, mujer del gran duque de Etruria o Toscana Cosme I de Médicis, de quien fué nieta (como se podrá ver en el grande *Diccionario Histórico* de Moreri y en otros muchos autores, así propios como extraños) María de Médicis, reina de Francia y mujer

de Henrico IV el Grande: *Hetrusco de sanguine Regum.* No son estas glorias genealógicas y otras muchas que omito, de aquellas que tal vez fabrica la fantasía, para que en las dedicatorias las estampe la lisonja, sino hechos constantes, acreditados por los más fidedignos instrumentos impresos y manuscritos. Mas no se contentó V. S. I. con la herencia de tantos blasones antiguos de sus mayores, pues noblemente ambicioso les añadió un nuevo esplendor en las heroicas acciones, que costeó el grande erario de su prudencia y su virtud, que es lo que admiraba Tibulo en su Mesala.

Non tua maiorum contenta est gloria fama,
nec quaeris quid, quaque index sub imagine [dicat;
sed generis priscos contendis vincere honores:
quam tibi maiores, maius decus ipse futurus.

Pero yo, arrebatado en celebrar lo menos de V. S. I., me olvidé de que ofendo lo más, que es su religiosísima modestia. Sirva de disculpa el paralelo instituído entre uno y otro Mecenas, que no sólo me llevó sin violencia, mas aun con precisión, al asunto de la regia estirpe de los Sarmientos, honor grande de Galicia, mi patria. Me olvidé también de otro muy específico paralelo. Al partirse el César a campaña el año 722 de la fundacion de Roma, encargó a Mecenas el gobierno absoluto de Italia, durando aún las centellas de la facción y la discordia; y en otro año 722 veneró nuestra Congregación a V. S. I. por su general y prelado. En su último trienio (si creemos a Plinio) no dormía Mecenas: *Triennio supremo nullo horae momento contigit somnus,* o como se explica Patérculo: *Urbis custodiis praepositus C. Moecenas equestri ac splendido genere natus vir, ubi res vigiliam exigeret, sane insomnis, providens atque agendi sciens.* V. S. I. en su último trienio tampoco perdonó afán que no aplicase al mayor lustre de la Congregación y acierto de su prelacía. Este desvelo en otros parecería enfermedad; en V. S. I. fué cuidado. Las sabias máximas que produjo esta continua tarea, s ven acreditadas por los efectos que ex perimenta el buen régimen de nuestr república.

Gobernó V. S. I. felizmente solo porque quien en sus propios talento tiene sobra de caudal, no necesita aje nos sufragios. Ni aun los mitológicos su pieron fingir que Atlas pudiese sostene solo el peso de la esfera, y así le pusie ron por auxiliar a Hércules. Ni Césa fué capaz de gobernar por sí el impe rio, si no le dividía con Mecenas. E esto salió V. S. I. del paralelo, verifi cándose mejor el vaticinio de Horacio. *Cum tot sustineas et tanta negotia solus* Carácter es del Sol no mendigar ajeno rayos para lucir: *Sol quia solus.* Po luminar mayor le aclama la Escritura pues aun no bien nacido, ya salía a lu cir y presidir a toda la congregación de los astros. Todos admiraron a V. S I. Sol del hemisferio benedictino po cuatro años. Corto lustro fué este tiempo para nuestros deseos, pero mucho más corto para tantos aciertos. Desde su juventud empezó a mostrar el desempeño de nuestras esperanzas: *Co gerens senile... aetatem moribus transiens.* Discretamente satirizaba Juvenal a los antiguos, que pesaban las excelencias del mérito por cuatro años más d ancianidad: *Venerabile erat praecedere quatuor annis.* Error común, en todos tiempos convencido de falso, pues a V. S. I. le sobraron más años para los aciertos, que otros desean para las veneraciones.

Logre, pues, y admita V. S. I. los merecidos aplausos que justamente agradecida le tributa nuestra Congregación, pues no son estas glorias de aquellas que V. S. I. ha renunciado por caducas. Su perpetuidad se afianza en la duración de esta Benedictina República y no menos en la debida gratitud de mi reconocimiento, en que perpetuamente brillará la fortuna del singular agrado que merezco a V. S. I., debiendo siempre repetir lo que Horacio decía a Mecenas: *Magnum hoc ego duco, quod placui tibi.* Y por no las-

timar más la delicada modestia de V. S. I., concluyo implorando la continuación de su patrocinio; para que recuerdo a V. S. I. las cláusulas con que solicitó el favor de su mecenas el mayor de los poetas y el mayor de sus amigos:

Tuque ades, inceptumque una decurre laborem: o decus, o famae merito pars maxima nostrae Moecenas.

Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años para lustre de España, gloria de la Religión Benedictina y protección de sabios. De este Colegio de San Vicente de Oviedo y febrero, 18 de 1728.

D. V. S. Ilma.
su más rendido siervo y capellán, que B. S. P.
Fr. Benito Feijoo

PROLOGO

Lector mío, segunda vez parezco en público a leer invectivas y oír aclamaciones. Discurro de la suerte de este libro por la del primero, y como sea la misma, estoy contento. El público me ha favorecido liberalísimamente y esto basta para que yo, bien lejos de desistir de lo empezado, continúe más fervorosamente en servir a su diversión y utilidad. Algunos pocos quisieron con sus censuras detener la corriente de la general aceptación que logró el primer tomo; pero el haber sido pocos, me basta para consuelo, y si examino el motivo me sobra para confianza. Los que por defender las facultades que profesaban y que consideraban agraviadas, escribieron contra mí con tanto ardor, manifestaron hacer demasiada estimación de mi pluma en el concepto que formaron de que ésta era capaz de arruinar los créditos de su profesión; de éstos no me quejo (aun comprendiendo los que más se destemplaron), porque donde el honor de la facultad y el interés de la persona mueven la pluma, le dan tan recio impulso que la arrojan mucho más allá de la raya que señala la decencia.

2. A quienes no disculpo, aunque los perdono, es a aquellos que en sátiras anónimas vertieron su saña, sin más motivo que el ver celebrada mi obra. ¡Oh envidia, monstruo de tan infelices ojos, que no el humo, sino la luz, te saca lágrimas!

3. Es cosa notable que en Francia, aquel gran teatro de guerras de crítica, ningún autor haya padecido tantas censuras y tantos censores como los dos mayores espíritus que para la elocuencia métrica y suelta produjo el siglo pasado en aquel reino: Pedro Cornelio y Juan Luis de Balzac. La conspiración contra este segundo fué tal, y tales los artificios de sus émulos desde que vieron el aplauso con que fueron recibidas sus primeras producciones, que hicieron mudar de dictamen al público y al autor le tuvieron veinte años como ahogado, hasta que disipándose poco a poco las nieblas con que la envidia había cegado los ojos del común, volvieron a brillar las obras del ilustre Balzac, con resplandor aún más copioso que el que habían logrado al principio. El gran Cornelio no fué tan desgraciado, porque tuvo siempre al público de su parte, aun viéndole censurado por el formidable cuerpo de la Academia francesa y empeñado todo el crédito del cardenal de Richelieu en su descrédito. No hago esta memoria por compararme a aquéllos por la parte del mérito, sino por la de la fortuna. Ellos merecieron la celebridad; yo la logré sin merecerla. Pero así a ellos como a mí el aire del aplauso nos llevó hacia el escollo de la envidia.

4. No niego que justamente se me pudo censurar en muchas cosas. Conozco varios defectos míos, y es de creer que sean muchos más los que no conozco. Pero la emulación fué en este

lance más ciega que el amor propio, pues no vieron los censores las flaquezas de mi pluma, viéndolas yo mismo, y no advirtiendo los defectos verdaderos, me los achacaron fingidos, ¡Oh cuántos infieles comentarios parecieron de mis escritos, arrancando con mala fe y con violencia suma voces y cláusulas de su genuino sentido, para escandalizar con quimeras el público! ¿Esta es corrección o corrupción?

5. Otro linaje de censores ha habido más dignos de compasión que de enojo. Hablo de aquellos pobres incapaces, condenados a ignorancia de por vida, cabezas de cal y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas partes el discurso, para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axioma. Estos, en oyendo o leyendo algo contra la común opinión, tocan a novedad como a fuego, montan en cólera, ármanse de dos refranes añejos, enristran la lanza del *Quantaque*, plántanse por los méritos de su antigüedad el yelmo de Mambrino o la dureza de sus cascos les sirve de morrión; y veis aquí la mejor milicia que alista debajo de sus banderas el error inveterado, al fin invencible a todo argumento.

6. A esto se agrega uno u otro auxiliar, que al mismo tiempo los patrocina y los condena, diciendo que para qué se ha de tomar el empeño de sacar al vulgo de sus errores; que los necios son infinitos y que es prudencia no conmover este poderoso partido. Yo te confieso, lector mío, que me parece muy cuerda aquella antigua máxima de hablar con los muchos y sentir con los pocos. Pero tanta cordura no se acomoda con mi sinceridad. Y veo por otra parte que el contemplar tanto a los necios, es estrechar mucho la libertad de los entendidos. Oyeme un chiste o llámalo, si quieres, apotegma. En una marcha que hacía con su ejército Filipo, rey de Macedonia, llegó a un sitio hermoso, apacible, despejado; y enamorado de él, quiso que parasen allí las tropas. Pero los oficiales le representaron que no era posible, porque no había allí pasto para la caballería y bestias del bagaje. *¡Oh qué desdichada vida es la nuestra* (exclamó Filipo) *si nos hemos de atemperar al gusto y comodidad de las bestias! Qualis vita est nostra, si ad asinorum commodum nobis est vivendum!* Aplícalo tú, que yo estoy de prisa.

7. Algunos alargaron la censura más allá de la calidad de la obra, notando de osado el proyecto y de viciosa la intención. Decían que el título de *Teatro Crítico Universal* era muy arrogante, que era también mucha presunción mía esperar cumplir con lo que en él prometía y que la magnificencia de la promesa manifestaba un apetito desordenado de gloria. Con decir que nada de esto es del caso, porque es sacar la crítica fuera de su esfera, tengo respondido bastantemente. Pero añadiré que en la resolución de esta empresa no procedí fiado a mi dictamen. Años ha que muchos sujetos de mi sagrada religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza o con mi cobardía, sobre que trabajase para el público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado a escribir para imprimir, les comuniqué diferentes proyectos que tenía ideados, entre los cuales escogieron por más útil y por más honroso el que sigo. Así, lector mío, como yo tengo más satisfacción de la prudencia y buena intención de los que me aconsejaron entonces que de los que me fiscalizan ahora, proseguiré sin miedo en la obra, entretanto que el público le dé favorable acogida. Ceder a ajeno dictamen no fué osadía, sino docilidad. Nadie desconfía más de mis fuerzas que yo mismo. Si parecieren inferiores al empeño, responderán por mí los que creyéndolas iguales me han animado.

8. En este tomo hallarás el mismo método que en el pasado, que es diversificar los asuntos, a fin de evitar el fastidio con la variedad. El estilo también es el mismo. Si hasta aquí te agradó, no puede ahora desagradarte. Digo el mismo respectivamente a las materias, pues ya sabrás la distribución que el recto juicio hace de los tres géneros de

estilos, consignando a la moción de afectos el sublime, a la instrucción el mediano y a la chanza el humilde. Yo, a la verdad, no pongo algún estudio en distribuirlos de esta manera ni de otra. Todo me dejo a la naturalidad. Si en una u otra parte hallares algo del sublime, sabe que sin buscarle se me viene, o porque la calidad de la materia naturalmente me arrebata a locuciones figuradas, que son más eficaces cuando se trata de mover algún afecto o porque tal vez la imaginación, por estar más caliente, me socorre de expresiones más enérgicas. Y ni yo cuido de templarla cuando está ardiente, ni de esforzarla cuando está lánguida. En punto de estilo, tanto me aparta mi genio del extremo de la afectación, que declino al de la negligencia.

9. En cuanto a la ortografía (pues también de esto suele dar razón el autor a los lectores) no sigo regla determinada, porque no la hay. Unos quieren que se arregle a la etimología, otros a la pronunciación, y ni unos ni otros cumplen con el mismo precepto que prescriben, pues no se hallará autor alguno que siga en todo la etimología o que siga en todo la pronunciación.

10. Advierto que en las materias controvertibles, especialmente físicas, prescindo de la autoridad de los que favorecen la opinión contraria a la mía. Busco la verdad en sí misma, sin cuidar de la mayor probabilidad extrínseca, la cual supongo estar por las opiniones comunes. La autoridad más grave, como no llegue a infalible, me ejecuta sobre la veneración, sin obligarme al asenso. Sigo la discreta máxima de San Agustín: *Ad discendum dupliciter ducimur, auctoritate atque ratione. Tempore auctoritas, re autem ratio potior est.* De esto es menester que se hagan cargo los que quisieren impugnarme. Salgo al campo sin más armas que el raciocinio y la experiencia; con las mismas se me ha de combatir. Oponerme, como algunos han hecho, que más se debe creer a tanto y tales doctores que a mí, es saltar fuera del coro, pues yo no pretendo ser creído sobre mi palabra, sino sobre mi prueba. Mis razones se han de examinar, no mis méritos. Pero los que fueren capaces de pesar las razones, harán muy bien en contar los votos y atenerse a aquellas opiniones en cuyo favor hallaren el mayor número de sufragios.

11. A persuasión de algunas personas sabias he introducido en este tomo las dos respuestas apologéticas que van al fin de él. Al doctor Ros respondo en el idioma latino, porque él me impugnó en este idioma. He introducido también la *Carta defensiva* del doctor Martínez, porque no se sepulte en el olvido este precioso rasgo de su pluma. Cuanto escribe este sabio y elocuente autor es digno de la inmortalidad. La impugnación del doctor Ros es muy larga para poder darle aquí cabimiento.

12. Avísote que el tercer tomo seguirá muy en breve al segundo, pues cuando éste acabe de imprimirse, estará, dándome Dios salud, trabajada la mayor parte de aquél. No sé si hay algo más que prevenirte. Por ahora no me ocurre.—Vale.

HISTORIA NATURAL

Discurso segundo

§ I

1. Que las fábulas que se introducen en la historia civil, una vez admitidas se eternicen en la creencia de los hombres, no hay que extrañar, porque los sucesos y siglos pasados no hay modo de hacerlos otra vez presentes, para explorar cuánto se alteró la verdad de ellos, o por la poca sinceridad o por la mucha credulidad de los historiadores. Pero que con las fábulas que se introdujeron en la historia natural suceda lo mismo, es digno de la mayor admiración, porque siendo la naturaleza siempre la misma, siempre tenemos a los ojos el desengaño. Esta es prueba concluyente de que el vulgo es de cera para admitir las impresiones de las fábulas y de bronce para retenerlas.

2. En ninguna materia hay tanta pobreza de escritores juiciosos y fieles como en la historia natural. El canciller Bacon, que sin duda leyó mucho, dice que no halló escrito algo sobre las maravillas de la naturaleza digno de fe: *Narrationem gravem et severam de heteroclitis, et mirabilibus naturae diligenter examinatam et fideliter descriptam non invenio* (1).

3. No por esto acusaré la poca veracidad, antes la sinceridad nimia de los escritores, de los cuales unos no hicieron más que trasladar sin examen lo que hallaron en otros, y los primeros escribieron lo que oyeron al más despreciable viajero. Ni uno hay que no haya incurrido en esta o aquella nota. ¿Qué hay que extrañar esta facilidad en Plinio (hombre ciertamente muy otro de lo que piensa el vulgo, pues fué severamente veraz), si Aristóteles con toda su filosofía cayó en la misma ligereza? ¡Cuántas cosas totalmente increíbles escribió en el libro *De Mirabilibus auscultationibus*! Allí se lee que en Sicilia hay un lago, donde si se meten los animales ahogados recobran la vida (muy olvidado estaba el filósofo cuando escribió esto de aquella gran máxima suya que no hay regreso de la privación a la forma); que en la isla de Chipre hay un territorio, donde siembran el hierro dividido en menudos trozos y con el beneficio del riego produce y crece como las plantas, de modo que a su tiempo se hace cosecha de hierro como pudiera hacerse de lino; que en Capadocia las mulas son fecundas (debía de ser de aquel país la que Suetonio dice que parió en tiempo de Galba); que en Creta los olmos son fructíferos (con que allí no será tan fuera de propósito como por acá el pedir peras al olmo), y otras muchas cosas de este jaez.

4. No sólo en el libro citado, mas en otras partes de sus obras, mostró Aristóteles su facilidad en creer lo increíble. En el libro quinto de la *Historia de los animales*, no sólo asiente a la vulgar fábula de la salamandra, pero añade que en los hornos de metal de la isla de Chipre nacen y se crían en medio de las llamas unas pequeñas avecillas, tan simbólicas con el fuego, que mueren luego que las apartan de él. En que se debe notar juntamente una gra-

(1) *De Augment. Scient.*, lib. 2.

ve inconsecuencia del filósofo, pues en el libro segundo de la *Generación de los animales* dice que el fuego no engendra animal alguno.

5. Plinio no hizo más que juntar lo que halló en Aristóteles y otros antiguos, cuyo catálogo se halla al principio de la tabla de cada libro de su *Historia Natural.* No fué mentiroso, como cree el vulgo, sino crédulo, y aun no tanto como otros que le precedieron o le siguieron. Con todo, es cierto que no nos dejó la antigüedad obra igual a la suya. Solino fué un mero copiante o compendiario de Plinio. Todos los que vinieron después hicieron lo mismo, con la advertencia que muchas cosas que Plinio había referido como dudosas, otros, citando infielmente a Plinio, las escriben como ciertas.

6. En estos últimos siglos, en que abierto el comercio de las naciones más extrañas, se gira el mundo con facilidad, se ha eximido de infinitas fábulas autorizadas por los antecedentes escritores. Ya se sabe que en ninguna parte de la tierra hay pigmeos, ni ojancos, ni hipógrifos, ni hombres con cabezas caninas, ni otros con los ojos en el pecho, ni aquellos de pie tan grande que con él hacen sombra a todo el cuerpo, u otras monstruosidades semejantes. Con todo, aún ha quedado mucho que purgar en la historia natural por la obstinación de algunos modernos en trasladar ciegamente las patrañas que dejaron escritas los antiguos.

7. Nada leí con más admiración que las maravillas que refiere de la isla de Irlanda el padre Ricardo Arsdekin en la breve noticia del orbe, que da en el tomo primero de la *Teología Tripartita.* Este religioso y docto escritor, que era natural de aquella isla, pudo fácilmente informarse de la verdad, pero tuvo por más cómodo trasladar quimeras de otros historiadores, que tomarse aquel ligero trabajo, y así él mismo afirma que aquellas noticias son sacadas de varios autores. Norabuena que le pasemos que hay en Irlanda un lago donde si se fija un palo largo, la parte que penetra la tierra se convierte en hierro; la que está en el agua, en piedra, y la que queda fuera del agua retiene el ser de madera. Creámosle también que en la provincia de Momonia hay una fuente con cuya agua, si se lava alguno, se encanece todo al momento, y al contrario en la de Ultonia hay otra que con el mismo uso ennegrece el pelo cano. Pero, ¿quién oirá sin risa que en la parte boreal de Momonia hay dos pequeñas islas, en una de las cuales no puede entrar ningún animal del sexo femenino sin morirse al momento, y en la otra nadie puede morir de enfermedad, de suerte que los que enferman gravemente, sin esperanza de convalecer, para librarse de los molestísimos dolores que los afligen, se hacen sacar de aquella isla para morir?

8. Señalar todas, ni aun la mayor parte de las fábulas, que se han introducido en la historia natural, sobre ser empeño muy superior a mis fuerzas y que pedía muchos volúmenes, no es propio de mi asunto, el cual en ninguna materia abraza todos los errores, sí sólo los comunes; y así me ceñiré a desengañar de algunos a quienes puede darse este nombre por estar bastantemente extendidos en el vulgo.

§ II

9. Lo primero que ocurre son los animales fabulosos, en cuya clase pongo el fénix, el unicornio o monoceronte, el basilisco, la salamandra, la rémora y aquel animal innominado de quien se dice sacarse la piedra preciosa llamada carbunclo.

10. Del fénix ya dijimos algo en el discurso duodécimo del primer tomo, ni es menester decir más, pues no es creída de tantos esta fábula que pueda llamarse con propiedad error común. Y si no le hubiesen menester para símil los oradores y poetas, creo que ya ni el nombre de fénix hubiera quedado en el mundo.

11. La cuestión de si hay unicornio es harto enredosa. Si se consultan los au-

tores, no es fácil saber si son más los que afirman su existencia o los que la niegan. Sólo es cierto que hay muchos por una y otra parte. Si se miran las astas que en varias partes se muestran como de unicornio, se hallan diferentísimas en color, magnitud y figura.

12. En una cosa están convenidos o todos o casi todos los naturalistas, y es en que hay alguna o algunas bestias, que tienen sola una asta en la frente. Por tales señalan ya el asno índico, ya la rupicabra oriental, ya otra llamada origes, ya no sé qué bueyes de la Etiopía. Esto basta para salvar los textos de la Escritura, donde se nombra el unicornio, pues verdaderamente el riguroso significado de esta voz no pide más.

13. Pero hoy comúnmente por el unicornio, en el sentido en que se disputa su existencia, se entiende una bestia de la magnitud y figura de caballo, que tiene en la frente una asta recta y larga cinco, seis o más pies, dotada de virtud alexifarmaca contra todo género de venenos.

14. Tomado en este sentido el unicornio, es para mí muy incierto que haya tal bestia en el mundo, por lo menos entre las terrestres. La razón, para mí fuertísima, es no haberse visto hasta ahora en la aula de ningún príncipe, donde no faltaría uno u otro unicornio, por pocos que hubiese en el mundo. Si una bestia inútil solo por ser rara es buscada con ansia para servir a ostentación de la grandeza, ¿cuánto más lo sería este bruto, que sobre ser raro, trae en la frente un gran tesoro? De Moctezuma se cuenta que en aquel palacio, fabricado en Méjico para habitación de fieras y aves de rapiña, tenía cuartel determinado donde hacía recoger animales ponzoñosos, y habiendo habido príncipe que buscaba aquellas sabandijas famosas solo por la malignidad del veneno, ¿no habrá muchos que soliciten aquella fiera, donde la naturaleza depositó el antídoto?

15. Dicen algunos autores que es de tan extraña ferocidad, que jamás deja prenderse. Pero esto no tiene alguna verosimilitud, pues si el león, siendo, según el testimonio del Espíritu Santo en los *Proverbios*, el más valiente de todas las bestias, se rinde a la industria del hombre, no es de creer que haya alguna fiera privilegiada de ser prisionera suya. Alberto Magno, por el contrario, hace su rendición sumamente fácil, pues dice que presentándole una doncella, se llega a ella amoroso y reclinándose en su seno, queda dulcemente dormido. Otros cuentan esto del rinoceronte, pero yo no creo que haya brutos tan racionales. Y si fuese verdad lo que dice Alberto, o copió de Juan Tzetzes, podrían estar las cortes del Africa y del Asia llenas de unicornios.

16. Aléganse Marco Paulo Véneto, que dice los hay en no sé qué partes remotas del Asia, y Ludovico Romano, que testifica haber visto dos en Meca; pero estos dos autores a nadie deben hacer fuerza. Marco Paulo Véneto refiere muchas cosas increíbles, como del ave prodigiosamente agigantada llamada Ruc, que arrebata un elefante y vuela con él en las garras para alimento de sus pollos. Es verdad que el Petrarca, habiendo hallado esta noticia en la relación de Marco Paulo Véneto, la pujó bien, pues dice que hay aves de esta misma especie tan grandes en el mar de la India, que se llevan pendientes por el aire navíos enteros con la gente que hay en ellos. Verdaderamente las mentiras tienen la propiedad que se atribuye a las serpientes de ir creciendo siempre sin término.

17. Ludovico Romano no fué más veraz que Marco Paulo. El fué quien nos trajo a Europa la fábula (adoptada después por Eusebio de Nieremberg y otros muchos) del rey de Cambaya o Camboya, que por haberse alimentado desde niño con veneno, mataba con el aliento y con el tacto a cuantos se le acercaban; como si el veneno, pasando a alimento de un hombre, no dejase ya de ser veneno.

18. Podía ser admitido como testigo más seguro, si lo fuese de vista, el padre Jerónimo Lobo, jesuíta, que viajó mucho tiempo por Africa, y en una re-

lación que hizo de varias curiosidades y se halla en el cuarto tomo de Thevenot, dice que se hallan los unicornios en la provincia de Agaos, parte del reino de Damota (está en la Etiopía este reino). Pero este autor sólo testifica que lo oyó decir, y por otra parte, al empezar a tratar del unicornio, dice: *Que aunque se habla mucho de este animal, por más diligencias que se han hecho, no se ha podido saber si efectivamente le hay en el mundo.*

19. Algunas historias que hay de cuernos de Unicornio con que se regalaron unos príncipes a otros, son tan abiertamente falsas que hacen dudosas todas las demás. Manuel Meterano, citado por Gaspar de los Reyes, refiere que el gran señor le envió a Felipe II doce de estas astas, cada una de la longitud de más de diecisiete palmos. ¿Dónde se sepultó tan magnífico presente, que nadie le ha visto por acá? ¿En qué país nacieron esos unicornios gigantes de su especie, que crecieron tan enormemente sobre todos los demás? Donde se debe notar también que en Gesnero se lee que el Senado de Venecia regaló al gran señor con un asta de unicornio, teniéndola por presente digno de aquel soberano, y no es fácil adivinar por qué en Constantinopla hay una vez tanta abundancia y otra tanta escasez de unicornios, que unas veces se despachen por docenas y otras se reciban con estimación por unidades.

20. Empero, nos resta una grave dificultad que desatar, y es que en algunas partes se muestran unos cuernos derechos y largos, cuales se pintan los de los unicornios, y se debe creer serlo, pues no son de algún animal de los conocidos. Por lo menos el argumento con que probamos que no hay tal bruto en el mundo, porque no se vió en alguna corte, ya queda sin fuerza, pues sean de la especie que quisieren los que produjeron aquellas astas, es cierta su existencia, y también es cierto que no se ven en las cortes.

21. Esta dificultad se puede disolver de muchos modos, según las varias sentencias de los autores. Algunos dicen que hubo estos brutos en el mundo, pero que se extinguió la especie y que de los que hubo un tiempo nos quedaron estos despojos. Otros responden que los cuernos que se muestran son artificiales, hechos de huesos de ballenas. A este sentir le da no poca probabilidad el que los más famosos que hay en Europa son bastantemente varios en la figura. El que tiene el monasterio de San Dionisio de París, largo siete pies, es torneado en forma espiral; el que se muestra en el tesoro de la iglesia catedral de Estrasburgo, casi del mismo tamaño, es seguido sin espiras.

22. Otros, en fin, dicen que los animales que producen esas astas no son terrestres, sino marinos. Esta sentencia tengo por muy probable. Olao Magno, Gesnero, Miguel Etmulero en el *Colegio Farmacéutico*, y últimamente Francisco Willugbeyo en su *Historia de los Peces*, que se imprimió en Londres de orden y a expensas de la Sociedad Regia, aseguran que hay en los mares septentrionales un pez del género cetáceo, armado de un cuerno muy largo, en todo semejante a aquellos que en los tesoros de los príncipes se muestran con el nombre de astas de unicornios. Jacobo Primerosio dice que vió dos cabezas de estos peces traídas de Groenlandia a Inglaterra. Así yo me inclino a que hay unicornio o monoceronte no en las selvas, sino en las ondas (1) (2).

23. En cuanto a la virtud alexi-

---

(1) Monsieur Picard en la relación del viaje que hizo a Dinamarca y se halla estampada en el tomo VII de la *Historia de la Academia Real* de Du-Hamel, confirma la opinión que proponemos en el citado número. *En Rosemburg* —dice— *que es un castillo de recreación de su Majestad, hay un trono hecho enteramente de estos que llaman cuernos de unicornios, de los cuales hay uno en Francia en el tesoro de San Dionisio. La verdad es que este es un cuerno de un pez y que se halla en el Mar del Norte.*

(2) Pero en el *Diccionario Universal* de Trevoux leemos que no es cuerno sino diente de aquel pez. Llámase este pez en unas

fármaca o contra veneno, son muchos los autores médicos que habiendo probado unicornios celebrados dicen que no hallaron tal virtud en ellos. Los que la defienden responden que como el unicornio legítimo es rarísimo, todas estas experiencias se hicieron con los adulterinos. Este litigio no puedo yo determinarle. Sólo diré que no puedo creer que el unicornio sea antídoto universal contra todo género de venenos, como comúnmente le suponen los que defienden su virtud alexifármaca. Tan imposible es antídoto universal para todos los venenos, como remedio universal para todas las enfermedades, porque como las enfermedades son diversas y aun encontradas, también los venenos distintos y aun opuestos en el modo de obrar; v. gr., unos coagulan la sangre y otros la disuelven.

§ III

24. De la tríaca, invirtiendo el orden, pasamos al veneno. No me opongo a que haya una sabandija llamada basilisco, de tan activa ponzoña que con sólo el vapor que exhala infeccione a alguna distancia; que sea enemigo de toda naturaleza, que tale los campos, marchite las selvas, rompa los pedernales, ahuyente o mate todos los demás animales ponzoñosos (exceptuando únicamente la comadreja, que dicen le acomete intrépida, pero quedan entrambos muertos en la batalla, como Petreyo y Juba), que tenga en la cabeza una especie de corona, por cuya razón se llama régulo, como en señal de superioridad a todos los demás vivientes venenosos.

25. Pero negaré constantemente, por más que lo afirmen muchos autores, que mata con la vista y con el silbo. La vista no es activa sino dentro del propio órgano. El objeto le envía especies, pero ella nada envía al objeto. El silbo tampoco imprime cualidad alguna ni en el ambiente ni en otro cuerpo; solo mueve con determinadas ondulaciones el aire, las cuales, propagándose, llegan a producir un movimiento semejante en el tímpano del oído.

26. Ninguna historia fidedigna testifica la experiencia. Gaspar de los Reyes, citando a un tal *Porta*, a quien cualifica *Colega del Sacro Palacio*, dice que estando Alejandro en el sitio de una ciudad del Asia, un basilisco, anidado en un agujero del muro enfrente del ejército, le mató con su vista mucha gente, de modo que había día que a las flechas que vibraba de sus ojos morían 200 soldados. Quisiera que me dijera Porta, pues no estuvo presente al hecho, en qué autor antiguo lo leyó, pues ni Plutarco, ni Arriano, ni Q. Curcio, que son los tres escritores famosos de las conquistas de Alejandro, le refieren. Fuera de que un basilisco en el Asia sería cosa peregrina, porque los naturalistas los suponen nacionales del Africa, y aun algunos los estrechan a la provincia de Cirene. Así esta historia no tiene más verdad que la que se lee en Alberto Magno de los dos dragones metidos entre unos montes de Armenia, que, infeccionando a larga distancia el ambiente, mataban muchos caminantes, sin que se supiese la causa del estrago, hasta que Sócrates, de orden de Filipo, rey de Macedonia, la examinó y descubrió fabricando una altísima torre y colocando en su mayor altura un espejo de metal, donde se representaron los dos dragones. Esta narración evidentemente es fabulosa, pues Sócrates no fué contem-

---

partes *narval*, en otras *roat*. Cítanse en dicho Diccionario la Peirere en su *Relación de la Groenlandia* y Charras en su *Farmacopea*. Este diente sale de la delantera de la mandíbula superior del pez, y le sirve de arma para atacar a las mayores ballenas, porque le mueve con tan fuerte impulso, que es capaz de romper un gran bajel. Añádase en el lugar citado, que no son otra cosa los que con nombre de *cuernos de unicornio* se muestran en varios gabinetes de curiosos, y que tal es el celebrado que se guarda en el Colegio de los Jesuítas de París. Este sale de la parte de la mandíbula superior que hemos dicho, donde tiene un palmo de raíz. Creo que esto sea lo más seguro que hay en la materia.

poráneo de ninguno de los Filipos de Macedonia.

27. Volviendo al basilisco, digo que con más razón se debe repudiar como falso que esta sabandija sea veneno de sí misma mirándose en un espejo, como algunos quieren decir, pues sobre la imposibilidad de que la vista mate, se añade la de que sea al sujeto propio.

28. Jerónimo Mercurial dice que vió el cadáver de un basilisco entre las cosas raras del gabinete del emperador Maximiliano. Acaso sería como el que se muestra en la Biblioteca Regia de Madrid, el cual es artificial, aunque el vulgo le juzga natural. Y cuando fuese natural el de Maximiliano, sólo prueba que haya una sabandija de tal figura, cual se pinta el basilisco, lo cual no negamos, sí sólo que sea tan eficaz su veneno como se dice. Levina Lemnio *De occultis naturae miraculis* (1), nos da la noticia de que en Sajonia hay un género de serpezuelas semejantes en la figura, pero muy inferiores en la ponzoña al basilisco, pues los rústicos del país las acometen y matan a cada paso. Puede ser que de una de éstas fuese el cadáver que vió Mercurial.

29. Lo que vulgarmente se cuenta de que el gallo anciano pone un huevo del cual nace el basilisco, no es sólo hablilla de vulgares; también tiene por patronos algunos autores, sin dejar por eso de ser cuento de viejas. Si la vejez del gallo nos hiciese tan mala obra, y el basilisco fuese tan maligno como se pinta, ya el mundo estuviera poblado de basiliscos y despoblado de hombres. Es verdad que el gallo en su última vejez pone un huevo, pero falso que este huevo sea de tan malas consecuencias como aquel que según la fábula puso Leda, mujer de Tíndaro, y del cual nació la famosa Helena, verdadero basilisco de aquella edad.

30. La fábula del basilisco puede ser que haya engendrado la de la catoblepa, que es correlativa suya en la ponzoña; porque así como los ojos del basilisco matan a quien miran, los de la catoblepa matan a quien los mira. Esto es lo que dice Plinio, aunque algunos autores modernos, citando infielmente a Plinio, le atribuyen la misma actividad que al basilisco de matar mirando. Entre los cuales Fracastorio la engrandece tanto, que dice que a mil pasos de distancia son mortales las heridas de sus ojos. ¡Oh cuánto mayores monstruos produce el hombre en su fantasía que la naturaleza en los desiertos de la Africa!

(1) Lib. 4, cap. 12.

§ IV

31. Aquel pez llamado rémora o echeneis, que haciendo presa en un navío le detiene, a pesar del mayor ímpetu del viento, es asimismo un ente de razón. La pintura que hacen de él los autores es muy varia y consiste en que nadie le vió sino en sueños. Unos le hacen pequeñísimo y no mayor que una limaza, otros de un palmo de largo, otros de un codo, otros algo mayor, y no falta autor que asegure que es el mismo pez que nosotros llamamos lamprea, explicando mecánicamente, para mayor persuasión, este prodigioso efecto; porque dice que haciendo presa del timón y coleando fuertemente a uno y otro lado, induce un movimiento de titubeación en el navío con que interrumpe su curso. Si esto fuese verdad, no tuvo Hércules tanta fuerza como tiene la lamprea. Valentía es del que lo finge dar un pequeño pez tanta valentía.

32. La experiencia más decantada de la virtud prodigiosa de la rémora es la de la capitana de Marco Antonio, que se dice fué detenida por este pececillo en la batalla Aciaca, pero esta noticia sólo la da Plinio. En los demás autores no se halla otra rémora de Antonio que la hermosura de Cleopatra. Y de hecho lo fué en aquel conflicto, pues detuvo en el mar aquel ciego enamorado, para que en combate naval decidiese de su fortuna, contra todos los esfuerzos de la razón, que le persuadía salir a tierra, por ser tan superior

en fuerzas terrestres como inferior en las marítimas a Augusto.

33. Otras dos naves detenidas por rémoras refiere el mismo Plinio: una de Periandro, tirano de Corinto; otra en que navegaba Calígula desde Astura a Antio. Estos son todos los experimentos que se cuentan de tan rara maravilla. ¡Notables espíritus de pez, que parece emula los del grande Alejandro! Pues como este príncipe no quería lidiar sino con reyes en los juegos olímpicos, así la rémora sólo se tira a naos imperatorias o capitanas.

34. Pero lo que no deja duda en que estas narraciones son fabulosas, es que en mil setecientos años que han corrido después acá, cruzándose cada día los mares con innumerables bajeles, rara o ninguna historia fidedigna nos repite este prodigio. ¿Dónde se ha metido este contrapeso de los vientos, que no embarazó a navegante alguno en tantos siglos? ¿Se habrán retirado las rémoras a hacer vida solitaria en algunas remotas cavernas del Océano? Mas de creer es que no habitan ni habitaron jamás sino en el espacio imaginario.

§ V

35. Aunque ha mucho tiempo que los naturalistas dieron el privilegio de incombustible a la salamandra, nunca esta pobre lagartija pudo entrar en el goce de la posesión, pues habiéndose hecho varias veces la experiencia de entrarla en el fuego, sin embargo del salvoconducto que llevaba firmado por Aristóteles, Plinio, Eliano y otros, la fiereza de aquel elemento, perdiendo el respeto a tan venerables nombres, atropelló sus inmunidades (1) (2) y (3).

36. Dicen algunos autores que luego que la salamandra entra en el fuego exprime de sí un licor frío con que le apaga; pero esto se ha hallado no tener más misterio que el que un pez o un pedazo de carne cruda apagan unas pocas brasas, poniéndolos sobre ellas. Aquel licor que voluntariamente se dice frío, en consideración del efecto que hace, es con el que se alimenta y vive la salamandra; de suerte que así este animal, como otro cualquiera, si le ponen sobre poco fuego, mata al fuego, pero si el fuego es mucho, el fuego le mata a él.

37. Otros limitan la prerrogativa de la salamandra precisamente a la singu-

(1) En la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* del año de 29, sobre las observaciones experimentales de monsieur Du Fay, se refiere que la salamandra, bien lejos de ser tratada del fuego como elemento favorable, vive muy cómodamente y por mucho tiempo en el agua helada, Es verdad que los experimentos de este físico no nos aseguran que todas las salamandras tengan esta propiedad, supuesto que las haya, como parece cierto, de diferentes especies. Las que observó monsieur Du Fay eran animales anfibios que se acomodaban muy bien a uno y otro elemento, tierra y agua.

(2) El marqués de S. Aubin, en su tratado *De la Opinión*, tomo IV, lib. 4, sect. 3, cuenta que habiendo monsieur de Maupertuis arrojado muchas salamandras al fuego, la mayor parte de ellas luego murieron, otras salieron del fuego medio quemadas, de modo que no pudieron resistir segunda prueba. Es verdad que el mismo autor refiere otro experimento, muy opuesto, del caballero Corvini con una salamandra que le habían traído de las Indias. Esta, arrojada al fuego, se hinchó y vomitó un licor espeso, que apagó las brasas vecinas, lo que repitió por espacio de dos horas, así como iban sucesivamente volviendo a encender las brasas, sin que esto obstase a que la salamandra viviese después nueve meses.

(3) Muchos hallarán oportuno este experimento para salvar el crédito de los naturalistas, que aseguran la indemnidad de la salamandra en medio de las llamas, diciendo que hablan de salamandras de otra especie muy distinta de las que tenemos acá y de la misma de aquella con quien hizo experiencia el caballero Corvini. Mas yo hallo notable repugnancia en convenir en ello. No sé quién es el caballero Corvini, pero sé que es un testigo solo. Por lo menos el autor citado no dice que la experiencia se hiciese en presencia de otros, y un testigo solo es poca cosa para obligar a creer un prodigio de esta clase. Totalmente inverosímil parece que dentro de la salamandra hubiese tanta cantidad de humor cuanta era menester para ir apagando sucesivamente el fuego, que sucesivamente se iba volviendo a encender, aunque entre en la cuenta toda su sangre con los demás humores que había menester para la conservación de la vida.

laridad de conservarse su cadáver entero entre las llamas de modo que no se deshace en cenizas como los de todos los demás animales; pero es cierto que el fuego no prestó su consentimiento al privilegio, aun con toda esta rebaja; testigo Gesnero, que hizo la experiencia. Y Galeno, que entre los remedios de la lepra puso las cenizas de la salamandra, debía de saber que también la salamandra se hace ceniza.

38. Con más razón se debe condenar por fabulosa aquella especie de moscas que Plinio llama *pyraustas* y otros *pyrigonos*, de quienes, como arriba dijimos, afirma Aristóteles que nacen, se crían y conservan en el fuego, tan dependientes de él, que pierden la vida al apagarse la llama. Tan imposible es componer esto a la filosofía, como creerlo a la prudencia.

§ VI

39. Está extendida en el vulgo la persuasión de que hay un animal adornado en la frente con la más preciosa de todas las piedras, a quien se da el nombre de carbunclo. Esta riquísima piedra (que mejor se podría llamar astro elemental) dicen que arroja tan copiosa luz que alumbra de noche una dilatada campaña. Fueron autores de esta fábula algunos de los primeros viajeros del oriente, que escribieron que el rey de Pegú tenía uno y el emperador de la China también era dueño de algunas piedras de este género. Pero después acá no han parecido ni en los tesoros de estos príncipes ni en el de otro alguno de toda Asia. Sábese que las piedras más preciosas de todas son los diamantes y entre éstos el más rico el que posee el gran Mogol del tamaño de la mitad de un huevo grande de gallina, estimado en poco menos de doce millones de libras francesas. Sin embargo, cualquier carbunclo, si le hubiese, valdría por doce diamantes como aquél.

40. El nombre de carbunclo, *carbunculus*, se halla en Plinio, en Francisco Ruco y otros autores latinos que tratan de piedras preciosas; pero esta voz no significa otra cosa que el rubí (a quien se dió tal nombre porque representa un carbón encendido); y con más propiedad el rubí mayor y más brillante. Así esta voz latina viene a ser como versión de la griega *pyropus,* usada ya también entre los latinos y derivada de *pyr*, que en lengua griega es fuego. Por esta imitación del fuego, que resplandece en el rubí, dijo Ovidio, colocándole por adorno en la casa del Sol, *Flammasque imitante pyropo.*

41. En el *Diccionario Histórico* de Moreri, con ocasión de hablar de *Dolomieu*, aldea del Delfinado, se lee haberse esparcido y creído la voz de que un vecino de ella, llamado Jacobo Tirenet, había muerto a un dragón volante, en cuya frente halló la luciente piedra de que hablamos, digo el carbunclo, mas que al fin se halló ser todo ficción. En el mismo artículo se da noticia de un carbunclo que hay en España, sacado también de la frente de otro dragón, pero en España es cierto que no hay tal piedra. No ignoro que en más de una parte se muestra alguna que se dice ser carbunclo y que por no sé qué accidente perdió la luz, pero estos son cuentos de viejas. La pintura que se hizo del dragón de Dolomieu le representaba con cabeza de gato. No sé si de esta fábula vino la hablilla vulgar (que oí muchas veces) de que el animal que tiene el carbunclo en la frente es de la figura de un gato.

§ VII

42. En lo que más se han apartado de la verdad los historiadores de la naturaleza, es en las admirables antipatías que atribuyen a algunos animales, pues cuanto se halla escrito en este punto todo es mentira. Dícese que el león huye despavorido del canto del gallo; pero Camerario testifica que experimentó lo contrario en el palacio del duque de Baviera. También el ilustrísimo Caramuel, en su *Teología Fundamental*,

número 405, depone de muchas experiencias que tuvo de lo mismo en Madrid, Valladolid, Gante y Praga; y añade con gracejo que no se aterra el león con la voz del gallo más que si le mostraran un trozo de ternera. Asimismo se ha vulgarizado que huye del fuego, amedrentándole la vista de la llama. Juan Bautista Tabernier vió ser falso esto en el país de los cafres, donde quedándose unos soldados de noche en una selva, hicieron una grande hoguera, tanto para repararse del frío como para defenderse de los muchos leones que había en aquel sitio. Sucedió que durmiéndose los más, llegó un león e hizo presa de un soldado, que estaba junto al fuego, a quien se hubiera llevado y comido si por dicha suya un sargento que estaba despierto no hubiera derribado a la fiera de un fusilazo. ¡Qué fuerza le hace al león el fuego, cuando se acerca tanto a él por el interés del pasto!

43. Eliano atribuye al tigre la propiedad de enfurecerse cuando oye el ruido del tímpano. Es muy natural que sea así y que no sólo al tigre le suceda esto, por ser aquella voz horrísona y desagradable; pero el que tenga antipatía con todo género de consonancia música y huya de la armonía de la lira, como se lee en algunos autores, se inventó y extendió, por ser oportuna esta ficción para conceptos poéticos.

44. Lo mismo decimos de la voz popular de que el lobo viendo al hombre, sin ser visto de él, le causa ronquera. El padre Kircher (1) dice que en muchos lobos domesticados experimentó que no tiene tal propiedad la vista del lobo. Puede juntarse a esto lo de que la sombra de la hiena enmudece los perros. Que la hiena, con algún vapor nocivo que exhale, produzca este efecto, no parece imposible, pero la sombra es nada o pura carencia de ente y así no puede hacer este efecto ni otro alguno.

45. Fingida es también la antipatía de la culebra con el fresno, pues no huye más de las ramas de este árbol que de las de otro cualquiera. Puedo dar testigo fidedigno, que con ocasión de hacer la experiencia la vió abrigarse y esconderse en ellas, sin que recibiese el menor daño; ¡qué traza de meterse antes por las llamas que por las ramas del fresno, como cree el vulgo!

46. Cuanto se refiere de antipatías de animales cuya oculta fuerza vive y se conserva en los cadáveres, parece invención de filosofastros, que dieron por hecho todo aquello que por su mala filosofía juzgaron debía suceder. Dícese que el instrumento músico compuesto con cuerdas de intestinos de lobos espanta con su sonido los venados y hace perder en otro instrumento las cuerdas de intestinos de ovejas; que el tímpano de la piel de lobo enmudece el que se hace de la piel de oveja; que ningún ganado pasa, por más que le hostiguen, por sitio donde estén enterrados los intestinos u otra parte del lobo. Todo esto experimentó el citado padre Kircher ser falso, habiendo gastado en los experimentos algún dinero. Más hizo: ató el corazón del lobo al cuello de una oveja, de lo cual ésta no concibió el más leve pavor ni se resintió en alguna manera. Dice también que vió un cachorrillo de lobo habituado a vivir con las ovejas como si fuese un perro, por lo cual concluye asegurando que desde entonces hizo propósito de no creer cosa de estas que oyese o leyese, hasta hacer la experiencia por sí mismo: *Unde ab illo tempore nihil unguam huiusmodi me crediturum proposui, nisi primo relationis factae me certiorem propria redderent experimenta* (1). Pero de la materia de simpatías y antipatías trataremos en adelante filosóficamente en discurso separado, con el auxilio divino.

§ VIII

47. Por ser imposible reducir a determinadas clases otras muchas vulgari-

(1) Lib. 1, *Musurg. Univ.*, cap. XV.

(1) *Musurg. Univ.*, lib. 9, cap. VIII.

zadas falsedades de la historia natural, las iré apuntando según el orden con que fueren ocurriendo. Ni aquí se puede observar otro método ni es menester para el desengaño.

48. Los menstruos femíneos no tienen la ponzoña que tantos libros les atribuyen: ni esterilizan los campos ni hacen rabiar los brutos. De esto hay mil experiencias. Generalmente hablando no tienen más ni menos que otra cualquier sangre evacuada naturalmente, que sea de varón que de hembra. Si las mujeres menstruadas manchasen los espejos, a cuatro días ninguno estaría de servicio. Esto convence que aquellas manchas, que en algunos se muestran, dependen de causa más rara y oculta. Gaspar de los Reyes, que asiente a todos los males que se cuentan de la sangre menstrua, citando a Suetonio, dice que Cesonia, mujer de Calígula, enfureció a su marido, dándole a beber esta ponzoña, pero Suetonio no dice tal cosa, sino que se creyó que le había dado una poción amatoria, que tenía la propiedad de enfurecer, sin determinar qué poción fuese ésta. Cita también Reyes a Aristóteles para la comprobación de la venenosa actividad del menstruo, pero en Aristóteles no he hallado tal, antes sí, que son de la misma naturaleza la sangre menstrua y la leche, y esto muy mal se compone con lo otro (1).

(1) A los autores con que en la *Ilustración Apologética* hemos confirmado que la sangre menstrúa carece de toda malignidad, añadimos al famoso anatómico monsieur Littré, de la Academia Real de las Ciencias, el cual, fundado en muchas observaciones, certifica que aquella sangre es muy pura.

2. El mismo descubre otro error comunísimo en la misma materia, y es que el feto en el claustro materno se nutra de aquella sangre. Monsieur Littré, habiendo hecho la disección de muchas mujeres que murieron en tiempo de la preñez, notó que los conductos por donde viene la sangre de las reglas están muy apretados en todo el período de la preñez y no dan entonces sangre alguna, sí sólo un poco de licor blanquecino, concluyendo, que la sangre que nutre al feto le viene inmediata y copiosamente de las arterias de la matriz. Véase la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* del año 1720, pág. 16.

49. En materia de venenos hay otro error comunísimo. Créese que todos los animales que son ponzoñosos con la mordedura, lo son asimismo tomados en comida o bebida por la boca, y no es así. A varios perros y gatos se han dado a comer cabezas de víboras, sin que les hiciesen daño alguno. Cónstame que no ha mucho tiempo el perro de un boticario, habiendo tenido la dicha de encontrar con un perol donde estaba en infusión de aceite gran cantidad de escorpiones, se los comió todos y le hicieron muy buen provecho. Así la experiencia con que algunos de aquellos droguistas, que llaman agirtas o circunforáneos, acreditan la eficacia de sus antídotos, dando a comer a un perro o comiendo ellos mismos alguna de estas cosas, y tomando después sus confecciones, es engañosa, pues el no resultarles daño no depende de la fuerza del antídoto, sino de la nulidad del veneno.

50. Sienten algunos físicos modernos que toda la venenosidad de estas sabandijas está en el acto de morder, y que aquella violenta agitación de los espíritus, que en estos animales produce su rabiosa saña cuando muerden, es la que hace todo el estrago. Esto se puede comprobar con la experiencia que hay de que tal vez los mismos animales que no son venenosos, emponzoñan con la mordedura si están agitados de una extraordinaria ira. En las *Memorias de Trevoux* (1) se refiere que un gallo que estaba en choque actual con otro, picando a un hombre, le causó una hidrofobia o mal de rabia mortal; y lo que es más, que un joven, en un exceso de cólera, mordiéndose el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que si le hubiese mordido un perro rabioso.

51. La sentencia dicha, acaso por lo común será verdadera; pero por lo menos en la víbora se ha hallado veneno que obra como tal, sin dependencia de su cólera y aun de su vida. Este es un licor rojo o intensamente amarillo, depositado en unas vejiguillas que tie-

(1) Año 1719, art. 41.

ne la víbora en la boca. Este licor, si después de hacer en cualquier animal una pequeña llaga, se aplica a ella, le mata en aquel día o en el siguiente. Es verdad que tomado por la boca no es pernicioso, de donde se infiere que para ejercer su actividad, es preciso que toque inmediatamente a las venas o a los nervios (1).

(1) Dos grandes físicos, Francisco Rhedi y Moisés Charras, italiano el primero, francés el segundo, están discordes sobre el veneno de la víbora. Dice el primero que éste consiste en el licor depositado en las vejiguillas de las encías, y el segundo, que aquel licor en ninguna manera es venenoso. Estas dos opiniones parece se podrían conciliar con el medio que propusimos arriba, esto es, diciendo que es venenoso derramado en cualquier llaga y comunicándose por ella a la masa de la sangre, mas no tomado por la boca. Mas a la verdad esta conciliación no es posible, pues monsieur Charras (según refiere, citando al mismo Charras, el autor de las *Observaciones curiosas sobre todas las partes de la Física*, tomo III, pág. 543), hizo muchísimos experimentos en prueba de que aquel licor de ningún modo es maligno. Vertióle en las llagas de muchos animales, a quienes para este efecto había herido, sin que les hiciese daño alguno. Hizo morder a otros con víboras muertas que retenían aquel licor, clavando él mismo los dientes de ellas y exprimiendo el jugo de las vejiguillas, sin que tampoco les ofendiese. Al contrario, irritó algunas víboras, a quienes había hecho exprimir aquel licor, para que mordiesen algunos animales, los cuales tardaron poco en morir.

2. De éstos y otros experimentos infiere monsieur Charras que el veneno de la víbora consiste en los espíritus irritados, añadiendo que no siempre la mordedura es venenosa, sí sólo cuando muerde irritada, de cuyo sentir también es Boyle, lo que yo entiendo de irritación intensa, pues alguna irritación parece que no le faltará cuando quiera que muerda. Acaso esto es común a otras sabandijas ponzoñosas. No me acuerdo dónde leí de un sujeto, que experimentó la mordedura de los escorpiones en varios animales, la cual unas veces era mortal, otras no, lo cual pudo pender de estar más furiosos unos que otros, y aun el mismo escorpión más o menos irritado en diferentes tiempos. Acaso también no hay animal alguno cuya mordedura no sea venenosa, si está extremadamente irritado. Sobre lo cual véanse dos ejemplares que alegamos en el número 50 de este Discurso.

3. Por lo que mira a la conciliación de Rhedi y Charras no veo cómo puede hacerse sino discurriendo que las víboras de Florencia, de donde Rhedi era natural y donde residía, tengan ese particular veneno líquido que él afirma, y que carezcan de él las de Francia, que experimentó Charras.

4. En lo que fácilmente convienen los dos, es en que ninguna parte de la víbora comida ni comida la carne de otro animal que ella haya mordido, ni bebida el agua de que ella bebió o donde se ahogó, son venenosas; esto es común a todo género de animales ponzoñosos. Y este desengaño no era menester que nos le diesen los físicos modernos, pues ya hace diez y siete siglos que estaba escrito. Lucano, refiriéndose a la fuga de Catón con sus vencidas tropas por los arenosos desiertos de Libia, inundados de todo género de serpientes ponzoñosas, dice que llegando el ejército fatigadísimo de sed a una copiosa fuente, única en aquella soledad por donde caminaban, no se atrevían los soldados a bever porque la vieron circundada de muchas especies de sabandijas venenosas que en la misma fuente saciaban su sed. A cuyo mal fundado miedo acudió Catón diciéndoles que las bestias ponzoñosas sólo dañaban mordiendo; que aquella agua, por consiguiente, carecía de toda infección, y arrojándose intrépido a beberla el primero:

Ductor, ut aspexit perituros, fonte relicto,
alloquitur: vana specie conterrite lethi,
ne dubita miles tutos haurire liquores:
noxia serpentum est admixto sanguine pestis:
morsu virus habent et fatum dente minantur:
pocula morte carent. Dixit, dudiumque venenum
hausit. (Luc., lib. 9.)

5. Es muy digno de notar que este desengaño filosófico, estampado en la historia poética (llámola así porque fué el único poeta que no mintió, o que mintió poco) de Lucano, a quien tanto leen y han leído, no haya atajado el error común que padece el mundo en esta materia. Pero así está hecho el común de los hombres. Las falsas preocupaciones extendidas en el vulgo son como ríos ímpetuosos que van corriendo de una generación a otra, de un siglo a otro, por más obstáculos que pongan a su curso. Bien lejos de desengañarse el mundo de que sólo con la mordedura dañan las serpientes, está en el error de que no sólo sus carnes comidas son mortíferas más tambien las de otros animales inocentes que hayan tenido concúbito con ellas. Así subsiste en muchos países la ridícula patraña de que habiendo sido pescada y comida una grande anguila, acostumbrada al coito de un culebrón, mató gran número de gente. Y este es un cuento de *N.* en que se varía mucho en cuanto al sitio. Aquí señalan un lago, allí otro; acá un río, allá, otro.

6. Como nos importa mucho más saber

52. El contraveneno más celebrado (que aquí viene por su orden natural después del veneno la tríaca) contra las

mordeduras de sabandijas venenosas, es la que llaman *piedra de la serpiente*. El error no está en la virtud que le atribuyen, porque de hecho es eficacísima, sino en el nombre que le dan. Los bramines de la India (que son los sacerdotes de aquellos idólatras) fueron los inventores de este remedio y también lo fueron de la mentira de que es piedra que se halla en la cabeza de

---

cómo se cura la impresión del veneno de la víbora que en qué consiste el veneno, propondré aquí algunos remedios que se refieren en la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* de Du-Hamel, tomo X, con ocasión de haber sido mordido de una monsieur Charras en la Asamblea que aquellos académicos tuvieron el día primero de enero de 1693, para hacer diversas experiencias sobre las víboras. Monsieur Charras, como más acostumbrado a este manejo, era quien las tenía, las abría la boca, etc., y habiendo ya manejado once, descuidándose algo con la duodécima, fué mordido de ella en la mano izquierda en el dedo de medio, entre la primera y segunda articulación. Todos se asustaron, si no el mismo Charras, que dijo que no había que temer. El remedio de que inmediatamente usó fué chupar la llaga, pero sorprendido al momento de un gran asco, retiró el dedo de la boca, contentándose con apretarle un poco con la mano derecha, para hacer salir algo de sangre. Después hizo dos ligaduras fuertes, la una cerca de la primera articulación del dedo herido, la otra en el puño. Aunque monsieur Charras, como se dice en el lugar mismo, estaba en la persuasión de que una ligadura sola, hecha un poco más arriba de la herida, basta para atajar el progreso del veneno, no contentándose aún con dos, para mayor seguridad, tomó en un vaso de vino veinticuatro granos de sal volátil de víboras, con cuyo remedio había muchos años antes salvado la vida a un caballero alemán mordido de una víbora; pero viendo que no se le había excitado el sudor, como esperaba, tomó un caldo compuesto con yemas de huevos y nuez moscada, con lo que empezó a sudar y, tomando otros veinticuatro granos de sal de víboras, sudó copiosamente y quedó del todo bueno.

7. En el mismo lugar se cuenta que Ambrosio Pareo, siendo también mordido, se curó del mismo modo, ligando fuertemente el dedo y poniendo sobre la herida algodón mojado en aguardiente, en la cual se había desleído triaca añeja.

8. Luego sucede el remedio de Boyle, que es un hierro caliente cuanto se puede sufrir, aplicado a la llaga. El suceso que a este propósito se refiere, copiado de un libro del mismo Boyle, no acredita lo que otros dicen de la grande humanidad de este célebre filósofo y es como sigue. Estando Boyle discurriendo con un médico sobre los venenos, le dijo que le habían asegurado ser remedio para el veneno de la víbora el que acabamos de insinuar y que él creía que sería bueno. Haciendo el médico burla de la propuesta, se remitió Boyle a la experiencia. Era natural que ésta se hiciese en algún bruto, pero Boyle no sé por qué quiso que se hiciese en un hombre. Convínose en precio señalado para el caso con un pobre que quiso ganar algún dinero al riesgo de su vida, el cual se dejó morder de una víbora en presencia del médico. Hinchóse luego mucho la mano. Estaba de prevención puesto en el fuego un cuchillo. Tomóle Boyle, y acercándole a la herida lo más que el pobre pudo sufrir, y teniéndole así por espacio de diez o doce minutos, la hinchazón, que hasta entonces se había ido aumentando, paró, aunque sin disminuirse. Desde que el hombre (que en todo mostró ser bárbaro) vió que no se hinchaba más la mano, pidió que le diesen su dinero y volvió muy contento las espaldas. Añádese de testimonio del mismo Boyle, que aquel hombre ganó después mucho dinero dejándose morder de víboras, siempre que algún curioso le quería pagar bien, teniendo seguro su remedio en el hierro caliente.

9. Finalmente, se da noticia de otro remedio que se usa en América contra las mordeduras de las serpientes, el cual sólo en el modo se distingue del de Boyle. Los que van a la caza en aquellas regiones están muy expuestos a este riesgo, porque en los países poco poblados hay grande cantidad de sabandijas venenosas. El remedio de que usan es fácil. Luego que son mordidos, echan pólvora en la llaga, danle fuego y dicen que en la llama se disipa el veneno.

10. Monsieur Blondel dió noticia de este remedio en la Academia. Y con esta ocasión monsieur Du Clos dijo que él había curado un cáncer poniendo sobre él una como bocina de papel mojado en espíritu de vino, de modo que la extremidad ancha sentaba sobre el cáncer, y dándole fuego por la otra extremidad, que terminaba en punta.

11. El intento de chupar la herida que tuvo Charras, inmediatamente a la mordedura, y de que desistió por asco, muestra que tenía ésto por remedio. Y Rhedi, citado en el tercer tomo de las *Observaciones Curiosas*, concuerda en ésto; añadiendo que los marsos y psylos, a quienes admiró la Antigüedad porque curaban a los mordidos de sabandijas venenosas chupando las llagas, no hacían más que lo que cualquiera puede hacer usando la misma diligencia. Dice también que lo que aseguran algunos autores que la saliva del hombre en ayunas hace morir a las víboras, es fabuloso.

cierta serpiente, no siendo en la verdad otra cosa que un poco de cuerno de ciervo levemente tostado al fuego. La codicia de vender el remedio más caro fué el motivo de inventar aquella mentira, pues sabiéndose lo que es, como en cualquier tierra puede fabricarse, no es menester traerle de la India Oriental a peso de oro. Poco ha se descubrió este engaño, y así no hay que que extrañar que Boyle y otros naturalistas modernos estuviesen en el contrario error. Creo que ya saben este secreto algunos boticarios, pero es bien que deje de ser secreto, pues conviene al público que lo sepan todos.

53. No hay animal alguno ni puede haberle de vista tan penetrante, que registre lo interior de los cuerpos opacos, porque no puede verse el objeto, sino según la superficie de donde la luz hace reflexión. Por tanto, es fábula que tenga aquella actividad la vista del lince. Lo mismo decimos de los que llaman zahoríes. Estos son unos solemnes patarateros. Y si se hallare alguno que verdaderamente registre cuanto está escondido debajo de tierra, se debe creer que interviene pacto diabólico.

54. La especie vulgar de que el elefante no tiene junturas en las piernas, y así una vez echado en tierra no puede levantarse, consta ser falsa por las deposiciones de infinitos testigos que los vieron en el Asia. En diferentes partes se valen de diferentes industrias para cogerlos, pero en ninguna del artificio de serrar el tronco del árbol donde se arrima a dormir, dejándole entero en la apariencia para que al arrimarse, cayendo el tronco, caiga también el elefante, como comúnmente se dice. En algunas partes del continente del Asia los cogen haciendo unos hoyos que artificiosamente ocultan en la selva por donde suelen andar, para que caigan en ellos. En la isla de Ceilán se valen de elefantes domesticados para coger los silvestres, y les quitan la ferocidad teniéndolos tres días sin dormir.

55. Otro error nacido y conservado en el vulgo es que las ballenas tienen tan angosto el canal de la garganta, que no puede entrar por él más que una sardina. Las viejas cuentan a los niños que esta es pena con que Dios la castigó por haber tragado a Jonás. Este animado monte tiene la garganta proporcionada a su estatura. Más de treinta autores se hallan en Gesnero, que hacen descripción de la ballena, notando cuanto tiene de particular este pez, sin que alguno de ellos hable de la estrechez de su garganta, lo que no era para omitido siendo verdad. Sólo uno dice, no que tiene la garganta estrecha, sino que tiene atravesada en ella una membrana agujereada por varias partes y los agujeros sólo son proporcionados para que entren por ellos pececitos pequeños. Mas también esto se falsifica no sólo por el silencio de los demás autores, sí también con las noticias positivas de haberse hallado en el estómago de algunas ballenas peces grandes enteros. El mismo Gesnero dice que el año de 1545 se cogió en Gripsuvald, lugar de la Pomerania, una ballena, en cuyo ventrículo se halló gran copia de peces aún no cocidos, y entre ellos un salmón vivo de una vara de largo. Otro autor citado en el *Diccionario Universal* de Trevoux afirma que dentro de algunas se han hallado hasta cuarenta o cincuenta abadejos.

56. Lo que se cuenta del pez llamado en latín *torpedo* y en castellano *trimielga*, en parte es verdad y en parte fábula. Es verdad que si le tocan con un asta o báculo produce en el brazo del que le hiere una leve sensación dolorosa, mezclada con algo de estupor, la cual es ocasionada de la repercusión que hace el pez contra el báculo, con un movimiento expansivo muy pronto. Pero que cogido en el anzuelo por el hilo y la caña comunique alguna cualidad capaz de entorpecer el brazo del pescador o que haga el mismo efecto el contacto de la red en que le cogen, es fábula; de modo que aquí no interviene alguna cualidad oculta, sino mero mecanismo. He leído las experiencias que se hicieron sobre este punto, no me acuerdo bien si fué en las *Memo-*

rias de la Real Academia de las Ciencias o en otra parte.

57. No tiene fundamento alguno lo que se dice del simulado llanto del cocodrilo. Paulo Lucas, en la relación del viaje que hizo costeando el Nilo, dice que vió muchos cocodrilos y oyó su voz, la cual se parece mucho (son voces del autor) a los aullidos de perros cuando los irrita el estrépito de las campanas. ¿Qué semejanza tendrá esto con los gemidos humanos, los cuales dicen finge el cocodrilo para que el incauto pasajero, juzgando que va a socorrer a un afligido, se meta en la emboscada donde le espera aquel bruto?

58. De Herodoto, Nicandro, Plinio y otros antiguos dimanó a todo el mundo la voz de que la víbora da la vida a sus hijos a costa de la propia, porque no los pare de otro modo que rompiéndole éstos las entrañas para salir a luz; pero ya muchas experiencias mostraron ser falso esto. Pierio, citado por Gesnero, dice que muchos que han tenido la curiosidad de encerrar las víboras en vivares para observar todas sus operaciones, vieron que parían sin dispensio suyo y cuidaban de sus hijuelos como las demás madres. Lo mismo certifica como testigo de vista Amato Lusitano en su *Comento sobre Dioscórides*. Lo mismo otros muchos.

59. No tengo por imposible que el ave llamada *alción* presienta el tiempo sereno, pues vemos que alcanza a lo mismo el instinto de otros brutos, pero me ocurren no pocas ni leves dificultades para creer lo que cuentan los naturalistas, que previendo los días que ha de estar el mar tranquilo, se aprovecha de ellos para el coito, para el parto, para la incubación y para la educación de sus polluelos. La primera, porque catorce días de tranquilidad que señalan los naturalistas que más liberales están para este efecto, son muy corto plazo para todas aquellas operaciones, en las cuales la naturaleza observa más largos períodos en todos los demás animales que los que caben en tan breve espacio de tiempo. La segunda, porque el alción podrá presentir el tiempo sereno de la región donde vive, mas no de otras distantes, y el mar, por la continuidad de sus aguas, muchas veces está inquieto. Pongo por ejemplo: en esta orilla donde se goza serenidad, en fuerza de la agitación que dan a sus ondas los vientos o huracanes que se revuelven en alguna región remota. La tercera dificultad se funda en la gran variedad y discordia con que hablan de esta maravilla los naturalistas. Unos dicen que pone el nido y pare sobre las ondas: *Pendentibus aequore nidis* como cantó Ovidio, lo que parece increíble; otros, que en la última extremidad de la orilla. Unos señalan catorce días, que es la sentencia más común; otros siete y otros nueve. Unos colocan los días alcioneos y parto de las alciones cerca del solsticio hiberno, diez o doce días antes de Navidad, pero Columela los retarda hasta el mes de marzo. Donde es bien advertir que ni en un tiempo ni en otro se observa constante todos los años algún determinado número de días serenos.

60. A algunos oí decir en conversación que los días alcioneos son aquel tiempo que vulgarmente llamamos veranillo de San Martín. Creo que en algunas partes de Francia hay la misma opinión, especialmente en Normandía, donde llaman a este pájaro *martinet* y *ave de San Martín*. Y a la verdad, es muy regular en aquel tiempo, aun en los países más lluviosos, el intersticio de algunos días serenos y apacibles, pero no tienen número fijo todos los años ni por lo común son los que bastan para la larga obra de concebir, empollar y criar los alciones.

61. Que el cisne canta estando próximo a la muerte afirman muchos autores; niéganlo otros. Entre éstos Alejandro Mindio, citado en Gesnero, dice que tuvo la curiosidad de observar muchos cisnes cuando estaban para morir, y a ninguno oyó cantar. Un sujeto fidedigno me aseguró que en el Real Sitio de San Ildefonso se había hecho con un cisne moribundo la misma observación, y murió, como dicen, sin

que nadie le oyese despegar su pico. Los autores del *Diccionario Universal* de Trevoux absolutamente pronuncian que todo lo que se dice del canto del cisne es un error popular, y yo me conformo, sin la menor perplejidad, a este sentir (1).

62. Que los huesos del león no tienen médula ni concavidad capaz de ella, fué invención de alguno a quien se le antojó que toda esta solidez y firmeza de huesos era correspondiente a la gran valentía de esta fiera El docto médico Olao Borrichio en su apología *De Hermetis Aegyptiorum, et Chemicorum sapientia,* testifica que en Copenhague (donde fué profesor el mismo Borrichio) pocos años antes se había hecho disección anatómica de dos leones y a entrambos se había hallado bastante copia de médula. El mismo cita a Severino, el cual refiere que a un león que había criado Tiberio Carrafa se le encontraron los huesos tan huecos y tan llenos de médula como a otra cualquiera bestia.

63. La rosa que llaman de Jericó, ni es rosa ni es de Jericó ni tiene la propiedad que se le atribuye de abrirse la noche de Navidad y conservarse abierta hasta el día de la Purificación. Esta es una especie de arbusto, que no nace en Jericó ni en sus contornos, sino en la Arabia desierta, y con sus ramas duras y leñosas se compone en figura de ramillete. La propiedad que tiene es que con la humedad se abre y con la sequedad se cierra; por tanto es un excelente higrómetro natural. Alguna vez que el tiempo empezaría a humedecerse la noche de Navidad y continuaría hasta el día de la Purificación, debió de observarse que estuvo abierta precisamente en aquel espacio de tiempo, y esto daría principio al error vulgar de que siempre hace lo mismo. Poniéndola en agua, especialmente caliente, nunca deja de abrirse. Por lo cual el uso que hacen de ella las mujeres próximas al parto es ridículo y puede ser supersticioso. Que no nace este arbolillo en otra parte que en la Arabia desierta, asevéralo Juan Ray en el tomo segundo de la *Historia de las plantas* y lo confirman algunas relaciones de viajes.

64. El mismo Ray nos enseña que es fabulosa aquella admirable propiedad que desde Teofrastro acá se celebra en la palma de no ceder a peso alguno, ante levantarse por la parte que más la oprimen; y así pueden buscar los simbolistas otro jeroglífico para la virtud de la constancia.

65. Casi cuantos geógrafos e historiadores han escrito algo de las islas Canarias, aseguran que en una de ellas, llamada isla del Hierro, donde no hay fuente alguna, son socorridos los naturales por el beneficio de un árbol maravilloso, único en su especie, que está puntualmente en medio de la isla, y de quien cada hoja es una fuente, porque está siempre cubierto de una espesa nubecilla, la cual, cuajándose en las hojas, destila diariamente diez o doce toneles de agua sumamente sutil y cristalina en dos pilones de piedra, fabricados para recibirla. Sin embargo. Tomás Cornelio, en su *Diccionario Geográfico,* dice que algunas relaciones modernas, dignas de toda fe y escritas por sujetos que han estado en aquella isla, testifican que este árbol es soñado y sólo es verdadera la carestía de fuentes, la cual se suple con el agua que cae del cielo, recogida en cisternas. Lo mismo certifica el padre Tallandier, misionero jesuíta francés (citado en las *Memorias de Trevoux,* año de 1715, art. 97), que visitó curiosamente aquella isla. Así no dudo que este fénix de las plantas es tan fingido como el de las aves.

66. Entre los errores de geógrafos que pertenecen a la historia natural,

(1) No sólo no canta el cisne estando vecino a la muerte, mas se puede decir que no canta jamás, si el cantar pide o incluye alguna dulzura. Luciano, en el *Diálogo de los Cisnes,* dice que navegando por el Po, donde se criaban estas aves, preguntó a los pescadores sobre el canto de los cisnes y le fué respondido que era tan ingrata su voz como la de otras aves acuáticas. Así, en vez de llamar cisnes a los buenos poetas, debieran simbolizar en esta ave a los malos.

podremos contar lo que dicen de algunos lagos, donde arrojando una piedra, prontamente se levanta de ellos un nublado tempestuosísimo. Tales son uno que hay en el monte Canigó en el Rosellón y otro en la montaña de Fraemont en los Suizos, cerca de Lucerna, llamada *Montaña de Pilatos*; porque en la plebe del país corre la patraña de que una vez cada año se aparece Pilatos vestido de juez en aquella cumbre. También se atribuye la misma propiedad a un pozo que hay en la provincia de Chiapa, de que dimos noticia en el primer tomo, Disc. III. En cuanto al lago de Fraemont, el *Diccionario* de Moreri cita a Cendrelo, que dice haber hecho por sí mismo muchas experiencias y que por más piedras que echó, no se levantó nublado alguno. Acaso serán igualmente pacíficos los otros dos. Verdaderamente es demasiada impaciencia resentirse el agua tanto del golpe de una piedra, que alborote el horizonte y apedree en desquite todo el territorio vecino.

67. He oído asegurar a tantos que el oro no ocupa lugar en el agua, de los cuales algunos me decían haber hecho la experiencia, que estuve cerca de creerlo. Mas, al fin, habiendo resuelto experimentarlo por mí mismo, hallé que ocupa tanto lugar en igualdad de masa como otro cualquier metal. Debe hacerse la experiencia con cantidad proporcionada y no con un doblón o dos, los cuales sólo pueden dar una insensible elevación al agua.

68. Es falso que el diamante se ablanda con la sangre caliente del cabrito ni con otra alguna. Si fuese así, cualquiera labraría fácilmente los diamantes. Bien lejos de eso, el diamante sólo se deja pulir con polvos de otro diamante. Esta invención se debe a Luis de Berquen (creo que fué natural del País Bajo), que empezó a ponerla en práctica el año de 1476. Antes de esto tiempo no se usaban sino diamantes brutos. También es falso que resista al golpe de martillo, pero es verdad que no le rompe el más activo fuego, y así en cuanto a esta parte tuvo razón Plinio para decir de él: *Ignium victrix
natura* (1).

69. Las margaritas no se engendrai
del rocío. Convéncese esto de que la
ostras donde se crían jamás se levantai
del fondo del mar. Afírmalo Juan Bau
tista Tabernier, que se enteró bien d
esta verdad, informándose de los mis
mos quo asisten en la pesquería de la
perlas. (*Viaje de Indias*, lib. 2, capí
tulo 21.) (2).

---

(1) La resistencia que atribuímos al diaman
te respecto del fuego se debe limitar. El padr
Regnaut en el 2.° tomo de sus *Coloquios Fisi
cos*, coloq. 4, dice, citando al padre Casati
que el rubí resiste hasta cinco días a l
acción del fuego, el diamante hasta nueve
Pero a esto debemos añadir que conforme fue
re el fuego resistirán más o menos esas pie
dras. Si el fuego de que usó el padre Casat
en sus experimentos, y a que resistió el dia
mante hasta el nono o décimo día, era, pong
por ejemplo, intenso como cuatro, a un fueg
intenso como ocho no resistiría más que hast
el quinto y acaso ni aun hasta el segundo. Do
José Gutiérrez, músico presbítero de la ca
pilla real, sujeto muy advertido y curioso
me escribió que habiendo sido comprendid
el relicario de la capilla real en el grand
incendio del Palacio de Madrid, muchos dia
mantes, que entre otras piedras preciosas l
adornaban, fueron hallados entre las ruina
enteramente deslustrados, y aun uno se en
contró hendido, lo que pareció deber atr
buirse a la actividad del fuego y no al golp
que hubiese recibido. Esto último parece d
difícil prueba, mas no lo juzgo imposible
porque es portentosa la actividad de un gra
volumen de fuego, cual fué el que abrasó e
Real Palacio. La rama pequeña de un árbo
encendida apenas quema otra rama igual e
media hora, pero encendida una selva, ape
nas toca el fuego a un grande árbol, cuand
le consume enteramente.

(2) Lo que decimos de las *margaritas*
perlas, siguiendo el testimonio de Juan Bau
tista Tabernier, confirma Gemelli en el se
gundo tomo de su *Viaje en torno del Mundo*

2. Ahora entraremos en el desengaño d
otros errores comunes pertenecientes a la Hi
toria Natural, sin colocarlos con otro orde
que aquel con que fueren ocurriendo a l
memoria, pues no es posible dividirlos e
clases que pidan determinado método o fun
den alguna antelación de unas a otras.

3. Hay un error muy recibido en orde
al camaleón, y es que muda de color, to
mándole de los objetos cercanos. En la Aca
demia Real de las Ciencias mostró la ex
periencia lo contrario, pues habiéndole colocad
en paños de diferentes colores, de nin
guno tomó el color. Sólo una vez le viero

70. El mismo autor nos avisa que la división que hacen los lapidarios de las esmeraldas en orientales y occidentales no tiene fundamento alguno, asegurando que ni en el continente ni en isla alguna de Asia hay mineral de es-

---

blanco, habiendo estado dos o tres minutos sobre un poco de lienzo. Pero no habiendo después sucedido esto jamás, habiéndole puesto muchas veces sobre lienzo, se hizo juicio que el frío, que era grande a la sazón, le había hecho poner pálido. Es cierto que muda muchas veces de color, pero dicen aquellos sabios académicos que esto proviene de varias pasiones que le agitan, porque abunda mucho de humor bilioso. Añaden que la mudanza de color no se extiende por toda la piel, sí sólo sobre unas pequeñas eminencias que están sembradas en ella.

4. Varios autores modernos impugnan lo que dijeron los antiguos de la actividad que tiene el avestruz para digerir el hierro. Confiesan que le traga algunas veces, como también guijarros y otras cosas durísimas, pero dicen que todo lo excreta incocto, y que si es mucho el hierro que traga viene a enfermar y aun a morir. Yo no pude hacer observación alguna sobre el punto. Pero puedo certificar que es prodigiosa la virtud disolutiva estomacal de algunas aves, con la experiencia de un buitre, que tuvo en su casa don Joaquín Velarde, canónigo de esta santa iglesia de Oviedo, el cual tenía la propiedad de tragar cuanto le arrojaban o podía coger. Engullía huesos muy grandes y muy duros, los cuales digería sin embarazo. Tragó en una ocasión una bola de trucos; matáronle pasadas veinticuatro horas, y abierto, hallaron consumida una cuarta parte de la bola o algo más. Hablo como testigo de vista. Si la disolución del alimento en el estómago se hace (como a mi parecer es más que probable) en virtud de un licor ácido, no hay dificultad en que el avestruz o alguna otra ave posea un ácido capaz de disolver el hierro. Las aguas fuertes, que disuelven los metales, no son más que unos ácidos valientes.

5. El castor, animal anfibio, es uno de los más sagaces que hay en toda clase de brutos. Su industria en fabricarse habitación cómoda, con cuantas precauciones son necesarias para los accidentes que puedan sobrevenir, es una de las mayores maravillas que hay en la naturaleza. Igualmente admirable es la ejecución que la inventiva. Pero muchos naturalistas, no contentos con referir de este bruto lo que es admirable, se avanzaron a lo que es increíble. Tiene el castor, no en los testículos, como vulgarmente se dice, sino en unas bolsas cercanas a ellos, aquel apreciado medicamento, a quien con denominación tomada del mismo bruto, llaman *castóreo*. Dicen, pues, que cuando el castor se ve acosado por los cazadores, conociendo que el ansia de cogerle es por lograr aquella preciosidad que le dió la Naturaleza, con los dientes se arranca los testículos, y dejándolos en presa a los cazadores, los cuales por eso sólo le perseguían, logra escapar la vida. Esta noticia, aunque vulgarizada por innumerables escritores, no tiene fundamento alguno.

6. Cuantos modernos se hallaron en los países donde hay castores, y especialmente los franceses, que estuvieron en el Canadá, donde es copiosa su caza, la desmienten. Aun la suposición que se hace de ser los testículos los continentes de aquel remedio, es fabulosa. Lo son, como ya se advirtió, unas bolsas vecinas a los órganos de la generación. Así también se hallan aquellas bolsas en las hembras. Mucho tiempo ha tengo hecha reflexión de que las fábulas pertenecientes a la Historia natural se extienden mucho en el vulgo, por el uso que hacen de ella los autores de libros místicos y morales. La oportuna aplicación que muchos pueden tener a asuntos de esta clase las hace verter a cada paso en los libros y en los púlpitos, y por este medio llegan a la noticia de la multitud, de quien es casi imposible arrancar después de su errada creencia. Si la fábula de arrancarse los testículos el castor por salvar la vida no tuviera una tan bella alusión a los que por no perder la vida del alma o por lograr la eterna se despojan aún de aquellos bienes, conveniencias o deleites a que sienten más adherencias, en Plinio, Andrómaco, Solino, Eliano y otros pocos naturalistas se hubiera quedado la patraña sin que tuvieran noticias de ella sino los eruditos. No por eso se debe reprobar el uso de aquellas noticias en los asuntos morales, a quienes dan hermosura y fuerza, pues los símiles se pueden tomar aun de las cosas que ciertamente son fabulosas.

7 La reflexión que acabo de proponer me hace acordar del pelícano, ave acuática, de quien se cuenta que cuando le falta que dar de comer a sus hijuelos, rompiéndose el pecho con el pico, los alimenta de su propia sangre, lo que algunos autores antiguos, que cita Gesnero, adelantan diciendo que muertos violentamente, después de llorarlos por tres días, los resucitan vertiendo su sangre sobre los cadáveres. ¡Qué especie tan hermosa para ejemplo de la piedad paterna y aun para símbolo de la Sacratísima Pasión de Cristo Señor nuestro! Mas no por eso deja de ser falsísima, y como tal la desprecian los autores de mejor nota.

8. Juan Jorge Bolkamer, citado en el *Diccionario de Trevoux*, descubrió el origen de esta fábula, examinando un pelícano que vió en Leide. Tiene esta ave una notable singularidad, y es que el espacio que hay entre sus dos clavículas no está continuo y cubierto de piel, como en todas las demás aves, sino contiguo, teniendo allí abierto un grande agujero, a manera de falso esófago, de

meraldas ni en todo el Oriente se halla piedra alguna de éstas que no haya ido de América (*ibid.*, cap. 19). Un hombre que hizo seis viajes a la India Oriental, y casi toda su vida, que fué muy larga, traficó en pedrería, es

---

modo que Bolkamer entrando por él la mano, tocó y manejó los alimentos que el pelícano tenía en el estómago. Por este agujero saca esta ave los alimentos del estómago ya preparados para dar a sus hijuelos, y esto motivó la falsa creencia de que se rompe el pecho para alimentarles con su sangre.

9. El uso que se dice hacer la golondrina de la celidonia, restituyendo la vista a sus pollos con ella, se lee en muchos autores y está muy propagado en el vulgo. Dicen unos que nacen ciegos y esta hierba les quita el impedimento que tienen para ver; otros, que los sana, si alguno los cegó hiriéndoles en los ojos; otros, que les hacen renacer los ojos, habiéndoselos arrancado. Todo es falso. Lo que hay de verdad y lo que en parte dió ocasión a la fábula, es que si a los pollos de la golondrina les pican los ojos, pierden el uso de la vista, pero dentro de muy breve tiempo la recobran. Aristóteles esto solo dice, aunque algunos falsamente le hacen autor de la curación con la celidonia. Lo mismo asegura Cornelio Celso, y muchos modernos extienden esto generalmente a todas las especies de animales, asegurando que a cualquiera a quien piquen la túnica córnea, aun hasta hacer destilar algunas gotas del humor cristalino, en menos de una hora vuelve a ver claro. He leído en alguno, que con más facilidad recobran el uso de la vista los animales tiernos o de muy corta edad.

10. Eliano escribe que los huesos del león carecen de medula y aun de cavidad donde puedan contenerla. Aristóteles dice que es poquísima y que esto dió motivo para juzgar que es ninguna. Pero Olao Borrichio refiere que habiéndose hecho anatomía de los leones en Copenhague, la primera el año 1658, la segunda el de 1672, se halló que la mayor parte de sus huesos tenía mucha medula *copiosam medullam*. Cita también a Severino, el cual refiere que a un león que tenía Tiberio Carrafa se le hallaron los huesos tan llenos de médula como los de las otras bestias.

11. La inmunidad del laurel contra las iras del rayo no está fundada en algún auténtico privilegio. Ríense de ella los autores de más juicio, y ríense también de Tiberio, que cuando tronaba se coronaba de laurel, juzgando precaverse de los fuegos celestes con este defensivo. Véase a Vosio *De Idol.*, lib. 3, cap. VI, VII y VIII, y al padre Regnault, tomo IV, convers. 4. Lo mismo digo de la piel del becerro marino, con que juzgaban defenderse los emperadores Augusto y Severo. ¿Cómo se pudo observar tal particularidad? ¿Ni en qué física cabe el crédito de ella? El fuego del rayo es de la misma especie que otro cualquiera, porque la diversidad de la materia combustible no diversifica el fuego; luego, si así el laurel, como la piel del becerro marino, se dejan abrasar del fuego de acá abajo, con mayor razón cederán el del rayo, como más violento.

12. Aquel famoso símbolo de enamorados y engañoso ejemplar de simpatías, la flor, digo, *heliotropia* o girasol, sólo debe sus créditos a exageraciones poéticas y a inadvertencias filosóficas. Dícese que sigue constante los pasos del sol desde su oriente a su ocaso, girando siempre en un perfecto paralelismo con el curso del astro. Yo he observado lo contrario varias veces. Es verdad que el sol, en virtud de un puro mecanismo, les hace inclinar, mas no siempre hacia sí, sino con alguna variedad, según el vario modo con que las hiere, la varia cantidad de humor que tienen y variamente repartida, y la varia construcción de los canales donde habita el jugo nutricio. Esto no tiene más misterio que el que el sol haga mover y encorvarse una correa mojada y aun a otros cuerpos más firmes. Así, yo he notado en un jardín, al ponerse el sol, unos girasoles que miraban al mediodía, otros al norte, etc. Todo lo que puedo considerar de particular en el girasol respecto de otras flores es que sus fibras sean más flexibles y acaso su jugo más prontamente disipable, o por delicadeza del mismo jugo o por ser más abiertos los poros de la planta.

13. Creyóse mucho tiempo, y aún cree lo más del mundo, que aquel medicamento purgativo que llamamos *manná*, es una especie de rocío que en la Calabria, cayendo sobre los fresnos, se cuaja. Ya hace cerca de doscientos años que dos o tres autores, con observaciones oculares, reconocieron que no es rocío, sino jugo que destila el mismo árbol. Monsieur de Reneaumé, de la Academia Real de las Ciencias, adelantó este descubrimiento, observando que otras muchas plantas y en todos países destilan este apreciado licor, el cual con bastante fundamento juzga ser la porción más exaltada y purificada del jugo nutricio. Dice en la *Memoria* que sobre este asunto presentó a la Academia, año 1707, que habiendo suelto en agua el jugo de que estaban humectadas las hojas de varias plantas que señala, usando de él, le halló purgativo y de un gusto más grato que el manná de Calabria. Añade que apenas hay flor que no dé algo de manná, lo cual se reconoce chupando el fondo del tubo de las flores de una pieza sola, como el jazmín; pero que entre todas, la flor de la centaura mayor es la que le da más copiosamente. Añade más, que supo por la relación de un amigo que el manná de Brianzón, de que también se usa en la Medicina, se halla en la mayor parte de los árboles de aquel país, pero principalmente en los nogales.

14. La piedra del rayo (en latín *ceraunia*) se

de creer que tendría bien estudiada esta materia.

§ IX

71. Concluyo este discurso con algunas advertencias sobre la elección que se debe hacer entre los escritores de las maravillas de la naturaleza.

72. La primera es que se prefieran

---

llama así por creerse que baja en el rayo, y es el principal instrumento de los estragos que hace aquel meteoro feroz. Pero es poco creíble que de las materias de las exhalaciones se forme semejante piedra, y mucho menos que de la tierra suba así formada a las nubes. Así este es un error del vulgo, a que no dan asenso los filósofos reflexivos. Monsieur Lemeri, en una disertación presentada a la Academia Real de las Ciencias el año 1700, dice que no se halla esta piedra en los sitios que fueron heridos del rayo, cuya observación prueba invenciblemente nuestro intento. Que en la tierra se formen piedras de aquella determinada figura no tiene más dificultad que la formación de otras muchas piedras figuradas que se hallan en varios países. Sobre que se puede ver el Discurso 2 del tomo VII, donde explicamos el mecanismo con que la Naturaleza las figura de tal o tal modo.

15. A la piedra del aguila sin fundamento se dió este nombre. Es invención de algunos charlatanes (que en todos tiempos hubo esta casta de gente) así que se halle en el nido del águila, como que tenga las virtudes que ellos preconizaron y que los charlatanes modernos continúan en preconizar. En el tomo II de las *Memorias de las Misiones*, pág. 75, se da noticia exacta de estas piedras por un misionero jesuíta, que vió y tocó muchos millares de ellas en el sitio donde se crían. Hállanse en gran copia en una llanura del reino de Fejam, una de las provincias de Egipto, ya a dos o tres dedos debajo de la superficie de la tierra, ya en algunas pequeñas canteras. Advierte el citado misionero que en el sitio donde se encuentran no son sonantes; pero a pocos días después que se recogen, empiezan a serlo, lo que proviene, según discurro, de que aquella arenosa masa que tiene dentro, mientras está húmeda ocupa toda la cavidad, y desecándose ocupa menos espacio, con que a las conclusiones de la piedra puede moverse y hacer sonido, lo cual sin duda es así, porque las ficticias, que tal vez venden por acá algunos embusteros peregrinos, se forman de cualquiera tierra barrosa y su sonido no depende de otro principio, sino que desecándose el meollo que incluyeron en la cavidad, queda recogido a menor espacio con que puede moverse y sonar.

16. Sobre la fe de Plinio y otros naturalistas se cree que el *coral* es blando debajo del agua, y luego que sale de ella adquiere no sólo dureza mas también el color rubicundo del cual asimismo dicen que carecía antes. Pero el famoso conde Marsilli, que hizo estudio particular en la observación de las plantas marítimas, se aseguró de lo contrario con repetidas experiencias. Es el coral rubicundo y duro dentro del agua como fuera, a excepción de las extremidades de las ramas, las cuales están blandas al salir del agua, conteniendo entonces un jugo que aun no se ha solidado.

17. Hasta principios del siglo en que estamos creían unos que el succino o ámbar amarillo era una concreción de la espuma del mar; otras, que era goma de algunos árboles colocados en sus orillas. El año 1704 o el siguiente, el marqués de Bonnac, enviado extraordinario de Francia al rey de Suecia, habiendo hallado un territorio cerca de Dantzing, succino fósil o mineral, totalmente semejante al que se encuentra sobre el borde del mar, de acuerdo con el cardenal primado de Polonia, en cuya compañía se hallaba a la sazón, escribió el caso a la Academia Real de las Ciencias, pidiéndola le comunicase lo que tenía averiguado en la materia. La respuesta de la Academia, cual se halla en su *Historia* del año 705, fué que en una montaña de Languedoc, muy distante del mar y separada de él por otras montañas, se había hallado succino el año 1700. Asimismo se había hallado en Provenza en las cisuras de unas rocas, donde no había árbol o planta alguna. Añadía que le constaba por relaciones fidedignas que en la isla de Córcega, en varias partes de Sicilia y de Italia, se encontraba succino en tierras desnudas de árboles y distantes del mar.

18. Añado a estas observaciones que pocos años ha he visto succino mineral, el cual se extrajo en un sitio distante siete u ocho leguas de esta ciudad de Oviedo.

19. De lo dicho se colige que el succino es una especie de betún, el cual siendo al principio flúido, después se condensa, y en el estado de líquido, el que se cría en algunas tierras marítimas o parte de él fluye al mar, donde condensado le restituyen las olas a la orilla. Dejan dudoso los académicos si en el mar adquiere el succino algún aumento de perfección. Pero noto que no todos los antiguos ignoraron la verdad que acabamos de estampar. Plinio cita dos autores antiguos, Teofrasto y Filemón, que habían descubierto ser mineral el succino, lib. 37, cap. II.

20. Las manzanas de Sodoma son una maravilla de la Tierra Santa, que refieren innumerables autores. Dicen que estas manzanas se crían alrededor y a la márgenes del lago Asfaltites, situado donde estuvo la maldita ciudad de Sodoma. Su singularidad es que siendo muy hermosa a la vista, abriéndose, nada se halla dentro sino ceniza. Henrico

los modernos a los antiguos, no porque éstos sean más veraces que aquéllos, sí porque escriben sobre más seguros informes. Antiguamente era poco o ninguno el comercio entre Naciones muy distantes. Uno u otro muy raro que sa-

---

Maundrell, que visitó con curiosidad aquel lago y sus contornos, dice en la relación de su viaje de Alepo a Jerusalén, que no hay alrededor del lago árbol alguno que pueda producir aquellas manzanas ni otras. Añade que es también falso lo que escribió Josefo, e infinitos creen a Josefo que nadie puede sumergirse en aquel lago, porque las aguas, sin diligencia alguna de parte del que quiere hacer la prueba, le sostienen. Dice Josefo que el emperador Vespasiano hizo arrojar en el lago dos hombres atados de pies y manos y no se sumergieron. Niega el asenso a esta historia Maundrell, que nadó en aquel lago, y experimentó lo contrario, aunque confiesa que sus aguas ayudan a sostener el cuerpo algo más que la de los otros lagos y ríos. Por lo que mira a las manzanas de Sodoma es de creer que la bella alusión que tiene esta especie a la engañosa apariencia de los bienes mundanos y deleites terrenos la hizo inventar y extender: Aunque también es posible que hubiese un tiempo a las márgenes del lago árboles que diesen las expresadas manzanas y que falten hoy.

21. Concluyo con dos errores de la Historia natural pertenecientes a fuentes situadas dentro de España. El primero es verosímil que sea común en otras naciones, bien que en España no es posible haya difundido mucho. El padre Regnault, en el tomo II, conversac. 12, citando a la *Biblioteca Natural* dice que en la ciudad de Orense, situada en Galicia, una parte del pueblo todo el año goza de las delicias de la primavera y los frutos del otoño, a causa de sus aguas hirvientes, cuyos vapores y exhalaciones calientan el aire, entretanto que la otra parte, por estar colocada al pie de una montaña friísima, que la priva del calor del sol, padece los rigores de los más prolongados inviernos. Todo lo dicho es muy contrario a la verdad. No hay tal montaña friísima inmediata a Orense; no hay montaña que estorbe el goce del sol aparte alguna de la ciudad, ni hay tal primavera u otoño continuos en parte alguna de aquel territorio ni las aguas hirvientes de Orense distinguen en orden a calor y frío una parte del pueblo de la otra. Las fuentes de agua hirvientes, famosas desde el tiempo de los romanos, por quienes Orense tuvo en la antigüedad el nombre de *Aquae calidae*, están fuera de la ciudad, aunque muy inmediatas a ella. Yo, siendo niño de diez a once años, pasé junto a ellas en el rigor del invierno, sin que sintiese menos frío a veinte o treinta pasos de distancia de ellas que a un cuarto de legua de distancia. Es cierto que se levantan de las fuentes y de un estanque donde se vierten vapores muy calientes y muy visibles, pero el ambiente frío, que por todas partes los opugna, prontamente los despoja del calor. Lo que puedo asegurar es que mucho más se extiende el mal olor que el calor de los vapores.

22. He dicho que este error será acaso común en otras naciones. Son leídos de casi todo el mundo los libros que le contienen. Será creída la noticia y está muy lejos el desengaño. Pero esto mismo debe hacer cauta nuestra credulidad en orden a los prodigios naturales que se leen en varios autores o que nos cuentan los viajeros. Los dos sentidos, vista y oído, son en una cosa muy diversos. En aquél tanto más se abulta la representación de los objetos cuanto están más próximos; en éste, tanto más cuanto están más distantes.

23. El segundo error se halla esparcido en innumerables libros y, si no fuese error, sería el mayor prodigio de la naturaleza entre cuantos contiene el ámbito del orbe. En Portugal, cerca de la villa de Tentugal, dos leguas de Coimbra, en un lugar que llaman *Cadima*, hay una fuente (con más propiedad se puede llamar lago) que ocupa el ámbito de una pequeña casa. De este lago escriben innumerables autores, que atrae y sorbe cuanto a corta distancia se acerca a él. Yo, dificultando el asenso a tan extraña maravilla, solicité noticias más seguras de Portugal y aun del mismo sitio donde está la fuente. Lo que hallé de cierto es que el agua está en continuo movimiento, como de hervor, por cuya razón los naturales la llaman *a fonte fervenza*, y que cualquier cosa que cae en ella, al momento es sumergida, de modo que no parece más. Lo de atraer lo que se acerca, es falso enteramente. Este fenómeno se explica facilísimamente, suponiendo allí una oculta catarata o precipicio, que vulgarmente llaman *olla*.

24. Con la ocasión de solicitar la noticia dicha, adquirí la de que a corta distancia de la *fonte fervenza* hay un lago profundísimo, a cuya superficie se han visto a veces salir pedazos de navíos, lo que arguye que tiene comunicación con el Océano. Plinio da noticia de estos dos lagos, aunque exagerada la repulsión que hace el segundo, lib. 2, cap. CIII. Estas son sus palabras: *In Carrinensi Hispaniae agro, duo fontes iusta fluunt, alter omnia respuens, alter absorbens.* El salir a la superficie del lago maderas y otras materias leves, que se le comunican del mar, daría motivo a la exageración de *omnia respuens*. En algunos ejemplares antiguos de Plinio se lee, en lugar de *Canirensi agro*, *Catanensi*, y Jacobo Dalechampio, siguiendo esta lección, puso al texto esta glosa: *Fons ille Caltanensis absorbens omnia, hodie Ferventia vocatur: ager Cadima, vicinus munici-*

lía a peregrinar por tierras remotas, cuando volvía a la suya, mentía lo que quería, porque no había testigos con que comprobarle la falsedad, y por otra parte el deleite de tener suspensos y admirados a sus compatriotas con la relación de cosas nunca vistas ni oídas, le estimulaba a referir prodigiosas ficciones. Esta fué la causa principal de llenarse la historia natural de tantas fábulas. El día de hoy están las cosas muy de otro modo. No hay región tan remota que por razón del comercio o de las misiones, no sea frecuentada de muchos europeos. Así ahora no es tan libre el mentir como antes, porque se halla a mano uno que desengañe de lo que otro miente, y en consideración del riesgo de ser cogido en mentira, cada uno procura conservar su buena fama. Por esta razón, entre tantas relaciones impresas de viajes como ha habido en estos tiempos, rarísima oposición contradictoria se halla.

73. La segunda, que entre dos relaciones hechas por testigos de vista, una que asegura alguna cosa prodigiosa, otra que la niega, *caeteris paribus*, se debe dar más fe a la segunda. La razón es porque el que afirma el prodigio, se interesa en la admiración y gusto con que es leído u oído. Pero el que niega, prescindiendo de particulares circunstancias, no es movido de interés alguno.

74. La tercera, que entre los mismos modernos se prefieran las relaciones posteriores a la primera que hicieron los descubridores de alguna región o provincia. La razón es porque la admiración, que es compañera de la novedad, alucina en alguna manera la vista y la hace representar los objetos algo distintos de lo que son. Este riesgo le tienen los primeros descubridores, no los que, enterados de las noticias de éstos registran las mismas cosas. Añádese, que aquéllos, como no suponen en los sujetos a quienes hacen la relación noticia alguna anterior a la suya, libremente pueden fingir lo que quieren; y así pueden mentir, o por malicia o por equivocación. Daremos ejemplos de uno y otro.

75. Habiendo Magallanes arribado a una de las islas Filipinas, salieron los españoles a comer en tierra. Un indio enviado para explorarlos los estuvo acechando escondido en un cañaveral, el cual contó luego a los suyos que aquellos extranjeros comían primero piedras y después fuego. En esta mentira, con ser tan extravagante, no intervino malicia, sino equivocación. Es el caso que el indio había visto a los españoles comer bizcocho de mar y después tomar tabaco de humo, y como uno y otro fuese incógnito para él y lo mirase también con admiración y sobresalto, se le representó ser lo mismo que después dijo a los suyos.

76. Otro indiano, diputado de la provincia de Pampanga a la isla de Luzón, para persuadir a sus compatriotas que se sujetasen a la dominación española, ponderándoles las espantosas máquinas y prodigiosos efectos de la artillería, les dijo que aquellas bolas de hierro que disparaban los cañones, iban saltando de montaña en montaña sin parar hasta que tropezando con algún hombre le mataban. Esta mentira fué dicha con estudio y malicia para aterrar aquella gente, que nunca había visto la artillería, pues el indio no había visto cosa alguna que pudiese imprimirle semejante especie.

77. Algunos de los primeros españoles que pasaron a América no fueron más fieles en la noticia que dieron de los indios que estos indios en la que dieron de los españoles, pues los gigantes del estrecho de Magallanes ya han desaparecido y asimismo otras cosas que habían contado acá los primeros viajeros.

78. La cuarta y última advertencia es que en orden a las cosas naturales no se debe hacer juicio por las noticias que se hallan en libros expositivos o morales, aunque sean de los más excelentes y acreditados autores. La razón es porque para traer las cosas natu-

---

pio Tentugallensi. Lo que concuerda perfectamente con la noticia que yo tuve en orden al sitio.

rales para símbolo, explicación o símil de las morales (que es el uso que tienen en semejantes libros) no se examina en la noticia la verdad, sino la proporción. Así, aun en los Santos Padres se leen aplicados como símiles el fénix, el pelícano, los grifos, las sirenas, sin que por eso se constituyesen fiadores de la existencia de tales animales. Aun las ficciones manifiestas se admiten al uso de la moralidad, como los apólogos y las parábolas.

79. Aun cuando los Santos Padres hablan asertivamente en las cosas naturales que ellos mismos no han visto o experimentado, no es en esta parte su autoridad de tanto peso que deba sujetar nuestro dictamen contra cualquiera argumento que haya en contrario, porque algunas veces les faltaron medios para descubrir la verdad y creyeron a éste o el otro autor antiguo con buena fe. Sirva de ejemplo el fénix, cuya existencia creyeron San Zenón, San Ambrosio y San Cipriano, y usaron de él como argumento, los dos primeros para persuadir la resurrección de los hombres, y el tercero para probar el concepto de la Virgen sin concurso de varón. San Zenón: *Phoenix, avis illa preciosa resurrectionis evidenter nos edocet iura, quae cum maturi laethi tempus advenerit, a semetipsa incitatis sacris ignibus libentissime concrematur: Sepulchrum nidus: illae favillae nutrices. Denique post monumentum festo exultat in tumulo, non umbra, sed veritas, non imago, sed Phoenix* (1). San Ambrosio: *Doceat nos haec avis* (Phoenix) *vel exemplo sui resurrectionem credere, quae et sine exemplo, et sine rationis perceptione, ipsa sibi insignia resurrectionis instaurat* (2); y mucho más largamente en la Oración *de Fide Resurrectionis*. San Cipriano: *Quid mirum, si Virgo conceperit, cum Orientis avem, quam Phoenicem vocant, in tantum sine coniuge nasci vel renasci constet, ut semper et una sit, et semper sibi ipsi nascendo et renascendo succedat* (3). Con todo, pienso que no hay hoy hombre erudito que asienta a la historia del fénix.

(1) *Serm. de Resurrect.*
(2) Lib. 5, *Hexaem*, cap. XXIII.
(3) *In Symbolo Apost.*

ARTES DIVINATORIAS

Discurso tercero

§ I

1. ¡Rara presunción la del hombre querer averiguar lo que está por venir! Pestañea en lo pasado, anda a tientas en lo presente y juzga tener ojos para lo futuro. Miéntenle las Historias en lo que fué, los sentidos en lo que es y cree a vanos sueños en lo que será. Esta extravagancia del entendimiento nace del desorden de la voluntad. Cuanto ésta está más ciega, tanto pretende que el entendimiento sea más lince. Grande ceguera nuestra es abrazar con el deseo lo ilícito, pero aún mayor buscar con el discurso lo impenetrable. Desde el cerebro del hombre a la región de los futuros contingentes no abrió camino alguno la naturaleza y donde no hay senda que guíe al término deseado, cualquier rumbo que se tome lleva al precipicio.

2. Esta ambición fué el vicioso origen de tanta práctica supersticiosa como inventaron los antiguos idólatras. Buscaban noticias de lo venidero en los astros, en los elementos, en los cadáveres, en las piedras, en los troncos, en el acaso de las suertes, en los delirios de los sueños, en las entrañas de las víctimas, en las voces de los brutos, en los vuelos de las aves. A toda la naturaleza preguntaban lo que había de suceder y creían oír la respuesta, por más que la hallaban sorda a la consulta. De la variedad de instrumentos que usaban para adivinar, se denominaron tantas artes divinatorias, que apenas caben en la memoria los nombres. La *necromancia* o *nigromancia* adivinaba por la inspección de los cadáveres; aunque después la vulgaridad hizo genérica esta voz para significar toda especie de magia ilícita. La *oniromancia*, por los sueños, la *aruspicina* o *hieroscopia*, por las víctimas; la *catoptromancia*, por los espejos; la *piromancia*, por el fuego; la *hydromancia*, por el agua; la *aeromancia*, por el aire, la *geomancia*, por la tierra; la *onomomancia*, por los nombres; la *aritmomancia*, por los números; la *botanomancia*, por las hierbas; la *ictiomancia*, por los peces; la *dactiliomancia*, por los anillos; la *teraposcopia*, por los portentos, y otras muchas que omito, pues Julio César Bulengero señala hasta cuarenta y cuatro y no las cuenta todas ni con gran parte, pues en otro autor he visto numeradas hasta ochenta y dos.

3. Bastará para conocer toda la extravagancia de los que se daban a este género de supersticiones, saber que había arte para adivinar por la cabeza del asno, y se llamaba *cefaleonomancia*; otra para adivinar por el queso, llamada *tiriscomancia*; otra por los higos, que se decía *sicomancia*; otra por la inspección de las cabras, con el nombre de *aegomancia*.

§ II

4. Habiendo la religión católica, enemiga irreconciliable de toda superstición, desterrado las artes divinatorias (si cabe dar el nombre de artes a los errores o sujetar a reglas los delirios), quedaron solamente dos, más

por tolerancia que por aprobación: la astrología y la quiromancia, o por mejor decir, no quedaron toleradas, sino escondidas debajo del falso velo de averiguar por los temperamentos las inclinaciones, para hacer desde aquí tránsito conjetural a los sucesos. Los padres, los Concilios, los teólogos morales las condenan, pero a pesar de tan poderosos contrarios las mantienen en el mundo la codicia de profesores embusteros y la credulidad de espíritus flacos. De la vanidad de la astrología judiciaria tratamos en el primer tomo. Ahora diremos algo de la quiromancia.

5. Es la quiromancia una arte que enseña a adivinar los sucesos del hombre por la inspección de las rayas que tiene en la palma o parte interior de la mano. Muchos autores escribieron de esta farándula. De los antiguos sólo tengo noticia de Artemidoro de Efeso, que vivió en el tiempo de Antonino Pío, el cual dió a luz muchos escritos de la adivinación por las rayas de la mano y por los sueños; pero los primeros se perdieron. Lo que escribió de la adivinación por los sueños ocupa un grueso volumen, que he visto en la librería de nuestro monasterio de San Martín de Madrid.

6. Aristóteles parece que hizo también algún caso de la pronosticación quiromántica, porque en el libro primero de la *Historia de los Animales*, capítulo 15, asiente a que hay raya en la mano que es índice de la breve o larga vida. Son estas sus palabras: *Pars interior manus vola dicitur. Carnosa est et scissuris vitae indicibus, distincta: longioris scilicet vitae, singulis aut binis ductis per totam; brevioris, binis, quae non longitudinem totam designent.* Lo mismo repite en los problemas, dando allí una razón de esta significación, que es fútil cuanto puede serlo otra.

7. De los modernos trataron de esta materia largamente Bartolomé Cocles, de quien se dará abajo larga noticia, Rodulfo Goclenio, Juan de Indagine (luterano), Juan Rothmano, Sebastián Meyero, Alejandro Aquilino y otros que citan Jorge Draudio y el padre Martín Delrío. Metió también la mano en este fabuloso arte la superstición rabínica, porque un judío llamado Ghedalia Ben Rabi Josef Jachija, publicó el año de 1570 un *Libro de quiromancia y fisionomía*, señalando por autor de él a Enoch, como testifica Julio Bartoloccio en su *Biblioteca Rabínica.*

8. Hacen especialmente jactancia de la inteligencia de este arte aquella especie de vagabundos que llamamos gitanos; con cuya ocasión diremos algo del origen de esta gente, medio doméstica y medio forastera, tan conocida de todos en cuanto a sus costumbres, como ignorada en cuanto a sus principios.

9. El año de 1417 parecieron a la primera vez divididos en varias bandas en Alemania, de donde se fueron esparciendo a Francia, a España y a otras provincias de Europa. Decían que eran de una provincia de Egipto y que tenían la penitencia de peregrinar siete años, ya porque sus mayores habían apostatado de la fe y vuelto al error de la gentilidad, o ya porque con sacrílega grosería habían negado el hospedaje a María, Señora nuestra, cuando llegó fugitiva con el Divino Infante a su región (que uno y otro se halla en los autores, y uno y otro dirían, variando la noticia, como les pareciese más oportuno, aquellos embusteros).

10. Las costumbres (según la descripción que hace Sebastián Munstero, lib. 3, *Geogr.*) eran entonces las mismas que ahora: vaguear de unas provincias a otras, hurtar lo que podían, echar lo que llaman *buenaventura*, adivinando por las rayas de la mano, vivir casi sin religión, los vestidos inmundos, los semblantes atezados; en fin, todas las señas de gente perdida. El padre Martín Delrío les atribuye también el crimen de hechicería, y cuenta como cosa notoria y experimentada, que cuando de limosna se les da alguna moneda, todas las demás monedas que están en la caja o bolsa de donde salió aquélla se desaparecen a su dueño y van buscando su compañera a parar en poder de los gitanos.

Pero yo he visto muchas veces dar cuartos a esta gente, sin que jamás sucediese tal cosa, y así es claro que este autor siguió en esta parte, como en otras muchas, su genio crédulo en orden a hechicerías.

11. En cuanto al país de donde salió esta gente, hay no poca duda. Delrío, sobre la fe de Aventino, escritor de los *Anales de los Boyos*, cree que vino de la Esclavonia. Pero como desde los principios empezaron a admitir en su compañía gente ociosa de todas las naciones, es creíble que casi todos los que hoy llamamos gitanos tengan el origen de la nación donde habitan, y así en España sean españoles, en Francia franceses, etc. De aquí es que en cada reino hablan el idioma propio de aquel reino, sin ser menester para esto que sepan todas las lenguas de Europa, como sin fundamento les atribuye Delrío, el cual con grande admiración dice que el jefe de una bandada de estos gitanos, que andaba por Castilla en su tiempo, hablaba el castellano tan perfectamente como si hubiese nacido en Toledo, lo cual no merece más admiración que el que hablase bien el alemán un hombre nacido en Alemania, aunque sus abuelos fuesen de Persia.

12. En orden al descuido de esta gente en materia de religión, no es corta prueba lo que sucedió no ha muchos años en esta ciudad de Oviedo, y fué que un gitano condenado a la horca, dijo que no sabía si estaba bautizado, y de hecho se le administró el bautismo debajo de condición.

13. Volviendo a la quiromancia, para demostrar su falsedad se debe advertir que este arte es hijuela o dependiente de la judiciaria, por cuanto supone los influjos que arbitrariamente atribuyen los astrólogos a los siete planetas, y señala en la mano ciertos términos donde dominan éstos y donde con caracteres visibles estampan el destino que corresponde a la actividad de cada uno. Así, según las reglas de la quiromancia, hay en la mano un monte llamado de Venus, donde se cifra cuanto pertenece al infame influjo de este planeta; otro de Júpiter, donde se designan los honores y dignidades, así eclesiásticas como seculares; otro de Marte, que significa las cosas bélicas y cuantos sucesos dependen de la ira y del acero; otro de Saturno, destinado sólo a pronunciar dolores, llantos y desdichas. De este modo se va dividiendo la palma en siete espacios, que son otros tantos territorios donde mandan, o apéndices de los vastos dominios que poseen allá arriba los siete caciques de la esfera.

14. Donde se ve que sobre la falsedad de la judiciaria (plenamente demostrada en el primer tomo) añade la quiromancia la ridícula ficción de que cada planeta imprime en la mano del hombre un almanak particular de los sucesos venideros correspondientes a su influjo. ¿Quién reveló este secreto a los mortales? ¿En qué conjeturas se fundó el primero que avisó al mundo esta novedad? En la mano habría rayas aunque no hubiese en el cielo planetas, porque aquéllas se siguen necesariamente a la complicación de este miembro en el materno claustro, y la distinción de ellas ser más o menos en el número, ser más o menos largas, más o menos profundas, depende de la varia textura, carnosidad y prominencia o depresión de las partes de la mano.

15. La oposición que hay entre los autores de quiromancia en cuanto a la atribución de los espacios de la palma a los planetas, confirma que cada uno discurre a proporción de su antojo. Unos atribuyen a Venus el monte que está a la raíz del pulgar y otros a Marte. ¡Monstruosa equivocación, siendo tan diversos los genios de estos dos planetas! El que está a la raíz del dedo pequeño, atribuyen unos a Mercurio y otros a Venus. El triángulo, que en medio de la mano se forma de la líneas del corazón, cerebro e hígado (así las llaman), dicen unos que es de Mercurio, otros que de Marte. Con decir que unos y otros mienten, está compuesta la diferencia.

16. La misma voluntariedad hay en

la denominación que dan a las líneas, tomada ya de los planetas, ya de las partes príncipes, ya de las facultades del cuerpo humano. Una se llama línea de la Luna, otra de Júpiter, otra de Saturno, otra cíngulo de Venus, otra vital, otra genital, otra hepática, otra del cerebro, otra del corazón, sin haber más razón para todas estas denominaciones que el capricho de hombres embusteros.

17. A los caracteres que se forman en la mano del encuentro de algunas pequeñas líneas, les dan la significación, según alguna analogía o alusión que divisan en la figura del carácter. Pongo por ejemplo una cruz, especialmente si está en el monte de Júpiter, significa dignidad eclesiástica, y tanto más ilustre cuanto la cruz fuere mayor y más bien formada. Pero, ¿quién no ve que si la cruz, contemplada como signo moral, puede significar dignidad eclesiástica, con igual razón, como signo político o civil, significará suplicio capital? Y ni uno ni otro es del caso, porque si la quiromancia tuviese algún fundamento, no había de ser signo moral ni civil, sino natural. Por la misma regla de analogía quieren que si en la mano se observa alguna estrelluela, pronostica ilustre fortuna, no obstante que en esto hay su variedad, pues en un libro manuscrito que trataba de estas boberías, leí un tiempo que si la estrella está en la yema del pulgar, significa muerte de horca. ¡Notable extravagancia y contra toda imaginable proporción! Yo vi esta estrella en la parte señalada a un condiscípulo mío, hijo de la casa de San Claudio de León, que luego se salió del Colegio de Teología, murió natural y cristianamente en su monasterio. Como asimismo en otro condiscípulo, hijo de la casa de San Zoil de Carrión (Fr. Juan de Bellisca), experimenté la falsedad de la quiromancia, porque tenía la mejor línea vital que vi a hombre alguno, profunda, bien impresa, seguida desde su origen sin la menor interrupción, y tan larga que llegaba a la articulación de la muñeca con el hueso que mantiene al pulgar. Con tan buena línea vital, a pesar de los quirománticos y aun del mismo Aristóteles, no vivió más de veintisiete años; y yo, que no la tengo con las mejores señales, voy caminando, con el favor divino, para cincuenta y uno.

18. Quieren protegerse los profesores de la quiromancia con aquellas palabras de Job: *Qui in manu omnium hominum signat, ut noverint singuli opera sua* (cap. 37). Pero que este texto no los favorece, se prueba con evidencia de la variedad de versiones del hebreo, inconciliables con el sentido a que le quieren traer los quirománticos. Sanctes Pagnino traduce el original hebreo de este modo: *Vehementia omnes homines claudet, ut sciant omnes homines opus suum* Vatablo de éste: *Vehementia omnem hominem recludit, quominus cognoscat homo omnes homine operis sui.* El padre Delrío dice que traduciendo el hebreo palabra por palabra, sale así la sentencia: *In vehementia omnes obsignabit, ad sciendum omnes homines opus eius.* De estas versiones se colige que la expresión *in manu* de la Vulgata es metafórica, y traída al sentido propio significa vehemencia o fortaleza; con que prescindiendo de cuál sea el genuino sentido del texto (que a la verdad es recóndito) es claro que no es el que le quieren dar los quirománticos, pues no se habla en él de la mano del hombre, como suena la corteza de la Vulgata, y así perdió también su trabajo el doctísimo Valles en el discurso de una ingeniosa exposición moral que dió a este texto (1), pues procede sobre el falso supuesto de que *la mano* se debe entender en él como suena. Redúcese a decir que siendo la mano humana, por las ventajas de su organización sobre las de todos los brutos, instrumento proporcionado a un agente racional con su misma estructura, le está avisando al hombre que debe obrar conforme a la ley de la razón.

19. Arguyen también los quirománticos con la experiencia, aunque limi-

(1) *Philosoph. Sacra*, cap. XXXII.

tada a tan pocos ejemplares, que su escasez viene a ser prueba en contrario, al modo que el que para probar que es rico muestra poco dinero, con eso mismo prueba que es pobre. Refiérese que un griego por la inspección de la mano pronosticó a Alejandro de Médicis, primer duque de Toscana, muerte violenta, dando tan precisas señas del homicida, que sólo convenían a Laurencio de Médicis, primo suyo, que en efecto fué el matador.

20. Pero lo más plausible que hay en esta materia son las predicciones de Bartolomé Cocles, boloñés, señalado entre todos por el más famoso quiromántico y fisionomista que hasta ahora se conoció. Predijo a Lucas Gaurico, famoso astrólogo judiciario que había de padecer inocentemente un terrible suplicio, y bien que Gaurico se burló del pronóstico por no haber leído en las estrellas tal sentencia, tardó poco tiempo en llevar trato de cuerda de orden de Juan Bentibollo, tirano de Bolonia, irritado contra el astrólogo, porque supo que le había pronosticado la expulsión de Bolonia antes de acabarse el año. A Hermes de Bentibollo, hijo del tirano, predijo el mismo Cocles que había de morir desterrado en la campaña, de lo cual, enojado Hermes, se sirvió de un tal Copón o Caponi para que matase a Cocles, como lo hizo, dándole con un hacha en la cabeza. Lo más admirable en este suceso fué que Cocles había adivinado que había de morir de un golpe en la cabeza, y así andaba guarnecido de una celada; y no sólo eso, más al mismo Copón, viéndole la mano, le había dicho que muy en breve cometería un injustísimo homicidio.

21. Pero estas narraciones no me hacen alguna fuerza. Los maravillosos pronósticos de Cocles, aunque se hallan escritos acordemente por Delrío, Beyerlinck, Moreri, y éste cita a Varillas en las *Anécdotas de Florencia*, todos los trasladaron de Paulo Jovio (en los *Elogios de Varones Doctos*, folio 67), autor más acreditado de elegante que de verídico. Pero aun cuando todo lo alegado fuese verdad, nada probaría. ¿Qué mucho que entre millares de millares de pronósticos por las rayas de la mano, tres o cuatro hayan salido ciertos? Para esto no es menester arte, basta la casualidad. El haber sido tan pocos muestra que el acierto se le debió al acaso.

22. También se debe advertir que a veces las mismas predicciones influyen en los sucesos, disponiendo los ánimos de los ejecutores. Sirva de ejemplo el caso de Alejandro de Médicis. Habiéndole dicho a este príncipe el quiromanta griego que uno de sus más íntimos, de cuerpo grácil, color amarillo, genio taciturno, insociable para los demás (señas que sólo concurrían en Laurencio de Médicis), le había de matar, es natural que mirase con desconfianza y ojeriza a Laurencio; la cual, percibida de éste, le incitase a matar alevosamente al que ya consideraba su enemigo. Y en este caso que Alejandro despreciase el pronóstico (como parece cierto, en caso que le hubiese, pues de la historia consta que siempre se fió de él hasta que la confianza le fué fatal) es natural que se le participase al alevoso amigo, y éste, como hombre de genio suspicaz y melancólico, receloso de la impresión que podría hacer contra él la predicción del griego en el espíritu de Alejandro, determinase quitarle la vida, mirando a la seguridad propia. Aquel Copón que mató a Cocles es verosímil que no le hubiese muerto si Cocles no le hubiera disgustado con el vaticinio de que había de ser homicida, y la predicción de que había de recibir el golpe fatal en la cabeza pudo inducir al matador a herirle en aquella parte, donde por la predicción creía que no había de ser vano el golpe. En fin, unos versos de Guidon Postumo, que cita Paulo Jovio en el elogio de los vaticinios de Cocles, no le pintan tan veraz como el mismo Jovio quiere, pues el primer dístico da a entender que era más ar-

tificioso en hacer creer sus predicciones que feliz en acertarlas.

Quis melior vates, quis Coclite verior augur?
Falsa canit, atque haec cogit habere fidem.

§ III

23. Impugnada así la quiromancia, diremos algo de otras artes divinatorias que conservan aún algunos genios supersticiosos entre los cristianos.

24. La más común en todos los tiempos fué la *oniromancia*, que significa arte de adivinar por los sueños. Algunos filósofos han patrocinado esta arte, y entre ellos no poco Aristóteles en el libro que escribió *De Praesensione per somnum*, donde concede alguna facultad de prevenir los futuros en el sueño a la gente ignorante y estúpida. Galeno también confiesa que se aplicó a la medicina por un sueño que tuvo su padre y en cierta ocasión hizo sangrar a un enfermo porque soñó que le convenía.

25. Pero las Sagradas Letras en varias partes condenan esta arte por supersticiosa; sin embargo, de ellas mismas consta que algunas veces manifiesta Dios a sus escogidos en la tranquilidad del sueño sus arcanos; mas como esto sea muy raro, es contra la prudencia y contra la religión dar asenso a las vagas ocurrencias de la fantasía, si no es que Dios, con el modo que puede hacerlo y lo hizo con algunos santos, imprima una especie fija, de que es locución suya aquella representación imaginaria. Esto es lo que dió a entender San Gregorio en el libro cuarto de los *Diálogos*, capítulo 48, cuando dijo que los siervos de Dios tienen allá en el seno más oculto de la mente un inexplicable modo de discernir cuando Dios les habla en sueños: *Quodam intimo sapore discernunt.*

26. Los médicos quieren que se observen los sueños como señales del temperamento de los cuerpos o intemperie de los humores. Dicen que el bilioso o colérico sueña riñas, batallas, incendios; el pituitoso, lluvias y naufragios, y así de los demás. Tenga esto la probabilidad que quisieren, decimos que el vaticinar por los sueños carece de toda probabilidad. Los que han escrito reglas para este género de vaticinio, están tan encontrados, que unos quieren que se observe la analogía, esto es, alguna semejanza entre la representación del sueño y la cosa significada; otros, que se atienda a la desemejanza o contrariedad; conviene a saber, que se interprete el sueño por contrario sentido y otros, en fin, ni uno ni otro atienden, sino que señalan a los sueños los pronósticos según su antojo, sin observar ni alusión ni oposición. Las más de las significaciones que dió Artemidoro (autor el que trató más largamente esta materia) a los sueños, son del segundo y tercer género. Y el médico Adriano Junio (1), en unos versos que divulgó sobre los vaticinios de los sueños, juntó todos tres géneros, como se ve en los ejemplos siguientes, que he entresacado:

Del primer género.—*Petrae insidens stabili*
[bonam spem continet.
Fons limpidus mentem serenam denotat.
Fluvius inundans hostilem incursum notat.
Tentus manu ensis auguratur proelium.

Del segundo género.—*Molestias signat, vorare*
dulcia.
Si somnians ridebis, angor te premet;
sed si fleas, repleberis tunc gaudiis.
Aurum tenere somnians, voto excides.

Del tercer género.—*Botros edere, cavilla scur-*
rarum notat;
comesta lactuca, indicat morbum gravem.
Vinum bibentem, pugna te manet gravis.
Clavos tenens, ab hoste periculum cave.

27. Sin embargo, lo más común es discurrir las predicciones de los sueños por vía de alusión o analogía; pero aun limitándose a este recinto, puede cualquier especie soñada significar muchas cosas diferentes y opuestas, por ser casi innumerables las alusiones que en cualquier especie se pueden contemplar, según los visos a que se mira. Soñó Darío, antes de batallar con Ale-

(1) *Apud Joan. Zahn.*, tomo III. *Mundi Mirab.*, fol. 188.

jandro, que veía encendidas grandes llamas en el ejército enemigo, lo que declararon sus magos ser presagio de la victoria. Plutarco, que lo refiere, como habla después del suceso, dice que anunciaba lo contrario. Lo cierto es que el sueño hacía alusión a uno y otro, y que ni uno ni otro significaba. César, estando en España, soñó, según la relación de Dión Casio, que cometía incesto con su propia madre, y este historiador atribuye a este torpísimo sueño la significación de que César había de ser dueño del imperio romano. De este modo no hay suceso próspero ni adverso que no pueda pronosticarse por los sueños, porque para todo hay alusiones.

§ IV

28. *Apantomancia* se llama la adivinación por las cosas que casualmente se encuentran. Con ser esta observación sumamente supersticiosa y vana, algunos hombres grandes cayeron en ella. Gasendo, en la *Vida de Ticho Brahe*, dice que este insigne astrónomo, si al salir de casa encontraba a alguna vieja, lo tenía a mal agüero y volvía a recogerse. Y Pedro Mateo en la *Historia de Luis Undécimo* refiere que el conde de Armañac tenía para sí por infausto el encuentro de cualquier inglés.

29. El nombre de *agüero*, aunque es como genérico para algunas especies de adivinación, se aplica especialmente a aquella que se hace por los accidentes impensados, que ocurren mayormente en el principio o progreso de algún negociado, interpretándolos hacia la prosperidad o adversidad, según el semblante que tienen. Esta superstición en todos tiempos tuvo séquito en el vulgo, y siempre hicieron burla de ella los hombres de juicio. Diéronle noticia a Sócrates como de un suceso de mal agüero, que los ratones habían comido unos zapatos suyos, Respondió con serenidad el filósofo que si le dijesen que sus zapatos habían comido a los ratones le pondrían en gravísimo cuidado, pero que una cosa tan natural como comer los ratones a los zapatos no debía ocasionarle el menor susto.

30. Algunos con prudente agudeza dieron próspera interpretación a los accidentes que tenían semblante de infaustos, a fin de precaver la consternación del vulgo. Tropezó y cayó Escipión al poner el pie en Africa, y viendo que lo habían de tener los soldados a mal agüero, con ingenio pronto acudió a torcerle a la parte favorable, diciendo: *Teneo te, Africa. En mis brazos te tengo, oh Africa.* Con esto se animó la soldadesca, creyendo que en el impensado accidente de tocar el caudillo con las manos el africano suelo, significaba el cielo la entrega de él al dominio romano. Muy semejante fué la agudeza del Gran Capitán en la batalla de Cirinola. Pegóse fuego por descuido a un carro de pólvora en nuestro ejército; desmayaban los soldados, dando al accidente interpretación siniestra, a cuya consternación acudió el general, diciendo en alta voz: *Animo, soldados, que éste es buen anuncio, pues ya el cielo celebra con luminarias nuestra victoria.*

31. Puede esta observación eximirse de supersticiosa cuando la casualidad observada por la alusión que tiene sirve de excitativo ocasional de alguna especie, la cual por sí misma representa como verisímil el suceso futuro. Pondré ejemplo en un suceso que he leído. Un joven enamorado salió a pasear a la orilla del mar, al tiempo que acababa de dar vuelta del mismo sitio la mujer a quien estaba inclinado y de quien era correspondido. Halló que ésta había escrito en la arena un testimonio de que sería siempre firme. Leyóle con sumo gozo y se detuvo un rato contemplándole, arrebatado en un deleite extático. Estando en esta suspensión, una onda del mar, que se avanzó más que las otras, llegó adonde estaban las letras y las borró. Aquí fué el desconsuelo del pobre amante, que luego empezó a condenar su necedad en haber dado asenso a un testimonio escrito en arena y vecino al agua, que con estas circunstancias representaba la in-

constancia de su dicha. Si en este caso el accidente de borrarse tan presto la escritura se aprendiese como anuncio de que la mujer había de mudar luego de propósito, sería observación supersticiosa, pero si sólo congojase a aquel mancebo por despertar en su imaginación la común idea de la inconstancia de las mujeres, la cual por sí misma le representaría como muy verosímil la mudanza futura de su dama, nada habría en esto de agorería. Esta regla puede servir para ocurrir a algunos escrúpulos en casos semejantes.

32. *Aritmomancia* se llama la adivinación por los números y *onomomancia* por los nombres. De estas dos especies, mezclando también algo de astrología, se compone aquella adivinación que llaman de la *rueda de Beda,* arcano de grande estimación entre los que le ignoran, en consideración del venerable autor a quien le atribuyen. Su artificio es el siguiente: Descríbese en tabla o papel un círculo o rueda, que tiene como un palmo de diámetro, y en el círculo se inscribe una cruz, en cuyos cuatro brazos se ponen unos números, en cada uno siete y distintos en cada uno, comprendiendo entre todos desde la unidad hasta el número 28 inclusive. Donde terminan los cuatro brazos se reparten estas cuatro inscripciones: *Mors maior, mors minor, vita maior, vita minor.* Usase de esta rueda para averiguar si el que está enfermo vivirá o morirá; si el que sale a desafío vencerá o será vencido; cuál de los pretendientes de algún puesto lo llevará, y otras cosas semejantes, en que es condición precisa saber el día en que se ha de conferir el puesto o se ha de reñir el desafío o el doliente cayó enfermo. El uso es de este modo. Mírase el valor numérico de las letras de que consta el nombre del sujeto cuya fortuna se examina, según el alfabeto griego (hablo del alfabeto numeral) en que a cada letra voluntariamente se le atribuyó el valor de cierto número, creciendo el número, según la progresión del alfabeto, así: la A vale 1; la B, 2; la G, que en el alfabeto griego es la tercera letra, aunque en el latino la séptima, vale 3. De este modo hasta la I o jota, que es la décima, van creciendo en unidad; desde la jota hasta la S se aumentan por decenarios y desde la S hasta acabar, por centenarios. Es verdad que el alfabeto latino no tiene tantas letras como el griego, y así no sube a tan crecido número. Súmanse, pues, los números correspondientes a todas las letras del nombre; hecho esto, se atiende qué día del mes lunar es aquel en que vino la enfermedad o se ha de proveer el puesto o reñir el desafío, y el número de los días del mes lunar que corren hasta aquel tiempo se agrega a los números del nombre. La suma total que resulta se parte por 28, y aquel número residuo, que, hecha, la partición, queda sin dividirse por ser menor que el partidor 28, se va a ver en qué brazo de la cruz se halla, y según la inscripción correspondiente a aquel brazo, se pronuncia del mal o buen suceso. Pongo el ejemplo en el caso de averiguar el éxito de una enfermedad. Si el número se halla en el brazo donde está *mors maior*, significa muerte; en el de *mors minor*, enfermedad larga y trabajosa; en el de *vita maior*, pronta y perfecta mejoría; en el de *vita minor*, difícil y prolija convalecencia. A esta proporción se discurre en los demás casos. Si no sobra algún residuo en la partición, el número 28, que es el partidor, se ha de buscar en la rueda.

33. Este es el decantado arcano (mejor diremos ridículo trampantojo) de que algunos hacen gran misterio entre los idiotas y de que erradamente se cree ser autor el venerable Beda. Dió ocasión a esta fábula el antojo de un impresor de las obras del Santo, que al fin de ellas puso esta rueda con su explicación, bien que separada en cuanto al contexto, y expresando ser autor de ella un sabio egipcio llamado Petosiris.

34. Sea Petosiris o sea otro el inventor, no necesita de otra impugnación este enredo divinatorio, más que ponerse de manifiesto. Es una fábrica, que por estar toda fundada en el aire,

por sí misma se arruina. Es un tejido de principios arbitrarios, que ni juntos ni separados tienen conexión alguna con el efecto. La reducción de las letras a números y tales números, no tiene fundamento el más leve en la naturaleza de las cosas. Los griegos quisieron significar con tales números tales letras. ¿No es cosa ridícula pensar que si hubieran querido, como pudieron, significarlas con otros números diferentes, sería distinta de la que es hoy la fortuna de muchos hombres? ¿Qué mayor desatino que juzgar que de ponerse a un sujeto el nombre de Pedro o Juan en el baustismo, dependa lograr o no lograr el puesto, vivir poco o mucho? Sólo puede admitirse esta ficción más que poética para entremés de la comedia de Calderón *Dicha y desdicha del nombre*. ¿Y qué diremos cuando concurren dos de un mismo nombre a la pretensión o al desafío? He oído responder a algunos que en este caso se agreguen las letras del apellido. Pero sobre que esa advertencia no la hizo Petosiris o el que fué inventor de la rueda, y así es buscada ahora como socorro, añado: ¿Y si convienen en nombre y apellido, como puede suceder, llevarán ambos el puesto, siendo uno e indivisible? Aun siendo diferentes los nombres, sucederá muchas veces que el residuo que queda de la partición del número sea el mismo o por lo menos caiga en la misma parte de la rueda. ¿Qué juicio haremos en este caso? Pero es perder el tiempo gastarle en impugnar delirios.

§ V

35. *Cromiomancia* es una especie de adivinación por las cebollas, que he leído; es ahora aún muy común en Alemania entre las doncellas deseosas de saber quiénes les han de tocar por maridos. La que por este medio supersticioso quiere averiguar su destino, escribe en distintas cebollas los nombres de todos aquellos que probablemente pueden lograr su mano. No quiero decir lo demás que se sigue en esta damnable práctica, porque considero en esta materia tan ardiente la curiosidad de algunas doncellas, que si llega a su noticia, querrán hacer la experiencia, atropellando leyes divinas y humanas.

36. Podemos juntar a las supersticiones referidas la arte cabalística moderna, que viene a ser una especie de onomomancia y pretende adivinar por medio de las letras de que se componen los nombres o palabras. He dicho *la arte cabalística moderna*, porque la antigua, aunque no menos supersticiosa, era en la apariencia más elevada, cuya producción fueron los amuletos y talismanes o figuras de los astros y signos celestes, estampadas en metal o piedra, con que pretendía derivar sus felices influjos, y otras invenciones semejantes, engendradas en la filosofía platónica y educadas en la vanidad rabínica. la cábala de que hablamos ahora tiene tres especies, según la division que hace el padre Kircher en su *Edipo Egypciaco*: *Gametría*, *Notarica y Themura*. La *Gametría*, que propiamente es lo que nosotros llamamos *anagramatismo*, interpreta una palabra trasponiendo las letras. Los judíos, que practican mucho la cábala, nos ministran el ejemplo siguiente de la Escritura. En aquel texto del capítulo 23 del *Exodo*: *Praecedetque te Angelus meus*, la voz hebrea que corresponde a *Angelus meus*, es *Melachi*. De aquí infieren que este ángel es San Miguel, porque trasponiendo las letras de la voz *Melachi*, resulta la voz *Michael*.

37. Tal vez el acaso autoriza entre los vulgares esta disparatada adivinación. Ahorcaron en Rión, ciudad de Francia, a un malhechor llamado según el dialecto nacional *Andre Puion*, y un curioso notó que trastornando las letras del nombre y apellido resultaba este anagrama: *Pendú á Rion*, que quiere decir *Ahorcado en Rion*. Esto es bueno para juego, no para pronóstico, pues en muchos nombres, según los varios anagramas o combinaciones de letras, saldrán distintas y opuestas fortunas.

38. La *Notarica* interpreta la voz, tomando cada letra por inicial de otra palabra. Ve aquí otro ejemplo rabínico. En aquel texto del *Salmo* 3: *Multi insurgunt adversumme*; la voz hebrea que significa *multi* se compone de estas letras R B J M: de aquí infieren los cabalistas que los enemigos designados en aquel texto son los romanos, los babilonios, los jonios o griegos y los medos. ¡Qué consecuencia tan bien sacada! Por la misma regla podrían ser los rusianos, los baetrianos, los japones y los masagetas. La *Themura* supone que hay unas letras equivalentes de otras, e interpreta la voz transmutando sus letras en las equivalentes.

§ VI

39. Ocioso será detenernos más en impugnar semejantes ilusiones, pues mejor se refutan con el desprecio que con el discurso. Notaré sólo que aun entre los antiguos gentiles, de quienes descendieron a nuestros tiempos éstas y otras supersiticiones, los hombres de mejor luz hacían irrisión de ellas, aunque en público condescendían con la ceguera del pueblo. Cicerón, en los libros *De Divinatione*, docta y elocuentemente convenció de vanas todas las artes divinatorias, aunque no se atrevió a levantar la voz de modo que lo oyese el vulgo. Con gracia le dice a su hermano Quinto, hablando de la *haruspicina*, que juzga conveniente su práctica por causa de la religión y de la república, pero ya que están solos los dos, pueden inquirir y hablar la verdad sin estorbo: *Ut ordiar ab haruspicina, quam ego reipublicae causa, communisque, religionis colendam censeo; sed soli sumus: licet verum exquirere sine invidia.*

40. Algunos practicaban los agüeros no por religión, sino por política, y no pudiendo tener siempre vigilante el disimulo, en una u otra ocasión se descubría que en lo interior los miraban con desprecio. Estando Publio Claudio para dar un combate naval en la primera guerra púnica, consultó, por seguir la costumbre, los agoreros, pero diciéndole uno que los pollos que estaban en custodia para aquel género de divinación, llamada *auspicio*, no querían salir a comer, los mandó echar al mar, diciendo: *Pues ya que no quieren comer, que beban.* No es menos chistoso lo que refiere Polidoro Virgilio de un judío llamado Mosolamo. Estaban de marcha unas tropas donde éste se hallaba, y oyendo a un agorero que las mandaba parar para contemplar el vuelo de un pájaro y tomar de él vaticinio, prontamente, levantando el arco, le disparó al pájaro una saeta, con que le echó muerto a tierra. Irritáronse contra él el adivino y otros muchos, pero él los sosegó diciendo: *¿Cómo queréis que esta ave supiese el suceso de nuestro viaje, cuando ignoraba su propia fortuna? Pues es cierto que si supiese lo que la esperaba, no hubiera venido por aquí.*

41. Había también muchos engaños en la consulta de las víctimas. A veces eran sobornados los agoreros para dar la respuesta a gusto del que les untaba las manos, y también sucedía engañar al vulgo el mismo interesado en el proyecto para que se hacía consulta. Viendo Agesilao consternados sus soldados por la multitud de enemigos, para animarlos se sirvió de este artificio. Escribió en la palma de la mano con grandes letras esta palabra: *Victoria*, y acercándose a la ara debajo del pretexto de alguna ceremonia religiosa, al punto que se abrió la víctima, cogió su hígado, y con destreza estampó en él las letras que llevaba escondidas en su propia mano. Vieron los soldados la inscripción, y contemplándola como escritura en que el cielo se obligaba a ser auxiliar suyo en la batalla, concibieron el aliento que era menester para lograr la victoria.

§ VII

42. El suceso que acabo de referir me lleva como por la mano a descubrir

la causa por qué las artes divinatorias, teniendo tan a la vista su nulidad y falacia, que es menester una ceguedad total para no verla, logren no obstante la aplicación de muchos sujetos y en la antigüedad hayan poseído la veneración de todo el mundo, y más aún el de las naciones más cultas. Verdaderamente admira que los griegos y romanos, que nos han dejado tantos testimonios de gente habilísima en todo género de materias, fuesen tan ciegos hacia la parte de agüeros y presagios. Diré la que pienso ser causa de este pernicioso error, y ésta será la parte más importante de este discurso, porque servirá a los espíritus supersticiosos de desengaño.

43. La experiencia, que por lo común es madre del acierto, no siendo bien consultada, es muchas veces causa del error. Los sucesos, a quien va por senda torcida en sus operaciones, unas veces escarmientan y otras engañan. A los que usan de artes divinatorias les sucede muchas veces aquello que han pronosticado. De aquí infieren que en el pronóstico se previó legítimamente el suceso, y no es eso. No se previó antes lo que había de suceder ahora. Lo que hay es que sucede ahora lo que se imaginó antes sólo porque se creyó que sucedería. Viene el suceso porque fué creído el pronóstico. Si no precediera o si fuera despreciado el pronóstico, no vendría el suceso. El concebir firmemente los hombres que ha de suceder alguna cosa, trae consigo grandes disposiciones para que suceda. El que cree que ha de vencer (como se ve en el ejemplo de arriba), pelea con confianza y valor. El que cree que ha de ser vencido, o huye o resiste con desaliento. El que, engañado de algún astrólogo, se persuade a que tal año o tal mes ha de morir, con esta melancólica imaginación, que oprime más cuanto más se avecina el plazo señalado, se va pudriendo los humores y debilitando las facultades, y así muere cuando creyó que había de morir; si no lo creyera, no muriera. El que se asegura que ha de lograr algún puesto, tenazmente prosigue en la aplicación de los medios, sin que le quebrante la frustración de muchos, hasta que entre tantos se logre alguno.

44. Otras veces es más oculto el influjo del asenso precedente en el suceso futuro, mas no por eso deja de ser muy verdadero. Pongo un ejemplo en aquella especie de adivinación supersticiosa llamada *cromiomancia*, de que tratamos arriba. La simple doncellita, que deseosa de saber qué esposo ha de tener, usa de aquella superstición, y en virtud de ella cree que lo ha de ser tal sujeto determinado, v. gr., Dionisio, ya empieza a mirar a este hombre con muy otros ojos de aquellos con que antes le miraba. Antes era uno del pueblo en quien ni aun acaso se pensaba; ahora ya es aquel que las estrellas tienen destinado para su dueño. ¡Oh cuán diferente personaje es ya en el teatro de su idea! Ya le halla mil gracias que no tiene, y puesta en este estado aquella mentecata, desea con ardor que sea aquello que piensa que ha de ser: porque avanzándose la imaginación a las dependencias más gratas del matrimonio, que entonces se toman como imprescindibles de aquel determinado sujeto, no puede menos de mirarle con cariño; y un placer imaginario es chispa que enciende en el alma un fuego verdadero. A esta ansia es consiguiente que solicite el matrimonio con Dionisio; que le haga saber a éste por modos directos o indirectos su deseo y acaso también el vaticinio; que a él el verse amado le mueva a amar; y si se le participa el pronóstico, hay de más a más este auxiliar excitativo del fuego. Así, enlazadas las almas, es naturalísimo se consiga aquella unión, cuya existencia principalmente depende del deseo de entrambos, mayormente cuando las doncellas que se dan a éstas curiosidades ilícitas, se deben discurrir más contemplativas de sus propios antojos que de los justos deseos de sus padres. Este suceso y otros semejantes autorizan

aquel modo de adivinación, porque no se hace reflexión al oculto influjo que tuvo la credulidad en el suceso. A este modo y por este medio ganaron sectarios las demás artes divinatorias, atribuyendo los hombres, al ver muchas veces existentes los futuros pronosticados, a misteriosa arte del vaticinante lo que dependía sólo de haberse creído el vaticinio.

PROFECIAS SUPUESTAS

Discurso cuarto

§ I

1. No cabiendo el conocimiento de los futuros (como se vió en el discurso antecedente) ni en la arte ni en la naturaleza, sólo resta que puedan saberse por vía de inspiración. La previsión de lo venidero es privativa de la deidad. Todos los futuros están contenidos en el sellado libro de sus decretos, que no pueden abrir las más altas inteligencias. Pero Dios, en todo liberal, también en esta parte lo ha sido, no sólo en el estado de la Ley de Gracia, mas también en el de la natural y en el de la escrita se dignó tener algunos íntimos amigos, a quienes fió parte de sus secretos, tal vez con la facultad de propalarlos.

2. Mas como los hombres no quieren a Dios liberal, sino pródigo, en todos tiempos se fingieron (digámoslo así) vulgarizado tan singular beneficio. Este es uno de los mayores engaños que siempre padeció la ignorancia del vulgo. En todos tiempos y en todas religiones hubo extraña copia de profecías supuestas. Asombra lo que refiere Suetonio de la multitud de libros proféticos tenidos por tales entre griegos y romanos. Luego que muerto Lépido fué hecho sumo pontífice Octaviano Augusto, mandó juntar todos los libros fatídicos (esta es la voz que usa Suetonio), escritos ya en griego, ya en latín, que corrían por el vulgo, y habiéndose recogido más de dos mil, los hizo quemar todos, exceptuando los libros sibilinos, y aun de éstos fueron también algunos condenados al fuego como espurios.

3. En cuanto a los libros de las sibilas, número, nombres, patria y tiempo en que florecieron estas mujeres, hay tanta disensión entre los autores, que apenas se hallan dos concordes. Cicerón, Plinio, Plutarco y Diodoro Sículo no hablan sino de una sibila. Marciano Capela dice que hubo dos, Solino tres, Eliano cuatro y Varrón hasta diez. De la legitimidad de sus vaticinios no hay tampoco mucha certeza. La historia romana cuenta que habiendo llegado a Roma la sibila cumana en tiempo de Tarquino el Soberbio, le presentó nueve libros, pidiendo por ellos trescientos escudos: burlándose el príncipe, por parecerle excesivo el precio, quemó la sibila los tres y por los seis restantes pidió la misma cantidad; despreciando Tarquino de nuevo tan extravagante demanda, quemó otros tres, insistiendo en que por los tres que quedaban le diese los trescientos escudos y amenazando de darlos al fuego, como los demás en caso de ofrecerle menor precio. En fin, concibiendo el príncipe en tan extraña resolución algún alto misterio, dió los trescientos escudos por los tres libros, que como cosa sagrada colocó debajo de la custodia de dos patricios en el Capitolio, y eran consultados por los romanos cuando se veía en alguna grande aflicción la república, hasta que abrasándose el Capitolio en tiempo de Sila, ochenta y tres años antes del nacimiento de Cristo, tuvieron los tres libros la misma desgracia que los otros seis.

4. Deseosos los romanos de reparar

en lo posible esta pérdida, enviaron sujetos que por Grecia y por Asia recogiesen los versos de las sibilas que pudiesen hallar. Señaladamente fueron deputados para este fin Octacilio Craso y Lucio Valedio Flaco a Atalo, rey de Pérgamo, y juntaron hasta mil versos, atribuídos a las sibilas, que les dieron varios particulares. De estos versos, dicen, se extrajeron aquellos fragmentos, que por contener claros vaticinios y muy circunstanciados de la venida del Hijo de Dios y de nuestra Redención, apreciaron algunos padres de la Iglesia para hacer argumento con ellos contra los gentiles.

5. Isaac Vosio pretende que los versos sibilinos, traídos a Roma por Octacilio Craso, fueron compuestos por algún judío, que extrajo aquellos vaticinios de la Sagrada Escritura. Otros le contradicen, porque en la Escritura no se hallan predicciones tan claras y formales de nuestra Redención como las de los versos sibilinos, y así creen que éstos fueron supuestos por algún cristiano en el segundo siglo. Pero es mucho arrojo de la crítica pensar que a la gran sabiduría de los Padres más vecinos a aquel tiempo se escondiese este engaño. Bien podrían conciliarse estas dos opiniones, diciendo que de hecho los versos traídos a Roma contenían el vaticinio de nuestra Redención y de la venida del Mesías, con aquella generalidad que se halla en los profetas sagrados, y después algún cristiano los alteró, dándoles más clara expresión. No es prudencia tomar partido en materia tan oscura. Lo que podemos decir es que las contradicciones de los autores sobre el número, tiempo y otras circunstancias de las sibilas no dejan duda de que en su historia se han mezclado muchas fábulas, especialmente cuando de la sibila délfica, que algunos llaman Artemis, se dice que fué muy anterior a la guerra de Troya. ¿De dónde se sacó esta noticia? En los Libros Sagrados no la hay, y de los historiadores profanos ninguno se avanza a tanta antigüedad, exceptuando los fabulosos; que por eso los críticos a todo el tiempo anterior a la guerra de Troya llaman el país de las fábulas.

6. Advierto que San Ambrosio no hizo de las sibilas el mismo concepto que San Agustín, San Jerónimo y otros algunos Padres, que hablaron de ellas, pues les niega toda celeste inspiración, y sólo les concede espíritu fanático, mundano y engañoso (in *Epist.* I *ad Corinth.*, cap. 2) (1).

---

(1) Natal Alejandro, en la disertación que hizo sobre los versos de las sibilas, sigue, al parecer, la senda más razonable. Dice lo primero que aquellos de que usaron los Padres eran partos legítimos de aquellas profetisas, sin vicio ni corrupción alguna; lo cual prueba bien con la autoridad de los mismos Padres.

2. Dice lo segundo que los versos sibilinos que hoy tenemos están corruptos, viciados y alterados en muchas cosas. Las pruebas son concluyentes. Primera. Es sentir común de los Padres que no hubo antes de Moisés escritor alguno ni sagrado ni profano. Pero el autor del tercer libro sibilino se supone más antiguo que Moisés, porque predice como futuro el nacimiento de Moisés y la redención del pueblo hebreo bajo la conducta de este caudillo. Segunda. Los Padres dicen que las sibilas fueron gentiles y de prosapia pagana, pero la sibila eritrea, al fin del libro tercero, se cualifica nuera de Noé. Tercera. San Agustín y San Jerónimo dicen que las sibilas fueron vírgenes y que Dios les dió el don de profecía en premio de la virginidad, pero la que se supone autora del libro cuarto confiesa haber sido pública y vilísima prostituta. Cuarta. Todas las sibilas se suponen muy anteriores a Cristo, pero el autor del libro quinto dice que vió con sus propios ojos el segundo incendio del templo de Vesta, el cual sucedió, como afirma Eusebio, imperando Cómmodo, siglo y medio después de la muerte de Cristo.

3. Quinta. En el libro primero, el nombre de Adán se da por derivado de la voz griega *Ades.* ¿Quién ignora que no es griego el origen de la voz *Adán?* Sexta. En el mismo libro primero se dice que el Ararat, donde descansó el arca de Noé, es monte de Frigia. Todos saben que está en la Armenia. Séptima. En el mismo libro se lee que Noé sólo estuvo cuarenta y un días en el arca. De la Escritura consta que estuvo un año entero. Octava. En el libro primero y tercero se refiere como verdadera la historia de los Titanes, la cual es fabulosa. Nona. En el libro tercero coloca el autor en la Etiopía los pueblos de Gog y Magog. los cuales, según Josefo, pertenecen a la Escitia. Décima. En el mismo libro vaticina que los italianos serán sujetos a las asiáticos, lo cual hasta ahora no se vió. Undécima. En el libro quinto predic

§ II

7. Igual o mayor duda hay en orden a los oráculos del gentilismo. Algunos autores se arrojaron a decir que nunca hablaba el demonio en los ídolos, sí sólo los mismos sacerdotes idólatras, los cuales con varias estratagemas persuadían al pueblo que lo que respondían ellos era voz de las estatuas; citan por esta sentencia a San Clemente Alejandrino y a Eusebio. La misma siguieron algunos filósofos que cita Cicerón en el libro 2 *De Divinat.* Aristóteles, en el libro 3 *De Retórica*, capítulo 5, manifiestamente parece que está por el mismo sentir. Pero así como esta opinión, hablando con tanta generalidad, me parece propasarse mucho, es lo más verosímil que por la mayor parte sucedía así. En el Museo Kircheriano se lee que los sacerdotes egipcios y griegos, con un género de tubos o trompetas parlantes, al modo de aquella que reinventó en el siglo pasado el ingenioso padre Kircher, escondidos tras del ídolo en parte algo distante, encaminaban con arte la voz, de suerte que al pueblo le pareciese salir de la boca del simulacro, ayudando mucho al engaño el horrendo sonido que crece a la voz dirigida por la estrechez del tubo, pues quien ignora el artificio, no concibe que pueda ser voz humana.

8. Pero aunque el uso del tubo era más acomodado y útil para este efecto, sin él podían ejecutar el mismo engaño, articulando, escondidos detrás de los ídolos, las respuestas, por algún conducto que tuviese salida en la boca de la estatua. De esto hallamos un ejemplo en los idólatras modernos, que refiere Juan Bautista Tabernier en el libro primero de sus *Viajes de las Indias*, capítulo 18. En el reino de Golconda hay un ídolo famoso por las respuestas que da a los que van a consultarle. El citado Tabernier, sospechando en ello algún engaño, especialmente porque supo que no siempre el ídolo respondía y algunas veces dilataba muchos días la respuesta, tuvo arte para introducirse en el templo, a tiempo que estaba solitario, y registrando el ídolo vió que había un agujero por donde un hombre podía entrar a colocarse detrás de la estatua. El juicio que hizo por esta circunstancia se fortificó por la extrema irritación que advirtió en un sacerdote que le sorprendió al salir del templo, a quien, sin embargo, aplacó por medio de dos monedas de oro (1).

---

que Tiberio había de conquistar a Persia y a Babilonia, lo que repugna a todas las historias. Duodécima. En el mismo libro llama francés a Trajano. Todos saben que fué español. Décimatercia. En el libro octavo pronostica la total ruina de Roma para el año 195 de la era cristiana. Aun ahora subsiste. Décimacuarta. En el libro segundo supone, siguiendo la herejía de los milenarios, no sólo que Jerusalén será restaurada, sino que Cristo fijará en ella el trono de su imperio, para gozar con los justos todo género de delicias, así corporales como espirituales. Puestas estas pruebas y otras cinco que omito, deduce el citado crítico no sólo la parcial más aun la total suposición de libros sibilinos, que es algo más de lo que había afirmado al poner la conclusión. *Ex quibus omnibus*, dice, *colligitur auctorem octo librorum, qui Sibyllini inscribuntur, professione Chistianum fuisse, linguae Hebraicae verae Theologiae, immo Historae et Geographiae penitus imperitum.*

(1) La esfinge era deidad campestre, adorada de los egipcios. Había por los campos en las cercanías de Egipto muchas estatuas suyas. La más famosa era a trescientos pasos de la gran pirámide y cuatro millas de El Cairo, de quien hablan Herodoto y Plinio, encareciendo su enorme grandeza. Era muy venerada esta esfinge por las respuestas que daba a las consultas que le hacían. Pero el padre Sicardo, misionero jesuíta, que vió la cabeza de esta esfinge (todo el resto del cuerpo estaba sepultado en la arena), dice que las respuestas de aquel oráculo eran pronunciadas por los sacerdotes, los cuales, por un oculto canal subterráneo, se introducían en la cavidad del ídolo. El extraordinario y portentoso sonido que adquiría la voz con sus repercusiones en las concavidades de aquel coloso, confirmaba a los infieles en la persuasión de que era efecto de causa sobrehumana.

2. Teodoreto, lib. 5, *Hist.*, cap. XXII, después de referir que Teófilo, obispo de Alejandría, a quien llama hombre de ánimo excelso y prudencia suma, extirpó enteramente la idolatría de aquel pueblo, dice que el me-

9. En el Oráculo de Delfos, que fué el más famoso de la antigüedad, es muy verosímil que se usaba del mismo dolo en consideración del sitio donde se daban las respuestas. El trípode o mesa de tres pies donde se sentaba la profetisa, estaba colocada sobre un agujero o abertura de la tierra, por donde, cuando había de responder, humeaban densas exhalaciones, que conturbándola el cerebro la ponían, al parecer, furiosa y obligaban a violentas contorsiones, las cuales, cesando después el humo, también cesaban, y entonces, como intérprete de la deidad, satisfacía a las consultas. La astucia que se lee en Daniel de los sacerdotes de Bel, que tenían ocultas entradas al templo (al parecer por conductos subterráneos, aunque la Escritura no lo dice con expresión), para comer los manjares que se presentaban al ídolo, persuadiendo al pueblo que el ídolo los comía, hace pensar a algunos autores que en Delfos se practicaba semejante engaño y que la abertura de tierra se comunicaba a alguna caverna, adonde los sacerdotes se encaminaban por oculta senda subterránea, para desde ella dar sahumerios a la profetisa y aun dictarle las respuestas. El trípode estaba todo rodeado de laureles, con cuyo beneficio y el del humo que salía de la caverna, se robaba la vista de los circunstantes la profetisa, cuya afectada ocultación, cuanto facilitaba el engaño, tanto le hacía más creíble.

10. Al principio sólo ejercían aquel ministerio tiernas doncellas consagradas a Diana, hasta que un tal Echecrates, natural de Tesalia, que fué a visitar el templo de Delfos por devoción a Apolo y después repitió muchas visitas por devoción a la profetisa, logró enamorarla y robarla. Desde entonces se estableció que no se sentase en el trípode mujer alguna de menos edad que cincuenta años, en que acaso no sólo se atendió a evitar en adelante otro sacrílego robo, mas también a no exponer en la facilidad de una doncella la revelación del secreto engaño del oráculo.

11. Opondráseme a esto el silencio del oráculo de Delfos desde el tiempo del nacimiento de nuestro Redentor, que afirman Suidas, Cedreno y Nicéforo, refiriendo que Augusto, admirado de ver ya a Apolo mudo, instándole para que le revelase la causa del silencio, recibió por respuesta que un Niño hebreo, Dios de los Dioses, le obligaba a dejar aquel sitio y volver al infierno, y que esta respuesta fué articulada en los tres versos siguientes:

Me puer Hebraeus, divos Deus ipse gubernans
Cedere sede iubet, tristemque redire sub orcum.
Aris ergo hinc tacitis abscedito nostris.

Esto prueba que las respuestas del oráculo eran pronunciadas por el demonio, pues a ser engaño de los sacerdotes, hubieran continuado en él aun después de la venida del Redentor.

---

dio de que se sirvió para tan glorioso triunfo fué poner a los ojos de los idólatras el embuste de sus sacerdotes, los cuales les persuadían que en los ídolos les hablaban sus Deidades, siendo realmente ellos los que daban respuestas y decretos por medio de las estatuas. Lo que se hizo patente descubriendo la fábrica interior de las estatuas y los ocultos caminos por donde se introducían a la cavidad o espaldas de ellas. Las palabras de Teodoreto son las siguientes: *Subdolas Sacerdotum veteratorum machinationes eorum oculis, quos infraudem deduxerant, subiecit ad contemplandum. Etenim Sacerdotes isti statuas, quarum pars aeneae, pars ligneae fuerunt, cavas introrsus effecerant, tergaque earum parietibus affigentes, vias quasdam latentes et obscuras per ipsos parietes diduxerant ad illas Deinde per adyta fanorum in eas ingressi vias, se in statuas ipsi addiderant, indeque velut ex statuarum ore, quod libitum ipsis erat imperarunt, quibus auditores circunventi imperata fecerunt. Has igitur sapientissimus Episcopus, demolitus, Sacerdotum praestigias populo ab illis decepto patefecit.*

3. No sólo los muchos ejemplares que ha habido de esta maldita trampa de los sacerdotes gentiles, mas también la buena razón, me inclina a creer que por la mayor parte los decretos y respuestas de los ídolos no tenían otro misterio. Las historias, así sagradas como profanas, hacen fe y constituyen en grado de verdad innegable que varias veces hablaba el demonio en los ídolos. Pero que Dios le diese frecuentemente esta licencia al demonio es cosa en que hallo notable repugnancia.

12. Pero esta historia, bien lejos de justificarse por verdadera, sin temeridad se puede condenar por fabulosa. Lo primero, porque del viaje y consulta de Augusto a Apolo délfico hay alto silencio en todos los escritores romanos; lo segundo y principal, porque Cicerón, que murió cuarenta y un años antes del nacimiento de Cristo, testifica que ya en su tiempo y mucho antes, estaba mudo aquel oráculo. Estas son sus palabras: *Cur isto modo iam oracula Delphis non eduntur, non modo nostra aetate, sed iam diu ut nihil possit esse contemptius* (1). Es verdad que en Suetonio hallo que de orden de Nerón (mucho tiempo después) fué consultado el oráculo de Delfos sobre los años que había de vivir, y tuvo por respuesta que se guardase de los setenta y tres años, lo que se verificó, no como él lo entendía y como literalmente sonaba, pues Nerón no vivió más que treinta y dos años, sino en que Galba, que con su conspiración quitó a Nerón la vida y el imperio, tenía setenta y tres años. Pero esta historia, si es verdadera, no menos prueba contra el silencio del oráculo délfico en el nacimiento de Cristo, a quien la consulta de Nerón fué muy posterior, que contra el dicho de Ciceron. Puede ser que Suetonio tomase aquella noticia de algún rumor del vulgo, que es quien dicta a los historiadores parte de lo que escriben de los príncipes.

13. Para que las predicciones de los oráculos se verificasen en la forma que las interpretaban después de ver el éxito, no era menester que las dictase la perspicacia diabólica; bastaba la sagacidad humana. O eran las respuestas ambiguas y osquras, de modo que pudiesen aplicarse a diferentes y aun a opuestos sucesos, o si se daban con más determinación, no correspondiendo después el suceso, se le buscaba a la profecía alguna explicación metafórica. Verdaderamente para tales vaticinios no eran menester más demonios que sacerdotes embusteros.

14. En tiempo de Luciano, un tal Alejandro Abonótiquita, hombre de prodigiosa astucia, fundó en Paflagonia un oráculo de Esculapio. Sirvióse para este efecto de una serpiente mansa de Macedonia, a quien había criado (haylas en aquella región de casta que no muerden), y en quien por medio de raras estratagemas hizo creer que residía aquella deidad. Recibía en cédulas selladas las consultas que le querían hacer, y a otro día volvía con ellas, selladas en la forma que se las habían entregado, debajo de la pregunta la respuesta, porque tenía secreto para abrirlas sin romper el papel ni violar el sello. Atribuyéndose esto a milagro indubitable de la deidad, voló la fama del oráculo a todas partes, de modo que aun de Roma iban a consultarle. Las respuestas siempre tenían alguna ambigüedad artificiosa, la cual Alejandro, con maravillosa prontitud de ingenio, aplicaba después a cualquier suceso. Baste este ejemplar. Rutiliano, hombre principal de Roma, le preguntó que ayos señalaría a un tierno hijo suyo. Recibió por respuesta que a Pitágoras y Homero. El sentido natural de esto era que el niño se aplicase a la doctrina de aquel filósofo y a la lectura de este poeta. Murió el infante antes de poder hacer uno ni otro, y reconvenido Alejandro por el afligido padre, satisfizo diciendo que Esculapio, señalando a dos muertos por ayos de su hijo, bien claramente había expresado su acelerada muerte, como que luego iría a gozar sus documentos al otro mundo.

15. Si cuando el mundo estaba ya más advertido, un impostor sólo pudo engañar a todo el mundo, ¿cuánto más posible fué que sucediese esto en la rudeza de los siglos anteriores y que fuese conspiración de sacerdotes embusteros la que se juzgaba respiración de las deidades? Ni aun en aquellos tiempos parece que los hombres de más luz prestaban mucha reverencia a los oráculos.

(1) Lib. 2, *de Divinat.*

Eurípides afirmaba que el mejor oráculo de todos era aquel que entre infinitas mentiras decía alguna verdad. Demóstenes decía que la profetisa de Delfos filipizaba: quería decir que sobornada por Filipo, rey de Macedonia, daba las respuestas que importaban a la política ambiciosa de aquel príncipe. Cicerón largamente hizo irrisión de todos los oráculos del gentilismo, y dice que enmudecieron los oráculos desde que los hombres dejaron de ser simples.

16. No sólo los sabios, mas también algunos príncipes parece que consultaban los oráculos más por política que por religión. El ver que siempre o casi siempre recibían respuestas favorables hace creer que las dictaba la adulación, el miedo o la codicia de los ministros del templo. Había Agesilao consultado sobre un negocio grave a Júpiter Olímpico y recibido favorable respuesta. Instáronle los suyos a que consultase también a Apolo délfico, y él hizo la consulta con un modo graciosísimo: preguntóle a Apolo si era del mismo parecer que su padre Júpiter. ¿Qué otra cosa era esto que hacer burla de una y otra deidad, de uno y otro oráculo?

17. Alejandro, negándosele la profetisa délfica a consultar la deidad, con el motivo de ser aquellos días nefastos o infelices, con violencia la hizo ir al trípode. Cierto es que si venerara el oráculo, ni maltratara a su animado órgano ni despreciara la observancia del rito. El gracioso incumplimiento que en otra ocasión dió a la condición que el oráculo le puso para ser vencedor, muestra también que su fe era de puro cumplimiento. Habíale sido respondido que sería feliz en la empresa que meditaba como quitase la vida al primero que encontrase al salir de la ciudad. Sucedió que el primero que ocurrió fué un pobre paisano que conducía un jumento a la ciudad cargado de no sé qué. Mandó Alejandro que le matasen, notificándole la orden del oráculo, a que replicó, o con sencillez o con agudeza, el rústico que si el oráculo había mandado a Alejandro matar al primero que encontrase, no era él quien debía morir. «¿Pues quién?» —dijo Alejandro—. «Señor —respondió el paisano—, el jumento que traigo delante de mí, pues ése es el primero que habéis encontrado.» Cayole en gracia a Alejandro el argumento e hizo matar a la pobre bestia. En lo cual sin duda no miró a cumplir con el oráculo, sino a persuadir a su gente que cumplía, para asegurarlos en la confianza de la victoria.

18. No por esto pretendo que algunas veces no hablase el demonio en sus templos y estatuas: esto fuera oponerme a muchos Padres que lo afirman, fuera de que en varias partes de la Escritura se habla de hombres y mujeres que tenían espíritu pitón, que es lo mismo que espíritu diabólico divinatorio, y si el demonio podía inspirar a particulares individuos, podría también, permitiéndoselo Dios, ejercer el mismo influjo en los ministros de sus templos. Lo que juzgo es que aunque una u otra vez sucedía así, lo más frecuente era ser artificio de los mismos ministros para asegurarse la veneración de los pueblos.

§ III

19. Fuera de la falsedad de los oráculos, abundaron bastantemente los gentiles en fábulas de aquellos que por inspiración se decían profetas. Los más célebres fueron, entre los griegos, Orfeo y Melampodes; entre los romanos, Marcio; entre los egipcios, el Trismegisto; entre los persas, Zoroastro; entre los hiperbóreos, Abarisi; entre los getas, Zamolxis. Celio Rodiginio halló en antiguos escritores que a los argonautas acompañaron en su expedición tres profetas: Mopso, Idmon y Amfiarao. El primero de éstos quedó con tanta opinión de cierto en sus predicciones, que era modo vulgar de ponderar la veracidad de alguno el decir que era más cierto que Mopso. Anda-

ban tan baratos los profetas entre los gentiles, que entre los hijos de Príamo se contaban dos, Heleno y la infeliz Casandra, que recibió el don de profecía con la pensión de no ser creída jamás, y Pausanias refiere de la familia de los Clitides en Grecia, en la cual era hereditario el don de profecía. ¿Qué diremos a esto, sino que entre los gentiles había muchos embusteros y aun familias en quienes el embuste era hereditario?

20. No es absolutamente imposible que Dios comunique el don de profecía a un infiel. San Agustín, San Cirilo Alejandrino y Teodoreto afirman que Balaan, hombre pagano y maldito, fué inspirado en sus predicciones por Dios, aunque otros sienten que por el demonio.

21. Plutarco, que es tenido por autor verídico, cuenta que un hombre llamado Enarco, habiéndose referido al mismo Plutarco, a la sazón enfermo, que había sido muerto (el mismo Enarco) y resucitado poco después, en testimonio de ser verdad le predijo a Plutarco que muy en breve mejoraría, lo cual sucedió. Pero del mismo contexto de la narración, se colige que el tal Enarco era un solemne mentiroso, pues dijo que los espíritus que habían arrancado su alma de su cuerpo lo habían hecho por yerro, equivocando su alma con la de un pellejero llamado Nicauda, que al mismo tiempo estaba enfermo; que sobre ésto los había increpado fuertemente el príncipe de aquellos espíritus y ordenado que volviesen el alma al helado cadáver. A la verdad, Plutarco en varias partes de sus escritos muestra ser bastantemente crédulo, y la predicción de su mejoría, pudiendo ser natural, no debía hacerle mucha fuerza.

22. A León Isáurico, siendo hijo de unos pobres labradores y tan pobre como ellos, dos judíos naturales de Fenicia le predijeron que había de ser emperador del Oriente, tomándole desde entonces la palabra de que en subiendo al solio había de derribar todas las sagradas imágenes que adoraban los católicos, lo cual, cumplida la profecía, impíamente ejecutó, reconvenido de ellos con la palabra dada. Pero que no intervino inspiración divina es claro, por el inicuo intento a que miraba la predicción. Además de que estos mismos judíos poco antes, debajo de la misma condición de derribar las imágenes que había en los templos de los cristianos, habían ofrecido, como de parte de Dios, a Jezid, califa de los sarracenos, cuarenta años de próspero reinado, el cual, sin embargo, fué tan breve que aunque al punto formó Jezid el edicto para la abolición de las imágenes murió antes que se publicase. De donde se infiere que estos dos hombres eran embusteros, que a Dios y a ventura o al diablo y a desdicha andaban pronosticando y por accidente algo salía cierto.

23. La más singular historia que en esta materia hallo es la que trae Josefo de la predicción de la ruina de Jerusalén por un rústico hebreo, llamado Jesús, hijo de Anani. Este hombre, siete años antes de la desolación de aquella capital, y cuatro años antes de empezar la guerra de Judea, cuando los jerosolimitanos se juzgaban más felices y más ajenos a todo susto bélico, empezó un día festivo de gran concurso a pronunciar en alto grito estas voces en el templo: *Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra los nuevos maridos y recién casadas, voz contra todo este pueblo*. Desde entonces continuamente, dando vueltas por la ciudad todos los días y noches, repetía el mismo lamentable presagio, con asombro de todo el mundo. Quisieron atajarle, pero sin fruto, porque aunque más de una vez le atormentaron con crudelísimos azotes, hasta desnudarle los huesos, ni arrojó un gemido, ni soltó una lágrima, ni se le oyó una queja. Fija siempre la imaginación en el destrozo público, con olvido del dolor privado, entre los tormentos repetía aquellos funestos clamores: *Voz del Oriente, voz del Occidente*, etc. Interponía también

muchas veces esta exclamación: *¡Ay de ti, Jerusalén!* Reputado ya de todos por fatuo, prosiguió siempre de este modo. Movieron los romanos la guerra. Llegó el caso de poner sitio a la capital. Entonces, dando vueltas por el muro, gritaba diciendo: *¡Ay de la ciudad! ¡Ay del templo! ¡Ay del pueblo!* Hasta que, en fin, se le oyó añadir a aquellos tres ayes otro ay, que fué el último, de este modo: *¡Ay de la ciudad! ¡Ay del templo! !Ay del pueblo! ¡Y ay de mí ahora!* ¡Cosa admirable! No bien acabó de decirlo, cuando una gran piedra, disparada de una máquina bélica, dándole en la cabeza, le derribó muerto.

24. Condenar esta historia por fabulosa, sólo cabe en una injusta crítica, porque además de que Josefo, en lo que él pudo averiguar por sí mismo está reputado por autor exacto, había dentro de Roma, cuando él escribió la historia de la guerra judaica, infinitos judíos que habían sido hechos esclavos en la toma de Jerusalén, a vista de los cuales no referiría un suceso, de cuya falsedad le podían redarguir con evidencia. Así tengo para mí por cierto que quiso la piedad divina en la voz de aquel hombre hacer la última llamada a aquella casta rebelde.

25. Pero no pudiendo o no debiendo los sucesos peregrinos ser regla prudencial de los juicios humanos, el concepto que comúnmente se debe hacer en cuanto hallamos escrito de predicciones de hombres infieles, es intervenir, o mentira en las historias o engaño o fanatismo en los sujetos.

26. De esta última clase se deben juzgar cuantos entre los herejes ostentaron espíritu de profecía, como Montano y sus dos profetisas Priscila y Maximila, cuya astucia fué tanta que por algún tiempo a los católicos mismos persuadieron ser verdaderos profetas. Al principio y medio del siglo pasado ostentaron los protestantes tres profetas suyos, Christobal Koter, hijo de un zurrador en la Baja Silesia, Nicolás Dravicio, natural de Moravia, y Cristina Poniatovia, hija de un polaco, apóstata de la religión verdadera y juntamente del hábito religioso. Las profecías de estos tres juntó en un libro otro visionario protestante, Juan Comenio, con el título *Lux in tenebris,* y todas miran a un fin, que es asegurar la próxima ruina de la Iglesia católica, por lo cual con fundamento se sospecha que algunos protestantes, para animar a los de su partido compusieron esta concertada concurrencia de los tres profetas en distintas regiones. Algunos de los mismos protestantes tuvieron por efecto del fanatismo estas profecías, y entre ellos el ministro Juan Fenel las refutó en un escrito que intituló *Ignis fatuus.* El profeta Nicolás Dravicio es natural que dijese muchas verdades. porque se sabe que era un buen bebedor.

27. En Alemania y Holanda hay muchos sectarios que se precian de inspirados. Pero en donde reina con exceso este fanatismo es en Inglaterra, en aquella secta que llaman de los cuakers o tembladores, que tuvieron principio de un cordonero, llamado Jorge de Fox, en tiempo de Carlos I. Los sectarios de esta escuela, todos o casi todos, se tienen por profetas, y se les dió el nombre de tembladores, porque cuando oran o profetizan, afectan un género de trémulo movimiento. Lo más ridículo que en esta materia se ha visto fué lo de los hugonotes, habitadores de los Cevenes, que tanto inquietaron la Francia en estos años pasados. Estos tenían escuela de profecía, como se puede tener de cualquier arte liberal o mecánico, la cual en suma se reducía a tomar de memoria varios textos de la Escritura, y el uso profético que se hacía de ellos era arrojarlos en ademán de furiosos, mezclados con mil demencias. El ministro Jurieu, gran fomentador de estos sediciosos, desde Holanda ayudaba a inspirarlos con disparatadas interpretaciones del Apocalipsis, donde a su parecer hallaba clara la ruina total del gobierno pontificio, al principio, para el fin del siglo pasado y después para los primeros años del presente: *Caeci sunt et duces caecorum.*

§ IV

28. Hemos vagueado hasta ahora por la noruega de la infidelidad, donde siendo la verdad peregrina, sólo por accidente rarísimo podríamos hallar una u otra predicción verdadera. Ya salimos al país de la luz, a la región del catolicismo, donde, si bien hay muchas sombras, son de aquellas que en la presencia del sol produce la opacidad de los cuerpos (la rudeza, quiero decir, de los vulgares); de aquellas que al caminante para la patria no hacen errar el camino, aunque le oscurezcan algo la senda. Es preciso que donde quiera que haya hombres, haya embusteros que finjan y haya necios que crean.

29. En mis días han corrido muchas profecías verdaderas, pero que no llegaron a mis oídos, sino después de vistos los sucesos. Después que se dió la batalla o se rompió la guerra o murió el príncipe o padeció algún castigo del cielo la república, sale la especie de que esto lo había profetizado un misionero o una beata o alguna santa religiosa. Siempre he deseado oír quien resuelta y específicamente me diga: *Tal cosa ha de suceder*, y ver después correspondiente la ejecución, pero sólo he logrado oír quien me diga: *Esto ya lo había pronosticado Fulano antes que sucediese.* Refiere Gregoras que la noche antes que muriese Juliano Apóstata, un vecino de Antioquía, que estaba durmiendo al sereno, vió un concurso de estrellas divididas en varias letras, que formaban esta cláusula: *Hodie Iulianus in Perside occiditur: Hoy matan a Juliano en la Persia.* Persuádome a que el antioqueño lo contó después de sabida la muerte de Juliano, y al escritor llegó alterada la noticia por las manos del vulgo, como que lo había dicho antes, pues no es creíble que sólo leyese un hombre lo que estaba patente a los ojos de todo el mundo.

30. En los pronósticos políticos es donde reina más esta droga. No sucede cosa alguna que luego no nos martiricen los oídos éste y el otro con aquellas voces: *Esto bien lo había dicho yo; no me quisieron creer; allá se lo hayan*; testigo es fulano, y se cita alguno que está ausente. ¡Oh profetas de lo pasado! ¿De qué serviréis en la república?

31. Muchas veces unas amenazas vagas o concebidas en términos generales, se determinan a cualquier siniestro acontecimiento que después ocurra, como si hubiesen sido individual y específico pronóstico. Exclama en el púlpito un misionero: ¡*Ah*! ¡*Cómo en vista de los vicios que reinan en esta tierra me temo que venga sobre ella un castigo del cielo*! ¿Pues qué si añade: ¡*El tiempo lo dirá y entonces os acordaréis de mí*! Si después un granizo tala las mieses, si una inundación ahoga los campos, si el enemigo hace algún daño en los confines, si una epidemia llena el pueblo de enfermedades, esto fué lo que había dicho el misionero, y no faltan quienes digan que específica y determinadamente había pronosticado tal género de calamidad. Los temores del predicador fueron justos, y más justo fuera que estuviesen penetrados del mismo susto los corazones de los oyentes, porque siempre se debe contemplar la ira divina con el rayo en la mano sobre los pecadores; pero no es lo mismo amenazar o temer que profetizar.

32. No es muy irregular fingirse profecías determinadas que después desmienten los sucesos: como que en tal parte apareció y desapareció un peregrino que dijo que tal año y aun tal día se había de arruinar el mundo. Si se juntasen todas las mentiras que sobre este particular ha habido, no se hallaría en los doce siglos pasados año alguno que en esta o en aquella tierra no corriese como fatal y decretorio para todo el género humano. No ha mucho tiempo que en toda España se vulgarizó la noticia de que ya Elías y Enoch andaban predicando en no sé qué provincias. En esta ciudad de Oviedo inmediatamente a aquella furiosa borrasca del día 13 de diciembre del año 23, que no se olvidará jamás en este país por el estrago que hizo con un

rayo en la hermosa torre de esta catedral, se esparció la voz de que un misionero, vecino y conocido de todos, había profetizado para el día 20 otra tempestad mucho más horrenda y cual nunca habían visto los mortales, lo cual fué tan creído que estaba dominada de un terror pánico toda la plebe. El misionero, que es ejemplar y discreto, no había dicho tal cosa, y el día señalado fué de los más apacibles y serenos que he visto.

33. Si se me dijere que estas amenazas producen en los pueblos el saludable efecto de la reformación de costumbres, respondo lo primero que la mentira nunca es lícita, aunque ocasionalmente pudiese ser saludable. Lo segundo que aunque he visto algunos de estos terrores, no he experimentado en virtud de ellos las costumbres mejoradas. Es el demonio padre de la mentira, con que si en algún caso la mentira produjese la enmienda de vida, tendría entonces la virtud por abuelo al demonio, lo que aun dicho en cualquier sentido metafórico, disuena. El medio que Dios destinó y aun la misma razón natural dicta para que la voluntad produzca actos de virtudes, es fecundar el entendimiento de sólidas verdades.

§ V

34. Fuera de estas profecías errantes, que, como fábulas efímeras, mueren luego que nacen, hay otras que por haber comprendido los sucesos de una larga serie de años, se han divulgado y se conservan escritas, para que las interpreten los ociosos y las crean los necios. Tales son las de un zapatero llamado Bandarra en Portugal, de las cuales no tengo particular noticia, si sólo de que son oscuras y enigmáticas, como todas las demás de este género, y que el vulgo de Portugal hace de ellas grande aprecio. Tales las centurias proféticas de Miguel Nostradamo, médico y astrólogo francés, que discurren desde el año 1557 por todos los siglos venideros hasta el de 3797, en el cual señala el fin del mundo. Son confusas y ambiguas sus predicciones, creo que aún más que las de Bandarra. Tiene en Francia, fuera de los vulgares, algunos aficionados, que aplican sus predicciones a los sucesos que ocurren, en la forma misma y con la misma propiedad que en otras partes se hacía con los pronósticos del Sarrabal.

35. Para que se vea cuánta libertad se toman estos antojadizos intérpretes en sacar de sus quicios las expresiones de Nostradamo, para acomodarlas a lo que ellos quieren que signifiquen, anotaré aquí que el año de dieciséis apareció en París un libro compuesto por un eclesiástico, con el título de *Clave de Nostradamo,* en que su autor pretende que la epístola dedicatoria de Nostradamo al rey Enrique II, no se dirige en realidad a este rey, en cuyo tiempo escribió aquel falso profeta, sino debajo del nombre del príncipe reinante, al gran Luis XIV, que vino mucho después al mundo. También dice que una carta de Miguel Nostradamo a su hijo César Nostradamo, debajo de este aparente velo habla misteriosamente, no con su hijo, sino con el que había de ser verdadero intérprete de sus profecías. Ciertamente, como haya tales intérpretes, cualquiera puede meterse a profeta sin riesgo de ser cogido en mentira. Pero a los franceses de espíritu no los ofusca la pasión del paisanaje, de modo que no vean la extravagancia y ridiculez de estas ilusiones. Uno de ellos explicó su sentir muy bien en este dístico, hablando en nombre del mismo Nostradamo:

Nostra-damus, cum falsa damus, nam fallere nostrum est,
et cum falsa damus, nihil nisi Nostra-damus.

§ VI

36. El mismo concepto que de las pasadas, se debe hacer de aquellas profecías de reyes y papas que comúnmente se atribuyen a San Malaquías. Fué este santo dotado de espíritu pro-

fético, como consta de su vida escrita escrita por San Bernardo. Pero tan cierto es que las profecías que corren con su nombre no son suyas, como que no es de Salomón el libro intitulado *Clavicula Salomonis.*

37. San Malaquías, abad del monasterio de Benchor y arzobispo de Armach en Irlanda, de donde era natural, murió el año de 1148. Estas profecías no aparecieron hasta el año de 1595, en que las dió a luz Arnoldo Uvión, monje casinense (hablo de las de los papas, que las de los reyes aún tienen más reciente la data) en el segundo tomo de la obra que intituló *Lignum vitae* y dedicó a Felipe II. No sólo San Bernardo, que escribió a la larga la vida de Malaquías dando cuenta de algunas predicciones suyas, no habló palabra de las profecías en cuestión, pero ni otro autor alguno de cuantos florecieron en más de cuatro siglos que pasaron desde que murió Malaquías hasta que escribió Arnoldo Uvión.

38. Uvión dice que recibió estas profecías de mano de fray Alfonso Chacón, religioso dominicano y escritor conocido. Pero como Chacón no dió noticia de ellas, ni en la excelente historia que compuso de las vidas de los papas, donde venía oportunamente, ni en otras obras que sacó a luz, sin duda las juzgó después por apócrifas.

39. Pero el argumento tomado del silencio universal de todos los autores que precedieron a Arnoldo Uvión, como puramente negativo, sería insuficiente para probar la suposición de las profecías en cuestión, si no se añadiera otra prueba positiva concluyente; y es que estas profecías son muy claras, en orden a aquellos papas que precedieron el tiempo de su publicación y oscurísimas respecto de todos los que se subsiguieron. Explicaréme. Empiezan las profecías desde Celestino II, que reinaba cuando murió San Malaquías, y prosiguen por todos los papas que hubo después y que habrá hasta el fin del mundo. La designación de cada papa consiste en un breve mote, en que se explica, ya el nombre, ya la patria, ya otra alguna circunstancia particular a la persona. Estos motes se ajustan con gran propiedad a todos los papas que hubo por espacio de cuatrocientos cuarenta y siete años, contando desde Celestino II hasta Gregorio XIV inclusive, pero es menester interpretar los que se siguen con suma violencia, para acomodarlos a los papas que hubo desde Gregorio XIV, hasta Benedicto XIII, que al presente reina. Gregorio fué electo papa cinco años antes que Arnoldo Uvión diese a luz sus dos tomos del *Lignum vitae*, de que se sigue que entonces se fabricaron estas profecías; y como el impostor que las fraguó sabía quiénes habían sido los Papas antecedentes e ignoraba los venideros, para aquellos dispuso los motes de modo que viniesen con propiedad, pero para éstos fué preciso echarlos al azar o, como dicen, a Dios y a dicha. Pondré aquí para demostración diez motes pertenecientes a los primeros, así como se fueron siguiendo, desde Paulo III, hasta Gregorio XIV, con su explicación, y después los que se siguieron y seguirán hasta el fin del mundo, dividiéndolos en tres clases:

PRIMERA CLASE

40. *Hyacinthus medico.* El Jacinto al médico. Paulo III, de la casa de los Farnesios, cuyas armas son seis flores de lis o jacintos. Fué cardenal del título de San Cosme y San Damián, médicos.

De Corona Montana. De la corona del monte. Julio III. Se llamaba antes Juan María del Monte. Tenía por armas una montaña y unas coronas de laurel.

Frumentum floccidum. Trigo de poca duración. Marcelo II tenía espigas de trigo en sus armas, y no duró su pontificado más que veintiún días.

De fide Petri. De la fe de Pedro Paulo IV llamábase Pedro antes de subir al solio. A esta explicación creo que falta alguna otra circunstancia.

Aesculapii pharmacum. El medicamento de Esculapio. Pío IV era de la

casa de Médicis y había estudiado Medicina en Bolonia.

Angelus nemurosus. Angel del bosque. Pío V llamábase antes *Miguel*, que es nombre de ángel, y era natural de un lugar llamado *el Bosque.*

Medium corpus pilularum. La mitad del cuerpo de píldoras o pelotillas. Gregorio XII tenía la mitad de un dragón en sus armas y fué creatura de Pío IV, que tenía seis pelotas en las suyas.

Axis in medietate signi. El eje en medio del signo. Sixto V tenía por armas un león, que es uno de los doce signos del Zodíaco, puesto debajo de un eje.

De rore Caeli. Del rocío del cielo. Urbano VII. Fué obispo de Rosana en la Calabria, donde se coge el maná o rocío del cielo.

De antiquitate urbis. De la antigüedad de la ciudad. Gregorio XIV, natural de Orbieto, que en latín se dice *Urbs vetus.*

SEGUNDA CLASE

41. En esta pondremos sólo los motes y nombres de los papas, porque la explicación, por no hallarse alguna propia, cada uno la discurre como puede.

Pia Civitas in bello. La ciudad piadosa en la guerra. Inocencio IX.

Crux Romulea. La Cruz de Roma o de Rómulo. Clemente VIII.

Undosus vir. Hombre de las ondas o como las ondas, León XI.

Gens perversa. Gente perversa. Paulo V.

In tribulatione pacis. En la tribulación de la paz. Gregorio XV.

Lilium et Rosa. El lirio y la rosa. Urbano VIII.

Yucunditas crucis. El gozo o deleite de la Cruz. Inocencio X.

Montium custos. La guardia de los Montes. Alejandro VII.

Sidus Olorum. El astro de los cisnes. Clemente IX.

De flumine magno. Del gran río. Clemente X.

Bellua insatiabilis. La bestia insaciable. Inocencio XI.

Poenitentia gloriosa. La gloriosa penitencia. Alejandro VIII.

Rastrum in porta. El rastrillo de la puerta. Inocencio XII.

Flores circumdati. Las flores rodeadas. Clemente XI.

De bona Religione. De la buena Religión. Inocencio XIII.

Miles in bello. El soldado en la guerra. Benedicto XIII, que hoy felizmente gobierna.

El padre Ricardo Arsdekin, que en el primer tomo de la *Teología tripartita* trae las profecías de Malaquías desde Sixto IV hasta Inocencio XI, confiesa que nadie halló explicación a las que tocan a Inocencio IX y a Paulo V. En sustancia dice lo mismo de la de Clemente X. ¡Buenas profecías por cierto aquellas, que aun visto el suceso, no se les encuentra la aplicación! El padre Papebroquio en el Propileo (*versus finem, apéndice* 4) dice también que a tres no se les pudo dar explicación alguna, y así a todas las desprecia. Es verdad que en el *Diccionario* de Moreri se hallan explicadas todas, pero con suma impropiedad y violencia.

TERCERA CLASE

42. En esta clase entran las de los pontífices futuros.

Columna excelsa, la alta columna.

Animal rurale, el animal del campo.

Rosa Umbriae, la rosa de Espoleto.

Ursus velox, el oso veloz. Otros leen *Visus velox.*

Peregrinus Apostolicus, el peregrino apostólico.

Aquila rapax, la águila rapante.

Canis et coluber, el perro y la culebra.

Vir Religiosus, el hombre religioso.

De balneis Etruriae, de los baños de Toscana.

Crux de Cruce, la Cruz de la Cruz.

Lumen in Caelo, la luz del cielo.

Ignis ardens, el fuego ardiente.

Religio depopulata, la Religión despoblada.

Fides intrepida, la fe intrépida.

Pastor Angelicus, el pastor angélico.

Pastor et Nauta, el pastor y el marinero.

Flos florum, la flor de las flores.

De medietate Lunae, de la mitad de la Luna.

De labore Solis, del trabajo del Sol.

De gloria olivae, de la gloria de la oliva.

43. Acaban estas profecías con la siguiente cláusula, que pongo traducida en castellano: *En la última persecución de la Santa Iglesia Romana ocupará la Silla Pedro Romano, que dará pasto a sus ovejas, padeciendo muchas tribulaciones, pasadas las cuales la ciudad de siete montes* (Roma) *será destruída y el tremendo juez vendrá a juzgar a su pueblo.*

§ VII

44. Las profecías de los reyes tienen todas las señas de suposición y algunas más que las de los papas. Es la voz común que se hallaron no ha mucho tiempo en el monasterio de Poblet. Tengo noticia de dos manuscritos de estas profecías, en uno de los cuales hay esta nota: *Hae prophetiae sunt de tempore Sancti Malaquiae, reconditae in archivo Monasterii de Poblete, indeque anno* 1639 *fuerunt missae excellentissimo comiti de Gueralt, locum tenenti suae Maiestatis in Catalonia.* (*Estas profecías, que son del tiempo de San Malaquías, estaban guardadas en el archivo del monasterio de Poblet y de allí fueron enviadas el año de* 1639 *al excelentísimo conde de Gueralt, virrey de Cataluña.*) En el otro se dice que un embajador de España en Londres halló en un archivo de Inglaterra profecías de San Malaquías sobre los principales reinos de Europa y de ellas entresacó las que tocaban a los reyes de España.

45. Pero para mí no es dudable que el hallazgo del embajador es apócrifo. Ningún autor extranjero da noticia de profecías de Malaquías pertenecientes a otros reinos: si le hubieran descubierto, corrieran en las naciones como las de los papas. Ni aun de las de los reyes de España hacen memoria, de donde se infiere que esta fábula nació en España y sólo en España se conserva.

46. El tiempo de la suposición no puede determinarse a punto fijo. Paréceme muy probable que hacia los fines del reinado de Felipe III se fraguaron estas profecías, porque los hechos principales de los reyes están designados con harta claridad hasta la expulsión de los moriscos, que se hizo en tiempo de Felipe III, y la cual se nota en la profecía perteneciente a este rey con estas voces: *Perdet a Regno reliquias Lunae.* De allí adelante no se halla correspondencia alguna entre los sucesos y las predicciones.

47. Esta es una prueba visible de la suposición. En la profecía tocante a don Fernando el Católico se expresa el descubrimiento del Nuevo Mundo, juntamente con los nombres de Colón y Cortés: *Et mundum novum manifestabit post Colon, Cortes.* En la de Carlos V, la prisión del rey Francisco en Pavía: *Iuxta Pavonem, Gallum comprehendet*, e inmediatamente, con voces bien alusivas, la del duque de Sajonia y la del papa Clemente VII: *Saxum cum petra subiectum habebit.* En la de Felipe II, la victoria naval sobre la armada turca junto a Negro-Ponte: *Lunam conclipsat in Nigro-Ponte*, y la conquista de Portugal, designada en las *quinas* (armas de aquel reino) que se apropia: *Quinquena vulnera sibi appropriat*: Hasta los años que vivió aquel rey están bien determinados: *Septuagenarius et plus occumbet*, pues vivió setenta y un años y cuatro meses. En el tiempo de Felipe III se manifiesta, como se dijo, la expulsión de los moriscos. De allí adelante no hay proporción alguna a lo que sucedió. Y es vano el trabajo de los que con interpretaciones violentas y alusiones forzadas estiran las locuciones, hasta que lleguen a lo que ellos quieren, pues de este modo a todo vendrán y ningún

hombre habrá que no pueda meterse a profeta.

48. Vióse esto claro estos años pasados, en que la profecía correspondiente a este reinado era interpretada según el afecto de cada uno. Los que deseaban la conservación del príncipe que nos dió el cielo, le hallaban designado muy a su placer en la profecía; los que se inclinaban al competidor, encontraban la predicción muy acomodada a su deseo. Y cosa graciosa fué el alborozo de éstos cuando el señor archiduque, con el nombre de Carlos VI, fué coronado emperador de Alemania, porque aquel *sextus* del versículo: *Ardens ut facula sextus ingreditur*, que antes ni unos ni otros podían acomodar a su partido, aunque unos y otros le acomodaban, ya le vieron venir clavado al príncipe que reinaba en su corazón.

49. Confirma fuertemente la falsedad el que en la profecía del reinado presente no se dice cosa que aluda a la renuncia y restitución al cetro de nuestro rey Felipe V (que Dios guarde), siendo un suceso singularísimo; y lo que es más, falta en esta serie de reyes Luis I, de cuyo breve reinado nada se dice ni cosa que pueda apropiarse a esta interpolada dominación. Pondré aquí esta profecía con las dos restantes (pues no hay más), aunque dudo de que esté bien copiado el ejemplar que tengo presente, porque la gramática está en parte defectuosa.

Ardens ut facula sextus ingreditur.
Post multa gesta in unum venient
castrum, Leo, Gallus et Aquila.
Et virginem veterem ipsi tenebunt,
et postea Lunam in mari mergent.
Et Nardus furit cui successit... (Dudo si esto toca ya a otro rey.)

Non minus fide, regno et sceptro:
Sua dominia in ortu augebit:
dum fidem servat, ei evenient
bella, quae geret ex desiderio.
Occumbet felix sexagenarius.

Carolus trahit trabeam rubeam
septimum sceptrum cum pugione,
qui res mirabiles ipse videbit,
nec flos, nec corvus, nec vulpes, nec aquila.
Dracones sibilant, nec Crucem deferent.
Henricus actor diadema auget.
presos laboribus pro fide Petri.
De Dan resurget, qui eum premet.
Et regnat ut coluber, ut ipse regnet.
En finita tandem saecula, Deus iudicat.

§ VIII

50. Estos y otros semejantes embustes se ponen en crédito, por suponerse anterior su data a todos los sucesos de que tratan. Es por la mayor parte historia lo que se juzga profecía y con decirse que se extrajo de un sepulcro o se halló en el seno más retirado de un archivo, para los incautos no se ha menester más testimonio. En Nicetas, historiador griego, se halla un célebre ejemplar de estas ficciones.

51. El astuto y ambicioso Focio, patriarca cismático de Constantinopla, habiendo caído de la gracia del emperador Basilio y de aquel empleo, ideó y puso en ejecución un extraño ardid para volver a alcanzar su fugitiva fortuna. Escribió en antiguos caracteres alejandrinos un cuaderno, que, como si hubiese sido escrito algunos siglos antes, en tono profético trataba, entre otras cosas, de la genealogía de Basilio a quien hacía descender de Tirídates rey de Armenia. Este cuaderno entregó a su amigo y confidente Teófanes bibliotecario del emperador, el cual, pasado algún tiempo, se le mostró al príncipe, diciéndole que le había hallado entre los libros raros de su biblioteca y que no podía menos de ser alguna cosa exquisita. El emperador, como siempre en lo ininteligible se sospecha algo admirable, curioso de saber lo que contenían aquellos oscuros caracteres dijo a Teófanes que buscase quien supiese descifrarlos, a que Teófanes respondió que no discurría que hubiese en todo el imperio hombre capaz de hacerlo sino Focio. Esto se hacía muy verosímil, porque de hecho Focio era sujeto de erudición y capacidad extraordinaria, excelente gramático, poeta, orador, matemático, filósofo, astrónomo, médico, teólogo, en que lo más admirable fué adquirir tantas ciencias, ha

biendo estado siempre en empleos políticos y militares. Siendo llamado Focio, le fué fácil descifrar lo que él mismo había cifrado. Basilio, que era de baja esfera, se lisonjeó extremamente de verse entroncado en la descendencia de un rey que le había precedido ocho siglos. Aun reducido el escrito a los caracteres comunes, restaban algunas oscuridades, cuya ajustada explicación, dada por Focio, no dejó duda de su recta inteligencia. Nadie pudiera adivinar qué significaba esta voz misteriosa, *Beclas,* sino el mismo que con estudio la había fabricado. Descubrió el engañoso intérprete notadas en ella las seis personas que constituían la familia imperial, porque cada letra de aquella voz era inicial del nombre de alguno de los seis sujetos. La *B*, de Basilio; la *E*, de su mujer Eudoxia; las cuatro restantes pertenecen a cuatro hijos que tenían, Constantino, León, Alejandro y Estéfano. Todo lo que se seguía en el cuaderno eran promesas de prosperidades a los sujetos señalados en aquella enigmática voz. Este agudo artificio autorizó más a Focio con el emperador Basilio, que a Daniel con el rey Baltasar la interpretación de la misteriosa escritura: *Mane, Thecel, Phares.* Fué repuesto en la silla patriarcal, muerto el santo patriarca Ignacio, y dominó siempre el espíritu de Basilio, corrompiendo la buena índole de aquel príncipe, con harto perjuicio de la Iglesia.

USO DE LA MAGICA

Discurso quinto

1. Que hay hechiceros y hechicerías, consta de la Escritura y del común consentimiento de la Iglesia. Que haya tantos y tantas como el vulgo piensa, es aprensión propia de la rudeza del vulgo. Si sólo se hiciese cuenta de la malicia del demonio y de la flaqueza del hombre, no hay duda que nos veríamos inundados de hechiceros, porque son muchos los perversos que buscando la felicidad en el seno de la desdicha, a todo riesgo del alma quieren hacer fortuna, y el demonio, para mal suyo y nuestro, les prestaría fácil su asistencia, si o el Angel Custodio no le estorbase llegar a estos abominables contratos, o Dios, usando de su imperio, no tuviese su malicia en cadenas. De cualquier modo que sea, toca a la Providencia impedir que totalmente se baraje la economía del orbe, como sin duda sucedería si a aquella criatura, igualmente valiente que infeliz se le dejase suelta la rienda para ejercer en daño nuestro su actividad. Confundiría los elementos, jugaría como con una pelota con todo el globo de la tierra, y aún no sé si estarían libres de sus violentos soplos las luces del cielo. Esto podría hacer un demonio solo. ¿Qué harían tantos millares?

Sed Pater Omnipotens speluncis abdidit atris hoc metuens; molemque et montes insuper altos imposuit.

2. En materia de hechicerías, tanto como en la que más, circulan y se propagan las fábulas del vulgo a los escritores y de los escritores al vulgo. Trasládase a los libros lo que fingen los vulgares, y después creen los vulgares lo que hallan en los libros. De este modo la fábula que nació en el rincón de una aldea, viene a ocupar todo el ámbito del mundo. Es menester, pues, leer con suma desconfianza los libros que tratan de esta materia. Ellos mismos dan motivo para eso, porque por la mayor parte están llenos de contradicciones y quimeras (1).

3. Plinio, tratando de los prodigios que se decía hacían los magos orientales con el uso de algunas hierbas, como con la llamada etiópide secar los lagos y los ríos, con la arquiménide, arrojándola entre los escuadrones enemigos, hacerles volver despavoridos las espaldas, graciosamente les pregunta cómo no se valieron del poderoso presidio de estas hierbas en varias ocasiones en que las potencias extranjeras triunfaron de los mismos reyes que te-

(1) Tiene un gravísimo inconveniente el poner al mundo en la creencia de que es mucho el número de hechiceros y hechicerías, inconveniente que no advirtieron los que en sus libros multiplicaron tanto los cuentos pertenecientes a este asunto, y es ser ocasión para que muchos depravados soliciten para sus perversos designios la asistencia del demonio. El que esté en el dictamen de que muy pocas o muy rara vez permite Dios al espíritu maligno esta asistencia, por malo que sea, no se arrojará a cometer un pecado atrocísimo y, por otra parte, verosímilmente inútil. Pero haciéndose común la creencia de que el demonio no deja de ayudar a cuantos le invocan, es natural que infinitos o habitualmente perversos o en tal y tal ocasión incitados de alguna violentísima pasión, concibiendo cierto por este medio el logro de sus deseos, caigan en el horrendo crimen de invocar el auxilio del común enemigo.

nían por vasallos aquellos magos: *Ubinam istae fuere, cum Cymbri, Teutonique terribili Marte ulularent, aut cum Lucullus tot Reges Magorum paucis legionibus sterneret?*

4. La misma reflexión podríamos hacer sobre Zoroastro, rey de los bactrianos, a quien los antiguos reconocieron por inventor o primer ejemplar de la magia diabólica. Fué este hombre, según refiere Justino, vencido y muerto en una batalla por Nino, rey de los asirios. Pues, ¿dónde estaban entonces sus poderosas artes? No hay si bien se mira, alguna seguridad de que haya habido tal hombre en el mundo, en atención a la diversidad con que hablan de él los autores. Platón le hace persa y no bactriano. Diodoro Sículo afirma que el bactriano, vencido por Nino, se llamaba no Zoroastro, sino Oxiastro. Eudoxo y Hermippo, escritores muy antiguos, dicen que Zoroastro, inventor de la magia, fué cinco mil años anterior a la guerra de Troya, que es lo mismo que hacerle muchos años anterior a la creación del mundo.

§ II

5. La prueba de que es fabuloso infinito de lo que se lee de artes mágicas, tomada de la falta de uso y utilidad en sus profesores, se podía extender discurriendo por varios ejemplares. Nerón se dió mucho a la mágica. ¿De qué le sirvió, si no pudo evitar la conspiración? Anduvo buscando hombres que tenían fama de magos; es cierto que no halló sino embusteros, porque después abandonó enteramente esta aplicación, lo que en Nerón no puede atribuirse a arrepentimiento del delito, sino a conocimiento del embuste. Es reflexión de Plinio: *Indubitatum exemplum est falsae artis, quam dereliquit Nero.* Olao Magno dice que los lapones y otras gentes del Septentrión hacen comercio de la hechicería, vendiendo los vientos a los navegantes, de modo que por señalado precio tienen el viento que quieren para la navegación que destinan. Y es bueno que aquellas naciones, sin embargo de un tráfico tan ventajoso, son pobrísimas, según nos refieren todos los geógrafos. En verdad que los que en las aulas de los príncipes, vendiendo, o el cierzo de la vanidad o el céfiro del favor hacen negocio de los vientos, presto salen pobres. Argrimo Jonás, docto escritor irlandés, descubre el motivo que dió origen a este error, y es que aquellos marineros septentrionales tienen observadas algunas señales, por donde de parte de tarde conocen el viento que ha de correr por la mañana. Cuando, pues, quiere partirse algún navío extranjero, si advierten que el viento indicado para el día siguiente es favorable a la ruta que ha de seguir el navío, se llegan al capitán y le dicen que como les pague tanto o cuanto, le venderán o asegurarán tal viento. Hácese el concierto y el marinero, tomando un pañuelo del capitán y murmurando en él ciertas palabras, como que usa de algún rito mágico, le moja en el agua del mar; luego se le entrega al capitán, previniéndole que no le descoja hasta concluir la navegación. El viento prometido pocas veces deja de levantarse, pero lo que suele suceder es que se cae poco tiempo después que el navío se hizo a la vela. Mas esto no basta para desengañar a los que vieron la ceremonia a su parecer mágica, siendo en la verdad no más que un embuste de aquella canalla para estafar a los extranjeros. (Argrim. Jon. in *Anatome Blefkeniana*) (1).

---

(1) En toda la China es corriente que los profesores de la secta idolátrica de *Tao ssee* ejecutan por lo magia prodigios insignes, como que a un extranjero que venga a consultarlos sin haberle visto jamás le dicen su nombre, los de toda su familia, la positura de su casa y otras mil circunstancias, que hacen algunas veces parecer en el aire la figura del jefe de su secta y la de sus ídolos; que hacen que una pluma por sí misma escriba sin que nadie la toque y lo que queda escrito es respuesta puntual a la consulta que se les hace; que en un caldero lleno de agua representan todas las revoluciones que han de arribar al imperio. Estas y otras maravillas refiere el padre Du-Halde en el tomo III de la *Historia*

6. El emperador Adriano, viendo que los médicos no podían curarle el flujo de sangre de que adolecía, se quiso servir de hechiceros; pero no los halló, y así la enfermedad fué creciendo hasta que le quitó la vida. Un emperador romano no halla hechiceros ni hechiceras cuando los busca, y nos querrán persuadir que está lleno el mundo de ellos. Un alfaquí o predicador mahometano llamado Abdalla y tenido por el más famoso nigromántico que había en toda Africa, banderizando alguna gente, se levantó el año de 1543 contra el rey de Marruecos. Envió éste algunas tropas y le prendieron sin dificultad, avanzando una montaña donde se había hecho fuerte, sin que le valiesen ni la aspereza del sitio ni el uso de la mágica, aunque quiso socorrerse de ella, porque las tropas que le cogieron hallaron en el camino varias señas de sortilegios, como carneros degollados con los pies cortados y metidos por los ojos. Juzgaba aquel infeliz, engañado por otro algún embustero que había sido su maestro, que tenía un gran socorro en aquella ridícula ceremonia, la cual no le sirvió de nada, siendo las reses degolladas antes presagio de que él había de tener la misma fortuna, que precaución para evitarle la desgracia.

7. Isaac Aarón, de nación griego, intérprete de lenguas del emperador del Oriente Manuel Comneno, hombre alevoso y detestable, fué muy dado a la magia, como se probó de haberle hallado juntamente con un libro de esta arte atribuído a Salomón, una caja de tortuga, donde tenía la imagen de un hombre aprisionados los pies con unos grillos y el corazón atravesado de un clavo. Con todos estos secretos no evitó sus grandes calamidades. Convencido de traición, mandó el emperador quitarle los ojos. Y porque sucediendo después en el gobierno el usurpador Andrónico, con violentos consejos esforzó sus tiranías, Isaac Angelo, que derribó a Andrónico del trono, le hizo cortar la lengua.

8. Generalmente los que se creen hechiceros son una gente pobre, desdichada y miserable. Parece que lo primero que habían de pactar con el demonio, sería el que los colmase de honores y riquezas. ¿Cómo rarísimo las logra? Respóndese a esto que el común enemigo, cuya ojeriza con ningún mal nuestro se sacia, quiere que sean infelices en esta vida y en la otra. Bien creo del demonio toda esta implacable rabia; pero esto mismo que él nos aborrece tanto, había de ostentar al mundo glorioso a esos miserables que se ponen en sus manos, pues con ese cebo hiciera más prisioneros. ¿Se puede pensar que a su astucia se oculte el medio más común y más eficaz de atraer los hombres? Si ven que trata mal a esos pocos que le adoran, ¿quién buscará una esclavitud, sobre ignominiosa, de todos modos infeliz? Al contrario, si dorara siquiera las cadenas en que tiene a esos cautivos, la golosina del oro trajera muchos vasallos a su dominio. El argumento, tomado de la pobreza de los hechiceros, para persuadir que es falsa su hechicería, es muy fuerte en la consideración de San Agustín, pues este Padre (*Epist.* 5) prueba que Apuleyo no fué mago, porque siendo ambicioso, no pasó de una moderada fortuna.

§ III

9. Fuera de esto, pregunto: ¿Qué uso tienen en el mundo esas artes diabólicas? ¿Qué efectos prodigiosos se ven de tantos hechiceros y hechiceras como se cree que hay? ¿Cuántos príncipes, prontos a sacrificar toda la ley al ídolo

---

de la China, que están vulgarizadas en aquel grande imperio, como efectos muy frecuentes del arte mágico de los expresados idólatras. Pero el autor referido, en una nota separada, testifica que los chinos sinceros y cuerdos aseguran que todas estas son hablillas del vulgo, desnudas de todo fundamento. Estoy muy persuadido a que lo que cuentan algunos de la multitud de hechiceros que hay en ciertas naciones de América, no tiene más fundamento que la especie que acabamos de dar de los idólatras de la China. Véase nuestra *Ilustración Apologética*, Disc. 21, núm. 5.

de su ambición, se valieran de ellos para adelantar sus conquistas? No obstante, rara o ninguna vez hallamos en las historias que alguno engrandeciese su reino por estos medios. El príncipe sagaz, el animoso, el rico, el que tenía buenos soldados, es el que vemos siempre que ganaba las batallas. Esto encontramos en los historiadores griegos y romanos y en todos los que hay dignos de fe en todas las demás naciones. Sólo en Saxón Gramático, Juan Magno y Olao Magno, historiadores de las regiones septentrionales leemos que sus antiguos príncipes se hacían a veces la guerra con artes mágicas, pero por eso están reputados por fabulosos. Para muchachos o gente plebeya, es gran gusto leer en Saxón Gramático que Olero Sneco, puesto a la jineta sobre un hueso encantado, usando de él como de navío, daba vueltas por toda la anchura del Océano; y en Juan Magno, que Enrico, rey de los godos, con voltear el sombrero a cualquier parte, de allí hacía venir el viento. ¿Cómo se acabaron estos hechiceros en el Norte y ahora sus reyes no se hacen la guerra con otros medios ni de otro modo que todos los demás europeos?

10. ¿Acaso será verdad lo que Martín Cromero, historiador de Polonia, refiere de una batalla entre tártaros y polacos, en que yendo ya de vencida los primeros, un alférez que estaba en el último batallón, volviendo la cara a los polacos, y con ella la bandera en que estaba pintada la letra X y en la extremidad de ella la cara de un hombre negro y disforme, empezó a tremolar el funesto tafetán, del cual se vió luego salir una pestífera niebla, que no sólo quitó a los polacos el uso de los ojos, mas también el de las manos, robándoles el brío, como si fuese hálito venenoso del averno? Puede ser que los soldados vencidos fingiesen aquella patraña para cubrir su cobardía. Puede ser que el miedo los hiciese ver asombros no existentes. Puede ser, en fin, que una niebla natural exhalada de la tierra, en aquel conflicto se les representase producida por arte mágica. Pero dado caso que fuese así como el historiador lo refiere, probará sólo lo que no negamos; esto es, que ha habido en el mundo uno u otro acontecimiento de estos, pero rarísimo.

§ IV

11. Si se examinan las historias de los más decantados magos o magas que hubo en los siglos, apenas se hallará una cuyas circunstancias no la acrediten de fabulosa. Y despreciando en primer lugar los prodigios de Circe y de Medea, que no tienen otros historiadores que a Homero, Hesiodo, Ovidio y otros poetas; dejando también aparte a Zoroastro, de quien ya se habló, el primero que ocurre por más antiguo es el famoso Abaris, natural de los Montes Hiperbóreos, país el más vecino al polo ártico, y sacerdote de Apolo, de quien entre otras maravillas se refiere que montando en una flecha de oro giraba por los aires toda la redondez de la tierra, respondiendo a cuantas consultas le hacían los mortales, sin que jamás desmintiese el suceso las predicciones de este oráculo. Esta relación creo que sólo tiene por fiador a Herodoto, pues si bien cuentan lo mismo otros autores, es verosímil que siendo el más antiguo, todos lo tomaron de él, y Herodoto, según el juicio de buenos críticos, escribió más como poeta que como historiador muchas cosas. Es incierto en qué tiempo vivió Abaris, haciéndole algunos anterior a la guerra de Troya, tiempo del cual, exceptuando lo que nos enseñan los Sagrados Libros, nada sabemos sino fábulas, y aun dicen que él fué quien vendió a los troyanos el Paladion o imagen de Palas, fábrica suya, de quien dependía la conservación de aquella ciudad y reino. Atribúyenle algunos libros: uno que trataba de la llegada de Apolo a los Hiperbóreos: otro de la generación de los dioses; otro de las nupcias del río Hebro (no es el de España, sino otro que hay en la Tracia de este nombre). Todas estas circunstancias dan aire de fábula

a la historia de este mágico. A que se añade, que casi cuanto escribieron los antiguos de los pueblos hiperbóreos está lleno de ficciones.

12. Apolonio Tianeo, a quien se dió este renombre por ser natural de Tiane, ciudad de Capadocia, hace muy particular representación en el catálogo de los magos. Cuéntase de él que se desapareció estando en la presencia del emperador Domiciano, que le quería matar porque había vaticinado a Nerva el imperio, y en breve tiempo pasó a un lugar muy distante: que un mismo día fué visto en tres ciudades distantísimas, Atenas, Roma y Alejandría; que entendía el lenguaje de las aves, en cuya comprobación, una vez que estaba orando en la plaza de Atenas, viendo que una bandada de pájaros volaba garlando al encuentro de otra, y después todos tomaron el camino por donde habían venido los primeros, dijo al concurso que éstos habían dado noticia a los otros de que en tal paraje, vecino a la ciudad, se había derramado un costal de trigo, convidándolos a que fuesen a acompañarlos en el banquete; fueron muchos atenienses a verlo y hallaron ser verdad lo que Apolonio había dicho que había oído a los pájaros; qué estando otra vez orando en Efeso, conoció que en aquel mismo punto estaban matando a su enemigo Domiciano, porque interrumpiendo la oración, arrebatado, con semblante alegre y ardiente grito exclamó: *Mata, mata, mata al tirano.* Otros muchos prodigios se refieren de él, y entre ellos que también resucitó muertos, aunque esto último no sé que lo afirme otro que Flavio Vopisco, historiador romano, grande admirador de Apolonio. En fin, tan celebrado fué por algunos este hombre, que Hierocles, gobernador de Alejandría en tiempo de Diocleciano y grande enemigo de los cristianos, compuso un libro, cotejando los milagros de Cristo con los de Apolonio Tianeo, dando ventajas a éste a fin de probar que con más razón se podía adorar por Dios a Apolonio que a Cristo.

13. Pero cuanto se dice de Apolonio va fundado sobre la fe de Filostrato, autor griego que escribió su vida ciento veinte años después de muerto su héroe, y que confiesa que fuera de unas cortas noticias que halló en un escrito de Damis, compañero de Apolonio, lo demás lo recogió de rumores vulgares, esparcidos en los lugares mismos donde Apolonio había estado. Las memorias de Damis nadie las vió sino Filostrato, fuera de que si Apolonio fué embustero, como creen muchos, Damis, su discípulo y compañero, sería otro tal. Los rumores vulgares son mala finca para una historia, especialmente en materia de prodigios, porque es grande la propensión del vulgo a fingirlos y creerlos. Antes de Filostrato no se halla autor que hiciese memoria de Apolonio sino Luciano, tratando de Alejandro Abonotichita, de quien dice que era uno de los que habían estudiado en la escuela de Apolonio; y teniendo Luciano a Alejandro, no por mágico, sino por embustero, que con varias estratagemas se hacía creer instrumento de prodigios, se conoce que en el mismo concepto tuvo a Apolonio. Lactancio, que refutó a Hierocles, hizo de él el mismo juicio. San Agustín, tratando de Apuleyo y Apolonio, tenidos entrambos por magos, dice que los prodigios de estos dos hombres no están afianzados por algún autor digno de fe: *Quorum multa mira, nulla fideli auctore iactitant* (1). El silencio de Plinio, de Tácito, de Suetonio y de todos los demás historiadores que fueron contemporáneos o sucedieron próximamente a Apolonio y escribieron las historias de su tiempo sin hacer memoria de un hombre tan famoso es fuerte prueba contra la historia de Filostrato. Este escribió, como él mismo confiesa, a impulso de Julia, mujer de Alejandro Severo, y es natural fuese a lisonjear con fingidas maravillas la curiosidad de aquella emperatriz, que en las plumas de los escritores se representa más que medianamente liviana. Varias circuns-

(1) Epist. 49, *ad Presbyt. Deograt.*

tancias de esta historia le dan aire de pura fábula, como el que el Dios Próteo se apareció a la madre de Apolonio, asegurándola que había de concebir de él; que estando dormida en un prado unos cisnes la despertaron y, rodeada de ellos, al instante parió sin fatiga alguna; que Apolonio tuvo algunas conversaciones y disputas con la sombra de Aquiles y otras cosas semejantes. Todo esto inclina a creer que Apolonio no fué tal cual Filostrato le pinta, sino cuando más, un impostor insigne, de aquellos que con agudas estratagemas y sutiles juegos de manos pasan entre la plebe por hombres prodigiosos, siendo unos meros titiriteros. Entonces había muy pocos de estos en el mundo y ninguno que lo tuviese por oficio, y así era fácil engañar a la plebe; la cual, muerto Apolonio, fué abultando cada vez más y más sus operaciones, de modo que ya no pudiesen parecer naturales, sino milagrosas. Este es el sentir de muchos sabios. A que añadiré que Casiodoro en su *Cronicón* hace memoria de Apolonio, no como embustero, ni como mágico, sino puramente como filósofo: *His Consulibus* (habla de Trajano, cuarta vez cónsul, y Frontón) *Apollonius Tyaneus Philosophus insignis habetur*. Y si Apolonio fué un hombre muy sabio en las ciencias naturales, también se puede discurrir que con el socorro de la física y de las matemáticas hiciese cosas que al vulgo pareciesen sobrenaturales (lo que mil veces ha sucedido), y después la fama las engrandeciese hasta el punto de no poder menos de serlo (1).

§ VI

14. El tercer héroe de la magia que debe salir al teatro es el inglés ambrosio Merlín, de quien hasta los niños tienen noticia; pero no es precisamente cuento de niños, como juzgarán algunos, pues son muchos los autores, entre ellos casi todos los ingleses, que dan noticia de este hombre. Dícese que fué parto del abominable comercio de un demonio incubo con la hija de un rey, religiosa en un monasterio de la villa de Caermerlin, y teniendo a su propio padre por maestro, vino a ser un insigne mágico. Quiso el rey Wortigerno de Inglaterra hacer un castillo inexpugnable donde asegurarse contra las irrupciones de los sajones, pero con tan mal principio, que era imposible establecer los cimientos, porque se hundía de noche cuanto se trabajaba de día. Consultó el rey sobre este raro accidente a los mágicos, y éstos le dijeron que el remedio sería bañar aquel suelo con la sangre de un hombre que hubiese nacido sin padre. Después de larga inquisición se dió con Merlín, el cual, traído a la presencia del rey, disputó con los magos de la consulta, les advirtió que debajo del suelo destinado al edificio había un gran lago y debajo del lago dos horribles dragones, uno rojo, que representaba la gente inglesa; otro blanco, que representaba la sajona. Descubrióse el sitio y se halló cuanto Merlín había dicho, pero no bien parecieron los dos dragones, cuando comenzaron a combatirse furiosamente. Sobre cuyo asunto Merlín dió principio llorando a sus profecías de las sucesos de la Gran Bretaña. Otra cosa muy memorable que se refiere de este hombre es que transportó de Irlanda a Inglaterra unos grandes peñascos que cerca de Salisburi se ven colocados unos sobre otros en forma piramidal.

15. Pero una historia que empieza por la generación de un incubo, desde los principios dice lo que es. Muchos y graves autores tienen esta generación por imposible y juzgan fabulosas todas las historias que la comprueban. Esta

(1) Filostrato es indigno de toda fe. Su pasión dominante era fingir y referir prodigios. En la misma vida de Apolonio cuenta que en un festín de brachmanes los platos venían por sí mismos de la cocina a la mesa y los vasos de la mesa a los labios; que muchos indianos se hacían invisibles cuando querían; que se levantaban dos codos del suelo y se mantenían en el aire todo el tiempo que gustaban; que los asientos también se movían por sí mismos.

opinión de generaciones de incubos viene del gentilismo, en el cual (como conjeturan algunos sabios) procuraron esconderse o disculparse los deslices de algunas mujeres ilustres con el especioso manto de haber sido cómplices en ellos sus imaginarias deidades. De este modo se consagraba el adulterio, cuando el parto, que no se podía atribuir al esposo, descubría el delito, o cuando para cometer el delito se engañaba con este respetable pretexto al esposo. A este sagrado se acogió la deslealtad de Olimpias, bastantemente reconocida de Filipo, y aunque éste no era tan sencillo que creyese que Júpiter le había suplido en el tálamo, valió el engaño para la rudeza del vulgo, en el cual Alejandro, que acaso era hijo de un hombre humilde, pasó por hijo de un dios. Algunos autores le señalan por padre a un prófugo egipcio llamado Nectenabo, que halló demasiada benigna acogida en la reina de Macedonia. El origen de Rómulo y Remo, atribuído al dios Marte, no fué más ilustre. Su madre Rea Silvia, virgen vestal, dejó de ser virgen en un bosque, donde había ido a sacrificar, sitio oportuno para un hombre delincuente y nada necesario a una deidad enamorada, para quien no había lecho inaccesible (1).

16. Tal vez las pobres mujeres no engañaban, antes eran engañadas, de lo cual Josefo y Tácito nos dan un ejemplar insigne. Decio Mundo, noble y rico joven romano, no pudiendo corromper con dones a la simple y casta Paulina (mujer de Saturnino), por quien estaba en el último extremo apasionado, aunque llegó a ofrecerle doscientas mil dracmas por una noche sola, corrompió a los sacerdotes de la diosa Isis para que a Paulina persuadiesen que el dios Anubis, enamorado de ella, solicitaba sus brazos una noche. Hiciéronselo creer a Paulina, y por medio de ella a Saturnino, que debía de ser tan cándido como su mujer. De hecho se preparó lecho en el templo, adonde habiendo ido la incauta Paulina, Decio Mundo, que ya estaba escondido en él, pasó plaza de deidad aquella noche. Y si no hubiese sido tan ligero que a Paulina, encontrándola pocos días después en la calle, le manifestase el engaño, como lo hizo, de que resultó el quejarse ella a su marido y éste a Tiberio, quien justísimamente hizo crucificar a los sacerdotes y aun derribar el templo de Isis, para siempre hubiera quedado embozado aquel insulto, pasando entre los gentiles por favor de una deidad y entre los cristianos por atentado de un incubo.

17. Pero volviendo a Merlín, no sólo el origen que le atribuyen, mas aun el resto de la historia, descubre ser toda una fábula. Las predicciones de los sucesos de un reino por tiempo dilatado, exceden la facultad del demonio. Con todo, es cierto que hay un libro de profecías, que llaman de Merlín, de que nada se puede sacar en limpio, porque son ambiguas y oscuras, como las demás de este género. Y lo que es digno de admiración es que Alano de Insulis, doctor parisiense, hombre celebérrimo en el terciodécimo siglo, muy de intento y seriamente se puso a comentarlas. Tan cierto es que apenas hay Homero que tal vez no duerma. ¿A qué propósito, para formar una pirámide traer peñascos de Irlanda, como si no los hubiese en Inglaterra? Fábula ésta que adelantó extrañamente un tal Gervasio, canciller del emperador Otón IV, citado por Gabriel Naudeo, escribiendo que estos peñascos están siempre danzando en el aire, sin firmarse en cosa alguna. Tanta es la extravagancia y osadía de algunos autores en fingir maravillas.

(1) Aunque juzgo fabulosas por la mayor parte las relaciones de las generaciones de íncubos, no tengo éstas por imposibles. Por lo menos el argumento con que los que las niegan pretenden probar su imposibilidad, que es la disipación de los espíritus de la materia seminal extraída por el demonio de algún hombre y conducida, como es forzoso, de alguna distancia, no hace fuerza, siendo cierto que puede el demonio impedir de mil modos esa disipación.

§ VII

18. Pondremos en último lugar a Henrico Cornelio Agripa, a quien el padre Martín Delrío da el superlativo epíteto de archimago. Agripa, natural de Colonia, fué un monstruo compuesto de altísimas prendas y grandes defectos, espíritu verdaderamente de fuego, capaz para cuanto puede serlo el ingenio humano, *Portentoso ingenio* le llama Paulo Jovio; Ludovico Vives, *Milagro de todas las ciencias*. Gabriel Naudeo le compara a Argos, porque

Centum luminibus cinctum caput unus habeba

19. Hablaba ocho lenguas; fué historiador, filósofo, orador, médico, teólogo, jurista, escriturario, inteligente y práctico en el arte militar. El saber tanto dió ocasión a su inconstancia y materia a su maledicencia, vicios característicos de Agripa. El ser capaz de todo hizo que no fijase el pie ni en algún país ni en algún empleo. Fué primero secretario de campo del emperador Maximiliano. Luego pasó a servir en las guerras de Italia debajo de la conducta de Antonio de Leyva, de quien fué muy querido por su habilidad y bravura. Dejó las armas y se graduó de doctor en jurisprudencia y medicina. Pasó a Francia y de allí a España. Volvió a Francia, y en Dola, ciudad del Franco Condado, obtuvo una cátedra de Escritura, que regentó algún tiempo; dejola para ir a Inglaterra, de donde pasó a Colonia; aquí explicó teología. De Colonia volvió a militar en Italia con honroso empleo y gran reputación. Después sucesivamente enseñó teología en Pavía y Turín. Pasó a Metz de Lorena con los empleos de síndico y abogado de la ciudad. De allí dió vuelta a su patria Colonia. El año siguiente fué a Ginebra, de donde pasó a ejercer la medicina a Friburgo; dejó esta estación por la de León de Francia, donde logró le señalase una pensión el rey Francisco I, y fué médico de la princesa Luisa de Saboya, madre de Francisco. De León fué a París, de allí a Amberes, donde siendo solicitado por el rey de Inglaterra y otros muchos príncipes, entre ellos por Margarita de Austria, tía del emperador Carlos V, gobernadora del País Bajo, para consejero e historiador suyo, abrazó este partido, que después abandonó, dando tercera vuelta a Colonia y luego segunda a León de Francia. De aquí salió para Grenoble, donde murió el año 49 de su edad.

20. Fué Agripa mal visto en todas las partes donde estuvo por su soberbia y libertad en decir cuanto sentía, siendo así que comúnmente no sentía bien. Su libro de la *Vanidad de las Ciencias*, así como prueba su prodigiosa universidad en todo género de letras, manifiesta su violenta propensión a las sátiras. También es cierto que sus opiniones no fueron en todo arregladas al común sentir de los católicos. Discurrió con temeridad en algunas materias.

21. Pero en cuanto al crimen de magia que le imputan Paulo y Jovio, Martín Delrío y otros autores no parece está bien justificado. Jovio dice que traía consigo al demonio en la figura de un perro negro, que le avisaba cuanto pasaba en todas partes del mundo, y que estando próximo a la muerte en León de Francia, le despidió de sí con estas voces: *Abi, perdita bestia, quae me totum perdidisti.* «Vete, bestia maldita, que en todo me echaste a perder.» Oído lo cual, el perro fué a anegarse en Saona y no pareció más. Esta narración parece fabulosa, porque Agripa no murió en León, como supone Jovio, sino en Grenoble.

22. La estimación y amistad que logró Agripa de los primeros hombres de aquel tiempo es una gran prueba a favor suyo. Los sujetos más sobresalientes en la República literaria le dieron testimonios de su afecto. Muchos príncipes le solicitaron en su asistencia. Fué amigo singular de cuatro cardenales y de cinco obispos. El papa le escribió una carta exhortándole a continuar en obrar bien, como había empezado. El cardenal de Santa Cruz le escogió para teólogo suyo en el Concilio que estaba

para celebrarse en Pisa. Todas estas noticias son de Gabriel Naudeo y las trae más extensas y justificadas Bayle en el *Diccionario Crítico.*

23. Es verdad que Agripa se alabó de que sabía la mágica, pero nadie le vió ejecutar cosa que perteneciese a ella, con que es de creer que aquella jactancia fuese un desahogo de su genio locuaz y arrogante. Los muchos enemigos que acarreó con sus libertades pudieron cooperar a la denigración de su fama con tan infame nota. Nada afirmo en esta materia como cierto, pero por no haber cosa cierta me aplico a la sentencia más piadosa.

§ VIII

24. Las causas de que haya tantas fábulas en orden a magia o hechicerías pueden reducirse a cinco. La primera es la propensión de los hombres a contar y escribir cosas prodigiosas. No sólo los vulgares fingen; también entran a la parte algunos escritores; y otros, aunque no fingen, trasladan con demasiada sinceridad lo que aquellos fingieron. Tal vez podrá ser más que sinceridad codicia o ambición. Interésase mucho un autor en llenar su libro de acontecimientos admirables, porque es el mayor atractivo de los curiosos. Poco daño le hace que un crítico severo halle su discreción defectuosa, y es mucho el provecho que le resulta de que el común encuentre la lectura amena.

25. El padre Martín Delrío, que en sus libros de *Disquisiciones Mágicas* juntó casi todo cuanto hasta su tiempo estaba escrito de hechiceros y hechicerías, está libre de toda sospecha contra su sinceridad. Su profesión y virtud personal le eximen, pero sin injuriarle podremos ponerle alguna tacha en su crítica o culpar su credulidad demasiada. Elías Dupin dice que Delrío *cita una infinidad de autores, por la mayor parte oscuros e incógnitos.* Si acaso Dupin quiso envolver en esta expresión la sospecha de que algunos son supuestos, no la juzgo razonable; y yo puedo asegurar que siendo así que he leído mucho menos que Dupin, raro autor hallo citado en Delrío, de quien por otra parte no tenga alguna noticia. El juicio que aquel grande bibliotecario hace poco después del escritor jesuíta es más conforme a razón. *Este autor* (dice) *tenía mucha lectura y sabiduría, pero era muy crédulo y estaba muy preocupado.*

26. Lo que, pues, se puede notar en Delrío es haber dado más fe de la que merecían a algunos autores y haber propuesto como verdaderos varios hechos, cuyas circunstancias dan motivo para no ser creídos. Daremos ejemplos de uno y otro. Cita como verdaderas las hechicerías que Apuleyo refiere en el *Asno de oro,* siendo visible que toda aquella narración es fabulosa y el mismo autor lo confiesa, introduciéndose a ella con estas voces: *Fabulam Graecanicam incipimus.* «Empezamos una fábula griega». Y tuvo razón para darla este epíteto, pues el fondo de ella todo le tomó del griego Luciano, a que añadió Apuleyo algunos cuentos para hacer la fábula más amena. Sobre la fe de Marco Paulo Veneto dice que los tártaros cuando quieren convierten en noche el día, cubriendo el aire de sombras. Marco Paulo Véneto en sus *Relaciones* mezcla no pocas patrañas, y si los tártaros tuvieran aquella habilidad, presto se hicieran dueños del mundo, pues sería cualquier insulto fácil a quien pudiese cegar a todos los demás hombres. Para las maravillas que refiere de Simón Mago cita los *Libros de Recogniciones* de San Clemente, de los cuales ningún erudito duda hoy que son apócrifos. Que hubo en tiempo de los Apóstoles un Simón que ejercitó la magia, consta de la Escritura. Que hiciese los prodigios referidos por Delrío y otros de animar las estatuas, penetrar los cuerpos, hacerse invisible, criar un hombre nuevo del aire, andar sin lesión por el fuego, mostrarse como Jano con dos caras, tomar la figura de varios brutos, volar cuando quería, quitar y poner reyes a su antojo, evocar las al-

mas de los difuntos, multiplicar la presencia de su concubina Selene, de modo que estando en una torre ceñida de gente que había concurrido a verla, se apareció a un tiempo en todas las ventanas de la torre y otras cosas de este género, sólo constan de los pretendidos libros de San Clemente.

27. Los hechos referidos por Delrío, que en sí mismos traen impreso el carácter de fabulosos, son muchos. De Cesario Maltesio dice (1) que adivinaba con suma individuación los pensamientos ajenos, a lo que no alcanza la penetración de los infernales espíritus. De Teodoro Maillocio (2), que ardientemente enamorado de una doncella, se había valido de un hechicero alemán para lograrla en matrimonio, dice que el demonio se le apareció en figura de la misma doncella, proponiéndole como condición precisa para casarse con ella la abstinencia de todo género de vicios y frecuencia de Sacramentos. No son propias de demonio tales demandas. Y esto me acuerda lo que leí en el padre Gaspar Scoto de un demonio que habiendo servido a un caballero en forma de paje algunos años, al despedirse de él, descubriendo quién era, le pidió que el salario que le debía lo emplease en comprar una campana para la iglesia de aquel lugar, que carecía de ella. ¿Quién creerá que el demonio aplica dinero a obras pías?

28. En la quaest. 6 del mismo libro 2 se propone un célebre certamen de dos magos. Llevaba uno de ellos robada una hermosa mujer sobre un caballo de madera por el aire. Violó el otro, y usando de sus artes, le hizo bajar con el caballo y la dama a la plaza del lugar de donde le había visto y donde le hizo estar inmóvil, con gran vergüenza suya, a vista del pueblo. Pero el ofendido halló modo de vengarse usando de las mismas mañas, porque al mago que le había cortado el vuelo y estaba viendo con risa el espectáculo desde una ventana hizo que se le apareciesen en la frente unas formidables astas, con que no pudiendo retirarse, porque no cabía la horrenda armazón por la ventana, estuvo expuesto un rato a la mofa del concurso, hasta que deshaciendo este su encanto, deshizo el otro el suyo; éste recobró su figura y el otro continuó su vuelo. Posible es todo esto, pero el aire es de cuento inventado a placer.

29. En otra parte refiere el desafío de dos tropas de magos para regocijar las bodas de un príncipe alemán, en que luego que se avistaron, el caudillo de una tropa se tragó al jefe de la opuesta e inmediatamente, a vista de todos, le arrojó bueno y sano por donde se expelen las inmundicias del cuerpo, quedando vencedor y avergonzando con esta suprema ignominia a los contrarios. Digo lo mismo que del caso antecedente. Posibles son al demonio semejantes juegos, pero más apariencia tiene el cuento de ser chistosa invención de algún ocioso.

30. De brujas trae el mismo autor varias narraciones, cuyas circunstancias las hacen inverosímiles. Un curioso (1) quiso registrar lo que pasaba en un conventículo de sagas, y acometido de éstas cuando lo advirtieron, se escapó sin que ellas pudiesen alcanzarle, por la ligereza del rocín en que iba. Es bueno que las que aquella misma noche volaron de lejas tierras y se restituyeron a ellas excediendo la velocidad de las águilas, no pudiesen dar alcance a un jumento. Esta no esperada torpeza de las brujas (quaest. 28) se nota en otras dos, de las cuales la una en figura de gato esperó a que la moliesen el cuerpo a palos; la otra, en forma de sapo, a que la pasasen a cuchilladas. Entrambas habían volado al paraje donde les sucedió la desgracia y no podían volar para evitarla. Donde lo más de notar es que la que iba en figura de gato voló a su casa después de quebrantado el cuerpo a garrotazos y no pudo hacerlo cuando aún estaba buena y sana. Diráse que pudo Dios negarle el con-

(1) Lib. 1, cap. IV.
(2) Lib. 2, quaest 4.

(1) Lib. 2, quaest. 26,, sect. 3.

curso al demonio para que las salvase del aprieto, como le niega cuando prende a estas esclavas suyas la justicia, pero en los dos casos referidos aún subsistía la eficacia del pacto, pues las brujas retenían la figura peregrina que en virtud de él habían vestido.

§ IX

31. La segunda causa de las fábulas en materia de hechicerías es atribuirse muchas veces a pacto diabólico lo que es efecto o arte natural. En el pueblo romano fué acusado el buen labrador Furio Cresinio de un género de sortilegio llamado escopelismo, que consiste en echar piedras encantadas en las heredades ajenas para esterilizarlas, porque la suya, siendo de menos buena calidad, producía más fruto que las vecinas, cuya acusación rebatió mostrando que él trabajaba más y mejor que los otros labradores. Galeno refiere de sí mismo que se hizo en la misma Roma sospechoso de Magia por haber atajado brevemente con la sangría una fluxión que Erasistrato no había podido curar en mucho tiempo. Cap. XVII de *Rat. cur. per sanguin. missionem.*

32. En los siglos en que eran poco cultivadas las matemáticas, apenas hubo alguno sobresaliente en ellas que no fuese reputado por mágico en el vulgo (a veces más que en el vulgo), por razón de algunas operaciones admirables, dirigidas por aquellas ciencias. De este número fué Miguel Scoto, matemático del emperador Federico segundo en Alemania y Rogerio Bacon, religioso franciscano, en Inglaterra, de quien se dice que fué llamado a Roma por su general para justificarse. Atribuyóse a este lo mismo que a Alberto Magno (falsamente a uno y otro) de haber fabricado una cabeza de metal, que respondía a las preguntas que le hacían (1).

33. Aun a la sagrada tiara se atrevió esta calumnia en la persona de Silvestro II, monje benedictino y sutilísimo matemático. Bennon, cardenal cismático, fué quien más promovió esta acusación, ensangrentando su pluma en todos los pontífices que alcanzó por adelantar el partido del antipapa Guiberto y los herejes, que no se descuidan en recoger semejantes especies, se aprovecharon de ésta en sus sátiras contra la Silla Apostólica; bien que concluyentemente refutada por algunos autores, señaladamente por el maestro Yepes en la crónica de nuestra Orden, y Gabriel Naudeo en la *Apología por los grandes hombres acusados de Magia.* Hizo Silvestro por medio de las matemáticas órganos hidráulicos y otras curiosidades, que en la rudeza del décimo siglo se concebían exceder todo el arte de los hombres. A Boecio Severino, varón admirable, le había sucedido antes lo mismo por la misma causa, a lo que alude aquella queja suya: *Atque hoc ipso affines fuisse videmur maleficio, quod tuis imbuti disciplinis* (1). ¿Qué dijeran si vieran las estatuas de Dédalo, la paloma de Arquitas, la esfera de Arquímedes, la águila y mosca de hierro de Juan de Monreal, que hizo volar en Nuremberga?

34. Aun en siglos más ilustrados padecieron este trabajo algunos hombres de habilidad superior a los demás. Todo lo raro pasa por divino o por diabólico. Juan Fausto, vecino de Moguncia, que, según muchos autores, fué inventor del arte de la imprenta, o si no fué suya la invención (en cuya gloria tiene por competidores a Juan de Guttemberga, natural de Estrasburgo, y al holandés Lorenzo Coster, natural de Harlem), por lo menos fué el primero que usó de ella, vino a vender a París cantidad de Biblias, que acababa de imprimir, como que eran escritas de mano,

---

(1) Lo más admirable es que aun los principios del siglo pasado, en que ya se cultivaban medianamente las matemáticas, no estuviesen enteramente libres de la barbarie de tener por hechiceros los profesores de ellas. El marqués de San Aubin refiere que el año de 1611, Vatan, hombre noble y rico, fué acusado de magia porque hacía imprimir un comentario sobre el libro décimo de los *Elementos* de Euclides.

(1) *Consol. Philos.*, lib. 1, part. 4.

porque aún no había noticia del nuevo arte. Ya que había despachado muchas empezó la gente a notar la semejanza e igualdad de caracteres y planas en todos los ejemplares. Todo parecía de una pluma, siendo imposible no sólo que una pluma escribiese tanto, más también que observase tan perfecta semejanza de unos ejemplares a otros. Todos de común acuerdo resolvieron que aquellos libros se habían escrito por arte mágica, sin que les quedase sobre ello el menor escrúpulo, de modo que Juan Fausto se vió precisado a huir y descubrir luego la nueva invención, para cobrar mucho dinero que le habían quedado debiendo en París.

35. Habiéndose interceptado en Francia cuando ardían las guerras de la Liga algunas cartas de España escritas con caracteres voluntarios, en que se añadía la precaución de variar diferentes alfabetos dentro de una misma carta, lo que parece hacía absolutamente imposible la inteligencia a quien no tuviese la clave, las descifró Francisco Vieta, matemático insigne, inventor de la álgebra especiosa. Muchos juzgaron esta hazaña y no sin alguna verosimilitud, superior a toda humana industria, y según refiere Jacobo Augusto Thuano, los españoles dieron altas quejas en Roma de que los franceses usaban de artes diabólicas para penetrar sus secretos. Pero la verdad era que no había intervenido en este negocio más diablo que un espíritu de rara comprensión y sutileza, ayudado de una aplicación infatigable, pues se cuenta de este raro hombre que algunas veces sucedió estarse tres días con sus noches embelesado en sus especulaciones matemáticas, sin comer ni dormir, salvo un brevísimo reposo que tomaba, reclinándose sobre el brazo de la silla.

36. El suceso que voy a referir ahora es más chistoso. Al jesuíta Adamo Tannero, uno de los hombres más sabios de su tiempo y no menos respetable por su virtud que por su doctrina, le sorprendió la última enfermedad restituyéndose de la Universidad de Praga a su patria Inspruk en un lugar corto. Cuando ya estaba en las últimas agonías, la justicia registró sus ajuares para ponerlos en depósito. Hallaron entre ellos (¡grande asombro!) un pequeño vidrio, en cuya concavidad estaba encerrado un formidable monstruo, armada de terribles astas la frente, negro, escamado y en figura y magnitud semejante a un horrendo dragón. Divulgóse la noticia y fué acudiendo mucha gente entre ella el párroco del lugar. Ocupó a todos el pasmo. Veían existente un imposible. El vidrio era pequeño, la bestia encarcelada en su concavidad era grande con que venía a ser mayor el contenido que el continente qué equivale a ser la parte mayor que el todo. ¿Qué partido tomaría en tan apretada coyuntura el discurso? El único que cabía. El más sabio de los circunstantes, después de pensarlo bien, resolvió que aquella era operación mágica; que el monstruo que veían allí encerrado no era bestia alguna material, sino el demonio, y que el padre que acababa de expirar era sin duda un insigne hechicero que se servía de aquel instrumento para depravados designios. ¿Asintió el concurso a la decisión? ¿Cómo podía ser otra cosa? Por votos uniformes, sin discrepar alguno, se determinó que el cadáver del sabio jesuíta se enterrase en lugar profano y contra aquel visible demonio se procediese con las armas de la Iglesia. Esto estaba resuelto cuando entre los muchos que por instantes iban llegando, aun de los lugares vecinos, a ver tan extraño espectáculo, vino uno que había visto algo de mundo y tenía noticia de la nueva invención de labrar los vidrios de modo que aumenten a la vista los objetos. Al punto que vió el vidrio conoció ser un microscopio. Abrióle y soltó un escarabajo sobre la mesa. Este era el horrible monstruo que a todos había asombrado. Explicoles cómo con el beneficio del vidrio había crecido tanto en la apariencia. Con el desengaño sucedió en todos al pasmo la risa y tratóse el cadáver del imaginado hechicero como era razón. Refiere este suceso nuestro doctí-

simo cardenal Celestino Sfondrati en el libro que intituló *Nodus Praedestinationis dissolutus* (pág. 2, § 2).

37. Mas ¿para qué he de amontonar ejemplares de lo que sucede cada día? Apenas se aparece en cualquiera país un hombre de alguna habilidad especial y hasta entonces no vista, que no le tenga luego el vulgo por hechicero. Esto en nuestra España es más frecuente, porque la incuriosidad de sus naturales hace peregrinas aun aquellas habilidades que están vulgarizadas en otras naciones. Un titeritero o un volatín que haga alguna cosa más de lo que se vió hacer a otros. tiene hechas las pruebas de nigromántico entre la plebe.

38. Nuestro esclarecido benedictino el abad Juan Tritemio fué singularmente infeliz en esta materia, porque le pusieron en la reputación de mágico no los vulgares, sino hombres verdaderamente doctísimos. Dió ocasión el mismo Tritemio con un libro enigmático. que intitnló *Steganographia*, cuyo asunto, mirado en la corteza, se reduce a invocaciones de espíritus, con ritos supersticiosos. Y aunque el autor hace varias protestas de que nada enseña en aquel libro que se oponga a la ley de Dios o a la pureza de la fe, no bastó para su justificación, porque el contexto aparente de la obra desmentía las protestas del autor.

39. El primero que tocó la trompeta en injuria de Tritemio fué un docto francés llamado Carlos de Boville, canónigo de Noyon, el cual, movido de la alta reputación que tenía Tritemio entre todos los literatos de Europa. sólo por verle hizo el viaje a Alemania. Estaba a la sazón Tritemio escribiendo la Steganographia y se la mostró sin revelarle el misterio que escondía. ni le instó sobre ello el francés, antes al punto se apartó de su presencia escandalizado. para publicar por el mundo qué Tritemio estaba escribiendo un libro de nigromancia. Lamentóse de la injuria Tritemio. y dejó por acabar la obra, la cual sin embargo. imperfecta como estaba. se imprimió mucho después de su muerte. Pero como faltaba la clave. fué una piedra de escándalo, en que tropezaron los hombres de mejor juicio, entre ellos el sapientísimo Belarmino (1), diciendo que el libro de la Steganographia está lleno de perniciosos dogmas pertenecientes a la magia. El mismo juicio hizo el padre Delrío y otros muchos. Mas ya después fué manifestado por varios autores el genuino sentido del libro y descubierta la inocencia de Tritemio. Jacobo Gohorí, Blas de Vigenera, Boisardo, Dureto, el abad Segismundo, autor del libro *Trithemius sui ipsius vindex*, los dos sabios jesuítas Adamo Tannero y Gaspar Scoto, el ilustrísimo Caramuel y últimamente nuestro reverendísimo Navarro (2), pusieron más claro que la luz del día que la Steganographia de Tritenio, debajo del negro velo que la cubre, no contiene otra cosa que varios modos de ingeniosas cifras de cartas que el autor quiso ocultar con aquella falsa apariencia, porque el común de los hombres ignorase el artificio, pareciéndole que muchos usarían de él para fines depravados. Acaso no le escribió con ánimo de imprimirle, y acaso su fin no era otro que enviársele manuscrito a Felipe, duque de Baviera, pues en el prólogo a él se le dedica, y dice que por obsequiar y complacer a aquel príncipe le compuso.

40. Ni se me oponga que siendo las cifras tan comunes y fáciles que cualquiera se las puede inventar a su antojo, no había particular riesgo en vulgarizarse las de Tritemio. Es de saber que las de este autor son de muy singular artificio, porque no sólo ocultan lo que se cifra, más también ocultan que la carta va cifrada, consistiendo el ingenio de ellas en que debajo de un contexto claro y seguido a otro asunto, se esconde el secreto que quiere comunicarse al corresponsal. Este género de cifras, así como más seguro para el dueño y para el nuncio, puede, cayendo en manos de malintencionados, ocasio-

(1) *Lib. de Scriptoribus Eccleciasticis* ad ann. 1500.

(2) Proleg. 1. *De Angelis*.

nar mayor perjuicio. En las otras, aunque no se acierte a descifrar la carta, basta conocer que hay cifra para aplicar el remedio o descaminando el aviso o apresando y obligando al que la recibe a franquear la clave. El marido (pongo por ejemplo) con razón dudará de la lealtad de su esposa si la sorprende una carta en cifra: justamente la guardará ya con más cautela, y aun podra con la amenaza y el castigo obligarla a descubrir el secreto. Pero ¿cómo se cautelará si ella recibe debajo del velo de una oración devota un papel de galanteo? Así, este género de cifras es más seguro para los delincuentes y más peligroso para los ofendidos. Lo que se ha dicho del marido respecto de la esposa tiene lugar del mismo modo en el príncipe respecto del vasallo, en el amo respecto del siervo, en el prelado respecto del súbdito.

41. El título que Tritemio dió a su libro manifiesta el intento, porque la voz griega *steganographia* significa escritura oculta o modo oculto de escribir. Compónese del adjetivo *steganos*, que corresponde al latino *tectus, opertus*, y al castellano *cubierto, escondido*, y del sustantivo *graphe*, que corresponde a *scriptio* o *scriptura*.

42. Moviónos a esta breve defensa del abad Tritemio un borrón que encontramos en las obras de don Francisco de Quevedo. Este sazonadísimo ingenio, en las *Zahurdas de Plutón*, discurriendo por los repartimientos del infierno, en uno de ellos coloca, en compañía de otros hechiceros, a Tritemio, con estas voces: *Tras esto vi con su Polygraphia y Steganographia a Tritemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas.* Esta proposición temeraria muestra que Quevedo ni vió ni tuvo bastante noticia de los dos libros que cita, porque el libro de *polygraphia* no es por capítulo alguno sospechoso, pues aunque trata también de modos de cifrar, es abiertamente y sin velo alguno y así en aquel libro nadie puso jamás reparo sino Quevedo, sólo por haberle oído nombrar y sin saber de qué trataba. Parece que también ignoró Quevedo quién fué Tritemio, pues no es creíble que estampase aquel arrojo, si supiese que fué aquel insigne prelado, por su piedad y doctrina, ornamento de Alemania y de su siglo. Henrico Spondano, en la continuación de los *Anales* de Baronio, le preconiza *varón grande y utilísimo a la Iglesia Católica, a su orden y a la República literaria*, y hablando de la esteganografía, da la clave de aquel escrito, absolviéndole de toda sospecha. Natal Alejandro en el octavo tomo de la *Historia Eclesiástica*, después de enumerar muchos escritos, le llama *varón piadosísimo*. Y en un escolio añadido en la segunda edición, dice que a este grande hombre le sucedió lo mismo que al papa Silvestro II y Alberto Magno, que por ser tan grandes, esto es, por alcanzar muchas cosas que superaban el conocimiento de los demás hombres, fueron reputados de muchos por mágicos. Como los libros de Quevedo andan en las manos de todos, me pareció poner aquí el contraveneno a aquella negra sátira.

43. Pero advierto que el expurgatorio del Santo Tribunal de la Inquisición de España prohibe la steganographia de que hablamos, aun en conocimiento de que no contiene cosa alguna de mágica, lo cual hizo justísimamente aquel Tribunal, porque puede ocasionar gravísimos males su lectura a los que ignoran el misterio y aun a muchos de los que pudieran entenderle no es conveniente ponerles tales cifras en la mano. Léese también en el mismo expurgatorio que aquella obra falsamente se adscribe a Tritemio. Es cierto que la tienen por de Tritemio muchos y graves autores, pero habrán examinado mejor la materia los que de orden del Santo Tribunal hicieron esta pesquisa.

44. Algunos quisieron atribuir a Tritemio otro librejo intitulado *Veterum sophorum sigilla et imagines magicae*, porque en la frente de la obra se decía que aquellos sellos e imágenes mágicas se habían sacado de un manuscrito de Tritemio: *Ex Joannis Trithe-*

mii manuscripto eruptae. Pero ningún hombre sabio duda de que esta fué suposición del que lo imprimió, para darle reputación con el nombre de Tritemio, como por el mismo fin el que escribió el disparatado y supersticioso libro de *Mirabilibus* le puso el nombre de Alberto Magno.

§ X

45. La tercera causa de suponerse hechicería donde no la hay es la loca vanidad de algunos que han querido ser tenidos por mágicos sin serlo. ¿Quién creyera que de esto se había de hacer vanidad? Con todo, es el hombre tan neciamente ambicioso de la fama de que sabe algo que los demás ignoran, que por lograr esta gloria no rehusa aquella mancha. Concurre también en esto el interés de ser temidos, para ser obsequiados. ¿Quién se atreverá a hacer la más leve ofensa a un hombre, de quien concibe que tiene imperio sobre su vida, hacienda y honra, y que sobre seguro puede dañarle cuanto quisiere, aun de la mayor distancia? (1).

46. Tritemio en una de sus *Epístolas* (ad Joan. Virgundum) refiere que en su tiempo andaba rodando por Alemania un tal Georgio Sabelico, que a sí propio se nombraba y cualificaba del modo siguiente: *El maestro Georgio Sabelico, fuente de los nigrománticos, astrólogo, mágico, quiromántico, aeromántico, piromántico*, etc. Debajo de todos estos títulos (verdaderamente honrosos) no había más que un embustero, que, o por vanidad o por interés, fingía ser lo que no era, pues el mismo Tritemio advierte que prometía hacer muchas cosas y ninguna hacía. Paracelso, a lo que se podía discurrir, adoleció de la misma locura, pues no solo en algunos de sus escritos se jacta de inteligente en la mágica, mas también a su discípulo Juan Oporino le decía que tenía los demonios a su mandado y le amenzaba a veces con ellos. Pero el mismo Operino da a entender que esto sólo lo hacía estando poseído del vino, que le sucedía frecuentemente y nunca vió puesta en ejecución la amenaza ni efecto alguno de la mágica de Paracelso, sino el que acostándose a veces sin un dinero, por la mañana le mostraba algunas monedas de plata y oro. Pero ésta no es bastante prueba, porque podía tener escondido aquel caudal, para persuadir después que le había adquirido por su mágica.

47. El mismo juicio se puede hacer de Henrico Cornelio Agripa, como dejamos apuntado arriba. Y lo confirma aquella jactancia suya de que sabía el gran secreto de comunicar en un momento cualquiera noticia a otro que distase muchos centenares de leguas, haciéndole leer por reflexión en la luna lo mismo que él escribiese con sangre en un espejo. No sólo dijo que sabía hacerlo, sino que lo había hecho mu-

(1) Monsieur de Segrais dice que el abad Brigalier hacía cuanto podía porque le tuviesen por mágico, y logró esa opinión con muchos en fuerza de sus artificios. Una dama que, por equivocación, había comprado una pieza de tela encarnada queriéndola verde, se la envió al abad Brigalier, pidiéndole que, usando su magia, se la hiciese verde. El abad, que no quería perder su buena reputación, quedándose con la tela encarnada, compró otra verde, que envió a la dama, haciéndole creer que era la misma que había recibido de ella.

Todo el pueblo de León de Francia —dice el mismo autor— creyó que dicho abad había hecho ver al diablo a muchas personas. El se lo había ofrecido para tal día y tal hora. La ejecución fué de esta manera. Abrió un nicho en la pared detrás de una pintura del diablo que tenía en su casa. En él acomodó un mendigo cojo, atezado y feísimo, a quien de más a más ennegreció con tinta, previniéndole que cuando él hiciese la tal señal, arrojando el lienzo que tenía delante de sí, saltase a la sala. Juntamente le avisó cómo y por dónde se había de desaparecer luego. Juntáronse las personas convidadas al triste espectáculo a la hora señalada. El abad hizo ciertas ceremonias en aire de ritos mágicos. Hizo luego la señal. Arrojóse el mendigo a la sala, derribando el lienzo que le escondía y, después de hacer uno u otro ademán de acometer a la gente, se escapó por una puerta cubierta de un tapiz, sin que nadie pudiese observarlo por el sumo aturdimiento de todos. La burla fué pesadísima, porque muchos saltaron por las ventanas, conque hubo muchísimas piernas y brazos quebrados.

chas veces. No hubo testigo alguno de este prodigio, siendo así que los caracteres trasladados al astro necesariamente se habían de ver en todo el hemisferio.

48. No hay en la materia que tratamos cosa más digna de risa que el que dos hombres verdaderamente grandes y mutuamente grandes enemigos, Jerónimo Cardano y Julio César Escalígero, se preciasen de tener espíritus asistentes que les dictaban lo que escribían. Díjolo primero de sí Cardano y sospechan algunos que el fingir después de sí lo mismo Escalígero, fué porque no tuviesen por menos sublime su doctrina que la de su competidor. ¡Oh emulación de ingenios, cuánto arrastras y a qué precipicios llevas! Cardano a su propio padre manchó con esta nota, diciendo que había tenido un espíritu asistente treinta y tres años, por cuyo medio comerciaba con otros espíritus, y refiere la disputa que en una ocasión tuvo con tres demonios que defendían la doctrina de Averroes. ¡Raras invenciones!

49. Si algo hay más ridículo que esto es lo que Plinio refiere del famoso gramático Apión. Era éste un hombre sumamente jactancioso, que apenas cesaba de gritar sus elogios y a quien por esto llamaba Tiberio, en cuyo tiempo floreció, *campana del mundo*. Pareciéndole corta la estimación que le daban por su saber, se quiso hacer respetar por nigromántico, diciendo que tenía arte para evocar las almas del abismo y que de hecho había evocado del infierno la de Homero para preguntarle cuál era su patria. Plinio dice que siendo muchacho se lo oyó decir al mismo Apión, pero que nunca declaró qué le había respondido Homero. ¡Oh cuánto abusan unos hombres de la credulidad de otros! Semejante cosa cuenta Juan Bodino en su *Daemonomania* de Hermolao Bárbaro, que evocó el alma de Aristóteles para preguntarle qué había querido significar en la voz *Entelequia*. ¿Quién ha de creer que usasen estos hombres de la nigromancia para averiguar estas frioleras y no para otras cosas de mucho mayor utilidad y sustancia? Lo de Hermolao Bárbaro debe tenerse por mentira de Bodino, porque nunca fué sospechoso de magia. Hízole el papa Inocencio VIII, en atención a su insigne literatura, patriarca de Aquileya, y le tenía destinado para la sagrada púrpura, a que no llegó, preocupado de la muerte. Esto sobra para justificarle y para condenarle es muy corta la autoridad de Bodino, hombre iniciado en materia de religión, de quien dicen algunos que murió en el judaísmo y que es cierto que en su libro intitulado *Daemoniomania* escribió muchos embustes, en que se conoce que tuvo poca razón el padre Delrío para trasladar de él varias noticias.

50. Dejando ejemplos ilustres de otros tiempos, hoy se hallan no pocos, especialmente entre gente miserable, que hacen negociación del afectado uso de artes ilícitas. Apenas hay país donde no se verá una vieja que recibe sus cuartos porque la creen que con palabras y bendiciones puede curar estas o las otras enfermedades, ya de los racionales, ya de los brutos. Yo conocí una, que en toda la tierra era tenida por insigne hechicera, porque ella quería que la tuviesen por tal; de este modo lograba que nadie le negase un cuarto o un bocado de pan cuando llegaba a pedir limosna, temiendo la venganza. Era una vieja inmunda y desdichada y no sabía otra cosa que unas imprecaciones, puestas en consonante o asonante, que ella misma había fabricado. Ni es menester tanto para que el vulgo tenga a una por hechicera: bástale ver un vieja de mala condición y peor gesto, para que le sea sospechosa, y el que ha tenido con ella alguna quimera, cualquier revés que después padezca en la hacienda o en la salud, a ella se le achaca. Tal vez el médico influye en esta vana creencia, diciendo, cuando no puede curar ni comprender la enfermedad, que son hechizos. La prueba más concluyente de que en esta materia hay muchos errores, es que no obstante el vigilantísimo cuidado

con que el Santo Tribunal de la Inquisición se aplica a examinar y castigar hechiceros y hechiceras, rarísimo se halla en los autos de fe castigado por tal pero sí muchos por embusteros.

§ XI

51. La cuarta causa de la ficción de hechicerías es la malevolencia o enemistad con los sujetos a quienes se atribuyen. Los herejes y cismáticos han usado muchas veces de este género de calumnia. Arriba se dijo su impostura respecto de Silvestro II. Al papa Gregorio VII, uno de los más excelentes hombres que ocuparon jamás la silla, favorecido de Dios con repetidos milagros y canonizado después por la Iglesia, no sólo levantaron los cismáticos de su tiempo los crímenes de simonía y de comercio ilícito con la piadosísima condesa Matilde, mas también el de hechicero.

52. Los ingleses, que debajo de la conducta de su rey Henrico VI hacían la guerra en Francia, habiendo sorprendido a la famosa heroína francesa Juana de Arco, conocida por el nombre de la *Poncella* o *Doncella de Francia*, le hicieron proceso sobre que era hechicera, y dándole por bien probado, la quemaron viva en la plaza de Ruan, injuria de que aún hoy se quejan los franceses, los cuales bien al contrario sienten que aquella rara mujer se gobernó en todas sus empresas por divina inspiración. Es harto verosímil que los ingleses, irritados por las graves pérdidas que les había ocasionado la generosa francesa, desahogasen la ira, imputándole aquel crimen sin bastante prueba.

53. En la misma Francia, en tiempo de Luis XIII, padeció el mismo suplicio que la Doncella un cura llamado Grandier, acusado del mismo delito. El cardenal Richelieu, móvil único a la sazón de aquel reino, solicitó con tanto ardor el proceso y castigo de aquel pobre eclesiástico, que autores franceses desapasionados sospechan que no se procedió en el caso con mucha justicia. Había tenido este cura un encuentro con aquel ministro antes que lo fuese, de que éste quedó sumamente resentido. Atribuyósele también, con verdad o sin ella, una sátira que pareció contra el mismo valido, y como en Richelieu notaron muchos un genio muy inclinado a la venganza, no se hizo increíble que siendo él el actor pasase en Grandier por verdadera culpa una leve sospecha. Digo lo que dicen algunos franceses: que yo no me atreveré a poner la menor nota en un sujeto de tan alto carácter.

§ XII

54. La quinta y última causa de ser algunos reputados por hechiceros sin serlo, es porque ellos falsamente creen que lo son. Esto puede suceder de dos maneras: o con delito o sin él. No es de creer que Dios permite que el demonio preste su asistencia a todos los perversos que la solicitan; antes es verosímil que los más de éstos se ven frustrados en sus depravados intentos. Pero ¿qué sucede en este caso? Que usan de medios, de su naturaleza supersticiosos, como círculos mágicos, imágenes ficticias, miembros de cadáveres y de otras cosas semejantes, sobre la instrucción que han tenido de que a aquellas cosas está anejo, por pacto que llaman implícito, el auxilio del enemigo común. Y aunque éste, detenido por la mano omnipotente no acude al patrocinio de aquellos devotos suyos, como acaso hizo con otros que usaron de los mismos medios, no basta para su desengaño, ya porque se dan la respuesta que el demonio no es de tan buena condición que condescienda a todas las súplicas, ya porque muchas veces se logra el suceso deseado sin intervenir más que las causas comunes, y ellos lo atribuyen a la eficacia de sus ceremonias. Esto sucede frecuentemente a los curanderos supersticiosos. Son

llamados de la gente rústica para unos géneros de dolencias que sin auxilio forastero la naturaleza cura por sí misma. Hacen sus habilidades; convalece después el enfermo y a la superstición se atribuye la mejoría que se debió a la naturaleza. Estos son dignos de severo castigo, no sólo por la disposición de ánimo al pacto con el demonio, mas también porque cuanto es de su parte la acompañan con la obra externa.

55. Otros hay, o por lo menos puede haber, más dignos de lástima que de pena. No es dudable que como a algunos hombres se pervierte el juicio, de modo que se imaginan muy otros de lo que son, uno que es rey, otro que es papa, otro que es rico, siendo pobrísimo, llegando en algunos a tal extremo el desorden de la fantasía que se juzgan ser de esta o aquella especie de brutos, como lobos, perros, gallos, etc., puede suceder que haya hombres que por el mismo desconcierto del cerebro se imaginen mágicos y crean que hacen por la mágica cosas maravillosas. Si el cerebro está pervertido sólo en orden a este objeto determinado (como es frecuente en las manías), estos hombres hablarán en lo demás con orden y concierto: con que está todo hecho para que el vulgo ignorante les crea lo que ellos dicen de sus hechicerías.

56. Un ejemplo de esto, harto memorable, se halla en la historia. En tiempo de Ludovico Pío se apoderó fuertemente del vulgo la persuasión de que el granizo y demás injurias del aire con que se maltratan los frutos de la tierra eran causadas por unos hechiceros, que la plebe llamaba *tempestarios*. De hecho había hombres que decían tenían poder para impedir las tempestades y recibían de los particulares determinada porción de frutos por el beneficio de precaver ese daño. Algunos de estos miserables confesaron en juicio, aun viendo que otros por lo mismo eran castigados con pena capital, el crimen de sortilegio, y fueron ajusticiados, sin otra culpa que la fatua persuasión en que estaban de que la tenían. San Agobardo, a la sazón arzobispo Lugdunense y hombre doctísimo, trabajó mucho en impedir este desorden y escribió un libro sobre el asunto, donde dice que corría en el vulgo como cosa notoria que los tempestarios vendían los frutos mismos que talaban a ciertos habitadores del país de Magodia (provincia de la Arabia, según San Epifanio, citado por Baronio y Ortelio), los cuales venían en navíos por el aire a comprarlos, y que en una ocasión el mismo Agobardo tuvo harto trabajo en librar de las manos del populacho tres hombres y una mujer, que se decía habían caído de uno de aquellos navíos.

57. Añade aquel ilustre prelado que pocos años antes había cundido otro error igualmente absurdo. Hubo por toda Europa mortandad epidémica de bueyes, y se levantó en el vulgo el rumor de que Grimaldo, duque de Benevento, enemigo de Carlo Magno, era autor de aquel estrago, esparciendo por todas partes por medio de algunos confidentes unos polvos fatales para aquella especie de ganado. Así Agobardo como todos los autores que hacen mención de esta voz popular, tienen por imposible el hecho, y Natal Alejandro dice bien que aunque todos los vecinos de Benevento, hombres y mujeres, viejos, mozos y niños se esparciesen por Europa, llevando cada uno tres carros cargados de los perniciosos polvos, no podrían hacer tan universal el daño; sin embargo, muchos de los que fueron arrestados por sospechosos de esta común injuria confesaron que habían esparcido los polvos, lo que San Agobardo atribuye a demencia maniática de aquellos desdichados, sin que pudiese ser otra cosa.

58. No hay mucho que admirar en esto. Puede ser que todos aquellos, que en los casos referidos se confesaron delincuentes sin serlo, fuesen antecedentemente fatuos o locos, sin que acusadores, testigos y jueces los hubiesen observado tales. Puede ser que sin que

lo fuesen antes, enloqueciesen cuando vieron sobre sí la sospecha de tan atroz delito, porque el miedo de la pena y de la infamia es capaz de pervertir el uso de la razón a genios demasiadamente pusilánimes, mucho más si encuentran ya en el temperamento del cerebro algunas disposiciones. No hay pasión vehemente que no sea capaz de hacer este estrago, pero especialmente el susto y la ira.

59. Finalmente, aun antecedentemente a toda sospecha, pudieron caer en este delirio. Sucede a veces que a sujetos en quienes concurren imaginación viva y corazón apocado, cuando meditan asustados en algún delito grave, especialmente si tiene conmovido el pueblo y cuidadosa la justicia, se les conturba el cerebro extrañamente, de modo que recibe imágenes peregrinas y representaciones quiméricas. El horror del delito y la severidad de la pena ponen en tal desorden los espíritus animales, que del miedo de caer en la culpa, pasa la imaginación a aprehenderla como cometida. De meditarla profundamente como posible, hace tránsito a concebirla existente. La aprehensión fuerte de la especie que al principio se miraba como abstracta la estampa tan adentro y con tanta viveza que ya se representa como concretada y propia de la persona.

60. De esto se ve un ejemplo claro en los sujetos muy escrupulosos, que creen a veces que cometieron aquellos pecados a que tienen más horror: execraciones, blasfemias, herejías. Precipítase ciega la imaginación en aquellos objetos de que huye despavorida la voluntad, como suele uno dar de cabeza en el mismo sitio de donde voluntariamente le desvían los pies, o como al que camina por un despeñadero, el ansioso conato de no caer le conturba de modo que cae. Tengo la experiencia de una persona, por otra parte muy prudente y advertida, pero muy escrupulosa, que a veces se confesaba de criminales obras externas, que en las circunstancias en que estaba le eran imposibles, conociendo yo que esto no dependía de otra cosa que del continuo afán en que la ponía el miedo de consentir interiormente en ellas, como de hecho yo podía jurar que jamás consentía.

61. Por esto venero profundamente aquella discretísima lentitud con que en sus resoluciones procede el Santo Tribunal de la Inquisición. Además de los estorbos que la malicia o ignorancia de los hombres opone al examen de la verdad, en los delitos que juzga aquel tribunal, hay mayor riesgo de que un fatuo pase por verdadero delincuente. La herejía, la blasfemia, el rito supersticioso son crímenes horrendos, pero en que es muy posible que la obra externa provenga más de depravación del entendimiento que de perversión de la voluntad.

62. No pocos autores han creído que todo cuanto se cuenta de la traslación de las que llamamos brujas por el aire a los lugares donde tienen sus concilios o conventículos abominables, es fábula originada de error de las mismas que han confesado este delito. Dicen que aquel ungüento que para este efecto usan tiene sólo la virtud de adormecerlas profundamente; que luego que se sepultan en aquel letargo o porque el demonio les conmueve la fantasía o porque ésta está de antemano altamente sellada de aquellas especies, concurriendo acaso en parte la virtud natural del ungüento, sueñan tan vivamente que vuelan y asienten a aquellos diabólicos congresos, que cuando despiertan firmísimamente creen que no fué sueño, sino realidad. Alegan ejemplos claros en comprobación de esto, que sería prolijo el referir ahora; pero a la verdad, los ejemplos prueban que muchas veces es sólo soñado el vuelo de las brujas, pero de ningún modo que otras veces no sea real y verdadero. Es cierto que el demonio, permitiéndoselo Dios, puede hacerlo. Si lo hace o no en este o en el otro caso particular, puede liquidarlo la prudencia y discreción de los jueces.

63. Más arrojados otros autores, se inclinan a que no se castigue el crimen de sortilegio o hechicería, persuadidos a que casi siempre es ilusión; para lo cual alegan que en los países donde no se pesquisa ni procesa sobre este delito, ningún hechicero parece, y al contrario, se multiplican donde hay más severidad con ellos. De aquí infieren que todo es perturbación de la fantasía, ocasionada de la profunda impresión que hacen en ella las historias que oyen de hechicerías y el terrible espectáculo de los castigos de los hechiceros, lo cual, como falta en los países donde no se trata de castigar este crimen, no se descubre algún hechicero, porque ninguno sueña que lo es. El padre Malebranche, que parece propenso a este sentir (1), dice que en algunos parlamentos a nadie se hace proceso sobre el delito de hechicería. Algunos comprenden en este número el Parlamento de París. Citan también un canon del Concilio Ancirano, en que parece se declara ser meras ilusiones cuanto se dice de los vuelos y conventículos de las brujas.

64. Con mucha razón dijo el ilustrísimo Cano que algunos hombres grandes afectan apartarse tanto de la vana credulidad del vulgo, que dan en el extremo opuesto vicioso: *At viri quidam excellentes, cum a vulgi facilitate et credulitate declinant, in adversum cuandoque vitium incurrunt* (2). Que haya tantos hechiceros, tantas brujas, que sean frecuentes esas transmigraciones por el aire, que Dios dé tanta libertad al demonio, especialmente después que con su venida al mundo le destronizó de su imperio, sólo cabe en la credulidad del vulgo; pero ponerlo en paraje de que todo esto o casi todo sea ilusión, es otro extremo vicioso y mucho más arriesgado. Los Concilios fulminan anatemas contra los hechiceros. Los padres hablan de ellos. El Derecho civil y canónico señalan penas a este delito. Sabemos que muchos fueron castigados por él en senados rectísimos. Y sea lo que se fuere de otros tribunales, la suma madurez con que en todo procede el de la Inquisición hace certeza moral de la existencia de tales delincuentes.

(1) Lib 2, *De Inquir. verit.*, cap. últ.
(2) *De Locis*, lib. 11, cap. V.

65. Lo que se dice del Parlamento de París se lee ser falso en el Diccionario de Moreri, donde se citan casos en que aquel Senado procedió contra algunos hechiceros, y se añade que no hay parlamento alguno en Francia donde no se admita la acusación de este crimen. Es verdad que en tiempo de Luis XIV, por orden de aquel gran rey se mitigó mucho el modo de proceder contra los hechiceros, conmutando en pena de destierro la sentencia capital que el Parlamento de Ruan había pronunciado contra varios particulares acusados de este delito. Y en 26 de abril de 1672, por medio de su Consejo de Estado, expidió el mismo príncipe decreto para que por toda la provincia de Normandía diesen suelta a cuantos estaban presos por acusados de magia o sortilegio. Así lo refiere el docto Edigio Menagio. Es de creer que la nimia credulidad no sólo del vulgo, mas aun de los jueces, motivase una providencia tan extraordinaria. Al canon del Concilio Ancirano responde latamente Delrío en el libro 5 de las *Disquisiciones Mágicas* (1).

66. Por conclusión noto aquí que aquella visión nocturna que en algunos países llaman *hueste* y quieren que sea procesión de brujas, es mera fábula a que dieron ocasión las exhalaciones encendidas que los físicos llaman *fuegos fatuos*. El vulgo, viendo aquellas luces y no pudiendo creer que fuese cosa natural, la atribuyó a operación diabólica. Sobre este supuesto fabricó mil quimeras y dió ocasión a que algunos embusteros contasen mil patrañas.

(1) Lo que referimos en este número de la Normandía nos trae a la memoria lo que dice la Mothe le Vayer, que en Lorena, cuando los señores confiscaban los bienes de los que eran acusados de hechicería, había más hechiceros en Lorena que en todo el resto de Europa.

EXPLICACION DE LA ESTEGANOGRAFIA

del abad Tritemio

§ I

2. Instado de un amigo mío que, celoso de la honra del abad Tritemio, ha juzgado no bastaría para disipar en todos la sospecha de su magia lo que en su defensa hemos escrito en este Discurso 5 de este segundo tomo, desde el número 38 hasta el 42 inclusive, he resuelto dar a luz la clave de la esteganografía y revelar todo el misterio de ella, siguiendo a Wolfango Ernesto Heidel, quien trató este mismo asunto con mucha extensión y espero que en ninguno podrá quedar ya la más leve duda de la inocencia de este escritor.

3. No hay que extrañar, a la verdad, que la nota de magia impuesta al libro de la esteganografía haya tomado tanto vuelo, después que cayeron en este error algunos doctos de gran fama, entre quienes daremos justamente el primer lugar a dos insignes escritores, el cardenal Belarmino y el padre Antonio Posevino, cuya autoridad pudo imprimir en el público el mismo dictamen. Ni tampoco me atreveré a anotar de temeridad a aquellos sabios, los cuales acaso hallaron sólo noticias oídas o leídas en otros, sin ver el libro fuera de que el mismo contexto de él, separado de lo que persuade en contrario el mérito insigne del autor, da algún motivo de sospecha.

4. Sólo una cosa se hace extrañar en el cardenal Belarmino, y es decir que el mismo Tritemio reconoció y confesó la perniciosa magia de su libro. *Scripsit* (dice hablando de Tritemio en el libro *De Script. Ecclesiast.* al año de 1500), *opus inscriptum Steganographiam, id est occultam scriptionem, quod opus prohibitum merito est, cum sit plenum perniciosis dogmatibus ad Magiam pertinentibus, quod et ipse agnovit et confessus est.* Es cierto que padeció en ello equivocación este grande hombre, pues bien lejos de confesar Tritemio la magia supersticiosa de su libro, hizo repetidas protestas de la pureza de él; y en el prólogo de la *Poligrafía*, cuando ya Carlos de Boville había publicado la impostura, declama fuertemente contra él y contra ella. *In qua* (dice hablando de una carta de Boville, en que estampó la calumnia) *non intellectae Steganographiae mentionem faciens, me pravis artibus deditum, Magum et Necromanticum falso, mendaciter et nimis iniuriose temeraria praesumptione proclamat. Cuius mendacissimis injuriis et blasphemiis, Deo miserante, brevi taliter sum responsurus, quo intelligat omnia posteritas et me innocentem et Bovillum impium, crudelem et temerarium esse in hac parte mendacem. Constanter affirmo, veraciter dico et confidenter in animam meam iuro, cum doemonibus, pravis ac perniciosi Magicis vel Necromanticis artibus, me nullum unquam hubuisse commercium; sed omnia et singula, quae scripsi, vel scripturum me sum pollicitus, pura esse, sana, naturalia et Christianae Fidei in nullo peuitus adversa.* Y al fin del prólogo, añade: *Sum enim Christianus, sum Presbyter sub norma Divi Patris Benedicti et Monachus: Christum diligo et qua possum sinceritate meutis devotus semper adoro, nulla mihi sunt et protectore Deo, nulla erunt cum daemonibus commercia: nulla in Magicis. Necromanticis, seu Profanis artibus studia, nullae occupationes, nulla documenta. Qui de me aliter sentit, male seuit iniuriam facit et apertum Bovilli mendacium defeudit.*

5. Estuvo, pues, Tritemio tan lejos de confesar la mágica iniquidad de su esteganografía como de incurrir en ella. Pero vamos ya a evidenciar la inocencia de este escrito, poniendo tan clara como la luz del día su inteligencia. Para lo cual debemos prevenir que la esteganografía contiene dos libros enteros y otro, que es el tercero, empezado.

Explicación del primer libro

§ II

6. Todo el misterio de la esteganografía consiste en esconder debajo del velo de unas fingidas conjuraciones mágicas o invocaciones de espíritus, las claves de diferentes cifras o modos de escribir ocultos. Las cifras de que usa o qué propone Tritemio, todas están comprendidas debajo de una idea general, que es la de colocar el secreto que se quiere manifestar al corresponsal en un escrito de significación corriente o descubierta de modo que si sucediese interceptar alguno la carta, la dejará pasar, porque leyéndola toda sin embarazo no puede imaginar que haya en ella alguna cifra. Pero, ¿cómo se hace esto? Formando con tales dicciones el escrito que las letras iniciales de ellas digan al que está advertido de la clave el secreto que se le quiere revelar. Mas en esto mismo cabe bastante variedad, porque pueden aprovecharse para escribir el secreto las iniciales de todas las dicciones, pueden alternarse de modo que una sirva y otra no; pueden disponerse de modo que vaquen dos y sirva una o al contrario, vaque una y sirvan dos, o que después de tres que vaquen, sirvan dos o al contrario, etc. Y según estas diferentes combinaciones, varió Tritemio sus cifras y las claves de ellas en las conjuraciones. Vamos a poner esto manifiesto con dos ejemplos que tomaremos de las dos primeras conjuraciones del primer libro de la esteganografía.

Conjuración primera

7. Pamersiel *Oshurmi* delmuson, *thafloyn* peano *charustrea* melany *lyamunto* colchan, *paroys* madin *moerlay* bulre *atleor* don *melcove* peloin, *ibutsyl* meon *mysbreath* alini *dria-*

co person. *Chrisolnay* lemon *asosle* mydar *icoriel* pean *thalmo*, asophiel *ilnotreon* baniel *acrimos* estevor *naelma* besrena *thulaomor* fronian *beldodrayn* bon *otalmesgo* merofas *elnathyn* BOSRAMOTH.

8. La persuasión común de que los magos en sus diabólicos conjuros usan de voces de sonido bárbaro, o porque son extraídas de algún idioma peregrino o porque ellos se forman para esto algún particular idioma o porque el demonio se lo ha enseñado, y en parte porque algunas de aquellas voces, especialmente las que tienen terminación hebrea, son nombres propios de algunos espíritus infernales; esta común persuasión, digo, contribuyó mucho para formar el juicio de que así la conjuración que acabamos de copiar, como todas las demás de la esteganografía (porque todas tienen las voces el mismo sonido bárbaro) son verdaderas conjuraciones mágicas.

9. Esto alucinó al buen Carlos de Boville, como muestra el siguiente pasaje suyo que trae Tomás Pope Blount (in Trithemio): *Ad Trithemium diverti, quem reperi Magum, nulla Philosophiae parte insigne. Eius Steganographiam evolvi velitatim nonnullorum capitum perlegens initia. Vis horas duas librum in manibus habui: adieci enim eum illico, quod terrere coeperant me tantae adiurationes, ac tam barbara atque insolita Spirituum (ne forte dicam daemonum) nomina. Universa vero huiusmodi nomina (quoad videre visus sum) ignotae linguae sunt. Aut enim Arabica, aut Hebraica, aut Chaldaica, aut Graeca: Latina pauca, aut ferme nulla.*

10. Pero ni hay hombres de espíritus ni voces propias de algún idioma en la conjuración propuesta ni en otra alguna de todo la esteganografía o, por mejor decir, no hay en toda la esteganografía conjuración alguna o invocación de espíritus ni buenos ni malos. El contenido de la conjuración que hemos copiado, no es otra cosa que la clave de la primera cifra que propone Tritemio, y lo que dice es que en esta cifra, juntas las letras iniciales de todas las dicciones de la carta o escrito, manifiestan el secreto. Pero, ¿cómo lo dice? Con un modo oculto y artificioso, que ya voy a descubrir.

11. Contiene esta conjuración cuarenta y cinco dicciones, de las cuales la primera y última están ociosas. De las cuarenta y tres restantes se toman veintidós alternando, esto es, tomando una y dejando otra. Las que se toman son las que dejo arriba escritas con letra cursiva. Colócanse luego estas dicciones aparte y de todas las letras de que constan se deja una y se toma otra, alternando y lo que dicen las letras que se toman es la clave para entender la cifra. Harάse esto palpable juntando las dicciones de letra cursiva de la conjuración; y repitiendo sobre ellas las letras que revelan la clave del siguiente modo:

12. oShUrMi, ThAfLoYn, ChArUsTrEa, LyAm, Un To, PaRoYs, MoErLaY, aTlEoR, mElCoUe, lbUtSyL, mIsBrEaTh, DrIaCo, CrIsOlNaY, aSoSlE, iCoRiEl, ThAlMo, IlNoTrEoN, oCrImOs, NaElMa, ThUlAoMoR, bElDoDrAyN, oTaLmEsGo, ElNaThYn.

13. He aquí formada ahora con las letras tomadas alternativamente esta sentencia: *Sum tali cautela, ut prime litere cuiuslibet dictionis secretam intencionem tuam reddant legenti.* Se advierte que en tiempo de Tritemio aún no se escribían los diptongos y en otras algunas cosas era distinta la ortografía de la que hoy se usa. Pone Tritemio un ejemplo de esta cifra en una devota oración, que es la siguiente:

14. *Lucidum iuvar aeternae b atitudinis, excellentissime Rex, gubernator et tutor robustissime universorum virtuose viventium, exulum refugiumde bitum, virtus, unanimitas, vicu'um omnium, laetitia lugentium, exultatio sancta tristium, virtus fragilium, nutritor egentium, salusque, tribulatorum, miserorum adiutor, novilium triumphator, administrator gratiarum guberna, et rege vitam servorum tuorum, sanans infirmitates nostras, Salvator omnium, de cus viventium, animarum lucidissimum lumen, esurientium refugium, benisnissime amator servorum tuorum, virtutum aeterne remunerator. mitis animarum glorificator servientium tibi. Vivifica nos, Domine, ut moribus bonis decorati iugiter exultemus. Fortitudo vero nos fortifica, ut nitore sanctitatis afficiamur renovati. Adiuva nos, Domine, aeterne Redemptor, libera amatores nominis tui, peccatum omnibus remitte. Tentationes extingue nocentibus, vitam, virtuosam, amoremque rectitudinis tribue exorantibus nobis. Deus altissime vere vivificator infirmantium, lumen lugentium, exaudi nos, ut vitam iustam, rectamque mereamur iugiter tenere. Vivifica nos Salvtor et Rex misericordissime, zelantes veritatem, gaudeamusque aeterno Regno sublimati. Conserva humiles indulge noxas extermina nocentes.*

15. El secreto contenido en esta oración está significado en idioma teutónico, porque Tritemio, así en las claves como en las cifras, usó ya de su idioma patrio, ya del latino; en unas de aquél, y en otras de éste, aunque más frecuentemente del latino. Juntando, pues, según la clave propuesta en la conjuración, las letras iniciales de todas las dicciones de que consta esta oración, sale la siguiente cláusula de lengua teutónica: *Lieber Getruwer duvollelit uf nest Mantag gerust sin so du aller hast vermagst und umb die funf unser dant ler portem wartem dauvillen wir mit unserm zuger schinen.* Lo que según la traducción que hizo un dominicano alemán, residente en el convento de San Esteban de Salamanca, a petición de nuestro maestro Navarro, viene a decir en latín: *Delecte, et fidelis, ut proxima die feria secunda paratus sis, si negotia tua te non impediant, et nos hora quinta prope portam eivitatis expectes peto: ibidem nostris rebus volumus comparere.*

16. Supongamos que de dos amigos que han concertado usar para sus correspondencias reservadas de la clave envuelta en la primera conjuración tritemiana, uno envía a otro cubierta con su sobreescrito esta oración, diciéndole, para mayor disimulo, que se la envía para que use de ella, porque le parece muy devota. Supongamos más: que el pliego cae en manos de algún enemigo suyo que tiene la correspondencia de los dos por sospechosa; no sólo no entenderá la cifra, mas como halla en todo el contenido un sentido seguido y claro ni aún sospechará que hay en él cifra alguna, conque dejará correr el pliego. Pero llegando éste a manos del corresponsal, prevenido de que se use en él de la clave envuelta en la primera conjuración, juntará las iniciales de todas las dicciones de la oración y, enterado de su significación. ejecutará lo que le pide el amigo.

17. Para mayor claridad pondremos aquí una breve muestra de este modo de cifrar en castellano. Quiero significar a un amigo que se guarde de Pedro, que le quiere matar, y lo hago con esta breve carta: *Amigo, Recibí Muy Alegre Tu Erudita Carta Oy Nueve. Tengo Razones Algunas Para Excusarme De Responderte Oy.* El amigo que recibe este papel, advertido de antemano de que usamos en nuestra correspondencia de la primera cifra tritemiana, junta las iniciales de todas las dicciones de la carta, y en ellas halla formado este aviso: *Armate contra Pedro.*

18. Sin embargo, este modo de cifrar es el menos cómodo de todos los que propone Tritemio porque sobre ser el más difícil de ejecutarse, es el menos difícil de descubrirse. El componer una carta de contexto seguido y claro de modo que todas las dicciones tengan iniciales aptas para la revelación del secreto, es muy trabajoso, como conocerá cualquiera que tiente la ejecución. Por eso Tritemio, que, constante en el designio de usar en la esteganografía de expresiones que suenan a magia, da el nombre de espíritus a las dicciones y a las letras, dice que los espíritus que se invocan en aquella primera conjuración *Parmesiel,* son unos espíritus rebeldes. Quiere decir que es muy difícil hacer que vengan al contexto las dicciones que se necesitan para aquella especie de cifra. Por otra parte, ésta es la más expuesta porque si alguno por dicha le viene el pensamiento de que en las iniciales haya algún misterio, al punto se le viene el secreto a los ojos.

19. Por esto en las siguientes conjuraciones propuso Tritemio otros modos de cifrar más fáciles para la ejecución y más difíciles para la inteligencia, cuyo artificio conviene con el primero en la idea general de servirse de las iniciales, pero no en usar de las de todas las dicciones, antes se entretejen en el contexto muchas que aunque sirven para formar el contexto claro de la carta, para la inteligencia de la cifra se separan como inútiles. Esto se puede hacer de muchas maneras: ya alternando de modo que una dicción sirva y otra no; ya entreverando dos inútiles con cada una de las que sirven, ya tres con cada una, ya dos de las que sirven con cada una de las inútiles, ya empezando por las que sirven, ya empezando por las inútiles, etc. En esta conformidad varió sus cifras Titremio, proponiendo para cada combinación distinta clave, que envolvió en distintas conjuraciones, del mismo modo que la de la primera cifra está envuelta en la primera conjuración, esto es, echando fuera en todas las conjuraciones la primera y última dicción; ir después sucesivamente tomando unas, dejando otras; juntar las que se toman y en éstas ir sucesivamente dejando una letra y tomando otra.

20. La clave que Tritemio encerró en la segunda conjuración, y se desenvuelve en la misma forma que la de la primera, es esta: *Primus apex verbi primi, tertii, et doceat Artem.* Quiere decir que en esta cifra se tomen las iniciales de las dicciones de la carta, alternando una sí y otra no; esto es, de la primera, tercera, quinta, séptima, etc. Empieza la conjuración en que está envuelta esta clave con estas voces: *Padiel aporsy mesarpon Omevas peludyn,* etc., donde se puede ver que, removida la primera voz *Padiel* y la tercera y quinta, según el método observado en sacar la clave de la primera conjuración, y juntando las intermedias *aporsy omevas,* en las cuales dejando la primera letra, se toma la inmediata y después alternando se forma la voz *primus,* que es la primera de esta segunda clave.

21. De esta segunda cifra puso también Tritemio un ejemplo en otra, en parte oración, en parte exhortación, y es como se sigue: *Humanae salutis amator, qui creavit omnia, nobis indixit obedientiam mandatorum, cui omnes tenemur obedire, et obsequi. Praemium sanctae obedientiae erit sempiterna felicitas timentibus Deum. Xpti obedientiam in omnibus imitari studeamus, ut vitam aeternam promissamnobis mereamur ingredi cum Angelis per misericordiam Dei. Agamus poenitentiam dum possumus, tempus vitae est brevissimum, cito mors imparatos offendet, repente negligentes consumet, iudicio animas trasmutet. In paenitentia agenda fratres non tardetis, velocier enim ad vos mors venient quam nemo vestrum diu evadere potest. Dies ergo vestros transeunes conspicite, paenitentiam inchoate cum tempus habetis: ad quid diutius negligitis?. O mors rerum horribilium terribilissima, quam velociter nos miseros consumis! Vester incolatus brevissimus est iudicio obnoxius: mors omnes examini submittet. Exaudi nos, Xpte Salvator, paenitere cupientibus esto propitius, concede nobis timorem, et amorem tuum benignissime Redemptor, indulgentiam peccatorum supplicantibus tribue, alme creator generis humani exaudi nos, veniam nobis tribuens scelerum. O Pater misericordissime, esto nobis misericors, infirmitatem nostram adiuva clementissime, succurre*

misericorditer infirmis animabus nostris, quoniam tui sumus. Pater indulgentissime, animabus fidelium requiem concede, Angelis coniunge, timentibus te adesse digneris.

22. Tomando las letras iniciales de las dicciones de esta Oración alternadamente, esto es, una sí y otra no, resulta formado de ellas, en el idioma latino, este aviso: *Hac nocte post duodecimam veniam ad te circa ianuam. quae ducit ad ortum, ubi me expectabis: age ut omnia sint parata.* Pero se ha de advertir que la voz *duodecimam* está expresada en la oración por caracteres numéricos romanos *XII*, tomando la *X* de la voz *Xpte*, y las dos *II* de las voces *In* e *Imitari*.

23. Daremos también en Castellano muestras de este modo de cifrar en la siguiente carta: *Hermano, habiendo visto que ya tu escasez pide algún socorro, llevará el amigo Juan cien reales ínterin que veo modo de librarte algo más. Dame noticia de si estás bueno, o si volvió e inquietarte la erisipela. Trata de no olvidarme.* Esta carta, descifrada por la clave de la segunda conjuración, significa: *Huye a la ciudad de Oviedo.*

24. A este modo va poniendo Tritemió otras claves en las demás conjuraciones del primer libro, que en todas son treinta y una, cuya diferencia consiste en el mayor o menor número de dicciones cuyas iniciales no son significantes y en la diversa colocación o interpolación de ellas con las significantes.

Explicación del segundo libro

§ III

25. Pareciéndole a Tritemio que en caso que el que intercepte la carta tenga alguna sospecha del secreto escondido en ella no tienen la seguridad necesaria los treinta y un modos de cifrar de su primer libro, inventó otros veinticuatro más difíciles de descifrarse, y éstos los ocultó con estilo cabalístico en el segundo libro. Sabía que los hebreos, a imitación de los egipcios, deputaban un ángel o espíritu para cada hora de las veinticuatro que tiene el día. Fingió, pues, los nombres de los veinticuatro espíritus, de modo que cada nombre empezase con distinta letra del alfabeto, para servirse de estos nombres en el modo que luego se dirá.

26. El artificio particular de las cifras del segundo libro consiste en que se disponga de tal modo la oración o carta, que las letras iniciales que han de componer el secreto, aun juntas, no signifiquen cosa alguna, según lo que naturalmente representan, sino que se han de sustituir por otras. Para este efecto tendrá cada uno de los corresponsales una tabla de revolución de alfabetos, cuya construcción se reduce a que en la primera línea se pone con el alfabeto natural o común A, B, C, D, E, F, etc., debajo de éste se pone otro, que empieza por B, y prosigue C, D, E, F, etcétera, advirtiendo que la B de este segundo alfabeto se coloque perpendicularmente debajo de la A del primero, la C debajo de la B, y así de las demás. El tercero empieza por la C, con la misma advertencia de que la C caiga perpendicularmente debajo de la B del segundo y debajo de la A del primero. Así se van formando los demás, hasta acabar con las letras del alfabeto, empezando cada uno con distinta letra y prosiguiendo después según la serie del alfabeto común, advirtiendo que las letras que falten en llegando a la última del alfabeto común se suplen con las primeras del mismo alfabeto.

27. A las iniciales de las dicciones o letras que componen el secreto se han de sustituir aquellas que en el alfabeto en que están convenidos corresponden a las del alfabeto natural, esto es, están colocadas perpendicularmente debajo de ellas. Estos diferentes alfabetos los insinúa Tritemio con los nombres de los espíritus que he dicho, suponiendo que la primera letra del nombre denota el alfabeto que empieza con la misma letra.

28. Adviértase más que las conjuraciones del segundo libro contienen las reglas o claves al modo que las del primero, pero con una circunstancia más, y es que después que se juntaron las dicciones que sirven, se les deben añadir todas las que al principio no sirvieron; v. gr.: de todas las voces de una conjuración que tenga catorce vocablos bárbaros, se toman el 2, 4, 6, 8, 10 y 12 (omitiendo siempre el último), y después el 3, 5, 7, 9, 11 y 13, y colocadas así estas doce voces, tomando la segunda letra, y así alternando 4, 6, 8, etc., estas letras juntas signfican el modo oculto de escribir que se enseña en aquella conjuración, y la letra inicial de la hora o del espíritu que la preside advertirá qué alfabeto es el que se sigue en ella.

29. Omitiendo los ejemplos de este modo de cifrar que trae Tritemio, que son más prolijos y tienen el embarazo de traducir el secreto del idioma teutónico, pondremos uno en castellano. Quiero avisar a Pedro que Martín es su enemigo oculto, y Martín es el que ha de llevar la carta, porque no hay otra forma de remitirla. Escribo, pues, lo siguiente:

30. *Amigo de mi corazón: favorecerás al honrado Martín, vecino y bienhechor nuestro, pues sabes me consta por cuántos caminos honrados favoreció a padre. Yo quisiera tener qué darle, gratificando su honradez, pero me hallo, cual sabes, gastada la hacienda toda y con quiebras Sé bien lo que le aprecias,* vivo muy seguro le consolarás con tus *obras piadosas, imitando el celo tan honrado de otros amigos.*

31. Recibe Pedro esta carta, y suponiendo que está avisado de que la clave la tiene el espíritu *Melenoym*, obra según la clave que está en la conjuración propia de este espíritu, en esta forma: junta las iniciales de las dicciones de la carta, interpolando, esto es, tomando una sí y otra no, y sale esto:

Amfhubpmpcfpqqghmqghiqbqausccoizhc.

32. Claro está que ésto no le significa cosa; pero como sabe que el modo oculto de escribir por *Meneloym*, pide que a las letras de que consta el secreto se sustituyan las correspondientes a ellas en el alfabeto que empieza con la letra *m;* haciendo esta diligencia descubre el secreto. Por no gastar papel y tiempo en poner aquí la tabla combinatoria de alfabetos, porque ni es menester, pues basta colocar últimamente el alfabeto de que se ha de usar debajo del común, así lo haremos ahora con el alfabeto de *Meneloym:*

a b c d e f g h i k l m n o p q r s t u x z
m n o p q r s t u x z a b c d e f g h i k l

33. Repasando, pues, Pedro, las letras del secreto, ve que a la letra *a* del alfabeto común corresponde en el de *Meneloym* la *m;* a la *m*, la *a*; a la *f*, la *r*; a la *h*, la *t*; a la *u*, la *i*; a la *b*, la *n*. Por consiguiente, lee: *Martín dador de ésta, es tu enemigo oculto.*

34. Como los alfabetos no naturales de que hemos hablado no son más que veintiuno, Tritemio, para llenar los veinticuatro modos correspondientes a las veinticuatro horas, los tres últimos modos no los ordenó por las iniciales, sino por las primeras sílabas de las dicciones colocadas en este o en el otro lugar.

35. La tabla de revolución de alfabetos se suple ventajosamente con dos alfabetos puestos en la circunferencia de dos ruedas concéntricas, de las cuales una sea móvil, la otra fija, porque como una letra de la rueda móvil se puede aplicar a cualquier letra de la rueda fija, en un momento se halla formado cualquiera de los alfabetos dichos; no sólo eso, sino que se pueden formar también en un momento otros veintiuno distintos, esto es, llevando la serie de las letras por orden retrógrado, *z*, *x*, *u*, *t*, etc

36. Como el tercer libro de la esteganografía quedó no más que principiado, no podemos decir cosa específica en orden a su explicación. Lo que en general se deja conocer es que el intento de Tritemio en este libro era proponer otros muchos modos ocultos de escribir, valiéndose de voces facultativas de la astronomía y astrología judiciaria, mezclando nombres de los espíritus, que caldeos, hebreos, egipcios, etc., creían presidir a cielos y astros.

37. Véase ahora en lo que ha parado la magia de Tritemio y cuán injustamente se le impuso tan infame nota a este grande hombre.

38. Mirándolo bien, se halla que el artificio del arte esteganográfica de Tritemio es muy parecido a aquel con que en las *Súmulas* se enseña la arte silogística, usando de las voces *Bárbara*, *Calarent*, etc. Para quien no haya oído aquellas voces, es fácil proponer las reglas contenidas en ellas, de modo que todo suene a magia diciendo, por ejemplo, que aquellos cuatro versos contienen la invocación de diecinueve espíritus, los cuales, al que los invocare debidamente, enseñarán a discurrir con acierto en todo género de ciencias; que los cuatro espíritus primeros enseñan con suma claridad, mas no con tanta los quince posteriores, y que tal vez es preciso que aquéllos expliquen lo que dicen éstos, que para la inteligencia de lo que dijere el espíritu *Baralipton*, se consulte al espíritu *Bárbara*; que para entender lo que enseñare el espíritu *Felapton* se consulte a *Ferio*, etc., Así se puede ir cubriendo con gran jerigonza mágica todo lo que pertenece a la arte silogística; y propuesto así entre ignorantes, los dejará enteramente escandalizados, así como se reirán de sí mismos luego que alguno les explique todo el misterio.

§ IV

39. Queda no obstante pendiente contra Tritemio un cargo que le hacen algunos de los mismos que han conocido la inocencia de su esteganografía, y es haber escandalizado voluntariamente a muchos con la apariencia de magia.

40. A este cargo respondo por Tritemio que le pareció con bastente fundamento que las protestas que hizo de que no había alguna realidad de magia en aquel escrito, juntas con la grande opinión que tenía en el mundo, no sólo de hombre sabio, más también de religioso ejemplar, bastaban para disipar las sospechas de magia que podía excitar el contexto del escrito.

41. Cuando hablo de las protestas de Tritemio no entiendo sólo las que hizo después de escrita la esteganografía para rebatir la calumnia de Boville, sí también las que estampó en las prefacciones de la misma obra; esto es, del primero y del segundo libro. En la del primero dice así: *Ne quis huius operis lector futurus, cum in processu saepe offenderit nomina, officia, ordines, differentias, proprietates, orationes et quaslibet alias operationes spirituum, per quorum intelligentias secreta huius scientiae, omnia clauduntur et aperiuntur, me Necromanticum et Magum, vel cum daemonibus pactum contraxisse, vel qualibet alia superstitione usum, vel utentem credat, vel existimet; necessarium duxi et opportunum, famam et nomen meum a tanta tabe, injuria, culpa et macula, solemni protestatione in hoc prologo cum veritate vindicando praeservare. Dico, ergo, et coram omnipotenti Deo, quem nihil penitus latere potest, et coram Jesu-Christo unigenito filio eius, qui iudicaturus est vivos et mortuos, in veritate iuro et protestor, omnia et singula, quae in hoc opere dixi vel dicturus sum, omnesque huius Scientiae vel Artis proprietates modos, figuras, operationes, traditiones, receptiones. formationes, adinventiones, institutiones. immutationes, alterationes et universa,*

quae ad eius speculationem, inventionem, consecutionem, operationem et practicam, vel in parte, vel in toto pertinent, et omnia quae in hoc nostro volumine continentur, veris, Catholicis et naturalibus principiis innituntur; fiuntque omnia, et singula cum Deo, cum bona conscientia, sine iniuria Christianae fidei, cum integritate ecclesiasticae traditionis, sine superstitione quacumque, sine idolatria, sine omni pacto malignarum spirituum explicito, vel implicito, etc.

42. En el prólogo del segundo libro repite la misma protesta con las siguientes palabras: *Cum denuo spirituum mentionem sim habiturus, rursus mihi reor esse praefandum, nihil in hac Arte nostra haberi frivolum, nihil Evangelicae traditioni aut Catholicae fidei contrarium, nihil omnino tradi superstitiosum. Omnia enim, quae vel in praecedenti volumine diximus, vel in sequentibus dicturi sumus, naturalibus, licitis et honestis sunt subnixa principiis: solisque peregrinis institutionibus velatum mysterium et verba nominibus involuta, spirituum, lectorem requirunt eruditum. Utimur enim ministerio spiritus ad velandum secretum, quod noceret improbis publicatum.*

43. Digo que estas protestas, juntas con las circunstancias del estado, de la dignidad y de la fama de Tritemio, le constituían acreedor a que nadie sospechase en él el delito execrable de magia, y que por tanto tuvo fundamento suficiente para persuadirse a que no escandalizaría su libro.

DIAS CRITICOS

Discurso décimo

Habiendo en el primer tomo impugnado los años climatéricos, impugnaré ahora los días críticos, que son correlativos suyos.

§ I

1. Es la crisis (de donde se denominan los días críticos, que por otro nombre llaman decretorios) una súbita mutación en la enfermedad, o para la salud o para la muerte. Así la definen los médicos, los cuales también asientan que no en todas las enfermedades hay estas súbitas mutaciones, pues algunas veces estos dos enemigos, naturaleza y enfermedad, lentamente, sin llegar a lance decisivo de campo a campo, se van consumiendo las fuerzas, ya la enfermedad a la naturaleza, ya la naturaleza a la enfermedad, pero en las enfermedades donde hay crisis, quieren que éstas estén consignadas a los días septenarios. Así lo decretó Hipócrates, acaso no como soberano, sino como subalterno de Pitágoras, que fué el primer autor de la supersticiosa observación de los números, tan válida entre los antiguos gentiles, que sujetaron a su virtud no sólo los movimientos de las cosas inferiores, mas aun las operaciones de sus deidades: *Numero Deus impare gaudet.*

2. El fallo de Hipócrates arrastró el común consentimiento de los médicos, los cuales nunca faltan a decir que hallan constantemente conforme la experiencia a cuanto dictó aquel grande oráculo suyo. Esto es en tanto grado, que niegan la fe a los experimentos cuanto pueden, en todo aquello que no leyeron en Hipócrates; pero en llegando a ser la experiencia tan palpable que los obliga al asenso, ya dicen que hallan en Hipócrates aquello mismo que antes no querían creer, porque Hipócrates no lo decía. ¡Qué contradicciones no padeció Harveo para establecer el dogma de la circulación de la sangre! Llevaba muy mal toda la familia médica que aquel inglés descubriese lo que se había ocultado a los ojos linces de su adorado viejo. Llega el caso de no poder resistir la evidencia de los experimentos, y veis aquí que mudando de idioma dicen ya que en Hipócrates hallan escrita la circulación de la sangre, dando un sentido forzado para este efecto a ciertas palabras muy confusas de Hipócrates.

3. Yo confesaré de muy buena gana que Hipócrates fué un gran hombre, como los médicos en canje me confiesen que fué hombre. Y como me concedan esto, aunque sea con la protesta de no perjudicar al epíteto que le dan de divino, pretenderé yo con justicia que nada se debe creer sólo porque Hipócrates lo dijo. No le desengañó a Hipócrates su grande entendimiento del torpe error de la pluralidad de dioses. No niego que pudo ser en esto topo y en otras muchas cosas lince, pero no se puede creer que en todo lo demás fué lince quien en esto fué topo.

§ II

4. En efecto, sea lo que fuere de la autoridad de Hipócrates, digo que la

asignación de días críticos a los septenarios no se funda ni en razón ni en experiencia. En cuanto a lo primero. no pienso que me haya de contradecir médico alguno, siendo cierto que en cuantos períodos observa la naturaleza, están aún debajo de su llave las causas. Creémolos porque los vemos, pero ningún filósofo fué capaz de anticipar el conocimiento a la experiencia con el raciocinio. Aun después de vistos los efectos, se anda tan a tientas en el examen de las causas, que a nadie sin temeridad puede lisonjearse de haber acertado con ellas. ¿Quién hasta ahora ha descubierto por qué el mar en su flujo y reflujo sigue los movimientos de la luna, por qué las fiebres intermitentes recurren en determinados días y asimismo todas las demás alteraciones periódicas? La variedad de sentencias muestra que aun no se descubrió la verdad. Si se trajese la semilla de alguna planta extranjera y no conocida en Europa, yo desafiaría a todos los físicos de estos reinos sobre que por más análisis que hiciesen de ella no averiguarían en qué tiempo del año florecería y daría fruto ¿Y qué mucho, si hasta ahora nadie sabe por qué fructifican en la primavera los guindos y en el estío u otoño las cepas?

5. De modo que aunque fuese verdadero el progreso de los días críticos por septenarios, nadie antes de ver el efecto podría colegirlo por el raciocinio. Después que el efecto se dió por supuesto, se fué a buscar su causa en la luna. Pero ¿quién averiguaría antes (aun cuando pudiese penetrar que la luna había de influir en esto), que las crisis habían de corresponder no al mes lunar, sinódico, que es de veintinueve días, doce horas y cuarenta y cuatro minutos, ni al de iluminación, que es de veintiséis días con corta diferencia, sino al periódico, que es de veintisiete días, siete horas y cuarenta y tres minutos? Dejando aparte el mes medicinal, que sin consentimiento de los astrónomos fabricó Galeno por su capricho, y que como compuesto de dos de diferente naturaleza, el periódico y el de iluminación, es más embolismado que el mismo mes embolísmico.

6. Es, pues, constante, que si hay algún fundamento para establecer los septenarios por críticos, se ha de tomar únicamente de la experiencia; pero yo reclamo contra este fundamento, por más que estriben en él los médicos, como incierto y mal justificado, contentándome con esto por ahora.

§ III

7. De los antiguos, Asclepiades y Cornelio Celso, ambos médicos de grande experiencia y fama, contradijeron los días críticos. De los modernos solo he visto declarados contra ellos a Lucas Tozzi y al doctor Martínez. Pero Juan Jacobo Waldismith dice que hay muchos en estos tiempos que siguen la misma opinión, y lo mismo supone Ballivio (lib. 2, cap. 12). Pregunto ahora si todos estos médicos no tenían ojos como los demás para ver las crisis y en qué días caían. Y si los tenían, ¿cómo la experiencia no les mostró los septenarios destinados para ellas? Sin duda que es la experiencia dudosa, cuando la vemos afirmada por unos y negada por otros, y sobre experiencia dudosa no puede afirmarse máxima cierta.

8. Diráseme acaso que en el examen de cuestiones de hecho debemos estar a la deposición del mayor número de testigos, y son sin duda muchos más los que testifican la experiencia de los días críticos. Respondo que se debe estar por el mayor número de testigos, cómo sean imparciales; pero los que se alegan por los días críticos, todos o casi todos son parciales, como declarados y ardientes sectarios de Hipócrates, autor de esta doctrina. Estos tienen el interés de defender a Hipócrates, los otros sólo el motivo de patrocinar la verdad.

9. Es raro el dominio que tiene Hipócrates, no sólo en los entendimientos,

mas aun en los sentidos de sus secuaces. No ven ni palpan sino lo que leyeron en Hipócrates. Un experimento sólo que hallen conforme a sus máximas, abulta en su estimación por mil experimentos, y mil experimentos contra ellas no suponen por uno. Sucedióme en alguna ocasión concurrir en el cuarto de un enfermo con un médico, el cual a vista de un vómito que le sobrevino al enfermo, le pronosticó pronta mejoría, fundado en un aforismo de Hipócrates en propios términos. Yo, que ya en otras ocasiones semejantes había observado falsificarse el aforismo de Hipócrates, afirmé que sucedería todo lo contrario y que bien lejos estaba de mejorar prontamente, se exacerbaría más por algunos días la indisposición que padecía, aunque sin riesgo en la vida. Sucedió puntualmente lo que yo dije. Pero (¡cosa notable!) siendo el suceso constante y siendo el médico hombre veraz, sabio y virtuoso, nunca fué posible recabar de él una confesión clara del hecho que él mismo había palpado, aun testificándole en presencia suya el enfermo y los asistentes. Tan cierto es que los finos hipocráticos más creen a Hipócrates que a sus propios ojos. Podría referir en confirmación de esto otros casos. El enfermo (que le nombro por si alguno quiere informarse con más individuación) fué el padre fray Manuel de Ceballos, prior entonces y hoy predicador mayor de este colegio.

§ IV

10. Paso adelante. Los experimentos mismos que alegan los autores que están a favor de los días críticos, muestran ser incierta la pretendida experiencia. Para lo cual es de saber que para señalar los septenarios, no todos los médicos empiezan a contar de una misma manera. Unos cuentan desde el primer asomo de la enfermedad; otros desde aquel tiempo que la lesión de las acciones es bien sensible o manifiestamente perceptible la fiebre; otros desde aquel en que el enfermo, no pudiendo resistir en pie la dolencia, se rinde a la cama. Y pasando muchas veces en estos tres estados algunos días, es claro que el día que para un médico es séptimo, para otro es octavo, para otro, nono; para otro, décimo. De lo cual se infiere evidentemente que nos engañan o se engañan muchos de los que aseguran que experimentan críticos los septenarios, pues en este sistema envuelve implicación manifiesta que haya cuatro días consecutivos todos críticos.

11. Pero lo que verdaderamente sucede en esto es que al ver la crisis, cada médico prescinde de su opinión propia o hace otra cuenta distinta de la que hizo al principio, para hacer que la crisis caiga en el septenario, si según la primera cuenta no cae. Entonces se figura que la relación del enfermo no fué exacta o él no observó las señas con toda diligencia, y así la enfermedad para la cuenta de los días críticos empezó antes o después del tiempo observado; o, en fin, cuando no haya otro recurso, se atiende a la opinión de los que cuentan de otro modo. De esta suerte seimpre Hipócrates y Pitágoras se salen con la suya.

12. Mas ¿qué diremos de los muchos enfermos que en las epidemias de Hipócrates se halla haber tenido sus crisis en todo número de días, primero, segundo, tercero, cuarto, etc.? Este es un terrible aprieto: porque decir que Hipócrates no contó bien, sería punto menos que blasfemia. Tampoco puede atribuirse a irregularidad, porque los casos irregulares no suceden con tanta frecuencia.

§ V

13. Ni los médicos hipocráticos van consiguientes en sus máximas, antes en la designación de los días críticos destruyen la misma regla fundamental que establecen para su cómputo; lo que

(si el amor propio no me engaña) probaré con evidencia matemática.

14. Para lo cual es de advertir lo primero, que señalan por días críticos el séptimo, catorceno, veinte o veintiuno, veintisiete, treinta y cuatro y cuarenta. En los dos primeros y tres útimos no hay discordia entre los médicos. En el tercero hay alguna, ocasionada de algunos textos opuestos de Hipócrates, pues de unos se colige que es crítico el día veinte, y de otros, que lo es el veintiuno. Mas esta controversia ya se concilia con bastante apariencia, porque según el cómputo que se hace por el mes lunar (de que hablaremos luego), el día último de la tercera semana coge doce horas del día veinte y otras tantas del veintiuno, por lo cual no hay más razón para tener a uno por crítico que a otro.

15. Es de advertir lo segundo, que, además de los días críticos señalan otros que llaman índices, porque apuntan o significan lo que ha de suceder en los decretorios, cada uno respectivamente al inmediato que le sucede. Estos son los días cuartos de cada semana lunar, conviene a saber, el cuarto de la enfermedad y el undécimo y décimoséptimo.

16. En tercer lugar (lo que ya se apuntó arriba) se ha de advertir que arreglan los médicos la serie de los días críticos al curso de la luna en el Zodíaco o mes periódico, el cual no es otra cosa que aquel espacio de tiempo que la luna, partiendo de un punto del Zodíaco tarda en volver al mismo punto y comprende veintisiete días, siete horas, cuarenta y tres minutos primeros y siete segundos. Pero despreciando minucias, que hacen embarazosa la cuenta y su omisión no induce error sensible, podremos suponer el mes periódico de veintisiete días y ocho horas justas, y así le suponen los médicos.

17. Dividiendo, pues, el mes periódico en cuatro semanas, de las cuales cada una tiene no siete días cabales, sino seis días y veinte horas, dicen que el cuarto de cada semana es índice y el séptimo decretorio. Esta es su doctrina, porque no pudieron ajustar con la luna que gobernase la serie de crisis sino por este método.

18. Y supuesta esta doctrina, digo que yerran miserablemente la cuenta en cuanto a dos días, uno índice y otro crítico. El índice es el décimoséptimo, y el crítico el cuadragésimo. En lugar del primero debieran señalar el décimooctavo, y en lugar del segundo el cuarenta y uno.

19. La razón de lo primero es porque dando a cada semana lunar seis días y veinte horas, el cuarto de la tercera semana coge mayor porción del día décimooctavo de la enfermedad que del décimoséptimo; conviene a saber, de aquél catorce horas con corta diferencia, y de éste no más que diez, como sacará con evidencia cualquiera que se ponga a hacer la cuenta, que yo no quiero ponerla aquí y gastar tiempo y papel en ella, por ser tan fácil. Luego por la máxima de que *la mayor parte trae a sí la menor*, la cual siguen los médicos en los demás días índices y decretorios, exceptuando los dos señalados, debieran dar el atributo de índice no al décimoséptimo, sino al décimooctavo, pues éste es verdaderamente el cuarto de la tercera semana.

20. Consiguientemente a esto es falso también lo que dicen los médicos para establecer por cuarto de la tercera semana al décimoséptimo; esto es, que el catorceno es día último de la segunda semana lunar y primero de la tercera. La primera prerrogativa le toca legítimamente, pero no la segunda. La razón es porque según la cantidad expresada de las semanas lunares, el día último de la segunda semana coge ocho horas del día trece de enfermedad y dieciséis del catorce, y así éste, por coger la mayor porción del día último de la segunda semana, debe tomar esta denominación. Pero por la misma razón debe denominarse primero de la tercera semana el décimoquinto, pues

coge dieciséis horas de ella, no tocándole al catorceno más de ocho.

21. Aun es mayor el error en el cuadragésimo que en el décimoséptimo, porque al cuadragésimo no le tocan más de ocho horas del séptimo día de la segunda semana del segundo mes lunar, quedándole dieciséis al cuarenta y uno. Luego éste debiera ser atendido por crítico y no aquél. Lo que de aquí se colige es que este negocio de los días críticos va a tientas y que por más que hagan los médicos, no pueden ajustar a Hipócrates con la luna.

22. Yo sospecho con gran fundamento que Galeno previó esta dificultad y por eso ideó un mes lunar a su modo, que llamó medicinal, juntando la suma del mes periódico al de iluminación, y partiendo después por medio la suma total, de suerte que la mitad de la suma total hiciese un mes medicinal entero, el cual venía a tener siete días menos dos horas. Hecha de este modo la cuenta, legítimamente salía por índice el décimoséptimo y por decretorio el cuadragésimo, y además de eso en el día veinte no había el embarazo de haber de partir mitad por mitad su critiquez con el veintiuno. Pero como ni Galeno para la fábrica de su mes se gobernó por los astrólogos ni después de fabricado se gobiernan por él los médicos, no necesita de más impugnación que advertir la voluntariedad de su cómputo.

§ VI

23. Mas por apurar del todo la materia, me adelanto a probar que no sólo la cuenta que hacen los médicos es errada, sino que no se puede hacer en este asunto alguna que no lo sea. Quiero decir, que de cualquier modo que se cuenten los septenarios, será falso decir que tocan a los septenarios las crisis.

24. Para esto supongo (lo que nadie puede negar) que las mutaciones periódicas que se hacen en cualesquiera líquidos, se arreglan no sólo al influjo de una causa, sino al complejo de todas las que concurren, y no sólo al influjo de las causas, mas también a la naturaleza de los mismos líquidos. Esto se palpa en infinitos ejemplos. Aunque la luna sea, según la opinión común, causa de la intumescencia de las aguas marinas y de la del humor nutricio de las plantas, siguen una y otra intumescencia distintos períodos, pues aquélla sucede dos veces al día y ésta una vez cada mes. En el mismo mar hay notable diferencia por razón de las causas parciales que concurren con el influjo de la luna. Así en Negroponte sucede el flujo y reflujo muchas veces al día, y en muchas partes del Mediterráneo no se observa flujo o reflujo alguno. Aunque los mismos astros influyan en todas las plantas, no sucede en el mismo tiempo ni observa los mismos períodos la maturación de sus frutos, porque el jugo es de diferente naturaleza, y aun siendo de la misma, la calidad del terreno y accidentes de la atmósfera inducen bastante variación. Las fermentaciones, tanto naturales como químicas, se hacen a muy diferentes plazos, según la varia cantidad y naturaleza de los líquidos: unas son muy prontas, otras muy lentas. Aun los líquidos de una misma naturaleza específica, sólo por razón de la diferencia individual fermentan más o menos prontamente, como se ve en los vinos.

25. Supuesto esto, discurro así. En distintas enfermedades, aun de las agudas, es distinta la calidad y mixtión de los humores viciosos. En las enfermedades que se distinguen específicamente no tiene esto duda. Luego la fermentación de ellos seguirá distintos períodos, por consiguiente, no se puede señalar regla general y uniforme que determine los plazos de la lucha decisiva entre la enfermedad y la naturaleza; antes en distinta enfermedad será distinto el día del duelo.

26. Donde se ha de advertir (para esforzar más esta dificultad) que la di-

versidad específica de las enfermedades tiene más latitud que la que comúnmente se piensa, pues muchas que ostentan gran parentesco en la superficie esconden mucha oposición en el fondo. Vese esto claro en las fiebres epidémicas, que siendo una la cara, suelen pedir distinta y aun opuesta cura. Así yo creo poder asegurar con razón que en varias clases de enfermedades, aunque los médicos piensan distinguir el concepto específico, no señalan sino el genérico. ¿Cómo, pues, habiendo tanta distinción en las enfermedades y, por consiguiente, en los humores, pueden señalarse a sus fermentaciones y segregaciones unos mismos períodos?

27. Ni aun se puede hacer esto, siendo una misma enfermedad en cuanto a la especie; porque, como ya vimos arriba, la diferencia individual basta para variar el período. Las combinaciones de las partículas heterogéneas de los humores (aun cuando se suponga ser éstos específicamente unos mismos) son innumerables, y a proporción son más lentas o aceleradas las fermentaciones, como se ve en las mixtiones químicas, que aun haciéndose con las mismas especies de ingredientes, según que se varía la dosis de éste o de aquél, fermentan más breve o tardíamente.

28. Esfuérzase esto con la paridad de las fiebres intermitentes, las cuales, según se distinguen entre sí, tienen sus recursos periódicos en distintos plazos, en que hay tanta variedad como se sabe. Y aun una misma fiebre, en virtud de algunas mutaciones accidentales, sale del compás que había tomado al principio: ya se acelera, ya se retarda, ya la que seguía determinado ritmo se hace errante, ya la que repetía cada día, alterna, ya repite cada día la que alternaba. Es preciso que en los períodos críticos de las fiebres continuas haya la misma variedad, pues hay el mismo principio, conviene a saber: la distinción, ya sustancial, ya accidental de una a otras.

§ VII

29. Finalmente (dejando otras muchas cosas), me parece absurda e increíble aquella alteración que los médicos suponen en la serie de los días críticos en pasando la enfermedad del cuarenta, en cuyo caso dicen que ya las crisis no proceden por septenarios, sino por veintenos, y así son críticos el sexagésimo, octuagésimo, centésimo y centésimo vigésimo. ¡Raro salto! Para el cual es preciso fingir que la luna, cansada de la superintendencia crítica, la sustituye en otro astro, que hebdomadice de veinte en veinte días; o por lo menos, hecha muy morlona esta guisandera de las fiebres, sólo de tres en tres semanas se digna bajar a revolver la cazuela de los humores.

30. No omitiré aquí que el grave y elocuente Cornelio Celso, aunque muy venerador de Hipócrates en la parte pronóstica, en cuanto a la asignación de días críticos le halle destituído de toda razón, y dice que así él como otros célebres antiguos se dejaron arrastrar ciegamente a la supersticiosa observancia de los números, por la autoridad sola de Pitágoras: *Adeo apparet quacumque ratione ad numerum respeximus, nihil rationis sub illo quidem Auctore* (Hippocrates) *reperiri. Verum in his quidem antiquos tunc celebres admodum Pythagorici numeri fefellerunt.*

NOTA

Con la ocasión de haber citado en este discurso a Lucas Tozzi, me parece advertir la poca razón con que algún médico en uno de tantos impresos como en asunto de medicina parecieron el año pasado, quiso atajar la grande opinión de este insigne hombre. Fué Lucas Tozzi primer médico del papa Inocencio XII. Muerto este pontífice, casi al mismo tiempo fué solicitado por el Colegio Sacro para médico del Cónclave y de Carlos II, rey de España, para que viniese a cu-

rarle de la enfermedad de que muy presto murió. Púsose en camino el Tozzi, aceptando este segundo partido, pero arribando a Milán, le llegó la noticia de la muerte del rey de España, con que se volvió a Roma, adonde y en toda Italia fué famoso por su excelencia en la práctica de su arte y por sus escritos lo será en toda la posteridad. Esto no curará la desabrida índole de algunos médicos, que en citándoles contra su opinión algún autor, aunque sea el más insigne del mundo, no se embarazan en decir que es un trastuelo, etc. Pero déjenme siquiera elogiar a los muertos los que llevan tan mal que alabe a los vivos:

Hae sunt invidiae nimirum, Regule, mores
Praeferat antiquos semper ut illa nobis.

PESO DEL AIRE

Discurso XI

§ I

1. Las experiencias con que los filósofos de tiempo inmemorial probaban (a su parecer demostrativamente) ser imposible espacio vacío de todo cuerpo en el Universo, examinadas mejor, se halló no probaban eso, sí otra cosa muy diferente; conviene a saber, la pesantez y fuerza elástica del aire. Los primeros que descubrieron al mundo este secreto fueron los dos célebres matemáticos florentines, maestro y discípulo: Galileo y Torrizeli. Después de éstos, otros muchos, variando y combinando de diversos modos aquellas experiencias, hallaron siempre tan uniformemente correspondientes los efectos a la causa referida, que ya hoy en las naciones pasa ésta por materia demostrada entre los filósofos de todas las escuelas, habiéndose rendido a la fuerza de la evidencia aun los aristotélicos más tenaces. Pero porque esta doctrina aun es peregrina en España, donde la pasión de los naturales por las antiguas máximas hace más impenetrable este país a los nuevos descubrimientos en las ciencias que toda la aspereza de los Pirineos a las escuadras enemigas, la explicaré ahora con la mayor claridad que pueda.

2. La experiencia principal en que fundaban los antiguos filósofos la repugnancia del vacío, es bien sabida. Llénese de agua o de otro licor cualquiera un tubo cerrado por uno de los dos extremos, y vuelto abajo el extremo abierto, se verá que el agua no cae, antes contra lo que pide su natural gravedad, queda suspensa, ocupando la concavidad del tubo. Esto parecería no poder atribuirse a otra cosa sino a que en aquel tiempo que tardaría en despeñarse el agua, necesariamente había de estar vacía de todo cuerpo la concavidad del tubo, no pudiendo entrar el aire ni por la boca del tubo, pues le estorba el agua, ni por otra alguna parte, suponiéndose por todas las demás cerrado. De aquí inferían ser sumo el horror que tiene la naturaleza al vacío, pues fuerza al agua a que contra su natural propensión al descenso se mantenga suspensa para estorbarle.

3. Confirman esto, porque abriendo la parte superior del tubo, como se hace con la bomba, al punto cae el agua; luego es porque entrando entonces el aire, se evita el vacío, y, por consiguiente, sólo el miedo del vacío o el ansia de estorbarle la tenía antes suspendida. Aún más claro parece que se ve el conato de la naturaleza a impedir el vacío en el ascenso que hace el agua en la jeringa o bomba, al paso que se retira el émbolo que llenaba su hueco.

4. Lo mismo infieren de la experiencia de dos cuerpos planos y lisos, contiguos según las superficies planas, los cuales piden una casi inmensa fuerza para separarse, de modo que las dos superficies planas queden enfrente una de otra; lo cual discurren sucede así porque no pudiendo el aire entrar en un instante a ocupar el espacio que

quedaría entre los dos cuerpos, necesariamente se daría allí vacío por algún breve tiempo.

NOTA

5. *A aquel cuerpo de figura cilíndrica, que llena la concavidad de la bomba y que con su extracción hace subir el agua, llaman los latinos* embolus, *voz que tomaron de los griegos, y los franceses* pistón. *Yo uso la voz émbolo, porque no sé que la tenga propia en nuestro idioma.*

§ II

6. Sabiamente notó el padre Dechales una gravísima inadvertencia de los que atribuyen el ascenso del agua al cuidado de la naturaleza en impedir el vacío: la cual consiste en que descuidando de la causa eficiente, que es la principal en la consideración física, sólo señalan la final. Demos que el agua sube por impedir el vacío. Ese es el fin del movimiento. Pero ¿cuál es el agente que mueve el agua? No ella a sí misma, porque todo lo que se mueve es movido por otro. Fuera de que esto sería suponer agente intencional al agua, que conociendo el riesgo que al Universo amenaza en el vacío, solícita se mueve a precaverle. Recurrir al solitario influjo de la causa primera es escapatoria condenada en buena filosofía. Muy defectuoso hubiera Dios criado el Universo si no hubiese fuerzas en toda la naturaleza para remediar o precaver el daño que le puede hacer un agente determinado. Acudir a las causas segundas universales, cielos y astros, es caer en el mismo inconveniente. Fuera de que los astros no están atisbando a las contingencias de acá abajo para acomodar a ellas sus influjos. Del mismo modo se han de mover y lo mismo han de influir que yo me ponga a travesear con una jeringa en un barreñón de agua, o que me esté quieto. Constantes y arreglados tienen sus movimientos, sin dependencia de cuanto acá abajo puede alterar el libre albedrío de los hombres. Decir que la naturaleza es quien mueve el agua, es decir nada. La Naturaleza, tomada en común, es ente nominal, concepto metafísico o idea platónica. Las razones comunes son duendes de los espacios imaginarios, que jamás harán otra cosa que enredar en las cabezas de los lógicos. La naturaleza sólo es algo y sólo puede hacer algo, como contraída a este y a aquel ente determinado, y así es menester señalar qué ente particular es el que mueve el agua para que suba, lo cual no se hará jamás, a menos de recurrir con los modernos al peso del aire, cuya doctrina vamos ya a explicar.

§ III

7. Que el aire es pesado no se le ocultó a Aristóteles, pues en el libro 4 *De Caelo*, cap. 4, expresamente lo afirma y lo prueba con la experiencia de que el pellejo inflado pesa más que vacío. Pero los peripatéticos vulgares, contentándose con trasladar unos de otros, no examinan lo que dejó escrito de bueno su maestro y todo es escandalizarse de los modernos, aun cuando éstos no hacen otra cosa que repetir y poner claro lo que Aristóteles o sus traductores escribieron un poco turbio. El señor Homberg, de la Academia Real de las Ciencias, confirmó la experiencia alegada por Aristóteles, porque pesó un globo de vidrio de trece pulgadas de diámetro lleno de aire en su estado natural: quitóle después el aire por medio de la máquina neumática, y pesándole de nuevo, le halló una onza menos de peso.

8. Que el aire lo tenga esto por su propia naturaleza o por los hálitos y corpúsculos que nadan en la atmósfera, no nos hace al caso, pues nuestro intento sólo es demostrar que este aire grosero e impuro que respiramos es pesado y que a esta causa, y no a otra

se debe atribuir el ascenso y suspensión de los licores en los tubos. Pero antes de llegar a este examen es preciso descubrir la conexión que tiene el peso del aire con su fuerza elástica o impulso de su resorte, porque uno y otro concurre al efecto dicho.

9. Consta de innumerables experimentos que el aire es capaz de comprimirse y dilatarse y que es portentosa la distancia que hay entre su mayor compresión y su mayor dilatación. El diligentísimo Boyle, por sus repetidas y bien regladas observaciones, halló que el espacio que ocupaba el aire en su mayor rarefacción era quinientas veinte mil veces mayor que el que ocupaba en su mayor compresión (tomo I *De Aeris rarefacti et compresi extensione*). Y aun halla posible que el arte llegue a comprimirle y extenderle más. De hecho parece que no se engañó en su conjetura, pues monsieur Papin, que después adelantó más la perfección de la máquina neumática, extendió más el aire que Boyle.

10. Supuesto el peso del aire y supuesta también su aptitud a comprimirse y dilatarse sea tanta o mayor o menor de lo que hemos dicho, se infiere con evidencia que este aire inferior que respiramos y en que vivimos, está notablemente comprimido en fuerza del peso del superior que carga sobre él; por consiguiente, se dilatará a mucho mayor espacio del que actualmente ocupa, si aquel peso no le oprimiera. En esto consiste la fuerza elástica o impulso del resorte, el cual no es otra cosa que aquel conato que cualquier cuerpo comprimido violentamente hace para ocupar el mayor espacio que naturalmente le es debido.

11. Notaré aquí también (porque importa) que la fuerza elástica del aire comprimido es perfectamente igual a la fuerza del peso del aire comprimente. La razón es porque cuando algún peso carga sobre un muelle, le va recogiendo o encogiendo hasta un punto determinado, en que es tanta la resistencia del muelle como el peso que le encoge. Por tanto, la elasticidad o ímpetu del resorte del aire comprimido está en perfecto equilibrio con el peso de la columna de aire que carga sobre él.

§ IV

12. Entendiendo bien esto, se comprenderá fácilmente cómo de la causa dicha dependen todos los fenómenos que antes se atribuían al miedo del vacío. Sube el agua en la bomba al retirar el émbolo, porque gravitando el aire sobre el agua que está en el estanque o barreñón, con su peso la obliga a subir por el agujero de ella, y como por el extremo opuesto no puede entrar el aire, por estar cerrado, falta la gravitación por la parte interior, que era la única que podría hacer que el agua no obedeciese al impulso que le da con su peso el aire externo.

13. Mantiénese el agua en el tubo, aun después que éste se levanta a alguna distancia de la superficie de la tierra o del agua, porque el aire que está debajo, por estar comprimido con el peso de la atmósfera, tiene tanta fuerza para resitir el descenso del agua, como el peso de aquélla tuvo para hacerla subir en la bomba.

14. Dos cuerpos contiguos por las superficies planas hacen gran resistencia a la división, porque ya el peso del aire, ya la fuerza elástica que adquirió con la compresión, los impele fuertemente por los lados uno hacia otro.

15. Dudaráse acaso por qué poniendo el extremo abierto de un tubo en la superficie del agua y teniendo el extremo opuesto cerrado, no sube el agua al tubo, siendo así que parece debiera subir, porque el aire gravita sobre el agua que está en torno de la boca abierta del tubo y no dentro de la concavidad de éste, por estar cerrado el otro extremo. Respondo que el aire que está dentro del tubo, por estar comprimido a proporción del peso del aire externo, tiene tanta fuerza

elástica para resistir el ascenso del agua como aquél tiene para impelirla arriba; y así, equilibradas las dos fuerzas el agua se queda en la misma altura que tenía antes.

16. Por estos principios se resolverán otras muchas cuestiones que podrían hacerse, no habiendo alguna que no tenga clara solución, como se haya penetrado bien lo que hemos dicho de las dos fuerzas de gravitación y elasticidad del aire; advirtiendo que en algunos fenómenos es causa únicamente la gravitación, en otros la elasticidad, en otros una y otra juntas; si bien, que como la elasticidad depende necesariamente de la gravitación, siempre ésta obra, por lo menos mediatamente, aun cuando el efecto parece depender sólo de aquélla.

§ V

17. Que por las causas dichas y no por el miedo del vacío sube el agua o se mantiene suspensa, se demuestra con las experiencias siguientes. Usando de un tubo muy largo, como de cuarenta pies o más, cerrado por una extremidad, el cual se llene de agua y después se vuelva sin que el agua se vierta hasta colocar el orificio patente hacia abajo, bajará el agua del tubo hasta la altura de treinta y dos pies o poco más, donde se quedará suspensa. Si la experiencia se hiciere con azogue, no subirá éste, en cualquier tubo que sea, más de dos pies y tres dedos con corta diferencia. Si los tubos se inclinan, cuanto más se aparten de la perpendicular, tanto más capacidad de ellos ocuparán así el agua como el azogue, pero sin pasar jamás el agua de la altura perpendicular de treinta y tres pies ni el azogue de la de dos pies y tres dedos.

18. Ahora se arguye así. Si el agua o el azogue subieran sólo y se mantuvieran suspensos por estorbar el vacío, al volver el tubo quedarían elevados hasta su mayor altura, ocupando toda la capacidad del tubo, porque no se diese vacío en la parte superior de la concavidad; no sucede así; luego no es el horror del vacío quien llama los líquidos hacia arriba.

19. Más. O aquel espacio que resta desde la altura de treinta y tres pies, adonde llega el agua, hasta la extremidad superior del tubo, queda vacío de todo cuerpo, o no. Si lo primero, ya el vacío es naturalmente posible, y no le tiene la naturaleza el horror que se dice. Si lo segundo, cualquier cuerpo que se diga que ocupa aquel vacío, ése mismo podrá ocupar toda la concavidad del tubo y excusar al agua el trabajo de subir, contra su natural inclinación, en la bomba ni un dedo solo y cuando se vuelve el tubo, caerá todo el agua, porque si pudo entrar algún cuerpo sutil en la parte superior, y por eso bajó el agua aquellos siete u ocho pies, como lo restante del tubo no está más cerrado, podrá entrar en todo él, con que no tendrá el agua motivo para quedar suspensa en la altura de treinta y dos pies, como ni el azogue en la de dos pies y tres dedos.

20. Sube, pues, el agua treinta y dos pies y el azogue dos pies y tres dedos, porque tanto peso tiene esta altura en el azogue como aquella en el agua; y así se equilibran con el peso del aire el peso del agua en treinta y dos pies y el del azogue en dos pies y tres dedos. Ni pueden subir de este término, porque llegando a estar equilibrado el peso del aire con el de los dos líquidos, no tiene fuerza para hacerlos subir más. Supongo sabido, para inteligencia de esta materia, que los líquidos contiguos o comunicantes entre sí se equilibran a proporción de su peso específico, combinado con la altura de la columna y no con lo grueso de ella, y así, en dos tubos comunicantes, de los cuales el uno fuese mil veces más ancho que el otro, se equilibraría una libra de agua en el menor con mil libras de agua en el mayor y quedarían en la misma altura.

§ VI

21. Que el peso del aire, y no otra cosa determina los líquidos al ascenso se demuestra más, porque constantemente observan la regularidad de subir más o menos, a proporción del mayor o menor peso específico de los mismos líquidos. El agua sube con el exceso dicho sobre el azogue, porque es igual el exceso que hace el azogue en peso al agua. El vino sube algo más que el agua, porque es algo más ligero.

22. Más. Se ha observado infinitas veces que el azogue en el barómetro sube más cuanto más es bajo el sitio en que se hace la experiencia, y menos. cuanto el sitio es más elevado; de suerte que sube menos en el medio de la subida de un monte que en el valle, y menos en la cumbre que en el medio. Lo cual no puede atribuirse a otra cosa sino a que cuanto más alto es el sitio, tanto es menor la altura de la atmósfera, y, por tanto, menor el peso del aire que carga sobre el azogue.

23. De las experiencias alegadas se infiere evidentemente ser quimérico el efugio de decir que los líquidos suben a determinada altura del tubo, porque lo restante de su concavidad es ocupado por los hálitos exhalados de los mismos líquidos. Si fuese así, tanto subieran en la cumbre de un altísimo monte como en un valle, pues no exhalan allí más vapores que abajo. Subiría menos el vino que el agua, pues como más vaporoso, daría hálitos para ocupar mayor porción de la concavidad del tubo. El azogue sería preciso concebirle sumamente vaporoso, pues es tan poco lo que sube. A proporción de la altura del tubo, subiría más o menos el licor, por ser más o menos lo que resta de concavidad que han de ocupar los hálitos, todo lo cual es contra la experiencia.

§ VII

24. Finalmente, los experimentos de la máquina neumática o máquina del vacío, como la llaman otros, por sí solos ponen esta materia fuera de opinión. Introducido en el recipiente de dicha máquina el barómetro o tubo lleno de azogue, a proporción que se va extrayendo el aire del recipiente, va bajando más y más el azogue, e introduciendo después de nuevo el aire, en la misma proporción vuelve a subir, hasta colocarse en la altura en que estaba antes. Lo mismo sucede con el agua y todos los demás licores. Boyle en su máquina agotó el aire hasta el punto de no ocupar el azogue más que un dedo de altura en el tubo. Como después de Boyle se ha adelantado la perfección y uso de la máquina neumática, facilitándose mucho más la extracción del aire, no dudo que se baje ya mucho más el azogue en el barómetro o acaso enteramente le desocupe, aunque no me acuerdo de haber leído cosa particular sobre esta materia.

25. El mismo Boyle hizo la experiencia de poner en el recipiente dos tablas de mármol perfectamente lisas una sobre otra, pero la de abajo ligada al mismo recipiente; y habiendo quitado el aire, halló que sin dificultad alguna se separaba, aun conservando el paralelismo de las superficies. Todo esto prueba concluyentemente que en todos estos efectos nada hace el miedo del vacío, sí sólo el peso y elasticidad del aire; la cual, como falte en el recipiente de la máquina neumática o por lo menos se debilite mucho porque ya que no se quite del todo el aire, queda tan poco, que es preciso enrarecerse en gran manera y a proporción perder de su fuerza elástica, no puede hacer subir los licores sino a cortísima altura ni comprimir sino muy débilmente los mármoles uno con otro (1).

(1) Aunque las razones con que hemos probado el peso del aire son absolutamente concluyentes, porque hemos sabido que hay algunos sujetos tan rudos que no penetran su fuerza, y así se mantienen en la vulgar preocupación, añadiremos en prueba de lo

mismo dos experimentos de monsieur Homberg, cuya ilación en orden al asunto es proporcionada al entendimiento más obtuso.

2. Habiendo monsieur Homberg extraído por medio de la máquina neumática el aire de un globo de vidrio hueco, de veinte pulgadas de diámetro, le pesó, dejó después entrar el aire y, pesándole de nuevo, vió que pesaba dos onzas y medio adarme más. ¿Quién aumentó el peso sino el aire introducido? Luego el aire es pesado. Este experimento fué hecho en el estío y en un tiempo muy sereno.

3. Pesó después por el mes de enero el mismo globo lleno de aire en un tiempo frigidísimo, y halló que pesaba cuatro onzas y media más que vacío de aire, de suerte que venía entonces a tener el aire más que duplicado el peso del primer experimento. Es claro que esto proviene estar el aire más comprimido en tiempo frío y, por consiguiente, pesar más debajo de igual superficie que en tiempo cálido; así como si ocupasen el hueco del vidrio con lana muy comprimida, pesaría mucho más que ocupándole con lana esponjada *(Hist. Acad.*, año 1698).

DEL ANTIPERISTASIS

Discurso XIII

§ I

1. Creyóse hasta ahora, y aun se cree, que los sitios colocados a alguna distancia debajo de la superficie de la tierra, como los pozos profundos y cavernas subterráneas, son en el estío absolutamente fríos y en el invierno absolutamente calientes. Dando por constante este hecho a persuasión del sentido, entraron los filósofos a examinar la causa. Conviniéronse inmediatamente en que las cualidades contrarias crecen en intensión, cuando está cada una cerca de su enemiga, y así el cuerpo frío se enfría más, si está sitiado de algún cuerpo caliente, como el cuerpo caliente se calienta más si está sitiado de algún cuerpo frío. Colocaron luego, sin más fundamento que la experiencia dicha, esta resolución filosófica en grado de axioma. Tomaron en uso para ella la voz griega *antiperistasis*, que vale lo mismo que circumobsesión u obsesión del contrario, a la verdad con buen consejo; porque a la sombra de una voz griega se autoriza mucho la decisión más errada y adquiere cierta pompa de verdad sublime todo lo que se adorna con un rasgo de idioma forastero.

2. Pero como quedase en pie la dificultad de explicar cómo y por qué del encuentro de las cualidades contrarias resulta la mayor intensión de ellas, aquí se dividieron los sabios exploradores de la naturaleza; cuyas opiniones se entenderán mejor usando del ejemplo del agua del pozo, que suponen más fría en el estío. Los rigurosos antiperistáticos dicen que la frialdad del agua, sitiada de su contrario el calor, que reina en el ambiente vecino, esfuerza su propia actividad, como quien al verse combatido de su enemigo pone para defensa el último conato. Pero esta opinión no puede subsistir: lo uno, porque no pueden las cualidades obrar sobre el grado en que están, pues nadie da lo que no tiene, y así la frialdad como dos no puede producir la frialdad como cuatro. Lo otro, porque se siguiera que la nieve metida dentro de un círculo de fuego, en vez de derretirse, se congelará más.

3. Otros recurren a ciertos efluvios o hálitos (algunos los llaman especies intencionales) despedidos del agua, que al tropezar con el calor del ambiente, retroceden fugitivos a la madre de donde salieron y le aumentan la frialdad. Este modo de decir padece las mismas dificultades que el antecedente, y sobre ellas las que se siguen. La primera, que a los hálitos o efluvios leves de los cuerpos humedos, el calor los eleva, y así, no puede ser el calor quien los abate. La segunda, que si son especies intencionales hallarán tan abierto el paso por el aire caliente como por el frío, pues caminan tan bien y vienen tan prontas a nuestros sentidos en el estío como en la primavera, sin necesitar, aunque son tan delicadas, de prevenirse de enfriadera de camino para la jornada. La tercera, que sean lo que fueren aquellos entecillos duendes, que van y vienen, no pueden

tener más frialdad cuando vuelven al agua que antes de salir de ella, pues no encuentran en el camino quien pueda comunicársela; y así, ni ellos pueden participársela al agua, sino es que como el miedo grande se dice que hiela, sueñen estos antiperistáticos que aquellas espías avanzadas que le envía el agua a reconocer el calor su enemigo, vuelven a ella heladas del susto.

4. Otros, en fin, son de sentir que las exhalaciones calientes de la tierra, detenidas en el invierno dentro de sus entrañas por la oposición del frío externo que no las deja salir, calientan en aquella estación el agua de los pozos y evaporándose por falta de ese estorbo en el estío, la ausencia de ellas le permite al agua recobrar su frialdad nativa.

5. Aunque esta sentencia es más verosímil en cuanto a la causa que señala, padece la nulidad de proceder sobre un supuesto falso, conviene a saber: que el agua de los pozos está más fría en estío que en el invierno, y así y todo lo que hace es proponer una explicación que no disuena de un efecto que no existe.

§ II

6. Digo, pues, que es falso que en los pozos y lugares subterráneos haya más frío a proporción que es más cálido el ambiente externo. La verdad de nuestra conclusión se prueba evidentemente con el termómetro, testigo mayor de toda excepción en esta materia, pues habiéndole colocado en varios lugares subterráneos, se ha visto mantenerse el licor contenido en él en la misma altura todo el año; y si el sitio fuese más frío durante la estación ardiente, necesariamente se había de comprimir o condensar algo el licor, y, por consiguiente, bajar algunas líneas en los meses calientes. En este monasterio hay un pozo, cuya agua juzgan todos ser mucho más fresca en el estío que en el invierno; pero yo, habiéndola examinado varias veces con el termómetro, la hallé más fresca en el invierno que en el estío (1).

7. Contra esta prueba, que es concluyente (pues jamás miente el termómetro en el informe de los grados de frío y calor), reclaman los que no la comprenden con el testimonio del sentido, diciendo que la experiencia muestra lo contrario, porque si alguno baja a alguna cueva subterránea en el mayor frío del invierno, percibe en ella sensación de calor, y si en el mayor calor del estío, sensación de frío. Asimismo el agua de pozos o fuentes profundas se siente fría en el estío y tibia en el invierno.

8. Respóndese fácilmente que para que resulten las sensaciones dichas, no es menester que los lugares profundos estén fríos en el estío y calientes en el invierno; sí sólo que en uno y otro tiempo conserven una temperie media, como de hecho la conservan. La razón es clara: porque el que de un ambiente muy cálido (cual es el del estío) pasa a un ambiente templado, al entrar en él siente frío, y al contrario, siente calor el que entra en él saliendo

(1) Monsieur Mariote tuvo por muchos años colocado un termómetro en una cueva del Observatorio de París, de ochenta y cuatro pies de profundidad; después le puso en una cueva de la calle de Santiago, de treinta pies de profundidad. En uno y otro lugar observó constantemente que el licor subía siempre a proporción que en la superficie de la tierra se aumentaba el calor, y bajaba a proporción que en la superficie de la tierra se aumentaba el frío, aunque tanto el ascenso como el descenso eran mucho menores que el ascenso y el descenso del licor en los barómetros colocados en la superficie. Prueba concluyente de que no se aumenta el frío en los sitios subterráneos, cuando se aumenta el calor en los superterráneos, ni el calor en aquéllos, cuando el frío en éstos; antes al contrario, se aumenta el calor en los sitios subterráneos, cuando se aumenta en los superterráneos, y el frío, asimismo se aumenta en aquéllos cuando en éstos, aunque es mucho menor el aumento de frío y calor en aquéllos. Por estas observaciones se debe corregir lo que decimos en el citado número, donde fiados en otro autor, no digno de tanta fe, sentamos que en los sitios subterráneos se mantiene el licor del termómetro en la misma altura todo el año. Pero se debe hacer excepción de los sitios nimiamente profundos.

de un ambiente muy frío, cual es el del invierno, siendo regla general en todos los sentidos, que en el tránsito de un extremo al medio no sienten el medio como tal, sino como que declina al extremo opuesto. Y así, si dos hombres que tengan las manos uno muy frías y el otro muy calientes, las entran en un agua que esté en la temperie media, aquél siente el agua caliente y éste fría. Del mismo modo, si en un edificio grande hay tres cuartos, uno caliente, otro frío y otro templado, el que del cuarto frío pasa al templado le siente caliente, y el que del cuarto caliente pasa a él le siente fresco.

9. Pero donde más palpablemente se demuestra esto es en la misma agua de los pozos, la cual, los que en el estío están hechos a beber de nieve, sienten caliente o tibia en aquel mismo grado que la experimentan en las mayores heladas del enero, y los que en el estío beben del agua expuesta al común ambiente, sienten el agua de los pozos muy fresca.

10. En los demás sentidos se experimenta lo mismo. El que acostumbra a beber vinos muy dulces, como la malvasia, siente como agrio o avinagrado el de Ribadavia, aunque sazonado y maduro; y el que acabase de tomar algo de zumo de limón, sentirá un vino verde como si fuese algo dulce. No tiene, pues, más misterio la sensación de frío que se percibe en los lugares profundos en el estío, que el que entra en él acaba de salir de un ambiente cálido, ni la sensación de calor en el invierno pide más causa que acabar de salir el que la percibe de un ambiente frío.

§ III

11. Pero es de advertir que lo dicho se entiende hablando por lo general. Sin embargo de lo cual, es cierto que hay algunos lugares subterráneos, que son absolutamente fríos, y otros absolutamente calientes, mas esto sin distinción de tiempos o estaciones. Varias mineras se han hallado, cuyo ambiente, no sólo cerca de su orificio, más también en la profundidad, es más caliente que el aire externo aun en el mayor fervor del estío. En los montes Rutenenses, que pienso están en la provincia Aquitania, hay algunas cuevas calidísimas, donde se mueve valientemente el sudor al que por algún tiempo se detiene en ellas. Lo mismo se refiere de otras que hay en el Apenino (1).

12. Ni este calor ni el de las aguas minerales nace por lo común (como vulgarmente se juzga) de la proximidad de los fuegos subterráneos. Digo *por lo común*, pues en algunas partes podrá también depender de este principio. Pero en las más, donde salen aguas calientes, no se ha descubierto jamás algún fuego subterráneo ni es menester ese agente para comunicarles el calor, sabiéndose por muchas experiencias que la mezcla de algunos minerales, cuyas partículas raen y llevan consigo estas aguas, tropezando con ellos en los conductos subterráneos, excita con la fermentación un calor muy sensible y a veces violento. A la mezcla que se hace del espíritu de vitriolo o del espíritu de nitro con el

---

(1) En el Franco Condado, a cinco leguas de Besançon, al pie de una roca, hay una cueva de ochenta pies de profundidad, donde, realmente, durante el estío, se siente gran frío y mucho menos en el invierno. El agua que entra en ella está helada en el estío y en el invierno deshelada. Monsieur de Villerez, profesor de anatomía y de Botánica en la Universidad de Besançon, entró en ella el año de 1711 por el mes de septiembre, cuando el agua contenida en la cueva empezaba a deshelarse. Con todo, halló el pavimento de la cueva, que es igual y llano, cubierto de tres pies de hielo. Examiminando las tierras vecinas, descubrió la causa de tan raro fenómeno. Todas, especialmente las que están sobre la bóveda de la cueva abundan de un sal nitroso o sal amoníaco natural. Este sal, puesto en movimiento por los calores del estío, se mezcla más fácilmente con las aguas que por la tierra, y por las cisuras de la roca penetran a la cueva. De aquí resulta el hielo y el frío de la cueva, como con la mezcla del mismo agente se hiela el agua contenida en un vaso artificial.

hierro para sacar la sal de este metal, estando fríos antes uno y otro material, se sigue prontamente una grande efervescencia. En la mezcla de varios líquidos donde reine de una parte el álcali y de otra el ácido, sucede lo mismo. Pero lo más admirable en esta materia es que haciendo una pasta bastantemente grande de limaduras de hierro, azufre y agua, sin otra cosa, llega a concebir fuego y se puede hacer con ella artificialmente el volcán y el terremoto, porque metiéndola debajo de tierra, a poco tiempo rompe la llama, moviendo la tierra sobrepuesta. Monsieur Lemeri hizo esta experiencia, como se refiere en la *Historia de la Academia Real de las Ciencias*, año de 1703.

13. Siendo, pues, constante que en las entrañas de la tierra hay infinita copia de estos minerales, cuya mezcla excita ya menor, ya mayor calor, no ha menester el agua para calentarse más que mezclar en sí misma las partículas de ellos. Yo me acuerdo de haber leído de un inglés, destinado por su rey a la averiguación física de las aguas minerales, que habiendo abierto a largo trecho el conducto de una fuente de éstas, llegó a un sitio donde vió que este raudal se formaba de dos diferentes que concurrían allí; y siendo las aguas de uno y otro frías antes de juntarse, después de la mezcla concebían excesivo calor, lo cual no puede atribuirse a otra cosa que a la fermentación de las partículas de diferentes minerales que traían una y otra agua. Las aguas de Carlsbaden son de las más calientes que se conocen en Europa, pues hay entre ellas fuente donde se cuecen los huevos. Y otra, que llaman la fuente Furiosa, porque rompe hacia arriba con ímpetu desmesurado, vierte el agua casi hirviendo, lo que atribuye con sólido fundamento el médico Juan Gofredo Bergero a la abundancia que hay en el terreno por donde corren estas aguas de alumbre, nitro, vitriolo, hierro y azufre, que se ha visto ser los minerales más aptos para excitar con la fermentación un calor vehemente. Las resoluciones analíticas que se han hecho infinitas veces de las aguas termales, han mostrado esto mismo, pues siempre se han encontrado en ellas partículas de estos minerales, que al fermentarse se encienden. Las que hay en la ciudad de Orense, patria mía, llamadas de las Burgas, son tan ardientes como las de Carlsbaden, y jamás en aquellos términos se descubrió algún fuego subterráneo; pero el grave y molesto olor que exhalan muestra la abundancia de partículas sulfúreas y de otros minerales que embeben.

14. La mezcla, pues, de varios hálitos nitrosos, sulfúreos, vitriólicos y otros; mezclándose en menor cantidad, pueden producir un calor bien sensible en algunas mineras o cavernas, así como mezclados en mayor abundancia producen en la región ínfima del aire los fuegos fatuos y en la media los rayos. Ni tienen tampoco otro principio los volcanes que la mezcla de dichos minerales en los lugares donde hay gran copia de ellos, concurriendo juntamente mucha materia vituminosa, en quien se cebe y persevere la llama. Aunque de otro modo lo pensó un español, cuyo gracioso discurso refiere el padre Millet en el libro 2 *De Astronomía*. Este, considerando que los volcanes duran sin extinguirse por tantos siglos, hizo la cuenta de que la materia que arde en ellos no podía ser otra que oro, porque sólo este metal resiste sin consumirse al más porfiado y activo incendio. Pensando, pues, enriquecerse a poca costa cogiendo una buena porción de aquel metal derretido, descolgó, para este efecto, cuando la llama del volcán estaba abatida, desde el borde de la caverna una caldera fuerte pendiente de una cadena de hierro. Pero fué tan infeliz en esta tentativa como en el primer discurso, porque no bien tocó la caldera aquel voracísimo fuego, cuando se derritió con parte de la cadena, quedando el buen español atónito por un rato con el resto de la cadena en la mano.

§ IV

15. En cuanto a algunos lugares subterráneos que se experimentan rigurosamente fríos, se debe discurrir del mismo modo que esto lo ocasionan algunos minerales dotados de esta actividad, o por mejor decir, esto mismo se experimenta porque en las cuevas donde nace el nitro se siente en todos tiempos un frío muy agudo. El famoso inglés Boyle, fundado en repetidos experimentos que hizo, dice que si a cuatro libras de agua se mezcla una libra de sal amoníaco hecho polvos, toma el agua una frialdad intensísima. Puede, pues, suceder que los arroyos que discurren por los conductos subterráneos tropiecen con este mineral u otros semejantes, con lo cual, enfriándose mucho el agua, enfríe asimismo a otros lugares por donde transita. Pero creo que los hálitos nitrosos, por la mucha abundancia que hay de ellos, harán más en esto y a ellos se debe atribuir la frialdad más que mediana de esta o aquella fuente. Digo de esta o aquella fuente, porque aunque en todos los países montuosos ponderan muchas como friísimas, yo, siendo harto curioso en esta materia y habiendo viajado por montañas altas varias veces, no he encontrado agua de fuente que pudiese decirse muy fría, sino una que hay en lo alto del monte de Latariegos, que divide al principado de Asturias por aquella parte del reino de León. Y aun ésta dista algo de la frialdad que da al agua la nieve. Las demás que comúnmente se dicen muy frías se juzgan tales por la comparación que se hace con otras fuentes de conducto poco profundo, a quienes, por tanto, destempla algo el calor del ambiente externo en el estío.

16. Ni la desigualdad que comúnmente se observa en las fuentes depende ordinariamente de otro principio que de la mayor o menor profundidad del conducto, por la cual son más o menos susceptivas de la impresión del ambiente caliente en el estío o del frío en el invierno; pero si una u otra se halla intensamente fría, se debe atribuir a las partículas o hálitos de los minerales arriba dichos, si no es que el agua que fluye sea de nieve, que se derrite en algún seno no muy distante de la montaña donde nace la fuente.

17. En fin, jamás la frialdad de las aguas o sitios subterráneos se puede atribuir a la cercanía del ambiente fogoso en el estío. Y si a proporción del calor externo se hubiese de aumentar el frío en el agua de los pozos, ¿quién no ve que en países muy ardientes debería llegar a helarse el agua de pozos muy profundos, lo cual, sin embargo, nunca sucede?

PARADOJAS FISICAS

Discurso XIV

1. La voz griega *paradoja* o *paradoxologia,* con propiedad no significa proposición falsa o implicatoria, sino inverosímil o increíble, y así propiamente se aplica esta voz a aquellas proposiciones que por ser contra la común opinión de los hombres o por los primeros visos que tienen de falsas, dificultan el asenso, aunque examinadas con rigor se hallen verdaderas o probables. En este Discurso juntaremos algunas pertenecientes a las cosas físicas.

PARADOJA PRIMERA

El fuego elemental no es caliente en sumo grado

§ I

2. La física vulgar distribuye las cuatro cualidades, que llama primeras o elementales, entre los cuatro elementos, señalando a cada elemento una intensa en sumo grado y otra cerca del sumo grado. Así al fuego atribuye *calor in summo* y *sequedad prope summum.* Al aire, *humedad in summo* y *calor prope summum.* Al agua, *frialdad in summo* y *humedad prope summum.* A la tierra, *sequedad in summo* y *frialdad prope summum.* Esta distribución, que fué areglada no por un severo examen de la naturaleza de las cosas, sí sólo por una proporción imaginaria, padece gravísimas dificultades bien ponderadas por los filósofos modernos. Sólo en el calor sumo del fuego no se ha puesto dificultad alguna hasta ahora; y esto es puntualmente en lo que yo ahora la pongo.

3. Que el fuego elemental no es cálido *in summo,* se prueba de que hay otro calor mucho mayor, conviene a saber, el del Sol, cuando se juntan sus rayos en el foco del espejo ustorio. Es cierto que no alcanza, ni con mucho, la actividad del más vigoroso fuego a las operaciones de aquel ardentísimo astro. Sirva de prueba el espejo ustorio que no ha muchos años hizo el señor Villete, artífice excelente de León de Francia, cuya descripción se imprimió en Lieja el año de 1715 y se halla copiada en las *Memorias de Trevoux* del año de 1716. Este espejo, en el punto mismo que se aplica a su foco cualquiera madera, por verde que sea, tan prontamente excita en ella llama como el fuego elemental en una sequísima estopa. En menos de un minuto funde los metales que más resisten la licuación, el cobre, el hierro, el oro, el acero; generalmente todo mineral. La operación más alta que los químicos han descubierto en el fuego es la vitrificación, dicha así por reducir a una especie de vidrio la materia; pero el fuego más intenso, sobre tardar mucho en esta operación, la logra en pocos sujetos. El espejo ustorio vitrifica en breve tiempo todo género de materias: las tejas, los ladrillos, la argamasa, los huesos, todo género de piedras, hasta el mármol y el pórfido: en que lo más admirable es que las

piedras mismas de que se compone el suelo de los hornos donde se funden las minas de hierro, resistiendo años enteros sin licuarse a aquel fuego intensísimo, al presentarse en el foco del espejo, sin dilación empiezan a gotear.

4. Siendo tanto esto, aún es más lo que nos resta por decir. La resolución analítica del oro, o, lo que es lo mismo, la separación de los principios que le componen, se ha juzgado hasta ahora imposible. No guardan tan tenazmente los avaros el oro, como el oro su intrínseca textura; por más que le han atormentado los químicos en el fuego, jamás pudieron hacerle perder la forma. Sin embargo, la valentía de este generoso metal se rindió en el espejo ustorio a la fuerza del Sol; como que sólo se sujeta obediente a aquel astro, a quien se dice debe la existencia.

5. Monsieur Homberg, de la Academia Real de las Ciencias, fué el primero que experimentó este raro fenómeno, resolviendo en humos (que este célebre químico juzgó ser la parte mercurial del oro) gran porción de la masa que se presentó al espejo del Palacio Real de París, y quedando por residuo una materia terrestre, mezclada con algo de azufre, que después se vitrificó. Así el azufre y mercurio, que en la opinión de Homberg, juntos con la tierra componen el oro, aunque volátiles por su naturaleza y, por tanto, disipables al imperio del fuego en otros metales y en todos los demás mixtos, en el oro se unen tan íntimamente, que ninguna otra fuerza que la del Sol los puede separar: luego el calor del Sol es mucho mayor que el del fuego. Y por consiguiente no es el fuego elemental cálido en sumo grado, que es lo que quisimos probar.

PARADOJA II

El aire antes se debe juzgar frío que caliente

§ II

6. Aristóteles atribuyó al aire calor debajo del sumo grado o cerca del sumo grado. Otros filósofos, con más fundamento, le juzgan indiferente a frío y calor. Yo, sin meterme a impugnar esta segunda sentencia, digo que mucho mayor razón hay para juzgarle frío que cálido, lo cual manifiesto de esto modo: Para hacer concepto de las cualidades propias de un sujeto se ha de considerar en aquel estado en que está removido todo agente extrínseco, a cuya operación se pueda atribuir el efecto; considerado el aire en este estado, siempre se halla frío: luego por su naturaleza es frío. La menor se prueba porque el aire sólo a la presencia del Sol se calienta, y siempre que el Sol se ausenta, se enfría, tanto más cuanto mayor o más dilatada es la ausencia. De aquí depende que en las zonas templadas el aire se enfría más cuando las noches son largas, y en los países subpolares o circumpolares es el aire extremamente frío, porque el Sol hace la prolija ausencia de seis meses, y aun cuando los alumbra, es más que medianamente frío por la mucha oblicuidad de sus rayos.

7. Ni se me diga que en la ausencia del Sol la tierra es quien enfría el aire. Si fuera así, más fría sería la ínfima región del aire que la media, pues está más vecina a la causa infrigidante, lo cual es contra la experiencia, pues muchas veces que en la ínfima no se hiela el agua, en la media se cuajan las nubes en granizo: muchas veces se derrite prontamente en la ínfima lo que en la media se cuaja.

8. Si acaso se me opusiere que Aristóteles y los peripatéticos, cuando dicen que el aire es caliente hablan del aire elemento puro, no del aire atmos-

férico, que está mezclado con infinitos corpúsculos heterogéneos de algunos de los cuales puede participar el frío, especialmente de las muchas partículas nitrosas de que está impregnado, respondo lo primero que en este país en que escribo no da el aire seña alguna de ser nitroso, pues en toda esta tierra no se halla un grano de nitro, y no por eso deja de estar bastante frío en invierno. Respondo lo segundo que del aire elemento puro sólo se puede hablar adivinando, pues no le respiró jamás hombre alguno ni es posible por ser este elemento una campaña abierta a los efluvios de todos los demás cuerpos; y de las cualidades sensibles debemos raciocinar siguiendo el hilo de experiencias sensatas, no de ideales proporciones, como lo hizo Aristóteles en la división de las cualidades elementales, pues el Autor de la Naturaleza no está sujeto a las proporciones que nosotros aprendemos. Este fué el falso supuesto sobre que procedió toda la filosofía pitagórica; y la aristotélica, en cuanto a la doctrina de los elementos, adolece algo del mismo vicio, como se ponderará más en otra parte. Lo que ahora digo es que Aristóteles repartió entre los cuatro elementos las cuatro cualidades, como si fuese dueño de ellas y de ellos.

PARADOJA III

El agua, considerada según su naturaleza, antes pide ser sólida que fluída

§ III

9. Pruébase por el mismo principio que la paradoja antecedente. Remuévase por mucho tiempo todo agente extrínseco que pueda calentar el agua, y siempre se hallará el agua sólida, esto es, helada: luego esto pide por su naturaleza. El antecedente consta, pues debajo del Polo y en las partes vecinas donde el Sol se ausenta por seis meses, en todo este tiempo está el mar helado; y tanto, que aun después que el Sol se acerca por otros seis meses, no se deshiela del todo, por cuya razón se halló siempre impracticable el camino a la China por la parte del Norte (1).

10. Confírmase *ad hominem* contra los aristotélicos, en cuya sentencia el agua es fría *in summo*; *sed sic est* que la frialdad *in summo* no puede menos de helar al sujeto en quien se halla, luego la agua por su naturaleza siempre pide estar helada.

11. El ser licuable la agua por un moderado calor, no quita que por su naturaleza sea sólida. Los metales son licuables por un calor intenso, sin que por eso dejen de juzgarse de naturaleza sólida; y más o menos dentro de la misma línea no varían la especie; luego el ser licuable la agua por un calor menos intenso que aquel que derrite los metales no prueba que no sea de naturaleza sólida como ellos.

PARADOJA IV

O todas las cualidades son ocultas o ninguna lo es

§ IV

12. Llaman los filósofos de la Escuela cualidades ocultas a aquellas que ni son del número de las cuatro elementales ni resultan de la varia combinación de ellas, porque sus operaciones son de otra línea más alta que todas aquellas que se pueden atribuir a la humedad, sequedad, frío, calor, dureza, blandura, color, sabor, etc. Y aunque es verdad que algunos, siguiendo el sistema de señalar cualidades segundas, que resultan de la varia

(1) Mucho tiempo después de escrita la paradoja de que el agua, según su naturaleza, antes pide ser sólida que fluida, leí en la *República de las Letras*, t. VIII, que algunos años antes había enseñado y probado lo mismo monsieur Mariote, de la Academia Real de las Ciencias.

combinación de las primeras, y cualidades terceras, que resultan de la varia combinación de las segundas, entre las terceras han querido colocar las maravillosas virtudes del imán, la atracción de los purgantes y otras de las que se llaman ocultas, reduciéndolas todas a manifiestas. Son abandonados del común de los filósofos y con razón, pues se echa de ver que humedad, sequedad, frío y calor, de cualquier modo que se combinen y recombinen, no son capaces de dirigir el imán al polo o de atraer el hierro.

13. No es mi propósito examinar la naturaleza y origen de unas y otras cualidades; sí sólo decir que todas son igualmente ocultas o todas son igualmente manifiestas. Para cuya demostración cotejemos la virtud calefactiva del fuego, que se tiene por la más manifiesta, con la virtud atractiva del imán, que se reputa ser la más oculta. Todo lo que se sabe y se dice en la doctrina peripatética de la virtud calefactiva del fuego, se reduce a que es una propiedad de aquella sustancia o cualidad que dimana de su forma, que produce este efecto que llamamos *calor* y que la acción con que le causa se llama *calefacción*; *sed sic est* que del mismo modo se sabe que la virtud atractiva del imán es propiedad o cualidad dimanante de la forma de este ente, que produce este efecto sensible de avecindársele el hierro, y que la acción con que le causa se llama *atracción*, luego otro tanto se sabe de la virtud atractiva del imán que de la virtud calefactiva del fuego; luego igualmente es manifiesta o igualmente oculta la una que la otra.

14. Y verdaderamente, ¿cómo podemos negar que nos es oculta la cualidad que llamamos *calor*, cuando nos es aún oculto si es o no es cualidad? No sólo los filósofos corpusculares, que niegan toda cualidad y forma, pero muchos de los que las admiten, constituyen el calor por un movimiento, ya verticoso, ya vibratorio, de las partículas insensibles del cuerpo. Y mientras no haya argumento con que vencerlos, no puede saberse si éstos o aquéllos dicen la verdad.

PARADOJA V

Es falso, generalmente hablando, que la virtud unida sea más fuerte

§ V

15. El axioma *vis unita fortior* juzgo tiene más lugar en las cosas civiles y políticas que en las naturales. Si se mira bien, se hallará que dos agentes, de los cuales cada uno tiene fuerza como cuatro, juntos no podrán tener más fuerza que como ocho. Si dos hombres separados sostienen cada uno cuatro arrobas de peso, juntos no podrán sostener más de ocho. Es verdad que un hombre que quiebra cada flecha de por sí, no pueda quebrar el manojo de flechas, que es el ejemplo de que se valió Sciluro (Plut., *in Apoth.)* para persuadir la unión fraternal a sus hijos; pero esto no es porque a cada flecha se le añada un grado de resistencia por unirse con las demás, sí sólo porque en el primer caso no tiene que vencer el hombre más que la resistencia de una flecha y en el segundo la de muchas. Si, suponiendo que sean veinte flechas, a cada una en particular no se aplicase para romperla más que la vigésima parte del impulso que se aplica a todas juntas, tan cierto es que no se rompería cada flecha en particular como que no se rompe el manojo; pero el hombre no va dividiendo su fuerza, así como va lidiando sucesivamente con cada flecha, sino que a cada una aplica toda la fuerza que quiere. Y así, aquí no se verifica que la resistencia unida sea mayor, sino que en muchos hay más resistencia que en uno sólo, lo cual es *per se noto*.

16. Esto parece claro; pero aun prescindiendo de esta razón, la experiencia ha mostrado que en algunos agentes la unión disminuye la fuerza, contra lo que comúnmente se juzga.

Vulgarmente se imagina que dos hilos enroscados o unidos en cordón sostienen más peso que separados, y que una soga hecha de muchas cuerdas delgadas sostendrá más que todas aquellas cuerdas divididas. Monsieur Reaumur, de la Academia Real de las Ciencias, demostró el año de 1711 que sucede todo lo contrario; conviene a saber, que los hilos y cuerdas sostienen más peso separados que unidos. Hizo la experiencia con dos hilos, que cada uno sostenía hasta nueve libras y media; esto es, entre los dos diecinueve libras, y habiéndolos enroscado, sostuvieron hasta quince y media y se rompieron con dieciséis. Otra experiencia fué de tres hilos: el primero, que sostenía seis libras y media; el segundo, ocho; el tercero, ocho y media, en que la suma total son veintitrés libras; y hecho cordón de los tres hilos no sostuvo más que diecisiete libras.

17. Responderáseme acaso que esto pudo depender de que cuando los hilos se enroscaron ya tenían menos resistencia por haberse prolongado y adelgazado algo (rompiéndose también quizá algunas sutiles fibras con el peso que antecedentemente habían sostenido). Pero esta respuesta, aunque especiosa, no tiene lugar, atendiendo a que consta de la *Historia de la Academia*, que se hizo también por orden contrario la experiencia. Un delgado cordón de seda, que sostenía poco más de cinco libras, dividido después en muchos hilos sutiles y hecha la experiencia y cómputo del peso que cada uno mantenía, se halló que entre todos sostenían seis libras y media.

18. La causa, a mi parecer, verdadera de este fenómeno es que en el cordón los hilos no están igualmente tirantes, porque siendo moralmente imposible hacer la circumvolución en todas las partes igualísima, es preciso que unos hilos queden más apretados, otros más flojos; que unos en la vuelta que van dando disten menos de la perpendicular o línea del centro de gravedad, otros más, y aun uno mismo en una parte esté apretado, en otra flojo. De aquí resulta que el peso al principio no carga sobre todos los hilos, sí sólo sobre los que están más tensos y distan menos de la línea del centro de gravedad; los cuales, no teniendo por sí solos bastante resistencia, se rompen, y cargando después el peso sobre los otros, hace lo mismo con ellos. Que esto sucede así, se verá con evidencia advirtiendo que una cuerda de quien se cuelgue poco mayor peso que el que puede sostener, no se rompe momentáneamente, sino sucesivamente, aunque en breve tiempo, pero el que basta para que se observe que primero se rompen unos hilos y después otros.

19. De aquí colijo que, sin embargo de las experiencias hechas en la Academia Real, se debe hacer juicio que en este agente, como en todos los demás físicos, la misma es la virtud unida que separada; porque el romperse el cordón con el mismo peso que sostenían los hilos separados depende de que unidos no ejercitan simultánea, sino sucesivamente su resistencia. O con más propiedad diré que aunque los hilos están unidos, la virtud en cuanto al ejercicio de resistir no está unida. En una palabra, en el cordón está unido el peso correspondiente a la fuerza de todos los hilos, sin estar unida la fuerza de éstos. Fuera del cordón es verdad que está desunida la resistencia, pero a proporción está dividido el peso.

PARADOJA VI

El Sol, en virtud de su propia disposición intrínseca, calienta y alumbra con desigualdad en diferentes tiempos.

§ VI

20. Las causas comunes de experimentarse en la tierra más o menos calor y luz del Sol son la serenidad o turbación de la atmósfera, la oblicuidad o dirección con que el Sol nos

mira, la positura en que están los lugares, la longitud o brevedad de los días, el sosiego o agitación de los vientos, la vecindad de lugares fríos o calientes, los hálitos que expiran las regiones subterráneas. Pero prescindiendo de estas causas inferiores, o sin haber desigualdad en ellas, digo que el Sol por sí mismo o en sí mismo tiene causa para alumbrar y calentar más o menos y de hecho calienta y alumbra más o menos en diferentes tiempos, en virtud de sus propias disposiciones.

21. La razón se toma de las manchas transitorias que de algún tiempo a esta parte han advertido los astrónomos en el Sol. Estas son unas partes nigricantes en la superficie del astro, desiguales en tamaño y duración, que son ya más, ya menos en el número, y muchas veces, y aun años enteros, no se descubre alguna. Creen algunos que los antiguos caldeos tuvieron tal cual conocimiento de ellas, porque en el libro de Job se lee la sentencia de su amigo Elifaz de que el Cielo no está exento de manchas: *Caeli non sunt mundi in conspectu eius.* Por otra parte, la falta de telescopio que padecieron los antiguos, no hace imposible la observación, porque algunas manchas son tan grandes que pueden hacerse visibles sin la ayuda del telescopio, como la que se vió el año de 1706, cuya superficie, según el cómputo de los astrónomos, era treinta y seis veces mayor que la de toda la tierra; y llegando a esta magnitud, y aun siendo menores, se pueden discernir mirando el Sol con un vidrio teñido de algún color.

22. Pero el primero de quien hay noticia que las observó fué el padre Cristóforo Scheinero, de la Compañía de Jesús, y con tanta aplicación que desde el año 1611 hasta el 1627 hizo mil cuatrocientas observaciones de estas manchas, de que da noticia en su *Rosa Ursina.* El célebre Galileo Galilei empezó a observarlas casi al mismo tiempo que Scheinero, y fueron después continuando en la misma aplicación los más laboriosos astrónomos del siglo pasado y de és[illegible] de suerte que esta es una materia que ya carece de toda duda, y aunque algunos la pusieron en si estas manchas están en el mismo cuerpo solar o algo distantes de él, la quitan otros, demostrando su inherencia en la superficie del Sol, porque no sólo se revuelven a proporción de la revolución del Sol, pero las que duran hasta hacer una revolución entera, que se absuelve en veintisiete días, son visibles en toda la mitad del período de la revolución, lo cual no podría ser si estuviesen inferiores al astro.

23. Sean estas manchas hollines o humos que se levantan de aquel grande horno del Sol, como sienten los más, u otra cosa diferente, es claro que mientras duran deben disminuir su luz y calor hacia las regiones elementales, más o menos, a proporción que el tamaño y número de las manchas fuere mayor o menor. Y a esta causa se pueden atribuir algunas notables disminuciones del calor y luz del Sol, que se hallan en las historias, en ocasión que no había estorbo alguno en la atmósfera. Mayolo refiere que en tiempo del emperador Justiniano la mayor parte de un año estuvo tan decaída la luz del Sol que apenas excedía a la de la Luna. Y según Plutarco, en la muerte de Julio César padeció el Sol igual detrimento en su luz por todo un año entero; de lo que también nos dejó noticia Virgilio en aquellos versos del libro segundo de sus *Geórgicas*:

Ille etiam extincto miseratus Caesare Roman,
tum caput obscura nitidum ferrugine texit:
impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.

PARADOJA VII

El Sol, haciendo reflexión de cuerpo cóncavo, más calienta en invierno que en verano, y tanto más cuanto el tiempo estuviere más frío

§ VII

24. Esta experiencia, que se hizo repetidas veces con admiración de to-

dos los presentes en el espejo ustorio de monsieur Villete, de quien se dió noticia arriba, observándose asimismo que cuando el espejo estaba más frío, tanto su operación en el foco era más fuerte y pronta, y cuanto más caliente, tanto más tarda y remisa; entre los que leyeren esto, unos lo tendrán por admirable, otros por increíble (1).

25. Con todo, la razón de este fenómeno no es muy recóndita. Es cierto que el frío condensa los cuerpos y el calor los dilata. Es cierto también que cuando un cuerpo está más denso, está más apto para causar reflexión y lo está menos cuando está más laxo. De estas dos premisas se infiere claramente que no podían menos de suceder los efectos referidos. Y para mayor explicación diré que por dos causas, estando el espejo muy caliente, y, por consiguiente, menos compacto y duro, debe ser la operación más remisa en el foco. La primera, porque mucha porción de rayos se absorbe en los poros del metal dilatados por el calor y no hace reflexión alguna. La segunda, porque dilatado o esponjado (digámoslo así) el metal, no queda tan igual su superficie cóncava; de que se sigue que hiriendo muchos rayos de través en las declividades de algunas insensibles prominencias, no hacen reflexión por la línea que era menester para ir a parar al punto del foco. Esto se entenderá bien poniendo atención a lo que sucede en las reflexiones de una pelota cuando se arroja a una pared muy desigual, pues es cosa muy averiguada por todos los matemáticos que tratan de la catóptrica, que la luz y el calor en sus reflexiones siguen puntualísimamente las mismas reglas que los cuerpos en las suyas.

26. Ni debe hacer dificultad que un cuerpo tan duro como es el metálico padezca alguna insensible rarefacción cuando se calienta. Lo primero, porque si un calor intensísimo dilata tanto el metal, que rompiéndose todas sus ligaduras se derrite, un calor menos intenso debe hacer a proporción el mismo efecto; esto es, dilatarle o enrarecerle algo. Lo segundo, porque la experiencia muestra que cualquier metal está más sonoro cuando frío y menos cuando caliente, de lo cual evidentemente se colige que el calor y el frío alteran algo su textura, siendo cierto que de ésta depende que el cuerpo sea más o ménos sonoro.

PARADOJA VIII

La extensión de la llama hacia arriba en forma piramidal, o cónica es violenta a la misma llama

§ VIII

27. **El conato de la llama al ascenso es la prueba vulgar de los que pretenden que esté allá arriba la esfera o**

(1) No sólo en el uso del *espejo ustorio* cóncavo hace el Sol mayor efecto en tiempo frío, mas también en el del convexo. Así, a aquella paradoja ese debe dar más extensión. En París se observó esto varias veces con el grande espejo ustorio convexo fabricado por el célebre monsieur Schirnaus, que tenía el duque de Orleáns. Es tanta la disminución de la fuerza del espejo convexo en los grandes calores, que casi pierde toda la actividad, como se experimentó con dicho espejo ustorio en el calidísimo estío del 705. La razón es diversa de la que dimos para el espejo cóncavo. La que discurrió monsieur Homberg, y parece verdadera, es que en los grandes calores se eleva de la tierra gran cantidad de exhalaciones sulfúreas, las cuales embarazan, detienen y en alguna manera absorben los rayos del Sol, ahora sea que interceptan absolutamente un aparte de ellos, ahora que haciendo respecto de ellos el efecto que hace la vaina respecto de la espada, les quitan aquella extrema sutileza que han menester para penetrar prontamente los cuerpos duros. Una experiencia confirmó a monsieur Homberg en este pensamiento. Entre el espejo y su foco puso un brasero con carbón encendido, de suerte que los rayos iban del espejo al foco y atravesaban los vapores que subían del brasero, y vió que la acción de los rayos se había mitigado mucho. Observó también el mismo físico que la actividad del espejo es mayor cuando el sol se descubre después de un gran golpe de lluvia que cuando ha estado descubierto muchos días consecutivamente, cuya razón parece ser el que la lluvia copiosa precipita las materias sulfúreas que quiebran la fuerza de los rayos.

elemento del fuego. En su lugar mostramos que es muy flaca esa prueba, aun concediendo el antecedente en que estriba; porque todo lo que es más leve que el líquido que le circunda, sube sobre él, si no está por otra parte aprisionado, sin que haya arriba esfera de su especie que le llama. Sube, pues, la llama, sube el humo, sube el vapor, suben efluvios elementales de infinitas y diversísimas especies, sin otra causa que el ser más leves que este aire grueso que hay acá abajo.

28. Pero ahora añadimos que no hay en la llama el conato que se supone y que se representa en aquella extensión en figura cónica hacia arriba, porque esta extensión es violenta y no natural a la llama. Deducimos esta paradoja de un experimento que trae Francisco Bacon en la primera de sus centurias. Tómese una pequeña vela de cera y acomodándose en un tubo de hierro, colóquese recta en una escudilla llena de espíritu de vino, a tal proporción que cuando uno y otro se enciendan no esté más alta la llama de la cera que la del espíritu. Veráse que que al dar el fuego a uno y otro se distinguen por el diverso color las dos llamas: la de la vela aparecerá en medio de la del espíritu dilatada no en figura piramidal, sino redonda, que ocupa cuatro o cinco veces más espacio que el que suele ardiendo libre en el aire. Esta experiencia prueba que la forma piramidal que regularmente observa la llama es causada por la presión del aire, como aun sin hacer reflexión sobre este experimento juzgan los filósofos modernos, y, por tanto, violenta, pues si fuese natural, se extendería del mismo modo, faltando la presión del aire, como falta cuando la llama de la vela está circundada de la llama del espíritu.

29. En este ejemplo se echa de ver que la experiencia, así como examinada con reflexión sutil es el único medio para saber algo de cierto en las cosas físicas, tomada a bulto, es ocasión de innumerables errores. Son muchos los que han nacido de atribuir a inclinación nativa o virtud intrínseca de algún cuerpo efectos que sólo son causados por el impulso de otro cuerpo vecino. Antes que se descubriesen la gravedad y elasticidad del aire se tenía como cosa convencida por la experiencia la inclinación del agua a impedir el vacío, y hoy es cosa convencida por la experiencia que el aire es quien la impele.

PARADOJA IX

Es dudoso si los graves, apartados a una gran distancia de la tierra, volverían a caer en ella

§ IX

30. Esta duda se consigue necesariamente a la que hay entre los filósofos, sobre qué virtud es aquella que mueve a los graves, apartados de la tierra, al descenso. Los peripatéticos conciben en el grave un determinativo intrínseco de este movimiento o dos, por decir mejor: uno radical y remoto, que es su forma sustancial; otro formal y próximo, que es la forma accidental que llaman gravedad, porque lo que dicen que los graves son movidos por el generante, no tiene ni puede tener otro sentido, sino que el generante produce en ellos esos determinativos, los cuales se la apropian a él como instrumentos, para causar por medio de ellos el movimiento en los graves; pues es cierto que cuando desciende el grave, no es formalmente, y hablando con propiedad, impelido por el generante; y aun muchas veves ya el generante no existe cuando desciende el grave.

31. Esta doctrina, por las arduas dificultades que padece, no trasciende los límites de opinable. Lo primero, no es fácil salvar en ella la importante máxima filosófica de que *todo lo que se mueve es movido por otro*, pues ni en el grave una parte es movida por otra, ni al generante físicamente cau-

sa su movimiento: cuando más se podrá decir que la causa moral o interpretativamente, así como el que da a otro la espada, con que mata a su enemigo, se podrá llamar causa moral, pero no física del homicidio. Lo segundo, no se encuentra distinción suficiente entre el movimiento de los graves y de los vivientes, porque uno y otro es igualmente *ab intrinseco*; esto es, proviene de su propia forma, e igualmente es *ab extrinseco,* pues no menos en el viviente que en el grave produce el generante la forma y virtud con que se mueve.

32. Por huir el cuerpo a estas dificultades, otros filósofos buscaron por diferente camino principio extrínseco al movimiento de los graves, y le señalaron en la atracción de la tierra o globo terráqueo. Esta sentencia ya es antigua, y el eximio doctor, en el primer tomo de las *Metafísicas* cita algunos autores que la llevaron. Es verdad que contra ella conspiraron no sólo los filósofos escolásticos, pero aun con más rigor los modernos, pues éstos generalmente condenan por quimérico todo movimiento por atracción, siguiendo en esta parte todos los corpusculistas a Renato Descartes, que generalmente negó pudiese un cuerpo mover a otro sin verdadero impulso y físico contacto, apurando toda su sutileza para explicar, según este sistema, los maravillosos movimientos del imán y del hierro.

33. Pero cuando se hallaba la virtud atractiva tan abandonada de la Filosofía y desterrada (digámoslo así) del ámbito del mundo a la esfera de la imaginación, el caballero Newton, famosísimo matemático inglés y sutilísimo filósofo, se puso tan de su parte que no sólo restituyó al mundo la virtud atractiva, pero le atribuyó como a causa cuantos movimientos inanimados hay en la naturaleza. Con tanta variedad y tan a tientas produce la filosofía en la pesquisa de la verdad, que no hay medio que no busque ni extremo que no abrace.

34. A Newton siguen hoy muchos y si bien que yo estoy tan lejos de omitir con tanta universalidad la virtud atractiva, que juzgo más probable el que no la hay en ente alguno, pero una vez que se conceda en el imán y otros algunos cuerpos, se hace muy verosímil que la haga también en el globo terráqueo respecto de los graves. Como quiera, la probabilidad que tiene esta opinión, junta con las graves dificultades que padece la sentencia peripatética, deja la materia en el equilibrio de la duda. Y habiéndola en esto, precisamente la ha de haber en si los graves, puestos en cualquiera distancia, descenderían a la tierra.

35. La razón es clara, porque la virtud atractiva, como finita, tiene determinada esfera de actividad y, por consiguiente, no puede hacer su operación a cualquier distancia: luego hay distancia a la cual no alcanza la virtud atractiva del globo terráqueo: luego en suposición de que los graves bajen por atracción, puesto el grave en aquella distancia, no bajaría.

36. Con reflexión no coloqué la sentencia de Descartes entre las probables que hay en esta cuestión, porque supone el movimiento circular de la tierra, que tiene contra sí algunos lugares de la Escritura, por cuya razón condenó la Inquisición de Roma el sistema copernícano, que abrazó Descartes. Pero en la sentencia cartesiana también se sigue que no de cualquier distancia bajarían los graves a la tierra. Dicen los cartesianos que los graves bajan repelidos por la materia etérea o sutil, que rápidísimamente gira en torno de la tierra. Para cuya inteligencia se ha de advertir que en sentencia de los cartesianos el globo terráqueo, juntamente con el aire vecino y la materia etérea y globulosa que le circunda, forma un vórtice o torbellino, que sin cesar se mueve de Poniente a Oriente, pero de modo que aunque la tierra en veinticuatro horas absuelve todo el círculo, el movimiento de la materia etérea es sin comparación mucho más rápido. De aquí infieren que los cuerpos graves, como de más

tardo movimiento, deben ser repelidos por ella hacia el centro, porque generalmente se observa en todos los torbellinos que lo que se mueve con más pereza es repelido hacia el centro por lo que gira con más velocidad. Así en los remolinos de viento, las pajas y otros cuerpos que levanta son llevados al medio del remolino. Del mismo modo en los de agua, los cuerpos forasteros que sobrenadan en ella son impelidos hacia el centro. Y en un cribo se ve que en el movimiento que se le da para limpiar el trigo, la paja y aristas, porque no conciben tanto ímpetu como aquél y, por consiguiente, no se mueven con tanta velocidad, son repelidas al medio por el movimiento del grano el cual queda hacia el borde del cribo.

37. En esta sentencia es claro que si un ángel sacase una rueda de molino fuera de este vórtice nuestro, no volvería jamás a la tierra, porque la materia sutil de nuestro vórtice no alcanzaría a ella, y así no podría repelerla hacia su centro, antes se alejaría mucho más de la tierra, porque sería llevada al centro de otro vórtice por el impulso de la materia etérea que gira en él. Todo lo cual confirman las experiencias que el padre Marino Merseno, doctísimo mínimo, hizo en París, de disparar una pieza de artillería verticalmente, cuya bala no bajó hasta ahora al suelo. Véanse las *Epístolas* de Cartesio a Mersenno, t. 2, Epíst. 106 (1).

38. Añado que en el sistema cartesiano, bien lejos de tener los graves algún conato a acercarse al centro de la tierra, le tienen vehementísimo a apartarse del centro; y supuesto el movimiento de la tierra en las veinticuatro horas, no hay duda que no puede ser otra cosa, porque cualquier parte de cuerpo que se mueve en giro concibe ímpetu para apartarse del espacio donde se hace el giro hacia la parte exterior, tanto más violento, cuando la rotación es más rápida; y de hecho se aparta, si no hay otra fuerza que le detenga. Así, cuando se voltea la honda, la piedra no ha menester para dispararse, apartándose del espacio del giro por la recta tangente del círculo, más que el que se suelte la honda; y sin nuevo impulso, más que el que había concebido antes cuando giraba,

(1) Contra lo que en este número alegamos de la experiencia del padre Mersenno, hay otra experiencia más segura, referida en las *Memorias de Trevoux* en el mes de agosto de 1728. Habiendo tomado cuerpo entre los físicos la cuestión de si una bala de artillería, disparada verticalmente, volvería al suelo, en que algunos decían que se alejaría más y más de la tierra, dejándose arrebatar por la materia etérea a otro vórtice; otros, que se resolvería en polvo, faltándole en el aire superior muy enrarecido aquella fuerza con que el aire inferior mucho más denso y elástico, comprimiendo unas hacia otras partes, las mantiene unidas, el señor Moutier, oficial de la artillería en Estrasburgo, trató de averiguar la verdad con la experiencia, para cuyo efecto colocó una pieza de artillería verticalmente, tan bien asegurada que ni el fuego ni el movimiento de la bala al salir pudiesen inclinarla a alguno de los lados. Colocada así, disparó la bala, la cual no dejó de volver al suelo a su tiempo, aunque a gran distancia de la pieza, lo que causó mucha admiración, porque examinado el cañón después del disparo, se halló que no se había desviado ni una línea de su perpendicularidad. La distancia en que cayó la bala fué de trescientas pértigas; la pértiga (en francés *perche*), según el *Diccionario Matemático* de Ozanan, es una medida de diez y ocho pies, o de tres brazas; según el *Diccionario Universal de Trevoux,* hay variedad en las pértigas, pero la menor, que es la que dice que usan los geómetras, es de diez pies. Volvió a cargar la pieza aquel oficial, dándole mayor carga de pólvora, y la bala cayó a distancia de trescientas sesenta pértigas.

2. No es del propósito examinar aquí las razones físicas por qué la bala cayó a tanta distancia de la pieza. Lo que nos hace al caso es el hecho desnudo, pues en él se echa de ver el motivo de la alucinación del padre Mersenno. Tenía el sabio Mínimo, en virtud de la constitución perpendicular del cañón, aprendido que la bala había de caer sobre la pieza o muy cerca de ella, y no viéndola en sus vecindades, coligió que no había vuelto a la tierra.

3. Pero advierto que lo dicho no obsta a la verdad de nuestra paradoja, porque ésta procede en la suposición de que los graves se colocasen en una gran distancia de tierra. La distancia a que puede apartarse de ella la bala de artillería es poquísima, comparada con la magnitud del globo terráqueo, por consiguiente suficientísima para el efecto dicho.

tanto más se alejará del que movía la honda, cuanto el movimiento circular hubiese sido más rápido. Siendo, pues, el movimiento diurno de la tierra rapidísimo, especialmente debajo de la equinoccial, pues en veinticuatro horas camina poco más o menos de siete mil leguas españolas, es claro que cuantos cuerpos hay en la superficie de la tierra se dispararían como agitados de una rapidísima honda, con una violencia increíble hacia el viento, si la mucha más violenta rotación de la materia sutil no los hiciese parar o retroceder.

PARADOJA X

En la composición de todos los vegetables entra alguna porción metálica

§ X

39. Esta es una gran novedad en la física, pocos años ha descubierta. Monsieur Gofredo, de la Academia Real de las Ciencias, habiendo examinado las cenizas de muchas plantas, en todas halló algunos pequeñísimos granos que eran atraídos por el imán, de donde infirió que los granos mismos eran de imán o de hierro. Mas porque restaba la duda de si acaso la virtud atractiva del imán se extiende (aunque hasta ahora no se haya conocido) a otras algunas partículas que entren en la composición de los vegetables, sin que sean de imán ni de hierro o de otro algún metal, los señores Lemeris, padre e hijo, hicieron nueva pesquisa sobre la misma materia que resolvió toda la duda, porque usando del Espejo ustorio, derritieron las partículas que el imán había atraído de las cenizas de las plantas, las cuales se licuaron en la forma misma que el imán y el hierro, centelleando mucho, y al fin formaron una bola de consistencia y dureza metálica. Aun en la miel, después de su destilación, hallaron estas partículas que atraía el imán; donde se infiere que hasta el jugo más sutil de las flores se extiende esta composición metálica (1).

40. Sin embargo, quedaba aún por averiguar si estas partículas preexisten en las plantas o resultan de la calcinación como producción del fuego, en que lo segundo parece más verosímil, porque no se halla dificultad alguna en que el fuego transmute en metal algunas partículas de los vegetables, y se encuentra gravísima en que el hierro, siendo tan pesado, puede subir hasta la altura de los árboles.

41. Monsieur Lemeri, el hijo, desembarazó esta duda con sutiles y curiosas experiencias, las cuales, no sólo le aseguraron la volatilidad del hierro, mas también le inclinaron a creer que este metal contribuye mucho en todas las plantas para la vegetación. El más señalado experimento que hizo fué de este modo: Habiendo echado espíritu de nitro sobre la limadura de hierro, se siguió un violento hervor, que al fin se sosegó, quedando un licor rojo por la disolución del metal, mezclando después en la composición aceite de tártaro por deliquio, se excitó mediana fermentación, en que se fué inflamando el licor más y más, hasta formar por las paredes del vaso varias sutiles ramas, las cuales, extinguida ya toda sensible fermentación, fueron creciendo hasta toda la altura del vaso.

42. Aunque la primera vez que hizo esta experiencia logró sólo rudos lineamentos de un árbol, variando después de muchas maneras la dosis del aceite de tártaro, fué consiguiendo más perfecta esta vegetación metálica, hasta lograr, en fin, un árbol perfectamen-

(1) En la Regia Sociedad de Londres se vieron partículas de hierro extraídas de una piedra humana contenida en la vejiga y calcinada por monsieur Lister, de que puede colegirse que las partículas de hierro, por medio del alimento de los vegetables, pasan a los animales. (Regnault, t. I, Conversación 14.) Confesamos, no obstante, que no convence lo que alegamos en favor de la paradoja, pues siempre queda disputable si el hierro que se halla en las cenizas existía antes en las materias que se calcinan o es formado por el fuego.

te formado con raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos. Este hábil químico coligió que así la volatilidad como la vegetación se debían a la limadura de hierro, pues sin ella lo más que se produciría serían algunos cristales en el fondo del vaso por la fundición del nitro. Quien quiera enterarse más del modo y efectos de esta operación, lea la relación de la Asamblea de la Academia Real de las Ciencias de 13 de noviembre del año 1706.

43. No por eso se piense que la vegetación metálica sólo se hace con el hierro. El abad de Vallemont en el primer tomo de *Curiosidades de la Naturaleza y del Arte sobre la Agricultura*, dice que en París se hicieron semejantes vegetaciones artificiales con metales diferentes, oro, plata, hierro y cobre. Pero la más común de todas es la que se hace con la plata, a quien los químicos dieron el nombre de *Arbol de Diana*. Su formación es de este modo: disuélvese una onza de plata con dos o tres onzas de espíritu de nitro. Evapórase esta disolución a fuego de arena, hasta consumirse cerca de la mitad. Lo que resta se mezcla en vaso proporcionado, con veinte onzas de agua común muy clara y dos onzas de azogue. Dejando después esta mixtura en reposo por cuarenta días, en este espacio de tiempo se va formando un árbol de plata con bastante analogía a los naturales en cuanto a la figura. Monsieur Homberg, químico celebérrimo de la Academia Real de las Ciencias, usando de los mismos materiales, halló modo de formar este árbol metálico en menos de un cuarto de hora, cuya receta se describe en las *Memorias de la Academia*, juntamente con la explicación física de este fenómeno, dada por monsieur Homberg en las *Memorias de la Academia* de 13 de noviembre de 1692.

44. Estas vegetaciones metálicas, juntas con la experiencia arriba dicha de haberse hallado hierro en las cenizas de todas plantas, no sólo prueban que los metales pueden, en virtud de ciertas fermentaciones, hacerse volátiles, lo que basta para subir por los tubos por donde asciende el jugo alimentoso a las plantas, mas también hacen opinable que a la mezcla del metal deben éstas en gran parte la vegetación (1).

45. Esto es lo que en favor de la paradoja propuesta hallo en los filósofos que he citado. A que añadiré una conjetura mía que juzgo muy eficaz para hacer creíble la existencia formal de las partículas de imán o de hierro en todos los vegetables, suponiendo primero que el que sean de imán o de hierro es una diferencia muy accidental, estando ya convenidos los filósofos experimentales en que la piedra imán no es otra cosa más que una vena más pingüe de hierro.

46. Mi conjetura se funda en un teorema, abrazado hoy por todos los matemáticos y convencido con ineluctables razones; esto es, que la tierra tiene virtud magnética. Esta verdad está probada con innumerables observaciones. Se ha hallado que la aguja magnética, puesta en equilibrio, se acomoda al meridiano de la tierra, del mismo modo que al de la piedra imán, que mira no a los polos del cielo, sino a los de la tierra, pues en las regiones boreales no levanta la cúspide a buscar la altura del polo celeste, antes la baja de la línea horizontal a buscar el terrestre; generalmente en todo y por todo observa la aguja magnética, respecto del polo terráqueo, las mismas proporciones que respecto de la

(1) A lo que decimos de la vegetabilidad de los metales, puede añadirse, prestándole la fe que mereciere, lo que el P. Regnault, tomo III, Convers. 16, dice, citando el *Diario de los Sabios* a 17 de mayo de 1683, de algunos hechos notables de Alemania, esto es, que en aquella región se hallaron unas setas que apenas podían cortarse a causa de las partículas de plata que contenían; una varilla de plata, que nació en un bosque, y otra que se elevó de una roca; oro en la médula y venas de algunos árboles; varillas muy sutiles o hilos de oro, que saliendo de la tierra se fueron enroscando y ascendiendo en torno de una cepa. En fin, en una mies de avena una espiga de metal, que fué presentada al emperador Rodulfo.

piedra imán. Las varias declinaciones del polo de la tierra que la aguja padece en diversos parajes, no pueden atribuirse a otra causa que al desigual magnetismo del globo terráqueo en diferentes regiones, así como las diferentes declinaciones de los polos del imán se atribuyen al desigual magnetismo o perfección de las partes de esta piedra. Se ha visto que la tierra comunica por sí sola el magnetismo al hierro. Si una barra de hierro, al punto que sale encendidísima de la fragua, se pone perpendicular a la tierra hasta que se refrigere, concibe evidente magnetismo, y puesta en equilibrio se dirigirá a los polos de la tierra, como si hubiese sido tocada del imán. Lo mismo sucede si está por muchos años en positura perpendicular, aunque no se hubiese encendido, como se ha experimentado en muchas barras de rejas. Sucede también lo propio si la barra encendida se coloca perfectamente según la línea meridiana o sin encenderse está muchos años en ella. Quien gustare de ver más extendidas estas observaciones y enterarse de cómo de ellas se convence el magnetismo de la tierra, vea los autores matemáticos que tratan del imán, pues entre los modernos ninguno hay que no toque este punto.

47. Esto supuesto, dos cosas se pueden discurrir: o que exceptuando esta corteza exterior de la tierra, que consta de tantas partes heterogéneas cuantas son menester para la producción y aumento de tantos y tan varios mixtos, todo el resto de este globo que nos sustenta no es otra cosa que una solidísima cantera de piedra imán, como aseguran unos, o que la virtud magnética está distribuída por todo el globo terráqueo, como piensan otros.

48. Todo puede ser verdad, pues no se oponen las dos sentencias; pero a favor de la segunda, que es la que hace a mi propósito, hay otra experiencia célebre, la cual califica eficazmente que esta misma tierra exterior que tocamos está embutida de muchas partículas insensibles de imán o de hierro; y es que esta misma tierra concibe el magnetismo o inclinación al polo, porque los ladrillos que se hacen de ella, bien cocidos y expurgados de todo humor extraño, siendo tocados del imán logran la verticidad dicha, especialmente si son estrechos y largos; y aun sin el contacto del imán, precisamente por guardar la misma positura muchos años (véase el padre Dechales, lib. 1 et 2 *De Magnete*). Siendo, pues, cierto que la verticidad al polo es propia del imán o del hierro, e incomunicable a otras sustancias, evidentemente se infiere que esta misma tierra que tocamos está impregnada de partículas de imán o de hierro. Luego, alimentándose de ella todos los vegetables, no se debe extrañar que en todos ellos se hallen dichas partículas.

49. Propongo aquí a los que gustaren de filosofar si se podrá discurrir probablemente que en todos los mixtos hay las mismas partículas, en cuyo caso se descubriría la causa del descenso de los graves; porque habiendo en la tierra virtud magnética y en todos los mixtos partículas de hierro, por más que cuanto pueden nuestras fuerzas los apartemos de ella, siempre volverán por atracción. Pero (porque quien ama la verdad nada debe disimular) hallo contra este pensamiento una terrible objeción, y es que, según este sistema, el hierro debería ser más pesado que el oro, pues aunque demos en el oro algunas insensibles partículas magnéticas o de hierro, no es creíble que sean tan copiosas como en el mismo hierro. Si fuese así, también atrajera el imán aquel metal como este. Si hay en el globo terráqueo otra virtud atractiva distinta en especie de la del imán y más universal que ésta, en virtud de la cual atraiga a todos los cuerpos que llamamos graves, por haber en éstos, respecto del globo, una proporción o correspondencia semejante a la que hay entre el hierro y el imán, es de más difícil averiguación. De esto dijimos algo arriba, tratando de la causa del descenso de los graves.

PARADOJA XI

Sin fundamento, y aun contra toda razón, se atribuye al Sol la producción del oro

§ XI

50. Muchos son los filósofos que conciben al Sol como a un agente universal, sin cuyo concurso no se produce cosa alguna en todo el vasto imperio de las regiones sublunares. Dictamen es éste que pudo tener algún influjo en el delirio de los que adoraron este astro como deidad, porque no se acomodarían a concebir juntas en una causa la universalidad y la subordinación.

51. No pretendo ahora disputar, según toda su extensión, este asunto; sí sólo probar que no alcanza la actividad del Sol a producir los metales y especialmente la plata y el oro, que es quien comúnmente se reputa por su más legítimo hijo. Esto se hace claro, considerando la profundidad de sus mineras, adonde el calor del Sol no puede llegar ni aun con grande espacio, pues cuando más se extiende, no pasa de diez pies de tierra, como se conoce en la frialdad de las cavernas subterráneas. Ni es de discurrir que otra cualidad activa del Sol, distinta del calor y la luz, penetre a tanta profundidad, pues habiendo mineras profundas hasta quinientos codos, como de una de plata en Hungría testifica Baguino en su *Tirocinio químico*, no cabe en la más audaz filosofía pensar que pueda taladrar aquella cualidad tan vasta crasicie, especialmente donde la mina está cubierta de durísimos y continuados guijarros, como de una del Potosí afirma Tomás Cornelio en su *Diccionario Geográfico*.

52. Ni por desnudar al Sol de esta prerrogativa falta agente proporcionado para la generación de los metales. Este es el fuego subterráneo, cuya existencia hacen innegable, ya los volcanes que hay en toda la redondez de la tierra, ya el ascenso de los vapores en las regiones y estaciones más frías, donde no puede elevarlos el calor del Sol; ya los terremotos, que no pueden venir de otra causa que del encendimiento de dilatadísima copia de materias inflamables, así como tiembla la superficie de la tierra y se arruinan los baluartes, cuando prende el fuego en la pólvora de las minas.

53. Algunos filósofos han pensado que la parte central de la tierra por larguísimo espacio es depósito de un gran tesoro de fuego, a quien por esto llaman fuego central y Sol terrestre, el cual, siguiendo la ambición congénita que no le permite contentarse con el lugar que le señaló la naturaleza, por varios conductos rompe hacia la superficie de la tierra, logrando en muchas partes desahogar sus iras en la libre campaña del aire: *Praeter illum Solem Caelestem* (dice Gerardo Juan Vosio, *De Idolatria*, lib. 2, cap. 63) *quendam agnoscere oportet quasi Anthelion, sive Solem, vel ignem adversum, unde caecos per meatus se undique diffundat.* Donde me ocurre admirar la variedad de caprichos de los filósofos, que sin legítimos fundamentos dan vuelo a sus imaginaciones. pues unos colocan el fuego elemental en la parte suprema y otros en la ínfima de todo lo sublunar, empeñados unos en elevarle y otros en abatirle. Es verdad que los que le ponen en la región ínfima no tienen contra sí el informe de nuestros ojos, como los que le colocan en la suprema ni le admiten tan ocioso aquéllos, como es preciso le confiesen éstos, pues le atribuyen la fábrica de todos los minerales, la elevación de las aguas en vapores a la eminencia de las montañas, para que allí den surtimiento a las fuentes; el ascenso de todas las exhalaciones y hálitos del globo terráqueo a la primera y segunda región del aire, sin cuyo movimiento, faltando el beneficio de la lluvia, fuera toda la tierra infecunda.

54. Pero bastando para todo esto el fuego distribuído en varios receptáculos subterráneos, con quien para parte de los efectos señalados concurre también el Sol, no es menester señalarle tan vasto dominio en la imaginada con-

cavidad de este globo. Añádase a esto que el fuego colocado en el centro de la tierra padecería la misma falta de alimento que elevado al cóncavo de la Luna, no pudiendo discurrirse de dónde se le suministre el que baste a saciar la inmensa voracidad de tan copiosa llama. Gasendo impugnó también esta opinión por el capítulo de que aquel fuego por falta de aire se había de sofocar, y con razón, pues cualesquiera respiraderos que se le den hacia las cavernas subterráneas serán muy poca cosa para el desahogo de tanto volumen de fuego.

55. Desterrando, pues, aquel Sol habitador de tinieblas como puramente imaginario, y admitiendo el fuego distribuído en varios senos de la tierra, tenemos el agente que se necesita para la fábrica de todos los minerales. Aristóteles fué sin duda de este sentir, pues en el libro 4 *De los Meteoros*, cap. 6, dice que todos los metales se forman de aspiración vaporosa condensada, y siendo constante que el calor del Sol no alcanza a levantar vapores en tanta profundidad, especialmente cuando para esto es menester calor bastantemente sensible, sólo el calor del fuego subterráneo puede elevarlos.

56. Por la misma razón no puede tampoco el Sol tener algún influjo en la condensación ni ésta ha menester un artífice tan forastero. Sabiéndose cuánto puede en la concreción y disgregación de los mixtos el fuego regido de la química, no se puede negar que podrá mucho más gobernado por la sabia Naturaleza, o, por hablar más cristiana y más filosóficamente, gobernado por el Autor de la Naturaleza misma.

57. Aunque hasta ahora (como tengo por cierto) no se haya descubierto el arte de la fábrica artificial del oro, Roberto Boyle refiere como cosa constante que un químico de su tiempo, que se andaba fatigando en los alcances de este inaccesible secreto, logró en una ocasión una pequeña porción de oro, más por accidente que por arte; pues por más que repitió después la operación sobre la misma materia, no se repitió el efecto, por la falta sin duda de alguna o algunas imperceptibles circunstancias que observa en esta obra la naturaleza y son inobservables por el arte. Siendo esto así, el fuego elemental basta para la fábrica del oro, y en caso que no baste manejado por el arte acá en la superficie de la tierra, por las razones arriba alegadas, me parece innegable que basta manejado por la naturaleza en la matriz del mineral.

PARADOJA XII

Posible es naturalmente restituir la vista a un ciego

§ XII

58. Esta paradoja va fundada sobre la fe de los autores que refieren los experimentos con que la comprobaremos. El P. Gaspar Schotto (in *Jocoser. nat. et art.*, cent. 3, prop, 83) refiere que habiendo llegado a Praga un caballero extranjero, y ofreciéndose hablar sobre materias médicas con el ingeniosísimo doctor Juan Marcos Marci, vino a caer la conversación sobre el asunto de la presente paradoja. Dijo el extranjero que era posible restituir la vista enteramente perdida, y él se ofrecía a hacer la experiencia en cualquier animal. Trájose un ganso, picole con una lanceta los ojos, de donde al punto fluyó todo el humor ácueo; luego exprimió los humores cristalino y vítreo, de suerte que en lugar de los dos ojos no se veían sino dos cavernas. Hecho esto, destiló en ellos una porción de cierta agua que traía consigo y al instante empezaron a entumecerse de nuevo los ojos, restituyéndose a su antiguo estado, de suerte que dentro de un cuarto de hora recobró el ave la vista perdida. Guardó mucho tiempo Marcos Marci el ganso y le mostró a muchos. Es verdad que no veía tan perfectamente como antes, lo que el mismo extranjero había pronosticado, porque

no se había cerrado con exacta igualdad la cicatriz (1).

59. El mismo Schotto refiere que el padre Nicolao Cabeo restituyó la vista a un cordero, a quien del mismo modo había quitado el humor acueo de los ojos, vendándolos después con un paño mojado en zumo de la celidonia mayor.

60. El docto premonstratense Juan Zahno (in *Ocul. Artific. syntagm.* 3, cap. 8, quaest. 19, cita a Henrico de Heer, que escribe que con el zumo de la hierba *ulmaria,* cogida en el mes de mayo, restituyó a una muchacha los humores vítreo y acueo. Cita el mismo Zahno una carta del Borri a Tomás Bartolino, donde aquel famoso químico asegura que se pueden instaurar los humores del ojo con el zumo de la celidonia en los que tienen los ojos garzos, y con el agua de infusión de acero en los que los tienen negros, y que esta experiencia se hizo más de cien veces, así en hombres, como en brutos, añadiendo que queda la vista aún más clara que antes.

61. No omitiré aquí que Aristóteles, en el lib. 6 de la *Historia de Animales,* cap. 5, dice que si a los pollos tiernos de las golondrinas se les taladras los ojos, sanan y recobran perfectamente la vista. Más es lo que dice Plinio (lib. II, cap. 37), y por eso menos creíble, que así a las golondrinas como a las culebras pequeñas, si les arrancan los ojos, vuelven a renacerles. Es verdad que sólo lo refiere como de oídas, pero en el mismo capítulo, absolutamente y sin esa restricción, afirma que muchos hombres recobraron la vista después de los veinte años de edad:

Post vigesimum annum multis restitutus est visus.

62. Ultimamente, quitados todos los humores y túnicas del ojo, a la reserva sola de la retina, como ésta quede en su natural y debida temperie, se puede restituir la vista, poniendo en la concavidad el ojo artificial que describe el padre Dechales (lib. I, *Opticae,* prop. 10), pues éste sirve del mismo modo que el natural para estampar en la retina las imágenes de los objetos; y estando toda la sensación o acción vital de la vista en la retina (como es lo más probable y común), como ésta se conserve, se verá del mismo modo con el ojo artificial que con el natural. Toda la dificultad está en que la temperie de la retina no se destruya de modo que quede inútil para la sensación. Véase el padre Dechales en el lugar citado y en la proposición 42 del mismo libro.

63. Vuelvo a decir que en cuanto a esta paradoja nada he puesto de mi casa ni salgo por fiador de los experimentos citados arriba. Sólo advierto que aun cuando con los medios puestos se pueda restituir naturalmente la vista a un ciego, no por eso dejan de ser milagrosas las curaciones de ciegos hechas por Cristo Señor nuestro, y por otros Santos, pues en ellas no se usó de medio alguno natural ni artificial.

---

(1) Aunque ya hemos dicho algo en otra parte perteneciente al asunto de esta paradoja, añadiremos aquí que por las observaciones de Rhedi, consta que rotos los ojos con aguja o lanceta, sin aplicación de algún remedio, se recobra la vista por puro beneficio de la naturaleza en menos de veinticuatro horas. Así lo experimentó el citado autor de varias especies de aves. Por tanto, se debe creer que el zumo de la celidonia y otras drogas, que, como secreto, venden algunos para ese efecto, es puro embuste de charlatanes que, sabiendo que la curación se deberá a la naturaleza sin socorrerla con algún auxilio, venden como remedio lo que no hace daño ni provecho.

CARTA DEFENSIVA

Que sobre el primer tomo del Teatro Crítico Universal, *que dió a luz el Rvmo. P. Mro. Fr. Benito Feijoo, le escribió su más aficionado amigo don Martín Martínez, doctor en Medicina y médico honorario de familia de S. M., profesor de Anatomía, examinador del protomedicato, socio y actual presidente de la Regia Sociedad de Ciencias de Sevilla, etc.*

Mándame V. Rvma. decir mi parecer sobre el primer tomo de su *Teatro Crítico Universal,* y siendo imprescindibles su precepto y mi obediencia, no he tenido poco que hacer en saber desnudarme del sublime concepto y apasionada veneración con que miro cualquier escrito de V. Rvma. para constituirme en el estado de indiferencia que pide la verdadera crítica.

Solicita V. Rvma. desterrar los errores populares, empeño tan propio de su generoso y nada vulgar ingenio, como de su extendida y no común erudición. Nunca, padre Rvmo., se logra el fin de semejantes obras, porque el vulgo siempre se queda vulgo y así el mundo se queda como estaba; pero siempre se logra el intento, porque siendo todos deudores al público de contribuirle con el fruto de nuestras reflexiones y experiencias, sólo es detestable quien satisfecho con la ruin mecánica de tener que comer, se olvida de la noble tarea de buscar que enseñar: *Enitendum est* (dice Salustio) *non degere veluti pecora, quae natura prona et ventri oboedientia finxit.*

El insigne Francisco Bacon de Verulamio, el hombre entre los naturalistas de mejores entrañas y talentos que ha parido la naturaleza, y a quien deben el aumento que hoy tienen (y me atrevo a decir el que tendrán) todas las artes naturales, solicitó, paseándose por ellas, dar la inducción metódica de buscar la verdad, para así desterrar el error. V. Rvma., nuevo Verulamio español, discurriendo no menos dueño por todas las ciencias, solicita desterrar el error, para que así parezca la verdad; la erudición en ambos es disputable, el orden analítico diverso, el fin uno.

En nuestra España, feracísima de ingenios, pero escasa de cultura, se contentan nuestros sabios con meter su hoz en la mies propia, fundada sobre los cimientos de una acomodada filosofía, sin desear de las demás artes más que una ordinaria y superficialísima tintura. Por eso me ha sido V. Rvma. admirable entre los demás; porque como prodigioso monstruo de erudición, no contentándose con meter su hoz en la mies teológica y moral, que le son propísimas, la introduce en todas las demás profesiones con tal acierto y valentía, como que no le son ajenas; y siéndolo para mí casi todas, no obstante diré con ligereza y como por lugares comunes sobre cada discurso mi sentir, por complacer al concepto de V. Rvma., tomándome la libertad de extenderme algo más en la Medicina, como facultad de quien, aunque no bien inquilino, no soy del todo huésped.

§ I

En el primer discurso de la *Voz del Pueblo* sale V. Rvma. al opósito del

numeroso batallón de necios que tienen canonizada entre sus sentencias que la *voz del pueblo es voz de Dios,* siendo la contradictoria recibida sentencia entre los más sabios. Séneca dice que *lo mejor no agrada a los más y que es argumento de falsedad la muchedumbre;* la razón es porque el vulgo no vive por razón, sino por ejemplo, y más va por donde se va que por donde se ha de ir. Sus opiniones más son conspiración que consentimiento, porque más son hijas del tumulto que de la reflexión. No hay cosa más parecida al pueblo de las gentes que el vulgo de las aguas; fácil a tomar movimiento y aun precipicio: cada gota débil y poco activa; pero todo el torrente furioso e irresistible; el correr un pequeño arroyo, aunque sea a despeñarse, es bastante pretexto para seguirle todo un abismo de olas; cuanto más antiguo el origen, tanto más impetuoso el curso, ni respeta su furor al edificio más bien fundado, ni a la muralla más segura; y si por acaso tropieza en alguna constante roca, ya que no pueda desquiciarla, explica en la detención su combate, en la espuma su enojo y en el murmureo su venganza. Pero al paso de su obstinación, es monstruo de tan raro capricho que a la más leve determinación suele tomar contrario rumbo, aunque rara vez el más llano y seguro. Esto nos enseñó Diógenes, cuando en un gran concurso que salía del teatro se puso a entrar, rompiendo por entre la muchedumbre; y preguntando por qué con esta acción desairaba el crédito de su prudencia, sentenciosamente respondió: *Siempre estudié en ir contra la multitud para así mejor acertar.*

§ II

El segundo y cuarto discurso son un extracto de la política civil y cristiana, pues fuera de que es más acomodada temporalmente la práctica de la virtud que la del vicio, aun cuando no lo fuera, la haría desabrida el temor de la pena, que cuanto más coja y de tardo pie, tanto llega más dura y pesada:

Raro antecedentem scelestum deseruit pede poena claudo. Por lo que fué adagio entre los antiguos que *los dioses tenían pies de lana y manos de hierro.*

§ III

El tercer punto de la humilde y alta fortuna es un iris de paz, que viene influyendo alegría a los mortales y borrando los antiguos fantásticos motivos de su envidia; justifica a la Providencia en la igual distribución de las fortunas, probando que *laboribus omnia Dii vendunt,* y así, que las mayores dignidades las vende Dios a mayor precio, pues al paso que da más que comer, suele dar menos gana. Son sin duda los bienes temporales como los manjares delicados, que cuanto más sabrosos, tanto más hueso tienen que roer, espinas que temer y superfluidades que desaprovechar. Toda nuestra desgracia está en no conocerlo, pues pesamos las fortunas a bulto, sin descontar las taras; pero desde hoy ya con las ilustres pruebas que V. Revma. nos franquea, espero que nos vuelva a todos la dicha, volviéndonos el conocimiento; para que así cante Virgilio con tanta razón como dulzura:

O fortunatos nimium, sua si bona norint agricolas!

§ IV

En la séptima disertación, donde se prueba que la aplicación a las letras y manejo de los libros no daña a la salud, juzgo que en esto todos los excesos son viciosos, pues así como el cuerpo con falta de alimento se ahila y con sobra se ahita o con el demasiado ejercicio se disuelve y con el poco se entorpece, así la mente, sin el debido pasto de la meditación, se debilita, y con el demasiado ejercicio de sus potencias se enerva, pues tanto suele exceder en esto que enferma y hace enfermar al cuer-

po con crudos conceptos y melancólicas e indigestas ideas: uno y otro extremo son viciosos: *Medio tutissimus ibis.*

§ V

El discurso sobre la astrología es tan conforme al mejor sentir de los prudentes que no deja que decir, sino que admirar. Ténense estos juicios astrológicos o vanas predicciones de los efectos de eclipses y cometas por cavilación de supersticiosos, pasatiempo de desocupados, nutrimento de astutos y embeleso de crédulos.

El vulgo está tercamente impuesto en darles ciega fe contra lo que enseña la Sacra Escritura por Jeremías, capítulo 10: *A signis caeli nolite metuere, quae timent gentes, quia leges populorum vanae sunt. De las señales del cielo, que temen las gentes, no temáis, porque las leyes de los pueblos son vanas;* y nuestro pueblo es tan pueblo, y muchos que se tienen por gentes que no solo temen los signos del cielo, sino los antojos del reportorio. Cítase un pronóstico casualmente sucedido, sin que basten a quitarle el crédito muchos no sucedidos y pronosticados. Como si jugando en combinaciones, no fuera moralmente imposible errarlo todo: que el que aun sin puntería tira muchas veces, alguna da en el blanco, y no hay tan desatinado herrador que no dé tal cual golpe en el clavo, por más que dé ciento en la herradura. Todos estos pronósticos se parecen al ridículo oráculo de Tiresias, según Horacio:

O! Laertiade, quidquid dicam, aut erit aut non.

Y así habían de acabar los Piscatores:

De cuanto he dicho, el Cielo me es testigo,
que será o no será lo que yo digo.

Porque mirándolo con reflexión, ¿sobre qué razón o experiencia fundan los astrólogos estos soñados influjos de astros y planetas? ¿De qué sabrán que Marte quema y Saturno enfría? Dirán quizás que porque Marte es rojo y Saturno ceniciento: con que por este arancel también dirán que el clavel quema y la cal enfría; y si dijeren que experimentan salir calor de Marte, no sé yo cómo saben que viene de él y no de otra causa.

¿Por dónde habrán adivinado cuál es la casa y exaltación de cada planeta? Acaso responderán que porque Dios le crió allí. Pero como ninguno de ellos fué testigo de esta grande obra, debemos creer que ninguno de ellos lo sabe. Fuera de que esta división de casas es voluntaria y diversa, según varios, y el influjo, en caso de haberle, fuera uno y natural; luego para rastrear el influjo es impertinente la tal división; como que lo que es natural no puede gobernarse por el plácito de los hombres. Y aun suponiendo legítima la división, ¿no es cosa ridícula creer que cuando uno nace, la fortuna de sus hermanos esté escrita en la tercera casa, la de sus padres en la cuarta, de sus hijos en la quinta, de su mujer en la séptima y de los amigos en la undécima? ¿No es extravagante cosa que un planeta mande en España y otro le quite el mando en Carabanchel? Y en fin, ¿no es necedad que Aries domine en la cabeza, teniendo demasiada, y Pisces en los pies, no teniéndolos?

Pero permitamos que haya estos entusiásticos influjos, casas y exaltaciones, y que sean verdaderos los delirios o chocheces de caldeos y egipcios; toda la astrología de un país no puede servir para otro; y si no díganme: ¿qué astrología tendrán los que habitan debajo del polo, donde no hay parte Oriente ni Occidente y donde siempre están en un mismo aspecto las estrellas fijas y el zodíaco?

Quisiera preguntar también, ya que señalan influjo a todos los astros y planetas, ¿qué influjo tienen las *ansas de Saturno* y los *satélites de Júpiter*? ¿O por qué a la insigne *Vía Láctea*, compuesta de innumerables estrellas conglomeradas, no la han dado especial influencia, habiéndosela señalado a otros astros más nebulosos y pequeños?

Ya veo que no hay vacante, porque todos los dominios y empleos están dados, pero podían señalarles la futura.

Pues pasemos al poder que dan a la Luna. Dicen que en estando ésta en Aries, Tauro o Capricornio no se ha de dar purga, porque siendo signos ruminantes, habrá náusea o vómito. ¡Graciosa locura! No sólo trasladar las propiedades de aquellos animales, cuyos nombres arbitrariamente han puesto a sus signos, sino hacer que de rechazo vuelvan sobre los purgados. ¡Milagro es cómo estando la Luna en Aries, Tauro o Capricornio no vedan a todos que jueguen, porque no topeten!

Tanto se teme el poderoso influjo de la Luna, que apenas hay mujer (de los hombres lo callo de vergüenza) que no resista purgarse, hasta ver en el almanaque si es día de cuadratura; y para casarse, que es negocio de más entidad, jamás consultan al Piscator, y todas se casan, sin reparar en qué estado está la Luna. Para mí, en todo caso, el dar la luz del Sol más o menos de lado o por detrás a esta gran bola opaca, nada varía la virtud del influjo y casi nada la del reflejo, principalmente para los que se purgan a oscuras y se casan a ciegas. El mejor día para purga es cuando es necesaria, el mejor para caza, cuando hay mucha; para negocio, cuando se encuentra conveniencia, y para casarse, cuando hay mujer a gusto. Por menos de un real de plata se puede tener este pronóstico, que sirve para todos los años; que lo demás es necedad o superstición que nos dejaron por herencia los moros, gente agorera y que tanto aprecio hace de la Luna, que no sólo la tiene por blasón de sus armas, sino por regla de sus cómputos y vaticinios. La mejor señal de catarros es cuando el que está caliente se pone al frío; de fiebres podridas, garrotillos y dolores de costado, cuando después de muchas lluvias viene calor, y de viruelas, cuando corren. Entonces habrá más enfermedades de sobreparto, cuando haya más paridas, y el haber más paridas depende de haber más preñadas. Esta es la pura verdad y los demás son chismes que les achacan a las estrellas.

Lo célebre de los repertorios suele ser que ponen lo que debían olvidar y olvidan lo que debían poner. Este año, anunciando varios sucesos, no anunciaron que había de haber *día del Corpus*. Mal sabrá los futuros contingentes a quien se le escapan los necesarios. Más útil fuera que hubiera calendarios donde se observase la atmósfera y cuerpos que más de cerca nos circundan, porque éstos tienen mayor poder y aun único para la mutación de los temporales y sucesos de nuestra salud. Los planetas, sobre no influir más que lúz remisa e insensible calor, están demasiado altos para nosotros. Por eso aquel famoso Sócrates jamás discurrió de astros ni meteoros, porque decía con gracia: *Quae supra nos, nil ad nos.*

Los eclipses no incluyen más misterio que ser unos estorbos de la luz, con que para mí lo mismo quiere decir que se interponga entre el Sol y mi vista el globo de la Luna, que un árbol o una tapia. La sombra de un tejado o un sombrero para mí es un total eclipse. Tan nada terribles son estos espantajos de los astrólogos, que cada día del estío pudiéramos tomar a buen partido que algún planeta se pusiera por toldo entre el Sol y nuestras molleras, y sería señal de menos tabardillos. Cada noche, interpuesta la tierra a nuestra vista, padece el Sol eclipse, cuyo fatal influjo sólo anuncia descanso y sueño a los mortales. ¡Bueno es esto para los que en día de eclipse no se atreven a salir de casa por no quedarse muertos de repente!

Los cometas son más formidables, pues se cree que traen tras su cola mil calamidades y plagas. Yo estoy en la opinión de que son unos planetas vagabundos y más remotos, con que los temo menos que a los demás. Y si cuando no hubiera cometas no hubiera guerras, pestes, tempestades, carestías y muertes de reyes, yo el primero creería que anunciaban esto; pero como sin ellos lo veo, no creo que cuando sucede sucede por ellos.

¡Oh qué gran beneficio hará V. Reverendísima a la universidad de los hombres si logra desterrar de su mente estos perjudiciales terrores, que aunque sólo pánicos, suelen hacer efectos prodigiosos! Del pueblo chinense cuenta Oleario que da tanta fe a sus astrólogos, que si les pronostican enfermedad o muerte, enferman de aprensión y mueren de miedo. ¿Y qué mucho si a los nuestros los tienen engañados estos Piscatores como si fueran chinos? Tan insolente suele ser la terquedad, que del mismo ingenioso Cardano (que dió en esta flaqueza) se dice que murió el año que pronosticó; y es que por salir con su tema, se abrevió con hambre la vida, midiéndola hasta el preciso término de su predicción. Todas estas son boberías, que aunque para los ignorantes tienen mucho de cebo, no tienen más de verdad que el último *Dios sobre todo*, que los honesta; porque, como notó el poeta filósofo:

Prudens futuri temporis exitum
caliginosa nocte premit Deus,
ridetque, si mortalis ultra
fas trepidat.

§ VI

En el duodécimo y décimotercio discurso son tan ciertas las conclusiones, que sólo hallo de singular el modo de probarlas. Esto es lo que tuvo por difícil Horacio: saber probar el sentir común con modo singular: *Difficile est proprie communia dicere*: prenda que nadie puede negar a V. Revma. David en su tiempo alcanzó que la vida de los hombres se extendía a setenta años, y en los potentados, cuando más, a ochenta, y de allí en adelante trabajos y dolores; pues desde David acá nada ha acortado el término de la vida humana, pues hoy alcanzamos quien llega a ochenta, ciento y algunos más años de edad. En el *Psalm.* 89 dice: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni. Si autem in potentatibus octogintan anni et amplius eorum, labor et dolor.* Y con menos exageración lo nota el *Eclesiástico*, cap. 18: *Numerus dierum hominum, ut multum centum anni.* Todo lo que se nos cuenta de mayores edades, o es milagroso y divino a fabulóso y poético, o variedad de cómputos, pues los egipcios contaban los meses y las lunas por años, y así mil años suyos corresponden a poco más de ochenta nuestros. Lo mismo digo de las prodigiosas fuerzas que fingió la antigua poesía en Hércules, Milón, Héctor y Aquiles, y las extraordinarias estaturas, pues, o son fábulas, o monstruosidades de que no carecen nuestros tiempos. Muchas veces he solido contemplar, viendo armas y vestigios que han quedado de quinientos años a esta parte, que no han perdido los hombres y demás vivientes nada de su estatura, fuerza y duración; y a debilitarse el mundo sucesivamente (como el vulgo piensa), no fuera poco reparable en cinco siglos su detrimento. La verdadera causa de la decadencia en los hombres es la frecuencia de aflicciones y vicios, por los cuales

Nil equidem durare diu sub imagine eadem
crediderim: sic ad ferrum venistis ab auro
saecula.

§ VII

En el consectario de la fábrica del mundo, como la imaginó Descartes, me he de tomar la libertad de exponer algunas de mis reflexiones, para persuadir que esta fué sólo una ingeniosa fantasía de este filósofo, irreconciliable con las leyes del universo e incompatible con la constancia de su duración. Y que aun reputándola no como sentencia, sino como hipótesis, en caso de haber Dios hecho sobre sus principios este mundo aspectable, no sólo no se observarían los mismos fenómenos que hoy se observan, pero ni aun se hubiera podido formar mucho menos permanecer.

El primer reparo que se ofrece, supuestos los principios de este filósofo, es que al empezar el movimiento sobre su propio centro los cuerpos (o sean ci-

líndricos o cúbicos), de que formó su caos, daríamos en el vacío (inconveniente que, según Descartes, no puede vencer toda la omnipotencia de Dios). Pruébase, porque los cuerpos cúbicos no pudieron revolverse para que tropezasen sus ángulos sin que se apartasen sus superficies, y, por consiguiente, sin que dejasen en medio lugar sin cuerpo, no habiendo entonces materia sutil que le ocupase, porque suponemos que aún no estaba formada, siendo aquélla la primera revolución o movimiento.

Pero saltemos este difícil paso y permitamos que llegaron a chocarse los ángulos; parece que ninguno podría separarse por la misma razón, pues no habiendo aún materia sutilísima o ramento que llenase su hueco (porque ésta se había de hacer del ripio que se desmoronase), o no podría separarse, o daremos segunda vez en el vacío, de que tanto huímos.

Hay otra razón para que nigún ángulo pudiera separarse, y es que siendo estos primordiales cuerpos cúbicos sumamente sólidos y continuos, sin porosidad o flaqueza, no parece que tendrían principio de división ni que habría fuerzas en la naturaleza para quebrantarlos, porque lo divisible es divisible por el hueco interpuesto, y lo indivisible, porque todo es lleno o compacto:

Nam neque collidi sine inani posse
videtur quidquam, nec frangi, nec
findi in bina secundo.

Demos, no obstante, que se desmoronasen al choque los primeros ángulos: quisiera que me explicara algún cartesiano quién los determinó a ser colocados en aquella precisa aptitud, para ajustarse el hueco a vista del vorticoso rápido movimiento que debía sacarlos de su quicio. Ya aquí damos tercera vez en el vacío, imposible necesario.

Ni es de omitir el argumento con que Zenón probó contra Aristóteles la imposibilidad del movimiento, el cual vale contra Descartes, porque también este filósofo defendió a la materia indefinidamente divisible. Decía Zenón: Si el continuo no consta de partes finitas y físicamente indivisibles, no puede haber movimiento; porque el móvil, puesto en el principio de él, deberá andar primero la primera y más cercana mitad del espacio; y porque aquella mitad tiene otras dos mitades, antes deberá andar la primera y más cercana, y ocurriendo siempre mitades de mitades hasta el indefinito, nunca se dará una mitad, la cual pueda andar primero, sin que le falten que andar otras indefinitas mitades, y así nunca hallará la última por donde debe empezar el movimiento.

Ni vale el juego de palabras en que busca efugio Descartes, diciendo que las partes ni son *finitas* ni *infinitas*, sino *indefinitas*, que es decir que no podemos señalar la última, aunque la tenga; pues lo primero no se pregunta qué sean las partes respecto de nuestro saber y comprensión, sino qué sean en sí mismas, si finitas o infinitas; y decir que ni uno ni otro, es tragarse el arduo bocado de dos contradictorias, pues o son finitas en sí o no son finitas; y si no son finitas, lo mismo es esto que ser infinitas, si no es que juguemos con las voces: así como no ser *mortal* es lo mismo que ser *inmortal*, y no ser *prudente*, lo mismo que ser *imprudente*. Si preguntáramos de las estrellas si su número era *terminable* o *interminable*, ¿no sería cosa de risa que porque no podamos contarlas, respondiéramos que ni eran *terminables* ni *interminables*, sino *indeterminables*? La misma fruslería sería si de las arenas del mar se preguntase si eran *pares* o *impares*, y porque no podemos numerarlas dijésemos que ni eran *pares* ni *impares*, sino *indepares*.

Volviendo a la formación del Universo, tengo al pensamiento cartesiano por un entusiasmo filosófico y un inútil rodeo de supuestos, pues para explicar los fenómenos naturales era mejor ahorrar palabras y tiempo y saltando por muchas dificultades decir que Dios crió ya hechos, figurados y movidos los tales tres elementos que

le agradaron a Descartes, lo cual era más congruente al Libro Sagrado, pues el Génesis no dice que en el principio crió Dios cuerpos cúbicos, que tropezando se formaron en globos, en sutilísimos ramentos y moles estriadas, de que al fin se hicieron torbellinos, cuyos centros ocuparon los astros, su intermedio el éter y la circunferencia los planetas, sino que *en el principio crió Dios el cielo y la tierra*, empezando la historia por donde Descartes la acaba.

Con mucha razón los excépticos despreciamos estas físicas ideales que no se fundan en observación y experiencia como inútiles para adelantar las ciencias naturales; pues si Cartesio no nos puede dejar demostrada la figura de las partículas del fuego ni del aire (entre quienes vivió), ¿a qué fin intentó investigar ni de qué sirve para los usos humanos inquirir los cilindros y movimientos de aquella primera masa universal y resucitar la antigua fábula del caos? Estos no son más que unos ingeniosos delirios o, como decía Dionisio el de Sicilia: *Verba otiosorum senum ad imperitos iuvenes.*

Pero pasemos adelante. Constituyó este filósofo la esencia de la materia en la extensión y la extensión que quedaría, si Dios destruyese un cuerpo, dejando los demás, dice que no es hueco: con que al cuerpo le hace espacio y al espacio cuerpo. Y si la actual extensión de la materia consiste en tener sus partes unas fuera de otras, pudiendo Dios de potencia absoluta hacer que se penetren y estén en un lugar dos cuerpos, también podrá hacer que estén en un lugar dos partes de materia y así, que no tenga sus partes unas fuera de otras; de donde se infiere que la actual extensión no es esencia, sino modo natural de estar la materia: como en mí es modo estar extenso y no recogido. Y como quiera que en la idea de materia siempre se concibe esencial aptitud al movimiento local, parece que la esencia de la materia más es ser *cosa moble* que *cosa extensa.*

Persuadido con ligereza que no pudo formarse el mundo con las leyes que le impuso Descartes, voy a imitar a V. Rma. persuadiendo que en caso de ser, no pudo durar, porque intentando todas las partes de la materia con fuerte conato (según él nos enseña) apartarse del centro, a la primera de enmedio no hará estorbo la segunda, que también intenta apartarse, ni a la segunda la tercera, y así hasta el indefinido para hablar en su término): conque no hallando estorbo que la detenga, la materia central vencerá a la superficial dejando inane el medio. De donde se sigue que mucho ha que el mundo hubiera reventado como una bomba cargada de pólvora.

Pero demos que conservara toda la materia sus límites: parece que todos los sutilísimos ramentos o elemento primero diseminado, siendo una sustancia fluidísima y ella sola capaz del más acelerado movimiento, no habiendo cuerpo que la estorbase el paso (pues si creemos la mente de este filósofo, penetra los más estrechos intersticios), debiera haberse recogido de golpe al centro del remolino; y aun ahora, conforme se fuera engendrando, toda en un momento, siendo liquidísima, debía irse retirando a lo más rápido de él, impelida de la materia más tarda y provocada de su agilidad y ligereza; pues la misma razón que da Descartes para que se retirase al centro del torbellino la sutilísima materia que forma las estrellas fijas hay para que se retire también toda lo que ocupa los intermedios de la globulosa y estriada.

De lo cual se seguiría, lo primero, dar cuarta vez en el inconveniente del vacuo, pues quedarían entre los restantes elementos los espacios inanes que desamparaba el primero. Lo segundo, que accediendo al centro todo el primer elemento diseminado, se hubiera agrandado ya tanto el sol (y lo mismo los demás astros fijos), que hubiera ya tostado a los vivientes y llegado el juicio final, acabando el mundo con fuego. Lo tercero, que como el continuo choque tira a aterir y desmenuzar las materias, ya se hubieran todas reducido a sutilísimas, y los tres elemen-

tos se hubieran convertido en uno, disolviéndose el universo; y no creo yo que Descartes, que mandó en el mundo como en casa propia, tenga caudal para suplir tantos huecos y reparos.

Parece que los oigo responder que los elementos son convertibles, y que al paso que unas materias se sutilizan, otras sutiles se traban; pero quisiera yo preguntar con qué liga se unen las fluidísimas, minutísimas y homogéneas partículas del primer elemento, pues no teniendo figura desigual ni composición heterogénea, no pueden trabarse ni eslabonarse entre sí, porque no puede de otro modo concebirse que se vuelva en sólido lo líquido y lo sutil en estriado. Alegan las manchas del sol: pero éstas no creo yo que son concreciones de materia sutil, pues si lo fueran (según su hipótesis), ni pudieran estar ni las pudiéramos ver en el sol, como que debieran apartarse del centro del remolino a la circunferencia, donde formaran nuevos planetas, por no poder seguir lo rápido del centro, mas creo yo que estas máculas, o son pábulos del fuego o deslumbres de la vista o humos de las fáculas.

Hay otro reparo contra la duración del Universo, y es que una vez formado el segundo elemento o materia globulosa, a pocos embates y tropiezos perdería su figura esférica; pues así como en el primer choque los cuerpos cúbicos perdieron sus ángulos y se hicieron redondos, así prosiguiendo los tropiezos, los redondos deberían perder su globosidad, y no habiendo de dónde reclutar otros nuevos, porque todo se haría un ripio irregular, y lo sutilísimo no podía condensarse en globos, como queda esforzado, ni lo estriado, porque nadando en un líquido, cedería el lugar y evitaría el choque, se sigue que muy luego hubiera faltado el éter y la luz e invertídose el orden de la naturaleza. Este reparo se funda en que el mismo movimiento que sirve a hacer una cosa, continuándose la destruye. Así el movimiento que del mosto hace el vino, prosiguiendo le vuelve vinagre, y el mismo movimiento que anima el mundo pequeño del hombre, ese mismo, continuando su acción, le envejece y acaba.

Ultimamente, quisiera que algún Apolo cartesiano me revelara por qué todos estos vórtices, siendo líquidos y tocándose unos con otros, no se han confundido, haciéndose de todos los torbellinos un gran turbillón, pues de dos ríos, aunque corran encontrados, el más rápido se lleva al otro, reduciéndole a su corriente y dirección: luego de dos remolinos de materia líquida, el más vehemente poco a poco irá metiendo al otro en su jurisdicción. De donde se infiere que todo el universo ya se hubiera otra vez reducido a la ruda e indigesta mole en que empezó y perdido su constante armonía.

Quippe reluctatis iterum pugnantia rebus,
erupissent elementa fidem.

§ VIII

Acerca del décimocuarto asunto que la música, que hoy se usa en los templos, aunque tenga más primor y gracia, no tiene la gravedad y decencia que corresponde al culto, sólo puede negarlo quien no escuche el dictamen de su conciencia o no acierte a hacer justicia en los informes de su oído o quien poco melindroso, todo sensual y nada reflexivo, no distinga la ara del teatro. A tanto ha llegado el abuso, que en nuestros días se escuchan por las calles mezclar a coros las Avemarías, y los minuetes, y entreverar impropiamente la tierna y humilde oración del *Padrenuestro* con el marcial estruendo de clarines y timbales; pero protestando, es menester callar, que es de tal condición el mundo, que siempre ha estimado más delirar con los muchos que sentir con los pocos. Volviendo al intento, yo siempre he hecho juicio que la música nueva, en orden a lo artificioso, no es más que una paráfrasis sobre la antigua, y en orden a su viveza y gracia, que más es a propósito

para curar tarantulados que para hacer devotos.

§ IX

En el décimoquinto Discurso soy del mismo sentir que V. Rma., porque cuatro cosas se consideran en las lenguas: energía en las voces, dulzura en los acentos, riqueza en las frases y abundancia en las palabras, que corresponde a la abundancia de las ideas. En energía ninguna lengua vence a la otra, pues la misma fuerza de expresión tiene la voz *galerus* en latín que *sombrero* en romance: en dulzura tampoco, pues a cada uno le suena mejor su nativa y acostumbrada; y así al vizcaíno le agrada más la aspereza del vascuence que la melodía griega; y no hay jueces bastante desapasionados que den sentencia, pues o les preocupa el parentesco con la suya o les inclina la vanidad de la que mejor poseen u otros infinitos respetos: que en caso de haber jueces bastantemente indiferentes, sin duda la lengua que (anteponiendo su nativa) fuera segunda para los más, sería la primera para todos. De la armonía en las lenguas comunes no se puede hacer juicio porque según las varias naciones se varía la prolación, y así se varía la dulzura: un español que sabe latín suele no entender el latín de un francés, porque se le desfiguran las voces con el extraño acento y sonido. Vulgarmente se refiere a un energúmeno, que, compelido el diablo a que hablase latín con la antigua pronunciación romana que usaba en tiempo de Cicerón, fueron tan extraños los acentos, que ninguno de los latinos que había delante pudo entender lo que decía. Tampoco unas lenguas van muy desiguales de otras en la riqueza de las frases, pues cada una suele tener su fuerza y copia donde la otra su debilidad y pobreza: en el cortejo de las damas suele preferirse la francesa, en los ejercicios de devoción la española, en la explicación de las ciencias la griega y latina. y así las demás: con que sólo resta que se excedan en la abundancia de palabras, y en ésto (si no excede) no cede la española a otra alguna. No niego por esto que es utilísima la francesa, pero no es porque lleve ventajas a la nuestra, sino porque siendo las lenguas como llaves para abrir el secreto de las noticias, y habiendo cuidado tanto esta nación de encerrar en la suya las más selectas, quien quisiere descubrirlas necesita poseer esta clave: política muy acertada y contraria a la española, que siempre ha tenido a desprecio tratar las materias graves y científicas en idioma vulgar, como si fuera razón o conveniencia cuidar más del decoro y aprecio de una lengua ajena que da la propia y natural.

§ X

El intento décimosexto del desagravio de las mujeres es tan justo como bien trabajado. A lo menos yo, como profesor anatómico, puedo decir que no siendo la organización que diversifica los dos sexos instrumentos de los pensamientos, y conviniendo hombres y mujeres en la fábrica del cerebro (única silla y emporio de las ideas) debo creer que en la actitud para las ciencias no son desiguales los oficios, pues no son diferentes los órganos.

§ XI

Entremos ya al ancho campo de la Medicina, en el cual V. Rma. cortó tan elásticos los puntos de la pluma, que es de temer que la vehemencia de su retórica, queriendo apartar al vulgo del extremo de la confianza, le haga pasar al opuesto extremo del desprecio y la desesperación.

Sería, padre Rmo., prudente estratagema, considerando al pueblo torcido al extremo de un ciego asenso, inclinarle al opuesto, a no ser él de tan flexible y deleznable condición, que suele quedarse donde le ponen, sin acertar por falta de uso el debido medio de la rectitud:

Dum vitant stulti vitia in contraria currunt.

Nada halaga más mis pensamientos que la doctrina escéptica; pero V. Rma. se muestra tan rígido, que por precepto superior me es preciso proponerle algunos reparos con la mayor humildad, esperando resignadamente su decisión, porque excediéndome tanto V. Rma. en todas las líneas, entre nuestros dos ingenios debo decir con Virgilio:

Tu maior, tibi me est aequam parere menalca.

Que se honre al médico por necesidad, porque le crió el Altísimo; que justamente recibe su gratificación de los reyes; que su doctrina corona de glorias su cabeza; que merece ser alabado entre los magnates; que el Altísimo crió de la tierra la Medicina y que el varón prudente no la despreciará; que hay arte para que con el específico de un leño se endulce el agua amarga; que la virtud de las medicinas es para que la conozcan los hombres, y que Dios les ha dejado esta ciencia para así ser alabado en las maravillas de la naturaleza; que curados, se mitigan los dolores; que pueden confeccionarse suaves ungüentos de sanidad; que se dé lugar al médico después de orar a Dios, porque para esto le crió; y, finalmente (¡cláusula admirable!) *que jamás se aparte el médico de nosotros, porque sus obras nos son necesarias,* sólo puede negarlo quien niegue la sagrada irrefragable verdad del *Eclesiástico*, cap. XXXVIII.

De cuyo infalible testimonio se infiere que son dignos de todo honor los médicos y que hay esta utilísima arte, pues fuera indecentísimo a la Providencia criar los medicamentos y no criar quien rectamente los administrase; porque ya se ve, en vano era hacernos el beneficio de su creación, negándonos el de su aplicación. Se infiere también que de justicia recibe el médico la donación de los reyes y poderosos (bueno es esto, cuando el no gratificar al médico es pecado, como dijo un discreto, que hasta ahora no ha llegado a pies de confesor); y, en fin, para resumir, se infiere que el intento del Libro Sagrado es apartarnos de la desconfianza que el *Teatro Crítico* quiere infundirnos. Tan lejos está del supuesto que V. Rma. presume, que siendo error popular la murmuración y el desprecio, mas necesitamos torcer al vulgo al honor y al aplauso (como dice el sagrado texto), que a la desconfianza y menosprecio, procurando artificiosamente que se constituya en el medio virtuoso, y ésto con mucho tiento, porque suele acontecer que

In vitium ducat culpae fuga, si caret arte.

Es tan necesaria y gloriosa el arte de la Medicina, que Cristo mismo y sus apóstoles curaron. De Cristo refieren los Evangelistas que tomó el pulso y aplicó sobrenaturales medicinas (así nos hubiera dejado la virtud, como nos dejó el ejemplo); San Lucas y San Pablo la ejercieron, aquél en Antioquía y éste en Damasco; y de San Pablo consta que hizo su receta, aconsejando el uso del vino a su Timoteo; el ángel no se desdeñó de hacer colirios; el sapientísimo rey Salomón disputó desde el cedro del Líbano hasta el hisopo de la pared; y esta profesión tuvieron muchos santos y pontífices, como Eusebio griego, Nicolás V y Juan XXI. Luis Patavino (creado cardenal por Eugenio IV) fué médico; y no cito más, así por no dilatar el discurso, como porque éstos sobran para autorizar de honesto, necesario y científico (del modo que lo son las artes naturales) el uso de la Medicina.

Y descendiendo a noticias profanas, los egipcios de médicos hacían sacerdotes y de sacerdotes reyes: *Medicus non es, nolo te constituere regem*; a lo menos aquel gran Trismegisto igualmente apreció entre sus dictados ser médico que rey y sumo sacerdote. Médicos también fueron Giges y Sabor, reyes de los medos, Avicena y Sabiel de los árabes, Mitrídates de los persas, Mesues de Damasco, y no falta quien

diga que Alejandro, Hércules, Dionisio el de Sicilia y el emperador Adriano. Entre los monumentos más antiguos que se hallan venerados por héroes o hijos de dioses a Apolo, Chirón, Esculapio, Apis, Isiris y Osiris; y, finalmente, entre los griegos mereció el grande Hipócrates los mismos honores que la deidad de Hércules; tan lejos está de que a la Medicina la haga despreciable su incertidumbre, que de ahí la vino su mayor gloria, pues, como dijo Platón, *difficilia pulchra:* y si esto es así, ¿qué arte puede disputar con la Medicina en oscuridad y dificultad? Conque de esto infiero que la decadencia que ha padecido esta facultad desde aquellos tiempos a los nuestros, es hija de uno de los errores vulgares, el cual más se debe rescindir que promover.

Verdaderamente, Rmo. P. M., si desnudamos a los médicos de la moral certidumbre de sus noticias dietéticas, diagnósticas, pronósticas y curativas, y de la artificiosa administración de sus alterantes y específicos, esforzando con V. Rma. que *saben muy poco de la curación de los enfermos, pero nada saben, ni aun pueden saber del régimen de los sanos,* no sé si sabrán más de esto los teólogos o los juristas (lo que sé es que por poco que sepan sabrán más que nada): con que es menester suponer que deliraba Homero, padre de la sabiduría griega, cuando en la Odisea cuarta dijo:

Est medicus prudens multis praestantior unus ille viris.

Y en otra parte: *Medicus, aut quilibet sciens supra omnes homines,* poniendo sobre los hombres al científico y sobre los científicos al médico.

¿Y en qué profesión se necesita más penosa y extendida lectura para instruirse? ¿Más perspicacia de sentidos y viveza de ingenio para ajustar prontamente las combinaciones? ¿Más solidez de juicio y nervio de prudencia para profesar materia tan circunspecta, en que se trata de la vida de los hombres y que la ocasión es precipitada? Más refinada política para saberse conducir con tan variados estados, genios, costumbres y aprensiones de gentes? ¿Más enfadosos trabajos para estudiar sobre cadáveres y asquerosos lechos? Y, en fin, ¿qué facultad hay más meritoria, por más expuesta a sustos, tristezas, incomodidades, riesgos y calumnias? Bien advirtió Hipócrates que el médico, *ex aliena miseria dolorem sibi metit.* Facultades hay de mayor excelencia, pero su gloria no las viene tanto del mérito de los sujetos como de la dignidad de los objetos. ¡Oh. P. Rmo., si Dios nos hubiera descubierto específicos para todas las enfermedades del cuerpo, como su piedad los ha dejado para las del alma, qué poco tuviéramos los médicos que trabajar y cuánto menos que merecer!

Confieso que se desgraciarán algunos por lo instable de las conjeturas; pero preguntémosle al teólogo si sabe que todos los que confiesa se salvan, o al jurista si todas las sentencias que da se aciertan. Ojalá que en todas las profesiones civiles, como en la Medicina, las culpas de voluntad fueran sólo errores de entendimiento; pero el vulgo ignorante no sabe distinguirlas; y, finalmente, confieso que a algunos matarán los medicamentos, pero fuera de que a muchos dan vida y se debe tomar esto en data de los cargos, ¿qué quiere decir esta cantilena y alboroto popular contra la pobre Medicina? Con una errada conjetura mata un general más en un día que un médico en cien años.

Desprecia el vulgo nuestras obras, porque o no suele ver sus efectos o suele ver los contrarios. Esta es pensión de todas las artes conjeturales. Piensa el político por medio de un proyecto componer la República, y con el mismo suele perderla. Juzga el militar debajo de una prudente conjetura, que dando la batalla libertará el Estado, pero como es falible, dándola, suele perder un reino; y no son por esto el político, el militar y otros semejantes, reos del desprecio y la desconfianza. En las cosas matemáticas y

demostrativas no es mucho que salga el efecto, no pudiendo dejar de salir; esto más se debe a la naturaleza de la ciencia que al mérito del profesor; y así que el aritmético ajuste exactísimamente la cuenta y el zapatero acabe puntualísimamente el zapato no es de admirar, porque con la debida aplicación no puede dejar de ser así; con que teniendo estos artífices menos que vencer, no se deben tanto alabar; pero quien siempre lucha entre las olas de la conjetura, teniendo que superar con sus discursos o los secretos de la naturaleza o los insultos del acaso, aun cuando no consiga el suceso, tiene el primer derecho a la alabanza. Las demás ciencias sólo tienen que persuadir o vencer las criaturas para instruirlas o dominarlas; la Medicina sola tiene el arduísimo empeño de inquirir los arcanos del mismo Criador. Vuelvo a decir con Platón que solo *difficilia pulchra*.

Y como quiera que para ser consumado médico se necesita casi una general enciclopedia, pues como advirtió Hipócrates, para el digno uso de este arte son precisas muchas disciplinas, como son gramática, retórica, filosofía, pericia griega, astronomía, geometría, mecánica, geografía, historia natural de los tres reinos animal, vegetal y mineral, con la noticia de su naturaleza y virtudes, anatomía, quimia y filosofía moral, no sólo para conocer la temperatura del cuerpo por las costumbres del ánimo, sino para curar las dolencias de éste: pues como cantó Lucrecio:

... Mentem sanari corpus ut aegrum,
et pariter flecti Medicinae posse videmus

Y todo esto, sobre las prendas naturales de vivos sentidos y rectas potencias, sin duda sería muy recomendable cualquier perfecto médico, sólo por estas circunstancias, entre enfermos y sanos, aun cuando por la incertidumbre de la materia en que trata no mereciera mayores elogios. Atendiendo a lo cual dijo Séneca en el lib. I *de Clementia*: *Medicinae apud aegros usus, apud sanos honos existit.* La Medicina para los enfermos es provecho y para los sanos honra.

Tiene otra grande gloria la Medicina, que no puede quitarla esa misma ponderada incertidumbre, y es que de ninguna de las facultades mayores necesita para su ejercicio, y las demás necesitan de ella, no como ministra, sino como auxiliar. Los juristas esperan su decisión para juzgar en los conceptos partos, venenos, divorcios, impotencias, manías, estupros, heridas, muertes violentas, repentinas y otros casos. Los teólogos toman dictamen en dispensación de vigilias, rezos, entierros en lugar sagrado y, lo que es más, en la exposición de los sentidos alegóricos y metafóricos de la Escritura, pidiendo a la Medicina noticias de las hierbas, árboles, piedras, animales, fenómenos y enfermedades de las sacras planas, para lo cual Valles escribió su *Sacra Filosofía* y el doctor Moles su libro *De Morbis in Sacris Litteris*; y así San Gregorio, lib. 4 *De Doctrina Christiana*, dijo: *Medicinae cognitio scientiis et Scripturis necessaria est.*

Confieso, P. M., que no hay tanta Medicina como el vulgo piensa. Ninguno más a favor de la duda y el escepticismo, que yo (como tengo esforzado en mis dos tomos de *Medicina escéptica*); pero sólo la llevo hasta los preciosos límites de la experiencia. Culpo el fárrago de medicamentos, pero alabo el uso de los bien indicados. Confieso la ignorancia de las causas mórbificas (pues ¿quién negará que se ignora lo que se disputa?), pero admito los caracteres por donde experimentalmente se distinguen y curan; y en esto consiste todo el arte, porque para ser artes la pintura y música no han menester saber la naturaleza del color y el sonido, sino el uso. Aborrezco los dogmas y sistemas fundados en pensamientos de hombres, pero aplaudo las racionales experiencias e induciones que pueden contribuir a establecer un sistema fundado en la naturaleza misma; y, en fin, sé que aunque la Medicina abstracta tiene en

lo universal conclusiones metafísicas y demostrables, como las demás que se llaman ciencias, contraída a lo singular, va expuesta al error, porque de singulares no se da ciencia; pero no pudiendo nuestra aprensión sufrir los males sin socorro, es menester en la práctica que el enfermo y el médico tomen partido hacia la probabilidad, porque entre lo cierto del mal y lo probable del bien, mejor es un remedio dudoso que ninguno.

Hágome cargo de los cuatro ídolos de Verulamio, que estorban el progreso de la Medicina: el ídolo de la *especie*, el ídolo del *individuo* por las singulares idiosincrasias, el ídolo del *Foro* por la comunicación con los demás hombres, y el de las escuelas que él llama del *teatro*, donde se ocupa la fantasía con opiniones anticipadas. Considero también que la mente humana es como un espejo desigual, que tuerce o quebranta los rayos de la luz de la verdad y así fomenta la incertidumbre. Contemplo que en las tinieblas de la naturaleza tanto ve el ciego como el que tiene vista; pero ¿por esto hemos de echar del mundo todas las artes de la conjetura? No se sabe demostrativamente la causa de una terciana, pero se le distingue como por la uña al León y se sabe el método de castigarla con su específico contrario, que es lo que importa al enfermo; y para decirlo en pocas palabras, P. Revmo., si hubiera médicos demostrativos, yo el primero entregaría mi salud en sus manos; pero hoy es menester valernos con valerosa confianza de los conjeturales, porque no hay otros.

Etmulero, a quien V. Revma. trae por auxiliar de la incertidumbre, está a cada paso de parte de la utilidad de la arte, porque si no debiera haber quemado los tres tomos de Medicina que nos compiló.

Baglivio, en su *Libro Centauro* o *Hermafrodítico*, la mitad de Medicina sólida y masculina, y la otra mitad de femenina (para hablar en sus voces), está también de parte de la Medicina experimental, sobre los vestigios de Hipócrates, como consta de los mismos textos alegados y otros muchísimos de sus obras, pues si se hubiera declarado partidario de la desconfianza, hubiera violado la fe pública, haciendo que confiásemos en unos preceptos en que él mismo no confió. Aun el mismo Leonardo de Capoa, que fué el crítico que más se señaló en favor de la duda, no hallando en el hecho práctico la evidencia ni pudiendo estar libre de toda acción, atónito y como mordiendo el freno, sin duda por el provecho, aunque dudoso, que concebía, recetaba a sus enfermos y les asistía: con que sinceramente no desconfiaba.

Tomás Sydenham, justísimo idólatra de la experiencia, aunque a cada paso expone su ignorancia teórica a cada paso descubre su pericia práctica; que si no, en vano era en sus *Observaciones Epidémicas* contemplar la naturaleza, si no diera lugar al arte.

Yo mismo, de quien V. Revma. hace memoria (ya se ve que no para autorizar el discurso, sino para autorizar mi nombre, incluyéndole en su escrito) sigo en la Medicina la secta media y más benigna, de modo que entre los médicos dogmáticos (dígolo así) soy el mayor escéptico y entre los rígidos escépticos soy el mayor dogmático.

Es así que la Medicina, como dice el discurso, se engendró con discordias y se nutre con opiniones; pero ¿qué facultad humana no padece este mismo infortunio? Aun la misma teología, fuera de lo que es de fe, se arde en litigios y batallas. La matemática (exceptuando los axiomas universales, los cuales también tiene la Medicina), en llegando a lo singular de curar un edificio, delinear una ciudadela o batir una plaza, tiene tantos dictámenes como cabezas, y en la milicia, política, jurisprudencia y moral sucede lo mismo.

Los moralistas, procediendo con opinión, sólo están obligados a seguir la probable; los médicos tienen más estrecho el camino, pues están obligados a seguir la más probable; por eso dijo Hipócrates: *Opinio in Medicina maxime in crimen vertitur eam adhibenti-*

bus; luego si la Providencia se contenta con sólo una prudente y probable seguridad para la salud del alma, con más razón se debe contentar el mundo con la más probable para la salud del cuerpo, mayormente *cum multo pretiosior sit salus animae, quam corporis*, que dijo el cap. *Canonic. Cum infirmit.*, *de Poenitent. et remissionib.* Con que si todas las demás facultades son dudosas, ¿qué hay que admirar que no goce más privilegios la Medicina?

Fuera de que las noticias anatómicas, que constituyen una de las principales provincias de esta profesión, son demostrativas y fundadas sobre leyes geométricas y mecánicas, por las cuales nos consta el uso de las partes y sus varios consentimientos, y coligaciones, lo cual es perpetuo e indefectible; porque, para decirlo con elegancia:

Continuo has leges, aeternaque foedera,
certis imposuit natura locis.

Ni siempre se puede fiar a la naturaleza la curación de las dolencias, sin recurrir al arte; porque ¿cómo reducirá la naturaleza un hueso dislocado, si no la ayuda algún perito, que por estudio o experiencia concurra a colocarle? ¿Cómo echará la piedra de la vejiga sin auxilio del diestro litótomo? ¿O cómo evacuará las aguas del abdomen sin artífice que ejecute la paracentesis?

Y pasando a los males internos, las tercianas, que al paso de la naturaleza eran antiguamente lance de *a prueba y estése*, hoy es cosa de ajustar accesiones. En la cólera morbo, de que pocos se libertaban, hoy rarísimo se desgracia. Los dolores infaliblemente se aplacan cuando quiere el médico. Las disenterías, que como estrella pestilente solían asolar un ejército, ya se rinden a las vencedoras manos de los médicos. El mal venéreo indubitablemente se sujeta al Mercurio, la clorosis al Marte y el histerismo a Júpiter: tanto que dice el Sinapio que ya parece no falta sino un secreto contra la muerte; y si estos pasos hay dados en solos dos mil años de arte, a vigilancia de los médicos, ¿cuánto se adelantará dentro de otros dos mil o dentro de otros diez mil (si no le da antes al mundo la ardiente calentura de que ha de acabar), principalmente si los soberanos y los pueblos prosiguen en promoverlo con el aprecio y la proteción? ¿Cuántos hombres se perderían en una epidemia de fiebres perniciosas o sincopales si no hubiera esta saludable facultad? Me atrevo a decir que a no haber resistido la Medicina a la insaciable hidra del mal venéreo, hubiera ya acabado con el género humano. ¿Cuántos perecieran de sus glotonerías si no se hubieran descubierto heméticos y disolventes? Sólo se conociera bien la utilidad de la Medicina si se perdiera, porque ningún bien hay que hasta que se pierde se conozca.

Por esta ocasión se me ofrece satisfacer a la mentira de Plinio que ha dado fundamento para calumniar a los médicos, de que fueron desterrados de Roma por seiscientos años, lo cual muy frecuentemente se suele inculcar en las conversaciones por gente seria, aunque de pocas noticias y de una más que ferina ingratitud contra una facultad, de quien no pocas veces habrán recibido beneficios. Pero que mintió Plinio es claro, porque según Hemina, Emilio y Livio, hasta el año 535 de la fundación de Roma, que Arcagato llevó el uso de la Medicina a los romanos, no tuvieron noticia de ella; con que no pudieron desterrarla sin conocerla; y el año 550, sujetada la Grecia, trajeron los mismos romanos debajo de su servidumbre muchos médicos, los cuales, por la facilidad de dar venenos, empezaron a ser temidos, pues se hallaba en sus casas venal la muerte, o por los adulterios y revelación de secretos que cometían, empezaron a ser aborrecidos, como insinúa el mismo Plinio; o por el demasiado abuso de cortar y quemar que había en los cirujanos de aquel tiempo (pues para los males internos, según Cicerón y Quintiliano, no usaban médicos y sólo recurrían a los Dioses); o lo que es más, por ser entonces

todos los médicos griegos, a los cuales reputaban como esclavos y enemigos de su nación, temían que su odio procurase servirse de la Medicina para vengarse de los vencedores; por los cuales motivos, el Senado mandó desterrarlos de Roma el año casi 590, y la prescripción duró solos cien años, hasta los primeros Césares; de donde se infiere que miente Plinio en los seiscientos años, y que es error vulgar esta calumnia, pues esto no fué desterrar los médicos por médicos, sino por griegos, o no fué en odio del arte, sino de los artífices, que abusaban de ella; lo cual consta del citado Plinio, que confesando la utilidad de la Medicina en otra parte, dice que en ninguna facultad hay más inconstancia: *Cum sit fructuosior nulla.*

En este mismo sentimiento mío creo que está V. Revma., cuyos singulares talentos no pueden menos de tener presentes estas reflexiones; pero como su fin fué torcer al vulgo al lado contrario de la confianza, dejó correr la pluma con tan ágil y vehemente vuelo que hasta lo último no pudo detenerla.

Preciso es confesar que la sangría es remedio dudoso y que tiene dividida en bandos toda la familia apolinea; pero cuando al enfermo le llega el lance de temer, y al médico el de obrar, no pudiendo hallar la evidencia, es fuerza que ambos tomen partido en la probabilidad, como la prudencia de V. Revma. habrá hecho y hará siempre que se ofrezca. Ya dije en mi *Medicina escéptica* que aborrezco los hemófobos y detesto los hematocitas: en todo hay sus ciertos modos.

Quos ultra, citraque nescit persistere rectum.

El mismo ingenuo Boix, de quien V. Revma. hace honrosa mención, sólo pretendió reformar el abuso de las sangrías, pues las usaba en su práctica y no del todo las condenaba en sus particulares coloquios, de que gocé con gran fruto no pocas veces, y de que sólo me ha quedado el consuelo de la memoria, lamentándome con Horacio:

Ergo Boixium perpetuus sopor urget?

Me escandaliza oír el copioso número de sangrías que antiguamente solía hacerse, pues el doctor don Juan Nieto en su *Memorial* refiere que uno sufrió en espacio de cinco años (¡rara ponderación!) más de quinientas sangrías (supongo que no serían largas), sin algunas sanguijuelas. Dice también que a todas las preñadas se sangraba por establecimiento, como si el concebir fuera enfermedad o delito. Esta práctica es tan abominable como la contraria de dejar ahogar los enfermos a la napolitana, según cuenta Ballonio en el lib. 2, epid. 1576, que en una terciana con plétora, en que los médicos omitieron la sangría, al cuarto paroxismo se rompieron las venas y se siguió la muerte.

De las purgas digo lo mismo, y de todo, que debe ser gobernado por dictamen de experto y prudente Médico, dejando aparte los puntos morales, en quienes cada uno oirá su conciencia y seguirá el consejo de sabio confesor: dejando aparte también a los idiotas, de quienes ni se habla ni se debe hablar, en lo cual es cierto que hay gran tolerancia, pero también es cierto que ni hay modo ni esperanza de enmendarlo y sólo hay el consuelo de que en todas facultades hay idiotismo.

Las observaciones de Riberio, que nos objeta V. Revma., no tienen la mayor aceptación entre nuestros críticos, porque muchas de ellas más son cuentos para entretener principiantes que observaciones para ilustrar adultos; demás de las que V. Revma. cita, tenemos entre nosotros mismos reparadas otras. Gracia es verle que después de seis o siete sangrías a la moda francesa y un terrible escuadrón de friegas, ligaduras, ventosas, cantáridas, cataplasmas, emulsiones, fomentos y ayudas, nos salga con que se murió un pleurítico, cosa que puede sucederle al más inhábil. Parece esta observación al milagro de Juan Sánchez, que, habiéndosele reventado

una escopeta, mató a otro que iba delante en un borrico, y una astilla le descaderó a él, y puso el milagro que decía: *Habiéndosele reventado una escopeta a Juan Sánchez, mató a uno, y él quedó descaderado*: *EX VOTO*; cosa que sin milagro pudo sucederle a cualquiera. Cosa es también de gusto. que en un dolor de estómago aplicase vino, clavo y nuez de especia, y no hallando alivio, pasase del fuego al agua y pusiese un lienzo mojado en vinagre, pues aunque esto suele suceder, pudo excusar contarnos lo que no nos puede traer provecho. En esto de observaciones reparó bien Ramazzini que fuéramos más doctos, si como hay centurias de curaciones, hechas quizá por acaso, hubiera obras en que se contasen los desaciertos; porque como notó Verulamio, *más presto nace la verdad del error, que de la confusión.* ¡Pero cuán al contrario las de Riberio son las de Hipócrates y Sydenham! Estas sirven de lustre a la Medicina, como las otras de baldón.

Añade V. Revma. que nuestros profesores tendrán el temor de que *si se da en ahorrar de medicinas, también se ahorrará de médicos.* Los idiotas puede ser que lo teman, pero los doctos siempre tendrán su merecido aplauso; pues como se dice: *Vino vendibili non opus est hedera.*

Concluye V. Revma. dando reglas para la elección de médico, todas prudentísimas; pero aquí quisiera yo que por un rato se hubiera desnudado V. Revma. de sí mismo y de su innata discreción, revistiéndose del carácter del pueblo; porque las reglas señaladas más son propias para una comunidad de doctos que para un vulgo de ignorantes. *La primera es que sea buen cristiano*: difícil es hacerle los informes, pero más difícil averiguarle las hipocresías. *La segunda, que sea juicioso y de temperamento no muy igneo*: el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza y estolidez, y en todo hay riesgo; porque cuando el médico debe ser pegaso, no se le ha de buscar tortuga. *La tercera, que no sea jactancioso*: mejor sería que sus aciertos los contasen los vecinos, pero es disculpable que alabe sus agujas quien teme que otro las despache primero. *La cuarta, que no sea adicto a sistema alguno filosófico.* El pueblo ni entiende de sistemas ni de filosofías, y a ninguno tendrá por menos adicto que al ignorante que más calle, porque jamás ha saludado libros. *La quinta, que no amontone remedios.* Cuando el vulgo le repare, ya lo habrá pagado muy bien, y más si el médico ha hecho escritura por cuatro años. Fuera de que cuando muere el enfermo, como víctima que van a inmolar con muchos cordiales, parches, vendas, bálsamos y ungüentos, no queda otro consuelo a los parientes que el que no ha habido cosa que no se haya hecho. En desterrar este dañoso error privadamente quisiera yo que V. Reverendísima emplease su incomparable elocuencia e inexhausto caudal de noticias, desterrándole primero del vulgo de los médicos, que es el modo de desterrarle del vulgo de los hombres. *La sexta que observe y se informe exactamente de las señales de la enfermedad, que son muchas y se toman de muy varias fuentes.* El que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas y éste le tengo por muy arduo arbitrio para un pastor o un rústico.

§ XII

En el erudito discurso del *Régimen de los sanos* empieza V. Revma. diciendo que *nada saben ni pueden saber de esto los médicos*; y V. Revma. toca en él con tal destreza tan varios puntos para conservar la salud, que me hace creer que no sólo lo saben los médicos, sino los curiosos. Toda la razón es que nadie ha menester preguntar al médico lo que sabe por experiencia, y lo que el médico no puede saber sin que él primero se lo diga. Yo quisiera preguntar si el juez o el moralista que para dar la sentencia o el consejo necesitan ser informados del hecho, se puede de-

cir que *nada saben ni aun pueden saber* de sus profesiones. Temerario sería decir esto, porque supuestos los hechos, hay excepciones, reformas y contracciones, que sólo saben los científicos y discurren acerca de lo no experimentado para que pueda experimentarse sin temeridad: en fin, siendo la paridad tan uniforme en la Jurisprudencia, Moral y Medicina, cuanto pueda responderse por aquéllas, milita a favor de ésta, porque en necesitar ser informados de lo experimentado, no nos llevan ventaja los jurisperitos o moralistas:

Totidemque gradus distamus ab illis.

En fin, Revmo. P. Mro., hasta aquí ha llegado el discurso, contenido a los límites de una alabanza de mi profesión; creo que estamos en un mismo pensamiento, con que esta disertación más es glosa o interpretación de la mente de V. Revma. que impugnación suya, de cuya osadía está muy lejos mi respeto, amistad y propio conocimiento, y aun así espero que V. Revma. castigue cualquier defecto, cuya decisión resignadamente veneraré como de un oráculo. Quedo admirando la elocuencia, ingenuidad, erudición y juicio de la obra, y repitiendo que en la lucida esfera de nuestros sabios, sólo es vuestra reverendísima.

Qui reliquas, stellas perstringit,
uti aethereus Sol.

Dios guarde a V. Revma. para crédito de las letras y de nuestra nación. De mi estudio, septiembre 1 de 1726.

B. L. M. de V. Revma. su obsequioso amigo y servidor, *Martín Martínez.*

RESPUESTA AL DOCTOR D. MARTIN MARTINEZ DEL RMO. PADRE MAESTRO FR. BENITO FEIJOO, BENEDICTINO

Al ilustrísimo señor don fray Joseph García, obispo de la Santa Iglesia de Sigüenza, del Consejo de S. M., etc.

ILMO. SEÑOR:

Osadía fuera buscar a tan pequeño escrito tan esclarecida sombra, si a los hombres grandes no los hiciera mayores la benignidad de extender su protección hasta los más humildes. La aceptación con que V. S. I. se dignó recibir y leer el primer tomo (hasta ahora único) de mi *Teatro Crítico*, me esperanza de que abrazará gustoso el patrocinio de este papel, que es defensorio suyo. Cuando aquel libro no me hubiera producido otro fruto que la ocasión de ver y tratar a V. S. I., daría por bien empleado el trabajo. Medía yo, antes de conocer a V. S. I. sus eminentes prendas por el alto carácter de primer prelado de una Religión de tantos modos grande, y también juzgaba que no podía crecer un sujeto a mayor magnitud que a aquella que desde el claustro le hace claramente visible a las distancias del trono, haciendo que en un Monarca grande sea uno de los más sensibles cuidados el premio de sus méritos. Estas eran las señas que yo antes tenía de la persona de V. S. I. y por donde medía su estatura; pero luego que le traté, conocí que era defectuosa la medida. Tan allá pasa ese mérito gigante. Y pues no alcanzan a definir lo que es V. S. I. tan gloriosas circunstancias, menos podrán mis voces. Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años. Oviedo y noviembre 6 de 1726.

Ilmo. señor, B. L. M. de V. S. I., su más rendido siervo y capellán. *Fr. Benito Feijoo.*

AL DOCTOR MARTÍNEZ

§ 1

1. Muy señor mío. Ya prevenía yo cuando escribía el discurso médico de mi *Teatro Crítico*, que habían de salir a mi oposición muchos contrarios. Pero no me ocurría entonces que me había de combatir (lo que es más de temer). unida en uno solo la fuerza de muchos: *Tu unus pro decem millibus computaris* puedo decir a V. md. como el pueblo de Israel a David. ¿Quién no ha de temer viendo delante de sí al sabio, al elocuente, al sutil Martínez? Pero me alienta la consideración de que si el enemigo es muy valiente, a proporción es generoso. Monstruosidad sería si a esa grande elevación de ingenio no correspondiese igual nobleza de ánimo.

2. A ésta me reconozco yo deudor de los elogios con que V. md. en su doctísima carta gratuitamente me ilustra. Esta la contemplo una cortesanía heroica (que también es capaz del heroicismo esta virtud). Y ¿quién puede dudar de que arriba a este eminente grado, cuando en un grande ingenio lo-

gra el triunfo de confesar superioridad en otro? Arduidad tan encumbrada que Ovidio creyó no la superaría jamás hombre alguno:

Qui velit ingenio cedere nullus erit.

3. Así que las mismas alabanzas que V. md. galantemente desperdicia en su carta, son prueba de las que de justicia merece su persona. ¡Oh qué a propósito me ocurre ahora mi padre San Bernardo. respondiendo a otra carta de su grande amigo y gran prelado de Turón Hildeberto! *Ego laudum tuarum argumentum teneo minime dubium ipsas mei laudatrices litteras tuas* (Epist. 123). Proseguiré con el contexto, porque todo es del caso presente: *In quibus* (la misma carta de Hildeberto) *alium fortasse delectet eruditionis insigne sermo suavis et purus, oratio luculenta, gratum laudabileque compendium. Mihi vero prae his illa ducitur miranda humilitas, qua tantillum tantus praevenire curasti et obsequio salutandi, et praeconio praedicandi, et precandi reverentiam. Sane quod ad me attinet. lego de me in literis tuis, non quod sum, sed quod esse vellem.* Dicha es poder en la ocasión presente decir, con voces de San Bernardo. cuanto siento de la carta de V. md. de su persona y de la mía. Sólo hay la diferencia de que el agigantado exceso de prendas que San Bernardo confiesa en el amigo a quien respondía, al Santo se le dictaba su humildad, a mí mi conocimiento. Para conocer lo mucho que el ingenio de V. md. excede al mío, no he menester ser humilde: bástame ser racional.

§ II

4. Entrando ya en la materia (que lo es más de conversación erudita que de disputa contenciosa), empiezo con una cláusula con que V. md. acaba: *Creo que estamos los dos de un mismo pensamiento.* En la sustancia del asunto no tiene duda que estamos convenidos, pues V. md. niega a la Medicina la incertidumbre ni yo le niego la utilidad. Lo primero consta de la carta de V. md. Lo segundo de mi discurso médico, especialmente desde el número 65 en adelante.

5. En lo que yo acaso soy singular es en que estoy persuadido a que para lograr la utilidad, importa que todo el mundo conozca la incertidumbre. La verdad de esta máxima (que fué la que motivó mi discurso médico y la que a muchos parece extraña) se conocerá si se ponen los ojos en los estragos que ocasiona la imaginada seguridad de la Medicina, así de parte de los médicos. como de parte de los enfermos. El que contempla en la Medicina el provecho y no el daño, se medicina tanto que padece el daño sin lograr el provecho. La multitud y frecuencia de remedios. aun siendo por su especie oportunos. siempre es nociva, según todos los autores cordatos, salvo el estrecho paso de una urgencia grande, donde es menester que el médico camine al paso del peligro. El que considera al purgante como un fiel barrendero (y este es el concepto común del vulgo), que sólo saca fuera las inmundicias del cuerpo, no recela a cualquiera indisposicioncilla (tal vez sin ella) menudear los purgantes. Si supiera que es un ladrón, que entrando a oscuras. juntamente con lo inútil lleva lo precioso. se fuera con más tiento.

6. Lo mismo digo de parte de los médicos. El dogmático, a quien su poca reflexión hizo arrogante, y llevando. siempre que receta, como aguja magnética la pluma, dirigida al polo del sistema que sigue, juzga que no puede errar, yerran más que todos, porque seguro de que tiene cuanta luz necesita en las máximas de su escuela, cierra los ojos a las observaciones que o las impugnan o las limitan. Y como es más natural que se extravíe el caminante. que debiendo dudar del camino no duda, que aquel que en cada división de sendas tímido se detiene, así en la Medicina va mucho más expuesto al error el dogmático presumido que el escéptico receloso. Si aquel advirtiera que

la contradicción que hacen a su sistema infinitos hombres doctos y expertos, evidentemente le deja dudoso, no le mirara como infalible, y obraría, a fuer de menos confiado, más seguro. Véase a Bernardino Ramazzini, para ver si yo tengo razón (*Orat.*, 4), donde dice que no hay cosa más perniciosa en la Medicina que la confianza con que entra el médico en la cura: *Qua confidentia, utpote ignorantiae filia, nihil in arte medica exitialius.*

§ III

7. A mí se me nota de que quiero introducir en el mundo una general desconfianza de los médicos. No intento tanto. Lo que yo digo es que entonces deberá confiar el mundo de los médicos, cuando los médicos desconfíen de sí mismos. Si nos figuramos dos hombres caminando con escasa luz por suelo resbaladizo y desigual, el uno, que conociendo el riesgo se mueve con mucha pausa, el otro, que como si fuera a medio día y por camino llano, trepa sin recelo, ¿de quién fiaré yo que no tropiece o por lo menos que no tropiece tanto? No hay duda que del primero. Este es el caso en que estamos: luego para lograr útil la Medicina, conduce mucho que médicos y enfermos reflexionen bien sobre cuánto es incierta. Responderáseme que los médicos ya lo saben. Pero yo replico que no todos lo saben, y de los que lo saben, muchos lo ocultan. Los muy encaprichados de la doctrina de su escuela, como si fuera demostrada, ignoran en gran parte la falibilidad de la Medicina. Como en la curación obren conforme a la mente de sus autores, se libran de toda duda, porque tienen por un delirio cuanto dicen los contrarios. Entre los que advierten la falibilidad del arte, muchos dolosamente ostentan al vulgo la certeza, para hacer más plausible la facultad o más atendida la persona.

9. Entra el médico al cuarto de un enfermo (esto lo he visto yo muchas veces), y a dos palabras del informe que le oye empieza a hacer una descripción exacta de la enfermedad: averigua su esencia, deslinda sus causas, señala el foco, explica cómo se hace la fermentación, dónde y por qué conductos la excreción, apura el análisis de la materia pecante hasta determinar la configuración de las partículas que la componen, con otras mil cosas que omito; y esto todo con tanta confianza como si fuera para sus ojos perfectamente diáfano el cuerpo del doliente. Toda esta retahila tienen los circunstantes por cierta, siendo así que no hay en toda ella ni una proposición sola, que, a buen librar, no sea dudosa. En cuanto a los medicamentos habla con la misma satisfacción. Determina a punto fijo su actividad y modo de obrar, califica su importancia, justifica su inocencia. ¿Qué se sigue de aquí? Que el vulgo, contemplando una deidad tutelar de su vida en el doctor, le fatiga con continuos votos, obligándole a que sin necesidad amontone recetas sobre recetas, sobre el supuesto de que de aquella mano no puede venir cosa que no sea muy conveniente a su salud. Por evitar este riesgo me pareció importante desengañar de su error al vulgo. Y por lo que llevo expresado siento que será en el mundo más útil la Medicina constando a todos que es incierta.

§ IV

10. Ocurre V. md. diciendo: *Que está el mundo tan lejos del supuesto que yo presumo, que siendo error popular la desestimación y el desprecio, más necesitamos torcer al vulgo al honor y al aplauso (como dice el Sagrado Texto) que a la desconfianza y al desprecio.* Señor don Martín, el desprecio que V. md. supone en el vulgo puede entenderse de dos maneras, porque, o es relativo al carácter de los médicos, de modo que tengan por poco decorosa su profesión, y por este capítulo desestimen a los profesores, siendo así, yo confieso que este es error que se debe corregir: la facultad médica es por su

naturaleza honoratísima y nobilísima (diga lo que quisiere Jacobo Primerosio, lib. I *De Erroribus vugi in ordine ad Medicinam*, cap. 18, probando, injurioso a su propia profesión, que es arte mecánica). Así que el Médico por su profesión es honorable, y siendo médico sabio, perspicaz y sincero, cualquier república le debe estimar como alhaja preciosísima; o por el desprecio del vulgo, en orden a los médicos, significa que tiene hecho más bajo concepto de su alcance del que en realidad merece su conocimiento. Y este error no le hay en el vulgo, antes el opuesto, que es juzgar que saben más de lo que saben, V. md. mismo lo confiesa en su carta, diciendo al fol. 22: *confieso, p. Mro., que no hay tanta Medicina como el vulgo piensa.* Lo mismo asienta Gaspar de los Reyes, citado ya en el discurso médico, núm. 63. Y aun éste añade que no sólo imagina el vulgo en el médico más ciencia de la que tiene, pero aun más de la que puede tener: *Caeterum apud rude, et indoctum vulgus, et quod in medico plus credit, quam habet aut habere potest, etc.* Este es el error que yo supongo en el vulgo y de que pretendo retraerle, no el de reverenciarlos más de lo que corresponde a su carácter.

11. Pero V. md. me hace el cargo *de que he cortado tan elásticos los puntos de la pluma, que es de temer que la vehemencia de mi retórica, queriendo apartar al vulgo del extremo de la confianza, le haga pasar al opuesto extremo del desprecio y de la desesperación.* Señor don Martín, antiguamente Arquímedes y poco ha el P. Marino Mersenno decían que como les diesen un punto fijo en que estribar, independiente del globo terráqueo, se atrevían a mover toda la tierra de su sitio. Yo nunca imaginé en mi pluma tanta arte o tanta fuerza que pueda hacer otro tanto. Apartar al mundo de un error envejecido, de suerte que pase al extremo opuesto, pide brazo soberano. Al vulgo sólo le mueve tanto quien le domina.

Mobilet mutatur semper cum Principe vulgus.

12. Pero demos que fuese tan dócil al impulso de mi pluma; no por eso se seguiría el inconveniente que V. md. previene, porque aunque él por sí no resista, hay fuerza mayor al encuentro de la mía que le detiene. Cuantos se interesan en la estimación de la Medicina, procurarán con todo su conato mantener al vulgo en la ciega veneración del arte. Ni Hércules contra dos: ¿qué haré yo contra tantos? Y aun si lo miramos bien, con casi ninguna fuerza se puede hacer vano mi empeño. pues yo lidio contra el peso del vasto volumen de la plebe, y ese mismo peso tiene de su parte el que impugna para mantenerla en el error donde hizo asiento. Pongamos que alguno, por haber leído mi discurso médico, cayese en una total desconfianza de la Medicina. Esta sólo durará hasta que padezca la primera calentura. Entonces, aun cuando él no llame al médico, los domésticos harán que venga. Si el enfermo le hace alguna objeción, citándome, suelta Dios su ira. Responde que el fraile (médicos hay también que hablan de este modo) no supo lo que se dijo. que le hubiera sido mejor rezar que meterse a escribir lo que no entendía; que no sabe las súmulas de la Medicina; que citó unos autores disparatados o él no supo construirlos; que se gobierne por lo que siente todo el mundo y por lo que dicen tantos hombres doctos, y no por lo que dice un fraile solo, que tomó el capricho de impugnar a todo el mundo. etcétera. Con estas razones, sin dar ninguna, tiene desbaratado cuanto está escrito en el *Teatro Crítico* y logra una obediencia ciega en el enfermo. No digo yo un médico: cualquier barberillo diciendo otro tanto y contando luego los milagros que él hizo con sus emplastos, deja satisfechos al enfermo y a todos los domésticos. Esto es, señor don Martín, lo que sucederá y sucedería del mismo modo, aunque cuando fuese mucho mayor la elasticidad de mi pluma. Estas defensas de cal y canto burlan las baterías de la más viva elocuencia. El vulgo no ha menester más

argumentos ni más respuestas para mantenerse en la opinión en que estaba.

§ V

13. El cargo que V. md. me hace sobre la cláusula con que empiezo el discurso del régimen de los sanos es más grave; porque aquella cláusula, desnuda de una restricción con que yo la limito, sería injuriosa. Yo digo *que los médicos nada saben ni aun pueden saber en particular del régimen de los sanos.* Esta proposición, si se le quita aquella restricción *en particular,* es injuriosa y falsa, pero con ella tiene decente y verdadero sentido. Confieso que los médicos saben y pueden saber en común los preceptos del régimen; que muchos, no sólo comprenden los que yo estampé en aquel discurso, pero adelantarían mucho sobre ellos, si se pusiesen como yo a corregir los errores del vulgo en esta materia. Lo que yo niego sólo es que el médico pueda saber qué y cuanto le convenga comer y beber a este individuo, Pedro, v. gr., que ahora le consulta, sin que él le dé primero la noticia. Que esta limitación sea común al jurista y al teólogo moral dentro de sus profesiones, a mí nada me importa, porque mi intento no fué poner tachas a la Medicina, sino desengañar el vulgo, el cual ciertamente necesita de este desengaño; pues a cada paso se ven individuos que contra el informe de la experiencia propia arreglan su régimen al dictamen del médico y se ven médicos que por las reglas comunes de las calidades de los manjares, sin examinar qué efecto hacen en este particular temperamento, a todos prescriben aquellos que están reputados comúnmente por mejores. Si se me dijere que esto no sucede, diré yo que lo he visto infinitas veces. Y no sólo esto sucede, sino que hay médicos tan poco advertidos, que aquello que a ellos les hace provecho, juzgan que ha de aprovechar a todos y hacen su propio temperamento regla de su práctica. Señor don Martín, haga vuestra merced que en todas partes haya médicos ingenuos, sabios, cuerdos y sagaces, entonces yo quemaré por inútil cuanto he escrito en aquellos dos discursos.

14. He dicho que a mí no me importa que la ciencia del jurista y del teólogo esté tan estrecha en esta parte como la del médico. Todavía hallo entre estas facultades una gran diferencia. El reo, demandado ante el juez, sabe que posee la hacienda, pero no sabe si el poseerla es conforme a la virtud de la justicia. El que consulta al médico, sabe que usa de tal alimento y de más a más sabe que ese alimento es conforme a su complexión y estómago. Así el juez como el médico han menester informarse de las partes; pero el juez sólo del hecho; el médico también del derecho. El juez halla el hecho en los autos, pero el derecho en los libros. El médico uno y otro ha de buscar en el informe del consultante, del cual únicamente puede saber qué es lo que le conviene determinar. Así el reo no sabe qué sentencia debe dar el juez, pero el consultante, si no está preocupado del error común, sabe qué sentencia debe dar el médico; pues si le informa de que con este alimento le ha ido bien y con el otro mal, es claro que el médico debe determinar que use del primero y no del segundo. La misma disparidad es adaptable respecto del teólogo moral.

§ VI

15. El punto que acaba de tocarse me conduce naturalmente al cotejo que hace V. md. de la Medicina con las demás ciencias en cuanto a la incertidumbre. Señor don Martín, yo por ninguna me apasiono, aun de aquellas mismas que he estudiado. Pero encuentro notable diferencia entre la Medicina y las otras ciencias que V. md. trae al paralelo.

16. Es verdad que *el teólogo* (como V. md. dice) *no sabe si el penitente se salva,* pero sabe ciertamente qué es lo que le conviene al penitente ha-

cer para salvarse. Aquí no llega el médico, pues no sabe ciertamente qué es lo que le conviene hacer al enfermo para curarse. El teólogo da receta infalible para conseguir la salud eterna; el médico no la tiene sino dudosa para lograr la temporal. El penitente, si no se salva, es porque él no quiere aplicar el remedio: *Ex te Israel perditio tua.* Si el enfermo no se cura es porque el médico no aplica medicina que alcance. ¿Pretendo yo por eso que esta ventaja del teólogo se deba a su mayor ingenio o estudio? No por cierto. En la teología el topo encuentra con la certeza; en la Medicina el lince no puede pasar de la conjetura.

17. Usa también el teólogo de probabilidades. Y aun los *moralistas* (dice V. md.), *procediendo con opinión, sólo están obligados a seguir la probable*; *los médicos tienen más estrecho el camino, pues están obligados a seguir la más probable.* Es verdad, pero la eficacia es muy diversa; porque el moralista, usando de opinión probable, absuelve al penitente de la culpa; el médico, usando de la más probable, no puede muchas veces curar al enfermo de la dolencia. Fuera de que si el penitente o consultante quiere usar de la receta, siempre se la dará el moralista, no sólo probable, sino cierta, pues el consejo de que vaya por el camino más seguro, omitiendo aquella acción que está en duda si es lícita o ilícita, no tiene falencia.

18. Sea cuanto se quisiere el arte militar falible en sus proyectos, hallo, no obstante, entre ella y la Medicina notables disparidades. El arte militar siempre que hay guerra es necesario, pues el enemigo ciertamente triunfa si no se sale a la defensa. No puede decirse otro tanto de la Medicina, aun cuando hay enfermedad, pues muchas veces, sin que el médico acuda, resiste la naturaleza. El general siempre sabe a qué enemigo ha de combatir; el médico muchas veces ignora la enfermedad que debe expugnar. El general, viéndose inferior en fuerzas, puede excusar la batalla: el médico no puede evitar la lid con la enfermedad, aunque vea débil la naturaleza. El general, si no es en el caso raro de ser traidor, nunca se pone de parte del ejército contrario. El médico infinitas veces, por su ignorancia, ayuda contra el enfermo a la dolencia. Así no se puede negar que procede con mucha mayor oscuridad el médico en su arte que el caudillo en la suya.

19. Dice V. md. que con un yerro ocasiona más muertes un general en un día que un médico en cien años. Es así; pero hagamos el cotejo tomando en lugar de dos individuos todos los que profesan una y otra facultad. ¿Quiénes ocasionarán más muertes en un reino dentro del espacio de cien años? ¿Los generales con sus yerros o los médicos con los suyos? O sustituyendo a los individuos las facultades, ¿qué yerros son los que hacen más estragos? ¿Los de la Medicina o los del arte militar? Yo creo que V. md. resuelve la duda en el segundo tomo de la *Medicina escéptica*, fol. 248, cuando dice: *Aquel texto de Galeno, en el método (no sólo en las continentes, sino en otras fiebres causadas por pútrido humor, es saludabilísimo sangrar) tiene muertos más hombres que la artillería.* Si solamente una máxima errada en la Medicina hace más daño que todos los cañones de bronce, ¿qué estrago no harán tantas máximas erradas como es preciso que haya en tantas opiniones controvertidas, pues siempre que hay contradictorias es preciso que sea falsa la una?

20. La matemática me parece que no puede en cuanto a la certidumbre entrar al cotejo como ninguna de las ciencias naturales, porque es la facultad que con buen derecho tiene estancadas las demostraciones. No todo lo puede demostrar, ya porque como está en nuestros entendimientos es ciencia finita, ya porque en la aplicación salen muchas veces los hombres con el uso fuera de la esfera de su objeto.

21. En cuanto a la política, si se habla de aquella que pasa por tal en el mundo la juzgo más incierta que la Medicina, y así lo he explicado en el

cuarto discurso de mi primer tomo. Para mí, respecto de los que gobiernan Estados, no hay otra política segura que la que consiste en el complejo de las dos virtudes justicia y prudencia.

§ VII

22. A los reparos que V. md. pone sobre las advertencias que hago para la elección de médico, responderé con ingenuidad y sin cavilación. A la primera de *que el médico sea buen cristiano* opone V. md. *que es difícil hacerle los informes y aun más difícil averiguarle las hipocresías.* Señor don Martín, los médicos viven muy en los ojos del pueblo. Apenas con otra clase de hombres hay tan frecuente trato. Una hipocresía tan doble que en la frecuencia del comercio no deje traslucirse la alma, es rarísima. Ni los médicos son la gente que más estudia en esconder vicios u ostentar virtudes; luego si aun los que no son muy perspicaces, comúnmente hacen un juicio prudencial bastantemente seguro de la cristiandad de aquellos con quienes tratan, podrá el pueblo comúnmente no engañarse en el concepto que hace del médico sobre su virtud o malicia.

23. A la segunda de *que sea juicioso y de temperamento no muy ígneo,* dice V. md. *que el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza y estolidez y en todo hay riesgo, porque cuando el médico debe ser pegaso, no se le ha de buscar tortuga.* Confieso que este reparo está bien hecho. Es cierto que el vulgo equivoca comúnmente al tardo con el juicioso y al pronto con el intrépido. También es cierto que ningún arte pide tanta agilidad intelectual como la Medicina, no sólo en las enfermedades muy ejecutivas, pero aun en las comunes, porque necesita correr el médico los ojos por tanta variedad de indicantes y contraindicantes, y no sólo mirarlos, sino pesarlos. Es cosa muy distinta tener ágil el discurso de tener azorada la mano. No es lo mismo viveza que precipitación. No se opone la prontitud del ingenio a la solidez del juicio. Las águilas cuando quieren vuelan y cuando quieren paran. Y, por el contrario, puede ser el médico tardo en entender y atropellado en obrar, y aun creo que esto es lo que comúnmente sucede, como también que el que es más veloz en las reflexiones es más perezoso en las recetas. Aquél atiende a un precepto solo, y por eso obra; éste a muchos que están encontrados, y por eso se detiene. Confieso, pues, que el vulgo no es capaz de hacer juicio del juicio ni los discretos le pondrán en razón sobre este artículo, pues él siempre se estará en sus trece de tener por hombre muy juicioso a aquel que por su lengua torpe, por su paso lento y por su entendimiento tardo está ras con ras de ser tronco.

24. La objeción que V. md. hace a la tercera advertencia es un gracejo galante de aquellos que usan oportunamente los discretos para quitar el fastidio a las seriedades y así no me detengo en ella.

25. A la cuarta de *que el médico no sea adicto a sistema alguno filosófico* opone V. md. *que el pueblo no entiende de sistemas ni de filosofías.* Todo el pueblo, es verdad, pero raro es el pueblo de algún tamaño, donde no haya muchos que entiendan lo bastante para hacer este juicio, y fácilmente desciende de éstos a los demás el crédito o descrédito del médico.

26. A la quinta advertencia de *que el médico no sea amontonador de remedios,* V. md. la califica, apuntando enérgicamente el destrozo que hace en los hombres la multitud de medicamentos. Díceme V. md. que procure yo desterrar este pernicioso error del vulgo de los médicos. Esa es empresa más proporcionada a las fuerzas de V. md., y si V. md. no puede, mal podré yo. Con más razón me pudiera V. md. decir, en caso de ponerme a esa empresa, lo que Héctor a Eneas:

Si Pergama dextra
defendi possent, etiam hac defensa fuissent.

27. A la sexta de *que el médico observe y se informe exactamente de las señales de la enfermedad, que son muchas y se toman de muy varias fuentes,* dice V. md. *que el que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas.* No es menester tanto. Yo sin saber qué señales se deben observar, con saber que son muchas, conoceré que no las observa todas exactamente el médico que se contenta con examinar ligeramente no más que la orina y el pulso: así como sin saber dónde está la mina, con saber que está profunda, sabré que no llegará a ella el que se contenta con dar dos azadonadas.

§ VIII

28. He reservado para ahora (porque me he de detener más en él) el cargo que V. md. me hace de que me muestro rígido escéptico. Puede ser que en mi escrito, por no haberme explicado bien, lo parezca; pero es cierto que no lo soy. Escéptico rígido es aquel que nada tiene por cierto y en lo opinable queda siempre con perfecta suspensión, por no admitir desigualdad de probabilidad entre las opiniones opuestas. No es ése mi carácter, pues algo juzgo cierto en la Medicina y admito desigualdad en lo que es puramente probable. Es verdad que inclino mucho al escepticismo y no hallo modo de remediarlo, porque los mismos médicos que me habían de curar esta enfermedad (si lo es), me la aumentan. Véolos casi generalmente discordes en toda la práctica del arte. Pues si ellos no averiguan la verdad, ¿por qué no he de quedar yo en la duda? No son muchos los autores médicos que he visto, pero ésos bastaron para asegurarme de que rara aserción hay en la medicina que esté fuera de controversia. Si leyera más, dudaría más, que es puntualmente lo que Ramazzini, citado arriba, dice de sí mismo: que cuanto más leía los más excelentes autores antiguos y modernos, tanto más incierto y dudoso quedaba de lo que debía obrar: *Quoties cum veterum, tum recentiorum Medicinae procerum praestantiora monumenta, et quae credentur cedro magis digna volumina, evolvere mihi volupe est, idem prorsus mihi evenire sentio ac terentiano seni, qui cum in filii sui causa plures advocatos accersisset, eosque inter se pugnantes deprehendisset: incertior* (inquit) *multo sum, quam dudum.*

29. A vista de lo que dice Ramazzini, y a vista de la innegable oposición de los autores, no creo deban irritarse los médicos por haber dicho yo que *saben poco de curar los enfermos.* Ya se ve que sabrán más que los teólogos, porque lo que se sabe, ellos lo saben. Pero que es poco lo que se sabe. lo pruebo, a mi parecer, con evidencia de este modo, poniendo por mayor en el silogismo una proposición de vuestra merced. *Aquello que se disputa se ignora; sed sic est que en la Medicina casi todo se disputa, luego casi todo se ignora.* La menor del silogismo es innegable, pues apenas hay precepto práctico que no tenga sus contradictores, como hice ver en el discurso médico, y como se podría probar más largamente; y aun los mismos que concuerdan en el precepto se hallan después discordes en la aplicación. La mayor es de V. md. en su carta, fol. 23, a aquellas palabras: *Confieso la ignorancia de las causas morbíficas.* (*Pues ¿quién negará que se ignora lo que se disputa?*) Tengo por concluyente la razón para la ignorancia de las causas, pero del mismo modo prueba la ignorancia de los remedios, pues no menos se disputan (con cortísima excepción) los remedios que las causas.

30. Juan Doleo, en su *Enciclopedia Médica*, casi en todas las enfermedades, después de referir las varias sentencias que hay en orden a las causas, trae las que hay en orden a los remedios. El mismo Doleo, hablando de las fiebres, dice que los médicos del mismo modo ignoran los remedios que las causas: *Febris morbus, vel a limine, sive sui initio, cognitus; at nequidquam a medentibus cognitus hactenus in causis.*

modo fiendi, sedibus, ut nec in remediis. (*De Febribus*, cap. I.) ¿Por qué he de creer yo que cualquier médico ordinario sabe lo que un hombre de tanto estudio y experiencia como Juan Doleo dice que todos los médicos ignoran?

31. Y sin apartarnos de la fiebre (por ser ésta la mayor provincia del gran reino de la Medicina), ¿cuánto encuentro de opiniones se observa en orden a su curación? Unos (y esto es lo más común) culpan los ácidos y quieren que se acuda con álcalis. Otros (como Ballivio, lib. I, *Prax Medic.*, fol. mihi 50) acusan los álcalis y buscan el socorro en los ácidos. O éstos o aquéllos dañan, sin que yo pueda saber quiénes aciertan. Unos dicen que en la fiebre la sangre circula con más velocidad; otros que camina con más lentitud. Aquéllos quieren que se le tire la brida; éstos que se le arrime la espuela. Si yerran aquéllos, estancan lo que se había de mover; si yerran éstos, precipitan lo que se debía refrenar. ¿Cómo he de confiar ni en aquéllos ni en éstos mientras no se aclara la duda?

32. No para aquí la controversia en materia de fiebres. Toda la práctica está llena de dudas. El Ramazzini, en el lugar citado arriba, se pone a describir la variedad de opiniones que hay en una junta de médicos, llamados en el principio de una fiebre, hablando cada uno según la práctica que sigue, y dice así:

«Unos muy activos claman hasta ponerse roncos que se ha de procurar extinguir desde luego el fuego de la fiebre, porque no se abrase toda la casa; que se acometa al enemigo dentro de sus líneas, antes que tome más fuerzas. Otros con el mismo ahinco replican que se debe ir poco a poco; que se ha de procurar la cocción de los humores, porque no se invierta la crisis; que se espere a que la fiebre por sí misma se quebrante, porque según la sentencia de Livio, más aprovechan los médicos a veces estando ociosos que obrando. Del mismo modo en el uso de los remedios: unos dicen que sólo con las sangrías se ha de degollar la fiebre; otros, parcos en la efusión de sangre, oponen que inútilmente se derrama en la fiebre el tesoro de la vida; porque, según Galeno, la obstrucción y podredumbre, que son principalísima causa de la fiebre, no se quitan con la sangría. Unos todo el cuidado ponen en purgar a los enfermos; de modo que tendrían por delito no dar al principio su leniente y al fin, o quitada la calentura una purga radical para quitar el miedo de recaída. Otros, por el contrario, atendiendo al genio de la naturaleza, que rara vez o casi nunca termina las fiebres con evacuación por el vientre, aborrecen mortalmente la purga en el fin de la fiebre. Algunos quieren que el enfermo beba agua copiosamente, siguiendo una máxima de Hipócrates, que da a entender que el fuego de la calentura se apaga con agua. Otros quieren que se huya del agua fría, de miedo que se sofoque el calor nativo y la causa morbífica se empeore. Algunos todo su conato ponen en recetar cordiales, para domar o precaver la malignidad. Otros (acaso más cuerdos) se detienen en el uso de los cordiales, por no añadir fuego al horno.» Hasta aquí el Ramazzini.

33. Sobre esta relación se debe hacer una reflexión y es que cada médico, siguiendo su doctrina, dice de la práctica contraria no sólo que es inútil, sino dañosa. Luego cualquier médico que llame yo, hay otros que dicen que la práctica que sigue éste no sólo no me aprovecha, sino que me daña. No quiero sacar más consecuencias, porque están bien a la vista.

34. Hablando en general de los remedios (exceptuando el mercurio para el mal venéreo), ninguno hay que sea de la aceptación de todos los médicos. Aun al mercurio le contradijo Fernelio. La purga, que es el remedio más común, tiene muchos y grandes enemigos aun fuera de la escuela de Helmoncio, en consideración de su inutilidad y malignidad. No alcanza a la causa morbífica: sólo se entiende con el producto

morboso y es indecible el daño que ocasiona en el cuerpo. Señaladamente puede verse sobre este punto la doctísima diatriba de Cristiano Kursnero *De purgantium proscriptione*, que apenas deja duda en la materia, y el Panegírico que de aquella disertación hace Juan Doleo en una carta que se halla en el segundo tomo de Juan Jacobo Waldismith, folio mihi 375, de quien pudiera yo trasladar algunas palabras, como son aquéllas, fol. 378: *Quamvis tota Medicastrorum cohors furore agitata torvo vultu veritatem sit inspectura.* Y aquéllas más abajo: *Sane crumenam habebunt nimis purgatam, etc aliorum excrementis minus impletam, quod minime illis placebit.* Estas expresiones del furor y del motivo de furor de algunos doctores, cuando se manifiestan al mundo los riesgos de sus remedios, ya sé yo que no vienen a los médicos de la sabiduría e ingenuidad del doctor Martínez. Pero esta carta no sólo la ha de leer el doctor Martínez, sino algunos, que aunque tengan nombre de médicos, no merecen ser discípulos suyos.

35. De las opiniones que hay sobre la sangría ya se dijo bastante en el discurso médico. Todo lo demás va del mismo modo. A las fuentes en brazos o piernas, remedio tan común, las condenan muchos por inútiles y nocivas. Jacobo Primerosio (lib. 4 *De Erroribus in ordine ad Medicinam*, cap. 56), tratando de las fuentes, empieza con esta vehemente invectiva: *Ignotum veteribus et nostro tempore, in Anglia praesertim, nimium familiare, et abominandum prorsusque inutile remedium sunt ulcera illa, quae vulgo fontanellae vocantur.* No se contenta con llamarlas remedio inútil, sino también abominable.

36. No con menos energía Theodoro Craanén (t. I, cap. 43 *De Fonticulis, et Setonibus*) declama contra fuentes, sedales, ventosas y vesicatorios. Empieza así el capítulo: *Nunc autem progredimur ad fonticulos, setones cucurbitulas, et vesicatoria.* Y poco después: *Dicimus haec medicamentorum genera, esse potius tormentorum genera plane inutilia, et contra omnem rationem, sine iudicio efficta, et lucri causa tantum ab otiosis, et irrationabilibus medicis, et chirurgis excogitata.*

37. A los cordiales tienen infinitos por remedio puramente nominal; algunos (como vimos en Ramazzini) por nocivo. Primerosio (lib. 4, cap. 35) dice que el uso de la triaca, mitridático y otros cardíacos, muchas veces aumentan la causa de la enfermedad, sin remediar la debilidad del corazón.

38. En tanta oposición, ¿quién nos ha de sacar de la duda? ¿Acaso la experiencia? Todos la alegan a su favor. Los que siguen la doctrina de los días críticos se fundan en la experiencia, y en la experiencia se fundan también los que niegan que haya tal orden de días críticos. Waldismith (t. I, fol. 244) se funda en la experiencia para decir que la sangría rectamente administrada tiene fuerza de específico en las fiebres intermitentes. Y Doleo (*De Febribus*, cap. 8) dice que la experiencia cotidiana muestra que las fiebres intermitentes no remiten, antes se aumentan con la sangría.

39. Otro recurso nos dió poco ha un médico de la corte, que es no hacer caso de lo que dicen los demás autores, sino sólo de Hipócrates. Esto sí que es cortar el nudo gordiano; pero sea así enhorabuena: quémense todos los demás libros y queden sólo las obras de Hipócrates. ¿Nos libramos por eso de las dudas? No por cierto. Entero se queda el escepticismo como se estaba. Todos dicen que siguen a Hipócrates y con todo eso no se ajustan. A Hipócrates seguía poco ha el doctor Díaz; a Hipócrates seguía el doctor Boix; con todo, sabemos y consta de los escritos de uno y otro que iban tan opuestos en la práctica como un polo lo está con el otro.

40. Pues ¿cómo hemos de evitar el escepticismo médico? Para evitar el escepticismo rígido ya hay remedio; para evitar el escepticismo moderado no le hallo. Es cierto que no todas las opiniones que hay en la Medicina son de igual probabilidad, y el conocimiento de esta

verdad basta para no ser escéptico rígido.

41. El escepticismo moderado no sólo es inevitable, pero útil en el médico. Yo he notado siempre que los médicos que más han estudiado son los que hablan con más incertidumbre de su propia arte. Los doctísimos jesuítas autores de las *Memorias de Trevoux* (año de 1709, mayo, art. 70) asientan que la sincera confesión de la incertidumbre de la Medicina es el carácter propio del médico sabio y la señal que le distingue del ignorante. Así dicen con ocasión de hablar de la carta de un médico docto: *El autor de este pequeño escrito es uno de los más juiciosos que produjo este siglo. Empieza confesando que la Medicina está sujeta a molestas incertidumbres. Esta confesión sincera es el carácter que distingue al médico sabio del charlatán temerario. Este quiere engañar; el otro quería curar. Este promete más de lo que puede; aquél no ofrece sino hasta donde alcanza. Este tiene por motivo su interés propio; aquél es movido del bien público.*

42. Un engaño perniciosísimo o dos engaños en uno padece el vulgo en el concepto que hace de los médicos. Tiene por médico docto al arrogante y operativo, y al contrario, por ignorante al que duda mucho y obra poco. Todo es al revés. El que más ha estudiado es el que más duda, y el que más duda es el que menos obra. Divina es aquella sentencia de Ballivio, de que en la Medicina, más que en todas las demás artes, importa estudiar mucho y obrar poco: *Si in aliqua arte, certe in Medicina plura scire oportet, et pauca agere.*

43. Otra vez lo digo. De aquel médico que desconfíe de su arte es de quien debe confiar el enfermo. *La confesión sincera de la incertidumbre de la Medicina es el carácter que distingue al médico sabio del charlatán temerario.* ¡Oh error fatal! Que si el médico no receta siempre que visita, juzga el enfermo que es porque sabe menos que el otro, que apenas suelta la pluma de la mano. Tan al contrario es, que éste receta mucho porque estudió poco, y aquél receta poco porque ha estudiado mucho: *Plura scire oportet, et pauca agere.*

44. Y es de advertir aquí que entre los que estudian poco cuento aquellos que adictos a escuela determinada, sólo estudian los autores que siguen aquel ripio. Estudian sólo a Galeno y a los que ciegamente siguieron a Galeno: aunque días y noches estén maceando en esa lectura, es estudiar poco, porque es estudiar sólo el dictamen de un hombre. Es menester ver y examinar sin pasión lo que dicen y en qué razones se fundan los que impugnan a Galeno, haciendo siempre entre todos los autores más estimación de aquellos que con sinceridad y atención escucharon la naturaleza en el órgano de la experiencia, que de los otros que no hicieron más que sacar consecuencias de principios dudosos, aunque para ellos fuesen ciertos. Estos hombres, que como dice Cicerón, con invencible adhesión se pegan a la escuela en que empezaron su estudio: *Ad quamcumque sunt disciplinam quasi tempestate delati, ad eam tamquam ad saxum adhaerescunt* (in *Lucul.*), son incapaces de hacer recto juicio en las cosas de Medicina.

§ IX

45. Permítame V. md. decir algo ahora sobre los textos de la Escritura, con que muchos profesores pretenden probar la seguridad de su arte. A la verdad a V. md., que usa tan sobriamente de ellos, nada tengo que decirle: pero, como he dicho, esta carta no sólo V. md. ha de leerla.

46. Muchos médicos quieren probar con aquellos textos tanto más de lo que persuaden, como si con ellos canonizara el Espíritu Santo toda su práctica, por errada que sea. Yo nunca he negado la utilidad de la Medicina ni predicado que el enfermo no llame al médico. Pues ¿qué pretenden contra mí con esos textos, que a lo sumo sólo

podrían probar contra quien absolutamente y sin restricción alguna condenase como inútil toda la Medicina? ¿Dice acaso la Escritura que la Medicina que saben los hombres sea cierta? No hay tal cosa: luego no contradice a la Escritura quien sólo establece su incertidumbre.

47. Pero demos el caso que yo dijese que toda cuanta Medicina se practica en el mundo es no sólo incierta, sino falsa, y no sólo inútil, sino nociva. Digo que no prueban lo contrario esos textos. Y lo primero debemos echar a un lado aquellos a quienes se tuerce la inteligencia, entendiendo de la Medicina corporal lo que el Espíritu Santo dicta de la espiritual. Tal es aquella sentencia de Cristo, Señor nuestro: *Non egent, qui sani sunt, medico*; *sed qui males habent*. Lo que evidentemente se colige del contexto, pues prosigue el Salvador: *Non veni vocare iustos, sed peccatores ad paenitentiam*. Tal es también lo de Isaías: *Non sum medicus... Nolite constituere me Principem populi*. Que aquí se habla del médico espiritual o político de una república decadente, lo asientan todos los expositores y consta evidentemente de lo que antecede y se subsigue, pues no se habla de otra cosa que de la enfermedad espiritual y política del reino de Israel.

48. Así se engañó mucho el divino Valles (*De Sacra Philosoph.*, cap. 71) entendiendo aquel texto del médico corporal y pretendiendo probar con él la nobleza de su arte, como que en aquella antigüedad se buscaba en los príncipes el requisito de médicos o buscaban a los médicos para príncipes: *Ut ego existimo* (dice Valles) *in magna illa antiquitate medici requirebantur, ut reliquis hominibus imperarent ac reges fierent*. Ni en la historia sagrada ni en las profanas se encuentra vestigio de tal costumbre. Fuera de que este honor de la Medicina, si fuera verdadero, recaía sobre los cirujanos, porque donde la Vulgata dice *Medicus*, se lee en el hebreo la voz *chores*, que significa lo que la voz latina *chirurgus*.

49. A esto no obsta que algunos pocos en diferentes tiempos de médicos ascendiesen a príncipes, pues esto es común a otros empleos menos nobles, de quienes la fortuna elevó algunos a la corona. Fuera de que las historias que sobre esto se alegan son por la mayor parte inciertas. Avicena, que es quien más se proclama, no fué rey. Lo más que llegó fué a ser visir del sultán de los árabes Cabous, cuyo médico había sido antes, como consta de su vida escrita en arábigo por Giozgiani y traducida en latín por Nicolao Masa. Giges, rey de los medos, no le encuentro en las historias, pero sí Giges, rey de Lidia. De éste consta que había sido capitán de la guardia de su antecesor Candaulo, a quien mató, pero no médico. Cuando se dice que Sapor, rey de los medos, fué médico, no sé de qué Sapor se habla, porque hubo tres reyes de los medos de este nombre, aunque no se decían reyes de los medos, sino de los persas, por estar la Media entonces sujeta a la Persia. De todos tres he leído algo, pero de ninguno que fuese médico. El Trismegisto no fué rey, sino consejero de Orisis, rey de Egipto. El gran Mitridates no fué médico, en cuanto esta voz significa oficio, aunque lo fué en cuanto significa ciencia, porque gustó de aplicar su rarísimo talento a las ciencias naturales, como su prodigiosa memoria a aprender veintidós lenguas. En fin, que hubiese uno u otro rey que supiese Medicina está muy lejos de verificar que los médicos fuesen reyes: así como el que hubiese algunos príncipes que supiesen música, no probará que los músicos fueron príncipes; y cierto que hubo muchos más reyes músicos que médicos.

50. Separados los textos que hablan de la Medicina espiritual, sólo queda a favor de la corporal el célebre del *Eclesiástico* al cap. 38, donde se dice: *Que se honre al médico, porque es necesario que se llame en la enfermedad*: *que Dios crió de la tierra los medicamentos*, etc.

51. Para sacar de este sagrado alcázar a los médicos, les preguntaré si

saben que la Medicina de aquel tiempo, en cuanto al método y uso de los remedios, era la misma que la de ahora. Es cierto que no lo saben: antes es harto verosímil que era muy distinta. En toda la Escritura no hay memoria de purgas ni de sangrías. Aun la Medicina de los antiguos griegos dice Ballivio que discrepaba mucho de la que hoy se usa: *Regula erat apud Graecos Medicinae Patres praescripto moderamine in sex rebus non naturalibus Medicinam, ut plurimum exercere. Novissime abiecta veterum norma, syrupis, aliisque saccharatis indultum iri video* (*De Morbor. Sucess.* cap. 14). Y prosigue aprobando el modo de curar de los antiguos y reprobando el de los modernos. Si la Medicina de la Grecia, de donde se derivó, aunque con varias alteraciones, la nuestra, era distinta de la que hoy se usa, con más razón sería distinta la de Palestina, de cuyo método no nos ha quedado monumento alguno. Siendo distinta, podía aquélla ser buena y útil, la de hoy mala y nociva; y supuesto esto, podía el Sirácides, autor del *Eclesiástico*, aprobar la de entonces, sin calificar la de ahora: luego nada prueba aquel capítulo contra quien dijese que es inútil y nociva la Medicina que hoy se usa.

52. Esfuerzo esto. La doctrina de la verdadera y útil Medicina, no es de fe que se haya de conservar siempre en el mundo, porque este es privilegio singular de la doctrina sagrada que Dios reveló a su Iglesia; luego pudo en un tiempo haber arte médico que constase de documentos saludables y degenerar después en un sistema lleno de errores. En ese caso se conservaría en la Iglesia la misma doctrina del *Eclesiástico*, sin ser por eso aprobación del errado método. ¿Cómo, pues, se podrá probar que sea aprobación del método que hoy se usa o que éste no sea errado?

53. Más. Los galénicos reprueban la Medicina helmonciana por inútil. Los helmoncianos la galénica por nociva. ¿A cuál de las dos aprueba el Espíritu Santo? A entrambas no puede ser, porque de ese modo irían contra la Escritura así galénicos como helmoncianos, reprobando la escuela opuesta que el Espíritu Santo califica. Decir que a ésta más que a aquélla, será voluntario; luego es preciso confesar que el Espíritu Santo aprobó el uso de la Medicina recta como tal, sin determinar cuál es la recta o torcida, y caso de determinar alguna, determinó la que se usaba en aquel tiempo: luego podré yo decir que la Medicina de este siglo va totalmente errada, sin contravenir a la Escritura.

54. Más. Desde el siglo XI hasta el XV reinó la doctrina de los árabes en la Medicina, de modo que no había otra. Hoy dicen mil males de ella infinitos autores tanto galénicos como no galénicos. Ballivio da a aquella doctrina el nombre de pestilencia. Si alguno en aquel tiempo en que reinó declamase en esta forma contra ella, le arguirían los médicos de entonces con el texto del *Eclesiástico*, con la misma justicia que ahora se arguirá a quien declame contra la Medicina de este siglo; porque ¿qué más razón hay para decir que el Espíritu Santo aprobó la que ahora se practica, que la que se practicaba entonces? Luego si el argumento entonces no era bueno, tampoco ahora lo es.

55. De lo dicho evidentemente se infiere que no hay necesidad alguna de entender el consejo del *Eclesiástico* como que comprenda a la Medicina y médicos de nuestro tiempo, sino debajo de la condición de practicarse en este tiempo la Medicina de aquel siglo. Es de creer que la Medicina practicada en la Palestina, cuando escribía el Eclesiástico, fuese la mejor del mundo, siendo verosímil que se conservasen en aquella tierra algunos restos de la ciencia infusa de Salomón, así como en sentir de muchos expositores duraron en el mundo hasta el Diluvio muchas reliquias de la ciencia infusa de Adán, a las cuales se debió en parte la grande prolongación de la vida de los hombres antediluvianos.

56. Pero prescindiendo de esto, tengo para mí como cierto que la Medi-

cina de la antigüedad fué mucho mejor que la de ahora. Ya porque no se fundaba en raciocinios ideales, sino en experiencias sensibles, ya porque usaba de medicamentos más simples, cuya preferencia sobre los compuestos, reconocen hoy algunos filósofos, especialmente el mayor de todos los físicos, Roberto Boyle, en tratado particular que hizo sobre este asunto; ya porque procedía con más seguridad y menos riesgo, procurando al cuerpo humano la conservación de sus fuerzas, que hoy debilita la nimia repetición de los que llaman remedios mayores.

57. Es muy de notar que la única vez que trata de intento la Escritura de médicos y Medicina no hace memoria de otros remedios más que de los ungüentos: *Unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctiones conficiet sanitatis.* Lo que da a entender que los ungüentos hacían la parte principal de la Medicina de aquel tiempo. Son estos unos medicamentos que carecen de peligro. Es verdad que se creen comúnmente de poca eficacia. Pero lo que yo veo es que las dos únicas enfermedades que cura hoy con evidencia la Medicina, el mal venéreo y la sarna, se curan con ungüentos. El proclamar tanto la inutilidad de los remedios externos, nace, ya de que no se conocen los que son oportunos, ya de que es impenetrable el modo con que obran varios agentes. Tres dedos (dicen) de carne interpuesta, ¿cómo han de dejar transitar al interior la virtud del más activo medicamento? Pero yo les preguntaré: ¿Cómo un baño de agua tibia sosiega en un momento (como he visto muchas veces) los dolores internos de una furiosa cólica? Dejémonos de filosofías y atendamos a las experiencias. Si es verdad lo que refiere Helmoncio de aquella prodigiosa piedra del quimista Irlandés Butler, todo lo demás es menos, pues con sola una unción externa, hecha con el aceite en que se infundía aquélla piedra, curaba males incurables para los demás médicos.

§ X

58. A algunos se hará difícil que la Medicina antigua fuese mejor que la moderna, porque están en el vulgar dictamen de que todas las artes se fueron perfeccionando y hoy gozan el aumento que nunca antes tuvieron: aprensión común, pero errada. Muchos excelentes conocimientos de que gozó la antigüedad se perdieron con el tiempo. El gran secreto de las lámparas sepulcrales inextinguibles hoy del todo se ignora. El modo de adobar los cadáveres, de suerte que para siempre quedaban preservados de corrupción, tan común entre los egipcios, ni hoy le saben los egipcios ni otra nación alguna. Varias artes que florecieron entre los antiguos padecieron después notable decadencia. La pintura y escultura, que llegaron a la mayor perfeción en los Apeles, Zeuxis, Protógenes, Parrhasios, Fidias y Praxiteles, se deterioraron tanto en los tiempos siguientes que apenas había quien supiese tomar el pincel o el buril en la mano. Algunas artes las malearon los hombres pensando que las perfeccionaban (como sucedió a la retórica y a la poesía), porque adelgazando inconsideradamente, gastaban lo útil y lo sólido, y no quitaban defectos, sino perfeciones, como el que afila demasiado echa a perder lo mismo que afila.

Si nimis attenuas ferrum, non ensis acutus, nullus erit.

59. No estoy lejos de pensar que sucedió otro tanto a la Medicina en manos de avicensistas y galénicos. Casi todo era raciocinios delgados, en que se hilaba el discurso, dejando intacta la naturaleza. En noche oscura andaban buscando las causas y cada uno abrazaba como causa la sombra que primero le ocurría o se le presentaba en las tinieblas de la razón: en lugar de la causa, una vana imagen de la causa, como a Eneas en la noche fatal, en vez de la esposa que buscaba, el aéreo simulacro de su esposa:

Infelix simulacrum, atque ipsius umbra Creusae.

60. Hoy ya trabajan algunos con mejor luz. Y no vivo, señor don Martín, tan desesperanzado de los progresos de la Medicina, que si se aplican muchos del mismo modo, no me prometa considerables aumentos en ella, aun en más breve plazo que el que V. md. señala. Desea V. md. justísimamente para este efecto la protección de los príncipes; pero para ser ésta fructuosa creo se debe aplicar no indiferentemente a todos los profesores; quiero decir no a aquellos que haciendo asiento en la doctrina estudiada en la escuela no adelantan ni juzgan que se puede adelantar en ella algo; sí sólo a aquellos que con sus observaciones propias o descubren verdades nuevas, o manifiestan errores antiguos. Los dos grandes reinos de Francia e Inglaterra tienen para este efecto dos insignes escuelas: la Academia Real de las Ciencias de París y la Sociedad Regia de Londres. En España poco ha se erigió la Regia Sociedad de Sevilla, de la cual, si nuestros monarcas fomentan su útil aplicación, se pueden esperar no menores frutos que los que producen aquellas grandes academias extranjeras.

61. Ni pretendo yo que entretanto que se adelante más la Medicina, se dejen todas las enfermedades al beneficio de la naturaleza. Con lo que hoy se halla en los libros pueden ser útiles los médicos. Pero si se me pregunta cuáles son ahora los útiles, responderé que aquellos que traen el sobrescrito de Ballivio: *Plura scire oportet, et pauca agere.* Es verdad que paga el mundo a muy alto precio los aciertos de éstos con el mayor número de los yerros de los otros. Dice V. md. que en todas las facultades hay idiotas, y dice la verdad; pero no sé si tantos en las demás como en la Medicina. Pide esta ciencia por su mayor arduidad mayor ingenio, y no tienen sus profesores tanto tiempo para el estudio. Pero sea el número de los idiotas igual en todas, no en todas es igualmente pernicioso. De que el metafísico no prescinda bien la formalidad o el teólogo escolástico no responda bien al argumento, ningún daño se sigue al mundo. En la Medicina de las almas la buena fe del penitente suple el defecto de ciencia del confesor. En la de los cuerpos el enfermo por su buena fe no dejará de morir. El veneno hará su efecto por más que él lo imagine triaca:

litera iam lasso pollice sistat opus.

62. He sido, señor don Martín, más largo en la carta de lo que juzgué al principio. Como la tomé por vía de conversación con V. md. y ésta me es tan dulce, me engolosiné demasiado. Como sea este escrito de algún provecho al público, habrá sido bien empleado el tiempo. Ese es el motivo que me he propuesto en mis escritos y ése es el que los hace dignos de mi profesión. La materia por sí misma es digna; el recto fin la hace dignísima. Las razones de hombre, de cristiano y de religioso, todas conspiran a influir el amor del público y el deseo de ser útil al prójimo: *Deus est homini, iuvare hominem*, decía Plinio el Mayor. No dudo que hallará V. md. en esta carta algunas erratas que corregir, o ya porque no alcanzase más mi ingenio, o ya porque llevé demasiadamente veloz la pluma. Pero si el yerro no está en lo sustancial de las máximas, no es justo que la corrección de él interrumpa a V. md. sus preciosas tareas. A tan noble entendimiento no le crió Dios para pequeños asuntos. Y la Medicina es acreedora a que V. md. la ilustre más cada día con sus excelentes libros. Prosiga V. md. en purgar su arte de varios errores. Los demás médicos son lo únicamente de los hombres. V. md. es médico de los hombres y es también médico de la misma Medicina.

Quae nisi tu velis non est habitura salutem.

Nuestro Señor guarde a V. md. muchos años para esplendor de su facultad. Oviedo y noviembre 6 de 1726.

B. L. M. de V. md. su más fiel servidor y amigo. *Fr. Benito Feijoo.*

TEATRO CRITICO

TOMO III

MUY RDO. P. ABAD Y SANTO CONVENTO

El amor y el agradecimiento concurren a presentar a Vs. Pdes. este libro; aunque siendo el obsequio tan corto, es preciso deje el agradecimiento empeñado y al amor mal satisfecho. Tributo tan humilde, ni para el agradecimiento es recompensa ni para el amor bizarría.

Mi amor a ese sagrado monasterio se mide por mi obligación; y la obligación es tan grande, que sólo puede satisfacer con el amor. No hay cariño más noble que aquel que nace del agradecimiento ni agradecimiento más infeliz, que aquel que sólo puede pagar con el cariño. Carga el hijo con la deuda del padre: pensión que impuso la ley natural a su ilustre cuna. Y al fin el agradecimiento queda desconsolado, porque no puede corresponder de otro modo y el amor triste, porque a lo que es obligación no puede llamarlo firmeza.

Lo que yo debo a ese ilustrísimo monasterio cabe en mi conocimiento, no en mi voz ni en mi pluma. Desde la edad de catorce años, no del todo cumplidos, en que me introdujo superior llamamiento por sus sagrados umbrales, hasta la hora presente, me ha estado siempre lloviendo beneficios; mas siempre contaré por el mayor de todos la enseñanza que debí a esa ilustre escuela de virtud, teatro donde se desengaña de los errores del mundo, harto mejor que el mundo puede desengañarse de sus errores en mi teatro. Lástima es que por la indocilidad del terreno no haya correspondido el fruto al cultivo. Pero esta memoria por lo mismo que me confunde, me consuela, contemplando mi propia confusión como señal de que no se perdió del todo la semilla.

Así como el mayor de los beneficios que debo a ese monasterio es la instrucción saludable que me dió en mis primeros años, la mayor de sus glorias, siendo tan sublimes y tantas, es la continuada sucesión de la más austera observancia regular por tantos siglos. Los monjes que le fundaron, hijos del celebérrimo y antiquísimo monasterio Agaliense, al transferirse de la imperial Toledo a esas montañas, llevaron consigo el espíritu de los Ildefonsos, de los Heladios y de otros insignes varones, que España sacó de aquel claustro para ocupar gloriosamente sus mejores sillas. Una misma es, no distinta, la Comunidad de Samos de la Agaliense, por haberse trasladado de una parte a otra todo el cuerpo del convento, y con el cuerpo toda el alma de la vida monástica. El impulso que regía el movimiento de aquellos fundadores se conoce en el sitio que eligieron para la fundación. Tan ansiosos iban de retirarse del bullicio del mundo, que poco les faltó para esconderse aun del cielo. Tan recogido, tan estrecho, tan sepultado está ese monasterio entre cuatro elevados montes, que por todas partes no sólo le cierran, mas le oprimen, que sólo es visto de las estrellas, cuando las logra verticales, y los que han estado en él, pueden presumir de haber hallado respuesta al famoso problema de Virgilio:

Dic quibus in terris, et eris mihi magnus Apollo,
tres pateat caeli ſpatium, non amplius ulnas.

La disposición del paraje retrata la religión de sus habitadores. La retrata, y aun la influye; porque cerrado por todas partes el horizonte, faltan objetos donde se disipe el espíritu. Sólo hacia el cielo tiene la vista desahogo, y así se lleva todas las atenciones el cielo. ¡Qué ajustado viene aquí, así para la religión del monasterio como para la topografía del sitio, lo que de un antiguo Luco se lee en el libro octavo de la Eneida!

Religione Patrum lat e ſacer, undique colles
incluſere cavi.

Pero en vano nuestros antiguos monjes buscaron aquel triste retiro que la naturaleza había formado para las fieras, y la gracia destinado para ángeles. En vano, digo, en orden al efecto de ser ignorados de los hombres; pues los hombres fueron a buscar los ángeles entre las fieras. Presto llegó a noticia de papas y reyes la preciosa mina que ocultaban aquellos riscos. Así desde los principios empezaron a estimar en tan alto grado al monasterio de Samos, que dudo haya habido comunidad alguna religiosa que les debiese más generosas atenciones. Los reyes le dieron tanta autoridad sobre sus vasallos que apenas un príncipe soberano la tiene mayor en sus dominios, pues no sólo le concedieron todos los derechos y pechos reales con el nombre de omne opus fiscale, *y las penas que llaman de Cámara,* de homicidio et adulterio, *pero mandaron que ningún gobernador o tribunal real se entendiese sobre materia alguna con dichos vasallos, sí sólo el abad de Samos:* Non respondeant nisi Abbati Samonensi. *Son palabras del privilegio. Pero esta jurisdicción temporal por su no uso se perdió con el tiempo. Bastábale ser temporal, para que aquellos monges, que atendían sólo a las importancias del alma, descuidasen de su conservación. Bien que consta que aun subsistía en tiempo del rey Don Pedro, pues este príncipe, en la confirmación que hizo de todos los privilegios de la casa, limitó algo la soberanía de sus abades, concediendo a los ministros reales poder entrar en el territorio de la abadía, únicamente en el caso que algún homicida de los dominios del rey se refugiase en él y el abad no consintiese en su entrega.*

Los papas dieron a los abades una amplísima jurisdicción espiritual, que comprende en circunferencia siete u ocho leguas de territorio, con independencia igual en su línea; esto es, con inmediación a la silla apostólica, y sin subordinación alguna al metropolitano, como hoy la gozan, sin la menor contestación.

Ni es prueba inferior a la de arriba del gran concepto en que los reyes de España tenían al monasterio de Samos, haber el rey Don Fruela puesta en él para educación a su hijo Don Alfonso, llamado el Casto, como se afirma en el privilegio del rey Don Ordoño el Segundo, expedido por los años de 922. Aunque pudiéramos amplificar más esta gloria con la probabilidad de que el rey Casto vistió la cogulla en el mismo monasterio, teniendo a favor de ello a nuestro excelente cronista el maestro Yepes, nos abstenemos de ello, por no haber en el archivo del monasterio privilegio o escritura alguna que lo exprese.

La singular felicidad de no haber tenido jamás abad comendatorio ese monasterio, habiendo sido en todos tiempos tan poderoso, es otro argumento eficacísimo de la especialísima aceptación que lograban los monjes en el conocimiento de los príncipes. El grato olor de virtud que exhalaban sus corazones encendidos en el fuego de la caridad era tan grande que no pudiendo contenerse en el ambiente vecino, humeaba hasta las alturas del solio. Tal fué siempre el monasterio de Samos. Tal es el día de hoy: pues en Vs. Pdes. veo repetidos los ejemplos y copiadas las virtudes de tantos ilustres predecesores. Ruego al Altísimo continúe esta felicidad por muchos siglos, y a Vs. Pdes. conserve la vida en su santa gracia por muchos

años. San Vicente de Oviedo, diciembre 13 de 1728.

Humilde y amante hijo de Vs. Pdes. Q. B. S. M., *F. Benito Feijoo.*

PROLOGO APOLOGETICO

1. Lector mío: este tomo muchos días ha debiera estar impreso, si yo pudiese cumplir la promesa que te hice en el segundo. Pero no estuvo más en mi mano, porque desde aquel tiempo continuaron tan porfiadas mis indisposiciones que en muy pocos ratos pude tomar la pluma por el espacio de siete meses. Así que en todas las promesas de los hombres, por lo que tienen de pronóstico, pues aseguran futuros contingentes, se debe entender adjunta la adición de *Dios sobre todo.* En la mía no es menester suplírmela, porque al pie de ella expresé la condición *dándome Dios salud.* Dios no quiso dármela, cual era menester para continuar mis tareas, y estoy muy conforme con su santísima voluntad.

2. Si eres algo reflexivo excuso armarte de nuevas advertencias contra las sofisterías de mis contrarios; y ninguna bastará, si te riges por primeras aprensiones. En el cotejo fiel de lo que yo digo y de lo que dicen ellos consiste la mayor parte de mi defensa; porque la mayor parte de las impugnaciones consiste en una inteligencia errada de mis escritos. Pero no pocas veces se hizo la malicia parcial de la rudeza, de que hallarás un insigne ejemplo en aquel embozado autor de la *Tertulia Apologética,* que ocultando la cara descubrió la intención: aquel que con insulto y pesado estilo, con insulsos y pesados cuentos se hizo contemptible simio, pretendiendo imitar el estilo y chistes de un escritor bien conocido; lo que logrará cuando el avestruz siga el vuelo del águila o la tortuga el curso del ciervo; aquel que con groseras calumnias quiso degradarme del honor que me han dado eruditos bien intencionados; aquel que mintiendo aun en el intento del escrito, estampó en el fondo de una sátira, habiendo propuesto en la frente una apología. No se me extrañe el escribir, contra mi costumbre, con tanta licencia, pues cuando se habla de un incógnito, se corrige el vicio sin tocar en la persona.

3. ¿Qué servía al intento de el apologista la mentira de que lo que he dicho de Savonarola lo trasladé al pie de la letra de Gabriel Naudé? Seis hojas enteras gasta este autor (de la edición de Amsterdam en 1712, que es la que he visto) en la relación de las cosas de Savonarola, siendo así que es bastantemente conciso, yo media página. ¿Puede ser este traslado al pie de la letra? Mi estilo es muy desemejante al de aquel docto francés. Lo que él dice de Savonarola lo dicen otros infinitos. Con que bien lejos de copiarle las palabras, ni aun era necesario sacar de él las noticias.

4. ¿Qué le conducía la insigne falsedad de que mis escritos son una mera tradución de las *Memorias de Trevoux* y del *Journal des Szavans*? ¡Que haya osadía para una impostura tan crasa, aun debajo de la capa anónima! Del *Journal des Szavans* (o hablando en castellano, *Diario de los Sabios*) no tengo ni he visto jamás sino un tomito en dozavo, que es el décimo: y aun este le adquirí después de impreso mi primer tomo, porque me le dió en Madrid por el mes de agosto del año de 26 el hermano fray Andrés Gómez, fraile lego de mi religión. Con que no habiendo parecido más que mi primer tomo cuando se escribió la *Tertulia Apologética,* es preciso suponga el apologista que yo traduje el *Diario de los Sabios* en profecía. Pongo por testigos a todos los religiosos de este monasterio, de que ni en mi librería, ni en este colegio vieron jamás otro libro del *Diario de los Sabios,* sino el dicho, y que saben que éste le traje de vuelta de Madrid, cuando fuí a imprimir mi primer tomo. Pongo, asimismo, por testigos a todos los eruditos de este principado, de que en todo él no vieron ni oyeron jamás decir que hubiese tales libros. Así verás, lector mío, que en todo el primer

tomo no cité el *Diario de los Sabios*, y sólo le cito en el segundo tomo, fol. 277, dando noticia del libro de Andrés Cleyero (que por yerro de imprenta se escribió Cluverio) de *Medicina Chinensium*, del cual habla dicho *Diario de los Sabios* en el tomito décimo, que yo tengo, a la página 45 de la edición de Amsterdam de 1683.

5. De las *Memorias de Trevoux* tengo la cantidad de cien tomos; esto es, hasta el año de 25 inclusive; y es cierto que me han servido, como todos los demás de mi librería y muchos de las ajenas, para enriquecer la memoria de especies, de las cuales vierto las que hallo oportunas en el discurso de mi obra. Pero una cosa es aprovecharse de libros y otra copiarlos. ¿Se dirá porventura que un sermón es trasladado de Plinio, porque en él se hallan dos o tres noticias sacadas de su *Historia Natural*? Lector mío, si estás en Madrid y entiendes el francés, ruégote que busques las *Memorias de Trevoux* y el *Journal des Szavans*, que no pueden faltar en la Biblioteca Real y en otras; que unos y otros libros vuelvas y revuelvas bien, y cuando halles ni un párrafo solo, ni aun cuatro líneas que sean traslado o traducción de ellos o en este tomo o en alguno de los antecedentes, quiero que todos tres los des al fuego y me obligo a restituirte el dinero que te han costado.

6. ¿Qué le importaba, para defender a Savonarola, la calumnia de que contra la intención de don Luis de Salazar di su carta a la estampa? Este doctísimo caballero está en Madrid y no negará a cualquiera que se lo pregunte la verdad, pues nunca la niega, de que para este fin me la envió.

7. Pero quien más injuriado sale en lo que el apologista dice sobre este asunto es el mismo don Luis de Salazar, de quien supone ser un vil adulador, que contra su verdadero sentir me colmó de elogios en aquella carta. Y no habiéndose notado jamás este vicio en don Luis, es bien extravagante imaginación la de que ahora quisiese adular a quien para nada ha menester.

8. Mas si quieres, lector mío, enterarte bien y a poca costa de la veracidad, buena intención, modestia y otras prendas del apologista, lee con reflexión aquel desatinado soneto con que coronó su obra, donde verás que aún más infeliz en el verso que en la prosa; si con éste muele, con aquél descalabra. ¡Raro capricho! Meterse a poeta quien ignora hasta la medida de los pies y la colocación de los consonantes. El primero y segundo pie del soneto son largos; en otros es menester andar a rempujones con las finalefas para ajustarles el número; en los tercetos están los consonantes fuera del lugar debido, pues concuerda el primero con el sexto, debiendo concordar con el cuarto, y el tercero con el cuarto, debiendo concordar con el sexto.

9. Lo que, sin embargo, no se puede negar es que tiene dos grandes partidas de poeta, que son el furor y la ficción. Una y otra brillan con eminencia en su soneto. El furor es más que poético; la ficción, más que soñada Aquél llega a rabia; ésta, a quimera. Yo quiero concederle lo que nadie le concede: esto es, que mi estilo, ingenio y erudición merecen el bajo concepto en que él quiere ponerlos. Pero ¿a quién persuadirá que yo sea inconstante en la filosofía entre Aristóteles y Descartes *ya aristotélico soy, ya cartesiano*? ¿Yo cartesiano ni siempre ni a tiempo? ¿No están viendo todos que en ninguna parte de mis escritos encuentro con Descartes, que no le impugne a viva fuerza? Danse la mano el furor y la ficción; sólo un hombre, a quien el furor tiene fuera de sí, fingiera en una materia donde está tan patente la verdad.

10. Por lo que mira a la cuestión de Savonarola, puedo asegurar que no me intereso en ella poco ni mucho: en una línea del pasaje mismo que me acusa, he dicho cuanto ha dicho después el apologista y cuanto se puede decir a favor de este religioso. ¿Ha hecho ni puede hacer más en su defensa que alegar algunos autores católicos que le celebran? Esto ya lo tenía dicho yo

en aquella cláusula: *No sólo los herejes le veneran como un hombre celestial y precursor de Lutero por sus vehementes declamaciones contra la Corte Romana, mas aun algunos católicos hicieron su panegírico.*

11. Pude —dicen— omitir aquella noticia, o en caso de tocarla examinar mejor la materia. A uno y otro satisfaré. Para omitir la noticia no había motivo alguno. Si el hecho de Savonarola fuese oculto o no fuese tan manifiesto, la caridad y aun la justicia me obligarían a dejarle en ese estado. Pero estando vertido por toda la Iglesia en millares de libros, ¿qué quita ni pone el que se lea en un libro más? ¡Oh! ¿Que muchos lo ignoraban y ahora lo saben? Es verdad; pero en cuanto a la parte por donde puede doler la noticia, no la saben por mí sino por el apologista. Yo callé que Savonarola fuese religioso dominicano; él lo clamoreó. Y llanamente confieso que mi silencio no fué estudioso, porque nunca me pasó por la imaginación que, aun cuando expresase el Instituto que había profesado Savonarola, pudiese producir esto la más leve queja en la ilustrísima religión dominicana. Nadie ignora que no hay Instituto tan austero donde no flaquee uno u otro individuo. Es cierto que no por eso es lícito sacar las faltas de los religiosos particulares al público. Pero cuando es un hecho notorio a todo el orbe, el particular no es acreedor al silencio y la religión nada pierde en que en este o aquel libro se repita. He venerado siempre la de Santo Domingo como un cielo luminoso que dió y da a la Iglesia más astros brillantes de virtud y sabiduría, que estrellas se cuentan en el firmamento. En este tono, y aun más alto se me oyó hablar siempre. Pero *Caeli non sunt mundi in conspectu eius.* Aun en el cielo hay manchas y sombras. La religión que contares entre sus individuos menor número de descaminados será la más feliz; pero ninguna habrá jamás que no tenga alguno.

12. Nunca pude yo considerar el nobilísimo cuerpo de la religión de Santo Domingo tan sensible a un motivo tan leve (en caso de serlo, pues aun leve le niego) que pueda decir de sí por delicadeza lo que decía cierto gascón por fanfarronada, esto es, que en cualquier parte del cuerpo que le hiriesen sería la herida mortal, porque todo era corazón. Es muy robusto aquel gigante cuerpo para ser tan delicado. Cuanto más abunda en una indecible copia de altísimos ejemplos de virtud, tanto menos debe sentir el que se sepa que ha degenerado de ellos algún particular. Dichosa religión, donde se cuentan por miriadas los virtuosos, por millares los santos, y por unidades los díscolos.

13. Esta tolerancia creyera yo justísima, aun cuando expresase el hábito de Savonarola y me declarase en términos más decisivos contra su conducta. Y así el silencio de su profesión no fué estudioso cuidado de evitar la queja, sino seguir mi común estilo de no tocar las noticias más que cuanto es necesario para el asunto. Pero el apologista, aun conteniéndome yo en los límites a que me reduje, supone quejosa la religión de Santo Domingo. Es así que la supone quejosa, porque la queja es supuesta. Después de impreso mi primer tomo conversé bastamente con algunos religiosos dominicanos. Los monjes de este colegio que habito tratan frecuentemente y con muy amorosa correspondencia, con los individuos que hay en el convento de Santo Domingo de esta ciudad. Estos leyeron muy desde los principios mi primer tomo, porque luego que se imprimió se trajeron a aquel convento dos ejemplares. ¿Cómo ninguno de ellos alentó jamás (lo que es cierto) hacia nosotros la más leve respiración de sentimiento en el asunto de Savonarola? ¿Cómo singularmente el Revmo. padre maestro fray Miguel Menéndez, prior que es hoy de dicho convento, y catedrático de Santo Tomás de esta Universidad, a quien trato con frecuencia, y a quien no sólo yo, pero todos mis compañeros, cordialísimamente estiman por sus excelentes prendas, siendo hombre de admirable candor, discreción y

virtud, no me hizo por sí o por tercera persona alguna caritativa admonición sobre mi yerro, para que no cayese en otro igual en adelante? ¿Cómo ninguno de los monjes de mi Orden, que están en Madrid y en otras partes donde hay dominicanos, me dió jamás noticia de que hubiese de parte de éstos el menor resentimiento? ¿Cómo a ninguno de tantos seglares discretos, eclesiásticos y legos, que por espacio de año y medio me hablaron innumerables veces sobre varias especies de mi primer tomo, oí jamás poner semejante nota?

14. Es cierto que no la hubo hasta que el apologista, con ronca bocina, tocó alarma. Los dominicanos pasaban por encima de aquella noticia sin el menor sentimiento. Nadie la censuraba, nadie la notaba. Pero

Ut belli signum Laurenti turnus ab arce
extulit, et rauco stirepuerunt cornua cantu.
Exemplo turbati animi.

Entonces muchos del vulgo, que están siempre con el *amén* entre los labios para cualquier papel satírico nuevo que salga, por fútil y despreciable que sea, fueron dignos ecos de tal apologista, repitiendo que yo había hecho mal en tocar aquella especie.

15. Muy diferente fué el lenguaje de los advertidos y desapasionados, porque estos luego hicieron reflexión no sólo sobre que en el *Teatro Crítico* se calla que Savonarola fuese religioso dominico, más también sobre que la sustancia del hecho está tocada tan de paso e introducida entre tanto número de otras noticias de igual entidad y aun mayor, que a nadie, o a rarísimo, excitaría la curiosidad de andar preguntando de oreja en oreja de qué Orden había sido Savonarola; y para los que sabían antecedentemente esta circunstancia, nada se aventuraba en estampar aquella especie, pues donde habían leído que Savonarola era religioso dominico, habían leído también su historia y conforme a lo que hubiesen leído, harían juicio de lo que hallaban de nuevo impreso en el *Teatro Crítico*. Por consiguiente, si la especie tenía algo de odiosa o podía inducir a alguna queja, toda la queja y todo el odio venía a recaer sobre el apologista.

16. No creo yo, ni creyeron otros, que este hombre estuviese tan ciego que no previese todo esto; y así se discurrió entre muchos cortesanos que el motivo que tuvo para escribir fué muy diferente del que suena. Los que incurrieron en la temeridad de adivinar el autor pensaron muy maliciosamente sobre el caso, atribuyéndolo a emulación y envidia. Otros, procediendo sobre el mismo supuesto, encontraban en la publicación de aquel escrito cierta política, aunque soez, astuta, con que se procuraba la reputación y despacho de otros.

17. Ninguna de estas cavilaciones me pareció verosímil, y sólo me incliné a que el motivo del apologista fué el que indujo a otros muchos escritores de este tiempo. Es el caso que yo tengo una gracia gratis data, de la cual renunciara con mucho gusto la mitad. Esta es el lograr fácil venta no sólo a mis escritos, mas también a los de mis contrarios. El cariño con que el público recibió mis producciones interesó tanto su curiosidad en las materias de que trato, que quiso ver cuanto en orden a ellas se escribía por una y otra parte. Esta inclinación experimentada en las primeras impugnaciones, que parecieron contra mí, fué la que produjo después tanto número de papelones al mismo intento, que hicieron arrepentir a los que, por estar fuera de Madrid, encargaron a sus corresponsales la compra de los que fuesen saliendo; porque como por el interés que les resultaba del despacho se metieron a escribir muchos que no habían aprendido a hablar, al fin de la jornada hallaron que, exceptuando muy pocos, habían dado monedas sanas por escritos chanflones. Viendo, pues, el apologista, que en este río revuelto todos los que escribían pescaban algo de interés, se hizo la cuenta de procurarse por el mismo camino algún socorro; y diga el mundo lo que quisiere de Savonarola, y sepan

todos que fué religioso dominico, que eso nada importa, como él saque su tajada. Dije en cuanto a la primera parte de mi satisfacción.

18. En cuanto a la segunda, ahora se verá quién examinó mejor esta materia, si el apologista o yo. A la verdad, en él sería mucho más reprensible la falta de cabal examen que en mí, porque muy diferente obligación tiene a apurar la verdad de una noticia quien la hace asunto único o principal de un escrito, que quien la toca de paso para ejemplo. Con todo lo dicho, ahora se verá quién examinó mejor esta materia.

19. Toda la batería del apologista consiste en que yo no tengo otro fiador de lo que escribí de Savonarola sino Gabriel Naudé, autor, como dice, que aunque grave y docto, no merece fe, por no ser coetáneo al suceso; esto es repetirnos la cantilena cotidiana y concluyentemente rebatida tantas veces del doctor Ferreras. Retuerzo el argumento: El apologista no es coetáneo a Savonarola; luego no merece fe en lo que dice de este religioso. Respondiérame que lo que escribe lo leyó en otros autores más antiguos. Lo mismo respondo yo por Naudé, quien estando generalmente reputado por grave y docto, tiene a su favor la presunción de que escribió sobre fundamentos sólidos más que el apologista, que no sabemos hasta ahora quién es. De hecho Gabriel Naudé en el lugar citado nombra gran número de autores, individualizando los que leyó sobre el asunto de Savonarola, de donde se colige que examinó con madurez el punto.

20. Mas no me detengo en esto. Dejemos lo que leyó Naudé y vamos a lo que he leído yo. De suerte que no tengo más fiadores que Naudé. ¿No es así? Pues vaya el apologista registrando los siguientes.

21. Juan Nauclero, grave cronista alemán, preboste de la Iglesia tubingense y catedrático en el Derecho canónico, vol. 2, *Chronographie general*, 51, después de referir muchas predicciones falsas de Savonarola, dice cómo el Papa le envió a llamar y no quiso comparecer; que le prohibió predicar y despreció la prohibición; que fué execrado (esto es, excomulgado) por la contumacia, mas por eso no se abstuvo de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. *Vocabit* (Papa) *hunc fratrem Hieronymum, sed comparere noluit: Interdictus post praedicationem, non curavit: propter contumaciam execratus est, nec propterea a celebratione divinorum abstinuit.* Trata luego de su prisión y proceso; y después de referir cómo le pusieron en tortura, dice cómo algunos días después fué examinado sin tortura, y que en esta confesión declaró que todas sus profecías habían sido fingidas; que había predicado tales cosas por conseguir gloria humana; que le había parecido la ciudad de Florencia buen instrumento para este fin; que para el mismo había procurado manifestar a los hombres las abominaciones que se hacían en Roma; porque en fe de esto esperaba que los reyes y príncipes hiciesen juntar un concilio, donde fuese depuesto el Papa con otros muchos prelados; y en caso que de aquí no resultase hacerle Papa a él, lograría por lo menos el primer lugar después del Papa y quedaría con grande estimación en el mundo. *Postea demum die decima nona eiusdem mensis* (*Aprilis*) *sine laesione dixit omnia per ipsum prophetizata fuisse sicta, et quod ob gloriam humanam aucupandam talia praedicaverit, et quod videbatur Civitas Florentina bonum instrumentum ad faciendum crescere gloriam suam. Et ad coadjuvandum suum finem confessus est se praedicasse res, per quas christiani cognoscerent abominationes, que fiebant Romae et quod Reges et Principes se congregarent ad faciendum Concilium: quod ubi factum fuisset, sperasset deponi multos Praelatos, etiam Papam. Et quando fuisset aestimatus in Concilio, mansisset et stetisset in magna reputatione in toto mundo, et si non fuisset in Papam electus, saltem primum locum tenuisset.*

22. Pierio Valeriano, hombre ilustre entre los amantes de buenas letras, en el libro segundo *de Infelicitate Li-*

teratorum, dice que habiendo Savonarola con su extremada facundia y doctrina, prendas que manchó su mala índole, apartado al pueblo florentino de la obediencia debida a la Santa Sede, y arrogádose a sí mismo mayor autoridad de la que tienen los sucesores de San Pedro, perseverando pertinazmente en persuadir que tenía revelaciones divinas, fué convencido finalmente de impostura, condenado como impío y quemado en la misma ciudad de Florencia a quien había engañado. *Savonarola Divi Dominici sacris initiatus, non modo literatus, sed magnae apud literatos omnes auctoritatis, Christianae disciplinae contionator egregius, admirabilis omnino doctrinae, nisi pravo eam ingenio contaminasset, postquam facundia fretus sua Florentinum Populum eo compulerat, ut ab Alexandro Pontifice Maximo, atque adeo ab Ecclesiae Romanae institutis dissentiret, majoremque sibi abrogaret auctoritatem, quam ab ipso rerum opifice per manus traditam assequtus esset Petri successor Romanus Pontifex: dum de doctrina sua, deque Dei familiaritate, qua se ad colloquium usque dignatum palam profitebatur, Fidem aequo pertinacius tueri perseverat: mendacitatis, et imposture demum convictus, impietatisque damnatus, in Urbis, quam deceperat medio cum aseclis aliquot concrematus est.*

23. Pedro Delfino, general de la Camáldula, residente actualmente en Florencia, cuando se hizo el proceso a Savonarola, en carta escrita al obispo de Padua, que se halla impresa en Oderico, Raynaldo, continuador de Baronio, al año de 1498, dándole noticia de aquel suceso, dice que fueron finalmente descubiertas las tramas del ferrariense (así llama a Savonarola, porque era natural de Ferrara) que habiendo sido excomulgado por el Papa y por el general de su Orden no se abstuvo de predicar ni de celebrar, y que dió a entender no tenía respeto alguno ni a Dios ni a los hombres. *Detectae sunt tandem Ferrariensis insidiae. Excommunicatus hoc anno a Pontifice, et a Generali sui Ordinis, et praedicare, et celebrare non destitit, ac palam de Pontifice obloquutus, nec Deum visus est, nec homines revereri.* Da después noticia de su prisión, y de cómo fué puesto en la tortura, con que concluye la carta, porque ésta fué escrita antes de la muerte de Savonarola: *Heri in equleum cum eisdem* (dos cómplices) *sublatus est. Per omnia benedictus Deus. Vale. Florentiae die* 11 *Aprilis Anni* 1498.

24. Juan Burcardo, maestro de ceremonias del Sacro Palacio, en su *Diario* refiere que puesto el Savonarola varias veces en tortura, pidió misericordia, prometiendo que confesaría todos sus delitos; que de hecho lo ejecutó así por escrito, y manifestó entre otras cosas la criminal y atroz industria de que se había valido para persuadir que tenía revelaciones: *Frater Hieronymus carceribus mancipatus, postquam septies quaestionibus, et tormentis expositus fuit, supplicavit pro misericordia, offerens dicturum, et scripturum omnia in quibus deliquisset. Dimissus est de tortura, et ad carceres repositus, et asignata sibi charta, et atramento scripsit crimina, et delicta sua, in folijs, ut asserebant, octoginta, et ultra, scilicet, quod non habuit unquam aliquam revelationem divinam, sed intelligentiam cum pluribus...* Lo que añade este autor a lo que dicen los demás es tan horrendo que serían menester muchos más testimonios que el suyo para creerlo.

25. Juan Poggio, florentino, descubrió y convenció largamente las imposturas de Savonarola en un tratado compuesto a este fin, que no he visto; pero le cita y resume Antonio Duverdier en su *Prosopographia*, tom. 3, fol. 2333, por estas palabras: *Uno llamado Juan Poggio hizo un tratado, que fué impreso en Roma y contiene trece capítulos, en todos los cuales, hablando siempre con el mismo Savonarola, después de haber convencido de impostura y falsedad sus predicciones, especialmente en que habiendo enviado su capa a Carlos Strozzi, enfermo de pe-*

ligro, con la promesa de que luego que se la pusiese sanaría, no obstante luego murió; y habiéndola también enviado a un platero llamado Cosme y a otros muchos con la misma promesa, asimismo murieron. También en que él había afirmado públicamente que Juan Pico de la Mirándola sanaría de la enfermedad de la cual dentro de tres días murió. Después, digo, de haber Juan Poggio confutado las razones de dicho Savonarola y exhortándole a volver a la obediencia del Papa le demuestra que es infiel, infame, apóstata, sedicioso, perturbador del bien y reposo público, cismático, desobediente al Soberano Pontífice, y, por consiguiente, haber sido justísimamente excomulgado.

26. Los cinco autores que hemos alegado, todos fueron contemporáneos de Savonarola. Vea ahora el apologista, que recusa a Naudé por no ser coetáneo, si nos hace falta este autor y si no tenemos otro fiador que Gabriel Naudé de lo que hemos dicho.

27. Paulo Jovio, en los elogios de hombres doctos, dice que aunque al principio era Savonarola buen religioso, la ambición y una desordenada y perniciosa afectación de extender la verdad, le inflamó tan fuera de los límites de lo justo, que con precipitada y cruel sentencia hizo morir a siete nobilísimos ciudadanos florentinos; y declamando acerbamente con loca libertad contra las acciones del Papa Alejandro VI, llegó a poner en duda la sacrosanta potestad pontificia: *Eius ingenium ab oculta ambitione, et nimio exitialique proferendae veritatis studio inflammatum adeo aestuanter efferbuit, ut capitale judicium de suspectis nobilissimis septem civibus saeva sententia praecipitarit, moresque Alexandri Summi Pontificis vesana declamandi libertate cum acerbé sugillaret, Sacrosanctam Potestatem in dubium revocarit.* Jovio también puede pasar por contemporáneo, porque en su juventud alcanzó la muerte de Savonarola.

28. El p. Martín Delrío (*Disquisit. Mag.*, lib. 4, cap. I, quaest. 3, fect. 6) en esta conformidad habla de Savonarola: *En mi sentir, vanamente intentaron algunos defender las revelaciones de Jerónimo Savonarola, que están condenadas por el juicio apostólico. Cuantas cosas predijo este hombre de la reformación de la Iglesia, de la conversión de moros y turcos, de la felicidad de los florentinos, las cuales decía habían de ver antes de morir muchos de sus oyentes; añadiendo que aquellas profecías eran inmutables y absolutas, de las cuales, no obstante, nada casi sucedió, y por la mayor parte, dentro de los cien años que se siguieron, sucedió todo lo contrario. Por lo cual, de la pasión de sus parciales y del odio que muchos tenían a Alejandro VI y a la casa de Médicis, nació que algunos historiadores inconsideradamente emprendiesen su defensa o revocasen en duda la justicia de la sentencia que se fulminó contra él. A la verdad, así como el suceso mostró ser falsas sus profecías, también su contumacia contra el general de su Orden, y el desprecio de la excomunión pontificia (que aun cuando fuese claramente injusta, debiera ser temida) y otras semejantes acciones son urgentes argumentos que prueban su arrogancia, obstinación e ilusión diabólica. Léase a Rafael Volaterrano, que consta escribió la verdad, por lo mismo que el Guicciardino, aunque algo inclinado a favor de Savonarola, publicó. ¿No obran por ventura con más piedad y prudencia los que defienden el juicio de la Silla Apostólica, que los que batallan por el honor de un particular? Ni esto deslustra en algún modo a la Ilustrísima religión dominicana, la cual, como astro resplandece en el cielo de la Iglesia militante; así como no es mancha para los Coros de los Angeles la facción de Luzbel, ni para el apostolado la perfidia de Judas.* Hasta aquí el padre Martín Delrío; y esto es hablar con juicio, discreción y piedad. Dejo de poner este testimonio en latín, porque siendo el libro muy común, todos pueden ver si he sido fiel en la traducción.

29. Juan Fischerio, cardenal de la Iglesia y mártir, en el artículo 33 *de non comburendis haereticis*, § *Quorum exemplum*, dice que Savonarola manifiestamente fué contumaz contra las censuras de la Iglesia: *Aperte contumacem se praestitit contra censuras Ecclesiae.*

30. Son muchos más los autores que he visto citados en otros. Pero no omitiré que el célebre analista dominicano Abraham Bzovio, que tanto hizo por defender a Savonarola, cita, como declarados contra él, a dos grandes hombres, Ambrosio Catarino y Jacobo Laínez, el primero dominicano, el segundo jesuíta, uno de los primeros y más queridos compañeros del glorioso patriarca San Ignacio de Loyola. Donde también debe advertirse que Catarino, sobre la circunstancia de dominicano, a quien sólo la fuerza de la verdad pudo hacer contrario a Savonarola, le alcanzó en su juventud y tomó el hábito en la misma ciudad de Florencia, donde le fué fácil enterarse cabalísimamente de la conducta y proceder de Savonarola.

31. Aun los mismos autores de aquel tiempo (dejo aparte los que declaradamente eran de su facción o interesados en su honor) que se mostraron propensos a favor de Savonarola, no pudieron dejar de decir lo bastante para que se conozca que fué impostor y falso profeta. El Guicciardino planamente asienta que el Papa le prohibió la predicación y que él al principio obedeció; mas después, viendo que con su silencio iba decayendo su crédito, el cual estribaba enteramente en su facundia, rompió el precepto y volvió a predicar, despreciando las censuras impuestas y afirmando que eran nulas, como contrarias a la voluntad divina. El haber obrado contra el precepto y contra las censuras, ninguno de sus apologistas lo niega, aunque procuran disculparle con extraña teología. Véanse Abrahan Bzovio y Natal Alexandro. Dice más el Guicciardino que habiendo muchas veces prometido en sus sermones que en confirmación de la doctrina que predicaba, pasaría sin lesión por medio de las llamas, cuando fuese necesario, llegando después el caso de aceptarle la promesa e instarle a la ejecución, retrocedió con frívolos pretextos, lo que acabó de arruinar su reputación; y así al día siguiente le prendieron. En fin, que en la confesión declaró que sus predicciones no habían sido fundadas en revelación divina, sino en su opinión propia y en la doctrina y observación de la Sagrada Escritura. Esto era contra lo que antes siempre había dicho.

32. Felipe de Comines, a quien el apologista cita, no da a entender, aunque algo afecto a Savonarola, que éste tenía buena causa, sino que él deseaba que la tuviese. Antes de lo que dice aquel historiador se infiere evidentemente que Savonarola era reo de dos grandes crímenes: el primero, el que hemos dicho, de impostor y falso profeta. Dice Comines, hablando de él en la vida de Carlos VIII, cap. 193, que Savonarola, pública e incesantemente predicaba en Florencia que el rey Carlos había de volver a Italia por segunda vez, y de todo el contexto consta que esto lo fundaba en revelación divina; *sed sic est*, que el rey Carlos no volvió a Italia por segunda vez; luego fué falsa la profecía de Savonarola y él por consiguiente falso profeta. El segundo crimen es de estado. Este es tan claro en Comines que no tiene réplica, pues asegura y repite que Savonarola insistentemente solicitaba a Carlos VIII para que viniese a Italia por segunda vez con ejército, a fin de reformar la Iglesia con mano armada. Pregunto si al solicitar la entrada de un príncipe extranjero y armado de tropas no es delito gravísimo contra el Estado. ¿Valdrá en ninguna República (salvo que conste de unos ministros fatuos) al que cayere en este comiso, el pretexto de que sólo pretende reformar las costumbres corrompidas?

33. No falta quien, por patrocinar a Savonarola, atribuya a Comines la noticia de que aquél profetizó a Carlos VIII la muerte del Delfín y aún la

del Rey mismo, como castigo del Cielo, si no volvía a Italia. Pero esto es muy falso. Lo que en Comines se halla es que Savonarola, en términos generales, amenazó al Rey con el castigo divino y Comines, viendo suceder poco después la muerte del Delfín, discurrió conjeturalmente que a este objeto se terminaba la amenaza de Savonarola. Es cierto, como dice un autor moderno, que si Comines entendiera tanto de los artificios de los hipócritas como entendía de máximas de Príncipes, no le hiciera fuerza alguna la aparente correspondencia del suceso a la amenaza. Cualquiera que profetiza castigos del Cielo va seguro de no ser cogido en mentira; porque como en este valle de lágrimas son tan frecuentes las desdichas, rara vez dejará de acaecer algún suceso funesto, que se interprete como ejecución de la profecía; y en caso que no, discurren los preocupados que Dios, con ira más severa, reservó el castigo para el otro mundo. Aquel astuto hombre, en un tono hablaba a los florentinos, y en otro al rey de Francia. A aquéllos les predicaba, como constantemente decretada por el Cielo, la vuelta del rey a Italia, para tenerlos firmes en su partido; con éste solicitaba el que volviese, para conseguir la reputación de verdadero profeta, y los demás fines a que aspiraba su ambición. En una parte profetizaba lo que no sabía; y en otra pretendía que se ejecutase lo que había profetizado.

34. Finalmente, en una cosa concuerdan todos los autores, la cual excluye todo juicio prudencial a favor de Savonarola. Esta es, que los jueces diputados por el Papa para examinar su causa y pronunciar la sentencia, fueron su propio general y el obispo Romulino. Dígase lo que se quisiere de la política y costumbres de Alejandro VI, en este caso no puede negarse que deseó se procediese con justicia. Y aún diré que si quiso que se faltase a ella, su intención fué que se declinase al extremo de la benignidad; pues no había de esperar el Papa, ni es creíble que el General de la Religión de Santo Domingo fuese inícuamente cruel con un súbdito suyo. Toda la Iglesia sabe qué hombres se colocan en aquel puesto; y aun cuando alguno no igualase el mérito de los demás, con toda certeza se puede asegurar que ninguno hubo capaz de una iniquidad tan grande, como sería condenar con rigurosísima sentencia a un religioso inocente. Protesto, que si yo fuese religioso dominico, antes batallaría por el honr del General que por el de Savonarola: porque mucho más se interesa cualquiera Religión en la buena opinión de su supremo prelado, que en la de cualquiera particular súbdito.

35. Esto es lo que yo he callado contra Savonarola. O por mejor decir, he hallado mucho más; pero hay razones para no escribirlo todo. Veamos ya lo que alega a favor suyo el apologista, para averiguar quién de los dos examinó con más madurez esta materia. Apenas causa alguna se habrá visto más miserablemente defendida. De los testigos que cita, unos no dicen cosa a favor de Savonarola y otros padecen excepción, según reglas de derecho.

36. Abrahan Bzovio, el P. Maestro Lorea y otros dominicanos padecen la excepción de deponer en una causa en que se consideran y muestran interesados: el apologista, haciéndose cargo de esa objeción, responde que los dominicanos son veracísimos y sincerísimos, y que un Papa y un Emperador dieron a la Religión de Santo Domingo el epíteto de *Orden de la verdad*. Pero esta respuesta, aunque verdadera en el asunto, es inútil al propósito. En el derecho se señalan dos capítulos genéricos (que después tienen sus subdivisiones) por donde se puede poner excepción a los testigos. El primero mira a la calidad de la persona, el segundo a la calidad de la causa. El que es notado de mentiroso, padece excepción por el primer capítulo; pero por fidedigno que sea, si es interesado en la causa que se agita, padece excepción por el segundo. Aquella excepción es general; ésta, limitada. La respuesta, pues,

del apologista sería del caso, si se recusasen los autores dominicanos por el primer capítulo, de que estamos muy lejos; pero es impertinente, cuando la excepción se pone por el segundo. También digo que cuando se trate de un hecho que no es contestado daré entera fe a los escritores dominicanos que le afirmaren; pero si hay división de sentencias entre los autores, deben ser preferidos los indiferentes, que no tienen interés alguno en la causa que se disputa, a los que de algún modo se consideran interesados en ella.

37. Fuera de esto, los mismos dominicanos no están acordes. El General de la Religión dió sentencia contra Savonarola. Ambrosio Catarino creyóle culpado. Abrahan Bzovio, aunque se extiende largamente en el alegato por Savonarola, en la conclusión se dobla y permite al lector hacer el juicio que quisiere: *Quae omnia judicio S. R. E. et arbitrio Lectorum libenter subjicimus.* Todos estos están contra los que absolutamente y sin perplejidad le justifican.

38. Henrico Spondano únicamente cita por su sentir a Juan Francisco Pico, íntimo amigo de Savonarola, de quien hablaremos abajo, y los monumentos manuscritos que hay en la Biblioteca Florentina de los Dominicos; y un testigo, que se refiere únicamente a lo que le dijeron los amigos del reo, hace poca o ninguna fuerza en un severo juicio. Fuera de que, como confiesa el apologista (pág. 45), Spondano duda si fué cierta la confesión que le atribuyeron a Savonarola; y un testigo que duda del hecho en que depone, es como si no depusiera.

39. Comines era ministro de especial confianza de Carlos VIII, cuyo faccionario era Savonarola: lo que es capítulo suficiente de recusación. Sin embargo, no hay embarazo en admitirle, porque de lo que refiere este escritor, más consta la culpa que la justificación de Savonarola. Y en caso que esto se me niegue, no puede negárseme que suspendió el juicio, porque él lo dice así expresamente. Así no se debe reputar por testigo, pues nada afirma.

40. El P. Mariana es mucho de extrañar que se halle alegado por el apologista, pues se declara por la sentencia contraria a Savonarola, como más probable. Así concluye: *Muchos, hasta el día de hoy, en Florencia le tienen por mártir, y otros condenan su atrevimiento; cuyo parecer tengo por más acertado.*

41. El autor de la *Historia Pontifical* suspende el juicio. ¿Y esta será razón bastante para que todos le suspendan? ¿Quién hizo a Illescas regla inalterable de todos los escritores? Fuera de que quien suspende el juicio, no afirma, ni niega. Pues, ¿a qué propósito se cita?

42. De Odorico Raynaldo es falso lo que dice el apologista; esto es, *que no duda afirmar que fueron calumnias los cargos que contra él se divulgaron, y que no tuvo otro delito que el demasiado ardor o imprudencia con que declamó contra los vicios de su siglo.* Dos partes tiene esta proposición y en entrambas es falsa. En la primera, porque no afirma con la generalidad que la proposición suena, que los cargos fuesen calumnias sino precisamente limitándose a los cargos especiales de horrendos sacrilegios que le atribuye Burcardo; y yo también asiento a que éstos fueron supuestos. En esta noticia es singular Burcardo; en las otras dice lo que los demás. En la segunda, porque también le señala por delito principal (como en realidad lo es muy grave) haber introducido una facción, de quien se hizo caudillo, en la ciudad libre de Florencia. Añádese que Raynaldo no le culpa las declamaciones *contra los vicios de su siglo* en general, como dice el apologista, sino determinadamente contra los del Papa. Lo primero podía ser celo; lo segundo, siempre es escándalo.

43. Angelo Policiano, cuyo testimonio se cita indirectamente dos veces en la Tertulia, nada sirve al intento, porque este autor escribió en tiempo que aun Savonarola era bueno, o por lo me-

nos aún no se había descubierto que fuese malo. Todos o casi todos los autores convienen en que este religioso en los principios fué fervoroso y ejemplar; pero habiendo conseguido, en fuerza de su predicación, una gran deferencia entre los florentinos y grande opinión con todos, se estragó su espíritu con un desordenado deseo de exaltar su dominación en Florencia y su estimación en el mundo. Y parece ser que ni esta corrupción acaeció hasta sus últimos años, ni fué descubierta hasta sus últimos días. Habiendo, pues, fallecido Angelo Policiano cuatro años antes que Savonarola, pues aquél murió el año de 1494 y éste el de 1498, es constante que salió a luz el Panegírico de Policiano antes que la ambición de Savonarola.

44. Réstanos el gran panegirista de Savonarola, Juan Francisco Pico Mirandulano; y aquí es donde más se hace admirar, o la ignorancia suma o la temeridad insigne del tertulio apologista, pues nos alega un escrito enteramente condenado por el Santo Tribunal de la Inquisición de España; conviene a saber, la Apología que por Savonarola hizo el Mirandulano. ¿Qué es esto? ¿A dónde estamos? ¿En España o en Ginebra? Véase el Expurgatorio del año 1707 en el primer tomo, pág. 732, y allí al fin de la página estas palabras:

Ioannes Franciscus Pici Mirandulae

Eius Opusculum fecundum de sententia excommunicationis injusta pro Hieronymi Savonarolae innocentia prohibetur.

Lo mejor es, que al tiempo de citar al Mirandulano, dice el apologista en voz de don Alonso a los otros cuatro, no de la Tertulia, sino de la vida airada: *Sólo prevengo a ustedes más que se ha de leer con veneración, porque tiene al principio un privilegio de León Décimo, y una censura de Alejandro Sexto, en que favorece las obras de este Príncipe: y no ignoran ustedes mds. que una de ellas es la Apología por Savonarola.* Y yo prevengo al apologista, y a todos los tertulios, que esa Apología no merece veneración, sino abominación, y que ni los tertulios pueden leerla, cuanto menos citarla como prueba legítima a favor de Savonarola; y que la aprobación de los dos Papas no recayó sobre esa Apología, sino sobre otras obras, aunque después se incorporase con ellas y en la frente de todas se fijase la aprobación. ¿Cómo había de aprobar Alejandro VI una obra que era un libelo infamatorio contra su propia fama? No sólo no la aprobó, pero ni pudo verla, ni tener noticia de ella, porque fué escrita después de su muerte, como leí en buen autor, consta claramente de su contexto.

45. No se duda que Juan Francisco Pico, aunque muy inferior a su gran tío Juan Pico, fué un hombre muy docto; pero la amistad que tuvo con Savonarola llegó al extremo de pasión ciega, y le hizo desbarrar sin límite en sus elogios y aún a decir sobre la muerte de Alejandro VI muchas patrañas, parte de las cuales trasladaron de él los herejes.

46. Todo esto debiera saber el apologista, para no precipitarse temerariamente en el pantano en que se ha metido. Es bueno que a cada paso me nota de fácil, porque he tocado la especie de Savonarola sin haber leído este o el otro libro que me cita; y él se pone a escribir muy de intento, sin saber lo que el Tribunal de la Fe tiene condenado en orden al mismo asunto que trata. Yo he leído lo que basta, y aun lo que sobra, para saber que por lo menos es probabilísimo lo que escribí de Savonarola. Nadie tiene a mano todos los libros que tratan de un asunto tan vulgarizado como éste, ni aunque los tenga todos, puede leerlos todos, ni aunque pudiera debiera, pues ni aun en materias de mayor importancia es menester leer todo lo que hay escrito para formar un concepto bien fundado: pero el Expurgatorio de la Santa Inquisición todo escritor debe tenerle a mano y cuando se trata de un asunto tan delicado, por no decir tan sospe-

choso, como es la apología de un hombre condenado por autoridad de la Silla Apostólica, no se ha de citar autor o libro alguno sin una perfecta seguridad de que no está ni en todo ni en parte reprobado por aquel Santo Tribunal.

47. Y ya que se tocó este punto, añado que debiera también saber el apologista que muchos de los Sermones impresos de Savonarola, juntamente con su libro *Dialogo della veritá* están asimismo enteramente prohibidos en el *Expurgatorio Español* (t. 1, pág. 536), así como saber que todos los Sermones del mismo están mandados retener en el *Indice Romano, donec expurgentur.* También debiera saber (que pues lo calla debe de ignorarlo) que aun en el mismo *Indice Romano* está prohibido con prohibición absoluta y no limitada, como los Sermones el libro *Dialogo della veritá.* Véase el *Indice* impreso en Roma el año de 1621. ¿Puede ser doctrina inspirada (como pretendieron sus ciegos apasionados) ni aun doctrina sana, la que condenaron los dos Supremos Tribunales de la Fe?

48. Ultimamente debiera saber que también fué condenada en Roma la *Apología* del doctísimo Natal Alejandro por Savonarola, como se puede ver en la segunda edición de su *Historia Eclesiástica*, tom. 8, cap. 4, art. 3, siendo así que le difiende, no decisivamente, sino con alguna perplejidad. Si otras apologías por Savonarola no están prohibidas, será, o porque están estrechadas a términos tan angostos que sean tolerables, o porque no todos los libros se llevan al examen del Santo Tribunal.

49. Fáltanos sólo hablar de las revelaciones, que se alegan por Savonarola. Sobre que digo lo primero que como nos constase ciertamente que había habido tales revelaciones, se quitaba toda la duda, porque Dios no puede mentir; pero el que las haya habido estriba sólo en la fe de los autores que las refieren; y los que nos citan por ellas (exceptuando la de San Francisco de Paula, de la cual se hablará aparte) son dominicanos; por tanto, son comprendidos en el capítulo de excepción señalado arriba

50. Digo lo segundo, que aun cuando los autores citados no sólo fuesen gravísimos, sino superiores a toda excepción, como la noticia de las revelaciones no llegó a ellos por participación inmediata de los mismos Santos que las tuvieron, pudo falsearse en alguno de los conductos por donde pasó; y para presumir que sucedió así, hay gravísimos motivos, como constará de lo que vamos a decir en los números siguientes.

51. Digo lo tercero, que el padre Natal Alejandro, ni en la Apología por Savonarola, ni en la respuesta que en la segunda edición dió a los censores romanos, no hizo memoria de las alegadas revelaciones. Sobre lo cual arguyo así: o tenía noticia de ellas o no. Si tenía noticia, señal es que las reputó por apócrifas, pues a juzgarlas verdaderas, ¿qué comprobación mejor podía hallar a su intento? Si no tenía noticia, ¿por qué extraña tanto el apologista que yo ignorase tales revelaciones, habiéndolas ignorado el autor, que sobre ser doctísimo en la *Historia Eclesiástica*, por dominicano estaba mucho más proporcionado que yo para saberlas? A Abrahan Bzovio, aunque le leí, no le tengo presente, pero me parece que tampoco hace memoria alguna de las tres revelaciones.

52. Digo lo cuarto, que de la revelación de Santa Columba sólo consta que Savonarola y sus dos compañeros en el suplicio se salvaron; lo cual pudo ser y es verosímil que sucediese así, aunque el suplicio fuese justo. Es verdad que en la relación se llama la muerte injusta y a ellos se les da el título de grandes siervos de Dios. Pero esto pudo añadirlo el escritor o quien le dió la noticia al escritor, siguiendo la opinión de que por otros motivos estaba preocupado. Quiero decir: pudo la Santa ver en espíritu no más que la sustancia del hecho, esto es, la muerte de los tres religiosos; pero después el que refiere aquella visión, por estar en fe de que ellos eran grandes siervos de

Dios y la muerte injusta, noticiarla con estas voces: *Vió demás de esto en espíritu la injusta muerte que en Florencia se dió a tres grandes siervos de Dios, religiosos de su Orden.*

53. Digo lo quinto que la visión de San Felipe de Neri es increíble. El Tribunal de la Inquisición de Roma prohibió absolutamente parte de las obras de Savonarola y parte con la limitación *donec expurgentur.* ¿Cómo he de creer que Cristo se le apareció al Santo echando la bendición a todos los que oraban, para que se lograse su aprobación? ¿Condena el Tribunal de la Fe lo que virtualmente aprobó el mismo Cristo? ¿Cristo echa bendiciones a los que piden la aprobación y el Santo Tribunal censuras para impedir la lectura? Digo que no lo creo. Más: habiendo el Santo, como se refiere, tenido esta visión en la iglesia del convento de la Minerva en Roma, no pudieron los Inquisidores romanos ignorarla, ni es admisible que los dominicanos de aquel convento no se la participasen, cuando se entendía en el examen de las obras de Savonarola a que se siguió la prohibición. Tampoco, por la misma razón, es creíble que la ignorasen los inquisidores que hubo después acá. Y pues ni entonces sirvió esta noticia para omitir la prohibición, ni después acá para levantarla, es evidente que la juzgaron apócrifa, y nadie puede reprenderme porque suscribo al juicio de aquel doctísimo y gravísimo Tribunal. A lo de que San Felipe de Neri tenía el retrato de Savonarola en su aposento, como sólo se prueba con la proposición vaga y general de que es tradición común y muchos autores lo dicen, responderemos cuando la tradición se pruebe y los autores se exhiban; lo que aun supuesto uno y otro, será muy fácil.

54. Digo, finalmente, que la carta y revelación de San Francisco de Paula, tienen señas visibles de suposición. Es cierto que dicha carta no sólo se halla en la colección impresa en Roma por cuidado del padre Francisco Longobardi, citada en la Tertulia, mas también al fin del libro cuarto de la *Crónica General de San Francisco de Paula,* escrita por el P. Fr. Lucas de Montoya.

55. Pero observo lo primero que el padre Longobardi dice que el original de la carta está en la iglesia de Santa Cecilia en Roma; y el padre Montoya, que se conserva en la casa de Limena y en mano de los sucesores de aquel Simón de la Limena, a quien el Santo la escribió, que residen en la ciudad de Montalto; y aunque es absolutamente posible que de la casa de aquellos señores pasase a la iglesia de Santa Cecilia, mientras no se señalen los motivos y circunstancias de esta traslación, se encuentra con la dificultad de que ellos se deshiciesen de tan rico tesoro.

56. Observo lo segundo que el contexto de la carta parece desdice de la sobriedad con que los siervos de Dios comunican los secretos que les revela el Altísimo, pues sin haber precedido pregunta de parte de Simón de la Limena en orden a los sucesos futuros de Savonarola, se le revelan no sólo éstos, mas también los inmediatos Papas y Duques que han de gobernar la Iglesia y dominar la ciudad de Florencia; lo que para nada era conducente a aquel caballero.

57. Observo lo tercero que en la carta se dice que Savonarola había de hacer libros de Sermones de grandísima excelencia. Y no es éste el concepto que hasta ahora hizo de ellos la Inquisición de Roma; antes opuesto.

58. Observo lo cuarto que en algunas de las cartas de San Francisco de Paula a Simón de la Limena, que trae el padre Montoya en el lugar citado, se hallan errores, absurdos y profecías falsas. En la primera le dice: *Vos y vuestra consorte deseáis también hijos y serános concedidos, porque de razón os toca el tenerlos y porque el gran Dios os ha concedido mucho mayor gracia que se puede dar a los Santos.* Proposición errónea en la Teología e implicatoria en la Lógica. Lo primero, porque Dios puede dar a los Santos mayor y mayor gracia, sin límite. Lo segundo, porque como del acto a la potencia vale la consecuencia, implica

haber dado a Simón de la Limea mayor gracia que la que puede dar.

59. Más abajo en la misma carta primera le escribe que tendrá un sucesor *que será gran capitán y príncipe de la gente santa, llamada los Santos Crucifijos de Jesucristo, con los cuales deshará la secta de Mahoma, con todo el resto de los infieles; aniquilará todas las herejías y tiranías del mundo; reformará la Iglesia de Dios con sus secuaces, los cuales serán los mejores hombres del mundo, en santidad, en armas, en letras y en toda otra virtud; tendrá el dominio de todo el Mundo, temporal y espiritual, y regirán la Iglesia de Dios in sempiterna saecula. Amén.* Estas últimas palabras suponen que la Iglesia militante ha de subsistir eternamente en la tierra, contra lo que está profetizado en la Sagrada Escritura. Y el resto de la profecía se ha falsificado, pues Simón de la Limena no ha tenido el glorioso sucesor que se le predice, ni ha venido esa gente exterminadora de toda la maldad de la tierra.

60. Ni se me puede responder que aún vendrá, porque el autor de estas cartas predijo muy cercana la venida de esta gente admirable y la reforma general del mundo. Véase la carta sexta (en la colección de Montoya, de que hablamos), donde repite lo mismo, que estos hombre, los cuales aquí llama no crucifijos, como el la primera, sino crucíferos, después de conquistar todo el mundo y destruir todos los infieles, *se volverán contra los malos cristianos y matarán a los rebeldes de Jesucristo y les quitarán todo lo temporal y espiritual y regirán y gobernarán todo el mundo santamente in saecula saeculorum. Amén.* Y prosigue inmediatamente hablando con el mismo Simón de la Limena: *De vuestro linaje será el fundador de tal gente santa. Mas ¿cuándo, cuándo será tal cosa? ¿Cuándo serán las Cruces con las señales y se verá sobre el estandarte el Crucifijo? Viva Jesucristo bendito, gaudeamus omnes, nosotros, que estamos en servicio del Altísimo, porque se allega ya la gran visita y reformación del mundo. Será un ganado y un pastor.* Es la fecha 25 de mayo de 1460. Con que pasaron doscientos sesenta y ocho años desde que se dijo que se allegaban ya estos grandes sucesos y aún no llegaron.

61. En la suposición de las dos cartas citadas, primera y sexta, parece que por lo que hemos dicho no se puede poner duda; y quien fabricó éstas, pudo fabricar la duodécima, que trata de Savonarola.

62. Sería muy temeraria imaginación, de la cual estoy harto distante, sospechar que ni ésta ni las otras revelaciones en orden a Savonarola, de que hablamos arriba, se fabricasen en alguna de las dos ilustrísimas religiones de Santo Domingo o de San Francisco de Paula. Lo que es de presumir en caso de ser supuestas, como persuaden los fundamentos alegados, es que fueron inventadas en la ciudad de Florencia por algunos parciales de Savonarola y enemigos de Alejandro VI y de los Médicis. Esta presunción por lo que mira a las cartas que se atribuyen a San Francisco de Paula, se fortifica mucho con la semejanza, o por mejor decir, identidad, que se observa entre la profecía que hay en ellas y la predición de Savonarola a los florentinos; pues como Abraham Bzovio refiere el año de 1494, número 35, también Savonarola profetizaba que turcos, moros y todos los demás infieles se habían de convertir a la fe católica, añadiendo que esta reforma general había de suceder muy luego, por estas palabras que se leen en Bzovio en el lugar citado: *Sunt de hic stantibus, qui haec videbunt.* Concuerdan también en el modo o medio de la reforma, porque una y otra profecía dice que se ha de hacer con espada en mano.

63. Lector mío, has visto lo que hay por una y otra parte en orden al famoso Savonarola; tú harás el juicio que te pareciere más razonable. Lo que yo siento de este religioso es que ni fué tan bueno como dicen sus parciales, ni acaso tan malo como fingen sus enemigos. Es constante que a la reserva de

los últimos años de su vida fué no solo buen religioso, sino ejemplar, austero y celoso en alto grado. En los últimos años tengo por imposible la justificación de su conducta, pues aun cuando se admita que todo el proceso que se le hizo fué falso, su confesión supuesta, y que fué tan grande el artificio de sus contrarios que echó cataratas a los ojos de los jueces, las cartas que Comines dice vió en poder del rey de Francia hacen fe de que Savonarola solicitaba ardientemente su segunda entrada en Italia. Esto en un religioso ignorante podría atribuirse a un celo imprudente. Pero Savonarola, que era, como todos aseguran, doctísimo, no podía menos de conocer lo criminoso de esta acción; por consiguiente, sus designios caminaban a otro fin que la reforma de la Iglesia. No niego que si se quieren extender los ojos a toda la anchura de la posibilidad, posible es que Comines mienta, que mientan cuantos en aquel tiempo hablaron mal de Savonarola, que fuesen engañados o inicuos los jueces, que sean supuestas todas las obras o las viciadas que andan con el nombre de Savonarola, y que, en fin, éste fuese un hombre santísimo; pero esta posibilidad no es moral, sino metafísica, y así el juicio prudencial no se ha de hacer por ella.

64. Esto es, lector, mi defensa en orden a lo que dije de Savonarola en el primer tomo de el *Teatro Crítico*. Digo que ésta es mi verdadera defensa y no la que por mí hizo en la Tertulia Apologética uno de los cinco personajes introducidos en ella, llamado Don Santiago, que ciertamente es la criatura más cándida que vi en mi vida. El se pasma, él se acorta, él enmudece, él se admira, sin qué ni porqué, y a cada paso se da por convencido, aunque no le propongan sino una falsedad notoria o una cosa que no es del caso. Es verdad que tal vez hace algún reparo oportuno; pero se da por satisfecho con cualquier despropósito que le respondan sus camaradas. A manera del niño, cuando empieza a andar, que da uno o dos pasos y al momento se cae, sin que nadie le derribe. El es mudo para replicar y ciego para creer; esto en tanto grado, que da asiento a lo que le dicen sus compañeros contra lo mismo que le informan sus propios ojos. Procuran persuadirle que traslade al pie de la letra de Gabriel Naudé la especie de Savonarola. Pónenle delante el libro de Naudé, ve que este autor gasta seis hojas en octavo en la relación de aquel religioso, y que media página que gasto yo en cuarto no puede ser traslado al pie de la letra de doce páginas en octavo. Ver también que no hay cláusula alguna en mi escrito que copie alguna de Naudé al pie de la letra. Sin embargo, el buen caballero cree cuanto le dicen como un santo.

65. Con la misma facilidad que le hacen creer que yo sólo escribí lo que trasladé de Naudé, le persuaden que Naudé escribió lo que en ningún otro autor se halla escrito. ¿Y esto cómo? Mostrándole unos pocos libros, en los cuales no se encuentra lo que dice Naudé. ¿Hay modo de argüir más extraño, ni facilidad en persuadirle más estúpida? ¿No hay más libros que éstos en el mundo? O lo que no se halla en estos pocos, ¿no se encontrará en otros de los infinitos que hay? Vea los que hemos citado arriba, y en ellos hallará no sólo (sin reservar nada) cuanto escribe Naudé, sino muchísimo más. El epigrama de Flaminio (sobre que se hace en la Tertulia la ridícula nota de que se halla en Naudé al pie de la letra como le pongo yo, como si el epigrama de otro autor, que se cita, hubiésemos de alterarle ni Naudé ni yo, sino proponerle al pie de la letra, como le hizo su artífice) le verá en Tomás Popeblount, Abrahán Bzovio, Paulo Jovio y otros trescientos; pero ni en Naudé ni en ningún otro con el sonsonete *de hermoso, aunque falso*.

66. Lector mío, me he detenido mucho en esta materia, porque me importa para hacerte más cauto en adelante en dar asenso a lo que escriben mis contrarios. La mala fe de algunos ha llegado a un punto que asombra.

¿Quién creyera que había de haber osadía para dar a la estampa que mis escritos no son otra cosa que una tradución de las *Memorias de Trevoux* y de el *Diario de los Sabios* de París? Desatino tan extravagante, como si uno dijera que los *Sermones* del Maestro Navajas no son otra cosa que una traducción de la *Biblioteca* de Don Nicolás Antonio; porque así las *Memorias* como el *Diario* no son otra cosa que unos meros catálogos de los libros que van saliendo a luz, dando una noticia tan ligera y superficial de su asunto, que en media hora se lee el contenido de más de treinta libros. Pero el que escribió esta patraña se hizo la cuenta de que entre los muchos millares de sujetos que leen mis escritos, sólo ocho, diez o doce han visto las *Memorias de Trevoux* y el *Diario de los Sabios*; que éstos se reirán de la quimera del apologista; pero todos los demás, aunque no tengan las creederas de don Santiago, tragarán el embuste y me tendrán por autor plagiario. Esta misma cuenta se han hecho otros, para citar contra mí lo que no dicen los autores o negar que dicen aquello en que yo los cito. Si el libro es muy exquisito, como asegura el apologista ser el de Gabriel Naudé, es levísimo o ninguno el riesgo a que se expone la calumnia.

67. Ruégote, pues, lo que pudiera pedirte por justicia, esto es, que suspendas el asenso, en caso de no poder hacer el examen debido para saber quién falta a la legalidad, si mis contrarios o yo, por más que aquellos te hablen con aire de seguridad y confianza, que es artificio ordinario del embuste. Ruégote más, que cuando en los escritos de mis contrarios halles censuradas algunas proposiciones mías, que te parezcan o falsas o duras, remires en el *Teatro Crítico* el lugar que se cita, y hallarás, o que la proposición no está concebida en aquellos términos, o que en su contexto se halla alguna explicación o limitación que la lleva a otro sentido diferente de aquel que le dió el impugnador. Esto sucederá por lo común; pues no niego que también habré dicho algunas cosas, las cuales nunca logren tu aprobación. Ni yo presuma acertar siempre, ni tú debes presumir que yerro, siempre que no cuadre a tu dictamen lo que escribo.

68. Algunas y aun las más veces no es falta de legalidad, sino de inteligencia, la que en mis contrarios da motivo a la impugnación. No mucho después de salir al público mi segundo tomo un caballero impugnó cierta proposición mía con un texto de la Escritura y una autoridad de Santo Tomás, en que manifestó no haber entendido ni a la Escritura ni a Santo Tomás ni a mí; pues ni yo dije en el lugar que se me citaba si no lo mismo que había dicho Santo Tomás bien entendido, ni Santo Tomás podía decir cosa opuesta a la Escritura.

69. No por eso pienses que tan generalmente me indemnizó de las objeciones de mis contrarios que siempre les niegue la razón, por adjudicármela a mí en todo y por todo; ni yo lo creo así, ni quiero que tú lo creas. Y para que veas que te hablo sinceramente, haré aquí la justicia que debo a uno de ellos. No ha mucho que pareció en público cierto escrito de un docto mínimo, en el cual me impugnaba aquella nota que se halla en mi segundo tomo, disc. 1, núm. 35.

70. Dos cosas decía yo en aquella nota. La primera, que en el librito *Accidentia profligata* hay una proposición que parece ser manifiestamente opuesta a la doctrina del Concilio Tridentino, ses. 13, Can. 3; la segunda, que aquel librito no tiene por autor al padre Saguens.

71. En uno y otro me contradice el docto mínimo, y llanamente confieso que en uno y otro tiene razón. Tiénela en lo primero, y de aquí infiero que también la tiene en lo segundo, porque el motivo principal y casi único que yo tenía para negar el libro al padre Saguens era juzgar errónea aquella proposición. Con que probando, como de hecho prueba bien el docto mínimo, que la proposición en el sentido en que la profiere su autor, es sana, se me

desarma del fundamento por el cual negaba ser el padre Saguens autor de ella.

72. Es el caso que en el librito citado, pág. 230 y 231, se lee que el cuerpo de Cristo se divide con real y verdadera fracción en la hostia, sin que en las páginas citadas se limite o explique con distinción alguna dicha proposición; pero se limita y explica más adelante en la página 269, concediendo al cuerpo de Cristo fracción o división *a se*, y negando fracción o división *in se*; con cuya distinción la proposición es sanísima. Yo, pues, cuando escribí la nota, tenía en la memoria el primer pasaje y me había olvidado del segundo. Por eso juzgué la proposición contradictoria a la definición del Concilio Tridentino, como de hecho lo sería proferida absolutamente y sin restricción. Mas habiendo el docto mínimo, que estudió con más cuidado y reflexión que yo la doctrina del doctísimo padre Saguens, manifestádome mi yerro, con ingenuidad le conozco y con gusto le retrato. Así te ruego, lector, que borres aquella nota o la reputes por borrada.

73. Esta misma sinceridad hallará en mí cualquiera que me impugne con razón, como yo la alcance. El evitar todo descuido no está en mano del hombre, pero sí el tratar verdad y hacer justicia, cuando se conoce a quien la tiene. Naturalmente, aborrezco todo engaño, de modo que en mí el ser sincero más es temperamento que virtud. Puedes, pues, estar cierto, lector mío, de que jamás incurriré ni en la ruindad de dejar engañado al público, por no confesar algún yerro mío, ni en el apocamiento de callar por algún civil y bastardo miedo, la verdad que perteneciere a mi asunto, cuando honestamente pueda decirla. Este, para prólogo ya es muy largo, aunque para apologético no pudo ser más corto. Vale.

SALUDADORES

Discurso primero

§ I

1. Los teólogos morales españoles, tratando de la observancia vana disputan si en esta especie de superstición son comprendidos aquellos hombres que debajo del nombre de saludadores hacen profesión especial de curar la hidrofobia o mal de rabia; y dividiéndose en varias opiniones, unos tienen aquella curación por lícita, otros por supersticiosa, otros creen que entre los que se llaman saludadores hay de todo, esto es, que unos curan supersticiosamente, otros lícitamente. Entre los que juzgan lícito aquel modo de curar, se duda también si es por virtud natural o por gracia *gratis data*. aplicándose unos a lo primero, otros a lo segundo.

2. Pero mi sentir es que ni curan supersticiosamente ni lícitamente, ni por virtud sobrenatural ni natural ni diabólica. Los teólogos suponen el hecho de que curan la hidrofobia, porque no les toca examinarle, sino discurrir sobre la noticia común conforme a sus principios. Mas yo este mismo hecho revoco en duda; o por mejor decir asiento a que los que se dicen saludadores, ni curan por gracia ni por desgracia particular; quiero decir que no tienen virtud alguna buena ni mala para curar la rabia, o si tienen alguna no es particular, sino común a todos los hombres.

3. He puesto esta excepción condicionada, porque puede haber alguna duda sobre si el soplo fuerte y frío que usan los saludadores, tiene alguna virtud contra la hidrofobia. He visto a un médico muy agudo inclinado al dictamen de que sí. Este, sobre el fundamento experimental de que el agua fría inmuta extrañamente a los hidrófobos y según la disposición en que los halla, o les acelera la muerte, o les restituye la salud, discurría que todos los líquidos fríos tienen la misma eficacia y que en esto está todo el misterio de la virtud de los saludadores. Confirmábale en su opinión lo que comúnmente se dice o lo dicen los mismos saludadores, que después de echar buenos tragos, tienen más virtud; porque el vino, ¿qué puede hacer en ellos sino esforzarles el pecho para soplar con más valentía? A lo que se sigue que el soplo sea más frío porque el aire tanto más enfría cuanto es impelido con más fuerza.

§ II

4. Este discurso supone el hecho de que el agua fría es remedio de la hidrofobia, lo cual es muy dudoso o falso, como veremos. Lo que es cierto es que los hidrófobos tienen sumo horror al agua, y que cuando consienten espontáneamente en beberla o en entrarse en ella, comúnmente sanan. Mas esto no es porque el agua tenga alguna virtud contra aquella enfermedad, sino porque cuando deponen el horror al agua ya está mitigado el mal, pues o ya sea que la hidrofobia vicia de tal modo el sentido del tacto que a los que la padecen es molestísimo el contacto del agua, o que induce un particular deli-

rio por el cual se les representa en el agua el mismo perro que los mordió (porque el que efectivamente vean en ella el perro o sus entrañas se debe despreciar como fábula) es claro que la falta de cualquiera de estos síntomas arguye mejoría de la dolencia, y así se debe suponer ésta vencida, cuando el hidrófobo pierde el aborrecimiento al agua. Por lo cual dice bien Lucas Tozzi que la felicidad está no en que los hidrófobos beban agua, sino en que quieran beberla.

5. Fortifícame en este sentir el poco aprecio que veo hacen los autores médicos que tratan de la curación de la hidrofobia del remedio del agua. Algunos ni memoria siquiera hacen de él. Otros le consideran nocivo y dicen que el aborrecimiento que los hidrófobos tienen al agua nace de la natural pretensión del daño que les ha de causar. Así, Juan Doleo, el cual extiende a todos los líquidos así el aborrecimiento como el daño de los hidrófobos. Los que le permiten alguna probabilidad, solo alegan un experimento antiguo, referido por Aecio, de cierto filósofo mordido por un perro rabioso, que viendo después el perro mismo en el agua del baño, y haciendo reflexión de que aquella representación no podía menos de ser falsa, se arrojó al baño y sanó. Pero, demás que este suceso otros lo tienen por falso, un experimento solo nada prueba en materias de medicina, porque queda pendiente la duda de si la salud se debió al remedio aplicado o a la actividad sola de la naturaleza. Y es verosímil que aquel filósofo, cuando estuvo capaz de hacer aquella reflexión iba reviviendo del delirio; por consiguiente, ya el mal se iba venciendo a beneficio de la naturaleza, antes de entrar en el agua. Lo que podemos asegurar es que la escasez de experimentos en esta materia prueba que los médicos, por desconfiar del remedio, no los hicieron, o que si los hicieron no fueron favorables, pues sólo se cita uno que lo fué. Gaspar de los Reyes me hace creer esto último, pues dice que hay repetidas experiencias de que el agua no es antídoto de la hidrofobia: *Aquam enim, quam tantopere abhorren, veneni huius antidotum non esse saepius expertum est.* (quaest. 62.) Por tanto, sin escrúpulo podremos contar entre los errores comunes que el agua sea remedio del mal de rabia.

6. Pero demos que del uso del agua o en la bebida o en el baño resulte algún alivio en la hidrofobia, no se infiere que todos los líquidos tengan la misma eficacia. Porque el agua y el aire, tan desemejantes en innumerables propiedades, ¿han de convenir en la virtud de curar a los hidrófobos? Es verdad que en algunos autores médicos he leído que estos dolientes aborrecen no sólo el agua, mas también los demás líquidos; pero hablan de líquidos visibles y potables. Fuera de que, aunque todos los líquidos convengan en ser objeto de la aversión de los hidrófobos, no se sigue por eso que convengan en ser remedio de ellos.

7. El discurso, pues, de aquel docto médico está oportunamente formado, si se dirige sólo a examinar la causa en suposición del hecho de que el soplo violento y frío aprovecha en la hidrofobia; pero de ningún modo prueba este hecho, el cual yo, por lo que diré abajo, tengo por falso.

8. Mas en caso que fuese verdadero, ¿se seguiría que tienen alguna virtud particular los saludadores? No por cierto; porque el soplar es común, no sólo a todos los hombres, sino a todos los animales; y así todos podrían ser saludadores, con la reserva de poseer esta virtud con alguna ventaja los de pecho robusto, que soplan con más fuerza. Pero mucho mejores serían para curar la rabia, unos fuelles de órgano o de fragua que cuantos saludadores hay en el mundo, pues por buenos bebedores que sean, no han de impeler el ambiente con tanta violencia como los fuelles.

§ III

9. El que no tienen los saludadores virtud alguna particular, ni divina, ni

natural, ni demoníaca es fácil de probar. Empecemos por la divina. Para lo cual supongo que sólo en España hay esta especie de curanderos. Esto consta: lo primero, porque así lo asientan los autores que tratan de esto. Lo segundo, porque entre los escritores de teología moral sólo los españoles tocan la cuestión de si el modo de curar de los saludadores es comprendido en las observaciones supersticiosas y vanas. Los demás no hablan de ellos, porque no los conocen; o si alguno habla es citando a autores españoles y suponiendo ser nuestros nacionales dichos curanderos.

10. Pregunto ahora: ¿qué verosimilitud tiene que Dios conceda esta gracia sólo a una nación, con exclusión de las demás? El Espíritu Santo, que llenó todo el orbe de la tierra, dispone sus dones sin atención a regiones determinadas. Y habiendo de privilegiar especialmente a la nación española en la curación de la rabia, ¿es creíble que sólo conceda esta virtud a una gente que no es la más virtuosa, pues está generalmente notada de beber vino con exceso? Bien sé que las gracias *gratis datae* no están vinculadas a la gracia santificante o la virtud personal. Pero también sé que la práctica común de la divina providencia es repartirlas sólo entre sus siervos. Es común entre los saludadores decir que el vino les aumenta la virtud. ¿Quién de mente sana asentirá a que la fuerza de una virtud sobrenatural crece con el uso del vino? ¿Cómo es creíble tampoco que Dios sólo conceda esta gracia a gente que hace granjería de ella, violando la regla *gratis accepistis, gratias date*, que salió de la boca de Cristo hacia los Apóstoles, al darles la gracia curativa de enfermedades? Dirán que reciben algo por vía de limosna, no de pago. Pero aun cuando sea así, el ver que esta gracia sólo resiste en gente que necesita de limosna, induce una fuerte sospecha de que es invención para sacarla. ¿Es posible que no hemos de ver algún caballero u hombre poderoso saludador?

11. Las notas que muestran de su virtud, esto es, la rueda de santa Catalina en el cielo de la boca, y la imagen de un Crucifijo debajo de la lengua, todo es mera impostura, pues bien considerado, no se ve en ellos otra cosa que los lineamentos naturales, o de las venas, que concurren debajo de la lengua, o de las prominencias que hay en el cielo de la boca: los cuales ellos, por una imperfectísima alusión, acomodan a su antojo, y el vulgo cree lo que imagina más que lo que ve. Aunque no niego que con cauterios se puede imprimir en estas partes alguna especial figura; y puede ser que uno u otro usen de este arte. Pero yo en uno que examiné y decía tener la rueda de santa Catalina, no vi otra cosa que dichos lineamentos naturales. Donde se debe también considerar la ninguna proporción que tiene la rueda de santa Catalina para ser índice de la virtud curativa de la rabia. Esto se conoce ser invención de algún embustero, que advirtió alguna diminuta semejanza entre los lineamentos del cielo de la boca y la rueda de santa Catalina, y después se fué propagando a los demás.

12. El *Diccionario* de la Academia Francesa, tratando de nuestros saludadores, después de asentar la baza de que son meros embusteros, dice que la imagen de la rueda de santa Catalina se la imprimen con arte; y yo, como he dicho, fácilmente asentiré a que algunos lo hagan así: a semejanza de otros embusteros, que según se lee en el mismo *Diccionario*, hay en Italia, los cuales pretenden tener gracia *gratis data* para curar las mordeduras de sabandijas venenosas, y para persuadirlo, se imprimen la figura de una serpiente. Pero me parece que los que usan de este artificio es natural que impriman la rueda en otra parte del cuerpo antes que en la boca, por ser aquello mucho menos peligroso y molesto; y me confirma en este pensamiento el caso práctico que refiere el doctor don Francisco Ribera en su *Cirugía natural infalible* de un saludador que tenía dicha rueda en el pecho, y

a otro hombre que también se había metido a saludador le ofreció imprimírsela también a él por una docena de reales. Oyéselo el mismo doctor Ribera a este segundo estando examinándole en la villa de Tornabacas por orden de la justicia:

§ IV

13. Que tampoco es virtud natural la de los saludadores (digo virtud particular) se prueba del mismo principio de no haber saludadores sino en España. Las virtudes naturales, como consiguientes a la naturaleza específica, son comunes a todos los individuos de la especie. ¿Por qué, pues la de los saludadores se ha de limitar a estos pocos hombres? Vemos que todo ruibarbo purga, todo imán atrae el hierro, todo vino embriaga, y la diferencia entre los individuos de cada especie sólo está en el más o menos. Así debería ser en la virtud curativa de la rabia si esta virtud fuese natural.

14. Más creíble se me haría el que todos los hombres de una nación o provincia tuviesen virtud para curar alguna determinada enfermedad, pues esto podría atribuirse a influjo particular del clima. Y así lo que dicen Plinio y otros de los Psilos, pueblos de la Libia, cuyo aliento y contacto es esencial para las sabandijas venenosas, y cura sus mordeduras, aunque lo tengo por fabuloso, por la discordia que noto entre los autores que tratan de ellos, no me atreveré a condenarlo por imposible. Pero que debajo de un mismo clima, usando de los mismos alimentos, bebiendo las mismas aguas, o por mejor decir los mismos vinos, haya hombres especialmente privilegiados con una virtud tan señalada y negada totalmente a los demás, no es persuasible.

15. Mas, si fuese virtud natural, ¿por qué había de residir ésta siempre en gente baja? Siendo tantos los saludadores, ¿cómo no vemos algunos caballeros que lo sean? Pregunto más: ¿quién les dice a estos hombres que tienen tal virtud antes de empezar a ejercitarla? Las virtudes activas, propias de una especie, sólo constan por las experiencias que se hicieron en muchos individuos de aquella especie. Las que son propias de un determinado individuo, sólo pueden constar por experiencias hechas en aquel mismo individuo. ¿Cómo, pues, antes de hacer experiencia alguna saben que son saludadores? Pues es cierto que la primera vez que se ponen a saludar lo hacen en fe de que tienen aquella virtud.

§ V

16. Finalmente digo que ni curan los saludadores por pacto con el demonio. Pruebo lo primero esta conclusión con un argumento legal. De nadie se debe ni puede creer que tenga pacto con el demonio sin que haya prueba constante de ello; pero es así que no hay tal prueba respecto de los saludadores, luego no se debe ni puede creer que éstos curen por pacto con el demonio. La mayor es clara porque se haría una gravísima injuria en atribuir al que se supone reo un delito tan atroz sin bastante prueba. La menor también es cierta y constará manifiestamente de lo que diremos luego y de la solución de los argumentos.

17. Responderáseme acaso que el pacto es implícito e ignorado de los que obran con él, los cuales, como gente rústica, no distinguen cuáles prácticas son supersticiosas y cuáles no. Pero esta solución no ha lugar porque los saludadores por lo común son examinados o por los señores Obispos o por el Santo Tribunal: por consiguiente, si en su práctica hallasen alguna circunstancia supersticiosa, los desengañarían y aun les prohibirían debajo de graves penas el ejercicio. Fuera de esto ellos mismos saben que se duda si curan en virtud de pacto porque esta duda se les propone a ellos frecuentísimamente por otros hombres. Por tanto, deben consultar a hombres doctos que

los desengañen, y si no lo hacen, ya su ignorancia es culpable y deben ser castigados, como si a sabiendas usasen de pacto. Para no imputarles, pues, tan atroz delito, ya que hemos visto que no curan tampoco por virtud natural ni divina, no queda otro recurso sino decir que son unos embusteros, que por la mísera ganancia fingen tener una virtud curativa que no tienen, pues aunque éste también es delito, es mucho menor que el otro, y entre dos delitos desiguales, siendo preciso asentir a uno de ellos, sin más prueba para uno que para otro, la claridad y la justicia nos obligan a creer el menor.

18. Pruebo lo segundo la conclusión con prueba general que comprende también las dos antecedentes. Los saludadores no curan la rabia; luego es falso que curen ni con virtud sobrenatural, ni natural, ni diabólica. La consecuencia es clara porque se arguye de la exclusión del género a la exclusión de todas las especies. El antecedente consta de la experiencia. Yo he solicitado noticias de hombres advertidos y veraces que asistieron a las operaciones de varios saludadores y me aseguraron que jamás les habían visto lograr el efecto pretendido, por lo cual estaban persuadidos a que cuanto dicen de su virtud es droga y embuste. Dos años ha que un paje del señor Obispo de esta Santa Iglesia y electo para la de la Puebla de los Angeles fué mordido de un perro rabioso. Fueron llamados los saludadores, uno de ellos el más famoso que hay en este Principado: hicieron entrambos sus habilidades. ¿Qué sucedió? Que el enfermo murió rabiando. Es verdad que uno de ellos (acaso haría lo mismo el otro) me consta que dijo que no le habían dejado obrar. Con estas y semejantes mentiras mantienen su opinión en el vulgo aunque nunca logren feliz suceso. Noto que a dicho paje también se le hizo beber agua sin que sirviese de nada.

19. Del saludador famoso que he dicho, había yo oído contar que cuando quería con un soplo derribaba muerto a cualquiera animal rabioso. Ofrecióse tocar yo esta especie en un corrillo donde se hallaban algunos caballeros del país, y uno de ellos, que vive lo más del tiempo en una aldea, me dijo que en una ocasión le había llamado para que o curase o matase a una vaca suya tocada de la rabia. Vino, pero por más que le animaron no se atrevió a entrar en un corral donde estaba la vaca. Lo más que hizo fué entreabrir un poco la puerta y desde allí soplar y más soplar, teniendo gran cuidado de cerrar la puerta siempre que la vaca le encaraba o se quería acercar. Al fin, no aprovechando nada ni sus soplos ni sus deprecaciones, se tomó la providencia de matar la vaca de un escopetazo.

20. Otro caballero de este país, bien enterado de la práctica de los saludadores que hay en él, me aseguró que su farándula consiste en que cuando los llaman para visitar alguna porción de ganado o ellos lo hacen de su propio motivo, aunque esté todo sanísimo y sin sospecha de rabia, señalan tales o tales cabezas, que dicen están dañadas, sóplanlas y bendícenlas; reciben su gratificación, y como después el dueño ve que aquellos animales no murieron, cree que debe la vida de ellos a la virtud del saludador, el cual no hizo otra cosa que levantarles que rabiaban. Pero cuando los llaman para algún animal que manifiestamente está tocado de la rabia, después que inútilmente hacen sus habilidades, dicen que ya llegaron tarde por estar el veneno apoderado del corazón; que si hubieran sido llamados un día antes, infaliblemente le hubieran curado.

21. El doctísimo Gaspar de los Reyes en su *Campo Elysio*, quæst. 24., cuenta lo que unos amigos suyos que estaban en la cárcel le refirieron, yendo a visitarlos, de un saludador que estaba en la misma prisión. Este instaba con inoportunos ruegos al carcelero sobre que le dejase salir un día de fiesta a saludar y bendecir a la gente que concurría, ofreciendo partir con él el dinero que había de sacar. Los amigos de Reyes le hicieron varias preguntas y

objeciones sobre la virtud de que se jactaba. Al fin le apretaron tanto, que no teniendo qué responder, francamente les dijo: «Señores míos, Vs. mds. dicen la verdad; pero como yo no tengo otro oficio de que vivir, me metí a éste por inducción, y consejo de un amigo mío, que se sustentaba con el mismo embuste, y me hallo lindamente, porque con soplar los días de fiesta, gano lo que he menester, para holgar, comer y beber toda la semana.»

22. El doctor don Francisco Ribera, en la relación del examen del saludador que de orden de la justicia hizo en Tornabacas, nos da la misma idea de esta gente. Este confesó que se había metido a saludador sólo porque su padre y abuelo habían ejercido este ministerio, añadiendo que no había conocido en sí seña alguna de tener tal gracia; y del contexto de la declaración se colige que no habían tenido más gracia que él su padre y su abuelo. Preguntado sobre la rueda de santa Catalina, confesó que no la tenía, pero que su padre decía que la tenía en una parte secreta del cuerpo, aunque nunca se la había visto, y que de su abuelo había oído decir a su padre la tenía debajo de la lengua. Esta variedad no significa otra cosa sino que a proporción que los luceros se van acercando a la experiencia, se va deshaciendo o aminorando la mentira. El padre decía al hijo que el abuelo tenía la rueda debajo de la lengua porque estaba muerto y no había de ir a averiguar la patraña a la sepultura. De sí decía que la tenía en una parte secreta del cuerpo por no mostrarla, con pretexto de la decencia; excusa que no podía servirle si dijese que estaba en la boca. En fin, el hijo, como veía que en el estrecho en que estaba puesto se había de averiguar la verdad, en cualquiera parte del cuerpo que dijese tenía estampada la rueda, abiertamente confesaba que en ninguna la tenía.

23. El mismo doctor Ribera, con ocasión del examen que citamos, refiere un chiste sazonado de otro saludador. Blasonando éste en presencia de alguna gente, no sólo de la virtud curativa, más bien del extraordinario conocimiento que tenía en todo lo que pertenecía al mal de la rabia, sucedió que atravesó un perro, algo abultado de vientre, por delante de él. Al instante que le vió, dijo a los circunstantes: aquella perra está preñada; parirá siete cachorros, y los cinco rabiarán. Uno de los que estaban presentes, que conocía muy bien al perro porque era suyo le dijo: no es perra, sino perro. Nada se turbó por ello el buen saludador; antes, con serenidad, repuso: si es perro, en verdad que va bien harto. Podría alegar otros muchos casos en confirmación de mi intento.

§ VI

24. Resta desatar dos argumentos por la parte contraria, que son los que mantienen al vulgo y aun a muchos que no son vulgo en la opinión común en orden a la virtud curativa de los saludadores. El primero se toma de la aprobación que muchos tienen de los señores obispos y Santo Tribunal de la Inquisición. Respondo que esta aprobación sólo es respectiva a eximirlos del crimen de superstición, que es lo que toca derechamente a aquellos jueces, y sobre este punto recae el examen. Si tienen virtud curativa o no lo dejan a que la experiencia lo diga y nuestra prudencia nos desengañe. Así como el Santo Tribunal no se meterá con uno que diga que es médico y ejerza la medicina sin haberla estudiado; tampoco con uno que sin tener virtud para curar alguna determinada enfermedad diga que la tiene. La razón de todo es porque no es de su obligación exterminar a todos embusteros, sí sólo a los supersticiosos o delincuentes en otra especie de pecado que los constituya sospechosos en la Fe.

25. El segundo argumento se funda en la vulgar prueba que los saludadores hacen de su virtud, pisando con pies desnudos una barra de hierro ardiendo y apagar con la lengua una ascua

encendida. Respondo que si esto prueba algo, prueba que los saludadores curan por pacto con el demonio; porque o su resistencia al fuego es solicitada con algunos naturales defensivos o no. Si lo primero nada prueba, pues otro cualquiera hombre, usando de los mismos defensivos, resistirá como ellos el fuego. Si lo segundo, sólo resta que resistan el fuego, o por virtud divina o por virtud diabólica. Lo primero no es creíble porque, como advierte el Padre Tomás Sánchez, y con él otros teólogos, no hay necesidad alguna de que Dios haga este milagro con los saludadores, y Dios no hace milagros sin necesidad. Aquellos siervos suyos a quienes dió gracia curativa de las enfermedades no andaban haciendo frecuentes pruebas milagrosas de que poseían esta virtud. La prueba era el efecto mismo de la virtud ¿Para qué ha de estar haciendo milagros a cada paso a arbitrio de los saludadores, porque les creamos que son tales? Resulta, pues, que si gozan algún privilegio contra la actividad del fuego les viene de pacto o implícito o expreso con el demonio.

26. Estáles, pues, bien a los mismos saludadores el que no los creamos o el que creamos que son unos meros embusteros, que, con artificio, simulan la indemnidad del fuego que no gozan; pues entre los dos males de embuste o pacto con el demonio, harto más cuenta les tiene que los juzguemos delincuentes en aquél que en éste.

27. En consecuencia de la doctrina expresada del Padre Tomás Sánchez, digo, que si se hallare algún saludador el cual se entrare en un horno ardiendo rigurosamente, y después de estar en él un rato saliere sin lesión alguna, o estando bien encendido lo apagare de un soplo, se debe creer sin duda que interviene pacto diabólico, porque ningún remedio o preservativo natural alcanza a tanto. Pero esto entiendo que aunque muchos lo cuentan nadie lo vió. Bien es verdad que aun cuando llegase el caso deberá examinarse con mucha sagacidad la experiencia, pues podría intervenir en ella algún engañoso juego de manos. Pongo por ejemplo podría tener el horno algún agujero, o por el suelo o por los costados, por donde al punto de entrar en él el saludador o cuando sopla la llama se introdujese por operación de otro que estuviese de concierto con él, agua fría en bastante cantidad para apagar el fuego y templar el ardor. Pueden discurrirse muchos modos de ejecutar esto con tanto disimulo que ninguno de los concurrentes perciba el artificio si no es muy sagaz. Puede también el saludador llevar muchos pequeños botijones o vejigas llenos de agua debajo del vestido, prevenidas de tal modo que se rompan o desaten al tiempo de entrar en el horno, y bastará esta invención para librarle si el fuego no es mucho. Acaso habrá otros juegos de manos para este efecto mucho más sutiles, pues a mí me ocurren los dichos sólo con pensar de paso en la materia, es de creer que los que ponen un continuo estudio en engañar el mundo con estas demostraciones hayan adelantado mucho más.

28. Si es verdadero un caso que refiere el padre Delrío citando a Vairo, se colige que hay algún preservativo que defiende del fuego por muy breve espacio al saludador que entra en el horno. Dice que habiendo entrado uno, otro hombre cerró la puerta del horno y abriéndole algún tiempo después, le hallaron quemado. Aquel infeliz parece se había metido en el fuego, debajo de la esperanza de salir muy presto de él, y confiado en alguna untura que hubiese experimentado eficaz para su defensa por un brevísimo tiempo, lo que se le frustró por la cruel temeridad del asistente. Sea lo que se fuere de este caso o de otros que se cuentan, vuelvo a decir que en cualquier experiencia en que el saludador resistiere el fuego más de lo que permiten todas las fuerzas de la naturaleza, se debe hacer juicio de que interviene pacto con el demonio. Pero yo le hago de que nadie hasta ahora vió hacer sino las pruebas ordinarias de pisar la barra y apagar la ascua con la lengua.

29. El pisar la barra del modo que

yo, siendo muchacho, lo vi hacer a un saludador, es cosa facilísima. Con guarnecer las plantas de los pies con cualquier pasta medianamente gruesa, pueden defenderse del fuego aquel breve tiempo que pisan la barra. Mucho más si la pasta fuere de algunos ingredientes de especial virtud para resistir o apagar el fuego, y mucho más aún si se añade el que tengan las plantas muy callosas, como es natural que lo procuren y fácil que lo logren.

30. Que usan de alguna pasta, me lo persuaden dos experiencias que oí a testigos de vista. La primera fué de un amigo mío, nada preocupado de la opinión del vulgo, el cual, en ocasión de ofrecerse un saludador a pisar la barra ardiendo, le apostó dos reales de a ocho a que no lo hacía como le permitiese lavarle antes las plantas de los pies a su gusto. De hecho el saludador retrocedió, negándose a la prueba con frívolas excusas, con que ninguno de los que estaban presentes dudó de que se traía algún defensivo en las plantas.

31. La segunda experiencia no es menos eficaz para probar el asunto. Informándome yo con la mayor exactitud sobre la prueba de pisar la barra encendida que hizo un saludador forastero pocos años ha en el lugar de Villaviciosa, distante siete leguas de esta ciudad de Oviedo, para deducir de sus circunstancias qué juicio se debía hacer, me dijeron algunos de los que se hallaron presentes que al tiempo de poner los pies en la barra se sentía bastante estridor y levantaba mucho humo, el cual se experimentaba extraordinariamente hediondo. De aquí colegí firmemente dos cosas. La primera, que el fuego verdaderamente ejercía su actividad en el cuerpo que tocaba inmediatamente, de que son indicios manifiestos el estridor y el humo, los cuales resultan de la acción de quemarse alguna cosa, especialmente si es húmeda. Colegí lo segundo que lo que se quemaba no era la carne o callos del saludador, pues éstos no habían de levantar mucho humo, ni el humo sería de hediondez extraordinaria, sino alguna pasta sobreañadida.

32. En uno de los tomos de la *República de las letras* leí no sé qué composición de masa de muy especial eficacia para apagar prontamente el fuego. en la cual tengo especie entraba un ingrediente muy fétido. No me acuerdo cuál era, ni en cuál de los tomos hallé esta notticia; y no es razón repasar ahora cincuenta y cinco libros para especificarla. Puede ser que aquel saludador supiese este mismo secreto y otros sepan otro o acaso todos este mismo.

33. En cuanto a apagar con la lengua la brasa, no tengo por muy difícil salvar la apariencia. Teniendo la boca bien húmeda, acercando la lengua a la brasa en ademán de lamerla, pero sin tocarla efectivamente, y arrojando el aliento hacia la brasa siempre que se hace el ademán de tocarla, me parece que el copioso y denso vapor que sale de la boca la humedecerá de modo que a breve rato se apague. Donde se debe notar también que la respiración arrojada hacia la brasa impele a la parte opuesta a la actividad del fuego, de modo que no ofende la lengua, aunque se acerque mucho a él. Cualquiera podrá experimentar que cuando se están soplando unas ascuas, por la parte donde se impele el aire se puede acercar más la mano que cesando el soplo. Sin embargo, he oído decir que tal vez de esta acción de lamer la brasa sacan los saludadores sus ampollas en la lengua.

§ VII

34. Yo no pretendo que todo lo que llevo dicho se reciba como una sentencia definitiva dada en juicio contradictorio; sí sólo que sirva de precaución para no creer a los saludadores de ligero y para que se hagan los experimentos de su ostentada virtud con rigor, de modo que no haya lugar a alguna falacia. Posible es que entre millares haya alguno que tenga gracia *gratis data* curativa de la rabia u otra

enfermedad; pero esto no se ha de crecr a menos que lo acrediten los efectos de la curación y la vida ejemplar del sujeto. Asimismo es posible que alguno cure por pacto con el demonio; pero tampoco se ha de creer esto de algunos en particular, sin motivos concluyentes. Puede formarse este juicio por el motivo que hemos expresado arriba, del que hiciere rigurosamente y sin falacia la prueba del fuego; y también del que con sus deprecaciones matare algún hombre deplorado por la rabia; porque esta es acción mortalmente pecaminosa, la cual, por consiguiente, no puede venir de gracia *gratis data*.

35. Aquí me pareció advertir también que es posible que tal cual saludador a vueltas de sus deprecaciones y soplos aplique algún remedio natural a la llaga, de los cuales se hallan algunos en los libros de medicina, que tratan de la hidrofobia.

36. Advierto últimamente que no hay cosa más ridícula ni más vana que atribuir, como atribuye el vulgo, virtud curativa de la rabia o de los lamparones a los que nacen después de otros seis hermanos varones, sin interrumpir esta serie de generaciones con alguna hembra. En este Principado conocí dos de éstos y conozco también una señorita enferma de lamparones, a quien tocaron y bendijeron los dos, sin embargo de lo cual se quedó con su enfermedad y aun se le fué agravando después. Esto lo deben estorbar los magistrados eclesiásticos y seculares, porque si no curan (como es cierto que no curan) es embuste; y si curan, interviene pacto implícito, siendo claro que aquella circunstancia no tiene proporción alguna para que a ella esté vinculada virtud ninguna curativa ni natural ni milagrosa. Y de este sentir son los teólogos que tocan este punto.

37. Estando para concluir este discurso, vino a visitarme el padre maestro fray Bernabé de Uceda, de la religión seráfica, sujeto a quien profeso singular amor y veneración, por su discreción, sabiduría y virtud ejemplar, cuyos talentos aprovecha más ha de treinta años, con gran beneficio de este país, en el apostólico ejercicio de misionero. Como este docto religioso, a causa de su ministerio, ejercitado por tantos años, tiene adquirido un gran conocimiento práctico del mundo, quise saber su sentir en orden a los saludadores. Respondióme abiertamente que había conocido a muchos y todos patarateros. Añadió luego que saludadores y duendes corrían parejas, porque nunca había hallado verdad alguna ni en uno ni en otro; y que de los energúmenos casi podía decir lo mismo, siendo cierto que para uno que hay verdadero, llegan a millares los fingidos. En el discurso cuarto de este libro se verá que no hay más probabilidad en la existencia de los duendes que en la virtud de los saludadores.

SECRETOS DE NATURALEZA

Discurso segundo

§ I

1. Son las inscripciones en los libros lo que los semblantes en los hombres, y tanto mienten aquéllas como éstos. Igual imprudencia es hacer juicio de un libro por el título que de un hombre por la cara. ¡Oh cuántos arrepentimientos ha habido de emplear el dinero en libros por la elegante apariencia de las fachadas! Las inscripciones magníficas, por lo común son promesas de pretendientes que niegan en el pecho lo que afirman con la boca: caras afeitadas, que con resplandores mentidos disimulan rústicas facciones; manjares bien pintados, que excitan el apetito por la vista, para burlarle después en la experiencia; manzanas de Sodoma, cuya hermosura sólo está en la corteza, siendo el interior todo ceniza.

2. Pero entre todos los libros de títulos mentirosos sobresalen aquellos que llaman libros de secretos de naturaleza. No hay libros más útiles para el que los hace ni más inútiles para el que los compra. Los demás libros son respectivos a determinados genios, estudios y aplicaciones. Estos a todo el mundo brindan, porque a todo el mundo interesan. Propónense en ellos remedios admirables contra todo género de dolencias, condimentos para hacerse o mentirse las mujeres hermosas; los avaros leen arbitrios para adquirir o aumentar riquezas; los curiosos invenciones para ejecutar maravillas. No hay pasión o apetito para quien no haya su brindis en un libro de secretos.

3. Sin embargo, estos son los libros más inútiles. Y juntamente los más costosos. Los más inútiles, porque en el efecto nada se halla en ellos de lo que se busca. Los más costosos, porque no sólo cuestan aquello en que se venden, pero muchísimo más, que se gasta en hacer esta, aquella y la otra experiencia. En los demás libros, cuando no pruduzcan algún fruto, sólo se pierde el dinero que se dió al librero; en éstos se pierde también el que se da al boticario, el que se da al droguista, generalmente el que se consume en comprar los materiales, que piden las recetas de los secretos, de los cuales algunos son exquisitos y preciosos. ¿Puede haber más lastimoso desperdicio? Sí puede y de hecho le hay.

4. Lo peor es que se pierde aquello mismo cuyo aumento o mejora se busca. La mujer que con el uso de condimentos quiere hacerse hermosa, anticipándose las arrugas de la vejez, se hace más fea. Esta es una cosa que cada día se palpa. El que con las recetas de los secretistas pretende curarse la enfermedad, se estraga más la salud, porque se aplican sin método, sin oportunidad, sin conocimiento. Aun los remedios ordenados por el médico y aplicados, como se cree, según arte, infinitas veces dañan; ¿qué harán aquellos que ciegamente, sin orden ni arte se aplican? Los que con secretos, ora sea el de la transmutación de los metales u otro cualquiera, quieren hacerse ricos, se hacen pobres, porque no hallan el oro que buscan y pierden el que buscándole gastan. En atención a tantos inconvenientes, de mi dictamen a nadie se debiera dar licencia

para imprimir libros de secretos. En España no sé que se haya impreso sino ese vulgarísimo de Jerónimo Cortés (que es el menos nocivo y aun el menos mentiroso, porque no contiene sino fruslerías de poca monta) y la traducción de Alejo Piamontés. Pero los que los entienden compran de buena gana los que se imprimen en otras naciones, como los de Wequero, Antonio Mizaldo, don Timoteo Rosello, Fioravante, Juan Bautista Porta y otros, juzgando hallar en cada uno muchos tesoros; los cuales buscando oro, ni aun cobre encuentran. A mí me consta de muchos a quienes de nada sirvieron tales libros, después de gastar no poco tiempo y dinero en varias experiencias.

§ II

5. En esta especie de libros son los más despreciables aquellos que parecen más preciosos, quiero decir, aquellos que prometen cosas admirables, como que el que trajere consigo tal piedra o tal hierba se hará amar de todos o será invencible de sus enemigos o engañará los ojos de los demás con representaciones maravillosas. Un libro hay intitulado *De Mirabilibus*, falsamente atribuído a Alberto Magno, de donde trasladaron mucho Wequero y otros, lleno de tales patrañas. Conocí a uno tan estúpido que anduvo muy solícito buscando la piedra heliotropia, porque en este libro había leído que el que la trajese consigo, juntamente con la hierba del mismo nombre, se haría invisible. Plinio (lib. 37, capítulo 10), propone esta especie en nombre de los magos; pero haciendo de ella la irrisión que merece, como de otras muchas semejantes, en otras partes de su *Historia Natural*. Sin embargo, no han faltado, aun entre los católicos, hombres embusteros que juntaron aquellos secretos mágicos que Plinio refirió haciendo mofa, para proponerlos a la gente ignorante como cosa seria.

6. En el citado libro de *Mirabilibus* y en otros se dan muchas recetas para engañar los ojos con varias representaciones fantásticas; como hacer que parezcan degollados todos los hombres que hay en una cuadra, o que se representen con cabezas de jumentos; que se extienda a la vista una hermosa y dilatada parra, con sus racimos y otras cosas semejantes. Ninguno hizo la experiencia que no hallase ser falsas todas estas promesas. Con todo, algunos no se desengañan y persuadidos a que faltaron en la observación de alguna circunstancia, repiten la experiencia o por lo menos consienten en que el autor ocultó estudiosamente algún requisito.

7. Fomentan esta vana creencia con algunas vagas noticias que en el vulgo de España corren, de que hay extranjeros que ejecutan cosas aún más admirables, como representar corridas de toros, hacer salir y moverse como cuerpos animados las pinturas de los lienzos, fingir en el campo ejércitos armados, en fin, fabricar a su arbitrio cualesquiera apariencias. A que se suele añadir que este o el otro español, en cuyas manos cayó por dicha un manuscrito extranjero que trataba de estas cosas, hizo los mismos prodigios.

8. El concepto que en España formamos de la habilidad de los extranjeros, en unas materias es errado por carta de más, en otras por carta de menos. No es dudable que o por su mayor industria mecánica o (lo que es más cierto) por su mayor aplicación van muchos pasos delante de nosotros en casi todas las artes activas. Pero los secretos admirables de que hablamos, tan ignorados son en las demás naciones como en España. Entre las manos tenemos innumerables historias de Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Italia, y en todas ellas no hallamos alguna relación de tales espectáculos. Ciertamente, si hubiera en las naciones artífices capaces de formarlos, nunca con más utilidad los harían que aplicándolos a la diversión de los príncipes o a utilidad de las repúblicas y no lo callarían en estos casos las histo-

rias; pero ni en los festejos públicos se encuentran tales espectáculos, ni en las guerras el uso de escuadrones fantásticos, que sin duda sería de suma utilidad representar gente armada donde no la hay, para contener por el miedo las irrupciones del enemigo.

9. Lo que únicamente se halla en algunas historias modernas es el suceso de Gebardo de Truches, arzobispo de Colonia, a quien Escoto o Escotino (como le llaman otros) Parmesano, figuró en un espejo a la hermosa Canonisa Inés de Mansfeld; representación más trágica que festiva para Gebardo, pues aquel espejo, como si fuese ustorio, le encendió en tan desordenado amor de la Mansfeld que por casarse con ella abandonó la religión católica, y de príncipe de la Iglesia y del imperio se redujo a vivir particular en Holanda. Pero los mismos autores que refieren esto, convienen en que Escotino era hombre que usaba la magia negra y hacía semejantes ilusiones mediante el pacto diabólico.

§ III

10. Cuando digo que en las historias no se hallan tales espectáculos, entiendo las que merecen nombre de tales, escritas por autores clásicos sobre el fundamento sólido de buenas memorias, porque de algunos libros de curiosidades, escritos por autores ligeros sólo a fin de divertir a ociosos, cuando se trata de examinar la verdad no se debe hacer aprecio, siendo cierto que en tales escritos se introducen frecuentemente hablillas vulgares y rumores inciertos.

11. De este género es lo que refiere el padre Gaspar Escoto (in *Ioco-Serijs*, Centur. 2, prop. 51) haber leído en una epístola adjunta al *Fasciculus temporum* de Vuernero, que estando el Emperador en Tréveris con muchos próceres, el abad Tritemio delante de ellos había hecho aparecerse no sé qué planta sobre una mesa; y que Alberto Magno delante de otro emperador había producido del mismo modo varias hierbas y flores. Sin escrúpulo se podrá juntar esto con la parlante cabeza de metal que vulgarmente se dice haber fabricado Alberto Magno.

12. Lo único que en materia de representaciones maravillosas hay verdadero son algunas curiosidades pertenecientes a las dos facultades de matemáticas, dióptrica y captótrica, que se ejecutan mediante la estudiosa configuración y disposición de espejos y vidrios. Todo el artificio consiste en que, ya con la reflexión, ya con la refracción de las especies visibles, se hacen ver los objetos fuera de sus propios lugares y se logra la admiración de los concurrentes, porque el objeto cuya imagen se representa está oculto y así suelen creer que la imagen sólo se pudo producir por arte mágica. De estas curiosidades se hallan muchas en los autores que tratan de dióptrica y catóptrica. La más singular es la que llaman linterna mágica, con la cual de noche se estampan en un momento varias figuras en cualquier lugar que se señale, a arbitrio del que pide la formación de ellas.

13. El uso es en esta forma. El que tiene la linterna ofrece a los concurrentes hacer parecer de repente en cualquier parte que le señalen de las paredes de un edificio la figura de un león o de un elefante o de otra cualquiera cosa y al instante que le designan el lienzo para la pintura, sólo con encarar a aquella parte la linterna aparece en la pared la efigie ofrecida. Esto llena de admiración a los ignorantes del artificio y no pueden creer que se haya hecho sin pacto diabólico. El arte de esta máquina consiste en un espejo de metal cóncavo, puesto a espaldas de la luz de la linterna un cañón, que se extiende hacia la parte anterior, instruído con dos lentes convexas, y entre la luz y la lente inmediata a ella se coloca la imagen, que por vía de proyección se ha de estampar en la pared, pintada en un vidrio plano u otra materia transparente. Baste decir esto por mayor. Quien quisiere enterarse

más exactamente de este artificio puede ver al padre Kirker en su *Arte magna de la luz y la sombra*; al padre Dechales en la *Catóptrica* o al padre Zahn en su curioso libro del *Ojo artificial*, donde verá el modo con que se pueden colocar en la linterna muchas figuras diferentes y aun darlas movimiento en la representación refleja, para hacer más vario y más admirable el espectáculo.

14. El padre Kirquer discurrió usar del mismo instrumento para que dos hombres se puedan comunicar a dos o tres millas de distancia, poniendo entre la luz y la primera lente, en vez de otras imágenes figuradas, las letras del alfabeto, las cuales se pueden ir colocando sucesivamente de modo que formen dicciones y cláusulas enteras para expresar uno a otro su mente, mediante la proyección de los caracteres a una pared o muralla que tenga a la vista el otro que está distante. Pero esto en la práctica creo que es inasequible, por razones que aquí no es menester proponer.

15. Además de aquellas representaciones admirables que hemos condenado por fabulosas, hay otros infinitos secretos, que aunque calificados por autores de alguna nota, justamente se deben colocar en la misma clase, ya porque la experiencia los contradice, o ya por la manifiesta desproporción que se halla entre la causa y el efecto. Creo que cuanto se dice de las excelentes virtudes de algunas piedras preciosas es falso. Harto frecuentes son entre nosotros estas alhajas, y no se ven los efectos; fuera de que algunos tienen toda la apariencia de repugnantes. ¿Quién se acomodará a creer lo que Juan Bautista Helmoncio y Anselmo Boecio dicen de la piedra llamada turquesa, que el que la trajere consigo no tiene que temer caída o precipicio, porque aunque sea de muy alto, todo el daño del golpe se transfiere a la piedra, haciéndose ésta pedazos para que quede sin lesión el dueño?. Refieren los dos autores alegados varios sucesos en comprobación de esta rarísima virtud. El juicio que se debe hacer es que la piedra se quebró porque recibió algún golpe en la caída, y el dueño se salvó, porque o cayó en favorable postura o no fué de muy alto.

16. ¿Qué cosa más decantada por innumerables autores que los polvos simpáticos hechos de vitriolo, que aplicados a la sangre que manó de la herida detienen otro eflujo de sangre a cualquier distancia en que el herido se halle? Sin embargo, los modernos que hablan con más experiencia y conocimiento, lo han hallado fábula; ni cabe otra cosa en buena filosofía. A este modo se venden en varios libros otras muchas drogas.

§ V

17. Los que quieren hacer valer en el mundo la ciencia de los influjos de los astros ostentan un especial género de secretos en la misteriosa mixtura de las cosas elementales con las celestes; supersticiosa producción de la doctrina platónica, que ha hecho delirar a hombres, por otra parte muy capaces. A esto pertenecen los sellos planetarios, la fábrica de algunos artificios debajo de determinados aspectos, las imágenes de las constelaciones estampadas en piedras, metales y otras materias, de que escribió muchos sueños Marsilio Ficino en su libro *De Vita coelitus comparanda*, siguiendo a Pselo, Jamblico y otros pitagóricos.

18. Suponen estos visionarios cierta simbolización simpática entre algunas cosas elementales y los astros, en virtud de la cual son capaces aquéllas de embeber los influjos de éstos si las disponen con apropiadas configuraciones o imágenes debajo de determinados aspectos. Camilo Leonardo, médico italiano, escribió un libro, que dedicó al famoso César Borgia, donde señala siete metales y siete piedras preciosas, que tienen simpatía con los siete planetas: conviene a saber, la turquesa y el plomo, con Saturno; la cornalina y el estaño, con Júpiter; la es-

meralda y el hierro, con Marte; el diamante y el oro, con el Sol; el ametisto y el cobre, con Venus; el imán y el azogue, con Mercurio; el cristal y la plata, con la Luna; y dice que los anillos hechos de estos metales, poniendo en ellos las piedras correspondientes con la observación de los aspectos debidos, sorben los influjos de los siete planetas, de modo que el que los traiga consigo logrará efectos admirables. Pongo por ejemplo: si se hace un anillo de plomo, imprimiendo en él la turquesa, esculpida del signo astronómico de Saturno, cuando este planeta está en su exaltación y no viciado de rayos nocivos, el que la trajere logrará inmensas riquezas y conocerá los pensamientos más escondido de aquellos con quienes trate.

19. Es verdad que los que escriben estas cosas, para no ser cogidos en mentira, siempre afectan ocultar algunos requisitos o los proponen enigmáticamente para que a la falta de ellos en la ejecución se atribuya a falta del efecto prometido. Mas no por eso deja de manifestarse la impostura, en que ninguno de los escritores de estos arcanos logró para sí mismo lo que prometo a otros. No se fatigara Camilo Leonardo en ejercer la medicina si, sólo con traer un anillo de plomo, pudiese hacerse riquísimo.

§ VI

20. Tan fecundo de maravillas conciben algunos este matrimonio de los cuerpos celestes con los elementales, escriturado según sus ideas, que quieren haya sido producción suya la cabeza de metal que arriba dejamos dicho se atribuye a Alberto Magno, y en cuya fábrica refieren gastó aquel grande hombre treinta años, porque todo este tiempo era menester para lograr en la formación de cada parte la constelación propicia. Fuera este sin duda un gran prodigio, a no ser una gran quimera. Dícese que esta cabeza servía de oráculo que respondía a cuantas preguntas le hacía Alberto Magno. Como si todas las estrellas pudiesen hacer que un poco de metal, de cualquier modo organizado, fuese informado de una mente, y no mente como quiera, sino capaz de resolver cuantas dudas le fuesen propuestas.

21. Esta es una fábula a quien no sólo se puso el nombre de Alberto Magno, pues no faltan autores que dicen haber hecho lo mismo otros hombres señalados, como Virgilio, el papa Silvestro II, los dos ingleses Roberto, obispo de Lincolnia, y Rogerio Bachon, franciscano; y, en fin, el marqués Enrique de Villena.

22. Lo que se debe admirar es que un hombre como el Abulense, en sus *Comentarios sobre los números* (capítulo 21, quaest. 19) y en otras partes, dé por hecho verdadero y constante la fábrica de la cabeza de Alberto Magno; con la circunstancia comúnmente añadida de que Santo Tomás de Aquino, que a la sazón era oyente de Alberto, entrando en una ocasión en el retiro donde estaba la cabeza, oyéndola hablar, la hizo pedazos: *Cum autem semel Beatus Thomas cameram Alberti Magni introisset, adhuc discipulus eius existens, istud caput, quod ad omnia respondebat, fregit.* En la misma cuestión dice también que en el lugar de Tabara, territorio de Zamora, hubo otra cabeza de metal, la cual avisaba siempre que algún judío entraba en aquel lugar, y no cesaba de clamar hasta que le echaban de él, y que los vecinos, juzgando que los engañaba, la hicieron pedazos, siendo así que siempre les decía la verdad.

23. Digo que se debe admirar que el Abulense haya dado asenso a esta fábula, especialmente porque la abrazó por la parte más odiosa, pues confesando que ningún arte humano, favorecido como quiera del influjo de los astros, puede fabricar la cabeza metálica con las circunstancias dichas, y sólo puede tener efecto concurriendo a la operación el demonio, le imputa el uso de las artes ilícitas al grande Alberto; acusación a quien deshace en-

teramente la notoria santidad de este famoso hombre. Puede disculparse en alguna manera el Abulense, porque en su tiempo no estaba aún canonizado, ni beatificado; fué beatificado mucho tiempo después por Gregorio XV.

24. La explicación que da el Abulense de la formación de aquella cabeza descubre con su falsedad la de la fábrica. Dice que los influjos de los astros, participados al metal en la sabia y prolija observación de treinta años que duró la obra, la indujeron aquellas disposiciones que eran menester para que el demonio hablase en ella. Pero ¿es que había menester el demonio de esas disposiciones? ¿No podía sin ellas mover el aire vecino a la cabeza o el que estaba contenido en su cavidad, de modo que sonasen las voces articuladas que quisiese?

§ VII

25. Pero dejemos ya delirios astrológicos para decir algo de los secretos de medicina. Estos serían los más útiles si fuesen verdaderos, porque la vida y la salud son apreciables sobre todos los demás bienes temporales. ¡Oh dicha grande, si en un pequeño librejo que trata de estos remedios tuviésemos un fiador de la salud contra todas las enfermedades! Mas el daño es que no hay cosa más vana ni más nociva que esas recetas que están impresas con el título de secretos medicinales. Lo primero, porque no son verdaderamente secretos. ¿Cómo es creíble que el autor de cualquiera de esas colecciones supiese tantos arcanos y sobre eso fuese tan pródigo de ellos que a centenares los sacase a la luz pública? Siendo cierto que cualquiera que ha alcanzado algún remedio singular le ha guardado con suma tenacidad, por no perder el grande emolumento que le resulta de reservar para sí solo la noticia. Lo segundo, porque aunque en esos libros haya una u otra receta buena, la falta de la designación de circunstancias en que se debe usar la hace mala. Una misma enfermedad en especie, según las varias causas que la inducen o el diferente estado en que se halla o los diversos síntomas que la circundan u otras infinitas circunstancias de intención, duración, temperamento del sujeto, calidad del clima, etc., pide distinta curación. Pues ¿ de qué servirá una receta de la cual se dice en seco que es buena para tal enfermedad? Puede ser que aproveche en alguna ocasión; pero hará daño en dos mil.

26. Añádese a lo dicho que tal vez debajo del nombre de una enfermedad cuya curación se propone en los libros, se comprenden muchas enfermedades específicamente diversas. No hay libro de secretos que no traiga colirios y remedios universales para los ojos. Pero este precioso órgano está sujeto a tantas dolencias diferentes y aun opuestas que el remedio que aprovecha en una precisamente ha de ofender a otras. Mr. de Woolhouse, famoso oculista inglés, pocos años ha, demostró trescientas enfermedades distintas que pueden padecer los ojos, lo que no sólo prueba que son inútiles esos remedios genéricos, sino que es preciso destinarse algunos hombres a este determinado estudio, pues los médicos y cirujanos comunes no adquieren ni pueden adquirir sino un conocimiento muy limitado y confuso de materia tan vasta y que pide no sólo la ciencia médica, sino la óptica, de la cual carecen enteramente nuestros médicos. El sapientísimo padre Dechales, en el lib. I *De Optica*, propos. 30, dice que tuvo mucho que reir en una junta de médicos que habían sido llamados para tratar de la curación de cierto afecto de los ojos que padecía un jesuíta de su colegio. Todos convinieron en que era principio de una catarata que se formaba en la pupila. El padre Dechales, por las reglas de la óptica, mostró con evidencia matemática el craso error de los médicos, y acaso si no fuera por él, se hubiera procedido a un atentado enorme en la curación.

§ VIII

27. Volviendo a los secretos medicinales, juzgo que estos son como los duendes, que se dice que en muchas partes los hay y rara o ninguna vez se encuentran. ¿Qué espagírico extranjero viene a España y aun sin ser espagírico ni ser nada, sino un simple vagabundo, que no se jacte de poseer tal cual remedio recóndito para algunas enfermedades? ¿Y qué hacen éstos sino llevar a filo de antimonio, como a filo de cuchillo, a los enfermos imprudentes que se ponen en sus manos? Donde notaré que algunos de los que venden antídotos engañan miserablemente al vulgo con experiencias falaces. He oído decir que para probar la eficacia de sus drogas comen o dan a comer a algún animal la cabeza de una víbora u otra sabandija venenosa; hácenle después tomar alguna porción de su droga; y como todos ven que el veneno tomado no hizo efecto, se atribuye la indemnidad a la virtud del antídoto. La verdad es que no se hubo menester antídoto, porque no hubo veneno. En el segundo tomo, discurso segundo, núm. 49, advertimos que las sabandijas venenosas muertas y tomadas por la boca no hacen algún daño.

28. En las observaciones de la Academia Leopoldina se lee que no ha muchos años andaba un vagabundo por Alemania vendiendo cierta droga con el título de agua vulneraria excelentísima. El medio con que la acreditaba era el siguiente. Taladraba con un clavo, batiéndole a golpe de martillo, la cabeza de un perro, hasta penetrar a la sustancia del cerebro. Hecha la herida, la lavaba con su agua vulneraria, y el perro sanaba dentro de pocos días. Ejecutoriada de este modo la eficacia del remedio, lo vendía a peso de oro. Pero un médico sagaz, que sospechó la verdad del caso, vino a averiguar el dolo, haciendo la misma herida y hasta la misma profundidad a tres o cuatro perros, los cuales sanaron perfectamente, sin aplicarles el agua vulneraria ni otro remedio alguno, de donde se conoció que la buena encarnadura de esta especie de animales les tenía lugar de medicina y el agua que vendía el tunante era pura droga.

§ IX

29. Mas ¿qué me detengo yo en comprobar la nulidad de los secretos que se atribuyen unos ignorantes vagabundos? Creo que con bastante probabilidad podré acusar del mismo engaño a los más decantados secretistas. Ningunos más aplaudidos en esta clase, aun por los mismos médicos, que aquellos dos grandes enemigos de Galeno, Theofrasto Paracelso y Juan Bautista Helmoncio. Del primero se cree, porque se halla escrito en su epitafio, que curaba la gota, la hidropesía y otras enfermedades, reputadas por incurables. Su arrogancia aún pasaba más allá, pues decía que podía con sus preciosísimos arcanos alargar la vida de un hombre, no sólo hasta igualar los años de Matusalén, pero muchos más. Esto segundo se falsificó en el mismo Paracelso, pues murió a los cuarenta y nueve años de edad de muerte natural, si no es que digamos que no se quiso hacer a sí propio el beneficio que podía hacer a los demás, o que

Non pro sunt Domino, quae prosunt omnibus artes

30. Lo primero tampoco está bien justificado. Juan Craton, médico famoso en la aula cesárea, que conoció y trató a Paracelso, en la epístola a Monavio (que cita Sennerto) dice que siendo llamado Paracelso por el archicanciller del imperio para que le curase la gota, le prometió que brevemente le sanaría, lo cual, no obstante, no ejecutó ni tarde ni temprano; antes habiéndole asistido algunas semanas, se halló peor que antes el archicanciller, y Paracelso se escapó de la Corte, excusándose con el ridículo pretexto de que aquel prócer no era digno de que él le curase. Este suceso hace

creíble que lo que se decía de las curas de otros gotosos hechas por Paracelso era un rumor popular, a que él mismo con su jactancia y sin otro fundamento había dado principio. El epitafio que se lee en su sepulcro es corto fiador, porque las inscripciones sepulcrales son como los panegíricos funerales, que nadie los contradice por mentirosos que sean, porque nadie envidia la alabanza a un hombre que acaba de morir. Yo creo que en atención a que Paracelso fué un gran bebedor, especialmente en los últimos años, y que con sus excesos en el vino, como comúnmente se cree, se acortó la vida, se le podría poner con más verdad el epitafio que a otro de su nación se puso en la iglesia de Santo Domingo de la ciudad de Sena:

Vina dedere neci Germanum, vina sepulcro
Funde, sitim nondum finit atra dies.

31. No por eso negaré que supo Paracelso algunas cosas que ignoraban todos o casi todos los médicos de aquel tiempo, y que es verosímil aprendió de nuestro famoso abad Juan Tritemio, hombre eminente en todo género de letras, y de quien Herman Boerhaave dice que fué admirable en la facultad química: *Maximus chimicus fuit.* Es cierto que fué Paracelso discípulo por algún tiempo del insigne Tritemio, y que el mismo Paracelso en varias partes de sus escritos hace un aprecio y gloria singular de haber tenido tal maestro, con que habiendo sido Tritemio excelente en la química (la cual ignoraban entonces enteramente todos los profesores de medicina) es de creer que Paracelso tomó de él algunos documentos de este arte para el uso médico. También es cierto que supo Paracelso dos secretos que entonces lo eran y ya no lo son, conviene a saber: el uso del mercurio y del opio. El primero se dice que le fué comunicado por Jacobo Carpo, profesor boloñés, que fué el primero que le puso en práctica para la curación del mal venéreo, y parece que Paracelso, debajo del nombre y composición de turbith mineral, le aplicaba también a otras enfermedades crónicas. Así, al tiempo que los demás médicos no hacían otra cosa que acabar cuanto antes con los pobres galicados a purgas y sangrías, Carpo y Paracelso ganaban mucho crédito y mucho más oro con sus felices curas. Del primero especialmente se sabe que juntó un caudal inmenso, lo que no sucedió a Paracelso, porque era un gastador desbaratado. La virtud del opio no era ignorada de los demás médicos; pero no le usaban o le usaban con suma parsimonia, porque juzgándole frío en cuarto grado, le tenían por peligrosísimo. Al contrario Paracelso, o por más resuelto o porque supiese prepararle mejor o porque comprendiese más justamente hasta dónde podía extender la dosis, le administraba con feliz suceso en los grandes pervigilios y dolores muy agudos, en forma de píldoras y debajo del nombre de láudano, voz bárbara, que él mismo inventó para ocultar el medicamento y celebrarle al mismo tiempo, como quien quiere significar medicina laudable; con que logrando de su mano los enfermos que se hallaban en este estrecho el alivio que ningún otro médico podía darles, miraban a Paracelso como un hombre divino. Sobre este cimiento se erigió su arrogancia a atribuirse arcanos grandes que no poseía y sobre el mismo se fundó el vulgo para creerle.

32. Este me parece el concepto justo que se debe hacer de Paracelso, igualmente distante de las dos ideas extremamente opuestas que se han formado muchos de ese famoso alemán; unos, que le tienen por un ignorante atrevido, y otros, que le juzgan inteligencia superior a todo lo humano.

33. Juan Bautista Helmoncio, natural de Bruselas, de familia ilustre, no se puede negar que fué un genio raro y capacísimo. A pocos años de estudio hizo grandes progresos en las ciencias naturales. Su violenta propensión a la medicina le hizo preferir esta profesión a todas las demás, aunque contra el gusto de sus tutores y parientes, que le destinaban a empleo más proporcio-

nado a su nacimiento. A los diecisiete años de edad se halló consumado en la doctrina hipocrática y galénica, que luego empezó a enseñar y ejercer. Pero como en el uso del arte observaba frecuentemente no corresponder los sucesos a las máximas de sus autores y maestros, disgustado de la doctrina hipocrática, se aplicó a la química, que ya entonces tenía algo de curso, y en que salió eminentísimo, como consta de la confesión de los inteligentes y sobre todo de los grandes elogios que a cada paso le da el supremo químico de estos próximos tiempos Roberto Boyle, quien celebra sumamente todos sus escritos, exceptuando el *De Magnetica corporum curatione*. Hizo después un viaje a Alemania, donde encontrándose con un paracelsista a quien trató despacio y vió hacer algunos bellos experimentos, se aficionó a la doctrina de Paracelso y la estudió con grande aplicación. Volvió a Flandes a ejercer la medicina según el nuevo sistema, donde vivió sumamente aplaudido. Moreri dice que habiéndole sospechado de magia por sus admirables curaciones, fué delatado al Santo Tribunal de la Inquisición, donde se justificó plenamente; mas por evitar que se le repitiese el mismo riesgo, se retiró a Holanda, donde acabó su vida.

34. He dicho todo lo que hallé bastantemente comprobado en alabanza de Helmoncio. No obstante lo cual, afirmo que éste fué, como su antesignado Paracelso, un hombre jactancioso, que vanamente se quiso levantar sobre sí mismo y persuadir al mundo que sabía mucho más de lo que sabía, fingiendo alcanzar admirables secretos medicinales de que jamás tuvo conocimiento. En sus obras se hallan estampadas sus baladronadas. Ya que dice que sabe curar todas las fiebres con un solo diaforético; ya que cura la fiebre ética en un mes y todas las demás en cuarenta y cuatro horas; ya inculca a cada paso (lo que es más que todo) su decantado alcaest o disolvente universal que ha dado tanto que decir, y por cuyo medio se jacta de curar todas las enfermedades. Ya en fin con una u otra gota de la resolución del leño cedrino, hecha por medio de su alcaest, promete depurar toda la masa sanguinaria, instaurar todo el jugo vital, rejuvenecer al hombre y hacerle vivir casi eternamente. Pero

Quid dignum tanto feret hic promiflor hiatu?

Ello dirá. Murió Helmoncio a los setenta y siete años de edad, no de algún accidente repentino que no le diese lugar al uso del remedio universal, sino de asma, enfermedad tan prolija, que daría treguas para traer el alcaest del Japón si estuviese en el Japón el alcaest. Luego no tuvo tal remedio universal. Mas el mismo Helmoncio refiere en sus obras como a los setenta y tres años padeció una perineumonía, y dice los remedios de que usó, entre los cuales no obra el alcaest ni otro medicamento que no sea conocido. En otra parte confiesa que no pudo curar a su propia mujer de no sé qué enfermedad, hasta que Butler le dió un poco de aceite, en que había infundido su famosa piedra, y con él sanó. En otra, que no pudo curar a una hija suya de la lepra; pero enviándola a un santuario de nuestra Señora, dentro de una hora fué milagrosamente curada.

35. Creamos, pues, que Helmoncio por su mayor ingenio y conocimiento médico hizo algunas curaciones imposibles a los médicos vulgares, mas no que tuviese los secretos raros que jacta. Tomás Pope Blount (*Censur. celebr. auctor.*, fol. 955), tratando de Helmoncio, trae el testimonio del doctísimo Caramuel, que le conoció y en que podemos hacer juicio, nos da la verdadera idea de este famoso médico: «Helmoncio —dice Caramuel— a quien conocí, fué hombre piadoso, docto y célebre, enemigo jurado de Aristóteles y Galeno, con cuya asistencia los enfermos no eran muy fatigados, porque al segundo o a lo sumo al tercer día, o perdían la vida o recuperaban la salud. Era llamado principalmente para aquellos que estaban desahuciados por

los demás médicos, de los cuales curó a muchos con gran sentimiento y vergüenza de los que los habían condenado por deplorados.» Lo propio casi dice Nicolás Franchimont, citado por el mismo Pope Blount. Estas son sus palabras: «Helmoncio tenía tan alta reputación en Bruselas que sólo acudían a él, como áncora sagrada, los que estaban desahuciados por todos los demás médicos, no pocos de los cuales libró de la muerte.» De aquí podemos concluir que Helmoncio fué hombre extraordinario en su facultad y utilísimo a la república, pues era sin duda un gran fruto del arte salvar muchos condenados a muerte, aunque a otros puestos en el mismo trecho se les acortasen por pocos días los plazos de la vida.

§ XI

36. Después de Paracelso y Helmoncio, me ocurre otro famoso secretista moderno, muy parecido a aquellos dos, el caballero Borri, cuyo nombre suena ya mucho en las boticas y es repetido en las recetas de los médicos a causa del vomitorio que inventó y que con voz vulgarizada se llama «los polvos del Borri». Pero como por lo común del Borri poco más se sabe que el nombre, daré aquí alguna noticia de él, que creo no será ingrata a los curiosos, porque sin duda fué un hombre muy extraordinario en genio, acciones y fortuna.

37. Joseph Francisco Borri, natural de Milán, pasó niño a estudiar a Roma, donde luego descubrió una prodigiosa vivacidad de espíritu y una felicísima memoria. Hechos los primeros estudios, se aplicó a la química y medicina, adelantando mucho en una y otra en breve tiempo. Los desórdenes de su juventud escandalizaron la Corte romana; pero, o ya de miedo a ser castigado o porque los ímpetus de su genio, reciprocando hacia opuestos extremos, le conducían a todo género de extravagancias, o porque ya entonces empezaba a concebir los perniciosos designios que después salieron a luz, fingiéndose arrepentido de sus pasados excesos, hizo tránsito de un libertinaje declarado a una profunda hipocresía. Acreditóse de devoto, y cuando le pareció que ya la opinión de su virtud estaba bien establecida, empezó a sembrar clandestinamente que tenía revelaciones y apariciones angélicas. Viendo que cuajaba el embuste, le iba dirigiendo poco a poco hacia el blanco que miraba su ambición. Pero considerando que Roma no era teatro a propósito para lograr su proyecto, se retiró a Milán, su patria. Allí, prosiguiendo en la afectación de santidad, reprodujo sus visiones: introdújose a director de espíritus crédulos; juntó gran número de discípulos; hízose caudillo de nueva secta, inspirándoles varios errores. Su intento era alistar tanta gente debajo de sus banderas, cuanta bastase para apoderarse del Estado de Milán, poniéndola en armas cuando llegase la ocasión. Ligaba a sus alumnos con algunos votos muy oportunos para la consecución del fin, de los cuales uno era el del secreto, porque no se descubriese la trama; otro, el de pobreza, por cuyo medio se hacía dueño de los caudales de todos. Los dogmas que derramaba eran muy acomodados a la ruda devoción de la plebe. No ignoraba este hombre astuto la gran disposición que siempre hay en el vulgo para admitir sin examen cuanto se le presente ser excelencia de María Señora nuestra; y así, tomando el rumbo por donde preveía favorable el viento, enseñaba que la Sacratísima Virgen era verdadera diosa; que a su humanidad se había unido hipostáticamente el Espíritu Santo, como el Verbo Divino a la de Cristo, Señor nuestro, y que por obra milagrosa del mismo Espíritu Santo había sido concebida en el vientre de Santa Ana sin cooperación alguna de San Joaquín, de quien decía que era impotente.

38. Sin embargo de las precauciones tomadas, antes que el número de los sectarios fuese bastante para obrar con fuerza abierta, se rezumó el mis-

terio y llegó a noticia de los inquisidores, los cuales procedieron a prender algunos de aquella congregación; pero el Borri tuvo la dicha de hurtar el cuerpo y salvarse en Estrasburgo. De allí pasó a Amsterdam, donde ejerció la medicina con singular aplauso. Todos acudían a él precipitadamente, como a médico universal de todos los males. Al mismo tiempo tuvo arte para persuadir a aquel gran pueblo que era persona de alto carácter. Sustentaba un honrado equipaje; hacíase tratar de excelencia y ya se hablaba de casamiento con mujeres de la primera calidad, cuando descubriéndose la maraña se vió precisado a huir de Amsterdam y lo ejecutó una noche llevando gran suma de dinero y pedrería que había estafado o sacado en empréstito. Pasó a Hamburgo, donde se hallaba a la sazón la reina Cristina, debajo de cuya protección se puso, y de cuyo favor abusó, empeñándola en algunos gastos, por la esperanza que le dió de hallar la piedra filosofal, lo que no tuvo algún efecto. De allí se encaminó a Copenhague, donde inspiró la misma esperanza a Federico III, rey de Dinamarca, y ganó el afecto de este príncipe hasta el grado de hacerse odioso por su valimiento a los grandes del reino; no obstante que los grandes gastos que le movió a hacer en solicitud de la soñada piedra filosofal no tuvieron mejor suceso que los hechos en Hamburgo por la reina Cristina. Muerto Federico, considerándose poco seguro en Dinamarca y viendo pocas apariencias de adelantar mucho su fortuna en alguna de las Cortes de la cristiandad, resolvió ir a Constantinopla. Con este ánimo había llegado ya a las fronteras de Hungría, a la sazón y en la propia coyuntura en que acababa de descubrirse la conjuración de los condes Nadasti, Serin y Frangipani. La desdicha del Borri quiso que se hallasen en él algunas señas de cómplice en aquella conspiración, aunque verdaderamente no lo era; con que fué preso y dado noticia a Viena. Puntualmente estaba el nuncio pontificio en conversación con el emperador Leopoldo, cuando le dieron a éste el aviso de la prisión de José Francisco Borri, cuyo nombre ignorado del emperador, no bien oyó el nuncio cuando dijo a su majestad imperial que aquel era un hombre condenado en Roma por heresiarca, que asi el preso tocaba al Papa, y le pidió en nombre de su Santidad.

39. En efecto, era así, que luego que el Borri huyó de Milán se hizo su proceso en Roma y declarado hereje contumaz, su efigie y escritos fueron quemados en el campo de Flora por mano del verdugo. Sobre cuyo asunto se cuenta un chiste sazonado de este raro duende. Y es que dándole después noticia de cómo habían quemado en Roma su estatua, preguntó en qué día, y ajustada la cuenta de que aquel mismo día había transitado por una montaña nevada, respondió que bien lejos de sentir aquel fuego, jamás en su vida había padecido igual frío. Es verdad que el mismo chiste refieren otros de Henrico Estefano y otros de Marco Antonio de Dominis.

40. Hallóse que el Borri no había metido la mano en la conjuración de Hungría, y así, sin dificultad, se le hizo entregar el emperador al nuncio, aunque debajo de la palabra dada de parte de su Santidad que no se le aplicaría suplicio capital. Fué pues, conducido a Roma el Borri, y allí, después de la abjuración solemne de sus errores, condenado a prisión perpetua en las cárceles de la Inquisición, donde estuvo hasta que un accidente raro le hizo salir y mejorar de prisión. Cayó enfermo el duque de Etre, embajador de Francia en la Corte romana, y la enfermedad se fué agravando de modo que todos los médicos le abandonaron por deplorado. Como siempre subsistía la fama de que el Borri era hombre de especialísima comprensión en la medicina, ocurrió al cardenal de Etre, hermano del enfermo, apelar a aquel hombre de la sentencia de los médicos y suplicar al Papa le permitiese salir para ver al duque. Logró el cardenal en la benignidad del Pontí-

fice su demanda, y el duque en la asistencia del Borri la desesperada mejoría. Esta curación hizo gran ruido en Roma, porque todos daban al duque por muerto, y así se dijo por gracejo que un heresiarca había hecho en Roma el milagro de resucitar un difunto. Agradecido el prócer francés a tan señalado beneficio, consiguió del Pontífice que su restaurador fuese transferido al castillo de Sant Angel, donde se le dió habitación espaciosa y cómoda, y en ella tenía libros y laboratorio para estudiar y trabajar en operaciones químicas. Dicen unos que después gozó siempre de la libertad de salir de la prisión dos veces cada semana y que la reina Cristina le enviaba a buscar a veces en su carroza, como también de ser visitado de cuantos querían verle; otros, que nadie podía hablarle sin obtener para ello cédula del cardenal Cibo; otros, en fin, que gozó de aquellos privilegios mientras vivió la reina Cristina, y se le quitaron o cercenaron muerta esta princesa. En fin, murió el año de 1695 a los setenta y nueve de edad.

41. De la relación que acabamos de hacer de la vida y sucesos del Borri, consta que éste fué un espíritu sutil, inquieto, ambicioso, osado, astuto. En cuanto a su habilidad médica, hago juicio de que era bastantemente particular, no sólo para las curas singulares que hizo, pero aun más por los créditos que tuvo en Roma. Es cierto que los romanos consideraban al Borri como un hombre capaz de hacer lo que otro ningún médico hacía; y aunque no pocas veces la estimación popular es más hija del engaño que del mérito, debemos exceptuar el caso presente, pues no es posible que en un pueblo tan advertido como el de Roma triunfase tanto tiempo la impostura, mayormente cuando la estimación de este hombre no sólo reinaba en la plebe, mas también en la gente de mejor estofa y de alguna doctrina. También es cierto que curó algunos enfermos a quienes dejaron los demás médicos por incurables. El suceso del duque de Etre fué notorio en toda Europa. M. Monconis en la segunda parte de sus *Viajes* cuenta cómo curó el Borri perfectamente el cáncer engendrado en un ojo, desesperado ya por los demás médicos; esto supo Monconis del mismo enfermo, que era un pintor llamado Otón; y a dos personas fidedignas, que conocieron al Borri en Roma, oí referir otros casos semejantes.

42. Mas por lo que mira a secretos medicinales de alguna monta, no se infiere de lo dicho, ni es verosímil que el Borri los poseyese, pues atendiendo al miserable estado en que se halló desde que le prendieron, todos aquellos que pudiesen contribuir a aliviarle algo en las prisiones lograrían fácilmente la comunicación de ellos, y por aquí se habrían hecho ya públicos. He dicho secretos de alguna monta, por no negarle que supiese mejorar con alguna operación química de su invención uno u otro medicamento. En esta clase ponemos los polvos que tienen su nombre, los cuales no son otra cosa que cristal de tártaro antimoniado. Puede decirse que es un buen medicamento, porque se cree que en su manipulación se despoja el antimonio de la actividad deletérea o venenosa que tiene, y por este medio se constituye en el grado de un vomitorio inocente. mas que al fin no hace otra cosa que mover el vómito, como otros muchos que hay en las boticas. Y esto es todo lo que la facultad médica heredó del famoso Borri.

43. Ni era menester poseer arcanos particulares para hacer curaciones a que no alcanzasen los demás médicos. Así como en otras facultades, estudiando por los mismos libros y debajo de los mismos maestros, salen unos profesores buenos, otros medianos, otros mínimos y tal cual genio raro excede a todos, como el sol a las estrellas, lo propio debe suceder en la Medicina. Unos mismos preceptos, unos mismos experimentos, rectamente combinados y manejados por un entendimiento juicioso, sutil, comprensivo, producen grandes aciertos, y siniestramente en-

tendidos y aplicados por una capacidad corta inducen a insignes errores. Con unos mismos instrumentos un artífice ejecuta maravillas y otros mamarrachos. El pincel de Apeles era como el de los demás pintores y el cincel de Fidias como el de los demás estatuarios.

44. Es, pues, error pensar que los médicos que logran algunos particulares aciertos tinen algunos particulares específicos. Con los remedios que están patentes a todos en los libros se pueden hacer milagros, como haya un talento grande para la elección de ellos y para atinar el *cuándo* y el *cómo*. Este es el arcano máximo o don especial de Dios, que vale más que todos los arcanos.

45. Es verdad que este error del vulgo nace de los mismos médicos, porque algunos, para hacerse más espectables y aun más caros, fingen tener particulares remedios y recetan misteriosamente *recipe nuestra agua, nuestros polvos, nuestras píldoras*, etc., dirigiendo la receta a determinado boticario, a quien se ha comunicado el misterio. Comúnmente estas recetas nada tienen de particular, sino alguna diferente combinación arbitraria de los mismos simples o compuestos de que usan los demás médicos o la adición de otra alguna cosilla común (que a este o al otro médico se le antoja hacer por su capricho) a una composición ordinaria. Donde se puede incidir en dos inconvenientes: el primero, que la composición con esta novedad no sea tan útil o sea positivamente nociva; pues más fácil es que se engañe un médico particular, que fué autor de esa invención, que el que yerren todos los demás, que aprueban las composiciones comunes. El segundo, que puede el boticario, si no tiene conciencia, vender el remedio en mucho más de lo que vale, diciendo que entran en él drogas muy costosas, aunque conste de los simples más viles. Yo por mí declaro que no quiero médicos preciados de secretistas, ni tomaré jamás remedio que no esté expresado con su nombre propio en la receta.

PARADOJAS MATEMATICAS

Discurso séptimo

1. Entro en esta materia con el preciso desconsuelo de no poder darme a entender bastantemente a la mayor parte de los lectores. Son en España tan forasteras las matemáticas que aun entre los eruditos hay pocos que entiendan las voces facultativas más comunes; pero la importancia de este discurso para desengañar al espíritu humano de lo poco que debe fiar de sus más establecidas aprensiones, me obligó a vencer este reparo. Sirve esto mucho a otro fin más noble. Nunca nuestro entendimiento está más bien dispuesto a rendirse a los sobrenaturales y revelados misterios que cuando hace la reflexión debida sobre la cortedad de su alcance aun en las cosas naturales. Y esta reflexión se excitará necesariamente en los lectores capaces al ver en el presente discurso demostradas con evidencia algunas proposiciones en que antes concebía una manifiesta repugnancia. Procuraré familiarizarme a la inteligencia de los más tardos cuanto lo permitiere la materia; mas porque este conato en algunos puntos sería inútil sin la ayuda de figuras, hice estampar las precisas que se hallarán al fin de este discurso. Las paradojas irán divididas según el orden de las diversas facultades matemáticas a que pertenecen.

Posibles son dos líneas que continuamente se vayan acercando más y más una a otra, y que por más que se prolonguen nunca lleguen a tocarse

§ I

2. Desde el punto *C* se tirarán las rectas que se quisiere hacia la línea *A L* haciendo ángulos con ella, los cuales tanto serán más agudos cuanto las líneas sean más inclinadas o se tiraron a mayor distancia. Tales son las líneas *C M C N C O C P C Q C L* Córtese de todas ellas una igual porción, v. gr., de dos dedos, hacia la línea *A L*, como se demuestra en la figura. Digo que si desde el punto B, se tirase una línea cortando las que van del punto *C* a la línea *A L* en los puntos *D*, *E*, *F*, *G*, *H*, *I*, donde se hizo la división dicha, la línea oculta *B*, *I*, encaminada por dichos puntos, se irá acercando siempre más y más a la línea *A L*. Pero por más que se prolonguen una y otra, nunca llegará a tocarla.

3. La razón es clara; porque los puntos de la división, a proporción que las líneas fueren más inclinadas e hicieren ángulo más agudo, estarán más cerca de la línea *A L*, y, por otra parte, ninguno de aquellos puntos tocará a dicha línea, por la suposición hecha de que la división se hizo en la distancia de dos dedos de la línea antes del punto del contacto.

4. De otro modo. Por más que se prolongue la línea *A L*, a cualquier distancia suya se podrá tirar una línea desde el punto *C* que haga ángulo con ella: *sed sic est* que en esta misma línea tirada del punto *C* se puede señalar un punto por donde se corten dos dedos de su longitud antes de llegar al punto de contacto; luego hay un punto por donde la corte la línea que viene del punto *B*, y por consiguiente ésta, cuando llegue a cortarla, no tocará a la línea *A L*.

5. Llaman los matemáticos *asímptotos* a estas líneas que prolongadas siempre distan menos, sin poder llegar a tocarse. Y aunque la voz *asímptotos* se apropie con particularidad a

las dos líneas del triángulo que comprende a la línea hipérbola, hay otras de este género, fuera de éstas y de las que hemos señalado en la figura. Como son dos parábolas iguales, puesta una debajo de la otra; también dos hipérbolas se pueden describir de modo que sean *asímptotos*. Pero en estos casos es la demostración embarazosísima y para entenderla es menester más que mediana tintura de geometría.

6. Advierto que la verdad de nuestra proposición, aunque se convence con demostración teórica, es imposible la ejecución en la práctica, por ser imposibles formar líneas indivisibles, cuales eran necesarias para la ejecución; pero haremos más sensible su verdad a los que no hubieren penetrado bien la demostración propuesta con otra paradoja equivalente a la que acabamos de probar y que en el fondo viene a ser la misma.

7. Digo que puede suceder que entre dos cantidades desiguales, aunque se vayan haciendo infinitas adiciones a la menor, nunca llegue a igualar a la mayor. Esto sucederá infaliblemente, como las adiciones se vayan haciendo en progresión geométrica descendente. Por ejemplo: pongamos una cantidad de dos varas y otra de una; añádasele a ésta media vara, después una cuarta, luego una octava; y así, continuando infinitamente, añádasele siempre la mitad de la parte añadida antecedente; nunca podrá la añadida igualar a la entera, porque como lo que le falta para igualar es siempre otro tanto como la inmediata añadida, añadiéndosele sólo la mitad de ésta, nunca puede llegar a igualar, esto es, nunca la cantidad de una vara podrá con infinitas adiciones llegar a tener dos varas.

8. He dicho que esta paradoja en el fondo es una misma con la antecedente; porque así como la razón de no llegar a igualarle las dos cantidades es que las adiciones se van disminuyendo en cierta proporción geométrica, la razón de no llegar jamás a tocarse las dos líneas es porque la inclinación de una a otra también se va disminuyendo sucesivamente en alguna determinada proporción geométrica, al paso que las líneas se van prolongando.

9. La proposición establecida puede tener su uso, como símil oportunísimo, en algunas materias filosóficas y teológicas, para confirmar la máxima repetida de que las cosas del orden inferior, por más que crezcan en perfección, nunca pueden igualar las cosas colocadas en orden superior y disolver el molestísimo argumento que contra ella se hace. Esta disquisición ocurre en varios asuntos, pero especialmente se interesan en la máxima referida muchos teólogos, que, sin embargo de negar que el pecado en razón de ofensa sea *simpliciter* infinito, asientan que nunca puede igualarle con su valor satisfacción alguna de la pura criatura. Los contrarios instan sobre que siendo finito el pecado, podrá crecer la satisfacción más y más, hasta llegar a igualarle; y para ocurrir a esta dificultad, digo que es oportunísimo el símil de la línea, que acercándose siempre más y más a la otra, nunca llega a tocarla. Sirve también para explicar cómo, por más que el hombre crezca en perfección, nunca llegará a igualar al Angel: acercarásele más y más pero nunca llegará a tocarle. Lo mismo digo del bruto, respecto del hombre.

Dos paredes de un edificio, si están hechas a plomo, no pueden ser paralelas o equidistantes; antes bien es preciso que disten más una de otra por la parte superior que por la inferior.

§ II

10. Esta paradoja está ya bastantemente vulgarizada; sin embargo, me pareció proponerla aquí, porque aunque muchos la saben son muchos más los que la ignoran. A éstos parecerá a primera vista tan falsa que lo contrario juzgarán evidente; no obstante, la demostración de ella es facilísima.

aun sin usar de figura. El estar las paredes hechas a plomo no es otra cosa que estar formadas en línea recta hacia el centro de la tierra, que es la línea de la dirección del plomo y de todos los graves. Considérese ahora que las líneas rectas que van de la circunferencia hacia el centro cuanto más se acercan al centro menos distan entre sí (proposición evidente entre los matemáticos) y se hallará que estando las dos paredes más vecinas al centro por la parte inferior que por la superior, es preciso que disten menos una de otra por la inferior que por la superior; pero esta diferencia, a causa de la gran distancia del centro, es totalmente insensible.

11. Adviértese que esta demostración procede en su posición de la común opinión filosófica que los graves bajan por línea recta hacia el centro de la tierra; lo cual no es tan cierto que no admita alguna duda, como se verá más abajo. No obstante, lo mismo sucederá y lo mismo se puede demostrar en suposición de que bajen los graves por línea recta al eje de la tierra, como no estén tiradas de Oriente a Poniente, cruzando el eje; si no de polo a polo, siguiendo la dirección del eje.

Es imposible saber si los objetos se nos representan a los ojos según la verdadera magnitud que tienen en sí mismos.

§ III

12. La parte más interna del ojo es una túnica llamada *retina*, donde paran los rayos o especies visibles de los objetos, después de pasar por los tres humores ácueo, cristalino y vítreo, que componen el ojo y por las túnicas que contienen los dos primeros. La razón de parar en la retina los rayos, y no antes, es porque así los humores como las demás túnicas son transparentes y la retina es opaca.

13. En esta túnica, pues, estando el objeto proporcionado y el órgano en todo bien dispuesto, se forma una imagen perfectísima de aquél, la cual viene a ser el objeto inmediato en quien se excita la visión.

14. Es cosa manifiesta entre los inteligentes de la óptica, que cuanto esta imagen es mayor, tanto mayor se representa el objeto. Esta regla coincide con otra de la óptica, que es que aquellos objetos parecen mayores que se ven debajo de mayor ángulo óptico, y aquellos menores, que se ven debajo de menor ángulo óptico; porque de hecho, a proporción del ángulo óptico, es mayor o menor la imagen que se forma en la retina. Pero porque el explicar qué es ángulo óptico, cómo y dónde se forma, sería cosa muy prolija, tomamos ahora la medida de la aparente magnitud del objeto sólo por el tamaño de la imagen.

15. Esta imagen es mayor o menor, aun respecto del mismo objeto, a proporción que el objeto está más o menos distante. Por esta razón el mismo objeto, cuanto está más distante parece menor, y cuanto más próximo parece mayor. Esto supuesto, pregunto: ¿En qué distancia se nos representan los objetos, de modo que formen la imagen proporcionada a su verdadera magnitud? Nadie me podrá responder, porque nadie lo sabe ni para esto es dable hallar alguna regla. Que se diga que a la distancia de dos pies, que a la de cuatro, que a la de ocho, todo será voluntario. Luego es imposible saber si los objetos se nos representan a los ojos según la verdadera magnitud que tienen en sí mismos.

16. Añádese a esto que el mismo objeto no dista igualmente según todas sus partes, sino desigualmente, del ojo. Pongo por ejemplo. Una pared que tengo enfrente a corta distancia, según una parte suya está más cerca del ojo, y según las otras sucesivamente se va alejando más y más. Luego partes iguales en sí mismas, de un mismo objeto (v. gr., dos partes de la pared, cada una de la dimensión de una vara, tomando la una en la mayor vecindad al ojo y otra en la mayor distancia) se representan desiguales, porque forman

las parciales imágenes desiguales ¿Cuál, pues, se representa según su verdadera magnitud? Acaso ninguna.

17. Aun no para aquí la dificultad. Es cierto, con certeza moral, ya que no con evidencia matemática, que no a todos los hombres, aun supuesta la misma distancia, se les representa un mismo objeto con igual magnitud. La razón es porque la magnitud de la imagen no depende precisamente del tamaño y distancia del objeto, mas también de la estructura y conformación del ojo. Según es más o menos convexo el cristalino, según los humores y túnicas son respectivamente más o menos diáfanas, padecen más o menos refracción los rayos que vienen de los objetos; y de la mayor o menor refracción viene ser mayor o menor la imagen en la retina. Esto se ve en los vidrios que se forman para ayudar la vista, los cuales, a proporción de su convexidad abultan el objeto; ni depende de otro principio el que un microscopio represente el objeto cien veces mayor que vidrio plano. Asi hay ojos que son microscopios naturales: tales son los de los animales minutísimos. El padre Gaspar Scotto (*in Mag. natur.* part. I, lib. 10) refiere que vió con el microscopio e hizo ver a otros unos animalillos tan menudos que infestan a las pulgas, como las pulgas a nosotros. Con todo, es cierto que estos vivientes átomos se ven unos a otros; ven uno por uno sus propios miembros, ven el mismo alimento de que se nutren, lo cual no puede ser sin que sus ojos sean unos naturales microscopios insignes; y esto depende de su material estructura.

18. Es verdad que no cabe tanta desigualdad en los ojos de diferentes hombres; pero no se puede negar que hay alguna, en atención a que en todos los demás miembros observamos sensible discrepancia. Apenas, ni aun apenas se hallarán dos hombres que tengan perfectamente semejantes en la figura la nariz, la frente, las manos u otro cualquier miembro. Lo mismo debemos discurrir de los ojos.

19. La experiencia lo confirma. Gasendo refiere de sí que tenía los ojos tan diferentes que en el uno se le representaban los objetos con mucho mayor magnitud que en el otro; y aunque esto es una cosa admirable, se le haría notable injuria a aquel excelente varón en no creerla. El padre Dechales dice de sí lo mismo, aunque la desigualdad no era tanta; y de un coadjutor, portero del colegio donde habitaba, cuenta que con un ojo veía bien los objetos distantes y mal los cercanos; con el otro, al contrario, veía bien los cercanos y mal los distantes. Si estas desigualdades se observan en los ojos de un mismo individuo, mucho más es de creer que las hay en los de individuos diferentes. Y así debemos concluir que diferentes hombres ven según diferente magnitud los objetos.

20. Opondráseme acaso que cuando diferentes hombres tratan de determinar la altura de una pared o de una torre, todos convienen en que tiene tantas varas o tantos pies. Respondo que es así. Pero ¿cómo se me probará que las varas o los pies se le representan de la misma magnitud a uno que a otro? Así que la dificultad, después de esta convención, toda subsiste. Concordamos en que la pared tiene tantas varas; pero queda la duda de si la vara se me representa a mí mayor o menor que al otro. Concordamos también en que cada vara tiene tantos pies, cada pie tiene tantos dedos y cada dedo tantas líneas; pero todo esto no es más que ir sucesivamente transfiriendo la cuestión de las mayores medidas a las menores, pues de esta última medida que se señale, preguntaré de dónde consta que al otro se le represente tan grande y no mayor ni menor que a mí.

Ningún objeto se ve clara y distintamente sino con un ojo solo

§ IV

21. Es el sentido que cuando se ve algún objeto, aunque concurren am-

bos ojos a la visión, sólo con el uno se ve claramente y con el otro con alguna confusión.

22. Sobre el asunto de esta proposición se encontraron los dos grandes hombres que poco ha cité. Pedro Gasendo y el padre Claudio Dechales. Gasendo afirmó lo que yo afirmo. El padre Dechales le impugnó, siguiendo el sentir común, en que parece están todos los hombres. Esta cuestión viene a reducirse a otra, conviene a saber, si los ejes ópticos son paralelos o no. Llámase eje óptico aquel rayo o línea que desde el objeto o de un punto del objeto se entiende pasar por el centro del ojo a la retina o de la retina (que todo es uno) pasar por el centro de todo el orbe del ojo a aquel punto del objeto donde se termina la vista. Y como cada ojo tenga su eje óptico distinto se duda si los dos son paralelos, esto es si necesariamente guardan en toda su longitud la misma distancia que tienen considerados en el centro de los ojos, de tal modo que se terminen siempre en dos puntos del objeto igualmente distantes que distan los centros de los dos ojos entre sí; o si se pueden terminar a un punto mismo del objeto, en cuyo caso, acercándose uno a otro, se desvían del paralelismo, como es claro.

23. Es constante que el ojo ni sólo ve aquel punto del objeto donde se termina el eje óptico, sí también un espacio muy dilatado en torno de él. Pero también es cierto que lo que ve con toda claridad sólo es aquel punto (no se habla aquí del punto matemático, sino del sensible y físico) y las demás partes del objeto se ven algo confusamente, tanto más cuanto más distaren de aquel punto. De aquí se infiere evidentemente que si los ejes ópticos de ambos ojos se terminan en un punto mismo del objeto, con ambos ojos se verá aquel punto claramente; pero si los ejes son paralelos y se terminan necesariamente en dos puntos igualmente distantes que los centros de los ojos, ningún punto del objeto podrá ser visto claramente sino por un ojo solo, éste o aquél, a arbitrio del que mira.

24. Gasendo prueba su opinión y nuestra con la experiencia arriba alegada de que en un ojo se le representaba el objeto con triplicada magnitud que en el otro, de lo cual infiere que cuando miraba a cualquier objeto uno de los ojos estaba ocioso, porque si usase de entrambos se le representaría el objeto duplicado, esto es, no como uno solo, sino como dos, siendo preciso en la suposición hecha que el objeto se le representase ocupando a un tiempo, ya mayor, ya menor espacio, lo cual es imposible sin que parezca duplicado; pero Gasendo no veía el objeto duplicado; luego le veía con un ojo solo.

25. El padre Dechales, aunque propone este argumento de Gasendo (libro I, *Optica* prop. 10) le deja sin respuesta. No sé si fué por descuido o por falta de solución competente. Lo que yo noto en él es que si pretende inferir total ociosidad en uno de los dos ojos, la ilación es falsa, pues nunca sucede que alguno de los dos estando abierto deje de ver algo. La prueba experimental es fácil. Póngase uno a poca distancia a mirar el punto medio de una pared bastantemente larga; observará que hacia uno y otro extremo ve, aunque con alguna confusión, alguna parte, la cual, por la interposición de la nariz, se oculta al ojo, que está en la parte opuesta; lo cual prueba que en ambos ojos se está ejerciendo a un mismo tiempo la potencia visiva.

26. La que me parece prueba decisiva a favor de la sentencia de Gasendo (bien que Gasendo no la trae) es la siguiente: Póngase uno a mirar con un ojo solo o cerrado el otro algún objeto pequeño, por un vidrio interpuesto a la mitad de la distancia, poco más o menos, entre la vista y el vidrio; notará que el objeto se le descubre por una parte determinada del vidrio, la cual señalará. Cierre luego el ojo con que miraba y abra el otro; notará que el objeto se le descubre por otra parte

del vidrio distante de la primera, como cosa de dedo y medio, la cual también señalará. Mire después el objeto con ambos ojos sin mudar de situación; verá que no se le descubre por un punto del vidrio medio entre los dos señalados, ni tampoco por los dos a un tiempo, sino por alguno de ellos; luego evidentemente no le ven distintamente ambos ojos, porque el eje óptico del ojo izquierdo no puede penetrar el vidrio por el punto por donde le penetra el del derecho. ni éste por donde le penetra aquél, porque esto no podría ser sin perder la rectitud Esto se entenderá claramente en la figura.

27. Sean (fig. II) *A B* los dos ojos; *G F*, el vidrio por donde miran; *E*, el objeto; *A E*, el eje óptico del ojo derecho; *B E*, el eje óptico del izquierdo. Es claro que el ojo derecho sólo puede ver el objeto por el punto *C* y el izquierdo sólo por el punto *D*, porque por aquél pasa el eje óptico del derecho y por éste el del izquierdo; y si el ojo izquierdo viera por el punto *C* o el derecho por el punto *D*. se torcieran de la rectitud los ejes ópticos, lo cual es imposible. Luego suponiendo, por la experiencia alegada (la cual yo repetí muchas veces) que el objeto *E* no se puede ver a un tiempo (aun mirando con ambos ojos) por entrambos puntos *C* y *D*, sino por uno solo, es claro que sólo el eje óptico de un ojo se dirige al objeto y sólo éste le ve distintamente. Este argumento (si yo no me engaño mucho) es perfectamente demostrativo.

28. Opone el padre Dechales lo primero: si cuando se está mirando algún objeto se cierra cualquiera de los dos ojos sin mover el otro, se ve aún distintamente el objeto; luego entrambos dirigían los ejes ópticos al mismo objeto. Respondo negando que en el caso dicho no se mueva uno de los ojos. Es verdad que no tenemos sensación clara de este movimiento; pero esto depende no sólo de que el movimiento es velocísimo, mas también de que es brevísimo y casi insensible el espacio que ha menester moverse el ojo para dirigir el eje óptico al punto que terminaba el eje óptico del otro ojo. Añado que Gasendo testifica que habiendo hecho que otro le observase los ojos en el caso que propone el argumento, fué claramente advertido el movimiento del ojo, que antes no se dirigía al objeto.

29. Opone lo segundo que si los dos ejes ópticos se terminasen a distintos puntos, viéramos aun tiempo distintamente dos objetos distintos, y así pudiéramos leer a un tiempo las dos páginas de un libro o las dos columnas de una plana. Respondo que no se sigue, porque uno de los dos ojos tiene en parte suspensa la actividad, de modo que no ve con entera claridad algún objeto. Y aunque acaso sea inaveriguable la causa física de esta suspensión. no por eso debemos dejar de asentir al efecto, cuando nos obliga a ello un argumento demostrativo. En infinitas materias vemos los efectos sin poder penetrar las causas.

30. Añado que este argumento se puede retorcer fortísimamente contra la sentencia común, probando que de ella se sigue que los ojos verían claramente a un tiempo dos objetos distantes mucho más que aquellos sobre que se forma contra nosotros el argumento. Sean (en la fig. III) los ojos *M N* que miren al objeto *O* como quiere la sentencia común. Remuévase después el objeto *O* sin variar la situación ni mover los ojos y no haya objeto alguno intermedio que estorbe la vista hasta el plano *P R*. Es claro que el rayo óptico del ojo *N* se termina al objeto *P* y el del ojo *M* al objeto *R*, que distan entre sí mucho más que los centros de los dos ojos, y, por consiguiente, los verían claramente entrambos. Luego en la sentencia común se sigue que los ojos podrán ver a un tiempo objetos mucho más distantes que aquellos sobre que se forma el argumento contra la nuestra, porque el paralelismo de los ejes ópticos sólo puede, cuando más, inferir que se vean distintamente dos objetos distantes entre sí cuanto distan entre sí los centros de los dos ojos:

pero en la sentencia común, como después de convenir en un punto los ejes ópticos, es preciso que se crucen siguiendo la rectitud, si el plano en que paran está muy distante, se terminarán a dos objetos distantes entre sí veinte, treinta, cuarenta y cien veces más que distan los centros de los dos ojos.

Los días naturales son entre sí desiguales

§ V

31. El día en su primera división es o natural o artificial. El día artificial es aquel espacio de tiempo que el sol alumbra el horizonte, y éste manifiestamente es desigual, salvo en las regiones que están debajo de la tórrida, donde son sensiblemente iguales los días, y en las regiones subpolares o circumpolares, donde el año no consta más que de un día y una noche.

32. El día natural (que se toma por lo mismo que el espacio de veinticuatro horas) se divide en día primer móvil, sidéreo y solar. Día del primer móvil es aquella duración que corre desde que un punto del primer móvil se aparta del meridiano (o línea que imaginamos ir sobre nuestras cabezas de un polo a otro) hasta que vuelve a él. Día sidéreo es el tiempo que gasta cualquier estrella de las fijas en hacer el mismo círculo, saliendo y volviendo al meridiano. Día solar es el tiempo en que el sol absuelve la circulación misma. Este día es mayor que el sidéreo, porque el sol se mueve más tardamente que las estrellas de Oriente a Poniente; lo cual viene de su movimiento particular, con el cual por la eclíptica retrocede (digámoslo así) de Poniente a Oriente, cerca de un grado cada día. Si suponemos, pues, que el sol y una estrella de las fijas se hallan hoy al punto de medio día en nuestro meridiano, cuando mañana vuelva a él la estrella aún no habrá llegado el sol, sí que le faltará un grado, que es la tricentésima sexagésima parte de la esfera, para llegar; y así llegará al meridiano cuatro minutos primeros después que la estrella. El día sidéreo también es algo aunque insensiblemente mayor que el día del primer móvil, porque las estrellas fijas también tienen su movimiento de Poniente a Oriente, aunque tardísimo, del cual hablaremos abajo.

33. En el uso civil sólo se hace cuenta del día solar por ser el más sensible; y de éste decimos que no es siempre de igual cantidad, sí que unos días son más largos que otros, y aunque todos se componen de veinticuatro horas, esto no quita la desigualdad, porque no son las horas de un día iguales con las de otro cualquier día.

34. Esta desigualdad se toma de dos principios. El primero es la oblicuidad que tiene la eclíptica respecto de la equinoccial, por cuya razón a arcos iguales de la equinoccial corresponden arcos desiguales en la eclíptica. Y como se supone que arcos iguales de la equinoccial (tomando la equinoccial en el primer móvil, en el cual se supone siempre uniforme el movimiento) pasan por el meridiano en tiempos iguales, se infiere que aquella parte de tiempo que se añade al espacio que dura la revolución del primer móvil, para perfeccionar la revolución solar, no es siempre igual, sí unas veces mayor, otras menor. Esta razón es algo difícil de percibir para los que no tienen ya algunas noticias de la esfera celeste y sus círculos.

35. El segundo principio de la desigualdad de los días es la desigualdad del movimiento del sol en la eclíptica, con el cual en tiempos iguales anda arcos desiguales de la aclíptica; o por explicarme más hacia el vulgo, el movimiento del sol en la eclíptica no es siempre de igual velocidad; antes bien cotejados dos espacios de tiempos iguales, se halla que en uno anda mayor porción o arco de la eclíptica que en otro. Esto se ve claramente en que tarda algunos días más en andar la mitad de la eclíptica, llamada semicírculo boreal, que se cuenta desde el equinoc-

cio verno al autumnal, que en andar la otra mitad, llamada semicírculo austral, y se cuenta desde el equinoccio autumnal al verno. El famoso astrónomo Ticho Brahe halló que del equinoccio verno al autumnal pasaban ciento ochenta y seis días, dieciocho horas y veinticinco minutos; y del autumnal al verno, ciento setenta y ocho días, once horas y cuatro minutos.

36. Caminando, pues, más el sol cada día con su movimiento particular de Poniente a Levante por la eclíptica, desde el equinoccio del otoño al de la primavera (pues tarda menor número de días en correr aquel semicírculo que desde el equinoccio de la primavera al otoño) es claro que a proporción es más tardo su movimiento diurno de Oriente a Poniente, desde el equinoccio del otoño al de la primavera, que desde el equinoccio de la primavera al del otoño; y así los días naturales de invierno son de algo mayor duración que los del estío, y tanto mayores son, cuanto el sol se acerca más al perigeo (o menor distancia de la tierra) que coincide casi con el solsticio del invierno, como también son tanto menores cuanto el sol se acerca más al apogeo (o mayor distancia de la tierra), que coincide con el solsticio del verano.

37. Mons Wallis, famoso matemático inglés, hizo el cómputo de que los sesenta y un días de los meses noviembre y diciembre exceden en media hora y medio cuarto a los sesenta y uno de septiembre y octubre. Así, si se divide este exceso con igualdad entre todos estos días, cada día de los de noviembre y diciembre excedería en treinta y siete minutos segundos a cada uno de los de septiembre y octubre; pero no se debe dividir el exceso igualmente, porque aquel exceso tanto es mayor, cuanto de los días comparados el uno está más cerca del perigeo y el otro del apogeo. Por esto hay día que excede a otro mucho más de los treinta y siete minutos segundos, y día que excede mucho menos. En un tratadillo que el año pasado salió a luz en Madrid sobre el régimen de los relojes, se propone mucho mayor exceso de uno días a otros, y tampoco concuerda con lo que llevo dicho en cuanto a la asignación del tiempo en que caen los días mayores. Yo sobre este punto no he hecho ni pude hacer observación propia; sólo refiero lo que hallé escrito y observado por otros.

38. De lo dicho se infiere lo primero ser verdad una cosa que tal vez se oye decir por chanza; esto es, que hay muestras o relojes de movimiento más regular que el del sol. Es claro que una muestra bien fabricada, en igual espacio de tiempo hace girar la saetilla por las doce horas que señala el día 22 de junio que el día 22 de diciembre; siendo así que el sol gasta más tiempo en el giro diurno el día 22 de diciembre que el día 22 de junio. Infiérese lo segundo otra que parece paradoja; esto es, que una muestra regularísima o reducida a suprema exactitud es imposible que concuerde en todo el discurso del año con el sol. Es claro, porque la muestra hará las horas siempre iguales y el sol las hace desiguales, siendo mayores las del invierno que las del verano.

Supuesta la duración del mundo, vendrá tiempo en que hiele en la canícula

§ VI

39. Habiendo yo escrito esta proposición en el discurso octavo del primer tomo sin detenerme en probarla, porque no me pareció necesario, y repitiéndola después en un papel volante un ingenioso anónimo, otro anónimo hizo mofa de ella, como si fuese un insigne delirio, sin más motivo que su voluntad y su ignorancia. Ahora. pues demostraré su verdad con evidencia matemática.

40. Supongo lo primero que el tiempo de canícula o días caniculares toman su denominación de una constelación celeste, llamada Canícula o Pro-

cyón, compuesta de dos estrellas, de las cuales la una es de primera magnitud; y también a esta sola se suele dar el nombre de Canícula.

41. Supongo lo segundo que se dicen días caniculares o tiempo de canícula aquellos en que el sol se halla en aquella parte del Zodíaco, donde se halla dicha constelación, de modo que en aquel tiempo la canícula nace por el horizonte y se pone con el sol. Este tiempo se computa desde 24 de julio hasta 24 de agosto; y así se dice que a 24 de julio entre el sol en la canícula, porque entonces con su movimiento annuo por la eclíptica llega a aquella parte del Zodíaco donde está la canícula.

42. Supongo lo tercero que las estrellas fijas, además de su movimiento diurno, común a todos los astros de Oriente a Poniente, tienen otro movimiento particular de Poniente a Oriente, según el orden de los signos con el cual se apartan más o menos de la equinoccial. Este movimiento es lentísimo; y bien que no están convenidos los astrónomos en determinarle con la última precisión, antes los antiguos le ponían mucho más lento que los modernos; entre éstos es corta la diferencia; de suerte que después de las diligentes observaciones de Ticho Brahe, el padre Ricciolo y Felipe la Hire, se conviene en que las fijas, con su movimiento según el orden de los signos, tardan en caminar un grado sesenta y dos años o muy poco menos.

43. De aquí se infiere con evidencia que si este año en que estamos el sol entra en la canícula el día 24 de julio, como se nota en los almanaques, pasados setenta y dos años, no entrará hasta el día 25, porque estará entonces la estrella un grado más allá y para andar ese grado por la eclíptica ha menester el sol un día o muy poco más. Hecho, pues, el cálculo de un grado de movimiento por setenta y dos años, se halla que la canícula dentro de siete mil doscientos años caminará por el Zodíaco hacia el Oriente cien grados y otros tantos tendrá el sol que andar entonces desde 24 de julio en adelante; luego dándole un día y muy poco más por cada grado, no entrará entonces en la canícula hasta 22 de noviembre poco más o menos; y esta será después de siete mil doscientos años el tiempo de canícula o que se debe llamar canicular. Luego como en aquel tiempo (comprendiendo los treinta días consecutivos, como ahora se cuentan) sea muy natural el helar, se infiere que llegará tiempo en que hiele en la canícula.

44. Si sucesivamente se va añadiendo más número de años, se llegará a tiempo en que el sol entre en la canícula en diciembre, en enero, etc.

45. Suponiendo, según la cronología de Userio, de la cual no se desvían mucho Scaligero, Petavio, Tornelio y los demás que siguen la Vulgata, que desde la creación del mundo hasta ahora han pasado cinco mil setecientos treinta y un años, se concluye que si hoy la canícula está en el segundo o tercer grado de León, al principio del mundo estaban en dieciséis o diecisiete grados de Tauro, y así entraba el sol entonces en esta constelación a 6 de mayo poco más o menos. Pero si estuviésemos a las Tablas Alfonsinas, que es la cronología más larga de todas y por la cual corresponde haber pasado desde la creación del mundo hasta ahora ocho mil setecientos once años, puesto que la canícula se halle hoy en el segundo grado de León, se hallaba al principio del mundo en el segundo grado de Aries, y así entonces entraba el sol en ella de 22 a 23 de marzo; tiempo en que podía helar muy bien.

La Tierra no es de figura esférica

§ VII

46. Enormemente erraron algunos de los antiguos en cuanto a determinar la figura y magnitud de la tierra. Tales Milefio la concibió plana y sustentada en las aguas como un leño. La misma figura le dieron Anaximenes,

Anaxágoras y Demócrito, pero no la pusieron sobre el agua, sí sobre el aire; añadiendo que, sin embargo de su pesadez era preciso mantenerse sobre él, no pudiendo romperle a causa de su inmensa amplitud. Los filósofos de la China también son de sentir que la tierra es plana. Leucipo le dió la figura de un tambor. Empédocles y Xenofanes decían que la tierra era de infinita profundidad, y esto la preservaba de precipitarse; porque ocupando todo el espacio inferior imaginable, no tenía adonde caer. La misma sentencia se atribuye a Lactancio. Heráclito, bien lejos de suponerla convexa, la fingió cóncava, a la manera de un barco.

47. Fué fácil disipar estas ilusiones, ya con la observación de la sombre de la tierra en los eclipses de la Luna, la cual la representa de figura redonda, en cualquier parte de la eclíptica, que suceda el eclipse, ya con la del orden y progreso con que se nos descubren y ocultan los astros, ya con la de la sucesión con que a los que navegan apartándose de la tierra se les van encubriendo los edificios y las eminencias de ella.

48. En fuerza de estas observaciones todos los filósofos y matemáticos convinieron en suponer la tierra de figura esférica. Esta sentencia estuvo en pacífica posesión por más de veinte siglos, hasta que cerca de los fines del pasado se empezó a dudar de su verdad. El deseo de averiguar a punto fijo la magnitud de la tierra hizo sin pensar en ello nacer la duda. Suponiendo ser la tierra perfectamente esférica, como se suponía; el medio para conocer su magnitud era examinar la distancia que comprende en la tierra un grado; porque como la circunferencia de la tierra y de todo cuerpo o figura esférica, se divida en 360 grados, averiguada la distancia de un grado se computa la magnitud de toda la circunferencia. Entre los antiguos se aplicaron especialmente a este examen Eratóstenes, que floreció en tiempo de Ptolomeo Evergetes, 276 antes de Cristo; Hiparco, que sucedió cien años después de Eratóstenes, y Posidonio, célebre filósofo y matemático, en tiempo del gran Pompeyo. De los modernos, Juan Fernelio, médico famoso; Wilebrordo Snelio, matemático Holandés, el jesuíta Ricciolo y el señor Picardo de la Academia Real de las Ciencias.

49. Habiéndose combinado las observaciones, así antiguas como modernas, se hallaron todas discordes poco o mucho. De aquí se hizo paso para advertir que a proporción que las observaciones se habían hecho a menor distancia de la equinoccial, daban mayor distancia a los grados del meridiano, tomados en la superficie de la tierra y menor a proporción las observaciones hechas en mayor latitud o distancia de la equinoccial.

50. Es evidente que siendo la tierra de figura esférica no podría suceder esto, antes bien todas las líneas perpendiculares que se consideran bajar de la esfera celeste a dividir los grados en la superficie de la tierra, en cualquier parte del globo que se observasen, comprenderían igual espacio, y sólo pueden comprender espacios desiguales con la proporción explicada siendo la tierra de figura elíptica u oval, en que degenere de la esférica, prolongándose algo hacia los polos, de suerte que el diámetro de la tierra, que se toma de polo a polo, sea más largo que el que se toma entre dos puntos opuestos de la equinoccial, en cuya suposición también es preciso que las líneas que determinan los grados en la superficie de la tierra no se determinen en su centro, sino en varios puntos del eje o diámetro que se toma de polo a polo.

51. Véase la figura IV, donde el círculo exterior representa la esfera celeste y la elipse interior la tierra. La línea *O A F O*, la equinoccial; *R*. el polo ártico tomado en el cielo; *D*, el polo ártico tomado en la tierra; *G*, el polo antártico tomado en el cielo; *E*, el polo antártico tomado en la tierra, y la línea *D E*, el diámetro mayor o eje de la tierra. Divídase un cuadrante del círculo en tres partes

iguales, que cada una comprenda treinta grados. Tírense de los puntos de la división líneas perpendiculares a la elipse, que caerán en los puntos *A*, *B*, *C*, *D*, hallaráse que la porción de los treinta grados que se toma hacia la equinoccial desde *B* a *A* es mayor que la que se toma desde *C* a *B* y ésta mayor que la que se toma desde *D* a *C*; hallaráse también que las líneas perpendiculares que entre el polo y la equinoccial se tiran desde el círculo a la elipse, prolongadas, no paran en el centro, sino en varios puntos del eje.

52. Todo lo contrario sucedería siendo la tierra de figura esférica, como se verá con evidencia describiendo en la parte interior un círculo en lugar de la elipse, pues las líneas perpendiculares que de la división de los treinta grados en el círculo exterior se tiran al interior, comprenderán en éste iguales espacios y prolongadas se terminarán en el centro.

53. Por si algunos desearan saber cómo se miden los diferentes espacios que comprenden los grados en la superficie de la tierra de la equinoccial a los polos, digo que el método es fácil. Tómase hacia la equinoccial o en la parte más vecina a ella que se pueda, un espacio de tierra, el que fuere bastante, para que andándole desde el extremo meridional al septentrional (en nuestro hemisferio) se aumente en un grado la altura del polo; o siguiendo el mismo meridiano o en otro meridiano diferente, aunque lo primero es más seguro, hacia la parte septentrional, se anda el espacio que es menester para aumentar otro grado de la altura del polo; midiendo este espacio en la tierra se halla que es menor que el antecedente. De aquí se infiere que los grados tomados en el meridiano, comprenden mayor espacio de tierra hacia la equinoccial que hacia el polo.

54. Pero sin embargo de que el método en lo teórico es fácil, la práctica es trabajosa y difícil y pide una extrema exactitud para que en las observaciones no haya alguna falencia. Por esta razón, aun después de notada la desigualdad de espacios terrestres, comprendidos de los diferentes grados del meridiano, según las observaciones de antiguos y modernos, los matemáticos, que no son gente de tan fáciles creederas como los filósofos, no asintieron a la figura elíptica de la tierra, pareciéndoles que era menester proceder en esta materia con más atento y severo examen. Este se emprendió el año de 1683 a instancias de Mons. Cassini y debajo de la protección de Mons. Colbert, que era a la sazón secretario y ministro de Estado de Francia. La idea era tirar una línea meridiana por toda la latitud de aquel reino y tomar en ella la medida de los grados. Pero habiendo arribado la muerte de Monseñor Colbert, esta grande obra se interrumpió hasta el año de 1700, en que de nuevo se aplicaron a ella, de orden del Gran Luis, cuatro excelentes matemáticos, los dos Cassinis, padre e hijo, Mons. Maraldi y Mons. de la Hire. Es verdad que no se extendió la meridiana entonces por toda la latitud de Francia, pero sí lo bastante para asegurarse de la desigualdad de los grados en la forma explicada.

55. No obstante, para hacer la seguridad mayor y ponerla en punto de demostración, el año de 1718, de orden del señor duque de Orleáns, regente del reino, se prolongó la meridiana todo lo que faltaba, hasta la parte más septentrional, y repetidas las observaciones, se halló que en los ocho grados de latitud que tiene Francia hay la proporción dicha de comprender mayor espacio de tierra, según son más meridionales y menor según son más septentrionales. Estas observaciones ejecutadas con la mayor exactitud por los más célebres matemáticos que entonces tenía Francia, quitaron toda la duda y abandonada la antigua sentencia de la redondez de la tierra, se dió la posesión a la nueva de la figura elíptica.

56. Dos cosas restan ahora que examinar a los matemáticos sobre esta materia. La primera, si hacia el otro polo se observa la misma desigualdad de

grados que hacia el nuestro. La segunda, si en los eclipses de luna la sombra de la tierra parece perfectamente redonda, como hasta ahora se creía, o declinante a la figura elíptica. Una observación hecha debajo de la equinoccial quitaría toda la duda; pero en la distancia que nosotros estamos del Ecuador no es tan fácil distinguir si la figura declina algo de esférica a elíptica, especialmente no siendo la prolongación a los polos muy sensible respecto de la gran mole de la tierra.

Los graves no descienden por línea recta hacia el centro de la Tierra

§ VIII

57. Esta proposición se infiere con evidencia de la pasada, suponiendo que los graves bajen por línea perpendicular a la superficie de la Tierra. Siendo ésta de figura elíptica y perpendicular a ella la línea que describen los graves en el descenso, es preciso que su dirección no sea al centro, sino a varios puntos del eje, más o menos distantes, cuantos los graves estén en paralelos más o menos remotos del Ecuador; y sólo puestos debajo del Ecuador o en uno de los polos se podrán dirigir al centro. Todo esto se verá claro en la figura IV. Supóngase un grave en *S.*; es claro que si cae por la línea *S. C.*, perpendicular a la superficie de la Tierra, no se dirige en el descenso al punto *K*, que es el centro, sí al punto *I* del eje. Asimismo el grave puesto en *T* se dirigirá al punto *H* y así de todos los demás puntos designables fuera del Ecuador y los polos, puesto en los cuales caería hacia el centro, como en *X* o en *R.* o en *G.*

58. Esta demostración procede debajo de la hipótesis que los graves bajan por línea perpendicular a la superficie de la tierra; porque si bajasen por línea algo inclinada al Oriente, en las partes distantes de la equinoccial no estorbaría la figura eclíptica de la Tierra su dirección al centro. Pero esta suposición, aunque recibida de todo el mundo, no está demostrada, ni yo alcanzo que haya método fijo para demostrarla, por razón de la desigualdad que hay en la superficie de la Tierra y aun en la del mar, aunque no tanta. Y así, si alguno negase que los graves bajen perpendicularmente a la Tierra, no sé cómo se le podría probar matemáticamente lo contrario.

Si el movimiento de los graves fuese uniforme, esto es, que no se acelerase en el descenso, una piedra molar, moviéndose continuadamente por espacio de treinta mil años, no bajaría un dedo

§ IX

59. Esta proposición, con poca diferencia en los términos, demostró el padre Dechales en el lib. 2 de la *Estática*, suponiendo la proporción con que aumentan su velocidad los graves en el descenso. Suponiendo, pues, aquella proporción, y dividiendo el tiempo en minutos decimos (parte verdaderamente minutísima, pues un minuto primero tiene sesenta segundos, un minuto segundo sesenta terceros y un minuto tercero sesenta cuartos, etc.), hace el cómputo de que si una rueda de molino no acelerase su movimiento, antes le conservase en aquel grado de velocidad o, por mejor decir, de tardanza, con que se mueve en el primer minuto décimo, empezando a caer desde el principio del mundo y continuando el descenso hasta ahora, aún no hubiera bajado en este tiempo la séptima parte de un dedo.

60. Pero porque la proporción con que aumentan su velocidad los graves no está tan del todo ajustada que no haya alguna controversia y, por otra parte, el cómputo aritmético con que prueba la proporción el padre Dechales, sobre no ser perceptible para todos, es algo molesto, daré a conocer su verdad, prescindiendo de cualquiera determinada proporción y sin particularizar el cómputo.

61. Para lo cual se debe suponer con todos los filósofos y matemáticos que el movimiento de los graves, cuanto más cerca de su origen, tanto es más tardo. La prueba es evidente, pues si cuanto más se continúa, tanto más se acelera, tanto menos tendrá de celeridad o tanto más de tardanza. cuanto más está en los principios del progreso. Ahora suponiendo con la sentencia más común entre los filósofos, así antiguos como modernos, que el tiempo, como verdadero cuanto continuo, es infinitamente divisible, la celeridad de los graves va disminuyéndose hacia el principio del movimiento, hasta un estado mínimo, o (lo que es lo mismo) creciendo la tardanza a un estado sumo, de fuerte que no hay grado de tardanza imaginable que no se halle en el movimiento primero que se sigue a la quietud del grave; de suerte, que en aquella primera partícula conceptible de tiempo se mueve el grave con un grado de tardanza mayor que cualquiera designable. De aquí se infiere que si la piedra continuara a moverse con aquel mismo grado de tardanza, sin acelerar nada el movimiento, no sólo desde el principio del mundo hasta ahora no hubiera bajado la séptima parte de un dedo, pero ni aun en un millón de años, pues cualquier tardanza que se señale aún hay otra tardanza mayor en aquel progreso indefinido del movimiento hacia su origen.

62. Para más fácil inteligencia, pongamos que el primer minuto segundo en que se mueve el grave se divide en un millón de partes. Aun cuando en cada una de ellas no adquiriese más que la tercera parte de la velocidad que tenía en la antecedente, como tomando la serie del millón de partes por orden inverso desde la última a la primera, en cada una de ellas se va quitando sucesivamente la tercera parte de la velocidad del grave, es preciso que en la primera la velocidad esté en un grado muy remiso o la tardanza en un grado muy intenso. Pongamos que aquella primera parte se divide en otro millón de partes, formando en éstas el mismo progreso, hallaremos en la primera de ellas la tardanza del movimiento, ya sin comparación mayor que la que se había calculado antes. Y como el tiempo (por la suposición hecha) se puede dividir infinitamente, se puede ir deduciendo sucesivamente, sin término, mayor y mayor tardanza en el principio del movimiento del grave. Luego se puede llegar a tal grado de tardanza que si, según él, continuase su movimiento el grave, en muchos millones de años no bajase la décima parte de un dedo.

63. Este argumento supone la infinita divisibilidad del tiempo como también la del espacio por donde se mueve el grave; pero si ésta no se quisiese conceder, quedaría lugar al cálculo que forma el padre Dechales, admitiendo la divisibilidad del tiempo hasta minutos décimos.

El sol se ve sobre el horizonte antes de nacer y después de ponerse

§ X

64. Consta indubitablemente por experiencia, aunque hasta ahora no está averiguada la causa física, que el rayo de luz, pasando de un medio más raro a otro más denso, o del más diáfano al menos diáfano, si cae en este segundo oblicuamente, padece refracción, es, no continúa la línea recta que traía desde el cuerpo luminoso; antes al tocar en el segundo diáfano se quiebra o ladea hacia una parte más o menos, según fuere mayor o menor la desigualdad de los dos medios en diafanidad, formando, por consiguiente, un ángulo más o menos obtuso.

65. Lo mismo sucede si el rayo pasa oblicuamente del diáfano más denso al más raro, con la diferencia de que en el primer caso se quiebra hacia la perpendicular; en el segundo, desviándose de ella. La perpendicular aquí (que por otro nombre se llama eje de la

refracción) es un línea que en el segundo medio se considera recta o perpendicular a la superficie común de ambos medios, y pasa por el punto de la refracción, esto es, aquel punto por donde el rayo de luz entra en el segundo medio. No es necesario para nuestro intento explicar las demás líneas y ángulos que en este negocio consideran los matemáticos.

66. Véase la figura V, donde *A*, *B*, *C* es un vaso lleno de agua. *F* es el cuerpo luminoso; *F D*, el rayo de luz que cae oblicuamente en la superficie del agua; *C D* es el eje de refracción. Supóngase toda la superficie del agua cubierta con algún cuerpo opaco, abierto sólo un agujero en el punto *D*, por donde entra el rayo *F D*. Digo que por cuanto este rayo pasa de un medio más raro, que es el aire, a otro más denso, que es el agua, no se continuará por línea recta *D G*, sino que quebrando en *D* seguirá la línea *D H*, y así no el punto *G*, sino el punto H, se hallará ilustrado.

67. Pongamos ahora que el vaso *A B C* sea de vidrio u otra materia transparente. Digo que puesta la vista en *G* no verá el cuerpo luminoso *F*; si sólo puesta en *H*, donde recibe el rayo refracto. Añado que no le verá en el lugar *F*, donde verdaderamente existe, si en el lugar *M*, porque el objeto que se mira por rayo refracto se ve por la línea recta del mismo rayo en aquella parte hacia donde se continúa o se considera continuar, siguiendo la rectitud de esa misma línea. Todo lo que decimos en este número, consta asimismo por experiencias; fuera de que no puede ser otra cosa en buena física.

68. Esto supuesto, se debe advertir que los rayos del sol, antes de llegar a la tierra, pasan de un medio más raro y diáfano, que es la aura purísima etérea, a otro más denso, que es la atmósfera o aire crasso que circunda todo el globo terráqueo, por lo cual es preciso que al entrar en la atmósfera oblicuamente padezcan refracción, la cual continuándose hasta nuestros ojos, se nos representa el Sol por el rayo refracto en distinto lugar del que verdaderamente ocupa su esfera, conviene a saber, en algo mayor altura de la que realmente tiene. Esta refracción tanto es mayor cuanto mayor es la oblicuidad de la incidencia del rayo en la atmósfera; y siendo ésta mayor cuanto el Sol está más caído al horizonte, y tanto menor cuanto más se levanta sobre él hasta el punto del Zenit, donde por caer perpendicular el rayo no hay refracción alguna, se sigue que es mayor la refracción, y, por consiguiente, mayor la distancia del lugar representado al verdadero, cuanto el Sol está más bajo respecto del horizonte.

69. Pongamos ya que el Sol baja del horizonte al punto *R* (para lo cual se finge por ahora el horizonte de la Tierra en la línea *AB*) y que hiere oblicuamente la atmósfera en el punto *S*, padeciendo allí refracción, irá el rayo refracto al punto *D*; por consiguiente, por este rayo refracto se verá el Sol, no en el punto *R* debajo del horizonte, donde verdaderamente está, sino en el punto *T*, adonde dirige la línea recta del rayo refracto. Luego se verá el Sol sobre el horizonte, estando algunos grados debajo del horizonte; por consiguiente, se verá antes de nacer y después de ponerse.

70. No puede determinarse a punto fijo el espacio de tiempo que el Sol se ve por refracción antes del nacimiento y después del ocaso, porque la densidad de la atmósfera es desigual en varios climas y aún en el mismo clima en diferentes tiempos; y a proporción que la atmósfera es más o menos densa, es mayor o menor la refracción; generalmente hablando, es mayor a mayor distancia del Ecuador, porque cuanto más vecina al Polo, es más densa la atmósfera, por razón del frío. Compútase también la oblicuidad de la esfera respecto del paralelo en que anda el Sol, porque en la esfera más oblicua dura más la vista del Sol por refracción, estando debajo del horizonte, así como también es mayor la duración

de los crepúsculos. En la esfera paralela, donde el Sol está la mitad del año debajo y la otra mitad sobre el horizonte, dura muchos días la presencia del astro por refracción, como advertimos en otra parte.

71. Lo que decimos en cuanto a esta materia de los cuerpos luminosos se debe entender también de los objetos iluminados, cuyos rayos visibles (o llámense especies, según el idioma de la escuela) padecen refracción, pasando por medios de desigual densidad, del mismo modo que los que vienen del cuerpo luminoso. De este principio dependen algunos fenómenos visuales, como el que la vara metida en el agua parezca torcida si se mira de lado; porque quebrantándose el rayo visible, con desvío de la perpendicular al entrar en el aire, representa la parte de la vara que está dentro del agua. en distinto lugar del que verdaderamente ocupa en ella.

72. Pero la experiencia más sensible, aunque vulgar, para demostrar este efecto de la refracción aplicado al asunto de la presente paradoja, es la siguiente: Póngase una moneda en el hondo de una caldera vacía y retírese alguno de la caldera a distancia tal que el borde de ella se interponga entre la moneda y la vista. Es claro que en esa positura no la verá. Llénese después de agua la caldera, sin variar positura o distancia, verá la moneda el que antes no la veía; porque en virtud de la refracción que hace el rayo visible, saliendo del agua al aire, se representa la moneda en otro lugar más adelante que no oculta el borde de la caldera. Esto, ni más ni menos, es lo que pasa estando el Sol en alguna depresión debajo del horizonte.

BALANZA DE ASTREA O RECTA ADMINISTRACION DE JUSTICIA

En carta de un togado anciano a un hijo suyo recién elevado a la toga

Discurso XI

1. No sé, hijo mío, si celebre o llore la noticia que me das de haberte honrado su Magestad con esa toga. Contémplote en una esclavitud honrosa; mas al fin esclavitud. Ya no eres mío, ni tuyo, sino todo del público. Las obligaciones de este cargo no sólo te emancipan de tu padre; también deben desprenderte de ti mismo. Ya se acabó el mirar por tu comodidad, por tu salud, por tu reposo, para mirar por tu conciencia. Tu bien propio le has de considerar como ageno, y sólo el público como propio. Ya no hay para ti paisanos, amigos ni parientes. Ya no has de tener Patria, ni carne, ni sangre. ¿Quiero decir que no has de ser hombre? No por cierto, sino que la razón de hombre ha de vivir tan separada de la razón de juez que no tengan el más leve comercio las acciones de la judicatura con los afectos de la humanidad.

2. Vuelvo a decir que no se si llore o celebre la noticia. Veo puesta tu alma en un continuado riesgo de perderse. Esto por arrojarme a decirte que el oficio de juez es una ocasión próxima de pecar, que dura de por vida. Dura sería la proposición, yo lo confieso. Pero ¿qué otra consecuencia sale de aquella terrible sentencia de San Juan Crisóstomo: *Imposible me parece que ninguno de los que gobiernan se salve*? ¿Qué otra cosa significaba el santo pontífice Pío V cuando decía que siendo religioso particular tenía grandes esperanzas de salvarse; cuando le hicieron cardenal empezó a temer, y hecho Papa casi vivía desesperado de la salvación? Si esto no es una virtual aseveración de que la ocupación del gobierno es una continua ocasión próxima, yo no lo entiendo. Bien es verdad que aunque lo sea carecerá de culpa, porque la necesidad de la república la hace inevitable. Pero carecerá de culpa sólo en aquellos sugetos que sienten en sí mismos las disposiciones oportunas para ejercer el oficio con rectitud. A los demás no los absolveré de ella. No entiendo cómo consejo, sino como precepto, aquel del eclesiástico: *No solicites que te hagan juez si no te hallas con la virtud y fortaleza que es menester para exterminar la maldad.*

3. El que duda si tiene la ciencia suficiente o la salud necesaria para cargar con tan grave peso, el que no siente en sí un corazón robusto, invencible a las promesas o amenazas de los poderosos, el que se ve muy enamorado de la hermosura del oro, el que se conoce muy sensible a los ruegos de domésticos, amigos o parientes, no puede, en mi sentir, entrar con buena conciencia en la magistratura. No comprendo aquí la virtud de la prudencia, aunque indispensablemente necesaria, porque todos juzgan que la tienen y este error en todos los que carecen de ella juzgo que es invencible.

4. Por todas partes debe tener bien fortalecida el alma el que se viste la toga, porque en distintas ocurrencias no hay pasión que no sea enemiga de la justicia y los pretendientes examinan solícitos por donde flaquea la muralla. Aun los afectos lícitos la hacen guerra muchas veces. ¿Qué cosa más justa que la ternura con la propia esposa? Pero ¡cuántas veces la inclinación a la esposa hizo inclinar la rectitud de la vara!

5. No quiero decir que el juez sea feroz, despiadado y duro, sino constante, animoso, íntegro. Difícil es, pero no imposible, tener alma de cera para la vida privada y espíritu de bronce para la administración pública. Si padeciere el corazón sus blanduras, esté inaccesible a ellas el sagrado alcázar de la Justicia. Dícese que las amistades pueden llegar hasta las aras. Pero en el templo de Astrea deben quedar fuera de las puertas.

6. Contémplote, hijo mío, con algunas ventajosas disposiciones para el ministerio; y nada sosiega mis temores. Eres desinteresado. Gran partida para ministro. Mas ¿qué sé yo lo que será en adelante? El desinterés es, como la hermosura, prenda de la juventud; y rara vez acompaña la vida hasta la última edad. No he leído sino de dos mujeres que conservase la hermosura hasta los setenta años: Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, en tiempo de Henrico II de Francia, y en la antigüedad Aspasia de Mileto, concubina de Ciro, rey de Persia. No sé si se contarán muchos más hombres que, dejados al preciso beneficio del temperamento, conservasen hasta los sesenta el desprecio del oro. La alma se marchita con el cuerpo, y son arrugas del alma los encogimientos de la codicia.

7. En los ministros es mayor el riesgo de caer en este vicio, porque es más frecuente la tentación. Isabela de Inglaterra decía de los suyos que se parecían a los vestidos, que al principio son estrechos y con el tiempo se van ensanchando. Lo mismo pudiera decir de los de todos los demás reinos. ¡Cuántos que al principio escrupilizan en admitir una manzana, pasados algunos años quisieran tragar todo el jardín de las Hespérides! Ya sabes que eran de oro las manzanas de aquel huerto. Así les sucede lo que a las fuentes, que muy rara llega a morir en el mar con aquel corto caudal que tenía en los primeros pasos de su curso.

8. Ninguna cautela, hijo mío, te parezca demasiada contra las alevosas acometidas de la codicia. De un cabello se engendra esta sierpe, que después crece sin límite. Quiero decir que suele empezar por unos presentes de valor tan menudo, que el no admitirlos se culpa en el mundo como afectado melindre. Pero ¿qué sucede? Qué éstos, entrando por la puerta de la voluntad, con la fuerza que hacen, la van ensanchando poco a poco, de modo que cada día recibe más y más. Dios nos libre de que un magistrado empiece a enriquecerse, porque pasa en él lo mismo que en el elemento del agua, que a proporción del caudal que tiene, son los tributos que goza: mientras es arroyo sólo recibe fuentes; pasando a ser río recibe arroyos, y llegando a ser mar recibe ríos.

9. Ni basta tener puras tus manos. Es menester examinar también las de tus domésticos. La integridad del magistrado ha de hacer lo que la matrona activa y vigilante, que no sólo cuida de la limpieza de su persona, mas también de la de su casa. Esto no sólo es debido a tu conciencia; también importa a tu fama, porque se cree que la porción inferior de la familia es conducto subterráneo por donde va el manantial a la mano del dueño. A la verdad, suele suceder al regalo lo que a la fuente Aretusa, que aunque la recibe una caverna de la Grecia, quien goza el beneficio de su riego es el terreno de Sicilia. En Daniel leemos que los ministros del templo comían los manjares que se presentaban al ídolo. En la casa del magistrado tal vez come el ídolo lo que se presenta a los ministros.

10. El miedo que tengo de que al-

gún día caigas en esta corrupción me mueve a darte ahora un excelente preservativo contra las tentaciones de las dádivas; y es que consideres que cualquiera que intenta regalarte, te ofende gravemente en el honor. Es claro, pues con su misma acción da a entender que en tus manos es la justicia venal. Dos géneros de personas padecen en el mundo el grave error de estimar como obsequios los agravios: las mujeres que se dejan regalar de galanes y los ministros que se dejan regalar de pretendientes. En la intención de éstos toda dávida es soborno. Porque no explican su liberalidad con otros que aquellos de quienes dependen, sino porque se da el obsequio a interés, y lo que suena dádiva, en el fondo es compra. El que hace presentes a la dama y al ministro, con la acción va a corromperlos, con el concepto ya los supone corrompidos. Debes, pues, hijo mío, mirar a cualquiera que por este camino pretenda ganar tu afecto, como un enemigo de tu conciencia e injurioso a tu honor. Por consiguiente, le has de considerar antes acreedor a tus desvíos que a tus favores.

11. He dado a esta reflexión el nombre de preservativo, porque sólo sirve para precaver la enfermedad estando en sana salud, mas no para curar la dolencia después de introducida. El que ya se engolosinó en los presentes, pasa por encima de la nota de tener puestos en venta sus despachos.

12. Yo creo que España está más libre de esta peste que otros reinos. Por lo menos en los ministros de tu clase muy rara vez se nota esta torpeza. Y aun se observa que cuanto asciende a más alto grado la toga, tanto se aleja más de la bajeza de la codicia. O sea que las vecindades del solio tienen este noble influjo o que en aquella eminencia no pudiera ocultarse al príncipe el defecto, es dicha de nuestra Monarquía que en la jerarquía de sus ministros suceda lo que en la atmósfera, que cuanto más arriba, se respira aire más puro.

13. Ojalá nuestros tribunales estuvieran tan sordos a las recomendaciones como inviolables a los sobornos. Por esta parte está muy defectuoso su crédito en la voz popular. Apenas se profiere alguna sentencia civil en materia controvertible, que la malicia de los quejosos, y aun de los neutrales, no señale el porqué de la sentencia en alguna recomendación poderosa. Tanto se ha apoderado de los ánimos la presunción de la fuerza de los valedores hacia los jueces que son muchos los que habiendo padecido algún injusto despojo, y estando satisfechos de la justicia de su causa, no reclaman, si saben que la parte contraria tiene algunas altas inclusiones.

14. No es dudable que en esta materia está muy engañado el mundo. Los ministros, en cuanto pueden (y pueden por lo común) cumplen con los empeños sólo con palabras áulicas, y aunque haya positivas promesas, llegando al fallo se tienen presentes los libros de jurisprudencia y no las cartas de favor, a que ayuda mucho el que la multitud de los sufragios oculta cómo ha votado cada particular. Dios nos defienda, no obstante, del grave aprieto en que el protector de la parte tenga influjo o pueda tenerle en los ascensos del ministro. Entonces se recela que salga al semblante el voto (siendo el mismo miedo de que se sepa tortura que le exprime) o que las conjeturas le rastreen o que las negociaciones le averigüen. Nada deja quieto el ánimo, sino la ejecución real de lo prometido. Este es el caso en que, después de muchos años de estudio se suelen entender las leyes como nunca se entendieron hasta entonces; en un momento crece y mengua la estimación de estos y aquellos autores, y el aire del favor impele hacia la parte que tiene menos peso aquella balanza donde se pesan las probabilidades. Acuérdome que aquel gran jurisconsulto, Alejandro ab Alejandro, en los *Días Geniales* dice de sí que abandonó el ejercicio de la abogacía despechado por las experiencias que tenía de que ni la sabiduría del abogado ni la bondad de la

causa del alumno aprovechaban en los tribunales cuando las partes contrarias eran poderosas.

15. Prescindiendo de esta urgencia, la cual hace mucha fuerza a los que quieren más subir a la Cámara que al cielo, los demás favores son harto inútiles en los tribunales; pero nosotros mismos, si se ha de confesar la verdad. damos motivo para que se juzguen útiles. Si damos buenas esperanzas cuando intercede alguna persona de autoridad, si esforzamos entonces nuestras respuestas a que parezcan más que palabras áulicas, si lograda la sentencia favorable para el ahijado nos lisonjeamos de que el padrino atribuya nuestro sufragio a su influjo para tenerle agradecido, nosotros somos autores de este error del mundo y del perjuicio que en él padece nuestro crédito.

16. Este concepto de la utilidad de las recomendaciones aún es más nocivo a nuestro ministerio que a nuestra fama, pues de él se ocasiona que en recibir visitas y responder a cartas de intercesores gastamos mucha parte del tiempo que debiéramos emplear en el estudio. Si supieras que de nada servían estas diligencias, no nos embarazarían y robarían el tiempo con ellas.

17. Pues ¿qué se ha de hacer? Fácil es la resolución. Hablar claro y desengañar a todos. Poner en su conocimiento que la sentencia depende de las leyes y no de súplicas ni amistades particulares; que no podemos servir a alguno con dispendio de la justicia y de la conciencia; que eso que llaman *aplicar la gracia* (pretexto con que se cubren estas peticiones) examinadas las cosas en la práctica es una quimera, pues nunca el juez puede hacer gracia o es metafísico el caso en que puede. Aun para los casos dudosos, para los oscuros, para cuando hay igualdad de probabilidades, dan reglas de equidad las leyes y estamos rigurosamente obligados a seguirlas. ¡Oh qué algunas cosas se dejan a la prudencia del juez! Es verdad; mas por eso mismo no se dejan a su voluntad. El dictamen prudencial señala a su modo el camino que se ha de seguir, y no es lícito tomar otro rumbo por complacer al poderoso o al amigo. Cuando se dice que esto o aquello está a arbitrio del juez, la voz *arbitrio* es equívoca y no significa disposición pendiente del afecto, sino pautada por la razón y el juicio. Esta significación es conforme a su origen, pues el verbo latino *arbitror*, de donde se deriva esta voz, significa acto de entendimiento y no de voluntad.

18. Bien sé los inconvenientes que puede tener este desengaño. El primero es que nos tengan por desabridos y groseros; pero sobre ser injusta la nota, se debe considerar que no durará sino hasta tanto que sea común entre nosotros este modo de obrar. Mientras no hay más que uno u otro ministro desengañado, pasa su entereza entre los ignorantes por grosería; cuando todos o los más fueren, aun los ignorantes conocerán que lo que llamaban grosería es entereza, y verán también que les hacen un gran beneficio en excusarles muchos pasos, muchas molestias y aun muchos gastos en buscar valedores inútiles.

19. El segundo inconveniente es que perderán los ministros la mayor porción de los cultos que ahora gozan, siendo cierto que son muchos menos los que nacen de la reverencia debida a su carácter, que los que produce la imaginada dependencia de su afecto. Consta de buenos autores que Epicuro no negó, como vulgarmente se piensa, a los dioses la existencia, sí sólo el influjo para hacernos bien o mal. Pero esto basta para ser tenido por ateísta práctico, porque quien niega a los dioses el poder, les niega la adoración. Los hombres no siembran obsequios sino donde esperan cosecha de favores. La dependencia es el único móvil de sus cultos, y así, si llegan a considerar el tribunal como mero órgano de la ley, donde todo depende de la intención del legislador y nada de la inclinación del ministro, muy escasos y muy superficiales acatamientos harán al ministerio.

20. Este inconveniente será de gran

peso para aquellos ministros que quieren ser atendidos en grado de deidades. Pero tú, hijo mío, contempla que te pusieron en la silla, no en las aras; que no eres ídolo destinado a recibir cultos, sino oráculo formado para articular verdades. Así desengaña a todos. Asegura a los poderosos de su respeto y a los amigos de tu cariño; pero intimando a unos y otros que ni el cariño ni el respeto tienen entrada en el gabineto de la Justicia, porque el temor de Dios, que es el portero de la conciencia, les obliga a quedarse en la antesala.

21. Mas acaso les queda aún a los jueces arbitrio para ser dispensadores de alguna gracia, ya que no en la sustancia, en el modo de administrar justicia; quiero decir, ya que no en la calidad de la sentencia, en la brevedad del despacho. Este error he notado yo en algunos de nuestros togados; y le llamo error, porque para mí no tiene duda que lo es. Nosotros estamos obligados a dar el más breve expediente que podemos a las causas. A quien despachamos con toda la prontitud posible, no hacemos gracia; a quien no, le hacemos injusticia. La acepción de personas en la antelación del despacho es inicua y el ministro que es autor de ella es deudor a la restitución de los daños que a la parte que debiera entrar primero en turno se le ocasiona con la demora. En esta materia se debe atender a la naturaleza de la causa, a la mayor o menor antigüedad en ser traída a juicio y al mayor o menor perjuicio que ocasiona la tardanza de resolución.

22. En consideración de esta última circunstancia, cuando no lo prohiben otras, deben ser despachados primero los pobres que los ricos; los forasteros que los vecinos. San Jerónimo, sobre un pasage de los *Proverbios*, dice que antiguamente se colocaban los tribunales de justicia a las puertas de las ciudades; en que se atendía, según advertencia del mismo santo, a que el bullicio de la ciudad y tanta multitud de objetos extraños no confundiese a los forasteros, especialmente rústicos, que venían a exponer sus pretensiones. De aquí se infiere que el despacho era muy pronto, pues no se les daba lugar a constituir en la ciudad alojamiento. Hoy andan muy de otro modo las cosas. Tanto se detienen en la prosecución de sus causas los forasteros, que llegan a hacerse vecinos. Nada los confunde, sino las portentosas dilaciones de los jueces. Como antes se veían los tribunales a las puertas de las poblaciones, hoy se ven poblaciones enteras a las puertas de los tribunales, porque las perezas del despacho amontonan las causas en el oficio y los litigantes en el zaguán.

23. Con horror contemplo los daños que causan estas dilaciones, de las cuales, por los gastos que ocasionan, suele seguirse el quedar ambos colitigantes arruinados, el vencido, vencido, y el vencedor, perdido. Pleito hay que dura tanto como el de los cuatro elementos en el hombre, quiero decir toda una vida; y la resulta es la misma: la ruina del todo. ¡Oh términos del Derecho! Parecéis a veces los del mundo en la sentencia de Descartes, esto es, indefinitos.

24. Aun cuando no hay término que esperar, se deja descansar el pleito meses enteros en manos del relator, y después de hecha la relación y los alegatos, ¡cuántas veces se suspende la decisión todo el tiempo que es menester para que los jueces se olviden del hecho y de lo alegado! Hijo mío, no ignoras aquella regla legal de Sexto Pomponio: *En todas las obligaciones en que no se señala día debemos el día presente.* Todas las resoluciones de los tribunales son comprendidas debajo de esta regla. En teniendo la instrucción necesaria para proferirlas, ni un día podemos en conciencia detenerlas; y la instrucción misma se debe acelerar con la mayor brevedad posible.

25. De lo dicho se infiere que el juez nunca puede recibir cosa alguna del litigante bien despachado por vía de gratificación; porque como no es

capaz de hacerle alguna gracia, tampoco es acreedor a alguna recompensa. Deben ser los ministros como los astros, que nada reciben de la tierra aunque la benefician mucho, porque ese mismo beneficio es deuda. Su subsistencia corre por cuenta del soberano que los colocó en aquel puesto. Ellos deben la asistencia de la luz y el influjo al mundo inferior; el mundo inferior nada les debe a ellos.

26. Aun aquella visita de acción de gracias que el litigante después de la victoria hace a los jueces es por demás. ¿De qué les da gracias? ¿De que le dieron lo que era suyo? Por esto no merecen agradecimiento. Y si le dieron lo que era ajeno merecen castigo.

27. Lo que se ha dicho de la brevedad del despacho corre tanto en las causas criminales como en las civiles. El reo, o tratado como tal, es acreedor a la absolución si está inocente; y la república al castigo si es culpado. Algunos de estos dos acreedores está instando por el expediente. Ya se ve que se debe proceder con mucho tiento en las causas criminales por no incidir en el inconveniente gravísimo de que sean castigados como reos los inocentes. Pero no es proceder con tiento estarse sin hacer nada y tener tan olvidados a los que están en el calabozo, como si estuviese en el sepulcro.

28. Además de la razón común a unas y otras causas, para que se abrevie con ellas hay una especial y de gravísimo peso, que insta más por las criminales y es que la dilación es ocasionada a que se queden sin castigo los malhechores. Esto sucede por dos causas: la primera, porque cuanto más se detiene el proceso, tanto más tiempo se les da para romper la cárcel y escapar de la prisión. Nada sobra tanto como ejemplares de esto, de lo cual algunos están harto recientes. Las consecuencias que de aquí se siguen son muchas y perniciosísimas. Salen de la prisión aquellas fieras desatadas, con el ímpetu de recobrar en pocos días todo el tiempo que vacaron de las insolencias. Imagínanse acreedores a vengarse con nuevos insultos de lo que padecieron en las cadenas. Apenas hay inocentes a quien no miren como enemigo, y sólo los que los imitan en las costumbres son excepción de sus iras.

29. Tan común como todo esto es su saña; pero por lo que tiene de particular, es aún más perjudicial a la república. A quienes amenaza en especial aquel nublado de enojo son aquellos que tuvieron alguna parte en la prisión y proceso antecedente: el delator, el ministro que echó mano al delincuente, el que depuso como testigo en la información. Todos estos temen con razón entonces. Y lo peor es, que como el caso de rompimiento de cárcel sucede muchas veces, este temor preocupa los ánimos anticipadamente, de modo que apenas hay quien se atreva a deponer como testigo contra malhechores industriosos y osados aun cuando están sepultados en un calabozo de miedo que, escapándose algún día, se venguen de la deposición.

30. La segunda causa, porque la dilación de las causas criminales da motivo a la indemnidad de los delincuentes, no es tan palpable ni observada como la primera; pero más general y que más veces logra su efecto. Voy a exponerla. Recién cometido un delito todos los ánimos están exacerbados con el horror del insulto. Aun los más indulgentes claman por la pena. La parte ofendida grita a la tierra y al cielo. El fiscal centellea los celosos ardores de su oficio. Los jueces no respiran sino severidad. Toda esta fogosidad se va mitigando con el tiempo poco a poco. Así como se va alejando de la vista el delito y quedándose más atrás en la serie del tiempo, así va haciendo menos impresión en el ánimo; ya se hallan disculpas al hecho más atroz; ya se mezclan apotegmas de piedad con los teoremas de la justicia. Cuanto más se va deteniendo la causa, tanto más se va evaporando el celo. Hácese tránsito del calor a la tibieza y de la tibieza a la frialdad. La demora de medio año basta para que los ardores de julio

se conmuten en las escarchas de enero. a favor del reo, sino su delito. Si la parte agraviada es pobre, poco basta para acallarla. Las súplicas son muchas, unas por compasión, otras por interés. Y estando en esta disposición los ánimos, es fácil que salga de la cárcel poco menos que con palma el que antes por voto universal era digno de la horca.

31. Siempre he admirado la benignidad con que a veces se tratan las causas criminales, donde no hay parte que pida. La cesión de la parte comúnmente se valora en más de la mitad de la absolución del reo. En que no se advierte que siempre hay parte que pide; y lo que es más, siempre que hay parte que manda. Dios manda; la república pide. Esta es acreedora a que se castiguen los delitos, porque la impunidad de las maldades multiplica los malhechores. Por un delincuente merecedor de muerte a quien se deja con la vida, pierden después la vida muchos inocentes. ¡Oh piedad mal entendida la de algunos jueces! ¡Oh piedad impía! ¡Oh piedad tirana! ¡Oh piedad cruel!

32. No niego que tal vez no se perdone; pero ha de ser sólo en aquellos casos en que la república se interesa tanto o más en la absolución del reo que en su castigo. La utilidad pública es el norte adonde debe dirigirse siempre la vara de la justicia. Los servicios que el reo hizo a la república o los que se espera que haga por los especiales talentos que tiene para ello son de especialísima consideración en esta materia. Las leyes dan preceptos a este fin en términos formales. Por esto no fué, según reglas de equidad, la muerte que dió Manlio Torcuato a su valeroso hijo cuando volvía victorioso, habiendo batallado sin orden. ¿Qué más se haría con quien volviese vencido y no tuviese mérito alguno antecedente para ser perdonado?

33. Los príncipes tienen más arbitrio en esto que sus ministros no porque puedan perdonar por su antojo, pues también son deudores a Dios y a la república, sino porque los intereses comunes son más propios de su consideración que de la de los jueces particulares. Respecto del soberano, tienen cabimiento para conciliar el perdón o minorar la pena no sólo los servicios personales del reo, mas también los de sus más íntimos allegados: los padres, la esposa, los hermanos, los hijos. Así lo han practicado siempre los príncipes más ilustres. Y es una gran política avisar con estos ejemplos a los ánimos generosos, que no sólo pueden merecer para sí, mas también para los suyos. Es mucho el emolumento que saca la república de este incentivo. Otros muchos motivos de utilidad pública pueden ocurrir a los príncipes para perdonar a los delincuentes, que no es fácil enumerar.

34. En los delitos cometidos por inatención o por flaqueza ya se sabe que tiene mucha entrada la piedad. Las leyes les señalan menor pena, y el príncipe podrá condonarlos del todo en tal cual caso. Pondré un ejemplo: Sabiendo Pirro, rey de los epirotas, que unos mancebos que estaban bebiendo vino habían murmurado de él, los hizo traer a su presencia y les preguntó si era verdad que de él habían dicho tales y tales cosas. Estaba entre ellos uno de genio sincero y animoso, el cual respondió: *Sí, señor. Es verdad que todo eso dijimos después de haber bebido largamente, y más hubiéramos dicho si más hubiéramos bebido.* Perdonólos Pirro, y me parece que hizo muy bien. El delito se minora mucho por haber sido cometido en una media perversión del juicio, y el ser la ofensa contra la misma persona del rey, daba cierto aire de generosidad al perdón, capaz de aumentarle el amor y respeto de sus vasallos, cosa importantísima en todos los reinos. Por este camino recobró con exceso el público lo que perdió en la impunidad de aquel delito.

35. Aun prescindiendo de la particular circunstancia que minoraba la culpa de aquellos jóvenes, se puede decir generalmente que asienta bien a todos los príncipes y superiores ser in-

dulgentes con los que murmuran de sus personas. Esto acredita su clemencia y desacredita la misma murmuración. No puede quitarles tanta porción de respeto la maledicencia de algunos vasallos cuanto la opinión de clementes y magnánimos les granjea con todos. El mismo que ha delinquido se avergüenza del perdón, porque si lo tiene por piedad, conoce que no tuvo razón para murmurar; si por desprecio, ya le basta para castigo. Esta es la pena propia para los insultos de la lengua. Aplicar otra cualquiera es dar a los murmuradores la vanidad de que son temidos. Así se enciende más su odio y se esfuerza más su atrevimiento. Lo que se ha notado en los príncipes que anduvieron muy solícitos en pesquisar y castigar murmuraciones de corrillos es que las aumentaron en su tiempo y las eternizaron para la posteridad. Esta es una hidra, cuyas cabezas multiplica el cuchillo de la venganza y ahoga el humo del desprecio.

36. Nuestro piadoso y magnánimo rey Felipe V (que Dios guarde) puede servir de norma en esta mezcla de severidad y clemencia que pide en los príncipes la virtud de la justicia. Inexorable a los delitos graves cometidos en perjuicio de algún tercero, mostró una generosa indulgencia respecto de los que miraban a su persona. En la guerra civil de los años pasados, en aquella furiosa tempestad en que fué tal la agitación de los vientos, que bambanearon aun los escollos, donde flaqueó la constancia de muchos por hallar colores de lealtad en la misma deserción, disimuló muchas ofensas de obra y perdonó todas las de palabra, que no eran respectivas a la obra. Esto aumentó el amor en los corazones fieles y, en fin, hizo fieles a todos los corazones.

37. Pero volviendo a la severidad en castigar los delitos pertenecientes al magistrado, digo que ésta no sólo conviene a la república; también conviene, y aun mucho más, a los mismos delincuentes. Comúnmente se dice que rarísimo se condena de los que mueren en manos de la justicia. Todas las apariencias lo persuaden; y hay no sé qué revelación escrita que lo confirma. ¿Qué beneficio, pues, se hace en perdonar al malhechor, el cual muriendo en la horca de allí tomaría el camino para el Purgatorio, para pasar después al Cielo, y muriendo en alguno de los encuentros a que es arriesgada su profesión, mucho más probablemente perdería para siempre el alma con la vida? ¡Oh cuántos millares de éstos habrá en el infierno, que estarán sin cesar fulminando horribles maldiciones contra los jueces, que con una injusta clemencia ocasionaron su eterna perdición! ¿Cuántos con desesperación y rabia llorarán ahora el que les haya valido no digo yo los dolosos asilos de las que llaman *Iglesias frías*, pero aun las más justas inmunidades?

38. Hacia cierto género de delitos, en cuyo castigo quisiera ver a los jueces muy solícitos, los he experimentado muy indulgentes. Hablo de las faltas de legalidad que respectivamente a su ministerio cometen todos aquellos que intervienen como instrumentos en el conocimiento y prosecución de las causas, el abogado, el relator, el procurador, el recetor, el escribano, el alguacil, el testigo, etc. Es el tribunal un todo de tan delicada contextura, que no hay en él parte integrante alguna que no sea esencial. Es una máquina, en que si falta o falsea o afloja el más menudo muelle, todos los movimientos serán desordenados. ¿Qué importa que sean los jueces rectos si los procesos o los informes llegan adulterados a sus manos y oídos? Cuanto más rectos, tanto más cierto que entonces saldrá una sentencia injusta, porque se arreglará a las viciadas noticias en que se fundan. Entre los japoneses se castiga con severísimas penas cualquier mentira que se diga a los jueces tocante a la causa que se examina, aun cuando la profiere la misma parte interesada. Paréceme excelente política. El modo de dar paso seguro a la justicia es desembarazar el camino a la verdad, y pa-

ra esto no hay otro arbitrio que el castigar con gran severidad la mentira.

39. Si se me opone que esto parece demasiado rigor, porque excede la pena la gravedad de la culpa, respondo que los juristas deben pesar los delitos de otro modo que los teólogos. El teólogo examina la malicia intrínseca del acto; el jurista considera las consecuencias que tiene para el público, y pueden ser éstas graves, aunque la culpa, según la primera inspección sea leve. Es verdad que también el teólogo considera las consecuencias cuando las prevé el delincuente, lo que a proporción agrava aun en el fuero interno su culpa. El jurista no puede, ni le toca, examinar si las previó, sino aplicar el remedio que prescribe la ley, para evitar el daño; y así en el fuero externo es castigado el reo, como si previese ese daño.

40. Considérese ahora que las falsedades y dolos que circundan los tribunales dificultan tanto el examen de la verdad que en unas causas se logra tarde y en otras nunca. Este es un gravísimo perjuicio para el público, porque la dificultad de la averiguación da aliento a los mal intencionados para todo género de maldad. ¿Qué remedio para esto, sino el de castigar con rigor todo engaño judicial? La mayor perdición de una república no consiste en que haya en ella muchos que no temen a Dios, sino en que éstos que no temen a Dios tampoco teman al magistrado.

41. Yo no extraño que haya muchos testigos falsos, viendo la benignidad que se practica con ellos. Entre los indios orientales, según Estrabón, se les cortaban pies y manos. Entre los licios, dice Heráclides, que les confiscaban todos los bienes y los vendían para esclavos. Los pisidas, cuenta Alejandro de Alejandro, que los despeñaban de una alta roca. En la *Historia Helvética* se lee que el magistrado de Berna hizo morir hervidos en aceite dos testigos que falsamente depusieron deberle una cantidad grande de dinero un ciudadano a otro.

42. Ninguna de estas penas me horroriza, por contemplar cuán necesario es en esta materia el rigor. Pero la más justa y razonable al fin como dictada por boca divina, fué la del talión, que Dios estableció en el pueblo de Israel. Esta misma recomiendan varios textos del Derecho civil. En España tuvo su uso por las leyes de Toro. Mas últimamente, por no ser adaptable a todos los casos, el señor Felipe II, dejándola en su vigor para las causas de sentencia capital, en que el testigo debe ser castigado con la misma pena correspondiente al delito que falsamente asevera, constituyó para todos los demás casos la pena de vergüenza pública y galeras perpetuas. Justísimo castigo. Pero ¿cuándo se ejecuta? No sé si en la prolija carrera de mi edad le he visto aplicar alguna vez. Lo que comúnmente sucede es que al tiempo de votar entra intempestivamente la piedad en la sala y a contemplación de esta serenísima señora, en vez de vergüenza pública y galeras perpetuas se decreta una multa pecuniaria.

43. Notables palabras las de Dios a Moisés al capítulo nono del *Deuteronomio*, hablando del testigo falso: *Non misereberis ejus*, le dice. No, Moisés. No te apiades, no te compadezcas, no tengas misericordia con él. Rígido parece el decreto. Rígido, sí, pero preciso. Con el castigo falso todo ha de ser rigor; nada de clemencia: *Non misereberis ejus*. Así conviene; porque si no ¿quién tendrá segura la hacienda? ¿Quién la honra? ¿Quién la vida? Así que esto verdaderamente no es abandonar la piedad, sino fijarla en el objeto que se debe; es retirar los ojos compasivos de un individuo culpado, por dirigirlos a la multitud inocente.

44. Lo mismo que del testigo falso digo a proporción de todos los demás que engañan o procuran engañar a los jueces en el conocimiento de las causas. Es menester, aunque sea a hierro y fuego, allanar el camino por donde debe venir al tribunal la verdad, para que pueda salir de él la justicia. Cuanto se expendiere de rigor por esta parte se ahorrará con ventaja por otras.

Cuanto más se facilitare la averiguación de los delitos, tanto sería menor el número de ellos, tanto menos padecerían los inocentes y tanto menos se repetirá al pueblo el triste espectáculo de los suplicios. A cuyas utilidades se añade la suma importancia del breve y feliz despacho en las causas civiles.

45. Por tanto, mi sentir es que no haya indulgencia o remisión alguna ni con el abogado, que supone citas o doctrinas falsas (dejando a la prudencia los casos en que esto se puede atribuir a equivocación o falta de memoria) ni con el escribano o recetor que dolosamente colorea los dichos de los testigos, ni con el relator que suprime cláusulas. Semejantes atentados, si se examina su contrariedad a la virtud de la Justicia, tanta malicia tienen como una deposición falsa.

46. Ni se deben dejar sin castigo severo (juzgo sería el más proporcionado la privación o suspensión larga de ejercicio) el abogado que patrocina causas evidentemente injustas y el procurador que con el fin de dilatar introduce artículos impertinentes. Mas ya éstas y otras graves faltas de legalidad y buena fe (o benignidad perjudicialísima) se juzgan bastantemente castigadas con una reprensión verbal: corto freno para detener los impulsos de la codicia, de la ambición, del miedo, del amor, del odio; cinco enemigos de la justicia, que alternativamente según la calidad o influjo de las partes, incitan a los oficiales a violar la integridad de sus ministerios.

47. En todas partes se oyen clamores contra el proceder de los alguaciles y escribanos. Creo que si se castigasen dignamente todos los delincuentes que hay en estas dos clases, infinitas plumas y varas, que hay en España, se convertirían en remos. Los alguaciles están reputados por gente que hace pública profesión de la estafa. Si es verdad todo lo que se dice de ellos, parece que el demonio, como siempre procura contrahacer o remedar a su modo las obras de Dios, al ver que en la Iglesia se fundaban algunas religiones mendicantes para bien de las almas, quiso fundar en los alguaciles una irreligión mendicante para perdición de ellas. Su destino es coger los reos; su aplicación, coger algo de los reos, y apenas hay delincuente que no se suelte, como suelte algo el delincuente. Los escribanos tienen mil modos de dañar. Raro hay tan lerdo que dé lugar a que le cojan en falsedad notoria. Pero lo que se ve es que todo el mundo está persuadido a que en cualquier causa, que civil, que criminal, es de suma importancia tener al escribano de su parte. El modo de preguntar ladino hace decir al que depone más o menos de lo que sabe. La introducción de una voz que parece inútil o de pura formalidad, al formar el proceso, hace después gran eco en la sala; la sustitución de otra, que parece equivalente a la que dijo el testigo, altera tal vez todo el fondo del hecho. Todos los ojos de Argos colocados en cada togado son pocos para observar las innumerables falacias de un notario infiel. Pero a proporción de la dificultad del conocimiento se debe aumentar el rigor. De mil infieles sólo será descubierto uno y es menester proceder con tanta severidad con este uno que en él escarmiente todo el resto de los mil. Hágase temer el castigo por grande, ya que no puede por frecuente.

48. Habiendo arriba tocado algo de las multas pecuniarias, no te ocultaré aquí una reflexión que muchos años ha tengo hecha sobre este género de pena y que me la hace mirar con poco agrado. He reparado, digo, que el gravamen de la multa no sólo carga sobre el reo, mas también igualmente y aun con exceso sobre algunos inocentes. Peca un padre de familia de cortos medios y se le impone una multa de cien ducados. La extracción de esta cantidad no sólo la padece el que cometió el delito, mas también su mujer e hijos; y éstos suelen padecerla más, porque como cada uno se ama más a sí mismo que a sus

más íntimas adherencias, y el delincuente, como dueño de la casa, dispone a su arbitrio de los bienes de ella, suele no cercenarse a sí mismo de las conveniencias que antes gozaba en comida, vestido y diversiones; y carga el cercén que corresponde al dinero extraído, sobre sus domésticos. Su gasto es el mismo; por cuenta de la mujer y de los hijos solamente queda el ahorro o por lo menos queda la mayor parte. No extrañes que no mire con buenos ojos una especie de castigo en que por lo común más padece el inocente que el culpado. Ni niego que muchas veces es preciso. Las penas de Cámara, establecidas por la ley a determinados delitos, son inevitables. Fuera de estas, es forzoso recurrir a las multas para gastos de justicia. ¿Qué podremos, pues, arbitrar? Que sean las menos que puedan ser.

49. Esto importa también al honor de los jueces; porque los vulgares, cuando ven cargar mucho la mano en las multas, y no ven su aplicación al beneficio público en construcción de puentes, reparos de caminos, conducción de aguas, socorro de hospitales pobres, etc., fácilmente se persuaden a que los mismos jueces se interesen en la imposición de aquellas penas. Y aunque el juicio sea indiscreto o temerario, es justo redimirnos de esta nota cuando cómodamente se puede.

50. Cuando los delincuentes, por carecer de familia, sólo disfrutan sus bienes en sus propias personas, ninguna pena me parece más racional que la de multa pecuniaria, en caso que no la pida más acerba la gravedad de la culpa. Lo primero, porque como castigo incruento, es más tolerable a la compasión, así de los que la decretan como de los que la miran. Lo segundo, porque es quitarle armas al vicio, despojar de sus dineros a un hombre mal inclinado. Lo tercero, porque si se expenden a favor del público, logra el pueblo dos utilidades, consiguiendo en el castigo, sobre la recta administración de justicia, algo de temporal conveniencia.

51. Propuesto te he, hijo mío, mi dictamen en orden a todo aquello que me ha parecido más esencial en el ministerio de la judicatura. Si acaso te pareciere, viéndome tan escrupulosamente puesto de parte de la justicia, que quiero borrar del catálogo de las virtudes la clemencia, estás engañado. Conozco la excelencia de esta virtud, y aun por eso me duele que en nuestro ministerio no haya materia a su ejercicio. Venero esta prenda divina; y aun por ser tan divina la contemplo sobre la esfera de nuestra jurisdicción. Llámola divina, por cuanto a la actividad de absolver de las penas que decretan las leyes, casi es privativamente propia de Dios. Este, como supremo dueño, puede perdonar todos los delitos; los reyes, como inmediatos en la soberanía, pueden perdonar algunos; los ministros inferiores, para todos tenemos atadas las manos; porque el que está sujeto a las leyes carece de arbitrio para las piedades.

52. Es verdad que podemos interpretar la ley oscura, inclinándola a la parte más benigna, mas esto debe ser según la exigencia del bien público y según el dictamen de la natural equidad; y obrando de este modo, ya no es clemencia, sino justicia. Podemos también por la virtud que llaman epikeya minorar y aun omitir en varios casos las penas que decretan las leyes. Tampoco esto es benignidad, sino justicia, porque estamos obligados a seguir la mente del legislador antes que la letra de la ley. Por eso Aristóteles, que entendió muy bien la naturaleza de las cosas que pertenecen a la ética, señaló la epikeya por parte de la justicia. Estos casos en los delitos menores son muy frecuentes, porque examinada la positura de las cosas, ocurre muchas veces a la prudencia que se han de seguir mayores inconvenientes del castigo que de la tolerancia. Seguir siempre la letra de la ley penal, sin exceptuar los casos en que el legislador no pudo o la prudencia juzga que no quiso obligar es lo que se llama sumo derecho, *summum jus*, y que con razón está

capitulado por suma justicia. Luego obrar de contrario modo es justicia y no clemencia. De donde se infiere que la piedad que tanto se implora en los jueces subalternos, impropiamente se llama así, porque si es conforme a la ley racionalmente entendida, es justicia; si contra ella, es injusticia. En los casos omisos y cuando la ley está oscura, hay reglas generales para interpretarla o suplirla, las cuales tienen fuerza de ley. Por tanto, en el juez subalterno no hay medio entre justicia e injusticia, porque no hay medio entre obrar conforme a la ley y obrar contra la ley. Dios te guarde, etc.

LA AMBICION EN EL SOLIO

Discurso XII

§ I

1. El más injusto culto que da el mundo es el que reciben de él los príncipes conquistadores, siendo solamente acreedores al odio público: vivos se les tributa una forzada obediencia y muertos un gracioso aplauso. Es necesidad lo primero; pero necedad lo segundo.

2. ¿Qué es un conquistador sino un azote que la ira divina envía a los pueblos, una peste animada de su reino y de los extraños, un astro maligno, que sólo influye muertes, robos, desolaciones, incendios; un cometa que igualmente amenaza a las chozas que a los palacios, en fin, un hombre enemigo de todos los hombres, pues a todos quisiera quitar la libertad y en la prosecución de este designio a muchos quita la hacienda y la vida?

3. En esto como en otras muchas cosas admiro el ventajoso juicio de los chinos. Isaac Vossio afirma que en los anales de aquella gente no son celebrados los príncipes guerreros, sino los pacíficos; ni logran los vítores de la posteridad aquellos que se añadieron con las armas dominios nuevos, sino aquellos que gobernaron con justicia y moderación los heredados. Esto es elegir bien.

4. No niego que el valor, la pericia militar y otras prendas precisas en los conquistadores son por sí mismas apreciables, pero concretadas con el uso tiránico constituyen los hombres aborrecibles. No ha habido malhechor alguno insigne que no fuese dotado de grandes calidades de alma y cuerpo. Por lo menos no podían faltarles robustez, industria y osadía. ¿Quién por esto se meterá a panegirista de malhechores?

5. No es paridad, sino identidad, la que propongo, porque verdaderamente esos grandes héroes que celebran con sus clarines la fama, nada más fueron que unos malhechores de alta guía. Si yo me pusiese a escribir un catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alejandro Magno y a Julio César.

6. Nadie se conoció mejor en esta parte ni se confesó más francamente que Antígono, rey de la Asia. Estando en la mayor fuerza de sus conquistas, un filósofo le dedicó un libro que acababa de escribir en asunto de la virtud y de la justicia. Luego que Antígono leyó el título, sonriéndole dijo: «Muy a propósito por cierto viene la lisonja de dedicarme un tratado de justicia, cuando estoy robando a los demás todo lo que puedo.»

7. Aunque no llegaron a hacer semejante confesión Alejandro y César, manifestaron bastantemente los remordimientos de la propia conciencia. El primero, en la templanza con que toleró ser capitulado por aquel pirata que cayó en sus manos de ser mayor y más escandaloso pirata que él; pues si Alejandro no conociera que le decía la verdad, muy mal le hubiera estado haberla dicho. El segundo, en sus perplejidades al pasar el Rubicón, siendo de creer que aquel ánimo intrépido no le detendría la contemplación del riesgo, sino la del delito.

8. En efecto, los príncipes conquistadores, tan para todos son malos, que ni aun para sí mismos son buenos. Son malos para sus vecinos, como es notorio; son malos para sus vasallos, que en realidad padecen lo mismo que los vecinos, pues en los excesivos tributos malogran las haciendas y en las porfiadas guerras las vidas. Es verdad que vencen; pero más hombres cuestan a un reino diez batallas ganadas que dos o tres perdidas. Esto, dejando aparte aquel menoscabo que padecen las artes y la agricultura, por llevarse toda la atención la guerra. Con que al fin de la jornada, exceptuando unos pocos soldados premiados y otros pocos que lograron algunos despojos, tan mal quedan los conquistadores como los conquistados.

9. Otro perjuicio harto grave, aunque menos observado, ocasionan estos espíritus ambiciosos a sus vasallos: y es que ocupados del deseo de engrandecer de todos modos al imperio, no sólo procuran aumentarle extensivamente entre los suyos. No sólo quieren dominar los más vasallos que pueden, pero también dominar lo más que pueden a los vasallos. Más fácil es contentar la ambición por este segundo camino que por el primero. Sin añadir súbditos se forma un imperio sin límites, el que se desembaraza del estorbo de las leyes. Imperio reducido al despotismo es imperio infinito, si se atiende al número, no de los que han de obedecer, sino de las cosas que puede mandar.

10. En fin, para sí mismos son malo los conquistadores; porque como la hidrópica sed de ganar nuevos vasallos nunca se sacia, nunca el desasosiego del corazón cesa: *Plusque cupit, quo plura suam demittit in alvum.* Tienen a las espaldas lo que adquirieron y delante de los ojos lo que resta por adquirir; de aquí depende que eso como más presente, tiene más fuerza para inquietar el ánimo irritando el apetito, que aquello para calmar el alma insinuando el gozo. Añádase a esta ansia el susto del cuchillo o del veneno, que son los dos paraderos comunes de la vida de los conquistadores.

11. Sólo les queda por fruto de sus fatigas un bien que no gozan y que por tanto no se debe llamar bien. Este es la celebridad del nombre en los siglos venideros, tributo que paga a sus cenizas la necedad de los hombres. Ningún tributo más injusto. Si la memoria de los conquistadores fuera regida por el entendimiento, había de servir a la execración y no al aplauso. Quien celebra a un Nemrod, a un Rómulo, a un Alejandro, puede con la misma razón celebrar a un tigre, a un dragón, a un basilisco. Las mismas prendas hallo en aquellos tres héroes insignes que en estas tres bestias feroces: una fuerza grande para hacer el mal y una grande inclinación a hacerle.

12. Risa me causa ver a los romanos dueños ya del mundo, hacer vanidad de fijar el origen de su imperio en Rómulo. Nada hubo en este hombre que pudiese desvanecer a sus descendientes. Si se mira por la parte del nacimiento, se le halla, según el mejor sentir, por madre una ramera. Si por la vida y profesión, sólo se ve un ladrón atrevido, que hecho capitán de otros tales, erigió en república a una infame cuadrilla. El robo de las Sabinas, si fué verdadero, prueba que Rómulo y todos sus secuaces eran una gente despreciada por vil y ruin en toda Italia, pues ningún pueblo les quiso dar mujeres para sus matrimonios, y fué menester robarlas para tenerlas. A Rómulo, no pudiendo sufrirle, le quitaron la vida los mismos ministros que él había criado. Pero tal es la ceguera del mundo que al mismo que juzgaron indigno de permanecer entre los hombres le colocaron luego entre las deidades.

13. La misma suerte tuvieron los demás grandes conquistadores: ser aborrecidos cuando vivos y adorados después de muertos Nemrod fué el primer objeto de la idolatría. Mudáronle el nombre de Nemrod, que significa rebelde, en el de Belo, Baal o Baalín, que significa señor. Este es el Júpiter

Belo de la antigüedad. A Alejandro hizo un veneno víctima del resentimiento de Antípatro, y luego hubo en los altares víctimas para Alejandro. No bien mataron a César en el Capitolio como enemigo de la patria, cuando le veneraron en el cielo como deidad tutelar de las repúblicas. Grande error del gentilismo transferir los hombres en deidades. Pero mucho mayor, transferir en deidades aquellos que por sus vicios debieran ser degradados de hombres.

§ III

14. Los que hacemos el concepto debido de la deidad, no podemos caer en tan torpe error; mas no por eso dejamos de errar. No adoramos a los conquistadores como dioses, pero los celebramos como héroes. ¿Qué es esto sino envilecer tan noble epíteto? Los héroes verdaderos son hechuras de la virtud; y así se deben rechazar como contrahechos o adulterinos cuantos se fabrican en la oficina de la ambición. Hombre grande y malo es implicación manifiesta. Discretamente Agesilao, a uno que le ponderaba la grandeza del rey de Persia, como dándole en el rostro con la pequeñez de su reino de Esparta, le respondió: *Sólo puede ser mayor que yo quien fuere mejor que yo.* No dijera más, aunque hubiera leído aquel célebre dicho de San Agustín: *In his, quae non mole, sed virtute praestant, ídem est majus esse, quod melius esse, En aquellas cosas que se miden no por la cantidad, sino por la virtud, lo mismo es ser mayor que ser mejor.*

15. Sean celebrados como héroes un Teodosio, un Carlo Magno, un Gofredo de Bullón, un Jorge Castrioto: en fin todos aquellos en quienes la fortuna sirvió al valor y el valor a la justicia; aquellos a quienes sólo arrancaban la espada de la cinta, o el interés del cielo o la utilidad del público; aquellos que en las guerras sólo abrazaban como suyos el trabajo y el riesgo, dejando intacto, como ajeno, el fruto; aquellos que fueron pacíficos por inclinación y guerreros por necesidad. En fin, queden estampadas en la memoria de los hombres, para ejemplo de los venideros, las imágenes de los príncipes justos, clementes, sabios, animosos, en cuyo cetro reinó la justicia y cuya espada nunca hirió la propia conciencia.

16. Pero descártense del número de los héroes esos coronados tigres que llaman príncipes conquistadores, para ponerse en el de los delincuentes. Derríbense sus estatuas o trasládense sus imágenes del palacio a la casa de las fieras, porque esté siquiera la copia donde debiera haber estado el original. No obstante dejaré por ahora aquí estampada una imagen común de todos los príncipes conquistadores, que hallo formada muy al vivo en ciertas palabras que dijo, estando para morir, un príncipe a quien se dió este epíteto, y fué Guillermo el primero de Inglaterra.

17. Este príncipe, en aquel último espacio de la vida, en que, por mirarse de cerca la eternidad, se empiezan a ver las cosas como son en sí; cuando se abren los ojos del alma al paso que se van cerrando los del cuerpo; cuando sus victorias pasadas le mordían la conciencia, sin halagar la ambición, no sé si por arrepentimiento o por despecho o por desahogo, haciendo una triste reflexión sobre la suma de sus hechos, hizo esta confesión delante de los próceres que cercaban la cama: *Yo he aborrecido a los ingleses, deshonré la nobleza, mortifiqué al pueblo, quité a muchos la hacienda, hice morir por la hambre y por la espada infinita gente, y, en fin, he desolado esta bella e ilustre nación con la muerte de muchos millares de hombres.* En estas pocas líneas están pintadas con sus verdaderos colores las hazañas de aquel conquistador y la de todos los que han gozado el mismo epíteto se pueden dibujar con los mismos rasgos.

18. He dicho las de todos, porque, como ya se notó arriba, la sed hidrópica de dominar, dolencia general de los conquistadores, los inclina a engran-

decer su imperio no sólo entre los extraños, mas también entre sus propios súbditos. La ambición que los agita no sólo anhela a romper las márgenes de la corona, mas también las de la justicia. No contentos con una dominación legítima aspiran al despotismo. Miran como estorbo de su grandeza la equidad, y sólo hallan ensanches proporcionados a su espíritu en la tiranía. Infeliz estado el de un reino cuando al que le gobierna se le encaja este capricho. La lástima es que se les encaja también a muchos que no son conquistadores ni piensan en serlo sino de sus propios vasallos.

19. Es esta otra especie de conquista más odiosa y más barata porque no se debe al valor, sino a la astucia; no a las fatigas de la campaña, sino a las cavilaciones del gabinete. Conquístanse los propios súbditos haciéndose más súbditos, atando con sus más pesadas cadenas la libertad, transfiriendo el vasallaje a la esclavitud. Es heredada la dominación hasta donde es justa; es usurpada desde donde empieza a ser violenta. ¡Pero infeliz granjería la que por esta parte hace la ambición! ¿Qué interesa el príncipe en poner en dura servidumbre los cuerpos, si al mismo tiempo se enajena las almas? Pierde lo mejor de sus vasallos, que es el amor, dándole a cambio por una porción más de miedo. Desposéese de los corazones, gravando los pechos. Prívase de la mayor dulzura del reinar, que consiste en verse obedecido por inclinación el que manda por ley. ¿Qué deleite puede dar una dominación, donde en cada vasallo se considera una fiera indignada contra la cadena que la aprisiona? ¿Qué seguridad tendrá contra los extraños quien hizo desafectos a los suyos? ¿Ni qué seguridad tendrá aun contra los mismos suyos, quien a los suyos hizo extraños? Díganlo esos monarcas del Oriente, donde por afectar tanto los príncipes ser árbitros de las vidas de los vasallos, se constituyen algunas veces los vasallos árbitros de las vidas de los príncipes.

§ IV

20. La culpa de este abuso, cuando le hay, tienen malintencionados ministros y viles aduladores. Aquéllos se interesan en extender el imperio más allá de lo justo, porque por participación les toca algo de aquella propasada autoridad. Estos van a ganar la gracia del príncipe con el arbitrio fácil que le proponen para elevar a mayor celsitud su jurisdicción. Con este fin no cesan de representarle que la total independencia es esencial a la corona; que las leyes y costumbres son limitativos indignos de la soberanía; que un monarca tanto se hace más espectable cuanto reina más absoluto; que la medida justa de la autoridad real es la voluntad del rey; que tanto mayor exaltación logra el solio cuanto a mayor profundidad se ve abatido el pueblo; que, en fin, un rey es deidad en la tierra; y tanto esfuerzan esta máxima, que cuanto es de su parte procuran olvidarle de que hay otra deidad superior en el cielo.

21. Es bello a este propósito un caso que refiere en sus *Anécdotas* Juan Reinaldo de Segrais. Estaban algunos cortesanos entreteniendo con máximas de política tirana, semejantes a las expresadas, al gran Luis XIV cuando aquel príncipe no tenía más de quince años. Creo que a cinco más que tuviera, el menor castigo que les daría sería desterrarlos para siempre de su presencia y de la corte. Mas la falta de experiencia, la capacidad aún no del todo formada, juntas con el ardor de su vivísimo espíritu, le hacían oír con agrado como proporcionada a la grandeza de su corazón aquella idea de un ilimitado poder; al tiempo mismo que el mariscal de Etré, hombre anciano, de gran consejo y madurez, que se hallaba poco distante del rey, estaba escuchando a aquellos aduladores con suma indignación. Prosiguiendo estos su asunto, trajeron a la conversación el ejemplo de los emperadores otomanos, refiriendo cómo aquellos monarcas son dueños despóticos de las vidas y haciendas de

sus vasallos. *Verdaderamente eso es reinar* (dijo el gran Luis); *felices monarcas por cierto,* como confirmando su aprobación aquel modo de dominio. Traspasáronle estas palabras el corazón de parte a parte al buen mariscal de Etré, por considerar las perniciosas resultas de aquella condescendencia, y llegándose prontamente al rey, intrépido le dijo: *Pero, señor, advertid que a dos o tres de esos emperadores en mis días les dieron garrote sus vasallos.* El mariscal de Villeroy, digno ayo y gobernador del regio joven, que estaba a alguna distancia, pero todo lo había oído, arrebatado de gozo rompió atropelladamente por todos los que estaban en medio, hasta llegar al de Etré, a quien abrazó públicamente, dándole cordialísimas gracias por tan oportuna y útil advertencia. ¡Ojalá hubiese siempre al lado de los príncipes algunos hombres de libertad tan generosa, para acudir prontos con la tríaca cuando la lisonja los brinda con el veneno de la tiranía en el vaso dorado de la grandeza.

§ V

22. La primera edad de los príncipes es la más susceptiva, así de perniciosas como de saludables máximas. Echan altas raíces en el alma las impresiones de la puericia. Según el cultivo que recibe entonces fructifica después. En muy pocos falsea esta regla. En Jacobo VI, rey de Escocia y primero de este nombre en Inglaterra, concurrieron grandes circunstancias favorables para que fuese celoso católico. Tenía buen entendimiento y no mala índole. Era hijo de la excelente reina María Estuardo, de cuyo ejemplo se podía esperar una eficacísima influencia en el ánimo del hijo. La dilatada prisión y la lastimosa muerte de aquella mujer admirable, debían irritarle contra la herejía, siendo cierto que en el motivo de aquella tragedia se mezcló con la política sangrienta de Isabela la causa de religión. Sin embargo, las malignas sugestiones de un mal ayo desbarataron tantos saludables influjos. Jorge Bucanau, que fué preceptor suyo, le inspiró tan eficazmente los nuevos dogmas, que nunca se apartó de ellos. Cuéntase de aquel depravado hereje (si ya no fué ateísta, como piensan algunos, los cuales en prueba refieren que cercano a la muerte dijo que más verdades hallaba en la *Historia Natural* de Plinio que en la Sagrada Escritura) que cuando quería castigar al niño Jacobo se vestía un hábito de San Francisco, a fin de estampar en su espíritu un horror indeleble, no sólo hacia los religiosos de aquella Sagrada Orden, mas también hacia todos los de la religión romana. Conocía bien que duran siempre las imágenes agradables o terribles que se imprimen en la primera edad.

23. Por tanto, es importantísima en los reinos la elección de ayos, que han de regir la puericia de los príncipes, y en los ayos mismos la elección de máximas que han de inspirar a sus alumnos. Nuestra España está hoy dando un grande ejemplo en esta materia a todas las naciones. Cuando no nos dieran tantas y tan bellas esperanzas el espíritu excelso, la discreta y amable entereza de nuestro príncipe Fernando, la dulcísima viveza del serenísimo infante Carlos y la benignísima tranquilidad del serenísimo Felipe; cuando a la índole extremamente noble de estos tres hechizos de nuestros corazones no coadyuvasen tantos y tan grandes ejemplos de catolicísima piedad de sus augustos padres, bastaría el cuidado que hubo en su educación para asegurarnos de que hemos de lograr en los tres, si el cielo nos conserva sus preciosas vidas, tres príncipes cabalísimos. Las brillantes señas que ya en su tierna edad nos dan del cordial amor que profesan a sus españoles, testifican que la instrucción que han tenido y tienen es conforme a las reglas de la más racional y cristiana política. Sobre cuyo asunto referiré aquí lo que, con ocasión de mis escritos me pasó con el señor infante don Carlos, por satisfa-

cer una queja de su Alteza, dando juntamente a toda España una gratísima noticia.

24. Habiéndose dignado su Alteza de leer parte de mi segundo tomo luego que salió al público, tropezó en aquella tabla trasladada del padre Juan Zahn, doctísimo premonstratense, donde se representa el cotejo de las cinco naciones principales de Europa en genios y costumbres. Dije con propiedad que tropezó, porque verdaderamente fué escándalo para su ternura con los españoles ver en aquella tabla maltratada a nuestra nación en dos o tres partidas en tanto grado que le dijo a su ayo, el señor don Francisco de Aguirre, que aquel libro, o por lo menos la tabla, se debían dar al fuego. Satisfízole el ayo diciéndole que en aquella tabla no estaba expresado mi dictamen, sino el de aquel autor alemán a quien citaba, y que yo, bien lejos de convenir con él en lo que dice de nuestra nación, protestaba en la página antecedente que en cuanto a esto le tenía por poco verídico. Templó esto, pero no extinguió del todo el resentimiento del amabilísimo infante, porque siempre hería sus ojos la tabla, por más que dentro de su entendimiento me defendía la protesta; de modo que habiendo yo logrado pocos días después la dicha de besar su mano, me dió algunas señas de su enojo, y a su ayo repitió en mi presencia que había que quemar aquella tabla. Bien es verdad que observé mal avenida la apacibilidad del semblante con el rigor de la sentencia. Su genio se había puesto de mi parte contra su cólera; y en aquellos suavísimos y soberanos ojos, que a todos momentos están decretando gracias, parecía que la piedad se estaba riendo de la ira.

25. Es cierto que en aquel cotejo de naciones no expresé mi dictamen, sino el del padre Zahn o el que este autor dice ser juicio común; antes bien manifesté ser contrario al mío en todo lo que es menos favorable a los españoles. Para cuya confirmación y satisfacción mayor del serenísimo infante, de nuevo contradigo y positivamente desapruebo cuanto es ofensivo de nues-tra nación en dicha tabla. Si Dios m da vida, espero manifestar en algú discurso del siguiente tomo el venta joso concepto que tengo hecho de lo españoles en cuanto a algunas partida en que les hace poca merced el vulg de las naciones extranjeras.

26. Lo que hemos dicho en los tre números antecedentes, en cuyo asun to pudiera extenderse mucho más l verdad, sin llegar a los confines de l lisonja, a nadie puede parecer disgre sión, siendo ejemplo que persuade propósito principal de este discurso.

§ VI

27. Digo, pues, otra vez, que sien do cierto que el alma en el estado d la puericia recibe las impresiones com cera y las retiene como bronce, es im portantísimo inspirar máximas saluda bles a los príncipes en esa edad. E método de educación doctrinal que este fin se debe observar es empeza por la religión, proseguir con la étic o moral y acabar con la política. En tre estas tres partes hay un enlace ad mirable. La religión (no hablamos aqu de ella en cuanto es virtud especial, sin en cuanto incluye la verdadera creen cia) informa el entendimiento de la grandezas de Dios y dispone el cora zón para amarle. La ética o instruc ción moral rige todas las acciones par que conspiren unánimes a este fin, si viendo al mismo tiempo de vehículo disposición última para la más sana po lítica; o por mejor decir, la ética de príncipe, en cuanto príncipe, no otra cosa que la misma política tomad en general, porque ésta consiste en l colección de todas aquellas virtudes qu conducen para gobernar bien.

28. El uso de buenos libros es mu útil para informar a los príncipes d la política recta. Mas ¿cuáles son lo buenos libros? Creo que muy poco Los que contienen sana doctrina so infinitos. Pero ¿qué importa que in truyan, si no mueven? Lo difícil en l

moral no es el conocimiento de lo recto, sino el movimiento o inclinación eficaz a obrarlo. Hay unos libros de cláusulas cortadas y arredondadas con afectación (siguiendo el estilo de Séneca, que el otro emperador llamaba *arena sin cal*), las cuales todo son retintín para el oído, sin que el eco llegue al corazón. Hay otros llenos de textos y conceptos pulpitables, que en vez de ilustrar confunden, en vez de mover fastidian. Otros que abundan de sentencias de Tucídides, Polibio, Tácito, Livio y Salustio, mezcladas con gran copia de pasages históricos. De todos éstos diré lo que Apeles dijo a un discípulo suyo que había pintado a Helena con muy poca hermosura, pero con costoso vestido y muy llena de joyas: *Cum non posses facere pulchram, fecisti divitem. No pudiendo hacerla hermosa, la hiciste rica.* Esos adornos forasteros con que la erudición aliña la virtud en los libros que tratan de ella, nada conducen para encender en su amor a los que los leen. Sólo logrará ese efecto quien supiere pintar con vivos colores su nativa hermosura; quien tuviere arte y genio para imprimir en el entendimiento una idea clara, agradable, magnífica de su belleza.

29. Pero mejor que los mejores libros es la buena conversación. La enseñanza que se comunica por medio de la voz es natural; la de la escritura, artificial; aquélla, animada; ésta, muerta; por consigiuente, aquélla, eficaz y activa; ésta, lánguida. La lengua escribe en la alma como la mano en el papel. Lo que se oye es el primer traslado que se saca de la mente del que instruye; lo que se lee ya es copia de copia. Si los príncipes niños fuesen cotidianamente entretenidos por personas discretas y bien intencionadas, cualquiera se podría constituir fiador de sus futuros aciertos. La doctrina que mejor se insinúa es la que se sugiere debajo del velo de diversión. Como lo que se come con gusto nutre mejor el cuerpo, lo que se escucha con deleite aprovecha más a la alma. La voz de enseñanza es desapacible a la niñez; así conviene, en cuanto se pueda, quitarle el nombre, dejando la sustancia. En los príncipes mucho más, porque ya desde entonces empieza a inspirarles la vanidad propia o la adulación ajena, que su fortuna no necesita de doctrina. Reglas de justicia y prudencia civil, dulcemente mezcladas con narraciones armoniosas y apacibles de algunos hechos de príncipes justos, que obrando bien consiguieron cuanto intentaban, logrando al mismo tiempo la adoración de los suyos y la admiración de los extraños, todo ingerido por sujeto cuya conversación les agrada, no como que los dirige, sino como que los divierte, le resulta en el espíritu una semilla de buena casta, de quien se puede esperar a su tiempo excelente fruto. En la edad más tierna tienen también cabimiento las fábulas, porque los niños gustan de cuentos. Por cuya razón el sabio arzobispo de Cambrai, Fracisco de Salinac, para la educación del señor duque de Borgoña, cuyo preceptor fué, con discreta invención, compuso una colección de fábulas graciosísimas, donde, siguiendo el aire de las que las viejas suelen contar a los niños o los niños unos a otros, en dulcísimo estilo incluyó cuantos preceptos componen la más cristiana política. He debido las obras de este excelente autor a la liberalidad y amor del señor marqués del Surco, ayo dignísimo del serenísimo señor infante don Felipe, que en su instrucción emplea utilísimamente la doctrina de aquel admirable prelado, de quien fué íntimo amigo.

§ VII

30. Aunque las lecciones que se dan a los príncipes se deben encaminar a enamorarlos de todas las virtudes que les convienen como príncipes y como hombres, importa sobre todo inclinarlos a la moderación de ánimo, virtud opuesta a la ambición. Otros vicios son malos para ellos y para uno u otro particular. La ambición o apetito desordenado de dominar es perniciosa para

todo el reino. Un príncipe injusto, un príncipe cruel, no hay duda que son aborrecibles en extremo. Con todo, si se atiende al daño es mucho mayor, por más general, el que causa el ambicioso. La injusticia y la crueldad se ejercitan en determinados individuos; la ambición oprime a todos. Digámoslo mejor: el injusto y cruel es injusto y cruel con algunos particulares; el ambicioso es injusto y cruel con toda la república. Estos son los pasos ordinarios de la ambición: empieza por la injusticia, prosigue por el rigor y acaba por la crueldad. Es injusto con toda la república el príncipe que quiere gravarla más de lo que permite la equidad, extendiendo su arbitrio fuera de los límites que le prescribe la recta razón. ¿Y qué sucede luego que se introduce esta dominación violenta? Que los vasallos se quejan y el príncipe, mirando la queja, por sumisa que sea, como agravio, empieza a decretar castigos. Veisle ya puesto en el rigor. A los castigos se sigue que suenen más altos los clamores de las quejas; y como el grito del oprimido en los oídos del príncipe tiene eco de rebelde, aumentándose con color de justicia el rigor, asciende al grado de crueldad. En caso que no se llegue a estas extremidades, porque el miedo les sofoca a los afligidos la voz dentro del pecho, ¿qué mayor tormento que tener sobre los hombros un pesado yugo y juntamente al cuello un lazo que les impide el desahogo del gemido? Siendo este, pues, un gran martirio, no puede la opresión que le induce dejar de ser una gran crueldad.

§ VIII

31. Yo no extraño que hayan llegado algunos príncipes a este exceso; antes admiro que no hayan llegado todos o casi todos. El apetito sediento de dominar, que nunca se sacia, es natural en el corazón humano, y siendo en todos ingénito por la naturaleza, en los príncipes le estimula la adulación. Frecuentemente oyen hipérboles exquisitos, unos que elevan el carácter, otros la persona. Represéntaseles su superioridad a los demás hombres, como si ellos fuesen más que hombres o los demás fuesen menos. Es gratísima a su imaginación esta imagen ostentosa de grandeza, y no hay que extrañar que la constituyan ídolo de los pueblos que los obedecen, para que le ofrezcan en sacrificio cuanto tienen de precioso. Algunos políticos hacen para este fin alianza con los aduladores, pareciéndoles que hacen más excelso y generoso el espíritu de los príncipes, imprimiéndoles una idea grande de la propia excelencia. Y no dudo que esto convendría cuando se reconociese en ellos un corazón muy apocado. Mas por lo común, en su educación importa imprimirles solamente aquellas máximas que dictan la religión, la virtud, la humanidad. Así se les debe proponer:

32. Que el rey es hombre como los demás, hijo del mismo padre común, igual por naturaleza y sólo desigual en la fortuna.

33. Que esta fortuna, imagínela grande cuanto quisiere, toda se la debe a Dios, el cual pudo poner otra estirpe diferente en el trono y a nadie haría injusticia, aunque hubiese elevado a la majestad la que hoy es la más humilde del reino, o hubiese abatido a la más baja clase del reino la que hoy goza la majestad.

34. Que cuanto mayor idea tenga de su grandeza, tanto mayor debe ser su agradecimiento a la majestad divina que se la ha conferido, y a proporción está más obligado a servir a Dios que los demás hombres.

35. Que Dios no hizo el reino para el rey, sino el rey para el reino. Así el gobierno se debe dirigir no al interés de su persona, sino al de la república. Por eso Aristóteles señaló por distintivo esencial entre el rey y el tirano el que éste mira sólo a su conveniencia propia; aquél atiende al bien común.

36. Que consiguientemente aquella expresión interpuesta en los decretos de

ser lo que se ordena del agrado o servicio real, supone que al rey sólo le agrada lo que se ordena al bien público. A los vasallos sólo les toca obedecer al rey. Al rey sólo mandar lo que importa a los vasallos.

37. Que como los vasallos están obligados a ejecutar lo que es del agrado del rey, el rey está obligado a mandar lo que es del agrado de Dios.

38. Que el poder ordenar solamente lo que fuere justo no disminuye su autoridad, antes la engrandece. A Dios le es imposible acción alguna que no sea justa y recta, sin que por esto deje de ser Omnipotente.

39. Que un rey, habiendo subido a la cumbre de la gloria humana, no puede ascender a otra altura superior sino por el arduo camino de la virtud; esto es, sólo puede ser mayor siendo mejor.

40. Que lo más difícil y, por tanto, lo más glorioso en un rey, no es conquistar nuevos reinos, sino gobernar bien lo que posee. Dijo un palaciego delante de Augusto que Alejandro a los treinta y dos años de edad, considerando que muy en breve tendría todo el mundo sujeto, y así no habría lugar a nuevas conquistas, dudaba en qué se podría ocupar después. *Muy necio* (replicó Augusto) *era según eso Alejandro. Lo más arduo y trabajoso le restaba, que era gobernar bien lo conquistado.* Otros atribuyen este dicho a Alonso el quinto de Aragón.

41. Que si se hace cuenta de los príncipes que fueron grandes guerreros y de los que fueron insignemente virtuosos, se halla mucho menor número de éstos que de aquéllos. Cuando la virtud no fuese más estimable en los reyes que la gloria militar, bastaría para hacerla más preciosa el ser más rara. Flavio Vopisco refiere de un bufón que decía que todos los príncipes buenos que había habido en el mundo se podían esculpir en un anillo, para dar a entender que eran poquísimos. Como hablaba de reyes idólatras, porque no conocía otros, podía decirlo con verdad. Hoy es otra cosa. Aunque siempre son más los guerreros y políticos que los santos.

42. Que como los vasallos son deudores de su obediencia y respeto al rey, éste es deudor de su cariño a los vasallos. El rey tiene dos géneros de hijos, unos como hombre, otros como príncipe; unos naturales, otros políticos. Estos son todos sus súbditos y como tales los ha de amar. Los habitadores de Sichem, de quienes era príncipe Hemor, son llamados en la Escritura hijos de Hemor.

43. Que este amor no debe estorbarle, antes empeñarle al castigo de los delincuentes; porque el mayor bien que puede hacer a sus vasallos es exterminar los malhechores.

44. Que los efectos de su amor más debe sentirlos el común del pueblo que sus ministros, especialmente los más cercanos a la persona. A éstos se les ha de dispensar el cariño a proporción del mérito; y es importantísimo no pasar esta raya. Bueno es que los ministros amen al príncipe; pero juzgo más útil al público el que le teman. Será felicísimo un reino donde los súbditos teman a los ministros, los ministros al rey y el rey a Dios.

45. Que sobre todo deben experimentarle terrible aquellos a quienes hallare defectuosos en la verdad de los informes que le dan sobre importancias públicas y aun sobre las particulares. Raro príncipe hay que no desee lo que es de la mayor conveniencia de sus vasallos; pero suele no lograrse ésta por las torcidas noticias que llegan a sus oídos.

46. Que para asegurarse de recibirlas puras, no hay otro medio sino el de conceder fácil acceso a todos. Desengañarán unos de lo que engañaren otros o ninguno engañaría de miedo que otro desengañe. Si alguno llega a hacerse dueño único del oído del rey, sin más diligencia está hecho dueño único del rey y del reino.

47. Que reciba con agrado a todos los que le hablen y aun más a los más humildes, porque éstos, por más medrosos, necesitan de más aliento para

su desahogo. Augusto, a uno que llegó a entregarle un memorial temblando, le preguntó con semblante humanísimo si trataba con alguna fiera. Esto, sobre conciliarle eficazmente el amor de los vasallos, facilita a los que logran audiencia clara y entera exposición de lo que tienen que decir, pues una lengua trémula nunca pronuncia con claridad y el temor suele cortar el camino que hay desde el pecho al labio.

48. Que se muestre tan celoso amante de la justicia, aun con dispendio de la propia conveniencia, que cuando el fiscal disputa a favor de sus intereses contra la pretensión de alguno o de algunos vasallos, entiendan los jueces que no le lisonjean, dando la sentencia a favor suyo. Esta es una gran lección, que entre otras dió el santo rey Luis a su primogénito y sucesor Felipe estando para morir. Refiérela el senescal Joinville, ministro muy amado de aquel admirable monarca, concebida en estas palabras: *Si alguno tuviere contigo querella o litigio, has de mostrarte propenso a favor de tu contrario, hasta que te conste ciertamente de la verdad. De ese modo asegurarás que tus consejeros y ministros estén siempre a favor de la justicia.* ¡Oh advertencia digna de esculpirse en láminas de oro!

49. Que sin embargo de la piedad, benignidad y amor que tanto se le encomiendan, cuando le conste con evidencia que alguna resolución importa al bien público, no debe omitir la ejecución por las quejas de algunos vasallos. Tal vez éstos no alcanzan su importancia y tal vez es preciso tolerar el gravamen de una pequeña parte del reino por el bien del todo.

50. Que cuando consulte al jurista, al teólogo o al político, oculte la inclinación de su ánimo y oiga la respuesta con perfecta indiferencia. Si no lo hace así, y mucho más si hay recompensa para el que habla a gusto o ceño para el que responde con libertad cristiana, la precaución de la consulta no le quitará ser reo del desacierto, pues se sabe que a un rey nunca le faltarán políticos, teólogos y juristas que digan que conviene lo que él quiere que se haga.

51. Que en fin ha de morir y que en el mismo momento que muera ha de comparecer como el más humilde reo de la tierra delante del Rey de los Reyes a dar cuenta de todas sus acciones. Terrible contemplo la residencia de un rey en aquel tremendo Tribunal. A los delincuentes particulares se hace cargo de uno u otro homicidio. de uno u otro hurto; a un rey inicuo se contarán por millares y aun por millones los homicidios y robos. En una guerra injusta que mueva cuantos mueren de uno y otro partido, que por pocos que sean, son algunos miles, mueren por su cuenta. Cuantos menoscabos padecen en sus haciendas los vasallos de uno y otro reino por subvenir a las expensas militares, se le imputan como a causa del daño. Y siendo millones de hombres los damnificados, a millones sube la cuenta de las injusticias.

52. De éstas y otras advertencias semejantes me parece justo imbuir el ánimo de los príncipes en su tierna edad no proponiéndoselas con la sequedad y desnudez que tienen en este escrito, sí tejiéndolas con oportunidad y dulzura en las conversaciones políticas que se ofrezcan; en que se debe huir la odiosa afectación de magisterio y procurar introducir la doctrina en traje de entretenimiento racional.

53. No ignoro que si los príncipes son pusilánimes o escrupulosos, conviene en varias ocurrencias ensanchar su espíritu con menso severas máximas. Pero los que están destinados a su instrucción en la puericia, pueden descuidar en esta materia, porque deben creer que cuando sus alumnos ocupen el solio tendrán a su lado muchos que suplan este defecto.

§ IX

54. Lo que hemos escrito en este discurso, si se atiende precisamente al

estado presente de nuestra España, sólo puede producir la utilidad de una honesta diversión al que leyere, o cuando más del conocimiento de algunas verdades morales a los que no las alcanzaren; pues ni los reales niños, que hoy van creciendo en virtudes para bien de esta monarquía, ni los sujetos destinados a su enseñanza necesitan de nuestros avisos; antes mi teórica sigue los pasos de su práctica. Mas esta es una condición general de todas las advertencias que se escriben para príncipes que sólo se dan a la estampa cuando no son necesarias. Nadie escribe contra la tiranía reinando un tirano; nadie contra la ambición dominando un ambicioso; nadie contra la avaricia imperando un avaro. Cuantas máximas se imprimen opuestas a las que practica el gobierno existente, se reputan sátiras contra el gobierno. Así el autor incurre en la indignación del príncipe sin aprovechar al público. El escrito se suprime como ofensivo; con que totalmente se pierde el trabajo, porque ni entonces ni después se logra el fruto.

55. De aquí se sigue que el tiempo oportuno para sacar a luz tratados de política recta es únicamente aquel en que esa misma política se practica. Entonces se siembra para que fructifique después; y aun entonces fructifica algo, porque el príncipe existente se asegura más de que es derecho el camino que sigue y se fortifica en sus buenos propósitos. A éste le sirve la doctrina de confortativo; a los venideros, de preservativo.

ESCEPTICISMO FILOSOFICO

Discurso XIII

§ I

1. Hay tanta latitud en el escepticismo y son tan diferentes sus grados, que con este nombre, según la varia extensión que se da a su significado, se designan el error más desatinado y el modo de philosofar más cuerdo. El escepticismo rígido es un delirio extravagante; el moderado una cautela prudente. Pero los que en este siglo timaron el empeño de impugnar a los escépticos más moderados, no sé si por ignorancia o por malicia, confunden uno y otro. La ignorancia en esta materia es tan grosera que persuade a que sea por malicia; y la malicia es tan detestable que me persuade a que sea por ignorancia.

2. Aunque la voz griega *sceptis* (de donde vienen *escéptico* y *escepticismo*) significa inquisición, investigación, especulación, etc., ya el uso ha alterado algo la significación de estas voces. Por lo cual hoy escéptico significa lo mismo que *dubitante*, y escepticismo, aquella profesión particular que hacen los escépticos de dudar y suspender el asenso en las materias controvertibles o disputables.

3. Esta duda o suspensión de asenso puede ser más o menos racional, según la mayor o menor extensión que se le da y según las materias a que se aplica. Así como dudar de muchas cosas es prudencia, dudar de todas es locura.

§ II

4. Aunque comúnmente los escritores nos representan algunos sutiles filósofos de la antigüedad obstinados en suspender el asenso a cuanto les proponía la razón o el sentido, y acérrimos defensores del escepticismo universal sin excepción alguna, para mí es harto dudoso que esto fuese su verdadero sentir. Antes creeré que por ostentar su ingenio en la disputa o por otro motivo, hablaron diferentemente que sentían. En este número son singularmente señalados Arcesilao, Carneades y Pirrón. Pero el primero, si creemos a Sexto Empírico, era escéptico sólo en la apariencia y platónico en la realidad, observando el método de disputar problemáticamente de todo en público, sugiriendo al mismo tiempo en secreto la doctrina platónica a los discípulos que hallaba más capaces. Cicerón dice que el ardor de impugnar en todo a su condiscípulo y émulo Zenón le condujo al temeroso empeño de refutar (contra su propia mente) cuantos dogmas se le proponían. A que podemos añadir que según el testimonio de Diógenes Laercio, nunca llegó Arcesilao al extremo de negar el asenso al informe de los sentidos, antes despreciaba con irrisión a los que ponían el escepticismo en este punto.

5. De Carneades, filósofo sutilísimo y orador eminente, en tan alto grado que Cicerón en varias partes habla de él con admiración y envidia y asegura que con la agudeza de su ingenio y torrente de su facundia persuadía a todos sus oyentes cuanto quería, dicen Numenio y Quintiliano lo mismo; esto es, que el prurito de disputar y la ambición de ostentar su agudeza en la impugnación de los más constantes axiomas y de cuantas especies ministran los

sentidos, le hizo parecer escéptico rigurosísimo. Lo que podemos asegurar es que si una historieta que refiere Numenio es verdadera, Carneades creía a sus ojos tanto como otro cualquier hombre. Fué el caso, que habiendo sorprendido a una concubina suya en los brazos de su querido discípulo Mentor, ofendido de la alevosía de éste, rompió para siempre con él él y le excluyó de la sucesión en la academia. ¿Cómo entonces no dudó como buen escéptico, si era ilusión de la vista la representación de aquella obscenidad? Yo pienso que hasta ahora no hubo escéptico alguno en el mundo que puesto en la misma prueba mantuviese indiferentes la mente y el corazón.

6. De Pirrón, el más famoso entre los escépticos, tanto que oscureciendo en algún modo a los demás, dió su nombre al sistema de la duda universal y a los sectarios de él, pues hoy aquél se llama pirronismo y éstos pirronianos, se dice comúnmente que estaba tan fuertemente encaprichado de la suspensión de asenso a lo mismo que veía y palpaba, que ni se apartaba, aunque viese venir derecho a su encuentro un caballo desbocado o un perro rabioso, ni suspendía el paso aun cuando advertía que caminaba a un precipicio; y que mil veces hubiera perecido en estos riesgos si sus amigos, velando a su seguridad, no le hubieran apartado de ellos. En medio de que esta especie está muy vulgarizada, no sé que entre los antiguos escritores haya otro fiador de ella más que Antígono Caristio, historiador griego, coetáneo o próximo a la edad de Pirrón; por lo menos el eruditísimo Lamota Levayer le cita como único por ella. Y aun de Antígono Caristio dudo que la dé asertivamente, porque en Eusebio (*De Praeparat. Evang.* lib. 14, capítulo 18) se halla citado este autor para un hecho contradictorio a aquella noticia; y es, que en una ocasión, yendo a acometer un perro a Pirrón, éste huyó y se subió a un árbol para evadir el peligro; sobre cuyo asunto hicieron burla de él los que estaban presentes, dándole en rostro con la discrepancia que observaban entre su modo de obrar y su dotcrina.

7. Pero diga lo que quisiere Antígono Caristio (autor que no he visto) u otro cualquiera que acredite aquella noticia, sin miedo de ser injustos, condenaremos como increíble el que llegase a tanto la extravagancia de Pirrón. Este filósofo vivió noventa años, y en tan dilatada edad no es verosímil que lograse siempre la asistencia de sus amigos para librarle de tantos riesgos como precisamente habían de concurrir a un hombre de tan temeraria conducta y singularmente en el largo viaje que hizo a la India para consultar a los gimnosofistas. Diógenes Laercio, que es quien nos da noticia de la larga edad de Pirrón y de su viaje a la India, nos asegura también que era Pirrón de genio sumamente solitario, lo cual no es muy compatible con estar siempre cercado de sus amigos; ni es admisible que tuviese muchos ni muy finos un hombre tan ridículo. En fin, los ciudadanos de Elide, patria suya, le eligieron pontífice supremo de su religión. ¿Cómo es creíble que fiasen este empleo a un hombre que justísimamente debían tener por fatuo, si su escepticismo llegase al grado que hemos dicho? Donde también es de notar que este hecho le absuelve de la nota de impiedad que comúnmente le imponen, pues no le habían de entregar sus compatriotas el soberano ministerio de la religión si conociesen que no profesaba religión alguna o que dudaba de la existencia de la deidad. ¿Qué devoción o celo se puede esperar para el servicio del templo de quien ignora o duda si existe el objeto del culto?

§ III

8. No sólo de los filósofos dichos, pero ni de otro alguno creo que siguiese el corazón el sistema de la duda universal, porque hay objetos hacia los cuales es implicatoria la duda. Nadie

puede dudar de su propia existencia. La misma duda es objeto de un conocimiento cierto, pues el que duda ciertamente sabe que duda. Y si los escépticos no tenían certeza de que dudaban, ¿cómo lo afirmaban con tan increíble tesón? Así se debe hacer juicio que no por dictamen, sí por juego de disputa, defendían algunos el escepticismo universal. Y si hubo alguno que verdaderamente asintiese a él, no debe considerarse como filósofo, sino como fatuo; y este modo particular de filosofar impropiamente se puede llamar tal, debiendo a justa razón llamarse un modo particular de delirar.

9. Es, pues, creíble que aquellos escépticos más rígidos, que verdaderamente y de corazón lo eran, ponían algunas excepciones a la universalidad del sistema, o entendían éste en algún determinado sentido, que le limitaba. Sócrates, a quien algunos consideran primer padre de los escépticos, decía de sí que no sabía cosa alguna, sino precisamente el que todas las cosas ignoraba. Esto ya era poner alguna limitación, aunque muy menuda. Pero yo pienso que Sócrates, que naturalmente era modesto, sólo quería decir que era muy poco lo que sabía, y esto lo explicaba hiperbólicamente, diciendo que todo lo ignoraba. San Justino, mártir, y otros padres que elogiaron altamente a aquel filósofo, no lo hubieran hecho si le tuviesen por escéptico rígido, que es lo mismo que por impío, pues quien duda de todo es evidente que no profesa religión alguna; y bien lejos de eso, es muy probable que los atenienses le condenaron a muerte, sólo por el motivo de que afirmaba la existencia de una deidad única. A lo menos es cierto que hacía irrisión de la multitud de dioses del gentilismo; por consiguiente, ya sabía la importantísima verdad de que la deidad es inmultiplicable.

10. Otros escépticos que decían que de todo dudaban y que de todo se debía dudar, acaso no excluían toda certeza, sí sólo certeza científica y demostrativa, la cual, exceptuando el objeto de las matemáticas, se debe confesar que en muy pocas cosas la hay. Aun muchas demostraciones matemáticas, especialmente las muy compuestas, no son incompatibles con el miedo o duda refleja de si hay en ellas alguna oculta falencia, por lo cual dejen de ser verdaderas demostraciones. ¡Cuántos presumieron haber demostrado la cuadratura del círculo, cuyos discursos, mirados después con más riguroso examen, se hallaron envolver algún sofisma o algún supuesto que se daba por evidente no siéndolo! Las demostraciones geométricas con que se prueba la infinita divisibilidad de la cantidad continua, son bastantemente simples; no obstante lo cual no faltan autores que por hacérseles imperceptible la divisibilidad de la cantidad, recelan que haya alguna oculta sofistería en ellas.

11. Otros negaban la fe al informe de los sentidos; pero no tan groseramente que no usasen de él para dirigir las acciones comunes de la vida humana y civil. Gobernábanse por él para vivir, mas no para filosofar. La representación de los sentidos les servía para buscar lo útil y huir lo nocivo, mas no para determinar por ella la teoría del objeto.

12. Los fundamentos que señalan para esta desconfianza de los sentidos pueden reducirse a tres. El primero es la distinción que debe concederse entre la impresión que hacen los objetos en el sentido y el ser absoluto que tienen en sí mismos. Pongamos un ejemplo. Decimos que es amarga la cicuta. Si por esta expresión queremos significar que esta hierba hace en nuestro paladar tal determinada impresión o sensación a quien llamamos amargura decimos bien; pero si queremos decir que ella en sí misma tiene una cualidad absoluta a quien damos el mismo nombre, decimos mal; pues si fuese así, cuantos animales gustan la cicuta la hallarían amarga, lo cual no sucede, pues las cabras la comen y la encuentran gustosa. Del mismo modo discurren los que van por este camino,

en orden a todas las demás especies sensibles. El fuego (dicen) produce en nosotros aquella especie de impresión que llamamos calor, mas no por esto se debe discurrir que tiene calor en sí mismo. Así como avecindándose mucho produce dolor en nosotros, sin tener dolor en sí mismo; y así como, por esta razón, no se debe llamar el fuego dolorido, sino, cuando más, dolorífico, tampoco debe llamarse cálido, sino calorífico; y sólo podrá decirse cálido equívocamente, como se dice *sana* la medicina, porque causa la sanidad del animal.

13. Esta distinción es la máxima fundamental en que estriban los filósofos modernos para negar cuantas cualidades sensibles ponen los aristotélicos en los objetos; de suerte que resueltamente te dirán que ni la nieve es blanca, ni el carbón negro, ni la campana sonora, ni el clavel fragante, si entiendes estas denominaciones como intrínsecas o como provenientes de alguna cualidad o forma accidental intrínseca que haya en los objetos; y sólo te las concederán en cuanto significan unas determinadas impresiones que mediante el físico y corpóreo impulso de las partículas insensibles de la materia, resultan en nuestros órganos, las cuales del mismo modo sirven para buscar lo útil y huir lo nocivo que aquellas otras formas intrínsecas. Tanto huirán los hombres de comer el arsénico, creyendo a los modernos que este mineral mata disolviéndo la textura de la sangre con el movimiento rápido de sus partículas, como creyendo a Aristóteles que todo el daño viene de una cualidad venenosa existente en el arsénico; y tanto buscarán el oro, creyendo a los modernos que aquella brillante amarillez no es otra cosa que una impresión determinada que hace en la retina la luz, de tal modo particular reflejada por la particular textura de las partículas insensibles del oro, que creyendo a Aristóteles que es una forma accidental intrínsecamente inherente al mismo oro. Bien sé que poco ha dijo un discreto que las damas debían estar muy quejosas de Descartes, porque les quitó de la cara aquella blancura que tanto les agracia, por ponerla en los ojos del que las mira. Pero esto es bueno sólo para chiste, siendo cierto que igualmente bien puestas quedan para la estimación, causando aquella agradable estampa en los ojos, con la particular reflexión que da a la luz la determinada textura de las partículas insensibles del cutis de la cara, que produciéndose con la cualidad intrínseca, en que constituyen los aristotélicos la razón de color. Y no sé que hasta ahora la filosofía cartesiana haya servido a nadie de preservativo contra aquel dulce veneno que llamamos hermosura.

§ IV

14. El segundo motivo para desconfiar del informe de los sentidos es la experiencia de las alteraciones que ocasionan en las especies sensibles o la interposición del medio o la diferente disposición del órgano. La especie que pasando por medio uniforme u homogéneo representa recta la vara, en virtud de la refracción que padece pasando de la agua al ambiente, la representa torcida. El que padece ictericia, todo lo ve de color flavo, y aunque es verdad que éste es un accidente preternatural, no sabemos si prescindiendo de toda disposición morbosa hay en varios individuos diferente temperie y configuración, bastante a inducir diferentes sensaciones respecto de un mismo objeto. Y parece lo más probable ser así, pues en todo lo que está patente a la observación no vemos individuo alguno que sea perfectamente semejantes a otro. Ya se han visto hombres en quienes el ojo derecho representaba los objetos con diferente color o con desigual magnitud que el izquierdo.

§ V

15. El tercer fundamento para dicha desconfianza es la errada represen-

tación de la imaginativa, la cual figura como existentes las sensaciones externas de los objetos que no hay. Al que le cortaron una pierna le representa su imaginativa la sensación de dolor como existente en la pierna y pie que ya no tiene. Al maníaco que juzga ser de vidrio o de barro o ser lobo o perro, se le representan estas formas peregrinas como evidentemente manifestadas por sus propios sentidos; de suerte que el que se imagina de vidrio jura con invencible seguridad que ve en sí la transparencia y palpa la lisura propias de aquel compuesto artificial.

16. Este error es común a todos los hombres en los desvaríos del sueño, pues el que sueña cree percibir con los sentidos los objetos que sólo percibe con la imaginación. De aquí forman los escépticos más rígidos un argumento molestísimo, para probar que todo se debe dudar, porque, dicen, nadie tiene certeza de si duerme o vela; luego nadie puede tener certeza de si ve, oye o palpa estos o aquellos objetos, pues por más que juzgue que está velando, puede ser que esté durmiendo y que se le represente como visto u oído, lo que es sólo imaginado. Yo (pongo por ejemplo) contemplo que ahora estoy escribiendo y leyendo lo mismo que escribo. Pero ¿qué certeza puedo tener de que escribo y leo? ¿No he soñado mil veces que estaba escribiendo y leyendo? Entonces se me representaban estos dos ejercicios no como soñados, sino como real y actualmente practicados; luego puede suceder ahora mismo.

17. He dicho y con razón, que este argumento es molestísimo, porque cualquier cosa que se responda se tiene siempre sobre los brazos al contrario, insistiendo con igual fuerza que al principio. Por lo menos hasta ahora no he visto dar a él solución alguna que quiebre poco o mucho su fuerza. Dicen, y dicen bien, que prueba demasiado, porque envuelve en la misma duda todos los dogmas sagrados de la religión. Es así, pues el que llegue a dudar si cuanto ve y oye es una mera representación de la imaginativa, necesariamente ha de comprender en esta duda toda la instrucción que ha tenido en las materias de religión. Pero ¿de qué nos servirá esta instancia contra un escéptico, cuyo intento quizá es destruir la misma religión que se le pone delante como escudo? Y aun cuando no arguya con esa depravada intención, sí sólo por juego o por vana ostentación de su habilidad, apretará sobre que se le responda y no se gaste el tiempo en instarle el argumento, pues las instancias, por buenas que sean, no son respuestas.

18. Es cierto que hay algunas verdades, a quienes la seguridad que el entendimiento tiene de ellas no exime de padecer difíciles objeciones; o por mejor decir, no hay verdad alguna tan constante contra quien no pueda armarse algún enredoso sofisma. Por eso no es justo en todas ocasiones desamparar una máxima cuya verdad se percibe claramente, sólo porque no se puede responder a un argumento. Hay verdades de tal naturaleza que las alcanza cualquer entendimiento ordinario; y para responder a algún argumento que se puede hacer contra ellas, es necesario un discurso sutilísimo. Aun cuando, pues, no acertásemos a disolver el argumento con que los escépticos nos quieren poner en la duda de si estamos velando o durmiendo, no debemos abandonarnos a ella, sino mantenernos en la firme persuasión en que estamos. Pero a la verdad no es tal aquel argumento que no se le pueda dar clara, sólida y desembarazada respuesta.

19. Para lo cual supongo lo primero que la evidencia puede ser de dos maneras, mediata o inmediata. Es una proposición evidente con evidencia inmediata, cuando por sí misma, sin el adminículo de prueba alguna se presenta con tal claridad al entendimiento que éste está precisado con invencible necesidad a asentir a ella. Es una proposición evidente con evidencia mediata cuando por sí misma no se re-

presenta con toda esta claridad; pero se infiere necesariamente de otra proposición que es evidente por sí misma.

20. Supongo lo segundo que la evidencia inmediata debe dividirse en metafísica y experimental. Aquélla es propia de los principios universales, los cuales por sí mismos persuaden invenciblemente al entendimiento como éstos: *El todo es mayor que su parte. Dos proposiciones contradictorias no pueden ser a un tiempo verdaderas*, etc. La evidencia experimental es propia de algunas verdades singulares que a cada individuo constan con infalible certeza, como a mí ahora, el que tengo tal o tal deseo, que pienso en tal o tal cosa, que padezco algún dolor, que estoy poseído de algún afecto determinado, v. gr., gozo, tristeza, ira.

21. Que hay esta evidencia experimental respecto de algunas cosas pertenecientes a cada individuo nadie puede negarlo, pues aunque alguno quisiese dar a su escepticismo toda la extensión imaginable y se empeñase en dudar de todo, le quedaría la evidencia experimental de que dudaba. Donde noto que entre los cartesianos es de tanto momento la evidencia experimental, que ponen dependientes de ella todas las evidencias metafísicas, pues aquella primera máxima o proposición, *yo pienso*, de donde infieren inmediatamente la propia existencia y mediatamente todas las demás verdades demostrables, no consta sino con evidencia experimental.

22. También es cierto que de las verdades que constan con evidencia experimental no puede darse razón alguna demostrativa, por lo menos de las que llaman los lógicos *a priori*. La razón es porque se hacen evidentes por sí mismas o con evidencia inmediata y no por otras de donde se infieran. Por lo cual, aunque yo tengo ahora (v. gr.) evidencia de que apetezco tal o tal cosa, a nadie podré persuadírselo con demostración alguna, porque esto me consta no por algún principio notorio a todos los hombres, de donde se infiera la existencia de tal apetito, sino porque el apetito mismo está íntimamente presente a mi espíritu con tal claridad que no puedo dudar de su existencia. Lo mismo sucede en las verdades que constan con evidencia metafísica inmediata. Si me preguntan de dónde sé que el todo es mayor que su parte, responderé que no lo sé por otro principio antecedente de donde lo infiera sino porque esta verdad, *el todo es mayor que su parte*, con tal claridad se representa en mi mente que es incompatible con la duda, como la luz del sol con las tinieblas de la noche. Si alguno me niega que dos proposiciones contradictorias no pueden ser a un tiempo verdaderas, será imposible probárselo no sólo *a priori*, pero ni aun *a posteriori*. La razón es clara; porque lo más que podré hacer, si quiero argüirle, es estrecharle a una contradicción, reduciendo, como dicen los lógicos, *per imposibile*, que es el último término de la dialéctica. Pero ve aquí que en llegando a este estrecho me concede uno y otro extremo de la contradicción, pretendiendo, en consecuencia del primer capricho, que ambos son verdaderos. ¿Con qué he de probar que no pueden serlo? No hay otro medio que el axioma de que dos proposiciones contradictorias no pueden ser a un tiempo verdaderas. Pero esta es petición de principio y es probar lo que se niega con la misma proposición que es asunto de la disputa.

23. En los supuestos que acabamos de hacer está ya descubierta la solución al argumento de arriba. Digo, pues, que yo (y lo mismo todos los demás) tengo evidencia experimental de que estoy velando ahora, porque el estado de vigilia, el cual consiste en la próxima y última disposición de potencias y sentidos para ejercitarse en sus propias operaciones, es un objeto que por sí mismo se representa a mi mente con tal claridad que aunque quiera no puedo dudar de su existencia. Ni del asenso que doy a esta verdad se me puede pedir otra razón ni yo puedo darla, así como no puede dar otra del asenso que presto a un

primer principio o a la existencia de algún afecto en que de presente se está ejerctiando mi alma.

24. No disimularé, no obstante, que aun dada esta respuesta, queda pendiente una grave dificultad, la cual propongo de este modo. Esta persuasión, que llamamos evidencia experimental, es falaz, pues cuando dormimos y soñamos, tenemos la misma persuasión de quc estamos velando y se nos representan nuestros sentidos como puestos en actual ejercicio, de tal modo que si entonces nos ocurriese hacer reflexión sobre este asunto, concebiríamos que teníamos evidencia experimental de que hablábamos, veíamos, oíamos, etc. Luego el concepto reflejo que hago yo ahora de que tengo evidencia experimental de que estoy velando, discurriendo y escribiendo, no me da seguridad alguna de que sea así.

25. Esto es cuanto se puede apretar la materia. Para cuya solución digo que aquella persuasión que tenemos de que velamos cuando soñamos, dista mucho de la que tenemos de que velamos, cuando realmente velamos. Esta es una persuasión clara, firme, resuelta, invencible, cual se necesita para constituir evidencia experimental, de tal modo que por más reflexiones que hagamos y por más que queramos proponernos dificultades y dudas, siempre subsiste constante aquel asenso y persuasión. Al contrario, la que hay durante el sueño es oscura, flaca, titubeante, lo cual se conoce evidentemente en que si en el discurso del sueño ocurre la reflexión dudosa de si es sueño o realidad lo que representa la imaginativa, flaquea el primer asiento; y el que sueña, o asiente a que sueña o duda; o si todavía cree que es realidad, no es con un asenso resuelto y firme, sino algo medroso y lánguido. A mí me sucede muchas veces hacer en sueños esta reflexión dudosa de si duermo o no; y nunca dejo de lograr uno de los dos efectos o de certificarme de que es sueño o de hacerme suspender el asenso. Y aseguro que a cualquiera que insistiere por algunos momentos en proponerse a sí mismo esta duda cuando sueña le sucederá lo propio.

26. De la misma solución se podría usar, si el argumento se formase sobre los delirios de los maniáticos. Cualquiera que habiendo perdido el juicio, después le recobra, halla una gran diferencia en cuanto a la persuasión y claridad entre los dictámenes que forma en el estado de sanidad y los que tenía cuando estaba loco. Los maniáticos rara vez hacen reflexión alguna ni sobre el estado en que tienen el espíritu, ni sobre el asunto de la manía; pero cuando la hacen cejan poco o mucho de sus aprensiones, de lo que tengo algunas experiencias. Ya me sucedió reducir a fuerza de vivas representaciones a algunos maniáticos a dudar de la verdad de sus imaginaciones y últimamente a desengañarse de ellas; entre ellos a una religiosa, loca en extremo desde muchos años antes, cuya vida se consideraba en peligro, aunque verdaderamente no le había; siendo llamado para administrarla los Sacramentos, la puse en estado de pleno conocimiento para recibir el de la penitencia. Esto se consigue proponiéndoles varias razones y discursos que los lleven al desengaño, hasta que se encuentre con alguno proporcionado a la naturaleza y estado de su mente, para hacer brecha en ella; en que se ha de atender principalísimamente a que la energía de la voz, la vivacidad de los ojos y la eficacia de la acción den impulso a las reflexiones con que se procura su ilustración, para que se impriman altamente en su cerebro; pero esto ha de ser sin irritarlos y variando los tiempos, hasta encontrar rato oportuno, porque no en todos tienen el espíritu igualmente indócil. Es verdad que el desengaño no dura mucho y luego vuelven a sus imaginaciones; pero suele importar mucho más una hora de juicio, como en la religiosa de que hemos hablado.

27. La delicadeza y curiosidad del asunto me han detenido en él, no la necesidad; pues estoy tan lejos de te-

mer que los argumentos que se proponen a favor del escepticismo universal le persuadan efectivamente, que antes juzgo que hasta ahora no hubo hombre alguno que asintiese a él.

§ VI

28. Las limitaciones con que puede mitigarse el escepticismo rígido son innumerables; por consiguiente, el escepticismo será más o menos absurdo según las varias excepciones con que se corrija. Esta es una materia tan dilatada que para discurrir en ella con alguna exactitud apenas bastaría un gran tomo. Y así, paso a tratar del escepticismo estrechado a la línea física, que es el asunto que me he propuesto en este discurso.

§ VII

29. Siempre me he admirado y no acabo de admirarme de que haya filósofos en este tiempo que impugnen como un error al escepticismo físico, mucho más que le impugnen como error peligroso para los dogmas de la fe. Ni comprendo cómo esto pueda dejar de nacer o de una crasa ignorancia o de una maliciosa astucia, salvo cuando la impugnación caiga sobre algún escéptico, que por no explicar líquidamente su sentir, dé lugar a que se tome en ajeno sentido su opinión.

30. Lo que afirma el sistema escéptico físico es que en las cosas físicas y naturales no hay demostración o certeza alguna científica, sí sólo opinión. Por consiguiente, a la filosofía natural no se debe dar nombre de ciencia, porque verdaderamente no lo es, sí sólo un hábito opinativo o una adquirida facilidad de discurrir con probabilidad en las cosas naturales. Tomamos aquí la ciencia en el sentido en que la tomó Aristóteles y con el que todos los escolásticos, que la definen *un conocimiento evidente del efecto por la causa*. Por lo cual no excluímos la certeza experimental o un conocimiento cierto adquirido por la experiencia y observación de las materias de física; antes aseguramos que este es el único camino por donde puede llegar a alcanzarse la verdad; aunque pienso que nunca se arribará por él a desenvolver la íntima naturaleza de las cosas.

31. Tampoco negamos que en orden a los objetos físicos puedan proferirse muchas proposiciones deducidas con infalible certeza de principios metafísicos; como de este principio: *el todo es mayor que su parte*, evidentemente se infiere que el hombre es mayor que su cabeza; y de éste: *el obrar se sigue al ser*, se infiere que mi padre existía cuando me engendró. Pero estas y otras innumerables demostraciones de este jaez no dan conocimiento alguno físico, porque no declaran poco o mucho la naturaleza de los mismos entes que tienen por objeto. ¿Qué digo yo declarar la naturaleza de los entes? Ni aun manifestarle al entendimiento alguna verdad que no alcance el hombre más rústico del mundo. De modo que las conclusiones filosóficas sobre verdades infalibles, que tanto jactan los filósofos escolásticos, no hacen otra cosa que explicar por circunloquios y con voces facultativas lo mismo que derechamente alcanza y naturalmente explica cualquier racional que nada haya estudiado. Ni como pueden llamarse demostraciones aquellas que nada demuestran; esto es, nada manifiestan, sino lo que sin ellas era manifiesto? Dirá el lógico (pensando que dice algo) que se sabe artificiosamente por medio de la demostración lo que sin ella no se sabía artificiosamente. Pero yo repongo que ese artificio es totalmente inútil, pues ni me manifiesta alguna verdad ignorada ni me hace conocer con mayor claridad o evidencia lo mismo que antes sabía siendo cierto que el rústico con tanta firmeza asiente y con tanta claridad y evidencia conoce, que todo el árbol es mayor que una rama suya, sin artificio alguno lógico, como yo con todo el armatoste de mi silogismo. Si a un hombre que anda

bien y con buen aire se empeñase un docto en enseñarle a andar científicamente, embutiéndole todas las reglas del movimiento, instruyéndole en la particular aplicación de ellas a cada uno de los miembros del cuerpo, explicándole el número y textura de los músculos que sirven a aquel ejercicio, ¿no diríamos que se tomaba un trabajo, sobre prolijo, ocioso, y excusado, siendo cierto que el discípulo no había de andar mejor después de toda esa doctrina que andaba antes? Pues ello por ello.

§ VIII

32. Entendido el asunto en la forma que le hemos explicado, firmo por conclusión que no hay ciencia o certeza alguna científica en las materias de física. Probó esta conclusión *ab autoritate* abundantísimamente el docor Martínez en el segundo tomo de *Medicina Escéptica*, convers. 27, con varios lugares de la Escritura y muchas sentencias de padres. Como las obras de este autor se hallan fácilmente a la mano, se me excusará repetir aquí las autoridades de que usa, y sólo añadiré dos muy específicas que él omitió. La primera es de mi padre San Bernardo (*in Cant. cantic.*, serm. 33). Así dice hablando de los filósofos: *Vagi sunt, nulla stabiles certitudine veritatis, semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* Donde es de notar que el santo dice que los filósofos nunca llegan a alcanzar la ciencia de aquella misma verdad que buscaban y quieren aprender: *Semper discentes.* Lo que advierto porque alguno no piense que habla de las verdades sobrenaturales, pues éstas no son objeto de la inquisición de los filósofos. Tampoco se puede decir que habla de los filósofos morales, pues éstos (aun incluyendo los gentiles) muchas verdades alcanzaron con entera certeza dentro de su línea. Y cierto que si Aristóteles hubiera escrito con tanto acierto en la física como escribió en la ética, no tuviéramos más que desear.

33. La segunda autoridad es de Lactancio Firmiano (hombre ilustre y venerable en la Iglesia). Este grande hombre (lib. 3, *Divin. instit.*, cap. 4, 5 y 6) trata largamente del escepticismo de Arcesilao, de quien hemos hablado arriba e impugnando eficazmente a este filósofo sobre el capítulo de la duda universal, concede abiertamente que tendría razón, si limitase el escepticismo a las materias de física, porque de las causas y razones de las cosas naturales no hay ciencia alguna ni puede haberla: *Quanto faceret sapientius ac verius, si exceptione facta diceret causas, rationesque duntaxat rerum caelestium seu naturalium, quia sunt abditae, nec sciri posse, quia nullus doceat; nec quaeri opportere, quia inveniri quaerendo non possunt.*

34. Algunos escépticos prueban nuestra conclusión, porque las cosas físicas son singulares y de los singulares no se da ciencia. Pero esta razón no me satisface. Lo primero porque, sin embargo de ser singulares, las cosas físicas pueden abstraer de la singularidad en la consideración del físico; así como, aunque todo ente real es singular, abstrae de la singularidad el ente real en la contemplación del metafísico. De hecho los escolásticos, con Santo Tomás, dicen que la física abstrae de la materia singular, aunque no de la sensible, como la matemática de la singular y la sensible, aunque no de la inteligible y la metafísica de la singular, sensible e inteligible. Lo segundo, porque el axioma de que de los singulares no se da ciencia, se debe entender con su grano de sal; esto es, de los singulares, según los predicados que convienen particularmente al individuo y son acidentales a la especie, pues de los convenientes a la especie puede darse ciencia, aun en cuanto contraídos al individuo. Pongo por ejemplo. Si yo sé científicamente que el hombre, según su concepto común, es, risible, también sé científicamente que Pedro es risible, pues en este silogis-

mo: *todo hombre es risible; Pedro es hombre; luego Pedro es risible*, supuesta la verdad de las premisas, la consecuencia es científicamente evidente. Lo tercero, porque si hubiera un filósofo, el cual conociese evidentemente la naturaleza específica de todos los entes materiales, y de ella dedujese demostrativamente todas sus propiedades y operaciones respectivamente a cada especie, dando de este modo razón *a priori* de todos los fenómenos naturales, no se podría negar que tal filósofo tenía ciencia física, sin embargo de ser objeto inmediato de su ciencia no los individuos, sino las especies. Lo cual se ha de probar, pues, es que en la física no haya ciencia alguna o conocimiento evidente de las materias, que toca la misma física, aun tomadas con abstracción de los singulares; y verdaderamente los físicos dogmáticos quedarían muy contentos, como les concediésemos este conocimiento; ni les daría cuidado el que les gritásemos que el conocimiento de los conceptos comunes es metafísico y no físico, porque dirían (y dirían bien) que así la física como la metafísica abstraen de la singularidad, y solo se distinguen en que ésta mira su objeto debajo de mayor abstracción; esto es, de toda materia, considerando sólo aquellas razones que pueden subsistir fuera de la materia, como son las de *Ente, Substancia, Espíritu*; al contrario, la física sólo contempla los entes materiales y corpóreos, siendo el concepto más alto que mira la razón de cuerpo, y el más bajo el concepto específico. Fuera de que el que aquel conocimiento se llame físico o metafísico, es cuestión de nombre. Lo que decide la cuestión es mostrar que no le hay, désele el nombre que se quisiere.

35. Pero ¿qué cosa más fácil que probar esto? Discurro así: la física contempla la naturaleza del ente moble; éste puede considerarse o según el concepto específico o según el genérico. Pretendo, pues, que nada se sabe ciertamente de la naturaleza del ente moble, ni según uno ni según otro concepto.

36. Y empezando por el específico, ¿quién puede negar que éste en ningún ente se conoce? Desafío a todos los filósofos sobre que me digan cuán es el constitutivo físico de alguna de tantas especies de sustancias materiales como hay en este universo, y elijan la que mejor hayan examinado. Admirablemente me vienen al propósito unas palabras de San Basilio (Epíst. 168, *ad Eunomium*): *Itaque qui se existentium scientiam assecutum csse gloriatur exponat nobis quomodo, quod minimum esse corum, quae in lucem prodierunt, natura habeat.* El presuntuoso filósofo que se nos jacta de su ciencia física, explíquenos la naturaleza del más mínimo ente entre cuantos Dios ha criado. *Díganos* (añade poco después el mismo padre) *díganos cuál es la naturaleza de la hormiga el que nos hace ostentosa vanidad de haber penetrado las cosas naturales: Dicat formicarum nobis naturam, qui eorum, quae in naturam scientiam cum fastu se praedicat assecutum.* Pero ¿qué nos cansamos? No hay, ni hubo hasta ahora quien por medio de ciencia adquirida penetrase el constitutivo físico de sustancia alguna viviente o inanimada, no pudiendo pasar nuestra mente más allá de distinguir unas de otras por unos accidentes muy extrínsecos; y aun esto se tiene por propio de los que llaman naturalistas, no de los que en las escuelas gozan el carácter de filósofos, los cuales se contentan con distinguir algunos pocos géneros (y aun esto con tanta infelicidad como veremos abajo); pero descendiendo a los conceptos específicos,está tan mísera y encogida la filosofía, que sólo se atreve a dar una imagen de definición a aquellas pocas especies de brutos, cuya voz designamos con algún nombre particular, explicando su concepto con una denominación tomada de la misma voz; así se dice el león *animal rugible*, el perro *animal latrable* y el caballo *animal hinnible* o *relinchable*; y siguiendo este méto-

do los peces, porque son mudos, carecerán de definición.

37. No ignoran los filósofos de la escuela, que éstas no son definiciones, sino una, como dije, imagen de definiciones, de que se sirven útilmente a falta de definiciones verdaderas, para explicar lógicamente qué cosa es definición, qué es especie, qué género, qué diferencia y otras cosas pertenecientes a la dialéctica. Y ya se ve que otro concepto nos da del caballo esta definición: *animal hinnible*, que aquel que tiene el más estúpido aldeano y que éste explica mejor, y sin algarabía, diciendo que el caballo es un *animal que relincha o puede relinchar*? ¡Oh qué penetración tan filosófica de la naturaleza del caballo!

38. Si alguno, no obstánte, me quisiese replicar que la naturaleza, como raíz de las operaciones, se debe explicar por el orden o habitud a ellas y así la del caballo se define bien físicamente por el orden radical al acto de relinchar: si alguno, digo, me replicare así, le avisaré lo primero que toda naturaleza sustancial tiene su ser absoluto conceptible antecedentemente al orden a las operaciones, pues aquel es razón causal de éste; esto es, porque tal cosa tiene tal ser, por eso dice orden y habitud a tales operaciones. Le avisaré lo segundo que aun cuando se permita definirle bien la naturaleza por el orden preciso a la operación, no ha de ser en orden a cualquier operación, sino a la operación primaria y como característica del fondo de la especie, la cual ignoramos cuál sea. Pongo por ejemplo: Si el hombre se define bien (como comúnmente se cree) por la racionalidad o por la potestad radical de raciocinar, porque la raciocinación o el discurso es la operación principalísima o primaria del hombre. también el caballo se debe definir por la habitud radical a aquel acto de percepción, instinto o conocimiento propio de su especie y distinto del de todos los demás animales. Pero ¿quién ha penetrado éste? ¿O quién ha conocido la íntima diferencia que hay entre el instinto del caballo y el del perro? Y así como sería ridículo definir al hombre por el orden radical a la locución diciendo que es un *animal locutivo*, porque el acto de locución es posterior al de inteligencia y discurso, mucho más si se definiese por el orden a la voz que tiene, designándola con algún particular nombre, como la del caballo se designa con el nombre de relincho; ni más ni menos es ridículo definir al caballo por el orden radical a relinchar. Le avisaré lo tercero que si tales definiciones se admiten como legítimas, es una cosa baratísima el definir cualquier compuesto sustancial, porque no es menester más que observar cualquier operación suya, darle un nombre particular y definirle por el orden a ella. Con esta instrucción sóla que se de a un hombre del campo, se hará consumado filósofo, pues podrá definir cuantas naturalezas hay en el universo.

§ IX

39. Estas reflexiones sólo pueden servir para convencer a uno u otro escolástico superficial y bastardo, pues todos los capaces ya conocen y confiesan que de ningún compuesto sustancial sabemos la definición, exceptuando el hombre. ¡Oh, a qué límites tan estrechos está reducida nuestra filosofía!

40. Pero la lástima es que ni aun la definición recibida del hombre, que dice que es *animal racional*, tenemos certeza alguna que sea buena. Es cierto que no será buena, si conviene a otros que el hombre, y es dudoso si conviene a otros o no. Para fundar y persuadir esta duda, no me valdré ni puedo de la autoridad de Porfirio, que en el libro de los *Predicables* supone ser Dios animal racional; y así, para distinguir de Dios al hombre, define a este *animal racional mortal*, porque juzgó que sin la partícula *mortal* convenía también a Dios la definición. Tampoco de la de Aristóteles, de quien Jamblico (lib. III *De Secta Pythago-*

rae), cita estas palabras: *Animalis rationalis aliud quidem est Deus, aliud autem homo.* Pero podré para este efecto valerme de la autoridad de algunos Padres (entre ellos San Agustín) que afirmaron que los ángeles son corpóreos o por lo menos dudaron de su corporeidad: a cuya duda es consiguiente la de si el ángel es animal racional, pues para serlo nada le falta, en suposición de ser corpóreo; por consiguiente, es dudoso si la definición de animal racional conviene totalmente al hombre.

41. Dirasme que la sentencia de la corporeidad de los ángeles está condena o la incorporeidad definida en el Concilio Niceno segundo y en el Lateranense cuarto. Pero a esto tengo dos cosas que replicar. La primera, porque aunque es cierto e innegable que los ángeles son incorpóreos y afirmar lo contrario es erróneo, es algo dudoso si en aquellos Concilios se definió su incorporeidad; por cuanto, aunque se habló de ella, no fué de intento, sino por incidencia; excepción que ponen teólogos insignes, previniendo que sólo se debe tener por definido en los Concilios aquello que los padres van de intento a definir, no lo que con ocasión del asunto introducen o suponen. Por cuya razón el doctísimo Cano (libro 5, *de Locis*, cap. 5) dice que la opinión de la corporeidad de los ángeles, aunque falsa, no es herética, y mucho antes Santo Tomás (quaest. 16, *de Malo*, art. 1) había dicho que esta cuestión no pertenece a los dogmas católicos. A más se adelantó mi padre San Bernardo (lib. 5, *de Considerat.*) pues parece no le niega alguna probabilidad a la opinión de la corporeidad de los ángeles. Donde se debe advertir que San Bernardo fué muy posterior al Concilio segundo de Niceno, y Santo Tomás posterior no sólo al Niceno, mas también al cuarto Lateranense. Con esto se ocurre también a la objeción que puede hacerse con algunos lugares de la Escritura, donde se da el nombre o atributo de espíritus a los ángeles; pues es cierto que los padres que sintieron o tuvieron por defensible que los ángeles son corpóreos, no ignoraban aquellos textos, cuya exposición a la verdad no es difícil, pudiendo decirse que les da ese nombre la Escritura por ser cuerpos aéreos o sutilísimos, pues lo mismo da en varios lugares nombre de espíritu al aire. *Spiritus procellarum. Advenientis spiritus vehementis*, etc.

42. Lo segundo que tengo que replicar es que supuesto que está definido que los ángeles son incorpóreos, esta verdad no nos consta por la filosofía, sino por la fe; y como del conocimiento de esta verdad depende asegurarnos si la definición *animal racional* no conviene también al ángel, se sigue que por la filosofía sola nunca acertáramos a definir al hombre. Por consiguiente, es tal nuestra filosofía, que no nos da luz bastante para definir ente sustancial alguno, pues de los demás fuera del hombre, ya lo dejamos supuesto. ¿Qué filosofía es ésta? Antes es una carencia total de filosofía.

43. No sólo por parte de los ángeles, mas también por parte de los brutos, tenemos motivo para dudar si la definición *animal racional* conviene a otros que el hombre. *Si el animal racional* significa animal capaz de discurso, animales racionales son los brutos en sentir de aquellos que les conceden raciocinación y discurso, cuya sentencia esforzamos en el discurso que trata de esta materia, y teniendo esta sentencia no leves fundamentos a su favor, ya queda algo dudoso si la racionalidad es predicado diferencial o propio solitariamente del hombre. Es verdad que aun en aquella sentencia se debe conceder que la racionalidad del hombre es distinta y de superior nobleza a la de los brutos, pero como en la definición no ponemos el carácter que la distingue venimos a señalar por diferencia un concepto genérico.

§ X

44. Subiendo por el árbol predicamental de las especies a los géneros,

no hallamos que vea más claro la filosofía en éstos que en aquéllas. Igual ignorancia, igual incertidumbre. Si de algún género habíamos de tener científica certeza, sería de aquel debajo de quien estamos contenidos (esto es, el género de animal) por más inmediato y porque empleamos en él la consideración más que en los demás. Animal llamamos aquella razón común que abstraemos del hombre y de todas las especies de brutos terrestres, acuátiles y volátiles. ¿Y qué sabemos del animal así tomado en común? Que es *viviente sensible* (esta es la definición que le damos). Pero ¿Esto lo sabemos ciertamente? Nada menos. Está en duda si todo animal es sensible; y está también en duda si la razón de sensible conviene otros entes fuera de los animales.

45. La primera duda fúndanla con su oposición y argumentos los cartesianos, los cuales pretenden que todos los brutos son máquinas inanimadas, y no hay ente alguno sensible fuera del hombre, por lo cual en sentir de éstos el ser sensible no es razón genérica, sino específica, esto es, propia en cuarto modo de la especie humana. Yo estoy bien persuadido a que es falsa la sentencia de los cartesianos; pero no he encontrado hasta ahora argumento alguno evidente o demostración con que convencerlos ni nadie los convenció hasta ahora. Por otra parte, su fundamento principal no es tan débil que no hayan dado que hacer con él a los más hábiles aristotélicos. Ya veo que esto no quita que asintamos firmemente a la sensibilidad de los brutos. Pero no podemos gloriarnos de la evidencia, cuando la contraria opinión, además del fundamento en que estriba, tiene tantos partidarios y entre ellos muchos de excelente sutileza. Y no hay que pensar, como he visto pensar a algunos, que todos los cartesianos sienten otra cosa de lo que dice en esta materia. Tan encaprichados están algunos de la insensibilidad de los brutos, como nosotros persuadidos de la sensibilidad. Pocos años ha ciertas damas, que estaban viendo una corrida de toros, se compadecían mucho de uno a quien lastimaban con exceso los toreros. Estaba cerca de ellas un francés, filósofo cartesiano, el cual las aseguraba, con la mayor eficacia del mundo, que no tenían por qué condolerse, *porque el toro* (decía el buen cartesiano) *juro a Dios y a esta Cruz, que no siente más que este banco donde estoy sentado.* No sé si las madamas se lo creyeron; pero es cierto que muchos lo creen, como lo creía aquel francés.

46. La segunda duda funda en primer lugar Campanela, el cual, en varias partes de sus obras, se esfuerza a probar con varios argumentos que todas las cosas elementales son sensitivas. En segundo, y con más apariencia aquellos filósofos que conceden sentimiento a las plantas. Véase lo que sobre este particular decimos en el discurso sobre la *racionalidad de los brutos.* Y para que esta opinión no les parezca del todo extravagante a los que siguen la sentencia común, bastará representarles que Aristóteles no la tuvo por tal, antes patrocinó la duda, pues en el libro primero *de Plantis* dice que no hay certeza alguna de que las plantas no estén dotadas de sentimiento, apetito y conocimiento: *Nec enim constat habeant ne plantae animam, appetendique facultatem, doloris item, et voluptatis, et rerum discretionis.* En tercer lugar los naturalistas, que fundados en experimentales observaciones atribuyen sentimiento a algunas determinadas especies de plantas, a quienes, por tanto, llaman plantas sensitivas. Véase también sobre esto el discurso alegado.

§ XI

47. Si de nuestro propio género nada sabemos con certeza, ¿qué será de los extraños? El género más inmediato al nuestro es el de las plantas, y en éste, con estar tan cerca, nada vemos sino nuestra ignorancia, pues ni aun por sospechas nos atrevemos a señalar su diferencial constitutivo. No sólo está

invisible éste a los ojos de la evidencia, pero impalpable a las tentativas de la opinión. Comúnmente definimos a la planta tomada genéricamente, *viviente insensible*. Pero la voz *insensible*, que ponemos por diferencia, sólo significa carencia de sensibilidad; y un ente positivo, cual es la planta, no puede constituirse por una negación. Fuera de que, como vimos poco ha, es algo dudoso si las plantas son sensitivas o no. Llamámoslas también *vivientes vegetables*. Pero en este concepto no señalamos a la planta alguna razón diferencial, respecto del animal, pues éste también es viviente vegetable. Si se me dice que la diferencia está en que la vida del animal es vegetativa y sensitiva y la de la planta puramente vegetativa, digo yo que el adverbio *puramente* aquí no significa sino la carencia de vida sensitiva, que ponemos en el otro extremo, y la carencia no es constitutivo diferencial de un ente positivo. Ni aprovechará responderme que es carencia de parte del modo de significar, no de parte de la cosa significada, pues mientras no se señale cuál es esta cosa significada quedamos totalmente a oscuras. Y también es falso que esta carencia no se halla de parte de la cosa significada. Las expresiones negativas son positivas de parte de la cosa significada cuando niegan alguna imperfección en el objeto; porque la carencia de imperfección es carencia de carencia, siendo cierto que toda imperfección consiste en carencia de perfección positiva, por cuya razón estas voces: *infinidad*, *inmensidad*, *indivisibilidad*, aunque negativas de parte del modo de significar, son positivas de parte de la cosa significada. Pero la voz *insensible* o *insensibilidad* aplicada a la planta, significa carencia de perfección y así es negativa aun de parte de la cosa significada.

48. Fuera de esto es dudoso si las plantas son vegetativas; y también es dudoso si la vegetabilidad conviene también a piedras y metales. Si consultamos sobre el punto a los cartesianos, nos dirán que todo lo que nosotros llamamos vegetación o nutrición de las plantas es un puro mecanismo, y que la atracción del jugo nutritivo, que les atribuímos, es una solemne quimera. Si dejando a los cartesianos vamos a los filósofos experimentales, hallaremos entre éstos muchos que nos dirán que los metales y las piedras crecen por vía de vegetación, sentencia que poco ha ilustró mucho José Pitton de Tournefort, naturalista celebérrimo de la Academia Real de las Ciencias, especialmente con las observaciones que hizo sobre los mármoles en la maravillosa cueva de Antiparos. Por lo que mira a los metales, véase lo que hemos dicho en el segundo tomo, discurso 14, paradoja 10. Y júntese a los autos la autoridad de Aristóteles, que en el libro *de Mirabilibus auscultationibus* dice que en un territorio de la isla de Chipre siembran el hierro y crece como las plantas.

49. Ya que hice aquí memoria de Aristóteles, no omitiré una autoridad suya que hace mucho al caso al asunto que voy siguiendo, porque desbarata enteramente el concepto recibido en las escuelas de que la razón de planta y animal son dos géneros adecuadamente diversos y se distinguen en que el animal es viviente sensible y la planta viviente insensible. Dice Aristóteles (lib. 1, *de Plantis*) que las ostras y demás peces testáceos son juntamente plantas y animales: *Scimus autem, quod concyla animalia sunt cognitione carentia; quapropter plantae sunt, et animalia*. Pregunto ahora: ¿Cómo una especie puede estar colocada debajo de dos géneros adecuadamente diversos? ¿Y cómo la ostra puede ser juntamente sensible e insensible? pues como animal debe ser viviente sensible y como planta viviente insensible. Ni puede decirse que Aristóteles cuando dijo que la ostra es planta habló en sentido metafórico, porque éste es ajeno de un filósofo y sólo propio de oradores y poetas. Fuera de que la causa que dió muestra que hablaba en rigor filosófico: aunque yo verdaderamente no alcanzo quién le pudo revelar a Aristóteles que

las ostras y otros peces testáceos carecen de aquel conocimiento que es propio de los brutos más estúpidos.

§ XII

50. De los géneros ínfimos vamos al subalterno, que es la razón *de viviente*. ¿Qué es viviente y qué es vida? Respóndennos las escuelas que la vida es *movimiento ab intrínseco* y viviente *lo que se mueve ab intrínseco*; esto es, causa de su movimiento con alguna facultad o virtud intrínseca que tiene en sí mismo.

51. Esta definición padece mucho mayores dificultades que las antecedentes. Los filósofos modernos todos están contra ella, aunque por distintos y opuestos capítulos. Gasendo, el padre Maignan y los demás atomistas atribuyen movimiento *ab intrínseco* a sus átomos, de cuyo dogma se sigue que el movimiento *ab intrínseco* no es distintivo particular de los vivientes. Los cartesianos están firmes en que ninguna cosa se mueve a sí misma, sí que todos los movimientos que hay en el universo vienen de aquel impulso que Dios dió al principio a la materia, el cual subsiste siempre sin detrimento alguno, y en virtud de él se va comunicando el movimiento de unas partes a otras de la materia; de suerte que todo lo que estando antes quieto empieza a moverse, recibe el movimiento de otro cuerpo que antes se movía y transfirió a él o en parte o en todo el movimiento. Por consiguiente, dicen que el hombre (que es el único viviente corpóreo que admiten) cuando se mueve, no causa con propiedad el movimiento en sus miembros, sí sólo dirige por su voluntad el movimiento, antecedentemente impreso por el impulso de otros cuerpos a los espíritus animales.

52. No puede negarse que esta doctrina se fortifica terriblemente con la célebre máxima de Aristóteles: *Todo lo que se mueve es movido por otro*. Pues aunque los sectarios de la opinión común expliquen esta máxima de modo que no sea incompatible con la definición que dan de los vivientes, se sigue el inconveniente de que con la explicación se debilita la gran fuerza que tiene aquel axioma para probar la existencia de un primer motor inmóvil; porque suponiendo que el viviente se puede mover a sí mismo, no podemos establecer la necesidad del concurso divino a este mismo movimiento, sin suponer probada por otros capítulos la existencia del primer motor. así parece que los cartesianos pueden con alguna apariencia pretender que la religión se interesa en entender el axioma con todo el rigor que ellos le entienden.

53. Mas sea lo que fuere de esta dificultad y de las demás que los modernos consiguientemente a sus principios pueden oponer; dentro de la doctrina aristotélica las hay gravísimas contra la definición dada de los vivientes. Los graves se mueven *ab intrínseco* y no son vivientes. El fuego se mueve *ab intrínseco* y no es viviente. El movimiento fermentativo, según la física común, también es *ab intrínseco*. Ya he advertido y probado en otra parte (t. 2, disc. 14, núms. 30 y 31) que lo que dicen los aristotélicos de ser movidos los graves por el generante, en la forma que esto se puede entender, se verifica del mismo modo en el movimiento de los vivientes.

§ XIII

54. No nos resta en el árbol predicamental otra cosa que considerar sino aquel concepto más alto adonde llega la física, que es la razón de *cuerpo*; pero adonde llega dudando como en todo lo demás. El cuerpo se divide en mixto y elemental; y como aquél se compone de éste, es imposible, sin saber cuál es el elemental, conocer cuál es el mixto. Ahora bien: ¿Quién sabe cuáles y cuántos son los elementos? A esta pregunta oigo responder de cuatro partes a cuatro sectas de filósofos, atribuyéndose cada una

este conocimiento con exclusión de las demás. Los aristotélicos dicen que son aire, fuego, tierra y agua. Los químicos, sal, azufre, mercurio, tierra y agua. Los cartesianos la materia sutil, la globulosa y la otra más gruesa, que llaman tercer elemento. Los atomistas sus átomos. Estas son las opiniones que están hoy válidas, dejando otras innumerables que no lograron igual séquito. ¿Cuál de estas opiniones es la verdadera? Acaso ninguna. Por lo menos de cualquiera de ellas sólo una secta dice que es verdadera y tres dicen que es falsa, que es lo mismo que decir que un testigo la justifica y tres la condenan. Luego cualquier juez árbitro que se señale, a ninguna deberá favorecer en la sentencia; esto es, no podrá afirmar que alguna de ellas es verdadera.

55. Como el teatro ante quien propongo esta reflexión es casi todo compuesto de aristotélicos, oigo que me gritan que contando por vocales los profesores, por su opinión están los más votos. Pero replico lo primero que la pluralidad de sectarios da mayor probabilidad extrínseca a una opinión, pero no certidumbre, ni aun probabilidad intrínseca; y la cuestión aquí no es si su opinión es más probable, sino si es cierta. Replico lo segundo que es dudoso, si contando los profesores que cultivan la física en todas las Naciones, será mayor o igual el número que sigue a Aristóteles, al que le impugna, pues el que sólo los profesores españoles se admiran a votar, no constando por instrumento alguno, que Dios haya vinculado a nuestra nación la filosofía con exclusión de todas las demás a la herencia, no sé en qué derecho pueda fundarse. Dicen algunos de nuestros ancianos profesores que no se debe hacer caso de lo que dicen los extranjeros, porque son noveleros. Pero al mismo tiempo los extranjeros dicen que no se debe hacer cuenta de lo que defienden los españoles, porque son testarudos y no hay evidencia, por clara que sea, que pueda apartarlos de las opiniones antiguas. A que añaden que en España no se sigue a Aristóteles por elección, sino por necesidad. Es menester un ánimo heroico para contradecir a Aristóteles, donde sobre cualquiera que se le oponga, granizan al momento tempestades de injurias. Ni aun el ánimo heroico basta a lo más, porque la obediencia los precisa a no apartarse del rumbo de su escuela; lo que en parte se verifica también en las naciones extrañas. De donde concluyen también los antiaristotélicos que la mayor parte de votos que tiene Aristóteles a su favor no deben admitirse, porque no son libres.

56. Pero prescindiendo de que sea tanta o cuanta la probabilidad extrínseca de la doctrina aristotélica en orden a los elementos digo que bien examinada no se halla más verosimilitud en ella que en los demás. Esta sentencia se funda lo primero en que son cuatro las primeras cualidades, calor, frío, humedad y sequedad, de las cuales, con justa proporción, se atribuye una en sumo grado a cada elemento y otra cerca del sumo. Esta prueba claudica por innumerables partes. Lo primero es totalmente voluntario dar a dichas cualidades el atributo de primeras, especialmente cuando se sabe la invencible dificultad que hay en ajustar que todas las demás resulten de ellas. Lo segundo es muy dudoso que las cuatro señaladas todas sean cualidades, pues la humedad y sequedad muchos aristotélicos lo niegan y con mucha razón. Lo que es húmedo no es tal por cualidad alguna, sí porque tiene embebida en sus poros alguna sustancia líquida, evaporada la cual, queda seco, con que la humedad es sustancia y la sequedad es precisamente la carencia de esa sustancia. Lo tercero, la aplicación de ellas a los cuatro elementos no tiene fundamento alguno. ¿De dónde consta que el agua sea fría en sumo grado? Nos matará si lo fuera. Ni aun en grado remiso, pues la experimentamos indiferente a frío y calor, según el agente que se le aplica. Caliéntase en el fuego, y apartada del fuego se enfría, no porque ten-

ga exigencia alguna de frialdad, sino porque la enfría el ambiente frío que la circunda. Otras muchas dificultades gravísimas hay contra esta doctrina de las cuatro cualidades; y así es sumamente sútil el fundamento que se toma de ellas para establecer el cuartenión de los elementos.

57. El segundo fundamento se toma de los cuatro humores del cuerpo humano, que corresponden a los cuatro elementos aristotélicos, la sangre, al aire; la cólera, al fuego; la melancolía, a la tierra, y la pituita, al agua. Peor está que estaba. Lo primero es dudoso entre los médicos si los humores de nuestro cuerpo son cuatro. Unos dicen que son más, otros que son menos. Unos añaden la linfa, el suco pancreático y el suco nérveo; otros no dejan otro humor que la sangre. Lo segundo, si los cuatro humores corresponden a los cuatro elementos, ningún elemento queda a quien correspondan las partes sólidas, las cuales, sin embargo, por ser sólidas y duras, debieran imaginarse correspondientes a la tierra, con más razón que el humor melancólico, el cual tiene menos dureza y solidez. Lo tercero con la misma voluntariedad que se señalan cuatro elementos en correspondencia de los cuatro humores, se podrá señalar otro elemento que corresponda a la carne, otro a los huesos, otro a la médula, otro a la grasa o sustancia adiposa, otro a los tendones, etc. Lo cuarto, para razonar justamente, no sólo en el cuerpo humano o animal se han de buscar cuatro sustancias análogas a los cuatro humores, sino en todos los mixtos, pues la cuestión es sobre elementos que entran en la composición de todos los mixtos y no precisamente en la composición del animal. Pero ¿qué vestigios hay de los cuatro humores o de cuatro sustancias equivalentes a ellos en los minerales ni aun en las plantas?

58. El tercer fundamento se toma de la experiencia. Cuando un leño se abrasa, se ve resolverse en los cuatro elementos aristotélicos. Al principio se destila un poco de agua; luego se enciende el fuego; al fuego se sigue el humo, el cual se conoce ser de naturaleza aérea en que sube a la región del aire, y, finalmente, queda la porcion térrea en la ceniza.

59. Aunque en materias de física y medicina *praestat unum experimentum centum rationibus*, como dijo Etmulero, el experimento alegado es tan defectuoso que no vale más que las razones arriba propuestas. Lo primero, el leño desecado es tan propiamente mixto como el leño verde, sin embargo de lo cual, no destila agua alguna puesto al fuego. Lo segundo, pues aquí se trata de los elementos que entran en la composición de todas las especies de mixtos, en todas deberá hacer el fuego la misma resolución que hace en el leño, lo cual no sucede, pues los minerales puestos al fuego no sudan agua alguna, salvo que hayan embebido alguna humedad extraña. Lo tercero, los químicos, por medio del fuego variamente aplicado, sacan del leño y de otros mixtos otras sustancias diferentes de aquellas cuatro que manifiesta en el leño la combustión ordinaria; por consiguiente, se debe aumentar el número de los elementos. Lo cuarto no se sabe si aquellas cuatro sustancias preexistían en el leño o el fuego las produce de nuevo. Lo cierto es que en el experimento propuesto lo que manifiestan los sentidos es que aquellas cuatro sustancias se hacen del leño, no que el leño se hizo de aquellas cuatro sustancias; por lo menos la forma de fuego no tiene duda que se produce de nuevo, educiéndose de la materia del leño, según la doctrina corriente de los aristotélicos. Lo quinto la ceniza no es tierra ni cuerpo elemental o simple, como se supone, pues de ella se separa mucha porción de sal, la cual es sustancia distinta de las cuatro, pues ni es tierra, ni aire, ni agua, ni fuego. Lo sexto, el humo tampoco es aire, como se ve en el hollín en que se condensa. Y si se me dice que en el humo van envueltas diferentes partículas, unas que componen el hollín y quedan en la chimenea, otras que vuelan

más arriba y son aire, replico que en consecuencia de eso se habrá de señalar otro quinto elemento de hollín o por mejor decir cinco o seis elementos más, pues Boyle nos enseña que del hollín manejado químicamente se separan cinco, o seis substancias diferentes. Finalmente, todo lo que se hace ceniza, estaba antes debajo de la forma de fuego: luego la forma de ceniza se produjo de nuevo, pues no podía estar la materia a un tiempo debajo de dos formas substanciales: por consiguiente, la forma elemental de tierra que los aristotélicos atribuyen a la ceniza, no preexistía en el mixto, sino que fué engendrada de nuevo. Esta objeción supone los principios aristotélicos; pero puede formarse de otro modo en cualquier sistema.

60. He impugnado solamente la opinión aristotélica de los elementos no porque las demás no padezcan iguales dificultades, sino porque en España se supone que las demás son difíciles y aun improbables y la de los cuatro elementos se tiene por cierta, a fin de que se vea que nada sabemos con certeza acerca de los elementos.

§ XIV

61. Ya he advertido arriba que ignorando cuáles sean los cuerpos elementales, no podemos saber la naturaleza de los mixtos. Pero aun cuando supiésemos cuáles son aquellos, siempre quedaríamos en una profunda ignorancia filosófica de unos y otros. Doy que sean elementos de todos los mixtos los cuatro nombrados, aire, fuego, tierra y agua; ¿quién averiguó hasta ahora la naturaleza de estos cuatro cuerpos? Aristóteles sólo discurrió sobre sus cualidades; y aun esto con tan poca seguridad que todo cuanto dijo se puede poner en duda (no habiendo principo sólido de donde se infiera que tengan las que él les atribuye, sí sólo una proporción ideal, que asentó bien a su imaginación) y en parte convencerse de falso. Dice que el aire es caliente debajo del sumo grado y el fuego seco, también debajo del sumo grado. Pero en las paradojas físicas probamos que el aire no es caliente. Y según definió Aristóteles la humedad, se infiere que la llama es húmeda, pues no se contiene en sus propios términos, sino en los ajenos. También probamos en las paradojas físicas que el fuego elemental no es caliente en sumo grado. Y a lo dicho allí añadimos ahora que un fuego es más caliente que otro, como muestra la experiencia en la mayor actividad que tiene para calentar y encender, o por razón de su mayor mole o por la más apta materia. en que se fomenta, de donde se infiere que el fuego por su naturaleza no es cálido en sumo, pues a serlo, como en cualquier fuego se salva la naturaleza de fuego, cualquiera fuera cálido en sumo, y así no podría ser excedido por otro fuego en el calor.

62. Aristóteles, pues, no hizo más que señalar a sus cuatro elementos unas cualidades, falsas o inciertas, dejando intacta la naturaleza sustancial que las radica. Los que le sucedieron en todos los siglos posteriores, si intentaron más, no alcanzaron más. Los sectarios del mismo Aristóteles se contentan con decir de los elementos lo que dicen de todos los demás compuestos naturales, esto es, que constan de materia y forma física, entes incompletos, distintos, real y adecuadamente uno de otro. En lo cual, aun cuando sea así, nada se nos enseña, entretanto que no se explica cuál es o qué naturaleza específica tiene la forma física de cada compuesto natural. Pero aun esto mismo, dicho en aquella generalidad, lo combaten fuertemente los filósofos modernos, los cuales encuentran una dificultad incomprensible en la generación de las formas materiales, no pudiendo entender que su producción deje de ser verdadera creación, porque el recurso de los aristotélicos a la educción de la potencia de la materia no contiene sino voces desnudas de todo significado real, y a la verdad, habiendo

dicho Aristóteles que la forma es uno de los principios del ente natural y que los principios son aquellos que no se hacen de sí mismos ni de otro ente alguno: *Quae nec ex se, nec ex alijs, sed ex quibus omnia fiunt*, ¿cómo puede componerse que la forma se haga de la materia?

§ XV

63. Pero los modernos, que tanto vocean contra Aristóteles, ¿han por ventura alcanzado la verdad? Nada menos. Discurrieron con más osadía. no con más felicidad. Dícennos que la textura, colocación, figura y movimiento de las partículas de la materia hacen todo el ministerio de la naturaleza, sin ser necesario recurrir a formas sustanciales ni accidentales; en lo cual (sobre incidir en el mismo vicio que reprenden en los aristotélicos de hablar generalmente, pues como éstos no explican o definen la forma sustancial que distingue un ente de otro, tampoco aquellos determinan qué textura, coordinación y figura de partículas es propia de cada compuesto) se envuelven innumerables dificultades que recíprocamente se objetan unos a otros. El sistema cartesiano parece quimérico a gasendistas y maignanistas; y estos dos últimos partidos, aunque acordes en señalar los átomos por principios y elementos de todas las cosas materiales, se oponen sobre varios capítulos, siendo el principal el que los maignanistas quieren que los átomos sean diferentes en especie, los gasendistas sólo en figura, y todos tienen contra sí terribles argumentos.

§ XVI

64. De lo discurrido hasta aquí se colige con evidencia que nada sabemos de la naturaleza del ente moble, que es el objeto de la física, ni tomado en concreción a los individuos, ni considerado en las especies, ni abstraído en los géneros o ínfimos o subalternos o supremo. Nada afirman unos que no nieguen otros; y lo peor es que cualquiera secta que se considere se hallará que son mucho más fuertes los argumentos que tiene contra sí que las pruebas a su favor. Por esto dijo discretamente Lactancio que los filósofos tienen espada, pero no escudo: *Gladium habent scutum non habent* (lib. 3, *Divin Instit.*, cap. 4). Tienen argumentos penetrantes con que herir a las opiniones opuestas, pero no soluciones sólidas con que defender las suyas. ¿Qué hemos, pues, de hacer, sino suspender el asenso hasta que un ángel decida el litigio?

65. Dirame acaso alguno que la naturaleza sustancial de las cosas está muy distante de nuestros ojos y que así no es mucho que no haya penetrado hasta aquellos íntimos senos la filosofía, pero que sin llegar allí, tiene ésta harto en que ejercitarse, explicando los ordinarios fenómenos de la naturaleza y descubriendo sus causas próximas, lo que felizmente ejecuta, discurriendo por todas las especies de movimiento, que es el ejercicio del ente moble en cuanto tal.

66. Yo confesaré que la Filosofía discurre por los fenómenos naturales e inquiere sus causas inmediatas, pero palpando siempre sombras, tropezando en ignorancias y dudas, exceptuando muy pocas verdades, que ha debido a la luz de la experiencia. Evidenciárase esta verdad en la misma materia del movimiento que se nos alega.

67. En cuanto a los movimientos de generación, corrupción, alteración, augmentación y los demás que se consideran distintos del movimiento local, no hay cosa que no sea cuestionable, ya entre las varias escuelas de los aristotélicos, ya entre éstos y los filósofos modernos. La misma definición del movimiento en común que dió Aristóteles rechazan unos por oscura, otros por implicatoria, otros por nugatoria. Los movimientos señalados son en la opinión de los aristotélicos unas adquisiciones de nueva forma o sustancia o accidental; pero los modernos, que niegan toda forma material, contradicen que se de ese carácter a aquellos movimientos. Aun entre los mismos

aristotélicos no está ajustado si el movimiento se distingue de la acción y la pasión, como si aquélla se sujeta en el agente o en el paso. Y así, en todo lo demás todo es cuestión y pendencia.

§ XVII

68. ¿Y qué mucho que en estos movimientos que la naturaleza ejecuta, digámoslo así, debajo de cortina, haya adelantado tan poco o nada el discurso humano? Lo que parece puede extrañarse es que le suceda lo mismo con todas las especies del movimiento local, estando éste tan patente a la observación.

69. El movimiento con que descienden los graves es el que más frecuentemente incurre a nuestros ojos. ¿Y qué sabemos de éste? De sus propiedades poquísimo, de sus causas, nada. Sabemos que adquiere alguna aceleración desde el punto en que empieza porque lo vemos; pero qué proporción guarda el aumento de aceleración es asunto de grandes debates entre filósofos y matemáticos. Sabemos que es movimiento de descenso, pero aún no se sabe si se dirige al centro de la tierra o al eje. La causa de este movimiento está tan escondida que hasta ahora no han encontrado los filósofos con opinión alguna en esta gran cuestión, que no sea (así me atrevo a decirlo) absurda. Los aristotélicos, diciendo que el generante es causa de este movimiento, nada dicen, como ya noté en otra parte, sino que produce la virtud o facultad de moverse que tienen los graves. Esto es generalísimo a todas las especies de movimientos. Ni esto se disputa, porque se supone. Y si se quiere dar más riguroso sentido a su opinión, será la más absurda de todas, por lo cual dijo de ella el docto padre Saguens: *Quis non palpat crassitiem huius chimeriae opinionis?* Los cartesianos recurren al movimiento verticoso de la materia sutil, que apartándose de la tierra, por las tangentes del círculo, impele a los graves al descenso. Pero esto, sobre que se ha impugnado con eficacísimos argumentos matemáticos, supone el movimiento diurno de la tierra, sentencia condenada por la Inquisición de Roma. Gasendo inventó no sé qué efluvios de corpúsculos térreos, que subiendo por el aire, penetran los poros de los cuerpos graves, y doblándose después con movimiento contrario para el descenso, los impelen hacia abajo. Nada me ha persuadido tanto cuán grave es la dificultad de esta cuestión como el ver que un hombre de ingenio tan sutil y tan sólido como Gasendo recurriese para resolverla a una ficción desnuda de toda verosimilitud, y que tiene sobre sí invencibles dificultades. El padre maestro Maignan con sus secuaces echa mano también de los efluvios térreos, pero no quiere que obren por impulsión, sino por virtud simpática o magnética, determinando precisamente en virtud del contacto a los graves para que desciendan.

70. El movimiento de ascenso de los cuerpos leves es muy probable y acaso más probable ser causado por el descenso de los graves; por cuanto el cuerpo grave, haciendo fuerza con el ímpetu del descenso a ocupar el lugar inferior donde está el cuerpo leve, le obliga a dejarle, impeliéndole hacia arriba. Así se discurre con gran fundamento que no hay levidad absoluta en cuerpo alguno ni es menester para nada, sí sólo respectiva. Esto es, se dice un cuerpo leve, no porque carezca de gravedad, sino porque es menos grave que otro con el cual le comparamos. De este modo se dice leve el aire, no porque no sea grave (pues ya en el segundo tomo, discurso II, demostramos que lo es), sino porque es menos grave que tierra y agua y todos los demás cuerpos que nos circundan. Y que no es menester otra levidad que la respectiva para que asciendan los cuerpos que se llaman leves se ve claro en el aceite, el cual, sin embargo de ser grave, sube si vierten alguna cantidad de agua en la vasija en que ésta, obligándole al ascenso el agua, que por razón de su mayor gravedad ocupa el lugar

inferior donde estaba el aceite. Lo mismo sucede al aire. Si se abre una fosa en tierra enjuta, por profunda que sea, bajará el aire a ocuparla toda, y no habrá otro modo de hacer que el aire desocupe aquella hondura y suba arriba sobre la superficie de la tierra, sino echar en la fosa agua u otro cualquier cuerpo que sea más grave que el aire.

71. No a los principios de Física, sino a la experiencia debemos aquello poco que se sabe en esta materia, en la cual con todo restan grandes dificultades a la contemplación de los filósofos. La mayor de todas está en averiguar la causa del ascenso de los vapores a la región del aire. Es cierto que los vapores no son otra cosa que la agua resuelta en pequeñísimas partículas. Siendo, pues, el agua más grave que el aire, ¿cómo pueden subir las partículas de agua a la altura donde se colocan las nubes? Cada partícula de aquéllas, no obstante su poquísimo peso, es mucho más pesada que otra partícula de aire de igual volumen y la mayor o menor gravedad de los líquidos, para el efecto de impelerse uno al otro se computa, no según el todo de ellos, sino según partes de igual mole; que por eso una libra de agua hace subir en la vasija una arroba de aceite.

72. Algunos filósofos que se hicieron cargo de esta gravísima dificultad, se echaron a adivinar que alguna porción de materia etérea o aire purísimo se pega a cada partícula de vapor, de suerte que el conjunto de los dos sea más leve que igual cantidad de este aire inferior y grosero de nuestra atmósfera y por eso sube sobre ella; así como aunque el hierro es mucho más pesado que el agua, si se une una pequeña porción de hierro a una tabla de pino o abeto, sobrenadará en ella, porque el conjunto de pino y hierro es más leve que igual cantidad de agua. Francisco Bayle concibe la porción de materia etérea circundando la partícula de vapor. El padre Pardies, jesuíta francés, supone, al contrario, que la partícula de vapor extendida en forma de sutilísima ampollita, contiene en su concavidad a la materia etérea. Todo es harto inverosímil. Pero no puedo detenerme a impugnar ni uno ni otro modo de discurrir. Otros opinan que varias partículas ígneas que ascienden de la tierra, después de separar del agua o de otro cualquier líquido aquellas pequeñas partículas que llamamos vapor, con su continua agitación la van impeliendo hacia arriba. Tampoco esto me parece muy defensible. Pero menos que todo lo es lo que dicen los filósofos vulgares: que el sol con su actividad atrae los vapores. Si fuese así, los vapores no pararían hasta llegar al sol o por lo menos hasta topar en la luna o en el cielo de la luna, en caso que éste sea sólido, pues la fuerza atractiva tanto es más robusta cuanto el cuerpo atraído más cerca está del atrayente, y aquél no cesa de moverse hacia éste hasta lograr el contacto si no se le interpone algún estorbo. Fuera de que la virtud atractiva es una quisicosa que nadie entiende, y así está ya casi del todo desterrada de la filosofía.

73.—¿Quién no admira que en un fenómeno tan ordinario como es el ascenso de los vapores, no hayan atinado los físicos, no digo con el punto fijo de la verdad, pero ni aun con cosa que aquiete tanto cuanto al entendimiento? El caso es que en todas las demás especies de movimiento sucede lo propio.

§ XVIII

74. ¿Sábese por ventura la causa del movimiento estático, que es aquel con que una vara violentamente encorvada, si la dejan libre, por sí misma recobra la rectitud que tenía antes, o si estaba naturalmente encorvada y la pusieron recta, se restituye a su figura corva? Descartes recurre a su asilo común del impulso de la materia sutil, la cual no pudiendo penetrar los poros de la vara por la parte por donde se angostaron con la inflexión, con la

fuerza que hace a ensancharlos para abrirse tránsito por ellos, mueve a la vara a recobrar su antigua figura. Pero ¿quién no ve que para esto es menester suponer que la materia sutil se está moviendo siempre hacia todas partes con encontrados movimientos de Oriente a Poniente y de Poniente a Oriente, de arriba abajo y de abajo arriba, etc., pues la vara hacia cualquier parte que se coloque con la cara por donde están los poros angostados, igualmente recobra la figura natural. Fuera de que suponiendo Descartes infinitamente flúida la materia sutil, no puede haber poros angostos para ella.

75. Otros dicen que el mismo ímpetu que imprime a la vara el que la dobla es el que la desdobla después. Pero contra esto está, lo primero, que el que dobla la vara comúnmente lo hace con un ímpetu remiso y tardo, y el ímpetu que la desdobla después es violento y veloz. Lo segundo, que el flechero que dobla el arco no tiene fuerza igual a aquella con que éste se desdobla, la cual es tan grande, cuando la cuerda se pone muy tirante, que pasa un cuerpo de parte a parte; ¿cómo puede dar la fuerza o impulso que no tiene?

76. Los aristotélicos bien hallados con la descansada invención de dar nombre de cualidad, virtud o facultad a la causa que se inquiere, añadiéndole un adjetivo que es denominación tomada del efecto, dicen que la causa del movimiento elástico es la virtud estática de la vara o del muelle. Esto verdaderamente es haber hallado la llave maestra para abrir todos los retiros de la naturaleza, porque no hay cosa alguna tan oculta que con esta invención no se manifieste. Si se pregunta cuál es la causa de los maravillosos movimientos del imán se responde que la virtud magnética; si se pregunta qué causas obran en nosotros la cocción de los alimentos, la expulsión de los excrementos, la nutrición, etc., se responde con una virtud concoctriz, otra virtud expultriz, otra nutritiva. Del mismo modo la causa de los vientos será una virtud ventífica, la del rayo, una virtud fulminante, del flujo y reflujo del mar dos virtudes encontradas, una fluxiva y otra refluxiva. Con este baratísimo modo de filosofar todo está averiguado a la primera ojeada. Pero hablando de veras, esto ¿qué otra cosa es que responder con lo mismo que se pregunta? Decir que la causa del movimiento elástico es la virtud elástica, formalísimamente es decir que la causa del movimiento elástico es la causa del movimiento elástico. Decir que la virtud magnética es quien causa en el imán la atracción del hierro, es responder con aquella gracia que tienen estudiada algunos niños, los cuales, si alguno les pregunta *Muchacho, ¿de quién eres hijo?*, responden *De mi padre.*

§ XIX

77. El movimiento de proyección envuelve también grandes dificultades. Es arduísimo de entender cómo en una piedra disparada de la mano subsiste el movimiento cesando la acción del motor. ¿Quién mueve la piedra cuando ya está parada la mano? Lo que dicen muchos aristotélicos que la mano produce en la piedra una cualidad que llaman ímpetu y esta cualidad es quien mueve la piedra separada de la mano, carece de toda apariencia de verdad. Si todo movimiento violento proviene como dicen los mismos aristotélicos de causa extrínseca, ¿cómo siendo el movimiento de la piedra arrojada hacia arriba violento, puede nacer de una cualidad intrínseca o inherente a la misma piedra? Si toda generación, según la misma escuela, supone corrupción, ¿qué cualidad o forma accidental se corrompió en la piedra para que se engendrase aquella nueva cualidad que llaman ímpetu? ¿Qué disposiciones procedieron a esta generación? ¿O qué tiempo hay para que precedan y cuándo un globo grande con su movimiento impele a otro pequeño? Siendo cierto que sólo un instante dura el contacto de los dos. ¿Qué contrario tie-

ne aquella cualidad que ocasione tan presto su corrupción? ¿Acaso la gravedad de la misma piedra? Para ésta, pues, subsistía al tiempo de darle impulso si es contrario de aquella cualidad, impediría entonces su generación, como después se dice que impide su conservación. Otras muchas reflexiones se pueden hacer para probar que aquella cualidad es quimérica. Otros recurren al medio por donde se hace el movimiento: v. gr.: el aire, el cual dicen que impelido por las partes anteriores de la piedra se mueve en giro hacia las posteriores y las impele. Pero (omitiendo otras muchas impugnaciones que hacen totalmente improbable este modo de filosofar) de aquí se seguiría que la piedra no se podría mover por un espacio vacío de todo cuerpo, por más recio impulso que le diesen, lo cual pienso que nadie creerá. Descartes compone esta dificultad con su máxima general de la ley de comunicación del movimiento, establecida por el autor de la naturaleza, la cual no combatiremos ahora por no detenernos. Sólo notaremos que aquella máxima aplicada a la materia presente, y bien desentrañada, lo que directamente significa, es que la piedra arrojada se mueve, porque Dios quiere que se mueva, y para resolver de este modo la dificultad no es menester estudiar filosofía.

§ XX

78. En fin, no hay movimiento alguno sobre cuya causa no alterquen los filósofos. ¿Qué contiendas no hay sobre explicar cómo se hacen los movimientos de rarefacción y condensación? Unos quieren que la rarefacción se haga ocupando la misma cantidad de materia mayor espacio, lo cual teniendo otros por ininteligible (pienso que con razón) constituyen la rarefacción en la disociación de las partes del cuerpo y mayor extensión de poros, donde se introduce otro cuerpo más líquido o sutil, como en los poros de la esponja el agua, en los del agua enrarecida el aire, en los del aire enrarecido la materia etérea, según los cartesianos, o nada, según gasendistas y maignanistas, porque éstos, como admiten en la naturaleza, no sólo como posible, sino como existente y preciso el vacuo diseminado en pequeños intersticios, no hallan inconveniente en dejar en los cuerpos poros vacíos de toda materia.

79. La fermentación, solemne instrumento de la naturaleza para infinitas obras suyas, no consiste en otra cosa que en un movimiento intestino de las partículas insensibles de los mixtos con que se solicita nueva combinación de sus elementos. ¿De dónde viene este movimiento? Los modernos, después que Otón Takenio descubrió el ácido y álcali, al encuentro de estas dos sustancias atribuyen todas las fermentaciones. Pero esto sólo es señalar la materia en que se ejercita el movimiento, y no preguntamos aquí por la causa material, sino por la eficiente. ¿Quién impele a esa lucha al ácido y álcali? El mosto recién exprimido de las uvas tranquilo está por algún tiempo. Después empieza a tumultuar. ¿Qué nuevo agente hay aquí, que concite las partículas del mosto? Secreto es este con quien sólo se han atrevido los cartesianos, acudiendo a su invisible duende de la *materia sutil*, a la cual hacen autora de aquella sedición doméstica. Duende la he llamado con alguna propiedad, porque como los vulgares atribuyen al duende todos los movimientos y estrépitos nocturnos, cuya causa ignoran, así los cartesianos reducen todos los movimientos de la naturaleza (que verdaderamente son nocturnos, por las tinieblas que esconden sus causas) al impulso de la materia sutil.

80. Yo estoy tan lejos de creer que la materia sutil lo mueve todo, que me inclino mucho a pensar que nada mueve. El fundamento es el siguiente: Cuanto una materia es más flúida, tanto menos impulso imprime en los cuerpos que encuentra. Así vemos que el agua hace mucho menos violento choque en una pared que cualquier cuer-

po sólido de igual mole; el aire mucho menos que el agua. Ningún edificio resistiera a una mediana agitación del viento si fuese tan sólido como el agua el aire. Luego siendo la materia sutil infinitamente flúida, según los cartesianos, no puede imprimir impulso o movimiento alguno en los cuerpos que encuentra. Es clara esta consecuencia, porque si a proporción del aumento de la fluidez se minora el impulso, llegando la fluidez a infinita, el impulso se quita del todo. De aquí se sigue que no habrá cuerpo alguno que no se esté inmóvil a los embates de la materia sutil.

81. Pero démosle la fuerza para mover las partículas insensibles de los mixtos que pretenden los cartesianos; ni por eso se logra con ella la explicación del presente fenómeno. Lo primero, porque la materia sutil ejercita su impulso (si lo tiene) en las partículas del mosto desde el instante que éste se exprime y aun antes, cuando el licor estaba contenido en el capullo de la uva. ¿Cómo, pues, desde antes no excita aquel tumulto en que consiste la fermentación? Lo segundo, ¿qué pueden conducir para este efecto los ácidos y álcalis? De cualesquiera partículas que consten los mixtos, las pondrá en movimiento la materia sutil, pues no hay mixto alguno impenetrable a su suma sutileza. Lo tercero, ¿cómo pueden atribuirse al rápido y veloz movimiento de la materia sutil aquellas tardísimas fermentaciones que necesitan para absolverse del curso de algunos años, como la de la tríaca?

§ XXI

82. Dice discretamente San Agustín que lo más admirable no se admira cuando lo toca muchas veces la experiencia, máxima que el Santo aplica a las maravillas de la naturaleza y viene derechamente a nuestro asunto. Todos los filósofos admiran como cosas portentosas el vuelo del hierro al imán, la dirección del imán al polo, el flujo y reflujo del Océano. Si les preguntamos por qué tienen por admirables estos movimientos, nos responderán que porque no han podido averiguar sus causas. Veis aquí que esta respuesta es una virtual confesión de que cuantos movimientos hay en la naturaleza son igualmente admirables que los del hierro, del imán y del océano, pues igualmente se disputan sus causas, porque igualmente se ignoran. La diferencia sólo está en que estos movimientos son propios de determinados entes y aquellos son comunes o casi comunes a todos.

83. Yo por mí confieso que por cualquier parte que miro a la naturaleza, igualmente la admiro, porque igualmente la ignoro. El mismo San Agustín, a quien acabamos de citar (trac. 24, *in Ioann.*) tiene por igualmente prodigiosa aquella multiplicación ordinaria de los granos, que mediante la fecundidad de la tierra se logra en las mieses, que aquella extraordinaria multiplicación de panes y peces que en el desierto hizo la majestad de Cristo. Venga ahora el filósofo jactancioso a vendernos que tiene descifrado aquel gran misterio, sólo porque trae un aderezo completo de voces facultativas: *virtud seminal*, *disposiciones previas*, *corrupción de una forma*, *introducción de otra*, *atracción del jugo nutricio*, *conversión de él en la propia sustancia*, *vegetación*, *nutrición*, etc. ¿Ignoraba por ventura Agustino estas voces u otras equivalentes? Sin embargo, tenía por un misterio impenetrable aquella multiplicación natural del grano. Dichas voces sólo significan aquellas operaciones que están patentes a nuestra experiencia, sin revelar sus causas, o el modo con que se hacen. Los rústicos saben muchas más voces que nosotros, significativas de las varias operaciones con que la naturaleza sucesivamente va perfeccionando aquella obra. ¿Son por eso unos grandes filósofos? ¿Qué logro yo con llamar vegetación o nutrición aquella operación con que una planta logra su aumento? ¿Esto me da algún conocimiento filosófico del

modo con que se hace aquella operación? Dos cosas se pueden considerar en la vegetación: la primera, el ascenso del jugo nutricio por las fibras de la planta; la segunda, la conversión de este mismo jugo en la sustancia vegetable; y veis aquí en estas dos cosas dos grandes misterios. Si preguntamos a los filósofos de la escuela cómo el jugo nutricio, siendo grave, espontáneamente sube hasta la cúpula de los árboles más altos, nos dicen que sube por atracción. Y esto ¿qué otra cosa es que colocarnos en la comunísima obra de la vegetación toda la dificultad que tiene el movimiento del hierro al imán? Una y otra llamamos atracción e igualmente ignoramos por qúé las hojas más altas de un árbol atraen el jugo que está en las entrañas de la tierra, que porque el imán atrae al hierro.

84. Vamos al segundo misterio. ¿Quién me explicará el modo con que un jugo sumamente flúido, sutil y delicado cuanto es menester para trascolarse por los angostísimos canales de las fibras se convierte en la solidez de leño, de grano, etc.? Crece la dificultad si volviendo los ojos a otros mixtos se advierte que de otro jugo o vapor fluidísimo se forman también los bronces y los mármoles. Cierto que dijo Aristóteles, con algún fundamento, que la naturaleza es demonia: *Natura Doemonia est*; *non divina* (lib. de *Praesens. per somnum*), pues mirando con atención sus obras todo parece que lo hace por vía de encanto.

§ XXII

85. Aun fuera algún consuelo de nuestra ignorancia, si sólo se nos escondiese el modo con que la naturaleza obra tan allá en lo interior de los cuerpos. Lo más sensible es que lo propio nos sucede con todo aquello que inmediatamente presenta a nuestros sentidos. Estamos palpando el cuerpo *cuantos*, pero hasta ahora no sabemos si se compone de puntos indivisibles o de partes infinitamente divisibles, ni en qué consiste ser un cuerpo duro o blando, sólido o flúido, opaco o diáfano. Estamos viendo los colores; y hasta ahora no sabemos qué cosa son los colores, si unas meras reflexiones de la luz o accidentes intrínsecos del objeto. La luz nos alumbra para ver y es oscurísima respecto de nuestro discurso la naturaleza de la luz. Que la concibamos sustancia, que accidente, que cuerpo, que espíritu, nada le asienta bien y todo parece que le asienta. ¿Y de cuántas dificultades impenetrables están rodeadas las especies que llamamos visibles? Si hay desigualdad entre los misterios de la filosofía, atrévome a decir que éste es el más alto de todos. ¿Cómo la especie visible de una estrella del firmamento en un instante se traslada desde la misma estrella a nuestro ojos, caminando en ese instante muchos millones de leguas? ¿Cómo esa especie existe a un tiempo en todo el inmenso espacio que hay de aquí al firmamento, siendo cierto que en todo este espacio no hay punto alguno en el cual colocada la vista no perciba la estrella? ¿Cómo siendo materiales esas especies, existen muchas sólo distintas en número (contra la máxima común aristotélica) en un mismo punto del espacio, pues es cierto que de un mismo punto se ven distintamente muchas estrellas? Omito las dificultades que hay contra el modo de discurrir de los modernos, que no son inferiores a las propuestas contra la sentencia común.

§ XXIII

86. De modo que nuestra filosofía no es otra cosa que un tejido de falibles conjeturas, desde los que llamamos primeros principios, hasta las últimas conclusiones. Y aun estas conjeturas se terminan en ciertas nociones universales, porque todas las naturalezas específicas y aun las más de las razones genéricas ínfimas están tan lejos de nuestro conocimiento, que ni

aun las tocamos con la duda. Si alguna verdad alcanzamos o la debemos a la experiencia y este ya no es conocimiento científico; o es tan per se nota, que la perciben aun los hombres más estúpidos; con sola la diferencia de que nosotros, los que nos llamamos filósofos, la explicamos con voces facultativas, y ellos con términos vulgares, que son mejores, porque son más inteligibles. Por eso dijo el muy sabio jesuíta Claudio Francisco Dechales que nuestra física nada contiene, sino un idioma particular, el cual no da conocimiento cierto de cosa alguna (t. 1, *tract. de Progressu Matheseos*).

87. Triste cosa es que los que se llaman profesores de filosofía en las escuelas no sepan más de las naturalezas de las cosas que los vulgares. Pero ¿qué sería si yo dijese ahora que aun saben menos? Parecería una extravagante paradoja. Sin embargo, es una proposición verdaderísima y de fácil prueba, porque la experiencia es, como hemos dicho, el único conducto para saber algo de la naturaleza, y sólo experimentan la naturaleza los que en varios ministerios mecánicos manejan varios entes naturales, no los que divertidos en especulaciones viven retirados en las escuelas. El pescador sabrá algo de las propiedades de los peces; el piloto, de los vientos y los mares; el cazador, de las aves y las fieras; el labrador, de la generación y aumento de las plantas. Pero el filósofo, ¿qué sabe? Dudar de todo y nada más. Así que la aula de la física es un teatro donde sólo se enseña a dudar sin término. Digo *sin término*, porque nunca llega el caso de pasar de la duda a la certeza. Vese esto claro en que las mismas cuestiones que se disputaban doscientos años ha, se disputan hoy con la misma fuerza que entonces. Si algún desengaño o conocimiento cierto se ha adquirido en orden a uno u otro teorema físico, no nació en el aula, vino de afuera a beneficio de la experiencia. Si se sabe hoy que el aire es pesado gracias a los experimentos de Torricelli, Monsieur Pascal, Otón Guerrico, y Boile. Si se asegura que la sangre circula por venas y arterias, lo debemos a las observaciones anatómicas de fray Pedro Pablo de Sarpi y de Guillermo Harveo. Si consta que el quilo no va al hígado, sino al corazón, ¿quién averiguó esta verdad sino la oficiosa práctica de Juan Pequeto, Thomás Bartolino y el inglés Lowero? La experiencia ha sido el único juez árbitro que ha determinado algunas lides o desterrado algunos errores de las aulas. Donde todo se deja a la especulación y al raciocinio, siempre el pleito está pendiente. Pasa un siglo y otro siglo, oyéndose los mismos gritos, los mismos argumentos, las mismas distinciones y el tesón de las partes contendientes se va transfiriendo, como por sucesión hereditaria, de unos en otros profesores, sin que haya esperanza de victoria, ni de ajuste.

§ XXIV

88. De esta conocida ignorancia nuestra podemos deducir una reflexión muy útil para observar constantes la sugeción debida a los sagrados dogmas de la fe. El mayor enemigo de la religión es la desordenada desconfianza de la razón. El que llega a apreciar nimiamente su propio discurso tiene puesta su creencia sobre el borde del precipicio. En cuantos heresiarcas hubo hasta ahora, fué trascendente esta vanidad. En los demás vicios fueron desemejantes; en este todos acordes. Ni todos fueron lascivos, ni todos avarientos, ni todos ambiciosos; pero todos presumieron mucho de su discurso. ¿Y qué antídoto más eficaz contra esta altivez loca, que la reflexión de lo poco o nada que alcanzamos en materias de filosofía? Quién conoce que no puede penetrar los misterios de la naturaleza, ¿cómo presumirá sondear los de la gracia? Necesariamente, desconfiando de su razón, se rendirá obsequioso a la autoridad. El filósofo Anaxágoras, a quien por su extraordinaria sutileza, antonomásticamente llamó *mente* o *espíritu* la an-

tigüedad, después de trabajar infinito en la filosofía, decía que la naturaleza toda estaba circundada de tinieblas: *Anaxagoras pronuntiat circumfussa esse tenebris omnia* (Lactant., lib. 3, *Divin. Instit.*, cap. 28). Y noto que este filósofo, que conocía impenetrable a su discurso la naturaleza, fué (si creemos a Aristóteles, Laercio y Plutarco) el primero entre los filósofos que conoció la indispensable necesidad de una inteligencia suprema autora de todo. Al contrario los que jactanciosos se lisonjearon de descubrir a la naturaleza todos sus fondos negaron por la mayor parte o la existencia o la providencia a la Deidad.

89. Lo que de mí puedo asegurar es que después de la Gracia Divina, el arma más valiente que siempre he tenido para vencer todas aquellas dificultades que la razón natural propone contra los misterios de la fe, ha sido el conocimiento de mi ignorancia en las cosas naturales. ¡Válgame Dios! (digo muchas veces hacia mí), ¿cómo he de entender aquellas maravillas que usando de su poder extraordinario obra la mano Omnipotente, si no alcanzo los efectos comunes de su poder ordinario? Es verdad que ignoro cómo una Persona Divina pudo unirse a la naturaleza humana. Pero también ignoro cómo un alma espiritual se puede unir al cuerpo material. Sin embargo, esto es cosa de hecho y pasa dentro de mí mismo. No percibo cómo el pan puede convertirse en el Cuerpo y el vino en la Sangre de Cristo. Pero tampaco percibo cómo una misma agua que cae del cielo se convierte no en uno u otro cuerpo, sino en cuantos cuerpos animales y vegetales hay acá abajo. En la controversia más plausible de la teología me hallo sumamente embarazado, porque si me pongo de parte de la Providencia, me oprimen los terribles argumentos que hay a favor de la libertad, si me pongo de parte de la libertad, me hacen cruda guerra los argumentos que hay a favor de la providencia. Pero ¿no estoy viendo esto mismo y aun con más aprieto en la vulgar controversia filosófica de la composición del continuo, donde cualquiera sentancia que se lleve no se halla otra respuesta a los argumentos contrarios sino enredar la disputa con voces? Donde si defiendo con Aristóteles la infinita divisibilidad del continuo, no puedo escaparme de conceder en mi mente (aunque no lo haga con la boca, por no darme por concluído) infinito número de partes; y si con Zenón le compongo de indivisibles, me dejan no solo sin respuesta, pero aun sin aliento los argumentos matemáticos, que se forman en la diagonal del cuadrado, en el movimiento de las dos ruedas concéntricas unidas y otros.

90. Si en estas cosas naturales (digo otra vez) que están patentes a mis ojos y estoy palpando con mis manos, ocurren mil dificultades insuperables a mi entendimiento, ¿con cuánta más razón deberá suceder lo mismo en las sobrenaturales, que están totalmente fuera de la esfera de los sentidos? Si por más que discurra no percibo cómo puede Dios hacer infinitas cosas, las cuales veo que está haciendo cada día, ¿no será locura negar y aun dudar la existencia de las cosas reveladas, sólo porque no percibo cómo Dios las pudo hacer? Si hubiese un hombre que no viendo por la cortedad de su vista los objetos que tiene muy cerca de sí, pretendiese ver los que distan millares de leguas de sus ojos, e infiriese que tales objetos no existen sólo porque él no los ve, ¿no le declararían todos por fatuo? Esta es puntualmente la locura de los que niegan los misterios revelados sólo porque ellos no los alcanzan. Hombrecillo torpe y rudo, si a la cortedad de tu discurso es totalmente impenetrable la fábrica de estos materiales compuestos que estás tocando todos los insantes, ¿cómo quieres comprender el modo inefable con que la Omnipotencia hizo aquellas sobrenaturales maravillas? Dirasme que no hallas solución a los argumentos que el gentil te propone contra el misterio de la Trinidad o contra el de la Encarna-

ción. Y yo te repongo que tampoco la hallas a los que te propone el filósofo contra la composición del continuo, cualquiera sentencia que lleves en esta materia. ¿Concederás por eso que el continuo no se compone ni de partes divisibles ni de indivisibles? Ya se ve que no. Pues igual y aun mayor delirio será negar la verdad de aquellos misterios, sólo porque tú no puedes desatar las objetciones. Bueno fuera que un poder infinito se conmensurase a tu limitada comprensión o que Dios no pudiese obrar sino lo que tú puedes entender.

91. Ningún Aquilón tan prontamente disipa las nubes que escondían la luz del sol como estas reflexiones serenan las dudas que la razón natural opone a los misterios de la fe. Dejen, pues, los presuntuosos dogmáticos de morder el escepticismo, como mal avenido con la religión. Digo el escepticismo contraído precisamente a los términos de la física; pues éste, bien lejos de perjudicar a la creencia, contribuye a hacerla más firme removiendo el estorbo que la presunción de la razón natural pone a la humilde docilidad, tan necesaria, para atender al entendimiento en la sujeción debida a la revelación.

92. Ocasionan grave daño no sólo a la filosofía, mas aun a la Iglesia, estos hombres que temerariamente procuran interesar la doctrina revelada en sus particulares sentencias filosóficas. De esto se hacen los herejes para calumniarnos de que hacemos artículos de fe de las opiniones de la filosofía; y con este arte persuaden a los suyos ardua y odiosa nuestra creencia. En esto se fundan algunos extranjeros cuando dicen que en España patrocinamos con la religión el idiotismo. Poco ha que escribió uno que son menos libres las opiniones en España que los cuerpos en Turquía. Para que se guarde el respeto debido a lo sagrado es menester no confundirlo con lo profano. Si alguno erigiese las habitaciones todas en templos, sería autor de que a los templos se perdiese la reverencia y el decoro. Jueces tiene la Iglesia para calificar cuáles doctrinas son útiles, cuáles perniciosas y cuáles indiferentes. Déjese a ellos la decisión, y no sean perturbados los que sinceramente buscan la verdad, con estos espantajos que les opone la parcialidad y la facción, tal vez la ira de los que dieron su nombre a alguna particular escuela o la envidia de los que no pueden adelantar tanto.

§ XXV

93. Ya que hemos mostrado que no hay ciencia alguna física o conocimiento demostrativo de las cosas naturales, se puede dudar si por lo menos lo puede haber. El doctísimo Valles resuelve que no porque el conocimiento físico es de singulares y de los singulares no se da ciencia. Pero este fundamento ya arriba mostramos que es insuficiente.

94. Más fuerza pueden hacer dos autoridades del Eclesiastés, que alegan a su favor los escépticos. La primera del capítulo 3: *Cuncta fecit bona in tempore suo, et mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* La segunda, aún más formal y precisa, del capítulo 8: *Et intellexi, quod omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem, eurum, quae fiunt sub Sole et quanto plus laboraverit ad quarendum, tanto minus inveniat, etiamsi dixerit sapiens se nosse, non poterior reperire.* Mas a la verdad, estos textos, cuando afirman la imposibilidad de hallar la razon de los efectos naturales, pueden ser entendidos de la razón providencial, no de la natural y física. De hecho así lo entienden algunos padres y expositores.

95. Otros arguyen por la parte contraria que el apetito de saber las causas de los efectos naturales es natural al hombre o indito por la misma naturaleza, y no pudiendo el apetito natural terminarse a cosa imposible, se sigue que es posible conseguir la ciencia de que hablamos. A este argumento

responde Valles que es absolutamente posible, pero no en la vida presente, sino en la venidera, en la cual los bienaventurados verán en Dios clarísimamente todas las cosas. Esta solución tiene sobre sí la dificultad de que así como el apetito natural no puede terminarse a objeto imposible, tampoco puede terminarse a objeto sobrenatural; y la ciencia que los bienaventurados tienen de las cosas naturales es entitativamente sobrenatural, porque depende efectivamente del lumbre de gloria. Con todo se puede decir que al alma separada del cuerpo, prescindiendo de la bienaventuranza sobrenatural y del lumbre de gloria, le es debido el conocimiento cierto de todas las cosas materiales, por especies infusas del orden natural, como sienten Egidio Romano, el padre Suárez y otros; y siendo este conocimiento natural, puede ser objeto del apetito natural de ciencia que hay en esta vida mortal.

96. Empero no dejaremos de notar aquí que aquel argumento no necesita de esta solución, por cuanto procede sobre un falso supuesto no advertido por Valles, y es que el apetito de conocer filosóficamente las cosas sea natural o indito al hombre por la naturaleza. Si lo fuese, todos los hombres tendrían este apetito, lo cual no sucede; antes los más no tienen inclinación alguna a la física y muchos desprecian como inútil, vana y nada deleitable la aplicación a las especulaciones filosóficas. Es verdad que todos los hombres desean saber; pero este apetito no se termina en todos a un mismo objeto o a una misma clase de objetos. Las almas generosas aman generalmente la verdad. Pero los más de los hombres sólo ansían saber aquellas cosas cuyo conocimiento puede contribuir a la satisfacción de sus pasiones.

97. Hemos visto la poca fuerza de los argumentos que por una y otra parte se forman en la duda insinuada. Por lo cual yo no me atrevo a dar la sentencia. Ni yo sé, ni nadie puede saber sin revelación, los límites justos del entendimiento humano en orden a las cosas naturales. Aunque hasta ahora los varios sistemas filosóficos que se han inventado padezcan o grandes dudas o declaradas nulidades, ¿quién sabe si en adelante puede descubrirse alguno tan cabal, tan bien fundado, que convenza de su verdad al entendimiento? Lo que creo es que si esto se puede lograr, es más versosímil conseguirse usando del método y órgano de Bacón. Bien es verdad que éste es tan laborioso y prolijo que casi se debe reputar moralmente imposible su ejecución; pues es por lo menos preciso que los monarcas de un poderosísimo reino (v. gr., el de Francia) por espacio de más de cien años, aplicando a este fin grandes tesoros, hagan trabajar en innumerables experimentos y en razonar sobre ellos, con distinción de varias clases y empleos, aunque todos subordinados debajo de planta arreglada a más de cuatrocientos hombres hábiles. ¿cuándo se logrará esto? La Academia Real de las Ciencias de París, la Sociedad Regia de Londres, no son más que un rasguño del gran proyecto de Bacón.

LA VERDAD VINDICADA, CONTRA LA MEDICINA VINDICADA

Respuesta apologética traducida de latín en castellano y añadida por el autor

Proemio de la traducción

Bien quisiera no tener ya más cuestiones con los médicos por haber experimentado que en este gremio, los que menos saben, saben cierto secreto para hacerse respetar; mas no puedo excusarme de cumplir la promesa que hice en el segundo tomo de dar en el tercero la traducción de este apología, en la cual sólo tengo que advertir que como autor del escrito, usé de la licencia que tengo y es negada a los meros traductores para omitir algo que me pareció poder excusarse y añadir en su lugar algo que juzgué más útil.

Traducción

§ I

1. Nada he deseado más ardientemente, desde que en el primer tomo del *Teatro Crítico* manifesté a los que la ignoraban, la incertidumbre de la Medicina, que el que las objeciones que desde entonces prevenía me habían de proponer los médicos fuesen concluyentes. Importábame mucho más ser vencido que vencedor en esta lid. Porque siendo yo de una salud bastantemente quebrantada, no podía menos de serme gratísimo el verme obligado, por la eficaz persuasión de los argumentos, a esperar de la Medicina el alivio de mis dolencias. Pero muy presto vi frustrado el deseo. Declaráronme guerra los médicos, más cruel a la verdad que yo podía haber merecido. Con violenta irrupción salieron por todas partes profesores de esta Facultad, armados, no diré de plumas, sino de flechas.

Adversi rupto quondam turbine, venti.

2. Parecieron varios escritos llenos de amarguísimas injurias. ¡Oh cuánto se destemplaron algunos! Médico hubo tan inverecundo, audaz, despiadado y maligno que se atrevió a estampar que tenía comprendida la especie de mis indisposiciones, dándoles el más feo carácter y origen que se podía discurrir. ¿Y esto se imprimió con nombre del autor y licencias ordinarias? Y para un escrito como éste, ¿hubo aprobantes en la piadosísima Corte de Madrid? ¿En qué guerras de los bárbaros más feroces se ha practicado este género de hostilidades? No de todos me quejo, aunque a la verdad, sólo se contuvieron en los términos de la decencia: *Pauci, quos aequus amavit Jupiter;* los demás en mucho mayor número:

Qua data porta ruunt, et terras turbine perflant

3. Inútilmente busqué en tanta copia de escritos la pretendida certeza de la Medicina. Antes (lo que es admirable) creció la incertidumbre entre

los vanos conatos de probar la evidencia; porque los médicos que me impugnaron, igualmente discordes estaban entre sí que conmigo. Lo que uno afirmaba, negaba otro. Lo que éste edificaba, arruinaba aquél: *Tanta est discordia fratrum.* Los autores de Medicina, a quien un escrito tributaba altos elogios, en otro eran tratados con sumo desprecio. Uno veneraba la Astrología como auxiliar precisa de la Medicina; otro la condenaba como Facultad irrisible y vana. Uno celebraba los inventos modernos; otro los trataba como herejías del arte. Aun en el punto esencial de la dificultad hubo la misma división. Unos confesaban la incertidumbre de la Medicina; otros la negaban; otros dolosamente hurtaban el cuerpo a explicarse sobre esta materia. De este modo en los escritos mismos, donde intentaban los profesores mostrar su concordia en los dogmas, dieron a conocer que jamás se pondrían de acuerdo.

4. Los últimos que salieron a la palestra fueron el doctor don Ignacio Ros y otro médico, de cuyo nombre he procurado olvidarme, igualmente distantes uno de otro en estilo, que en opinión. El primero, a la reserva de algunos descuidos, escribió con bastante urbanidad y cultura. El segundo, manchando á cada renglón el papel con insulsas chocarrerías y torpes dicterios, en grosero estilo dió a luz un libelo, que así le puedo llamar, porque cuanto desierto de razones estaba poblado de injurias. Con tales méritos, ¿qué podía suceder sino que le leyesen con irrisión y desprecio todos los hombres de razón? Así fué. Mas a mí finalmente en una cosa me agradó, y fué que abiertamente confesó la incertidumbre de la Medicina. Si me preguntas por qué tomó la pluma y sobre qué me impugnó; siendo sobre esto todo el pleito, no sabré decírtelo ni aun pienso que él mismo lo sabe. Acaso dirá, y el escrito lo confirma, que su intento no fué contradecirme, sino injuriarme. Concedámosle que tiene razón, porque cada uno escribe lo que sabe.

5. Pero ve aquí que al tiempo que este médico suscribe a la incertidumbre de la Medicina, añadiendo que esta es una cosa que nadie ignora, sale por la parte contraria el doctor Ros, pretendiendo en el librito, que compuso bajo el título *Medicina Vindicata*, que la certeza de la Medicina está declarada por el infalible oráculo de la Divina Escritura y, por consiguiente, fuera de toda controversia. ¡Ojalá!

6. Ocho meses tardó el doctor Ros en dar a luz aquel pequeño volumen: con mal agüero a la verdad, pues según el dicho de Hipócrates, *el parto octimestre nunca es vital.* No puedo comprender qué motivo obligó a este autor a escribir en latín. Acaso contemplándome extranjero en este idioma o el idioma extranjero para mí quiso obligarme a responder en él. para que embarazado en la dificultad de estilo me diese por vencido a la impugnación o en vez de explicarme, me implicase en la respuesta. Es cierto que con no poca repugnancia me he reducido a responder en el idioma latino, porque mi distancia del lugar destinado a la impresión me imposibilita corregir las muchas erratas que preveo ha de haber por la impericia del impresor; y no faltará algún caviloso contrario mío que maliciosamente me las impute, transfiriendo a mi persona el defecto de latinidad o la ignorancia del que imprimiere la obra. Ejemplo dió ya a otros para esta maligna interpretación aquel urbanísimo médico citado arriba, el cual este yerro de imprenta cometido en la respuesta que di al doctor Martínez, *el reo demandando ante el juez,* me la atribuyó a mí insultándome con desgraciadísima gracia sobre la torpe ignorancia de que no es el reo quien demanda, sino el actor. Había yo escrito *el reo demandado ante el juez.* Esto estaba bien dicho y es frase de curia. El oficial de la imprenta se equivocó y añadiendo una *n* imprimió *demandando.* Fácil era conjeturar que había sucedido así a cualquiera a quien no cegase su rudeza o su malicia.

7. Este miedo de los yerros de imprenta (por la ignorancia de latinidad que hay en nuestros impresores) se acrecienta en mí en consideración de los muchos que he observado en el escrito del doctor Ros. Si este autor, no obstante la cuidadosa vigilancia que es de creer aplicaría a la corrección de su obra, no pudo evitar que cayesen en ella muchísimos solecismos y barbarismos, ¿cómo podré yo estando ausente evitar igual o mayor desgracia en la mía?

§ II

8. Pero veamos ya que nos opone el nuevo vindicador de la Medicina. Arguye lo primero con aquel texto del Eclesiástico, tantas veces inculcado: *Honora medicum*, etc. Esta es la áncora sagrada a que recurren todos los médicos. Pero ¿qué hay en aquel texto contra mi escrito? Encomienda el Eclesiástico que se honre a los médicos. ¿Por ventura los he deshonrado yo como algunos médicos procuraron deshonrarme a mí? Dice que son necesarios. No he predicado yo que sean inútiles. Añade que son merecedores del estipendio. Todo esto se entiende de los médicos buenos, y convengo en que a éstos se les asigne muy crecido y se les pague con puntualidad. De suerte que yo, sin derogar en cosa alguna al interés y honor de los profesores hábiles, tuve por único blanco probar la incertidumbre del arte, la cual, sin duda, demostré con invencibles argumentos. Esto en ninguna manera perjudica ni a la facultad ni a los profesores. ¿Piensa acaso el vindicador que el precio y estimación de un arte se debe medir por su certeza? Vive muy engañado; mucho más apreciable es en la república, para el uso de la guerra, un general consumado que un excelente ingeniero; no obstante que éste en la práctica de su arte procede comúnmente sobre evidentes demostraciones y aquél rara vez pasa de falibles conjeturas.

9. De aquí se desvanece en aire y humo la acusación intentada por el vindicador, como que yo haya capitulado la Medicina de falsa, inútil y nociva. Nada de eso he dicho, sino que es incierta. Notable equivocación es confundir la incertidumbre con la falsedad, con la inutilidad, con la malignidad. El arte militar colocado en la mente de un general es incierto. ¿Quién dirá por eso que es falso? ¿Quién dirá que es inútil o nocivo a la república?

10. Mas ya prueba el vindicador más abajo la certeza de la Medicina, porque en el capítulo 38 del Eclesiástico se llama ciencia la Medicina: *Dedit hominibus scientiam.* Siendo, pues, la ciencia un hábito cierto y evidente, como la definen los lógicos, se sigue que es cierta y evidente la Medicina. ¡Admirable argumento por cierto! Como si el nombre de ciencia, siempre que ocurre en las Sagradas Letras se hubiese de tomar en el sentido que le dan los escolásticos. Si fuese así, habríamos de venerar como una de las facultades científicas el arte de partear, pues de las parteras hebreas se dice (Exod. I) que tienen ciencia de partear: *Obstetricandi haben scientiam.*

11. En crasísimos errores caerá cualquiera que sin discreción tomare todas las voces de la Escritura en el sentido en que las usan los escolásticos. Un ejemplo (dejando otros infinitos) tenemos en el mismo capítulo del Eclesiástico que se nos opone. En él se dice que Dios crió de la tierra los medicamentos: *Altissimus creavit de terra medicamenta.* Ve aquí una proposición implicatoria, si el verbo criar se toma en el sentido escolástico; porque en éste el criar es producir una cosa de la nada. ¿Cómo compondremos que los medicamentos sean producidos de la nada, siendo producidos de sujeto presupuesto, conviene a saber, de la tierra? ¿No es manifiesta implicación?

12. Las voces, pues, de ciencia y sabiduría frecuentemente se aplican en las Sagradas Letras a cualquier hábito cognoscitivo, que sea evidente, que no. Y este mismo significado tienen

en el uso común. A veces se toman por la prudencia, como es notorio a cualquiera que haya leído algo en la Biblia; y a veces estas voces se extraen al sentido metafórico, como cuando se dice (psalmo 18) que *una noche enseña ciencia a otra noche*, y (Job., capítulo 38) que Dios *dió inteligencia al gallo*.

13. Pero concedámosle graciosamente al vindicador que el Eclesiástico recomienda la Medicina no sólo como útil, mas también como cierta. Réstale al vindicador probar que la Medicina celebrada en aquel capítulo es la misma que practican nuestros médicos, pues yo sólo de ésta he hablado. Que hay Medicina cierta en el estado de la posibilidad o *secumdum se*, como dicen los escolásticos, no lo negaré jamás. Tampoco batallaré sobre si la hubo en algún siglo, si la tuvo algún singular médico o si ahora se practica en alguna remota parte del mundo. De la Medicina, como en estos siglos y en estas regiones se usa, es la cuestión. ¿Cómo me probará el vindicador que esta misma es la que aprueba el Eclesiástico? Lástima es que se haya esforzado a probar esto, porque todo fué sudar en vano.

14. Intenta este imposible, diciendo lo primero que Hipócrates fué anterior doscientos años al autor de Eclesiástico. De aquí infiere que la Medicina que aprobó el Eclesiástico es la hipocrática. Aquí de Dios: ¿Por qué regla de Súmulas saldrá esta consecuencia? Será buen argumento éste: Paracelso fué anterior dos siglos al doctor Ros; luego la Medicina que el doctor Ros aprueba es la Medicina practicada por Paracelso. O éste: Lutero me precedió a mí dos siglos; luego la teología que yo apruebo es la misma que enseñó Lutero.

15. Juzga acaso el vindicador que la Medicina hipocrática, en aquellos dos siglos que pasaron desde Hipócrates al autor del Eclesiástico, se extendió por todo el mundo y llegó a practicarse en la Palestina, donde escribió el Eclesiástico, como en todo el resto de la tierra? Pero esto no basta que lo juzgue; es menester que lo pruebe. Mas ¿cómo ha de probarlo, si es totalmente improbable? Plinio nos dice que después de muerto Hipócrates reinó por mucho tiempo en Sicilia la secta empírica, fundada por Acrón Agrigentino. Los romanos también se curaban empíricamente por aquel tiempo, pues el primer médico griego que entró en Roma fué Archagato, siendo cónsules Lucio Emilio y Marco Livio, lo cual sucedió mas de doscientos veinte años después de la muerte de Hipócrates. A vista de esto, ¿qué hay que admirar que los hebreos, que comerciaban mucho menos que romanos y sicilianos con los griegos, tuviesen alguna práctica curativa, muy distinta de la que Hipócrates había establecido en la Grecia?

16. Ni en la Grecia misma tuvo fuerza para mantenerse la autoridad de Hipócrates, pues antes de pasar un siglo después de su fallecimiento, trastornaron sus dogmas Crisipo Gnidio y Erasistrato, discípulo de Crisipo.

§ III

17. Lo segundo prueba el vindicador que la Medicina hipocrática es la misma celebrada por el Eclesiástico, porque en este sagrado libro se hallan dos preceptos en orden a la dieta, los cuales da también Hipócrates, conviene a saber, el comer y beber con sobriedad y el de procurar el vómito cuando esté nimiamente gravado el estómago. Graciosa prueba por cierto. Esto es lo mismo que si alguno probase que la doctrina del Evangelio es la misma del Alcorán, porque en el Alcorán hay algunos preceptos morales idénticos con los del Evangelio. Mahoma prohibió el homicidio, el adulterio, el hurto, que también había prohibido Cristo. ¿Quién por esto, sin blasfemar, concederá la proposición absoluta de que es una misma la doctrina de Cristo y la de Mahoma?

18. Fuera de que esos dos precep-

tos de régimen, no hay más razón para decir que son de Hipócrates, que para decir que son de todo el género humano. ¿Por ventura antes que Hipócrates viniese al mundo no se sabía que es conducente para la salud la templanza? ¿O se ignoraría para siempre que el vómito aprovecha en la nimia repleción del estómago, si Hipócrates no hubiera revelado a los mortales este grande arcano? Creo que no habrá sobre la faz de la tierra hombre de razón que no convenga en esta máxima.

19. Pero aunque diésemos (que es demasiado conceder) que la Medicina aprobada por el Eclesiástico es la hipocrática, nada se infiere a favor de la Medicina que hoy vemos practicar. Es cierto que todos nuestros médicos se precian de fieles discípulos de Hipócrates. Sin embargo, si se coteja la práctica de este grande hombre con la de éstos que se llaman discípulos suyos, se hallará que son extremadamente diversas, como ya notaron graves autores en estos tiempos últimos. Ballivio dice (fol. mihi 250) que apenas entre seiscientos médicos se halla uno que en la curación no siga rumbo contrario al de Hipócrates. Cuantos leen con reflexión las obras de Hipócrates advierten que fué parquísimo el príncipe de los médicos en la aplicación de remedios y que su principal atención era siempre conservar las fuerzas a la naturaleza. ¡Oh cuánto dista este prudente cuidado de la cruel y sangrienta práctica que hoy está en uso! Nuestros médicos (exceptuando muy pocos) ni descansan ni dejan descansar a sus enfermos. Aunque se menudeen las visitas, apenas se pasa alguna sin aplicación de remedio. De éstos dijo Galeno que pecan siempre que visitan: *Quoties ad aegrum accedunt, toties peccant* (1. *de Dieb. dec.*, cap. 11). Sin embargo, estos médicos enemigos de la naturaleza son los que celebra por doctísimos el vulgo. Acaban de matar a un enfermo con purgas, sangrías, cantáridas, ventosas, a que añaden la continuada molestia de ungüentos, cataplasmas, etc., y lo que se oye decir a los que más sienten la muerte, es que les queda el consuelo de que el médico hizo cuanto cabía en el arte. Dice muy bien Daniel Leclerc en su *Historia de la Medicina* que si hoy viviera Hipócrates, apenas habría enfermo que se pusiese en sus manos. La razón es porque Hipócrates frecuentemente fiaba gravísimas enfermedades a la naturaleza ayudada del régimen, sin aplicarles remedio alguno; lo que hoy es tenido por suma ignorancia. Cónstame con toda certeza que hay médicos que contra su dictamen recetan, porque si no lo hacen dicen de ellos que son unos asnos que no han conocido la enfermedad o no saben cómo se debe curar. Tan lejos de esto estamos de que la práctica curativa de este siglo sea la misma que Hipócrates observó.

§ IV

20. Prueba lo tercero el vindicador la identidad de nuestra Medicina con la que aprueba el Eclesiástico, porque la unidad de la ciencia se toma de la unidad del objeto y del fin; pero es así que el mismo objeto y fin tienen una y otra Medicina, pues el objeto de entrambas es el cuerpo humano, como sanable, y el fin la sanidad; luego una misma es una y otra Medicina.

21. En este argumento hay una insigne equivocación, la cual voy a descubrir. Para lo cual se ha de notar lo primero que en el uso común frecuentemente el nombre propio de algún hábito o facultad se da a otro hábito, no sólo distinto, mas aun opuesto. Pongo un ejemplo. La superstición es vicio opuesto a la virtud de religión, no obstante lo cual, a la superstición misma o hábito que inclina al culto supersticioso. se da a cada paso nombre de religión. Así en los libros se lee y en las conversaciones se oye comunísimamente: *La religión de los turcos*; *la religión de los tártaros;* siendo así que la de estos bárbaros no es religión, sino superstición, porque religión es la que da a Dios el debido culto; superstición la que o

da a Dios un culto incompetente, o tributa a la criatura el culto que se debe a Dios. Pongo otro ejemplo. San Agustín (lib. 6 *de Civitat.*, caps. 6 y 7) habla de las tres teologías (dándoles este nombre) de los antiguos gentiles: la natural, la teátrica y la civil; no obstante que ninguna de las tres es teología, antes un hábito erróneo contrario a ella. En una palabra: la religión se dice equivocadamente de la verdadera y falsa religión y la teología de la verdadera y falsa teología. Lo mismo sucede en el uso de los nombres significativos de otros hábitos.

22. Se ha de notar lo segundo, que uno es el fin de la obra y otro el fin del operante. Esta distinción (vulgar entre teólogos y filósofos morales) tiene mucho lugar en el uso de las artes. El artífice imperito con la intención siempre pretende el fin del arte, mas con la obra muchas veces se aparta de él. El piloto siempre intenta llevar la nave al puerto; mas por su ignorancia tal vez la rompe en el escollo.

23. Lo tercero se ha de tener presente que yo en la respuesta al doctor Martínez no afirmé que fuese sustancialmente distinta la Medicina de hoy de la que el Eclesiástico aprueba; sí sólo el que no constaba la identidad; lo cual me bastaba para asentar aquella proposición hipotética: *Aunque yo dijese que toda cuanta Medicina se practica en el mundo es inútil y nociva, no contradiría al sagrado texto del Eclesiástico.* Sobre cuya proposición se debe notar una calumnia con que casi en todas las páginas me da en los ojos el vindicador, imputándome haber afirmado que toda la Medicina de este siglo es inútil y nociva. Es posible que el vindicador ignore la distinción que hay entre la proposición absoluta y la hipotética, y cuanto dictan, para el efecto de hacer una proposición verdadera o falsa, estas expresiones: *digo* y *si dijese*. Esta proposición: *Digo que César no conquistó las Galias*, es falsa; pero esta otra: *Si dijese que César no conquistó las Galias, no contradiría a la Sagrada Escritura*, es verdadera.

24. Mas para responder al argumento propuesto y asentar la verdad de aquella proposición hipotética, hagamos por ahora la cuenta de que yo la profiero absoluta, diciendo que *toda la Medicina de este siglo es inútil y dañosa.* Verá el defensor que ni prueba ni puede probar que esta proposición tenga la más leve sombra de oposición al texto alegado.

25. Respondo, pues, al argumento, concediendo la mayor y negando la menor, la cual jamás probará el defensor. Porque si me arguye con la definición de la Medicina o con otra cualquier cosa, todo eso diré yo que se verifica de la verdadera Medicina, no de la falsa, inútil y nociva, cual es la Medicina de este siglo, y la cual sólo equivocadamente se dice Medicina, como la superstición y teología de los infieles equivocadamente se dicen religión y teología. Inéptamente, pues, al que afirma que la Medicina presente es nociva, se le pretende probar la identidad de ella con la antigua, porque miran un mismo objeto; pues el que afirma que es nociva y falsa, consiguientemente le niega la esencia de Medicina; como el que afirma que la religión de los gentiles es falsa, consiguientemente le niega la esencia de religión. Esto no estorba que se le dé el nombre de Medicina, o por error de los hombres, que la juzgan útil y verdadera o porque muchas veces los nombres se ponen a las cosas por el fin que se intenta, aunque no se logre en su uso. Así se dice médico no sólo el que cura, más también el que mata; y se llama remedio no sólo el que aprovechó, mas también el que dañó al enfermo.

26. Lo que decimos del objeto, se debe aplicar también al fin. La Medicina nociva no tiene por fin la sanidad, aunque el que por ignorancia usa de ella pretenda ese fin. Cuando el médico imperito da al enfermo lo que es veneno, juzgándolo remedio, la salud es fin del operante, no de la obra. De

aquí consta la solución a otras cosas que añade el defensor, como es aquello de decir que así la Medicina helmonciana como la galénica se aprueban en el sagrado texto del Eclesiástico, porque tienen un mismo fin: donde es claro que asimismo confunde el fin de la obra con el fin del operante.

§ V

27. Lo dicho basta y sobra para convencer que del texto del Eclesiástico nada se puede inferir a favor de la Medicina de este siglo, porque no sabemos si es muy distinta (y yo lo creo así con bastante fundamento) de la que se practicaba en aquél. Mas para mayor superabundancia añadiré aquí que aún no sabemos si el Eclesiástico aprobó la Medicina del mismo siglo en que escribía ni de otro alguno, hablando de la Medicina puramente natural. La razón es porque hay no leve fundamento para pensar que en aquel capítulo se habla de la Medicina que es comunicada por vía de inspiración. El único ejemplo que alega el Eclesiástico para probar la utilidad de la Medicina es el del leño con que Moisés endulzó las aguas amargas de Mara: *Nonne a ligno indulcata est aqua amara.* Y este remedio de las aguas le alcanzó Moisés por revelación, como consta del capítulo 15 del Exodo: *At ille clamavit ad Dominum, qui ostendit ei lignum, quod cum misisset in aquas, in dulcedinem ver sae sunt.* Si el leño tenía virtud natural o no para endulzar las aguas, es dudoso entre los expositores. Lo que no tiene duda es, que aun en caso que la virtud fuese natural, Moisés no la conocía y Dios se la manifestó. Verdaderamente, si el intento del Eclesiástico fuese probar la utilidad de la Medicina que se adquiere con el estudio y experiencia, parece que no sería oportuno a este fin el ejemplo de un remedio que sólo fué conocido por revelación.

28. Este pensamiento, juntamente con la prueba propuesta, me apuntó en una carta suya un docto médico. Y a mi parecer le coadyuva en gran manera el que el Eclesiástico en el mismo capítulo, así a los enfermos como a los médicos encomienda mucho el recurso a Dios por medio de la oración; a aquéllos para los que sane: *Fili in tua infirmitate ne despicias te ipsum, sed ora Dominum et ipse curabit te* (V. 9) a éstos para que los dirija: *Ipsi vero Dominum deprecabuntur, ut dirigat requiem eorum, et sanitatem* (V. 14). Este advertido cuidado con que el Eclesiástico intima a médicos y enfermos el recurso de la oración, significa que se ha de solicitar de Dios algo más que el concurso general, por ser necesaria en el uso de la Medicina alguna especial asistencia o ilustración. Añádase la autoridad de Nicolao de Lyra, el cual sobre aquella parte del versículo VI, donde se dice que Dios dió a los hombres la ciencia médica: *Dedit hominibus scientiam*, prosigue así, explicando el texto: *Nam aliquando revelat virtutes herbarum et radicum.*

§ VI

29. Esto es lo que se me ofreció decir para defender la verdad de aquella proposición hipotética, estampada en mi respuesta a la carta defensiva del doctor Martínez, que con vanos esfuerzos pretendió contrastar el doctor Ros. Pero si se me pregunta qué siento de la Medicina de nuestro siglo, libremente diré que como la ejercen algunos pocos (acaso poquísimos) sutiles, doctos, prudentes y virtuosos, es útil y necesaria, pero como la practican los más, es nociva y funesta. Esto, además de la experiencia propia, me enseñan médicos muy doctos. Cardano (*de Meth. med.*, cap. 100) dice así: *Mucho mayor es el número de enfermos a quienes matan los médicos ignorantes que el de los que curan los médicos doctos. El eruditísimo* Reyes (*Camp. Elys.*, quaest. 6, núm. 2) asienta que muchísimos médicos lo son sólo en el nombre. Y en otra parte, hablan-

do de sí y de todos los demás médicos, dice: *Dudo no sólo si erramos muchas veces, mas aun si erramos siempre.* Gerardo Goris se extiende mucho sobre esta materia en un libro que intituló *La Medicina despreciada por la ignorancia de los médicos.*

30. Pero lo que es de mayor momento en este asunto es la testificación del señor rey de España Felipe III, que se halla en el libro 3 de la nueva recopilación, título 16, ley 11. Así dice aquel piadosísimo príncipe: *Porque hemos sido informados de personas doctas y celosas del bien común que en estos nuestros reinos hay mucha falta de buenos médicos, de quien se puede tener satisfación, y que se puede temer que han de faltar para las personas reales, etc.* ¡Oh buen Dios! Hombres de sabiduría y celo le avisan a un Rey ser tanta en España la escasez de buenos médicos que se debía temer que en todo el reino no se hallasen dos o tres idóneos para asistir a las personas reales; y a mí que dije mucho menos en orden a la ignorancia de los médicos, me tratan en escritos públicos de maldiciente, temerario, inicuo. Mi conciencia me consuela en la tempestad de injurias que se ha fulminado contra mí. El justísimo Señor, que nos ha de juzgar a todos, sabe que no por algún afecto maligno, sí sólo por amor al público, escribí todo lo que se lee en el discurso quinto de mi primer tomo.

31. Preguntaré ahora qué reforma hubo después acá en el método de enseñar la Medicina en las aulas, que era a lo que se dirigía aquella ley de la nueva recopilación, prescribiendo que se dictase en ellas toda la práctica del arte, no tratados particulares, y que esto se hiciese usando sólo de la voz, no de la escritura. Ninguna, porque aquella ley no se puso en ejecución, de lo cual ignoro el motivo. El examen del protomedicato ya entonces estaba establecido, porque el señor Felipe II le había ordenado y puesto en planta. Luego no hay motivo de creer que haya hoy más copia de buenos médicos que entonces.

32. Con todo, por decir con ingenuidad lo que siento, soy de opinión que algo se ha mejorado la Medicina deste aquel tiempo a éste; no porque el examen del protomedicato sea más riguroso, ni porque sea mejor el modo de enseñar el arte (pues en el protomedicato todos se aprueban, siendo el más infeliz aquel a quien se le dilata tres o cuatro meses la aprobación; y en las aulas se les leen a los estudiantes dos o tres tratados, por la mayor parte teóricos), sí sólo porque siguiendo el aviso de algunos autores de gran juicio, tanto españoles como extranjeros, fueron abandonando los médicos de más luz aquella cruel práctica de matar los enfermos con la multitud de sangrías y purgas, ayudando a agotarlos la sangre la nimia escasez de bebida y a corromperlos los humores la hediondez de tanto ungüento y la porquería de no mudar de camisa. Verdad es que esta reforma aún está tan poco extendida que apenas salió del recinto de la Corte, ni aun en la Corte la siguen exactamente sino los más sabios. Pero en las provincias casi generalmente hacen los médicos guerra a los enfermos a lanceta y purga, que es lo mismo que a sangre y fuego, como antes. También han empezado a cultivarse la Anatomía y la química, aunque de estas dos Facultades puedo decir lo mismo: que es rarísimo en las provincias el médico que sabe algo de ellas.

§ VII

33. De lo que hemos dicho hasta aquí se infiere cuán fuera de propósito me opone el vindicador sentencias de padres, doctrinas de teólogos, leyes de emperadores, que favorecen a la Medicina; pues a la Medicina que verdaderamente es tal la confieso útil y necesaria, y a los médicos que en realidad y no sólo en el nombre lo son: esto es, dotados de aquellas calidades que en la crisis médica propuse; no

sólo no los desprecio, antes los venero sumamente. Si son indoctos, si rudos, si precipitados, si amontonadores de remedios, no los miro como médicos, sino como homicidas. ¿Qué hay contra esto en la Sagrada Escritura, en los padres, en los teólogos, en las leyes?

34. Dije que la Medicina es incierta. Díjelo y lo probé concluyentemente. Esto mismo confiesan los médicos más doctos; esto mismo clama la experiencia cotidiana, mostrándonos la sempiterna discordia de los médicos en las consultas: *Porque tanto* (dice el doctísimo Reyes) *se apartan unos de otros que no se halla ni uno siquiera que apruebe el remedio que prescribió otro, sin alguna excepción, adición o permutación o por mejor decir, que no desprecie y repruebe.*

35. En vano han pretendido muchos médicos extender a todas las demás Facultades esta infelicidad de la Medicina, en la cual sólo con verdad se le puede dar a la física por compañera. La lógica tiene reglas infalibles; la metafísica constantísimos axiomas; la jurisprudencia ciertas leyes; la teología infalibles dogmas; la matemática invencibles demostraciones; la medicina carece enteramente de cánones fijos. Digo de Cánones fijos, próximamente directivos de la curación, como las demás Facultades los tienen, cada una respectivamente a su propio ejercicio; porque el que goce algunos axiomas o demostraciones puramente teoréticas e inconducentes para resolver las dudas de la práctica, no se lo negaremos.

36. Tales permitiremos que sean cuatro demostraciones que el vindicador alega para probar que la Medicina es ciencia. La primera infiere que todo cuerpo sano se mueve por principio intrínseco. La segunda, que todo cuerpo que ejerce debidamente todas sus funciones y movimientos, apetece con apetito innato su conservación. La tercera, que todo cuerpo humano, de quien alguna acción esté sensiblemente dañada, pide con apetito innato su curación. La cuarta, que toda acción sensiblemente dañada representa al entendimiento la enfermedad, de quien es propia esa señal. Demos que estas cuatro proposiciones estén bien demostradas (que a la verdad a la última, si no se toma en un sentido que la haga perogrullada, le falta mucho para serlo), ¿qué provecho sacaremos de ellas? Por ventura seiscientas mil proposiciones de este jaez le instruyen a un médico en cómo ha de curar, no digo un tabardillo, ¿pero ni aun un sabañón? ¡Oh en qué inepcias caen aun los hombres de juicio, cuando arrebatados del espíritu faccionario se ponen a lidiar contra la verdad!

37. Ciertamente me llenó de admiración la confianza con que el vindicador asegura la infalibilidad de los médicos en decretar purgas y sangrías. Cosa prodigiosa es que esto se estampe en un escrito público. Pero aún será mayor prodigio si se hallare quien lo crea, especialmente en Madrid, donde frecuentemente se ve que llamados a consulta los médicos más escogidos de la Corte acremente se contradicen sobre decretar la purga o la sangría. Este ordena sangría y condena la purga. Al contrario, aquél ordena purga y condena la sangría. Otro, contemplando muy débil al enfermo, uno y otro remedio acusa como nocivo. ¿Dónde está esa pretendida infalibilidad?

38. Haciendo reflexión sobre esta discordia, se desbarata enteramente la solución que el vindicador da al argumento tomado de la disensión de los autores contra la certeza de la Medicina. Dice que los autores que escriben en distintas regiones es preciso que varíen la curación, atendiendo a la diversidad de los climas. Inútil efugio. ¿Por ventura en la misma región, en el mismo pueblo, en la misma casa, en la misma enfermedad de un mismo individuo no estamos palpando esta misma disensión de los médicos a cada paso?

39. Ni es mejor que la pasada otra solución que toma del símil de los diferentes caminos que llevan a un

mismo término, pretendiendo que del mismo modo, con distintos remedios, puede expugnarse una misma enfermedad. El símil fuera bueno si como aquí en Oviedo todos los prácticos de caminos convienen en que a Castilla se puede pasar no sólo por Puerto Pajares, mas también por Puerto Ventana, todos los prácticos del arte médico conviniesen en la consulta o fuera de ella en que el enfermo se salvará con los diferentes remedios que cada uno prescribe. Pero bien lejos de eso, lo que uno dice que aprovecha, el otro asegura que daña. Este dice que la sangría es camino para la salud, y el otro que es precipicio para la muerte.

§ VIII

40. Lo que el vindicador alega por la purga y la sangría no es del caso; pues yo no condené absolutamente el uso de estos dos remedios; sólo afirmé que son inciertos y muchas veces peligrosísimos. Niega el vindicador la maligna cualidad de los purgantes, contra el comunísimo sentir de los autores, tanto galénicos como antigalénicos. Sin embargo, esto no quita que algunas veces hagan más provecho con la evacuación, que daño con la malignidad. Dice que yo ignoro la continua comunicación de todos los vasos del cuerpo humano. Cierto que es este un reservadísimo arcano. ¿Hay cosa más vulgarizada? ¿Qué bárbaro la ignora? Sé, muchos años ha, que esta continua comunicación de los vasos no sólo se halla en los animales, más también en los vegetales; y así en éstos circula el jugo nutricio como en aquéllos la sangre: lo cual acaso ignora el vindicador. Pero inferir de esta comunicación, como pretende el vindicador, que puede arrancarse del cuerpo con los purgantes todo lo extraño y nocivo, es absurda ilación y muy contraria a la experiencia. Ni con los catárticos de seis boticas limpiara el vindicador del contagio venereo a un galicado. No sólo en esta, en otras muchas enfermedades antes precipitará a los intestinos todo el jugo nutricio, que extirpe la causa de la dolencia. ¡Oh, cuantos enfermos he visto secos, extenuados, abrasados con el repetido uso de los purgantes que les prescribían médicos indoctos, sin que el mal se minorase, antes creciendo cada día!

41. Lo que supone el vindicador como cierto, que hay purgantes apropiados a determinados humores, es sumamente dudoso y que muchos modernos impugnan como absolutamente falso. Es sin comparación más probable que todos los purgantes promiscuamente evacuan todos los líquidos, entre ecos el jugo nutricio, corrompiendo a éste y a otros humores útiles. De aquí es que parece estiércol fuera del cuerpo lo mismo que dentro del cuerpo era bálsamo. Oigase al doctísimo Juan Jacobo Waldismit: *De la ignorancia* (dice) *de la verdadera Filosofía nació un error infestissimo al género humano. La causa sensible de la enfermedad, dicen los médicos ignorantes, sensiblemente se debe evacuar por el vientre. De aquí es el preconizar sus purgantes y atormentar con ello a los enfermos, hasta extenuarlos: lo que ejecutan, porque ignoran que rara vez los humores atraídos por los purgantes tenían la textura y calidades mismas, mientras estaban en el cuerpo, que después ostentan arrojados afuera. Muchas veces me he puesto a contemplar por qué en los cadáveres que examina la Anatomía, nunca hallamos copia igual de humores a aquella que un purgante saca de un cuerpo vivo. La causa es (y no puede haber otra) porque los mismos purgantes promiscuamente licuan, resuelven y corrompen la carne y la sangre, caminando a igual paso con los venenos; por lo cual dijo rectamente Helmoncio que el nombre de purgante es nombre engañoso, no debiendo llamarse purgante, sino ponzoñoso y destruyente. Todos los purgantes dañan la mistión de la sangre y laxan o del todo rompen el vínculo de la vida, por lo cual al punto sale aquella caterva de humores viciados... Si alguna vez apro-*

vechan, no debe atribuirse el suceso a la cualidad purgante, sino a la virtud atenuante y resolviente que tienen. (Tom. I, disp. 1, núm. 5.) No está más indulgente con los purgantes Cristiano Kursnero en el pequeño tratado que escribió *de Purgantium e foro Medico proscriptione.*

42. Acaso las expresiones de estos autores son algo hiperbólicas, pues en una falta grande y peligrosa de régimen del vientre, no alcanzando otros remedios más benignos, es preciso acudir a los purgantes; pero este caso no es muy ordinario. Lo ordinarísimo es acusar los médicos el embarazo, que no hay, de las primeras vías para menudear los purgantes.

43. Nótame el vindicador de inconsecuencia, porque habiendo dicho en una parte que todo en la Medicina es incierto, dije en otra que el mercurio es eficaz para el contagio venéreo. No hay aquí inconsecuencia alguna. Lo primero, porque según la regla de Derecho, *lo poco se reputa por nada.* Entre tantos millares de remedios, uno solo cierto no quita la verdad de la proposición de que todos son inciertos; porque aunque en rigor metafísico las proposiciones universales se falsifican por cualquier excepción particular en el uso común una u otra excepción no les quita ser verdaderas. De esto hay bastantes ejemplos en la Escritura. Es verdadera la proposición de San Pablo: *Todos pecaron en Adán,* no obstante la excepción de María Señora nuestra. Es verdadera la de David: *Todo hombre es mentiroso,* sin embargo de que hay algunos veraces. Es verdadera la de Moisés: Todos los hombres se habían corrompido en las costumbres (que eso significa, *omnis quippe caro corruperat viam suam*), aunque Noé, que vivía en aquel tiempo mismo, era justo. Lo segundo, porque la certeza de la eficacia del mercurio tiene bastantes limitaciones, por las cuales, aunque a una luz se contemple como remedio cierto, a otra se puede alistar entre los inciertos. Hay casos en que los médicos dudan de su aplicación, casos en que no aprovecha y casos en que daña, cortando al enfermo la vida.

§ IX

44. Habiéndose el vindicador introducido teólogo para probar que el que constituído en la enfermedad grave rehusa tomar las medicinas que le prescribe el médico, comete pecado de tentación de Dios, es justo que yo le responda sobre este punto, lo que haré con gusto por captar la ocasión de tratar la cuestión moral de cómo y cuándo peca el enfermo que rehusa las medicinas, asunto, sin duda, cuyo examen importa, porque los teólogos morales sólo le tocan muy de paso y en una generalidad que no decide las dudas ocurrentes en la práctica.

45. Para lo cual noto lo primero que en esta materia se puede pecar o contra la virtud de religión, tentando a Dios, o contra la caridad que cada uno se debe a sí mismo, exponiéndose al riesgo de morir, aunque también podría agregarse alguna malicia de otra especie, v. gr., la de avaricia, en aquel que por no gastar dinero se niega a la medicina.

46. Supongo lo segundo, que el pecado de tentación de Dios se comete cuando alguno quiere con intención expresa o interpretativa, experimentar el poder de Dios o la sabiduría, bondad u otro algún atributo divino. Y así, apropiando más la explicación a la materia presente, aquel se dice tentar a Dios, que negándose al uso de los medios naturales o causas segundas, ordenadas para algún efecto, espera ese efecto precisamente de Dios; como para conocer experimentalmente si Dios es poderoso, si es bueno, etc., la cual tentación será formal y expresa si fuere expreso y formal el deseo de experimentar el poder divino e interpretativo, si por esperar el influjo solitario de la causa primera, se repelen todas las causas segundas. Esta doctrina es común entre los teólogos. Véase especialmente el eximio doctor Suárez,

quien (t. 1 de *Relig. trac.*, 3, lib. 1, cap. 2 y 3) trata con grande acierto y extensión del pecado de tentación de Dios.

47. Hechos estos supuestos, digo lo primero: es falso regularmente hablando, lo que el vindicador afirma en el número 36, conviene a saber, que el que estando gravemente enfermo no quiere usar de medicinas, comete pecado de tentación de Dios. Pruébolo porque, regularmente hablando, cuando los enfermos rehusan medicarse lo hacen porque juzgan que su naturaleza y complexión basta para expugnar la enfermedad. Por consiguiente, no tientan a Dios, pues no esperan la salud del solitario influjo divino, repeliendo todas las causas segundas; antes bien, confían en el beneficio de una causa segunda, que es el vigor natural de su propia complexión.

48. Tampoco tienta a Dios el que rehusa los medicamentos, porque quiere padecer la molestia de la enfermedad, por cualquiera motivo que lo haga, honesto o vicioso, o porque quiere morirse, aunque por otra parte obre imprudentemente y peque. Pecará a la verdad contra la caridad o contra otra alguna virtud, mas no con pecado de tentación de Dios, contra la virtud de religión, pues no intenta experimentar el poder divino, pretendiendo la salud antes quiere padecer la enfermedad. Es común entre lo teólogos.

49. Podrá oponérsenos la autoridad de Santo Tomás (2.2, quaest. 97, art. 1), donde dice: *Que tienta a Dios quasi interpretativamente aquel, el cual, aunque no intenta tomar experimento de Dios, pide o hace alguna cosa que para nada es útil, sino para aprobar el poder de Dios o su bondad o su sabiduría.* Sed sic est que el que rehusa la Medicina en el caso propuesto hace una cosa que para nada es útil sino para probar el poder o la bondad divina, luego tienta interpretativamente a Dios.

50. Responde el eximio doctor en el lugar citado que el dicho de Santo Tomás no se debe entender puramente *negative*, sino que se debe juzgar como implícito en ese modo de obrar, algún respeto a Dios (aun por la misma intención del operante) como que por sí solo haya de hacer dicho efecto. Al padre Suárez siguen en esta explicación Lessio, Layman, Bonacina y otros.

51. En el original latino había yo usado de esta solución, contentándome con ella. Pero haciendo después más reflexión, he conocido que la autoridad de Santo Tomás no necesita de explicación alguna, porque tomada literalmente como suena es verdaderísima y no se opone en modo alguno a nuestra aserción. Es así que el que hace alguna cosa, la cual para nada es útil (ni se imagina tal) sino para experimentar a Dios, interpretativamente le tienta. La razón es clara, porque como nadie obra sin algún fin, no concibiendo el operante como útil lo que hace para otro fin alguno, evidentemente se infiere que lo toma, por lo menos interpretativamente, como medio para el fin de experimentar a Dios. Pero en el caso de nuestra aserción no sucede así, porque el que rehusa los medicamentos por padecer la enfermedad o por morir, tiene por fin el padecer la enfermedad o la muerte, y para este fin considera útil y conducente el negarse a la medicina. De la misma calidad, el que no quiere medicarse, juzgando que a beneficio de la naturaleza sola ha de sanar, mira como útil la omisión de los remedios, para evitar ya el coste, ya la molestia de ellos; acaso también para lograr la misma salud, temiendo que las medicinas, como muchas veces sucede, le empeoren.

§ X

52. Digo lo segundo: no peca ni contra la religión ni contra la caridad el que creyendo prudentemente que la naturaleza por sí sola ha de vencer la enfermedad, se niega a la medicina. Es claro, porque el que obra prudentemente no peca, y prudentemente obra el que fía la curación a la natu-

raleza, cuando prudentemente cree que ha de lograr la naturaleza la curación.

§ XI

53. Digo lo tercero: aunque la enfermedad sea invencible a las fuerzas de la naturaleza, si el enfermo con error invencible juzga que la naturaleza la vencerá, de ningún modo peca. Es manifiesto, porque el error invencible le excusa de pecado

§ XII

54. Digo lo cuarto: el enfermo que duda si la medicina le aprovechará o dañará y no puede deponer la duda ni halla más razón para asentir a lo uno que a lo otro, no peca, si rehusando los medicamentos, fía la enfermedad a Dios y a la naturaleza o a Dios solo, en caso que la naturaleza se rinda. Pruébase porque igual riesgo amenaza por una parte que por otra, y así pueden sin imprudencia elegir el extremo que quisiere; antes obrará prudentemente si abandonando el peligroso auxilio de la Medicina, recurriere al divino, según aquella regla de Josafat, hablando con Dios: *Estando ignorantes de lo que debemos hacer, no nos resta otra cosa sino levantar, Señor, los ojos a Ti* (*Paralipom.*, lib. 2, cap. 20). *Sed sic est*, que el enfermo en el caso propuesto ignora lo que debe hacer, luego, etc. Debe limitarse la conclusión si, omitiendo la aplicación del medicamento dudoso, no hay esperanza alguna de escapar, pues la prudencia dicta que se tiene ese dudoso auxilio cuando sin él la muerte es cierta.

§ XIII

55. Digo lo quinto: si el enfermo, atendiendo a que el médico es ignorante o precipitado en obrar o amontonador de remedios, tiene por más probable que le dañe que el que le aproveche, no sólo no peca no poniéndose en las manos del médico, pero pecará si se pone. Pruébase porque la ley de la caridad consigo mismo le obliga a hacer aquello que con más probabilidad juzga conducente para la conservación de su vida. Confírmase con la autoridad de Paulo Zaquías, el cual dice: *Que es mejor no tener médico alguno que tenerle malo* (*quaest. Med. leg.*, lib. 4, tít. 2, quaest. 3, núm. 11). La lástima es que los médicos malos suelen acudir aun sin ser llamados.

Sponte sua properant, labor est inhibere volantes.

56. La regla de Paulo Zaquías tenemos por prudentísima, y así juzgamos que por lo común obran imprudentemente aquellos lugares que siempre tienen médico, dándole corto salario, pues comúnmente o cargan con unos hombres incapaces o con unos meros aprendices, a quienes a costa suya desasnan, si son capaces de desasnarse, para que, cuando saben algo, vayan a otro partido mejor. Médicos he visto de más que mediana habilidad, los cuales, después de una larga experiencia, los había hecho más cautos, confesaban que en los primeros años de ejercicio habían degollado gente a diestro y siniestro. Los rudos nunca escarmientan, y toda su vida prosiguen en matar con notable inocencia.

§ XIV

57. Digo lo sexto: si el enfermo constituído en peligro, espera que el auxilio del médico le aproveche, regularmente hablando debe ponerse en sus manos. La razón es la misma que dimos en la conclusión antecedente, porque debe hacer lo que juzga más conducente para recuperar la salud. He dicho *regularmente hablando*, porque puede haber motivo superior para abandonar la Medicina, dejando su vida en manos de Dios. Así los cartujos se abstienen de la carne, aunque

la consideren necesaria para la conservación de la vida, y las religiosas no dejan la clausura, aunque el médico las asegure que no pueden convalecer sin pasar a otro sitio o mudar de aire; uno y otro por el bien de la observancia regular, la cual importa mucho se conserve inalterable en toda una religión. Faltando este u otro motivo equivalente, obliga al enfermo la caridad propia a tomar el medicamento que juzga provechoso. Y aun si el enfermo es persona necesaria a la república o la familia, esta obligación no sólo es de caridad, mas también de justicia.

§ XV

58. Digo lo séptimo: si el enfermo no puede formar juicio acerca de la aptitud o ineptitud del médico, debe arreglar su determinación al concepto que tiene hecho de los médicos en general, considerado el estado presente de la Medicina. Si, pues, contemplando la incertidumbre y arduidad de la Medicina y que no obstante ser este arte sumamente difícil, todos los que se dedican a su estudio vienen a lograr partido, hiciere juicio de que los médicos, como hoy están las cosas, por la mayor parte carecen de la doctrina y demás dotes necesarias para ejercitar dignamente su profesión, no tendrá obligación alguna a llamar al médico, salvo que la enfermedad sea tan urgente que sin el auxilio de la Medicina sea la muerte inevitable, pues en este caso hay obligación de llamar a cualquier médico que se encuentre. La razón de esta aserción es porque el juicio y resolución prudente se toma de lo que más frecuentemente sucede.

59. Mas porque se me preguntará si aquel juicio es prudente, responderé lo primero, que es arreglado a la opinión de algunos grandes hombres. Mi padre San Bernardo, escribiendo a los monjes de San Anastasio (epist. 345) los disuade de llamar a los médicos, diciéndoles, entre otras cosas: *En ninguna manera es competente a vuestra religión buscar medicinas corporales ni conviene a la salud.* Y poco más abajo: *Comprar especias, buscar médicos, tomar pociones, es indecente a vuestra religión.* Ve aquí a Bernardo, que afirma que las medicinas dañan a la salud; por consiguiente, juzga que los médicos por la mayor parte yerran. Hugo Cardenal (in cap. 10, Luc.) dice: *Los médicos despojan a los enfermos del dinero y de la vida, porque reciben grandes salarios y frecuentísimamente nada aprovechan; antes algunas veces dañan.* El señor rey de España Felipe III, instruído por hombres doctos y celosos, asegura en la ley citada arriba que los buenos médicos están reducidos a tan corto número que se puede temer que falten, aun para las personas reales. Médicos muy sabios han sido de este mismo sentir. El grande Hipócrates (*de Vet. Medic.*) dice: *Alabaré muchísimo a aquel médico que yerre poco.* Luego es raro el médico que yerra poco, pues sólo los raros en el arte son dignos de altos elogios; por consiguiente, los demás, en mucho mayor número, yerran mucho. Ya arriba vimos que Cardano afirma que *muchos más son los enfermos a quienes matan los médicos malos que los que curan los buenos.*

60. Opondráseme que la Escritura aprueba la Medicina; apruébanla San Agustín y San Basilio, y los teólogos persuaden que se llame a los médicos. Digo que nada de eso ignoraba San Bernardo; con todo asienta que el buscar medicinas corporales no conviene a la salud. Y añade que el llamar los médicos es indecente al estado monástico; por tanto, juzgaba que no nos obliga la caridad a llamar a los médicos, pues si nos obligara a ello, no sería indecente, sino decentísimo. A lo de la Escritura ya respondimos arriba. A lo que se añade de padres y teólogos, decimos que éstos hablan de la Medicina, prescindiendo de la impericia de los médicos vulgares o considerando el arte en sí mismo. San Bernardo, Hugo Cardenal y otros hablan

de la Medicina como contraída a infinitos ignorantes.

61. Juzgo, no obstante, que esta condenación del uso de la Medicina no se ha de tomar con el rigor y generalidad que suena. Las invectivas universales contra los médicos que se hallan en algunos autores (y lo mismo digo si se halla alguna en mis escritos) se dirigen a moderar la nimia confianza de los vulgares en los médicos y a reprimir la temeridad de infinitos médicos, que sin la ciencia y prudencia necesarias, ejercen arrogantemente su profesión. Lo que aseguro y aseguraré siempre, es que hay en este arte mucho mayor número de profesores ineptos que de hábiles. A éstos estimaré siempre mucho y me fiaré a su conducta; de aquéllos huiré como de pestes animadas.

§ XVI

62. Digo finalmente: en las indisposiciones leves, que el enfermo en sí mismo o en otros experimentó libres del peligro, es más cordura abstenerse del uso de medicamentos. Lo primero, porque es superfluo buscar el auxilio del arte, donde basta sola la naturaleza. Lo segundo, porque la experiencia me ha mostrado que en estas indisposiciones leves, que como ocasionadas del temperamento, recurren muchas veces, los remedios molestan y no curan. Pero si el médico tuviere todas las buenas calidades que en otras partes hemos señalado, ¿se podrá consultar también en semejantes indisposiciones? Digo que no hay en ello riesgo alguno, porque éstos están en la misma máxima que yo, de que se dejen a la naturaleza y a la paciencia

63. Pero oponénos el vindicador que algunas veces se esconde una grave enfermedad debajo de la apariencia de una leve indisposición o una indisposición que al principio es leve después se hace grave, como el vértigo tal vez pasa a epilepsia o apoplejía. Respondo que cuando bajo el velo de indisposición leve se oculta enfermedad grave, mucho más frecuentemente se engaña el médico que el enfermo, porque aquél sólo puede consultar las señas visibles, y éste es muchas veces avisado por cierta sensación interna, aunque confusa y casi inexplicable, de que está dentro emboscado más poderoso enemigo. Lo que en estos casos comúnmente sucede es que el enfermo, que dejado a su arbitrio prevendría el golpe que le amenaza con las disposiciones cristianas importantes a su alma, las omite, porque el médico le persuade que carece enteramente de peligro.

64. En este, como en otros muchos casos, se debe entender que hago siempre excepción de los médicos sabios, expertos, sagaces y piadosos. Por lo que mira a los vulgares y gregarios, afirmo que no conviene llamarlos en las indisposiciones leves, pues aunque tal vez suceda que la enfermedad leve se haga grave por defecto de medicina, mucho más frecuente es hacerse grave por la ignorancia y temeridad del médico. Por una parte y por otra, pues, hay peligro, pero mayor por la última.

65. Ni piense el vindicador que me amedrenta con el fantasma de irregularidad que me pone delante. Supuesto que las reglas que doy sean, como invenciblemente juzgo, prudenciales; aun cuando por seguirlas en algún caso raro muriese el enfermo, no se me podría imputar a mí la muerte, como ni a los legisladores que prescribieron reglas prudenciales para averiguar los delitos se imputa la muerte de algunos inocentes, en quienes concurrieron todas aquellas señas y probanzas a que ellos quisieron se siguiese sentencia capital. No hay ley humana ni precepto prudencial alguno, tomado universalmente, a que en la práctica no se sigan algunos inconvenientes. Y así cumple con la razón, con la prudencia y con la justicia el que da aquellas reglas con que se eviten los mayores y más comunes. Fuera de esto, puedo asegurar con toda certeza que habiendo aconsejado la abstinencia de

medicamentos a muchísimos sujetos que padecían indisposiciones leves, hasta ahora ninguno de ellos por seguir mi consejo ha peligrado y no pocos de ellos me han dado las gracias, porque se hallaron mejor después que volvieron las espaldas al médico.

66. Ya algún doctor el año pasado, en una impugnación que me hizo, escribió que cierto enfermo, por haber leído el primer tomo del *Teatro Crítico*, no quiso llamar al médico y murió. Objeciones de este jaez son unos meros espantajos para engañar al pobre vulgo. No disputo el hecho. Bien está. No llamó al médico y murió. ¿Por ventura le había dicho yo que no llamase al médico? Entendió el *Teatro Crítico* a su modo y cometió ese yerro. Lutero entendió a su modo la Escritura y dijo mil herejías. Más: no llamó al médico y murió. ¿Qué ángel le reveló al doctor que murió porque no llamó al médico? Si esta consecuencia se infiere de aquel antecedente, se seguirá también que el que llamó al médico y murió, murió porque llamó al médico, y de este modo toman los médicos a su cuenta infinitos homicidios. Más: no llamó al médico y murió. Infinitos conozco yo que estando enfermos no llamaron al médico y vivieron. Si de aquél se infiere que porque no llamó al médico murió, con igual razón de éstos se debe inferir que porque no llamaron al médico vivieron.

67. Lo que se puede asegurar, hablando indeterminadamente, es que algunos mueren porque llamaron al médico y algunos porque no le llamaron; porque a unos mata la sobra de médico, a otros la falta de Medicina. Pero en particular son pocos los casos en que se conozca, aun con certeza moral, que el médico mata y muchos menos aquellos en que se pueda afirmar que murió el enfermo por falta de médico. Asimismo, unos que llamen, que no llamen al médico, mueren, porque la enfermedad es tal que ni cede a la naturaleza ni a la Medicina. Finalmente, otros, que llamen que no llamen al médico, viven; y éstos son los más, porque son muchas más las enfermedades superables por la naturaleza que las mortales. Cada hombre muere de una enfermedad sola, y pocos hay que antes de ésta, si vivieron bastantes años, no hayan padecido otras muchas. Por tanto, injustamente se gratulan los médicos de que curaron a tales y tales enfermos. A cuantos asistieron dicen que curaron. ¿De dónde consta? ¿No sanan muchos enfermos y los más, donde no hay médicos? En verdad que muchos han observado que en los lugares que a tiempos tienen médicos y a tiempos no, se hallan mejor los vecinos cuando no los hay. Es verdad que tales son, por lo común, los médicos en semejantes lugares. Volviendo al enfermo de quien habló aquel doctor, habiendo sucedido el caso en la Corte, donde no faltan buenos médicos, hizo mal en no llamar uno, siendo la enfermedad de cuidado, aunque se dudase si lo era.

§ XVII

68. La desconfianza, pues, que inspiro en los enfermos hacia los médicos y contra que tanto se ha clamado, siendo respectiva sólo a los médicos malos, bien lejos de ser nociva es provechosa; como la indiscreta confianza, en el común de los médicos, bien lejos de ser provechosa, es nociva. Esta confianza no sólo ha quitado muchas vidas, pero perdido muchas almas. ¡Oh cuántos enfermos murieron sin los Sacramentos porque creyeron al médico que les prometía la restauración de la salud! Cuántas veces ha sucedido que el enfermo, conociendo el peligro, quería confesarse y dejó de hacerlo porque asegurando el médico ser el mal levísimo y ajeno de todo riesgo, los asistentes guiados por aquella regla que los médicos traen siempre en la boca, *a cada uno se debe creer en su arte*, se descuidaron en llamar al confesor y el infeliz doliente se fué sin alguna prevención cristiana al otro mundo? Si

se condenó, ¿quién tiene la culpa sino aquel médico ignorante y bárbaro? Algunos casos he visto de estos con sumo dolor mío.

69. Lo peor es que los médicos más ignorantes y rudos son los que más preconizan la obediencia y confianza que se debe tener en ellos; los que más se irritan contra mí, porque quiero cercenarles ese indebido obsequio del vulgo. Yo he tratado algunos médicos sutiles, doctos y expertos. Ninguno de éstos he visto que no confiese que en el ejercicio de su arte va palpando sombras; que entre la enfermedad y sus ojos media una pared maestra. Sólo los principiantes, los estúpidos, los de corto estudio y menos talentos son los que, como zahoríes, penetran todos los escondrijos del cuerpo humano, y así quieren que los enfermos los crean como oráculos.

70. Doy que algún enfermo, por desconfiar del médico, no acepte la Medicina que éste le prescribe y que por eso se muera. Otro, por confiar del médico, tomará una medicina que le mate. Ya por lo que mira a la salud del cuerpo se empatan riesgos la confianza y la desconfianza; pero por lo que mira a la salud del alma, en la desconfianza apenas hay peligro y en la confianza le hay muy grande. Cree el enfermo que el médico que le asiste es un Esculapio o un Hipócrates, que hace maravillas. De aquí es que persuadido a que le ha de curar, descuida del alma, que es lo que más importa. O que yo le privo (como exclamó alguno que tenía puestos al revés en el alma los escrúpulos) al enfermo de un gran consuelo, reduciéndole a la incertidumbre y desengañándole de aquella firme persuasión en que está de que el médico le ha de curar. Es así. Pero pregunto: ¿Cuál le está mejor? Que con el consuelo que le da esa persuasión omita o dilate las prevenciones cristianas para morir y le sorprenda un delirio, un accidente fatal, la muerte misma sin ellas, o que con el desconsuelo, que le introduzco yo con la desconfianza, solicite cuidadoso la expiación de sus pecados y logre la salvación. Es verdad que aquel consuelo puede conducir algo para recuperar la salud del cuerpo; pero arriesga mucho la del alma ; ¿cuál importa más?

71. Lo que se ve es que donde no hay médicos, rarísimo muere sin Sacramentos; y donde los hay, no pocas veces he visto esta fatalidad, aun dando treguas la dolencia. Esto consiste en que el párroco y los amigos solicitan puntualmente este máximo bien al enfermo. El médico, como se interesa su crédito en la cura corporal y prevé que la tristeza que le ha de ocasionar al enfermo el conocimiento del riesgo de su vida puede perjudicar algo la restauración de la salud, retarda lo más que puede el desengaño o lo que es peor, le asegura falsamente el recobro.

§ XVIII

72. Pasa el vindicador al fin de su escrito de médico a historiador, ya para reprenderme un yerro histórico, ya para tejer un largo catálogo de santos que ejercieron el oficio de médicos. De esto segundo gratulo muy de corazón a todos los profesores, y al mismo tiempo me duelo de que se haya omitido en el catálogo al gran Basilio.

73. Por lo que mira al yerro histórico, no le encuentra, aun después de la admonición del vindicador. Dije que *Augusto fué abierto, cándido, generoso, constante en sus amistades, fiel en sus promesas, ajeno de todo engaño.* Este fué el asunto que tomó para su crítica histórica el vindicador, impugnándome el carácter que di de Augusto, con unas noticias en parte inciertas y en parte que nada hacen al intento. Las que no hacen al intento son las de algunas acciones, ya de crueldad, ya de ambición de Augusto. Como yo no le alabé de moderado y compasivo, sino de sincero, esto no es del caso. Las inciertas son muchas, que a bulto cita Suetonio. Es verdad que este escritor

halla reprensibles, por los dos capítulos expresados, y también por el de incontinencia, muchos hechos de Augusto en su juventud y en aquel tiempo que trabajaba por subir al solio; pero son, sin comparación, mayores los elogios con que le engrandece, discurriendo por todo el resto de su vida, desde que logró el imperio. De doloso y falso ni antes ni después le nota. Que debajo del pretexto de amistad alevosamente entregase a Cicerón, como el vindicador asegura, ni Suetonio lo dice ni otro alguno. Es verdad que faltando a la amistad en obsequio de la ambición, abandonó a Tulio a la venganza de Antonio. Esta es sin duda la mayor mancha de toda la vida de Augusto. Pero es cosa muy diversa faltar a la amistad, negando la protección al amigo contra el furor de Antonio, que entregarle a Antonio dolosamente debajo de la apariencia de amigo. Y, sin embargo, el mismo Suetonio asienta, como yo, que fué Augusto *constante en sus amistades.* Estas son sus palabras: *Amicitias nec facile admisit, et constantissime retinuit*; porque un hecho solo, ni aun dos, no son los que dan o quitan carácter a un sujeto. Mas ya es tiempo de terminar esta apología.

O. S. C. S. R. E.

INDICE DEL TOMO

LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL P. FEIJOO

TEATRO CRITICO

Tomo I

Tomo II

Tomo III




REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
LIMPIA FIJA Y DA ESPLENDOR

